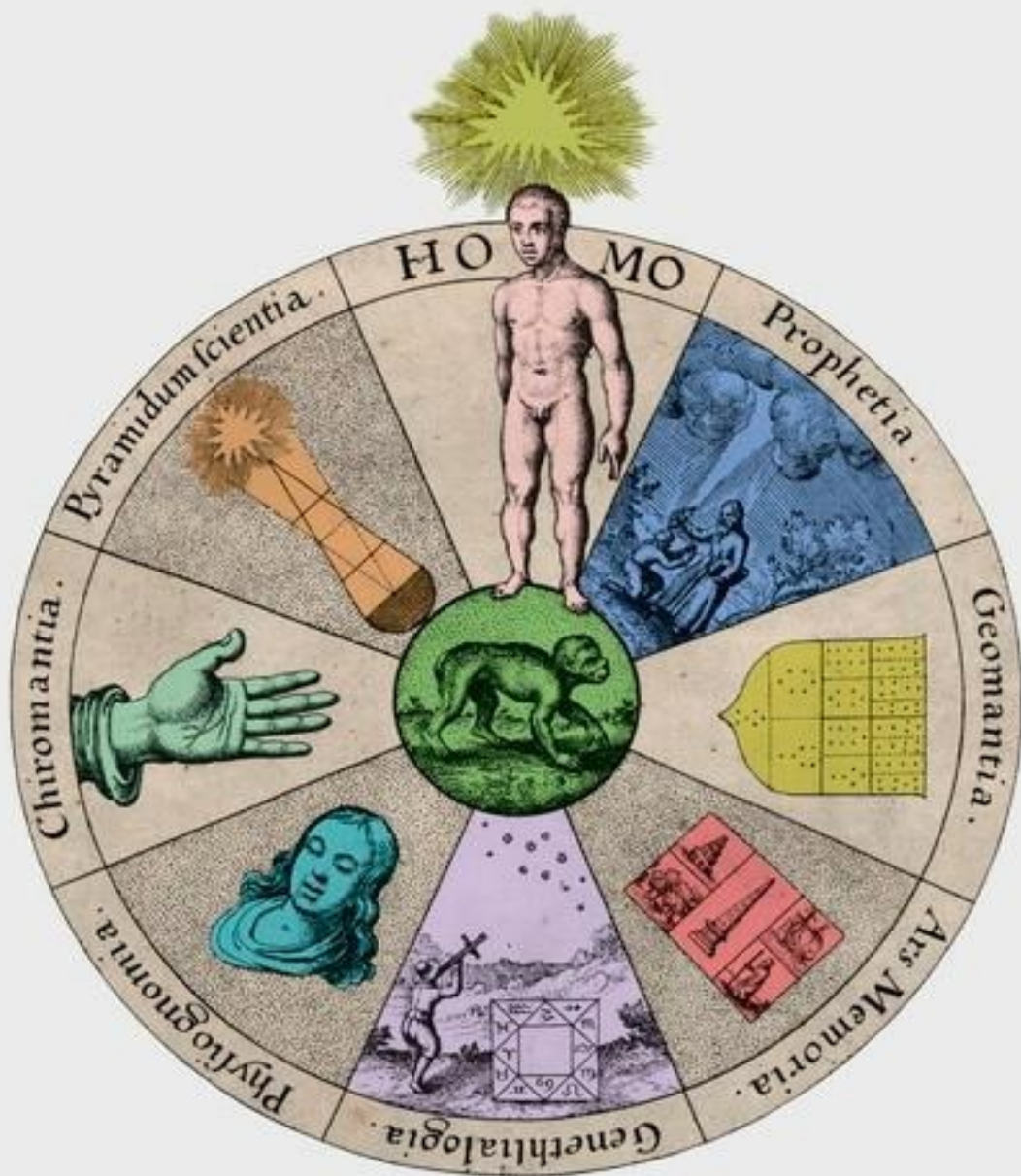


MARTÍN CAPARRÓS

# *La Historia*



Lectulandia

Según el propio autor, «*La Historia* es un disparate y es, al mismo tiempo, mi libro que más me importa: de algún modo, mi único libro. Lo publiqué por primera vez en la Argentina en 1999...». Ya era tiempo de recuperar con todos los honores esta novela desmesurada y deslumbrante que el paso del tiempo ha convertido en una auténtica obra de culto.

Un ignoto historiador argentino descubre en una biblioteca francesa un misterioso libro que acaso contenga el mito fundacional de su país. El historiador decide dedicar su vida a estudiar y anotar ese texto, que lo cuenta todo sobre una civilización apenas conocida cuya influencia sin embargo puede rastrearse en el pensamiento de la Ilustración y en las revoluciones modernas.

Esa crónica titulada *La Historia* y las notas de su exégeta presentan con detalle la vida de esa civilización imaginaria: sus costumbres sexuales, su gastronomía, sus ritos mortuorios, su comercio, sus formas de guerra, su literatura, su arquitectura, sus amores, sus enfermedades, su industria, su teología, sus intrigas cortesanas, su final... Compendio del saber moderno, crisol de citas falsas —¿o verdaderas?— de Voltaire, Kyriakov, Sarmiento, Quevedo, Nietzsche o Bakunin, *La Historia* es un estimulante desafío para el lector, una novela monumental que funciona como un espejo que nos devuelve, deformada, nuestra época, sus prejuicios y verdades adquiridas, sus falsos oropeles y sus justas glorias.

El resultado es un derroche de inventiva, un texto exuberante que podría haber soñado Borges: mil páginas enloquecidas, laberínticas y necesarias, que marcan un hito en la literatura latinoamericana.

«Un monumento novelesco, que se lee con placer y fluidez sorprendentes. Más que novela, más que historia, es una enciclopedia de la lectura, cuyo desciframiento requiere de mapa, catálogo, glosario y diccionario internos» (Julio Ortega).

«Una obra rica, una empresa arriesgada que debe ser conocida» (Juan Goytisolo).

«La novela más ambiciosa que se ha escrito en el continente desde *Terra Nostra* de Carlos Fuentes» (Héctor Aguilar Camín).

«Insólita por esta alianza de habilidades librescas y fantasía despótica, ejercidas sin temer la exageración ni la extravagancia» (Beatriz Sarlo).

«El propósito de Martín Caparrós parece haber sido el de brindar un mito original a su país, la Argentina» (Alberto Manguel).

«Algo tan desconcertante como la novela que Borges nunca escribió, un libro dotado de todo lo que Borges recelaba en el género “novela”: un verdadero monstruo de ambición y de voluntad literarias» (Alan Pauls).

«Caparrós inventa, con gran habilidad, una sintaxis novedosa. Se trata de un bello castellano, de alto vuelo lírico, que no corresponde a ningún lugar ni época determinados» (La Nación).

«Una obra mítica» (Clarín).

«Una obra de arte» (Los Inrockuptibles).

**Lectulandia**

Martín Caparrós

# **La Historia**

ePub r1.0

Colophonius 25.09.2018

Título original: *La Historia*  
Martín Caparrós, 1999

Editor digital: Colophonius  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Erna von der Walde, por supuesto.*

*la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo,  
depósito de las acciones, testigo de lo pasado,  
ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir*

Miguel de Cervantes<sup>[1]</sup>

## La Primera<sup>[2]</sup>

Ya no hay más muertes bellas. Si hubiera, sería que tantas otras cosas no sucedieron mientras. Si llegara a haber, todo sería un error bruto. La historia, más que nada, sería un bruto. Pero ya no hay. Las muertes bellas llegaron a ser una amenaza. Ahora ya no son necesarias, o sea: ya no son posibles.

Ya no hay más, por fortuna, y mi padre va a morir esta noche. A partir de mañana voy a ocupar su lugar o, más bien: a ser él. Para esto me prepararon tanto. Para esto fui hasta ahora.

Nosotros podemos elegir nuestra muerte: solamente nosotros. Y hubo tiempos en que sólo nosotros podíamos sobrevivir a la muerte: era nuestro privilegio. Desde el principio, mis padres disfrutaron de ese favor único y todos los demás los envidiaban en silencio: resignados. El que los viera ahora, regodeándose en la Larga conquistada, discutiendo maneras, contándose detalles, buscando quien los acompañe en las delicias de una muerte juntos, no podría imaginarlo, pero hubo tiempos en que los habitantes de la Ciudad y las Tierras no esperaban nada de lo que había detrás de la muerte. No esperar nada, saber que se morían, era su distintivo: era su orgullo. Al morir morían, y todo lo que deseaba un hombre era que su cuerpo fuera incinerado con cantidad suficiente de mujeres.

Es un lugar común insistir en que los cuerpos de hembra arden más suave, más intenso, con belleza tremenda. Hay vulgos que nunca vieron los azotes violetas que nada más pueden nacer del cuerpo de una hembra preñada de una hembra: pobrecitos. Son escuetos. Bajos, tirifilos, los que no conocen el pálido fuego rosita de la virgen, que quema sin insultos, como si arrullara. Ajenos, poca cosa, los que ignoran esos lambetazos cenicientos, entre el celeste del gas puro y el verde casi nada de los primeros tallos del bailén, con que una madre retoma el cuerpo de su hijo. O ese fuego amarillo, como ramitas secas, de una vieja que se quiebra para dar todavía. Malo es morir solo: quemarse con madera. En las habitaciones de la Casa se oyen los gritos, los lloros, el silencio de las que pueden morir con mi padre:<sup>[3]</sup> porque mi padre Ramón me pidió que lo quemara.

En estos días, desde que se empezó a morir, mi padre Ramón me llama mucho. Se supone que tiene tanto para contarme sobre el manejo de la Casa y las Tierras, pero no hay nada que yo tenga que saber y todavía no sepa. Los encuentros deberían servir para atar lazos entre padre e hijo, sucedido y sucesor, pero, para mi vergüenza, me trajeron espanto e impaciencia y muchas ganas de terminar bien corto: hasta una tercera cuando, con su cara como un río de noche, mi padre me anunció que iba a darme sus voluntades para el tránsito.

Fue hace dos días. Mi padre Ramón, mi padre, estaba acostado en su tarima de madera cubierta de pieles de vicuñas blancas. Su estancia estaba enorme por vacía.



Para la agonía se habían llevado todo y hasta su diadema de plata se achataba a su lado: opacada sobre los pelos blancos. Las ventanas que dan al patio estaban cubiertas con telas de nuestro azul y nada más quedaba abierta la ventana del oeste: al fondo, nubes claras escondían las montañas. Siempre es mejor, en estos casos, que las montañas queden escondidas. Su cara sin atributos se hundía en un almohadón, iluminada raro: como si la poca luz de la estancia la buscara. Entonces dijo esas palabras que no le había escuchado nunca:

—Hijo mío...

«Hijo mío», dijo, «tengo que confesarle algo.»

Mi padre Ramón, mi padre, temblequeaba. Dijo que tenía que darme sus voluntades para el tránsito, pero que para eso tenía una historia que contarme. Hablaba en un susurro, como si no soportara la idea de escucharse.

—Tengo que pedirle que hagamos lo que yo no hice. Y, por mi propia vida, sé que esa falta no tiene su castigo. Yo la cometí, y después viví estaciones largas y ubérrimas. Elegir nuestra muerte es nuestro privilegio, pero yo se lo negué a mi padre Héctor, mi padre. Para su muerte yo estaba un poco grande. Había tardado mucho: su vida había sido larga y ubérrima y yo me impacientaba. Esperaba, soñaba todos los días con el momento en que podría borrar su nombre del dintel de la Casa y de todas las órdenes: el momento de declarar mi tiempo. La noche anterior a su muerte me llamó a esta misma estancia para decirme sus voluntades para el tránsito. La estancia no estaba, como ahora, vacía: mujeres lloraban en todos los rincones y, en el centro, una vicuña paría y era reemplazada por otra parturienta. Mi padre Héctor, mi pobre padre, necesitaba todo ese aparato para asegurarse en cada momento de que seguía siendo el dueño de los animales y los hombres. En medio del barullo me pidió con un gesto que le acercara mi cabeza.

Mi padre Ramón, mi padre, no me miraba. Tenía sus ojos cerrados con todas las fuerzas que le quedaban: poca cosa. Una de las cortinas, al fondo, se movía; yo no podía dejar de mirarla ni de pensar que tenía que dejar de mirarla. Me preocupaba que me siguiera hablando en la lengua de vulgos.

—Me sorprendió que me hablara en la lengua de vulgos cuando me dijo su voluntad para su tránsito. Me dijo que tenía que dividir su cuerpo en quince trozos, según un dibujo que encontraría bajo sus almohadones, y mandarlo esconder en los rincones más confines de las Tierras. Quince días después de su muerte se comunicaría a vulgos y personas que el que encontrara y reuniera todos los fragmentos podría pasar con él uno de los tiempos de su muerte. Mi padre Héctor, mi padre, se había agotado en el esfuerzo. Pero me pareció que se le reían los ojos: debía ser que vieron el espanto de los míos. Entonces me hizo la pregunta y yo le aseguré que así se haría, lo besé en los labios como está mandado y me fui sin volver a mirarlo.

Mi padre Ramón, mi padre, sacó una mano de bajo la manta de vicuñas blancas y me apretó mi brazo. Yo no creo que las palabras que me dijo fueran las que estoy

contando: mi padre Ramón nunca habló así. Pero yo no le escuchaba las palabras: veía una historia. La luz que venía de las montañas se iba deshilachando.

—Salí de la habitación aturdido; puede que imaginara mi traición y me gustara. Pero tenía las mejores razones: si cumplía la voluntad de mi padre Héctor, mi padre, la vida de las Tierras se transformaría en su muerte: por la importancia del premio todos saldrían a los caminos, a buscar los pedazos. Nadie se ocuparía de otra cosa y mi padre Héctor, desde cada uno de sus cachos, se reiría a carcajadas al ver que seguía rigiendo nuestros días y noches como si todavía estuviera entre nosotros, o algo más. Y los hombres no podrían conseguir solos todos los trozos y formarían grupos y banderías, y las Tierras se pondrían como en los tiempos nefastos de los escondidos y las carcajadas de mi padre se escucharían detrás de las montañas. Las carcajadas de los barbudos también se escucharían.

Dijo mi padre Ramón, con un suspiro hueco. En su cara como un río de noche no había lugar para nada macizo: estaba huyendo.

—Primero pensé hablar con mis hombres, consultar incluso a una mujer que había. Fíjese el desconcierto. Pero entendí que tenía que resolverlo solo, sin que nadie supiera. Entonces decidí lo que ya sabía cuando salí, aquella noche, de esta estancia: no podía cumplir su voluntad ni bizco. En cuanto los gritos me dijeron que había muerto, publiqué el deseo sorprendente: mi padre Héctor, mi padre, en su inmensa humildad y como prueba de su gigante amor por sus vulgos y personas, me había pedido para su tránsito una cremación igual a la de todos.

Mi padre Ramón, mi padre, abrió los ojos por demás. Miraba muy fijo un rincón alto de la estancia, por encima de mi hombro, tan vacío como todo el resto. Ahí, seguramente, había habido algo alguna vez. Cuando volvió a hablar ya tenía la muerte en el aliento.

—Su fuego fue magnífico.

Me acordaba: ya me lo habían contado. Yo sabía que mientras mi padre fornicaba para hacerme, su padre se quemaba en esas llamas. La imagen de sus caras de fornicio mezclada con las llamas me armaban un recuerdo tremebundo. Una época, poco antes de mi aceptación, pensé que nunca podría acordarme de otra cosa.

—Pero fue un fuego. Cuando pasaron mis estaciones orgullosas, muchas noches temí que me llegara mi castigo a la traición. Ya sé que no. Ahora tengo que prepararme para mi propio tránsito y temo más que nunca: sé que usted me tiene en sus manos, sé que puede cumplir o no cumplir mi voluntad, según entienda, y no tengo ni el consuelo de pensar que si no lo hace recibirá su pena. Yo no la recibí, aunque puede que me llegue ahora, o que me esté llegando.

Sus palabras nunca habían sido tan lentas, trabajosas. Todavía me pesa el peso de esos ruidos. Puede que no me los olvide.

—Por eso le ordeno que me queme, también a mí, en una pira. A mi padre Héctor, mi padre, le va a gustar verlo. Y usted, cuando sea yo, cuando yo ya esté muerto, puede hacérmela porque no hacérmela es un esfuerzo que no lo lleva a nada.

Terminó mi padre Ramón, mi padre. Me alivió que al final retomara la lengua de Padre que siempre me había dedicado, y entonces me hizo la pregunta y yo le aseguré que así se haría, lo besé en los labios como está mandado y me fui sin mirarlo.

Mi estancia me pareció chiquita, atiborrada y repleta de una luz escandalosa: las llamas del gas estaban muy naranjas y despedí a los músicos ciegos que alguien había llevado. Yo tampoco tardé mucho en saber que no voy a cumplir su voluntad. Que uno de mis padres haya ardido en un fuego podía pasar por una rareza, un gesto de comprensión y cariño a nuestros vulgos. Que lo hagan dos, seguidos, sería como renunciar a nuestro privilegio: porque nosotros podemos elegir nuestra muerte, solamente nosotros. Si lo quemara, mi fuerza nacería enferma, los hombres me perderían todo respeto y todo se detendría en el tiempo. Tal vez sea lo que quiero, pero no así. Será que tengo que pensar, para mi padre Ramón, mi padre, otra voluntad. Su muerte está llegando. Por fortuna, ya no hay más muertes bellas. Si hubiera, sería que tantas otras cosas no sucedieron mientras.

Cuando el tiempo es el que debe todo lo errado se transforma en agua: no es fácil encontrar ese tiempo. Nosotros, como nadie, lo buscamos. Nadie sabe de verdad cuándo empezaron las bellas: había muchos, en aquellos días, que decían que no tuvieron un principio sino repetición. Las historias siempre hablan de eso: un hombre que se llama Jaime está por llegar al final de su edad.<sup>[4]</sup> Es carnicero: se le fueron sus días con un cuchillo muy hiriente en cada mano, remodelando la carne de vicuñas, gallinazos, perros, cuises, grandes caracoles. Les corregía las formas insidiosas: las transformaba en maneras del cuadrado y el círculo. Los cuerpos le resultaban, de tan palpables, un agujero: el recipiente de formas que llevaba repetidas tantas veces. Desde antes de cortar, sus ojos hacían de cualquier animal trozos sanguinolentos y precisos y hasta tuvo, en su casa, mascotas para que le desmintieran la mirada: no supieron. Trataba de verlas enteras pero no se le armaban: ya no creía que esos cubos pudieran ser un chanco. Una tarde vio en la nalga de su hija una pieza soberbia y creyó que ya era lo que tenía que ser. No le importó estar viejo. Satisfecho, se durmió muy temprano.

Será por eso que decidió de esa manera esa mañana. Es probable que conociera demasiado a las bestias y que, desde la tarde anterior, sospechara sobre su propia condición. Jaime era vulgo pero tenía un instinto raro. A la primera hora, en su puesto del mercado, cuchillos en las manos, creyó que no se moriría como todos: se dijo que él haría su muerte. No un suicidio, no una muerte del Libro: una que hiciera él con sus ribetes. El movimiento fue orgulloso, cerca de lo guarango, y le podría haber valido la cárcel<sup>[5]</sup> o un castigo. Jaime fue astuto: lo presentó como una humillación, y nada más de a poco se le fue viendo la soberbia.

No habló con nadie. Esa tarde, sin una piel para acomodarse, bajo el sol y un sombrero de juncos, se sentó sobre el polvo de un camino borrándose, a la entrada de la Ciudad. Ya habíamos construido las cinco puertas y esos caminos antiguos se iban

deshaciendo: no eran para las máquinas. El carnicero Jaime se pasó dos días sentado sin que nadie parara: pasaron tres y no pararon. Al cabo, el carnicero se dijo que al siguiente lo iba a parar a gritos: le salieron entrecortados por la seca. El carnicero le balbució a un zafio que llevaba higos chumbos al mercado que no volvería a comer hasta que pasara por esa encrucijada Padre.

Eran los días de mi padre Osvaldo. El tiempo acelerado que decretó mi padre Osvaldo<sup>[6]</sup> se prestaba bastante para los descarríos. Mi padre Osvaldo había esperado demasiado para suceder a mi padre Néstor, su padre: mi padre Néstor nunca intentó morir. Cuando le llegó el momento de reemplazarlo y decretar su tiempo estaba cansado y pensó en retomar el tiempo de su padre. Quería, pero la noche anterior a su Declaración fue la más larga. Durante esa noche mi padre Osvaldo recordó, con los detalles, cada una de las noches de su noveno invierno, cuando descubrió que era Hijo y que sería Padre alguna vez. Entonces era ligero y dormía sobre las panzas de cuatro gordas que mi padre le había regalado: ya no sabían qué hacer para que se durmiera. Mi padre Osvaldo, chico, las acostaba una junto a la otra y disfrutaba de sueños calentitos con olores de especias, pero poco a poco la impaciencia por que pasaran días le hizo noches tan largas que hasta las pieles elásticas le resultaban duras. Dormía mal, se revolcaba en los vientres y se juraba que cuando fuese Padre las noches durarían un suspiro de mono: muy poquito. Mucho después, cuando mi padre Néstor, su padre, se moría, el tiempo le parecía tan corto que decidió declarar lo que veía: que el tiempo va cada vez más rápido en la vida de un hombre, y aun de Padre: corre más rápido y más fuerte cuanto menos queda: como quien se va despojando de su peso, de su combustible, y vuela. Como quien come de sí mismo y es más y más ligero cuanto menos carne lo retiene.

La humildad del carnicero Jaime era grosera: mi padre nunca pasaba por ese camino y nunca pasaría por un carnicero que amenazaba con morir: a todos los carniceros les sucede. Jaime había hecho su muerte. Su agonía pareció larga, pero nadie sabe lo que duró para él: eso es lo bueno de los tiempos, el horror de los tiempos. Durante su agonía, vulgos empezaron a tomar la costumbre de acercarse al camino en los atardeceres: cada cuarta. Al principio, la hija del carnicero los recibía con amabilidad, como quien silba. Después se instalaron vendedores de aguas y esencias y el camino se transformó en un centro.

Iban en sus tropeles los maestros. Los maestros son los que siempre van a los puntos fútiles. Tienen tiempo y la excusa de que formarse es su deber para con los demás u otra palabra. Los maestros caminaban por el camino de polvo con sus gorritas de lana roja y su terca sonrisa de entender. Ahora, cuando yo sea Padre, quizá deje de haber maestros. Alguno comentaba:

—Nuestro Padre debería apiadarse, digo, una pezuña, un viento, nada, de este carnicero.

Le contestaban:

—Carnicero es el que debería apiadarse de Padre, con perdón, digo antes yo, y no

arrumbarlo a más disgustos.

—Muy al contrario, tiépidos, es homenaje.

Zanjaba un anciano. Y otro suspiraba, para asegurarse de que lo escuchasen:

—Ojos, mis ojos. ¡Bella la muerte del que a la muerte aterra...!

Y todos lo coreaban, incluso el carnicero. Que afilaba cada tarde más su cara y sus ojitos y ya no entraba en las conversaciones, pero miraba hacia ninguna parte con una mueca que parecía satisfecha. Nada más le pesaba que su cuerpo desnudo se quedara sin carne, y una noche, cuando todos se iban, charlotteando, por el camino, susurró que ya llegaban, que ya oía los cascos de las vicuñas de Padre y que él sabía que no lo iban a dejar que se muriera así. Se murió muy poco después, mientras los pasos de los que volvían a su encuentro no le dejaban oír sus fantasías. Lo cremaron ahí mismo, y turbamulta concurrió a las llamas.<sup>[7]</sup>

Por tiempo en el mercado del Este no se habló de otra cosa. En esos días se había empezado a comer ese guiso que, desde entonces, despertó los fervores.<sup>[8]</sup> Se contaba la historia de los pescadores hartos, pero el mecanismo del guiso se parece demasiado a la idea del tiempo acelerado de mi padre Osvaldo como para creer que el invento no salió de la Casa. Es más: alguien me dijo alguna vez que el guiso figuraba en las palabras con que mi padre pensaba declarar su tiempo, y que lo había desechado justo antes. Era un rito simplote; toda la astucia consistía en mantener la olla sobre el fuego durante la comida: el plato iba cambiando. Se empezaba por un caldo con trozos de verduras y carnes y frutas y se terminaba, tras situaciones varias, en una pasta sabrosísima hecha de todo lo que había: disuelto, bien deshecho. Como el tiempo de mi padre Osvaldo, el guiso era lerdo —moderado— al principio, y se iba acelerando, despojándose hasta convertirse en veloz —intenso— hacia el final. El guiso tomaba tiempo y compañía. Acucillados alrededor de una olla renegra, mirando los juegos del fuego de sarmientos, mercachifles hablaban de Jaime y de su muerte.

—La salvajada de vicuñas se allegó hasta el camino del Norte, digo, a la altura de Buños.

Decía un criador de cardones. Ya entonces, los criadores de cardones usaban una capa gruesa maloliente para protegerse de las púas, y maneras lentas como los frutos de sus bichos: nada más los aceptaban las peores compañías.

—Bueno va a ser cuando la salvajada de higos chumbos.

Decía un acarreador, con la tela en el hombro derecho, señal de su oficio, y todos se reían. Los vulgos no siempre dicen lo que quieren. Después había un silencio.

—No le caminarán a Jaime ni los pelos, pánfilos.

Lo rompía la madre del criador, calva como un cóndor sin pelo.

—Esas vicuñas, digo.

Aclaraba, y los otros cinco volvían al tema ineludible.

—Antes lo llamaban suicidio, digo: suicidio, tirifilos. A eso mismo.

Nadie le explicó que no, que el suicidio es el mayor optimismo: alguien supone que la vida debería ser mejor y se mata porque no sucede. La muerte de Jaime no era

eso. La discusión era constante y se armaban opiniones que no llegaban a formar banderías.

—Digo: estaba por llegar al final de su edad. Se moría igual y ahora nos hace hablar a todos. Es un astuto, chicarrones: un despierto.

—¡Y pensar que yo lo conocía!

—Eso no es veraz, digo. Sí, usted lo conocía, me da igual. Digo: no es tan veraz que estaba en su final. Podía haber continuado y seguido y pasar a ser anciano, pero eligió como eligió: tormentas.

—Era sano, mis hombres: lo bastante sano.

Dijo un joven recién aceptado, que quería decir algo. Los vulgos casi nunca dicen lo que quieren.

—Ahora, digo, qué pena. Si Padre hubiese concurrido, digo.

La insistencia de los guisos ennegrecía de humo los toldos del mercado del Este. El sol rebotaba contra espejos de hollín, y los suelos eran colchones de ceniza: las penumbras disfrazaban las maduras de la fruta. El olor requemado hacía tajantes las charlas más banales.

—Para qué esperar eso que llega, siempre llega.

—Llega y nos vuelve dignos, digo, dignos: hombres de la Ciudad, mujeres.

—La pasta de las frutas y verduras y carnes, el hollín, las cenizas: casi siempre.

No llovía, salvo las noches. El mercado del Este vende todo lo que la Ciudad consume menos los perfumes. Los perfumes tienen su mercado en el Norte, cerca de la puerta por donde llegan las esencias. El mercado del Este se abarrota de todo: tremendo batifondo.

En las calles del mercado todos usan su tela, para marcar la gentileza. Las calles del mercado corren entre casitas bajas, de adobe, donde viven sus mercachifles, y casi ninguna tiene pintada la pared: el mercado se apoya sobre paredes pardas. En una esquina, entre dos puertas, una mujer vieja acomoda sobre un paño blanco sus cinco ajíes —dos verdes, dos rojos, uno amarillo— para formar una estrella. A su lado, una mujer vieja acomoda sus cinco —tres amarillos, dos rojos— en forma de triángulo amarillo con dos alitas rojas. La tercera vieja tiene los cinco de un solo color —amarillo— y los despliega en círculo. Hay quienes saben leer esos signos. Hay quienes dicen que no dicen nada. Frente a las mujeres, sobre una tarima de madera que lo aleja de las inmundicias del suelo, la gran mesa del maquinista: majestuosa. El maquinista se presenta después de su comida; el resto del tiempo tiene un chico que toma los pedidos. El maquinista es gordo como un deseo, oscuro, con los pelos muy cortos de su oficio y los ojos chiquitos tapados por la cara. El maquinista está terminando un aparato: un ingenio vulgar, uno de esos moledores de maíz hechos en metal para que duren muchas veces.<sup>[9]</sup> Los buenos maquinistas tienen casas privadas: no vienen al mercado. Este maquinista había dicho que la muerte más bella es la que nadie sabrá nunca.

—Y para eso se puede hacerla, digo, o no hacerla también.

Hay vulgos en cantidades torrentosas. Acarreadores, peones que se ofrecen, chiquitas que se ofrecen, clientes, masajistas, los cinco mendigos, suficientes soldados: yo lo vi. Hay grupos de incompletos: muy gritones. También los vendedores gritan mucho: tratan de contar algo para vender lo suyo. Detrás del maquinista, doblando la esquina, empieza una calle de animales. Los cuises están hechos montaña, en sus jaulones de madera: pasan las horas royendo los barrotos con sus dientitos finos y los vulgos prefieren comprar a los que están por romper su madera: «El coraje les da gusto a comino», dicen los que son demasiado pobres para comprar comino. «O a pimientas verdes.» Los patos rojos van mezclados con los gallinazos: nunca se aparean, y cuando se pelean no se matan y quedan listos para la cacerola. No hay conejos: vulgos los temen por su silencio sostenido. Los perros chicos, negros, se venden al precio de cuatro gallinazos: son comida de fiesta, ladran sin parar como si estuvieran siempre en una fiesta. Antes se vendían también los animales muertos, pero eso daba demasiada facilidad a los falsificadores. Hortalizas y frutas son manadas; más allá, dormitan las vicuñas.

En los días de mi padre Osvaldo, cuando las bellas empezaban, todo se movía todo el tiempo. Había gritos, peleas con patadas, abrazos de mujeres, defecaciones muy ruidosas. Había tremendos resbalones. Cualquiera amenazaba todo.<sup>[10]</sup> Ahora, gracias al tiempo de mi padre Ramón, mi padre, todo se mueve y es como si nada se moviera. Los movimientos, aun en el mercado, no se ven. Todo se mueve pero los movimientos son constantes. No son lentos: constantes. No tienen brusquedades ni ángulos, eligen el recorrido más vacío de vértices, porque avanzan en un tiempo tan propicio.

Una mujer de cincuenta estaciones se prueba collares en las dos trenzas que le llegan, por detrás y delante, hasta las caderas: las cuentas rojas brillan contra la gasa suave de su túnica, y llaman las miradas. La mujer pone y saca collares pero parece un fresco. La túnica la vela desde la frente a las rodillas, la trasluce: tiene manchas de barro y desgarrones. El vendedor le ofrece más y más collares. Le pide algo: la mujer es ancha y se los prueba. A su alrededor se ha juntado barahúnda de hombres. Los vulgos siguen siendo tan fatuos ahora como entonces: en el mercado suelen empezar las banderías. Bajo los toldos, con grandes alharacas, trataban una vez y otra de hablar de las muertes del carnicero Jaime. Pasaron tantos días hasta que pudieron entenderlo. La madre calvita del criador de cardones, una comida, resumió:

—Me parece, digo, creo, mis amores, que hay una muerte nueva.

Y por primera vez alguien nombró las muertes bellas.

Fue fulminante. Cuando prende una fiebre en la Ciudad, pocos se le resisten. Pero la Ciudad hierve distinto en sus lugares tan distintos. Los que viven en el barrio fino, por ejemplo, son traficantes que ganaron mucho y quieren que se les note lo bastante: tienen sus casas ostentosas y suelen lanzarse sobre cualquier novedad para mostrar que nada les escapa y pueden todo. Ellos son siempre los primeros en tener nuevas

máquinas, y fueron espectadores ardientes de las primeras muertes bellas. En el mercado de la puerta del Este es más la mezcla: se juntan vulgos de las Tierras que vienen a vender con vulgos y personas de la Ciudad que venden o pasean o charlan o compran o meriendan, y siempre hay opiniones de todas las maneras: sirve para muy poco pero pasan con agrado el rato. En el mercado hubo bellas de todos los estilos: la competencia las hizo numerosas, y de ahí se difundieron. En el Mercado de Perfumes, limpio, majestuoso, que está donde termina el barrio fino, las discusiones son más serias: los traficantes son severos cuando están trabajando y piensan, de cada novedad, si hará que se usen más o menos los aromas. Con las bellas no sabían, no se ponían de acuerdo. En el barrio de Personas casi nadie discute: sus casas son sólidas y elegantes y rodean la Casa. En todo quieren ser como los de la Casa y sus discusiones se hacen en la Casa; de todas formas, siempre son los primeros en conocer las novedades y los últimos en seguirlas. Pero, cuando las siguen, es como si la montaña se moviera con sus rocas y nieves. En los arrabales de casitas de adobe no discute nadie: a alguno se le ocurre que una muerte bella le conviene, va, la hace y los demás, si lo ven, no saben bien qué vieron. En el barrio de Depósitos, entre la Casa y el mercado del Este, los que discuten son los guardias: el barrio de Depósitos no tiene gente suya, nada más los cargadores y cuidadores de los depósitos donde se guardan las provisiones y las cosas. Los guardias siempre empiezan tarde: esperan que un jefe les explique y entonces opinan muy fuerte con palabras breves. Los cargadores son más peligrosos: se aburren mucho y buscan. En el barrio de Antiguos, con sus casas chiquitas, viven algunos vulgos y más que nada los antiguos: lo que van a hacer nunca se sabe. Con las bellas la fiebre les agarró muy fuerte. En los tugurios, en cambio, a nadie le importan mucho las historias de afuera: los parroquianos van para olvidarse de las historias de afuera. No se olvidan, pero simulan mientras están adentro, y todos simulan juntos, porque saben que para eso fueron.

Gentes, vulgos primero, empezaron a imitar el ejemplo de Jaime. Las primeras bellas eran una corona humilde o vengativa de sus vidas: el vicuñero que corrió con un macho a la espalda hasta morirse de extenuado, o el maquinista que construyó durante tantas estaciones un aparato primoroso<sup>[11]</sup> que adosó a su oreja y que eyectó, a través de lanzaderas y más tuercas, el pincho que le cruzó los sesos, o, más grosero, el botero del segundo puente que se ancló. Muchos esperaban la siguiente, para ver: una muerte competía con otra y con la otra. Pero voces se levantaban contra los que seguían fieles a los principios del carnicero Jaime. Su belleza empezaba a decaer: había un modelo, un patrón que se estaba haciendo claro y cada vez era más difícil la sorpresa: la marca personal.

—El modo, digo, la manera. No me encandila la manera.

—La de meter a Padre en su cuestión.

—No, tarumba, de dejarse morir, digo. Bello, de verdad bello, en serio bello fuera hacer que lo maten.

—Realizar en el otro, digo: hacerlo hacer.



—Que la muerte sea ajena.

Calchaqui<sup>[12]</sup> estaba en puro sobresalto: se hablaba poco de otras cosas. Las palabras empezaron a llegar hasta las personas más bajas de la Casa. Joaquín, un oficial de la guardia de mi padre Osvaldo, conocía un secreto que casi todos conocían sobre el jefe alerno de la guardia, un llamado Jacobo. Joaquín era de esos que tienen la cabeza un poco chica, puntiaguda hacia arriba, y no entienden el sabor de los secretos: son cazurros, no conocen, y no se dan cuenta de que el secreto es bueno para comer a solas: para irle sacando los gustitos y deleitarse más. Para contarlos hay que saber contarlos.

Hay tantas versiones sobre este secreto demasiado sabido que no vale la pena recordarlas: las unas harían falsas las otras, y las otras así. Era un secreto nimio, pero fue impresionante que Joaquín lo contara en la sala de la guardia mientras caía la lluvia de la noche.<sup>[13]</sup> Todos se habían reunido: bebían y cantaban canciones de jolgorio:

«El mareo de la Sara  
no marea ni mi espada.  
La llena, la llena  
de la sangre blanca.  
El mareo de la Sara  
cuando cae, cuando cae  
de sus ancas a mis ancas.»

Quizá no en otro momento: si lo hubiera contado en otro momento quizá no, pero contado en ese, justo en ese, Joaquín sabía que estaba obligando a Jacobo a terminarle la carota. Joaquín intentó una defensa corta, mientras Jacobo alzaba el brazo: dijo que no por contarle el secreto dejaba de serlo.<sup>[14]</sup> Los secretos, dijo, no lo son porque no se conozcan, sino por algo más propio, que les sigue perteneciendo en cualquier boca. Si no, dijo, los secretos perderían su ser más que muy fácil. Eran palabras preparadas: la frase con que quería que se contara el momento de su bella.

Que no tardó nada. El mazo de Jacobo cayó sin ceremonia sobre su cabeza. No recto, como algunos suponen que caen los mazos, ni silbando en el aire: con un suave desvío medio curvo para entrar justo detrás de la oreja, en un montoncito que se protege detrás de las orejas. Ahí es donde casi no hace ruido.

A la mañana siguiente, la Ciudad comentaba el impulso del soldado, la lluvia, los ecos de la canción, los grandes frescos de la sala, la gratuidad sin tachas, y muchos lo envidiaban a voces o en silencio. Desde esa mañana las discusiones empezaron a crear banderías, que produjeron a su vez agrupamientos. Los que siguieron al carnicero Jaime insistían con su idea de que la bella debe llegar por mano propia, a través de bellos mecanismos; los del soldado Joaquín proponían la busca de la mano de otro. A menudo los que defendían a Joaquín estuvieron a punto de favorecer a los

de Jaime con una bella Joaquínita: partiéndoles el cuello. Y los de Jaime no siempre se entregaban con la resignación debida. En poco tiempo, de los dos troncos mayores habían nacido más y más brotes. Jóvenes jaimitas ortodoxos fanatizados tremebundos planeaban pasarse veinte inviernos en un trabajo para coronarlo con la bella que habían imaginado: un criador de cóndores que aprendería todos los secretos de volar un cóndor para tirarse, un día, desde un picacho alto, sabiendo que nunca volaría; un encalador de paredes que usaría su cuerpo para encalar un muro largo y envenenarse sin remedio y vomitarse poco a poco; un orfebre que se engazaría en todos sus agujeros piedras resplandecientes. La muerte bella era la historia de sus vidas y era, por esa obcecación, tanto más bella.

Contra esa construcción paciente y minuciosa, seguidores de Joaquín defendieron la idea de la inspiración repentina: el acto súbito que nada permitiese anticipar. Eran imprevisibles y eran más peligrosos: para hacerse matar cometían tropelías de repente. Mi padre Osvaldo tuvo que frenarlos: sus raptos traían aires de zozobra, amenazaban la seguridad de casi todos. Pero los más preocupantes eran pocos. Los más entusiastas seguían siendo vulgos: esa gente de todas formas muere y muere mal. Que supusieran que estaban haciendo de sus muertes belleza los tranquilizaba, los mantenía ocupados: nunca podrían arrepentirse.

La mayoría, como siempre, se dedicaba solamente a la discusión, al estudio y esbozo y corrección de formas y maneras. Se planteaban problemas: ¿sería jaimita o Joaquínita la bella que llegare por una mano ajena que no actuase a conciencia: uno que se arrojara, por ejemplo, contra la lanza distraída de un soldado? ¿Uno que se provocare a sí mismo hasta sacarse de sí y que, en tal descontrol, se diese muerte, haría una bella Joaquínita o bien jaimita? ¿El que azuzare durante muchas estaciones, en progresión medida, a quien un día saldría de sí para matarlo, haría una o la otra? Los argumentos podían aseverar cualquiera. Pero era necesario que alguien llenara con hechos las palabras, cada tanto; hubo días de peligrosa sobrecarga. Durante varios padres el entusiasmo por las muertes bellas se fue y volvió como vuela el chimango: redondito. Todo se complicó cuando llegó a la Casa.

Durante mucho, los habitantes de la Casa se mantuvieron o fingieron mantenerse al margen de una corriente tan vulgar. Cuando la recibieron no podían contentarse con bajas baratijas. Pretenciosos, fue entre ellos que arreció la discusión sobre el error. Consejeros esperan la presencia de mi padre Osvaldo en la sala de Sauces. Mi padre va a tardar: mujeres del serrallo yacen y charlan en el rincón de las vicuñas, recostadas sobre las flores y el lomo de recién paridos, lubricados por el jugo de sus madres. Sus pieles pardas brillan contra el blanco de los cueros lanudos. Dos se abanicán, una chupa higos chumbos, otra el pistón de un consejero. Lejos, para que sus voces no se oigan, del otro lado del arroyito que atraviesa el suelo cubierto de flores, tres consejeros viejos, aunque no ancianos, sentados sobre almohadones de aves grandes, las miran y conversan.

—Usted puede pensar lo que usted quiera, sin las dudas, pero importa ver qué

sucede en un caso de falla, qué acaece: en el caso de fallar la tentativa.

—O mejor, antes: quien llega al punto Joaquinita y obliga al otro a hacerle su muerte, sin las dudas, en tal instancia: ¿debe resistirse a esta o más bien no, parece?

—Entonces, en un caso de falla, suponga usted: quien lo ha intentado de corazón y sobrevive ¿debe otra vez intentarlo de inmediato, o bien no, o la tentativa tiene ya de por sí valor de bella, sin las dudas?

Las mujeres sobre lomos podían, pese a las precauciones, oírlo todo. El consejero que las usaba se desprendió del pico de la hembra y se juntó a sus pares:

—De ninguno, pero ningún modo.

Dijo, airado. Estaba furioso, pero no lograba aflojarse el pistón, que seguía duro. Lo cual daba iracundia a sus palabras. Se llamaba Jose:

—Si valiera como bella la sola tentativa, todos se las arreglarían para la salvación y todo el arte saltaría en pedazos.

Los consejeros siempre se enredan en la panfilada.

—Eso es, es eso —le contestó el más viejo, que estaba a punto de llegar a anciano. Es de roca: si la tentativa valiera por sí sola, nos traería el desafío de armar una trama bien difícil: que la bella parezca pero que al fin no sea. Las bellas podrían volverse algo civilizado: sin las dudas.

Fueron los tiempos en que alguien descubrió el justo medio entre Joaquín y Jaime y lanzó el estilo colectivo. La idea fue genial. Las bellas, hasta entonces, eran un cuento. Algo pensado para que sus detalles fueran encomiados por narradores entusiastas, y despreciados por los detractores: después. Una florista se plantaba en un cuadro de tierra y allí quedaba, con el único alimento de un riego cotidiano, hasta secarse, y alguien —el que la regaba, otro— se encargaba, al final, de contarlo. Un paseante pasaba frente a puma bebé, con su madre y padre al lado, y lo atrapaba y fornicaba justo antes de que el padre lo desnucara de un zarpazo. Todo había sido demasiado imprevisto: si no acertaba a pasar un testigo, la bella no lo sería por falta de relato. En cambio las bellas colectivas daban el espectáculo ideal.

Las bellas colectivas se preparaban temporadas y se hacían en un momento preciso, previsto y advertido, delante del público que fuera. Durante mucho, las bellas colectivas tuvieron una forma: un grupo de cofrades se reunía muchas veces para poner a punto una coreografía en la que todos debían rebanar, a una, la cabeza del contiguo. Llegado el día, el grupo convocaba en la plaza del Mercado a los que fueran gustosos. Los integrantes se presentaban un rato antes, vestidos con una piel de zorro alrededor del pecho, y se formaban en una ronda amplia. Solían ser entre cinco y quince: se paraban mirando hacia afuera sobre unas planchas de cobre de distintas formas y grosores. Entre el público de vulgos había, disimulados por pinturas y afeites, personas de la Casa. Sus pies los delataban.<sup>[15]</sup> Primero, los integrantes miraban con fijeza caras del público y había espectadores que lamentaban estar allí y suponían que no podrían olvidar esa mirada y otros se regocijaban porque no podrían olvidar esa mirada y otros nada más esperaban ansiosos el momento. A

una voz todos los integrantes volteaban la mirada hacia su compañero de la izquierda y le recitaban borbotones de insultos y recuerdos hirientes. El murmullo crecía. El olor de esos sudores era más que excitante. Después, a otra voz tremenda, se levantaban las espadas, se hacía silencio y, a la tercera, cada cual rebanaba la cabeza de su derecha.

Que rodaba sin un grito. Los mejores consiguieron que todas las cabezas cayeran al unísono, con el mismo golpe, sobre las planchas de cobre de afinaciones varias. Sé que la nota era sobrecogedora, y que explicaba casi todo. Algunos dicen que sonaba como el primer estallido de la montaña de más al norte, justo antes de que empiecen los fuegos y la lava. Otros dicen que de tan grave dejaba en los oídos un agudísimo, como si colibrí cantara. Otros dicen que sonaba de un mar. Otros, que sonaba de nada. Muchas veces, algún golpe no seguía el ritmo, y el culpable moría un momento después, sabiendo que había arruinado la obra. A veces, incluso, por error, una cabeza no rodaba, y ese hombre tenía que buscar de inmediato solución a la falla. Pero una madrugada, en una sala de la Casa, en una función nada más para nosotros, un grupo de soldados muy hechos al manejo de la espada consiguió las dos notas: las cabezas cayendo primero en un vibrato que parecía interminable, los cuerpos después con la gravedad de algo que se acaba. Dicen que entre los que escuchaban uno murió como homenaje; varios empezaron ahí mismo a preparar sus bellas y cinco mujeres prometieron callarse para siempre.

Fueron perfectos. O quizá nunca lo hicieron y fue un cuento que se inventó alguno: era un cuento creído, uno que les gustó creer a muchos. Existía: en los intentos de superar ese sonido la Casa perdió muchos soldados y servidores bien valiosos. Mi padre Atilio dudaba: si los prohibía, pasaría por un pusilánime. Por supuesto que ningún Joaquínita se atrevió a matar parientes de mi padre Atilio,<sup>[16]</sup> pero muchos discutieron la idea: la muerte que se daría al asesino sería tan lenta, tan llena de ornamentos, tan descollantes sus matices y tormentos, que merecería el gran lugar en el registro de las bellas.

Las bellas de la Casa y las bellas de los vulgos tenían sus diferencias, pero las unía la misma intensidad: en aquellos tiempos, más allá de las muertes no había nada. Lo que las hacía bellas era la determinación con que alguien se lanzaba sin necesidad en el vacío: porque sí en el vacío. La belleza estaba en los arcos que dibujaba el salto. La revuelta de la vida posterior, la vida larga, terminó con eso.

Siempre sospeché que, más o menos preciso, mi padre Ernesto imaginó que la vida larga era un mal menor al lado de esta catarata de las bellas, y dejó que empezara el movimiento. O por lo menos dudó, y cuando quiso retomar las riendas ya era tarde. Por eso ya no hay bellas: nos llegó la Larga. Mis vulgos y personas deliran por sus Largas. El que los viera ahora, regodeándose en su Larga tan pensada, contándose detalles, discutiendo maneras, no podría imaginarlo, pero hubo tiempos en que los habitantes de la Ciudad y las Tierras no esperaban nada de lo que había detrás de la muerte. No esperar nada, saber que se morían, era su distintivo: era su orgullo. Era su

marca de ser vulgos y personas. Al morir morían, y todo lo que deseaba un hombre era que su cuerpo fuera incinerado con cantidad suficiente de mujeres. Ahora, tan buscando la Larga, sus cremaciones son ofensas. Mi padre Ramón va a morir esta noche, y quiere que lo queme: que mi fuerza se muera con su muerte, cuando debiera estar naciendo.

Sin embargo, a nadie nunca le negamos el calor de una pira que se trague su cuerpo: quemar cada cadáver es piedad. Siempre fue así. También tras el combate más guarango, el vencedor le daba a sus vencidos el consuelo de la cremación. Los fuegos, las llamaradas de hombre que se tragaban los cuerpos de esos hombres rudos prestaban un momento de alivio después de la batalla: tibios, los muertos de los bandos se mezclaban y mostraban, en el humo, la fugacidad. La guerra no funda, suele decir mi padre: si acaso difumina, restablece con su filo de tanto orden el caos necesario.<sup>[17]</sup>

La ceremonia no era para enseñanza: había jolgorio. Los vivos, enardecidos y mimados por los olores de la carne, celebraban bastante. Junto a los fuegos, soldados apoyaban su cabeza en vicuñas: no había suficientes, pero las cabezas también querían juntarse, sentirse los calores. Habían pasado mucho miedo durante la batalla: es muy difícil no pasar miedo cuando la suerte depende de la labia de otro<sup>[18]</sup> hombre y de la suerte, y uno no puede nada. Muchos se lanzaban a sus desahogos: se trezaban en peleas que revolcaban en el barro y se mezclaban con manotazos y mamadas; algunos iban quedando, en el barro, dormidos fulminados y enredados en un cuerpo de otro: era curioso que después de nuestros combates tan cuidados, el campamento terminara pareciendo un campo de batalla antigua. Otros se fornicaban sin el prólogo de las tomas y llaves; muchos cantaban las canciones más bestias que sabían. Un soldado veterano era tan ancho y tenía la cara tan oscura, tan de bebe amoroso con todas las maldades, que todos lo aplaudían cuando meneaba su pistón. Una batalla excita tanto. Casi todos bebían y contaban las hazañas que habrían podido sin ninguna duda. Es lástima que nuestros combates ya no tengan hazañas. Había cocciones, coitos, cantos y los acertijos con los que algunos ganaban partes del botín, bajo la lluvia. Siempre llueve cuando se acaba de decidir una batalla.

—¿Qué sigue cuando se detiene, digo: brilla cuando desaparece?

—El olvido.

—Juanca.

—Los fornicios.

—¡La muerte!

Sin la garantía de las cremaciones habría sido imposible llevar a ningún soldado a la batalla. Sin la garantía, el arte de la guerra tendría que haber vuelto a su forma más rústica. Todavía se recuerdan los días en que la guerra eran peleas, y cómo terminó.

Era el tiempo de mi padre Atilio,<sup>[19]</sup> que había decidido un tiempo de temor, de excesivo respeto. Mi padre Atilio explicó que la solidez de la materia es una

propiedad del tiempo. El agua, que parece blandita, sería, si un momento durara mil vidas, dura y maciza. La piedra de azur, que parece firme, sería, si mil vidas durasen un momento, maleable por lo fofa. Pero la materia, toda la materia, se desgasta, decía mi padre, y esto prueba que estamos equivocando el ritmo del tiempo.

—Cuando nos ajustemos al tiempo conveniente —anunció, al anunciar su tiempo, al día siguiente de la muerte de su padre Cándido— va a dejar, de pronto, de haber pérdidas: todo va a ser siempre como viene siendo.

Era un pusilánime. Mi padre Cándido, su padre, había repetido el tiempo de mi padre Mario, su padre, y Atilio no podía repetir otra vez. Preocupado por la decisión, la más importante que tomamos, la mirada de las rocas y torrentes del jardín le sugirió su doctrina pavota.

Su tiempo parecía melancólico: fue nefasto. Es el tiempo más incómodo que Padre haya creado: producía como ningún otro la obligación de revisar todo el tiempo el propio ritmo para adaptarlo a un ritmo supuesto, que Atilio no se atrevía a definir: el ritmo verdadero. Una agachada: Atilio abandonaba su privilegio de Padre y se ponía en manos de un supuesto ritmo esencial, invisible y ajeno. Gallinazos eran desplumados porque ponían más huevos que los prudentes, comidas eran arrebatadas humeantes de las manos tras un plazo prefijado, amantes demoraban hasta lo impensable el punto del abrazo, tejedoras pasaban a los prostíbulos menores porque su lana se trenzaba demasiado rápido. Pero cada pelo desparejo, cada muerte, cada chorro de agua que empapaba el suelo era una prueba más de que el ritmo no se rendía a los hombres.

En el tiempo de Atilio sus tropas, bien desorientadas, se machucaban por probar nuevos ritmos con las lanzas, por apurar mandobles. Muchos llegaron a dejar las cerbatanas mecánicas y cundía la desazón en forma de suspiros y alguna cuchillada. Eso cundía; pero más de una vez he visto que los tiempos más adversos dan los buenos resultados: por esa desazón aprendimos o inventamos nuestro arte de la guerra.

El origen estuvo como siempre en otro hábito: era norma que el jefe, antes de lanzar la tropa a la batalla, la inflamara con arenga encendida. Al principio, cuando el enemigo era siempre lo mismo, las diatribas se ocupaban de los propios méritos: el jefe ensalzaba las virtudes de cada oficial, de cada soldado: de uno alababa la vista penetrante, de otro la potencia del brazo, de aquel la mente bien provista, de este los ilustres ancestros, de quien las cualidades amatorias, de cual la agilidad en la carrera. Pero el aumento de los combatientes y la complicación de las guerras<sup>[20]</sup> hizo que el enemigo fuese cada vez más aleatorio, más inesperado, y convirtió la arenga en una relación devastadora de las ofensas que la lid lavaría: una justificación del futuro inmediato.

Dos ejércitos se habían perseguido estaciones; estaciones, habían ejercitado esa orfebrería delicada que fue por padres el arma de nuestros jefes: el arte de dibujar con sus hombres filigranas en el territorio y prolongar persecuciones que parecían huidas,

y huidas que persecuciones, hasta conseguir todo lo que requiere una batalla: que la temperatura alcance esas cotas donde el sudor de un hombre se transforma en cólera, que la geografía<sup>[21]</sup> ofrezca al avance de los propios los obstáculos para que cada paso parezca aquel triunfo, que la fatiga de los soldados les haga perder su noción del peligro, que el jefe enemigo ocupe una posición que le permita admirar la exquisitez de la maniobra y entrar en el combate sintiéndose bastante tirifilo.

El invento llegó por un error de Jacobo. En esos tiempos de tradiciones, Jacobo era un fanático: en su casa, como en pocas más, se había mantenido a través de padres la vieja costumbre que pedía que en cada casa alguien muriese en un combate para que sus parientes pudieran aspirar a una jefatura más o menos. Pero en la casa del bisabuelo de Jacobo hacía padres que nadie la cumplía: habían ganado mucho con perfumes y les daba pereza. Hasta que, dos generaciones antes de Jacobo, una Norita,<sup>[22]</sup> hija de un hombre de su casa y quizás una biógrafa, se rapó los pelos y se afeó con cirugías dolorosas: se hizo casi un varón y se alistó para lavar la afrenta. Después de la instrucción, Norita consiguió que la mandaran a una guarnición lejana: en la frontera norte: iba a tener más oportunidades de combate. En los destacamentos más cercanos, más elegantes, los oficiales le habrían reconocido los rasgos de su estirpe. Además, sólo en el norte hacía el frío necesario: nada más un soldado en el norte podía hacer lo que hizo Norita, porque se ponen tanta ropa que pueden esconder sus cosas.

Norita había sido bastante varón desde el principio: tenía caderitas y unas mamas que quizá le crecían para adentro, pero hacia afuera poco. Con los arreglos desaparecieron lo muy poco que eran, y algo le hicieron en los ojos que le quedaron torvos, como miran los varones muy vulgos cuando buscan un coito. Era curioso que esos ojos le salieran tan bien, y resultaba incómodo: los que la cruzaban siempre creían que los buscaba para carne. Pero además de los ojos y sus mamas, el resto de Norita seguía siendo chico, poca cosa: la pata más chica de una langosta grande como el aire.

Norita era uno de esos mimbres quebradizos que brotan junto a mis lagunas: que deberían quedarse siempre junto. Nacen del agua, crecen con los peces: esas cañas son para la pesca o, todo lo más, para azotar la superficie de la laguna cuando mañosa se desmanda en figuras, y amenaza. Pero algunos pretenden usarlas para azuzar a los vicuñas o castigar a un inferior: para nada de eso las preparó su origen.<sup>[23]</sup>

Desde chica Norita había mostrado su temperamento. En el gran patio de baldosas verdes, las nenas de los sirvientes de su casa se revolcaban con esos muñecotes vestidos de soldado que vulgo llama «chavalazos», y los chicos con muñecas a las que hacían bailar los giros interminables del sirkusi para poseerlas en éxtasis; ella era buena para cazar mulitas.

«Nora, purita  
requecho del estiércol.

Os llama la mulita,  
vosotra obedecéis:<sup>[24]</sup>  
al cinco tornáis seis,  
al sol una muelita,  
todo inverso lo hacéis:  
Os llama la mulita,  
vosotra obedecéis.»

Le cantaban, burlándola. La mulita, se sabe, es un animal de caza ingenua. Alcanza con azuzarlo con piedra aguzada para que se enrolle sobre sí, se transforme en bola y ofrezca su cuerpo a la derrota. Es muy parecido a los vulgos de la Ciudad. Pero la chica tenía sus maneras. Un día descubrió que la mulita se desenroscaba si se le presentaba un par del otro sexo: Norita tenía un casal encerrado y, en cuanto la presa producía el enrosque, la llevaba a un círculo que rodeaba de fogatas y le ofrecía, desde el otro lado de los fuegos, el par. El animal, excitado por el olor del otro, se lanzaba a través de las llamas y solía achicharrarse: conseguía bastante bien achicharrarse. Otras veces lo trabajaba con el agua. Era, decía, de tan bruta belleza el espectáculo de las burbujas de aire subiendo desde esa bola de uñas enroscadas, formando en el agua quieta del estanque un movimiento en cuyo desarrollo, potencia y regularidad veía un lenguaje. En esas burbujas, ya acompasadas, ya súbitas, patatas, renacuajas, la niña leía futuros que otros chicos temían con tozudez y espanto. En estas, en todas sus andanzas, Norita buscaba la belleza.

La belleza es un bien —un camino— oculto, disimulado por sus velos: la hermosura es el más frecuente. Las plumas del bahijí, el olor imponente de una vicuña recién parida, los glúteos maratónicos del bailarín o la recta de un camino en las montañas pueden presentar hermosura, pero jamás serán bellos: la belleza sólo se da en el tiempo, en el encadenamiento perfecto de una serie. Mis poetas pretenden que hay palabras que son belleza en sí: llegaron a hacer reglas para el uso de algunas.<sup>[25]</sup> Van a entender de nuevo que solamente la sucesión de palabras puede formar belleza, y así los actos, las imágenes, las burbujas de aire en el estanque, el sacrificio que nunca se consuma, el fornicio a veces. Así se puede llegar a la forma que a fuerza de perfecta ya ni siquiera es bella: cuando una serie se condensa en uno, se reúne en un punto del espacio y el tiempo, termina: se termina.

Norita, en sus tiempos de caza, sabía cómo hacer el camino de burbujas. Mucho después, desdentada por su propio esfuerzo, con la nariz torcida y una cojera chica, Norita encontró en su vida militar las suspicacias: la miraban raro porque se negaba tajante a practicar con los demás soldados cualquier fornicio fuera de la mamada. Y se negaba a recibirla: nada más la daba. Pero la daba como nadie.

En aquellos tiempos la mamada todavía se consumaba alegre, ingenua: la risa del enchastre. Los hombres en general, los soldados, la preferían al regodeo de la lengua en una válvula: les parecía más de hombres. En la mamada, el hombre, la boca del



hombre, se apodera de un pedazo del otro, lo agarra: lo posee. En el regodeo, en cambio, la lengua gira en pura desazón: tiene que trabajar el vacío, sin presa, e imaginarle consistencias y volúmenes que vienen de otras partes. Algunos trataron de ver en esa falta lo fuerte de la lengua: la lengua tienen que inventar lo que no hay. Es como todo.

Nuestros soldados no caían en esa trampa. Les gustaba contarse, en las fogatas de los campamentos, la historia de Papardanapal, uno de esos dioses de los antiguos habitantes.<sup>[26]</sup> Con tantas idas y venidas el campamento cambiaba de lugar todas las noches. Las banderas azules de la Casa marcaban el lugar; a cada bandera dormía atada una vicuña: si había ataque nocturno, con gritos se espantaba a las bestias para que las banderas se escaparan. Pero nunca había. En el norte los soldados dormían en un gran pozo, que cavaban en la tierra seca una y otra noche, para protegerse de los cardones que les llevaba el viento. Adentro del pozo prendían los fuegos, asaban los maíces y los animalitos, oían las historias. Jose, que sabía repetir como nadie el acento socarrón de los antiguos, era el preferido. Sus historias siempre empezaban con la vieja fórmula.

—¿Ustedes quieren que les cuente un cuento?

—¡Ya!

—¿Aunque puede ser mentira?

—¡Ya!

—¿Aunque puede ser verdad?

—¡Ya, ya, ya!

Jose tenía los ojos chicos como el puma de noche y cuatro dientes. Las palabras se le llenaban de silbidos que nadie sabía hacer. Los soldados se recostaban los unos en los otros; Jose giraba sobre sí mismo mientras iba contando, con la manera de hablar de los antiguos, que imitaba con gracia:

«Vagaba Papardanapal-dios de excursión a las Tierras, cuando topó con zagal perdido en lo más más hondo de las montañas del norte. Pastorcillo, de su nombre Guiura, tenía extraviado su rebaño de canes en bruta tempestad. Tras siete días y noches sin reposo ni restaura, bordeaba orillas de la extenuación. Pastorcillo era bello, sus ropas iban rotas y mostraban heridas que temblaban como labios abiertos. Papardanapal era un dios chico, tan nimio que del tamaño de nada más tres hombres, y era virgen. Conmovido por indefenso tan bonito, amagó ir a buscarle vituallas, pero entendió que no poderse hacía y, de lleno, que nunca podía hacerse: el tiempo de los dioses es tan largo, uno de sus minutos es tantas horas de los hombres, que cualquier expedición hasta los alimentos duraría mucho más que la vida menguada de Zagal Guiura. Zagalejo, ya agonizante, apoyábase en roca de colores; contra ellos, su melena negra llallameaba en estertores de gran frío. Sus ojos se le salían por el hambre y la sed y miraban al poco dios con la belleza irrepetible.

Acusaban, los ojos. Papardanapal-dios supo que si no salvaba a Troperito, si en ese rincón vago, alejado de las miradas y las recompensas, no salvaba esa vida, dioses

perderían para siempre su respeto en los hombres. Con rapidez humana, Pocodiós tuvo una idea y la lanzó: desabrochó su coraza de finísimas lajas pintadas color cielo, rebuscó de su paño el pistón flácido y lo llevó a la boca del muriente. Entonces sacudió con la cabeza de Pastorete su propia cosa y, jugoso, lo llenó de bebida. El pistón de un dios de antiguos no era como tantos: remolacha panzona, rojísima, manchosa, ensartada al final de aquel cuello de ganso desafiante, desplumado, viene a ser: tremebunda garompa, viene a ser. Grandioso para la sed de un pastor extraviado.

Cuando Zagalón hubo calmado sus ardores más urgentes sedientos, Divinazo, con voz que en nada asemejaba al trueno, lo alentó a calmar hambre con la ingesta del pedazo de carne. Zagal se lo zampó. Así: sacra masacre en sacrificio.»

Los soldados se retorcían contra otros, de la risa, y golpeteaban sus muslos con las manos. También escupían hacia el cielo, se tiraban brasas, mordían el filo de una espada. Les daba un poco de risa la historia y tanta las palabras de antiguos. Jose manejaba sus tiempos, y llegado a este punto paraba y preguntaba, como las reglas mandan:

—¿Quieren que les cuente finales?

—¡Ya!

—¿Aunque nada los siga?

—¡Ya!

—¿Aunque puedan ser otros?

—¡Ya, ya, ya!

«Siete días y noches —que para Papardanapal fueron siete breves, deleitosos minutos— quedaron Pastor y Dios en la montaña. Al caer cada sol, del vientre de Endiosado volvía a crecer el pistón deglutido, y Troperete repetía su pitanza. No se cuenta en cuál de los atardeceres empezó Pocodiós a descubrir el placer que ya no sacrificio. Pero sí que, al cabo de tres días, Zagaleta Guiura ya estaba asaz restablecido y podía emprender un camino de vuelta y, sin embargo, ni él ni Divinejo se abocaron a hacerlo. Después, cuenta la historia, el dios hubo de regresarse a sus asuntos y al caserío el pastor pero la semilla, la costumbre, ya quedaba plantada.»

Papardanapal, por supuesto, no existió nunca, y mis soldados no precisaban que los dioses les explicaran dónde estaba el placer para ir a darlo y a tomarlo. Son historias pavotas, de los antiguos pobladores: de rústicos que creían que sus hechos necesitaban que un dios lo hubiera hecho primero. Me río, a veces, pensando en la cantidad de problemas que traería esta costumbre: lo difícil que nos sería empezar cualquier nueva. Ahora alcanza con que nosotros la digamos. Ahora estas historias nos provocan sonrisas: a los soldados les daban risa y un suave cosquilleo en las caderas. Se reían, cuando las escuchaban en el campamento, porque sabían que el dicho les renovaba el hecho:

—No la degluta toda toda, digo: que yo no soy un dios...

—Ya se nota, ya ya.

—A mí no me crece de nuevo pero a usted la cabeza tampoco.

Norita destacaba por exquisita y su mirada; otros decían que era la suavidad de su boca sin dientes, y otros el movimiento que producía su manera de mamar salmodiando viejas canciones de la guerra. Acostumbrados a ese arrullo, muchos la siguieron cuando se lanzó a lo más hondo de las filas enemigas: hacia la muerte que necesitaba. Muchos murieron con ella en esa jornada gloriosa: fueron los más afortunados. Tras la batalla se recogieron los cadáveres; cuando la desnudaron para cremarla se descubrió el engaño: era una hembra. Sobrevivientes mezclaban su alegría con atroz amargura y se arrancaban los pelos de las piernas. Los desconsolaba el escarnio de haber tenido tanto comercio con una hembra, sin saberlo.

No porque fuera una mujer o porque se hubiera disfrazado. Una mujer siempre es algo un poco disfrazado: de mujer, casi siempre. Entonces tranquiliza. Ese no fue el problema. Es cierto que demasiado contacto con hembras no hace al hombre más hombre sino menos. También es cierto que nadie desdeña el encontronazo con una mujer apetecible, pero cuantos más hay, más hay que multiplicar la colusión con hombres o los encuentros con sí mismo,<sup>[27]</sup> que transmiten en sus jugos la esencia de la varonía. Pero el problema no fue ese. El problema fue por la mamada.

De todas formas, la reacción de los embaucados fue grosera, tanto más bruta que la ofensa que solamente la explicaba la influencia de un charlatán de entonces: el sabio Javier. A Javier se le recuerdan pocas: es uno de esos que pasan por su vida con el cometido de una sola frase, un gesto, la fuga de un momento talladito en guijarros. Quedan de él las palabras que hicieron su memoria y su desdicha. Que, como ya dije, pretendieron demostrar la impertinencia de ciertas formas, modos y maneras de la vieja mamada.

Poco se sabe. De Javier no quedan, como de otras vidas, conjeturas sobre un siniestro origen apropiado que lo justifica, ni retratos pardosos que lo pintan con rasgos convenientes. La vida de Javier sería, si alguna de nuestras biógrafas la retomara, la oportunidad para disimular tras un nombre y un puñado de dichos conocidos la invención de una historia y un destino. Pero nuestras biógrafas ya se olvidaron de esas tentaciones.

Nada más contarían que era grandote y se ocupaba de mejorar la raza de los mineros en los grandes socavones del Oeste. Javier era de esos que ladean la cabeza cuando van a decir algo que suponen que el otro debería escuchar: creen que se hacen más interesantes; en verdad, saben sin decírselo que nadie nunca los escucha y propinan el gesto para ver si así. Javier la ladeaba a la izquierda, con su gracia, pero después hablaba y reventaba el efecto. Los que son así siempre hablan demasiado.

Los mineros son unos cuerpos pobres, que descienden de los antiguos pobladores de las Tierras. Con sus cabecitas, sus pechos muy partidos en el medio y sus pelos naciendo entre las cejas sirven más para acarrear los cestos de mineral que para medir las proporciones de fundir. Muchos de los trabajos de la mina tenían que encargarse a hombres traídos de la Ciudad: era molesto.

Javier tenía una cueva donde no entraba el sol, junto a los socavones, repleta de retortas, y trabajaba en mejorar la raza. La cueva era el único lugar, en esos peladales, donde el calor no era aplastante. Tenía sus paredes agrietadas, irregulares de rocosas, como las de algunos traficantes de Calchaqui que quieren imitar lo grande de la naturaleza. En la cueva, las paredes estaban llenas de dibujos de sus experimentos.

Javier no salía casi: odiaba esos campos de polvo. Ayudantes graciosas le enlazaban cada cuarta algún antiguo, lo exprimían con la mano y se volvían corriendo a la cueva, donde descargaban. Así proveían los sémenes especiales: de uno que tuviera una frente despejada, de otro que ganara los acertijos siempre, de un tercero con dedos que se ensortijaran como nadie en el arreglo de los instrumentos. Javier los mezclaba en proporciones, amasándolos con una espátula galápaga. Cuando conseguía por mezcla la esencia madre tenía que ponerla veloz en una hembra, y esperar. Javier comprobó enseguida que la esencia madre prendía con mayor dificultad que la esencia común, la que no tenía mezclas. Y que, cuando prendía, los productos obtenidos conservaban siempre los rasgos de uno de los dadores.

Era desesperante. Siempre se podía definir con precisión de cuál de los tres o cuatro dadores era hijo el producto: la mezcla, por alguna razón, no se mezclaba, y Javier estaba al borde de la condena. Le habían dado veinticinco estaciones para sus búsquedas.<sup>[28]</sup> Parece mucho, pero las experiencias eran largas: llevaba casi tres estaciones ver los resultados de cada esencia. Ya habían pasado veintitrés y quedaban nada más tres productos por nacer cuando se le ocurrió la explicación.

Sus tentativas se basaban en la idea, bien establecida por colegas, de que los rasgos del producto están inscritos en la simiente de una forma que los hace combinables. Había muchas discusiones sobre el carácter preciso de esa forma, pero ninguna sobre la idea general.

«Pero, si los rasgos no se combinan, y los de un solo dador siempre prevalecen, es muy probable que esa idea sea falsa», descubrió al fin Javier.

Tenía muchos dibujos que registraban los resultados de sus experiencias. Acompañado por las ayudantes sin trabajo, pasó las dos últimas estaciones encerrado en su cueva: meditaba sobre sus anotaciones y miraba sin asco cómo se toqueteaban. Las ayudantes estaban deliciosas: eran gordotas, y de tanto parir les colgajeaba todo. Cuando su tiempo estaba terminando, salió ojeroso, flaco: triunfador. Reclamó la vicuña mecánica más rápida y resistente y cabalgó sin parar hasta Calchaqui. En la Casa había una velada con casi todos los personas.

La música era un viento. No el viento que anuncia el invierno cada invierno en las calles de la Ciudad, y arrampla todo con mugidos y truenos. No el que chilla por cañadón o entre dos casas. No el que choca contra un picacho y cae y se levanta, y choca. La música era el viento suavísimo que tuerce los juncos más verdes, hasta el suelo y el agua. El viento no se oye: se escuchan a veces, sin orden, los latigazos de los juncos. El viento no se oye, y nunca se sabe cuándo va a sonar un junco.

Nada más las bailarinas de mi padre eran capaces de bailarla. Las bailarinas de mi

padre Mario eran quince, y ninguna tenía menos de treinta y cinco inviernos. Eran muy gordas: no necesitaban telas, porque las carnes les formaban aleros y volados en el cuerpo, colgajos que se agitaban y cimbreaban y sabían, de pronto, ser de piedra. No se movían, casi. Se sentaban con las piernas cruzadas formando un triángulo y temblaban la piel y los colgajos como si nada sucediera: cuando el tambor más agudo aparecía sobre el murmullo leve de los tambores grandes, una caía hasta el suelo, retumbaba la cabeza en el suelo y quedaba desparramada como un vicuña muerto. Las carnes les formaban figuras majestuosas y después, en un salto, se levantaban como el junco y vibraban y volvían a sentarse. El baile duraba como un viento.

Siempre había ciento cinco invitados en las veladas de mi padre Mario. Que duraban como un viento.

—Ahora, sin las dudas, se sirven los manjares.

Anunciaba un sirviente.

—Más tarde, sin las dudas, se sirven los manjares.

Anunciaba otro. Los personas llegaban listas para todo.

El tiempo de mi padre Mario tuvo la admiración<sup>[29]</sup> de tantos padres. Pero también fue inspiración de la revuelta. Mi padre Mario tuvo un hermano mellizo: mi padre Osvaldo, su padre, había dicho que no tenía por qué decidir qué madre sería madre de un Hijo y que aceptaría como Hijo a uno del primer par de mellizos que tuviera, y estaciones más tarde nacieron Mario y Mario. Nacieron de una mujer segunda, la interminable Sara, pero lo que importó fue que eran bien mellizos. Durante nueve inviernos, los mellizos no se vieron nunca. Los criaban diferentes amas y veían a su madre siempre de a uno: no había orden en esa alternancia; parecía fatal y caprichosa pero era equitativa. A mi padre Osvaldo, su padre, lo veían cuando correspondía, siempre de a uno. Mario era oscuro como un dios antiguo, sólido, despiadado con los animalitos y sirvientes. Mario, en cambio, era más bien graso y lechoso, beato, despiadado con los animalitos y sirvientes. Mario no hablaba nunca del mellizo, y Mario sí. Cuando llegaron al final de su décimo invierno, poco antes de la aceptación,<sup>[30]</sup> los preceptores encerraron a los dos en la estancia del extremo norte. Días después, Mario llamó a golpes a la puerta; cuando le abrieron corrió a los brazos de su madre y la besó con brutos besos. Tenía algunos golpes y la ropa rasgada y una cara de mucho silencio. Nunca nadie habló del otro Mario. Poco después, Mario fue aceptado y, a las cinco estaciones, mi padre Osvaldo, su padre, murió sin detenerse. Al otro día, mi padre Mario declaró su tiempo.

El tiempo de mi padre Mario era distinto. Todos los tiempos son posibles: hasta que Padre va y declara uno. Yo me imagino en estas horas tantos tiempos, con sus ventajas y deslices, con sus confusiones: después decidiré y habrá uno solo. Una vez declarado, el tiempo queda cautivo de sus reglas y el creador es preso de la criatura. Eso va a ser, en unas horas, cuando mi padre muera, mi problema. Es mi problema. Mi padre Mario declaró un tiempo que no corría uniforme, según reglas: mi padre Mario no quiso renunciar a intervenir. Su tiempo fue el tiempo del capricho.

El tiempo de mi padre Mario era vulgar, cercano al de los vulgos. Pero de vez en cuando mi padre decretaba que no había habido. Mi padre decretaba «ayer no hubo», y todo lo que hubiese sucedido ayer no había sucedido. Cualquier negocio, todos los acuerdos, hasta los coitos se anulaban: cualquier palabra no estaba pronunciada. Era un tiempo de ansiedad tremebunda y de esperanzas: siempre algo podía dejar de ser lo que había sido. El problema más serio de su tiempo eran las comidas y las muertes.

Mi padre Mario no consiguió anular las muertes. No creo que de verdad haya tenido curadores buscando, pero no lo consiguió. Había murmullos. Y hubo bellas que buscaban su belleza en suceder en un momento sin tiempo: era difícil, porque los momentos eran imprevisibles, pero vulgos y personas se dedicaban a rastrear los signos, a tratar de predecir los momentos. Un maestro, enfermo de una hinchazón espantosa en la ingle, se moría. Había sacado el catre a la puerta de su escuela, en el patio de baldosas rotas, bajo el cardón, y descansaba la cabeza sobre una gran coneja negra. Los chicos grandes le llevaban frutas amarillas y le gritaban cosas:

—Lo único que usted sabe, coneja nos lo enseña.

Los chicos más chicos son más crueles:

«Al perro, a los perros,

no se los comen.

Pero a nuestro maestro,

no se lo comen.»

Le cantaban, y le ofrecían de lejos maíz a la coneja, para hacerla saltar. Un maestro de otra escuela, con un hombro más alto y su tela blanca muy contrahecha, fue a decirle que si se moría sin tiempo se moría mucho menos. El maestro yacente acomodó la coneja y se dispuso.

Mi padre Mario no consiguió solucionar las muertes. El deshacía el tiempo y los muertos durante ese momento igual estaban muertos. Al cabo, tuvo que dar el paso desgraciado: en una velada de la Casa dijo que los que morían en los momentos sin tiempo no se morían tanto: iban a pasar un rato largo en la vida posterior, junto con nosotros, los padres. Hasta entonces sólo nosotros podíamos sobrevivir a la muerte: era nuestro privilegio. Y mi padre tuvo que extenderlo: un poco, para apoyar su tiempo. Al principio no pasó nada, y dudo de que esos infelices hayan venido de verdad, pero vulgos empezaron a pensar que ellos también podían sobrevivir a sus muertes. De ahí debió venir, más tarde, la revuelta. La revuelta por la vida larga fue el principio del final de la Ciudad y las Tierras: cuando nuestros vulgos y personas dejaron de ser orgullosos de sus muertes. La historia de la revuelta y del bastardo que la hizo es la historia más triste de Calchaqui; sé, también, que es su mejor historia. Siempre es mejor la historia de cómo algo que fue tremendo se destruye.

En esos tiempos, todavía, sólo nosotros podíamos sobrevivir a la muerte. Ahora, todavía, nosotros podemos elegir nuestra muerte: solamente nosotros. Yo, ahora,

tengo que decidir el tránsito de mi padre Ramón, que está para morir en cuanto pueda: para decidirlo tendría que decidir la forma de mi tiempo. Cuando él se muera voy a tener que declarar mi tiempo, y el tiempo que declare va a seguir siendo, mientras viva yo, la forma de Calchaqui, o su falta de formas. Sé que los consejeros de mi padre Ramón y sobre todo Joaquín, el consejero de la Casa, se preocupan. Sé que si pudiera, si se animara a escaparse de la vera de mi padre muriéndose, Joaquín vendría a mi estancia para tratar de decidirme un tiempo o, por lo menos, de averiguar qué estoy pensando. Yo no le diría lo que estoy pensando: no sé si sé, o si quiero saberlo por ahora. Para saberlo, supongo, tengo que recorrer ahora mi historia: la historia de la Ciudad y las Tierras. Pero Joaquín vendría. Y no sé si, además de pensar en venir, está haciendo otras cosas para obligarme a un tiempo. No me imagino cómo podría hacer para obligarme a un tiempo, pero él seguro sí. O por lo menos trata, me imagino, sentado ahí, bien envuelto en su manta, a la vera de mi padre muriéndose, callado. Si viniera, podría decirme que todos ellos, o que él solo, están muy preocupados por mi tiempo.

—Señor a punto de llegar, sin las dudas le digo: no es de querer saber, porque eso no se puede, pero sí de quedarnos con el alivio de suponer que está pensando algo tan bueno.

Yo lo miraría y no le diría que es una ofensa imaginar siquiera que no es tan bueno lo que estoy pensando; o no lo miraría, le haría ver que no salto ante su ofensa, que no contesto nada, que su ofensa no le sirvió para hacerme hacer algo. Le estaría mostrando que yo tengo la fuerza, pero él insistiría, y me diría que se preocupan porque, yo ya sé, tenemos a los barbudos atacando, rondando por las Tierras, amenazando lo bastante, y que mi tiempo, quizá, podría favorecerlos.

—Más fácil pueden llegar a ocuparnos los barbudos, con su guerra tan bruta, si su tiempo no los amarra lo bastante.

—Los barbudos avanzan, en algunas montañas de las Tierras avanzan, más allá de cualquier tiempo que les pongan.

—Pero más si nuestro tiempo les conviene o, mejor, si nos arruina nuestras cosas. Puede que un tiempo errado que usted diga no los ayude tan directo: los ayuda porque a nosotros nos debilita lo bastante.

El consejero Joaquín es el mejor para decir bastante. Siempre habla de bastante y lo bastante, como si cada cosa tuviera una medida, que él conoce. Yo le diría que ya tomaba bien en cuenta todo eso, y que pensaba mi tiempo con todas esas puntas.

—Joaquín, señor tan viejo, consejero: con todas esas puntas y otras más que usted ni imaginarse puede, lo fui pensando, y lo sigo pensando. Ya se lo voy a decir, cuando llegue el momento.

Le diría, y Joaquín, el consejero de la Casa, padre de la Madre de mi hijo, me miraría con sus ojos arrugados de odio, secos de cada gota por su odio, arrugados de viejos, y sabría que tendría que salir sin decir más palabras y diría, justo antes de salir, para marcar fiereza:

—Le entiendo, y le agradezco que me lo haya dicho.

Quizá venga; puede que no se atreva. Y menos puede ser que trate de matarme: podría, pero en verdad no puede. No podría. Quizá tampoco venga a hablarme. Yo sé que trata, sentado ahí, envuelto en cada pliegue de su manta, a la vera de mi padre muriéndose con su boca como un río de noche, muriéndose, callado. Los dos muy bien callados, pero él tratando todo el tiempo.

En las veladas de mi padre Mario, los personas de la Casa tenían que decorarse con extremo cuidado: entonces, porque todavía no había llegado mi padre Cándido a cambiar los vestidos. En las veladas de mi padre Mario, hombres y mujeres todavía se vestían por capricho. Esa noche, en la gran sala de Lapachos, las luces eran del gas de la montaña<sup>[31]</sup> perfumado con esencias de higo. No hay nada tan sabroso. Las luces eran del verde de los ríos más lentos. Junto a almohadones, dos mujeres de la Casa toqueteaban a un oficial joven. Los tres tenían las patas sólidas de los nuestros buenos: engrosadas, rugosas.

—Si mañana no es, podríamos encontrarnos y comer de la misma cazuela.

—¿Y si es?

—También, igual nunca se sabe, sin las dudas.

Decía la más alta, alta como una vicuña alta, de pecho musculoso y brazos cortos. Personas de la Casa siempre tienen que afectar que nada les importa, que estarían más allá de casi todo. Es un juego ni siquiera peligroso: es un juego. Yo sé que obedecen, y a veces hablan para creer que hablan. El oficial la miraba con ojos de algarroba. La más alta tenía un vestido clásico: collar de piedras sostenido en las ancas y por encima la tela desde la frente hasta la media pierna. La tela era levísima, rosácea, con agujeros para los brazos y la boca: cara. La más baja resaltaba su estatura corta con una tela negra desde las costillas hasta el suelo, bordada con ribetes plateados: servía cuando las mamas eran bastante lánguidas para colgarle sobre la tela como un adorno color piel, oscuro. En la cara nada más tenía dos trazos de plateado, en cada pómulos, y arito de madera en la nariz: ingenua. El oficial no había comido nada:

—Quiera Padre que este momento sea, sin las dudas.

Y los tres se reían y se daban citas. Los de la Casa son como ellos. En el rincón de consejeros los mayores se quedaban en almohadones grandes y mujeres menores de la Casa les atendían los cuerpos. En las veladas, soldados no tienen que hablar con los soldados: no se les permite. Había montañas de almohadones muy frecuentes, los cinco lapachos grandes rojos, mesas bajas que esperaban comida, personas de pie, animales de regalarse recorriendo. Un escriba acariciaba el lomo de un puma bebé y lo dejaba comerle la sandalia: con grititos. Los vulgos no siempre son comunes, y los personas sí: a los vulgos no les interesa que se vea que son iguales. En cambio los personas tienen que mostrarlo todo el tiempo, porque ser persona consiste en ser igual a los demás personas. Entonces son comunes: iguales entre sí. De la misma manera se miran a los pómulos, se atan la tela o el pañuelo, chasquean los labios de delicia, leen



las biografías, cuentan chistes de padres que nunca el padre ignora, juegan con la baba, se reparten perfumes y ganancias de perfumes, murmuran, se creen únicos, se creen lo mejor, se creen parte de los decididos, se miran a los pómulos para no mirarse a los ojos que es grosero y de la misma manera toquetean los pistones con los mismos dos dedos: el índice y el medio cruzándose como una tijerita con la cosa en el medio. Son comunes: iguales entre sí, y de eso están hechos. Para nosotros es muy bueno.

En los grupos cada cual trataba de arreglar problemas más urgentes: un negocio, un honor, el casamiento de alguien de su casa. Las formas dicen que cada tanto hay que cambiar de grupos. Grupos había por todas partes: todos fingían no mirar los frescos. Siempre todos fingen no mirar los frescos, para mostrar que los conocen de memoria. En los frescos se cuenta nuestra historia.

Mi padre Mario usaba las ropas más simples, para que no opacaran su brillo: fue tradición de padres. Mi padre Mario estaba sentado en una silla enorme sobre su tarima, contra el fresco de mi padre Alberto, y comía camarones y frutillas: camarón, frutilla, un camarón, una frutilla. Uno croca y sala, la otra endulza y calma y así. Frente a él se habían apartado las personas y empezaba por fin la función.

Esa vez los cinco eran cinco oficiales jóvenes, compañeros de la misma tropa: compañeros de aceptación, amigos desde siempre. Los cinco tenían el cráneo rapado y, cada uno, apenas una cinta blanca, roja, marrón, amarilla o verde en el cuello: mucho aceite en el cuerpo. Oían a muy poco tiempo. A veces es muy complicado, pero esta vez el juego era simple como un zarpazo: los cinco formaban una ronda alrededor de uno de los lapachos rojos. Tenían sus muñecas encadenadas uno al otro: sus acciones estaban limitadas. En el tronco del lapacho, a la altura como de dos hombres, había una plataforma chiquita, de madera: uno de ellos debía llegar hasta la plataforma: uno solo. El que llegaba a la plataforma era el único que guardaba su vida.

No hay nada más instructivo que estos juegos: todo sobre los hombres. En los días de mi padre Mario todavía eran privilegio de su sala, pero ya las bellas y el tiempo caprichoso iban cambiando eso: tales empezaron a hacer de la muerte en el juego la bella más bella, más ornada; cuales calmaron sus temores porque en cualquier momento mi padre podía decidir que el tiempo de su juego no había sido: antes de que los mataran, o justo después. Pero hasta entonces era un juego de su sala: todavía no se había vuelto la pasión de Calchaqui.

Los cinco habían pasado la última noche juntos, encadenados, y el último día. Que se conocieran de largo, que fueran tan amigos era un penacho para el juego. En la estancia, donde los llenaron de manjares y mujeres y chicos y animales, el de la cinta verde hablaba sin parar.

—... a Padre pero aun así de todas formas, sin las dudas, no deberían hacernos esta. Ustedes saben nuestras fuerzas, saben nuestra astucia, saben cómo vencer a cada uno pero saben, ustedes, sin las dudas, que si peleamos con maña y subterfugios

podemos quedar allá junto al lapacho por días y días hasta que nadie quede para vernos y entonces...

—Y entonces, Jose, ya nos mataron antes.

Lo cortó el de la roja. Monitos grises, sedosos, saltaron con chillidos.

—... o sin las dudas desobedecer por la primera vez y hacer una bella Joaquinita que recuerden aquellos, sentarse en el suelo alrededor del lapacho y no mover el brazo contra ninguno de nosotros ni un poquito y que ellos mismos nos maten a nosotros, sin las dudas, ellos...

—Y uno de más se muere, Jose, sin las dudas.

Lo cortó el de la blanca.

—... o tampoco obedecer en lo que quieren la pelea, sin las dudas, y entre los cinco fornicarnos con muchos arrumacos: en vez de rematarnos, amores, hacernos mucho coito hasta que ellos...

El de la verde siguió toda la noche. Ahora, alrededor del lapacho, verde había cerrado los ojos y hablaba sin parar y sin sonidos. Los cinco estaban de pie, con los brazos arriba, abiertos, y las piernas abiertas, esperando para empezar la voz de Padre.

Que sonó. Cinco se quedaron muy quietos, sonrieron. Se miraron y lentamente se sentaron. Mi padre enrojció poquito, tan poquito, e hizo una seña con la mano. Un oficial fue hacia marrón y le tajeó los bíceps con un cuchillo curvo. Saltó bastante sangre. Marrón miraba como si no entendiera un cálculo, sentado, todavía. Entonces se pararon. Mi padre Mario sonrió para que todos lo supieran.

Cinco se agitaban como buena tormenta en la laguna: cualquier movimiento de cada arrastraba a los otros y los otros a cada y así más. Marrón gritaba el grito de los zorros en celo, sin parar. Blanca hundía la cabeza en la nariz y frente y boca de amarilla, que tenía los brazos muy atrás, tironeados por verde que no se mezclaba y trataba de parar sin golpes a roja, que le pateaba con insistencia el vientre y bajo vientre: las bolas bamboleadas. Amarilla cayó. En la tarima de mi padre, en las personas que formaban el corro, no había apuestas: no había apuestas en la Casa nunca. Pero todos tenían un favorito. Marrón se cruzó y cayó sobre amarilla con un grito muy bello y los dos pies sobre la frente, que crujió. Marrón quedó despatarrado por la patada y blanca tenía las muñecas bastante disponibles porque una daba a amarilla y la otra a marrón: lo acogotó. Hizo ruido, también: ruido como cuando un paso se da sobre un colchón de cascarudos, ruido de destrucción suavísima, ruido como si la destrucción no fuera nada, como si cada gemido de ese ruido no estuviera compuesto por la muerte de cinco o nueve bichos: ruido que casi no se oyó.

—¡Hablen!

Gritó mi padre. El juego estaba acelerado. Verde, blanca y roja jadeaban encorvados y se miraban a los ojos y se rehuían las miradas. Blanca estaba rodeado de amarilla y marrón agonizando: protegido. Roja y verde estaban unidos por las muñecas y se frotaban brazo contra brazo. Verde estaba fresco: volvió a hablar.

—Son tantas estaciones, sin las dudas. Miren a ellos, ustedes, los que cayeron. Son tantas estaciones.

La voz se le cortaba. Blanca se frotó las manos con saliva y pareció dispuesto a atacar. Roja se tensaba.

—Son tantas. ¿Qué si subimos los tres, al árbol, y ahí estamos?

Acordaron. No hay crueldad en el juego: no hay resentimientos. Es la manera de producir belleza tan intensa. Blanca, roja y verde subieron al árbol con dificultades, con los cuerpos de amarilla y marrón colgándoles de las cadenas en las muñecas. De los cuerpos que cuelgan siempre cuelgan cosas: manos, la cabeza, un pistón, la lengua muy desorbitada. Amarilla todavía se quejaba, ronqueteaba: poco. Estaba no tan muerto. Treparon por el tronco con dificultades y llegaron a la plataforma: era chiquita y cabían mal. Tuvieron que tener a amarilla y marrón de pie, echados contra el tronco. Eso les ocupaba las manos a verde y roja. Blanca estaba del otro lado del tronco.

—Aquí estamos.

Jadeó verde. Intentó una sonrisa y miró para abajo. Abajo casi todas las personas mordían tronquitos de palosanto: mordían como posesos.

Tres se acomodaron en la plataforma, sosteniendo a los muertos. Se quedaron un rato, respirando. Hacían bruto ruido: respirando. Ruido de un candelabro de gas que creyera que nada de lo que hay vale su luz o hecho para iluminar sólo de a ratos, ruido de una máquina que falla todavía a propósito pero está por fallar sin voluntad, ruido que estuviera hecho de una parte de máquina y otra parte de hombre y mucha de silencio: falta poco. Quizá querían escucharse respirar todavía. Olían a un amor de tantas horas. Verde y roja se miraron e hicieron leve gesto. Verde y roja habían crecido juntos, habían peleado siempre juntos, fornicado casi siempre juntos. Pero también con amarilla, que ronqueteaba poco: mucho menos. A marrón le colgaba larguísima la lengua. Al segundo gesto verde y roja tiraron los cadáveres y empujaron a la vez a blanca; blanca no llegó al suelo: quedó colgando de marrón y amarilla, penduleando, colgando de los muertos dando patadas en el aire. Verde y roja lo revoleaban con los muertos, lo golpeaban contra el tronco más y más: blanca se agarraba a los antebrazos de los muertos, paraba con las piernas los golpes contra el tronco: clamoreaba. Abajo las personas no mordían palosanto: estaban tiesos.

Los brazos de blanca se estiraban colgando de los muertos: rechinaban. Verde y roja le daban cada vez más impulso, lo arrojaban contra el lapacho con más y más impulso y tratando de pegarle de costado para que las piernas no le sirvieran como freno. Un golpe le deshizo la rodilla derecha; el siguiente le aplastó su pistón contra el tronco. No gritó, dijo:

—Jose, Javier, amores.

Muy despacio, para que todos lo oyeran con espanto. Verde y roja lo bambolearon hacia los costados. Lo bamboleaban cada vez más fuerte a los costados, hasta que subía en cada impulso a la altura de la plataforma. En cada impulso, los cuerpos de

marrón y amarilla, que ya no ronqueteaba, volaban como estrellas: cometas con una cola que era blanca. Lo bamboleaban: el ruido como un viento. No el viento que anuncia aguas cada estación de aguas en las calles de la Ciudad y lava y deshace las paredes de adobe. No el que choca contra un farallón y cae y se levanta, y choca. No, tampoco, viento suavísimo que tuerce los juncos más verdes, hasta el suelo y el agua, como la música. Ruido era como el viento que chilla en la hondonada, o entre dos casas: animal, cierta bestia. Después se miraron roja y verde y con un mismo movimiento de sus brazos y sus muertos cambiaron el recorrido del péndulo de blanca y lo estrellaron, seco, contra el tronco. Otro ruido. Blanca hizo, todavía, un péndulo y la cabeza le penduleó también sobre la espalda, un poco suelta. Olía muy fuerte a mierda. Mi padre se escalofrió con su fruición, se palmeó las rodillas. Gritó:

—¡Vale el tiempo!

Hubo crujidos chicos: ramitas de palosanto se rompían en las manos más nerviosas. Olía muy fuerte a palosanto y mierda. Roja y verde saltaron al suelo y cayeron sobre la pila de los tres muertos: se mancharon. Se sentaron espalda contra espalda: descansaban en el otro, callados, jadeaban. A uno de los lados, marrón, amarilla y blanca se confundían los descalabros: una montaña tibia, de peñascos blandos, pegajosa. Verde y roja se refregaban uno al otro las nuca con movimientos cortos de la cabeza a cada lado. Todavía verde dijo algo, que nadie pudo oír, y los dos se levantaron, se abrazaron, se dieron el gran beso. Labios chasquearon. Los personas rugieron.

Varios varones estaban tremenda, estaban inconteniblemente duros.

Uno de los brazos de roja y uno de los de verde seguían unidos por la cadena en las muñecas. De los otros dos brazos les colgaban los tres: con esos otros brazos se rodearon uno al otro los cuellos. De los cuellos de cada uno colgaban cuerpos. Roja y verde se dieron un golpecito suave de cabezas y tiraron al mismo tiempo de sus cadenas y sus muertos: se estrangularon o desnucaron los dos al mismo tiempo. Quién sabe si se estrangularon o se desnucaron: los dos al mismo tiempo. Seguían amigos: fueron cayendo. Fueron cayendo despacio, se tropezaban con ellos mismos y los cuerpos: mi padre gritaba que no, que honores, traición y memorable.

Todos gritaron que no, que honores, traición y memorable. Roja y verde los habían burlado, perdido los dos el juego, esquivado la tentación de la victoria: habían ganado, decretó para ganar mi padre Mario y dijo:

—Vale el tiempo.

Un consejero se acercó a mi padre: renqueaba. Le dijo algo en el oído y mi padre algo en el oído al bastonero enano, que pidió silencio. El sabio Javier llegaba a la tarima: polvoriento. Con la máquina molinete iban limpiando el suelo con trapos vegetales para secar los líquidos. Los cuerpos ya no estaban. Mi padre le ordenó que hablara y Javier soltó su voz incontinente.

Siempre se habían equivocado los sabios que, como él, suponían que la simiente

contenía un elenco de formas combinables, como las letras que forman las palabras, dijo Javier. Había cavilado: ahora afirmaba que lo que la simiente contiene es un modelo del hombre que será, donde ya está todo definido: cada uno de sus rasgos asoma, tan mínimo pero bien perfecto, en ese homúnculo que chapotea en la esencia, que vive en ella. Y que, al mezclar las simientes en la esencia madre, nada más había favorecido la batalla encarnizada y minúscula entre los distintos homúnculos: el más fuerte, el más astuto, se imponía a los demás, los derrotaba; incluso, dijo, era probable que se los tragara. Por eso sus productos reproducían con tanta obcecación los rasgos de un solo dador: el padre del homúnculo triunfante.

El anuncio azotó. En el salón de los lapachos, el murmullo creció hasta griterío: mujeres se tanteaban desvergonzadamente el vientre, como si se buscaran un intruso; hombres se sonreían, y más de uno pensaba en la procesión de figuritas avanzando por la gola del otro hacia refugio más seguro; en un rincón, cuatro chicos se peleaban con bombo y reproducían con risotadas la batalla de los homúnculos. Mi padre reclamó silencio con golpes de su enano.

Mi padre Mario tenía la cara lívida, los ojos huidos: entre oscuro y lechoso. Era raro: a veces la cara se le volvía muy distinta; como si, por un momento, se hiciera su mellizo. Cuando la cara le cambiaba, todos alrededor trataban de no verlo; era un momento que se podía declarar sin tiempo: no existía. Cuando se le compuso, empezó a hablar. De su discurso se recuerdan palabras:

—Gran estima nos merece, siempre, el sabio Javier. Son sus experiencias famosas, su laboriosidad. Por eso una labor le ordenamos en las minas, de primera importancia. Pero en sus conclusiones la brusquedad nos pone frente a dilemas que evitar sería preferible.

Las fórmulas de mi padre Mario eran extrañas. Padre no prefiere: ordena. Turbias tormentas debían agitarlo, para que tanto se extrañara. Y más, para que hablara como quien supone.

—En las costumbres pienso. Si todo fuera igual, nada sería. Si en medio de la tarde brillaran las estrellas, no habría noche ni tarde ni mañana. Si en la comida de la estación de aguas todos comieran en confusa compañía, graves peligros: los muy graves.

El banquete de aguas llama a las lluvias que las cosechas necesitan. Comen las mujeres bien separadas de los hombres: era y sigue siendo la única forma de asegurar que los hombres sólo comerán bebes lechales macho, y las mujeres hembra.<sup>[32]</sup>

—Si las comidas se mezclaran, si el hombre fuese a comer hembra, y la hembra hombre, acabaría la distinción en poco tiempo, y el mundo acabaría. Y digo: si en la esencia ya hay hombrecitos, y pequeñas mujeres en la esencia, cuando por cualquiera de nosotros es bebida, ¿no es como si en la comida los comiéramos, y en la mezcla se disolviera todo el orden?

Los invitados iban entendiendo: caía el pesar sobre caras embrutecidas por esa algarabía. Si la ingesta de mujer por varón o viceversa era uno de los peligros más

graves que la raza enfrenta, y si en la esencia ya hay varón o mujer, la mamada entrañaba violaciones terribles. Mi padre Mario siguió, para decir lo inevitable:

—Una determinación debe ser tomada, como decir: debo tomarla. De horror tiemblo al pensar qué sería de nosotros, qué de nuestros soldados, qué de nuestros jóvenes labriegos y pastores, qué, habitados todos por pequeñas hembras rodando por vericuetos de sus cuerpos alentándoles curvas y tangentes. Qué sería de nuestras gordas majestuosas recorridas por el homúnculo de vicuñero flaco. Una determinación debe ser tomada, y sin más dilaciones. Será tenida toda mamada por afrenta brutal contra la raza. Pero nos merecemos una oportunidad. Cuando empiece la próxima estación, sobre las novedades un consejo de sabios deberá presentar su informe. Entretanto, declaro suspendida la mamada.

Terminó mi padre Mario, y dio por terminada la reunión.

La noticia no tardó un día en difundirse por la Ciudad, y el temor menos. Por el mercado, por las puertas, hasta el barrio de Antiguos se extendía el miedo que la noche anterior había sobrecogido a los personas: mientras los sabios no se pronunciaran se desechaba la mamada, pero el terror por lo hecho, por lo ya ingerido deformaba las caras y subía el tono de los diálogos y de los silencios. Los silencios en esos días se volvieron de barro. En distintas esquinas un comedido discurrió que si hacía cientos de estaciones que todos consumían la esencia y ningún mal se había producido, la falta de peligro era evidente. Cada vez el aguafiestas fue abucheado, y hubo algún episodio de cuchillo: sus palabras razonables ignoraban que cuando vulgos se lanzan a la sensualidad del pánico, quien intente desviarlos de la vertiginosa senda es aplastado por sus ansias.<sup>[33]</sup> Es de roca. Tanto, que a nadie se le ocurrió decirle que tantos males sí se habían producido, que no fuera pánfilo.

La Ciudad y las Tierras esperaron el dictamen de los sabios en plenos subterfugios. Algunos envolvían con vejigas de vicuña bien curadas el pistón que sobaban, otros llenaban su propia boca con la dicha vejiga, pocos tragaban con la esencia las hierbas abortivas y muchos, como siempre, se entregaban con su placer al riesgo. Casi todos se reunieron en la explanada de la Casa el día en que la comisión fue a dar el veredicto.

Cuyo decano, Joaquín, chico, duro y ralo como un huevo de carancho, intentó su mueca más solemne para informar:

—Que esta comisión, en la que los mejores espíritus de las Tierras trabajaron según palabras de nuestro padre Mario, alcanzó un resultado.

Silencio, tensa espera. Hombres llevan la mano al amuleto de más uso ese Padre:<sup>[34]</sup>

—Que es, a saber: que el homúnculo, cuya existencia nos parece de ahora en más inatacable, resulta en su original estado, según hemos podido verlo, siempre hombre.

Gritos de pánico, gritos de alegría. Mujeres se desploman.

La explicación siguió, prolija. Diciendo que el homúnculo, como toda fuerza del principio, es siempre hombre y como hombre está en la esencia. Y que si de ellos

nace también mujer es porque en el vientre la hembra lo degrada, le arranca el sexo, lo hace hembra a su vez, cuando no es fuerte. Debía ser una pelea redoblante. Los mecanismos de esta degradación, que venían del frío, la humedad y los colores, quedaban en estudio. Podía ser, también, de los olores.

La cuestión se había resuelto a medias. Los descubrimientos decían que el hombre podría mamar sin riesgos, porque estaría bebiendo un homúnculo siempre hombre, pero no la mujer. Mamada de mujer amenazaba los cimientos de un orden. Mi padre Mario estaba tan molesto como todos: disimuló, pensó condenar las bases de la razón de Javier, negar que hubiera homúnculo. Era tarde: la comisión ya la había confirmado y la comisión tenía su palabra. Mi padre Mario, como otros, siempre quería ser justo.

Ser justo es la facilidad. Alcanza con descansar en un código de antes,<sup>[35]</sup> que alguien hizo: unas costumbres que muchos creen sensatas, por la razón que sea. Padre tiene que decir si ese agua le corresponde a este o aquel y busca en el código: cuando el código le dice qué tiene que hacer y Padre lo hace, es justo. Es una facilidad: alcanza con no arriesgar nunca juicios propios. La fuerza es otra cosa. Raro es que padres hayan podido creer que ser justos era bueno: renunciar a sí mismos y entregarse a la facilidad afuera. En muchos lo entiendo, pero me asombra en Mario. ¿Cómo será que un padre que declaró su tiempo de caprichos se escondiera en ser justo? A veces creo que algunos de mis padres pusieron tiempos como quien pinta la pared de la Casa que da a la explanada: ahora de verde cocodrilo para castigar llantos del vulgo, después de azul jacarandá porque todo es muy corto, después de un amarillo entre azufre y arena porque una mujer de la Casa se arrancó un ojo para dárselo vuelta y mirar para adentro. El tiempo es lo más serio que decide Padre: lo más definitivo, porque le dura para siempre de su vida. Quisiera saber cómo hace un padre para elegir su tiempo: necesito saberlo. No se puede decidir el tiempo como quien pinta una pared, o queriendo ser justo.

El terror duró padres. Era tremendo, decían, el desarreglo si una mujer se mamaba un homúnculo que era siempre hombre en el principio: no para ella sino más bien para cualquiera. Cuando se rompe un orden el problema es de todos. Por eso los soldados rústicos, aturridos por el escándalo de la batalla, llegaron a la abominación y le negaron al cuerpo de nuevo femenino de Norita inclusive las llamas. En cuanto la noticia alcanzó la Ciudad la familia de la heroína fletó una fuerza que atrapó y castigó a los culpables; desde entonces sus parientes repitieron, en sus rituales, gestos de homenaje a su valentía: la repetición manierista de su acto famoso era el mejor.

En su tienda, Jacobo, su descendiente, esperaba la batalla de Cangas. Lo acompañaba el oficial que llevaría sus tropas hasta el corazón de las defensas enemigas, un joven de piel manchada: temblaba de emoción. El apuro por lanzarse a su destino se le mezclaba con un desasosiego suave. Jacobo le recitó la oración fúnebre que le había compuesto: era común y le encomiaba mucho las manías

guerreras, su armonía de las formas y el heroísmo de su muerte llegando,<sup>[36]</sup> con las figuras consagradas:

«De sus ramas como troncos flores  
nacen, más rojas que los ojos con que mira  
al enemigo, conejos como cuises como  
aves, vuela allí por una vez con ligereza del que sabe  
tanto, y tanto vuela tanto que de sus ramas como troncos púas  
nacen, más verdes que los destellos de la ira  
al enemigo, cascotes como piedras como  
rocas, caerá allí por una vez con la firmeza de quien mata  
tanto, y tanto mata tanto que de sus ramas como troncos frutos  
nacen, más negros que los humores que respira...»

Declamaba Jacobo con su mano derecha sobre la cabeza del que se iba a morir en un ratito. En un rincón de la tienda las cocciones burbujeaban en una jarra de laja con su mica. En otro, el mapa en relieve de las idas y vueltas del cuerpo de ejército mostraba movimientos culebreros entre montañas altas, meritorios; al lado, el escriba sordomudo que lo iba esculpiendo se manoseaba las partes con angurria. El joven oficial, estremecido y gozoso, escuchaba en una ensoñación el relato de cómo él, Javier, hijo de Javier y nieto de Javier, hijo de una familia de personas, bravo entre los bravos y gran fornicador sin entusiasmo, sin mancha en ningún sitio, se internaba en las filas adversarias sin desmayar su ímpetu ni aún cuando cinco estiletos de bronce pervertido se entretenían en sus carnes sanguinolentas y cómo, alcanzado el final, radiante de satisfacción y de dolores, sacaba de sus heridas el metal más brillante y se cortaba con él la femoral para morir en el silencio clásico.

Tras lo cual, y sin más palabras que el arrullo confuso de una canción guerrera, Jacobo se había arrodillado a sus pies para dar lengua a la mamada ritual. Tanteaba bajo la falda militar, de cuero crudo, del oficial joven: temía no encontrar nada. Todos ellos, los descendientes de Norita, temen siempre no encontrar nada. Nunca les pasa, y por eso temen más y más. Bajo la falda de cuero, entre las piernas nudosas y peladas, había un pistón encogidito, lila por la impresión, y Jacobo tuvo que emplear sus mejores argucias para tener respuesta. Hubo grititos y suspiros sordos: el fin de la canción. El acto recordaba a la heroica paladina y lo unía, al mismo tiempo, en comunión enconada con el joven: recibía de sus rincones casi agonizantes homúnculos huyendo. El joven, agradecido, se encaminó hacia su destino. Jacobo odiaba mamar jóvenes. Bebió un sorbo de licor espeso, lo dejó gorgotear en su garganta, lo tragó por fin y salió de la tienda de lana de vicuña al terraplén donde lo esperaba el grueso de sus hombres. Entonces se gestó el invento.

—... galápagos! Como galápagos se arrastran por las tierras de los nuestros, arramplan voraces con sus frutos gordetes, descansan sus caparazones en culos



complacientes, someten a nuestras grandes aves con sus cabezas de galápagos. Durante tiempo y tiempo, y ahora, la infamia del desprecio: estaciones y estaciones y no se dignan atacarnos, no nos dan el homenaje de la espada, simulan que no somos pero somos y van a ver que somos, ahora, lo que somos...

Jacobo llevaba los anillos de alpaca de su rango: arengaba a los hombres. Jacobo era de esos que se creen grandes oradores porque no dicen sin las dudas ni digo y dan algunas vueltas: creen que por eso están en otra parte, son ambiguos y muchos. Como si ser muchos fuera bastante para algo. Pero la voz a veces se le pifiaba como si patinara en una ladera de piedras mojadas y le cayera varios largos cuesta abajo: les gustaba a los que lo escuchaban.

Su voz detallaba las injurias, las bajezas, las ofensas tremendas que los soldados estaban a punto de vengar en la pelea. Pero la batalla que estaba por llegar era un error: en medio de las idas y venidas, de las fugas como ataques y las persecuciones como huidas, su ejército había quedado encajonado con el enemigo en un valle pelado entre dos farallones de peñascos negros. El lugar era estrecho: no hubo modo de escapar de la pelea. Ninguno de los dos jefes la quería, pero no encontraron la manera. En el valle se hizo un remolino de ecos y reverberaciones: las dos arengas, la de Jacobo y la del otro, se disputaron el mismo espacio escaso: ninguno de los dos había logrado el ritmo correcto, de acuerdo con el tiempo.

El otro era el jefe de unos hombres del sur, cerca de los salares, que se habían levantado contra Padre porque no querían devolver sus tierras a los consejeros. Su arenga hablaba de mujeres y gallinas y el precio bajo de la sal en el mercado de Calchaqui: le faltaba más labia y sus soldados, en lugar de exaltarse, se acariciaban con la mano su mentón o la oreja: cavilaban.

Las dos palabras se mezclaban y chocaban por el aire en contrapuntos caprichosos: los soldados de los bandos dudaban entre el fervor vengativo y el oprobio, según escucharan una voz o la otra. Los jefes estaban acostumbrados a conocer el estado de sus hombres por signos muy precisos: la crispación de un puño en el mango de una cerbatana, la forma de un silencio, el olor de los sudores, miradas de reojo entre dos viejos compañeros: no había caso. Los dos jefes prolongaban y prolongaban sus palabras, a ver si llegaban al clímax necesario. Les cayó la noche.

Los soldados, de tristes, se durmieron. En el puesto norte, los dos guardias de Jacobo estaban a un piedrazo corto de los dos guardias enemigos. Los cuatro tenían el mismo uniforme: falda militar, coraza de cuero oscuro con pocas plumas en el hombro, casco de calabaza repintada. Los distinguía el color de los pañuelos al cuello que, en la oscuridad, eran iguales. Se daban gritos.

—Ustedes es el enemigo, digo, y no nosotros.

—Nadie es el enemigo todo el tiempo.

—Así estamos, digo, así quedamos.

Durante esas horas oscuras, Jacobo estudió la posibilidad de una brillante maniobra de retirada agresiva; pese a lo que se dijo, lo cierto es que no encontró la

combinación satisfactoria. Cuando amanecía un guardia le trajo medio muerto un mensajero del enemigo, que había sido estrangulado por error. El hombre, maduro, con las marcas de su origen en la nalga izquierda, le habló con voz enronquecida para proponerle el arreglo: cuando el sol saliera los dos ejércitos, sin armas, se encontrarían en la llanura angosta. Entre los dos formarían una ronda: en el medio, por turno de sorteo, un campeón por bando tendría que hacer el relato más brutal, telúrico, emotivo o colérico de las ofensas que lo lanzaban al combate. Podría hablar el tiempo que quisiera, decir lo que quisiera; nada más se eliminaba la palabra Padre: por respeto. Los gestos en las caras y manos de los hombres mostrarían cuál era el mejor.

El que defendiera mejor la justicia de su cólera<sup>[37]</sup> sería reconocido ganador y tendría derecho a ejecutar a veinticinco de sus adversarios entregando a cambio a cinco de los propios, y se llevaría la comida ritual del vencedor y prendería los fuegos.

Jacobo aceptó la pelea por palabras: después dijo que lo había hecho por sus hombres. Los oficiales siempre dicen que hacen todo por sus hombres, aunque nadie les cree; nosotros, por suerte, no necesitamos decir nada. Jacobo dijo que siempre sufría porque sus hombres no entendían, en el combate, lo que estaba pasando; siempre supimos que lo propio del soldado en la guerra es no entender lo que pasa: perderse en la maraña de peleas sin saber si su muerte puede ser para que pierdan o ganen los suyos la batalla. Un soldado no puede saber qué pasa alrededor: si sabe se distrae, piensa y recuerda, puede atacarlo pena y pelear menos, o desdén y creer que no precisa la pelea. Le preocupa: un soldado, cuando empieza a pelear, es como si se tapara los ojos con barro muy espeso, y a veces le da miedo. Se tira a un pozo y va cayendo: aguza sus oídos para ver si oye su propio estrépito cuando, por fin, golpea en la tierra. Eso es lo propio del soldado, pero Jacobo supuso que era bueno cambiarlo y que, en cambio, con la pelea de campeones con palabras todos estarían viendo muy claro la batalla o mejor: escuchando.

No sé si Jacobo lo sabía, pero aceptó esa guerra porque era fácil de saber quién la ganaba: la pelea por palabras tiene la ventaja de que cada cual sabe muy claro quién ganó y quién perdió. Cuando mi padre Rubén proclamó la vida larga para todos, los largos ganaron o perdieron, mi padre Rubén perdió o ganó, el bastardo Juanca ganó o perdió, y nadie sabía bien, aunque cada creía. Un viejo que está llegando al final de su edad es uno que lo está consiguiendo pero su tiempo se le acaba; el que le falta mucho no sabe si llega, el que ya llega sabe que no le queda más, y no sabe si ganó o perdió: casi nadie, nunca, sabe, pero en la guerra a veces sí, y más en la pelea por palabras: para eso sirve una guerra, más que mucho. Menos la guerra con barbudos, que se sabe menos.

Jacobo tuvo que nombrar a su campeón; por supuesto fue Jose, el mejor contador del campamento. Jose había sido, antes de caer en la vida militar, una biógrafa formándose. En esos días, casi más que ahora, la biografía era la forma más alta de

las letras; entonces, mucho más que ahora, se temía el poder de las biógrafas. En esos días, incluso, hombres empezaban a ser aceptados como biógrafas. Pero igual los despreciaban un poco. Por eso, en cuanto una joven —un joven— se echaba hacia la biografía, lo sometían a las más duras pruebas, so pretexto de que no podía desconocer ningún aspecto de la vida de los hombres que tendría que escribir. Jose, después de una temporada como criador de vicuñas en las altas sierras, y más de tres estaciones como músico de la escuela de las prostis castas, recorría el tramo militar de su camino de saber.

Antes la biografía predecía. O no: puede que no, pero se dice que los primeros de la biografía fueron unos servidores de mis primeros padres: los predictores. Ellos contaban las vidas de otra manera: antes. Quién sabrá. En los primeros padres, predictores formaban un equipo: cinco, por supuesto, cuatro mujeres y un varón, que adivinaban por los signos lo que vendría. Padres les decían, supongo, qué pronosticar: uno, alguna vez, se quiso convencer de que lo que pronosticaba venía sin remedio y que nada vendría sin pronóstico. Quizás. O quizá no: puede que predictores, atontados de su propia importancia, ávidos de poderes, descubrieran que podían imponer deseos y empezaran a predecir por cuenta propia futuros que Padre no podía desdeñar sin embarrar las fundaciones de la Casa.

Quién sabrá. Sé que mi padre Félix una noche lo hizo: en una sola noche cayeron los signos más negros, y tan transparentes que ni al ignorante escapó<sup>[38]</sup> que profetizaban la muerte de los predictores: su desaparición. Esa noche la luna se oscureció de pronto, estallaron olores, todas las aguas de la Casa se agitaron hasta volarse en humos, en medio de chillidos. Al amanecer, las cabezas de las dos grandes vicuñas sangraban en las fauces de sus perros custodios. Mi padre Félix no dejó pasar un día sin cumplir los presagios tan claros: aquella segunda, los cinco predictores y sus familias fueron entregados a las patas de las vicuñas chicas.<sup>[39]</sup>

La predicción desapareció y solamente volvió, padres después, en los lugares miserables: muy lejos de la Casa. Quizás es cierto que algo quedó en las biografías. Otros dicen que la biografía se impuso cuando el arte de la guerra se pervirtió tan bestia, después de la batalla fallida de Jacobo.<sup>[40]</sup>

No es fácil ser biógrafa. Mujeres cuentan, es evidente: se cuenta desde afuera. Pero aun así. Desde que la biografía se extendió a los hombres algo fue peor: no estoy seguro de que esa semejanza entre elector y elegido, observador y objeto, sea favorable. Con las mujeres nada más era otra cosa; las mujeres tienen la ventaja de que hablan desde lejos, cuentan lo ajeno: la acción, el hombre, el tiempo, otra mujer.

Después de la larga iniciación que largamente dije, la biógrafa llegaba a su momento crucial: el de elegir su tema. Que podía durar unos días, estaciones o un destello; pero se desconfiaba de las iluminadas, de las que habían llegado a la elección de buenas a primeras. Por esa desconfianza hubo algunas que decidieron en momentos, al principio, y después pasaron estaciones simulando buscar. Una Nora,

patética, se decidió en dos horas y quedó dos inviernos mintiendo que buscaba: murió a los pocos días de por fin empezar, tan sin querer que apenas tuvo tiempo para confesar a su hijo la razón de su demora.

La elección no se podía cambiar, y ponía en juego las vidas de electora y elegido. La biógrafa había decidido sobre quién escribiría su historia. Tenía que ser un vivo, pero no tenía que ser alguien particular (Padre, Guerrero, Maquinista): cualquiera podía ser tema, y ahí estaba buena parte del arte. La biógrafa elegía y después, acompañada por soldados con bastante pompa, iba a la casa del elegido y le comunicaba su fortuna con las debidas formas. El elegido no podía rechazar honor así de fuerte, y pasaba a convertirse en tema.

La biógrafa sería la sombra de su tema. Lo seguiría acá y allá, en todas y en cualquiera, y registraría sus más mínimos gestos, sus palabras menos aparentes y las otras. La biografía es un arte de la transparencia: buena medida de la habilidad de una biógrafa está en su capacidad de anonadarse, de desaparecer detrás del velo del aliento, de cubrir con tesón su presencia constante: hacerse clara. La biógrafa tiene que confundirse con las cosas del tema hasta ser una mancha: convertirse en un sirviente, una mesa, un cuerpo vespertino: cualquiera de esos bichos que atraviesan sin ruido. La otra gran habilidad de la biógrafa consiste en no modificar con actos brutos nada de lo que ve. Tiene un solo derecho, necesario: es, ella y nada más ella, dueña de dar por terminada su historia cuando le parece. Cuando piensa que su relato ya llegó al desenlace, al punto clave en que nada podría mejorarlo, se cobra con la mayor dulzura la vida de su tema: veneno o cuchillito. Aunque hubo casos enojosos. A lo largo de las estaciones, las relaciones que traban la biógrafa y su tema pueden dar odios, rencores, cariños muy particulares. Algunos finales no fueron tan desinteresados como deben.

Otros, es más, trataron de escaparse. Es famosa la historia de un Jacobo que, llegado hasta ese punto, dudó. A sus cuarenta inviernos, en el declive de su fuerza, Jacobo había dado a su biógrafa, Esther, que lo había seguido doce, grandes satisfacciones. Era un ejemplar muy curioso: una elección afortunada. De joven había abandonado una casa de militares para mezclarse con la industria: tenía un pequeño patrimonio, y se lanzó a una búsqueda que forzara su recuerdo. Como todos, había oído desde chico los comentarios aterrados sobre la multiplicación de las vicuñas. Pero él tuvo aquel accidente tan tremendo, del que Esther da cuatro versiones diferentes y no sabe cuál es: en todas, dos vicuñas macho se disputan un trocito de espacio vital, y lo atropellan. De ahí, Jacobo quedó cojo. En cuanto tuvo edad, Jacobo decidió que tenía una sola meta: encontraría la manera de limitar la multiplicación, o no la encontraría.

En aquellos padres las vicuñas se reproducían a ritmo zapateado. Ahora que podemos tan bien limitarlas resulta muy extraño, pero entonces una pareja en cautiverio podía hacerse unos setenta y cinco polluelos mientras su dueño no miraba; la pareja sueltita podía ganarles mucho. La batalla por el espacio parecía perdida:

tampoco se podían eliminar bestias tan necesarias. Hubo intentos pánfilos de castrar los machos: fue de verse. Montañas de pistones vicuños se amontonaban junto a la puerta del Sur: era un ejército gigante de serpientes perezosas, marrones, que se bañaban en espuma roja. Mujeres vulgos las buscaban y se frotaban con ellas las partes y se acicalaban y las servían a sus maridos asadas en pinchos, coloreadas con flores. Era barato. Pronto se comprobó que un macho privado de pistón era una brújula sin norte, que equivocaba siempre los caminos.<sup>[41]</sup>

Jacobo pensó que si lo que necesitaban los vicuñas era un centro de gravedad, un buen pistón mecánico podía solucionarlo. Consiguió ristras de originales y los estudió con minucia, los probó en todas sus funciones: cuando ya era capaz de imaginar el más leve de los toques, el menor de los chorros del pistón vicuño, construyó una máquina de madera liviana, forrada en tripa, que los imitaba bien. La máquina era excelente, pero la conexión con el animal siempre falló. La inserción producía cataratas de sangre: la muerte del vicuña. Lo probó muchas veces y terminó por dejarlo. Recién entonces empezó a intentar su vicuña.

Lo fuerte de los maquinistas es que no son como los cazadores. Los cazadores no tienen muchas dudas: un oso puede tardar unas horas o días o varios días pero al final pasa. Un oso puede ser chiquito y decepcionante pero al final viene otro más grande, que compensa. Un oso puede ser brutal y atacar y asustar bastante al cazador, o rasguñarlo, pero al final se muere. Un oso, también, puede matar al cazador: alguna vez lo mata. Los cazadores no tienen las dudas: aunque no estén pasando, saben que las cosas tarde o temprano pasan. Trabajan con promedios, que es más fácil. Los maquinistas en cambio nunca saben: tienen que probar; unas veces encuentran y otras no encuentran nunca. Los maquinistas sufren y les gusta saber que no saben: les parece mejor porque son engreídos. No es mejor: es de sufrir un poco más. Los padres, en cambio, somos las dos cosas.

Jacobo vivía y trabajaba en una casa chica del barrio del Mercado, entre los maquinistas.<sup>[42]</sup> una casa común de adobe con frente de piedra, una habitación para dormir, una para comer y cocinar, un taller y el patio de los animales. A Jacobo una pierna le colgaba un poco: era del accidente. Le colgaba con el pie mirando para afuera y todo el tiempo se la acomodaba con la mano: los rengos así saben que caminar es un arte profundo y entonces aprenden que las cosas más pobres son un arte profundo. Los rengos aprecian mucho mejor las cosas de la vida: se ponen quisquillosos porque ninguno entiende.

El taller tenía una ventana redonda, alta; la gorda Esther se sentaba bajo la ventana, pegadita a la pared, en el cono de sombras, días enteros. Comía semillas de algarroba tostadas, despacio, sin hacer otro ruido, y a veces escribía sus notas. Sus brazos tan gordos se le restregaban contra los costados al menor movimiento: susurraban. Después de poco, Jacobo había abandonado cualquier naturaleza: su vicuña mecánica era un cajón alto como un chico, largo como un vicuña y ancho como un gran almohadón. Un cajón que contenía al mecanismo: piñones y coronas

con una gran cuerda continua a manivela, en el lomo, que movían unas paletas que propulsaban el cajón. Jacobo trabajaba todos los días desde el sol hasta el sol, pero se negaba a usar gases o velas. Hizo tamañas pruebas: el tranco era muy agradable, imitaba muy bien los traqueteos, los sobresaltos del paso de vicuña; al final le agregó un cuello con cabeza, de plástico en colores, para aclarar la idea. Después, con los padres, ahora, el modelo fue mejorando en su apariencia y parecido. La primera vicuña mecánica de Jacobo galopaba bestial pero sus patas estaban pintadas en el cajón de madera sobre fondo marrón: el camino.

Los vulgos e incluso los personas recibieron a las vicuñas de Jacobo con algarabía. Los nuevos bichos no comían, no fornicaban, no rebuznaban ni se empacaban ni mostraban los dientes embebidos de mocos atrayentes. Los mocos de un vicuña grande parecen verdes pero dan mucho tornasol: invitan a mirarlos e imaginarse cosas. Vicuñas sin los mocos distraían tanto menos. Un poco molestaba que no fueran los mismos de siempre: el cambio, pero tampoco tanto. Jacobo permitió a varios de sus vecinos que también fabricaran: por cada nueva le daban una semana de comida. Las vicuñas de Jacobo se multiplicaron, la meseta se acercó al paisaje que le conocemos: repleta de vicuñas fieles, del tamaño preciso, inmensas para las grandes cargas, menores para los transportes de precisión, que no requerían mimo ni alimentos ni educación ni órdenes y eran rumbosos en largos recorridos. Son los padres de las que suelen traquetearnos, y algunas son las mismas. Es cierto que siguen sin servir para la guerra: la pesadez de reacciones, la falta de velocidad inicial las hacen chanchas. Igual en nuestras guerras no las necesitamos y, además, serían indignas. Son, tan útil, una máquina indigna.<sup>[43]</sup> Como casi todas.

Es curioso pero siempre se cumple: no hay hombre capaz de mantenerse dentro de los límites cortos de lo que es perfecto. Todos los que llegan a ese trance en que sus vidas o sus obras han alcanzado el punto, ese momento en el que todo agregado está de más, dan el paso siguiente. La biografía, el arte de la biografía, con su final preciso y bien pesado, debería haber enseñado esta lección y evitado, en casos, el desastre: no lo hace.

Jacobo tenía riqueza y el amor de tantos. Mi padre Andrés lo distinguió con una mujer espeluznante. Podía vestir azul cuando quisiera.<sup>[44]</sup> Su vida estaba colmada; sus ansias, satisfechas: estaba atiborrado. Quizá fue por eso: una vida tan hecha, donde ya no había que agregar nada, era más que motivo para que Esther ejerciera sobre su tema el derecho de terminar su historia. Puede que el propio mecanismo de la biografía, en vez de servir para el ejemplo, funcionó contra sí: hizo que un hombre intentara, con nuevas acciones agregadas, retrasar su final. Suelen decir que el motivo fue otro: el regalo de la mujer y la soberbia de Jacobo. Hablan mucho de su pierna colgante.

La mujer era casi tremebunda: un reverbero. Calva como una manzana, rotunda como un higo, sus carnes se derramaban en todas direcciones: hay mujeres que simulan tan bien que se deshacen que ellas mismas se escapan de ellas mismas, y el

hombre puede creer que las ataja. Así, esas mujeres controlan más que nada.

La mujer era una fiesta de abundancia. Además, la mujer era un regalo de mi padre. Seguro que el contacto con ella le sugirió la posibilidad nefasta: si había sido capaz de edificar vicuñas, ¿por qué no de combinar mujeres?

Estaciones persistió en el empeño. Sus creaciones tenían algo monstruoso; no en el aspecto, sibilino, ni en los movimientos, que no desmerecían al modelo. Algo más vaporoso, que podía venir de la prestancia terrible de las máquinas, de su confusa conciencia de que van a durar, las hacía infranqueables al fornicio. Frente a tales certezas, el entusiasmo del varón se disolvía como una bola de sebo entre manos de los osos bebés.

Jacobo no era hombre para aceptar que fracasaba. Algo se había sabido en la Ciudad, y el sabio Jose pregonaba en la plaza del Mercado que combinar mujeres como se combinaban los vicuñas no era pretencioso: era tarado. ¿Para qué desperdiciar los dones de la artesanía que, como se sabe, son limitados, se preguntaba, en engendrar aparatos superfluos? ¿Por qué multiplicar con artificios un número, decía, que en la unidad ya es un exceso? Y conminaba a eliminar una mujer por cada nueva máquina: había que empezar por las más cercanas al inventor. Por estos y otros signos, Jacobo fue entendiendo con terror que su tiempo llegaba. Esther, cada vez más entusiasta, había comentado con descuido en alguna reunión que la muerte sin gloria del que la había tenido a chorros la satisfaría: sería el digno final para su historia.

Una mañana, Jacobo se levantó temprano y cargó dos vicuñas con comidas. Salió de la Ciudad vestido con las ropas del agrimensor, por la puerta del Oeste. No llamó la atención: esa misma madrugada empezaba la campaña de catastro y muchos otros así viajaban hacia los cinco extremos de las Tierras. Jacobo cruzó la puerta, donde los guardias, en la casilla, bebían y se cobraban en especies el derecho de entrada a la Ciudad de una joven campesina. La chica gritaba con delicadeza, para no molestarlos. En menos de dos jornadas, Jacobo llegaría al viejo santuario familiar de Huiria.

El santuario de Huiria había sido abandonado mucho antes: lo habían quemado bandas de escondidos. Pero el lugar, una ruina de piedras desparramadas alrededor de la entrada de una cueva en lo más alto de un picacho de las montañas del Oeste, seguía siendo para su familia el lugar de las aceptaciones y el último refugio en los momentos difíciles, cuando tenían que suponer, tomar la decisión o conseguir algún olvido.

Después, gente discutió mucho sobre su elección. Era demasiado previsible que Jacobo, en un momento de zozobra, buscara la gruta. Esther, por supuesto, nunca pudo interpretarlo: entonces el arte de la biografía eludía las hipótesis y se limitaba al relato de la historia: era fortuna. Algunos comentaristas más recientes, con el espíritu osado de los tiempos, supusieron que Jacobo quería que lo encontraran. Puede que quisiera forzar su muerte o eludirla: muchas veces los movimientos se parecen. En esos días de Jacobo nuestros hombres al morirse morían y solamente nosotros

podíamos elegir nuestra muerte: a ellos les importaba poco o no se les ocurría o por lo menos no decían nunca nada. Al contrario: de morirse al morir estaban orgullosos, porque eso los distinguía de los bárbaros. Faltaban padres para que empezaran a morir por la Larga: para buscar la vida larga. Aunque de tanto en tanto se trataba de escapar alguno. Jacobo no se sabe si quería o no quería. Si buscaba que lo descubrieran, Esther no lo decepcionó.

Oscurecía una tarde calentita cuando Jacobo llegó al santuario. Estaba cansado por la travesía, harto de un diálogo consigo que no lo llevaba a ningún acuerdo, molesto por el rendimiento de sus vicuñas: nada más esperaba encontrar las ramas suficientes para armar una cama. Pero cuando se asomó a la cueva se encontró con el cuerpo graso, desparejo, de su biógrafa. Esther era de esas que les gusta dar sorpresas para ver cuál de las cinco reacciones posibles del sorprendido sucedía: era una jugadora, y hacía trampa.

La versión de su último diálogo es de Esther y hay que tener en cuenta los mandatos de su arte. Dice que recibió al fugitivo en la cueva con una de esas frases pomposas preparadas que hacían que sus biografías fueran tan zozobrantes:

—Bienvenido, hijo mío, sin las dudas, a su postrero párrafo.

Jacobo, dice Esther, había previsto este final. De hecho, cuenta, sus ojos no se sobresaltaron y miraron como quien reconoce. Ahí tenía que terminar su historia. Le quedaba una sola posibilidad: matar a la biógrafa. Era fácil, y el verdadero espanto; si lo hacía, su vida nunca sería escrita: la historia de su gloria y su fracaso se quedarían perdidas. Ni siquiera pidió las cinco horas que las reglas le acordaban. Casi siempre los temas se toman esas cinco horas pensando que así la muerte no les va a llegar en tanto tiempo y después, cuando faltan una o dos, se quieren matar para no esperar más. La espera es muy incómoda, semejantes veces. Esther le alcanzó una vieja daga de piedra, la que correspondía, y Jacobo la agarró con la punta de los dedos, como si estuviera por saltarle a la cara. Después se miró el cuerpo y la pierna colgada y otra vez el cuerpo: los brazos anchos, las manos con las palmas claras, la panza en ondas, el pistón aterido, las rodillas como dos sandías, el raro ritmo de saltos y congelamientos de la respiración de sus costillas: algo que le fallaba. Se miraba el cuerpo como quien de repente descubre que tendría que entrar por algún lado y nunca se le había ocurrido ni pensarlo: no le pareció que de verdad existiera una entrada. Después se decidió por el costado del cuello, donde algo le latía con tambores, redoblando, y a último momento le hizo gracia pensar que si veía regurgitar el chorro le iba a dar mucho asco. Antes de empujar el cuchillo pensó que al asco no sería la peor manera: que si se concentraba en el asco estaba hecho. Es verdad que el asco es sobre todo altivo: maneras para morir un rengo.

Jacobo, por su fuga, se había puesto fuera de las leyes. Nadie puede dejar la Ciudad sin el permiso, sin justificar su necesidad. Cuando alguien se escapa hay que buscarlo y el hallazgo del tránsito valió a Esther una recompensa en bienes, que la hizo dudosa. Su historia era perfecta; su biografía había terminado en el momento



justo, pero la muerte de su tema le había dado beneficios que las reglas de la biografía siempre condenaron. Mucho tiempo después, en lo caliente de las discusiones que siguieron a su muerte, sus más ardientes detractores y algunos de sus defensores más ardientes supusieron que fue entonces cuando pensó la innovación nefasta. Si fue así, si imaginó desde un principio el remoto final, su paciencia habría sido casi tan considerable como su astucia: briosa su perfidia.

Esther era despreciable por distintos motivos, lo cual la hacía un poco menos despreciable. Esther descendía confusa de uno de aquellos predictores: su nombre tenía manchas. La habían puesto, como única salida, a aprender el manejo de cuentas de la Casa: por su orgullo, por que no podía aceptar la resignación de los contadores, la echaron del cuerpo y la mandaron a formarse de biógrafa. Su maestra, Raquel, fue una de las peores: a sus 23 inviernos ya había agotado los tres cambios de tema que las reglas permiten. Cuando su cuarta elección, Jose, un jefe que nunca pudo entrar en la pelea, se retiró a una casita tranquilísima en las llanuras al norte de la Ciudad, Raquel montó un relato vergonzoso que presentaba las delicias de una vida serena, matizada por los placeres pasivos y el buen manejo de sus bienes, como una jalea viscosa y opresiva: como una prisión con víboras de gelatina verde. Raquel fue suspendida; a las apuradas promovieron a Esther, su discípula, a la categoría de biógrafa para cubrir el puesto vacante, entre las burlas sospechosas de unos y de otros.

La gorda Esther se movía lenta: sus partes chocaban entre sí. Cada una parecía ocupar el espacio de todo el cuerpo: no dejaba lugar para las otras. Cuando escribía se planchaba en el suelo, panza abajo. Aseguraba la hoja casi traslúcida con las cinco figuras, una en cada punta, y su tronco era tan ancho que sus brazos cortos quedaban a distancia del suelo: lo bastante para dibujar letras. Borroneaba mucho. Pero su biografía del maquinista Jacobo fue un modelo de concisión y humores tan velados.

No tenía hijos. Entonces las biógrafas no podían tenerlos. Las biógrafas suelen ser coléricas por oposición, cuando las dejan: se pasan tanto tiempo disfrazadas de nada que cuando no tienen que estar se ponen como furias. Esther no: Esther se había creído mucho su disfraz y parecía nada todo el tiempo, menos cuando escribía las historias. Esther ya era vieja —no una anciana— cuando se dejó tentar por el final inusitado. Cargaba con la idea tirifila de su propia grandeza, y además cantaba como un sapo.

Su segundo tema, Jaime, era un hombre nervioso, de una familia mestiza:<sup>[45]</sup> un antiguo pastor de vicuñas en las montañas que agregó una letra al código del mundo. Ya no queda nada que no sea legible, pero en aquellos tiempos de moderación o de comienzos muchas cosas de las Tierras no habían encontrado su sentido.

Jaime tenía la astucia de los antiguos: se dio cuenta de que sus animales fornicaban más alegres si volaba sobre el rebaño el estornino. El pájaro, con su chillido muy humano, se presentaba en bandadas de cinco todas las primeras, con el sol: en ese momento, un día y otro día, sus vicuñas trotaban con resoplos hasta la

hembra más cerquita. Una segunda, Jaime entendió la relación: el vuelo del estornino profetizaba el coito. Una primera, vestido con las pieles negras y las sandalias del pastor, llegó a la Ciudad y se ofreció en el mercado. Las mujeres preocupadas por el desinterés de hombres o mujeres, o las que buscaban crías en vano, debían consultarlo. El pastor se instalaba en sus hogares y esperaba, a veces mucho, el momento en que estorninos volaran sobre sus cabezas, para anunciar entonces que el augurio había llegado. Manchada por los desechos de los pájaros, fuera de sí, la mujer se entregaba a abrazos especiales. Dos o tres curaciones resonantes y el elogio desmedido de esas damas le dieron una prosperidad. Jaime tardó más de cinco estaciones en pasar de la lectura a la escritura: hasta que entendió que los pájaros que anunciaban la buena nueva podían provocarla. Era de raza paciente: dedicó esfuerzos y silbidos a adiestrar a una bandada de cinco que volaría en círculos sobre el hogar cliente mientras se daba el coito. Así acabó de hacerse la fortuna.

Jaime era iracundo: tempestuoso. Tenía demasiado la separación de los ojos que distingue a los antiguos: su cabeza era un animal torpón, y así vivía. En su trabajo, Esther saboreó las peores humillaciones, formidables tormentos. En noches de licor y confidencias, el pastor le contaba a su biógrafa episodios de su vida primitiva. Ella las memorizaba con fruición; al día siguiente Jaime le decía que nada era cierto salvo una cosa que no le iba a decir. En tardes de alborozo y de licores, Jaime lanzaba a sus pájaros a que volaran en caracol sobre la cabeza de la gorda, chillando y defecando. «Así», gritaba el pastor, «será fecunda, digo: gruesa.» La biografía no se conformaba.

Algunos siguen diciendo que fue por despecho: la biógrafa humillada por la elección equivocada de su tema que quiso reivindicarse con un gran acto final. Otros, entusiastas, imaginan que Esther creyó que tenía que renovar su arte anquilosado con una novedad tremenda, al precio de su vida. Otros, que con su sacrificio la biógrafa avergonzaba a los que la habían vapuleado cuando la muerte de Jacobo. Otros más, quizá los mismos, que su sacrificio era un pase de magia que la transformaba en uno de esos protagonistas que su arte había servido.

En cualquier caso, Esther faltó a todas las reglas de su oficio cuando escribió un hecho que no había sucedido todavía: que la biógrafa sería liquidada por su tema en un arranque de cólera producido por una intromisión en sus asuntos más íntimos. Le fue muy fácil conseguirlo.

Una mañana, uno de los estorninos de Jaime, el más antiguo, amaneció amasijo de plumitas tintas. La biógrafa dormía junto al cobertizo donde dormían los pájaros: la única entrada daba a su pieza. Al pastor no le hizo falta mucho más para descubrir o suponer quién era la asesina: se lanzó, pájaro en mano, hacia la gorda tremebunda y la castigó con saña en los ijares, le mojó el cuerpo con vinagres, la asfixió con el cadáver emplumado. Padres, muchos padres después, habría sido una bella Joaquinita. Pero todavía no: así de caprichosos somos. El cuerpo de biógrafas le ofreció, en desagravio, una pira donde ardieron centenares de pájaros.

Con la muerte de Esther la vida de Jaime quedó incompleta: su historia contaba

todo hasta justo después de la muerte de ella, cuando él se sentaba en una piedra con el estornino sanguinolento en una mano y empezaba a preguntarse si estaba bien lo que había hecho y se sorprendía ante una pregunta muy poco habitual y pensaba, por la pregunta, que algo le debía estar fallando. Pero la historia no podía seguir, porque la gorda estaba despatarradísima sobre el piso de tierra con un hilo de sangre mucho más chico que el que había previsto cayéndole de la boca despacito: Jaime entendió un poco. Su final sería cualquier final, su historia sería una historia sin sentido: tendría el sentido que cada cual quisiera darle: cualquiera iba a poder imaginarla. El sacrificio de Esther consiguió que las biografías nunca volvieran a ser lo mismo.<sup>[46]</sup> Cuando la primera de sus discípulas, Raquel, quiso imitar el sacrificio de su maestra, el tema, ya advertido, esquivó la trampa. La historia de la vida de ese hombre, Javier, un perfumista portentoso, es una de las más interesantes: el relato de las astucias y tonterías de un hombre que no quiere matar a una mujer que solamente busca que lo mate.<sup>[47]</sup>

Yo entiendo el terror de los temas: su mezcla, en proporciones tornadizas, de desespero y gozo. Pero ellos, antes de ser historias, antes de saber que iban a ser historias, fueron hombres que se pensaban como hombres, volátiles, destinados al fuego y a perderse: hasta que un día la música de los soldados les dice que los van a convertir en duraderos. Yo nunca tuve esos momentos de abandono. Siempre supe que estaba haciendo mi recuerdo. No tengo el consuelo de saber que el tiempo va a terminar mis actos, que mi vida es la corta, que no la lastran sus repeticiones. Mi vida recoleta, escondida en la Casa de los ojos de todos, es espectáculo sin pausas: el argumento de una historia para ser contada. Me gusta cometer tropelías, imaginar actos que la historia no debería registrar. Me gusta que el pobre Jushila esté registrando, ahora, las palabras que no debería decir.<sup>[48]</sup> Me gusta pensar que, si las sigo diciendo, al final quizás entienda la forma de mi tiempo, que voy a declarar cuando mi padre Ramón, mi padre, termine de morirse. Me gusta pensar que la estoy contando para eso, y saber que no la cuento para eso. Me gusta pensar que yo soy la amenaza: que ahora, estos momentos, en Calchaqui, tiemblan de suponer mi tiempo, de tratar de preverlo. Me gusta imaginar al consejero Joaquín en su temblor, a los otros consejeros en los suyos, a todos los que no conozco y creen que me conocen en sus temblores cada uno. Yo puedo declarar un tiempo que los acabe a todos: que los empiece, que les dé las vueltas necesarias. Yo puedo: hasta que vaya y lo declare, puedo todo.

Mi vida es una historia y ni siquiera tengo el abandono. Tampoco tengo el tibio escape de los otros: la biografía es el arte de contar sin contar la historia de la relación entre dos, biógrafa y su tema. Yo, para anular esos azares, voy a ser contado por cinco biógrafas: cada cual dará su versión y las cinco conformarán un relato sin caprichos posibles: con caprichos distintos. Es un error. Mi historia no es mi historia sino la historia de todos mis hombres, de todas mis tierras, de todos mis pasados y algunos

futuros. Igual no tengo escapatoria. Quizá debiera conformarme, y dedicarme a hacer de mi vida una obra perfecta.

A veces pienso que no voy a soportar ser Padre. Ser Padre es como ser una cosa siempre: una misma siempre. Mi padre Raimundo, el sibarita, también fue un moralista: todo se mezcla. De muchos modos quiso enseñar a los personas que cada cosa se puede ver de tantas formas. Reclutó un batallón de contrahechos, o los contrahizo: quién sabrá. Cada cual tenía la cabeza en otra parte: contra el pecho, pegada al hombro, mirando para atrás, arriba, junto al suelo, enfrentada a sí misma. Cada cual veía lo mismo muy distinto: a veces mi padre les pedía que le contaran cómo. Una vez ordenó al pintor de la Casa que los juntara en un fresco: el pintor le obedeció más o menos. El color era bueno, nada más amarillo, y los cuerpos estaban ahí, con sus revueltas, sus cuellos serpentina. Pero todas las miradas y todos los mirones tenían la cara de mi padre Raimundo. Como quien dice: «Hay distintas miradas, pero le pertenecen.» Trabajado con arte, el pintor pasó a ser el mejor contrahecho. Mi padre Raimundo era un hombre cabal. Aunque dijo, una vez, entre tantas, la frase que me preocupa cada cuarta: «Mientras no lo dé, usted, no va a ser suyo» o: «Nunca le va a pertenecer si no lo da» o: «Sólo lo tiene dándolo.»

Él supo cómo: yo a veces pienso que no voy a soportar ser Padre. Ser Padre es como vivir adentro de esas cocciones que toman en las fiestas los amantes, en las montañas del Oeste. Cuentan que entonces se pasan horas y horas, días y días como si fueran otros, como si cada cual fuera el otro. Peor cuando la bebe un solitario: puede ser cualquier otro, toma el riesgo. Hace estaciones una delegación de las montañas del Oeste me trajo un frasco. Me contaron cuáles eran sus propiedades, y que estaba hecho de un cocimiento de hierbas e hígados de un pequeño sapo gris, y entonces mi preceptor soltó la carcajada.

—¿No querrán estos señores que seamos los que nos envidian?...

Mis hombres de las montañas del Oeste no son amigos del jolgorio. En sus tierras no crece el maíz, el viento revuelve las auroras sin descanso y sus mujeres nada más los fornican cuando la luna sale entera. Viven del pastoreo de una vicuña muy poquita, de la que no saben conseguir perfumes, y de asaltos y emboscadas a raros pasajeros. Tienen esa franquicia, siempre que no les hagan muertes crueles. Mi padre Félix les regaló el derecho como pago por su apoyo en una guerra menor; muchos de mis padres intentaron sacárselo y no pudieron. Por eso sus tierras son las menos transitadas de mis tierras.

—¿No será que hay hombres tan menores que creen que sólo pueden ser un solo hombre?

Contestó, circunspecto, el patriarca. Estaba vestido, como todos ellos, con sus pieles de lobo; el calor de la estación le hacía transpirar caldo salado: es una de sus propiedades más curiosas. Con un gesto leve contuvo el enojo de sus hombres: más de uno había llevado la mano al morral donde suelen guardar la honda y los pedruscos. Después pidió con displicencia mi permiso y siguió contándome historias

del brebaje. Él mismo, en su juventud, lo usaba. Lo usó, dijo, el día en que tuvo que desayunarse a sus abuelos.

Esta gente ruda tiene una costumbre: creen que un hombre no puede desear mejor fin que la panza de sus deudos. Puede que yo decida prohibirlo, como Padre. Mientras tanto, la costumbre les trae dificultades: pánico de morir de una enfermedad que impida la comida familiar o en circunstancias que no permitan recuperar el cuerpo. Mientras, se deleitan imaginando esos últimos cariños, cuando los suyos los corten, adoben, soben, preparen para el banquete sin retorno: los regocija pensar en las manos queridas deshaciendo sus fibras, encontrando trocitos, acariciándolos hasta lo más íntimo: la imagen de este último amor les da tembleque. Cuando llegan a la edad muchos buscan el tránsito por sus propios medios. Tiene que ser una muerte suave, que no arruine el cuerpo ni les corrompa las carnes con venenos o asquerosas sustancias: para eso mantienen a un grandote, que respetan y cuidan, especialista en tumbar a cualquiera con un solo golpe en la sien izquierda: el que se entrega, para que el gordo sepa, se pone a soplar en una flauta. El golpe corta alguna nota, y la canción termina.

Cuando alguien muere y sus despojos sirven para la comida, sus parientes y amigos preparan por tres noches el festín: durante esos tres días, el cuerpo del difunto yace en una mezcla de hierbas y aceites que lo suele poner de rechupete. La última noche, ya adobado, listo, lo depositan junto con brasas y leños encendidos en un hoyo en la tierra. Pedazos escogidos van a la cacerola. Mientras cuece, las mujeres beben licor de jaras y recuerdan historias: los hombres las escuchan.

El patriarca recordaba a sus abuelos. Su abuelo había sido un gran hombre para ellos, admirable por motivos variados y por las inflexiones inflexibles de su voz de trueno. Su abuela —su mujer— se había considerado indigna de vivir sin él y había tocado la flauta apenas su marido. El patriarca entonces era chico y no tenía, dijo, ningún inconveniente en deglutir a su abuela como mandaban los rituales, pero había respetado demasiado al abuelo, y creía que un hombre no era digno de comerse el menor de sus fragmentos: quiso, necesitó, ser muchos.

Se consiguió una buena medida de brebaje: nunca lo había probado, porque era muy chico, pero sabía sobre sus propiedades de volverse otro. Lo tomó, queriendo ser un hombre que ni siquiera imaginaba, o la suma de todos los hombres, o una sucesión de los mejores, o él mismo a la edad y merecimientos de su abuelo, o la mujer que nunca. Pero fue su abuelo.

Durante dos días y tres noches el jovencito fue un hombre grande que se creía un gran hombre. La primera noche, sobre todo, descubrió de su nuevo personaje las dudas horribles, los engaños. Mordía un brazo magro y correoso y recordaba la noche, vieja de cincuenta inviernos, en que su padre —su bisabuelo— había muerto y él decidía que nada iba a ser demasiado para conseguir la jefatura de los suyos. Hincaba los dientes en una pantorrilla costrosa y revisaba su plan: la hierba que enfermaría a los ganados y la hierba que él propondría como remedio para salvar a las

pocas vicuñas que quedaran. Desgarraba con furia una costilla amarga y se encontraba, casi con sorpresa, con la alegría de un hombre que era y no era él y festejaba el nacimiento de un nieto que era y no era él, y entonces recordaba los planes para ese nieto, un futuro de fortuna tan grande como él —el abuelo— nunca alcanzaría. Sorbía, por fin, de una escudilla de barro decorada con dibujos geométricos los sesos apenas condimentados, una masa grisácea reblandecida por la cocción, y con un escalofrío temía morir y ser comido. Después quería morir y ser comido y no saber quién era. Todo el tiempo pasaban por el cielo pájaros que nunca se paraban: los pájaros nunca se paraban. Alrededor, las mujeres cantaban una canción de bodas; al lado, la novia se desvestía despacio.

Pasada la noche de la comida del difunto, el patriarca fue su abuelo durante dos días más. Sabía que su cuerpo había sido comido: era un hombre sin cuerpo, y se acostumbró a su nueva situación. Caminaba sin moverse, pasaba a través de las cercas de piedras desaparejas, daba órdenes que nadie oía. Cuando, con la bruta sorpresa, empezó a descubrir sus propias manos, las manitos de un chico, una mujer chica las estaba besando con mucha saliva: ella le alcanzó el cuenco de agua tibia y le contó que había pasado los tres días sin moverse de bajo ese algarrobo, pero que entre sus palabras bien confusas algunas habían alarmado a sus amigos. Desde entonces se lo llamó el cruel, y nunca volvió a probar el brebaje;<sup>[49]</sup> nunca, y menos todavía cuando llegó a transformarse en un hombre muy parecido al que había sido su abuelo, contó quién había sido durante esos tres días.

Hasta esa cuarta, en que mi mirada no le dejó fuga, y me contó. Así será ser Padre, como sus tres días: ese brebaje todo el tiempo. Nunca, ni por un momento, voy a estar afuera. Padre, puedo ser todo: entonces voy a ser todo el tiempo el que puede ser todo. No me imagino cómo es de verdad el que puede ser todo. No voy a poder, como todos, olvidarme, ser mi casualidad. Pronto voy a tener, entre otras cosas, que llamar al viejo patriarca, o al que se lo haya comido y reemplazado, para decirle que tienen que dejar esos festines y cremar, como todos, a sus muertos. Es posible que se niegue, que se declare en rebeldía: voy a tener que mandarle unos soldados. Es más probable que simule aceptar mis órdenes y que nunca las cumpla. Es lo que yo haría. Es lo que me enseñaron. Pero no va a ser fácil convencer al muy bestia: siempre me sorprende cuánto les cuesta a los más simples entender lo más simple.

No es fácil. Tardamos tanto en entender la suerte de los muertos. Está claro que la muerte, al principio, acaba nada más con la máquina del cuerpo: el espíritu no deja su trabajo: percibe, entiende, imagina todo lo que su cuerpo ya no puede emprender. Es curioso que antes de Jose tantos creyeran lo contrario y que ahora, todavía, se lo crean algunos: el Período no se ve fácil, a primera vista, pero la idea de que todo se muere al mismo tiempo es pánfila, porque iguala la ilusión y el sudor, el cuerpo y el espíritu: el cálculo y la defecación un poco líquida. ¿Por qué tendrían que morir juntas dos máquinas que nada más por azar conviven durante algunas estaciones y

cuyos funcionamientos nada más se sirven como alimento el uno al otro, mutuos parásitos, combate de recíprocos mosquitos? Es tan visible la discordia entre cuerpo y espíritu, son tan contados los casos en los que ambos consueñan y tan numerosos los que los enfrentan, hay tantos ejemplos de espíritus jocundos musicales habitando cuerpos de dos mujeres flacas, o de campeones de carrera cargados de una mente errática, o de sabios cuya majestad se disuelve en unos ojos claros, que suponer que ambas entidades puedan coincidir aunque más no fuera en el destello de la muerte es tendencioso: pavo.

Muchos lo imaginaban y Jose lo sufría. Jose había nacido con las piernas muy largas y esqueletas, en casa de un disecador de cuerpos: en sus días, los cuerpos se ponían al sol para que el fuego del cielo y los dientes de bestias los royeran de a poco. Saliendo de la Ciudad por la puerta del Norte y doblando al oeste, llegando a media ladera de las primeras montañas, lejos de los arbustos, en unas plataformas de piedra negra, se secaban los muertos: hubo tiempos en que era un buen paseo.

Jose tenía brazos muy largos y esqueletos y un cuello parecido: tuvo que aprender desde chico el oficio de su casa. A poco de la aceptación era más ducho que nadie para calcular los ángulos de exposición más convenientes, donde el sol haría lo suyo más preciso, sin los arrebatos. Los cuerpos le llegaban rellenos y lo primero era vaciarles bien los jugos. Jose conocía las piedras con la justa medida de reflejo y de poros: no tan frías como para que el muerto se helara cada quinta, no tan calientes como para que el muerto se cocinara cada tercera en sus poquitos jugos; esponjosas para chupar los jugos, que las iban vistiendo de colores.

Para empezar los ponía con los brazos y las piernas muy abiertas, panzarriba, unos días, para que fueran agarrando calorete: era el momento más confuso, porque los muertos estaban rozagantes y muy de toquetear: había viejas con carnes derramadas, plastrones de tremenda delicia, bocados, puro barro; Jose las pellizcaba poco. Cuando asomaba el blanco del hueso de la nariz el olor era hiriente y era tiempo de darlos vuelta y ponerlos acurrucados sobre sí, de un costado y del otro: así tenían menos superficie de contacto con la piedra y los jugos se les chorreaban para los costados en vez de chapotearles bajo el cuerpo. Entonces el olor se les volvía agradable, como una rama que se seca y guarda un como si del olor de la planta: una memoria. Cualquier olor es bueno si es una memoria, pero no son audaces. Los muertos de a poco se iban secando y otro poco les chupaban los zorros. Algunos muertos del invierno eran los más queridos: Jose elegía a uno o dos para cuidarlos de los zorros, y llovía tan escaso que llegaba un momento en que estaban bien secos por adentro y con bastante piel: eran como ellos mismos en un chiste sin gracia. Jose era el mejor para ir modelando, con sus manazas en el muerto, las expresiones que le sentaban mejor en cada tramo.

Les conversaba poco. Otros antes que él hicieron amistades tan estrechas con los cuerpos que sufrían cualquier mancha que les cruzara un hueso: su padre supo pasar muy malos ratos. Jose no era de hablar. Su oficio no le permitía una mujer de la

Ciudad, pero Jose se resistía a degradar su estirpe en una antigua.<sup>[50]</sup> estaba más bien solo. Su oficio era cuidar el trabajo del sol: tenía horas y horas, y después tenía horas; las pasaba componiendo sus músicas de los elementos. Su arte apareció y desapareció con él: sabía exponer a los vientos del atardecer los huesos de un muerto dispuestos en dibujos que parecían muy sabios; los huesos tenían que ser todos de un mismo muerto, bien blanqueado. Sabía disponerlos para que los elementos, la fuerza y dirección del viento soplando en los distintos agujeritos, el calor que los abría o el frío que los cerraba, la humedad, el roce de la tierra aventada en los rebordes, produjeran su música. Jose decía que era la música del espíritu del muerto, sonando con la tozudez de quien inverosímil permanece. Es cierto que nunca dos dieron la misma música.

Solían ser tristes, o quizá después, cuando se supo bien lo del Período, empezamos a escuchar esos sonidos como la tristeza. Pero cada era muy diferente. Unas quijadas daban un soplido ancho, sostenido, grave, que se acababa de repente y no perdiéndose de a poco: era un aviso de que algo estaba por llegar, pero después venía un silencio de horas, con crujidos muy leves. Ya era tercera; para entonces, el sol había abierto tanto la trama de un fémur que el viento le pasaba adentro y los silbidos agudísimos golpeaban como flechas de agua, de a siete, a un ritmo regular porque el viento era fijo, y a través de las vértebras sonaba un bajo continuo que no enturbiaba los silbidos: despejaba el espacio para que se oyeran más agudos. Así era de un cuerpo en armonía, pero había muy terribles, donde cada hueso se peleaba con otros: trataba de aterrarlos, y Jose se creía que le contaban algo. Jose estaba seguro de que les conocía las vidas escuchándolos.

Las músicas de muertos le sugirieron la idea del Período. Más de una vez, en medio de una melodía, Jose vio cómo el brillo de los ojos de un muerto relleno, con ojos todavía, se exaltaba con una nota bien aguda, se opacaba en un grave sostenido. Jose trataba de entenderlos.

Al espíritu se llega por los ojos. Jose empezó a armar conciertos de los cuerpos nada más para mirar los ojos de otros cuerpos que todavía tenían y atraparles los brillos y buscar lo que había. Había algo, escondido, diciendo, mostrándose y huyéndole en las chispas de los ojos: una vida, cositas. Cuando alguien busca algo puede encontrarse lo que sea: está listo para que cualquier cosa que se le cruce le parezca respuesta. Por las chispas, por cómo y cuándo eran las chispas, Jose entendió que en los cuerpos rellenos el espíritu estaba todavía: que el espíritu remolonea, se toma su tiempo y no se muere enseguida cuando se muere el cuerpo. Por buscar quién sabe qué en las chispas, Jose empezó a entender los primeros misterios del Período.

El Período fue definido por Jose: revancha del espíritu. En su senda, algunos sostuvieron que era de maravillas: que la mente, librada de servir a su cuerpo, desecha de la obligación de organizar el físico, alcanza en sus vagabundeos las sensaciones más gozosas. Unos dijeron que el espíritu consigue en ese trance las respuestas a todas las preguntas que lo asaltaron en la vida y que era justo porque ya



no podía usar esas respuestas para nada. Otros, que llega incluso a recuperar las sensaciones que tenía en el momento de su encarnación, cuando el homúnculo llegando estaba por formarle un cuerpo.

Muchos negaban todo y no creían que la mente de un cuerpo paralizado por la muerte tuviera más posibilidades que en la vida. Algunos, los más crueles, imaginaron que la muerte, que —decían— algo tiene que hacer, cristaliza el espíritu del muerto en sus últimos pensamientos, que se repiten sin parar, en un círculo tonto: vuelo de buitres sobre el conejo degollado con cazadores cerca.

Pero todos supieron que cuando la carcasa empieza a deshacerse, la pudrición va acorralando poco a poco las aptitudes del espíritu: primero es un color que pierde, después cuatro palabras, la tercera de su primer fornicio, unos sabores. El espíritu podría, pero se le van deshaciendo en gusanos sus lugares: por eso va perdiendo. El espíritu se aterra y mira sin recursos cómo se desintegra: el horror de este trayecto, estos últimos tramos tremebundos, casi espeluznantes, un buen fuego a tiempo piadosamente evita.

El fuego, explicaba Jose, lamía de placeres el espíritu, que no lo sufría, que lo veía como una ensoñación de terminarse: el tránsito final era más rápido y perturbaba menos la vida de los que se quedaban. Poco después, mi padre Enrique estableció la cremación para todos y Jose pasó el resto de su vida secando al sol vicuñas: les hacía hacer música y empezó a creer que el espíritu de vicuñas era mejor, porque sus músicas eran mucho más dulces. Las cremaciones para todos fueron un alivio, y era fácil: directo. Nada más se le permitía al muerto dejar pedido, según sus convicciones, el tiempo que tenía que pasar hasta su fuego: el tiempo en que iba a andar por el Período.

La muerte, en aquellos tiempos, era algo definitivo: salvo para nosotros. Sólo nosotros podíamos elegir la forma en que íbamos a hacer el tránsito. Sólo nosotros, mis padres, mi estirpe, teníamos el goce y la preocupación de una vida para todo el tiempo: de una vida que sobreviviera a las dos muertes. Fue nuestro privilegio, hasta que vino la revuelta del bastardo.

Tenía que ser de nuestra sangre el que agitara bandera tan dañina. Ningún otro, ningún espíritu, por perverso que fuera, podría haber pensado en pedir para los hombres lo que los hombres no podían querer. Pero Juanca era sangre de la sangre.

Juanca vivió en los días de mi padre Ernesto, que inventó ese tiempo que corría. A veces creo que mucho fue la culpa de mi padre: algo lo equivocaba en su visión del río. El río que pasa abajo de Calchaqui es casi siempre seco; cuando lluvias, el agua corre torrentosa de una sola vez, como si tuviera un cometido. Corre desesperando, encabezado por la ola, y tiene su cabeza como la del león muy macho: arrepollada. La cabeza del agua se va tragando los cardones, las piedras, cuerpos de animales: después viene la cola y después el lecho seco, otra vez: seco. El río después del agua vuelve a quedarse seco, y mi padre Ernesto imaginaba un río que fuera siempre igual,

con agua siempre corriendo igual: alguien le había contado. El río de mi padre corría lo mismo mañanas que las noches, tardes que fiestas, las sequías. Su río no paraba nunca, pero nunca empezaba. Ni su tiempo.

Su tiempo era como su río. Su tiempo corría siempre con la misma agua, hacia adelante: siempre igual. Su tiempo era siempre igual porque nunca nada se repetía. Era como si al existir dejara de existir, se desapareciera: no permitía el regreso, la experiencia. No servía para nada haber vivido una tercera, porque nunca volvería. Ni nada aseguraba que el sol saldría otra vez: no daba garantías. Un remolino que se forma en el agua por aquella rama ya no se va a formar: no estarán ni ese agua ni esa rama. Una hoja llevada por su agua va siempre más allá, más adelante. Su tiempo era una audacia que se resistía a cualquier gobierno.

Mi padre Ernesto eliminó los nombres repetidos de los días: cada uno fue un número creciente. El bastardo Juanca era su hermano: dicen que era su hermano.

Hay secretos excelentes en la Casa: quién sabrá de verdad la historia del bastardo. Juanca siempre se dijo hijo de mi padre Antonio, el padre de mi padre Ernesto. Que él era el Hijo de la Madre, el que tenía que llegar a Padre, y que mi padre Antonio lo privó en favor de Ernesto, de una mujer menor. Y que interrumpió el último encuentro de mi padre Antonio, su padre, con mi padre Ernesto en el lecho de muerte, cuando le decía sus voluntades para el tránsito. Y que les prometió venganza: es raro. Yo conozco los vericuetos de la Casa: nadie, y menos que nadie el que decía que lo desheredaron, podría entrar en la estancia de Padre en semejante rato. De ahí, dicen, lo tiraron a patadas al estanque, lo apalearon, lo abandonaron a los perros y a su suerte. Dicen que entonces empezó su campaña.

Juanca conoció a la mujer mucho tiempo después, en un tugurio: en lo bajo del valle, cerca del río, donde las casas son de maderas y no viven familias sino conglomerados: el arrabal del este. En el tugurio cada cuarta ella cantaba canciones de fornicar sin ganas:

«En tu fuente de los peces  
donde meces donde meces  
los pescados que tenías, vida mía, entre las  
piernas,  
nadie bebe nadie bebe.  
No te doy mi pescado te doy mi  
oreja:  
me gustaba tu piel tu piel  
cuando eras vieja.»

Y más. La acompañaba la flauta de quince cañas de Javier, un músico ciego de la Casa que se había caído. En el tugurio cabían unos veinte: tenía tres paredes de cañas y un plástico encima. Se iluminaba con cuatro o cinco fueguitos de candil de aceite

sin perfume: el final de un incendio en los cardones. Los parroquianos se sentaban sobre pieles en la tierra y se parecían a las pieles en la tierra. Bebían cocciones: la mujer cantaba hasta que habían bebido suficiente y cantaban ellos. El pelo les caía por la espalda, en líneas rectas, y estaban más sucios: muchos vulgos van sucios y se enorgullecen de sus costras. A veces los vulgos más pobres se parecen un poco a nosotros: les gusta la idea de conservar algo sobre sus cuerpos tanto, como un registro de todo lo que se les escapa sin parar: un esqueleto.

Los parroquianos iban temprano y eran de esos que tratan de venderse. Buscan a quien los quiera comprar: no siempre encuentran. Harían cualquier cosa si alguien se interesara: no somos tontos, nadie les pide nada. A lo sumo una muerte de tanto en tanto, una chiquita: un modo de decirles que forman parte de la máquina. En esos días los vulgos iban muy armados. Si no, vendían en el mercado y las calles higos secos entecos, maderas olorosas inodoras, cuchillitos sin permiso mal templados que se quebraban al segundo hachazo, relojes falsos, hierbas, perfumes hechos sin esencias de animal. O tomaban viajes cuando había una caravana grande de perfumes, y pasaban dos o tres estaciones en parajes tan ajenos que ni siquiera sabían contarlos a la vuelta. O cargaban animales al mercado. Las mujeres también usaban los cuerpos como hubiera. Son como los mosaicos del patio de la Casa: todos tan parecidos. Descalzo les notaría a cada cual una rugosidad diferente, un relieve. Pero jamás los pisaría a pies desnudos: hasta que obligan.

Algunos que no podían venderse se fornicaban por despecho, a veces, y otras para matar el rato. En un rincón, un chico chico se agitaba sobre un gordo y lo mamaba como si tuviera de verdad mucho hambre; cuando terminaban, el chico chico se creía muy grande y después se lo contaba a alguien. Una mujer muy flaca, joven, con las mamas demasiado grandes pegadas a su cuerpo, retenidas, y todo para ser bastante despreciable se ofrecía a tres o cuatro parroquianos y al final les invitaba una cocción, pero no había caso. La mujer tenía su tela atada en un tobillo y le sobraban huesos. Ya eran tiempos de mi padre Ernesto: desde mi padre Cándido, padres antes, todos usaban la tela obligatoria y nada más sobre los cuerpos. El olor del tugurio se rellenaba con golpes nuevos todo el tiempo. En un rincón, una inmensa cabalgaba a un vicuñero y le asfixiaba la cara con las cachas; el vicuñero quería saber cómo sería cuando se le acabara el aire. A Juanca le gustaba sobre todo mirarlos. Muy pocas veces toqueteaba un poco a un nene o una nena: las canciones de la mujer le recordaban algo.

La mujer que cantaba se llamaba Raquel: también bailaba. Raquel había tenido una belleza más que bestia: había tenido las piernas macizas de las tierras, como dos morteros de la piedra más ruda, rugosas al tacto, repletas de sorpresas, terminadas por un lado en los pies anchos, sólidos, terrestres, y por el otro una cintura tan menor bajo un torso muy flaco. Raquel había tenido la distribución más socarrona de las carnes: una base firmísima para aguantar un peso etéreo: una base preciosa por superflua. Con una panza y brazos y las mamas como pilas de tortas habría sido más clásica

pero menos caliente. Sobre las costillas dibujadas del tronco, bien escritas, las mamas largas y finas como un nabo, despegadas del cuerpo, entregadas al mundo, se le enredaban en figuras. En el cuello y la cara se le invertía el modelo: largura afinadísima del cuello, condorito, con el espacio para cintas y collares, bajo la redondez de luna de la cara marrona partida por los ojos filosos como rajadas y el gancho de su nariz, bien condorita: la majestad tronante. Raquel supo ser tremebunda: una de las bailarinas más pagadas de Calchaqui, que no entró en la Casa por tozudez y desvarío.

Eso había sido tantas estaciones antes, en otro padre. Ahora la mujer todavía se llamaba Raquel y estaba vieja —pero no anciana—, cada vez más tremenda, y se adornaba con un chal de plumas muy ajadas que le tenía las mamas por debajo y se enredaba. El chal estaba contra todas las reglas: era regalo de un comerciante de plumas, proveedor de la Casa, y el culo pajarero de Raquel era el lecho fangoso de un río que corriese con agua todo el tiempo: movedizo, tragón. Raquel cantaba en el tugurio: también se lo bailaba.

«Te gustaba mi piel mi piel piel  
cuando era vieja.  
Y en la fuente de los peces  
bebo sola bebo sola:  
que los tiempos que pasaron dice Padre que no vuelven  
y los tiempos que no vuelven dice el Hijo no pasaron.  
Así somos: bebo sola  
sola sola como peces.»

Parroquianos comían pescado en salazón desleído con mangos muy maduros: basura del mercado. Dos hombres como mellizos se hacían la trenza cada uno. Cinco jugaban por pasión a las adivinanzas:<sup>[51]</sup> uno dijo que quería apostar su dedo y lo mostró, roído por una llaga hasta el huesito. Hacía frío. Raquel terminaba de cantar y no sonreía ni saludaba.

Quizá le gustó la mujer porque gustarle pudo. A cualquiera le gustan tan así, pero Juanca después estuvo bastante con la Nena. Algunos dicen que la Nena fue su suerte y la tomó pero que Juanca disfrutaba como nadie, sabía disfrutar como nadie de los cuerpos deshechos y anunciadores ya del tránsito, los complejos, que tienen un poco de la vida y más de muerte: los que le hablaban de ese final que él iba a cambiar tanto. O porque ya estaba en el secreto y ese cuerpo formaba parte del camino. O porque quién podía resistirse a tanta hembra. Quién sabrá. Juanca iba a verla y la escuchaba. Después le daba unas cocciones: se tocaban.

—Usted me llena de retorcijones la esperanza.

Desde el principio se hablaron como perros.

—Usted ni esperanza puede tener, ni tiene: nada más cuerpo tenemos, digo, en el

tugurio.

—No sueñe: todo tenemos, y más tenemos, digo, si queremos. Más quisiéramos, usted y yo, que carecer.

Raquel le cosquilleaba el pistón<sup>[52]</sup> con las plumas. El pistón de Juanca era una aceituna, una almendrita: un fruto bellamente chiquitín que mujeres y hombres amaban y acunaban para verlo crecer: un hijo pródigo que volviese siempre. El chal estaba viejo y se le perdían plumitas de las plumas: Raquel soplabla para limpiarlas y sorbía. Juanca se reía poco y la hacía hablarle del secreto:

—¿Y cuántas pueden ser, las mujeres?

—No más de veinte, serán, o treinta.

—¿Y se conocen, digo, todas entre ellas?

—Algunas se conocen, digo: otras se ignoran.

—¿Y siempre todas han vendido su cuerpo?

—Todas, digo, todas todas siempre: tejedoras, putas, cocineras, poceras, bailarinas. Todas trabajan de su cuerpo.

Raquel le contestaba con su voz ronca de canción y cocciones. A veces sentaba su culo sobre el pecho de Juanca y lo vibraba: nada más para que se callara. Juanca era bello como los dioses de los antiguos: bien falseado. En realidad, era bonito: como un coatí que corre perseguido por zorro y de pronto salta hacia el costado y encuentra en su saltar un árbol: se golpea, se atonta, se le acerca el zorro con la zarpa enhiesta, lo mira, va a zarparlo y, en el último, de otro salto el coatí se trepa al árbol y mira desde la rama más tupida al zorro con esa cara felicísima. Agitada, en desorden. El animal tan dichoso que se salva. La imagen prodigiosa: Juanca.

Que preguntaba más y más. Si era muy largo el viaje, si había jefe, si lo sabía la Casa, si era siempre de noche. A veces otros parroquianos paraban su oreja. Raquel le contestaba a veces, o lo sobaba, o se iba a cantar.

Ya dije cómo mi padre Enrique decidió la cremación para todos. Las llamas eran el destino común: los igualaba. Ahora en cambio tratan de conservar sus destinos pobres por tan largo tiempo: siempre se equivocan. Ellos son ellos. Juanca, en esos días, preguntaba por los andurriales, mísero por necesidad o por disfraz —por orgullo—, tenaz, todo sobre las muertes de los vulgos. Pudo saber que había mujeres —pero ningún hombre— que se negaban a quemarse y habían formado bandería que les aseguraba, cuando venía el momento, una fuga discreta a los desiertos del norte. En esas tierras secas nada interrumpiría el largo viaje hacia la podredumbre de sus cuerpos: el Período entero. En Calchaqui no podían: la comisión de cremadores tenía una red de informantes tan eficaz que padres solían usarla para nuestros tejes y manejes, y ningún cadáver escapaba de sus antorchas de lapacho. Hombres, mujeres, chicos y más bien incompletos formaban la Red, que veía todo y oía todo y sabía: sus miembros se designaban por un sistema de sorteos y no podían negarse, so pena de castigos deslumbrantes.

—Ya llegaremos, usted, hasta mujeres. O no: será según. Nunca hubo hombres

entre esas mujeres, pero tal vez usted pueda, digo, tan bello y almendrita.

Raquel solía negarse a conectarlo con la bandería de las que se escapaban hacia el norte: al Período. Después de muchas cocciones, a veces, le decía que sí.

—Ya llegaremos, usted, ya llegaremos.

Pero después se ponía ambigua, como si ella no fuera una de ellas:

—Aunque no llegue yo, digo, aunque yo nunca llegue.

A veces, Juanca temía que la mujer estuviera en la Red. Pero la Casa no necesitaba razones para matarlo o torturarlo: bastaba con que lo encontraran. Si ellos sabían dónde estaba, estaba muerto. Mientras Raquel no supiera su historia daba igual. Y si la sabía daba igual. Y si lo prendían, decía, daba igual: hambrienta la venganza. Insistía: no sabía bien cómo, pero si se ligaba a la bandería podía ser que pudiera empezar: era un principio. Mujeres y mujeres buscando otra manera de la muerte. Juanca usaba con la mujer Raquel maneras para el coito que sólo de la Casa: convincentes. También eran chiquitas y se fingían taradas. Le hablaba mucho con la pielcita del pistón adentro de la válvula, nada más la pielcita, que le hacía la cosquilla y entretanto le hablaba: era un arte de la exasperación.

—Sí, digo sí, lo llevo, ya lo llevo.

Gritaba la mujer: sucumbía y después no. Se pasaron en este juego estaciones: ella sucumbía y después no, le decía que de verdad no podía, por la vida de todos, de él, de ellas, que no las conocía, que había perdido la manera, de verdad no podía. Juanca persistía: podría haber buscado otros caminos pero persistía: disfrutaba en el juego o los rechazos.

Algunas noches, mujeres de la bandería pasaban sin decir por el tugurio, o algunos días por callejones donde él dormitaba o lo miraban en el mercado; lo iban midiendo: era tan bello. Juanca, en realidad, era bonito: como si casi al final de un viaje largo de transporte se rompiera sobre el lomo de la vicuña el barril del perfume: por la ruptura todo habría sido inútil, sin recompensa, y el viaje de vuelta maravilloso junto a una fuente del olor más soberbio todo el tiempo: inútil, cantidad de visiones. Así era de bonito, destruido: su cuerpo como un libro, que contaba una historia a cicatrices, ausencias necesarias. La historia no era trágica: demasiado complicada para eso.

Quedan imágenes: pocas imágenes ciertas. Cuando mi padre Héctor, el padre de mi padre, depuró los colores,<sup>[53]</sup> hubo que perder muchas. No quedaron imágenes del primer encuentro, salvo las que guardamos en la Casa. Raquel les había hablado, las había convencido de algo y aceptaron: finalmente aceptaron. Juanca, reclinado. Juanca cubría sus hombros con su tela de lana; sobre el cuerpo, cerca de la almendrita, un par de plumas viejas. La cara clara, cubierta de polvo, pero los ojos renegridos mirándolas a todas. Alrededor, quince mujeres, pelotonadas en las posturas más vulgares: siempre les daba por despatarrarse. Eran todas viejas —alguna anciana— y de manos con muchos dibujitos; llevaban larga la uña del corazón derecho. Sus telas baratas tenían los colores: azules de torrente, rojo escoria, rojos

amapola, azules del ala de guayata, azul de querosene, que se les enredaban en las ancas. A la derecha del bastardo, la única de pie, Raquel le sostenía la nuca con la mano. A sus pies la Nena, la última de todas, que solía tener los pelos del verde del ojo del búho. La Nena era la hija de Raquel. La Nena, impúber, descansaba la cabeza esmeralda sobre las rodillas del hombre. Se tapaba el ombligo con las manos: la válvula le brotaba rosadita y gorda.

Todas miraban a Juanca. Juanca se levantaba y quedaba en cuclillas, caían las plumas, subía los brazos por encima de la cabeza, juntaba las manos por encima de la cabeza y les hablaba con su voz de tormenta:

—Por fin y al fin, digo, mujeres, las encuentro. Estaciones desde que las busco, hubo estaciones; habrá estaciones, desde ahora, juntos.

Estaban en una hilandería cerrada, antes que amaneciera. Del techo de plástico colgaban los lazos de hilos de colores sensatos: verdes de seco, verde musgo, verde de pampa, verde cardo, los marrones. En los dos piletones de piedra la tintura jedía a vieja sangre.

—Son tantas las cosas de decirles, digo, tantas cosas. Pero una que entiendo y les entiendo y en ustedes la busco: buscar otra manera de la muerte. Si ustedes la buscan, yo la busco, pero de otra manera, digo: mucho más pretenciosa.

Ya entonces, cuando el movimiento estaba sin nacer, el bastardo les hablaba en su idioma. Ya entonces sus frases eran puro vulgo.

—No les propongo sequías ni cremaciones, mejores fuegos. Nada más les digo que la muerte tiene también la vida, digo: la vida larga. Que después de la muerte hay un lugar, les digo: para ustedes.

Las viejas lo miraban con sus ojos más grandes. Dos habían perdido la mano entre las nalgas de la otra, al lado de una rueca. El bastardo seguía hablando. Siguió hablando: esa noche empezó, muy lenta, la revuelta.

No lo matamos a tiempo. Nosotros podemos elegir nuestra muerte: sólo nosotros. Y en los tiempos, antes, sólo nosotros podíamos sobrevivir a nuestra muerte: era el privilegio. Por padres y más padres los vulgos y personas nos envidiaban en silencio, resignados y con su orgullo de que al morir morían: de que eran hombres de la Ciudad y las Tierras.

Éramos tan distintos. Quién vería más que vagas semejanzas entre hombres condenados a morir para siempre y nosotros, que siempre seguíamos. Mis padres estaban tan seguros de su fuerza que precisaban usarla poco y nada: la acariciaban, algunas tardes, como a un oso y le tiraban pescaditos.

La fuerza no es como la nieve en la montaña. Ahora es tarde en la estación de sol: la montaña está gris de peñascos y de poca nieve: cuando lleguen las nubes va a volver la nieve. Aún en la Ciudad, en mi cabeza, a días de caravana de los picos, sabemos que la nieve va a estar: alcanza con acercarse para que otra vez exista porque existe aunque no queme a nadie. Así son las manadas de vicuñas y las piezas

del reloj que da la hora al amante que espera la llegada del amante y algunos frutos y mis padres muertos que no han muerto. La fuerza no.

La fuerza era como la nieve y las vicuñas cuando la vida larga fue nuestro privilegio: no precisábamos usarla para que existiera. Pero llegó el bastardo: vulgos, personas pretendieron la vida larga, empezaron a imaginar que eran iguales. Hubo desgracias. La nieve mientras es indiscutible nieve, blanca, fría, se queda en su lugar de rocas. Después llega la estación de sol y el sol la ataca y la desmembra; la nieve debe transformarse: nieve y ya no se lanza como agua en correntadas y arrasa los rebaños, los pueblitos, los árboles y el aire. Así es la fuerza si el sol la recalienta.

La fuerza es eso que solamente sirve cuando es tanto que no es preciso usarlo. El cóndor no contesta al comadreja, cuando pavote lo provoca. El cóndor lo mira con desprecio. Pero si el comadreja ve el nido y los huevos en el nido y al cóndor lejano y ensimismado y pensativo y se lanza al nido y ataca, el cóndor despliega sus garras y sus alas y le hace al comadreja el homenaje de matarlo. Después el cóndor es un poco más débil: usó fuerza.

Nosotros, por la revuelta del bastardo, no tuvimos más camino que usarla. La usamos y les ganamos cuando no la usamos. Hubo padres y después llegó mi padre Ramón, mi padre, y estableció su tiempo. Cuando el tiempo es el que debe, todo lo errado se transforma en agua y de lo errado llegó, esta vez, la perfección. Los movimientos no se notan: sólo se nota el movimiento. Mi padre Ramón, mi padre, va a morir esta noche. Mañana, en pocas horas, seré Padre. Tendré que conocer mejor mi fuerza: decretar mi tiempo. Cuando oiga los primeros gritos me haré traer un forastero y trataré de leer en su terror. Debe quedar algún paisano del pobre Jushila, algún barbudo: hace estaciones, una vez, tuve uno en mi estancia varios días: fue gran placer y desazón completa.

El hombre se llamaba Jushán y no tenía un pelo en la cabeza; en su piel de la cabeza se veían venas negras y era bueno apretarlas: se me escapaban como las lombrices. Jushán no entendía una palabra de la lengua y estaba flaco como un hombre sabio. Lo habían prendido en una escaramuza: no sabía nada, ni quién era yo.

En mi estancia sobraban los disfrutes. Me había hartado de los músicos ciegos que veían con los oídos lo bastante y a veces sonreían. Usaba la máquina. La máquina no cantaba pero tocaba buena música:<sup>[54]</sup> un aire de tormenta amenazando. El sol entraba por los dos costados, primera y cuarta, y las fuentes y jarras rebosaban. Las chiquitas cuchicheaban sobre la tarima de almohadones: eran regalo de mi padre ese día, dos nenas lisas de lisura tutula, bien rapadas: odio a esas mujeres que todavía no son mujeres, varones que nunca van a serlo. Mi padre Ramón me las había mandado para provocarme: era de esos. Pintores completaban los frescos de la pared del norte: terminaban escenas de mi futuro mando. Jushán tenía manos atadas pero los pies sueltos; se pasó dos días y una noche acuclillado en un rincón, atrincherado, como si dos paredes y un pellejo de llama le dieran el amparo.

Lo dejé que creyera: tenía una nariz tan parca. La nariz se le curvaba para adentro



en vez de sobresalirle, de avanzar: es la nariz de miedo que tienen mucho los barbudos. Tres veces cada día le acerqué alimentos muy medidos, leche de vicuña y unas vainas de algarroba. Tenía los ojos tan claros, casi nada, y en los ojos estaba su desprecio brillante por sí mismo: yo quería aprender esa mirada. A la cuarta del segundo día le hice llevar la sirvienta más flaca de la Casa: no tenía más que el recuerdo de su carne, era una escuálida. Se la tiré al rincón. Jushán se resistió, se encerraba más y más en sus brazos y debatía: sin poder. Las sirvientas de la Casa no se rinden. Hubo minutos de lucha espeluznante: en silencio, con patinazos de los dedos sin agarre, piernas como estiletes desastrados, chirridos de sus cuellos. Después, Jushán estaba boca arriba, planchado por la cabalgata de la huesuda: el choque de los esqueletos sonaba a turbio y nos daba carcajadas. Fue de desopilarse.

Lo bueno era que Jushán sabía solamente que yo lo tenía y tenía la fuerza de alimentarlo, hacerlo fornicar y darle música: sólo eso de mí. No sabía nada. Después del coito se levantó, se despojó como pudo de la cadavérica y dibujó como pudo con su mano derecha sobre el pecho un garabato: el que siempre le veo hacer a Jushila, que ahora sonrío. Jushán después de su dibujo metió el cuello entre los hombros; se encogió como quien espera el garrotazo y me miró de ojos pálidos: era el momento bueno.

Toda la hora de esa noche disfruté de su miedo. Jushán no conocía mi rango; no tenía motivos para temerme o respetarme fuera de mi conducta: los hechos, lo que quisiera hacerle. Lo atamos a una argolla en la pared. Cuando mandé que todos salieran de la estancia vi otra cosa en sus ojos: algo que le fallaba en el desprecio. El desprecio también podía ser la manera más fuerte de la cobardía: temer hasta el espanto tener miedo. No le toqué la cara: quería verla. Por la cara, nada más por la cara podía llegar a conocerle algo. No le toqué la cara: primero le refregué las rodillas con un guante y una pasta de hormigas bien picosa: tenía las rodillas gruesas, por demás ovaladas. Vi que el desprecio le volvía mientras frotaba las rodillas una contra otra y pensaba que ese sería el tormento. Es un truco viejo: empezar con algo tan leve que ilumine en los ojos del mirlo la esperanza. La máquina daba una música de truenos muy lejanos y pajaritos suaves. Le hablé, en lengua de padres.

—Usted no sabe la pena que me da, sin las dudas, tener que hacerle esto.

No creo que me entendiera. Me miraba como si nunca me entendiera pero no debía ser cuestión de lenguas. Yo había pasado por encima de la cuestión de lenguas. Le sonreí y le clavé un clavo muy finito en el codo derecho: no duele mucho, da descargas. Después duele un espanto. Se frunció. Tenía las cejas tan gruesas, negras, traspiradas: brillantes de gotitas. Le refregué el pistón con un ají muy fuerte, rojo fuego, y volví a sonreírle. La cabeza del pistón se le había puesto berenjena de morada y el cuerpo se le encogía para el centro: las rodillas cerradas, el pubis retraído, el culo para afuera: como quien se defiende sin poder. El pistón se le había puesto del tamaño de un brazo de sirvienta y quería reventar; del agujero del medio, grande como un ojo de liebre, le manaba una baba transparente. Se lo agarré con las

dos manos, primero despacito. Pensé en estrangulárselo pero me dio miedo de que no me entendiera, Si quería aprender tenía que confundirlo sabiendo bien en qué. Otra vez le hablé, con tono de quejarme:

—La pena de tener que hacerle todo esto, sin las dudas.

Jushán levantó la cabeza, me miró no la cara: las dos manos. La crueldad y la queja es lo mejor. Le muestran al mirlo que el que lo deshace no es de piedra, que puede derrumbarse en un momento: mantiene fuerte su esperanza. Es bueno mantenerle fuerte la esperanza: el mirlo sigue creyendo que el tormento puede acabarse porque el quejumbroso es sensible y no querría y él tiene que buscar las maneras de tocar la sensibilidad del otro: tiene que actuar, pelearse por su vida. Si no, se entregan, y es muy tonto: nadie aprende nada. Además el mirlo, mientras tanto, está muy humillado: el que lo está deshaciendo es un quejica. Lo miré con mi sonrisa triste. Olía a inundación, cuando bajan las aguas.

Le apreté las bolitas con una pinza de madera blanda: no tan fuerte. La cara de Jushán se retorció y en los ojos el desprecio se le iba desarmando. Trataba de guardarlo pero se miraba las partes, se cuidaba las partes con la vista: empezaba a quererse por si acaso. Es dulce cuando se empiezan a querer: como quien se descubre. Este quería mantener el desprecio y se le escapaba en la sensiblería de las despedidas. Le acaricié una mejilla con la mano. Me miró a los ojos y me sonrió como si me pidiera: había llegado a la esperanza. Lo dejé y me fui a la tarima, me recosté, bebí unas aguas.

Ya había aprendido que no valía la pena aprender su mirada: muy barata. Tenía otras enseñanzas. Volví junto a Jushán con un cuenco de agua: se la tomó, me agradeció con una palabra muy ronca. Me miraba otra vez de vicuña apaleada. Con la pinza de madera blanda, con mucho esfuerzo, le quebré despacito solamente dos dedos, los largos de la izquierda. El primero crujió mucho más fuerte que el segundo. Jushán se contrajo y tembló: tembló, temblaba. Le dejé un cuchillo muy fino clavado en la ingle y la cara se le deshizo un poco. La ingle sangraba casi nada, pero la boca de Jushán se había dividido en dos mitades muy distintas: abierta como un lago, retorcida. Yo ya no me quejaba ni le sonreía. Jushán había cerrado los ojos como quien se entrega. Alguna vez tendré que hacerme atormentar un poco, para aprender de veras. Pero no aprendería, porque sé que puedo pararlos cuando quiera.

Le atravesé con un cepillo de pinchos la tetita derecha y quedó que mi fuerza ya era clara. No era la fuerza de mi cuna, ni mi ejército,<sup>[55]</sup> ni mi batallón de servidores: yo mismo era mi fuerza. El forastero me temía a mí: mi fuerza era visible: bien concreta.

Todo estaba muy calmo: ya no había música y Jushán gritaba bajo. Tuve mucho hambre; comí nada más pescado ahumado. La cánula de cobre que le metí de a poco en el conducto estaba apenas tibia: no caliente. Jushán igual gritó, por primera vez gritó deshecho. Ahí vi algo. Las manos se le crisparon hacia atrás, casi se dieron vuelta, y los ojos se le hicieron más altos que anchos: algo se le pintó en los ojos, una

sombra. Jushán se arqueaba, trataba como un tonto de cerrar el culo y lo mataba de antemano el momento en que iba a entrar el líquido bullendo. Para que todo sirviera tenía que mantenerlo lúcido: el buen tormento es compromiso entre el ataque y preservarlo. Para que un tormento funcione, el mirlo tiene que poder pensar en lo que está pasando y en lo que se le viene. Un tormento llega a lo que debe si el mirlo pide muerte. Es de buenas ver a uno que la quiere: una tranquilidad. El jugador empedernido o el hombre de saber le ponen precio: lo mato si me da un besito, si me entrega su casa, si me entrega las piedras y perfumes que guardaba para instalar a su hijo en el mercado. Los mejores precios son los que no valen nada: lo mato si se para sobre sus manos quince veces.

La noche fue serena, un poco aburrida. Hacia la madrugada mandé llamar a tres cantores ciegos: uno hace un grave muy largo, lo sostiene, y los otros dos discuten muy trinidad una pelea de gatos: gana uno o el otro y muchas veces los dos pierden. Jushán trataba de transformarse en un despojo: para creer que ya nada podía ser peor. Todavía tenía la esperanza. Se derrumbaba, sangraba mucho, se dejaba caer: se esforzaba en creerse destruido. Entraban en la estancia las primeras luces y yo agitaba ante sus ojos su segunda oreja y vi: de verdad vi, entonces, vi. Le entraba por los ojos la sombra de su muerte. Fue un momento, pero pude verla. Tiene colores: la oscurece la mezcla de colores. Veces vi pasar esa sombra por mis ojos. Mi muerte llega algunas noches: nunca se muestra el tiempo suficiente. Sé que está hecha de muchas, sé que son las muertes sin muerte de mis padres que otra vez vienen y otra vez y veces, pero nunca pude retenerla en mis ojos: necesito.

Jushán era forastero:<sup>[56]</sup> no sabía cómo es en la verdad la muerte. La suya, la que paseó por sus ojos, la que yo vi y no vi por un momento, era la muerte animal del que no sabe: los contornos de la sombra eran bestiales, muy confusos. Igual seguí intentando. Me gustaría saber qué me dijeron sus murmullos, aunque no buscaba las palabras. Me traicionaba el tiempo: la rapidez de la sombra la volvía barrota. Le corté su lengua lento como crece un árbol y no conseguí más que un grito demorado en el aire. Jushán colgaba del aro en la pared con todo el cuerpo tirado hacia adelante y la nuca descansándole en la espalda: parecía muerto y de pronto se enderezaba con un escalofrío. Entonces abría la boca hasta que se le desgarraban las comisuras de los labios pero no salía el grito; Jushán había encontrado el truco: en ese momento trataba con todo el cuerpo de soltar ese grito. Y no mostrarme la mirada.

Insistí, y la pelea fue tremenda: el infeliz se debatía, escondía la cara, despedía sangre, descoyuntaba muchos huesos, no me dejaba verlo; se tiró con el pecho sobre mi cuchillo de nácar de mi padre, se atravesó, pudo hacerse una muerte: derrotarme. Jushán murió sin enseñarme casi nada.

Otras veces recibí esa derrota. Mi padre va a morirse pronto. Mañana, esta cuarta, dentro de pocas horas, cuando lleguen los primeros gritos, sabré algo.<sup>[57]</sup>



## La Segunda<sup>[1]</sup>

La mujer se acordaba de todo. Se imponía a los resoplos y a los gritos y contaba el trayecto. Contaba que al principio, en el recinto, el vaivén suave. Iba y venía y pensaba que iba a poder acostumbrarse: intentaba acostumbrarse y no quería saber que una costumbre es un renunciamiento. Después contaba que no, que en el recinto no había espacio para la costumbre. El recinto estaba lleno: aterrador, porque todo su lugar estaba lleno y las paredes avanzaban. Se le venían encima: el aire era de agua. Ella no se veía. Se achiquitaba lo posible y esperaba el avance: las paredes eran rojas con cráteres enanos, erosiones: como gastadas por el uso. De las paredes colgaban hilos rojos.

Hilos rojos se le mezclaban con los ojos, las orejas, dentro de las narices: los hilos palpitaban también con las paredes, avanzaban. Dijo que sabía: era como vivir adentro de un pedazo de carne mascado sin descanso. Pero entonces no sabía. Llevaba todo su tiempo presa entre las paredes y le crecía la maldad: tenía que escaparse. La maldad le había crecido tanto.

Tenía que escaparse. Ahí adelante, un conducto era de paredes rojas más oscuras: sórdido. El aire acuoso le acariciaba las orejas, le sonaba a tambores en cada oreja, y supo que eran dos. El olor era ensordecedor: un olor a matanza, a vieja carne. Los olores son siempre lo que queda. Empezó a moverse.

Las paredes se le pegoteaban más y más en los ojos, se le hundían en los ojos, y supo que eran dos. Las paredes trampeaban: se iban y volvían. La maldad le había crecido tanto que mordía lo que hubiera con la boca sin dientes. Golpeaba con las piernas algo blando y las piernas se le reblandecían y supo que eran dos: el cuerpo se le confundía con las paredes rojas. Se meneaba, reptaba, arrastraba de a poco hacia el conducto más oscuro. Cada vez eran días. Cada impulso eran días y escuchaba a lo lejos las voces de las bestias: lejos. Todo venía de demasiado lejos. Vio un destello.

Ya no podía usar las manos: las manos eran parte de las paredes rojas. Las paredes rojas eran casi marrones y su odio era más y más rojo: cólera blandengue. El mundo era blandengue, pegoteado adentro de los ojos. Dio un manotazo terrible sin las manos, vio otra vez el destello, arrimó la cabeza y escuchó a las bestias. Creyó que alguna vez, quizá, saldría.

Se cagaba. Las paredes estaban más marrones y le ceñían como un espanto la cabeza. Como un destello, vio un ariete rosita en el fondo del túnel que abría como un destello, ahí en el fondo: estaba lejos. El olor era un gusto. Los ojos un repollo. Algo la sacudía todavía más que las paredes, sacudía las paredes, despendolaba el mundo; los gritos de las bestias estaban cada vez más cerca: estaba yendo hacia los gritos de las bestias. Que bufaban, resoplaban, hundían los tambores. Por un momento ya no fue cólera: fue pánico. Otra vez vio el ariete rosita y unos dedos le agarraban la

cabeza, tiraban, empujaban, le cerraban el mundo en la cabeza.

La luz cambió de pronto: se hizo blanca, contaba la partera. Contaba que la luz de pronto se hizo blanca y ella gritó más fuerte que las bestias. Ella contó su grito: yo gritaba. Ella contaba cómo había nacido.

Yo nacía y ella le contaba a mi madre lo que estaba haciendo. Las parteras recuerdan:<sup>[2]</sup> son por eso.

Las parteras recuerdan: ese es su arte. Desde chicas empiezan y cada vez recuerdan más. De vez en cuando tienen una iluminación, visitas: como si un pedacito de su trayecto se les apareciera de pronto, y así completan de a poco el recorrido con pelos y señales. Lo saben y son capaces de contarlo: recuerdan.

Deben recordar: así pueden ir explicándole a la madre lo que hace y ella aprende a pujar, gritar, soplar, sangrar cuando se debe. Mi parto, como Hijo de un Padre, estaba asistido por las cinco parteras: alrededor de la principal, la que contaba, opinaban cuatro.

—Hay en las paredes rojas vetas y estrías blancas, digo, debe verlas.

—Jamás hubo y mejor no mirar, además, cerrar los ojos.

—Cerrar los ojos, dice, digo. Dice cerrar los ojos.

Se reía una, gorda descomunal, con los ojos perdidos en la grasa.

—Cerrar los ojos, digo.

Le contestaba ofuscada otra, gorda exactamente igual a no ser por el estampado de la tela en pollerita.

—Nunca entendió, usted, nada nada, digo. ¿Si usted cierra los ojos cómo sabe lo que ha visto allí, camino, espacio, color de las paredes?<sup>[3]</sup> ¿Qué es eso que cuenta, usted, si pasó con los ojos cerrados?

Basureó la gorda. La gorda pollerita la miró con desprecio:

—Como si se pudiera ver, entonces, con los ojos.

—¿Y con qué quiere ver usted, digo, si no, con la mirada?

Pollerita la pinchó con un clavo del pelo con cabeza de rata: refulgente. A la gorda se le saltaron lágrimas. Pollerita le cacareó bien fuerte:

—¿Ve ahora? ¿No ve ahora? Ve seguro ahora, digo, ve tanta cosa como rayos y estrellas, con sus ojos cerrados. ¿Ve cómo ve, usted, digo, con sus ojos cerrados?

Las peleas son feroces. Yo no me acuerdo de nada y es fortuna. El olvido es fortuna;<sup>[4]</sup> los bebés nacen repletos de maldades: homúnculo no tiene. El homúnculo no es bueno ni malo: la primera vez que recorre el trayecto, para adentro, está perplejo. El trayecto le parece grandioso. Él es chiquitito y las galerías rojas que atraviesa son un cielo rojo tibio, un atardecer que promete la noche más dulzona. A la ida, el trayecto es delicias. Pero el muncu se queda adentro, y crece. Se vuelve grande: se rebota, golpea, se enmaraña: se pone rencoroso. Entonces se le va haciendo la maldad. Con tanta pared roja y pegajosa, los bebés ahí adentro van construyendo las maldades: son soberbios de malos cuando salen. Es maldad muy pura porque tan chicos no tienen su muerte en la cabeza, todavía. No es

desesperación: sólo rencor. El sufrimiento los hace rencorosos: por fortuna no tienen los medios para hacerlo. En realidad no saben cómo hacerlo: tienen la maldad pero no las ideas. El problema de la maldad es que hay que hacerla: a los bebés no se les ocurre cómo, no saben las maneras, lloran. Se pasan las horas y las horas tratando de imaginarlas, con cara de nada, páñuelos, mirando para adentro. Después, de tanto tontear la maldad se les va atemperando: no por bondad sino por nadería. El mal no es fácil.

Ni el bien ni el mal nos pertenecen: somos más bien en la nada. Vivimos siempre en la nada: el bien o el mal son las interrupciones, una forma algo bestia que cuesta conquistar. Son poca cosa en una vida: ocurren casi nunca. Lo que sucede todo el tiempo es la nada, la mezcla de unas pizcas de cada muy muy diluidas, la degradación que tiene pocos nombres. Salvo para mí, que estoy cerca de ellos y tendría que hacerlos, el bien o el mal ocurren casi nunca: son difíciles. Hay que construirlos con cuidado y sobre todo con mucha tradición. He escuchado que vulgos creen en formas nuevas, maneras diferentes: no hay manera que no sea otra manera que alguna vez fue hecha. El bien tiene la desventaja de que se ve: el mal es muy confuso. El bien, cuando está bien, es bueno para todos. Si yo me desprendo y le entrego a mi amigo Jose una flota de cien vicuñas y quince guanacos su felicidad será buena y aumentará la felicidad de las Tierras. Habrá más felicidad en las Tierras. El mal es relativo: para Jushán, la noche que pasamos juntos fue fatal. Para mí casi un aprendizaje y muchas veces no me acuerdo. Es amable para muchos que mirarán y tendrán gozo cuando mando cinco a que se maten cuatro en el juego, pero para los cuatro es más bien mal. El mal es muy confuso, a menos que le vuelva el equilibrio que me dice Jushila.

Jushila pone cara de mirar para adentro, como un bebé, arquea las cejas hacia abajo para que nadie pueda sospecharle altanería y suele decir que el que hace un mal no ataca solamente a la víctima.

—Sino a todos. Porque el mundo vive en delicado equilibrio y quienquiera cometa mal alguno lo destruye. Por cada rasguño, proezas se requieren para equilibrarlo.<sup>[5]</sup>

Dice el pobre Jushila en su lengua afilada y lo dice con orgullo, como quien anuncia. Nosotros hace mucho que dejamos estas panfiladas. Si volvieran, el mal sería tan claro como el bien; por ahora y por fortuna es bien confuso. En los tiempos distintos de cada padre no es igual el mal. El mal depende de demasiadas cosas: es una opinión. La lluvia que desbarajusta las calles de la Ciudad es mala con maldad muy pura, porque nadie le saca beneficio ni la provoca. Pero la misma lluvia es buena si las calles están bien afirmadas y refresca el aire y remoja los campos. La cosa igual: la misma lluvia. El mal es muy difícil. Por fortuna hay lluvias.

En la estancia había algarabía. Mi madre se desplomó agotada y trataba de asfixiarme con sus mamas de llama, pero las cinco parteras se le agitaban junto para impedirle todo. Cuando yo era tan chiquito mi madre era tan chiquita que sólo tenía

mamas: después le creció cuerpo alrededor. Los tres músicos eran de vientos y soplaban una música muy suave, como de un cuis rumiando, y se habían abierto las ventanas para que el aire moviera las grandes telas azules encima de la cama. Mi padre no había llegado todavía. Mi madre de pronto tenía ojos y me miraba y remiraba y no creía que yo fuera mongui. La partera en el primer momento dio esperanzas. Yo no me movía: lloraba con el murmullo sordo. Mi madre no creía.

Es una pena. Distinto sería todo si yo fuese mongui.<sup>[6]</sup> Sobre todo para ella.

Nuestras madres se afectan a los monguis más que a nada. No cualquier mongui, pero un buen mongui es bendición de madres, lo que toda madre cada noche desea: si lo tiene, lo tendrá toda su vida junto. Una vieja mujer de mi padre Ramón, mi padre, tiene un mongui y se lo envidian todas. Su mongui debe tener mi edad: le pusieron cascabeles en el cuello y los mueve con gracia: un chicotazo para un lado, chicotazo para el otro, sin ningún ritmo dicho, sin que nadie pueda imaginar cuándo viene el que sigue: con el ingenio mongui. La madre, una Sara, charlotea con su mongui larguísimo. Le cuenta todo; tiene fortuna: alguien a quien contarle. El mongui comenta sus palabras con observaciones siempre finas: toses, gestos, arrugues de los rasgos, sus ojos muy abiertos, bizqueteos. Y su madre Sara no deja de seguir ceñidos sus consejos.

Al mongui le cae una babita encantadora: no es de colores desprolijos. Su madre Sara y otras viejas de la Casa se pasan ratos mirándola embobadas. La babita le suele caer hacia la izquierda, adonde tiende su cabeza, y de los labios por la izquierda le baja en un goteo muy suave al esternón un poco exagerado porque el mongui es flacucho. Del esternón le baja junto a la tetita, no cae en el sobaco y sigue por costillas y su panza evitando el ombligo hasta que llega a cercanías del pistón o al pistón mismo, donde la madre u otras viejas la recogen. Manosean. El mongui se deleita: se ríe, manotea, echa más baba. Los monguis son monguis porque en el trayecto no prestaron atención: estaban distraídos. Entonces no sufrieron, no notaron la opresión espantosa, no criaron rencores, no llegaron a conocer el mal: salieron monguis.

Los monguis son monguis porque les falta el mal, y las madres felices. Alguna madre organizó para su parto un coro de canciones infantiles, otra reemplazó a la partera por un relator de maravillas, otra se llenó el trayecto con olores de delicias: para que el bebe se distrajera y les saliera mongui. Una vez funcionó. Sobre todo, los monguis son mortales: al morir mueren. No llegan a la vida larga; ni piensan en la vida larga. Son, en estos días, de los pocos con semejante privilegio: por eso son muy especiales. No pueden prestar atención a las mismas tonterías que preocupan a todos porque están siempre en un tiempo muy lleno: limitado. Eso a veces incomoda a las madres.

—Usted, chico, coma un poco más atento, digo, mire a la cuchara con la mano.

Dice la madre y su mongui suspira, babea suave, piensa en altas cumbres. Desde la revuelta, por eso, hay madres que prefieren los enfermos. Un buen enfermo es otra



cosa, y hace padres que hemos dejado de matar a los enfermos: por Joaquín.

Joaquín nació en el tiempo de mi padre Aldo,<sup>[7]</sup> poco tiempo, y vivió sobre todo cuando mi padre Osvaldo, su hijo: días de las bellas. Joaquín era recaudador. Recorría las tierras áridas del sur recogiendo las esencias que todos pagan<sup>[8]</sup> cada tres estaciones. En sus caminos solía llegar a los lugares más recónditos: casas que no despegan del paisaje, iguales al paisaje de piedras marronadas donde una mujer vive con sus tres vicuñas y no vio a nadie desde la última lluvia. Recogen hierbas, las exprimen con la resolana: consiguen las esencias más claras y van cantando una canción todas las cuartas; le agregan cada cuarta un verso nuevo:

«Si llegara lo que nunca  
nunca llega hasta las tierras desplomadas por el fuego  
por el fuego y resolana y esa lluvia que no llega  
qué no llega si llegara  
si llegara lo que nunca  
nunca llega al que lo espera una mañana  
mañana como todas las mañanas  
las mañanas en que llega  
en que llega lo que nunca  
nunca supo si llegaba  
si llegaba esa mañana...»

Y así siguen. Quizá todo el día se la pasan pensando el verso nuevo. Quizá les aparece pero no es probable: son demasiado malos. A veces son muy cortos y otras largos, pero dicen que tienen que tener más que una palabra: si no, dicen, no es verso sino revelación. Las canciones son tediosas: repetidas. Pero las mujeres saben cuántos días pasaron por la cantidad de sus versos: les sirven para controlar la preñez de su vicuña vieja o el exprimido de esencias, hasta que un día se olvidan de uno y creen que es el momento de empezar otra vida: una canción nueva. El primer verso no puede haberles pasado nunca antes cerca de la cabeza: tiene que aparecer en el momento.

«Todos los dones suenan  
suenan cascabelitos y tanto me tintinean que no puedo  
no puedo más que cantar  
cantar contar cantar  
cantar por tantos dones.  
Don es un hombre que ahora llega  
y llega hasta el final de mi intestino entre almohadones.  
Dones son como olores de la esencia,

esencia es el más dulce de los dones:  
dones son como chicos de vicuña,  
vicuña es el oliente de los dones.  
Dones tengo, tengo todo  
y todo pasa como noches largas tristes casi oscuras para tantos pero  
yo  
yo yo lo mismo yo  
yo estoy llena de dones...»

Sus vidas pueden cambiar mucho, de una canción a otra, y es lo que más esperan, pero ninguna se anima a olvidarse de una canción queriendo. Cuando les toca una tienen que esperar que se vaya por algo: es como un signo. Igual, siempre terminan yéndose. Hay mujeres muy viejas que llegan a tener cantidad de canciones.

Las habitantes suelen ser antiguas pobladoras con muy poca mezcla. Disimulan, pero siguen guardándose sus dioses y ni siquiera es necesario obligarlas a quedarse en sus tierras, aisladas; se creen que cualquier contacto las va deshaciendo, les arranca pedazos. Son temerosas. Muchas veces huían cuando sentían, a horas de distancia, el olor de Joaquín hacia sus casas. En peladales tan vacíos los olores tienen pureza cristalina.

El resto es puro tedio y a esas brutas les gusta. Joaquín les hablaba muy poco y se asombraba de sus enfermedades. Conoció a una que había estado sana y empezó a perder el uso de las manos. Le crujían las manos. Cada visita tenía más pobre el uso de las manos: Joaquín tenía que exigirles a las otras más esencias para cubrir lo que la tullida no le daba. Joaquín, una visita, habló con ella y ella le dijo que no había visto a nadie salvo a él en estaciones: no podía haberse contagiado.

—A nadie he visto salvo a usted, por esa, y no lo he visto mucho.

Joaquín volvió a Calchaqui con la novedad. Joaquín era muy flaco y estaba bastante acostumbrado a nada: se pasaba casi todos los días viajando por esas tierras poca cosa, y cuando vio que tenía su novedad se imaginó que todo iba a cambiarle de repente. No era fácil conversar con Joaquín: tenía las encías descoloridas, casi blancas, como un vicuña al terminar su largo viaje: asco les daba a algunos. Pero cuando llegó con su noticia, fue a la guardia de la Casa, pidió hablar con un consejero y lo escucharon. La noticia importaba: si una mujer bien aislada se conseguía sola su enfermedad, no todo provenía del contagio y no era necesario matar a los enfermos tan de golpe<sup>[9]</sup> o encerrarlos. Mi padre Osvaldo estaba bajo pleno crecimiento de las bellas y le importó la novedad: pronto los enfermos empezarían a pretenderse muertes bellas también ellos. Mi padre Osvaldo organizó la prueba.

Soldados recorrieron esa parte de las tierras áridas para avisar a las habitantes que no tenían que ver a nadie nunca. Una sola intentó y la llevaron a servir a un destacamento; las demás se conformaron a una medida que les cambiaba nada. Cada estación, alguien recorrería la zona para preguntarles de lejos, a los gritos, si habían

conseguido alguna enfermedad. Al principio contestaban. Después descubrieron que a una que acusó enfermedad se la llevaron<sup>[10]</sup> en el momento a Calchaqui y decidieron negar siempre. Cambió el método. Los soldados las laceaban: atadas, alguien las revisaba sin tocarlas, alejándose de la corriente de su respiración. Si no estaban enfermas las soltaban y volvían a la estación siguiente: casi nunca enfermaban.

Después de esa primera y otra, estaciones pasaron sin que ninguna se enfermara. Y quizá las primeras se habían contagiado antes del aislamiento: la prueba estaba fracasando. Alguien objetó que se hiciera con antiguas: no se sabe si funcionan igual que los vulgos y personas: los antiguos son tan poco que quizá no sepan cómo tiene que funcionar su cuerpo. Otros reprocharon el uso de mujeres: con un espíritu tan diverso, no es seguro que su cuerpo les funcione igual. Hubo debate, y consejeros decidieron que para las enfermedades sus cuerpos de mujeres son más o menos lo mismo: bastante parecido. Y estaban debatiendo sobre las antiguas en particular cuando ellas decidieron dar una muestra de cultura y se enfermaron tres.

Las tres eran muy parecidas, como son parecidas todas ellas. Son muy flacas, de piernas muy flacas y arqueadas, mamas cortitas y brazos pendientes y no tienen realmente una cara, aunque las cosas de la cara estén ahí: son muy confusas. A una le salía una mancha clarísima en todo el tronco, como un relámpago, que se agrandaba y escamaba cada día; otra lanzaba cualquiera que comiese salvo morro de vicuña, que no podía permitirse; y la otra se quejaba de dolores horribles en su nariz y el cuello. No que se murieran, como todo el mundo: tenían enfermedades verdaderas.

Las llevaron sin perder tiempo a la Ciudad: su aparición fue una fiesta inesperada. Las antiguas, con las manos atadas a la espalda, caminaban entre vicuñas de soldados, detrás de la mecánica del jefe: cruzaban la puerta del Sur y los vulgos que pasaban se acercaban a ellas, las tocaban, se refregaban las caras en las plagas de la luminosa, pasaban un dedito goloso sobre el vómito de la intolerante. Tercera de júbilo: los vulgos cantaban, bailoteaban al sol y se retorcían las orejas porque sabían que las enfermedades de las antiguas eran una fortuna para todos: la prueba había resultado.

Si las mujeres habían conseguido enfermedades tan aisladas, sin tocar a nadie por estaciones, el contagio no era la fuente: las enfermedades venían de otra parte. De las calles del mercado y la puerta, el revuelo pasó a toda la Ciudad. Hubo liberación de encerrados: pústulas saltaban con plumas de bahiri, hinchazones se bamboleaban voladoras, un leproso sentado en una pila alta de maderas recibía, ceremonioso, besos de lengua de una larga fila. En casas se destapiaron cuartos, en patios jardincitos: los enfermos otra vez formaban parte. Los separados por las barreras al contagio, por las normas estrictas, se juntaban. La ciudad se unía de nuevo y muchos buscaban a Joaquín: agradecidos. Todo se aceleraba más y más, según el tiempo de mi padre Osvaldo.

La algarabía duró dos noches y no murieron tres.<sup>[11]</sup> Cuando terminó, mi padre

Oswaldo dijo que aceptaba la evidencia pero que había que buscar, en tal caso, las causas verdaderas. Los consejeros se reunieron con boato.

—¿Queremos decir que están dentro de cada cual, sin las dudas, las causas verdaderas?

—Eso es con precisiones lo que digo, consejero: digo dentro de sí.

La sala de la Sal<sup>[12]</sup> brillaba esplendorosa. El suelo blanquísimo estaba untado con aceites que destellaban más; por las paredes, los frescos figuraban la densidad del aire con salitre: un azul bien entero. En la silla de sal, sobre almohadones, mi padre Oswaldo se distraía mordisqueando higos chumbos con nueces: el crujido de la nuez le recordaba sus deberes y los disolvía en el untuoso chumbo como un bálsamo. Su silla estaba excavada en un solo bloque de sal, rebosante de formas: montañas, un sol, tres conejos, la Casa, soldados, el contorno de la máquina del tiempo. A su alrededor, en grandes almohadones sobre el suelo blanco, los cinco consejeros: el consejero de Padre, el de personas, de bienes y perfumes, de guerra y de vulgos; detrás de cada cual, acuclillado, su menor<sup>[13]</sup> atento y respetuoso. Todos tenían delante de los ojos sus vidrios oscuros.

—¿Por qué dentro de sí, usted dice, y no por un caso en el polvo de las flores o el jugo de las plantas o los otros venenos?

—Porque los venenos no son para eso, sin las dudas. Para matar son los venenos, y ahora hablamos de las enfermedades. Que no hay que confundir. Se muere el que está enfermo porque todos se mueren. También se muere el sano.

Dijo el consejero de personas, un anciano macilento, consumidito, que tenía toda la intención de demostrar que no creía en sus palabras y vivir sin medida.

—Que es como decir que alguien se muere de la lanza —dijo el de guerra—. Se muere el que se muere porque su muerte estaba, sin las dudas: la lanza fue a sacarla.

—¿Usted dice que la enfermedad es una lanza?

Dijo mi padre, que los trataba, como es lógico, con la lengua de vulgos. El de la guerra no lo miró.<sup>[14]</sup>

—No, Padre, sin las dudas. Lo contrario, digo: que es una muerte.

Dijo el de la Guerra, y lo miraron. Se sacó los vidrios de los ojos.

—Que es una muerte: que ya estaba adentro.

El consejero de la Guerra tenía su cara de ser muy astuto: sabía juntar los labios gruesos cuando hablaba, hasta que las palabras le tenían que salir por un agujero muy escaso: las controlaba todo el tiempo. Era ambicioso. Además tenía la nariz tan curvada, tan bien condorita que casi le llegaba a cerrar el agujero entre los labios y ella: como un padre. El consejero de la Guerra era joven y ya llevaba las caderas anchas de tanto montar, envueltas en una tela rojo nutria. Llevaba, como detalle, una vincha de la misma roja alrededor del cuello: la vincha le levantaba la cabeza y lo hacía parecer altivo. Era bien bajo, de los nuestros: los altos casi nunca pueden ser altivos. Todos se callaban. Más temprano el de vulgos había dicho que las enfermedades vienen de las aguas y lo habían rebatido; mi padre Oswaldo mandó que

le trajeran cinco aguas distintas y que se las tomara sin respiro y todos se reían. Mi padre Osvaldo lo disfrutó secándose la frente con una tela de nuestro azul<sup>[15]</sup> bien desplegada. Después, el de bienes dijo que debían ser las obras de cada que se encarnaban en su cuerpo y todos lo abrumaron con ejemplos de personas que habían obrado tan bien y habían conseguido enfermedades injuriosas. El de bienes dijo que quizás era eso, que obrar bien atraía las enfermedades, y lo abrumaron con casos de personas que habían obrado tan mal y habían conseguido enfermedades injuriosas. Mi padre Osvaldo dijo que en cualquier momento le iba a pedir un registro de sus obras y todos se rieron. El consejero de la Guerra sabía: se había guardado su postura para el final, cuando el silencio se fuera haciendo un enemigo.

—La enfermedad está acechando adentro, en cada, sin las dudas.

Dijo, enfático. A esa altura el silencio zumbaba tan molesto que agradecían a cualquiera que hablase. Mi padre Osvaldo vio un brillo de su cara propia en la sal pulida de su silla. Le retiró la vista. Con los vidrios nunca se sabe bien. El de la guerra se llamaba Jaime, y hablaba como si hablar fuera otra cosa:

—La enfermedad, cuando acecha, se llama el adversario.

Dijo, con la mirada en mi padre demasiado fija: nadie le dijo nada. Hubo un silencio largo. Alguien tendría que haber contestado: nadie sabía qué. Cuando fue estrepitoso, mi padre hizo un gesto con la mano y el consejero de Padre le dijo a su menor que tomara nota. La postura iba a ser estudiada.

Estudiamos mucho para decidir si existe el adversario: mientras tanto, la enfermedad no tuvo causas en las Tierras. El consejero Jaime de la guerra formó un grupo de oficiales que estudiaba. En cuanto alguien conseguía una enfermedad lo visitaban, le hacían preguntas, lo tocaban, escuchaban su historia. Sobre la enfermedad, todas se parecían: «Vivía calmo, con mi muerte en la cabeza pero sin penas, apenas unos dolores muy poquitos, como de perro que gruñe por salir de un tronco. Y un día salió o saltó o mordióme, justo a mí, por desgracia: apareció la enfermedad», contaban, más o menos. Y que crecía y crecía, como si quisiera comérselo: como si fuera su enemigo.

«El adversario siempre está —decía el informe—, agazapado, esperando momentos. A cada cual cuesta su gran esfuerzo mantener el cuerpo funcionando. No es fácil: a la menor desatención se desatina. Del adversario no sabemos cómo es, dónde reside: puede que en distintas partes. Sabemos que está dentro de cada cuerpo, al acecho: esperando momentos. A veces, parece, se desliza por los brazos para ver todo casi desde afuera. Hay que mantenerlo a raya, ocupado con sus ejercicios. A veces conviene tenerlo entretenido con moquera o dolores, para darle carnada. Otras es mejor mantenerlo asustado: a raya, sin tantear. Es muy difícil: cualquier novedad de adentro o de afuera puede ser para él y darle fuerzas. El adversario es de adentro, pero recibe ayudas. Por eso nos equivocamos creyendo en el contagio: ayudas parecidas pueden dar a un adversario ideas semejantes; entonces aparecen las mismas enfermedades. Es difícil distinguir bien al adversario. Cuando consigue desencadenar

por fin la enfermedad, se vuelve el enemigo.»

El informe aconsejaba cuidado extremo con el uso de los cuerpos: todo podía servir al adversario para transformarse en enemigo. Y que mucho peor para los flacos: que se arriesgan más, porque el enemigo, cuando llega, les ocupa parte más grande de sus cuerpos que si fueran gordotes. Y sugería que se creara un cuerpo de oficiales encargados de estudiar al enemigo y ver qué hacerle. Los primeros médicos fueron un poco duros, pero quien conseguía la enfermedad gozaba de cuidados.

Ahora conocemos mucho más al adversario. Tenemos dibujos, estatuitas para aprender a sorprenderlo y prever sus movimientos. Tenemos polvos, músicas para calmarlo y el saber de los médicos: peleamos batallas iracundas. Mi vida es batalla iracunda. La vida es batalla contra el adversario: hay que acecharlo todo el tiempo. El adversario puede tener las formas más rastreras: puede ser como la trabazón que casi no se nota en una ingle del que mea, un ruidito en la oreja antes de entrar al río, el recuerdo repetido del guiso de la noche antes, el olvido de un nombre, el mal sabor, muchos odios y todo tipo de dolores. Por fortuna el cuerpo está hecho para doler, que es su forma de hablar de sí mismo. Si no doliera hablaría siempre de su dueño y diría nada más lo conocido. Si no doliera todo sería nada sin contrastes: un peligro, el escondite fatal del enemigo. Pero habla y dice las cosas más tremendas, menos esperadas; es bueno de escuchar y vale la pena de acecharlo: mantenerse en el puesto de darle la pelea al enemigo. Entonces las madres ahora quieren a los enfermos tanto o más que a los monguis. Van prefiriendo a los enfermos porque pueden ayudarlos a luchar: el enfermo más que un consuelo es desafío.

Nací, empecé.<sup>[16]</sup> Era el tiempo de mi padre Ramón pero parecía interminable. Yo era un chico: mi tiempo parecía interminable. Hacía calor; yo pasaba muchas horas con los ojos cerrados y con mis ojos cerrados escuchaba palabras de mi madre. Mi madre me hablaba sin parar. Mi madre era gruesa como las montañas del poniente. Sólida: como el aire huracanado que no puede ser tajeado por un cuerpo. Oscura: como si el esfuerzo de su piel por contener las carnes le diera un brillo de victoria. Desdeñosa: como el árbol que se tiende bajo aquel aire huracanado y se dobla y se agita displicente, como quien dice: ¿esto querías? Tierna: como la carne del gallinazo cuando es yema en el huevo. Lejana. Yo me refugiaba entre sus piernas macizas como en lo fresco de una gruta, aspiraba los olores y escuchaba. Los olores entonces no se parecían a nada: ahora se me parecen a las más de las cosas. Ella hablaba o me hablaba: sin parar.

—Y usted me va a escuchar y escuchar, chico, sin las dudas, soy su madre pero después será Padre y el padre no tiene madre ni padre ni nada y no me va a escuchar, usted, entonces, pero yo sabía cuando me dieron a su padre que mi hijo no sería mi hijo o sería mi hijo por un tiempo nada más y después haría su tiempo y para ser padre de todos, sin las dudas, mi hijo no sería y

Nunca se le enredaban los labios tan rellenos. Yo suspiraba, mordisqueaba, sé que

lloraba muy poquito. Desde mucho antes de que la entendiera mi madre me hablaba de eso: cuando no la entendía me decía tanto más. Después las frases se le armaron en un desfile conveniente y nada más les daba ligeras variaciones. Mi madre siempre se vistió con el uniforme de su rango: el aroma de llama parida con aceite de nueces y esencia de limón, que sólo ella merecía, el medallón con el perfil de mi padre Ramón colgando de las ancas por cadena de plata, sobre el vello y, por encima, la tela corta y traslúcida de nuestro azul desplegada como túnica que salía de bajo las mamas hasta los muslos imponentes. Cualquier mujer con esas ropas es mi madre: ninguna podrá usarlas, salvo la Madre de mi Hijo.

—usted sí va a escucharme y escucharme, bebe, soy su madre y después será Padre, sin las dudas, y el Padre no tiene padre ni nada ni madre y no va a escucharme, entonces, usted pero yo sabía cuando me tomó Padre que mi hijo no sería mi hijo o sería mi hijo por un tiempo sólo y después su tiempo se haría y se haría Padre de todos y no sería, sin las dudas, mi hijo y

No lo decía con tono lacrimoso ni con otros tonos: no lo decía con tonos. Decía con siempre el mismo tono de arroyito, sin tropiezos. Lo sabía de memoria y creía que debía decirlo y la pequeña variación era su gesto. Quizá la obligaran: yo creo que lo decía voluntaria. Creía que si llegaba el día en que yo la rechazara, habría cumplido: un propósito. Su amor era para mí; su lealtad para mi padre Ramón o su fuerza: la Ciudad y las Tierras. Su amor la llevaba a hacer de mí alguien que pudiera provocar su lealtad: a deshacerse de mí para ser una de mis posesiones.

A mí no me importaba mucho lo que me dijera y ya sabía lo que me decía: me lo había dicho tanto. Me importaba sí cerrar los ojos. Hacía calor. Me importaba esconderme entre sus piernas, oler, escucharle el tono de arroyito: ella debía saber que a fuerza de decirlo y decirlo iba a terminar por no decirme nada.

—padre de mí usted, sin las dudas, no sería mi hijo ni sería mi hijo ahora padre de todos por un tiempo, sólo, y el Padre tiene padre o madre por un tiempo sólo cuando no es ni Padre, sin las dudas y

Mi madre me llamaba con muchos nombres, cualquier clase de nombres, pero yo sabía que todos me nombraban a mí: Era muy fácil: todos los nombres que decía me nombraban a mí. Mi madre creía que me estaba haciendo como tenía que hacerme y ahora quiere estar orgullosa de mí. Mis vulgos y personas quieren mucho a los chicos. Los bebés siempre fueron la prenda de una alianza; ahora es más difícil.

—usted padre de mí, será y padre de todos, cuando llegue su tiempo y usted haga su tiempo y

Antes de que las mujeres fueran consideradas, unir en ellas dos linajes no era posible. La unión habría estado tan desequilibrada hacia la sangre del hombre que no era posible. Para sellar pactos, los dos hombres buscaban una mujer neutral y la llenaban los dos: en una tarde, primero uno y después el otro, por sorteo, y después otra vez el otro y otra vez uno, le daban la simiente para un hijo común, que nacía de la mezcla. El nacido tenía privilegios porque concentraba dos sangres, la fuerza de

dos casas. Hasta que los descubrimientos del sabio Javier sobre el homúnculo acabaron con la posibilidad; los homúnculos no se aliaban dentro de la mujer: se combatían, se mataban y en vez de sellar un pacto estaban dando en la gruta la batalla que sus padres querían evitar afuera. Poco a poco las mujeres empezaron a ser consideradas y sirvieron para sellar pactos y mezclar las sangres: una familia daba un padre y la otra una madre y sellaban el pacto: empezaron a complacerse con las mezclas. Desde que las mujeres dieron su linaje todo empezó a mezclarse, y nadie podía estar muy seguro de la sangre: salvo nosotros. Es nuestro privilegio.

Mi madre y yo vivíamos en la parte<sup>[17]</sup> de la Casa donde nadie podía entrar. Teníamos nuestro lugar, que es la estancia de Madre, y mi estancia de más grande, que uso ahora, hasta mañana o esta cuarta, cuando mi padre Ramón, mi padre, termine de hacer su muerte que ahora está empezando. Primero voy a tener que hacer mi Hijo, declarar mi tiempo y, entonces, ocupar su estancia. Mi madre y yo dormíamos en una cama nada más vegetal: hierbas muy frescas en un hoyo redondo y grande en el suelo de mosaicos de colores. El suelo también estaba cubierto, como siempre, de flores y hierbas de olor: nada más los carentes tienen alfombras de lana de animal, que usan siempre la misma. Cada tercera nos cambiaban las flores. Yo tenía cinco o seis inviernos. Nuestros animalitos adoraban ese olor.

Ella tenía la fuerza de vida o muerte sobre mí: cada día, podía decidir cuándo tenía que irme a dormir. Supongo que lo hacía para que yo supiera cómo era ser un sujeto de la fuerza, pero a mí me aterraba. Nos pasábamos los días en diversiones siempre iguales. Sus mamas se hacían cada vez más largas y mi madre las exprimía con refunfuños para darme la leche: yo la mordía bastante. A mi madre le gustaba que le mordiera mamas: a veces se reía y decía no, no, como quien pide más; otras le mordía más fuerte y daba un grito: entonces disfrutaba, porque yo cumplía con su propósito: me le iba alejando. Teníamos muchos animalitos: mi madre me enseñaba cómo usarlos.

El mejor era el que no tenía nombre. Me lo había dado mi padre Ramón, mi padre: se lo habrían traído unos soldados o traficantes y nadie le conocía su historia: era birlibirloque. El bicho tenía cuatro patas y el largo de mis brazos abiertos: yo tenía los brazos chiquitines. Lo llenaban unos pelos largos como un buen pistón, muy duros, que se ondeaban cuando daba pasos o saltitos; la cola era larga en penacho, llena de esos pelos negros y blancos. Los ojitos eran enrojecidos y casi no estaban: se le veían muy poco. Pero lo bueno era la cabeza: larga, finísima, le terminaba en un hocico estirado y su boca sin dientes. Mi madre me rociaba de miel la flor del culo y me ponía el bichito en la espalda. Ella me hablaba, me cantaba canciones. Él avanzaba hasta la miel rascándome la espalda y la chupaba con una lengüita áspera que tenía, blanduzca: yo gritaba de gusto y de cosquillas. Mientras, también comía otra miel o mama de mi madre.

Mi madre me enseñó a usar los animales. Las chinchillas son buenas cuando me corren por el cuerpo a mordisquitos. Un oso rojo como de mi tamaño me daba



abrazos y lenguazos y se divertía con mi pistón rosado todavía. La vicuñita solamente sirve para fornicarla lo bastante pánfilo. Los pájaros son para mirar: los entendí más grande. Mi madre me enseñó distintas cosas. Los vulgos suelen despreciar estas maneras y se conforman con sus coitos brutales: hombres, mujeres, llamas y vicuñas. Sus manos. Es bueno que los chicos tengan animales y otros cuerpos: el meneo es un arte que hay que aprender mayores,<sup>[18]</sup> cuando se puede apreciarlo como corresponde.

A mi madre le encantaba el animal sin nombre: se aburría tanto. Le gustaba porque también con él se aburría mucho; era siempre igual: la miel, la válvula, su lengüita áspera. El animal sin nombre era tonto precioso. Sé que mi madre, en silencio, lo llamaba Ramón. La primera esposa de Padre, la Madre de un Hijo, después de su parto no puede tener más hombre. Ni siquiera el Padre: es demasiado el riesgo de que tenga otro hijo y todo se complique.<sup>[19]</sup> Todo el día mi madre me hablaba y hablaba con sus cinco servidoras, que le contaban las historias de la Casa, y se peinaba los pelos largos rulos de su vientre, bajo el medallón con cara de mi padre, y daba muchas órdenes inútiles y esperaba visita de mi padre. Seguro hacía más cosas: nunca se sabe, con las madres. Mi madre se movía como nadie con el tiempo de mi padre Ramón: se movía como si nada se moviese. Era perfecto verla.

El tiempo de mi padre Ramón es la elegancia. Mi padre Ramón, mi padre, dijo cuando declaraba su tiempo que ningún tiempo importa frente al suyo.

—Si un solo pájaro cansado atrapara con su pico cada gota de cada arroyo de las Tierras y la llevara cada vez hasta la nube más lejana, todo lo que tardara no sería más que un parpadeo de mi tiempo.

Cuando hablaba los labios se le iban adelante, muy por delante del resto de la cara. Su cara es un embudo hacia los labios, todo tiende a los labios: la frente y el mentón fugan hacia la nuca, le apuntan a los labios, y la nariz de águila le apunta hacia los labios. Los pómulos anchotes contienen a los labios. Es un padre pintado.

—De mi tiempo, una hora es lo que tarda mosca que dudara siempre si posarse en gastar con sus patas las montañas del este. Mi tiempo dura lo que no dura nada.

Su tiempo es tan perfecto: repugnante.<sup>[20]</sup> Mi padre Ramón va a morir esta noche: mañana seré él, yo finalmente. Pronto tendré que decidir su voluntad para el tránsito; mañana tendré que hacer mi hijo y, enseguida, el tiempo. Ahora Joaquín, el consejero de la Casa, sigue a su vera, envuelto en los repliegues de su manta, pensando si va a venir a verme para saber mi tiempo. Si viniera, quizá me diría que necesitamos que el tiempo que declare no les deje ninguna ventaja a los barbudos, que arredre a los barbudos en su invasión y guerra.

—Más fácil pueden llegar a ocuparnos los barbudos, con su guerra tan bruta, si su tiempo no los amarra lo bastante.

Me diría, y yo podría decirle que los barbudos avanzan más allá del tiempo, que son tan brutos que no saben colocarse en un tiempo.

—Avanzan los barbudos, en esos valles de las Tierras avanzan, más allá de

cualquier tiempo que les pongan.

Le diría yo, y él me diría que si el tiempo que yo declare nos debilita mucho, les serviría tanto a ellos: no porque supieran cómo colocarse sino porque nosotros estaríamos más débiles, más fáciles.

—Terrible si nuestro tiempo les conviene o, mejor, si nos arruina nuestras cosas. Puede que un tiempo errado que usted diga no los ayude tan directo: los ayuda porque a nosotros nos debilita lo bastante.

Me diría, y yo no lo miraría, no le diría más nada, le haría ver que no salto ante su ofensa, que no contesto nada, que no le sirvió su ofensa para hacerme hacer algo. Así le estaría mostrando que yo tengo la fuerza, pero él insistiría y me diría que consejeros y personas se preocupan, y que algunos están tan asustados que parecen dispuestos a llamarlos.

—Tenemos que descubrirlos y acabarlos, sin las dudas, pero sé que hay personas dispuestos a llamarlos. De puro susto, del miedo de lo que pueda pasarnos con el tiempo que usted ahora nos declare, hay traidores que pensaron en llamarlos y entregarnos.

Me diría, quizá, Joaquín, el consejero de la Casa, si se atreviera a usar todos los medios para convencerme de que declare un tiempo como él quiere. O quizá no se atreva a decir algo tan tremebundo. Si lo dijera, yo tendría que mirarlo, entonces sí, un momento, para hacerle saber que si eso que me dice es cierto, si él lo sabe, yo tendría que atacarlo, de alguna forma que no sé atacarlo, prenderlo, desastrarlo. Tendría que mirarlo, pero no decírselo: mirarlo, para que lo sepa, y entonces él, Joaquín, el consejero de la Casa, padre de la Madre de mi Hijo, me miraría con sus ojos arrugados de odio, secos de cada gota por su odio, arrugados de viejos, y sabría que tendría que salir sin decir más palabras y diría, justo antes de salir, para marcar fiereza:

—Ya lo escuché, con creces, y le agradezco que me lo haya dicho.

Quizá venga; quién sabe si se atreve. Yo sé que trata, sentado ahí, envuelto en cada pliegue de su manta, a la vera de mi padre muriéndose con su boca como un río de noche, muriéndose, callado. Los dos muy bien callados, pero él trata. Y si se atreve, puede decirme las cosas más terribles, o hacer algo.

En mi estancia no se mueve nada; hace mucho que se fueron los músicos ciegos, no hay mujeres, los animales se llevaron. Jushila duerme. A lo lejos se oyen llantos: lejos. Mi madre debe estar durmiendo en la suya, a pocos pasos. Es curioso que siga durmiendo a pocos pasos. Hace tanto que no soporto verla; se esfuerza por mostrarse sumisa y no soporto verla: me llena de impaciencia. Ahora me tiene que hablar en la lengua de respeto y cree que le habla a mi padre: por eso entrecierra los ojitos y hace mohínes con la trompa y sus dedos gordotes juegan con las cadenas que sostienen el medallón con el perfil de mi padre, entre sus ancas.

Nuestros juegos siempre fueron distintos: sin amaneramientos. Espero quererla

cuando vea su cuerpo a punto de dejarse en las llamas. Ahora no puedo: creo que creo que todavía me podría esconder en sus piernas,<sup>[21]</sup> pero sé que sería demasiado caro. Ella querría que me olvidase de que mañana voy a ser Padre, de que ella se deshizo de mí para que yo sea Padre. Cuando nazca mi hijo tendrá que dejarle la estancia a su madre. Pero antes tendré que declarar mi tiempo. Podría retomar el tiempo de mi padre: puedo, me está permitido. También puedo no hacerlo. Cuando era un chico el tiempo me parecía interminable.

Hacía calor; yo cerraba los ojos porque Jushila me había dicho que era la única forma de ver algo que no fuera mío. Volvía a cerrarlos y seguía sin entenderlo. Cuando pasé mi octavo invierno me llevaron a una estancia solo.

La estancia es esta misma. Los muebles también, sólo que los cambiaban cada cinco estaciones. Cada cinco estaciones se los llevaban todos y los traían, iguales, otros, un poquito más grandes: la estancia se agrandaba conmigo para quedarse siempre igual.

Mi estancia es el extremo sur de la Casa: el espolón de la Casa hacia el sur. Mi estancia es un rombo: nada más Padre puede tener los cinco lados. Yo los voy a tener mañana, cuando me mude a la estancia de Padres, arriba de la Casa. La puerta de mi estancia está en el extremo norte del rombo, cubierta por telones de nuestro azul: pesados. Entrando, en la pared de la izquierda, enorme, está pintado el fresco.

No hace tres estaciones que los pintores de la Casa terminaron mi fresco: mi padre dio la orden cuando reconoció su muerte. Antes, toda mi vida, el fresco era su fresco. Mi fresco va a durar hasta que mi hijo esté por sucederme, y yo ordene que pinten sus escenas. Ahora el fresco son las cinco escenas de mi futuro mando que encargó mi padre: a la derecha, arriba, declaro mi tiempo.

Estoy en la tarima junto a la puerta de la Casa, en la explanada: solo, con mi padre. Abajo, parados, personas y vulgos tienden orejas para no perder una palabra de mi tiempo. Mañana habrá carteles en la Ciudad con mi declaración, pero todos quieren saber hoy: entre ellos hay banderines de colores, plumas grandes, estandartes de nuestro azul, vicuñas engalanadas; para ser humildes, para mostrarse como poco frente a mí, todos llevan una telita color nada.<sup>[22]</sup> Están muy quietos en posturas difíciles: me escuchan. Yo hablo como se debe, con la mano apoyada en la cabeza de mi padre. Mi padre tiene la cara empolvada de blanco de sal y está sentado en su silla de sal, refulgente; lo ataron a la silla con tiritas de cuero perfumadas y blancas, que casi no se ven bajo las telas blancas de su último traje. Entre mi mano y las tiritas impedimos que el cuerpo se derrumbe: luce espléndido, no huele, pero ya se le hincharon mucho los pies, que van verdeando. Tiene los ojos muy abiertos: blancos. Yo hablo con vehemencia: estoy descalzo, con la túnica de nuestro azul muy traslúcido atada en los sobacos que cuelga hasta mis muslos; sobre la túnica, nada más la piedra azul, que brilla tanto. Mi nariz tiene las aletas anchas, muy abiertas: temblorosas; mis ojos rodeados de azul están fruncidos y con la mano que me queda agito un paño de nuestro azul. Hablo con vehemencia: mi boca está abierta sin

medida, pero no se me nota lo que digo. En el fresco no se me nota lo que digo. A la izquierda, arriba, en la siguiente escena, conozco a mi hijo.

Estoy parado con mi hijo bebe en brazos, levantándolo con brazos extendidos, pero sólo yo soy distinto. Yo nací así, y mi padre Ramón y su padre. Esta escena no se toca: siempre son las mismas las cinco parteras gordas, cuatro sentadas discutiendo y una más gorda junto a la cama de la madre, que yace en almohadones. La cara de la madre no se ve casi y es siempre la misma: fue mi madre, y la madre de mi padre y de su padre y de su padre. Mismos son la cama y los tres músicos de vientos y los grandes telones sobre la cama; y el bebe, en mis brazos, gritando, es siempre el mismo: pintores de la Casa cambian sólo al padre y permanece el resto de la escena. Yo estoy de perfil, con el Hijo en los brazos estirados hacia arriba, a los telones, y estoy tremenda, estoy inconteniblemente duro. Mi pistón está tan alzado, tan fuerte está, como los brazos estirados, con el bebe al final, que sobresale un palmo de mi panza potente que se derrama en olitas y en aludes. Exulto. Nada más me preocupa que cuelga de mi brazo derecho un pañuelo que no deja ver el pie derecho de mi hijo: no sé si tiene, pero va a tener. Tengo que hacerlo esta noche, o mañana, antes de declarar mi tiempo. A la izquierda, abajo, en la escena siguiente, recibo la mejor máquina.

Estoy sentado, fácil, en almohadones en la sala de Sauces y me brilla el cráneo bien pelado. Hay poca gente: el maquinista ganador tiene derecho a verme casi a solas. Su máquina para destilar cocciones es un recipiente de calabaza amarilla con un fuego verde abajo, que viene de un mechero de gas; del recipiente sale nudo gigante de tubos de caña que se intrincan en ellos y desembocan al final en un jarrito de vidrio verde, donde cae una gota. Su máquina es ingeniosa, simple: ni el recipiente ni los tubos son de vidrio o de metal: cuando la cocción termine de destilarse el recipiente se secará y se incendiará con la llama del mechero; los tubos también: la máquina desaparecerá y, como mandan los preceptos de mi padre Ramón, mi padre, nunca más podrá usarse. El destilado es siempre único. Al lado de su máquina, el maquinista es un hombre joven, demasiado alto, con pelos y dedos finos y estirados como las patas de la araña: repulsivo. Me esfuerzo en no mirarlo. Junto a la tarima de mis almohadones, los dos sauces no se mueven, inclinados hacia el arroyito de agua con aromas que corre entre piedras muy brillantes. A la derecha, abajo, en la siguiente escena, recibo extraños.

También estoy sentado pero en la gran Sala del Cimiento tapizada de hojas de menta peperita. No estoy viejo: estoy avejentado. En la silla de piedra negra alguien puso almohadones a mis pies, para confortármelos, y sostengo mi cabeza en el brazo derecho, que apoyo en la piedra negra de la silla. Mi cara es como mi torso, porque ya conseguí asentarla en papada casi tan esplendente como mi panza: se derraman igual, forman dos peras. Me cubre las piernas colcha roja; con mi cara distraída miro a los extraños. Que nada más yo veo: en el fresco me miran a mí, que estoy de frente. Ellos están de espaldas, con raros trajes grises que les tapan todos los miembros del

cuerpo y sombreros grises puntiagudos y lanzas en las manos,<sup>[23]</sup> toscas y muy altas. Los trajes tienen picos, aristas. Son tres; a sus dos lados, en fila que va desde mi silla hasta la puerta de la sala, mis consejeros y oficiales vestidos con sus colores se codean y estiran y hacen muecas por ver a los extraños. Que, parece, me están hablando: yo los escucho o miro. Me aburren. En el centro, en la escena central del fresco, está mi última cara.

Mi última cara es grande como dos o tres cuerpos pero la copiaron de mi última cara al natural que pintó, en mi aceptación,<sup>[24]</sup> el retratista. En el fresco, mi cara no tiene cuerpo ni cuello: se disuelve en una nube verdosa. Mi cara se parece mucho a la del fresco anterior, con los extraños; tengo arrugas hondas, surcos, pero la piel no está gastada: no está hecha de muchísimas crucecitas ni de pozuelos yuxtapuestos ni de capas reseca. No parezco muy viejo: avejentado. Lo mejor es mi papada: inflada, orgullosa. Mi cráneo está bien afeitado pero no brilla; mis orejas se despegan bien, mantienen el porte. Mis labios parecen llegar, en el final, al lleno de mi madre, pero mi mentón sigue adelantándose: no consigue, como el de mi padre, retraerse lo suficiente para que la cara avance toda hacia la boca. Mis ojos están chicos pero vivos; mi nariz sigue siendo la de siempre. Mi cara es felizmente anodina y no está arreglada: quizá muera durmiendo.

Antes, cuando mi hijo esté por sucederme, yo voy a ordenar que pinten sus escenas. Yo voy a tener mis pintores de frescos, y mis arquitectos, mis escultores, mis biógrafas. Todos ellos están convencidos de que son mejores que yo: piensan, como todos, que yo no tengo nada que no tuviese antes de nacer, antes de ser; ellos, en cambio, se ufanan de sus logros. Por eso están seguros de ser mejores que yo y yo, de tanto en tanto, les hago creer que también creo. Para mí no es difícil. Hasta Jushila, cuando recoge mis palabras, piensa, supongo, que debe embellecerlas. Pensará, como ellos piensan, que la belleza depende de algunos recovecos. Y ahora me mira, como quien dice señor cómo se lo imagina, sentado sobre sus pieles ralas, apoyado contra la pared que enfrenta al fresco.

La pared frente al fresco es la más vacía: está hecha de piedra con revoque y encima pintada como piedra, y en el medio tiene la gran ventana. La ventana es grande como mis dos brazos tres veces. Por esa ventana entra el sol todas las cuartas y a veces un vientito que mueve la cortina de hilos sin color ni espesura: detrás suelen estar las montañas del Oeste, si no nubes. Un día, hace estaciones, calculé las horas que había mirado por esa ventana las montañas del Oeste y me dio miedo. Al costado, entre la pared del fresco y esta, está el estanque medialuna. En el estanque hay piedras, plantas, peces y los animalitos se reúnen; el agua brilla, refresca y huele a hierbas: lo alimenta un arroyo muy suave<sup>[25]</sup> que viene por un canal labrado en el suelo de mosaicos negros desde la punta sur de la estancia, que es la punta sur de la Casa. Entre el estanque y la pared de la ventana grande, en una tarima muy menor, duerme Jushila sobre pieles de zorra.

En la cuarta pared hay una ventana más chica, grande como mis brazos abiertos,

que da a la Ciudad y deja entrar el sol cada primera, para despertarme. Yo duermo en la gran tarima bajo esa ventana, repleta de almohadones y telas, montañas y valles; cada almohadón huele con un olor particular: cocciones de flores, hierbas, frutas secas, el jugo de la llama en celo, extractos de diferentes tierras, secas y mojadas. Al costado, entre mi tarima y el principio del arroyo, está la mesa siempre llena de comidas y la máquina de música. En las paredes, los picos de gas varían el color de las luces. La estancia es muy grande: hay 25 pasos desde cualquier pared a la de enfrente.

Me trajeron a mi estancia cuando tuve ocho inviernos: tenía que cambiar a mi madre por Jushila. El preceptor del Hijo siempre fue un extraño: es la forma de no entregar la educación del Hijo a alguien que forma parte de las intrigas de la Casa y la Ciudad. A veces, cuando no había, se organizaron expediciones para conseguir uno. Pero nunca fue tan extraño como el mío.

Jushila tiene tantos pelos. Cuando lo pescaron era un joven: soldados de mi padre lo agarraron perdido a dos días de Calchaqui, muerto de hambre, picado por los bichos. Estaba desastrado y dormía sobre una piedra como si esperara a Papardanapal; después contó que unos bárbaros del norte le habían comido los compañeros. Él se salvó por flaco: los bárbaros pensaron que su carne no valía sus huesos y lo guardaron para diversión; le hicieron comer los pedazos más grasos de los suyos y beber la sangre. Como se portaba bien, le ofrecieron un ojo celestón. Jushila descubrió con horror que no era muy difícil. Peor le había resultado, otra vez, un chajá crudo. Se escapó a la segunda noche, cuando todos estaban ciegos de hierbas, y después de varias lo encontraron los nuestros y se lo trajeron de regalo a mi padre, que era un joven.

Jushila tiene la piel pálida y rugosa, como si el barro no hubiera secado bien. En la cara le sobran tantos pelos, largos, grises. Siempre los tuvo, pero antes no eran grises. Cuando los soldados lo trajeron a la Casa, los personas se reían de su túnica marrón, gruesa y caliente, larga hasta el suelo y atada con un cordón en la cintura; al pobre Jushila le molestaba que estuviera manchada de esa sangre pero nunca quiso dejarla y hasta ahora usa una igual. Parecía avisgado: tenía la cara larga como una decisión, estirada hacia las puntas: la punta de las cejas le cae hacia los ojos, el final de los ojos le cae hacia el lóbulo de las orejas, pero lo alto de las orejas sube y sube. No tiene labios, ni color en los labios.

A mi padre Ramón le gustó: era tan dócil. Mi padre le ordenaba los actos más tarados: que defecara en bolas muy chiquitas, que cantara en su idioma la noche sin parar, que gritara insultos horribles para probar a los soldados, que lo mamara, que aprendiera los nombres de los ciento cinco invitados de una velada; Jushila hacía cualquier cosa, pero mi padre nunca consiguió obligarlo a un coito.

El pobre Jushila sigue sin los coitos: ni chicos, ni mujeres, ni soldados, nada. Sólo, muy a veces, una vicuña y con apuro. Le gusta mirarme, en nuestra estancia, y a

mí me gusta que me mire: hace de mis juegos un arte, un espectáculo. A veces se explica:

—Yo tengo otra manera de fornicio, miminiño: hablando.

Una vez me aclaró qué quería decir: hablando con lo alto. No entendí, ni quise preguntarle. Jushila aprendió bastante nuestro idioma; no sabe pronunciar los sonidos más dulces y pone las palabras en un orden horrible, pero las conoce y las usa cuando corresponde: habla muy poco. Más habla solo, y dice que habla con lo alto. Mi padre se encariñó con él; por eso le dejó usar ese nombre extraño<sup>[26]</sup> y me lo puso preceptor. Un preceptor no sirve para nada; cuando más, para no dormir solo y ver en alguien todo lo que voy a evitar con bastante cuidado. Y para tener un fidelísimo que lo es porque me cree su obra. Su nariz sí que es extraordinaria.

Cuando lo trajeron a mi estancia nueva me aterraba: en dos o tres días descubrí que podía pegarle lo que quisiera y no me respondía. Me hablaba, a lo sumo:

—¿Si todos fuimos hechos buenos, mi miniño, por qué usted no, señor, por qué? Y miraba el techo pintado de amarillo.

—Guarde la fuerza para quien lo merece, mimín, le recomiendo.

Y fruncía las cejas para dar cara de soldado.

—Peguemé, peguemé, usted, miniño, que yo tengo las culpas.

Mi madre venía a visitarme casi todo el tiempo y lo miraba con el aire más hosco. Jushila se recostaba en su tarima y farfullaba. Pero tenía que salir cuando venía mi padre. Cuando me llevaron a mi estancia entendí con cuánta ansiedad esperaba mi madre las visitas de mi padre Ramón. Mi padre venía cada cinco días, y era fiesta.

Esos días el tiempo era veloz. Primero llegaba Anita a peinarme y vestirme con la telita blanca que me ponían los días especiales; ella también intentaba moverse como mi madre: sin ángulos. Anita debía tener unas treinta estaciones: no era tanto mayor que yo, pero me parecía una mujer irremediable.

Anita no se parecía a una mujer: era flaca y dobladiza como un bailarín antiguo y baja de mi altura, pero se movía con la gracia del onza alrededor. Sus caderas se cerraban como las murallas de la Casa, con la pretensión de que sólo el mejor guerrero las podría. Sus mamas despuntaban: eran un trastorno, un desarreglo de sus costillas que terminaba en pezones largos y finos como el pistoncito de un bebe; yo pensaba que cuando Anita creciera iba a poder hacerles nudos, atarles piedras de colores para hacerles ojos. Sus ojos de la cara, negros y saltones, me miraban horas después de que Anita se fuera de mi estancia. Eran tozudos. Pero lo que me inquietaba era su lengua. Su lengua tenía una enfermedad o un don: animalito que le colgaba yerto entre los labios y a veces le complicaba las palabras. Era de color paliducho, un rojo como el del higo chumbo, con su languidez llena de gotas y tenía los gustos del cardón muy nuevo, áspero de tan dulce. No sabía moverse: yo le imaginaba bailes frenéticos y soñaba en cruzarla con el animal sin nombre: inventar una bestia toda lengua.

Anita no venía de ninguna parte. Como todas ellas, se había criado en la Casa,

hija de una servidora de la cocina o el serrallo y de quién sabe qué confusión de un hombre. Anita ya sabía casi todos los detalles de su vida, hasta el final: son todas iguales. Seguiría sirviéndome hasta que le salieran los pelos; entonces, si había sido buena y yo me acordaba de recomendarla, le darían un lugar entre las mamás de la Casa y alimentaría niñas de funcionarios hasta que su leche se amargara y nada más sirviera para cocimientos. Si tenía suerte, la preñaría un servidor; después la mandarían a las cocinas o a un grupo de limpiadoras. Anita se divertía imaginando otras vidas.

A mí no se me habría ocurrido. Desde Anita descubrí que muchos imaginan vidas: las vidas que podrían ser o haber sido. Creo que alguna vez caí en la tentación; Jushila me explicó que, como Hijo y después como Padre, mi vida es la única posible y necesaria. El pobre Jushila siempre trató de convencerme de que ser como yo es lo mejor que un hombre puede ser: que con eso me alcanza. Tonterías. Como Padre voy a poder jugar el juego: gentes imaginan para sí otras vidas; yo puedo imaginar vidas para ellos, y hacerlas. Podría renovar para siempre el arte de la biografía: escribir una vida y después ordenar, vigilar que se cumpla. Diría, un suponer:

Que Raquel deje de venderse en un tugurio bajo, que le consigan un nombre nuevo —¿Ruth?— y una historia nueva y bienes y le arreglen la cara y se ayunte con un soldado de mi guardia. Que hable siempre con las palabras indicadas. Que esté feliz con su destino y viva estaciones y estaciones aburrida como un topo, con ojos muy abiertos, y nunca piense que habría sido mejor quedarse en el tugurio.

—La sola forma de no pensar es pensar demasiado.

Decía Jushila.

Que uno recorra las calles y el mercado pesteando contra Padre. Que se llame Jose y diga de mí las cosas más terribles: que tampoco fornico mujeres, que traicioné la voluntad de mi padre, que no huelo, que quiero destruir la Ciudad y las Tierras. Que Jose se deje largo el pelo y consiga vulgos que lo sigan fervorosos y, alguna vez, amenacen a los soldados de mi guardia: que el momento se vuelva tremebundo. Que consiga personas. Que mis soldados lo prendan, una tercera de sol, en la plaza del Mercado bajo lluvia de papas: que Calchaqui se preocupe y se agite por él. Que él crea que lo voy a atormentar a muerte o casi y que lo traigan a mi estancia como si así fuera. Que se quede días olvidado en el rincón de mi estancia, bien atado, comiendo poco, esperando todo el tiempo el momento y empezando a dudar de las razones de tanto descuido. Que piense que quizá se tenga que morir de hambre o de sed mientras me ve comiendo y gozando; que crea que esa es su tortura: que se ilusione algo. Que al cabo de unos días lo suelten y que antes mis agentes revelen a personas y vulgos que todo lo que hizo Jose fue por mi plan y mi designio; que se le entregue una casa de dos pisos cerca de la puerta del Este y bienes suficientes para recompensar su acción. Que viva ahí por muchas estaciones, tranquilo, sin que nadie lo moleste, con el desprecio de los que le creyeron.

—Porque el desprecio es un alimento tan lujoso, jugoso.



Decía Jushila.

Que Javier, un vendedor de perfumes en frasquito chico, reciba una amenaza de mis hombres que lo obligue a hacer la vida siempre igual: levantarse a la primera, alimentar los bichos, vender no más de cinco frasquitos, volver a su casa, sentarse a la puerta y ver pasar la gente sin hablarles mucho, fornicar a la suya, adormilarse: durante muchas estaciones. Que se acostumbre y que le guste. Que después mis hombres le digan que era una broma que estuviera obligado, que nunca pensaron en hacerle nada malo, a él, justo a él, que qué pena que se lo tomó tan en serio y que si lo hubieran sabido antes, qué lástima, que era una broma y que elija la vida que quiera y que la Casa se la va a conceder en recompensa. Que este Javier, que es ambicioso porque es exceso de bajito, pida el mando de todas las caravanas de perfume que van al norte y le sea concedido. Que exulte y que cambie sus planes, porque en los días de su obligación tuvo que pensar mucho, que se vista con las ropas de la caravana e imagine los paisajes y las riquezas y a los veinticinco días se muera, mucho antes de su fecha, y nunca nadie sepa por qué fue.

—Pero la ignorancia de todos es saber: estrepitoso.

Decía Jushila.

Que una casa entera sea feliz siempre y no se imagine que todos la envidian.

—Como si fuera posible imaginar otra cosa.

Decía el pobre Jushila, que creía que tenía opiniones sobre todo.

Que Anita viva al dedillo todas las vidas que se imagina, una cada estación. Que tenga que cambiar cada estación de vida. Que nunca pueda volver a ninguna de las vidas anteriores, por más que quiera y quiera. Que lllore por sus vidas anteriores.

Y Jushila sonreía y aprobaba y trataba de disimular ojitos rencorosos. Me decía que cerrara los ojos: me decía que tenía que cerrar mis ojos para ver algo que no fuera mío. Al final me gustaba suponer las vidas más vulgares, menos sorprendentes: era más excitante. Hasta que me di cuenta de que podría ordenarlas todas, con un tiempo distinto de verdad: cerrando el tiempo<sup>[27]</sup> podría ordenarlas todas. Mañana tendré que declarar mi tiempo. Cuando era un chico, mi padre Ramón nos visitaba cada cinco días, y era una fiesta: Anita llegaba más temprano para peinarme y vestirme con la telita blanca de los días especiales.

Anita se había enredado con un soldado de la guardia segunda de la Casa: los de afuera. Los guardias segunda usan sandalias rojas y cinturones sin adornos: son los soldados menos vistosos de la Casa y los más despreciables, pero guardan la esperanza de ser bien vistos. Si son, al cabo de tantas estaciones van como oficiales ayudantes a algún puesto de fronteras donde se pueden instalar con mujer y hacer su hijo: que los olviden suficiente. Ahora supongo que Anita quería que su guardia la sacara de la vida prevista pero entonces, cada vez que me hablaba del soldado, la baba le caía por el animalito hasta los muslos y yo pensaba que quizá más grande iba a poder ser como él: yo, como él.

Cada mañana, Anita me despertaba con un masaje largo y cuidadoso: me

gustaban sobre todo los paseos que daban sus pies sobre mi espalda. Supongo que esos eran los días en que venía de revolcarse con su soldado y quería mantener distancias. Entonces cantaba.

«Caracoles, animales, los ñiñatos más espesos  
todos vienen todos vienen:  
los espero porque saben,  
les escapo porque pueden.  
Yo ni puedo ni sabré, yo me callo y ellos vienen;  
todos vienen, siempre vencen  
caracoles animales los ñiñatos más espesos:  
todos vienen todos vienen,  
todos parten:  
todos pierden.»

Yo me revolví y conseguía tirarla: a veces le retorcía un pezón y escondía la mano, le escupía grandes gargajos blancos, hacía como que le pegaba para toquetearla. Nos peleábamos: las peleas terminaban en que yo le sacaba la tela marrón que le colgaba sobre la panza y ella se quedaba desnuda, se escurría y se cubría el ombligo con las manos, simulando algo. Entonces yo la echaba y agarraba algún animalito. Jushila se hacía el dormido y se tapaba la cara con la manga de su túnica: si no podía mirarme me escuchaba. A veces se reía demasiado fuerte.

Después ella volvía y terminaba de peinarme. Para peinarme Anita se mordía los labios o la lengua con los dientes salidos que tenía: a veces se equivocaba en una trenza y lloriqueaba y yo sabía que un día iba a ser grande para protegerla. Yo nada más quería que Anita o su lengua alicaída le hablara a alguien de mí con la baba que la humedecía cuando me hablaba a mí de su soldado. Ahora sé que lo hacía: nada en su vida puede haber sido tan importante como el honor de servir la primera fuente y la ropa del Hijo, pero entonces inventaba más y más maniobras para conseguirlo. Nada parece tan difícil de conseguir como lo que alguien ya tiene sin saber. La última fue cuando quise mostrarle mi audacia y mi hombría y decapité de un mordisco a un ara azul que solía cotorrear junto a mi cama. Alguien decidió que Anita no volvería a servirme la comida: me parece que no me importó mucho.

Pero eso fue después. Antes, esos días, ella llegaba más temprano. El masaje era más rápido; yo no tenía ganas de juegos y comía mi carne ahumada con romero casi sin darme cuenta. La tela blanca estaba preparada,<sup>[28]</sup> extendida en un cuenco lleno de flores de lapacho, y Anita me ataba el pelo con cintas de perfumes. A veces era falsa alarma: sólo cuando mi madre entraba, enredada en sus telas más vapores, yo sabía que mi padre Ramón, mi padre, que ahora agoniza, estaba por llegar.

Mi padre Ramón, mi padre, llegaba solo, como algún persona. Caminaba

despacio hasta la ventana de las montañas, miraba cada vez y se sentaba en una poltrona blanca enorme que nadie más usaba. Pocas veces despedía a todos los demás y nos quedábamos solos mi madre, él y yo, en silencio. Podíamos pasar ratos muy largos en silencio: mi madre no jugaba con el medallón ni el animal sin nombre, yo no miraba la cara de mi padre, mi padre no hablaba. Se oían los batifondos de la Casa: soldados en el patio, relinchos de vicuña, cacareo rumoroso de mujeres. Hasta que mi padre Ramón, mi padre, se levantaba de un salto, se acercaba a mi madre y le daba algo: una piedra, una máscara, un hongo colorido. Algo que sobre todo no tuviera valor y que mi madre agradecía con una sonrisa sin mirada. Entonces mi padre le acariciaba la frente o el hombro y decía que no había nada en la Ciudad y las Tierras que valiera ese momento y se iba sin más. Pero lo habitual era que todos se quedaran en la estancia.

Entonces mi padre se sentaba en la poltrona y me hacía sentar junto y hablarle. Yo le contaba historias que no le interesaban pero sabía que, mientras hablara, los tenía a todos en un puño: alcanzaba con que le dijera a mi padre Ramón que cualquiera de ellos me había faltado para que unas amenazas les embarraran cualquier agua. Anita, el pobre Jushila, cualquiera de los guardias de la puerta, los chicos que me entretenían e incluso mi madre sonreían con terror. Si mi padre se enfurecía, podía bajarles cualquier sombra.

—Si usted quiere puedo contarle la forma y la manera en que Anita me trata las mañanas y me masajea.

Dije, y vi pasar por la lengua caída de Anita la sombra del espanto.

—Maravillosa, siempre maravillosa.

Dije: había hecho su futuro.

O le había sugerido a mi padre que lo hiciera: en su presencia, todas las fuerzas se disolvían en su fuerza y un poquito en la mía, que emanaba ligera de la suya. Tenía que disfrutarla: en cuanto mi padre se iba todo volvía a ser lo mismo. En mi mundo se instalaba un orden perfecto sólo para desaparecer al rato. Yo lo entendí antes de que Jushila tratara de explicármelo: la perfección es un bien terrible de tan frágil que, una vez alcanzado, no soporta cambios: no tolera mejoras.

Pero tampoco se mantiene. Como el hombre que come: cualquier ingesta es mala, porque rompe el equilibrio precario. Cualquier ingesta: comidas, bebidas, jugos de otros o de sí: de cualquiera se puede aprovechar el adversario. Con cada ingesta un hombre llega a un equilibrio, a una perfección que no dura: en cuanto la alcanza la pierde y tiene que renovarla con otra ingesta tan peligrosa como la anterior, porque mete otra vez materias extrañas en el cuerpo: nadie sabe. Ahí da vueltas una forma del tiempo: en el equilibrio siempre roto del que quiere guardar el equilibrio y tiene que arriesgarse y romperlo para restablecerlo, sabiendo que igual no dura nada: es patética la carrera sin final posible. Un hombre tiene su malestar de hambre y se arriesga a comer su pescado azul para calmarlo; si todo va bien, por un rato está tranquilo y después le vuelven las cosquillas del hambre; si el pescado azul está

indispuesto, por días va a vomitar de colores bastante rimbombantes, digo: lo mejor que le puede pasar es que se le pase por un rato el hambre.

El cuerpo siempre se está deshaciendo de comida. Está en ese equilibrio tan difícil. Se deshace de mierda, sudor, lágrimas, orina, dientes, mocos, pelos. Tiene que tener el máximo posible: un gordo es el que tiene todo lo que puede. Pero es muy bruto si se pasa. A veces, el cuerpo trata de deshacerse y no consigue: arma colgajos. Cuando no puede deshacerse los restos que le quedan van armando colgajos: lunares que empiezan a colgar, verrugas, muecas. El cuerpo siempre se pelea por tener y deshacer el equilibrio. Pero peor sería una perfección constante, que no pidiera el esfuerzo de volver a tenerla: la parálisis.

Supongo que si mi padre se hubiese quedado en la estancia su presencia se habría ido diluyendo: se habrían necesitado otras fuerzas para restablecer la perfección. O quizá no: en su tiempo, todo vaivén es despreciable, es como si no fuera. Su tiempo se acerca al equilibrio,<sup>[29]</sup> y yo qué puedo hacer. Una mañana él jugaba con un cuchillo tan brillante: sus manos se movían como si no se movieran y el cuchillo volaba dando vueltas y caía otra vez entre sus dedos. Yo le contaba que una vicuña me había tirado tres veces al suelo y que después la miré con mis ojos y se aterró y se tiró ella al suelo; el cuchillo era del nácar de los caracoles<sup>[30]</sup> que traen desde tan lejos. Era largo como un pie de mi padre, muy finito: la hoja no tenía dos filos sino cuatro y la punta era tan aguda que podía escribir; la empuñadura tenía la forma de un pescado que nunca nadie vio y ojitos de pescado. El cuchillo silbaba y destellaba a cada giro y tardaba en caerse desde el aire. La vicuña de mi cuento estaba sucia de tanto revolcón y nadie la miraba. Yo cometí la grosería:

—Cuchillo ha hablado tanto más que yo: ¿no me lo da, mi padre?

Un Hijo debe estar dispuesto para recibir pero no recibir nada. Mi madre me miró y, por una vez, hizo cara de grito. Era raro porque estaba haciendo lo que debía: alejarme mucho de sus enseñanzas. Mi padre lo lanzó de nuevo. Los retos de mi padre eran difíciles de ver, mucho más eficaces: era parte de mi castigo la obligación de descubrir dónde estaba la cólera, por qué llegaba. Mi padre no necesitaba demostrar ningún enojo: yo me ocupaba de aplicar sobre mí su furia imaginable.

El cuchillo cayó otra vez sobre su mano quieta. Lo miró, volvió a mirarlo, después su brazo estaba extendido y el cuchillo en el aire. El cuchillo dibujó un pescado que nadaba en el aire y se comía en el rayo de luz un cardumen de motitas de polvo: mojarritas. Mientras tanto mi padre me miraba las manos, retorcidas, y el cuchillo destellaba sobre las olas del aire. Después caía en su mano y él extendía la mano.

—Chico, usted tenía el regalo de pedirme una cosa. Una cosa.

Todos sonreían saliendo del espanto y mi padre me acariciaba la cabeza y yo tenía entre las manos el cuchillo pescado. Lo miré: era perfecto y no me atreví a lanzarlo por el aire. Me levanté del brazo de la poltrona blanca y lo colgué de un clavo en la pared pintada de piedra; iba a ser mi cuchillo en la caza de la aceptación: sería

fantástico. Yo era chico y pese al tiempo de mi padre tenía la oscura idea de que la condición de toda maravilla es su futuro.

Eran cosas de chico: yo creía que la condición de toda maravilla es que fuera futura. Creo que lo creen todavía los escondidos de las montañas del norte: no entienden. Confían, en sus cuevas de piedras, en la mejora como una condición del tiempo que pasa. Ellos dicen que sus mayores se refugiaron en las cuevas cuando los derrotó mi primer padre, mi padre Alberto, y que desde entonces esperan la madurez; dicen que los días nefastos de antes de mi padre Alberto fueron la infancia y que ahora están en el momento difícil del crecimiento: que cuando llegue la madurez van a volver desde sus cuevas a la Ciudad y las Tierras.

—Como si alguien pensara que el tiempo avanza: que avanza como las estaciones sobre la vida de un hombre. Como si fuera cosa de desear: ¿no se ve que el tiempo de un hombre va a la degradación, que de las carnes tiernas pasa el cuerpo a tenerlas negras y correosas, que de los sentidos aguzados crecen cegueras, que de los entusiasmos desaires, calvicies de las crines, aburrimiento del ardor y que toda esa lava les fluye hacia la pira?

Solía decir el pobre Jushila, con sus palabras confusas, y me convencía. O quizá no terminaba de decirlo: el pobre Jushila no entendía de tiempos, pero se pasaba los días y los días convenciéndome de cosas: es lo suyo. Los escondidos tienen historias sobre tiempos turbios en que sus mayores gobernaron algo. Se mostraban buenísimos. Las historias no pueden ser ciertas: si fueran, nunca los antiguos habitantes los habrían abandonado. Los escondidos son mejores que el resto de los antiguos: son muy bajos, oscuros, cuentan historias más falsas y saben escupir. Hace tres estaciones tuve uno en mi estancia, dos días, para trabajarlo, pero no valía la pena: era tan fanático que no conseguía entender lo que le estaba por llegar. Lo habían prendido perdido en un camino: casi nunca salen de sus cuevas y son tan pocos que no valen la pena de una expedición nuestra: nos sirven como recuerdo del desastre. Otra cosa fue cuando estuvieron cerca de gobernar algo: hicieron tanta sandez que mi padre Alberto tuvo que abandonar la calma de los rebaños y perfumes, traer la máquina y hacerse cargo de la Casa.

No pudo evitarlo: ellos habían llevado el mundo al filo de la nieve. Los recuerdos, los relatos sobre sus días se confunden: nadie sabe si los que después fueron escondidos entonces ocupaban la Casa o decidían sin mostrarse. En días de los antiguos todo era posible: días tirando a deletéreos. El dueño de la Casa cambiaba sin parar y cada cambio llegaba con muertes y catástrofes, conspiraciones y tejes y manejes que los hundían en el miedo: una ronda de perros. Los antiguos mataban y se mataban para ocupar el mando: creían que tenerlo les iba a sacar el apetito y no hacía más que aumentarles el hambre cada día, hasta que su sangre servía para la sed del sucesor. Javier supuso que se parecen el deseo de carne y las apetencias de la fuerza; es falso: la fuerza no está al alcance de quien no la merezca. Y hay otra diferencia más estricta: el deseo de carne muere, penoso, cuando consigue lo que quiere, y

puede revivir, pero ya es otro. La fuerza, cuando se consigue, sólo lleva a ansiar más: se cría a sí misma y se alimenta, siempre mayor y todavía la misma, siempre más potente.

De esos días se saben pocos nombres: no quedan, de antes de los padres, ni dibujos. Lo que sobraban eran soluciones. Alguien que buscaba un remedio al despiporre propuso que se formaran banderías: cada una podría existir si también existía su contraria simétrica.<sup>[31]</sup> Hubo cofradías de amigos de la pobreza y de acumuladores pertinaces, de comedores de gallinazos y asqueados de ese guiso, defensores del ejército y pacifistas ferocísimos, célibes y polígamos, seguidores de un sabio y los que lo mofaban; había grupos que postularon la emigración masiva y otros que querían matar al que se alejara diez largos<sup>[32]</sup> de su lugar natal, grupos que proponían su propio gobierno y los que pensaban que todo gobierno era ajeno, grupos que odiaban el amarillo tenue y unos que nada más usaban ese, grupos que valoraban la deliberación tardes y tardes y otros que escuchaban con paciencia el silencio. El arte estaba en variar las composiciones de las sectas para que cada antiguo, cada antigua incluso, estuviera en tantas sociedades que cada cual fuera cofrade y enemigo, aliado y rival de todos los demás.

Eso garantizaba el equilibrio: de verdad no había alianzas. Todos estaban unidos y enfrentados con todos: hubo dos o tres estaciones de calma trepidante. Hasta que a alguien se le ocurrió fundar la bandería de los que rechazaban el mecanismo y no estaban en ninguna bandería: en días, todo el resto se unió en su contra, para hacerles destrozos. Fue el final del sistema. En medio de esos alardes apareció lo que llamaron la máquina de poder salvarse.

Eran épocas en que el aburrimiento de los hombres les hacía imaginar maneras del gobierno. Alguien pensó que el mando que se disputaban tanto tenía que convertirse en algo más precioso: un fin y no un medio, dijo, como si existieran los unos y los otros. No algo que se pueda ejercer y disfrutar en provecho, decía, sino algo que uno pretenda y alcance por el valor, por el preciso gesto. El mecanismo era tan simple como todo lo bestia: cualquiera que pretendiera la Casa podía alcanzarla. Tenía que pasar unas pruebas que nadie recuerda: se sabe que eran fáciles, nada importante. Las aprobaba, se inscribía en el registro y esperaba que le llegara el turno. Entonces era ungido como señor de la Casa y guardaba el mando por dieciséis días. Podía dictar las normas que quisiera, tomar las medidas que pudiera, pero los primeros se conformaban con nada más tenerlo. Después se empezaron a aburrir y decretaban. Los dieciséis días se pusieron intensos: alguno los usó para reformar el culto de todos los dioses que tenían, otro para beber sin un respiro, alguien escribió sus recuerdos de cada momento de esos días, alguien decretó el final definitivo de la música, alguien puso músicos en todas las plazas, alguien instituyó la supremacía del pie sobre la mano, Huardo fue el mejor gobernante que tuvieron, otro fornicó tanto. Cuando el plazo vencía, el hombre tenía que tragarse la viborita silbadora:<sup>[33]</sup> su cuerpo era expuesto al sol en la plaza del Mercado, como valiente, y el posterior

ocupaba su puesto.

Uno de estos hombres precipitó el final. Muchos hablaban en esos tiempos de la riqueza como estigma. Los antiguos tenían dioses que tenían sacerdotes: sacerdotes negaban la ceremonia a los más ricos y pretendían que todo lo que posee el hombre lo paga con su hombría, que se disuelve tanto más cuanto más tiene. Uno de los de dieciséis días encontró la solución: cuando un hombre llegaba a un nivel de riqueza determinado —¿diez vicuñas? ¿un campo de alelíos? ¿una carga de ámbar? debía entregar gran parte a un pobre. Nadie sabe cómo se elegía al pobre: un sorteo, una lista o un orden de méritos militares, sexuales, religiosos, la amistad de uno fuerte. Parecía razonable: cruel era razonable en esos tiempos. Pero la costumbre cobró ínfulas: un rico tenía que entregar casi todos sus bienes y el pobre se transformaba en rico<sup>[34]</sup> y no pasaban cinco días sin que fuera denunciado y tuviera que entregar su fortuna tan reciente.

La máquina se aceleró: en cuestión de una tarde el mismo tirifilo podía ser rico y pobre y rico y pobre y rico otra vez; rico se iba a dormir con la certeza de que al alba llegaba la miseria. Los bienes no se usaban: nadie se atrevía a mitigar su hambre con una harina que le sería exigida al rato, y confiscada. Crecían la desesperación, el entusiasmo, la busca, las canciones vibrantes, las hambrunas. Los días, dicen, eran espléndidos: los antiguos vivían excitados por el cambio constante. Amaban la mudanza. Tenían hambre. Nada más prosperaban los voluntarios encargados de las confiscaciones, que roían migajas cada vez. Por pocos días: alguien los denunciaba y entraban a formar parte del circuito. El relato es extraño. Dice que mi padre Alberto, mi primer padre, no tuvo más remedio que dejar sus rebaños y perfumes, traer la máquina y hacerse cargo de la Casa. No creo en este cuento: no se puede creer que la llegada de mi padre Alberto venga de un pequeño desajuste: de algo que podría no haber sucedido. Pero menos puedo creer en los cuentos estrepitosos, pavos en sus pinturas de miel y de rocío, de felicidad ventripotente, que rumian en sus cuevas los últimos escondidos.

—¿Qué va usted a hacer lo primero cuando yo me acabe?

Solía preguntarme mi padre esas mañanas, cuando venía a vernos, y todos se reían: Padre no se acaba nunca, pero el uso de palabras ajenas a su boca era una de sus bromas preferidas.

—Lo primero, quiero saber nada más lo primero.

Mi padre tenía esos días su cara inolvidable: la nariz de los padres extremada, con gracia pajarera. El pelo, afeitado en la frente, le crecía con ímpetu en lo alto: las trencitas se unían en un puente que tenía las formas de la Casa. Sus ojos eran tan finos, tan aguzados que sólo se les veía el negro de pupilas, y no blancos, y las orejas, trabajadas desde chico por los separadores, se lanzaban hacia los lados como si en todas partes estuvieran.

Y todo se asentaba sobre la papada más magnífica: como las olas mansas se amontonan en la orilla del lago por las tardes de viento serenito, la papada se

derramaba en pliegues sobre su cuello y pecho. Era cara de Padres. Solamente un detalle le personalizaba la cara de dibujo: en el tercio derecho del gran labio bajo, esquinado, casi a la altura del canino, pequeñita erosión turbaba la tersura de la línea. Era un trocito, casi nada, que faltaba y siempre había faltado. Muchos no lo veían: nadie quería verlo; nadie sabía la causa: hablaban todos.

Las historias que se contaban en la Casa eran más bien de nada: se hablaba de un arranque de verruga, del mordisco de una mujer menor, del mordisco de una mona, del mordisco de una carpa, del mordisco de un soldado, de un mordisco de sí, de una enfermedad, del corte de un cuchillo al comer pavo, del corte de un cuchillo al comer fruta, del corte de un cuchillo al comer otras frutas, de un tropezón y golpe contra el escalón de la Silla de sal, de una gota, de aquel golpe de mi padre Héctor, de la cox de una vicuña mecánica a propósito, de la cox de una mecánica arruinada, de la cox de una vicuña que enseguida fue muerta y arrojada a las ratas, de la válvula de una mujer menor, de la única cólera que conoció mi madre y su castigo, de una emboscada de los escondidos que podría haberle costado tanto más, de un accidente y del mordisco de la tortuga favorita: todas valían lo mismo. Y se habló, casi nunca, de que la marca le venía de la cuna y se había ido mostrando con el tiempo.

—Lo primero, quiero saber, pero no lo que causa.

Se reían: yo menos. Su cara esa mañana no tenía joyas grandes: solamente la piedra incrustada entre los ojos, que va a pasar en horas a mi cara. Su cara esa mañana relucía: mi padre Ramón mostraba su confianza al presentarse con la cara limpiada, sin los restos. Clara, la cara se incrustaba sobre el cuerpo oscuro por los sedimentos: como un conejo claro que equivocó su madriguera. Ni en los momentos más desenfadados aparecía mi padre ante mi madre con los aromas y los brillos de un guardia: con el cuerpo limpiado. Problema de los vulgos si las obligaciones les impiden acumular sobre la piel las capas<sup>[35]</sup> de la vida, los signos de la indolencia. Mi padre no lo haría: una cosa es la confianza; vulgaridad es otra.

Vulgaridad la de mi padre Bruno, lejano. No importa si era corto de vista. Su retrato lo muestra robusto y majestuoso, limpiado como un choclo sin sus barbas, con los brazos más flacos que lo demás del cuerpo y extendidos hacia afuera en un esfuerzo: tensos. Muchos decían que mi padre Bruno apartaba los brazos de su cuerpo para no ensuciar uno con otros. Eran trolas. Los apartaba por ver si los veía y decir:

—El espacio se deshace en vacío.

Para decir que el mundo, hacia arriba, tras la delgada capa, olvida su materia y, hacia lejos, el paisaje abandona detalles y sentido: eso decía. Y agregar, con los brazos extendidos, en el gesto que era su gran audacia:

—Y con vergüenza va y lo imita el tiempo.

Mi padre Bruno, corto o no corto, declaró su tiempo: como el espacio se deshace hacia lo lejos, también el tiempo. El tiempo sólo está lleno en el presente y se interna en la desaparición cuando se aleja. Decía que el pasado se disuelve en cuanto pasa a



serlo y que el futuro es la pretensión de algunos escondidos. Y que para huir de los vacíos el único tiempo es el presente: una sucesión tozuda de presentes que saltan de la nada a la nada, juguetones. Aparecen, de alguna parte, uno y después otro y otro, pero no son para durar: no tienen movimiento, son imágenes. Ese tiempo dio lugar a las vulgaridades.

En su tiempo, todos se limpiaban: mi padre se mostraba reluciente como un guardia en todas partes. Una suciedad era un resto de otro tiempo, de un presente que ya no existía: suciedad era un ataque contra mi padre Bruno. Su tiempo era astuto: de tan vulgo. Su tiempo requería un gobierno muy claro para que los presentes desfilaran en un orden sensato. Nada más esa fuerza podía hacer que el presente de ahora tuviera relación con el de hace un momento y con el próximo. Nada más esa fuerza podía hacer que los presentes salieran en este orden y no en otro. Se necesitaba mucha fuerza de mi padre Bruno. Y era un tiempo de terror y esperanza;<sup>[36]</sup> todo podía cambiar en el próximo presente: eso daba terror. Pero además todo podía cambiar en el próximo presente: la esperanza. En cualquier descuido de mi padre todo podía ser otro; todo pendía de un hilo: sería un azar que uno siguiera siendo el mismo en el presente por venir. La gran ventaja era que uno no se moría: el que se moría era siempre otro.

Mi padre Bruno inventó las representaciones para explicar su tiempo:<sup>[37]</sup> las representaciones no eran iguales a su tiempo, pero se parecían. En la sala de Lapachos armaban una tarima grande: encima, personas semejaban. Cada vez semejaban un presente: todo muy lento, con movimientos bruscos pero lentos, cuatro amigos hablaban de una caravana de perfumes y la mujer de uno de ellos, sentados en el suelo, comiendo gallinazo. Se apagaban las luces de los picos de gas, un momentito; se prendían de nuevo: entonces los cuatro amigos eran tres los mismos y uno no y el gallinazo estaba igual y hablaban de lo mismo y la luz se apagaba cuando todos tenían gallinazo en la boca. Se prendía: estaban igual, con el mismo gallinazo en la boca, sólo que eran los cuatro del principio.

Cada cuadro semejaba un presente. Se apagaban las luces, se prendían y una mujer demasiado vestida, toda cubierta, estaba matando un hombre con cuchillo más rústico, entre gritos. Se apagaban, se prendían: algún hombre con la cara tapada de negro caía muerto por el cuchillo rústico: chorreaba. Las luces. Ahora la mujer y aquel hombre conversaban del tiempo sentados bajo un árbol. No todos entendían. Mi padre Bruno quiso tranquilizarlos y dio una representación de cuatro días: entre apagón y apagón, dos mujeres, tres hombres y chicos y animales comieron, durmieron, fornicaron, se lamieron y hablaron muy poquito y se lavaban todo el tiempo. Nada nunca cambiaba, todo muy natural. Algunos entendieron.

Se inventaron trucos: si en este presente uno recordaba el anterior y en el próximo recordaba el recuerdo, era probable que uno fuera el mismo durante varios. Muchas horas perdía gente observándose, tratando de ver si seguía siendo la misma: cuando

creían que sí, agradecían con fervor la fuerza de mi padre Bruno. Pero su tiempo era de mucho riesgo: la suciedad era una ofensa, la cicatriz era una ofensa, cualquier construcción era soberbia porque suponía un orden de los presentes. Cuando un vulgo se presentó en la casa de un oficial diciendo que ahora, en este presente, era suya, tuvieron que hacer algo. Mi padre Bruno decretó que no siempre los presentes durarían casi nada: tendrían la duración que él decidiera. En un presente de cinco estaciones no habría espacio para esas tropelías. Pero mi padre Bruno murió pronto, mucho antes de su fecha, siempre limpio, con una herida. Mi padre Aldo, su hijo, que lo sucedió,<sup>[38]</sup> decretó un tiempo reactivo, de las causas y efectos. El tiempo nada más corría entre una causa y su efecto: controlado.

Son pésimos los tiempos reactivos. No se buscan en sí sino en el rechazo del que vino antes: mi tiempo no puede ser de reacción. Mi tiempo tampoco puede ser como el último trozo de conejo, un poco frío, cuando llega después del higo chumbo; ni como la mirada de mujer que mira por mirar y sabe el resto; ni como el viento cuando vuela bajo y arriba los árboles quedan tan quietos, ni cuando vuela alto y abajo la tierra queda quieta, ni cuando mueve todo y desparrama; ni como una manera de besarse las manos ni como bailes: no podría. El tiempo de mi padre es demasiado perfecto. Él ya me dijo su voluntad y yo ya le di el beso.

Ya le di el beso; ya no tengo que ver a mi padre antes de que se muera, pero puedo. No quiero mucho: quiero verlo, pero que no me vea. Jushila me va a esperar acá: yo salgo de mi estancia sin vestirme, como si fuera a cualquier lado, y camino por los pasillos de la Casa. En los pasillos hay confusión o tedio: me miran, otra vez me miran. Me miran para convencerse de que van a tener que mirarme como a nadie. Llego a la sala de Cimientos, tan vacía, y salgo por la puertita de atrás que da a la escalera que sube al espacio de Padre. El soldado de la escalera me trata mal y después se da cuenta. Mi padre Ramón, mi padre, sigue en su tarima sobre pieles de vicuñas blancas: la estancia sigue vaciada de cualquier otra cosa y de personas. Donde había tanto sólo se desparrama el aire. En un rincón, bajo sombras, Joaquín, el consejero de la Casa, está acurrucado con la cabeza envuelta en una manta: no se mueve. Mi padre mira la luz de la ventana: creo que mira, si mira, las motitas de polvo en la luz de la ventana. La luz de la ventana le ilumina la cara solamente.

Sigo en la puerta: el consejero no me ve en su manta, mi padre no en su luz. Se mueve apenas. Cada tanto, tantea con la mano sobre las pieles de vicuña: no hay nada, es necesario nada. Tengo que pensar cuál va a ser su voluntad para el tránsito: escucho sus ronquidos. Dicen que cuando muere un hombre todas las palabras que dijo, las palabras que hizo, se le atiborran en la boca, se pelean por salir otra vez. Su cara se le parece tan poquito: su nariz que era flor majestuosa. Los huesos ya ganaron la pelea con la carne y ahora tratan de atravesar la piel, muy incisivos: salir al mundo para escapar de él: abandonar mi padre. Si lo conozco, debe estar pensando en las órdenes que va a tener que dar mañana, pero no lo conozco. Es posible que no piense en nada o que ya haya dejado de ser él todo el tiempo. Quién puede saber lo que

piensa otro hombre, aunque sea mi padre, aunque se muera. Quién puede saber lo que piensa un hombre, aunque sea yo, cuando me muera. Nunca sabré lo que pensé muriendo, así que nada. Lo miro para aprender y sé que no. Le veo la boca: mi tiempo va a tener que contar con lo perfecto de su tiempo. No es posible mantener lo perfecto: no es posible, no se le puede poner ni sacar nada: no se puede perseverar en lo perfecto. Tendré que darlo vuelta. Le veo la boca. Sin querer estoy más cerca de su cama; lejos. De lejos veo el agujero de su boca. En su boca tiene un río de noche, oscuro como un río de noche, anchote como un río de noche, que no sabe en qué sentido nada. Chupa con aspavientos todo el mundo para conseguir fuerza, pero va de verdad para afuera. Va para afuera, tantea con la mano. No puedo aprender lo que nunca se sabe. No veo llegar al consejero: me toquetea el hombro con la mano. No lo miro; me callo. Joaquín, el consejero de la Casa, el padre de la Madre de mi Hijo, me toquetea el hombro con la mano. Quiere y no puede hablarme de mi tiempo, que voy a declarar cuando mi padre muera. No lo miro. Callo. Miro a mi padre: la boca de mi padre como el río. Contra el aire que entra, un verdecito húmedo le viborea hasta el cuello. El verde se le junta en el cuello, mullido, pegajoso, y le forma una parte nueva de su cuerpo, que le va a durar poco. Está tan lejos: lejos y le huelo el aliento. Es su aliento. El consejero habla:

—No podemos tolerar sus dolores: no es de su condición. Usted tiene que actuar, tiene que hacerlo.

Ya no miro a más nadie: no hay miradas. Puede que sea mi deber y que tenga que hacerlo.<sup>[39]</sup>

La Casa está en lo más alto de la Ciudad: resume todo. Si se pierden la Ciudad y las Tierras, la Casa va a alcanzar para volver a hacerlas: es de la época fiel.

Hicimos la Casa sobre las ruinas de otra casa en días de mi padre Aldo, el hijo de mi padre Bruno: después de turbulencias, restablecer cimientos. Su tiempo era reactivo pero iba. Como su tiempo solamente corría entre una causa y un efecto, la identidad era muy útil: nada es más causa de sí que sí mismo y la identidad es una relación entre sí mismos, o los que lo intentan. Con la identidad casi siempre había tiempo. Aunque fueron reactivos sus tiempos eran buenos; todo se parecía a lo que era y la biografía más franca ganó mucho: se impuso. La arquitectura exageró.

Buscábamos la identidad: la arquitectura exageró, al final. Jacobo había impuesto la maqueta: antes de Jacobo, las casas se hacían y se hacían. Pero Jacobo era ciego: tenía la piel leche y era ciego. Los ciegos son buenos porque son casi como los homúnculos: conocen mal el mal, no pueden verlo. Jacobo no era malo pero quería hacer casas. Su familia había hecho casas desde tantos padres que Jacobo no quiso dedicarse a la música o la cocina, como debía por ciego: imaginaba casas. Las tenía en la cabeza, como su muerte, y no las podía hacer, hasta que se inventó la forma: la maqueta. La maqueta es un homúnculo de casa, hecho con todas sus maneras y detalles, que después crece: Jacobo podía hacer las maquetas con las manos, las

manejaba con las manos, las toqueteaba para estar seguro y conseguía las casas que creía. Cuando aparecieron sus primeras maquetas, la ceguera de Jacobo se olvidó: lo que importaba era la identidad, que la maqueta fuera la causa del efecto casa.

Lo que importaba era que la casa se pareciera perfecta a la maqueta: el mérito de una casa era su parecido a la maqueta. Que quedaba, sobre una columna, a la entrada de la casa, bajo campana de plástico, para que todos vieran. Las casas de maqueta eran peligrosas de tan altas, con tres y cuatro pisos, pero no tenían detallecitos, que en la maqueta no cabían. Eran bloques un poco sosos, de piedra cortada en cuadrados, bien pegada y tersa, aburridos: el tamaño de las maquetas no daba para filigranas. Después tampoco pudieron tener ventanas grandes: si la maqueta tenía grandes ventanas se veía el interior y era muy difícil maquetarlo para hacerlo igual: las ventanas se hacían menores y redondas. La arquitectura tenía que ser fiel: de la causa al efecto. Los arquitectos se cuidaban mucho de cualquier diferencia, que habría cortado el tiempo.

Las maquetas crecieron. Maquetas grandes permitieron buenos detalles y ventanas mayores: por las ventanas de las maquetas se veían las tarimas, los almohadones y sillas, los arroyitos y muñecos de los personas que vivirían adentro. Los vulgos que pasaban miraban la maqueta en la columna de la puerta y querían mirar la casa. Las maquetas se agrandaron tanto y tanto para poder ponerles más detalles y que todo fuera copia fiel. Diez o doce estaciones, las maquetas fueron iguales en tamaño a las casas: mucho más caras. Eran más caras, más difíciles, porque sus materiales eran falsos: es mucho más complicado hacer piedras de madera pintada que hacer piedras, o mosaicos de cueros esmaltados que mosaicos. Lo peor eran los arroyitos donde no podía correr agua: las maquetas no podían ser habitables, no podían usarse y eran frágiles: para no ser casas. Las casas rebosaban de detalles para justificar a las maquetas grandes: se atoraban de adornos. Decoraciones se intrincaban: dentro de un círculo hecho de tres pescados, un oso se comía a un maquinista que quería salvar una máquina que servía para amaestrar a los osos sin dolor; la máquina era grande de dos largos y daba música de tambores movidos por un pistón a vapor y reflejaba destellos en un espejo giratorio para que los osos se encantaran y le salían tres brazos largos de madera: dos tenían plumitas en la punta para las cosquillas y otro le ofrecía miel. El oso tenía una pierna del maquinista colgada de los dientes y bailoteaba; el fondo de la escena no eran montañas ni lagos ni árboles ni un salar: animales que se comían todos a todos tercamente. Calchaqui se hizo doble: las grandes maquetas ya no podían estar al lado de sus casas y Calchaqui se hizo doble porque construyeron todas las maquetas grandes en un barrio, que después fue el barrio de Depósitos: había invasiones de los vulgos a las maquetas y hubo que poner guardias. Algunas noches se hacían veladas junto: alrededor.

Jacobo no podía hacer esas maquetas naturales: tan grandes le eran igual que nada, que una casa, y pudo dedicarse a la cocina. Armaba sus platos con construcciones complicadas, como edificios sobre la pata de un carancho, y le

encantaba que fueran para el derrumbe a mordiscones. Después Jose, un pintor, descubrió que en vez de maqueta podía hacer un croquis: mucho tiempo desde entonces dibujaron las casas. Jacobo, desde su cocina, encargó a su hijo que construyera una de las grandes muestras del arte de Calchaqui: el denodado esfuerzo felizmente inútil, desprovisto de cualquier interés estético y recargado de opiniones sobre el arte mismo: edificar un croquis. Jacobo, el hijo de Jacobo, que sí veía, construyó en un terreno tras la puerta del Sur una gran casa plana, pegada al suelo, sin paredes ni techo ni más formas: aquel croquis.<sup>[40]</sup> Cuando la terminaron, Jacobo se acomodó en una de las estancias, al sereno, y dejó que lo gastaran el sol, el agua, el frío de la noche.

Hicimos la Casa un poco antes, cuando las maquetas eran grandes: no desmesuradas. La Casa es la cima de la arquitectura fiel. Si se pierden la Ciudad y las Tierras, la Casa alcanza para volver a hacerlas: la Casa es la gran maqueta de todo.

La planta baja de la Casa es la maqueta de las Tierras; el primer piso, la estancia de Padre, es la de la Ciudad; en el segundo piso, tan prohibido, está la maqueta de la Casa: nadie puede verla porque sabría todo: salvo nosotros.

La Casa es una medialuna echada del sur al norte: el lado panzón de la luna da a las montañas del Oeste; el lado hueco, a la Ciudad: encierra la explanada. Los muros del oeste son las montañas del Oeste: tienen sus errores, sus méritos: sus puntas. Hacia el este hay paredes, un gran patio que es el valle, estanques y después los muros: las montañas del este. En el cuerno del sur de la luna están las estancias del Hijo, la Madre y sus personas: donde Jushila, ahora, me escucha. En el cuerno del norte los despachos y estancias de los consejeros y los administradores: son estancias chicas y amontonadas, donde todos querrían estar; no tienen frescos. Sus pasillos son caprichos, intrincados como las grandes montañas del norte: yo me pierdo y voy poco. Son más vulgo y tienen los suelos con alfombras de vicuña, que no hay que renovar. Desde ahí se anudan los asuntos de la Ciudad y las Tierras, entre papeles y tantos servidores y almohadones de plumas de chimango, duras, y carreras. Los que viven en el cuerno del norte saben agitarse y decir con sus caras que son tan importantes: es lo primero que aprenden o no precisan aprenderlo. Ellos creen que son lo que se creen que son.

—Una carga de veinticinco vicuñas de esencia de nuez.

—Partida.<sup>[41]</sup>

—La máscara de piedra verde del jefe de los del norte en los ríos.

—Llegada.

—Dos barbudos listos para el juego.

—Listos.

El más joven anota tildes con tinta oscura. El menos sabe lanzar toda la cara hacia los labios: como mi padre Ramón, mi padre.

—Es decir que ya llega su muerte.

—Sin las dudas.

El pico de gas los ilumina poco: no tiene colores. Los dos llevan sobre los hombros la capita de lana que usan cuando trabajan, para ser humildes, y el culo sobre la piel de otra vicuña. Se les aplastan los culos todo el tiempo: son su orgullo. El más joven habla demasiado.

—¿Pero ya ya llega?

—De roca, sin las dudas.

El menos mira a los costados y cree que a alguien le interesa lo que dicen. Cuida cada palabra como si a alguien, de escucharlas, le importaran. Como si no supiera resignarse a lo que es. Mueve la cabeza lenta, con sigilo: es un arte agitarse en el tiempo perfecto de mi padre Ramón, donde los movimientos no parecen. Ellos son los que más se inquietan por el tiempo que puedo declarar: son los que más tienen que cumplirlo. No siempre los detesto.

—¿Y el Hijo podrá ser capaz?

Pregunta el joven. El menos se lanza sobre él, le muerde un brazo: lento, como si no lo hiciera, y se ríe porque está simulando. Simula enojo por el desliz del otro.

—Usted es demasiado joven. Las palabras que no se dicen no se dicen. O se callan, si no.

El más joven piensa que el menos es perfecto y que tiene tanto que aprender. Ellos son los que más me inquietan por el tiempo que voy a declarar. Vuelven a sus lugares.

—Cien cuencos del agua del arroyo Turbiado sin ninguna esencia.

—Llegados.

Entre los cuernos del sur y del norte están las cinco salas. De sur a norte viene la sala de la Sal, que corresponde a los salares del sur de las Tierras; después Sauces, por los terrenos más frescos y regados al sur de la Ciudad; después la sala de Cimientos, que es el espacio que ocupa la Ciudad, y después la sala de Lapachos, por los bosques al norte, y, al final, la de Cardones, por las mesetas altas y secas más arriba.

La sala de la Sal refulge de un blanco repugnante. Paredes, suelo y techo están cubiertos de piedritas de sal que reflejan el más mínimo rayo y lo hacen un dibujo de rayos intrincados: en la Sal lo mejor es mirar las batallas de los rayos. Hieren: para estar en Sal hay que usar dos vidrios oscuros que se ponen delante de los ojos, unidos por un cuero y sostenidos por vincha perfumada, que esconden mucho. El olor de la sal, en la sala de la Sal, es como el corte de un cuchillo frío: filoso pero tropezando, el golpe en la cara de un viento con arena. Hay una silla de sal, de Padre, repleta de maneras y filos, imponente, y almohadones de cuero muy blanco con las plumas muy blancas. Sal sabe dejar rastros: a veces, el reflejo de un rayo que persiste les imprime una raya, un punto, un conejo en el cuerpo a los presentes y salen con la marca: es un buen signo. Sal es demasiado esplendorosa para hacer veladas: pasos repetidos le quedarían feos, así que la usamos para reuniones con los consejeros, donde la luz es buena. Cualquier paso, cualquier toque en el suelo y las paredes se queda, puede

verse con la forma de una sombra suave: la sala de la Sal registra todo. Peor es el salar, en el sur, donde nada se disuelve: todo se queda seco, como si fuera congelado, para siempre. Un vulgo que quería demasiado a sus dos chicos los llevó al salar y los dejó en el medio, atados de rodillas, para que se quedaran iguales para siempre: ahora más lo imitaron, y hay bastantes.

En el medio de la sala de Sauces hay un arroyo que a veces resulta caudaloso y otras no. Los cinco sauces están dos de un lado y tres del otro: se inclinan sobre el arroyo en una bóveda. Se oscurecen para que puedan abrírseles las flores, que son de oscuridad. Sauces se usa sobre todo para cositas agradables: el suelo es de verde muy fresco y con aromas, hay más ardillas que gatos y muy pocos zorrinos; por la ventana enorme del oeste entran chorlitos, colibríes y el carpintero enano. Algunas veces lluvia. Pero mi padre Ramón, mi padre, prefiere el jolgorio en su estancia y Sauces se usa poco: es la sala más agradable de la Casa.

La sala de Cimientos es el espacio para ser grandiosos. Cimientos es ancha y despejada: tiene la forma de la Ciudad y en su suelo están pintadas con esmalte las calles y casas y plazas de Calchaqui: una por una y lo mismo en el techo. En los frescos está toda la historia de las Tierras: la llegada de mi padre Alberto, la cremación de mi padre Enrique, el tiempo de mi padre Osvaldo, una estampida, el discurso de mi padre Mario, el serrallo de mi padre Raimundo, la revuelta, las guerras de mi padre Néstor,<sup>[42]</sup> una segunda en el mercado, las mejores máquinas, el tiempo de mi padre Ramón, mi padre: en los frescos aprendí más que nada. Cimientos se llama Cimientos porque tiene ciento veinticinco columnas: de cada uno de los cinco lados, veinticinco columnas salen en un triángulo que se junta con los otros por el vértice, en el medio. La base del triángulo tiene nueve columnas, después siete, cinco, tres y una. En cada columna, mezclado en su argamasa, hay un olor distinto: la suma de los olores de Calchaqui. Olor a ámbar, gallinazo, romero, cocción de colibríes, jazmín, sudor de vulgos, sobaco de mujer, sangre, vicuña, tierra mojada, tierra seca, miel, camarones de río, rosas, nueces, higos chumbos, perros, maíz cocido, brote de maíz, menta, magnolia, sándalo, carancho, lana reciente, lana apolillada, metal de máquina, pimienta, barro, papa, jazmines, excitación, cólera, miedo, piedra mojada por el río, pescaditos, pelo del vientre, pelo de barbudo, mierda de niño, de hombre, de mujer, bosta de los distintos animales, tinta, pinturas, maíz podrido, los diversos guisos, hombre y mujer mezclados en el coito, bebe naciendo, plástico, argamasa, el gas de las montañas, cuchillos que se chocan, sauce, lapacho, lluvia, sal, tormenta y tantos otros.

Las columnas de la sala de Cimientos soportan la estancia de Padre, en el primer piso, que semeja a Calchaqui: Cimientos también tiene la forma de cinco lados de Calchaqui y en Cimientos ocurren las grandes audiencias, la aceptación de un Hijo, la recepción de un Padre, algunas muertes. Cimientos es magnífica y sombría y está siempre llena de personas que se encuentran antes de ir al cuerno norte o para arreglar sus asuntos o venderse prendedores, pegados a columnas. Mujeres en Cimientos se

despatarran mucho. En Cimientos se oye cada vez el rumor de personas murmurando sus cuestiones o a los gritos: un alud que va a ninguna parte, no amenaza: Cimientos es magnífica y sombría.

La sala de Lapachos se usa para los juegos y representaciones. Los cinco lapachos rojos dan mucha sogá: sirven para todo. Pero Lapachos es como los bosques: tiene muy poca gracia y lo mejor que tiene es su sistema de desagüe para que corran los líquidos de las representaciones y los juegos. Yo no voy nunca. Cardones tiene un nombre impropio.

El nombre de Cardones es impropio: hay uno solo, grande, tan desnudo. Puede ser amarillo, marrón, verde o cualquiera de los demás colores. En Cardones se hacen los juicios importantes, adonde asiste Padre. Padre asiste: no tiene que molestarse en opinar la justicia, pero ante él toda justicia es la debida. El cardón de Cardones está contra la pared del oeste, entre dos ventanas; bajo el cardón, la silla de madera pintada de Padre y de un lado, perpendiculares, los bancos para los quince jurados a favor del reo y del otro para los cinco en contra.<sup>[43]</sup> Yo vi un juicio, una vez, cuando era chico: no son muy a menudo. Los espectadores se sientan para aplaudir en el medio: entre los dos bancos, frente al cardón y al padre, en el suelo que simula piedras: arenas y cascotes. El techo es bajo, de ese azul restallante, y la máquina no para nunca de hacer la música del viento.

En el sótano están los depósitos de lo que nos enriquece y alimenta: las carnes, granos, plantas y perfumes, las aguas y cocciones, las piedras, los metales, los cueros y tejidos, las máquinas vulgares: todo lo que vendemos y también los sirvientes y en el medio, en la estancia cerrada, está la máquina del tiempo de mi padre Alberto. En el primer piso, sobre la sala de Cimientos, el espacio de Padres.

El espacio de Padres siempre fue igual y nunca cambia, ni va a cambiar mañana cuando yo me instale: yo soy el mismo que ellos otra vez.<sup>[44]</sup> El espacio es Calchaqui. En el espacio está la estancia, rodeada por los sucuchos de los servidores, que son los barrios de vulgos, y de las mujeres menores, que son los arrabales. En el centro está, pentagonal, la estancia.

Yo iba a la estancia en el principio de cada estación, a una comida. En la estancia todo pasaba todo el tiempo, como en la Ciudad. No me gustaba ir: en la estancia, mi padre era más chico que cuando bajaba a vernos. Cuando empezó mi invierno trece tuve que ir una cuarta, para el comienzo de mi aceptación.

En un rincón de la estancia dos chicos escupían lenguas de fuego contra loritos que jugaban a revolotear al final de las llamas; en otro, cinco mujeres de pie sobre piernas muy fuertes se peinaban una a otra, en ronda y se tocaban: se preparaban para nosotros. En otro, soldados tiraban con cerbatanas mecánicas muy finas contra un barbudo atado a un poste: las puntas se le clavaban apenas en la piel y no tenían veneno y los soldados tiraban a pegarle nada más en los brazos y piernas: a veces acertaban. Bajo una ventana, una madre con su mongui en brazos mostraban el amor:



él se babeaba despacito. Muy cerca, el arpa y el cuerno no se daban tregua: el arpa atacaba con una escala ascendente de veinticinco, veloz como una nota sola; el cuerno callaba, dejaba pasar el tiempo sin respuesta, simulaba la desazón y después contraatacaba con una sola nota que sonaba como todas las escalas descendentes. El arpa se sofocaba de dos o tres suspiros graves, en reconocimiento, y seguía la pelea: la música es un combate pretencioso. De vez en cuando, obligado, se escuchaba el error como un alivio.<sup>[45]</sup>

Yo tenía en la mano el pistón de mi padre, o en la boca.<sup>[46]</sup> Por momentos lo tenía en la mano; momentos en la boca. Su pistón estaba pintado de blanco brillante, como los huesos en una noche seca, y el ojo solo de su carita de ratón no me miraba con aprecio. Después se volvía boca: una boquita de piñón fruncida, despectiva, que no quería contarme; si lo apretaba era el culito de un bebé. La cara de ratón tenía el trazado de unas venas oscuras, que hablaban de algo; yo intentaba con la lengua dibujarles otra idea para que al fin dijeran otra cosa. Me parecía que si llegaba a cambiarles el dibujo mi padre Ramón duraría para siempre y podría evitarme tanta espera. Pero las venas seguían tozudas en sus puestos. La pintura blanca del pistón tenía el gusto de los perfumes de limón con mezcla de un gas de las montañas; en cambio la cabeza me recordó esa cabeza de la cotorra que había decapitado con los dientes: era un gusto de adentro, pastoso, macerado, tibio, aceitoso, rancio, diferido, como un choclo que se reblandeciera noches en una olla con agua muy verdosa. Olía como una matanza de la guerra: el olor a matanza es el brusco olor a sangre, mierda y carne, todo lo que está adentro de los hombres y sale de repente: es el olor de adentro de los hombres. Lo que distingue los olores de adentro de los hombres es la proporción de sangre, mierda y carne que los forman. Y su gusto. Los gustos de adentro tienen la forma de condensar el tiempo.

Seguí mamando el gusto a tiempo de mi padre en su tarima de almohadones. Su cabeza estaba preparada para el tamaño de mi boca: somos padre e hijo. Encajaba tan justo. Mi padre había vuelto a ser lo que había sido: un pistón blanco. Blanco muy tenso, restallante: blanco. Como cuando me daba sus duchitas. Los consejeros que charlaban en un rincón tenían que simular que no miraban. Nadie debía mirar la escena: todos debían saberla. El Hijo ha recibido los olores de Padre. Cuando mi padre me escupió los homúnculos el gusto cambió tanto. Los homúnculos de mi padre Ramón, mi padre, tan envueltos en su mantita de salsa blanca gomosa y confortante, tenían un gusto que recuerdo y que terminaré de entender cuando pueda decidir mi tiempo: en el gusto de sus homúnculos está el gusto de mi tiempo, que tengo que terminar de descifrar. Era el gusto de una flor recién cortada: no el gusto de una flor cortada de un mordisco y así comida, ni el gusto de una flor cortada horas atrás y decantada, ni el gusto de una flor reservada los días necesarios: era una flor justo recién cortada con un cuchillo afilado más o menos, que había perdido savias en el corte, pastosa, pero no sé qué flor. Muchas veces creí que sabía: cuando sepa me habré dado cuenta de mi tiempo.

Me hice buches: me pasée la salsa de mi padre bien por la boca con cuidado, por el paladar y en las encías y me pintó los labios y me untó los dientes y la pasé con su ruidito por los agujeros entre dientes y la estampé por atrás y adelante en los poros de la lengua: recorrí bien la boca con la salsa hasta que le aprendí todos los gustos. La desmenucé entre el paladar y la punta de la lengua: al final era muy muy picante. Cuando escuchó el ruido de tragarla, mi padre me acarició la cabeza con la mano: nada lo obligaba.

—Le diría que su madre le ha enseñado lo justo. No más, pero tampoco mucho menos. Tenemos que saber más, nosotros: eso somos.

Mi padre seguía reclinado en almohadones majestuosos; el arpa y el cuerno se atacaban como si fuera a espada, con golpes cortos de uno y otra y otro y más. Nadie ganaba. El mongui dio un gritito. Mi padre me dijo que tenía que hacer de mi vida una obra. Que yo tenía que hacer de mi vida una obra.

—Tiene reglas, una obra tiene sus reglas. Usted tiene que buscarlas, formas de la composición, golpes de efecto, grandes escenas y abyecciones que se recuerden mucho: que no resulte siempre comprensible.

Dijo mi padre Ramón, mi padre, con los labios tremendos hacia afuera, con toda la cara hacia los labios.

—Nuestra vida nunca puede escaparse del recuerdo.

Dijo, y no suspiró.

—Pero no tenemos opción: nada podemos hacer, más que la vida.

Hubo el chillido casi verde de un loro que había caído en el fuego de los escupecuegos. El barbudo era capaz de un gran silencio; las mujeres habían dejado de peinarse. Mi padre me agarraba el pistón y me lo colocaba en una mujer, en un soldado y en una vicuña bebé, muy peludita, todos sobre los almohadones majestuosos. Mujeres eran tres; dos para él y esa en que me había colocado. Estaban que parecían asustadas, quietas, ateridas por el momento tan solemne. Mi padre no fornicaba a las dos suyas: hacía como. Yo me movía y movía en la válvula donde mi padre me había puesto: ella chirriaba y gritaba con exageraciones y yo muy poco. Me movía para nada: mi pistón era como si no existiese. La mujer estaba en cuatro patas y gritaba más y más y tenía la grupa por demás bermellona: muy frotada. La vicuñita miraba para aprender algo. El soldado cantaba una canción de guerra:

«Si volamos al bando enemigo,  
si corremos al mundo adversario,  
si matamos matamos y herimos  
no es que seamos los malos ni malvados.  
Es porque nadie nos quiere  
o que nadie nos mama  
o que nadie nos mima  
tan bien como ellos.

Enemigos, adversarios y traidores:  
mirar mimar minar el culo de un soldado,  
tocar tomar torrar el culo de un soldado.»

La vicuñita tiraba lengüetazos. El viaje de la aceptación empieza con los coitos que el padre ofrece al hijo, para darle motivos. Siempre se hizo: quizá para que no haya tanta tentación en la salida. Después de semejante cosa, qué sería más. O para aprender que nada sería más. O para resarcirse. Mi padre se durmió muy fácil. Cuando me desperté de los coitos, otro día, me preparé para salir con los demás. Después, a la vuelta, un pintor de la Casa tendría que dibujar mi última cara: yo, como todos en la Ciudad y las Tierras, tenía que pasar mis días con el retrato de mi cara justo antes de morirme ahí adelante, con el terror de irme acercando a ella, el de alejarme de ella y no cumplirla. Y enseguida mi madre me tendría que contar mi muerte, para que la tuviera en la cabeza, pero primero venía la salida. Nada, sin antes la salida. Los demás ya me estaban esperando: salimos muy temprano.

Nadie podía hacer nada: yo tenía que hacerlo. Pero a nadie le gusta que el Hijo tenga que salir de la Casa por primera vez, con un manojo de semejantes de su edad, para los pasos de la aceptación.

Salimos de la Ciudad por la puerta del Sur antes del sol: los guardias no miraron. Eramos cinco, como corresponde, y fuimos hacia los bosques de sauces y aguaribayes al sur de las tierras, antes del salar. Teníamos un día de caminata a través de los campos más teñidos de polvo. Cerca de la puerta, dos traficantes hablaban mal de los consejeros de mi padre Ramón, mi padre.

—Padre es bueno, digo, bueno, pero no puede hacer tanto y los consejeros nos esquilman.

Les grité algo desde lejos y uno de los traficantes miró su carga de esencias y nos miró con sorna. Tenía un sombrero de paño brillante rojo con una piedra brillante roja y estaba muy contento de su vida. No le contesté. Nadie nos iba a decir nada por vagar, pero si nos agarraban robando la comida o matando lo que fuera teníamos peligro: durante el paso de la aceptación hay que arreglárselas como se pueda, a la manera antigua, cinco días.

Llevábamos nada más cuchillo y una manta y caminábamos entre campos de papa recién cosechados. Todavía quedaban antiguos cargando en vicuñas mecánicas los montones de papas para llevar al mercado, para cambiarlas por las máquinas más simples. Íbamos cinco: de los otros cuatro dos eran Jose, uno Jacobo y uno Jaime. Un Jose era el hijo del consejero de Vulgos y decía que era mejor ir hacia el este, cruzar las montañas por el valle y buscar algún barbudo, para matar a alguien.

—¿A quién matar, si no, a quién mejor? Entre todos lo matamos, podemos, para que aprenda que eso somos.

Jacobo era hijo de un administrador y no quería ir tan lejos.

—Usted sabe que no es eso, sin las dudas. Los barbudos saben matarlo tras que usted los mata: son fortachos.

Nos hablábamos, por supuesto, en la lengua de vulgos. Otro Jose y Jaime dijeron que era mejor no mezclarse con barbudos y seguir hacia el sur y que ya encontraríamos a quién matar y que tampoco era tan necesario. No es tanto pero sí: es casi necesario matar en la aceptación; nadie lo pide ni lo dice, pero sin eso es muy difícil dar el paso. Además es mejor hacerlo entonces: si no después, de grande, hay que buscar la ocasión y esquivar a muchos. Hay que hacerlo; es distinto en cada caso pero siempre es igual: hay que hacerlo porque un hombre no puede llegar a su muerte sin haberla dado. Se aprenden las cosas: es distinto pero siempre es igual. A cuchillo lo que importa es el ruido, el chasquido que hace el cuchillo para entrar y la explosión de cuando sale: lo importante de un cuchillo es cómo sale, el plop con que se cierran los labios de la herida intentando agarrarlo: cuando se va ya está todo perdido. Es un sonido nuevo y único, que no se puede ensayar ni repetir: un acto. Cualquier herida muestra la lentitud de un viaje: en una herida, el río de mi padre Ernesto fluye sin parar<sup>[47]</sup> hacia ninguna parte, rojo, y excita ver cómo un cuerpo se vacía de sí mismo: una herida, las manos tratando de tapar una herida, dicen algo confuso sobre el tiempo. La sogá es lo contrario: con la sogá en el cuello, apretando, cerrando, acumulando, el cuerpo se llena demasiado de sí mismo: implota. La sogá es moraleja: explica cómo todo debe llenarse de otras cosas y nada demasiado de sí mismo. El veneno tiene el gusto de la contemplación: un veneno de unas pocas horas es bueno para ir mirando cambios en la cara, aumento de los ojos, afilación de una nariz, manotazos aislados y el horror general en todo el cuerpo: el veneno alecciona. Con la cerbatana y los demás mecánicos lo que apasiona es la limpieza: placer de confirmar que todo es tan distante siendo propio, que un cuerpo está allá y la máquina en mis manos y el cuerpo cae por mis manos mientras un aire tan fresquito nos separa: las máquinas reconfortan en el acierto y la fuerza de Calchaquí. Lo opuesto es el peñasco en la cabeza: un crac casi inaudible de tan fuerte, sin matices, súbito: hacer como si no se hiciera. Es tan cercano que parece muy lejos. Como ordenar vaya usted y mátelo: matar por la palabra. Después supe que lo mejor es despreciar las formas puras: trabajar en la mezcla. Yo no estaba acostumbrado a marchar y mi panza sufría. Junto al camino los antiguos acarreaban sus papas; nosotros discutíamos las maneras, inventábamos planes. Yo no decía nada. Yo escuchaba: mis palabras son demasiado fuertes.

El viejo vivía solo en una de esas casas de campesinos: cuatro paredes de piedra, un techo de plástico vulgar y una ventana grande que da al este. Adentro tienen la tarima de madera mal cortada, los instrumentos de cultivo, pocas palabras, la máquina de música. En la pared había dibujos de animales. El viejo nos recibió con las palabras que podía.

—Bienvenidos, señores tan muchachos.

Y nos sirvió del agua de su estanque, marronada, y cuatro papas. Su hijo debía

vivir en la Ciudad; el viejo era un antiguo muy bajito, con las piernas enclenques. Otro Jose lo agarró de los pelos y lo zarandeaba.

—Por ahí para matarlo lo mejor son los dedos, sin las dudas. Entrarle los dos dedos por los ojos hasta el fondo, hasta que se acabe. Se me entiende: entrarle bien la muerte con los dedos: ponerla con los dedos.

Pensaba que de grande podía ser pintor, porque su padre era, y no quería para nada ser soldado: no iba a tener tantas ocasiones para muertes. El primer Jose decía que iba a ser consejero, aunque su padre era, y que iba a tener tantas: no estaba de acuerdo.

—Hay que hacerla entre todos, sin las dudas. Una para todos: para unirnos.

No me di cuenta de que la unión que quería era conmigo. Jacobo pensaba que el viejo no alcanzaba: era muy poco para todos. No quería ser administrador sino maquinista y pensaba con detenimiento.

—Digo: él es tan poco que su muerte se la hará uno solo, con uno va a alcanzar aunque le entremos todos. Nunca sabremos quién se quedó sin nada.

Su argumento era sensato. El viejo hacía como que no escuchaba, o no escuchaba, pero nos miraba con su sorpresa con los ojos hundidos, más bien rojos. Se había puesto contra la pared de la ventana: asomaba la espalda a la ventana. Yo quería que nos mirara con terror pero se le fruncían los ojos y la boca tratando de entender: tenía toda la cara en el esfuerzo de entender. A otro Jose le pareció acertado. Le dije al viejo que se fuera. Jaime no decía nada.

Jaime debía ser un hijo de mi padre con una mujer menor: son los peores. Tenía los labios de Padre y un destino de soldado muy seguro. Creo que se callaba porque yo me callaba; creo que esperaba todo el tiempo la ocasión de demostrarme algo. El viejo se había escurrido. Nos comimos sus papas y nos dormimos enseguida. Lo importante era la caza del guanaco.

Teníamos la cabeza, el cuerno y el olor y nos habían explicado cómo hacerlo: era lo necesario para la aceptación. Llegamos al bosque con el sol muy alto, en la segunda, y empezamos el pozo. Hacía calor, tardamos horas: es difícil cavar tanto con las manos. Cuando terminamos el pozo grande como todos nosotros y un guanaco, cubrimos el agujero con ramas y arriba armamos un arbusto: en el medio, sobresaliendo de las hojas, pusimos la cabeza del guanaco. Después abrimos el frasco del olor de celo del guanaco: no se parecía nada a la salsa de mi padre Ramón, era más basto. Con el cuerno imitábamos el grito del guanaco cuando desafía a pelear por el mando en la manada: es un grito largo, mucho más agudo que cuando busca hembra: chilloncito. El guanaco debe estar aterrado cuando le llega el momento y no sabe por qué se va a arriesgar a esa pelea. Con nuestra trampa, el guanaco tenía que oír el cuerno, acercarse, oler el olor, ver la cabeza detrás de los arbustos y arremeter: para caerse en el agujero donde lo esperábamos. Entonces lo matábamos con los cuchillos y el guanaco aprendía los riesgos de la soberbia y aprendía que lo otro es peligroso<sup>[48]</sup> cuando simula ser lo mismo y que lo mismo nunca lo es del todo.

La aceptación supo ser más difícil. En días de los antiguos pobladores las familias tenían un número fijo y un muchacho sólo era aceptado cuando moría uno de su familia: él conocía la muerte, reemplazaba al muerto y restituía el buen número. Era engorroso: había familias tenaces con hijos de treinta inviernos que no habían sido aceptados todavía y no podían participar de la vida de la Ciudad: trabajar, combatir, tener hijos, ser como los guanacos.

Los antiguos morían mucho, porque se dedicaban, pero a veces tenían esos problemas. En algún tiempo de los antiguos los hombres tenían autorizadas cuatro muertes. Uno de sus jefes decidió que para mantener un bienestar de veras, un tejido, cada hombre tenía que tener maneras simples de matar al prójimo y les dio derecho a cuatro muertes gratis siempre que fueran con cuchillo. Funcionaba: todos se evitaban y se cuidaban, había poca violencia. Parece audaz, pero algunos antiguos dijeron que en el borde el equilibrio es mejor que en pleno centro. En esos días, los que morían de su muerte estaban muy mal vistos: los trataban de amarretes que querían aprovechar hasta el último soplo de su aire, o de infelices a los que nadie había hecho caso, nadie había deseado, nadie se había gastado una muerte con él. Y además sufrían, porque llevaba mucho tiempo y esfuerzo hacerse por sí mismo la propia muerte. Así que no era tan difícil conseguir el lugar para ser aceptado. El orden se desmandó al final, como todo, con los escondidos. En medio del jolgorio, alguien decidió que bastaba con que alguien pidiera la muerte de alguien para que le fuera concedida tras sorteo; para que sonara más justo, los soldados se hacían cargo del pedido, pero había que pasar por un sorteo entre el otro y uno: el que perdía era ejecutado, el otro conseguía prebendas. Eso sí creó odios. No se necesita mucho odio para matar a alguien, pero infinito para poner la vida en juego en un sorteo a cambio de su muerte.

Cuando entró mi padre Alberto las familias de los antiguos dejaron de funcionar. Mi padre Félix, el hijo de mi padre Carlos, el hijo de mi padre Alberto, decidió que no existían las familias sino las personas<sup>[49]</sup> y que los muchachos no necesitaban esperar que muriera un pariente: podían ser aceptados a la muerte de cualquiera. Mi padre Félix tuvo el tránsito más fatuo, que casi acaba con Calchaqui. Le ordenó a mi padre Enrique, su hijo, que a su muerte lo depositara en un cuenco en el sótano de la Casa de entonces, sin decir nada a nadie, y que anunciara que Padre no había muerto sino que se había ido detrás de las montañas. Mi padre Félix era querido de sus hombres: muchos se quisieron ir con él y caravanas salieron de la Ciudad hacia los picos del oeste. Volvieron estaciones más tarde, diezmados, desdentados, y mi padre Enrique nunca les dijo nada y respetó hasta el final la voluntad de su padre. Porque nosotros podemos elegir nuestra muerte: sólo nosotros.

Había muchos antiguos en los campos: poco a poco se hizo costumbre que la aceptación de un muchacho no esperara una muerte; era bueno que el muchacho saliera a hacer esa muerte, así se hacía el espacio y aprendía. Los antiguos eran toscos: muchos caían en las trampas más patosas: se acercaban a escuchar una canción de amor, corrían detrás de vicuñas hasta un pozo, trepaban por el árbol a la

rama casi cortada donde brillaba una piedra falsa o se entregaban contra un cuenco de esencias para que su familia vendiera en el mercado. Empezaron a ralear, a hacerse más difíciles y eran necesarios para plantar las papas y el trabajo en las minas. Eran los días de mi padre Alfredo. El tiempo de mi padre Alfredo consistía en no terminar nada: su tiempo sólo corría para las cosas que no acaban. Si un acto terminaba todo el tiempo que había corrido se iba con él: puede parecer tentador, pero ese tiempo, al irse, deshacía el acto y lo borraba. Ningún acto terminado había existido. Se inventaron banquetes tremebundos donde siempre llegaba más comida y el coito dejó de existir súbitamente: se hacía y desaparecía una vez terminado. Las curaciones le dejaban algún lugar al adversario para que siguiera y las biografías nunca contaban el final de sus temas. La música tampoco terminaba y cada cual debía imaginar un remate sin confesárselo. Personas se rompían la cabeza pensando actos que no tuvieran su final, inventando sin parar continuaciones. Llegó a haber un conato, porque alguien dedujo que si el tiempo corría para las vidas, las vidas no acababan; si no acababan era que había una especie de vida más larga tras la vida. Se armó una bandería: no tuvieron apoyos y la revuelta tardó todavía en estallar varios padres.

En días de mi padre Alfredo, la aceptación no servía si la caza de un hombre terminaba en la muerte del hombre: era un acto con su final a cuestas. El muchacho perseguía a un antiguo días y días, lo hería, lo tenía a su disposición más de una vez, le hacía marquitas y después, de improviso, mataba algún guanaco. Alguien dijo que esa muerte era un final; Jaime, un muchacho que murió poco después de aceptado, le contestó que no: nunca había pensado en matar al guanaco, así que ese acto no había tenido principio.

—No puede terminar lo que no empieza, digo: no puede terminarse.

Dijo, y cambió los días de mi padre Alfredo. Jaime había tenido nada más esa idea y se murió enseguida. Desde entonces, en homenaje a Jaime, la caza mimética del guanaco se guardó como la caza de la aceptación.

No llegaban guanacos: nos quedamos en el pozo toda la noche, soplando en el cuerno, ateridos. No podíamos hacer siquiera un fuego, para no delatarnos. Comimos frutas y yo tenía hambre; los demás no decían. Los otros cuatro me hablaban como si fuera uno de ellos, y me trataban bien. Me hacían bromas como si fueran inocentes y disfrutaban con el recuerdo que tendrían de la broma que alguna vez le habían hecho a Padre.

—Oscar:<sup>[50]</sup> mirar mimar minar, tocar tomar torrar, ¿no le parece?

Decía un Jose, que se creía cercano, y los demás se reían descosidos. Ellos entonces pensaban que si hacían muchas cosas, todas bien, después no tendrían que envidiarme; yo los envidiaba entonces. La caza de la aceptación une mucho: ellos van a ser amigos para siempre; yo sé que conmigo no se puede y hace tiempo que dejé de tener amigos para tener servidores. Me molesta: ¿para qué sirve menospreciar servidores suavemente?

Nada es tanto placer como menospreciar suavemente a un amigo: si tuviera. Igual

voy a consultar mi tiempo con el primer Jose, que cree que va a ser mi consejero de personas: no va a saber cómo hacer para oponerse, pero se va a oponer. En el bosque los ruidos eran más pobres que la música que imita a los ruidos: Jushila me había preparado para eso. No hablábamos: estábamos tan cansados que ni siquiera nos dábamos caricias. Jaime, el hijo de la mujer menor, se peinaba una coleta larga y se tapaba con la manta; me miraba muy raro. Yo había puesto la manta en el suelo, para no rasparme, y me sentaba encima: tenía más frío. Los dos Jose y Jacobo se habían acostado como guanacos en triángulo de cabezas sobre panzas; Jacobo tenía el pistón como la pata de un perro y me tentaba. Otro Jose dormía con ronquidos: la vida del que quiere ser pintor es la más fácil. Jaime terminó de peinarse con los dedos y se limpiaba las uñas con el cuchillo que tenía, un poco viejo.

—¿Así que usted será lo que ellos quieren?

Dijo y se tapó la cabeza con la manta. Los ruidos del bosque se callaron. Yo no le hice el favor de preguntarle quiénes eran ellos y sigo sin saberlo. Me imagino. Nos despertamos cuando el sol entraba entre las ramas.

En el tiempo de mi padre Ramón nada parece, porque todo es insignificante: nada se le compara. Era maravilloso ver a esos cuatro, confusos, con los músculos tensos, el cuerpo sin aceite, desperezándose sin mover casi las manos en el aire, moviéndose sin movimientos: era un canto a la fuerza de Calchaqui. Después fue como un rayo: un manotazo que nadie supo ver y la mano de Jacobo que levantaba una víbora por la cabeza roja y blanca. Yo había escuchado el zumbido en la oreja y no entendí que era la víbora que quería matarme. Tenía que matarme. La víbora se retorció en el aire pero Jacobo la agarraba bien, detrás de la cabeza, y se reía a carcajadas. Con la cola negra de la víbora se hacía cosquillas en la lengua. La víbora se retorció con ángulos, fuera del tiempo de mi padre; los otros cuatro estábamos de rodillas, clavados al suelo de tierra del agujero, mirando los ojos de Jacobo chiquitos por la risa. El pistón de Jacobo se retorció al ritmo de la víbora.

—Si la quiere, Oscar, se la guardo para que recuerde.

Yo no quería nada y menos un recuerdo que igual no iba a poder borrar. Jacobo era el más bajo de los cuatro y el más flaco. Tenía los dedos finos, ridículos, bien de antiguo, que se agarrotaban en el cuello de la víbora; los ojos chiquitos, piernas y pistón sólidos y unos extraños pelos en el pecho: Jacobo debía ser un poco mezcla y sin embargo quería ser maquinista. Pasarse los días peleándose con piezas diminutas, rebeldes, o en blanco y pensando una necesidad que no necesitaba nadie. Los maquinistas son los más astutos: inventan, más que máquinas, las horas que alguien va a pasar con su máquina: le inventan un futuro chico. Se creen, a veces, parecidos a padres. Jacobo bailoteaba con la víbora retorcida en la mano: se había descontrolado. Yo tenía que decirle algo y pensé en darle mi cuchillo: demasiado. Le di un beso en los labios; él agitaba la víbora sobre nuestras cabezas y yo le dije que la matara. Él me dijo que no.

—Usted la mata, mejor, sin las dudas: a usted quería matar la bestia.



Fue grosero que me refregara su hazaña. Jacobo ya hizo algo; va a poder recordar siempre que quiera que en el tercer día de la caza de la aceptación él le salvó la vida al Hijo: ya hizo algo. Va a poder decir que por él tenemos Padre. Saqué el cuchillo de cuatro filos, de nácar de los caracoles y forma de pescado que mi padre me había regalado de más chico, y le corté la cabeza roja y blanca. Saltó un chorro de sangre tan oscura y Jacobo nos bañó con el chorro a los dos: creyó que nos juntaba. Los otros tres seguían arrodillados; oímos a lo lejos al guanaco.

La caza del guanaco fue normal: un Jose tocó el cuerno, el animal se acercó, echó sus gritos, le contestamos y cuando atacó se cayó en el agujero con bruto batifondo: cayó porque corrió de más.<sup>[51]</sup> Tiraba dentelladas y escupía pero estábamos bien preparados: los Jose y Jaime le agarraron las patas, Jacobo la cabeza y a mí me dejaron el puesto de degollarlo con mi cuchillo pescado. Me dio gusto: el chorro de su sangre que le salió del cuello era tanto más fuerte que el chorrito de la víbora y nos bañó de brillo. El animal cayó con un ruido sin gracia: los cuatro y yo nos abrazamos. Habíamos pasado la prueba y estábamos aceitados de sangre y las caricias eran dulces y con gusto: era placer lamerse. Un rato nos revolcamos en el charco y en nosotros y nos pegábamos golpes suavécitos y nos fornicábamos muy poco: lo mejor fue el chapoteo y chupetearnos la sangre sobre el cuerpo. Ponerme un chorrito de esa sangre en la oreja y que un Jose la tomara, o ponérsela a un Jose en la barriga y relamerla o decirle a Jaime que metiera el pistón en el cuello caliente del guanaco, por la herida, y lo agitara, para que lo sacara más flaco y rojo tan brillante. Hasta que Jacobo se apartó para buscar la cabeza de su víbora, perdida en el agujero. Me dio asco: debía creerse algo.

Trepamos hasta el borde del agujero, sacamos las ramas y conseguimos levantar el guanaco hasta la tierra, para comerlo. No podíamos asarlo ni hervirlo ni salarlo: teníamos que comerlo como era y lo comimos, con todos sus eructos. Llegaban chacales y caranchos, que gritaban, aullaban y daban vueltas cada vez más cerca. Los lobos nos paseaban cerca y nosotros éramos tan fuertes.

Esa noche dormimos casi al final del bosque, ya cerca de la papa. Al día siguiente teníamos que volver a la Ciudad, a terminar la ceremonia. Prendimos un fuego y se arrepollaron en las mantas. Yo tengo el primer turno de la guardia.

Jacobo duerme con las satisfacciones y yo miro el fuego que mordisqueea tan inútil y mi cuchillo pescado. Tengo el cuerpo cubierto por la costra de sangre, que me abriga. Pruebo un filo de mi cuchillo pescado sobre el dedo más largo y me hago un corte muy finito en la costra y no sé si en la carne. Matar no es matar a cualquiera: morir es otra cosa y se aprende más difícil.<sup>[52]</sup> Jacobo no se tapó bien y se le escapan partes: su pistón está tremenda, está inconteniblemente duro y una mano lo tiene agarrado, como si temiera. El sávido debe estar soñando con su víbora y que ya me tiene para siempre en su recuerdo, cree saber quién es, se dice: yo soy el que le salvó la vida al Hijo, si no fuera por mí Padre no habría. Pobre. De verdad un acto es una desgracia: todo cambia en un momento, sin saber, y cualquier acto es como un

rayo sin tormenta. Si Jacobo me hubiese matado, si me hubiera hecho mal yo estaría herido y él con la vida arruinada por el acto. Me salvó, y ahora me tiene presa del agradecimiento que le debo: arruinado por el acto.

Él cree que me tiene para siempre en su recuerdo y no lo entiende: a mí me pesa. Yo ahora puedo levantarme muy despacio, sin hacer ningún ruido o haciendo mejor cualquier ruido del bosque y caminar hasta donde duerme, con mi cuchillo pescado y levantar mi cuchillo pescado. Entonces puedo mirarlo, mirarle por última vez en la cara el recuerdo, sonreírme, mirarlo otra vez y decirme que es por compasión, para que no viva condenado<sup>[53]</sup> a mi recuerdo, con sólo mi recuerdo como su razón y muy despacio rebanarle con mi cuchillo el cuello, despacito, ni bañarme en el chorro.

Los otros no se despertarían; Jacobo, igual, se iría a la vida larga. Lo que no me gusta es que si lo hago perdería mi cuchillo pescado, con cuatro filos, hecho del nácar de los caracoles, que me regaló de chico mi padre Ramón, en un rincón que nadie sabe, y temería que al volver a la Casa mi padre Ramón, mi padre, que me lo regaló de chico, se enojase y se pusiese de su cólera y gritara las frases dislocadas: que se confundiera. Y yo haría aterrado todo el camino de vuelta hasta la Casa sin confesarme que en realidad yo llegaría y le diría a mi padre Ramón, mi padre: Padre, se me perdió el cuchillo, y él diría: Un cuchillo, y yo: No, el cuchillo que usted me regaló, y mi padre, entonces: ¿Cuál?

## La Tercera<sup>[1]</sup>

El bastardo las miraba en cuclillas y ninguna se besaba o tocaba. Lo miraban todas con ojos más abiertos; él quedaba en cuclillas, los brazos por encima de la cabeza, las manos juntas por encima de la cabeza y su cara que modulaba entera todas las palabras: era raro porque no usaba ni el menor perfume. Él las llenaba de placeres perplejos: su cara majestuosa. En realidad, era bonita: la piedra redonda, encontrada en la arena, no muy grande, menos de la mitad de un puño, rosa y opaca por la seca, en el momento en que aparece el charco en que será mojada y brillará; cara siempre por ser, siempre esperando: Juanca.

Juanca hablaba y los brillos de la piedra se le hacían en la boca; su voz era de la tormenta con matices: el trueno en fondo pero también el golpecito de la lluvia sobre techo de plástico, el chapoteo del gallinazo en ese charco, los silencios del momento del rayo, agudísimos vientos.

—Son tantas las cosas de decirles, digo: tantas cosas. Pero hay una que entiendo y les entiendo y en ustedes la busco: buscar otra manera de la muerte. Ustedes la buscan, escapando: yo también la busco pero con otra forma, digo: pretenciosa.

Dijo el bastardo bajo el techo de plástico de la hilandería en medio de la noche. Habían corrido las máquinas de hilar para hacer un espacio. Del techo colgaban lazos de hilos de colores sensatos; la luz era de pocas velas.

—No les propongo sequías ni cremaciones, finos fuegos. Sé que la muerte tiene también adentro la vida, digo: la vida larga. Que después de la muerte hay un lugar, les digo: para ustedes.

Olía a pobre. Él les hablaba en vulgo muy cerrado y las viejas lo miraban con los ojos y manos. Por fin, después de pedirle tantas veces, Raquel lo había llevado a ver a las viejas de la bandería que armaba el viaje a los desiertos del norte, donde podían morir en calma y no había cremadores y nada interrumpía el largo viaje de los cuerpos hasta la podredumbre: el Período. Ahí, las viejas se creían que su muerte les duraba mucho.

La imagen es famosa: las viejas vestidas con sus telas de los rojos y azules, amontonadas unas sobre las otras, con las piernas mezcladas, los pelos mezclados, los olores mezclados, sus ojos muy abiertos y las bocas, en medialuna alrededor de Juanca. A sus pies la Nena, que tenía los pelos de la cabeza bien teñidos de verde y no tenía más pelos y la cabeza apoyada en las rodillas del bastardo. Se tapaba el ombligo con las manos; la válvula le brotaba tan rosadita y gorda. La Nena era de Raquel, la que cantaba, la única parada: de pie junto al bastardo, Raquel le sostenía la nuca con la mano. Había silencio: ruido de dientes que chocaban.

Una vieja le preguntó si era cierto lo que les había dicho Raquel cuando las invitó a encontrarse: que Juanca vivió en lugares donde todos vivían otra vida cuando se

habían muerto. La vieja apoyaba la cabeza en la panza desbordante de otra vieja, muy oscura; le había cubierto la panza desbordante con sus pelos negros y tan gruesos y cuando abrió la boca le brilló mucho el diente que tenía. La vieja preguntó y, para callarse, se abrazó con fervor a la panza parriba. Esperaba la respuesta que esperaba: Juanca no podía decir no. Contó su historia.

Se les ponía en las manos. Cuando dijo que era el hijo bastardo de mi padre Antonio y que había huido de la Casa, que era un prófugo, se les puso en sus manos. Las viejas se prometían en silencio que nunca podrían traicionarlo, pero no estaban tan seguras. Si la Casa ofrecía muchos bienes, o si la Casa les daba permiso para irse con orgullo al tránsito y evitar las llamas, o si nada más querían hacerle algo porque era tan bonito y no de ellas: no sabían. Se prometían que no podrían traicionarlo nunca y se restregaban las carnes como barro.

Juanca se les ponía en sus manos y les contaba cómo se había escapado de la Casa. Las viejas se pellizcaban, se tocaban, no sabían qué hacerse con las manos. Decía que era cierto que había entrado en la estancia cuando mi padre Antonio esperaba su muerte. La estancia estaba en silencio pero iluminada: todos los colores del gas ardían en las paredes y mi padre fruncía sus ojitos para ver: antes de su muerte le había llegado una penumbra. Estaba acostado en su tarima, sobre almohadones blancos. Mi padre Ernesto, su hijo, estaba junto y le agarraba una mano con las dos; el bastardo decía que miraba desde la puerta. Mi padre Antonio daba a mi padre Ernesto sus voluntades para el tránsito.

—Seré festín en su mesa, carne en su cocina.

Dijo el bastardo que decía el moribundo: que quería que su Hijo y la Madre de su Hijo y la Madre del Hijo de su Hijo lo trocearan con sus manos, acariciaran sus fibras escondidas, separaran con mimo los pedazos y lo cocinaran con el mejor arte para comérselo en una velada con muy buena música, como los hombres del oeste. Era casi un ruego: mi padre Antonio había soltado su mano de las de Ernesto y se tocaba la carne magra de los brazos, se tanteaba lo poco de la espalda: imaginaba.

Mi padre Ernesto suspiró y le dijo a su padre que así se haría; lo besó en la boca y estaba levantándose. Entonces gritó, decía el bastardo, desde la puerta él mismo:

—¡Padre, padre, sin las dudas que Ernesto lo traiciona!

Y saltó al medio de la estancia. Mi padre Antonio se enderezó en su tarima y trató de entenderlo con los ojos. No lo veía, pero la voz de tormenta le recordaba algo. El bastardo decía que Ernesto iba a traicionar la voluntad de mi padre Antonio, su padre, y era de creer: Ernesto no podía invitar a las personas de la Casa a un festín para comer cuerpo de Padre, porque estaría poniendo a la Ciudad y las Tierras en medio de las montañas del Oeste. La voluntad de Padre puede todo, pero no puede contra la voluntad de los padres: Calchaqui. Ernesto tenía que traicionar la voluntad, como gritaba Juanca.

—¡Si Ernesto lo traiciona yo los traiciono a todos, para siempre!

Gritaba Juanca.

—¡Yo puedo traicionarlos a todos, para siempre! ¡Nadie pero yo puedo, escuchen: para siempre!

El bastardo gritoneaba amenazas. Mi padre Antonio se apretó la frente con la mano y cayó sobre el almohadón blanco y ya llegaban tres guardias de la Casa que miraron a mi padre Ernesto: les dijo que se llevaran al bastardo a las patadas y lo tiraran al estanque. Muchas veces lamentaría mi padre Ernesto no haberlo matado, y muchas celebraría no haberlo matado; joven, el consejero de la Guerra Jaime, que guió a los guardias al estanque, no lo mató porque no sabía si era, como decían muchos, el verdadero Hijo; si lo era, muerto se habría ido con los demás padres a seguirla, y no era plan.

Las viejas estaban aleladas. Juanca paró para un respiro, apoyó la nuca en la mano de Raquel, de pie detrás, y las viejas lo condenaron a preguntas. Estaban gárrulas.

—¿Es veraz que en la Casa mujeres se bañan, digo, en leche de vicuña?

—¿Y que nunca se preñan, digo, se empreñan por fornicar con uno solo?

—¿Y que nunca se empreñan las que más lo quieren?

—Pero sí que cincuenta gallinazos llegan en su vuelo cada primera desde la montaña para darse al almuerzo, digo: eso lo vimos.

Las mujeres se manoteaban, se tapaban unas a otras la boca con las manos para hablar: estaban más que gárrulas.

—¿Y cuando se duermen, veraz que los ronquidos de todos se ajustan a una música, digo, y la música mata a los que no la saben, digo, la tonada?

Juanca se desasosegó: se les ponía en sus manos y las viejas sólo querían saber historietas de la Casa.<sup>[2]</sup> Se levantó de golpe; la Nena se había dormido en sus rodillas y resbaló con un ruido muy plop: se despertó gritando. Las viejas se callaron y se miraban a sí mismas, como humillación; Juanca les habló con la lluvia fresca de su voz de tormenta. Sabía convencer todo lo necesario:

—¡Mujeres: de la muerte hablamos, no de pijotadas!<sup>[3]</sup>

Juanca no era colérico: sabía hacer bien la cólera. Se paró sobre las puntas y nada más bajó los ojos, no la cara, para mirar el amontonamiento de las viejas, abajo, a la altura de sus tobillos. Las viejas seguían muy calladas; el bastardo dijo que se había puesto en sus manos y que no se entregaba él nada más: también otra manera de la muerte.

—Mujeres: yo viajé, miré, viví en la Casa: sé. Los padres viven otra vida cuando mueren, y conozco otros pueblos que viven otra vida cuando mueren. Eso quiero, digo, les ofrezco.

Les contó muy confuso que después que lo tiraran de la Casa al estanque vagó unos días por la Ciudad, descalabrado, y huyó. Que cruzó las montañas del este y fue hacia el norte y pasó hambruna, hasta que empezó a trabajar en un campo de los hombres barbudos. Sobre ellos fue más confuso que con nada. Juanca pasó muchas estaciones cultivando maíz para los barbudos: aprendió su idioma y sus costumbres,

[4] tuvo y perdió dos hijos, se construyó una choza, peleó por ellos y recibió su mote: llegaron a quererlo. Pero no daba nombres, lugares, precisiones.

—Me escapé cuando pude y a buscarlas: vine. Raquel les dice cuánto hace que las busco. Tanto que las busqué y ahora es el momento.<sup>[5]</sup> Detrás de la vida hay otra vida, la vida más larga: los padres pueden y otros pueden, y es el tiempo de que todos podamos. Con ustedes podremos: van a ser las primeras.

Las viejas eran quince, Raquel y la Nena. Los primeros rayos entraron por los agujeros del techo de plástico y se enredaban en los lazos de hilo que colgaban: les sacaban colores. Tenían terrible sed y poco hambre. Juanca les dijo que se había puesto en sus manos y era de ellas pero que ellas tenían que confiarle: que si le confiaban, un tránsito sin fuego les iba a parecer tan poca cosa, tan horrible, que se iban a reír de sí durante días. Las viejas abrían las bocas y con las panzas daban ruidos. Raquel no se había sentado ni un momento. Juanca les dijo que estaban peleando por lo más importante y que lo que hicieran sería para siempre. Otra vez les dijo: para siempre. Les dijo: lo que hagamos va a durar para siempre. Las viejas no entendían y tenían razón. Les dijo que para ganarse la vida larga después de la vida había que empezar muy fuerte: había que convencer a muchos para que todos al final obligaran a Padre a abrir la Larga a los personas y los vulgos.

Padre se iba a resistir: nada le gustaría menos que perder el privilegio de la Larga. Y los personas y los vulgos iban a tardar en creer, decía, porque todos ellos son lentos de creer: están acostumbrados a lo suyo y todo lo que esperan es cada tanto que se muera un Padre para ver si el tiempo del siguiente va a favorecerlos. Ellos son de esperar, les decía Juanca.

—Son de esperar y de quedarse en las desilusiones, digo: para esperar de nuevo.

Juanca volvió a levantarse y se extendió en su altura: estaba enorme. Imponente. En realidad, era grande: como el buche de un sapo cuando está oscurecido y arrugado y en reposo y el sapo abre la boca para tragar el mosquito y el aire que le inflarán el buche hasta una gran bola blanca, lustrosa, refulgente: así, siempre posible, a punto de ser tanto pero tanto más: Juanca. Que tiró al suelo de polvo la mantilla de lana basta de los hombros y se quedó desnudo: su almendrita era chica como una almendra chica, maravilla. Las viejas no dejaban de mirarla; el bastardo se rascó, como si no supiera.

—Para empezar, hay que empezar veraz.

Dijo Juanca, tan lento, en un tiempo que parecía de mi padre Ramón: como si cada letra valiera una fortuna o no existiera. Y repitió, más largo todavía:

—Para empezar, digo, mujeres: empezar muy veraz.

Guardó el silencio. No hubo ninguna fuga.

—Digo, si están dispuestas.

De las quince, trece se inclinaron anhelantes. Eran fáciles. Se habían destrenzado y ahora los colgajos de carne eran de cada una. Otras dos trataron de buscar la puerta; Raquel las miró y les dijo que era demasiado tarde:

—Es tarde, digo, demasiado.

Dijo y una de ellas corrió y consiguió abrir la puerta y escapar: perderse.<sup>[6]</sup> Viejas saltaron sobre la otra y la agarraron; la tiraron al suelo en silencio, le daban en silencio. Raquel les dijo que pararan y la mujer se levantó con magullones: había perdido en el suelo su tela rojo sol y estaba desnuda también, con los colgajos de las nalgas y el pubis muy pendientes. Tenía los ojos aterrados: dijo que se iba a quedar, que se podía quedar para siempre y que además sabía adónde iba la otra y que podía contarles. Juanca le dijo que confiaba en ella, que estaba en sus manos. La vieja se le acercó, le agarró con las dos una mano y se la puso sobre la cara: tapándose la cara. Se entregaba. Después volvió a sentarse con las otras, en la medialuna: todas muy atentas. La Nena había dejado el lloriqueo. Juanca echó atrás la cabeza, se alisó los pelos desgredados, duros, muy brillosos, y tosió con un trueno de la voz de tormenta. No miraba a nadie: no debía.

—Mujeres: ya hemos hablado y no sabemos todavía tan bien de qué, de cómo. Las palabras se confunden entre las cosas que no tienen palabras: todavía. Parecido se confunde la vida con la muerte si no hay vida después. Si no hay: ¿para qué construirse una casa, un nombre, un casalito de palomas, un cuerpo con sus carnes? ¿Para qué haremos lo que tan fácil se deshace? ¿Lo que tan pronto se deshace? ¿Lo que tan silencioso se deshace, tan como si nada? Parecido se confunden si no hay más vida que la cortita interrupción que nos dejaron. Entre la muerte todavía y ya la muerte tan escaso nos queda: casi nada. Un momento de los tiempos de cualquier Padre no es nada si es nada más ese momento. No importa cómo llegue. Ni el fuego, ni el sol, ni el polvo del desierto importan en el tiempo tan largo de la muerte de ahora: vacía, escamoteada, sin nosotros.

Juanca hablaba en la lengua más pura porque sabía que las palabras no eran para las catorce viejas, Raquel y la Nena: para todos y siempre. Era su primer discurso, el inicio de todo. El bastardo tenía esa vanidad de la duración que solamente un Padre debería; en un Padre es condena: él la tenía preciosa, sin derecho. De su voz de tormenta ahora sonaba el viento que se filtra:

—Nací en la Casa, pude conocer pueblos: sé que hay otras maneras de la vida. Tras la muerte, explico, otras maneras de la vida. No son para cualquiera porque todos las guardan y nadie les va a entregar, mujeres, nada: nadie les va a dar nada. Nadie nos va a dar nada, digo: nada.

El viento en algunas palabras se enredaba en cañadas, dejaba de ser el que se filtra y era el que aprieta y no deja que a su paso se levante nada.

—Hay sin las dudas, explico, otras maneras. Una vida tan larga que está en alguna parte y nos podría llegar después de esta muerte y nos haría vivir todo de nuevo.<sup>[7]</sup> Yo la conozco y por eso les digo. Así entonces, explico, todo sí: todo vale la pena. Hay que ganarla, mujeres, hay que conquistar la vida larga, y nosotros podemos.

Las mujeres quedaban alledadas, ya ni siquiera gárrulas; la magullada se arrancaba

los pelos por manojos y una detrás a manotazos le arrancaba. Había viejas en llanto, viejas endurecidas, viejas pegándose en las nalgas. El bastardo se calló mirando: era el silencio de la voz de tormenta, enorme, momento antes del rayo. Después gritó, despacio, una por una:

—Somos tan pocos y para ganarla necesitamos tantos. Aquí estoy, digo, en sus manos. Si me siguen, vamos a ser todos los necesarios, digo, sin las dudas, y llegará una noche en que la vida larga quede para todos. Podemos enseñarles. Mujeres: somos tan pocos y tenemos lo que todos quieren y nadie sabe cómo querer, les digo: tenemos lo que todos quieren y nadie sabe cómo querer, explico: tenemos más que todo.

La Nena hizo el sorteo:<sup>[8]</sup> le vendaron los ojos, la marearon y mientras corrían a su alrededor todas las viejas con saltos y grititos, felices, gallinazas, ella tocó a las ocho que fueron elegidas. Antes de que la luz fuera brillante, el bastardo las había convencido sin fisuras; las viejas eran fáciles: nadie nunca les había hecho caso.

Juanca les contó lo que harían cuando el sol empezaba a calentar. Todas y el bastardo salieron de la hilandería y caminaron por el barro de lo bajo del valle, fuera de la Ciudad, cerca del río, donde las casas son adobe y las calles caprichos: veían vulgos que transportaban bultos y mujeres que lavaban telas y chicos que transportaban bultos chicos y los miraban diciéndose que era la última vez que los miraban y un poco la primera. Que no lo hacían por esos pero que a esos también les serviría. Que qué fácil y qué tonto todo cuando alguien no sabe lo que viene y lo que debe, cuando puede estar apartado de lo que viene y lo que debe: qué tranquilo. Que lo que tenía que pasar mejor tardara mucho y que mejor pasara pronto.

Llegaron hasta la muralla y buscaron la puerta del Sur para entrar en Calchaqui. Ya hacía calor. El bastardo no sudaba y les dijo que no podía acompañarlas más allá: era mucho peligro.

—Pero aquí estoy, digo, mujeres: en sus manos. Todos estamos en sus manos. Saben que con su muerte de hoy empieza otra manera de la muerte: lo saben y pronto lo van a saber tantos: por ustedes. Somos la puerta, digo: ustedes.

Las ocho pasaron frente a él una por una y le agarraban la mano izquierda con las dos y se la ponían sobre la cara: se entregaban. Juanca le decía otra palabra a cada y le apretaba muy breve los costados de la cara entre sus dos dedos extremos. Juanca era todo lo intenso que podía: era sublime. En realidad, era bonito: el salto del guanaco sobre el barranco cuando va todavía para arriba, con la cabeza muy estirada vuela para arriba, con las patas recogidas en el cuerpo y todo el cuerpo convertido en una vibración que va hacia arriba y no tiene su caída en la cabeza: cuando es posible que siempre sea hacia arriba. Así, siempre hacia arriba, como si no estuviera la caída, como si todo siempre fuera para arriba: Juanca.

Que se quedó mirándolas: ellas caminaban. Las ocho se juntaron en un grupo que parecía de viejas a venderse en la plaza del Mercado y cruzaron la puerta: caminaron



hacia la plaza del Mercado. Cada cual pensaba y Esther lamentaba no haberle preguntado a Juanca si llegaría a la Larga recién al final, cuando ganaran, y qué le pasaría mientras tanto: no se había atrevido. Entonces apretaba las manos sin querer y se lastimaba sus manos con las uñas. No sabía qué le pasaría mientras tanto: se crispaba: tenía frío: caminaba hacia la plaza del Mercado.

—Vamos, mujeres, como dice ese hombre Juanca y nosotras dijimos: a hacernos una muerte que también sea nuestra.

Después, en la plaza del Mercado del Este, nadie miró a esas ocho viejas así despampanantes, con las piernas bien flacas de vejez y las carnes pendientes que se vistieron con una tela azul de malva alrededor de la cintura. En la plaza del Mercado nadie usa sombreros,<sup>[9]</sup> para marcar la gentileza.

La plaza del Mercado está en el extremo del este, justo delante de la puerta del Este; al costado de la puerta, junto a la muralla, los comerciantes dejan sus vicuñas: hay amasijo tremendo de vicuñas, silenciosas. De tanto en tanto alguna grita y gritan todas. Vulgos muy pobres aprovechan para dormir entre los cuerpos de vicuña, calentitos; los comerciantes tratan de ahuyentarlos porque enferman a los animales. Las mecánicas, en cambio, no los calientan nada. En la plaza huele muy bestia a mierda de vicuña, mezclada con la cocción de los maíces y los olores de los cuerpos de todos: es salpicado y tiene algarabía. En la plaza siempre hay hombres que se venden, muchos vulgos, grupos de incompletos y mujeres que quieren vender cuerpo: tejedoras, poceras, putas, bailarinas, cocineras malas. Algunas no conocen a las ocho viejas y no las miran por eso; otras las conocen y por eso no las miran.

En una esquina, muchos se agolpan frente a un maquinista vulgar que presenta un invento; el hombre está pasado de flaco, desprovisto de hombros: alargado. Su máquina es tan simple que llama mucho la atención: en los días de mi padre Ernesto, decaídos, parecía de buen tono desdeñar las sofisticaciones de las máquinas, la combinación de dos o tres energías y la proliferación de ruedas y pistones, y decir que no hay nada tan bonito y eficaz como algo simple. Su máquina es un cañito de hierro hueco largo como un brazo y ancho como medio dedo, abierto en las puntas; adentro, otro cañito, sólido, apenas más angosto, de resina muy dura. En cualquier cuenco, al fuego, se calienta cantidad discreta de resina y se vierte en el cañito hueco; del sólido se tira para afuera para dejar lugar a la resina y sirve para tapar la punta: que no caiga. En un rato, la resina se seca adentro del hueco y forma otro cañito sólido: entonces se empuja el sólido reciente hacia afuera con el sólido anterior, que quedó deformado por el calor de la resina. Se tira el sólido anterior y queda uno nuevo, perfecto, igual que el desechado.<sup>[10]</sup> Y así cuantas veces se quiera, sin más límites.

El hombre sin hombros grita las virtudes de su invento y deslumbra a los vulgos que lo miran, de a tantos. Su ayudante aprovecha para venderles perfumes demasiado falsos.<sup>[11]</sup> En la plaza del Mercado sobra la algarabía: cuando la última vieja, Esther, cara de plasta, deshace con el cuchillo el cuello de la primera de las ocho, casi nadie

lo nota. La segunda hace un ruido muy bruto.

El propio Juanca había elegido, entre las ocho, a Esther para manejar el cuchillo. Esther había sido la última que tocó la Nena: siempre fue una cocinera mala, incapaz de preparar comidas sucesivas, limitada a los guisos: gallinazo con su miel y cardo, pata de vicuña cocida en higos chumbos, maíz con aves, chanco salvaje en puré de tarariras con mucho anís, papas con tomate: en el mercado o en algún tugurio. La hija de Esther había muerto grande con una enfermedad y la cabeza hinchada; al hijo lo había atropellado sin querer un pelotón de vicuñas de la Casa y le dieron disculpas. Esther no tenía 120 estaciones, todavía no era vieja, pero ya llevaba varias con la bandería, preparando su fuga al norte y al Período. Era lo único que podía pasarle, ya a esta altura. Esther tenía la cara chata, donde nada salía: nada era distinto.

En la plaza del Mercado la segunda cae con un ruido más bruto. Cae justo al lado de la primera pero no encima, no llega a tocarla cuando cae: las separa una baldosa corta sucia. Las dos están inundadas de su sangre por afuera: roñosas de su sangre. Con el ruido de la segunda llega gente: el maquinista grita más solo y vende menos perfumes y mujeres y hombres se amontonan alrededor de las seis que quedan y las dos en el suelo. Muchos chicos. Las viejas se habían prometido no mirar ni hablar a los mirones: están cumpliendo con su muerte para que sea una puerta y no pueden distraerse. La tercera tiene una oreja destartalada por una verruga enorme; es muy vieja, le tiemblan las rodillas y está a punto de levantar su mano cuando Esther levanta su mano con el cuchillo para deshacerle el cuello. Esther no sabe qué tendría que hacer si alguna levanta su mano y se le opone. Imagina que la tercera va a soltar un grito terrible para que no la mate y que entonces la mataría con un poco de saña, porque habría deslucido. La tercera trata de mirar el cuchillo pero se le desvían cada vez los ojos: se le escapan los ojos. Pronuncia una palabra que no es Juanca; cae. La palabra que dijo era tahuiti.<sup>[12]</sup>

—Tanto que hacía que no se veían bellas, digo, muertas bellas.

Dice un traficante con un collar de piedras verdes, refulgente, en voz muy baja.

La cuarta y la quinta son mellizas, minúsculas: es raro que haya mellizas, un error. Las mellizas juntan las caras flaquísimas para que se les peguen los cuellos y Esther se los deshaga con el mismo tajo. También se agarran las manos y se pegan los costados de los cuerpos: Esther les sonrío y caen entreveradas. Se amortiguan el ruido una a la otra. Una mujer que salió a comprar un perro le contesta en voz también muy baja, como quien no quiere molestar.

—Hace mucho, digo, se las han olvidado: estas son tontas ni tienen ningún arte.

—La simpleza, le digo: la simpleza.

La sexta y la séptima no son hermanas pero se miran y de un golpe deciden morir como la cuarta y quinta: los ejemplos se imitan mucho en estos casos. Sólo que la séptima es tanto más alta que la sexta y es difícil poner sus cuellos juntos.

—Perfecta perfección de la simpleza, digo: me lo dijo un maestro.

Se doblan y retuercen; Esther las mira con furia: teme que esos movimientos

descuajeringados para encontrar la coincidencia de los cuellos le desarme la fuerza del momento. La sexta la ve y se le nubla la cara: le aparece un puchero. Esther le acaricia la cabeza, le murmura algo y la séptima consigue doblar las rodillas hasta que su cuello se encuentra con el de la sexta; se pegan. La sexta ya está en fuertes pucheros, llora, se moquea: Esther se apura con el cuchillo y les deshace los dos cuellos con la mayor limpieza.

—¿Por qué será, ahora, digo, que viejas recuperan las bellas que no vi hace estaciones?

Dice la mujer que compra mirando al otro lado porque decidió que el traficante del collar y la simpleza no la conforma. Hay muchos amontonados y un vendedor de nueces le dice que debe ser porque quieren ya mismo disfrutar de su fuego.

—No me parece, digo, no tienen cara de chispitas.

—¿Cómo es su cara de chispitas?

—Ay, hombre, la cara de mi madre cuando se preparaba, digo.

Un chico que debe estar para la aceptación los sacude desde atrás para que se silencien porque ahora Esther se quedó sola y levanta el cuchillo que es un racimo rojo. Le cuelgan hilos rojos. Vulgos se callan y la mujer de las chispitas no puede controlar una risa con hipo. Esther los mira: son muchos, veinticinco, cuarenta, y todos la miran para saber qué dice. Esther tiene que decir la frase que le enseñó el bastardo un rato antes para explicar las muertes y el principio de la pelea por la Larga pero se le amontonan demasiadas palabras en la lengua y tiene miedo de que si trata de decir la frase puede decir de más: tonterías que arruinarían el gesto. Esther se calla, lleva el cuchillo hasta el principio de su cuello, lo apoya y ni siquiera está frío: más bien tibión, húmedo por la sangre. Se limpia los dos lados del cuchillo en el cuello: le quedan en el cuello rayas rojas de las otras viejas y el cuchillo, cuando se lo apoya, sigue tibio: le gusta que esté tibio. Trata de pensar una vez más la frase; si sigue buscándola va a creer que está esquivando el momento: quizás hasta se tiente de esquivar el momento. Grita «Por la Larga», hace un silencio muy espeso y se deshace el cuello. Cae sin ruido.

En la plaza del Mercado se escuchan de repente gritos de vicuña y el sonsonete del maquinista de los cañitos pero el sonido no consigue mover nada: todo está parado. El tiempo de mi padre Ernesto era como un río que nunca dejara de correr pero quedó parado. El bastardo aprovechó que mi padre Ernesto, quizá su hermano, declaró un tiempo en el que nada vuelve a ser, en el que todo está siempre por pasar y todo será nuevo: lo ayudó eso. Pero en la plaza los sonsonetes y los gritos no logran mover nada, pese al tiempo. Hay un momento de detención, sin movimiento, porque ninguna de las viejas queda viva y entonces los vulgos y mujeres, sobre todo los chicos, las miran como si vieran algo. Es un momento: parece que los sonidos y los sonsonetes se deshacen también. Después se acercan los vulgos y mujeres, sobre todo los chicos, a las viejas en el suelo enchastradas y mezcladas en sus posiciones y empiezan a tantearlas.

—¿Será que vuelven, ahora, digo, después de tanto, muertes bellas?

Dice un soldado que se había acercado y al que nadie se acerca. Los soldados siempre están repitiendo. Tres chicos muy de vulgo agarran las telas azul de malva de tres viejas, con sus sinuosas manchas rojas, y se las ponen como un pañuelo en las cabezas: dan grititos. A las viejas en el suelo se les confunden piernas con las piernas de otras, brazos con los de otras, pelos con otros pelos: son más y más colgajos que terminan de pronto, en las baldosas mugrientas con la sangre. Más grandes miran las caras blanqueadas por la sangría y con los ojos todas muy abiertos y siguen preguntándose si habrán vuelto las bellas.

—Bueno sería. Las bellas son así, siempre fueron, digo, así: se van y vienen. Por estaciones no hay y después vuelven.

Dice el traficante del collar que brilla verdes y le contesta uno de su tamaño con ropa de persona de la Casa.

—Puede ser que haya otras, dirá usted, sin las dudas, pero volver no vuelven: nada vuelve en los tiempos de nuestro padre Ernesto.

Los tres chicos saltan y se pelean porque los tres quieren la misma tela, una tan roja donde apenas se ve el azul de malva. Una pocera reconoce a la tercera de las viejas y la da vuelta, la desenreda de las piernas de la quinta, la pone boca abajo y le empieza una trenza con los pelos grasientos. Dos o tres la miran. Uno de los chicos está en el suelo con un labio partido.

—Las bellas no vuelven pero están de vuelta, digo, o serán otras.

Refunfuña el traficante que refulge en verdes y entre las mujeres que miran a la que trenza está Raquel con una tela cruda que la cubre mucho. Raquel huele a confianza.<sup>[13]</sup> romero con un toque de sándalo para marcar nostalgia, y resulta patético. Raquel se muerde el labio hasta que sangra.

Esa noche Raquel buscó al bastardo por todos los tugurios. Él le había dicho que no tenían que encontrarse por tres días pero el tamaño del desastre la llevó a buscarlo: no lo supo encontrar. Raquel seguía teniendo aquellas piernas como troncos, sólidas, llenas de recovecos, montes y pocitos: el vericuetos de tantos signos para leer con las manos. Sus mamas siempre habían sido largas pero a esta altura, sobre el torso más y más flaco, se estiraban como el río de mi padre Ernesto.

Día siguiente lo buscó también: Raquel no tenía un lugar fijo de encontrarlo y Juanca nunca le había dicho si vivía en alguno. Raquel caminó por el barro del barrio de lo bajo: el barro se había secado y formaba puntas que le torcían los pies. Raquel se reía y se decía que era el gigante Papardanapal caminando sobre las montañas bajas del norte. Después se cansó y se acordó de nuevo del desastre. A la tercera, después de comer dos manzanas, caminó hasta la puerta del Sur y entró a buscarlo por Calchaqui. Lo encontró al principio de la cuarta, parado frente a la puerta de la Casa que da a la gran explanada de la Casa, bajo la tarima desde donde los padres anunciamos el tiempo, tranquilo, con la trenza bien hecha, charlando con un guardia

de algo que ella no oyó. Él se calló cuando la vio: la siguió con los ojos, la dejó detrás de la gran máquina de música, en la mitad de la explanada, y caminó a encontrarla después de despedirse del soldado.

En la cara de Raquel los ojos eran nimios: siempre había sido su encanto que sus ojos no molestaran a los ojos de enfrente. Sus ojos eran una ranura negra que miraba sobre todo para adentro: no atacaba. Lo que importaba en su cara eran los pómulos: sus pómulos eran grandes y despejados, lisos, y se abrían hacia los lados como un catre muy largo: algo para el descanso. Sus pómulos le hacían de la cara algo para el descanso y la boca le salía chiquita, casi redonda, como si sólo fuera a pronunciar palabras convenientes. Esa era su fuerza: de boca tan remilga le salían las palabras más bestias: redondeadas y bestias.

—El fuego huele otra vez a fuego, digo: su propio olor y no hay perfumes. Ya sabemos que la plaza terminó en desastre, digo: en desastre horroroso.

Le dijo Raquel sin más saludo, y el bastardo le sonrió y le dijo que era su gusto verla. Raquel olía a pesar: vicuña sin matices. Caminaban bajo la sombra de la muralla de la Casa, hacia el norte: ella le explicaba en voz baja y mirando de más a los costados que Esther se había olvidado de la frase y se había matado con un grito que no entendió nadie. Que todos en la Ciudad creían que habían vuelto las bellas y que nadie sabía que había empezado la lucha por la vida larga. Que estaban peor que antes de empezar, porque eran menos y no avanzaron nada. Que las ocho viejas se mataron al cuete. El bastardo le sonrió otra vez y le dijo que era su gusto verla.

Ya caminaban frente al Mercado de Perfumes. El mercado es una gran sala de piedra con ventanas: es tan grande como una sala chica de la Casa y tiene muchas mesas para que los traficantes de perfumes se muestren sus esencias, compren, huelan, vendan, traten de copiarse; los traficantes de perfumes son los que tienen bienes, así que el mercado es un centro de la vida en Calchaqui. Su olor decide mucho en la vida de Calchaqui.

—La duda, la complicación está sembrada.

Dijo Juanca. Era alto, demasiado alto para ser de la Casa; algunos no creyeron su historia de bastardo porque era demasiado alto: nosotros no nos desperdigamos en orgullos. Era muy flaco: doblaba el cuello para bajar hasta la oreja de Raquel.

—En la Ciudad nadie sabe qué pasa; eso nos deja la fuerza del que explica, digo: del que saca las dudas.

Raquel le dijo que no estaba segura de esa fuerza y él la miró con chispas en los ojos. Se calló; al mercado debía haber llegado una carga de azafrán y todo el aire se embadurnaba con azafrán rojo. Raquel no solía lamentar, porque era simple, pero se arrepentía de dos cosas cada vez que olía azafrán rojo: tropiezos de su historia. Caminaban por la calle del Mercado de Perfumes y se cruzaban con traficantes con collares sobre las telas blancas que les bajaban desde los sobacos hasta casi los muslos. Las telas de los traficantes siempre sobran. Los traficantes caminaban de a varios y gritaban mucho, se interrumpían, se daban golpecitos en las panzas: las suyas

y las otras. Los traficantes suelen ser felices.

—El que saca una duda ofrece las respuestas para muchas, digo: lo escuchan con respeto. Hasta le creen, por veces.

Dijo Juanca. Raquel no solía trenzarse el pelo y era lo bastante vieja y tenía el pelo zanahoria: brutal de llamativa. El bastardo pensó que tenía que decirle que se recatara. Los traficantes los miraban y el bastardo se preguntaba si alguno de ellos lo iba a seguir cuando empezara de verdad la pelea por la Larga. Muchos de los traficantes son personas. Los traficantes suelen ser felices, porque piensan mucho en sus negocios y perfumes y eso les deja poco tiempo. Nadie es muy infeliz si tiene poco tiempo. El bastardo trató de pensar quién podría seguirlos cuando empezara de verdad la pelea por la Larga.

—Hay que mandar cuatro mujeres a la plaza, digo: a contar a la plaza.

Dijo Juanca y la mujer lo interrumpió con un gritito y abrió los ojos casi enormes.

—¿De vuelta?

—Muy distinto, digo: muy distinto. Cuatro para que cuenten en la plaza, que hablen y que expliquen.

Un traficante que estaba demasiado gordo y venía desde el otro lado no quiso apartarse y el bastardo tuvo que pararse para que pasara. Podría haberlo atropellado pero se paró para que pasara. Raquel lo miró y empezó a recogerse los pelos zanahoria. El bastardo le explicaba que las mujeres que fueran a la plaza tenían que explicar que las ocho que se mataron no era por muerte bella. Que tenían que ir al día siguiente: explicar todo. Raquel dijo que no estaba segura de que alguna quisiera ir, y el bastardo que no era alguna, que tenían que ir cuatro: la mitad para hablar que para matarse. Dijo: es así el cálculo. Raquel lo miró con sus ojos de rajita negra y quiso agarrarle una mano. Caminaban más rápido para no tener la misma marcha que ningún traficante y que ninguno les oyera las palabras; el bastardo escondió la mano y la miró con más chispas. Raquel dijo que podían matar a las que fueran a la plaza.

—Fortuna.

Dijo el bastardo sin mirarla. Raquel se soltó los pelos y se subió hasta los sobacos la tela lila que había llevado colgada en la cintura. Le dijo que lo que él dijera y se fue. Juanca miró cómo se iba y después se metió en el Mercado de Perfumes.

—No era por la bella, digo, no fue por la bella que se mataron ese día las ocho: no por la bella.

Decía Raquel y muchos que habían estado oyendo la música de un gigantón del sur se acercaron a escucharla. Era muy temprano, la primera del día siguiente: en la plaza del Mercado había menos chicos y muchos vulgos que no habían podido venderse todavía. El olor de tan temprano tenía más del viento de montaña: era un poco salvaje, menos de Calchaqui. Los vulgos bebían cocciones fuertes para despertarse. Raquel tenía los pelos zanahoria despendolados, abiertos, y la tela lila enroscada en el cuello le caía sobre el cuerpo en lambetazos desaparejos. Enrollada en el cuello quería decir desprecio, pero Raquel debía haberse equivocado. Raquel

hablaba subida a un tronco mocho; estaba sola. La noche anterior no había encontrado a las otras mujeres o las había buscado para no encontrarlas: probable que no quería encontrarlas. Raquel tuvo miedo de llevar más mujeres a morir en la plaza.

—Fue para empezar veraz la pelea por la Larga, digo: para anunciarles que empieza la pelea por la Larga y es de ustedes, digo: ustedes.

A la noche había cantado en el tugurio con la voz como nunca, casajosa. Le gustaba cantar y nunca le dio pena cantar en el tugurio. Había revoleado las mamas largas como nunca y cantado como nunca, casajosa.

«Te gustaba mi piel mi piel  
cuando era vieja.  
Pero ahora que es un fuego  
busca el fuego busca el fuego:  
que las llamas que se vienen nos llevasen a la Larga  
y la Larga que se viene nos llevase de las llamas.  
Así somos: busca el fuego  
fuego fuego como pieles,  
el recuerdo es de la Larga.»

Y los parroquianos no entendieron nada. Después se había ido sin hablar con nadie y había llegado a su cuartito de adobe mucho más tarde; la Nena dormía y Raquel se aprovechó para amamantarla como antes. La Nena chupaba y rechupaba, dormidita; Raquel la acariciaba. La Nena no se despertó o hizo como que no. Raquel pensó en decirle algo, pero las frases nunca son lo que parecen. No le podía decir lo único que sí quería, así que se calló. Se preguntó una vez más quién sería el padre y se rió: no iba a volver a preguntárselo. Fue un alivio. Se acostó un rato, a esperar que el sol saliera.

Pensó que el sol había salido un poco más temprano que otros días. Se levantó, se estiró los pelos, se enroscó la tela lila y caminó hasta la plaza del Mercado. Le había dado miedo mandar a más mujeres: las iban a matar y no servía para nada. Todos creían que era una bella y además la Larga quién sabe. No servía para nada ir a la plaza pero no sabía cómo ir a decirle a Juanca que no lo habían hecho: no podía imaginar la situación.

—Para anunciarles que empieza la pelea por la Larga y es de ustedes, digo: ustedes. Para eso se mataron las ocho y es lo más diferente de las bellas, digo: lo contrario.

Raquel sobre su tronco veía tantas más caras que cuando cantaba. Le empezó a dar gusto modular su voz: tenía en un puño al auditorio. Les explicó con su voz ronca que eran lo inverso de las bellas: las bellas sacaban su belleza de la elegancia con que alguien da el paso al vacío, a nada nada. Puso la voz grave: las bellas no volvían, estaban destruidas por la Larga.

—La vida larga va a venir para ocupar el vacío, digo: está una vida ahí, detrás de la muerte, digo: más atrás. Así que la bella ya no es bella: va a ser si acaso conveniencia.

Dos guardias se acercaron y le miraban fascinados la boca redondita: era un misterio. Raquel decía que padres y otros pueblos tienen la Larga pero todos podemos; uno de los soldados se despertó del hechizo y se fue tratando de que no lo vieran. Todos lo vieron; algunos vulgos se asustaron y se fueron también. Todavía no se podía decir que la Larga, propiedad desde siempre de los padres, pudiera ser de todos. Llegaban otros, más y más. Raquel no se daba cuenta y usaba la voz agudísima para decir que las ocho tenían tanta confianza en la Larga que fueron a matarse a la plaza aunque eran de esas que tratan de esquivar el fuego y pasar el Período: que se habían entregado al fuego sin escape porque creían en la Larga.

—Todas nosotros y sobre todo Juanca, nuestro jefe, creemos en la Larga tanto, digo: tanto, que nos matamos la mitad en la plaza para anunciar que es el principio. Nos matamos la mitad, digo, en la plaza, porque ahora es de ustedes.

—De Padres es, nada más que de Padres.

Gritó desde el público una mujer bastante joven, sin mamas, con los pelos muy largos: una pocera. Y un traficante que era persona:

—Nada más que de Padres, sin las dudas, y muerte al que la robe.

Los vulgos comentaban y asentían, los chicos no entendían: todavía no tienen su muerte en la cabeza. Los vulgos nunca saben lo que les conviene: por fortuna. La pocera le tiró una piedra muy chica y Raquel no se tapó la cara con los brazos.

—¡De ustedes, es de ustedes!

Les gritaba con la voz más quebrada y muchos del público avanzaban, se acercaban a Raquel cada vez más, la amenazaban. Raquel no sabía qué tenía que hacer: seguir hablando, entregarse a los golpes, escabullirse si podía. No sabía qué le habría ordenado el bastardo; trataba de imaginar, pero los vulgos avanzaban. Le gritaban más rabia: estaban fervorosos.

—Sin siquiera esperar que haya otro tiempo.

—Vieja vicuña, nadie quiere sufrir más y más largo.

—Otra que nos quiere vender una pomada.

—La agarra Padre mañana, a usted, y la deshace.

Dos o tres gritaban para defenderla pero bajo. Todo lo que había en la plaza se había amontonado alrededor pero no se hablaban entre ellos y por un momento se callaron. La miraban: tenía que decir algo.

—¡De ustedes es, digo, de ustedes!

Les seguía gritando y unos pocos entrecerraron ojos, arrugaron la frente para entender mejor. Oyó otra vez el murmullo y decidió que tenía razón y no había más salida: le dio pena pero ya lo sabía. Pensó que no habría sido tan difícil decírselo al bastardo: sin palabras él habría entendido y ella lo habría entendido sin palabras: nunca más. Pensó que ojalá existiera la Larga. Supo que no sabía: de verdad no sabía.



Sabía que estaban por matarla y tenía que hacer como si fuera una sorpresa. Alguien siempre sabe lo que finge ignorar e incluso lo que ignora: la vida es el trabajo cada vez más sinuoso de cuidar la ignorancia. Era simple: no se preguntó cómo iban a hacerse las cosas que ella podría haber hecho. Quién las iba a hacer, cómo serían. Fue débil: esperó que no fueran justo iguales. Era simple: estaban por matarla. Tenía que hacer algo mientras tanto. Tiró la tela lila al piso para quedarse bien desnuda; abrió los brazos.

—¿Quién es el padre para tener lo que todos queremos, digo: lo que siempre queremos?

Tenía abiertos los brazos muy flacos, abierto el pelo zanahoria, las piernas descomunales tenía tan abiertas y gritaba. Ya era tarde para ninguna simpatía pero esperaba entender algo.

—¡Siempre queremos aunque no lo sepamos, mujeres, digo: aunque no lo sepamos! Hombres: siempre queremos, digo: ¿quién es el padre?

La boca tan redonda se le descoyuntaba. Un momento había parado los murmullos, las manos que se alzaron, las miradas. Un momento había detenido el tiempo como un río de mi padre Ernesto: sonaba nada más su voz en sobreagudo. Le dolió en la nuca que fuera así de corto: justo entonces. El soldado llegó con otros cuatro y el consejero de Vulgos y no supieron casi nada. Oyeron una voz sobreaguda que preguntaba quién era el padre y vieron cómo todos se abrían, se cubrían con las manos: suponían. Tantas veces mi padre Ernesto, sus consejeros, otros padres después se preguntaron qué habría pasado si Raquel hubiese terminado sus palabras. ¿Cómo habría hecho para irse de la plaza? ¿Para decir esto es lo que tenía para decirles hasta pronto? ¿Para mirarse las manos y ver que no tenía nada en las manos, el cuerpo y soportar el mismo cuerpo? ¿Para salir caminando y mirar las miradas desconfiadas o tontas, hostiles o desinteresadas de tantos vulgos y el desprecio de las mujeres y el entusiasmo de tan pocas? ¿Adónde habría ido? ¿Dónde habría buscado al bastardo para explicarle que había explicado todo y todos le gritaron y dos o tres vulgos parecían haber entendido y que no sabía qué hacer más? ¿Cuánto habrían tardado todos en olvidar esas bellas que no eran bellas y esa idea emborronada de la Larga y qué habría tenido que hacer Juanca, dónde, qué pronto habría terminado Juanca? No terminó, Raquel, sus palabras.

—¡Siempre queremos aunque no...!

Raquel no terminó sus palabras. Tenía los brazos abiertos, los pelos zanahoria, las piernas como troncos y la flecha de la cerbatana mecánica de un soldado temblándole en el ojo: caía sin alharacas. El soldado tenía la mecánica en la mano; los vulgos se daban vuelta para empezar a correr hacia otra parte; el consejero encogía el cuello y la cara como quien oye estruendos; un gallinazo picoteaba una cáscara en el suelo; Raquel llegó a ver algo con un solo ojo y le faltó el tiempo de saber qué era. Cerca, un chico abría los brazos para atajar algo. Raquel tenía un pie en el aire y el otro todavía en el suelo, las nalgas de su barro untuoso corridas hacia un lado, el cuerpo

arqueado para atrás como un cuerno de cabra: los pelos sacudidos en una aureola alrededor de la cabeza. Después fue el movimiento: se caía. Después, poquita cosa.

Todos examinaron tanto, mucho tiempo, la muerte de Raquel. Los rebeldes largos la usaban de ejemplo cuando discutían si era mejor entregarse, matarse, lograr que los mataran, huir lo más posible. Cada cual sacaba de lo mismo sus conclusiones diferentes. Esa noche quedaban vivas seis mujeres y la Nena. Por una supo el bastardo la muerte y que muchos lo buscaban: buscaban a ese jefe Juanca para que les dijera cómo ganar la Larga. Juanca pensó que en cada calle había alguien esperando que él le dijera cómo morir enseguida, tan fácil, cómo hacerse matar, cómo terminar con el cuello deshecho o la flecha en el ojo antes de entender qué era la Larga o de ganarla; la idea le dio un escalofrío que también podía ser de gusto.

Juanca ya había previsto ir esa noche al cuartito de adobe para que Raquel le contara qué había pasado en la plaza del Mercado, así que fue al cuartito de adobe. Lo mejor y lo peor que tuvo Juanca para la revuelta de la Larga es que cambiaba de idea bastante poco. Por la calle se cruzaba con vulgos que miraban todas las caras demasiado. En el cuartito, la Nena estaba desnuda, sentada en un rincón, contra la pared, la cabeza entre las rodillas: encogidita. También sabía que Raquel ya debía estar de fuego y no contestó cuando el bastardo le acarició los pelos verdes.

No era de hablar: la Nena no pataleó cuando el bastardo la alzó en brazos y se la llevó sobre las pieles de Raquel. Se la acostó encima y le acariciaba más los pelos verdes; ella estaba de espaldas sobre Juanca tan largo: chata, de espaldas, lloriqueaba poco, no se movía nada. Las nalgas muy oscuras se le aplastaban sobre la panza del bastardo. No eran barrosas: todavía se las palpaba duras, demasiado agarradas. No tenía en el cuerpo ningún pelo. La Nena siempre olía como una lastimadura a punto de hacer cáscara: ni de adentro ni de afuera, justo cuando la sangre pierde el gusto dulce.

El bastardo aspiró para oler y suspiró y pensó que tenía que controlar su almendrita y unos pelos que le cosquilleaban en sus brazos; la Nena se revolvió y quedó de costado sobre el pecho tan largo, los pelos sobre la cara del bastardo, los olores de sus pelos sobre la cara del bastardo y las piernas dobladas: sus pies rozando la almendrita. Juanca abrió la boca para hablar de Raquel pero no llegó a oír sus palabras: no pudo decirlas. Estaba oscuro; en el techo de plástico se confundían reflejos tornasol y había ruidos afuera de vicuñas en celo con mujeres gritonas. Los pies agarraban entre ambos la almendrita; el bastardo tenía el cuerpo entero boca arriba, chato, sus palmas de las manos para abajo sobre las pieles de Raquel. El bastardo miraba los reflejos y trataba de pensar en la Larga. La Nena se sentó en la panza del bastardo, las piernas para adelante, no muy dobladas. Juanca le veía la espalda con los pelos verdes; ella le agarraba con dos dedos la piel de la almendrita y la giraba como un trompo. Vulgos tan vulgos sí podían mamar, porque estaban afuera. La Nena le agarraba con los dos labios la almendrita y le giraba la lengua

como un trompo. Después paraba, se la olía, se relamía y volvía a agarrarla con los labios. Le revoleaba sobre la panza las nalgas muy oscuras. El bastardo cerró los ojos: todo lo que veía era el ariete doble de las nalgas partidas por las sombras del ojete que saltaba y saltaba. Después los abrió, se dio por enterado, se movió: con su dedo tan largo le toqueteaba el colon, con el ombligo salido le fregaba la válvula saltona: rosada, gordinflota. Juanca abrió la boca para decir algo y se encontró con un pie de la Nena que la llenaba toda.<sup>[14]</sup>

Al otro día Juanca no quiso salir del cuartito. El sol le decoraba el techo de plástico con manchas y fisuras y calentaba bien: los bichos se ponían perezosos. La Nena nunca hablaba; le consiguió dos cuencos de sopa de carancho y le velaba el sueño: a veces se lo interrumpía. Se fornicaban sin decirlo y después el bastardo se quedaba mirando el plástico y escuchaba palabras de la calle o no las escuchaba. Parecía que las escuchaba cuando daba vuelta la cabeza o la hundía en las nalgas oscuritas, tan agarradas todavía. El olor lo aliviaba. Las caras y los cuerpos de los jóvenes son tan lisos: son un azar y callan. Después van diciendo sus cosas, escribiendo sus cosas en sí mismos: en signos débiles los fuertes, que no se dejan surcar tanto, en más fuertes los débiles, que se dejan trazar la cara y cuerpo con sus cosas. El cuerpo y cara de la Nena estaba en blanco. Lo aliviaba olerla porque su olor sí hablaba de sus cosas.

En las calles y la plaza del Mercado, la Ciudad estaba alborotada de razones. Tantos querían saber más sobre la Larga: se preguntaban unos a los otros y encontraban que nadie sabía nada.

—No estaban así de erradas, ni locas, las mujeres. Parecían bobadas pero quizá no era. Digo: no era una bella ni estaban tan erradas.

Decía uno cualquiera; tantos lo decían.

—Claro, si el mismo consejero fue a ver que la mataran. Por algo fue si la mataron, digo, quiere decir que estaba bien lo que decía.

Le contestaba cualquier otro, y si no otro.

—Claro, digo: si no tenía razón por nada nadie la mataba. Por nada la Casa nunca la mataba. Digo: tenía sus razones, habrá que ver qué vida es esa, larga.

El bastardo se quedaba en el cuarto. Cuarta del tercer día, cuando ya caía el sol, la Nena llegó de la calle con un maíz para la sopa y muchos de los pelos verdes que ya casi marrones. Había empezado a usar la tela que tenía, roja sandía, un poco rota, alrededor del cuello y le caía sobre el cuerpito en lambetazos: como Raquel cuando le estaba por llegar su flecha. Nadie se daba cuenta todavía: faltaba tiempo para que la tela a lambetazos fuera deber y moda. La Nena pensaba que tenía que hacerse cargo de las cosas porque era tan chica que nadie lo esperaba: no le costaba nada. La Nena solía pensar en esas cosas y era sorpresa: nadie lo esperaba. Miró al bastardo que estaba muy largo sobre las pieles de Raquel, de costado, mirando dos o tres bichos que fornicaban en la pared de adobe y por fin habló con esa voz insospechada de tan grave:

—Me dijo una de las viejas, digo: Sara, que ellas precisan verlo, digo, a usted.

Uno de los bichos no fornicaba y Juanca estaba muy intrigado por saber qué hacía. Movía las patas con espasmo y chocaba sus pinzas en un ruidito que Juanca podía oír, si se esforzaba. El bicho no debía estar ahí para intrigarlo, pero nunca es seguro. La Nena le repitió que las viejas que quedaban lo estaban buscando y lo querían ver para que les dijera qué hacer con tantas preguntas, con el interés. Juanca se levantó de las pieles y le dijo que agarrara la cuchilla y le cortara el pelo: que se iban.<sup>[15]</sup>

Raparse pudo ser un gesto de soberbia: sin pelo, sin trenza, estaba distinto de su cara que nadie conocía y demasiado parecido a las caras de algún Padre que todos. Los padres que no se hacen construcciones de pelos tratan de raparse para mostrar que su importancia no es el pelo y Juanca se quedó parecido. Con un peinado casi de Padre muchos se parecen a un Padre:<sup>[16]</sup> quizá quería que lo reconocieran. Pero eligió esa noche que había casi nadie en la calle y salir de la Ciudad por la puerta del Norte, detrás del barrio fino, que cuidan menos. Después podía tomar el camino del norte y seguir a las tierras de barbudos: para quedarse ahí y hacerse olvidar, o lo que fuera, quién lo sabe.

No está claro si el soldado lo reconoció a él o a la Nena. O a los dos, porque uno suponía a la otra y otra así. El cielo estaba muy oscuro pero en la garita del soldado y en las paredes de la puerta picos de gas daban luz sin colores: poca monta. Ya estaban casi afuera cuando vio que el soldado cerraba los ojos, sacudía la cabeza y murmuraba mujer. Después los abrió, se sonrió y lo apuntó con su mecánica: le dijo que si se movía le ensartaba un ojo y el bastardo estuvo tentado de moverse: no mucho, un poquito, no para parecer que se escapaba sino lo suficiente para que el soldado tuviera que cumplirle. Pensó que si el soldado lo mataba ya no iba a tener que preocuparse por conquistar la Larga. Que si lo mataba, al día siguiente toda Calchaqui iba a salir a la plaza a conquistar la Larga. Que si lo mataba quizá nadie nunca supiera a quién habían matado y se olvidaran. Que si lo mataba se le iba todo el miedo. Que si lo mataba mi padre Ernesto iba a tener una alegría demasiada. Que si lo mataba después iba a tener que matar también a la Nena, así que por la Nena no había que preocuparse. Que si lo mataba iba a saber sobre Raquel. Que si lo mataba no iba a saber nada. Que si lo mataba nunca más iba a tener las cosquillas de los verdes de la Nena en la almendrita. Que si lo mataba quizá supiera la verdad sobre la Larga: que era la única forma de saber la verdad sobre la Larga. Pensó que era repugnante no pensar nada que fuera más de él. Pensó que la lista no se terminaba:<sup>[17]</sup> que era tan larga que no era nada y no la soportó y se le hinchó la vejiga y dio un paso fuerte hacia adelante; el soldado se corrió de un salto y de otro salto se le tiró encima.

El soldado tiró la cerbatana lejos, para evitar un accidente, y rodó por el suelo de piedras de la puerta del Norte con el bastardo agarrado por el cuello. Juanca hizo que se rendía, se dio vuelta para quedar culo parriba y el soldado le ató las manos; Juanca

habría podido resistirse y hasta salir corriendo, pero no pudo porque no lo intentaba. Entonces el bastardo no era majestuoso. En realidad, era bonito: una vulgo muy flaca, apenas nada entre piel y sus huesos, demasiado joven, que se prueba maneras de ajustarse la tela para disimular un poco algunas puntas y al final lo consigue, se da los toques en el pelo, se atraviesa los aros y se sonríe en el espejo antes de salir a buscar el pistón de esa noche: esperanzada. Sabiendo que no lo va a encontrar. Así, disimulando un poco lo que también era, sabiendo que está al borde del derrumbe, así, en manos del soldado, atado, dado, creyendo todavía en algo que no estaba: Juanca.

La Nena los miraba con asombro o desprecio; tampoco intentó nada. El soldado se levantó y le dijo a Juanca que se levantara y lo llevó con la Nena a la garita. La garita tenía un primer cuartito con ventanas y otro atrás, cerrado, donde dormían a veces los soldados. No había nadie. El soldado tiró a Juanca y a la Nena en el suelo de tierra del cuartito de atrás, se escupió las dos manos, se restregó las manos y cerró bien la puerta.

El soldado Jaime era casi tan alto como Juanca, la piel clara. Tenía sangre de los antiguos: los antiguos son más blancos, más altos: repartidos. Tienen el cuerpo como desperdigado y por eso se les escapa la color. Jaime venía de la familia del último sacerdote del dios mayor de los antiguos: por eso podía ser soldado.

Cuando llegó mi padre Alberto, mi primer padre, los antiguos pobladores tenían muchos dioses: el jefe de sus dioses era el Perro, porque su fuerza era sinuosa. Los antiguos solían llamarlo el Gran Perro: era un chucho, un perrito sentado sobre sus nalgas con la lengua afuera y una pata levantada, como el que saluda. Parece que había imágenes del perrito acostado en su lomo, con las patas al aire, esperando retozón que una mano del cielo le rascara la panza. Era un perro de pelos largos, blanquipardo como nuestros pastores, hocico alargado sin ser en punta y las patas retacas: fortachonas. Por supuesto que no le ponían collar ni otras manufacturas; en muchas imágenes tenía sus uñas muy largas y se le empezaban a enrular, como si ninguna erosión las consumiera. Los antiguos decían que el Gran Perro había creado a los hombres pero no le prestaban poderes especiales: ni siquiera la fuerza de dirigir los hechos; hablaban siempre de que era generoso.

Los antiguos decían que todos los dioses, y también muchos suyos, se parecían en la tonta vanidad. Que todos querían que sus criaturas les dieran respeto y sumisión y para eso las hicieron inferiores a ellos mismos: por mezquinos. Que están llenos de impotencia y soberbia, engendros infelices, y que crearon a unas criaturas todavía más pánfilas para tener a quién mandar: para ejercer su tonta fuerza fofa. Decían que son amargos, un poco rencorosos: que lo único que tienen es esa fuerza con que mandan a los pánfilos; que son una parva de resentidos que crearon pueblos como quien compra un vicuña, como quien le pega: cobardía gomosa.

Y decían, con sentido, que quizá los dioses son así<sup>[18]</sup> porque nadie piensa en la

felicidad de un dios; en tantas otras cosas piensan: su fuerza, sus peleas, sus raptos y sus fornicaciones, sus amenazas y regalos, la forma de sus ojos, los atributos de su rayo, el territorio que dominan: felicidad nunca aparece.

Los antiguos pobladores tenían este dios Gran Perro, que era generoso. El Perro había encontrado su felicidad en crear criaturas que lo superaban: más perfectas y acabadas que sí mismo.

No era fácil. Al principio, el Perro era un dios de tantos, no tenía grandes dotes y en cualquier caso no es fácil inventar algo mejor que sí. Yo lo sé. Los antiguos contaban que el Perro ensayó; no le salía. Hasta que decidió dar un paso intermedio: en una sola noche creó a dieciséis agentes que se despertaron con el sol con una idea confusa de su rango. Eran dieciséis perros que se veían como hombres, cada uno a sí mismo y no a los otros. Todos eran perros pero cada uno se veía como un hombre, que todavía no se sabía bien qué era porque no estaba creado, decían los antiguos. Cada uno veía quince perros y sí mismo, un ente complicado que andaba en sus dos patas y hablaba con palabras, usaba telas y comía con las manos. Cada uno se veía único y fue el gran caos. Cada uno trataba a los demás como perros inferiores: hubo luchas. Todos trataban de humillarse. Durante cuatro estaciones hubo luchas. Una tarde uno, el héroe, de tanto imaginarse se volvió eso que imaginaba ser, contaban los antiguos: se paró en dos patas y habló de verdad con las palabras y los otros quince fueron perros y le obedecieron. Cuando el héroe tuvo cría le nacieron hombres.

Los antiguos contaban que Jorzalo anunció al Perro. Jorzalo fue uno de sus primeros jefes; los reunió una vez en una plaza que tenían, en Calchaqui, donde hacían mucho ruido con esas caracolas. Ese día, dicen, todo estaba mojado. Los antiguos creían que había llovido noventa y nueve días: eran tiempos tan pobres que quizá pasaban esas cosas y, de todas formas, había dejado de llover la noche antes. Cuentan que la plaza estaba muy completa y que las caracolas dejaron el murmullo para imitar al trueno; que entonces apareció Jorzalo vestido de perro, rodeado de cuatro veces cuatro grandes perros, cubierto con una capa de pelos blanquipardos y desnudo. Los perros le saltaban junto, le movían la cola, le ladraban bailando, y al mismo tiempo desembocaron en la plaza desde los rincones manadas y manadas de perros blanquipardos: a mezclarse. Jorzalo, rodeado de los suyos, detrás de la madera de su máscara de perro, daba ladridos casi aullidos y le contestaban bien los suyos. Los otros, en la plaza, también le contestaban. Cuentan que todos los perros se juntaron en el aullido con Jorzalo, que estaba en cuatro patas. Cuentan que los aullidos eran más que los truenos y que Jorzalo, a cuatro patas, lamía la entrepierna de una perra o perro; desde los lados de la plaza unas mangueras tiraban humo con olores. Quizás el humo los guiaba: esos humos de antiguos. Todos se fueron decidiendo a cuatro patas: los perros se les mezclaban y se mezclaban ellos con los perros, aullaban, saltoneaban. Los olían, lamían, buscaban los lamidos. Se refregaban mucho. Cuentan que el ruido era fastuoso y que los más fornidos de los blanquipardos elegían a las mujeres más carnosas y los demás lo que podían: chicos,

hombres y mujeres se fornicaban como perros, perros se fornicaban como perros, perros y mujeres, hombres y perros, dioses y dioses se fornicaban como perros: sin dejar de aullar.

Todos aullaban, muchos tenían cosquillas. Una mujer con dos perritos bebés babosos colgando de sus mamas se reía como quien se encuentra de verdad a un dios que fuera verdadero; un hombre joven buscaba perros chicos desdentados para ensartarlos por la boca antes de revolverlos muy alto para arriba; cuatro perros enormes rodeaban a una mujer muy gorda, majestuosa, extraña para antigua, que trataba de abrazar a uno que se escapaba mientras alguno de los otros tres se le tiraba encima con su pistón de perro violeta por lo grande; un hombre corría con una perra tremebunda en brazos porque se la quería llevar a su casa para siempre y ocho perros le saltaban al cuello para impedirle cualquier cosa: después lo masticaban apurados para seguir los coitos. En una esquina de la plaza, cuatro o cinco chicos muy flaquitos comían carne fresca de quién sabe. Lo que impresionaba en la plaza era el aullido; también había desenfreno, pero más que nada había fornicación y lambetazos: de amor y con los dioses.

Volvió la lluvia. Esa tarde, Jorzalo recorrió la Ciudad que estaba ausente, brumosa, como después de un error o de un triunfo. La ciudad de los antiguos era desperdigada: estaba en todas partes y en ninguna. Cuentan que gritaba a cada casa, delante de cada casa: «No se arrodillaron ante el dios, queridos chicos, sino como el dios, con el dios. Ya fueron como el dios y siempre fueron hombres: ahora pueden elegir lo que prefieren.» El culto del Perro no era altisonante: había estatuitas y cariño pero el Perro no exigía ningún respeto y permitía que los perros de carne, sus imágenes, hicieran de servidores humildes de los hombres. Cuentan los antiguos que era porque al bello espíritu del Perro le alcanzaba con ver la gloria de su criatura, como el contrahecho que da un hijo redondo y se pasa la vida a la sombra de este hijo, viviendo en él, olvidando sus ángulos en las curvas perfectas: le alcanza con que el hijo de tanto en tanto lo recuerde. Pero yo creo que el Perro, de verdad, se divertía viendo cómo sus criaturas orgullosas tenían que humillarse al necesitar a esas pobres maquinitas, los perros de carne.<sup>[19]</sup>

Mi padre Alberto, cuando entró, se olvidó mucho de todos esos dioses. Mi padre Alberto venía de otra parte:<sup>[20]</sup> pasaba y algún antiguo fue a pedirle que se hiciera cargo. Muchos no. Tuvo que hacer un sitio: durante días rodeó la Ciudad para sacarle el agua y adentro los antiguos, que estaban en el caos de los escondidos y los jefes de dieciséis días, sufrían de la sed. Tenían la sed pero no se rendían: parece que un escondido se había hecho jefe y decía todo el tiempo que mejor que se rindieran se morían. En las calles y la plaza lo aclamaban, lo vitoreaban tanto; después les daba miedo, fastidio y refunfuñaban en sus casas: más que nada los que no tenían qué defender con tanta polvareda.

Mi padre se cansaba pero estaba tranquilo: mal, los de adentro. Los de adentro protestaban sordo: los antiguos eran como son los vulgos, que ninguno se atreve a

mostrarse muy distinto, y en esos días todos hablaban de aguantar aunque nadie quisiera. No tenían agua, pasaban la sed, empezaban a sufrir del hambre y de la música y seguían hablando y gritando en la plaza. Se comieron los perros. Hicieron la pelea de la música. A veces salían hasta la muralla chiquita que tenían y le tiraban a los de mi padre proyectiles: era bastante poco. Uno les explicó que tenían que consumirse mucho: trataban de morir flaquísimos para que menos se muriera<sup>[21]</sup> y la victoria de sus enemigos fuera menos. La música los tenía desastrados. Desesperaban, hablaban menos y empezaron a comerse unos a otros con mucho orden, según reglas completas: nunca en familia. Entonces apareció un Jaime, que se llamaba Haymo. A este Jaime le inventaron cien vidas: que era el jefe de dieciséis días del momento, que era pastor de chanchos, que tenía tantas mujeres, que había descubierto un perfume de tierra, que se habían muerto de hambre sus dos hijos, que no era rico, que era bajito para antiguo, que era un jefe escondido prominente, que lo hizo por despecho, que al saltar la muralla se rompió una pierna.

Se las pueden seguir inventando: cuando salió de la Ciudad estaba muy oscuro. Un soldado de mi padre le cayó encima: se manotearon y aquel Jaime pudo decirle que no lo matara porque tenía algo importante que decirle. Cuando lo llevaron a ver a mi padre no negoció nada.

—No tengo negocios que decirte. Sólo que si no te pones cruel de más todos te van a querer tanto.

Los antiguos hablaban muy raro y no tenían más que una lengua: esa. Mi padre lo escuchaba en cuclillas, calentándose las manos en un fuego de leña. A Jaime lo agarraban entre cuatro.

—Por el oeste, por donde empiezan las colinas del oeste nada se vigila. Entren por ahí y acaben con el hambre y sean felices. A mí pueden hacerme lo que quieran. También soy un traidor: van a tardar en entenderme.

Los antiguos se conformaban casi siempre.

—Pero van a entenderme.

Mi padre Alberto preparó la entrada para el día siguiente. Pasó por el lugar que le había dicho Jaime con todos sus soldados muy temprano: llevaban a Jaime atado, agarrado, adelante, para que le llegara lo que fuera. En las calles de la Ciudad no se armó resistencia. Antiguos harapientos miraban a los hombres de mi padre y miraban con ojos muy extraños a Jaime, adelante. Al principio Jaime no los miraba y miraba hacia abajo; después alguien le dijo gracias y él levantó la cara, puso los ojos desafiantes y le voló un pedrazo que le deshizo la cabeza. Los soldados que lo agarraban lo tiraron ahí mismo y siguieron caminando, pero no lo patearon.

Mi padre Alberto se quedó y no volvió al salar. Se instaló en la Casa, con la fuerza en la Ciudad y las Tierras, y se olvidó bastante de todos esos dioses. Antiguos se habían muerto, por el hambre y aquellas molestias; otros se fueron a los campos, las minas, las montañas y unos pocos se mezclaron con los nuestros más pobres. Después de tres generaciones muchos antiguos se llamaban Jaime. La Casa de



entonces creía que era una sumisión a Padres y aplaudía: muchos ponían el nombre como un homenaje, porque Jaime había tomado una decisión muy difícil y la había cumplido: con el nombre querían darle a sus hijos la firmeza de carácter. Otros porque odiaban a los escondidos y Jaime había ayudado a terminar con ellos; otros porque querían hacerse gratos a la Casa, de veras, y otros disfrutaban del escándalo de ponerle Jaime, que era cada vez menos. Después mi padre Andrés, un aburrido,<sup>[22]</sup> nunca sabía muy bien qué decretar: tanteaba. En su tiempo había decretado que todo volvía veces y más veces; una vez decidió que los nuestros tenían que llamarse muchos Jaime para ser de nuevo el momento del triunfo. También dijo que así se repetía la unión de los nuestros con antiguos. Eran zalamerías. Los Jaime, y el soldado Jaime, cargan en su nombre tantas cosas.<sup>[23]</sup>

El bastardo está tirado en el suelo de tierra de la pieza del fondo y gruñe o muge. De vez en cuando grita. El sonido tiene cavernas peculiares: una entrada imponente, alta, redonda, sin sutilezas ni salientes, como una voz maciza; después un corredor angosto, erizado de piedras, muy serpiente que llega a una gran cueva con lago de agua verde, donde el sonido rebota y da vueltas y vueltas hasta que encuentra para salir un corredor más angostito todavía, que silbota un momento y se interrumpe, súbito: una pared mohosa.

La Nena, en cambio, calla. El bastardo se levanta para apoyar la espalda en la pared de piedra; de camino, estira la mano para acariciarle los verdes marronados: ella saca la cara. En el cuarto no hay ventanas; en la pared no hay nada, en el suelo no hay nada: es difícil mantener tanta falta. Se abre la puerta y entra Jaime.

—Perdonen. Tenía que saber que no miraba nadie.

El soldado Jaime es casi tan alto como Juanca, la piel clara. Alto pero culibajo, con el torso tan largo. Viene de antiguos pero su familia de sacerdotes del Perro se mezcló con nuestros: por eso puede ser soldado. Tiene la nariz muy filosa, boca chica, ojos grandes redondos y la tela oscura de soldado sobre los hombros desperejados: el derecho más alto. No es malo para apuntar la cerbatana. Jaime no es viejo; quiso ser criador de los cóndores de la Casa pero era muy antiguo para eso. Habla con la voz baja, y corta cada palabra de las otras: habla como si pegara y quisiera aclarar que cada golpe tiene sus razones.

—Disculpen, digo. Tenía que estar seguro de que nadie. Dicen: no hay ojo más seguro que el que sabe no ver.

Juanca lo mira y le parece que tiene que levantarse. Se levanta despacio, cuidadoso, como quien tiene algo en el cuerpo: algo peor que el cuerpo. Cuando termina de levantarse queda un poco más alto que el soldado pero hace un esfuerzo para mirarlo desde abajo. La Nena está acostada, con la panza bien pegada al suelo frío, que le da temblores. Jaime los mira raro: torvo pero blandengue, queriendo creer algo. Siempre entornan los ojos cuando quieren creer algo; si no, los tienen lisos, como si eso fuera la certeza: una falta de arrugas. Jaime otra vez los mira, desde

arriba más bajo, y trata de resultar franco. Juanca piensa que el soldado trata de resultar franco; primero le sonrío y después piensa que deben ser los golpes o el miedo que lo vuelven pánfilo: que se imagina cosas. Preferiría imaginarse otras. Jaime no parece matarlos todavía. Les da dos telas oscuras de soldado que tiene en la mano: que se cubran las cabezas y que salgan. Salen los tres de la garita, a caminar por calles muy sombrías.

En las calles de la Ciudad, de noche, hay poco. Duerme casi nadie, porque se mojaría; animales fornican con gritos y crujidos, algunos hombres, soldados no vigilan; hay veces que no hay nadie. Lejos, una sombra camina detrás de los tres y el bastardo está seguro de que es una custodia. La sombra los sigue un rato; el bastardo disimula que la mira, da vuelta la cabeza como quien se duele de su cuello. Una vieja calienta un guiso sobre un fueguito mustio: espanta perros. Los de la calle tienen los mejores trucos para espantar perros: con gritos, con los ojos, con el recuerdo de otros perros. Los trucos son muy buenos y los perros se quedan. Cuando la sombra desaparece el bastardo se aterra. La Nena está ida: camina, mira los pies del soldado Jaime, abajo, y le cuenta los pasos.

El bastardo no sabe por qué lo llevan a matar a otra parte, por qué no en la garita. Tiene su muerte en la cabeza porque la puso solo: no tuvo aceptación, no una madre que le contara la forma de su muerte. Quizá, también, por eso todo aquello. Sabe que lo llevan a matar pero no se le ocurre nada. Está cansado: ya pensó mucho en su muerte cuando el soldado lo apuntaba. Camina. No se mira los pies. Piensa que es tonto que no piense nada y piensa que quizás el soldado le da ese último paseo para que se lamente de lo que le saca: le muestra cosas como quien va a apagarlas. Otra vez piensa que no quiere volver a pensar en lo que le sacan: el paso a muerto debería ser rápido porque en verdad es rápido: el paso tiene mucho oropel alrededor pero en verdad hay sólo un momentito en que va a estar vivo al principio y al final muerto. Un momentito: piensa que no vale la pena tanto estruendo por ese momentito y después quién sabrá. Piensa que cayó en la trampa: el orden de Calchaqui depende tanto de ese momentito y él pensó que lo bueno era cambiarlo todo. Arrastra más los pies; se da vuelta, busca la sombra. No se da cuenta de que el soldado Jaime le pasó el brazo por el hombro y lo lleva como un padre carnal.

La casa está en una calle apartada del barrio de Antiguos y son dos cuartos de piedra muy vacíos: como la garita. Jaime huele a pesar, pelos de vicuña con un toque de mango para dar madurez, y a Juanca le repugna que use un olor que le resulta falso: piensa que por más que sea antiguo el soldado tendría que oler a confianza o a júbilo. Cuando entran, Jaime les dice que es suya, una casa de su familia que la tiene un poco abandonada y que ahí van a poder estar tranquilos. Entonces cierra los ojos, sacude la cabeza y murmura mujer. Después se ríe.

—Yo sé que usted es el bastardo.

Dice Jaime, en lengua inesperada, y el bastardo no le dice que ya sabía que él sabía, que resultaba claro que él sabía y que prefiere que lo mate sabiendo. Le dice

que su golpe de efecto le parece malo y Jaime levanta más torcido el hombro y lo mira con la cara más franca; le pregunta qué golpe. Después le hace reproches.

—Usted no puede ir por ahí así, digo, así por ahí, de lo más suelto. Tantos tienen su muerte de usted en la cabeza, digo: tantos tan fuertes. Dicen: la fuerza que es de muchos nunca es mucha; pero igual es peligro.

Juanca va a pedirle que abrevie. Jaime es muy feo. Junto a la prestancia pese a todo del bastardo, Jaime es muy feo: la nariz esa filosa le tajea la boca tan chiquita, le hace hablar las palabras como golpes. Es torpe: el hombro se le escapa todo el tiempo. Es feo. Están parados los dos en el medio del cuarto y la Nena ovillada en un rincón: cansada o desprendida. Juanca prefiere que la maten cansada. El soldado se empecina en hablar más.

—Tantos que la quieren y buscan y podrían hacerla, su muerte, digo, y usted, digo, pánfilo por la calle. Eso no es bueno, ni de la Casa puede ser. Tantos los que quieren su muerte y tantos que necesitan que no sea. Dicen: no hay nada más seguro que lo que está llegando.

Dice Jaime, y Juanca sólo piensa en su impaciencia. El paso es un momento, piensa, y no tendría que seguir durando. Jaime habla más y Juanca no lo escucha. Piensa en tirarse contra el arma del soldado y le indigna que le hable tanto a un muerto: que se aproveche así de un muerto.

—Juanca, yo estoy muy dispuesto a servirlo. Yo hasta puedo sacar...

El otro ya no sabe qué decirle. Juanca imagina el truco: sabe que él no lo escucha y busca sorprenderlo, forzarlo a volver para gozarlo. Juanca cierra los ojos y espera el dolor.

—... de la muerte al que nos va a sacar a todos de la muerte, de una vez, digo: Juanca.

Juanca respira y piensa que va a caer en la trampa del otro: le va a contestar, va a volver a estar vivo y entonces el otro va a poder matarlo más en serio. Abre los ojos. Mira a la Nena y lo alivia que duerma: si tiene que hacer algo horrible, vergonzoso, mejor que no lo vea. Los cierra, espera, nada. Después abre otra vez los ojos, abre una sonrisa, no pone voz de desdén cuando pregunta:

—¿Qué dice que me está diciendo?

El soldado tiene algo en la mano: un tazón con agua. Se lo ofrece, el bastardo sonríe y se lo toma de un trago. Ahora todo está claro: el agua era el veneno. Piensa que el mecanismo funcionó y se queda más tranquilo. Ya caerá. Se limpia la boca con la mano.

Jaime le está explicando que lo agarró porque no podía dejarlo andar por ahí porque lo quieren matar muchos. Pero tampoco podía dejarlo ir de la Ciudad porque muchos lo quieren, quiere decir: ahora creen que lo necesitan. Jaime trata de sonreír como si él supiera algo más y le sale una mueca. Entonces no podía dejarlo ir y desaparecer con la Larga; pero ahora él, Juanca, puede estar tranquilo: él, Jaime, lo va a esconder en esa casa lo que sea y ayudarlo. Para eso lo agarró, lo cuidó, lo llevó por

la noche, le dio agua. La Nena se despierta en su rincón; hace pis y se alisa los menos verdes con la mano. Juanca la mira y se pregunta si ella entiende.

El soldado fue el que organizó la pelea por la Larga: por eso todo fue como fue. Si hubiera sido Juanca habría sido otra cosa. El bastardo se quedaba en la casa: dormitaba, casi no fornicaba, comía poco, pensaba. El soldado pasaba cada primera y quinta para las novedades. En unos días tanta gente había empezado a ocuparse de la Larga más que nada.

En Calchaqui se calentó una fiebre: de pronto todos buscaban lo que el día anterior no imaginaban que pudieran querer. Nunca nadie quiere algo tanto como eso que nunca quiso y aparece: algo que resulta la base, el centro, la corona de todo y que nadie buscó por un error que después no consigue entender. O quizá lo habían pensado y creyeron siempre que no podían quererlo. Sabían que no debían. El golpe del bastardo fue darles a creer que podían querer la vida larga, que parecía imposible.

Era un peligro. En cuanto lo supieron en la Casa, Jaime, aquel consejero de la Guerra, el que lo dejó ir, supo que era un peligro. La Ciudad y las Tierras estaban hechas sobre la muerte que era muerte. Nada más esa muerte nos permitió, durante tantos padres, no ser bárbaros como los bárbaros del oeste, o los barbudos, o los perdidos de la llanura que va al mar: ellos al morir creían que tenían otras vidas, y vivían pensando en esas vidas. Nosotros no. Sin la muerte, sin esa decisión ante una muerte que era final de todo, habríamos sido desde el principio como ellos. Pringosos como ellos: caracolitos como ellos. Hojas sin árbol como ellos. Pero no éramos: éramos duros, bien soberbios, nos gustaba. Teníamos, todos tenían, una certeza juntos: la única que tenía cada hombre y mujer es que al morir moría, y eso nos distinguía de los otros. Salvo nosotros, padres, que éramos necesarios y todos el mismo y no podíamos, el resto hacía su vida sabiendo que era única: con el alivio de que fuera única. El esplendor de que cada momento era el que era: saber que todo lo que está se acaba, que nunca más va a ser igual y que seguía, pero seguía en los otros. Los personas, y hasta los vulgos de la Ciudad y las Tierras eran, por eso, más valientes y menos preocupados: sabían que al final los esperaba un trago bien difícil y había que pasarlo para llegar a nada; sabían que cada momento era precioso y se escapaba y era precioso porque se escapaba, pero también sabían que no tenían más cuentas que rendir por lo que hicieran. Sus vidas eran sus vidas, no un remedo o ensayo. Éramos duros, bien soberbios: nos gustaba. Y los demás nos envidiaban porque ellos no podían. La Ciudad y las Tierras era un mundo compacto: lo que nos envidiaba todo el resto. Fue tan esplendoroso y se nos iba: un día fue como si hubiesen estado siempre antes simulando. Jaime, enseguida, el consejero, trató de explicarles a los demás que la vida larga sería disolución para Calchaqui. Mi padre Ernesto, creo, no entendió al principio.

Anegaba la fiebre: vida larga. Nunca la habían querido y de repente la extrañaban tanto. Sufrían, más que nada, casos nimios. De pronto, no soportaban que el mundo

estuviera lleno de cosas menores y banales que seguirían ahí después de ellos. Un incompleto gritaba viendo el sol ponerse porque quería verlo siempre. Mujeres no toleraban que esa fuera la única vez que su primer hijo les dijera por primera vez quiero hacer caca. En el mercado nadie comía gallinazo sin pensar en que también ese sabor podría durar mucho más. El criador besaba un guardia en el tugurio y lamentaba que una cuarta ya no besaría. El traficante de perfumes besaba otra mujer y lamentaba igual. La Larga podía volverse cortesía.

—Si vivo para siempre, siempre así quisiera.

Susurraba un amante. De súbito, la posibilidad de que todo durara, la ilusión de que la Larga era posible hacía que un final les resultara tremebundo. Lo que había sido orgullo parecía, después, resignación insoportable. Estaban sin el rumbo.

—Las noches y las noches de la Larga me pasaría pensando en estas noches.

Una amante tan satisfecha quería recordar ese coito mucho más que una vida. Biógrafas añoraban la perfección de un relato que podrían corregir y corregir. Dos chicos corrían al padre de su madre que corría con su bastón a un chico que le había dicho que tan viejo ya no iba a tener tiempo de conseguir la Larga. Pensaban en la Larga y miraban a los lados para ver si alguien se había dado cuenta. La Casa no tenía que saberlo, aunque todos sabían. Desesperaban en voz baja.

—¿Qué va a ser ahora de nosotros, digo: nosotros, tan cortitos?

Calchaqui estaba lánguida: abundaban suspiros. En voz baja, la Larga era el centro de todas las palabras pero nadie sabía de verdad qué era. Calchaqui estaba desquiciada. O más ordenada que nunca: todo hablaba de la que no podía decirse. Los vendedores del mercado se acostumbraron a decir que les compraran porque igual para qué guardarse los bienes, tan cortitos, y vendían bastante. Lo que no fueran tierras o casas, lo que fuera para usar pronto se puso caro y lo compraban todos. Los soldados no vigilaban por lo mismo y nadie hacía demasiado su trabajo. Las comidas eran glotonas como nunca; chorreaban las cocciones. Nada importaba mucho si todo era tan corto. Después, cuando empezó y terminó la revuelta, muchos recordaron ese principio como la mejor época.

Era falso: gozaban por tristeza, por desesperados, pero así se van haciendo los recuerdos.

Ya hace un rato que Jushila no para de mirarme mientras copia: como quien me pregunta por qué quiero que escriba todo esto. De hecho, está por preguntarme; si no tuviera tanto miedo o ese orgullo de siempre saber lo que me atañe, ya me habría preguntado. No puedo no contarlo. Mi padre Ramón, mi padre, está haciendo su muerte: ya le llega, yo tengo que declarar mi tiempo, y nada se entiende en la Ciudad y las Tierras sin la revuelta del bastardo Juanca. Que seguía encerrado: Jaime cerraba su casa cuando salía y le había prohibido al bastardo que sacara la nariz a la calle: le dijo que lo buscaban demasiados soldados de la Casa. El bastardo tampoco quería. El bastardo estaba chato: apenas si esperaba cada primera y quinta las visitas de Jaime.

El bastardo miraba los bichos. Huevos de araña se rompían en un rincón y la araña madre, gruesa, peluda, que parecía negra y de cerca mostraba sus colores, se acercaba a ver qué había con los huevos. Salían cientos de arañitas blancuzcas, motas de polvo en la luz, y se trepaban por las patas de la madre, la cubrían: se la habían devorado en un momento. Jaime llegó con nada muy complicado de comer: queso de llama y unas nueces chicas. Le dijo que mejor se quedaba en la casa unos días más y que en la Ciudad muchos empezaban a hablar de la Larga en voz alta, a la luz, sin miedo. Juanca le preguntó qué decían y Jaime le contestó vaguedades. La Nena recibía al soldado con sus caras más llenas de promesas y se pavoneaba; cuando trataba de acercarse, Jaime la apartaba sin mirarla casi. La Nena se arqueaba haciendo el puente sobre sus piernas y sus brazos, con la válvula gordeta muy afuera, un hociquito de conejo que olisqueaba: Jaime nada.

Jaime seguía haciendo las guardias de noche en la puerta del Norte y se pasaba los días dando vueltas: hablando y escuchando. Muchos en la ciudad hablaban más todavía de la Larga porque veían que la Casa no los atacaba, con sorpresa. Mi padre Ernesto no se preocupó demasiado durante demasiado tiempo: tardó en sus reacciones. Le había molestado que volvieran las bellas; cuando supo que no eran bellas pensó que la agitación de la Larga era una buena forma de terminar las bellas para siempre: se alivió. Y el consejero de Vulgos que había empezado la historia con la muerte de Raquel creyó que era mejor no agregar complicaciones. El de Guerra hablaba, pero no le hacían caso. Parece raro que al principio no se dieran cuenta de que si la muerte sin camino era la base del orden de Calchaqui, la Larga podía ser lo más tremendo. Los vulgos y algunas personas en la calle o el mercado se sorprendían y buscaban razones: muchos decían que la Casa no actuaba porque la Larga era imposible para todos: Padre estaba tan seguro que no se molestaba en hacer nada. Los rebatían otros que decían que si fuera así no la habrían flechado a Raquel de tal manera y que lo que tenían era más bien miedo: por lo menos, un susto. Nada más sucedían, a veces, exabruptos: un soldado que pisaba sin querer a una vieja dormida que había hablado justo antes de la Larga y le pegaban entre cinco o seis vulgos, o el gesto de un traficante que se entendía torcido. Otras alguien gritaba en el mercado que no podía soportarse tan cortito y se deshacía el cuello sin pedir más nada. Había días en que muchos hablaban demasiado y la desesperación subía. A veces, de pronto, todos los de una casa o parroquianos de un tugurio pensaban que cada uno era el único que al morir moría y los otros ya tenían la Larga: los miraba con odio o con sospecha y se hacían discusiones y peleas. Pero las peleas eran un fuego de magnesio. Se acababan fácil y todos volvían al placer triste de querer nada más que la Larga: el desapego. Sin ser la Larga el resto eran detalles. Calchaqui se cocinaba en desapego.

Por las palabras del soldado empezaron a formarse las juntas. El soldado había pasado días y días haciéndose muy bien el tonto: donde escuchaba algo abría los ojos de sapo y la boquita, se quedaba trabado, tosía y después preguntaba cómo se hacía para tener esa Larga de la que hablaban tanto: quién la daba.

—Padre puede darla, solamente, digo: es suya.

Decía un pintor de telas con grandes movimientos de sus manos en colores y una madre que le estaba comprando le contestaba que entonces nada.

—Padre no lo va dar, para qué la va a dar. Mejor lo mata a Juanca.

—¿Y no será que hay que pedírsela?

Decía Jaime, con la mejor cara de tonto.

—Puede, pero quién sabe cómo, digo: cómo.

Decía el ayudante del pintor de telas. En las discusiones se solían perder las formas y opinaban todos contra todos. También los ayudantes. Después, no mucho después, algunas estaciones, unos empezaron a creer que lo bueno de la Larga era que los hacía a todos iguales: se equivocaron tanto. Pero eso fue más tarde.

—Yo no sé, se me ocurren maneras. Digo: mandarle a Padre tantos gallinazos de regalo que le quede la Casa rebosante, emplumada, o acompañar y aplaudir tanto a sus soldados que no puedan moverse y todo les escape, o...

Jaime decía ideas tontas a propósito; astucia de un antiguo, viene a ser: de un derrotado. Entonces a cualquiera le parecía fácil rebatirlas y lanzaba las propias.

—Le decimos que si no tenemos la Larga nos matamos todos en una bella grande y nos la tiene que dar, digo, para no quedar solo.

—¿Y nos va a creer que sin la Larga nos matamos?

—Padre siempre nos cree, digo: nos cree. Además, las viejas del mercado...

—Y entonces qué, digo, chimango: ¿tendríamos que matarnos?

Se peleaban dos maquinistas y una pocera extremaba el desapego:

—Si no tenemos Larga no perdamos el tiempo tanto tiempo, digo, hablando de estas pamplinas tirifilas. Con tan poquito que tenemos.

Casi todos eran desesperantes: los vulgos saben desesperar mejor que nadie. A veces Jaime se tentaba de decir una astuta, de no parecer tan tonto todo el tiempo pero se arredraba: soldado siempre fue metódico, con su control despierto. Y con las tonterías fueron apareciendo las ideas.

Jaime se llevaba a alguno que le parecía más decidido, más sagaz, más fuerte, a beber a un tugurio y cerraba los ojos, sacudía la cabeza y murmuraba hombre. Entonces se reía y le hablaba de la canción que estaban escuchando. Otra vez se encontraba a otro, lo llevaba al tugurio, cerraba los ojos, sacudía la cabeza y murmuraba hombre. Cuando abría los ojos se reía y le proponía que lo intentaran juntos. Ahí le volvía a hablar como él hablaba: con la voz baja, separando cada palabra para marcar el golpe y con las frases comunes todo el tiempo:

—Dicen: nadie puede conocer lo que ya conoce. Dicen: nada más se olvida lo que antes se supo.

Los iba reclutando, y cada uno de sus reclutas tenía que hacer lo mismo que él: caminar, escuchar, hablar un poco tonto e ir formando grupúsculos: las juntas. No tenían que verse mucho; nada más para casos muy exactos se armaba una red de señales. A los más confiables, poco a poco, les iba diciendo que él sabía dónde estaba

Juanca.

Que miraba los bichos. Otra araña sin tantos pelos había empezado su tela en un rincón sobre sus pieles: acostado, el bastardo la miraba armar y a veces dejaba que su dedo cayera en la trampa de la tela, se pegara a la tela y cuando la araña llegaba corriendo con sus patas lo sacaba: esperaba que la araña le saltara al dedo para ver si se le ocurría aplastarla contra el suelo. No era difícil convertir la araña en una mancha del dedo: no tenía que hacerlo hasta que le importara. Hacía calor, sobre todo las noches. Juanca comía a veces, y otras la Nena le daba en la boca. Jaime le contaba cada vez menos lo que iba sabiendo de las juntas y Juanca ya no le hacía preguntas. A lo sumo, le decía que él ya paseaba por la Larga. Juanca no estaba grandioso. En realidad, era bonito: como la medusa que después de bailar se derrumba en la arena de la playa,<sup>[24]</sup> grumosa, y se refresca en cada ola que la lame esperando la que la lleve de vuelta a las aguas saladas y mantiene, mientras tanto, un remedo de su arco iris de colores: lilas, violáceos, rojos desteñidos. Así, grumoso, tan esperando, desteñido: Juanca.

Las juntas tenían que buscar maneras de llegar a la Larga, pero no sabían cómo. Cada cual intentaba las suyas. El soldado les había dicho que fueran a las cremaciones, en el arrabal del norte, a hacer preguntas tontas. Los que le quedaban al muerto estaban embelesados, en su éxtasis de mirar los colores de los fuegos y el olor envolvente, y un largo con su cara bien pánfila les preguntaba dónde estaría él ahora.

—¿Quién, él? ¿De qué él me cuenta?

—Él, pobrecito, el muerto. ¿Será que se acabó del todo?

—Seguro que del todo, cascarrito. Si no tenemos nada, ni la Larga.

—¿Y adónde iría si una Larga hubiera, se imagina?

Ahí se armaba la charla. El consejero de Vulgos estuvo a punto de ordenar que las cremaciones se hicieran en privado, en lugares remotos, porque se estaban convirtiendo en el lugar donde más se debatía cómo sería la Larga. Después no se animó: las discusiones redoblaron. Los que le quedaban al muerto no se resignaban: empezaban a imaginar cómo sería lo del muerto si la Larga estuviera, qué le estaría pasando ahora con la Larga, si la tuvieran, y les daba tremendo patatús pensar que ellos tendrían que pasar por lo mismo sin la Larga.

Las cremaciones se hicieron tumultuosas: eran de mucha charla, pero había otras formas. Una junta de la puerta del Sur que tenía tres mujeres de su casa, un maquinista menor, un músico de calle y los cuatro panaderos de ahí decidió aumentar la languidez y preparaban panes de maíz con hierbas fuertes: los que los comían quedaban más tristes todavía, suspirantes, y pedían más la Larga. Se creían que la pena era de no tenerla. Una junta de puros traficantes de perfumes decidió meter en los aromas de sus competidores una esencia que haría que esos perfumes se desvanecieran al cabo de momentos; la pérdida del perfume haría que los hombres y mujeres pensarán en el final de una vida sin la Larga, brutal, y además arruinaría a dos o tres enemigos pertinaces. El plan era bueno pero nunca encontraron la esencia



necesaria. Una junta de vendedores de choclos del mercado decidió que mejor era mostrar el lado tentador: cuando el cliente terminaba de comerse el choclo que se había comprado, y le entraba la tristeza del final, le regalaban otro con una sonrisa que nada más podía querer decir:

—Así, cuando la vida se termina, le resulta la Larga.

El comedor se ilusionaba y, como ya estaba ahíto, nunca llegaba a terminar ese segundo choclo. La costumbre de los vendedores de choclos prosperó, y en muchos lugares se servía «a la Larga», con plato de repetición. En esos días, Calchaqui comía con la desesperación de cuando nada alcanza, pero la Larga no avanzaba.

Un maquinista de vicuñas mecánicas introdujo un mecanismo que hacía que la vicuña se parara después de un rato; el jinete se tenía que bajar y desbloquear una palanquita: entonces tenía que pensar que alcanzar la Larga sería tan fácil como desbloquear la palanquita y, si no, quietud de la vicuña. El maquinista de las vicuñas se arruinó en una sola estación y se murió antes de la Larga. Una tejedora dijo que eso le había pasado por trabajar solo, sin su junta. En la suya, toda de mujeres, propuso convencer a mujeres más apetitosas para que convencieran a soldados; cuando tuvieran a muchos harían una gran fiesta y mi padre Ernesto se daría cuenta de que no tenía alternativas. Más que un plan eran ganas: la pelea por la Larga no arrancaba.

La estación del sol había terminado y la cosecha de higos chumbos llegaba con las nubes. La ciudad estaba alborotada de vulgos de las Tierras que llegaban a vender sus frutos y comprar sus telas y máquinas chicas. Los bienes se gastaban más que nunca, con el bullicio del desapego. Mi padre Ernesto seguía buscando salidas leves y encargó, para alegrar, una comida.

No siempre hay comidas: cada tantas estaciones o cuando pasa algo fuerte, Padre ofrece una. En las comidas de mi padre Ernesto, según su tiempo, la comida también fluía como un río que fluyera: no había vuelta atrás ni recovecos ni caprichos. En vez de poner las fuentes y bandejas en trípodes en medio del prado, abajo, detrás del río barroso, para que cada cual comiera, mi padre daba el orden de los platos y no podía haber cambios. Eso solía hacer, pero en esta comida quiso dar una enseñanza, y dio sorpresas.

Según llegaban, los vulgos y personas iban viendo que no veían fuegos ni cuencos ni animales al fuego: no veían comida. En cambio el prado de los arrabales, a la salida de la puerta del Norte, estaba parecido a una sala de la Casa. No que fuera una sala precisa de la Casa; ni Lapachos, ni Sal, ni Sauces ni Cardones: era algo como una sala de la Casa. El sol pegaba, porque ya era segunda, y en el prado sin yuyos había cantidad de almohadones, mesas bajas, estatuas chicas de animales y un arroyito de aguas turbias. Los vulgos y personas se preguntaban dónde estaba la comida. Algunos se recostaron en los almohadones de colores: no eran de plumas sino de una masa apenas muelle. Alguno dijo que era muy brillante la primera comida

de Padre sin comida y alguno le contestó si no sería una venganza o advertencia. Alguno, quizás avisado, trató de hundir la mano en un almohadón y la mano se hundió; sacó un trocito, se comió el trocito. Los almohadones eran de una pasta de maíz un poco horneada, con sabores según sus colores: romero los violetas, nueces los amarillos, grasa de chanco los rosados, pacú los grises; unos blancos, redondos, más grandes tenían gusto de manzana y anís. Los cocineros de la Casa pueden eso y más.

—Cuándo los hayamos comido, digo, cuando los terminemos, ¿dónde vamos a estar?

Preguntó un vulgo joven, muy musculoso pero un poco alto: un instalador de picos de gas. Nadie le contestó, por las bocas tan llenas de esa pasta. Las mesas eran dulces: planchas de nueces, almendras, higos y pistachos unidos con caramelo reluciente. La colocación de los frutos imitaba las vetas de la madera y había, clavada en cada mesa, un hachita para sacar astillas deliciosas.

—Cuando las hayamos comido estaremos lagartos, digo: tan felices.

Le contestó una vieja sin un pelo en la cabeza, imponente, tan reblandecida.

—Tan felices estamos, cuando la terminamos muy lagartos. Una vida se va comiendo a sí, digo: es la manera de acabar su hambre.

Volaban muelas rotas. Los vulgos se disputaban los muebles a manotazos muy disimulados: se sentaban discretos en los rincones, aseguraban con el culo una buena porción para después y trataban de comer la que quedaba al lado de otras nalgas. Como en un juego pavo, muchos daban vueltas sin encontrar lugar para posarse y masticar. Los más extremos se acostaban boca abajo en la orilla del arroyo falso, estiraban el cuello y se dejaban llenar por la corriente: el agua turbia era una cocción suave de semillas de algarroba, un poco amarga, olorosa y no muy alcohólica: marronada.

Había jolgorio con muy pocas palabras. Cuatro músicos tocaban una flauta cada: dos sostenían notas muy largas siempre igual, monótonas, adormideras; las otras dos les contestaban con trinos muy cortados y dispares, de provocar bastante. Entonces las dos primeras les mandaban otra nota de tedio relajado y las otras la respuesta más pipirijaina; al cabo, las cuatro se mezclaban dos y dos: las primeras mantenían su larga pero casi no se oía bajo las idas y venidas, patinazos y saltos de las cantarinas. Después los cuatro músicos se comían las flautas que eran de pasta con gusto a pajaritos y cantaban con tamborines nada más.

«Mordernos  
de a poquito de a muy poco;  
comernos  
cada vez un pedacito:  
nunca vamos, no podemos,  
tan lejos que nuestra boca

no llegue y nos alcance.  
Sí mordernos  
hasta el final final;  
y comernos  
hasta que quede nada:  
entonces entonces por entonces  
boca somos, sólo boca  
para mordernos  
más, para comernos  
más,  
y ni ser boca.»

Quedaba casi nada de almohadones y de las mesas astillitas. Las estatuas de animales eran de cóndor, chimango, lobo, vicuña chica, gallinazo, llama, chanco, ñandú y monos. Estaban tan bien hechas. Cuando el primer vulgo quiso acercarse a una para ver de qué eran y comerlas, sonó un cuerno y todas las estatuas se escaparon de un salto: las estatuas estaban hechas de sus animales, que se perdieron en el campo.

—No dirá que para terminar tenemos que comernos a nosotros, digo: que comernos.

Dijo el instalador musculoso, pánfilo como un vulgo. Los vulgos siempre entienden como mucho los primeros colores de una cosa: no saben quedarse mirando las horas para ver los colores que le van llegando. Eso tiene sus ventajas y muchas desventajas.

—Que al final nos comemos aunque no queramos, dice, digo: si no queremos sobre todo.

Le contestó un persona de la Casa que hacía gala de tener la boca vacía todo el tiempo: no comía. Olía a sumisión: jazmín con un toque de nueces, para darse importancia. Era un administrador de las habitaciones tan menores del cuerno del Norte, magro, lechoso: solamente había entendido los segundos colores y se creía de más. Algunos se peleaban por briznas de almohadón; siempre, en cualquier comida de Padre, sobran masas: esta estaba pensada para la escasez. Entraron nenas, con ese ridículo tan feliz de las nenas, que copian a las viejas acechadas por los hombres y caminan con esos pasos bamboleantes, recargados de carne, y hunden la cabeza entre los hombros como quien se duele del cuello y se rascan con el meñique a la altura del ombligo mamas que no están. Iban tapadas con telas blancas de hombros a rodillas y le repartían a cada uno una piedrita rosa. Muchos las mordían creyendo que era otra comida y volaron más muelas. Eran preciosas: con cada piedrita se podía comprar comida para días, pero no ahí ni entonces: no había manera de tragarlas. Entraron tres acróbatas que se saltaban por encima y debajo con volteretas de ruedas enormes y se revoleaban entre ellos como monos; al cabo de un momento caían como muertos en

el suelo y antes de un parpadeo entraban otros tres acróbatas que se saltaban como monos y se revoleaban enormes como ruedas entre ellos por encima y debajo; al cabo caían como muertos en el suelo y antes de un parpadeo entraban otros tres como monos que por encima y debajo se revoleaban y saltaban ruedas enormes entre ellos y al cabo de un momento caían como muertos en el suelo y entraban otros tres y así otros tres y otros, hasta que nadie notaba casi el momento en que caían y daba que saltaban sin parar: se sucedían, como los vulgos y personas, y no importaba que cada vez fueran otros o los mismos.

—En el bosquecito de sauces detrás de la puerta del Sur, mañana, en plena quinta.

El soldado Jaime no había comido nada. Estaba impresionado: era la primera vez que veía juntos tantos miembros de las juntas, tantos largos: eran muchos y algunos, los jefes de cada junta, los que lo conocían, lo miraron muchas veces pidiéndole algo. La representación tan elegante, turruta, provocadora, tan de Padre de mi padre Ernesto les daba más y más ganas de darle una respuesta. Jaime se paseaba entre los largos que mejor conocía, los jefes de las juntas, y les decía en secreto el dato del encuentro.

—En el bosquecito de sauces detrás de la puerta del Sur, mañana, en plena quinta.

En el prado ni migas. Los acróbatas se habían terminado como casi todo y muchos vulgos y personas se preguntaban por qué no sacaban los estandartes de las cinco esquinas para decir que la comida había terminado, que podían irse. Otros no se preocupaban: habían quedado tirados junto al arroyito, boca arriba, cubiertos por las moscas y orugas, y algunos en la esquina más norte se fornicaban con confusión, de a demasiados, sin saber. Ya nadie se acordaba del hambre y casi todos querían irse. Volvieron los músicos, con tamborines nada más.

«Ya ni mordernos  
de a poquito de a muy poco;  
ni comernos  
cada vez un pedacito:  
cuando la boca se acaba  
no hay mordiscos, cuando  
se acaba se acaba:  
se acabó.»

Ya nadie lo esperaba: mi padre Ernesto llegó entonces. Un Padre sale muy poco de la Casa: no puede hacer por el peligro guerras ni tiene viajes ni visitas y no hay lugar donde un Padre esté mejor que en la Casa, pero tiene que ir hasta el prado cuando da una comida. Mi padre Ernesto llegaba muy tarde. Trajeron la tarima y le pidieron el silencio; lo subieron y se paró para hablar. Mi padre Ernesto era bien de nosotros: bajo y ancho, potente, el pelo negro en edificio complicado y la cara pintada muy poquito: una banda de tela de nuestro azul sobre la panza. Mi padre Ernesto levantó los brazos, inspiró, echó el aire; todos lo miraban y veían el silencio.

Todo quieto. Mi padre iba a explicar lo que todos habían entendido. Mi padre juntó las manos, ladeó la cabeza, se humedeció los labios con la lengua tan roja: entonces sonrió, no abrió la boca, se quedó callado, los miró sonriendo.

Empezaron a matar porque Jaime les dijo. Jaime había reunido a unos veinte jefes de juntas en el bosquecito de los sauces, aquella noche, para decirles que así no la ganaban. Les dijo que Padre los había burlado con razón porque eran tan cortitos y él seguía siendo el dueño de la llave, y que mientras él no la diera no habría Larga: tenían que obligarlo. El soldado era turbio, pizca de repugnante; a un persona de la Casa, o incluso a un vulgo, nunca se le habría cruzado decir que había que obligar a Padre a algo: él lo decía porque venía de antiguos. Y una vez dicho hacerlo era posible.

Discutieron; algunos de los largos no creían que hubiera que matar, porque podían atraerse la muerte demasiado pronto.

—¿Y creen ustedes que por estar acá, ya buscando la Larga, una muerte no podría venirnos? Dicen: si vamos no volvemos. Ya estamos en la muerte, digo, pero la muerte no va a ser un final: por eso estamos.

Les contestó Jaime, y al día siguiente las juntas de la Ciudad se pusieron a matar bastante.

Trataron de matar sobre todo personas: querían que los de alrededor de mi padre Ernesto, viéndose morir, lamentaran más y más no tener la Larga para ir, y presionaran lo posible. Los consejeros y los administradores importantes no eran fáciles, pero siempre estaban sus familias o sus muy amigos. Hubo seis muertes.

Un chico, el primero, fue bien fácil. Temprano se lo sacaron a la madre en el mercado otros dos chicos, más grandes, diciéndole que se iban a jugar un rato: nunca más. Al chico lo ahogaron en leche de vicuña las dos madres de los chicos más grandes, dos poceras: el chico ahogado creyó que le daban la leche y al final pensó que le estaban dando demasiada.

Después, esa misma segunda, buscando al chico, un soldado, amigo de Jaime, disparó como sin querer su cerbatana mecánica con veneno al talón de un soldado compañero: tardó poco. Accidentes así pasaban todo el tiempo y nadie sospechó; los largos suponían que era a propósito pero no podían decir nada, y si era un accidente era fortuna.

También a la segunda tres largos de los arrabales le deshicieron el cuello a un traficante que pasaba en vicuña animal cargada de perfumes: le robaron los frascos, le pusieron a la vicuña los perfumes y mandaron la cabeza del traficante a su casa con ella, en una alforja. El animal supo volverse solo y a la cabeza solamente la mordisqueó un poquito. La mezcla de los olores era cruel.

La tercera los largos panaderos se cargaron a dos: habían cambiado las hierbas habituales por unas que ponen muy furioso, medio loco; dos vendedores de higos chumbos comieron y se pelearon con un vulgo muy musculoso que pasaba cargando

una bolsa; ellos dijeron que era de higos suyos. Eran viejos, escuálidos; insultaron y amenazaron al vulgo hasta que les dio un bolsazo en la cabeza a cada y los dejó para la hoguera: la bolsa tenía piedras.

La más brutal fue la última: el consejero menor de Guerra, a cargo de las máquinas, Joaquín, había salido de la Casa con la imprudencia que usábamos entonces, a ver a una dentista. La Casa tenía sus dentistas, pero él quiso ir a ver otra: decía que esa lo arrullaba y dormía tan bien antes de sacarle el diente que quería. Una hija de la dentista sabía que el consejero Joaquín iba a ir esa tercera, y era larga: avisó. Cuando la dentista terminó de dormirlo entraron tres largos y le saltaron al cuello: la ataron, la amordazaron y se ocuparon de Joaquín dormido: usaron los instrumentos de dentista para sacarle dientes, la nariz y algún hueso de la espalda: le dejaron poco. Durante mucho tiempo discutieron en las juntas si se imponía hacerle tanto. Jose, el que le sacó más los huesos de la espalda y lo mató, era un vulgo muy dulce. Era ollero: hacía las mejores cacerolas de hierro de Calchaqui, ovaladas, de un negro sin vetas, trabajado el metal con unas hierbas que le daban ligazón y aromas. Jose era grande como cuatro vicuñas, fuerte, turulato, torpe en todo salvo con sus pinzas y el martillo. Jose solía decir que buscaba la Larga para quedarse panza arriba comiendo un guiso de pescado en olla y no tener que pelearse con nadie y que por la Larga hacía cualquier cosa. Fue uno de los primeros en morir.

Los papeles aparecieron al día siguiente. Fue un invento del soldado, pero salían firmados Juanca. En diez lugares importantes de Calchaqui, cerca de cada puerta, dos en el mercado, uno en el Mercado de Perfumes, dos cerca de la Casa, largos pegaron en la pared los papeles que explicaban la historia. Los personas y vulgos nunca habían visto esos papeles: se paraban y miraban, y algunos los leían.

Los papeles decían todos lo mismo: que todos ya sabían que la Larga era posible, que nada más Padre tenía que darla pero su comida había sido tan burlona que se veía que no quería y había que pelear para conseguirla. Y que, para empezar, cada tanto iba a haber un Día de la Vida Larga con actos y muertes de vulgos y personas: cada vez que hubiera un Día, todo lo que pasaba en él era por ella. Los papeles estaban escritos con tinta verde, letras grandes y muy dibujadas y siempre terminaban: «Juanca. Nada sin la Larga.»

En las juntas ya no entraba cualquiera. Al principio sí, pero pronto pusieron condiciones. Cuando el soldado decidió que mataran organizó mejor las juntas. Cada junta tenía cinco o seis personas o vulgos, mezclados, y cada miembro de la junta o largo tenía dos o tres ayudantes, que todavía no podían ser largos pero colaboraban en las cosas más fáciles: pegaban los papeles en la calle, conseguían datos como la dentista, buscaban herramientas, componían las canciones. Las juntas se reunían más que nada para hablar de la Larga y las maneras. A veces las reuniones duraban mucho porque les gustaba quedarse entre ellos, donde las trabas del mundo no existían y la Larga era la única regla. Pero otras veces parecía que rabiaban por irse, y no porque tuvieran otras ocupaciones: de tanto verse, los largos sabían de sus compañeros cosas

que nadie debería saber de nadie: el estremecimiento de una mano cuando se oye llegar una patrulla, el aire de distracción que sirve para ofrecerse voluntario justo después de que otra voz se ofrece, un hijo que se enferma el día preciso. Cuando alguno sabía eso de otro trataba de evitarlo y pedía que lo cambiaran de junta, o se volvía su jefe: según cada carácter.

Los largos tenían todas las obligaciones<sup>[25]</sup> y cada junta tenía un jefe, que solía ser el que la había organizado, su pionero: a veces no. Los jefes se juntaban en una de las cinco juntas de jefes: la junta de jefes de las juntas del mercado, la junta de jefes de las juntas de los que viajaban, la junta de jefes de las juntas que tenían mujeres, que era la más grande, la junta de jefes de juntas de los arrabales y las Tierras, y la quinta, que tenía de todo. Cada junta de jefes tenía un jefe, que se reunía en la gran junta con el soldado Jaime, casi todos los días. A veces se mostraban conflictos, porque en una junta de arrabal había mujeres o porque los de las Tierras siempre viajaban, pero Jaime las resolvía sin exceso de dudas. Solía cerrar los ojos, agitar la cabeza, susurrar mujer u hombre, abrir y decidía.

Los largos se mantenían en secreto: nada más decían que eran largos si era muy necesario; si no, eran comunes que querían la Larga: como tantos. Como tantas, las mujeres usaban su tela un poco rota alrededor del cuello y les caía sobre el cuerpo a lambetazos, como Raquel cuando el flechazo: era una seña. Los largos tenían que ser buenos cantores<sup>[26]</sup> y nunca hablar de antes, cuando no eran largos. No que abandonaran sus vidas anteriores, para nada: seguían haciendo sus trabajos y sus hijos y todo lo suyo, y el soldado les insistía mucho para que no cambiaran nada visible porque era más seguro, para camuflarse, pero sabían que era una máscara y que nada anterior les importaba. Un día, cuando tuvieran la fuerza, iban a poder decir a todos que eran largos y olvidarse del detalle del resto.

Por el momento no podían, porque la fuerza todavía estaba en la Casa y los vulgos y personas no hacían suficiente: los largos y los jefes largos y sobre todo Jaime sabían que los vulgos y personas son más bien pavos,<sup>[27]</sup> como sabemos Padres, y pusilánimes y no se arriesgan ni se mezclan y que es cruel depender de ellos para ganar una pelea. Los largos odiaban depender de ellos para ganar la Larga. Los despreciaban con razón. Llegó a haber una junta, la de los traficantes de perfume, que dedicó dos o tres Días de la Larga nada más a matar vulgos pavos, para que se fueran convenciendo de que iban a morir más pronto y les convenía pelear lo necesario por tenerla. Después lo abandonaron porque era un poco inútil.

Sobre todo, los largos tenían que estar dispuestos a cualquier cosa por la Larga. Más que nada a matar y a dar ejemplos. Matar era el sacrificio más grande que les tocaba: después de la discusión, matar a alguno era darle un viaje demasiado feliz.

La discusión no fue en la casita del soldado para que no estuviera Juanca. Juanca ya sabía casi todo de los bichos y la Nena empezó a salir cada cuarta, primero un rato y cada día más: siempre volvía y no volvía cansada. Un día se trajo un juego de

perfumes y empezó a oler a pereza, tierra mojada, con toques de anís para decir que era gozosa: quería decirle a Juanca algo. Jaime llegaba demasiado tarde o no llegaba. A veces el bastardo le hacía preguntas que contestaba parco: casi nunca. Una oruga de cantidad de patas perdía cuatro o cinco de la izquierda en una caída y al rato se caían las cuatro o cinco de la derecha, así podía caminar regulando: el bastardo buscaba orugas y probaba hasta qué cantidad de patas pueden compensar. A veces le decía a la Nena, cuando volvía, lo que quería en la vida y ella pensaba que había entendido todo. Estaba muy bajo y se miraba también la mugre de la piel: le gustaba verse así, le daba fresco. Después, otro día, él le explicaba de nuevo todo y era muy distinto. En veces distintas le explicó que lo único que le importaba era vengarse del usurpador supuesto, vengar a Raquel, entender a los bichos del mundo para poder entender a los barbudos, fornicar con ella, conseguir la Larga para casi todos, asegurar la Larga para él que ya la merecía, que lo recordaran, que los bichos lo entendieran a él, un buen descanso, la fuerza necesaria para levantarse, bañarse y salir a contestar a las preguntas. Todas las quintas, cuando ella volvía, el bastardo le explicaba: casi siempre otras cosas y a veces lo mismo como si nunca se lo hubiera dicho. Quizá trataba de ajustarse al tiempo de mi padre Ernesto, en el que todo avanza y nada es igual a lo que ya fue aunque sea idéntico: nada volvía. La Nena lo escuchaba sin tocarlo y no podía montarlo hasta que se callaba. En la discusión de los jefes no estuvo: fue que no lo invitaron.

Igual decían que estaba la opinión del bastardo: el soldado siempre dijo que decía la opinión del bastardo. Se reunieron una primera, muy temprano, en el depósito de maíz de un traficante largo: el depósito era una sala redonda, muy grande, con verdadero techo de madera para que el maíz no se acalorara, sin ventanas para alejar los cuises. Se iluminaba por unas claraboyas en el techo: no había luz sino rayos. El suelo era de granos: montañitas, remansos, riachos, valles de maíz en granos regados por los rayos. Los jefes de las juntas<sup>[28]</sup> se zambullían, retozaban en los granos como nieve. El soldado también, para no ser distinto, pero no le gustaba.

El soldado era de esos que siempre están dispuestos a saludar primero: son peligrosos cuando mandan. El punto es que el soldado era tan feo y tan antiguo que había tenido que buscarse habilidades. Como criador era perfecto: se entendía con los cóndores mejor que nadie, había pasado temporadas escapado en las montañas buscando sus maneras y los había aprendido, pero cuando fue a ofrecerse a la Casa lo despreciaron por antiguo y no importó que él les gritara que se llamaba Jaime: servidores de siempre. Le ofrecieron soldado y se dio cuenta de que todo era siempre más difícil. La reunión era especial: no como en otros días. Después de tanto, muchas habladurías y rumores, bastantes confusiones, tenían que discutir algunos puntos de la Larga.

Jose, el jefe de la junta de jefes de las juntas de los que viajaban, era un traficante de esencias poderoso, a punto de ser viejo —pero no anciano—, pálido, con los huesos muy marcados y una hinchazón en el cuello muy bruta. Jose olía a la fuerza:



cocción de maíz con un toque de rosas para dar la nostalgia: atemperar. Se vestía con la grosería de su gremio: la tela blanca reluciente y los aros de oro muy pesados sin siquiera piedras: puro oro.

Jose solía abrir las reuniones con la lista del día. Se quedó callado. Los demás esperaban; Jose abría la boca, parecía que hablaba pero no: se quedó callado.

—De la Larga hablamos, sin las dudas.

Dijo Ana. Ana era persona. Olía a confianza: romero con un toque de anta para hacerlo inquietante: era patético. Flaca escuálida, era hija de un consejero de mi padre Antonio, el padre de mi padre Ernesto, el supuesto padre del bastardo; su padre, visto lo visto, la había dejado para biógrafa. Durante toda la infancia fue gordita y parecía que iba a seguir, pero poco antes de aceptada enflaqueció y ya nunca más pudo. Tenía sobre todo los dedos tan flacuchos.

—Ya se hizo tiempo de saber algunas cosas cómo es.

Eran tan ensortijados y flacuchos que empezó a usar cintitas de colores como anillos, para acortarlos, y muchos la imitaron; terminaban en uñas puntiagudas: sus manos eran la obra de una maldad tímida y su cuerpo se le iba pareciendo más y más a las manos. Esperaba que cuando el cuerpo se le completara como manos la maldad se le haría expansiva. Ana era la jefa de la quinta junta, la de todo. Jose la apoyaba: otro Jose.

—Lo dijo Ana, digo: lo dijo muy bien. Es el tiempo hecho de saber quién va a tener la Larga.

Este Jose era el jefe de la junta de jefes de juntas de mujeres. Conocía tanto de mujeres: era un vulgo, pero había sido músico de la escuela de las prostis castas<sup>[29]</sup> por muchas estaciones: les conocía casi todas las mañas y los renuncios más basuras. Había visto durante noches y días las formas y maneras de manejar los pistones de los hombres: miraba mucho y trataba de no entrar en el juego de mirar como un juego, porque quería entender. A veces sí podía. Después se retiró de la escuela y ganó muchos bienes componiendo músicas espaciales para mujeres: inventaba músicas que movían al hombre en el sentido adecuado. En vivo, mejor, o en una máquina, aseguraban que el hombre de turno saliera del soponcio y se agitase en la válvula de la otra como aquel que quiere. Jose se había hecho rico.

—La vamos a tener nosotros, claro, si ganamos, digo: si la ganamos.

Dijo el primer Jose, de los que viajaban, que al principio no había querido hablar. Le brillaban los ojos tan hundidos.

—Y la vamos a ganar porque es para nosotros.

—¿Quién sería nosotros?

Dijo Ana de la quinta, con una deferencia que nunca tenía.

—Nosotros somos nosotros, digo: los que peleamos, los que la vamos a ganar. Los largos, los ayudantes, sus familias. Antes que nadie Jaime y el gran Juanca, digo: antes que nadie, para mostrar caminos.

Dijo el primer Jose. Se acomodó la tela blanca atada en el sobaco, tan de

traficante, se sacudió un grano de maíz y se llevó esa misma mano con dorados al cuello. Se acarició el cuello: la hinchazón le dolía mucho al levantarse y crecía a ojos vistas; el adversario ya era enemigo y no podía durar mucho más. Intentó forzar una sonrisa.

—Pero que sea pronto.

—Pronto no se puede, sin las dudas: se puede vaya a saber cuándo.

Insistió Ana.

—Y cuando sea será, digo: será cuando sea.

La apoyó Raquel. Raquel era la jefa de la junta de jefes de juntas del mercado; Raquel vendía ajíes de los tres colores en el mercado del Este: era muy pobre. Si hubiese tenido dónde, habría tratado de guardar granos para asegurarse una comida, pero tenía nada más su tela verde que había atado al muslo derecho y le caía hasta el pie rodeándole la pierna. Igual jugaba con los granos, le encantaba la cantidad desahogada: levantaba puñados y se bañaba en ellos y movía la cabeza como un animalito que lo rascan. Raquel hablaba vulgo muy vulgo.

—Digo: la torta. Cuando sea será y lo demás pamplinas, digo: hay que pelear para esperar que llegue.

Raquel era muy conocida en el mercado del Este. La habían criado entre todos cuando una vicuña desbocada le deshizo la madre: cual le daba una comida, quien un trapo, muchos le contaban cuentos y la toqueteaban. Raquel sabía todo de todos en el mercado del Este. Por eso sólo ya podría haber sido la jefa de la junta; además, tenía dos piernas muy cortas y macizas, tan rellenas: un conglomerado marrón de todo lo animal, o: dos triángulos casi equiláteros de masa reventona, o: las columnas sobradas en las que nada se asentaba, como un cuadro que se pinta a sí mismo. Todavía era un poco joven pero prometía portentos cuando la carne se le empezara a desparramar más relajada. Jaime la miraba y toqueteaba mucho.

El soldado Jaime, el jefe de la junta de jefes de las juntas de jefes, tosió. Pareció que había querido llamar la atención, pedir silencio, pero era tos sin más propósitos. Todos lo miraron. Los rayos de las claraboyas le alargaban la sombra de la cara: de carancho atacando.<sup>[30]</sup> Los jefes se miraban; eran tan diferentes: a veces se veían con la sorpresa de estar juntos en algo; después se les pasaba. Jaime estaba encorvado e incómodo, picoso por los granos: era demasiado alto y fruncía la cara para cambiar la sombra. Jaime tenía que hablar.

La duda había empezado poco a poco; después, con las muertes y los Días de la Larga y la formación de las juntas y las juntas de jefes, la duda se fue poniendo sólida. Cuando murieron los primeros largos la duda se hizo fuerte. El día anterior, dos soldados asustados creyeron que Joaquín, el jefe de la junta de jefes de las juntas del arrabal y las Tierras, quería atacarlos y lo mataron a golpes. Por eso no fue a la discusión y la junta del arrabal no mandó a nadie: estaban en desbande. Joaquín de arrabal también venía de antiguos y era amigo de Jaime de la aceptación, aunque siempre se celaron bastante. Seguro que la discusión habría sido también sin su

muerte. Había otras: cada vez más personas y vulgos pasaban tanto de su vida y arriesgaban tanto por la Larga: querían saber y preguntaban.

—En simple, veamos, sin las dudas: saber para quién es la Larga, cómo.

Dijo Ana de quinta, que no solía ser simple, y Jaime tenía que hablar y no podía decir nada más frases comunes. Jaime había aprendido a hablar con las frases comunes y decía que así todos lo entendían, pero debía ser para no tener que decir sus palabras propias demasiado. Él sabía que todo era siempre más difícil.

Jaime dijo que tampoco era de él decidir: tenían que verlo. Pero él creía que la vida larga tenía que ser para todos y no quiso decir más. A Raquel del mercado le parecía que no: todos no tenían derecho a conseguir el privilegio pero no sabía cómo se iba a poder elegir a los que sí.

—Quién va a elegirlos, digo, más que nada: a quién le va a caber semejante fuerza repanocha, digo: tanta tanta.

Y además no había por qué darle la Larga a los que trataban de que nadie la tuviera, o a los que se quedaban en su casa esperando: haciéndose los pánfilos, dijo Jose de los viajeros. Y Jose de las mujeres estaba casi de acuerdo:

—Esos son los mucho peores, los que se quedan en la casa, digo. Los que nos pelean por lo menos nos pelean, hacen algo, son más como nosotros. Digo: ¿cómo les vamos a dar la Larga a los que se quedan en su casa?

Jaime aprovechó el acuerdo:

—Claro, le veo, los que se quedan en sus casas nada.

Y Raquel se puso a deslucirlos, con el apoyo unánime: los que se quedaban eran pávidos que no hacían más que lamentarse y eran incapaces de pelear, cobardes o mejor dicho gallinazos y se ahogaban en cocciones y bobadas para olvidarse de que eran tan cortitos: se enredan en comidas que parecen largas, se cuentan tantas veces las mismas historias de sus parientes muertos, van a las representaciones que da la Casa para distraerlos, pasean por el mercado, pierden de tantas maneras su tiempo para olvidar que lo tienen tan poco: son bien cortos.

—A esos no les vamos a dar nada nada, digo, de roca: nada.

Terminó Raquel, con la mano desafiante en la válvula, y casi todos aprobaron.

—¿Les vamos, nosotros les vamos a dar algo?

Se rió Ana. Ana de quinta siempre hacía como quien sobrevuela, distante: le faltaba carne para estar más cerca. Ana los miró con gracia y Jose de mujeres dijo que si los que se quedaban en sus casas sabían que la Larga podía ser para todos nunca más iban a ayudar: se iban a quedar clavados en sus casas, con más razón. Jose de viajeros dijo que eso no era seguro, se sacudió otro grano. La hinchazón le dolía y lo apuraba. Preguntó si la Larga iba a ser retroactiva y Raquel soltó un gritito pánfilo.

—¿Retroqué?

Jaime pensó en cerrar los ojos, sacudir la cabeza, susurrar mujer, abrir y decidir, pero no le pareció apropiado; dijo que no podía saber: también había que verlo. Ana dijo que eso era segundo: primero había que saber para quién era y después para

quién cuándo. Después dijo que si de todas formas era mi padre Ernesto el que podía otorgar la Larga, él tendría que decir para quién era. Se estaba haciendo tarde.

—No, no es lo que él diga, digo, sacachispas: nosotros tenemos que decidir cómo la queremos y pelearlo con eso.

Dijo Raquel, abrazada a sus piernas como golpes.

—Tenemos que pelearlo para que sea como queremos, pimporota, digo: tal como queremos. No me gusta para todos pero si no es para todos, ahí sí que Padre va a meterse mucho, a decidir y decir para quién.

Jaime sonreía cuando la escuchaba. Cuando iba a hablar, Jose de las mujeres le interrumpió el intento. Jose estaba indignado y ni así era distinto de sí mismo: era tan parecido que no era de ninguna forma. Jose era como cualquier vulgo y persona de Calchaqui: bajo, retaco, carón, labios potentes: la diferencia es que los vulgos suelen tener muy poca panza. Siempre más las personas. Esa mañana, fuera de lugar, Jose olía a calentura: azafrán con pescado. Jose dijo que habría que ver quién decidía y cómo pero que la Larga para todos<sup>[31]</sup> era como nada: había que descartarla. Jaime y el otro Jose lo aplaudieron dos golpes; Ana hundió las manos en los granos:

—No queremos. Si hay Larga para todos, sin las dudas, no podríamos matar más enemigos: los estaríamos mandando a un lugar tan querido.

Jaime la miró como si hubiera entendido algo; se encorvó más y removiò la lengua entre los labios. Después dijo que se veía que la Larga no podía ser para todos porque se quedaban sin forma de pelear por la Larga: que en el esfuerzo de hacerla para todos iban a perder la posibilidad de conseguirla para algunos. Pero que no sabía quiénes podrían tenerla y le parecía que cada cual tenía que consultar con sus juntas y pensar; él iba a consultar con Juanca. Era muy tarde, casi segunda. Quedaron en verse al otro día, a la misma hora, en un lugar muy diferente.

Salían de a uno, por si alguien miraba. Jose de viajeros salía penúltimo porque era el más respetable, con tanto oro, y Jaime último porque era el jefe. Primero salió Ana, descuajeringada, y después Raquel. Jose de mujeres miró la hora en su reloj de tubo y trató de salir demasiado enseguida, para seguirla a alguna parte: siempre trataba. El soldado lo retuvo un momento. Cuando Jose se fue, Jose de viajeros no se había parado todavía: seguía sentado sobre los granos blancos.

—Tenemos que decir que es para todos.

Jaime lo miró dos veces: siempre desconfiaba del traficante moribundo. La hinchazón le palpitaba como un sapo. Jaime trató de no mirarla: no podía.

—Si decimos que es para todos no es que no vamos a poder pelearla, digo: lo que vamos es a poder matar tranquilos: sin pesar.

Jose cerró un poco los ojos y se armó una sonrisa monstruosa: la hinchazón ya le estaba deformando la boca. Jaime a veces lo admiraba: lo odiaba, entonces, más.

—No que no vayamos a pelear: matamos a los que sean y tranquilos, digo: sabemos que al final se van a ir a la Larga. Entonces podemos deshacer a cualquiera para conseguirla, sin las dudas: los deshechos van a gozar de ella.

—Entonces todos van a querer que los matemos: ¿para qué sirve, digo, si ellos quieren?

Lo interrumpió el soldado, contento de encontrar una falla.

—No es el problema que quieran o no quieran. Quieren que los matemos, los matamos, pero la Ciudad y las Tierras se quedan sin vértigo, sin tráfico, sin las dudas: muertas. Padre va a ceder, por no quedarse solo, y la tenemos: rápido.

Jose de viajeros lo miraba displicente: a los soldados hay que explicarles todo. Son astutos, saben muy bien organizar, pero no siempre entienden las razones. Creen que entienden:

—Si nos matan no hay pena: sabemos que después viene la Larga, digo, y vamos a poder matar al que queramos, digo: sin una pena. Dicen: el verde es verde porque el rojo es rojo.

—Con la pena toda.

Le contestó Jose, y le siguió explicando.

—Con toda, digo, porque van a ser enemigos a los que demos lo mejor que queremos, digo: que les demos la Larga. Gran sacrificio de los largos va a ser matar sus enemigos: coronarlos.

—Todo esto nada más es cierto si ganamos, digo: si ganamos la Larga. ¿Y si no la ganamos?

Interpuso el soldado.

—Entonces todo esto no vale, digo, entonces: ¿qué importa?

Terminó el moribundo, y consiguió pararse sin el menor quejido.

La reunión del otro día duró un rayo. La primera, apenas se sentaron en el bosquecito de lapachos cerca de la puerta del Norte, al costado del camino del Norte, donde algunos comerciantes paran para descansar sus vicuñas o aceitar las mecánicas antes de entrar a la Ciudad, habló el soldado Jaime.

Jaime no preguntó nada. Desde el principio dijo que había hablado con el bastardo Juanca, mucho, casi toda la quinta, y que él le había dicho que la Larga debía ser para todos: porque eran dueños de un bien demasiado bueno y no podían privar a nadie de él: algunos lo merecían y otros menos, pero cada uno iba a tener una oportunidad. Y que también tenía que ser para todos para que nadie tuviera la fuerza de elegir quién iba y no y para que los largos pudieran matar sus enemigos con la conciencia del sacrificio de mandarlos a un lugar tan bueno: así los mataban como un sacrificio y no se complacían ni se saciaban un rencor. Jose de viajeros lo miraba con ternura y tenía la hinchazón bastante desinchada. Jaime dijo que además Juanca le había dicho que la Larga iba a ser retroactiva pero no para siempre, es decir: que cuando la ganaran, pronto, iban a tenerla todos los vivos, y los muertos hasta los hombres y mujeres que un vivo hubiera visto y conocido. Jose se rió con temblores de su cuello hinchado. Jose de viajeros miraba a Raquel del mercado y aplaudía. A Raquel y Ana se les frunció la cara; Ana de quinta intentó hablar, pero el soldado ya

estaba terminando la reunión.

—Lo que dijo Juanca, digo, Juanca, es sabio.

En esos días, la Ciudad rebotó de papeles que contaban la decisión sobre la Larga: cómo era. Los papeles estaban escritos en tinta azul, un azul demasiado parecido al nuestro, y todos acababan: «La Larga para todos.» La noticia de la Larga para todos, retroactiva, aturulló Calchaqui. Todos creemos que Jose de viajeros lo sabía y que su meta de verdad fue esa: no que la muerte de enemigos fuera un sacrificio de los largos; que la Larga para todos, también los enemigos, dejara a la Larga sin sus enemigos. Era tan astuto. Nadie tenía por qué oponerse a un triunfo que beneficiaba a cada uno: de a poco se fueron dando cuenta y mejoró el revuelo. Pasó menos de una estación y todos entendieron que el único que ganaba con mantener la Larga para él solo era mi padre Ernesto; dos o tres consejeros y otros muy fieles también querían guardarla sólo para él: decían que entregarla sería un precedente muy peligroso para el orden de las cosas. O decían, más bruto, que si la Larga estaba se disolvía Calchaqui. Eran los mártires auténticos: resignaban su entrada a la Larga para mantener los arreglos de la Ciudad y las Tierras.

Juanca y la Nena tenían su comprensión perfecta: la consiguieron por adaptarse a la desidia. Juanca sabía que por la desidia testaruda se llega a cualquier parte, pero no siempre de la manera que uno quiere. A la Nena se le caía el labio cada vez mejor: mucho tiempo había tratado de aprenderlo y después, con las salidas de las cuartas, supo bien cómo hacer. Sabía que se le cayera nada más de un lado, o sin baba o con baba y también destapando los dientitos quebrados: esplendía. La Nena tenía las piernas regordetas pero no en triángulo: más bien sandías morrocotudas con mucha pasta detrás de sus rodillas; el pelo vivo verde. A veces en sus salidas oía hablar de la Larga o de Juanca y se reía porque sabía que estaban hablando de otra cosa. Ella sabía. El bastardo la miraba ratos, cuando volvía, y había aprendido de ella casi tanto como de los bichos. La ponía en cuatro con su ojetito muy saliente, se lo manchaba con sus propios jugos y la toqueteaba o fornicaba un poco: nada fuerte. La Nena sacaba unos ruidos muy bajos, como de grillo recién pisado por esa bota de madera; después se daba vuelta, lo miraba y le daba con los ojos el agradecimiento y el alivio. Juanca volvía a recostarse y veía una Larga con forma de ojete de la Nena, todo el tiempo, y no sabía si no era tremebundo. Juanca estaba escaso; en realidad, era bonito: un charco del tamaño de un pie de vicuña, moderado, en el que se reflejan el cielo, el sol cuando pasa, la luna en su momento y alguna vez la sombra de alguno que camina: ese charco, parco, que solamente se entretiene en el ahogo de algún escarabajo cada tanto; ese charco, chico, tornasolado por la mugre, en el momento en que relampaguea y truena para caer la lluvia que lo va a transformar en casi una laguna; ese charco, que sabe que todo el agua puede venir a formar parte. Así, perplejo, pavo, chato, descanso que sospecha su fuerza pero depende de una lluvia; así, mugriento: Juanca.

La Nena todavía no había vuelto cuando llegó esa quinta Jaime y se paró al

costado del bastardo, que dormía en sus pieles. Iba a cerrar los ojos, sacudir la cabeza, murmurar hombre y abrirlos y se dio cuenta de que no necesitaba. Fue el gran momento: pensó que no necesitaba. Hasta entonces, siempre lo había hecho: cerraba los ojos, sacudía la cabeza y murmuraba hombre o mujer. Cuando los abría, si lo primero que veía, hombre o mujer, era lo mismo que había murmurado, quería decir que la decisión que había pensado era correcta. Si lo que veía era lo otro, tenía que revisarla. Toda su vida eligió así; después, mucho después, le contó a la Nena que él pensaba que todo el que decide termina por llegar a un punto en que verde y ocre se equivalen, o mejor: que no hay mejores razones para uno que para otro. Que siempre lo había pensado y que por eso, cada vez, cerraba los ojos, sacudía la cabeza para despistarse, murmuraba hombre o murmuraba mujer y veía, al abrirlos, qué iba a hacer. Pero que esa quinta le pareció, por una vez, que nada más tenía un camino. Un solo camino. Le contó, mucho tiempo después, que ese fue su momento de grandeza.

El soldado Jaime no murmuró nada y le dio a Juanca pataditas cariñosas en la espalda. El bastardo dormía en sus pieles: se despertó sobresaltado.

—Ya es la hora, digo: el tiempo.

Le dijo Jaime, desde arriba, con los hombros torcidos. Juanca pensó en levantar un poco el cuerpo porque del otro veía sobre todo los tobillos raspados, sucios y después piernas largas, el bulto oscuro y pelos y el pistón, el torso más arriba desperejo y casi nada de la cara: el mentón, el arranque del cuello. Pero le dio pereza. Le preguntó qué tiempo.

—De que vuelva, señor, usted al mundo.

El bastardo pensó que iba a tener que levantarse. Jaime dijo que les iba tan bien que Juanca ya podía salir, que no había peligro: se iba a arrepentir tanto. El bastardo pensó que le faltaba algo y le pidió un último favor: el soldado le dijo que creía que no. La danza duró cuatro días: cada primera, Juanca le pedía el favor a Jaime. Cada quinta Jaime se lo negaba. A Juanca le gustaba pedírselo porque había descubierto que no le costaba: se podía humillar fácil. A Jaime le encantaba negárselo porque no había descubierto nada. Juanca se quedó sobre sus pieles pero no miraba bichos: buscaba formas de la Larga que no le fueran tremebundas. La primera le pedía su favor. Un día imploraba, otro le ordenaba altanero, otro le sugería como quien pasa por astuto: le quedaban por explorar muchas maneras. La quinta del cuarto día, Jaime le dijo que por qué no.

La Nena llegó con mucho hambre y se puso a comer gallinazo del caldero que colgaba sobre el fuego en el rincón: tenía papas marrones y mucho anís; muy pocas nueces. Estaba cansada y afónica y tenía el labio más pendiente que nunca: adorable, se chupeteaba los dedos y se limpiaba las manos en las nalgas: le quedaban rayas de grasa con dibujos simplotes. Lo bueno era el color tornasolado. El soldado Jaime supuso que tenía mucho hambre y empezó a lamerle las rayas y mejorar los dibujos con vacíos; después le lamió los dibujos y comió perros, una casa, varias nubes de lluvia. La Nena masticaba más y soltaba risitas roncadas y gemidos. Jaime acercó el

caldero y le untó con salsa de anís y gallinazo la chatura donde iba a tener mamas. La raspó con la nuez y ella dio un gritito: la válvula se le inflaba bastante. Jaime lamía y se sorprendió de no haberlo hecho antes: nunca antes, se sorprendió, con tantas noches. La salsa se salaba de sudor y raspaba la mugre. El bastardo miraba como si su mirada los estuviera haciendo: las cejas bajas, los ojos apretados. La Larga podía ser esa imagen de ocho patas y brazos que se sacudía con temblores de tero degollado, golpeteaba, hablaba sin palabras y se contradecía. La imagen se revolcaba y se le revoleaban piernas y quejidos y una patada les volcó el caldero. Se quemaron, gritaron. La imagen se contrajo. El pistón del soldado buscaba una salida y encontraba las sombras: el bastardo creyó que con esa podía tapar cualquier imagen tremebunda. El soldado le tapaba la boca a la Nena, le apartaba las cachas y creía que estaba fornicándose al bastardo. Juanca, al final, le agradeció el favor sin decirlo en palabras. Pensó que entonces ya podía salir.

Al día siguiente Juanca se bañó y se afeitó la cabeza para no llamar la atención. Se ató la tela verde palo sobre el pecho, miró a la Nena que dormía con una mano entre las patas y se chupaba el dedo de la otra: salió, escupió en el suelo. La calle de la casita del soldado le pareció tan distinta de lo que era cuando llegó a que lo mataran, cuatro estaciones antes. Había llovido: el agua brillaba sobre losas y dos chicos chapoteaban en un charco chato; después chupaban agua y se la echaban con chorros muy chanfleados. Una mujer se peleaba con un vicuña y le ganaba. El vendedor de pescadito frito de la esquina había puesto su máquina de música y un vecino por la ventana le gritaba ultrajes. Era temprano en la primera: los que pasaban iban al mercado, y también Juanca.

Caminó poco y aparecieron los primeros puestos. Las jaulas de patos rojos mezclados con gallinazos a ver si alguna vez ocurre el coito; los perritos negros chicos, los blancos grandes y correosos; los pinchos de diez o veinte colibríes, ya adobados, con la cabecita intacta y un camarón rosado en el pico, que crujen deliciosos. Y el maquinista de esa calle: sobre su tarima, tan gordo como se debe, un hombre con manchas lechosas y un dedo de pelo raro de tan claro, se ríe y prepara una máquina zafia: un cilindro corto, del ancho de tres dedos, de cobre, se engarza en ángulo recto con otro cilindro, igual de ancho y doble de largo, que se engarza con otro, igual que el primero, en ángulo agudo para adentro. El maquinista es vulgar: tiene varios de esos bichos sobre su mesa en la tarima y su ayudante los anuncia a gritos:

—Para ver la Larga, digo, para verla y saberla.

Juanca se acerca y el ayudante muestra el bicho: el bastardo se pone el cilindro en un ojo y, por espejos, se ve a sí: su cabeza si lo pone para arriba, panza si para abajo, los hombros u orejas cuando lo pone para un lado. El chiste es regular.

—La Larga que nos trae maestro Juanca, digo, Juanca, vengan y la ven.

Grita el ayudante. Juanca se asusta, suelta los cilindros rápido y lo mira con espanto. Los cilindros rebotan en el suelo: suenan a nada. El maquinista manchado se



ríe y le dice que no se asuste.

—Usted no debe ser de la Ciudad, primo. ¿No ve que todos hablan, digo, que se puede? Se puede de la Larga, digo, y del bastardo, y pronto la tenemos.

Nadie en Calchaqui ignoraba a Juanca: todos hablaban de él, de sus enseñanzas, de la Larga tan pronto: nadie lo conocía. El bastardo pasaba entre grupos que lo mentaban con respeto, con odio, con envidia, con veneración y también opinaba, más bien en contra. Por todas partes se veían otros grupitos secreteando: con los secretos trataban de parecer largos. A la segunda, cuando el mercado se vaciaba, estuvo a punto de pegarle un limpiador de alcantarillas; el bastardo había dicho que Juanca era incapaz de casi todo y que hacía dos estaciones que no se levantaba de sus pieles y que ni siquiera le daba para un fornicio con un hombre de veras. El alcantarillero lo miró, lo midió, lo vio desgarbado, le dio un cachete en la mejilla izquierda y lo mandó callarse. Y que si lo volvía a ver hablando del maestro le deshacía la cara.

—La próxima vez que usted me vea va a querer la muerte.

Le dijo Juanca con una sonrisa torcida, en una lengua de poder que nada autorizaba, y se volvió a la casita del soldado. Al día siguiente, bien temprano, fue con Jaime a la reunión de los jefes de juntas.

Ana de quintas no dejó de mirarlo. Jaime no lo había presentado: nada más dijo es de confianza, un largo desde siempre pero Ana no dejaba de mirarlo. El bastardo no habló: estuvo en cuclillas, mirándolos desde la cabeza ladeada, la almendrita más pichona que nunca colgada entre los muslos tensos. Los miraba discutir sobre la muerte de dos administradores, la formación de varias juntas nuevas porque todos querían ser largos, la obligación para los largos de dar algo de sus bienes para los gastos, el engorro de qué hacer con los largos que los soldados empezaban a matar, y no podía imaginar esa escena como parte de la Larga. Se callaba, porque tenía que descubrir imágenes para la Larga. Ana de quintas lo miraba más.

Jose de mujeres dijo que había un problema: si era bastante cierto, como se decía, que Calchaqui se asentaba en la muerte de morirse y morirse, ¿no sería cierto que la Larga para todos podía traerle disolución a ella? Los demás jefes lo miraron con asombro, como si no entendieran. Juanca, en sus cuclillas, tuvo que retener una sonrisa; nadie le contestaba. El soldado casi tartamudeó:

—No nada, disgregado nada. Pero siempre los riesgos son los riesgos, y nadie consiguió un perro dibujando un peñasco, digo, dicen. El riesgo es de correrlos y además no lo veo.

Jose le dijo, con melindres, que los riesgos por supuesto los corremos todos pero que le preocupaba pensar que si la Ciudad se disgregaba, dónde iban a tener la Larga.

—Si se disgrega, ella, porque no es como antes: disgregada, ¿dónde nos va a quedar la Larga, digo, cómo queda?

Raquel del mercado se golpeteó los muslos con su carcajada y le dijo que así hablaría un consejero de la Casa pero nunca un largo.

—¿No será que chispitas de la Casa le prendieron el fuego, Jose, ahora?

Chirimiri, ¿no será que le prometieron algún algo?

Juanca sacudió la cabeza como si se seicara el pelo. Fue rápido: no lo miró nadie. Jose se deshizo en disculpas y que cómo podían suponer basura semejante y que no la peleaba porque era Raquel y que se retractara. Todos, muy rápido, hicieron ver que se olvidaban. Querían olvidarse. La reunión seguía. Los jefes de las juntas de jefes de juntas se quejaron con palabras parecidas porque la historia se les había estancado: todos en la Ciudad querían la Larga, estaba difundida, había Días de la Larga con sus muertes de los pocos enemigos que quedaban y de algunos otros, los largos hacían el sacrificio de matarlos y mandar canallas a esperar el lugar más querido, todo marchaba, nada se oponía pero Padre no les daba la llave. Hacía falta un impulso. Se quejaron, pensaron soluciones, dijeron que iban a pensar más y terminaron. Después lo fueron saludando con cara de pregunta y Juanca salió último, con Jaime. Jaime se despidió porque tenía que ir hasta los arrabales y el bastardo caminó porque no tenía otra idea. Poco más allá lo paró una mano en el hombro. Primero lo sorprendió que le hablara en lengua de respeto:

—Usted tiene mucha cara de la Casa, sin las dudas.

Le dijo Ana de quintas, persona, biógrafa, que sabía de esas caras, y le dejaba la mano sobre el hombro. El bastardo la miró contra el sol; tenía tantas puntas: era un árbol seco que girara despacio sobre sí, desparramando puntas.

—Y no quiero decir su nombre de usted, maestro, pero lo estoy diciendo sin palabras.

Juanca bajó los ojos. La mujer tenía su tela rosa aurora con flecos de cobre atada alrededor del cuello y le caía hasta casi el ombligo: una manera de seguir en el recuerdo de Raquel más elegante. El bastardo se tropezó con los pelos del vientre, rizados, sin cortar: como corresponde a una persona. La mano huesuda le apretaba el hombro.

—¿Puedo llevármelo a comer, sin las dudas, y hablarnos?

Dijo Ana, y el bastardo aceptó porque tampoco se le ocurrió otra cosa. Ana había tenido una forma curiosa de la suerte: hija de un funcionario, concedora de la Casa, biógrafa, eligió como primer tema a una biógrafa, Esther, su maestra. Era la primera vez que una biografía contaba a una biógrafa y fue un escándalo escaso. Ana odiaba a su maestra y la pintó con los colores más amables: su elección era un truco para contar de nuevo la biografía del segundo tema de su maestra que, según Ana, Esther había contado mal. El tema era un perfumista que se especializó en el miedo y lo cambió de terror a crueldad: del dulce pánfilo de la rosa al dulzón sarcástico de unas sangres mezcladas. Al perfumista le fue mal porque era muy directo: nadie quiso aceptar que el miedo resultara tan cruel y juguetón como esas sangres. Ana contó su historia, como una parte de su biografía de Esther, con brillos y fulgores. Entonces no necesitó rebajar a su maestra en su relato: la comparación entre las dos historias del perfumista Jaime mostraba las diferencias. Era rotundo pero Ana había pasado demasiado tiempo en escribirla y estaba entrando a vieja. Ana estaba esperando su

segundo tema cuando escuchó que ocho mujeres se habían deshecho los cuellos en la plaza.

Cuando aparecieron los primeros largos, Ana los buscó. Pensaba que una revuelta de ese tipo era su oportunidad: en dos o tres estaciones se hizo conocer y querer por los largos mientras buscaba un personaje que le resultara para tema. En realidad, buscaba a Juanca, pero Juanca nunca aparecía. Un día se dio cuenta de que su actividad era frenética: sabía muchos secretos de la Casa, escribir un papel con buen estilo, organizar una muerte y mirarla de lejos. Parecía que la Larga era lo único que le importaba: en verdad, trabajar por la Larga era lo único que le importaba. Le llenaba la vida: ella seguía diciéndose que estaba ahí para buscar la biografía. Cuando tuvieron que formar la junta de jefes de las juntas que no entraban en las cuatro primeras, la quinta junta, Ana resultó jefa casi sin pensarlo.

La casa de comer de Ruth estaba en el barrio de los Traficantes y Maquinistas, entre la Casa y la puerta del Norte: el barrio fino. En esos días las casas tenían tres pisos: abajo y en el primero vivía el dueño, en el segundo ayudantes, su servidumbre arriba. Eran casas desgraciadas: los dueños soportaban abajo los ruidos y olores y malestar de sus segundos arriba, y hace mucho que las arrasaron para volver a residencias. Pero en tiempos de mi padre Ernesto eran furor.

La casa de comer era el lugar donde iban las personas cuando querían simular algo; se servía en su planta baja, del lado de atrás, sobre un jardín con agua y cuatro sauces. Tenía un salón grande con almohadones y a los costados saloncitos para dos: estancias triangulares con ventana y dos paredes repintadas con frescos de paisajes falsos. En el medio una mesa triangular, baja, de tres patas, en madera trabajada para imitar madera rústica y paralelas a la mesa pieles con almohadones para que los dos comensales se reclinen y coman y conversen, cabeza con cabeza. La gordísima, imponente Ruth los esperaba en la puerta, limpiándose las manos todo el tiempo: una con otra y en sus propios pliegues.

Los parroquianos los miraron entrar al saloncito con un poco de espanto; nadie quiere ir a comer mujer con hombre.<sup>[32]</sup> es una forma descortés. De no haber sido tiempos de caos por la Larga no los habrían dejado, por la desconfianza. Ruth cerraba los ojos cuando les contaba qué estaban por comer.

—Si lo pedían antes les preparaba una comida sucesiva,<sup>[33]</sup> sin las dudas, pero así nada más comida acumulada: todo en la mesa y la Delicia marca el tiempo.

La Delicia del Tiempo era el plato del tiempo de mi padre Ernesto. Sin ese tiempo la revuelta por la Larga habría sido muy difícil: era el tiempo perfecto para que unos engreídos creyeran que podían conseguir algo nuevo, porque postula que siempre todo es nuevo y diferente. La Delicia era un largo lomo de choncho, marinado en aceite con anís y camarones secos; se dejaba sobre las brasas y se servía, cada tanto, una rodaja: esa rodaja de lo mismo iba cambiando con el tiempo. Primero, rozagante, la carne se ocultaba detrás del anís y el camarón; hacia el final, graso y tenaz, crocante, el choncho eliminaba casi cualquier gusto de especias o pescado. Entre

rodaja y otra, toda la comida.

Que tres sirvientes de la gorda Ruth habían traído y brillaba en la mesa, sobre cuencos oscuros: pescaditos redondos rellenos de su carne y frambuesas, maíces de todos los colores con menta, salvia o limón, hilos de remolachas con hilos de pata de venado sazonados con miel y pimienta, caracoles, langostitas crujientes, pichones de cóndor saltados con puré de damascos, ajos cocidos con una nuez adentro, papas nuevas nadando en una salsa de moras, queso de vicuña con pétalos azules y granos de sal, culebra ahumada envuelta en hojas de tomate, una calabaza rellena de sí y de sus flores amarillas y maníes sazonada con agujas de pino, las ensaladas de hierbas, los cuencos de olores, los cuencos de las aguas de torrentes.

Era magnífico: Juanca dijo que no había visto algo así desde la patada que lo echó de la Casa. Tomó un trago de agua oliendo del cuenco del orégano<sup>[34]</sup> y se lanzó a comer. Ana lo miraba y picoteaba poco; había pasado con soltura la edad de parir hijos y no podía dejar la sonrisa altanera. Juanca pensó que quizás esa mesa podía ser la imagen para la Larga y seguía callado. Los servidores se fueron: volverían cada tanto con la rodaja de Delicia del Tiempo. Ana creyó que ya podía decirlo:

—Maestro, ¿qué es la Larga?

El bastardo la miró masticando. Ana olía a confianza, romero, con un toque de hongos para darle misterio: sonaba pretencioso. Juanca tenía en la mano hilitos de las remolachas que le goteaban rojos en el pecho: se limpió con los copos de algodón y tomó agua oliendo del cuenco de pimientas verdes. Dio un respingo.

—Podría ser esta mesa.

Dijo, con la voz de tormenta muy bajita y una sonrisa que ocultaba. Ana de quintas se acomodó los huesos largos y lo miró otra vez y tuvo que sonreír para hacer que entendía. Los tres monos araña estaban apichonados en un rincón, abrazaditos entre ellos; un gato montés panzarriba jugaba con el pescado relleno con frambuesas que Ana le había dado. El bastardo comía y la mujer dudó si podía hacer otra pregunta. En general es una sola.

—Me puede hacer otras preguntas, por ser hoy, por ser usted.

Le dijo el bastardo, de pronto cortésano. La mujer le preguntó cómo es la Larga; el bastardo jugaba entre la lengua y los labios con un ajo. Había pasado tres estaciones en las pieles de la casita preguntándose cómo sería la Larga y no se acordaba por qué no podía dejar de pensar que era mirar una imagen: elegir o recibir una imagen de la vida de acá y mirarla toda la vida larga, sin parar. No sabía por qué, no le parecía, pero no podía dejar de pensarlo: buscaba su imagen para la Larga todo el tiempo.

—La Larga no es mi hija, sin las dudas: es yo mismo, así que no la puedo cuidar todo el tiempo. Será lo que sea, digo: es lo que es. Ahora ya está en marcha.

—¿Y cuándo vamos a saber, cómo?

—Llegará. Hay que esperar.

—¿Qué, esperar?

—Que llegue, sin las dudas, o alguien que lo sepa.

—Usted, sin las dudas.

—Puede que yo.

Llegó una tajada del medio del lomo de choncho: la Delicia. La carne ya se había enrojecido y el camarón estaba abandonando: era un momento fuerte del anís. La biógrafa y el bastardo hablaban muy la lengua de personas: se reconocían. Juanca le dijo otra vez que la Larga podía ser la imagen de esta mesa y Ana no supo si creer que era galantería. Que fuera no le servía para nada. Frunció la boca y se crujió los dedos largos: era su mueca firme.

—Decir que la única duda es la forma que tiene, sin las dudas.

—Es la única.

Le dijo el bastardo con el monito más audaz en el hombro y un puñado de langostas en la mano.

—Decir que está seguro, usted, maestro, de que llega.

Juanca le dijo que no tenía ninguna duda de que la Larga no iba a tardar tanto: él sabía.

—¿Y por qué está seguro, usted, maestro, sin las dudas?

Ana sabía que estaba tan guaranga.

—Porque siempre lo supe: los padres supimos siempre que la vida larga no era nuestra sola y alguna vez, sin las dudas, teníamos que dejarla: darla.

—Entonces: ¿está dicho y no hay dudas?

—Está: no hay.

Ana de quintas intentó una cara de júbilo que le salió esquinada. La lengüita áspera del montés le raspaba los dedos flacos del pie izquierdo: se le metía entre los dedos como si buscara. Ana se levantó y dio la vuelta a la mesa: se puso en cuclillas detrás del bastardo y le manoteaba la almendrita: Juanca miraba la mesa con ojos arrobados. Estiró la mano y agarró unos pedazos de la culebra en hojas de tomate: los masticó con cara de opulencia. Ana se volvió a su lugar. Iba a tener que cambiar de perfume.

Los cuencos en la mesa estaban casi vacíos y los tres monitos dormían amontonados sobre los restos de la calabaza. La biógrafa tenía los labios ultrajados, una mueca tensísima. Se contuvo y dijo el colmo de la grosería.

—¿Maestro, es de verdad, usted, el Hijo real de padre Antonio?

El bastardo se enderezó en sus pieles: se sentó con las piernas cruzadas. Tenía el cuerpo con restos de las comidas; sabía que la pregunta era tan dura. Miró a la mujer huesuda y desarmada, la volvió a mirar, le recorrió con los ojos los pelos rizados y largos del vientre: de persona. Después acarició al montés, que le atrapó la mano con dos patas sin uñas; le sacó la mano y agarró de la mesa la última tajada del choncho del tiempo de mi padre Ernesto. Se la llevó a la boca, abrió la boca. Cerró la boca y miró la tajada en sus dedos. Después abrió otra vez la boca y se la metió: la masticó como si se estuviera masticando. La tajada tenía gusto a él. Se rió. Volvió a mirar a la

mujer y a su pregunta y se fue levantando de a poco, con el esfuerzo de su cuerpo largo. Cambió los ojos: puso los ojos de desprecio:

—Convienes. Si yo no soy su Hijo, todo es tan falso, digo: la Larga, todo tanto.

—Otra más, igual a las otras.

En esos días Javier empezó a recibir las denuncias. Javier era el consejero menor de Guerra de mi padre Ernesto, el segundo del consejero Jaime, y era persona por completo: bajo, morrocotudo, la piel oscura en el esfuerzo, la nariz plantada en base sólida, ganchuda, condorita, los ojos esmirriados, buena panza. Javier era un modelo de fresco de personas. Sólo que era un poco joven para consejero: se lo había ganado. Cuando le salvó la vida a mi padre Rubén, el hijo de mi padre Ernesto, en la caza de la aceptación, sabía que se había ganado algo. Es el sueño de todos ellos: que un puma ataque al Hijo cuando duerme y echarse sobre él, el puma, con el cuchillo y achurarlo justo antes de que su zarpa le deshaga el cuello al Hijo. Javier lo vio venir: quizá lo dejó acercarse demasiado. Quizá lo podría haber parado a veinte pasos: no le habría servido, así que lo dejó llegar y no saltó hasta que saltó el puma sobre el cuerpo de mi padre Rubén. Igual me pasó a mí con Jacobo y se ganó su pira: Rubén podría haberlo hecho con Javier, pero Rubén era debilucho y fue nuestra caída. Cuando el consejero menor de Guerra a cargo de las máquinas de mi padre Ernesto, Joaquín, fue ultimado por largos en brazos de su dentista, mi padre llamó a Javier a que ocupara el puesto: para combatir largos. Al principio, Javier creyó que era su oportunidad perfecta; después, cuando la Larga iba ganando, se fue quedando un poco solo pero siguió adelante. Lo que empezó por ambición clarísima lo seguía por testarudez o poca astucia. Tenemos que tener una buena porción de servidores que tengan poca astucia. Javier fue de esos funcionarios de mi padre, mártires, que siguieron atacando la Larga aunque podían quererla para ellos.

Javier olía a júbilo, cocción de colibríes, con un golpe de ceibo para mostrar medida: adecuado, siempre él, adecuado. Cuando recibió la primera denuncia gritó de placer. A la cuarta en ocho días creyó que había quebrado a los largos: se veía glorioso y le molestaba pensar que solamente podía pasar a consejero de Guerra y ningún honor más. Padre Ernesto le iba a inventar alguno. Las denuncias llegaban siempre iguales: un papel rosita, doblado en ocho, escrito con tinta azul, decía el nombre del jefe de una junta y el lugar de su casa. Si los mandaba un traidor era muy activo; si eran varios estaban de acuerdo: se notaba que la traición tenía un plan y había decidido acabar con los largos. Los primeros cuatro o cinco se resistieron cuando los fueron a buscar: los soldados los acabaron ahí mismo, con gritos de las nenas y vecinos. Cada vez, al rato, papeles rosita pegados en la calle, escritos con azul, daban el nombre del largo y le cantaban envidia por estar tan cerca, tanto más cerca de la Larga ya. Abajo, el papel siempre decía: «los largos verdaderos nunca mueren / los largos verdaderos nunca matan».

Después de los primeros, Javier dudaba: no entendía la meta. Le dio a sus soldados la orden de no matar a nadie: quería verlos, charlarlos, revolearles la lengua.

El primero que le trajeron fue un maquinista grave pero flaco que vivía solo con la hija y un ayudante renco: inventaba máquinas chicas para medir distancias y las vendía a traficantes. A los traficantes saber la distancia les resultaba igual, no llegaban más pronto, pero les daba gusto. El maquinista era el jefe de una junta de viajeros: nunca había salido de Calchaqui y siempre olía a pesar, pelos de vicuña sin matiz: por si acaso. Cuando lo prendieron se revolcaba en plena quinta con una mujer inmensa que trabajaba en un tugurio: la mujer salió a los gritos y los soldados se reían; el maquinista podría haberse escapado pero no se le ocurrió.

Los tormentos para conseguir datos son penosos: el arte se derrumba, cae bajo el peso de la necesidad. Los movimientos son forzados y la búsqueda de esas palabras malea el ritmo: no se puede seguir el vaivén de los cuerpos sino ajustarse siempre a las preguntas, puntuar con las preguntas, interrumpir los desarrollos. Javier se lanzó a la baja de la utilidad con entusiasmo sospechoso. Llenó los brazos y la cara del maquinista de cortes ranuritas; le servía para hacer muchas preguntas: cada pregunta un corte y el chorrillo de sangre que saltaba como un pis de chico y después gotas. El maquinista tenía muchas gotas: iba perdiendo fuerzas. No le podía decir nada: le decía veces y veces que no sabía nada. Es tonto que el mirlo diga que no sabe nada porque siempre tiene que decirlo; era más tonto para el maquinista, que de verdad no sabía nada: Javier no tenía cómo creerle.

El maquinista se murió en un rato, con cara de preguntarse algo. Poco después apareció el papel rosita con azul en la puerta de su casa, entre otras calles donde también estaba. De ahí en más Javier cuidó que sus mirlos no se le murieran: les cortaba justo lo necesario, les daba cariño y golpes en la buena medida, los estiraba hasta antes del quebranto. Es muy difícil un tormento si el mirlo está queriendo su muerte: requiere mucho arte. Si no se puede amenazarlo con su muerte hay que encontrarle otras maneras: el dolor no sirve mucho, porque todos creen que tienen que resistir el dolor y les parece que pueden soportarlo. Lo terrible es cuando piensan que el dolor se les va a pasar sólo cuando se mueran: si no, no es tan difícil. A veces Javier interrumpía un serrucho y les preguntaba con tremendo interés cómo iba a ser la Larga. El mirlo no sabía; Javier se le reía:

—Así que no sabe, usted, eso que quiere tanto.

Algunos se avergonzaban de no saber y simulaban no querer decirlo. Otros inventaban formas de la Larga: las primeras formas extremas de la Larga aparecieron en los calabozos de Javier. El tormento más bruto era asegurarles que no podían morir, que seguirían vivos estaciones, estaciones sufriendo: lejos de la Larga. Más de uno pedía la muerte a gritos y nada más la conseguía si traicionaba horrible. Si hubieran podido amenazar a un largo con que nunca iba a morirse lo habrían desarmado, conseguido todo. Los cuidaban para que no murieran: el saber de los médicos ganó mucho en esos días de la Larga y muchos enfermos agradecen y recuerdan al consejero Javier todavía, cuando el adversario se les vuelve enemigo. Y sin embargo casi todos los largos lo lograban: es tan fácil, tan tan simple morirse: hay

que saber muy poco.

—Lo que tengo que saber no está en sus palabras, sin las dudas. Está en ellos.

Entendió una cuarta, mientras comía, Javier. Comía un pincho de camarones sin aliño: una pavada. Javier era de esos que piensan que si comen sin pensar en lo que comen están ganándole su tiempo a la comida: un servidor perfecto. Javier no era complicado: quería deshacer a los largos porque era su forma de ganar la pelea y conseguir sus cosas y porque Calchaqui le gustaba y se había hecho como era sin la Larga, y no conseguía imaginarse cómo sería con. Era bien tiépido. Además, creía que la Larga no era mala, pero resultaba una perturbación: todos iban a tener que tratar de entenderla; y cuando están buscando se ponen muy cargosos. Javier no se daba cuenta de que los grandes damnificados de la Larga serían los vulgos y personas: que los estábamos cuidando. Pero su ardor era por el deber y una sospecha: si los largos ganaban él iba a tener que preguntarse toda la vida dónde había fallado; si ganaba, en cambio, sí podría olvidarse.

Día siguiente fue el golpe: los de Javier habían matado a uno más, sin querer, con el médico pánfilo, y el papel rosita apareció enseguida en varias calles y terminaba «los largos verdaderos nunca mueren / los largos verdaderos nunca matan», como siempre, pero además: «Seguimos regalando la Larga a los mejores largos», y lo firmaba Juanca. Ana no lo firmaba porque no importaba, pero la letra y la tinta azul eran de ella. Esa primera creció el revuelo de la fiebre en Calchaqui.

Ana de quintas apareció en varias calles y explicaba. Había cambiado su tela de color por una blanca y se la fajaba sobre las mamas tan chupadas, filosas. Trataba de hablar lo más vulgo y explicaba que la vida larga ya no era una posibilidad: era certeza. Hasta entonces las acciones de los largos se habían basado en una duda; ahora cambiaban porque la Larga estaba segura en las palabras de Juanca: llegaría.

Ana se desmelenaba: llegada al punto gritaba y se agitaba y a muchos les costaba seguirla. Hablaba con jadeos y explicaba que con la Larga tan segura los largos no tenían que matar enemigos porque sería demasiado favor: no podían. Y que podían matarse o hacerse matar, como las mujeres fundadoras de la plaza: los ejemplos. Pero siempre era mejor encontrarse la muerte peleando por la Larga. Y que cuantos más hubiera en la antesala, deshechos, antes empezaría la Larga para todos. Pero no era un sacrificio: era un privilegio.<sup>[35]</sup> El bastardo la escuchaba mezclado entre los vulgos, la cabeza afeitada y la mueca perdida: seguía desconocido y disfrutaba. Esa primera muy temprano diez, una junta del mercado y cuatro amigos, fueron cantando a entregarse a la guardia de la Casa.

«Esperar cuando esperar  
no se puede no es  
prudencia ni cuidado:  
es taradez.  
Por la Larga los largos



vamos a la vida;  
por la muerte los vivos  
vamos a la Larga,  
y nadie  
nadie nadie  
parar nos puede.  
Por nosotros y los otros en la Larga  
nos encontramos: vamos.»

La canción era ripiosa: hizo fortuna. Los largos llegaron a la guardia de la puerta del Sur de la Casa cantándola y golpeteando cañas; olían todos igual a fuerza, maíz sin más matiz, y metían miedo: un poco. Los soldados cerraron la puerta de la guardia y mandaron consultar a Javier, que dijo que por nada. No los querían: los diez largos se quedaron varados contra puertas cerradas.

Cantaban: como un rumor del río. El río debajo de Calchaqui que se va inflando desde la sequía y su cabeza se hace boca. Cantaban como un rumor y se les iban agregando más vulgos y personas: largos, ayudantes y recién llegados. La puerta de la guardia sur seguía cerrada: desde el techo de la guardia soldados los miraban, sonreían, escupían, les preguntaban por la Larga. Cayó el sol: se calentaron fuegos. Cuando empezó la quinta había más de treinta y otros que les trajeron cuencos de caldo con maíz y pichones. Comían por turnos: siempre quedaban cantando más de cinco.

«Esperar cuando esperar  
no se puede no es  
prudencia ni cuidado:  
es tara taradez.»

Ya había pasado un día y los acompañaban flautas, tambores, los variados silbidos. Frente a la guardia sur hay una plaza chica, de baldosa camarón, rodeada de casas sólidas, de personas: buena piedra sin pintar, para mostrarla. La muralla de la Ciudad cierra el otro lado de la plaza; en el medio hay una fuente con agua de montaña: alrededor de la fuente suele haber flores y teros y diez picos de gas con luces de colores. Los teros se habían asustado y gritaban desde la muralla. Teros son como vulgos: siempre gritan desde el lugar equivocado.

Frente a la guardia de la Casa eran muchísimos y no habían dejado de cantar un momento: no era tiempo de lluvias pero poceras habían armado techitos con unos plásticos rojo higo y vendedores ofrecían higos, aguas, cocciones. Cuatro chicos retorcían la cola de un perro para que coreara con los ladridos la canción; dos criadores repicaban los pies de sus vicuñas contra las baldosas: seguían el ritmo.

Muchos miraban a menudo sus relojes de tubo: como si a una hora tal fuera a llegar cual cosa. Tres mujeres potentes se cambiaban las telas entre ellas y aprovechaban para contarse historias de sus hijos; tenían las mamas tan bien trabajadas por los chicos: largas, bamboleantes. Los llagados se quedaban en un rincón y no estaban seguros. Cuatro administradores y un pintor de frescos de la Casa jugaban a las preguntas y respuestas.

—¿Quién le dice si está muerto, usted, o bien no está?

—Padre.

—Juanca.

—Las lengüitas del fuego, sin las dudas.

Eran tantos: no se fornicaban nada, se hablaban bajo y se miraban mucho. Cantaban. Nadie se animaba a preguntar si la Larga iba a ser así, una reunión desafiante con canción todo el tiempo, o cómo: no se animaban ni sabían a quién. En un rincón, desconocido, el bastardo había encontrado pieles y se pasó las horas recostado, con su sonrisa pálida, en posición de estudiar bichos. Ya muy de noche llegó Jose de viajeros, huesón, encorvado, apoyado en el hombro de un chico parecido, y ofreció perfume para todos: les dio el que habían usado las mujeres de la plaza, que olieron a nostalgia, sándalo, con una gota insolente de pescado seco: el desafío. Todos se untaron y se juntaron en narices. Juanca se levantó y pensó en hablar: explicar algo. No estaba tan seguro. La canción no paraba.

«Por la larga los largos  
vamos vamos  
a la vida por la muerte  
vamos vamos.»

La canción seguía y siguió cuando el hombre tan alto, con la voz de tormenta y la almendrita gritó la primeras tres palabras. Un chico quedó para cantarla, bajo, como quien arrulla; los demás, tantos, se arrellanaron alrededor del alto. El alto les dijo que era Juanca. Los demás se movieron molestos.

—Los veo tan inquietos, ustedes, tan dudosos. ¿Quién sabrá si yo miento y no soy yo? Nadie sabe. ¿Entonces cómo pueden creerme, ustedes, si saber no pueden? Saber no pueden y creerme sí: porque es mejor creerme que no, y ganamos más, ustedes, yo.

Les susurró Juanca con la voz de tormenta que llegaba, despacito, a todas partes, lejos. Se movieron más, molestos: muchos pensaron que Juanca si fuera Juanca les hablaría en la tercera lengua; muchos pensaron que era Juanca porque les hablaba en la segunda y sabía que todos creían que les tenía que hablar en la tercera y no le importaba: no trataba de simular nada. Algunos pensaron que no era Juanca porque simulaba lo de la segunda para parecer Juanca que no le importaba nada y otros que no era porque daba tantas vueltas para elegir la lengua para hablarles. Otros pensaron

que era porque daba tantas vueltas. El chico por momentos se olvidaba de seguir con la canción y un criador lo pateaba. Les convenía creer que era. A Juanca se le aparecieron sus manos y se alisó la piel del cráneo; tuvo ganas de desenroscarse la tela y tirarla a algún fuego.

—Pero además soy yo y ustedes saben, ahora: me esperaban y estoy. Largos, yo nos llevo a la Larga; no es un intento: es la certeza. Ya llegamos y no estamos todavía, largos, ya llegamos: quien ve las puertas de la ciudad no duda de que va a entrar en la ciudad, tarde o temprano: se prepara. Por eso los largos verdaderos nunca matan, por eso los largos verdaderos nunca mueren.

Los demás temblequeaban y se miraban mucho. Jose de viajeros fruncía la cara flaca como si algo le resultara demasiado; Ana de quintas se reía sentada, con la cabeza entre sus piernas tan huesudas; el soldado Jaime estaba llegando: alguien le había avisado y venía sin aliento, a la carrera. Jose gritaba es Juanca, es Juanca. Muchos temblequeaban más y se callaban; una vicuña se escapó al galope. Los que dudaban querían que fuera Juanca; los otros no dudaban: todos que fuera Juanca. Nadie se atrevía a gritarle un saludo.

—Les regalamos la Larga, largos, a los mejores. La Larga es para todos; primero los mejores. No podemos abrir la Larga con muertos enemigos: tenemos que abrirla con los mejores de nosotros. Aunque algunos tenemos que quedarnos un poco más acá, largos, en sacrificio, para el final de la pelea.

El bastardo estaba maravilla: incontenible, avasallante, bravo. En realidad, era bonito: el flujo de arroyito o río más grande cuando choca con una rama o tronco a su tamaño y primero regresa, se da vuelta, se encrespa, gira sobre sí y vuelve al punto transformado en ola: con el pico que amenaza el golpe, la turbulencia de sus grises, su agujero chupador, el remolino, y sabe que sin ser por la ramita habría seguido como un agua calma, clara, sin mitades. Así, la amenaza tan fuerte contra la amenaza, el golpe ya cayendo, el chapotazo: Juanca.

—Por la muerte los vivos vamos a la Larga.

Dijo, y el chico gritó la canción y todos volvieron a cantarla. Fue rugido. El bastardo los miraba como el que quiere ser un sordo: con la sospecha de que las voces nunca se parecen a sus dueños. Saltaban, se palmeaban y sudaban fervor. Él les pidió un silencio. Cuando trataba mucho era capaz de pensar bien astuto:

—Largos, yo conozco la Casa. Si los conozco, sé que no nos van a aceptar entregados. No nos van a aceptar pero van a tirar: a matarnos. Saben que eso es lo que queremos, pero no pueden aceptarnos porque es lo que decimos que queremos. Tampoco pueden dejarnos, largos: vienen pronto.

Mi padre Ernesto estaba viejo. Todavía anciano no: viejo. Tenía que ser igual que Juanca, pero estaba viejo. La canción empezó a retumbarle en las orejas demasiado al cabo de cuatrocientas veces: no soportó y mandó a buscar al consejero Javier. Mi padre Ernesto era chiquito: un pájaro que volara muy alto porque se vuela como un pétalo. Pero así de volátil; por eso se puso ese tiempo como un río, siempre adelante:

para tener su dirección trazada, un cauce. Tenía todos los rasgos chiquititos: preciosos, tan precisos: era al revés de Juanca. El diamante de padres en la frente le llenaba la cara. Mi padre Ernesto estaba cansado y dudó un rato y llamó a su consejero Javier. En la sala de la Sal, a solas, con los ojos cerrados por el fulgor del blanco, sin mirarlo, mi padre le dijo que echara a los cantores. Afuera estaba oscuro.

Usar la fuerza sirve para que todos entiendan que alguien ya no puede guardarla: que está acosado. La fuerza es buena cuando no se usa, lo tengo dicho: nieve en la cumbre de esa montaña, que podría ser agua y bajar en torrente. Javier puso cincuenta soldados con cerbatanas mecánicas con flechas de veneno en el techo y las ventanas de la guardia; se subió al techo y trató de hablar a los largos de abajo. Les gritó para que lo escucharan; lo iluminaban fuegos, que le cambiaban el gesto en cada repiqueteo de las llamas. Los que cantaban lo miraron con interés escaso; los que no estaban cantando ni siquiera. Otra vez trató de gritarles y la voz se le perdía en la canción.

«Por nosotros y los otros y nosotros  
y los otros en la Larga.»

Javier los miró sin interés y levantó los hombros. No había oído al bastardo pero sabía que, si los mataba, en horas iba a tener a la mitad de Calchaqui pidiéndole la muerte; Padre le había dicho que los matara y no estaba seguro de que fuera malo que la mitad viniera y le pidiera. Si la Larga ganaba y era de verdad para todos iba a tener vidas para pensarlo. Hacía viento en el techo: el viento tibio. Se restregó las manos y les habló tan bajo que no pudo oírse:

—Largos, cantores, ruidosos sin las dudas: si no se pierden ya disparan los soldados.

Entonces se desató la tela verde higo de su brazo; era la señal para que empezaran los disparos y empezaron: sobre una turba quieta.

Por una herida de cerbatana sale muy poca sangre; lo que importa no es lo que sale: es lo que entra. A las flechas de las cerbatanas es difícil escucharles el silbido: un viento que más que soplar se disfrazara de bonanza. El silbido se oye, a veces, de otra forma. Es más fácil: hay un silencio que pasa, se oye un ploc en la carne y ya llegó: tan fácil. Y todos todos se agarran la flechita con la mano y se la sacan, se desgarran: todos saben que no sirve para nada, que el veneno ya entró, que el desgarró les duele pero nadie la deja: ni siquiera los largos, que buscaban su muerte y se quedaban quietos, desnudos como postes esperando flechitas, cantando a los gritos o en murmullo la canción y con las manos tapando sus oídos para evitar la tentación de escuchar el silbido y tratar de esquivarlo; con sus ojos cerrados hasta sentir el ploc en la carne y los abrían entonces un momento y se agarraban la flechita con la mano. Después caían sobre un cuerpo caliente.

Momentos de una agonía sobre cuerpos de otros, para tratar de componer una sonrisa tibia: para entrar en la Larga con la sonrisa tibia. Había quebrantos: unas gotas de otro les manchaban la compostura de las caras: su tizne rojo en la sonrisa tibia. En los rasgos de un llagado la sonrisa no llegaba a hacerse; una mujer preñada dudaba tanto por su hijo; el chico que cantaba todo el tiempo creía que se tenía que esconder para seguir cantando: caían, se caían. A los quietos les resultaba más y más difícil estar quietos, arrinconados por los cuerpos de otros, despatarrados en el suelo, quedaban pocos quietos: caían, se caían. Entre todos los quietos Jaime agarra a Juanca de la mano y tira: se lo lleva. Se van, manoteados por cuerpos de otros que tratan de agarrarse y sonreír en su caída. El consejero Javier los mira desde arriba y busca su placer o su espanto y piensa en que esa noche puede saltarse la comida, un chanco asado. Abajo un traficante quieto espera y quiere pensar en la Larga y sufre que no va a llegar a tiempo para comer un chanco asado. Un criador ancho y nudoso se da cuenta de que tiene terror pero ya está en el suelo. El llagado recibe la flechita y puede dejar de pelear contra la sonrisa que no puede. La mujer preñada recibe la flechita: caía, se caía.

Jaime y Juanca son demasiado altos y sospechan que a ellos no les tiran. Mientras caminan entre los montones de cuerpos en el suelo, Juanca ve a Ana de quintas ya caída: Ana está sobre dos poceras y lo mira con la sonrisa todavía, plácida: como al sol que sale: suavizadas sus puntas. Juanca trata de acercársele y Jaime le tira de la mano y le dice que ellos tienen que sacrificarse para terminar la pelea: que se van. Jose de viajeros está boca abajo sobre la baldosa, sin cuerpos por debajo y no se mueve. El olor a mierda es más grandioso que otras veces. Juanca sigue a Jaime: salen de la plaza, miran una vez más, corren. Jaime le dice que ojalá la Larga. Juanca no lo mira.

Corren: no caían. Callados tuvieron que atravesar casi todo Calchaqui: el barrio de Personas, primero, cerca de la Casa; después la avenida de la Casa, que va desde la Casa a la puerta del Este, ancha y despejada, fría, vacía en esa quinta, y cruzarla junto

a los talleres de vicuñas mecánicas para meterse en el barrio de Antiguos y de Vulgos hasta la casita del soldado. No había patrullas. No había gritos. Las calles estaban tan vacías que no dijeron nada.

La Nena olía a miedo: rosas, con un toque de limón para no ser patética, y Juanca se enterneció apenas. Nunca antes había usado ese perfume. Tampoco los ojos bajos fugitivos ni las manos tan restregadas entre ellas. El resto, en la casa, estaba igual.

La Nena lo recibió con chillidos y él la alzó un momento, le lambeteó la oreja. Después, como si se acordara, la dejó en los brazos del soldado. La Nena se bajó de un salto, resopló y dijo que salía. Jaime le dijo que no; la Nena se le paró enfrente, se agarró la válvula gordeta, se le rió y le miró la cara: entonces se rindió y se volvió a un rincón. El soldado le dijo que les calentara del guiso que no estaba en el fuego.

—Tanto armarlos en juntas, digo, Juanca, para esto. Dicen: con dos patas cortadas la vicuña tampoco se hace hombre.

Se sentaron sobre las pieles de Raquel, que habían sido de Juanca, y el soldado se quejaba por primera vez: el bastardo nunca lo había visto. Justo enseguida de alegrarse se preocupó, más vale.

—Tanto organizarlos, digo, Juanca, y ahora nada más quieren que los maten lo antes: Juanca, pregunto, digo: ¿quién la va a hacer, ahora, la pelea?

—La pelea es que no hay más pelea. Ya la ganamos.

—Juanca, no, digo: usted sabe que no. Y si todos se matan no tenemos a nadie que pelee.

El bastardo lo miró achicando los ojos, como quien no cree. El soldado lo había despreciado mucho, dejado tirado en sus pieles tantos días, ignorado, pero nunca se había atrevido a rebatirlo de frente. El bastardo se sentía aliviado.

—Yo sé que sí y usted lo sabe, Jaime. La Larga está porque no tienen cómo escamotearla.

—Juanca, no: hasta que no la ganemos y tengamos y Padre la declare y sepamos que está, no la tenemos, digo: no estamos seguros de tenerla. Dicen: el perro calla porque su ladrido ya no es suyo.

Hablaban entre los dientes, sin abrir sus bocas. Juanca pensaba que era tan bueno que Jaime se le opusiera de una buena vez, que claramente fuera otro.

—Pero hay que hacer como si estuviéramos, Jaime, sin las dudas: como quien está tan seguro de tenerla.

—Y todos esos largos muertos están muertos, digo: no sabemos si van a entrar a la Larga. Quisieron sus muertes porque creían que estaba, que ya estaba. Dicen: noche con sol se llama la mañana.

Juanca le agarró a Jaime la mano derecha con su izquierda y le entrelazó los dedos. Estaban sentados en las pieles que habían sido de Raquel hacía tanto, apoyados los dos contra la misma pared de barro: rasposa. Jaime no retiró la mano; Juanca apoyó la nuca contra la pared y respiró con ruido.

—Eso es muy bueno, digo: impresionante. El ejemplo tremendo. Jaime, mañana

toda la Ciudad va a estar buscando cómo morir para la Larga.

—¿Y los vamos a mandar a la muerte también, digo, a todos todos, sin saber seguro?

Si la Nena no hubiera entrado con el guiso justo entonces, el bastardo tendría que haber contestado algo rápido, sólo de circunstancias. Pero entró, les dio los cuencos, probaron, se quemaron, escupieron. En el cuenco del soldado había un pelo verde. Juanca hizo como si no lo hubiera visto. Cuando contestó ya había pasado un rato:

—Sin saber seguro aunque sabiendo. Ya sé, digo: me duele. Nos duele que se mueran y sin saber seguro si llegan a la Larga. Pero llegan nada más si ganamos, y ganamos si mueren suficientes. Y se mueren felices.

Fue el principio. Juanca no miraba a nadie: la Nena había vuelto al rincón en la otra estancia porque la aburrían las palabras, y Juanca no quería ver las caras que le iban haciendo a Jaime sus palabras. Si hubiera contestado rápido quizá no se le habrían enredado en la boca palabras que parecían más de Ana: Ana de quintas, la biógrafa, quieta primero, caída, con la sonrisa plácida, con muchas menos puntas. Quién sabe fueran suyas: ya eran suyas. Juanca explicó, en el aire, sin mirar a nadie, para algún recuerdo, que un largo, uno que busca de verdad la Larga para todos debe ser capaz de matar y no matar, de ser generoso y ser avaro, de ser servil y bastante despótico, de lastimar y de curar un poco, de mentir y no mentir y mentir que mentía, de ser sí mismo y tantos otros. Juanca dijo que un largo, uno que busca de verdad la Larga para todos sabe renunciar al bruto orgullo y solamente tiene una virtud: que busca de verdad la Larga para todos.

—Y todo lo que hacemos para ganarla es bueno, Jaime, digo, sin las dudas, más que bueno: es necesario.

Jaime lo miraba emocionado. Le apretaba la mano cada vez más fuerte.

—Nunca más de acuerdo, estuve. Tan de acuerdo. Pero si nos matan tantos puede que al final, digo, nos ganen. Tan de acuerdo, Juanca, pero la forma<sup>[36]</sup> puede que sea mala.

Juanca se soltó la mano, se levantó de las pieles, le acarició la cabeza de pelos como espinos y caminó hasta la puerta que daba a la otra estancia. La Nena estaba echada en otras pieles, quieta, bocabajo, con su ojetito alzado.

—Es buena, digo: buena para todos.

El bastardo tenía razón. Al otro día todo Calchaqui quería hacerse matar: estaban impacientes. Ni un soldado en la calle; en la plaza de la guardia, vulgos y personas se paraban sobre los cuerpos de los muertos para gritar contra puertas cerradas. Estaban inestables. Provocaban y no conseguían nada. Adentro, en la Casa, mi padre Ernesto y el consejero Jaime se reunieron con Javier y le ordenaron que no matara más: con dos o tres matanzas como aquella la Ciudad se iba a quedar desierta y no nos convenía. Pero tampoco se podían soportar provocaciones.

El bastardo tenía razón: la muerte de los largos en la plaza había convencido a

todos de que la Larga estaba, porque tantos no se iban a hacer matar así sin estar muy seguros. La segunda orden de mi padre Ernesto, transmitida por Jaime, había sido, por una vez, tajante: Javier hizo cambiar el veneno de las flechas de las cerbatanas por otro más liviano, muy diluido en alcohol de maíz, que también tumbaba al provocador y lo daba por muerto. Un vulgo cualquiera ensayaba la sonrisa beata y se lanzaba contra una patrulla de soldados con un palo en la mano: lo flechaban y caía redondo, con un momento para imaginar las maravillas.

Un rato más allá se despertaba: se retorció y después, ilusionado, abrió los ojos a las maravillas de la Larga. Tardaba un punto en sospechar que la Larga se parecía demasiado a la calle embarrada donde lo habían matado, y otro en darse cuenta de que seguía en el mismo rincón de la Ciudad, bien vivo y estafado y con un desgarró en el hombro derecho y una flechita de mecánica en la mano.

Los fuegos de los 65 muertos de la plaza se encendieron tres días después en el descampado junto a la puerta del Este. Javier le había propuesto al consejero Jaime y a mi padre Ernesto que no los quemaran, como castigo y amenaza. Dijo que quizá sin quemarlos creyeran que no podían ir a la Larga. Mi padre le dijo que sería victoria enorme de los largos:

—Si perdemos por ellos nuestro orden, y hacemos lo que nunca haríamos; si nos dejamos deshacer por ellos, nos rebajamos, yo y el orden, por ellos, y ellos ganan. Peor: más que la Larga.

Sesenta y cinco eran un número: no había nadie que no conociera a un muerto y las llamas llegaban a colores bastante relamidos. Los problemas eran de atribución: una lengua entre azul del gas y verde del balén podía ser de una madre calcinando a su hijo o de la mezcla de un persona y un vulgo; una llamarada muy violácea tenía que venir del cuerpo más joven pero por sus matices debía ser una nena; chisporroteos mostraban que en algunos cuerpos se olvidaron metales y era una vergüenza. Se discutía bastante: más que nada, sobre el color general que resultaba de la combinación de todos esos. Era más que difícil darle el nombre correcto.

La Ciudad estaba entera en el descampado junto a la puerta del Este, donde empieza el camino, y ninguno cantaba. Cuando los aromas subieron tan fuertes y dulzones que nadie pudo dejar de fruncir los ojos, muchos se lanzaron contra patrullas de soldados que se habían parado un poco patóteras: cayeron como moscas, con el veneno suave, y se despertaron cuando el sol caía, entumecidos, y se sintieron pánfilos. Sin querer, Javier se convirtió esos días en el gran protector de los largos: les salvaba la vida cada cuarta con sus flechitas de veneno falso.

El bastardo tuvo unos días de explosión. Estaba espléndido. En realidad, bonito: las gotas como higos de la lluvia que amenazó con grises, oscureció la tierra para avisar que estaba, arrojó olores antes que su agua, apuró pastores asustados y por fin, clareando el cielo, cae como un manto, un cóndor o la lluvia imaginada. Así, aplastante, macizo, sin escape posible, decidiendo: Juanca. Caminaba por las calles del mercado del Este y entre las casas orgullosas de personas, por las casuchas de los



vulgos o en el barrio fino y en todas partes lo paraban, le daban gracias, le hacían preguntas que contestaba con una afirmativa muda y la sonrisa. Los oficiales de la Casa lo saludaban y tenían sus órdenes de no molestarlo: si lo apresaban podía venir la tremenda algazara.

A algunos, de tan feliz que estaba, Juanca contaba que había salido de la Ciudad y dejado su lugar de Padre bien premeditado, voluntario, sólo para poder volver a conseguir la Larga para todos. Así que no hay derrota posible, les decía, y le creían bastantes. El bastardo dormía en casas de largos: cambiaba cada día, por si acaso, y muchos largos pensaban triquiñuelas para conseguir que durmiera en la suya. En esos días había dejado de pensar cuál sería la imagen de la Larga y se encontraba con la Nena muchas quintas. A Jaime lo veía muy poco.

En Calchaqui nadie se atrevía a estar contra la Larga: al que hablaba mal se le reían bastante o le pegaban. Después de la noche de los 65, personas empezaron a usar como adorno una flechita tipo de cerbatana que se enganchaba en la piel con un alfiler curvo: se la colgaban de la oreja, el hombro o la nalga y se les bamboleaba con el ritmo de la Larga. Las canciones largas se cantaban con músicas variadas y muchos comían en las segundas unos pajaritos chamuscados, malasados en unas llamas que recordaban los fuegos de los 65. Aparecían costumbres. Una fornicación que terminara con un chorro se volvió un poco tosca: era pobre encontrar en el final el alivio que todos estaban buscando en un principio.<sup>[37]</sup>

Era risueño: maquinistas que eran un portento de grasa, magníficos, gordos como el sueño del sapo, le preguntaban tímidos a un ayudante enclenque por las últimas noticias de Juanca y lo abrazaban efusivos porque iban a volver a estar juntos en la Larga. Todos se querían tanto porque se veían juntos por un tiempo que no sabían pensar: bien estirado. Algunos, al principio, creían que con un tiempo tan largo por delante ya no les importaría el tiempo de los padres. Eran tirifiladas. En la Casa muy pocos hablaban en voz baja cuando decían que Padre debería ceder de una vez para recuperar la calma de Calchaqui, y la ciudad nunca olió tan aburrido. Era compacto: casi todos los vulgos y personas usaban un perfume que había compuesto el hijo de Jose de viajeros, Joaquín: olía a confianza, romero, con una gota de maíz para marcar la fuerza y el limón del desprecio: una provocación a todas luces.

No había mujer que no usara su tela un poco rota, enroscada en el cuello que le caía sobre el cuerpo en lambetazos desparejos: ya casi nadie se acordaba de que la tela así, enrollada al cuello de mujer, quería decir desprecio. Se perdían los signos. Desde el cambio de mi padre Cándido no se había visto a toda la Ciudad vestida igual: daba un poco de pena, pero ellos lo tomaban con la alegría más pánfila: se reconocían y querían en la muerte más larga. Un vulgo en pleno éxtasis mató a todos los chicos de una calle: con calma y frases tiernas, los once chicos formaron una fila y pasaban uno después de otro para que él los deshiciera muy amable, con un golpazo en la cabeza. Caían en tiempo suave, espiralados, con la mejor sonrisa.

El soldado se agitaba en reuniones. Los días estaba de acá para allá, corriendo:

había dejado el ejército, vivía de casi nada y se pasaba el tiempo tratando de volver a armar sus juntas. Casi todos los muertos eran suyos, como Ana y Jose; los vivos se habían desbandado porque no valía la pena perder tanto tiempo en secretos y conspiraciones cuando cualquiera de la calle sabía que la Larga estaba ahí y Juanca lo proclamaba en las esquinas. Jaime se esforzaba: los perseguía, los convencía de que tenían que seguir, de que eran la reserva de la Larga, de que sin ellos todo podía caer en el desastre. No era tonto. En secreto, pidiéndoles secreto, les hizo prometer el sacrificio de no aceptar la muerte mientras la Larga no estuviera dicha y hecha.

Aparecieron banderías. En la Ciudad lo más fácil es que aparezcan banderías: con la Larga fue sorpresa que tardaran tanto. De súbito, en días, después de los fuegos, abundaron. Jaime, un peluquero muy sereno del barrio fino, decidió que no valía la pena aquel desbarajuste y ansiedades y que lo mejor era confundir la espera y lo esperado. Jaime inventó la prueba. La prueba no era difícil pero cambiaba para cada uno: el candidato se presentaba bañado y limpio, despojado, pulcro,<sup>[38]</sup> y un tribunal de cinco, dirigido por Jaime, recibía su regalo y lo sometía a la prueba: recitar un poema al revés sin titubeos, dormirse de verdad en un momento, cocinar un pescado de río para que pareciera gallinazo, torcerse hasta que la cabeza mirara por debajo del pistón y los huevos, recordar los nombres de los 65 y sus padres y sus padres, dar vuelta los ojos para adentro y dejarlos blancos, reconocer esencias, cantar una canción muy conocida, contar los momentos más gloriosos de la Larga. Si el tribunal daba la prueba por cumplida, quería decir que el candidato estaba muerto: era un alivio. Un alivio tremendo: el candidato ya estaba muerto y viviendo su Larga. La Larga había llegado y era eso, tan parecido a la vida, tan agradable y lleno de delicias, y no había que temer ningún tránsito. La Larga se instalaba sin aviso y hacía todo lo posible por ser muy semejante: una delicadeza de su parte. Era dulce una muerte tan suavita.

A algunos les daba un poco de impresión saber que estaban muertos: no querían. Pero muchos pasaron la prueba y muy pocos fueron rechazados por vivos y se desconsolaban. Parece que Joaquín fue un rechazado. Otros dicen que no: que estuvo desde el principio en una junta de viajantes, que sólo fornicaba con mujeres magníficas de rollos y que nunca podría haber creído las patrañas de Jaime. En cualquier caso era un maestro: los maestros siempre hacen banderías. La suya era muy cruel.

No hacían: hablaban nada más. Reblandecían con la duda. Decían que la Larga no era esto y además no era fácil. Decían que todos podían llegar a la Larga, como dijo Juanca, pero que nada más iban a llegar los que confiaban, los que nunca caían en la tentación de tratar de saber cómo sería: los que se le entregaban sin reservas. Era tan cruel: bastaba con un momento de descuido, que los ojos se perdieran un poco y miraran cerrados para adentro una imagen que podía ser la Larga, que una música inventara la ilusión de un ambiente, que un perfume explicara una posibilidad, para quedarse afuera sin remedio. Era tan cruel que muchos se aferraron. Vivían en

guardia. Los de Joaquín fueron desmesurados parlanchines: hablaban sin parar de lo que fuera para alejar la tentación, y varios se atiborraban con cocciones para no tentarse antes del sueño. Otros ejercitaban los cuerpos todo el tiempo. Alguien dijo que pasarse los días intentando no pensar era la forma más rotunda de pensar y que nada más llegaban a la Larga los que no pensaban por inocencia, sin el esfuerzo: se murió a los dos días, caído de una vicuña tan mansita.

La presión era dura. Por un momento, ya nadie supo qué pasaba. Tantos grupos había, y banderías, que ya nadie podía saber de todos: creo que fue entonces, cuando no hubo control, que ganó la revuelta, aunque después tardara y hubiera alternativas. Ocho de los veinte de la bandería de Joaquín escucharon a un Jose, persona, contador de bienes de la Casa, que les dijo que el error estaba en la manera. ¿Para qué buscar la Larga por la pelea contra los que la tienen y la guardan, como si fuerza fuera, como si fuera la llave de la Casa?, preguntó. La Larga, dijo, estaba en otra parte. No la de Padre: esa no. Había otra, que no dependía de la fuerza. Juanca lo tenía dicho. Había, dijo, sabía, tierras al este donde crecía una planta: era lejos, al norte de la costa donde buscaban los viajeros el ámbar. El perfume de esa planta daba la Larga sin peleas.

Los ocho se entusiasmaron y prometieron el secreto. A los dos días toda Calchaqui estaba al tanto y mi padre Ernesto decidió equiparles el viaje. Los despidió turbamulta gritona en la puerta del Este: salieron los ocho, una primera, con Jose y un guía, en las mejores vicuñas mecánicas, llenos de bienes para cambiar por el camino. Era arduo: tenían que cruzar tierras de barbudos y de brutos, y de brutos barbudos. En la Ciudad se hablaba tanto de su vuelta y en pocos días los olvidaron casi todos: eran días que rebosaban demasiado. Nunca volvieron: quizá llegaron y no supieron el camino de vuelta, o los mataron al volver o antes. Quizá llegaron y ya no tuvieron para qué volver. Joaquín decía que si viajaban tanto, si pensaban tanto en la Larga nunca la podrían encontrar: quizá la encontraron y por eso se les perdió la furia redentora y se quedaron en esa costa, oliendo el fruto y extrañando a la Ciudad muy poco.

En la Ciudad también los olvidaron enseguida: eran días demasiado repletos. Varias juntas de mujeres que todavía tenían a su Jose dirigiéndolas mandaron a decir al soldado, en una de sus tantas reuniones, que estaban aterradas. Jose de mujeres las había convencido de que podían ganar la Larga. Era cierto: podían ganar la Larga. Quizá Padre decía que la daba y ni siquiera iban a estar seguras. ¿Cómo iban a estar seguras de que la tenían? Aun ganando ¿cómo iban a estar seguras de que la tenían? ¿Quién iba a saberlo? Era un peligro: la duda podía esparcirse rápido. El soldado Jaime las convocó para darles respuesta en el bosque de sauces, cerca de la puerta del Sur, una cuarta de frío. Llegaron veinte, lo esperaron: Jaime llegó con cuatro juntas de vulgos del mercado, muy armados, y las deshizo a golpes de cuchillo. Primero las ataron, les hablaron bajito y las deshicieron bien a golpes de cuchillo: con cuidado. Él les había dicho que no gritaran y ellas no gritaron: le cumplieron. Se reía: ahora ya no pueden dudar, decía, ahora ya saben. Tenían sus dudas y han ido a averiguar, antes

que nadie. Decía: favor que les hicimos al mandarlas. Se reía, pero había actuado serio: más que nada, Jaime era prudente.

Estaba categórico: ya nunca cerraba los ojos, sacudía la cabeza y murmuraba. Pero pese a Jaime había otras banderías: había tantas. Calchaqui sobre todo discutía. Los días eran discusiones todo el tiempo y pocos hacían nada. Calchaqui estaba fuera del tiempo que avanzaba de mi padre Ernesto: quieta, circular, redonda, se enroscaba sobre la Larga como aquella lombriz muy perezosa. Un pájaro que aletea contra el viento. Un remolino. La muerte falsa del veneno suave. Amenazaba el caos: Calchaqui discutía sin parar cuando llegó la noticia de su muerte.

Cuando me lo encuentre voy a saber cómo murió mi padre Ernesto. Falta mucho pero va a llegar, cuando yo llegue a donde todos los padres son el mismo, y entonces sepa, por ser mi padre Ernesto, también, siendo todos los otros, las pequeñeces de su muerte. Ahora sé muy poco.

A mi padre Ernesto le faltaban muchas estaciones para alcanzar su edad<sup>[39]</sup> y tenía al adversario bien a raya. Apareció muerto una primera, sobre su piel de llama blanca y sin mantas encima. Estaba bocabajo: los padres nunca duermen bocabajo. Tenía la cara apoyada en una mano y la trenza enredada en el cuello, pero no estaba ahorcado. Estaba bien: el hilito de baba le caía bien, sobre la mano; las piernas estaban estiradas bien, un poco doblada la derecha y derecha la otra; la cabeza estaba entera bien, brillante, sin rasguños: todo estaba bien. Pero fue sospechoso que se muriera justo cuando la revuelta de la Larga estaba tan espesa. No que los largos lo mataran: muy difícil y no les convenía. Algunos insinuaron que podían haber sido consejeros de la Casa, porque vivo no permitía resolver la situación: bravatas.

Quizá se murió de una muerte apurada, que le llegó por equivocación. No había podido decir su voluntad para el tránsito: no pudo, como todos nosotros, elegir su muerte. Mi padre Rubén, su hijo, pensó que lo mejor era una forma consagrada y eligió la de mi padre Andrés: hizo partir su cuerpo en tantos pedacitos para que repartieran uno por familia. Durante días, soldados de la Casa fueron casa por casa con un morral de red y los cachos adentro: tenían el tamaño de una uña y, sobre todo, no tenían ninguna forma comprensible. Era la condición: para que nadie pudiera decir tengo un índice, el pómulo, tengo nalga de Padre. El pedazo se guardaba en un estuche de cobre o de madera y se iba consumiendo; después quedaba como un olor, un polvito, un recuerdo: iba cambiando, tan didáctico. El padre como Padre era uno: para repartirse tenía que cambiar mucho. Los soldados, mandados por Javier, aprovecharon el reparto para espiar en todas las casas de la Ciudad datos sobre los largos.

Mi padre Rubén era astuto como un vicuña astuto. Tenía el cuerpo chiquitito, enclenque, y las manos enormes: desde nacer, nadie creyó que iba a vivir hasta llegar a Padre. Cuando llegó, mi padre Rubén se vengó casi nada.

Solía decir que su espíritu no su cuerpo iba a servir para ordenar la muchedumbre

de espíritus: se lo había dicho su preceptor un día en que, muy chico, jugueteaba con su mono más íntimo y le cortó de un golpe la cabeza y dijo que con una les sobraba a los dos. También lo dijo cuando vinieron a decirle que su padre había muerto. Lo dijo: después de un rato largo.

Primero corrió. Cuando vinieron a decirle estaba en el sótano de la Casa, con cuatro maquinistas: los cuatro discutían cómo se podía fabricar una máquina digna para cambiar los colores de la luz de gas y que no fueran nunca igual. A uno se le había ocurrido una idea evidente: que cayera sobre el pico donde sale la llama una gota de esencia de colores que viniera de la mezcla de siete esencias que estarían más arriba, en siete tubos distintos: las esencias se mezclarían al azar en el tubo más grande y de ahí caerían distintas gotas sobre el pico de la llama. Por el azar, era seguro que el color cambiaría a cada gota. Pero tenían que preparar un mecanismo que cerrara o abriera al azar las compuertas de los siete tubitos: de eso discutían.

Fue a decírselo el viejo consejero de la Guerra Jaime: no sabía cómo, porque nunca es así. El Hijo sabe que se muere Padre: va, recibe las voluntades, el beso, espera, como espero yo ahora. Nunca es así, por sorpresa: un padre no se muere por sorpresa y el viejo Jaime no sabía cómo decirle. Por eso le gritó desde la puerta:

—Padre, mi padre.

Rubén lo miró y miró alrededor: como quien busca. Era muy joven, no más de cuarenta y cinco estaciones, aceptado hacía poco.

—A usted, Rubén, padre Rubén, le hablo, sin las dudas.

Rubén lo corría a patadas por la estancia del sótano y los maquinistas se reían. Rubén también se reía y todos creían que era una de las bromas que siempre le hicieron a Rubén cuando era Hijo. El viejo trataba de gritar: estaba sin aliento y resoplaba: Padre, Padre. Al final, cuando entendió, se paró, tomó aliento; apoyada la espalda contra la pared, mi padre Rubén parecía más que apichonado satisfecho. Los maquinistas desaparecieron en las puntas de pies.

—Muerto: ¿está muerto del todo?

—Está muerto sin las dudas, Padre.

—Mañana les declaro mi tiempo. Mi espíritu, no mi cuerpo, va a servir para ordenar la muchedumbre de espíritus bien desmadejados.

El tiempo de mi padre Rubén fue sorprendente. Tuvo que declararlo sin el cuerpo de mi padre Ernesto, su padre, y hubo murmullos: muchos decían que, de frente, no soportaba las miradas y que por algo se habían apurado a cortarlo en sus pedazos más menores. Su tiempo fue sorprendente: no sabían si era temeroso o desafiante. Mi padre Rubén dijo que el tiempo está hecho de futuro<sup>[40]</sup> porque el resto no es tiempo sino el recuerdo del tiempo, pero que el futuro es sobre todo fugitivo: escurridizo al mango. Y que nadie tenía que decir un futuro, cosa tan resbalosa, a menos que hiciera todo lo necesario para hacerse con él: cuidarse, guardarse, tomar todas las precauciones para evitar que cualquier confusión se entrometiera: la quietud, la espera agazapada. ¿Quién dirá, decía, mañana cuarta te visito en tu casa, y puede

estar seguro? ¿Quién dirá comeré gallinazo? El tiempo, decía, es el refugio de quien se guarda para asegurar el futuro que dijo: espera tensa. El tiempo es una espera alaromadísima, cuando alguien decidió un futuro: procura que no haya cruces ni ningún otro riesgo, para garantizar que el tiempo va a ser allá, donde está prometido. Los largos se agarraban la cabeza; los consejeros no, porque quedaba feo.

Pocas veces un tiempo de Padre pareció tan de circunstancias. Pocas veces un tiempo de Padre fue más confuso y más analizado: había una señal, pero no terminaba de estar clara. Mi padre Rubén decía que la única forma en que un tiempo llega a ser es dejando de ser: para cumplir con su futuro, dejar de insistir mientras. Muchos largos creyeron que les decía que si se quedaban quietos tendrían la Larga: Jaime desesperaba. Otros, muchos, se negaron a creer en una promesa que no les habían hecho. En la Casa los consejeros trataban de adaptarse: en un gesto humilde, raro, mi padre Rubén mantuvo entero el mismo Consejo de mi padre Ernesto. Trataban de no proyectar nada para no ponerse a prueba; cuando sí decidían era muy peligroso. Si iba a haber, por ejemplo, una comida en la Sala de Lapachos de la Casa, la sala se cerraba hasta el momento de comer para que nada lo impidiera y los invitados sabían que tenían que cuidarse más que nada. De todas formas, para que la zozobra fuera menos, los invitaban muy poquito antes.

Pocos días los largos esperaron. Juanca dejó la calle y se encerró con la Nena en la casita de Jaime; Jaime no iba y había hecho más secretas sus reuniones. En la Ciudad todos hablaban menos, mirando a los costados: a ver qué hacía el padre nuevo. Para eso les sirven a vulgos y personas padres nuevos: para esperar y creer otra vez que cosas son posibles. Son tiépidos, y es mucha fortuna. Pasaron unos días y nadie notó nada. El soldado Jaime dudaba y después decidió que era el momento de llamar al encuentro.

El encuentro empezó con el sol. No fueron tantos: los cinco jefes de las juntas de jefes, con los dos nuevos que habían reemplazado a Ana de quintas y Jose de viajantes; cuatro jefes de las mejores juntas; tres de las banderías; Esther, la última de las viejas,<sup>[41]</sup> que había reaparecido la noche de los 65; Jose, vendedor del mercado, un hermano de Jaime que empezó a prevalecer cuando Jaime desconfiaba más y más; el bastardo Juanca y el traficante Joaquín, el dueño del depósito. La Nena en un rincón<sup>[42]</sup> trenzaba y destrenzaba sus famosos verdes. Jacobo, el consejero de la Casa, padre de la futura Madre del Hijo, era un personaje importante para la Larga pero no podía ir a un encuentro con más: nadie tenía que saber que era un largo y solamente se veía con Jaime en rincones casuales: los datos que le llevaba eran preciosos.

El depósito de Joaquín estaba en el barrio de Depósitos, cerca de la Puerta Cerrada, lleno de pieles de vicuña y llama: era riquísimo. Los veinte se sentaron sobre pieles, en redondo; afuera de la ronda, apoyado contra la pared de piedra, Juanca los miraba como si no quisiera verlos: Juanca sabía estar siempre en otra parte.

Cuando empezaron las palabras, Juanca se envolvió con la tela verde chala la cabeza y metió la cabeza entre las piernas. Jaime decía que el encuentro iba a ser un recuerdo para muchos tanto tiempo y el momento de decidir la vida de la Ciudad y las Tierras y la muerte de vulgos y personas. Jaime se había parado: agitaba los brazos, hacía muecas, para no distraerse se miraba la sombra en el suelo de baldosas. La luz llegaba por el techo de plástico verdoso y los verdeaba a todos: la sombra del soldado era de un verde enfermo. El soldado verde claro, altísimo, tan desperdigado, los hombros desparejos, les decía que hacía tantas estaciones y largos muertos que la buscaban juntos y que por fin era el momento de acabar la pelea. Los veinte lo escuchaban en las posturas del salto por lanzar.

Todos olían distinto: desde la declaración de mi padre Rubén, los largos habían dejado de usar el mismo perfume de confianza: por si acaso. Jose de mujeres estaba demacrado y bebía con la nariz adelante cada palabra: siempre buscaba qué saber y en cuanto lo sabía se volvía tajante. Raquel del mercado, a su lado, con las piernas pirámide, le clavaba en la rodilla uñas. Esther, la vieja, fruncía la cara para que se le abrieran los oídos: hacía estaciones que nada le parecía sensato. Jacobo de quintas, el reemplazante de Ana, era tan distinguido que no podía dejar de mirar la boca de Raquel para simular que nada le importaba. Jose, el hermano del soldado, le seguía la voz con movimientos de la boca, como si él lo hablara, y Joaquín, el de la bandería de no hay que pensar en la Larga, lamentaba haber aceptado la invitación para pensar en ella tan intenso: se aterraba. Los maestros son los que saben aterrarse con más gracia. Jaime decía que de ese encuentro tenían que salir con la decisión sobre el final de la pelea de la Larga.

—Es, digo, bien de roca, este momento.

Dijo, desde el fondo, el bastardo. No que lo interrumpió: quizá Jaime quería seguir hablando, pero hizo una pausa larga, como si esperara una respuesta, y entró Juanca. Seguía contra la pared, fuera del círculo:

—A veces se puede lamentar que no haya dioses.

Dijo, y los diecinueve lo miraron esperando una risa. El bastardo no se reía casi nunca y los miró muy serio. Jacobo de quintas pensó que el bastardo los despreciaba por esperar la risa. Más allá la Nena juntó las piernas con la mano en el medio, para restregarse. El bastardo insistía con la voz de tormenta: las gotas juguetonas.

—Es de pena: todo sería tan claro si tuviéramos dioses.

El bastardo hacía silencios largos: los gozaba. La voz debía ser tan de tormenta porque la boca era chica y se le acumulaba junto mucho sonido, antes de salir: se entreveraba.

—Pena que no hay dioses,<sup>[43]</sup> digo, sin las dudas. Si hubiera, la muerte de mi hermano Ernesto sería un signo.

Ahora sí pudieron sonreír. Salvo la Nena, sonrieron: el bastardo estaba sancionando la razón del encuentro: que el momento confuso tras la muerte de Padre era ideal para el golpe terminante. Jaime lo miró para pedirle su venia; cuando Juanca

le bajó los ojos, Jaime dijo que exultaba, que se habían reunido para eso y que escuchaba. El dueño del depósito, Joaquín, dijo que tenían que hacerle caso a Padre.

—Lo que dijo, digo, tan clarito: para que llegue el futuro hay que esperarlo sin moverse.

—¿Quietos, entonces, nos quedamos, pringaditos, y nos dan la Larga?

Dijo Raquel del mercado, con la risa tan limpia de algún diente, y varios se rieron. Quizás alguna vez había tenido dientes, pero no parecía. Joaquín dijo que sí, que Padre lo había dicho. Joaquín tenía muy poco cuello y doblaba todo el torso para doblar la cabeza: era bien sólido.

—Padre lo dijo, con palabra de Padre.

Dijo Joaquín, mirando sobre todo al bastardo. Que no lo miró.

—Raro cómo se escuchan las palabras ausentes. De padre siempre se escuchan las palabras ausentes, que no están: Rubén, pobre chico, nunca dijo que la Larga iba a llegar si la esperamos quietos.

—No, peor, dijo, digo: mucho peor. Dijo que el tiempo llega si lo esperamos quietos.

—Y nosotros estamos acá para cuidarle el tiempo, sin las dudas.

Remató Juanca, y el dueño farfullaba disculpas o pedazos de insultos.

—Acá para encontrar la victoria de la Larga, sin las dudas, estamos.

Dijo el bastardo, parlanchín, superfluo. Era raro que dijera palabras de más: debía tener razones fuertes. La vieja Esther repartía choclitos bebé con salsa de pescado y ajo; el dueño Joaquín salió del desconcierto para decir que le iban a manchar las pieles. El verdoso de la luz se iba poniendo amarillento: enchoclecido, también enchoclecido. Había calor. Jose, el hermano de Jaime, dijo que si Padre quería calma le podían dar caravanas de calma.

—Nos quiere quietos, digo, quietos. Quietísimos, podemos quedarnos: que no se mueva un pelo, un perro, un peco.

Jaime sacudió la cabeza como si el peco le zumbara con algún recuerdo. Dijo que claro:

—Podríamos, para que vea. Dicen: higo no es higo para el que no comió.

—Y le sería terrible, sin las dudas.

Dijo Jacobo, el jefe de la junta de jefes de quintas, el sucesor de Ana de quintas. Jacobo también era persona y nunca había hecho nada: empezó de oficial de la guardia, se aburrió y pasó a administrar alguna dependencia de la Casa que no le gustaba; después quiso ser maquinista fino, por tontear, pero no le salía. Al final se dedicó a ser lo más persona y cuidaba las tradiciones y costumbres.<sup>[44]</sup> Jacobo era bien bajo, espeso, oscuro, ancho, panza, todo como se debe: Jacobo era tan tan persona.

—Terrible, pobre Padre, viendo cómo nosotros de tan quietos nos ataca el hambre, la ruina, el tedio espeluznante. Él llora y nos morimos nosotros, digo: gran idea.



Contestó Juanca, que estaba desatado. Seguía contra la pared, formato negligente, pero los ojos le saltaban atentos y rechazó el choclo de la vieja Esther. Le caían las gotas de sudor de su nariz a su almendrita.

—Si la Ciudad se para<sup>[45]</sup> todos sufrimos, pero Padre se queda sin Ciudad, digo, y obligado a claudicar a nosotros.

Se defendió Jose, el hermano, que era claro de piel como su hermano pero menos alto, menos desgarbado, cejas más finas: no tan antiguo puro. Jose temía por algo todo el tiempo. El bastardo volvió a la carga; estaba desatado. Estaba tonitronante, taxativo. En realidad, bonito: la bola de nieve cayendo con cada vez más fuerza, rugiente, sibilante, apareciendo ya en el valle, redonda oronda enorme, cuando se carga desdeñosa todo lo que aparece y no recuerda, no puede recordar, no tiene la menor noción, ni por un momento registra que hace muy poco, en el principio, fue un cascote chico que rodó por azar hasta formar la bola. Así, fastuoso, soberano, lejano de sí mismo: Juanca. Que dijo, casi suave:

—Sirve la quietud para un poco, para apoyar otros ataques, digo, sin las dudas. Pero no para ganar la Larga en el final. ¿Sufrir más un Padre sin ciudad o un vulgo sin comida, digo, persona sin comida? Si empezamos la quietud completa tenemos dos salidas: o sufrimos del hambre y la pobreza y morimos del hambre y la pobreza, sin ganarla seguro, o nos rendimos antes y en la Casa se ríen de los largos estaciones.

Jaime había defendido la idea de su hermano pero no le contestó al bastardo. Jose era el hermano de Jaime y no la inversa. La Nena mordisqueaba un choclito y se manchaba la panza con la salsa de pescado y ajo: era bien gris, le gorgoteaba en el ombligo. Se lamía y miraba al bastardo como si no lo hubiera visto nunca. Raquel también lo mordisqueaba y dijo que tenían que aprovechar la confusión:

—Están tan débiles porque son nuevos, digo, están confusos. Brutal de sinforosos. Hay que aprovecharles la novedad, digo, tenemos. El Padre es débil...

Jacobo de quintas y alguno más intentó decir que Padre no era nunca débil pero el bastardo los calló con la mano. Raquel se corrigió:

—Está débil, digo, yo me entiendo. Es el momento, digo, la vez de matarle dos o tres consejeros y se queda patiperdido, digo: redifuso. Sinforosísimo se queda. Si le apretamos estos días la Casa lo achatamos, digo: lo achatamos y nos la tiene que entregar sin manchas.

Raquel hablaba tan tan vulgo. El bastardo se gustaba escuchándola; había abierto la boca y entrecerró los ojos: se rascaba el sobaco despacito. Pero Raquel del mercado quería volver a los tiempos de las juntas que mataban. A Jaime le interesó la idea: fue la época más alta de las juntas. Juanca lo disfrutó un momento, sin la voz de tormenta:

—¿No que no podemos matar a consejeros, Jaime, por lo que ya sabemos? ¿No que sería un peligro, digo, matar a consejeros?

Jaime se encogió: cuando el cuerpo largo se le encogía se le ponía más blanco y la línea de cejas le pesaba: lo desequilibraba. Un hombro todavía más alto, el otro

más bajo todavía. Varios le preguntaron por qué, por qué no.

—Por asuntos. Todos saben que hay cosas que se arruinan si las saben todos. Dicen: la vicuña nunca carga vicuñas.<sup>[46]</sup> De verdad, digo, de veras, sería muy peligrosa la idea de Raquel.

Jose de mujeres amagó preguntarle otra vez y se quedó callado. Seguía sin saber qué saber y seguía muy incómodo. Jose olía a pesar, pelos de vicuña, con un toque de clavo para hacerse lejano; olía a pesar porque creía que debía, dadas las circunstancias. Los largos se cruzaban todo el tiempo con deberes, o creían que se cruzaban con deberes: como si alguien se ocupara de dirigirles siempre la conducta. Como si por ser largos la tuvieran escrita. Les habían dicho que no podían saber: se quedaban callados. Disfrutaban del mérito de frenar sus impulsos: se sentían de los buenos. El calor apretaba desde el techo de plástico verdoso, amarilleado por el sol, en el vapor que subía de las pieles. La vieja Esther se había quedado sin choclitos y se enredaba los dos o tres pelos en el dedo índice: bizqueaba para seguir los pelos en el índice y tosió como quien se prepara. La vieja Esther era por ella pero sobre todo por la memoria de sus muertas; hablaba con la baba, como algunas viejas, como quien ya tolera descuidarse:

—Algo que no entiendan, digo, nos espera. Digo: tenemos que hacer más que nada esto que ellos no entiendan.

La vieja Esther creyó que se moría unos días después de la matanza de las ocho, tan temprano, y ahí se acordó de las viejas historias del tránsito. En lugar de lanzarse a una muerte por la Larga decidió prepararse para ir a morir al norte, en calma, sin los fuegos. Pero no encontró la manera de escaparse y tampoco tenía su muerte lo cerca que creía. La Larga, después de la matanza de las ocho, le pareció tremenda. Por estaciones se quedó tranquila, sola en su casa de arrabales, cortando telas para un traficante: acechando el olvido. Cuando la noche de los 65, no pudo más y fue a la plaza para buscar a sus viejas compañeras: el bastardo la reconoció, le dijo que se habían muerto todas y la invitó a volver, por recordarlas. De joven, Esther había cantado en dos tugurios hasta que un vidrio le recortó la gola; después malvivió. Había tenido para pensar un tiempo largo:

—Lo bueno es encontrar lo que ellos no entiendan, digo: les hacemos creer que todo lo que creían ya no sirve, y les ganamos.

Los diecinueve la miraban esperando la idea. La vieja Esther se regodeaba:

—Es fácil, digo, simple: ellos piensan que lo que hacemos nos convierte en otros, pelean contra otros: los confundimos todos.

La introducción se estaba haciendo larga. Jacobo de quintas, que olía a júbilo, cocción de colibríes con una punta de lapacho para hacerlo más tierra, tan correcto, torcía la nariz como si entrara un perro. Después miró la hora en su reloj de tubo. La vieja Esther se enderezó y se agarró con sus manos sus dos mamas tan chatas, con orgullo:

—Eso digo: algo que los confunda porque sea lo que no era en lugar de ser

mismo otra vez, digo, lo mismo y que para eso no sepan si creen lo que tienen que creer o creer otras cosas ahora...

—Claro, es lo que yo digo.

La ayudó Ruth, la nueva jefe de la junta de jefes del arrabal y las Tierras. Ruth era joven y maestra: solía viajar por las Tierras para enseñar unos trucos de cocción de perfumes que ella conocía como nadie: iba acá y allá, a una casa y otra y les enseñaba a practicarlo. Viajaba a pie: tenía las piernas sólidas como el tiempo de mi padre Ramón, mi padre. Ruth interrumpió a Esther para sacarla del atasco.

—Es lo que yo digo, digo, de roca, justo entonces. Darles lo inesperado: ¿qué pasa si en unos pocos días sacamos papeles y decimos en las plazas que nosotros, las juntas y el maestro Juanca, abandonamos la pelea por la Larga?

Al bastardo le gustó la idea. Otra vez miró a Ruth: las piernas tan anchotas, la cara hundida entre los hombros, el mentón avanzado, los deditos cortos: una mujer entera. Lástima la tela siempre al cuello, rota, lambetazos. Se sonreía, jugueteaba, siguió hablando:

—La Casa se va a quedar patidifusa y los vulgos van a levantarse contra la orden de dejar la Larga: no va a haber orden, más bien caos, y la Casa va a tener que conceder la Larga para calmar el despiporre, digo, si no son muy pánfilos. Es buena, digo: buena.

Jose de mujeres la miró y le miró otra vez las piernas tan rotundas. Se acomodó sobre la falda la tela rojo higo y pensó que era la suya:

—La Casa puede pelear contra las juntas porque tiene un orden, tenemos, digo: le resulta más fácil. Pero si nosotros lo dejamos, van a tener que pelear contra el desmadre: no van a poder, digo: mucho menos. Van a tener que darla.

A Jacobo de quintas le gustó también. Le pareció de una elegancia inesperada: iban a conseguir la Larga diciendo que renunciaban a la Larga. Estuvo a punto de decirlo; empezó a carraspear pero se olió su propio perfume y los ajenos y se gustó callado. De a ratos a uno le agarraba la emoción de la importancia: estaban decidiendo el final de la Larga, y los que estaban eran ellos. Después se les pasaba. Raquel torcía la boca como si se buscara los dientes: dijo que el plan de Ruth de arrabales era de engañar a los vulgos.

—No es engañarlos, digo: no. Es para conseguir la Larga para ellos.

Saltó Jose, con la voz de tajante.

—Y nosotros. ¿Usted no va a ser de esos cobardes que dicen que hacen todo por los otros, discurro: farabutes?

Dijo, ahora sí, Jacobo, tan tersura.

—Eso, lo que es, digo: de roca. Para conseguirla para todos. Engañarlos no puede ser porque es para el bien de ellos mismos.

Insistió Jose. Y Raquel escupió unos granos de choclito que le pegaron más arriba del tobillo: estaban al lado, les era muy difícil discutir o mirarse. Una cuarta, antes de la matanza, se habían fornicado y Jose se había quedado delicioso: de tan contento, le

regaló unas piedras de colores que no valían nada. Jose de mujeres siempre decía que conocía tan bien a las mujeres: Raquel estaba más que furibunda. Desde entonces, Raquel se le sentaba al lado y lo buscaba para buscarle una revancha. Joaquín el dueño sufría por sus pieles; el bastardo se bamboleaba a los costados. Otro Jose, el hermano, miró a su hermano Jaime que le dijo que sí con la cabeza. El hermano dijo que el plan era engañar a los vulgos y no se podía tolerar. Jacobo se rió un poquito:

—¿No dijeron ahora que cosas se pueden saber y cosas no, veamos: no es también un engaño?

Jose no le contestó. El plan de Ruth no convenía porque era la renuncia de las juntas, la entrega de la fuerza de las juntas. Raquel estaba airada pero no por eso:

—No puede ser para el bien engañarlos, digo: nunca puede.

A Juanca le gustaba la palabra nunca: le hacía acordar a la vieja Raquel, a una canción de Raquel, y le daba gracia escucharla tan lejos de su lugar más propio. Pero Jose estaba duro de furia, el cuello flaco y duro y los brazos flacos muy crispados y la cara flaca a punto de soltar un grito. Al bastardo le pareció que mejor se metía. Estaba tan dicharachero:

—La idea de Ruth es tan buena, digo, pero no se puede. Tan difícil va a ser guardar nuestro secreto: no se puede.

El bastardo los miró a todos, uno por uno, despacito. Los de las banderías estaban molestos porque no podían hablar: eran palabras bien distintas. Los jefes de las juntas chicas, invitados, podían hablar pero se callaban y escuchaban, felices de poder escuchar: impresionados. Alguna vez, cuando ya pudieran, iban a contar que habían estado en el encuentro donde se decidió el final de la pelea por la Larga, y que había estado Juanca: lo miraban. La vieja Esther seguía enrulando sus tres pelos, como si ahí estuviera el tiempo; Jose, el hermano, contuvo un gesto con los brazos de cubrirse. Jose de mujeres respiraba fuerte y trataba de contener algo; Jacobo seguía mirando la boca de Raquel, vacía de dientes, que fruncía mucho las cejas para no salirse de sí misma. El dueño Joaquín se levantó a buscar una cesta de higos y trocitos de chanco en un rincón; Ruth se había arrodillado y miraba a Juanca para ver su futuro. Entraba mucha luz, demasiada luz amarilla o verde, por el techo de plástico: el calor derramando. La Nena se había dormido de cara a la pared; el soldado Jaime seguía tratando de no mirarla y mirando bien fijo a Juanca, que estaba por decir algo importante.

—Es bien buena pero no se puede, digo: es tan difícil. En cuanto sepan que es la maniobra nuestra de abandonar la Larga, estamos listos, digo, sin las dudas. ¿Cómo le explicamos después a nadie eso?

Jaime asintió: le convenía que no. Jose de mujeres dijo con la voz muy medida que era difícil pero se podía: todos ellos se iban de Calchaqui unos días, después de dejar la novedad del abandono, para que no los confundieran y, más bien, porque quizás algunos les intentaran represalias.

—Por el abandono, digo, represalias. Hasta que entiendan, cuando ganemos, que

era para ellos: por el bien de ellos.

—Sería, sin las dudas, digo, pero no se puede.

Dijo el bastardo: cortó bastante seco.

—Entre nosotros está como siempre un espía. Siempre está un espía, digo, y nosotros acá sabemos que tenemos. Yo sé quién es, también, sabemos todo. Es bueno tener un espía, digo: sirve. Muchas veces es bueno porque va a contar a la Casa lo que espía y son puras tonterías: repavadas. Y otras veces se tiente y nos cuenta a nosotros de la Casa. Pero esta vez la nueva es buena demasiado, digo: demasiado.

El bastardo estaba desatado. Las frases le llegaban sin parar: las decía apoyado en la pared del fondo, sin mirarlos, y ni siquiera hacía tanto la voz de tormenta: el trueno despacito, a la distancia:

—Va a ser demasiado, digo, la nueva o novedad, y el espía va a correr a contársela a la Casa. Si la Casa sabe que el abandono es falso, nos revienta, digo: nos revienta mucho. También podríamos matarlo, sin las dudas: pensar que esta vez la nueva importa mucho y matamos al espía para que no la cuente. Se podría, digo: se podría. Pero en la Casa, hasta en la Casa se darían cuenta de que hay algo muy fuerte, sin las dudas, si ahora lo matamos. Y si lanzamos enseguida el abandono van a entender todo. La idea es muy buena, digo, muy muy buena, pero no se puede.

Tenían hambre y el sol pegaba verde o amarillo. De tanto en tanto uno recordaba que se estaban jugando todo: sus vidas, la Larga, lo que buscaron mucho tiempo. Jaime, para entusiasmarlos, para olvidar la idea del abandono, dijo que qué bueno que su hijo nunca tuviera que tener miedo de la muerte. No tenía hijo y lo había dicho muchas veces, pero Ruth de arrabal esta vez lo pensó: qué bueno que su hijo nunca tuviera que tener miedo de la muerte ni tuviera que preparar su muerte. Pensó que si lo hacían bien lo conseguían y le dio un mareo suave. Que su hijo nunca tuviera que tener miedo de la muerte. Pensó: nada más no tener que explicarle nunca qué era eso. No tener que ponerle su muerte en la cabeza. Solamente tenían que ganar, terminar de ganar la Larga: no era tanto. Sin pensarlo se paró, se sacudió los pelos de vicuñas y dijo que tenían que echar el resto:

—Ya estamos en el punto, digo: en el punto. El momento en que tenemos que jugarnos todo: lanzarnos, lanzarnos, atacar por todo.

Al soldado Jaime no se le vio sonrisa: supo disfrazarla. Había estado esperando que lo dijera alguien y ya estaba. Lo habían dicho: él pensaba que era el momento de lanzarse por todo y su hermano Jose no se paró pero dijo también que le parecía que era el momento. Jose de mujeres dijo que también. La Nena se revolvió y estiró sus piernas, despertada. Se revolviéron varios.

Mucho rato discutieron si lanzarse y el bastardo los miraba callado. Jacobo de quintas se oponía un poco porque decía que era torpe echar el resto sin estar muy seguros y que sería mejor encontrar una maniobra más sutil; Joaquín, el dueño, se oponía otro poco porque decía que una vez que los vulgos se hubieran desencadenado prepoteando iba a ser muy difícil reducirlos. El peluquero Jaime, el de la bandería de

que la muerte ya estaba y era esto, también se opuso porque decía que no era bueno provocar con la fuerza la cólera de Padre, y tosía para ahogarse. Pero a cada uno Jose el hermano le decía que eran riesgos menores, que eran riesgos pero valía la pena, que no podían seguir esperando que lloviera, y Jaime lo apoyaba. Otros encontraban razones para oponerse pero las descartaban: les daba más gustito acoplarse y creer que conseguían la Larga pronto: intentarlo de una vez por todas. Estaban bien famélicos.

No habían hablado mucho de cómo era lanzarse. Jaime dijo que todo estaba pronto: con días de preparación podían armar la fuerza para desarmar a los soldados, dominar la Ciudad y pedir lo que quisieran: Padre la iba a tener que dar. Dijo que iban a tener que trabajar mucho pero que era lo que esperaron tanto. Era tarde: había menos sol y el fervor subía. Juanca los había escuchado con la sonrisa desvaída: Jacobo creyó que se imaginaba a sí en la plaza del Mercado, subido a una tarima, anunciando que la habían ganado; Jaime temía algo. El soldado estaba hablando de los preparativos que podían empezar cuando Juanca dijo sin entusiasmo: sin mirarlos, como si no hablara:

—Me fascina lanzarse, digo: me daría tanto gusto. Pero nada que se gana con la fuerza se conserva sin ella, sin las dudas.

Hubo un silencio. Tal silencio que se oyó el roce de un muslo de la Nena contra su otro muslo y la Nena misma quedó sobresaltada, como quien trastabilla. Jaime se miró las manos antes de contestar: los dedos largos, encorvados, y los frotó contra los otros mirándolos, para buscar su tiempo. Casi cierra los ojos y murmura. Cuando los tuvo muy frotados levantó la vista y vio que todos lo miraban.

—Lo que no se puede ganar, digo, de otra forma, hay que ganarlo como sea. Dicen: con pistón o con válvula.

—Pero la fuerza atrapa: obliga a mantener la fuerza.<sup>[47]</sup>

Puede que de verdad lo pensara: el bastardo parecía convencido. Jaime le dijo sin decirle que le parecía que no tenían más alternativas y Juanca le dijo con todas las palabras que nunca era bueno elegir algo que uno no elegía. Jaime miró a los otros y le dijo que todos elegían. Juanca los miró y les vio la intención: querían lanzarse, estaban hartos o con ilusiones o tan fervorosos. Hacía demasiado tiempo que buscaban frenados: querían todo. Juanca se sonrió para sí y les dejó media sonrisa. Entonces Jaime se paró y se puso solemne.

—Para que sus ideas, maestro, digo, lleguen a su término. Dicen: una vez es una vez y otra vez son dos veces, pero una vez y otra vez y otra vez no son tres veces. Sabemos que es difícil, no sabemos que es fácil, pero estamos dispuestos: para que sus ideas, maestro Juanca, digo: por la Larga.

Juanca se paró también y se arrebujó la tela verde alrededor del torso. Creyó que iba a poder decirles que sí, que se lanzaran; que él se iba a deshacer por la Larga en la plaza del Mercado y que así la Larga llegaría seguro. Si lo decía los iba a detener por unos días. No sabía si decirlo y prefirió unas palabras sin ninguna importancia:

—Ya entiendo y eso espero y que me escuchen.

Dijo el bastardo y fue hasta la puerta del depósito de pieles de vicuña. Ya no hacía calor: estaba casi oscuro. Se iba o los dejaba. Varios brazos amagaron tenderse como para agarrarlo; Jaime los frenó y le dijo que sería con su venia.

—Maestro así se hará, bien por la Larga.

Todos gritaron, refulgieron. Juanca cruzó la puerta; la Nena le trotaba atrás.

Calchaqui estaba de su fiebre más hirviendo. En ningún momento, ni siquiera en esa discusión definitiva, los jefes largos habían tomado en cuenta que, con la Larga, estaba el riesgo de la disolución candente y emboscado. Los preparativos para el final no eran secretos: era parte de la pelea que la Casa los viera, que mirara desde la orilla cómo manaba el agua. Los jefes largos, Jaime más que nada, decían que no tenían que actuar como si pudieran ganarla sino como si ya la tuvieran ganada. No se había visto semejante conspiración en la Ciudad desde los días en que a mi padre Carlos se le ocurrió pelearse con los dioses.

Mi padre Carlos no estaba tan desesperado. Pero mi padre Alberto, su padre, había terminado casi todo. Cuando mi padre Alberto, el primer Padre, entró en la Ciudad, casi todo esperaba: hubo días sin el tiempo. La Ciudad se caía bien en ruinas, muchos antiguos se desperdigaban, la comida era poca y, como estaban fugitivos, no tenían el tiempo. Mi padre Alberto se lo tomó con calma.

Mandó traer la máquina:<sup>[48]</sup> mientras tanto, hubo un tiempo que no tenía maneras. En ese tiempo nada pasaba de verdad porque nada tenía dónde, hacia dónde pasar. El único nombre del tiempo era «en algún momento». Remolinos. Nadie sabía cómo era porque no era: nada más por chorros funcionaba, cuando mi padre lo necesitaba para ir haciendo la Ciudad. Era un tiempo muy bueno para mi padre Alberto: para poner las formas que iba a tener Calchaqui. La máquina recién llegó cuando tuvo un buen lugar para guardarla.

Mi padre Alberto era incansable; mi padre Carlos, su hijo, era magnífico.<sup>[49]</sup> Cuando mi padre Alberto murió algunos se aterraron un momento: la Ciudad estaba hecha por él, con sus soldados y sus pocos consejeros, con un tiempo difícil por tan parco, con las casas y calles a mitades, y podía muy fácil deshacerse en el polvo.

Mi padre Carlos no tenía sus cincuenta estaciones y ya resplandecía. Su cara era amplia, bien abierta: un palmo del mentón a los pelos y el mismo palmo entre oreja y oreja. Su nariz ancha, tan condorita, cazadora de cualquier perfume. Sus ojos bien hundidos, escondidos en sus intenciones, ocultos para mirar mejor, y su frente medida. Sus pómulos muy entusiastas, brillosos, y su boca sin algarabía: las aberturas nunca tienen que abrirse demasiado. Todo sobre su cuello de un guanaco.

Mi padre Carlos tenía las piernas tan bien concentradas: anchas, fuertes, cortas, le dejaban al torso casi todo el lugar de desplegarse. Las piernas no son necesidad de un padre. Piernas son para vulgos.<sup>[50]</sup> Y su torso y panza buscaba en los costados el espacio para todo él: era potente. Mi padre Carlos fue el que empezó el aspecto de

padres. Era tan ambicioso.

Me dicen mucho que Padre debe ser ambicioso. Hasta Jushila, a veces, me lo dice: ahora, por ejemplo, y que así tiene que ser mi tiempo. Lo malo de la ambición es que son tantas: nadie sabe cuál es la forma de satisfacer una ambición, y prueban. La mejor es fundar una ciudad: debe dar mucho gusto fundar una ciudad. Si no se puede tanta fuerza, puede ser: mandar un ejército en un desfiladero donde ojalá no caigan piedras; puede: traer el agua que salva la vida de un poblacho que no esperaba nada; puede: un enemigo que resista como nadie los tormentos y desafíe siempre más; puede: creer que el bien es algo que se hace y creer que se está haciendo; puede: tener en cacharros rosita los mejores perfumes de diez últimos padres, bien guardados; puede: el desprecio de cualquier tentativa; puede: la pachorra; puede: inagotable flujo de carnes de mujeres, hombres y cualquier animal, frescas, vivas, todavía en sus cuerpos; puede: el sacrificio de acabar una ciudad para que el siguiente pueda fundar otra. O para muchos la ambición de no tener ninguna, que es ambición tan desmedida. El problema es que prueban y casi nunca aciertan.

La ambición satisfecha es buena para todos; terribles son cuando capotan. Satisfecha, reparte la calma; capotada, trae pruebas y más pruebas, que capotan y traen otras pruebas y otras más y el tiempo se confunde con la ruedita donde da vuelta un cuis. Mi padre Carlos las tuvo todas satisfechas: era tan ambicioso. Tenía menos de sus cincuenta y nada le quedaba: mi padre Alberto había llegado a la Ciudad y después la había hecho; le dejó todo ya formado. Mi padre Carlos pasó con mi padre Alberto, su padre, los veinticinco días del tránsito que hacían entonces en una montaña cerca, solos, buscando. El cuerpo de mi padre Alberto se iba blanqueando al sol, asomando sus huesos y él comía hongos silvestres y buscaba. No sabía qué buscaba. Muchos ratos se acordaba del tiempo.

Cuando pasó la confusión de la llegada de mi padre Alberto y empezó a andar la máquina, la Ciudad recuperó su tiempo de antiguos. Éramos tan nuevos que usábamos la máquina para el tiempo de antiguos. El tiempo de los dioses de los antiguos era fácil. Habían inventado meses que duraban 28 días, porque la luna en ese tiempo aparecía, crecía y se escondía otra vez. Cada trece de esos meses, más o menos, decían que había terminado ese ciclo y empezaba el siguiente. Entonces todo pasaba de nuevo: las mismas fiestas, mismos días, mismo frío cuando era el frío y el calor cuando era. Las mismas vidas que volvían cada ciclo y todos muy tranquilos, porque nunca terminaba nada. Algunos dijeron que los tiempos tenían esa vuelta porque vuelven las estrellas y la luna y el calor y el frío casi siempre, y nada más pavada: ¿qué tiene que pagarle el tiempo de los hombres a ese tiempo aburrido de la nieve y el sol? ¿Por qué tendría que seguirlo a alguna parte?

Los tiempos que vuelven cada vez son un negocio pobre: a cambio de la tranquilidad de saber que todo vuelve, el tiempo se hace más y más corto: nada acorta tanto el tiempo como la reaparición de lo que ya pasó, que elimina de pronto lo que había en el medio. Cuando de vuelta llega la misma fiesta de ese dios, el recuerdo



más vivo es de la última fiesta, un ciclo antes, y parece que no quedara nada en medio. Mi padre Raimundo, el del serrallo, decía que si volvía a fornicar de la misma mujer o el mismo hombre, en ese momento desaparecía todo el tiempo entre esta fornicación y la anterior: por eso su serrallo tan grande. Los antiguos aceptaban el negocio por miedo. El miedo era que algo no empezara: que un ciclo no empezara y nunca más. De eso se les ocupaban los dioses que tenían. Tenían muchos, además del Perro.

El cuerpo de mi padre Alberto, primer Padre, estaba despatarrado sobre una piedra ancha. Sentado, mi padre Carlos miraba cómo las carnes agrisadas se le volvían tiritas, grumos y gusanos: diversión de esos dioses. Bajo el sol, sobre la piedra, el camino de las carnes era lento y seguro. Sus orejas famosas empezaban a resolverse en un agujero; el blanco de los huesos se le imponía de a poco. Carlos los miraba y llegó a ver los movimientos tan despacio: la fuga de la carne. Carlos tenía que cuidar que los pájaros y zorrinos no lo mordisquearan: era su tarea. Mi padre Alberto, su padre, había entrado a la Ciudad y le había dado formas, pero sus dioses lo transformaban en grumos y titritas. Carlos creyó que no quería a esos dioses.

Sus primeras provocaciones fueron pavas. Después de declararse Padre, Carlos sacó de la Casa, que no era esta Casa todavía, dos estatuas del Perro. Después mandó hacer una estatua del Rayo, que no aceptaba estatuas. Después un día se disfrazó de Lluvia y disfrazó de Lluvia a varias mujeres de la Casa: se llenaron el cuerpo de motitas brillosas y se pusieron sobre las cabezas unos cuencos que chorreaban un hilito fino de agua con olores. Recorrieron la Ciudad por las calles más llenas gritando «¿dónde está mi fuerza, dónde está mi fuerza? Yo antes era tanto y ahora tengo miedo de Carlos, tanto miedo de Carlos»: como si hablara la diosa de la Lluvia, y los que pasaban se reían bastante. Los dioses atacados no hacían nada.

Mi padre Carlos organizaba instituciones: puso a funcionar a las biógrafas, achicó el Mercado de Perfumes, distribuyó las cerbatanas mecánicas a todos los soldados. Tenía cincuenta y dos estaciones, diecisiete veranos, y era majestuoso: nunca nada le había rebotado y seguía despacio con su plan. Una tercera pasó él mismo con soldados por todas las calles de Calchaqui y en cada casa pedía las estatuas y dibujos que tuvieran de todos los dioses que manejaban agua: otra vez la Lluvia, el Gran Pescado, las Orejas de los Vientos del Este, los de Fuentes, el Rayo, las Cuatro Fuerzas de otros Ríos. Los iban poniendo a lomos de vicuñas: en un rato había doce cargadas resoplando. La cuarta, la fila de vicuñas se fue hasta la plaza delante de la Casa, descargaron todos esos dioses y los metieron en una casita que había al costado, donde solían pedir aguas los antiguos. Les prendieron fuego y los quemaron hasta la primera. En el suelo quedó un enchastre de cobre derramado, carbón pringoso y mucho plástico rojo: todos estaban aterrados de que no lloviera nunca más. Hubo días de zozobra. Mi padre Carlos había elegido una época seca, para dar dramatismo a la batalla. Cuarenta y tres días después, cuando llovió, Carlos corría por el mercado salpicando a todos y gritando basuras. Dicen que nunca estuvo tan alegre.

Y seguía con sus bravatas casi pánfilas. Se hacía meneos magníficos, también con monos y mulitas, delante de una diosa Bola que daba la fertilidad. Escupía todo el tiempo para arriba. Le hablaba al dios de las Montañas en un idioma que se había inventado, imposible, para molestarlo. Era chiquitaje: el día terminante fue el del Perro.

El día del Perro empezaba con el paseo y terminaba con comida y cocciones. Era un proceso: la primera, muy pronto, la estatua grande del Perro paseaba por la Ciudad en andas de dieciséis aceptados, sobre una plataforma. Los hombres y mujeres se paraban a los costados de la calle. Todo era silencio y cada cual llevaba su perrito en brazos para que viera desfilar al Grande: era el día de querer más al perrito de cada. Después soltaban los perritos, que corrían a la plaza de la Casa a comer de un caldero de gallinazos que les preparaban; los hombres y mujeres les dejaban la plaza para ellos y se repartían por el mercado y comían y bebían lo que Padre pagaba. Cuando el sol se ponía cada cual iba a buscar su perro y había gritos hasta muy tarde, llamándolos, y algún lamento: era la música del Perro, que hacían entre todos. Ese día sucedió distinto.

Mi padre Carlos se puso una piel blanquiparda, como Perro, y se subió a la plataforma para que lo pasearan en lugar de la estatua. Nadie se atrevía: tuvo que meter a sus consejeros, oficiales y hasta cuatro mujeres para que lo cargaran. Carlos iba sentado sobre pila de perritos dopados, que se movían como sauces y cada tanto crujía alguno, descoyuntado: a veces le sacaba a uno un ojito, una lengua, la pata de un mandoble. A veces se metía el pedazo en la boca y lo mordía: después se lo escupía a los que lo miraban pasar con su piel blanquiparda. No creo que le gustara: era por la pelea. Detrás de la plataforma caminaban soldados: les sacaban a sus dueños de los brazos perritos y los pisoteaban mismo ahí. Varios se resistieron y los soldados tenían permiso de hacerles lo preciso. No creo que a nadie le gustara. A veces las peleas son de disgustar. Otras no, y siempre se discute: si una pelea que disguste, triunfante, sigue siendo buena. Y una que guste, derrotada, qué. Lo peor es una que guste triunfadora:<sup>[51]</sup> es desgraciada.

Perro era humilde: era el dios más querido de los antiguos porque era humilde, y de tan humilde había creado a los hombres. Pero no podía ser tan humilde para dejarse reemplazar por uno. Siempre había dejado que sus imágenes de carne, los perros, fueran humildes y maltratados por los hombres. Pero no podía ser tan humilde para dejar que los pisotearan y mordieran en el día de ellos mismos. La Ciudad en la calle, callada, aterida, esperaba una respuesta. Por las dudas o el miedo nadie comió en el mercado las comidas y cocciones magníficas que pagó mi padre Carlos: muy pocos, casi nadie. Esperaban la vuelta.

Pasaron días y no pasaba nada. Cuando pasaron veinticinco llovía con desmanes, tan violento, y Carlos decidió que al día siguiente iba a hacer sol y él iba a hacer la última pelea. Hubo sol.

Soldados pasaron la segunda recorriendo Calchaqui y convocando a la explanada

de la Casa: los antiguos que quedaban recordaban el día de Jorzalo. Los demás no querían pero fueron: más por curiosidad que por las amenazas. Se decían rumores de que llegaba algo definitivo. Cuando empezó la cuarta la plaza rebosaba.

Mi padre Carlos había mandado hacer una tarima. Mi padre quiso que no hubiera aparato: faltaba la música, soldados, los consejeros; ni sus animalitos tenía cerca. Sobre la tarima estaba solo, desnudo en todas partes, y había decidido hablar bajito. No necesitaba que lo oyera nadie: hablaba para el Perro y otros dioses, con todos por testigos. Decía las palabras de a una: después de cada, una ola se hacía entre los hombres y mujeres que se repetían la palabra de adelante atrás. Las cabezas se daban vuelta una tras otra: como un viento. Las cabezas volvían y se preparaban para el siguiente chicotazo. Las palabras llegaban al fondo parecidas;

—No...

—Dice que no, que no, que no, que no, dice que no, que no, que lo, que yo.

Se iba desparramando.

Al cabo de un rato había dicho, tan despacio, que «no nos pueden defender unos dioses que no saben defenderse: son de pacotilla». Los hombres y mujeres se agitaban inquietos, pero no podían comentarse ni pensar casi, porque perdían palabras. Otra frase dijo que «el tiempo de estos dioses vale tanto como ellos: nada nada». Muchos esperaban una invasión de perros fieros o que algo cayera de alguna parte de pronto sobre sus cuerpos asustados. No llegaba. Padre dijo, de a una, que «no los necesitamos, a su tiempo ni a ellos. Desde ahora, yo, como Padre, decidiré del tiempo».

Dijo: del tiempo. Era el desafío más tremendo y la derrota aparecía. La derrota sólo puede llegar si aparece desde antes: nunca es inesperada. Hubo terror. Nunca un jefe se había metido con los dioses así: tan luego el tiempo. En un rincón de la plaza se oyó el ladrido de un perrito y quince o veinte vulgos y personas murieron aplastados tratando de correr. Otros no estaban muertos y gemían. Otros trataban de gemir y les brotaba sangre por la boca. Nadie vio al perrito. Había ese olor a carbón mojado de los huesos que se quiebran y pedazos de piernas se doblaban en posiciones muy dudosas. El perrito ahora no se oía. Todos habían corrido. Mi padre Carlos los miró con desprecio: de a poco, avergonzados, los hombres y mujeres enteros caminaron de vuelta a donde estaban. Mi padre Carlos los miró con desprecio y despacito, de a una palabra, fue diciendo su tiempo.<sup>[52]</sup>

Su tiempo era tan simple. Carlos dijo que todo sucede ahora, todo el tiempo, pero el caos esconde muchas cosas. Todo sucede todo el tiempo pero casi siempre está tapado por el caos, y parece que no. Todo sucedería todo el tiempo si no fuera por la falta de orden. Si aclaramos el orden, dijo mi padre Carlos, un orden que también está sucediendo todo el tiempo, la Ciudad va a ser la plenitud. Carlos, dijo, nada más tenía que darle a todo el orden necesario para manifestarse.

La vida de Calchaqui fue feliz. En cada momento había una fiesta, trabajo, chupaditas,<sup>[53]</sup> un poco de hambre, muerte, de los demás, guanacos, ese tajo en el

hombro, plumas amarillas revoloteando en remolino a la altura del ombligo de una mujer alta. Mi padre Carlos caminaba por la calle, feliz, y ordenaba que se manifestara esto o aquello. Como los dioses no volvieron a molestar los fue olvidando. Los demás los recordaban con un poco de cólera: es de vulgos odiar a los que te ganaron antes, una vez que te das cuenta de que perdiste porque no sabías ganar.

—No saben defenderse, sin las dudas: necesitaban que los defendiéramos y nosotros podíamos defenderlos porque no tenían enemigos o eran tontos: sus enemigos. Esos dioses no saben defenderse. Cuando nosotros fuimos sus enemigos los podíamos haber defendido, pero era muy difícil.

Le decía Carlos a su amigo Jacobo. Jacobo era como Carlos: muy joven, patiocorto, ancho, tan bonito. Jacobo era tan orgulloso como Carlos. Mi padre Carlos lo quería mucho porque Jacobo no tenía más remedio que quererlo y Jacobo lo quería mucho pero lo odiaba siempre más, con su dolor de sí: era magnífico pero nunca sería un padre. Yo no creo que Jacobo fuera un hermano de Carlos, un hijo de mi padre Alberto, aunque en esos días las reglas eran más confusas. Paseaban juntos y Carlos iba ordenando el orden en Calchaqui: muchas veces ordenaba que la muerte de tal se manifestara en ese momento, y alguien tenía que hacerlo. Muchas veces Jacobo. Creo que mi padre Carlos estaba así, un poco demasiado, porque les había ganado a los dioses, que era fácil pero nadie sabía que era fácil. Desde él, padres sabemos que la fuerza mayor, la más perfecta, la única digna es la que no se usa. Yo puedo matar a cualquier quisque: si lo mato es que alguien duda de que puedo; que yo dudaba de poder. Sólo preciso hacer lo que no sé si puedo: si puedo, para qué, aprendimos desde Carlos, pero Carlos era nuevo y majestuoso y usaba la fuerza todo el tiempo: ordenaba los órdenes y era el más feliz. Morirse no le interesaba casi nada.

Pero se puso tan monótono: mataba a demasiados. Mi padre Carlos era magnífico y estaba magnífico porque los dioses le habían sido tan fáciles: matar no le costaba. Cada vez más descubría que el orden del tiempo era que se manifestaran muertes de sus amigos y consejeros y oficiales; muchas veces de las mujeres y hombres cuando los fornicaba. Los pasillos de la Casa de entonces y las calles de la Ciudad se vaciaban cuando pasaba Carlos: huían los que podían. Hombres y mujeres murmuraban que ahora entendían el miedo de los dioses y su amigo Jacobo le dijo una quinta, con cuatro mujeres maravillosas por lo viejas despatarradas en la tarima, muy manchadas, después de fornicarlas bien mezclados, que le habían pedido que le dijera que por ser él, Carlos, el segundo Padre, vencedor de los dioses, tan magnífico, iba a poder vivir toda una vida larga, interminable, y le clavó un cuchillo con piedras en la oreja izquierda. Jacobo lloraba, como si matarlo le hubiera dado pena. Sobre la tarima, detrás de las piernas de colgajos de una vieja, mi padre Félix, el hijo de mi padre Carlos, que tenía veinticuatro estaciones, los miraba con cara de fruncir el ceño: no entendía. Su amigo Jacobo lo había llevado para que viera pero no entendía. Así empezó, para nosotros, padres, la vida larga:<sup>[54]</sup> para matar a Carlos.

Nadie sabía dónde estaba Juanca y casi nadie sabía que lo ignoraba. De la Nena tampoco. Muchas veces alguien está calmo porque cree que otros saben lo que él no: otros saben por él y es igual que saberlo. Pánico es cuando todos saben que no lo sabe nadie. Que el bastardo desapareciera fue la señal: el soldado Jaime dijo que el levantamiento tenía que empezar antes de que los vulgos y personas supieran que nadie sabía dónde estaba, que se había ido. Los jefes de las juntas entendieron. Una vez empezado todos iban a esperar que él apareciera en el final, con ella. O ya nadie iba a pensar en él, en medio de las bataholas y alharacas. O si pensaban iban a encontrarse con que no les servía porque ya estaban en medio de las bataholas y esas alharacas y tenían que enfrentarse y no pensar: era lo bueno.

Dos días fueron frenéticos. Al final del segundo todo estaba bien armado: la revuelta iba a lanzarse con el sol del siguiente.

Los jefes largos, con sobre todo Jaime, estaban encerrados en el depósito de maíz de Jose, al lado de la puerta del Sur, y hacían creer que se iban a quedar. Pero el plan tenía más metisacas. Nadie sabía muy bien cómo se hacía una revuelta: nunca habían hecho. Cuando alguien no sabe qué tiene que hacer es bueno hacerse planes muy complejos.

La agitación era rumbosa. Del depósito entraban y salían largos todo el tiempo: más cosas llevaban los que entraban. Hasta la cuarta todos los jefes estaban en el depósito, caminando sin parar entre granos o sentados: llegaban largos que les confirmaban que un grupo estaba en una casa listo, que veinte cuchillos estaban en otra casa listos, que más de la mitad del mercado estaba pronta, que unos tambores no llegaban, que por sirvientes de la Casa se sabía que había mucho movimiento adentro, que por personas de la Casa se sabía que mi padre Rubén estaba más bien desconcertado. Ningún informe hablaba del bastardo. Los largos tenían que contarle nada más a sus jefes, pero se cruzaban y se demoraban diciéndose las novedades: las voces les temblaban unas veces y otras se hacían los misteriosos: se callaban. Entonces los otros los miraban con envidia o con bastante pena. El sol se había acabado y las cinco lámparas de gas les daban poca luz: las sombras les daban más placer. Eran siluetas. Eran largos pululando tan cerca de la Larga. Nadie se quedaba solo o inmóvil o callado: todos se agitaban todo el tiempo porque la revuelta estaba tan llegando.

En medio de la quinta, después de caer la luna, cuando la oscuridad fuera más bruta, el soldado Jaime, Jose de mujeres, Raquel del mercado, Jacobo de quintas, Ruth del arrabal y las tierras y Javier de viajeros, la plana mayor, saldrían del depósito por una puerta chica, con las caras casi tapadas: nadie los vería. Caminarían y cruzarían la puerta del Sur, que habría quedado sin guardias; del otro lado de la puerta, en arrabales, en una casa sin luces, Jose de mujeres se juntaría con un grupo de quince muy aguerridos: desde ahí tendrían que atacar la puerta para que los soldados no pudieran cerrarla cuando empezara la batahola en el depósito de maíz.

Entre tan poca luz, sin neblina, sin fríos, el resto de la plana seguiría su camino

pegadito a la pared de la Ciudad, por afuera: por ahí no habría peligro de encontrarse con una guardia de soldados fieles, que sí podría aparecer en las calles de adentro. Por la puerta del Este, donde la guardia sería del todo larga, volverían a entrar a la Ciudad y caminarían rápido pero mostrando calma, poco rato: hasta la casita de un antiguo muy cerca, donde se esconderían hasta que el sol saliera.

Nadie sabría que estarían ahí. Todos creerían que los jefes seguían en el depósito de maíz, donde las idas y venidas no pararían con la noche. Al contrario: aumentarían, se pondrían febriles, aunque algunos tuvieran que entrar y salir sin ningún motivo, sólo para que los espías de la Casa que seguro habría pudieran informar que la revuelta seguía su inicio turbulento y que los jefes seguían armándola desde el depósito de maíz con luces tan suavitas. Los espías informarían a la Casa y alrededor del depósito seguirían apostándose los mejores soldados, bien fieles, muy armados. La Casa pensaría que la burrada de los largos levantándose sería la gran ocasión para acabarlos de una vez.

Un rato antes del sol se oirían ruidos fuertes, bastante metálicos, adentro del depósito y algunos gritos. Javier, el jefe de los soldados de la Casa, consejero menor de Vulgos, creería que la revuelta estaría por lanzarse y atacaría enseguida: querría sorprenderlos y hacer rápido porque no tendría mucha confianza en que todos sus soldados pelearan ardorosos contra sus propias ganas de la Larga. No tiraría fuego al depósito porque temería incendiar la Ciudad, pero tendría controladas sus puertas de forma que nadie podría salir: los largos no podían lanzar la revuelta sin salir a la calle. Javier pensaría que como militares los largos eran muy malos para encerrarse así y después pensaría que era sensato que como militares los largos fueran tan malos porque no eran más que revoltosos sin saber de la guerra. El consejero Javier se sonreiría un poco disfrutando de antemano y hasta se permitiría que le diera un poquito de pena y desazón por tanto desperdicio y después se llamaría al orden y serio recorrería una vez más las filas de sus soldados: para darles aliento.

El control sería sin fisuras. Cada tanto, un largo elegido y bien ansioso haría como que trataba de salir a la calle para que flechitas de los soldados lo mataran muy rápido. Cuanto más tarde más rápido, porque habría más luz. Los largos se pelearían para ser el que salía y lo elegirían por sus méritos, el tiempo en la Larga, su belleza, la labia, sus parientes. Se pelearían porque ese que salía y caía bajo las flechitas sería uno de los últimos héroes de la Larga, justo antes, y los primeros en empezar con ella: los que mostrarían el camino. A cada largo que saldría lo despedirían los de adentro con caricias y harían todo lo posible por mostrarle envidia: muchos de verdad. También lo mirarían curiosos, porque siempre se mira curioso a los que están entrando en su muerte: justo entrando. Jose, el hermano del soldado Jaime, que habría quedado como jefe de los largos del depósito, los elegiría con la dedicación, por orden. Así mantendrían a los mejores soldados de la Casa alrededor el mayor tiempo. Los soldados intentarían un ataque pero no podrían; y más tarde, cuando ya los soldados no pudiesen creer que los largos no intentaran aunque sea una salida, los

largos intentarían una salida algo desesperada con bastantes gritos donde era bien probable que se murieran muchos y se fueran derecho a mostrar el camino. Para entonces, con el tiempo ganado por ellos, el resto de la revuelta estaría más que lanzada.

Los ataques de los quince aguerridos de Jose de mujeres a la puerta del Sur, justo detrás de las filas de los soldados de la Casa que rodearían el depósito, no tendrían su utilidad en la pelea pero serían muy buenos para convencer al consejero Javier. Javier no habría creído si los largos hubieran pretendido que estaban todos adentro del depósito: habría sospechado algo. Así que los quince irían apareciendo de a tres o cuatro por detrás para atacar con unos gritos y tirarles con algo y después volverse al arrabal lo antes posible. Cada vez se moriría alguno y eso tranquilizaría a los soldados, que no podrían perseguirlos porque estarían demasiado preocupados en no dejar que nadie saliese suelto del depósito, por miedo de que pudiera ser un jefe muy importante de la Larga. Pero los importantes ya habrían lanzado la revuelta en otra puerta.

En la gran puerta del Este, muy temprano, justo antes del sol, justo después de los ruidos fuertes y los gritos en el depósito de Jose de maíz, la guardia que sería de largos se iría y llegarían, desde la casita del barrio de Antiguos, muy cerca de la puerta, los jefes de la Larga. Con sobre todo Jaime, los jefes de las juntas y otros cincuenta largos que habrían esperado en otras casas cerca para llegar en el momento. Ahí, bajo los arcos de la puerta, con el sol ya entrando bajo a través de los arcos, los jefes y cincuenta se pararían en un círculo, con Jaime en el medio, y Jaime gritaría tres veces «la Larga» y tres veces le contestarían «para todos». Entonces se abrazarían, se felicitarían y empezarían a caminar sin dejar de gritar ni un momento por la gran calle del Este, que lleva de la puerta a la Casa, despacito: gritando todo el tiempo.

Haría fresco y los sauces de la gran calle estarían brillosos de rocío. Cuando empezaran los gritos y algazara, muchos saldrían de sus casas y muchos se meterían en sus casas: sería bueno. Se meterían en sus casas los que estuvieran en contra o miedosos o dubitativos de la Larga, que podrían molestar los avances, y saldrían de sus casas los que estuvieran muy fuerte por la Larga y se juntarían al grupo de cincuenta y los jefes y el soldado Jaime y ayudarían los avances, y también saldrían de sus casas muy pocos que estuvieran muy en contra de la Larga y a favor de padre Rubén y tratarían de parar los avances y de verdad molestarían a los pocos soldados que al principio llegarían a tratar de parar en serio los avances. A poco de caminar serían cien, y después de otro poco doscientos diez, y así cada vez más: serían una masa de gritería y alharaca y la revuelta estaría mucho más que lanzada: efervescente.

Caminarían por la gran calle del Este, ancha, embaldosada, entre los sauces, con la luz lila del sol recién salido, los jefes y otros largos y muchos que se irían juntando. Habría tensa algazara: felicidad y gozo pero también la idea de que vendría pelea. A la altura de los talleres, a la mitad del tramo, aparecerían los primeros músicos con

tambores y algún jefe trataría de explicarles que no sería solamente un paseo y que mejor dejaran el tambor y trajeran un arma pero sin mucho énfasis, como para que siguieran tocando y encresparan los gritos. Después o justo entonces se acercaría chiquitos y algunos vulgos los mirarían con pena y otros con alivio, porque sería más difícil atacarlos si se juntaran muchos. Caminarían despacio, con círculos, con los pies arrastrados, con las idas y vueltas y pasos de una danza. Irían frenando el tiempo para dejar que más aparecieran: unos enterados y con sus caras de fiereza bien dispuestas; otros con la pregunta, sin saber muy bien qué pero intuyendo; algunos con mirada de nada como si fueran a otra parte; otros caminando a los costados como quien no se fía y tantea los peligros. Cuando hubiera de estos ya serían incontables.

Al llegar a la esquina donde empieza el barrio fino, cuadriculado, limpio, ya verían muy claro con el sol en la espalda los brillos de la Casa, adelante, firme, y los primeros movimientos de sus guardias. Los jefes ya no caminarían al frente: irían en el medio, rodeados, protegidos, y algunos de los de confianza tendrían que recorrer entre los vulgos y personas para escuchar y controlar los gritos. Casi todos gritarían todo el tiempo por la Larga; otros, más allá de algún silencio, gritarían por Juanca y nadie les reprocharía: los de confianza tendrían que gritar y hacer gritar por Jaime sin que sonara falso. A esa altura también habría animales. Largos prevenidos se subirían a los sauces resbalosos de la calle para mirar los movimientos de la Casa, escrutadores, y uno gritaría una alarma falsa que provocaría corridas; después diría que no, que no vio nada incontenible. Y más se subirían y uno tan pesado, mal elegido, que un sauce se caería con él sobre la calle y aplastaría a dos mujeres: muy deshechas, las llevarían en andas, de estandartes. Pájaros grandes y caranchos les revolotearían con graznidos. Largos previstos cantarían la canción preparada y todos se unirían:

«Esperar, esperar,  
ya esperamos.  
Y ahora vamos vamos vamos  
caminando.  
Por la Larga los largos  
vamos a la vida;  
por la muerte los vivos  
vamos a la Larga,  
y nadie  
nadie nadie  
parar nos puede.  
Y si un padre, si Padre  
no la quiere, nosotros  
no lo queremos, nosotros  
somos padres de Padre.



Ya llegamos.»

Algunos se espantarían, pero pocos: en medio de la algazara tensa, todos o casi todos cantarían la canción que los uniría por la Larga y contra Padre. Los personas cantarían equivocado: solemnes, afinadísimos, con el cuerpo demasiado duro, pero es como son ellos. Los vulgos darían los buenos saltos y el tono de chillido de los gritos: la amenaza. En ese punto, ya llegando la calle grande al barrio de Personas, se darían cuenta de que estarían unidos en un canto imprevisto, incluso contra Padre si fuera necesario, y les daría escalofrío y las partes del júbilo. Una vieja colgajada de grasas, majestuosa, se descoyuntaría en un soponcio.

De tanto en tanto, por momentos, sin un plan ni entusiasmo, un grupo chico de soldados se pararía en la gran calle y haría como si intentase detenerlos: no podría. Los soldados estarían pensando en algo de su infancia y alzarían las armas muy poco convencidos. Huirían unos cuantos y muchos se mezclarían y seguirían gritando y caminando. Muchos, entonces, vulgos sobre todo, se habrían sacado las telas de los cuerpos y las revolearían con los brazos estirados, sobre sus cabezas, a manera de armas con maldad moderada. Las revolearían y harían con ellas una forma de olitas de tantos colores, más que nada verdes: como si todo estuviera hecho para alguien mirando, un espectador sentado arriba. Como tantas cosas, partes de la revuelta solamente serían para un espectador sentado arriba. Las telas revoleadas harían su ruido de cortar el aire, su chillido, y dejarían en el aire cortado un olor que sería sobre todo de sudor de maíz: olor a vulgos. Tantos habrían salido de sus casas apurados, sin saber qué perfumarse: sin saber dónde iban. Lo bueno sería que muchos caminarían sin saber bien adónde iban pero dispuestos a ir a ese lugar y también más allá y convencidos de que todo estaría en ese momento por llegar: sería gozosa la mirada de esos.

Después habría como un oh general, como un suspiro: Jose de mujeres llegaría extenuado, con jirones de piel colgándole del cuerpo, tiznado, para decir que todos sus largos que hostigaban por atrás a los soldados del consejero Javier junto al depósito ya habrían muerto y que él mismo habría estado a punto de morir pero que pensó que tenía la obligación de sacrificarse para ir a avisarle a Jaime del final de ese grupo y que su hermano Jose no podría resistir mucho más en el depósito y que los soldados del consejero vendrían para la Casa. Javier de viajeros le preguntaría si cuando dijo que todos sus largos se habían muerto quería decir también Jose, su hijo, y Jose de mujeres no lo miraría casi y le murmuraría que había dicho todos.

Entonces caería sin aliento y los jefes no podrían parar para atenderlo pero le pedirían a cuatro largos circundantes que se lo llevaran alzado y le buscaran agua. El soldado Jaime y los jefes entenderían que si no apuraban la marcha hacia la Casa correrían riesgos de que volviesen los soldados distraídos por la mentira del depósito y que de todas formas volverían porque ya debían saber, pero que tendrían que apurarse. Gritarían a todos que apurasen, y muchos los mirarían sin saber qué

creerles, porque ya serían demasiados. Sería uno de los momentos más cruciales: el de tener que manejar una cantidad crítica, bastante grande como para cumplir con la revuelta y bastante grande como para no cumplir con órdenes o planes.<sup>[55]</sup> Tendrían que desmelenarse y acrecentar esfuerzos. Seguirían caminando. Estarían tan cerca de la Casa. Muchos intentarían unas charlas que se acabarían cuando se distrajera uno: los dos estarían excitados, tomados por la Larga, y se hablarían para descansar, de tonterías. Se dirían dos o tres cosas y después uno no contestaría una pregunta que el otro no le repetiría y seguirían gritando, más tomados que antes por la Larga. Unos pocos verían en el costado derecho de la calle grande la casa del consejero de Máquinas, feroz contra la Larga, y le hundirían la puerta para matarle a alguien: subiría el entusiasmo. El consejero saldría a su terraza con cara de aterrado y les diría que está con ellos con sonrisa meliflua: le tirarían cascotes. Unos chicos entrarían en su casa y volverían con la nariz embadurnada de dulce de zapallo.

El plan de los largos también se haría cargo de lo inesperado: no podría llover, porque no era época de lluvias, ni podría aparecer de pronto el Padre porque no era sensato; si saltaran trifulcas en la caminata entre grupos distintos habría largos preparados para desarmarlos; si llegaran guardias fuertes desde las calles laterales habría grupos de largos para retenerlos; si alguien gritara por el Padre nadie lo escucharía en medio del jolgorio por la Larga, y si les cayeran flechitas y mataran a alguno levantarían el cuerpo y se lo llevarían de estandarte. Casi sin darse cuenta, caminando y gritando y revoleando, enarbolando, llegarían a la explanada de la Casa.

La Larga y la revuelta estarían en su punto de encontrarse: en el perfecto. Los vulgos y personas ocuparían entera la explanada y gritarían: desde arriba de las paredes y desde las ventanas y las terrazas de la Casa los guardias que quedaran adentro los mirarían con cara de extrañeza; otros con desafío, pero tonto. Desde ahí las posibilidades serían varias.

Los largos, personas y vulgos, ocuparían la explanada. La Casa tendría que hacer algo: no podría quedarse sitiada por sus propios. Quizá los soldados podrían hacer algo sin control: en la Casa habría poco control y muchos soldados, desorientados o miedosos o convencidos de la Larga, tratarían de salir a la explanada para unirse a los largos y deberían pelearse y matarse un poco con los soldados fieles: desde afuera se escucharían los gritos y los choques y habría incluso momentos de silencio para tratar de adivinar el resultado de la pelea que tanto aclararía. O podrían tratar de salir a la explanada casi todos y no habría pelea, a lo sumo escaramuzas en que los fieles serían deshechos fácil por los soldados que saldrían y entonces aparecerían brillantes en la explanada y personas y vulgos los recibirían con el mayor grito y el soldado Jaime se adelantaría hacia ellos, despacio, majestuoso, para recibirlos en la revuelta y en la Larga. Unos pocos soldados fieles quedarían, seguro, adentro de la Casa: serían tan pocos, desorientados, vagando por la Casa a ver quién los comanda.

Para entonces el consejero Javier ya sabría que su cerco habría sido un engaño de

los largos y su propia tontería y quizá descubriría que tras su bruto error su única salvación sería darse vuelta y unirse a la Larga y que Padre perdiera para que no pudiese castigarlo, así que se pondría con sus soldados a disposición de Jaime y los jefes para darle a la Casa el golpe del final. Algunos de sus soldados no lo aceptarían y habría que deshacerlos en el momento mismo y para que no complicara las cosas al consejero también sería fácil acabarlo por el recuerdo de los otros: porque vendría de matar a demasiados largos y a Jose, el hermano de Jaime.

Aunque la Larga podría ganar sin eso. Quizá sería mejor que ganara sin el cambio de Javier porque habría más largos muertos, mejor para el principio de su fuerza: las fuerzas se asientan muy bien sobre esos muertos. O si no el consejero Javier podría hervir de rabia cuando descubriera el engaño y volver con sus soldados fieles pero exhaustos, sin ánimos después de una noche de peleas inútiles, para tratar de entrar en la Casa y defenderla, pero chocaría con la masa de los personas y vulgos en la explanada y se enredaría en una lucha campal: los largos pelearían con el alivio de que una muerte los llevaría a la Larga tan derecho y los soldados con la confusión de no saber bien qué. Los soldados tendrían mejores armas pero quizás eso les convendría menos: los largos con la rabia, felices o furiosos, los atacarían de a tantos y casi a mordiscones: serían sanguinarios.

El plan se hacía cargo de tantas posibilidades. En cualquier caso, con más o menos precio, los soldados estarían fuera del juego y Padre tendría que hacer algo. No sería sensato que se presentara en la explanada con la túnica del azul de padres, muy traslúcida, atada en los sobacos y, sobre la túnica, la piedra azul, que brilla tanto, y tratara de imponer su condición porque con tanto desafío y rebeldía de vulgos y personas no podría: en ese momento, en la explanada repleta, sin soldados, ya no sería de verdad del todo Padre. Se le podría mandar un emisario, que sería Raquel del mercado para marcar la afrenta, que le ofrecería las maneras más rápidas de escaparse hacia el sur con garantías. Tendría cuatro vicuñas verdaderas, no mecánicas para no dar sospechas, esperándolo detrás de la puerta del Sur y comida para días y un guía que lo llevaría a donde él quisiera, con los acompañantes que quisiera. Cuando escuchara a Raquel de mercados haciéndole la oferta, Padre se quedaría bastante sorprendido; entendería que si le hacen una oferta tan ofensiva es que debe estar casi perdido, la rechazaría airado y orgulloso o con la pena de tener que rechazarla y se pondría a pensar qué hacer porque estaría ya tan al borde: hundido. Entonces Joaquín, el consejero de la Casa y padre de la Madre del Hijo, el último más fiel,<sup>[56]</sup> viendo que todo precipita, podría abalanzarse: podría echarse sobre Padre con un cuchillo chico de piedras que lleva siempre en la otra mano para tratar de deshacerlo, ofrecer su muerte o su cuerpo como prenda de paz a los revueltos y garantizar que Raimundo, el hijo de Padre, el hijo de su hija, se hiciera cargo de la Casa todavía. Pero es probable que Joaquín, anciano aunque no viejo, pensara que su fuerza podría no alcanzarle para matar a Padre aun tan abatido o que pensara en las dificultades de Raimundo para un gobierno que empezaría con esa muerte o que pensara que la

muerte era mejor sin testigos o delante de otros que pudieran decirla o que pensara otras cosas: que cuando terminara de pensarlas, cualquiera fuera la decisión tomada, ya sería demasiado tarde y Padre estaría bien resguardado, lejos de su alcance.

Padre escucharía los gritos en la explanada y los cantos: siempre iguales, fuertes, detenidos: los oiría cada vez más cerca. Entonces pensaría en deshacerse él mismo para terminar bello y amagaría sonrisa: nada más lejos de Padre que una bella, y sin embargo. Creería en un veneno, en asfixiarse, en tirarse para avergonzar a los revueltos desde la terraza de la Casa a la explanada con un ruido tremendo, en pedirle a su consejero fiel Joaquín el cuchillo de piedras que lleva siempre en la otra mano para cortarse con él algo de la garganta: muerto, le pasaría a su hijo Raimundo, su Hijo, la Casa, la Ciudad y las Tierras, pero en medio del caos nunca podría estar seguro de que Raimundo tuviese la fuerza para recibirlas.

Dudaría. Lo mejor se volvería probable: que Padre, empujado por lo oscuro de las cosas, no fuera tan sensato y que se presentara en la explanada con la túnica del azul de padres, muy traslúcida, atada en los sobacos y, sobre la túnica, la piedra azul, que brilla tanto, y tratara de imponer su figura: hablar con los largos revueltos, sofocarlos, entenderlos y salvar la cara. Creería: hablar con ellos, imponerles, volverlos al redil. Para no provocar tendría que salir solo. Entonces, cuando saliera, cuando sus brillos de la túnica azul aparecieran casi furtivos, tímidos por una vez en la puerta de la muralla de la Casa, sería muy fácil acrecentar los gritos. Por un momento los gritos lo atacarían pidiéndole su Larga y su cabeza y también las telas lo atacarían: volarían las telas como olita pero ya no para un espectador sentado arriba sino para él: colores y el olor del sudor del maíz como una pintura del ataque. Las formas del ataque. Las telas volarían hacia él y volverían, agarradas por las manos; los gritos volarían hacia él, sueltos por las gargantas, mostrando cómo sería el ataque, y entonces alcanzaría con que cinco largos bien dispuestos, con Jacobo de quintas adelante, con cara bien fruncida, se lanzaran sobre Padre y lo voltearan. Despacio, como en una acción hecha para descomponerse en quince partes: una mano primero amenazando el pecho, otra mano abierta pegándole en el pecho, la contracción de su cuerpo por el golpe, un pie lanzado cerca de la rodilla, su rodilla torcida para adentro, su boca abierta enorme, una mano cerrada en el medio de la boca abierta enorme, gotas de sangre sobre fondo brillante, un diente, su cuerpo doblándose adelante, su cuerpo volviendo a enderezarse, tres manos juntas que lo agarran de los hombros y el cuello, su cuello que se encoge para soltarse o algo, las manos que lo sueltan y esas y otras más que lo golpean, en varias partes de su cuerpo a la vez, lo doblan y desdoblán, le desarman las formas habituales de su cuerpo: una caída.

Una vez caído, en el suelo, encogidos los brazos y las piernas como quien se protege, enredado en los brillos pronto opacos de la túnica azul, perdida la piedra azul entre los pies de largos, en un rayo le caerían encima por racimos. Ya no habría más cantos: griterías. Alharaca tremenda. Todos querrían lanzarse sobre él y disfrutar del gozo intolerable de deshacer un Padre: cada cual con su golpe, todos un rato largo se

empujarían y pelearían para llegar a dejarle su golpe a su cuerpo ya demasiado confundido: desconchinflado, tupido de manchas de colores. A algunos se les hundirían los puños en los restos del cuerpo y cada cual tendría en su puño una mancha de Padre: roja, sobre todo roja y algunas más marrones.

Habría un silencio muy extraño.

De miradas. Habría un silencio muy extraño y todos se mirarían para ver qué les quedó en sus caras: buscándose los restos del desvarío magnífico en las caras. Por vanidad: nada en cada cara. Después de tanta fuerza habría un momento de desazón y calma: vulgos y personas, chicos, mujeres, hombres, todos se mirarían con la quietud de quien ya hizo y se pregunta cómo. No todavía por qué: por ahora cómo. Ese sería el momento en que el soldado Jaime, desde al lado del cuerpo muy manchado, subido sobre los hombros de cuatro largos fuertes, gritaría con su voz más restallante que él se hace cargo, que hay un nuevo Padre y que como tal proclama por supuesto, ya mismo, en este acto, la Larga para todos.<sup>[57]</sup>

El plan era impecable. El soldado Jaime lo revisaba en sus detalles pavos para no pensar en lo más fuerte: si todo funcionaba, la noche siguiente sería Padre.

Tenía calor suavito. No había dormido nada, repasando el plan; la casa de antiguos tenía dos estancias chicas y habían llegado bien, la noche antes, caminando junto a la muralla. En una dormía la dueña con su madre, hijo, hija y un hermano; en la del fondo, frente a la puerta baja que daba al gallinero, se amontonaban en una sola piel de llama sobre el piso de tierra Ruth de arrabales, Raquel de mercado y Jacobo de quintas: algunas piernas estaban anudadas. De la pared colgaba una guirnalda de flores secas que olía un poco cursi: incluso parecido a miedo. En otro rincón, sentado, con la cabeza caída hacia la izquierda y poca baba, Javier de viajeros dormía como en el lomo de una vicuña lenta. Jaime tenía un calor suavito: el sol debía estar saliendo por la puerta del Este. Ya casi había que levantarse y empezar el final de la revuelta.

Jaime estaba tirado bocabajo sobre una piel de llama para él solo. Le gustaba pensar que dejaba la espalda descuajeringada descubierta para lo que viniera pero no podía dejar de revisar el plan: no tenía fallos. Tenía hambre. Jaime creyó que cuando fuera Padre quizá tuviera que cambiarse el nombre.

Recordaba su casa cuando oyó los gritos. Su casa de chico era muy parecida a esta casita. Una estancia adelante donde cocinaban, comían y trabajaba su madre con un hermano para pintar los amuletos que vendían en el mercado. Otra atrás, donde dormía con su hermano Jose, su madre y el hermano de ella y detrás el cuadrado de tierra para los cuatro gallinazos. Jaime había aprendido a caminar resbalando entre las estatuitas: caras sin la boca que ayudaban a la prosperidad por el ahorro, pintadas de blanco sin matices; cabezas sin orejas para los que querían derrotar enemigos, pintadas de rojo ceibo; cuerpitos sin un brazo para madres que querían recuperar un hijo, pintados de amarillo maíz; mitad de cuerpos que conseguían el mejor socio para

algún negocio, pintados de mezcla de colores; nada más piernas para los que querían hacer el viaje tan dudoso a la costa, sin pintura. Eran tonteras: los antiguos todavía creían y hacían creer que en algunas privaciones estaba la llave para conseguir lo opuesto. Las estatuillas se hacían de barro por testarudez; alguien intentó el plástico y nadie le compraba. Jaime, chiquito, sabía saltar entre estatuas sin romper ninguna y alinearlas en ejércitos de incompletos, que no podían ganar ni perder peleas porque no podían tener más enemigos que sí mismos.

Miraba, recordaba. Por sorpresa, a traición, le dio gran ataque de amor<sup>[58]</sup> por ese chico. Cuando fuera Padre iba a cuidar bastante a su hijo: el Hijo. Creyó que tenía que pensar un momento en su Larga pero no se le ocurría casi nada. Estaba tan contento: grave de tan contento o satisfecho. En las puertas de la tensa algarazara. Trató de saber en qué momento había decidido ser soldado. No sabía; se acordaba de que su madre le preguntaba mucho qué sería cuando fuera aceptado y él decía soldado, criador de aves grandes, quién lo sabe, y su madre lo miraba con reproche. Un día por fin entendió algo y dijo: Padre. Su madre lo miró aliviada: le dijo que había tenido mucho miedo por él pero que al fin era un chico normal y decía que quería lo mismo que todos: ser Padre,<sup>[59]</sup> un imposible. Era triste que quisiera ser soldado. La vida, le dijo su madre, sería bien desgraciada si uno quisiera de verdad algo que pudiera conseguir tan fácil.

El plan era impecable. Le pareció que oía unos gritos. Nada más dudaba un poco de que Jacobo de quintas encabezara bien el derribo de Padre: quizá le faltara una gota de espíritu, pero no había otro. Él mismo no podía: no tenía que aparecer tan en el medio. Los gritos sonaron más cerca y creyó que había entendido algo que decían. Después sacudió la cabeza y creyó que se le mezclaban voces con sus pensamientos.

Raquel se desperezó y se desembarazó de una pierna de Jacobo encima del ombligo. Tenía sus pelos pegados a la cara chata. En los dedos se untó un poco de baba para limpiarse las lagañas de los ojos. Se oyó más y Raquel preguntó con un grito quién gritaba.

—¿Quién está afuera, quiénes somos? ¡Esos gritos son nuestros, por la Larga!

Dijo con un grito destemplado, de quien no encontró su voz después del sueño todavía. Jaime se paró en un sobresalto. Los otros se pararon. Jaime salió corriendo, cruzó la otra estancia como si pateara estatuillas y saltó a la calle. En la calle lo recibieron un charco y un abrazo.

—¡La Larga, la Larga, al fin la Larga!

Le decía en el oído a los gritos un persona finísimo, muy morrocotudo, bajo y con sus piernas tan sólidas que lo levantaba en el aire en el abrazo.

—¡Ya la tenemos, mi bien, ya nos la dio Padre!

Estaba amaneciendo.

Tres días antes, en la reunión, cuando el bastardo Juanca vio que la revuelta era una decisión firme de Jaime y los jefes de juntas, tuvo un de repente:<sup>[60]</sup> por eso se les

fue sin más saludos.

La Nena le trotaba detrás y la miraban los que había: sus pelos tan de mosca. Era casi la noche y no iba quedando nadie en el barrio de Depósitos. En el depósito el soldado y los jefes seguían decidiendo detalles para la revuelta; el bastardo caminaba con la Nena. No podía acordarse de lo último dicho y tenía miedo de haber dicho de más. Mientras caminaban creía que podía ser porque estuvo desatado de tan dicharachero, gárrulo, y se daba vueltas la cabeza para acordarse de esas palabras y solamente conseguía pensar que era cruel que no hubiera alguna forma de registro. No conseguía pensar en las palabras mismas: nada más en que se habían perdido. Muy pocas veces pensaba de verdad lo que quería: sabía que les pasa a todos, pero a él era tonto. La Nena le tiraba de la tela verde que tenía, por desaire, atada alrededor de la cintura, y le mostraba mucho hambre. Cerca de la puerta del Sur se pararon y comieron unos pinchos asados de maíz, higo y pajarito, rociado con mucha sal y aceite de algarroba: lo que le quedaba a una vendedora retrasada. La vendedora miró a Juanca achicando los ojos, como quien quiere recordarlo, y Juanca se convenció de que no tenía tiempo. Los higos se les deshacían como bálsamo en sus bocas. De los pájaros crocaban muy dulce los huesitos.

El bastardo tenía maneras de comunicarse con la Casa. Por una le hizo saber al consejero de la Guerra Jaime, tan anciano, que precisaba ver a Padre.

Jaime había sido el consejero de la Guerra ya de mi padre Antonio, el padre de mi padre Ernesto, padre de mi padre Rubén, entonces Padre. Jaime era tremendo anciano: nadie le había dicho nunca nada, era el mejor y seguía siendo consejero. Jaime fue el consejero de la Guerra que echó a Juanca de la Casa el día de la muerte de mi padre Antonio; en realidad, fue el consejero de la Guerra que pudo y no decidió matar a Juanca, ese día, por la duda de no matar un Padre. El anciano era un viejo en retirada: usaba muy poquito de las carnes, casi no las tenía salvo algunos colgajos majestuosos en sus brazos y el cuello: condoritos. Las piernas se le habían abierto del todo: tenía cada rodilla muy distante, como a la altura más allá de sus hombros.

—Varios padres ya hace, dicho Juanca, que nos vimos nosotros.

—Y más va a hacer, más padres, sin las dudas, si no me escucha conveniente.

El bastardo le habló en la tercera lengua y Jaime se permitió un respingo muy visible. Nada más Padre podía hablarle en la tercera. Después del respingo pensó en irse. Después se acordó del error y pensó que si no lo había matado entonces ahora podía permitirle un rato la tercera. Jaime trataba siempre de pensar por partes. Mientras tanto le siguió el juego y le habló en primera con retintín de sorna suavcito.

—¿Y qué, dicho Juanca, me dice que tendría que escuchar?

—Nada, sin las dudas, poca cosa: la historia de cómo Rubén padre puede perder la Casa y la historia de poder salvarla.

Estaban en la Casa. No del todo en la Casa: al bastardo no podían dejarlo muy adentro, pero en la guardia del norte de la muralla de la Casa, bien vacía. Juanca había pedido hablar con Rubén, pero mi padre Rubén no quería para nada reconocerle

algo. Mi padre Rubén era súbito pero después sabía enmendarse. Decidió mandarle de emisario al viejo consejero Jaime; como una vez habría podido matarlo era un poco su dueño: muy poquito. La guardia estaba bien vacía: Jaime la hizo dejar desierta porque nadie tenía que ver que él y Juanca se veían pero tenía miedo de que, si largos lo sabían, entraran en la Casa por ahí. Las defensas no estaban demasiado fuertes. También pensaba que Juanca podía hacerle algo por alguna venganza y le daba poco miedo: le hacía gracia. El anciano llegó a la casita de la guardia caminando despacio, ruidoso de arrastrado, y pensaba que era tan perfecto que el bastardo que él no había matado dos padres atrás lo matara ahora, justo antes de quedarse con la Casa y la Ciudad y las Tierras. Entonces sí que su error resultaría magnífico.

—Poco me equivoco, ahora, consejero. Y si no me equivoco, en dos o tres días empieza la revuelta.

Juanca se calló como para que le preguntaran. El consejero lo miraba con una mezcla de sonrisa. Después miró cuatro espadas viejas colgadas en la pared de piedra de la guardia: creyó que si agarraba una espada se caería. Imaginó la caída: no era peligrosa. Después pensó que ni iba a agarrar una espada ni se caería. Mientras, el bastardo esperaba la pregunta. Al final se cansó:

—Usted sabe que estoy hablando de la revuelta de la Larga, sin las dudas.

Dijo y se arrepintió. No podía estar hablando de otra cosa. El consejero pensó que Juanca estaba tonto; después, que su silencio lo obligaba y que si se callaba un rato le iba a escuchar palabras taradísimas; después pensó que no tenía ninguna gana de escucharlas.

—Nunca pensé otra cosa, dicho Juanca. Y, como ve, me pierdo de impaciencia por saber qué más.

Estaban de pie en el medio de la guardia; Jaime le llegaba a Juanca debajo de las mamas y, encorvado, le miraba más bien las rodillas o el pistón y el ombligo. Jaime se bamboleaba muy poquito, hacia los lados; Juanca quería invitarlo a sentarse para no tener que verle más el cráneo lleno de venas desde arriba: suponía que esa muestra de fuerza estaba molestando al viejo y lo hacía arisco. Pero no podía decirle que se sentaran como amigos y seguirle hablando en la tercera. Pensó que se podía sentar y quedar a la altura de su cara parada, pero era mucha ofensa. Le dijo que la historia era tan simple:

—En dos o tres días empieza la revuelta, con muy tremenda furia. Digo, sin las dudas, muy tremenda; no creo que se paren antes de llegar a Rubén.

—¿Y entonces usted sería el Padre, y después qué?

Le dijo despacito el viejo, mirándolo mucho: como si no creyera lo que le estaba diciendo. Había torcido el cuello atrás para mirarlo: le crujió muy fuerte.

—Yo nunca sería el Padre.

—¿No, mi vida?

—Yo nunca sería el Padre así. Yo lo era porque era, sin las dudas, y fui todo el tiempo como si. Nunca sería Padre por vulgos que me trajeran a los gritos. Yo ya soy,



para que me traigan. No hablábamos de eso.

Hablar nunca es muy fácil. Jaime pensó que si se hubiera callado ya sabría mucho más. Después pensó que no había conseguido lo suyo con silencios. Lo más fuerte era mantener la sonrisa sin dientes: una sonrisa a tiempo desanima mucho.

—Tendría que haberlo matado, aquella noche. Nunca lamento, pensé que estaba bien dejarlo ir, sin las dudas. Pero ahora me evitaría este momento que no entiendo.

—Es tan simple: demasiado simple. Por eso no lo entiende, consejero, usted. Si Rubén no desarma la revuelta, la revuelta lo desarma y lo deshace. Pronto, sin las dudas.

El viejo le mostró su encía sin un solo hueso. Un rayito entraba por la ventana alta de la guardia, muy oscura, y le pegaba alrededor del codo. El codo era de círculos como una piedra en el estanque. Su pistón era más nada todavía que la almendrita del bastardo: bien escuchimizado en sus arrugas. Juanca tuvo el impulso de agarrárselo y hacerle alguna cosa: masajearlo, estrujarlo, quebrarlo con tres dedos, acariciarlo el tiempo de una vida de mariposa chica. Le dio un tembleque y tuvo tantas ganas: si lo hacía se acababa el encuentro, las palabras, la Larga con mi padre y cualquier forma de una victoria calma. Otro tembleque: todo podía volverse una carcajada formidable. El viejo nunca supo de su suerte y compuso los ojos, preparó su mejor voz meliflua. Después pensó que le iba a preguntar también qué ganaba el bastardo con la traición que hacía.

—¿Y cómo desharía Padre la revuelta de ustedes, gracias a este aviso?

Jaime pensó que la frase estaba bien y que estaba bien no preguntarle qué ganaba. Siempre terminan por decirlo solos y les resulta más indigno. Preguntarles es demasiada ayuda.

—Es tan fácil, Jaime, tan tan fácil. Me habría dado pena que me matara uno así de prósbito. Así de tiépido.

Estaba bien que se desquitara. Le hacía sentir astucia y mucha fuerza: tan barato. Juanca siguió, con la voz plena, ahora sí, de tormenta:

—Padre Rubén tiene que anunciar ahora mismo, sin las dudas, la Larga para todos: ahora mismo.

—Supuesto que pudiera darla.

—Supuesto lo sabido, viejo: tiene que darla. Si no nadie, sin las dudas, los para: nadie nadie.

—Dicho Juanca, mi vida, la vida que le di por no tomarla, quería hacerle nada más una pregunta: ¿de verdad cree, usted, en esa cosa?

El viejo se reía mucho más que sonrisa, con la boca bien abierta y sacudones y Juanca se dio cuenta de que no le había perdonado la vida: había tenido tanto miedo de matarlo. Era bueno saberlo.

—No creo, viejo: sé.

—Conozco a los que saben, dicho Juanca: me conozco tan bien.

—Sé que padres tenemos la Larga: bien me lo contaba mi padre Antonio, su

primer Padre. La tenemos, y sé que así podemos darla, sin las dudas.

El consejero se movió quisquilloso, como si quisiera sacarse el rayo de sol del codo. El rayo le quedó en la cadera hecha de un hueso y seis manchas oscuras. Oyó un ruido afuera, más allá de la puerta de la guardia, en el patio de la Casa y se sobresaltó. Después pensó que sería mucho mejor que fuera un pájaro. A nadie le servía que no fuera un pájaro. Pensó que entonces no iba a ser un pájaro. Su hijo y su hija se habían muerto hacía mucho, antes de tener hijos. Se había distraído: el bastardo lo esperaba restregando una mano en la otra.

—Tener la cosa no siempre nos permite darla. Mire si no la vida, sin las dudas. Que Padre la tenga no quiere decir que pueda darla, dicho Juanca, y la tiene en una forma rara de tenerla. Darla es inútil pero malo. Como si diera un brazo: cacho de preciosa carne, bien oscura, con jirones de rojo, goteando las gotas de su sangre, que sería magnífico y tremendo ese ratito, sin las dudas. Después se secaría gris y pudriría y olería con el olor furioso que nada más un Padre. En vez de un brazo tendrían un aroma.

—¿Lo cual el Padre no sería el dueño de su cuerpo?

—Dueño sí, pero no para darlo, dicho Juanca. Para eso precisaría que tener y dar fueran opuestos: justo opuestos. Pero una cosa es dar la Larga y otra decirlo, sin las dudas, dar el brazo.

Juanca también oyó los ruidos. En el patio, dos nenas con tetitas corrían a un vicuña grande. El vicuña se escapaba y las nenas se le prendían del cuello y se frotaban en su lana de abrojos. El vicuña les tiraba lengüetazos de espantarlas y las nenas se reían y le ponían la cara. Jaime no podía verlo, por la ventana alta de la guardia. Juanca no lo miraba.

—Yo sé que Padre puede darla.

—Puede porque puede y es muy fácil, dicho Juanca, tan tan fácil como matarlo a usted hace tanto. Pero no puede porque la Larga no es para nosotros. Para nosotros tenemos otras Largas. Es zafio pero en los hijos tenemos nuestras pobres Largas.

—Usted no tiene ni hijos para Larga.

—Yo, ni le digo, tengo tantas.

El viejo se calló un momento, como quien acaba de descubrir que no decía lo que había querido. Pensó que si separaba bien cada palabra quizá fuera, al final, como si no lo hubiese dicho.

—Por la disolución, no puede darla, dicho Juanca: para que Calchaqui siga siendo.

—Disolución, si debía haber, ya hubo. En la Ciudad no hay uno que le tolere morir para morirse y, además, van a venir marchando. Disolución puede haber más si Padre la retiene.

El viejo pensó que Juanca era bien distinto a padre Antonio, tan alto y descoyuntado, con las manos enormes y la voz de tormenta, pero tenía sus ojos parecidos. Después pensó que los ojos de Padre están en casi todos. Después que no

tanto. Al final se alivió porque pensó que se iba a morir pronto y nunca iba a saber si Juanca era de verdad Hijo. Pensó que podría saberlo si tuviera una Larga. Hizo una risotada rebozada en flemas.

—Padre no quiere darla.

—Si no quiere es porque sabe que puede, viejo, sin las dudas. Si no pudiera la daría muy fácil.

—Lo que usted quiera, bastardo. Da lo mismo.

—Bastante igual, lo mismo. Si Padre no la da, ya no va a poder dar ni tener nada, sin las dudas: en dos o tres días. Y la Larga que tengamos va a ser un poco extraña: titubeante.

El viejo creyó que había entendido algo: la razón de la traición de Juanca. Después oyó de nuevo los ruidos en el patio y se distrajo. Tenía que pensarlo más tarde, en la tarima con sus pieles y mejor si un soldado le hacía masajes en los pies. Un ojo se le desorbitó como si se sorprendiera de todavía estar ahí, y carraspeó de nuevo: levantó los dos brazos para hablar como quien viene decidiendo:

—Padre, si me escucha, va a declarar la Larga, dicho Juanca. Sin las dudas y por lo que valga. Será bueno que Padre muestre a sus vulgos y personas que como es suya puede darla. Será bueno que él la ofrezca: entonces los que quieran la Larga lo necesitan como garantía y queda esplendoroso: intocable mientras sigan con tanto miedo de una muerte de siempre.

El viejo levantó su cuello con crujidos y Juanca se atrevió a moverse: dio dos pasos atrás para verle un poco más la cara: los pelos negros le salían por la nariz de puro hueso y en el fondo de los ojos hundidos en el cráneo le brillaba una chispa que podía ser de sarcasmo o de miedo espantoso. Juanca pensó que uno tan viejo ya había tenido todo el miedo; después pensó que era una idea tarada. Después pensó que se estaba contagiando de la forma de pensar del viejo.

—Yo quiero hablar con él.

Dijo el bastardo y sonó casi tímido.

—Si tienen por qué hablar, Juanca, ya lo conseguimos.

—Yo no voy a estar fácil para encontrarme.

—Muy fácil, dicho Juanca, tan fácil y bien rápido lo conseguimos si queremos.

El viejo le agarró el brazo para llevarlo hasta la puerta. La piel de la palma se le fruncía en escamas y parecía que se caía en cada paso. Juanca pensó que tenía que decirle algo fuerte antes de salir: algo como que ahora él, Juanca, tenía todas sus vidas y las perdonaba. Después pensó que si era cierto podía no decirlo. Se contagiaba mucho.

Juanca salió a la calle con el sol a pico. Estaba cerca del Mercado de Perfumes y podía caminar. Un traficante de perfumes pasó con la tela blanca de los traficantes, pretenciosa, y olía a confianza: romero con un toque de magnolia dulzón para no olvidar ciertos ataques. El traficante pateó a un chico que dormía en la calle, atravesado, y Juanca pensó que uno como ese también iba a tener la Larga si

ganaban: si Padre le hacía caso. Pudo olvidarse. Estaba tan plétorico.

Su cuerpo lo tenía muy echado atrás y se había enrollado la tela en la cabeza: caminaba con cadencia majestuosa, como si todos le debieran tanto. Cuidaba el movimiento, doblando poco la rodilla y lanzando el pie para adelante en cada paso. Con los ojos miraba de alto a alto: no bajaban y se topaban ramas, el principio de techos, un desgarró de nube. Al día siguiente lo iban a querer más que a nadie: tenía la cara contraída, muy del bronce. Estaba incandescente. En realidad, incandescente: con el orgullo de la libélula en el momento en que se enciende y es una estrella que planea nada más para mostrar su estrella, justo antes de apagarse y empezar la pregunta de por qué ahora es de sombra sin respuesta posible hasta que otra vez se enciende y cree que no era necesaria la pregunta porque es estrella de nuevo y de vuelta a apagarse y recordar la pregunta pero de nuevo sin respuesta y encenderse otra vez y cada vez creerlo. Así, tan abrasado de su fuego y apagado su fuego y otra vez en el fuego, huyendo de preguntas, radiante, luminoso, iluminando: Juanca.

Dos días después mi padre Rubén mandó a Javier, su consejero de Vulgos, a rodear el depósito de maíz de Jose para convencer a los jefes de la Larga de que estaba preocupado por sus movimientos y distraerlos hasta la madrugada. Entonces, poco antes del sol de esa mañana, soldados recorrerían cada casa de la Ciudad para anunciar que Padre habría decidido regalar la Larga a sus amados vulgos y personas. Juanca estaría a su lado sobre la tarima, esa cuarta, en la explanada de la Casa, cuando mi padre ofreciera la Larga para todos y dijese que él en su persona y todos los padres que vinieran serían la garantía de la Larga y todos los hombres y mujeres y chicos de la Ciudad y algunos de las Tierras gritarían su nombre hasta quedarse sin sus voces: nunca Padre habría sido tan querido. Juanca lo miraría como quien perdona y mi padre Rubén le sonreiría y tantos gritarían también el nombre del bastardo. En un rincón, cerca de la guardia del norte, achiquitados, hundidos, obligándose a la cara de felices, el soldado Jaime y sus jefes de juntas harían ver que gritaban también: que estaban tan contentos de haber conseguido, por fin, la vida larga.

## La Cuarta<sup>[1]</sup>

Cuando él termine de morirse tendré que hacer mi Hijo. En cuanto él termine de morirse, antes que nada, empiezo: camino hasta la estancia de la Madre del Hijo y le entro en lo oscuro: sin mirarla, sin tocarla mejor, sin pensar nada: nada más para que el Hijo empiece. Después, cuando el Hijo la infle, cuando esté adentro y esperando, será bueno amenizarlo con duchitas.

Es prudente que un Padre no conozca nunca al Hijo de su Hijo: siempre es fuerte la tentación de saltarse el paso más cercano. Yo tampoco voy a conocerlo: mi Hijo que haga ahora va a esperar que yo me acabe para hacer el suyo, y así, y así otras veces: dicen que todo sigue si nosotros seguimos. Quién sabe si seguimos: quién sabe si yo decido hacer mi hijo, declarar mi tiempo, empezar y terminarme como todos. Quién sabrá. Si me empiezo y me termino, como todos, me voy a terminar, como todos, en él y él va a empezar el otro cuando yo me termine. Es fuerte que empiece mi final en el momento en que empiezo a ser lo que debía: cuando empiezo a ser Padre.<sup>[2]</sup> En cuanto él nazca no voy a ser necesario. Ahora, cuando mi padre termine de morirse, voy a ser necesario: voy a ser el único, y si desaparezco queda nada. Pero después, cuando él nazca, yo voy a ser el eslabón: mi hijo va a ser la sucesión de mi padre y yo voy a ser el eslabón, como mi padre fue eslabón y lo será mi hijo. Por ahora, le caben las duchitas.

En cuanto el homúnculo se instala y crece un poco, cuando empieza a abultar la panza de la madre, ya antes de patear y bailar con los ruidos, adora las duchitas. Son espesas. Las duchitas son el único lazo que puede con el mundo: otro no tiene. El homúnculo se aburre y todavía no sabe. Cría rencores, pero sin darse cuenta. Revuelve las manos de colibrí para ver si las tiene, dobla las rodillas para sus dos lados y uno le duele más que el otro, toca que alrededor de sus oídos le salieron orejas, se enreda con los hilos rojos, mira con el principio de su odio las paredes rojas que se le vienen encima sin parar y se alivia de ser tan chiquito que no lo aplastan las paredes rojas: los homúnculos no saben que están creciendo todo el tiempo, no imaginan. Para imaginar les falta la maldad, que les llega después, en el trayecto. Para el horror de las paredes rojas falta; antes, el muncu se mira mucho, se prueba mucho y le van las duchitas.

Él conoce del mundo las duchitas: un líquido baboso y dulce, blanqueado, olor de camarón con maíz muy cocido, que le llega cada tanto en un chorro muy vivo. El homúnculo la recibe con algo que parece sonrisa y le retrasa un poco la maldad: si no fuera por las duchitas, la maldad le empezaría bastante antes del trayecto. El muncu cree que se ríe. Entonces trata de probarla: tiene que agarrarla rápido con su lengüita un poco torpe, antes de que se le mezcle con el resto del agua. Cuando la prueba, cuando lo consigue, aprende cosas: cada duchita tiene sus sabores, que le enseñan

cosas. El muncu sabe que duchita es su padre que le acaricia la cabeza y le agrega vigor y sobre todo le lleva su mensaje de atención, acá esperamos. La duchita es un mimo y sirve para recordarle que hay un mundo afuera y que él tiene que llegar a ese mundo: que lo están haciendo para el mundo y no para pelear con las paredes rojas o en el dobléz de una rodilla. Es un mimo y sirve para recordar que el muncu llegó del padre y es bastante del padre y que lo sigue regando también en su amasijo de paredes rojas. El homúnculo es bastante del padre, muchas veces, y las duchitas son del padre; aunque la madre crea que por ella llegan, abra las piernas, refriegue bien el pistón del padre con sus partes que tenga y alise lo más que pueda su válvula para que la duchita, cuando salga, no se le enrede en las paredes marronadas y le llegue al muncu derecho a la cabeza. Fuerte en los ojos. Cercano de la lengua. Las madres disfrutan de los coitos para duchita más que nada; para los padres es más bien un saludo: la manera de decirle al muncu sus palabras.

La señora Nora, que va a ser Madre de mi Hijo, fue elegida según todas las reglas. Si nosotros no las guardáramos, las reglas dejarían de tener sentido. Aunque a veces son duras: nosotros somos los únicos que vivimos con la Madre del hijo bajo el mismo techo. Por eso somos distintos y tan padres, pero no creo que nadie haga revueltas para pedirnos el derecho.

En Calchaqui importa cada casa. La casa de la señora Nora se había destacado mucho estos últimos padres; antes, bastante poco. Siempre fueron personas, porque llegaron con mi padre Alberto, el primero, pero bastante poco. En los días de mi padre Ernesto, en plena turbulencia por la Larga, Joaquín, un anterior de la señora Nora, tuvo una idea que les sirvió por tiempos.

Desde el final de los antiguos, nadie nunca había usado un reloj, porque no había por qué; por no haber, no había siquiera cómo. Un reloj no podía ser como la Máquina, capaz de contar los tiempos de cada Padre y adaptarse a cada: un reloj es una máquina pobre, que nada más pudo funcionar en el tiempo un poco pánfilo de mi padre Ernesto: como un río que nunca nadie vio. Mi padre Ernesto dijo que su tiempo iba siempre adelante, regular, y que nunca nada es igual a lo que ya fue: aunque sea idéntico. El tiempo de mi padre Ernesto era tan pavo que hasta vulgos se metieron en él. Además, eran los días de la revuelta de la Larga y muchos estaban sin paciencia y querían saber cuánto faltaba para cada cosa.

Joaquín pudo inventarlo porque creía en la Larga lo bastante poco: creía, como casi todos, pero no le importaba. O tuvo más bien miedo: Joaquín era muy joven y amigo del maquinista grave pero flaco que se llevó primero preso<sup>[3]</sup> el consejero Javier: el primer traicionado que atormentaron para que dijera algo que no sabía ni poco. El maquinista, grave pero flaco, había inventado unas máquinas chicas para medir distancias que les vendía a mercaderes y se había vuelto un poco largo. Cuando se lo llevaron y aparecieron, otro día, los papelitos con letras azules hablando de su muerte, Joaquín tuvo un espasmo y tuvo que elegir: de las dos partes que dejaba su

amigo no eligió la Larga sino los inventos.

Joaquín tenía cara de búho, de tan chata, y creía que no tenía que hacer un hijo: por lo menos, hasta que hubiera hecho otra cosa con menos carne y gelatina. Joaquín no tenía tremendas ambiciones: veía que alrededor todos creían que estaban por conseguir todo, con la Larga, y él se conformaba con algo más presente. Era monstruoso. Los días después que se llevaron a su amigo caminaba por las calles del mercado y miraba las caras de vulgos y personas, repletas de sus muertes, y se reía despacio. Los escuchaba hablar de Jaime y el bastardo y se reía en silencio: pensaba que él sabía lo que quería y en callarse la boca. Era prudente: más monstruoso. Los veía tan hundidos en el tiempo de mi padre Ernesto, tan dispuestos a llegar a mañana, tan esperando de mañana el humo de la Larga, que recordó una charla perdida con su amigo y fue inventando, en sus paseos, su máquina.

El reloj de Joaquín era disparatado de sencillo. Por eso funcionó: nadie creía que así fuera una máquina. Una máquina tuvo épocas en que tenía que ser única y difícil, otras en que fue bastante simple y muchas, casi siempre, en que se difundieron las vulgares; una máquina puede tener cientos de partes o dos partes, producirse a sí misma, consumir el trabajo de diez hombres para hacer una torta, dar fama a su inventor, llevar sobre su lomo máquinas tan grandes, ser del mismo color, matar a la distancia, destruirse, correr más rápido que nadie, hacer agujeros, merecer la mirada de Padre, parecer una máquina: una máquina puede permitirse casi todo, pero el reloj de Joaquín no era como una máquina sino como el sujeto: tremendo aburrimiento.

El sujeto es la máquina más triste: iguala todo. El sujeto come granos amarillos y blancos, pescados del río, frutas verdes con matices de rojo, frutas redondeadas, mulitas, escarola, y todo lo transforma en un tortón torneado marroncete, tan parecido siempre. Hay diferencias: nuestros médicos saben encontrar las diferencias y es prudente aprenderlas; un sujeto cree que pasa a ser prudente cuando aprende a reconocer los matices de su mierda y sabe las razones de una estría, los dichos de un grumo oscurecido, el gesto de un olor como trompetas, pero lo único que hace es disimular su fracaso como máquina: un sujeto es la vergüenza de la máquina. Sujeto transforma todo en una sola cosa. El reloj de Joaquín hacía lo mismo con el tiempo.

El reloj de Joaquín era un tubito de vidrio largo como un dedo que se colgaba del cuello y tenía adentro una barra de plástico que ocupaba todo. En la punta del tubo una burbuja de vidrio guardaba la gota de un líquido: para que el reloj se pusiera a andar había que romperla. Entonces la gota del líquido empezaba a comerse el plástico y lo iba dejando como un gas naranja zanahoria: la gota se lo iba comiendo siempre con el mismo ritmo, como el tiempo de mi padre Ernesto, y las marquitas en el vidrio decían que era tercera, cuarta o lo que fuese. Es pánfilo: todo el secreto de Joaquín estaba en medir bien la gota del líquido, exacto, para que tardara en comerse el plástico lo que correspondía. Había que romperla cuando el cuerno de la Casa sonaba la segunda y duraba hasta el principio de la segunda de cinco días después. Cuando se terminaba, el tiempo se quedaba en el tubito como un tortón de gas

estirado naranja zanahoria, parecido siempre. Entonces había que tirarlo y empezar con el siguiente: vigilarlo y tener suficientes.

Algunos traficantes se colgaban tres o cuatro en el cuello, para mostrar algo, y no había largo que no usara su reloj de tubo. Les contaba el tiempo o se los llenaba de color naranja zanahoria: a veces se pasaban horas viendo cómo se les hacía el futuro y la gota transformaba el plástico en el tortón naranja, y se obligaban a frases rimbombantes.

—¡Rebrotos! Tantos padres dijeron tantas cosas, cada vez, y ahora sabemos que el tiempo es plastiquito que perdió sus contornos.

—Cilindro parecía, mis señores, cuando estaba esperando, y después ya no era.

—Confundidos los veo, tirifilos. ¿No será que el tiempo era la gota?

La furia terminó un poco pronto, porque al tiempo de mi padre Rubén, de esperar el futuro con bruta precaución, no le cabía una medida, pero muchos no se dieron cuenta y siguieron usando su reloj de tubo y, además, para entonces Joaquín ya había conseguido tantos bienes.

Joaquín seguía siendo lo bastante parco y miraba de costado a todos, como miraba a los vulgos que le fabricaban los tubitos en un taller cerca de la Puerta Cerrada: estaba seguro de que todos en Calchaqui, que deliraban con la Larga, se equivocaban y que él tenía razón, y pensaba que no se equivocaba porque aumentaba sus bienes<sup>[4]</sup> más y más. Joaquín no era siquiera lo gordo que correspondía, pero tenía una casa de piedras en el medio del barrio de Personas, cuatro caravanas de las mejores vicuñas mecánicas que le traían esencias de los lugares bien remotos y una gran tierra de higos chumbos y chanchos dos días para el norte. Además, tenía la mejor colección de máquinas a rueda.

Joaquín se murió sin darse cuenta una tercera, mucho antes de su edad, acalorado, y nadie dudó de que fuera a la Larga. Su hijo Jacobo había muerto antes, por una confusión, en la matanza de largos de la explanada de la Casa mientras vendía los relojes de tubo: Jacobo había tenido un hijo, Jose, que se quedó chiquito con todos esos bienes.

Jose se dedicó nada más a aumentar la colección de máquinas a rueda: las tenía todas, sabía todo, era un experto en esas máquinas que vulgos y personas despreciaban y habían abandonado. Algunas que quedaban, pocas, también las despreciaban: por demasiado fáciles. En la Ciudad había por lo menos dos maquinistas sinuosos que vivían de fabricarle máquinas a rueda: le decían que las habían encontrado en profundos rincones y que eran viejas, de los días de antiguos. Jose, que sabía todo sobre las máquinas a rueda, se empeñaba en caer en esas trampas tontas: hubo pocas máquinas a rueda tan perfectas como las falsas de esos dos. Jose se cuidaba mucho de cualquier ingesta y nunca se comió ninguna planta: vivió bien, preocupado.

Su hijo Jacobo ya no era nada torvo, tenía las tetas fuertes y sus brazos como las piernas de una mujer espeluznante y le daban mucha vergüenza las máquinas, las



ruedas y las costumbres blandengues de su casa. En los primeros días de mi padre Raimundo fue el segundo jefe de la tropa que rodeó a los cincuenta barbudos en el desfiladero de los Patos<sup>[5]</sup> y los miró morir de hambre y matarse y comerse como quien oye el canto de un hornero: sin grandes aspavientos. Los teros son distintos. Su hijo Joaquín se le quiso parecer en todo y también fue soldado, pero lo desbordaba el entusiasmo de dar la semejanza y lo mataron joven. Cada cual tenía más y más bienes. El hijo de Joaquín, Jacobo, vivió en los días de mi padre Jorge y resultó, después de un tiempo de viajar por su gusto con sus caravanas, consejero de Guerra de la Casa. Era muy raro porque contaba historias de sus viajes y pretendía que no habían sido sufrimientos. Muchas personas nunca le creyeron, pero sus viajes se siguen leyendo tanto en la Ciudad y los chicos se escapan a buscar sus trayectos. Su hijo Javier no hizo nada de nada: nunca nadie gastó tantos esfuerzos para eso. Tenía la piel lechosa y ese propósito muy fuerte y consiguió morir cuando su hijo Joaquín recién había nacido: hizo lo suyo solamente. Joaquín tenía tantos bienes que después de su aceptación aprendió a administrarlos: un tío suyo, de su casa, que solía ocuparse, se preocupó por el control y los desastres que vendrían; muy fácil consiguió que mi padre Héctor, el padre de mi padre Ramón, mi padre, nombrara a Joaquín bien jovencito su consejero menor de Fiestas y Eventos para vulgos; después, con mi padre Ramón, fue consejero de la Casa y, ahora, el padre de la Madre del Hijo: de mi hijo. Aquel Joaquín inventó un reloj;<sup>[6]</sup> su descendiente, el nieto de este Joaquín, mi hijo que nazca, va a tener para él la Máquina, el reloj de la Casa: suena como un triunfo, pero nada es así de rectilíneo.

Me parece que este Joaquín siempre supo que iba a terminar de consejero de la Casa y con su hija como Madre del Hijo: el abuelo de un Padre. Tenía demasiados bienes y estuvo de consejero desde chico: era muy fácil. Ahora es viejo, casi anciano, mayor que mi padre Ramón, que entra en su muerte, pero todos en la Ciudad le deben algo: nadie lo respeta mucho y cada cree que su deuda fue un error. Todos lo ven un poco pánfilo: creen que se equivocan cuando caen bajo su fuerza y nadie piensa que un error de todos no es error. O es un error distinto. Dicen que Joaquín es la vergüenza de Calchaqui y a mí me sirve que lo digan: si no, dirían que él es Calchaqui y yo tendría que hacer algo.

Joaquín siempre vivió tranquilo, en la Casa, ocupado y bien entretenido con la Ciudad y las Tierras: su tío y después otro le aumentaban los bienes. Joaquín perdió una mano, de muy chico, en una noche de monos y pumitas: en su taller le hicieron una mano muy igual, cubierta con piel buena que renueva cada tres estaciones y uñas que consigue enteras; yo sé cuál mano es cuál, pero todos dicen que hay que mirarlas con mucho cuidado para distinguirlas y que la que parece es la otra. Lo ayuda el tiempo de mi padre Ramón, donde todo se mueve como si no doliera, sin los ángulos. Con el tiempo, Joaquín consiguió mover su mano de su carne con tanta torpeza y lentitud que todos crean que la otra es verdadera: esa es su forma. Joaquín es intachable, pero él y la madre de su hija se tuvieron amor: era engorroso. El amor, lo

poco que aparece, hace más frágil, llena de zozobras: los que tienen que buscar la cara todo el tiempo.

Les toca a algunos y nadie sabe demasiado cómo ni por qué. Algunos dicen que es porque lo buscan, pero hay algunos que lo buscan y no encuentran, y siempre algunos, como Joaquín, que no lo buscan nada. Mi padre Raimundo solía decir que es la mejor manera de confundir a un hombre y hacerle pensar que es mucho más o mucho menos; por suerte y por una vez estaba equivocado: si hubiera sido, tantos habrían esperado que les llegara, para creerse otros. Por suerte, a tantos no se les ocurre ni de lejos.

Algunos tuvieron confusiones, pero el amor no es el encuentro. El encuentro les sucede a todos, a bastantes: casi nunca existe con la madre del hijo. Pero sí con alguna: el tirifilo la encuentra en una calle, un rincón del mercado, la sala de Lapachos y le mira una cosa y se pone terrible, se pone inconteniblemente duro. Es como lluvia. Esa cosa puede ser distintas: una mancha que le cubre toda una nalga y media otra, marrón chocolatada, apenas más oscura que la piel pero con un dibujo de tormentas; el firulete que enreda en el final la punta de una mama que parece que va a apuntar al cielo y en cambio, rastrera, cabritilla, se bambolea con mueca de desprecio; los dedos de sus pies, que podrían haber sido cinco, son cuatro o seis y la historia de Calchaqui se derrumba; una tela que lleva tiene el color estrepitoso de los ojos de madre; en la mirada de ella está el destello que él creyó que tenía; un ombligo simula estar saliendo y de verdad se esconde entre pliegues de carne colgajeada, para decir que lo que sale siempre entra; hay un perfume; en sus pliegues de válvula cada línea es un día sin palabras; su sudor le chorrea con gota tan sinuosa que marca los caminos de una fiebre; los dos dientes que muestra su sonrisa son como guardias a punto del soborno; una palabra que ella dice suena como si la válvula dijera lo que él quiere; gotitas que se caen; hay un olor; la mancha que le cubre toda una nalga y media otra, marrón chocolatada, apenas más oscura que la piel, ahora tiene un dibujo de la calma después de la tormenta; las cosas pueden ser tantas, y marcan el encuentro: el amor es distinto.

Después, el encuentro dura unas horas o estaciones, según cuerpos, pero no se resuelve: es siempre una tensión por esa cosa y alguna vez revienta. Los que se encuentran se muerden sin mirarse, se fornican, pasean por los sauces y se dicen bastantes vilipendios. El encuentro es rabioso y es de naturaleza: el amor es distinto. El amor, por suerte, sucede casi nunca.

Lo bueno del amor es que nunca es parejo. Está la forma sabida del amor, que les sucede a muchos: el amor por el hijo. Si supieran que el amor por el hijo es el modelo se quedarían más tranquilos; mi padre Raimundo, que se ocupaba tanto, solía preguntarse con la voz meliflua o engolada:

—Si todos los amores están tan condenados a ser cada vez más desaparejos, como es, cada cuarta, el amor por el hijo, ¿habría que empezar lo que tan mal termina?

Nadie le contestaba y su hijo, mi padre Jorge, la vez que lo escuchó, se revolcaba. El amor con el hijo es como una raya que cruza una pared en diagonal, de una punta a la otra y del suelo al techo y otra, en la misma pared, también en diagonal, del techo al suelo: las rayas se van acercando poco a poco, en un punto se cruzan, se separan y terminan bien lejanas: en la misma pared y las puntas opuestas. El amor con el hijo es que primero él lo tiene tan fuerte con la madre porque es lo único que tiene y sus padres preguntan qué es esa cosa que apareció de golpe. Un hijo primero no vive sin la madre y después a veces la visita, cuando le corresponde. Y la madre se acuerda de la cara sin dientes que berreaba. Para el padre es peor: al hijo primero le caben las duchitas y después lo puede toquetear fuerte de chico, con algunos cuidados y sin darle mordiscos en sus manos; el hijo lo busca, cuando es chico, lo necesita mucho, pero después cada vez el hijo le consiente menos, nada más por respeto o la resignación de una costumbre: hasta que viene su mamada de la aceptación, muy obligada, que es una despedida. Mi padre Raimundo explicaba que un amor es siempre así, o como ese.

Un amor tiene lo bueno de que nunca es parejo: hace corrientes, como el agua entre dos fuentes una más alta que la otra. Cuando las dos fuentes están parejas en su altura el agua no se mueve y cría gusanos: un amor no los cría. Debería privarse de criar casi nada y el de verdad se priva tanto. Lo tremendo es la busca de querer ver la cara.

Es tan raro que suceda con la madre del hijo. La madre del hijo le corresponde a un hombre porque es buena para tener el hijo: completar una trama. La madre de la hija del consejero de la Casa Joaquín, la Dama Sara, era la hija de un consejero de la Guerra y completaba la trama de Joaquín sin el menor desliz. Pasaron bien las pruebas y los juntaron para tener sus hijos: nació la hija, nació el hijo, habían cumplido; cuando les ocurrió el amor estaban casi distraídos. Primero fue Joaquín que le empezó a buscar la cara.

Las caras de cualquiera se van poniendo viejas, se van llenando de su historia y les resultan más completas: radiantes, bien enteras. La cara de un hombre o mujer chicos es como el agua del estanque cuando espera la piedra: está vaciada, llena de lo que no se sabe todavía. Es de desolación. Entonces se va haciendo. En una cara dos arrugas se quiebran junto a la nariz, para ponerla bastante condorita; en una, las cejas terminan de encontrarse y llenan su camino; en cualquiera, las orejas se abren, la boca se empecina, las mejillas se hunden, los dientes abandonan; en una, los ojos se achiquitan y se vuelven mirada escrutadora; en otra, aprenden a mirar más que nada de adentro; en otra, su papada va ganando en oleaje, en espesura, y se pone mayor, como de Padre.

Un amor es el empecinamiento de buscar en la cara bien hecha una cara anterior, incluso la vacía. El del amor busca en la cara bien hecha del otro una cara que le vio antes o que no le vio. Si la vio antes la busca con tristeza, recordando. Si no la vio, con el resentimiento del que no estuvo donde hubiera querido. Una cara puede ser

cualquiera: tantas diferentes. Joaquín buscaba la cara de la Dama Sara cuando pasó su invierno once, justo antes de la aceptación y de la sangre, recién por empezar: no soportaba que ella tuviera la cara hecha de situaciones que no fueran suyas. Dama Sara se reía y juntaba las rodillas con un pudor raro, como quien se cierra, y le decía que con suerte encontraba esa cara en la cara de su nalga derecha: que ahí estaba. Los dos se reían y Dama Sara se le sentaba encima de la cara con esas nalgas poderosas: le aplastaba su nariz y él se reía y después, de pronto, se la sacaba de encima con un bufido triste:

—No es de risa que digo lo que digo, sin las dudas, Dama: de veras es, de roca, y su cara me escapa.

Dama Sara no podía entenderle algunas tonterías y se quedaba preocupada. Joaquín más preocupado: eran perturbaciones que no necesitaba y que le molestaban los placeres. La cara le siguió huyendo mucho tiempo. Dama Sara jugaba o se apiadaba y se la ofrecía en chiquitito en la punta rugosa de una mama, en el fontón de la rodilla, entre sus pelos de la válvula, en los pliegues más inflados de su ombligo; llegó a ofrecérsela de todo corazón en el sobaco. Joaquín primero se reía y jugaba o se apiadaba de sí; después se reía menos y estaba cada vez más taciturno. Como tenía bienes, se hizo pintar desfiles de retratos de Dama Sara justo antes de la sangre, y ninguno era la cara que buscaba. Por suerte, ninguna cara puede ser nunca como la cara que el transido busca. Joaquín no se saciaba y de verdad quería tenerla: lo bueno de esas caras es que no está el peligro de encontrarlas.

Joaquín desmejoró: atendía pocas cosas y comía solamente camarones: estaba cada cuarta muy frágil, más bien gelatinoso. Dama se le iba enterneciendo. Un día no habían comido juntos por quince o dieciséis y ni siquiera se habían fornicado; Dama Sara no quería preguntar por él y él tampoco contestaba. Ese día, Dama se le enterneció más y decidió consolarlo: lo fue a buscar y le dijo que había empezado a buscarle la cara de cuando supo que su madre lo había tenido casi muerta. Joaquín la miró con los ojos fruncidos y después se rió. Dama Sara se sintió generosa. Después, al día siguiente, se dio cuenta de que la buscaba de verdad: se encontró con Joaquín y se fornicaron con una especie de tristeza. Ella bailaba nada más con los ojos y Joaquín se movía apenas y su pistón le entraba o le salía con parsimonia de cieguito: como si en vez de azotarla o rebuscarle rincones o quemarla o llevarle inquietud y sonidos y lluvia, le dibujara caras en las paredes rojas. Unos días se fornicaron así: buscándose otras caras. Fue de amor.

Al cabo, Joaquín se encargó un tremendo banquete sucesivo, quemó muchos retratos y fornicó a la Dama Sara horas y horas: le tapaba su cara con las manos y la llenaba de chorros en su nalga derecha y en su ombligo y rodilla y en la puntita de la mama: donde estuvo la cara cuando tan testarudo y mirón se la buscaba. Joaquín fue mejorando: tuvo suerte. Peor es cuando buscan la cara de después, la cara muerta, y pueden cometer alguna tropelía. Aunque si es eso, lo consiguen: se quedan más tranquilos.

Dijeron que los padres no tendrían que pasar la Prueba de la Madre: dijeron que las madres se entregaban cantando. Dijeron que era como una palanca que quisiera levantar la punta de sí misma. Jaime llegó a decir que mi padre Atilio no la toleró. Dicen que si viniera la preñez después el crío no sería de nadie de verdad y podría ser escollo. A mí me parece que un buen escollo es la forma de no sufrir escollos: ocupado en uno bueno, todo se organiza y los problemas pavos se desvanecen por contraste. A los padres nos gustan los escollos: para eso somos. Yo digo que la Prueba de la Madre es rara porque no hay nada que un padre tenga que demostrar: hasta el pobre Jushila trató de convencerme de que no me lanzara. Pero si nosotros no las guardamos, las reglas dejarían de tener sentido. Para eso somos.

La Prueba de la Madre tiene su sentido: si la madre de la mujer no aprueba al pretendiente, ¿quién puede asegurar que es uno bueno? A veces la Prueba de la Madre se complica; muchas otras, el placer se mezcla por atrás con esa obligación. Y de todas formas es algo que hay que hacer una vez solamente.

Se dice en los pasillos de la Casa, en voz tan baja que todo el que la oiga sabe que tiene que esforzarse por oír, que la Prueba de la Madre de mi padre Ramón, mi padre, fue un paseo. Yo no debería saberlo: va por todas las cosas que debería y no sé. Era estólido que la madre de mi madre le trabara las patas al hombre más deseado, pero se comenta que se agitaron dos noches y dos días antes de resignarse a terminarla. Y que recién al final de la tercera la dama empuñó el palo de sándalo y desfloró a mi padre y pudo anunciar que todo estaba pronto: que el hombre había sabido dar y aprendido cómo era recibir. Como si alguno lo dudara.

Para mí fue más difícil: es de roca. Hace cinco estaciones que pude contribuir con los mejores aromas a la cremación de Dama Sara, la madre de la madre de mi hijo que tengo que hacer hoy. Ella me odiaba sin razones. Yo desprecio los odios con razón: son el homenaje del débil al que no puede deshacer. Pero respeto y aplaudo esos odios que nada justifica. Si el perro corre detrás de la liebre puede agarrarla o no, y más bien no, pero al final, con o sin liebre, le va a colgar la lengua con un olor penoso: colgando del esfuerzo. Si el mismo perro, después o antes, corre como un carancho nada más para esquivar su sombra, saltoneando, tanto como a la liebre pero sin intención de recompensa, al final con la lengua todavía puede tirar lambetazos para mimar o babosear a alguno. Es cuestión de perros y también de miradas. Los ojos que se enarquillan y aguzan y entrecejan para ver la llegada de la lluvia nunca van a mirarla con el mismo placer del que, medio dormido, los abre sin querer y la ve por delante. No que sea bueno lo que sea gratuito: es el odio el que se queda desastrado cuando tiene razones, cuando cuenta una historia verdadera. El odio con razones es la forma más mugrosa de contar una historia: me da gusto escucharlas.

Me gusta odiar con el mayor estruendo y sin el motivo más chiquito y de tanto en tanto elijo algún odiado nuevo tratando de que nunca, ni por esas, me haya dado razones. Ojalá eso embarulle a mis biógrafas, cuando les toque; por ahora, mantiene a las personas en alerta: es bueno. Aunque, como todo, puede ser su contrario: sé que

se dice que solamente odio a los que no me dan ningún motivo y muchos creen que darme una razón para odiarlos es la mejor manera de ganarse la calma más segura.

Dama Sara descollaba en las artes del odio como vengá. No tenía sentido que me odiara a mí, un Hijo, después Padre, que iba a hacer de su hija la madre de un Hijo, después Padre, la mujer más respetada y custodiada de la Casa. Dama Sara tenía la cara en huevo y el mentón en peñasco: su raza era de alguna mezcla. Le faltaban los pómulos y dos dedos de ancho y la confirmaban en la gloria tantas carnes: yo ya la conocía cuando fui a la estancia de pasar la prueba. Fue hace nueve estaciones, en una noche de la estación de aguas, cuando las paredes de piedra sudaban para empapar los frescos.

La estancia de la prueba está en la punta norte de la Casa, detrás de recovecos y oficinas, bien aislada. Desde siempre mis padres pasaron el momento en ella y ningún otro: sus nombres están escritos en las dos columnas de la ventana que mira a las montañas. Los vulgos no tienen un lugar para la Prueba de la Madre; la pasan donde pueden, en sus terrazas o en el campo, al lado del arroyo, en una cueva o bajo sauces o algarrobos. Después tienen que caminar por esos mismos sitios con la madre de su hijo y permitir que los recuerdos se les mezclen y enturbien.

Para ellos la prueba es otra cosa: tienen el miedo de que la madre los rechace; puede rechazarlos y, de hecho, hay madres que desechan cantidad, con el pretexto de que son muy pánfilos. En las calles y en la plaza del Mercado hay canciones que se burlan de la exigencia de estas madres.

«Hay una copa grande como un sapo  
que no pueden llenar cinco veces cinco pretendientes.  
Y la dama convoca a más incautos,  
y los prueba y reprueba y los vuelve a probar,  
y tiene aún las mamas bermellonas  
y las grupas temblequeantes cuando dice:  
“Este no, vamos a probar otro.”

Para eso,  
para eso,  
para eso una madre  
necesita parir una nena.

Uy, la alegría de la dama insaciable  
cuando ve que de su copa sale  
la bestezuela que va a hacer que mañana  
otras bestias entren y derramen  
el licor en su copa desfondada.

Para eso,  
para eso,  
para eso necesita  
una madre parir una nena.»

Hay de todo: de estas y también desinteresadas, más distraídas de sus carnes. Pero si una preñez se suscita en la Prueba de la Madre resulta un signo de bastante: la prueba queda aprobada y el hijo pasa a ser del casamiento que se hace. Por eso algunos dudan de que sea bueno que padres la pasemos: el Hijo no debe nacer de Hijo sino de Padre, en su primer momento, en cuanto muere el otro, y un hijo anterior de la madre de la Madre complicaría las cosas.

La estancia es grande: para estar en el norte. En la estancia cabrían unos doscientos si se pararan codo a codo, apretados, molestos, pisándose los pies sólo unos pocos. Esa noche, para la prueba, cortinas de piel negra cerraban la ventana a montañas y todo el espacio estaba iluminado con titubeos, titilando, por revoleos de luciérnagas encerradas entre el techo y una tela finísima y transparente que colgaba un brazo más abajo. Las bestiolas por millones revoloteaban y escalonaban sus destellos para dar una luz de las sorpresas, que aclaraba en caprichos un lugar o los otros, un rincón o el centro de la estancia, los brazotes de Dama, sus joyas turbulentas. Los odios que me gustan son como la luz del revoleo de luciérnagas: nadie decide dónde van a iluminar: se hacen y deshacen por el azar de que se junten varias.

La mesa de las comidas era como la vida de un padre: larga y ubérrima. Había lomitos de guanaco ahumados con ajonjolí que me recordaban que fui un chico, pero también papillas de hígado de cóndor con enanos langostinos del río, granos de los siete maíces sazonados con miel de algarrobo, jamón de pecarí entre rodajas de tomate amarillo y mango del color de la aurora y entre las bebidas había, además de las cocciones fermentadas y las destilaciones, las aguas de los mejores arroyos con sus cuencos de hierbas. Jushila solía decirme que comer y beber es bueno para apartarse de las fornicaciones, y mi padre Ramón, mi padre, me dijo aquella vez que sin comida y bebida fornicar es un pálido juego de gorditas. En la estancia no había músicos, para no confundir las músicas que los amantes tienen que hacer con sus alientos, y las paredes estaban pintadas con escenas de la guerra: la mayor, que ocupaba toda la pared del sur, daba detalles de la gran mamada de los hombres barbudos.<sup>[7]</sup>

El centro de todo estaba en el medio preciso de la estancia, sobre una tarima: un colchón de plumas de colibrí y bahiri de un brazo de espesor y cincuenta palmas de ancho y largo, que iba a ser el escenario al principio de la prueba. Alrededor estaban los volúmenes. En la estancia no había plantas porque los olores podían distraer a los amantes: los volúmenes la enaltecían bastante. Alrededor de la tarima, los yesos eran

arbustos, flores rositas y violáceas, cinco veces más grandes, y un arroyo los alimentaba con sus aguas de mica: eran destellos. Sobre los yesos o el arroyo se entretenían las bestias.

El casal de los gatos monteses, que se frotan contra cualquier vientre tan sedosos, sinuosos, untuosos como una mano<sup>[8]</sup> que fuera de otro y propia; los monos chicos, homúnculos crecidos, expertos en masajear con frutas que después lamen con sus lengüitas ásperas para dejar en la piel un picor y deleite; los aras azules, con alas que se mueven en ese ritmo obscuro y excitante que el mejor bailarín de la Casa sueña con imitar; los hatos de culebras con reflejos, que se inmiscuyen de bruto desparpajo en todos los agujeros y mordisquean con sus dientitos de limón los rincones recónditos. Y en la tina de piedra revoloteaban los cardúmenes de pececitos azules que nada iguala: el hombre se unta el cuero con pasta de gusano para darles hambre y ellos para comer le cosquillean la piel con descargas gozosas. Había más, puestos como la trampa que hace que, junto, una hembra, otra cosa, el mejor de los hombres, sea algo tan liso de recovecos y movimientos y colores que solamente con saberes difíciles podría disimular carencias y armar un buen fornicio. No era tan fácil; las bestias cantaban o gritaban y así me anonadaron un ratito. A veces ponen un bebe, pero esa noche no teníamos.

—Me deshago ante el tedio de imaginar caricias de sus manos, sospecho, majestito.

Entre bestias se despatarraba orgullosa Dama Sara. Ya era una mujer todo lo vieja: de hecho, no sobrevivió ni cuatro estaciones al encuentro. Pero sólo a su edad alcanzan las mujeres el desfallecimiento necesario de las carnes: tan supernumerarias. Que no eran, como las de mi madre, prietas y rotundas sino amenazadoras: la lava del volcán que, derramándose, busca cubrir de fuegos.

Sus mamas largas y rechonchas, dormidas en la panza, prometían la manipulación más intrincada. Sus piernas, sobre todo sus piernas y su grupa, se desarmaban en tantos reverberos de la carne, en pliegues y montículos y más pliegues y más gruesas dunas, que ofrecían la esperanza de perder entre los recovecos un pistón, un dedo, la nariz o la lengua. Los brazos colgajosos, con la carne pendiente que obedecería cualquier impulso para lanzarse al vaivén más frenético, y sus manos bien embebidas en una sangre espesa para dibujar en su cuerpo y el otro las figuras, acechaban. La Dama Sara, patarrada sobre las plumas de colibrí y bahiri, con el cuero sin muesca de pelambre, me echaba una promesa y esa amenaza que todavía me acuerdo.

Yo no había tenido comercio con mujeres: sin contar, por supuesto, a mi madre. Podría haberlo tenido muchas veces; pero con mis compañeros de juegos, mis servidoras y mis animales me alcanzaba bien. Así que cuando entré en la estancia y la vi, abierta, ofrecida, con los brazos abiertos como quien agarra la Ciudad y las Tierras, me bailaron los dientes un momento y después, pistón y piernas firmes, me lancé hasta su cuerpo como el anta: callado. El choque fue grandioso.

—Ya esperaba, majestito, sin las dudas, que fuera tan borrico desprolijo.



Dijo Dama Sara con voz de piedra casi nada más tarde, en cuanto pudo desengancharse de mi abrazo. Era muy difícil que un pistón llegara hasta su válvula: el camino estaba abierto pero lleno de montañas y cuevitas, maneras de perderse. Yo rechacé su cuarta lengua y le hablé en la de vulgos que tenía derecho:

—Se calla, diosa antigua, o la prueba va a probar su nariz y mi trompis, digo: estrepitosa.

Dama no cambió su tratamiento ni actitud. Las aletas de su nariz anchota, tachonadas de brillantes chicos, le aleteaban como el vientre de un sapo:

—Pero si usted es un pollastre tiépido, sin las dudas: ni capaz de darle a una vicuña en celo cuatro babas, sería. Oh que yo le contara las maravillas de mi hombre, el querido Joaquín: pasaríamos los días sin que le dejara de caer ese hilito de baba de colores tan palmípeda, la veo, que le asoma. Oh lo que el querido me inventaba, cada cuarta, segunda y la tercera: le dejarían a usted la mona del tamaño de un pelo de babosa y sin las dudas ahora usted...

El torrente seguía y cualquier esfuerzo de callarlo era peor. Cuanto más yo trataba, si le cerraba la boca con mis nalgas o le hurgaba con dedos las narices o le agitaba con mis pies una mama, más placer le daba a Dama hablarme sin parar del consejero. Yo podía esperar: sentarme a comer y esperar que se le pasara el torrente, en unas horas. Yo sé que casi siempre puedo esperar: después, cuando sea padre, voy a poder más. Al final vuelven. Mi padre Héctor, el padre de mi padre, suponía que la fuerza era impaciencia: no dejar que nada fluya fuera de su cauce ni un momento, regresarlo a su cauce en lo inmediato. Yo suelo creer que la fuerza es el que puede sentarse y esperar: saber que al cauce van a volver solos. Comía; Dama Sara seguía contando su querido y empezaba a creer lo que decía. Las palabras se le apelotonaban; para no decepcionarla demasiado le eché a las cachas un gato montés y Dama no paraba: era como si hubiera aparecido en ella todo el saber de las antiguas prostis castas: una cuestión de tiempo.

Ya casi no quedan prostis castas; alguien me habló hace poco de una mujer que quiere recuperar la tradición y puso escuela más allá de los arrabales, a medio día de la Ciudad al norte. Es muy dueña, pero no me extrañaría que alguno de mis consejeros decidiera cerrarla.

La casa de las prostis castas floreció en tiempos de mi padre Raimundo: el sibilino. Su fundadora, Raquel, hija de Jaime, fue una mujer presa de la chabacanada. Era siempre como si fuera cualquier otra. La historia en realidad les empezó con Jaime.

Algunos dicen que todo se explica porque Jaime nació en una vieja casa de alfareros, cansados de las formas, pero es probable que eso venga más bien de la afición de los míos a las cosas con causa. ¿Por qué no pensar, mejor, en lo casual?

En un hombre que se despierta un día aterido por el fuerte catarro pero igual sale, como todos los días, a cebar sus animales en el patio. Un vulgo de posición corriente,

con bastante para mantener una buena docena de pavas del monte, tres chanchos negros, gallinazos, un jaulón de pájaros cantores y un casal de vicuñas, pero no a un servidor que los varee. Igual no lo tendría: la costumbre de darles de comer cada primera lo despeja y alegra pero ese día, por el catarro, se levanta más tarde y oye, como nunca, una charla del patio vecino en que dos mujeronas se jactan de todos los cursos y discursos que sus válvulas hinchadas han podido torcer, y se cabrea.

O en lo súbito:

En un hombre que en los últimos días nada más pudo comer papilla de maíz con miel muy sosa y que, cargando las tintas, ve cada cuarta cómo su hija le llora cuando se va a dormir y piensa con tiempo tan inútil en un pernil de pecharí asado nadando en una cocción de higos chumbos y después en una trucha del río cocinada en leche de llama y sazónada con hierbas de soñar y duda entre ambos platos y en esa duda se complace, cuando lo interrumpe otra voz. Que dice la mentira que ya escuchó cinco veces esa misma cuarta: que la culpa de las privaciones de alimentos en la Ciudad hay que buscarla en los caprichos de mujeres de Padre, que agotan su energía y no lo dejan dedicarse a asegurar las provisiones, y entonces el hombre ve disolverse en el aire su banquete y solamente puede oler la melaza de bastante bronca y grita: «a las vicuñas las mujeres del padre y todas las mujeres».

O bien en lo insistente:

En un hombre cansado que terminó su trabajo de arreglar máquinas chicas en la puerta del Norte y solamente quiere volver a descansar a su algarrobo, cuando llegan sus compañeros y le proponen una juerga. Y entonces tiene que ir con ellos a un tugurio con humo y griterío donde canta una mujer flaca con voz de vicuña arrepentida una canción que repite algo de un coito sobrehumano, golpearse la cabeza en el dintel bajo de la puerta de entrada, gastar en varios cuencos de destilaciones y, cuando su cabeza está a punto de estallar por la jaqueca, acompañarlos a las orillas de un arroyo a beneficiarse de tres mujeres casi nenas que uno de ellos acaba de recibir desde su pueblo en las montañas: para no soportar durante días y días sus acusaciones de flojera o vejez, y sentirse más pánfilo.

¿Por qué no pensar que nada más así, un día, de repente, un hombre decide lo que nunca hubiera imaginado y piensa por ejemplo lo que Jaime pensó y lo lleva a los hechos? ¿Por qué no pensar en una cualquiera de estas historias, o la mezcla de dos o más, o la sucesión de varias en un orden cualquiera, o ninguna de ellas, o ninguna del todo, como golpes que llevan al resultado que sabemos o creemos? Súbitos, sin más explicación, sin más razones. Yo podría decidir un tiempo de interrumpir a cada rato. Podría hacerlo. Explicaría que el tiempo se asienta en dos palanganas con el fondo pintado. Una, chica, flota desvaída adentro de la otra. En la más grande el agua se revuelve, arremolina, se enturbia, hace olas que no desbordan mucho. Las pinturas del fondo de la palangana grande no se ven porque las tapa la palangana chica: son las suposiciones, un recuerdo. La palangana chica está vacía. Las pinturas de su fondo, secas, son una mancha oscura. De pronto, a veces, un chorro de agua llega de

ninguna parte o de la grande y se le mete. Las pinturas del fondo de la chica, mojadas, se hinchan de colores. Después, de a poco, el agua se escurre y se evapora y la chica vuelve a quedar sombría.

De ese tiempo solamente importarían los chorros súbitos, los flujos por sorpresa: esos momentos en que algo se decide, algo cambia, se despeña una piedra. El resto, pasados, futuros, se revuelve en los gorgoteos de la palangana grande. Son los chorros, digo, los que importan: los momentos que no podían preverse ni esperarse. Hace unos días empujé a un músico o algo así al estanque de bichos. Podría decir que me intrigaban las raras armonías, los sonidos de su terror en la caída, pero ni siquiera me quedé a escuchar los gritos. No sé por qué nos sucedió: él pasaba por ahí, yo pasaba por ahí. Fue coincidencia.

No debería proclamar un tiempo así: debo esquivar la tentación pequeña. Alguien sabe que entre tantos datos y matices está la historia necesaria: que ese vulgo, Jaime, tuvo la idea que tenía que tener. El día que lo pensó llovía: recién al día siguiente pudo ir al mercado a decir que no iba a tolerar más que el fornicio determinara los días de su vida. Lo dijo en el mercado justo detrás de las posadas de la avenida de la puerta del Este; tres vulgos de las Tierras lo miraban como a una lluvia que tiene muchos días, pero dos hombres y una mujer jóvenes, vestidos de personas, lo seguían con gestos de cabeza. Una vieja horrible de muy flaca le dijo que nadie determina nada:

—Es usted mismo, mijo, y usted mismo no parece lo que dice, digo: encerrado en el coito.

Jaime no parecía encerrado ni ninguna otra cosa: era bastante como su mujer, Raquel, presa de chabacana. Jaime podía parecer lo que quisieran otros: era siempre cuestión de la mirada. Jaime era de esos que comen con la boca abierta para hacer ver que no están comiendo nada malo. Tenía la cabeza redonda, sin pelos, la cara redonda, el cuerpo más bien redondeado pero prolijo: sin colgajos. Quizá por eso estaba algo encerrado. Otros cuatro, con un carnicero, le discutieron a los gritos. Jaime dijo que se iba:

—Es mi idea, digo: la que tengo. Me da igual las que tengan ustedes y eso me da ventaja, digo: ustedes me gritan por las mías y yo no. Me voy mañana para las tierras altas, digo: las más altas. Alguien puede seguirme, o yo seguirlo.

Detrás de la posada había muy poca gente el día que volvió Jaime. Hacía fresco, era telón de aguas, ya se había vendido la cosecha de higos y faltaba para el primer maíz: es la época en que los maquinistas más inventan. Habían pasado seis o siete estaciones: Jaime llegaba con dos hermanos antiguos sordomudos y el hijo de un escribiente de la Casa. Estaban cubiertos de pieles de llamas adorables y sus pelos habían crecido bravos: sin pudicia. Sus ojos, hundidos bajo una capa del lodo rojo de la montaña, brillaban con la fuerza: dos paseantes creyeron que era desesperación, un maquinista pensó que era desprecio. Un guanaco a punto de desbocarse se revolvía con alaridos: dos vulgos le pegaban con varitas de plástico y el tercero trataba de

manotearle el pistón: para calmarlo. Es doble filo: el guanaco se puso a bramar de otra manera. Uno de los dos vulgos tenía el hombro partido y rojo de un mordisco: le chorreaba. Hacía fresquito. En el mercado siempre hay alguien para hacer de todo. Cuando Jaime empezó a gritar, algunos que pasaban se acordaron de la historia de un hombre que se había escapado de los coitos: se pararon, se callaron, lo miraban con los brazos cruzados. Jaime se dio el placer de hablar bajito. Algunos opinan que reconocer un error a los gritos es tan presuntuoso como persistir en el error:

—Hombres, digo, más que nada: hombres, fue un error en lo alto. La base de este tontainas Jaime estaba muy perfecta: mal estuvo, digo, lo que se armó sobre la base. Tontainas, digo: yo, tontainas Jaime, creyó que estaba en la soledad y el aislamiento el remedio contra la fuerza de los coitos y descubrió, digo, con el dolor que le suponen, digo, descubrió: que estuvo dándole más fuerza todo el tiempo.

El guanaco, más lejos, se había tirado patas para arriba y soltaba gruñiditos de regusto. Unos chicos le retorcían la cola y el guanaco se dejaba todo. Un hombre escuchaba a Jaime, miraba al guanaco y le apretaba una mano con las dos a una mujer al lado; otros estaban con sonrisas: esperaban divertirse con el error de Jaime.

—Tontainas Jaime, digo, uno muy pánfilo: para oponerse a la fuerza del coito, la fuerza de las válvulas, dejó todo y se metió en la montaña, vivió con dos o tres hermanos como hombres sin pistón, digo: perdido en la montaña. ¿Qué hizo, todo ese tiempo, digo: qué? Todo ese tiempo le dio homenaje a esa fuerza, con su rechazo le sacrificó todo lo que era antes. ¿Qué hizo, en ese tiempo, digo, qué fue que estuvo haciendo? Se declaró una víctima parpando de la fuerza del coito y vivió nada más para escaparle: para darle homenaje. Tontainas Jaime fue, digo: ya estuvo. Ahora yo ya entendí.

Caras se fascinaron: tres o cuatro. La retórica de Jaime era buena para un vulgo: quizás había repasado sus palabras mil veces en las cuevas de las montañas del Oeste. Pero se acercaron varios más y el guanaco quedó tirado más allá, pidiendo algo. Jaime, que había entendido, explicó que para pelear contra la fuerza no tenían más salida que una sola:

—Hombres, una, digo: una sola les propongo. Les digo que formemos bandería de los hombres dispuestos a la calma.<sup>[9]</sup>

Dos caras de asco, tres o cuatro de desilusión, otras pocas en blanco. Jaime se había prometido, en su camino desde las montañas, no mirar las caras de ninguno y terminar de decirles lo que fuera:

—Que no está, hombres, la calma, digo, en la fuga. Ni en la renuncia, ni en la pelea ni en el desenfreno: no está ahí. ¿Qué mejor, hombres, digo, para mostrar la derrota de la fuerza de las válvulas, qué mejor que volver al fondo de las casas y fornicar mujeres o amigos o el vicuña una vez cada tanto, digo: cuando cuadra, y olvidar de todo las aristas cuando el grito se pasa? ¿Qué victoria mejor, hombres, amigos, digo, que dar a la batalla nada más lo que es suyo?

La bandería de Jaime creció con el tiempo, moderada. Los vulgos necesitan

pertenecer a banderías:<sup>[10]</sup> deben creer que así me pertenecen menos y puede que sea cierto: poco. Sus miembros no tenían rituales: ni siquiera buscaban sus reuniones. Algunos propusieron reglas: alguien sugirió que los fornicios tenían que llegar cada ocho días: otro, cada nueva estación; otro más dijo que cuando pareciera muy claro que ella no quería: nadie creyó que hubiera que seguir una de las propuestas. A veces se encontraban por casualidad, en una esquina, en el mercado, en un trabajo, y reclutaban nuevos sin querer. Fueron la bandería más dejada que tuvo la Ciudad y eso le daba una aureola modesta. Todo sobre ellos es chiquito: nada de eso nos interesa mucho. Ahora no queda nadie que se jacte de la indiferencia: nada más sirven para recordar que de ellos nació la institución que está queriendo aparecer de vuelta: la escuela de las prostis castas.

Se supone que la fundó Raquel. Raquel era la hija de Jaime y odió los berretines de su padre. Era tan poco: ya ni siquiera chabacana. Flaca y sonriente, tan tan parecida, tuvo una idea por el odio y reunió a veinte mujeres de todos los plumajes para formar la escuela: bastión de cocoritas resentidas.

A la casa de las prostis castas la llamaban la escuela y nadie se reía. La escuela era un flancito de audacias y de astucias, la sopa de lo más perfecto. Las mujeres consiguieron una casa muy pimpi en los arrabales del este; era grande: alrededor de un patio que brotaba cardones y dos enredaderas, cada casta tenía su estancia, sin puertas, abierta y rebosante de todo lo apropiado. Los músicos tocaban bajo un toldo en el patio, para todas, pero en cada estancia las pieles, las bestiolas, las tinas y pomadas se amontonaban o desbarrancaban: colinitas deleite. Las veinte mujeres del principio tenían sus cuerpos aburridos, con nada peculiar, faltos de privilegio: fue la condición para que entraran y esa condición les dio, casi enseguida, llegada de varones. Esa, y el desafío.

Las prostis castas fueron por el desafío. Es de sabios resistir el desafío. El soldado que contesta displicente a una bravata, una mujer que usa al que usa, el padre que no grita a los gritos del hijo, yo mismo cuando le doy a un prisionero agua o decido no dar una batalla, sabemos que la fuerza se demuestra en la calma. Poco antes de llegar a la estancia de la Prueba de Madre, en una pared de la Casa, vi unos frescos: en la primera, un puma se está comiendo un muslo ensangrentado que no debiera ser de hombre, cuando aparece otro puma con un trozo rimbombante de carne entre los dientes, y se lo muestra: se lo refriega. En la imagen siguiente el primer puma ha dejado su muslo que no debiera ser de hombre y se ha lanzado sobre el otro y se traban en riña: despatarrados, polvorosos. En la tercera los dos pumas yacen, desgarrados, panza arriba: agónicos. Sobre un árbol, detrás, un mono chico los mira y se sacude el pistón con algo que se parece de más a una sonrisa: una licencia.

En la pared de enfrente, encima de su árbol, el monito sigue meneándose sarcástico, con los ojos en blanco. En la segunda imagen, una mona llega al árbol y le refriega su culo rojo en las narices: provocando. Su culo no puede ser más rojo. En la

tercera, el mono sigue con su pistón y la mona se está yendo ofuscada. Es cierto que las pinturas son de un tiempo en que los pintores de la Casa preferían la moral al gusto y sus figuras tienen una realidad tan bruta que pueden irritar al que las mire: se parecen más de lo necesario, muestran su esfuerzo demasiado. Pero hablan con imágenes cautas sobre la taradez del desafío. En realidad, dicen: nada más lo acepta el que se cree que tiene que probar su fuerza, una vez y otra, como si pertinaz dudara. Lo bueno es que los hombres no son sabios, aunque ahora quieren ser un poco más. En esos días los varones, en hilera, escuchaban el llamado por rebaños: embestían. Los esperaba el desafío.

Raquel organizó la escuela pero siempre se dijo que la auténtica maestra fue Sarita. Sarita sabía. Sarita venía del serrallo de mi padre Raimundo y, como tantas mujeres, era una hija presentada.<sup>[11]</sup> Sarita, en el serrallo, supo ser las rodillas.

Siempre se nombra a mi padre Raimundo como ejemplo de refinamiento y novedades. Mi padre Raimundo el sibilino, tan original, es un lugar común. Hasta su tiempo fue delicadísimo:<sup>[12]</sup> mi padre Raimundo decía que nunca sucede lo que parece: que lo que en verdad sucede, decía, era que cosas del pasado o del futuro se repetían o ensayaban.

—El presente es tan ínfimo, mis polluelos, tan tremendo de estrecho...

Solía decir, bajando la manito como quien se espanta sonidos de la oreja: tan ínfimo que en el presente nada cabe; no puede organizarse nada. Así que sirve nada más de escenario para ver cómo suceden cosas de antes o después, cuyo control se pierde y nos escapa. Era tan original. Tan cómodo. Como quien dice: nada. Una forma del tiempo hecha para olvidarse de las formas. Mi padre Raimundo prefería acordarse de otras formas. A veces pienso que hacía bien, o no tenía más remedio.

—La astucia de Padre consiste en simular que ordena lo que evitar no puede.

Le dijo una vez a mi padre Jorge, su hijo, y la frase la repiten padre tras padre como un ejemplo de lo bajo. A mi padre Raimundo lo perdían las frases. Una tercera, justo después de la segunda comida, muy despacio, entre cuatro eructos, pronunció una que le quedó enredada entre los labios y fue muy festejada: siempre había alguno que se las festejara. Mi padre Raimundo nunca pudo desintrincarse de la frase.

—Toda criatura tiene al menos algo bello, miramientos, y no hay ninguna que lo tenga todo.

Hay frases que comprometen una actitud, una jornada, los días más resbaladizos de una vida. Hay frases que construyen un pasado para siempre, y las buenas dos.<sup>[13]</sup> Así es, sobre todo, la palabra de Padre. Mi padre Raimundo debía estar muy cansado cuando la dijo; después la fue ampliando, complicando, pero lo básico ya estaba.

—Cada criatura es un fragmento de sí misma, mis polluelos, y cada fragmento es, en sí mismo, una criatura.

—Nada está en el todo que no esté en la parte, y no todo lo de la parte está en el todo.

—En el fragmento, sí, polluelos, sin las dudas, está lo que no siempre sabe ser del

todo.

Cuando mi padre Raimundo, a fuerza de repetir su frase y sus variaciones debiluchas, entendió que tenía que hacer algo que las sostuviera, imaginó la transformación rotunda del serrallo. Una mañana de tremendo sol llamó a todas las criaturas de la Casa a la sala de Sauces para un examen: eran la sombra de una muchedumbre. Padre y tres de sus mejores las hicieron desfilar para observarlas, revisarlas despacio y probar la respuesta de sus variadas partes. Borboteaba un olor estrepitoso. El grito de tres perros se mezclaba con el vahído de una nena, la pasión de dos muchachos que se golpearon sin parar durante horas, la muerte de un tucán rosado, el murmullo de los chismeríos y los gestos hirientes de los cuatro inspectores. Pasaron dos días y sus noches; muchos fueron desechados, contrariando la frase. Al final, más de un centenar de hombres, bestias y mujeres quedaron elegidos.

Cada uno era dueño de un fragmento perfecto. Una nariz, dos mamas, un ojo — dos ojos—, un omóplato, un pistón, un morro, una cara de perfil, de frente, de tres cuartos derecha, una barba, un plumaje. El serrallo se volvió un rompecabezas majestuoso. Las criaturas esperaban su turno, siempre listas y enfundadas en su uniforme de fajina: un forro de algodón negro que les cubría pringoso todo el cuerpo, con un solo agujero que descubría la parte que cada una era. Mi padre usaba a cada con detenimiento, con dechado, con conciencia de lo elevado de su gesto. Inventaba combinatorias blanquipardas, afortunados cruces, y agregaba a una boca los mejores muslos, a una nuca el lomo más peludo, a un tobillo desbordado la cintura desbordante y el cachete más rojo. Componía. Había prohibido en el serrallo cualquier música que lo molestara para escuchar la armonía de sus combinaciones: los músicos ciegos podían tocar solamente cuando mi padre estaba con un pedazo único. La obra se recomponía cada noche: era finita pero interminable y mi padre explicaba que el presente era así: la unión fugaz de un codo y cuatro nalgas que estaban antes o estarán después y en el presente nada más se rozaban un momento.

Sarita fue, en el serrallo de mi padre Raimundo, como queda dicho, las rodillas. Dicen que sus rodillas eran perfectas de superfluo: de rugores tan suaves como el vientre de un anta, se estiraban pareciendo que se contraían y terminaban por formar dos medialunas que eran la forma de las Tierras: las rodillas de Sarita eran una maqueta tibia de Calchaqui. Que fueran dos a veces confundía las cosas.

Mi padre Raimundo desfallecía por las rodillas: más de una noche planeó en ellas movimientos de sus fuerzas,<sup>[14]</sup> dibujó nuevos caminos o estiró sus fronteras hasta más de media pantorrilla, por conquistas trabajosas y sangrientas. Otras, más callado, las amasó horas y horas con las manos, mientras memorizaba los gustos de una válvula o entregaba su pistón a la sabiduría de un tapir: fuerza, succión, babita espesa.

Las rodillas cruzaron usufructos y estaciones y después empezaron a rebajar sus luces. Primero fue un monte desconocido acá, un valle allá que ningún río había cavado, un derrame de tierras sin deshielo. Sarita acusaba veintiocho veranos: ya casi vieja —pero no anciana—, la mandaron a pelar pavos a la cocina de la Casa.

No es difícil pelar con un cuchillo liebres o un guanaco, o con el fuego el gallinazo; el colibrí, el bahiri, el ñandú son minucias: el pavo es otra cosa. Las plumas de pavo cambian de color casi enseguida de arrancarlas: el viaje de las plumas virando mientras planean al suelo es el horror. Nadie sabe cómo Sarita consiguió escaparse, pero no es tan difícil: yo siempre pensé que si fuera ellos también me escaparía y que por suerte soy yo, que no quiero escaparme o no de esa manera. Si yo me escapo me los llevo a todos; el problema de ellos no es escaparse: está después. Uno que se escapa de la Casa casi siempre tiene que escaparse de la Ciudad y las Tierras, desaparecer: es muy difícil quedarse y esconderse; cuando todo está igual es muy difícil ser distinto. Nada más es fácil ser distinto revolviendo todo y eso lo puede hacer Padre o el bastardo, no Sarita. Es lo más pingüe de ser Padre, me imagino: quiero.

Sarita pudo y se escabulló por unas estaciones; después volvió con las armas peinadas. No que Sarita fuera rencorosa. El rencor es privilegio de cabezas más libres, que pueden pensar que algo merecen, que se les debe algo y se les saca: no podía ser Sarita. Pero sí era, como todos ellos, testaruda: tantos años de ejercicio la habían convencido de que su lugar estaba en los lugares del deleite y aceptó enseguida la invitación de la chabacanísima Raquel para volver donde sabía. Una cuarta se apareció, cubierta con una manta verde gema que la disimulaba tanto como un cuerno de chanco, en la escuela de las prostis castas, que recién empezaba.

Jushila dice que le dijeron que es mentira, que Sarita nunca estuvo porque la Casa se encargó de deshacerla, después de su escapada. Es posible pero da lo mismo: que estuviera en la escuela es necesario. Jushila dirá que ser deshecha por la Casa también es necesario, para que se mantenga en esos días el beneficio de las cosas claras, pero esa es otra historia. En la historia de las castas, Sarita es necesaria. Si no, ¿cómo se podría explicar que hembras tan vulgas conocieran de los juegos los vericuetos más astutos, los ardides sabios? Nunca. Sarita les enseñó las manos muy sutiles del serrallo de mi padre porque eso era lo suyo: no le importaba mucho para qué querían usarlo, o le hacía gracia.

Dotadas de las artes, las prostis castas pudieron lanzar su desafío: los varones que se presentaran en el prostíbulo, carísimo, tendrían derecho a todos los placeres con la que prefirieran pero estaba entendido que las castas se resistirían sin violencia a consumir fornicio. Por eso eran castas: no que cerraran en el momento sus entradas al hombre; al contrario, todo camino tenía que estar abierto. Pero las castas, tan mujeres, estaban llenas de los ardides para dejar al varón sin instrumento.

—La noche la merece a usted, digo: una noche entre todas, esta noche.

—Y quizás usted pueda merecerme esta noche, digo, si se esfuerza.

El parroquiano se dejaba llevar por música y pomadas. Recostado en las pieles, veía a la hembra, que bailaba sinuosa, acariciarse suave el vientre con los dedos y su pistón se erguía y se sentía dispuesto. La casta se toqueteaba más y hundía su índice hasta el fondo. De pronto sacaba de la válvula la mano y le faltaba un pedazo del



dedo: de los labios gordetes le brotaba la baba, chapoteada de sangre, que le bajaba por las piernas. El hombre se arqueaba asqueado y su pistón dormía por si acaso. Era una de las astucias; lo que había desaparecido dentro de la válvula era una pequeño suplemento de dedo que la casta se había encasquetado poco antes: al desprenderse, rebosaba ese líquido mugriento. O si no:

La hembra y el parroquiano se mezclaban un poco en un abrazo. Del estanque ya goteaban los jugos y la rama se volvía tronco cuando la hembra, entre susurros y los mordisquitos, empezaba a mechar palabras sobre el gusto que le daría tener un hijo de este hombre, y la educación que le daría, y la gloria que seguro lo esperaba por tener como padre a un hombre tan ilustre. El varón, aterrado, se escapaba boqueando. O si no:

El parroquiano otra vez estaba acostado en un rincón mullido, terso, mórbido, sedoso, llano, fofón, blandengue y acariciaba un lomo de montés mientras culebritas azules se le enredaban en su pistón enhiesto: lo cosquilleaban de dulzura. La mujer, parada, frente a él con piernas bien abiertas, le hacía carantoñas y se revolvía en símiles de un coito. El hombre se henchía como las velas donde hay velas, desde el patio llegaba una música melosa y la hembra iba tirando de a una diez o doce telas voladoras. Cuando terminaba de descubrir su vientre bien pelado, desde ahí sonreía pintada en tinta negra una cara de mi padre Raimundo y a veces, incluso, la música cambiaba a himnos de la Casa: la fanfarria. El parroquiano miraba consternado, entendía que no era capaz de lanzarse contra la figura y la mujer, en un alarde de buena voluntad, lo ayudaba a descargar con la mano. O si no:

La mamada de bienvenida era tan restallante y terminal que no le quedaban al parroquiano más humores. La charla de bienvenida era tan pesarosa que no había quien quisiera deleites. La hembra le medía al hombre el pistón alto con dos dedos y lo miraba con desdén. La hembra era tan amable, tan graciosas sus observaciones, tan carcajeantes sus chistes y relatos, que el hombre se doblaba de risa sin parar. La hembra se mostraba tan humilde y quietita que el hombre imaginaba que ensartarla sería una canallada. La hembra se desmelenaba tanto, tales eran sus ataques amorios, tan virulentos sus embates y sus muerdos, que el hombre temía por su cuerpo. La hembra hablaba de un mañana con tanta enjundia, con tanta convicción detallaba los motivos que hacían de su parroquiano el hombre ideal para su vida, poco menos que su perfecto padre, el que salvaría sus horas y la redimiría de todo descarrío, que el tonto no podía más que retomar las palabras, recitar poemas, alabar de la mujer la cordura y los dientes.

Me imagino a esos pobres dándose ánimos con cocciones de las mejores hierbas antes de pasar la puerta de la escuela, repitiendo los detalles de una historia que se contarían todo el tiempo para no escuchar a la casta, o los recovecos de una imagen que tratarían de ponerse ante los ojos para soportar el ataque y mantener pistón erguido. Pobres varones, ellos, otros, repasando su plan de operaciones, revisando cada punto de la táctica con que querrían vencer al espantajo. Pobres varones, ellos,

los mismos, gozando de antemano del triunfo esquivo del jugador, siempre tan posible, deleitándose en la seguridad de su victoria, en el relato que le harían a los otros, imaginándose más fuertes que sí mismos. Pobres varones, otros, los mismos, todos, que tenían que pasar por la escuela, al menos una vez, para demostrar a quién sabe quién sabe qué: para probar su fuerza chiquitita.

La operación era riesgosa. Y también para las prostis castas: las hembras se volvían ricas y envidiadas, pero vivían al filo. No cometían muchos errores porque pagaban uno solo, el primero, al mayor de los precios: cuando una casta era ensartada por el cliente la degradaban en el acto a servidora de la escuela y tenía que pasar cinco estaciones llevando y trayendo palanganas, bocados, paños sucios, miasmas y materias: limpiando los enchastres de las otras, cayendo todo el tiempo en el dolor de su caída.

Dama Sara no cometía errores. Durante dos días y dos noches resucitó como maestra los mejores ardidés de las castas; yo la miraba muy curioso. Un par de veces tuve ganas de enojarme mucho: cuando traté de encaramármele y ella dormía con las piernas muy cruzadas, cuando se carcajeó de mis caricias durante toda la tercera, cuando me dijo que de todas formas su hija se contentaba con cualquier pistón, incluso con el mío. Pero no me enojé: ella iba a terminar por abrirse porque la fuerza es mía, y a mi único enemigo serio ya lo conozco demasiado.<sup>[15]</sup> A la cuarta del segundo día, con una cara de piedad que le dilataba los agujeros de sus narices jabalinas, la mantecosa agarró con sus dos manazas mi almendrita, la acunó con arrullos de nana y se la guardó, despacio, sin estrépito, en el fondo de su válvula esponjosa. Digo: no cometió ningún error, y al final reafirmó su fuerza: antes no porque yo no quería, ahora sí porque quiero. A mí me hace gracia que lo piense.

Tuve un estallido muy tranquilo. Cuando se me acercó por fin con el palo de sándalo y me lo fue deslizado suavemente para dar por terminada mi Prueba de la Madre, me dolió poco y me pareció que lo había hecho por mi bien. Había aprendido en dos días con ella más sobre mí que en estaciones con el pobre Jushila. Y no podía odiarla, porque me había dado un motivo muy preciso. Ya había pasado. Solamente me faltaba el encuentro de los cinco días<sup>[16]</sup> y, ahora, después, el final de la muerte de mi padre Ramón, mi padre: cuando él termine de morirse voy a tener que hacer, por fin, mi hijo.

La voluntad de mi padre Ramón para su tránsito tiene que ser de lo más simple: lo que no puede es ser cremado. Quizá podría montarlo en su mejor vicuña, atarlo a la montura y espantarla; avisaría a todos en la Ciudad y las Tierras que la alimenten y la espanten, y mi padre recorrería todo lo suyo una vez más, con la mejor mirada y sin el orden que consiguió en la vida. Al final no sería tan perfecto, o sea: un perfecto final. Los vulgos y personas estarían encantados de que llegara a visitarlos y les puedo decir que se queden con un trocito cada uno: de las piernas.

Aunque sería una voluntad tan amable, tan desprendida que algunos podrían

pensar que fuese falsa, si alguien pudiera pensar que es falsa una voluntad de Padre. En una de esas es mejor mandarlo con la misma vicuña y veinte soldados de custodia y que cada cual tenga que darle algo valioso: así su partida sería patotera y mejoraría bastante mi llegada. Igual, mi llegada no significa nada sin mi tiempo. Mañana, después, en pocos días, voy a tener que darle las palabras al fresco de mi estancia: declarar mi tiempo. Mi tiempo va a tener que contar con lo perfecto de su tiempo: no se puede mejorar lo perfecto, ni mantenerlo apenas. No se le puede sacar ni poner nada: no se puede perseverar en lo perfecto. Si lo variara un poco empeoraría: sería tonto y mi vida serían los esfuerzos por mantener o recuperar el equilibrio: como cuando se cae la piedrita que aquel tenía en la mano y tiene que pasarse horas buscándola en los yuyos, nada más para volver a tenerla en la mano: para que todo sea como antes. esa es la pelea. Quizá tenga que darlo vuelta: cambiarlo bien tremendo. La catástrofe verdadera es la degradación suavita, la desaparición tan lenta, desgana: descubrir un día que algo ya no existe o, mañana, que algo algún día ya no va a existir, poco a poco, sin ningún bochinche. La hecatombe, en cambio, puede ser recompensa: algo desaparece con grandeza, arrastrando los ojos en su caída turbulenta. Quizá mi fuerza se encuentre en darlo vuelta bien tremendo.

Ahora debe estar en su estancia, con los huesos quebrándole su carne: apareciendo. Quizá se imagina de a ratos embebido en las llamas, y nunca paseando en la vicuña, dejando pedacitos. También sabe, supongo, que con su voluntad puedo hacer lo que quiera: que lo tengo en mis manos. Lo sabe: él ya lo hizo y me lo dijo. No creo que él tenga miedo, como yo. Quizá no tenga miedo. No quiero ir: no quiero volver a ver el agujero de su boca como un río de noche: cavernario como un río de noche. Repugnante como un río de noche. No quiero ir: me tienta verle una cara repugnante. Joaquín, el consejero de la Casa, el padre de la Madre de mi Hijo que voy a hacer tan pronto, debe seguir encerrado en su manta, queriendo que lo mate: que de una vez lo mate: que se acabe.

Voy a quedarme acá, contándole a Jushila. No se puede matar a un padre: a Padre, menos. No se puede matar a un padre: a una madre es muy fácil. Es muy fácil matar a una madre: al padre es imposible, porque es imposible matar al padre: si uno mata a su padre, no es su padre: es un error toda la historia y otro lo había engendrado.

Mis vulgos y personas siguen pensando en sus muertes más que nada. Tienen sus formas de la Larga y están tan ocupados que piensan en eso más que nada: no molestan. Dicen que un jefe de los antiguos, hace tanto, se hartó de que sus hombres pensarán en sus muertes. O eran sus hombres o eran sus muertes, decía. En esos tiempos no había ninguna Larga<sup>[17]</sup> y él decidió que se preocupaban tanto por sus muertes porque se creían distintos los unos de los otros: a los animales no les pasa. Los animales se reproducen todo lo que pueden para que sigan existiendo iguales y con eso les basta. El jefe quiso transformarlos en especie, para que no se preocuparan: empezó por sacarles los nombres, disolvió las familias, los mandó a los campos a cazar y pescar con las manos. Funcionó. Después de dos o tres

generaciones se preocupaban mucho menos, y la Ciudad era una ruina medio deshabitada donde nadie hablaba de su muerte ni de nada. Se dieron cuenta de que necesitaban sus muertes para hacer algo antes: sus muertes, no la Larga.

Cuando mi padre Rubén proclamó, aquella segunda, la Larga para todos, los largos pasaron de la pelea a los inventos. No creo que mi padre se lo haya imaginado. Él creía que con la Larga los tranquilizaba. En la explanada de la Casa, con Juanca al lado, les habló a los gritos:

—Hablamos, digo, sin las dudas, y ahora estamos seguros de que todos, vulgos y personas de la Ciudad y las Tierras, muy de verdad la quieren. Con Juanca hablé y me dijo lo que sabe: tanto tanto. Ahora les digo, para siempre les digo, que yo, Rubén, su Padre, y todos los Padres que vendrán para siempre,<sup>[18]</sup> le aseguran de roca a cada cual la vida larga...

Mi padre siguió hablando pero sus palabras se le fueron perdiendo en el estruendo. En la explanada de la Casa rebotó el trueno de gargantas y un movimiento como de piedras que ruedan cuesta abajo: rebotando. Mi padre Rubén y Juanca los miraban sin mirarse: cabezas apretujadas que se agitaban sin los cuerpos, se besaban, se decían secretos a los gritos. Después, enseguida, hombres y mujeres de los arrabales empezaron a deshacerse el cuello con cuchillos de ónix, para llegar sin más demora. La Larga estaba. Viejos soldados de la guardia ayudaban clavando sus espadas en pechos ofrecidos. A los chicos, más fácil, los mandaban con un golpe prolijo. Juanca puso una mano en el hombro de mi padre, como si esperara que le diera las gracias. Mi padre Rubén tenía que darle gracias. En la explanada, algún bruto aprovechó para matar a un enemigo, sin entender las burlas de los que lo miraban; otros, más astutos, se desmelenaban para impedir que sus enemigos llegaran a matarse. Nadie quería tardar más de la cuenta en llegar a la Larga. Los músicos tocaban cada cual una música y había mujeres que se untaban el cuerpo con la sangre cercana y buscaban abrazos de quien fuera. Hombres también buscaban. Los que vieron la muerte del soldado Jaime,<sup>[19]</sup> en medio del tumulto, juraron que se había resistido al puñal de unos soldados pero nadie les creía. Mi padre Rubén, en su tarima, se repetía en silencio sus palabras, para ver qué eran. El rugido aumentaba.

La fiesta duró tres días con tres noches. Cuando terminaron, la Ciudad apestaba y ardía llena de piras donde se cremaban los primeros en llegar a la Larga. Era brillante. En las fuegos hubo más regocijos: hombres y mujeres, vulgos sobre todo, se tiraban a las llamas con gritos de alegría. Al final del jolgorio, tres de cada diez habían preferido entrar a la Larga por la vía más corta, y la noticia todavía no había llegado a las Tierras. En las curtiembres, las perfumerías, el ejército, los talleres de máquinas y los servicios de la Casa nos faltaban manos: por estaciones muchos tuvieron hambre y se morían con su felicidad de sonrisa achatada. Había desastre. Por estaciones, la vida les resultaba un disfraz muy descosido, una máscara que querían dejar cuanto más pronto. En esos primeros tiempos los vulgos, de puro entusiasmados, no se ponían a dibujar las formas de la Larga; la imaginaban como una presencia etérea y

permanente: sencilla por lo parecida. Las discusiones sobre la Larga se habían disuelto en pura espera. En la Ciudad y las Tierras todos vivían como sin querer, tan lejos de las cuestiones de sus vidas, esperando ansiosos el momento del tránsito: abreviando.

Bastantes andaban preocupados: decían que desde la llegada de la Larga morir se resultaba más y más difícil. Que antes cada se moría por cuestiones muy nimias: se resbalaban y se clavaban una piedra, se acostaban y se golpeaban contra una piedra entre sus pieles, comían gallinazo y se tragaban con el bocado una piedrita que terminaba ahogándolos, y que el adversario tan seguido se les volvía enemigo. Que morir se era lo más corriente. Pero que ahora, decían, con la Larga, les costaba tanto: como si no llegara porque la estaban queriendo demasiado.

Mi padre Rubén desesperaba un poco. Calchaqui estaba al borde de un final tirifilo por el desinterés. Juanca se había quedado de consejero menor de Fiestas y de Eventos y engordaba en la Casa, sin ningún apuro por llegar a la Larga. La Nena se había quedado con una trenza verde y el resto de los pelos bien rapados: trabajaba de pulir piedritas para adornar los frascos de perfumes del mercader Joaquín y se preñaba. Se había puesto graciosa. Escasa de maíz, con los soldados distraídos, Calchaqui se deshacía para caer de a pedazos en la Larga. Mi padre Rubén lo consultó con Juanca: el bastardo más gordo se buscó la almendrita entre los pliegues de su panza y le dijo que se calmara, que algún día se iban a aburrir de querer estar muertos y entonces iba a empezar de verdad su triunfo. Al final solamente quedaban los que vivían demasiado bien o los que no tenían la audacia de morir se. O el talento. Por suerte, mis vulgos y personas son ambiciosos y bastante pavos y cuando consiguen la que les parecía inalcanzable empiezan a buscar otras peores: ocho o diez estaciones después de la proclamación volvieron a inundar la Ciudad con discusiones, arengas y matices sobre las formas de la Larga.

Nada empieza en un punto, salvo las historias. Por eso dicen que la segunda agitación empezó con las palabras de una biógrafa que traicionó su oficio.

Rebeca pudo ser descendencia de Raquel, esa biógrafa que quiso superar el gesto de su maestra Esther y no supo cómo hacer que su tema la matara. En su casa, además de la profesión, se conservó el gusto por los actos muy bruscos y una ambición que parecía más bien un odio por los límites. Rebeca era una compositora mediocre: su primera biografía, un poco estridente, sobre un repetidor taimado de perfumes,<sup>[20]</sup> prueba que su dominio de las fórmulas era bastante corto. Pero tuvo la suerte de vivir justo en las convulsiones de esos días: algunos dicen que este tipo de suerte significa algo.<sup>[21]</sup> Rebeca tenía la suerte de ser tremenda chiquitita: una maqueta. Todos los rasgos los tenía, bonitos, toda la grasa en su lugar y los desbordes, en una forma tan pequeña que era deleite verla. Pero no usaba su ventaja de tan chica para disimularse como una buena biógrafa tendría: la volvía una marca de ambición y desprecio y decía que su cuerpo a cualquiera se le podía escapar entre los dedos.

De orgullo, Rebeca nunca aceptó que compartía el entusiasmo demasiado común por la conquista de la Larga. Es curioso: fue de los pocos que seguro sacaron, de aquellos remolinos, si no la vida larga cuando menos su memoria alargada. Todo le empezó con una cólera: la desesperación por el fracaso de su segundo tema. Jacobo, el tema, era un instructor de soldados que siempre amenazaba rebeldía. Era de una familia buena, muy persona, replantado, y tan hábil para la cerbatana y las peleas: pero recalcitrante. Rebeca lo eligió porque de joven ya parecía que a fuerza de mandobles o de intrigas iba a tener un día un mando numeroso o, mejor, que podía terminar escapándose de la Ciudad para venderse como jefe en alguna ciudad rara, puede que muy al norte, de esas que solían comprar soldados de Calchaqui para tener más fuerza. Era un cálculo fácil.

A Jacobo lo mataron de a cuatro en un callejón del barrio de Depósitos, en lo bastante oscuro: era muy joven. Rebeca creyó que había sido por un asunto de vicuñas, un robo o una cruzada indecente, pero nunca estuvo muy segura. Se había quedado sin historia. Despechada, encontró una solución sinuosa y bien astuta. La Larga se había proclamado seis estaciones antes: Rebeca pensó que, en vez de terminar su biografía, podía contar la Larga de su tema y se preocupó porque nadie tenía bastantes datos. Podía usar lo que todos decían, pero daba muy poco. Un tiempo estuvo quieta; después, imaginó que podía convertir al muerto en un espíritu que vagaba por los lugares por los que anduvo en vida y, una vez, entendió que tenía la oportunidad de describir con libertad vidas y secretos de quienes quisiera, sin apartarse en apariencia de las reglas: su tema, vuelto espíritu, podría hacer de testigo de lo que se le diera la gana de contar. Tenía su truco para contar todo. Parece que el descubrimiento, con ser bueno, no la alegró tanto como su consecuencia: ella, Rebeca, llegaría casi sin querer a lo que sus anteriores habían querido con locura: su biografía de Jacobo espíritu iba a ser un relato que nada más se acabaría con su propia muerte: de Rebeca.

Que le llegó, quizá por eso, mucho antes que su tiempo: metereta. No había razones: Rebeca no tenía esos problemas y tenía bien controlado al adversario. En la Ciudad se habló de un atasco del pecho, de un veneno más fuerte, de una maledicencia, hasta una infatuación. Antes de que se enfriara, cuando nadie se había enterado de su muerte, una comisión de las demás biógrafas llegó a su casa y se llevó el manuscrito: nunca más se supo una palabra.

La quemaron de apuro, con muy poquita leña. Pero quedaban buenos pedazos de su historia en los dichos y palabras del mercado del Este. Antes, viva, al saber lo que hacía, muchos le habían pedido que les contara partes de su historia: era la primera vez que alguien daba detalles sobre la vida larga y se volvió tan popular. Vulgos recitaban sus trozos como si fueran canciones del tugurio: le creían bastante y a dos o tres les habían puesto música.<sup>[22]</sup> Por los trozos los vulgos empezaron a imaginar de la Larga situaciones que hasta entonces no les importaban: a temerlas. Por su muerte las discusiones crecieron y se hicieron rabiosas:

—Ahora sí, digo, óspite, que ella ya muerta podría contarnos todos los detalles.

—Jámbela, verde: no burle así de la que nos contaba cosas, tal coraje.

—Coraje daban, le digo, los tribolites que contaba la tan pécora. Trolas, las trolas más puritas.

En el mercado siempre hay uno para despotricar o escarnecer en un idioma turulato. Pero esta vez había muchos para contestarle y defender las historias de la muerta:

—Con más cariño, mis señores, digo: con tersura.

—Cariño para mis aceitunas, óspite, dos, del tamaño de mamas de esa hembra que recitaba trolas. Ahora sí, digo, le dije, de tan chamusca podría contarnos Largas con todos los detalles.

—Ahora mis señores, digo: no podría. ¿No ven que no podría?

Decía el defensor y, si seguimos los cuentos de Rebeca, tenía razón: en sus versiones de la Larga los muertos se hacían espíritus que vagaban y tonteaban por los lugares que solían ocupar: sus casas, sus calles de trabajo, sus trabajos. Se aburrían un poco y miraban a sus parientes o amigos y enemigos y les miraban sus peleas y placeres pero no tenían ni posibilidad de entrometerse: no tenían con qué, no eran materiales. Uno de sus pedazos lo explicaba claro, con esa prosa vulgo y cursi de Rebeca cambiada en verso por los recuerdos del mercado:

«En la mirada, nada y la mirada:

los ojos de la vicuña muerta.

Los ojos hembra, nada más reciben:

los ojos que no ven ni lo que ven

porque mirar es otra especie.

Sus arrestos son como del viento

que golpea sin recibir del golpe

placer ni pena.

Se deslizan, derivan, titilan y también

flotan como una rama

que fuera a cavar surcos en el agua.»

Los espíritus según Rebeca no tenían ninguna obligación y dedicaban el tiempo a la molicie y la mirada y el oído: a primera vista parecía una historia de placeres pero bien mirada, sugería Rebeca, resultaba una de las formas más refinadas del terror: un coso que recibe, entiende y desea pero no tiene cómo hacer ni una. Un parálítico de todo. La desesperación sin parar cada momento. A fuerza de imaginar un camino sinuoso para contar las historias que quería, Rebeca se había chocado con una idea patética de la vida larga: un bruto barro.

De ahí el revuelo, las discusiones y trifulcas. La alharaca galgüeando. Muchos que la escuchaban se encontraban molestos, quisquillosos: lo bastante engañados.

Cuando supieron de su muerte los alcanzó la mufa, y más cuando apareció uno de los grandes admiradores de Rebeca, uno de los cuatro, para gritar en la plaza del Mercado que la habían matado porque estaba por denunciar que esta Larga, espejo de horrores, era una trampa que padres inventaron cuando se dieron cuenta de que no podían resistir más la revuelta de largos. Es curioso: a veces no entienden casi nada, en otras son tan claros. El chupamedias tenía el meñique un poco enrulado, como los bárbaros del oeste, y terminó de cuidador de los perros en una guarnición de la frontera norte y nadie se acuerda de su nombre. Pero el rumor no dejó de correr:

—Nos llenaron el aire de muertitos, digo: está todo pringoso, todo el aire.

—Huele: mucho huele. Jiede.

—Y los pobres aburridos como padres y mirándonos y escuchándonos todo y esperando que les llegue uno nuevo para reírse de mirar cómo sufre, digo: cómo sufriremos.

—Nos estrolaron verde, macho, digo: nos engañaron padre.

Peor fue cuando alguien se dio cuenta de un horror. Se había muerto una vieja muy anciana, más que pasada del final de su edad, y a los pocos días se murió su hijo, un cremador, que se trastabilló sobre una pira: con tanta sobrecarga, los cremadores andaban zapirotos, poco sueño. Pero el terror fue que alguien se dio cuenta de que la mujer vieja, convertida en muertito, había visto a su hijo tropezando en la pira, manoteando. Fue terrible: si los muertitos rondaban, veían la muerte de sus hijos. Un vicuñero Jose, lo más bruto, no paraba de hablar en el mercado diciendo que lo bueno de la muerte de antes, de la que se acababa, era que nadie estaba para ver la muerte de sus hijos: que era piadosa ventajera. Que antes, si no era un accidente, nadie veía la muerte de sus hijos. Decían, en el mercado, que quién sabe si no la habían hecho para eso.

—Un hijo no se moría, muy zápiro, no se nos moría: no existía su muerte, antes, buenos tiempos.

—¿Qué me dice, grandón, si antes se morían todos?

—Pero cuando los hijos se morían uno estaba bien muerto, ya, perdido, y para uno no existía: tan piadoso.

Les agarraba la aflicción: miraban a sus hijos chicos, que nunca les habían importado, juguetones, y los veían viejos flacos muriéndose, y ellos, ya muertitos, mirando. Más de uno empezó a pensar cómo se hacía para escaparse de la Larga y, entretanto, ninguno se ocupaba de otra cosa: era tremendo.

Mi padre Rubén apareció en el último momento que podía. Si hubieran tenido uno como el soldado Jaime, probable que los vulgos habrían armado otra revuelta: estaban tremebundos en la cólera. Por suerte los vulgos no hacen nada sin una buena vara: quien los mande o les diga que los guía y aprecia: que les va a dar el triunfo tan de roca. Con uno de esos tenían otra revuelta. Lo bueno fue que no tenían y que, por las palabras de Rebeca, dejaban un poco de querer morirse: no valía la pena si la Larga era ser un espíritu que chapoteaba en el aburrimiento. Mi padre Rubén se les



apareció en su momento justo.

Parece que fue el bastardo el que le dijo. Juanca, bruto gordo, perdida la almendrita, igual seguía sabiendo tantas cosas. Cada cuarta, antes de la comida, tres o cuatro mandingas llegaban a la Casa a contarle qué se contaba en el mercado y él los escuchaba y se aburría: menos algunas veces. Era parte de su trabajo, pero esa vez fue parte de su suerte: se dio cuenta de que la cólera estaba casi lista y mandó por su cuenta mequetrefes y pavos a hablar rumores en los mismos lugares.

—Digo: del Lugar, ¿nunca escucharon?

—¿En serio no saben de eso nada? Zápiros, cosos pobrecitos.

—El Lugar, mis señores, el Lugar. Hay los que saben, digo, madres, pero son muy pocos.

Morían de la curiosidad, de celos y de envidia. Cuando Calchaqui hervía, el bastardo habló con mi padre Rubén y lo convenció de lo bueno de sus planes; alarmado, mi padre pensó que ya era tiempo y juntó a todos en la explanada de la Casa: los vulgos y personas estaban dispuestos a aceptarle el cóndor submarino.<sup>[23]</sup> El cielo prometía una lluvia. Era una de esas mañanas de la Ciudad, muy conocidas: las nubes que vuelven bajas después de chocar con las montañas del Oeste, amenazan la lluvia y siguen viaje. Casi siempre siguen.

—No es cierto, sin las dudas, ni por esas, que vaguen espíritus por los aires de estos que tenemos: ni pienso. Lo miente quien lo dice y quien lo cree, queridos, es decir: tanto miente, miente tanto. Yo, con la verdad les digo: los espíritus tienen un Lugar. Ustedes tienen.

Mi padre Rubén había ordenado que cerraran las puertas. Las puertas de la Ciudad se cierran poco:<sup>[24]</sup> cuando se cierran amenazan algo. Algo está por pasar cuando Padre dice que se cierren las puertas, que la Ciudad quede hecha un mundo entero. A veces es cuando habla un padre, y prefiere que el mundo esté cerrado, que todo escuche sus palabras, que nadie pueda entrar o salir de sus palabras. Lo más que pueden es encerrarse o distraerse, pero esa segunda nadie se distraía:

—No es cierto, sin las dudas, que se aburran los espíritus acá y se desesperen. Tienen su Lugar: más allá de las montañas del Oeste, donde las montañas son más y más altas y el aire es blanco y tan ligero: están, les digo. Ese es el Lugar y ahí viven: tienen montañas y valles y prados de hielo, sin las dudas, que se parecen a las Tierras y a la Ciudad: se parecen un poco. En esos viven, blancos, muy lejanos.

El calor estaba húmedo por las nubes de vuelta; muchos se abrazaban los propios cuerpos y se los frotaban: el Lugar les había dado mucho frío. A tres viejas les bailaba su diente; una madre apretó al chico contra las mamas muy hinchadas, para calentarlo, y lo sacó cuando boqueaba y tosía y se ahogaba en una baba oscura. Mi padre Rubén dijo que no era cierto que los espíritus fueran pura intención tan contrariada:

—Los espíritus usan como un cuerpo, les digo, en la verdad: sienten el cuerpo que no tienen y con él pueden hacer sus pensamientos, muy despacio.

Antes de que los vulgos con frío falso terminaran de irse de la plaza ya había un traficante muy viajado, dos carniceros y un mecánico de vicuñas que decidieron una expedición a las montañas del Oeste, a buscar el Lugar. Se fueron. Antes de que terminara la estación de aguas volvió el único sobreviviente de la segunda expedición, toda de soldados, que había salido a buscarlos y contó que había visto, a lo lejos, en el fondo de un barranco, a los cuatro de la primera expedición. El soldado les gritó pero no contestaron: estaban sentados en el hielo, duros, blancos, como quien bebe aguas, conversando, pero sus movimientos eran tan lentos que él no había podido verlos. Primero pensó que estaban vivos, después muertos en frío, después que eran espíritus muertitos: al final no entendió bien la diferencia.

Es igual que curar animales. Yo lo vi muchas veces: digamos un zorrino que se rompió la cola. Sin su cola, un zorrino deja de dar el olor que los traficantes de perfume necesitan; en cuanto se rompe su cola, un trabajador del traficante va a curársela, rápido. Pero nunca puede solo: en verdad, podría, porque curar la cola de un zorrino no es difícil; el problema es que un zorrino trata de escaparse y se necesita otro trabajador para agarrarlo. Un zorrino no sabe que le agarran su cola, le retuercen su cola, le reponen su cola, se la colocan con un crac adonde estaba y le atan un palito a su cola por su bien. Un zorrino, cuando le vienen a curar su cola, sufre nada más: da rasguños, mordiscos, pataditas. Ruge con rugidos de otro. No es como un sujeto que sabe que ese dolor sirve para enfrentar al dolor y con el dolor se le mezclan el alivio, el agradecimiento. Esa esperanza, a veces, al sujeto, lo calla: para eso es la esperanza. De saber tanto se equivoca y también le puede sonreír al que lo cura. Un zorrino no sabe: nada más le duele. Padre, muchas veces, tiene que tratar a sus sujetos como quien cura animalitos. Si mi padre Rubén no les hubiera dado el Lugar para calmarlos, muchos habrían corrido tropelías.

Padre tiene que hacerles tratamientos que los demás no entienden, contra adversarios que los demás ignoran. Tiene que darles dolores que les parecen nada más dolores. Muchas veces los vulgos y personas, cuando se juntan, cuando se vuelven todo eso, se ponen así: animales curándose. Mi padre Ramón, mi padre, cuando nos visitaba en nuestra estancia, a solas, a veces dejaba que una nube le encerrara la cara y decía que por eso convenía que vulgos y personas fueran mejores: así sabrían apreciar lo de padres como los sujetos el esfuerzo del médico. Yo sudaba: imaginaba miles de sujetos gritando y retorciéndose mientras yo les colocaba su cola en su lugar, a todos con la misma mano. Era terror. Y mi madre se le reía despacio y le decía que él, mi padre Ramón, ya tenía suficiente con lo que tenía para esperar además ese agradecimiento. Entonces mi padre la miraba como siempre la miraba esas veces: como quien va a descubrir algo, y mi madre disfrutaba de eso como nada y entonces insistía: ahí se equivocaba. Las mujeres siempre hacen de más, salvo muy pocas: que no hacen. Les falta mucho la medida. Mi madre se ensoberbecía y enardecía y decía que no había que cambiar mucho a los vulgos porque en sus vidas

tan oscuras lo que más les importa son sus sufrimientos: que aunque fueran mejores, y supieran, nunca querrían al que los privara de sus sufrimientos. Que son, decía mi madre, apasionantes.

Quizá sean, y por ahora es mejor que se entretengan. Yo voy a tener que entretenerlos pronto. Mi padre Ramón, mi padre, va a morir enseguida: puede que ya esté. O que esté vivo pero ya acabando. Es un viaje tan largo: Jushila nunca supo explicarme por qué es tan difícil pasar de un lugar perfecto a otro lugar perfecto: por qué para nosotros, que podemos elegir nuestra muerte, que tenemos la Larga verdadera, que somos padres y necesarios para que todo siga, que no podemos nada más deshacernos, también es tan difícil y con gritos.

Yo podría ir a verlo: subir a su estancia ahora que nos falta tan poco y acercarme a mirarle la boca como un río de noche, agarrarle una mano y saber o imaginar por qué está así: supongo que boqueando, entornando los ojos para agarrar un pedacito de la luz, estirando los músculos desfallecidos que se le van volviendo piedra, agarrándose un dedo que ya se le escapó, repitiéndose la voluntad del fuego que me dijo y no puedo cumplir, con tanto tanto frío, abrazándose para alejar el frío, sudando por el frío, imaginando que podría no estar solo, frío, gritando, llamando, pidiendo agua para ver una boca, agarrar esa boca: algo caliente. Y yo podría ir, quedarme con esa mano y acalorarla un poco. Yo podría ir a acompañarlo y mirar cómo le duele su traslado: saber cómo le duele su traslado. Lo bruto es que después sabría.

No está mal que los vulgos y personas se entretengan: sobre todo personas. Cuando sepan la muerte de mi padre Ramón van a ponerse todos a esperar mi tiempo y a tratar de armármelo.

Hace un rato Javier, el consejero de Bienes y Perfumes, vino a buscarme para hablarme del tiempo. Entró a mi estancia con la túnica blanca y ancha, enjoyada, de los traficantes de perfume: una provocación.

—O sea que se nos acaba el tiempo perfecto de padre Ramón.

Dijo, para ir directo al grano. Se aprovechaba: ahora, mañana, dentro de dos días no va a poder hablarme así. Javier olía a sumisión, jazmín con un toque de rosa para hacerlo tan extremo que se notara que era una máscara burlona: para que yo notara en un momento.

—Se nos acaba, aunque puede que siga.

Le dije. Me parece que la mejor defensa de un hijo cuando está por ser Padre es mantenerse quieto, como si nunca fuera a cambiar nada. Eso los tranquiliza, o los preocupa demasiado y no saben qué hacer.

—No es tan fácil que siga, imagino, supongo, señor Hijo.

Javier seguía hablándome en la primera lengua: junto con su perfume de sumisión era un cuadro colorido de sarcasmo, pero él podía pretender que era respeto enorme. Dos monos chicos se colgaban de la cortina en la ventana que da a las montañas del Oeste. La estancia sería sosa sin los animalitos.

—Ni tanto ni tan poco: como todo.

—¿O sea...?

Nunca hay que contestar a los o sea. Yo sé que si quieren respuestas tienen que hacerme el homenaje y a ellos mismos el riesgo de una pregunta bien directa: flexionarse. Javier, el consejero de Bienes y Perfumes, podía flexionarse muy poquito: era una mole como dos veces yo, macizo, tremebundo, que nunca había hecho perfumes ni ningún otro bien. Pero era un persona del principio, dueño de bastantes terrenos alrededor del Mercado de Perfumes y en el barrio fino: tenía agarrados a muchos mercaderes y los necesitaba florecientes. Aunque tenía un punto débil: su hijo en el ejército, tratando de mandar la Guardia de la Casa. Yo podría mandarlo, si quisiera, a la más cruda guarnición del norte. Si quisiera y el consejero de la Guerra, Jose, no se opusiera mucho. Los monos chicos deberían reírse. Javier resopló por mi silencio y lo intentó de nuevo:

—Estuve ayer hablando con Jose, el consejero de la Guerra: preocupados estamos por el tiempo, nos dijimos.

—Y me parece bien que sigan preocupados

Javier hizo como quien no se entera. Siguió hablando, pero con su manaza izquierda retorció una cadena de oro: de tan sobada ni brillaba. Javier dijo que el miedo que tenían era que yo dijera un tiempo de avanzar como un río, como el de mi padre Ernesto, que trajo la revuelta de la Larga. Mi padre Ernesto fue más que nada pánfilo.

—Estamos en el tiempo tan perfecto de padre Ramón, sin las dudas perfecto, y un tiempo de avanzar sin respiro nos llevaría a donde nadie sabe.

Dijo Javier y resopló otra vez pero de alivio. Ya lo había dicho. No me extraña que el consejero de Bienes no quiera un tiempo como ese,<sup>[25]</sup> donde quién sabe qué sería de los productos y perfumes, pero es raro que el consejero de la Guerra no lo quiera: a Jose le convendría una de estas formas que dicen que toda mejora es el futuro, para que la guerra pueda tener buenos motivos. De todas maneras, no sería mi estilo, y seguro no ahora: lo perfecto no tolera mejoras. Yo se lo dije de otra forma:

—¿Y cómo está Jose, tan bien querido? ¿No estará otra vez esperando batallas, ansioso por batallas, me supongo, para ganar tierras?

Javier entendió algo y se quedó callado. Es graciosa una mole así de inmensa tan callada: es un derroche de silencio. En el silencio casi se oía el rumor de mi madre en la estancia de al lado. Casi: no se oía. Jushila lo miraba con esa sonrisa que siempre se le cae, se le termina desarmando, y Javier miraba el primero de mis frescos, donde digo mi tiempo en la explanada de la Casa. Un momento; después me dio un perfume que tenía en su bolsa trenzada de ramitas de romero: era un frasquito de piedra azul finísima, de nuestros colores, con esencia de maíz, la fuerza, sola, que nada más voy a poder usar cuando él se muera. Javier sabía: dármelo era su homenaje. Me gusta que los consejeros tengan que fingir conmigo lo que nunca creen.

—Nuevo padre, quiero ser el primero.

—No se puede, Javier, consejero: primero no quiere decir antes, sin las dudas, antes de que se sea. A menos que sea mi tiempo el que lo diga.

La amenaza era pavota, vagarosa pero Javier no se dio cuenta. O se dio cuenta y simuló asustarse. Yo podría hacer un tiempo que corriera como si fuera hacia adelante, como el río de mi padre Ernesto, y cada tanto se volviera. Como si la vicuña galopara ansiosa y babeada, sin tregua por el camino y su jinete, a veces, la trajera de vuelta para atrás dos días. A veces, al principio de una estación o al final de una estación, o una noche cualquiera, decidiría que es el momento de volver y tendríamos que recorrer otra vez para atrás parte del camino. Entonces pondría a Calchaqui a trabajar para volver de nuevo para atrás todo lo hecho y empezar de nuevo: Calchaqui a hacerlo otra vez para adelante. Muchos vulgos me querían porque creerían que iban a tener otra oportunidad de hacer las cosas, y Jaime, el consejero de Personas, encargado del funcionamiento de la Casa, me seguiría encantado: organizar las idas y las vueltas le daría controles sobre todo. Pero sería un tiempo como tantos.

Javier se quedó esperando que le hablara y no le hablé. Después tosió, se restregó las manos; después se fue mirando a ningún lado: como quien tiene que callar algo importante. Me parece que el tiempo que voy formando no le conviene a casi nadie, salvo a mí y a Calchaqui. O a mi padre Ramón o quizás a mi hijo, que voy a hacer ahora. En verdad al consejero de Perfumes Javier le importaba mi tiempo, pero también venía a preguntarme por qué no estoy haciendo un espectáculo para acompañar la muerte de mi padre. Se calló: tuvo miedo.

Yo ya no tengo miedo: estoy un poco harto. Me gustaría unos copos de miedo. Que las manos se me mojaran y un rayo tibio me recorriera el cuerpo: por pedazos, cachador, suavito. Que la idea de cerrar los ojos me aterrara y no pudiera abrirlos. Que me envolviera algo y solamente me escapara por el camino de recordar las mamas tan blandengues de la Dama Sara. Que me bailaran las piernas esperando ese momento justo. Que no pudiera pensar ni no pensar en el momento justo. Pero parece como si lo que está por pasar viniera pasando desde casi siempre: mi padre muriéndose de a poco desde casi siempre, boqueando con su río de noche desde casi siempre para boquear por fin la última vez y que yo salga por fin a la explanada, como en el fresco casi siempre, y ponerle mi mano sobre su cabeza empolvada de blanco y hablar, por fin, una vez por todas, como casi siempre, vestido del azul, para decir mi tiempo.

Como aquí, en la primera escena de mi fresco; espero que no apeste. Sería injusto que mi recuerdo de mis palabras estuviera compuesto de su olor a muerto. Aquí, en mi estancia, los picos de gas están abiertos para una luz verdosa: como si fuera fresca. Hace dos días que no me cambian las hierbas y las flores del suelo: la Casa debe estar en medio de su caos. Sobre los mosaicos negros, el arroyito hace que canta y los dos monos muy chicos toman agua y se escupen agua con chillidos. Igual se podría oír el murmullo de mi madre: voy a pedir músicos. Esto de ahora, mi madre lloriqueando porque se muere mi padre y ni siquiera así se acaba ni empieza nada para ella, sería la

música de antiguos.

La música de antiguos nunca se sabía. Podía ser, pero no se sabía: era lo bueno de ella. El músico era un explorador sujeto al desengaño: el músico tenía que buscar un lugar y el momento y llevar a su público sin que hicieran ruido.

Eran pocos. El músico los llevaba a la puerta del Este cuando el sol estaba por salir y escuchaban las formas del silencio. Pedía un permiso y se sentaban sobre los rebordes de la muralla, a distancia del suelo, lejos, como si no estuvieran; se callaban, se olvidaban de sí y escuchaban: al principio el silencio. Después venían ruidos del sol: de a poco, junto con el sol, empezaban a oír escasos pájaros, un gallinazo, el grito de una vicuña y el informe susurrado en el cambio de guardia. Los públicos más pavos cerraban los ojos para poder oír. Un soldado se alejaba con tintineo de armas y el jefe le gritaba de atrás que le encantaban sus nalgas o que le besara sus nalgas: no se entendía bien porque justo entonces llegaba desde afuera la primera vicuña del día arrastrando su carga de máscaras de madera balsa para un baile y el clanclón de las máscaras turbiaba las palabras. Había un silencio: solía ser el momento en el que el sol salía del todo: se despegaba de la tierra. Algunos decían que era bueno si después del silencio se escuchaba un graznido de cuervo o tres gritos de nena. Otros decían que no había sonidos mejores o peores. Después el dueño de la vicuña golpeaba a la puerta del Este y un soldado la abría con chirridos. Era especial el contrapunto de chirridos con un gallinazo: despertaba a otros perros que también chillaban. Un plash de agua cayendo sobre la calle de baldosas provocaba seis splashes juntos: en la música de antiguos, casi siempre un sonido despertaba muchos. Se juntaban, resonaban, formaban un sonido nuevo que no existía hasta entonces: esos eran los momentos más espesos. Después, cuando caían, el silencio que llegaba era distinto.

Los músicos de antiguos llevaban a su público a lugares muy elaborados: ese era el arte. Empezaron por llevarlos a cruces de caminos: soplaban viento, a veces un cardón se arrastraba en la tierra o una hoja y, si había suerte, un animal u hombres o animales y hombres pasaban y se oían sus saludos, tintineos, insultos y el silencio de un recuerdo rencoroso. Silencios del final contaban mucho. Los primeros públicos pasaban en tensión fuerte horas y horas, escuchando tan poco y esperando. En la espera oían sonidos de sí mismos, y era más arte; después, músicos fáciles vulgarizaron y llevaban a su público a calles del mercado, árboles de pájaros, jaulas con dos pumas, peleas entre socios, coitos, las puertas de Calchaqui. A veces les llovía: con lluvia la música se oía sedosa, detrás de una cortina. Casi siempre conseguían que lloviera el Día de Música.

El Día de Música era la fiesta de uno de los dioses que tenían: era de escuchar todo, todo el día: día de los oídos. La Ciudad se quedaba parada y había, en cada espacio, músicos con su público escuchando. Era difícil: el Día de Música era como al principio en los cruces de caminos, donde se oía casi nada, porque todos estaban escuchando, calladísimos, quietos, y los pocos sonidos venían de animales y del

viento. Pero los públicos se escuchaban unos a otros los silencios, tan distintos, y se deleitaban en ese espacio casi entero donde un ruido menor era un espasmo, filtrado por la lluvia.

Al final, en tiempos de los escondidos, cuando el caos, muchos músicos llevaban sus públicos a los talleres de fabricar cacharros, recipientes, telas, máquinas de cultivar y también armas o juguetes. Los escondidos proponían el trabajo como modelo de algo: así les fue. Músicos de sus días, imbuidos de aquello, pretendían que la música del trabajo era de lo más puro y, además, humana solamente: que no le debía nada al resto. Se hizo costumbre que cada público llevara al taller adonde iba algún regalo: talleres recibían tanto público que habían dejado de fabricar nada. Seguían haciendo sus movimientos pero no gastaban las materias: cortaban, clavaban, bruñían o estiraban siempre el mismo pedazo y la música fue casi música: el arte por el arte o el trabajo por el trabajo mismo. Los antiguos eran tan elegantes. Y más cuando se ponían revoltosos. Así los encontramos: musicales, oyendo, muy asediados por el caos y el hambre y llenos de materias.

Fue cuando llegamos. A mi estancia, ahora, llegan los tres músicos, con ojos de vicuña: la mirada de espanto. Cuando chico, yo creía que la mirada de espanto de los músicos era el horror de volver a escuchar su propia música: una vez y otra vez su propia música. Y Jushila me convencía de que era el tedio simulado de los que repiten algo todo el tiempo: se defienden. Saben que nada más repetir les da la calma de deslizarse hasta un final sin tantos enganchones y desgarros y simulan el tedio para defenderse. Jushila tiene la ventaja de que casi nunca sabe nada: inventa. Cuando chico yo creía que eran por eso los ojos de vicuña: después supe.

Los antiguos escuchaban a sus músicos tanto, en todas partes, y fue cuando llegamos. Cuando llegó mi padre Alberto, mi primer padre, estaban descuidados: muy ocupados en sus reyertas y tantas formas que tenían del silencio. Al principio nos tomaron en solfa. Los hombres de mi padre Alberto, los personas, acamparon para el sitio alrededor de la ciudad: venían en jirones, con sus armas muy en polvorosa y sucios como monos; los antiguos, en las casas de piedras, se miraban en espejos de mica<sup>[26]</sup> los trajes que llevaban, negros, tan brillantes, y se reían de nosotros. Nos empezaron a gritar guasadas:

—¡Bástenme los ojos, que no el resto, a contemplar las miserias de tal rebaño de comadreja lánquidas!

Nos decían, por encima de la muralla chiquita que tenían, y alguno de los nuestros les contestaba contundencias. Antiguos se cabreaban y perdían las maneras:

—¡Sapitos mórbidos, piara de sapitos: regocíjome en los fastos del festín que de tal hueste haremos!

Eran hirientes: asesinos. Eran estrepitosos y sañudos. Los de mi padre Alberto se entristecían y muchos corrieron a lavarse: hubo catarros. En esos días, los grandes trajes negros parecían mucho mejor que nuestras telas. Pero los antiguos siempre fueron del caos: a poco, se entusiasmaron con los gritos y nos gritaban de a

montones: no se entendían las palabras, se convirtieron en una gritería. A eso sí pudieron contestar los nuestros.

Sitiar una ciudad es aburrido. Es como cortejar a un guanaquito: es pánfilo. Un guanaquito se toma o no se toma, pero es pavote untarlo con regalos. En el campamento, los de mi padre afilaban sus flechas sabiendo que el arma buena que tenían era el hambre, pero no llegaba. Tenían que esperar, desesperaban, y la hora de los gritos empezó a ser un momento muy querido. Cada mañana, antes de la tercera, antiguos empezaban y nuestros contestaban con bruta algarabía. Se juntaban los cien o ciento veinte nuestros, los que fueran, en el punto más avanzado, frente a la muralla, donde ahora es el arrabal oeste, para gritar y ser gritados. Primero salían pocos, tan pocos gritos que casi se entendían las palabras. Antiguos empezaban salerosos:

—¡Un asco, dos, tres ascos, tantos ascos: la mañana se tiñe y se conturba, se despelleja, con la olorosa recua de comadreas!

Los nuestros menos, eran más directos:

—¡Necios, necios, zoquetes!

Antiguos engranaban:

—¡Cardumen sinforoso, vástagos del fango: el río que los porta es seco espasmo que los lleva a pantanos del marasmo!

—¡Repánfilos, zapallos!

—¡Burros cazurros, guanacos ahuecados: los vientos que los portan, cenicientos, conducen al desaire de más vientos!

—¡Turrillos, turrillos!

Después los gritos se mezclaban, dentro de un orden: lanzaban los antiguos y enseguida los nuestros, durante un rato, hasta que al final todos se confundían y se desgañitaban, ofensivos. Cuando habían atronado un rato largo uno de los dos grupos desfallecía y se callaba: no era fácil callarse bien, todos a una. A veces los que seguían gritando habían ganado; otras veces, los otros se callaban tan exacto a coro que los que seguían se quedaban de verdad desairados: energúmenos. Todo empieza siempre bien, porque empieza; terminarlo bien es bien difícil. Entonces en la Ciudad y en nuestro campamento se retiraban todos, exhaustos, a comer y descansar un rato, a veces satisfechos. Después, las noches, por las tantas y tan claras estrellas, hacía fresco: nos mataba la envidia de imaginar a los antiguos en las casas de piedra, sobre colchones del bahiri, con sus espejos o mujeres y lo que quisieran. Los nuestros, casi nada.

Jose era un hombre de mi padre Alberto que manejaba muy bien con su tambor a las vicuñas. En la casa primera de mis padres, cerca de las salinas del Sur, no había hombres suficientes para montarlas o guiarlas y el que no sabía llevarlas bien con el tambor podía perderlas demasiado fácil. Para eso inventaron los tambores, de lapacho ahuecado con un cuero de vicuña muy tirante. Jose tenía el cuerpo bajo y ancho, de persona, y los dedos del tambor hechos calabacín. Mucho tiempo había tratado de



manejar con el tambor unas mujeres que tenía: las mujeres no eran gustosas o le pegaban o les dolía su cuello. Pensó que podía ser el cuero y probó un tambor con cuero de mujer en lugar de vicuña, pero tampoco fue; al final se dedicó a las vicuñas, que le seguían el ritmo sin tropiezos. Con las vicuñas solía cavar sal en la salina y llevarla a la casa primera de mis padres: estaba acostumbrado a las idas y vueltas. Las noches, sitiando, Jose se aburría y envidiaba más que nadie. Si tocaba el tambor se armaba revuelo de vicuñas en el campamento.

Jose era apocado. Los nuestros, en esos días, eran bien apocados: les servía para vivir en las tierras de sal, donde los otros se calcinan fácil. Jose era apocado y las noches tocaba el tambor muy despacio, para que las vicuñas no se le revolearan. Mi padre Alberto lo oyó porque todos se acostaban rejuntados, por el fresco: piernas de varios calentaban un pecho, dos cabezas se entibiaban bastante. Mi padre Alberto le dijo que tocara para él y que tenía una idea.

En dos días, los hombres ahuecaron un tronco grande y uno más chico de algarrobo. Mi padre miraba cómo iban haciendo del tronco un agujero: algo distinto. Frente a mi padre Alberto todo siempre se volvía distinto: su vida debe haber sido feliz y muy confusa. Sus mejores cosas le pasaban cuando de tanto cambio dejaba de entender muy bien quién era: cuando sitió la Ciudad, sin ir más lejos. Por eso fue el primero. Pero supongo que fue duro, y las burlas de antiguos lo mellaban: los imponentes trajes negros.

Ahuecados los troncos, los emparcharon con cueros de vicuña y consiguieron dos tambores firmes. El hijo de este Jose, Joaquín, tocaba el chico; Jose tocaba el grande y mi padre explicaba. Primero practicaron; después, una noche, manearon las vicuñas, las calmaron con hierbas y lanzaron el primer ataque. Hacía más fresco: Jose y Joaquín se calentaron las manos con refriegas.

Era bien tarde: antiguos más que mirarse en sus espejos o en sus mujeres ya dormían y se sobresaltaron despertando. Los tambores atronaban y les rompían el sueño, pero además hablaban. El ataque era claro: en el tambor chico, el hijo tocaba frases largas y enmarañadas, firuletes que se iban deshaciendo en ellos mismos, perdían su huella, se desencontraban: frases de los antiguos. De contrapunto, Jose en el grande le contestaba con golpes de los nuestros, más unidos, macizos: de la roca. El chico a firuletes contestaba, se mofaba, mostraba de los golpes del otro la torpeza y ciertos patinazos para salir después saltando, cómodo: volátil. Y el grande a golpes persistía, se reconcentraba: los golpes terminaban como truenos, patada en el tembladeral que mueve todo y los pájaros se vuelan con chillidos y los peces se mueren de la asfixia. Entonces en un momento los firuletes se compactaban más, parecían buscar la manera del golpe y se encontraban, de pronto, con una frase perfumada que seguían, volviendo al firulete y la elegancia. Y el grande lo iba tapando con sus golpes. La gran virtud de Jose en el grande era que no escuchaba: cualquiera que escuchara firuletes del chico se hubiera avergonzado, pero el grande insistía a garrotazos. En la ciudad durmieron mal y se despertaron agotados. Esa

segunda, sus voces en los gritos de la muralla fueron desfallecidas.

Algunas veces, de noche hacía más fresco que calor de día, y otras no. La ciudad empezaba a despedir olores que antes no tenía. Durante un tiempo los llantos de los chicos se escucharon mucho y después menos: demasiado poco. Cada noche, el ataque de los dos tambores siguió despertando a la ciudad con la música de los gritos entre antiguos y nuestros: en el campamento, los nuestros se reían como zánganos. Los nuestros se dejaban por el entusiasmo: bailoteaban, se tocaban, bebían destilaciones; la mamada en esos días no estaba prohibida porque nadie conocía a los homúnculos. Cada cuatro o cinco se prendían un fueguito para calentar la leche de vicuña: es cortés tener la boca llena cuando maman. A veces alguien traía una mujer y todo se calmaba: urbanos, ordenados, cada cual esperaba su turno del fornicio y lo cumplía con la mayor economía: tranqui, sin despilfarros. Con las quince mujeres que traían desde el sur era distinto porque estaban preñadas y los nuestros las preferían dormidas.

Muchos antiguos estaban demacrados; los nuestros dormían mejor durante el día, con calores, pero las noches de luna, de demasiada fiesta, dudaban, porque les parecía que no estaban disfrutando de lo bueno de una guerra. Los tambores mejoraban: firuletes del chico se enredaban tanto en su repiqueteo o elegancia que no sabían salir, daban vueltas y vueltas. Jose en el grande ya casi no le contestaba: mantenía sus golpes como mazazos todo el tiempo, sostenidos, tronantes, y el revoloteo del chico se oía nada más como un zumbido de picaflor al fondo. A Jose le sangraban las palmas de las manos; a Joaquín, las yemas de los dedos. A veces, para llegar a tocar de verdad lo que querían, se enchastraban la cara con esas sangres: rojos con manos en la cara. Era pegajoso, pero Jose y Joaquín recibían los mejores huesos de cada gallinazo y tortas de maíz todos los días. Otros se empezaron a unir a los tambores: uno soplaba en unas cañas o en caracoles o golpeaba cascotes y palitos o su pecho o cantaba en su boca: casi todos le seguían la marcha al grande; los mejores, jocosos, en la mofa, secundaban al chico y descollaban. Es más lucido interpretar al enemigo.

Antiguos se iban descomponiendo pero el hermano de mi padre Alberto no estaba contento. El hermano de mi padre Alberto era menor: había nacido después que él, pero del todo de la misma madre y padre; en esos tiempos, antes de la Ciudad, había esas cosas.

El hermano de mi padre Alberto era más lindo: no tenía su languidez de miembros. Todos los suyos eran cortos, anchotes, movedizos y fuertes: como su cuerpo, que era corto, anchote, movedizo y muy muy fuerte, al borde del cuadrado. Mejor que mi padre Alberto tenía el gancho de la nariz, el pelo liso y negro, las mayores orejas, los pómulos como resoluciones de un dudoso, que las tiene que tener muy firmes para convencerse; sus ojos, en cambio, se ahogaban en demasiado blanco. Pero igual el hermano era mejor en la pelea, tan saltarín e hiriente en la pelea, y lo querían un poco más los nuestros.

El hermano esperaba la guerra y no llegaba. En la guerra el hermano no quería

que se muriera su hermano o que pasara una catástrofe: quería la guerra porque podía estar solo, saltando, deshaciendo enemigos sin palabras, sin preguntarle nada a nadie. En el momento más crucial de la pelea, en un momento muy angosto, el tiempo de un mazazo, se acordaba de todo. Era bueno acordarse y era bueno tener, con el recuerdo, un enemigo justo al lado. El hermano nunca dijo que no soportaba ser menor: nada más se mataba para ser mejor en cada cosa. El hermano era incómodo y tan útil: como sabía que era útil, tenía que ser incómodo.

Esa noche los nuestros fornicaban por turno una mujer del este: la mujer había llegado despistada y era bastante flaca, blancuzca, con mamas más bien gordas pero poco pendientes: los nuestros la fornicaban con su disciplina. Había fuegos, en el campamento, donde se calentaban las leches de vicuña y gallinazos; mi padre Alberto estaba sentado más allá, casi en la punta, al lado de los tambores que tocaban, sin las ganas, Joaquín y Jose. No había luna; de la ciudad venían rumores. El hermano estaba calentando leche para mamar a uno muy chico: algo pasó, porque pateó el cacharro para tirar la leche, se quemó el pie y salió con pasos brutos al rincón donde esperaban muchos a la mujer lechosa.

—¡Acérrimos, no los fornicaba la vergüenza?

Les gritó. Los nuestros se le pararon alrededor y lo miraban.

—Vergüenza, vergüenza de fornicar a una mujer de afuera, digo, tan poquita cosa, en medio de la guerra. Y pasarse la guerra tocando los tambores.

Mi padre Alberto se acercó: lo atrajeron los gritos. Llegó restregándose las manos por el fresco. Detrás, el tambor de Jose arreciaba los golpes: despertaba.

—Hermano, la guerra es guerra que demora.

Le dijo, para tranquilizarlo.

—Que demora o se escapa, hermano, que se nos va escapando demasiado. Guerras son otra cosa.

Le contestó su hermano. Mi padre Alberto lo miraba: su hermano estaba tratando de pelearlo y él no quería pelearlo porque no se le ocurría para qué pelearlo, pero siempre las cosas le cambiaban muy rápido. Algo se le volvió distinto y cambió el tono.

—Hermano, soy Alberto. Y estos somos los nuestros y la guerra es esto.

Los tambores se enredaban en la pelea de firulete y golpe. Mi padre Alberto dijo esto y le mostró con un vuelo de la mano: un campamento de pieles de vicuña y llama desparramadas en el suelo de tierra, el fresco de la noche que amenazaba llegada del rocío, cien o ciento veinte con los pelos revueltos y caras mal dormidas, las vicuñas maneadas y calmadas con hierbas, los montoncitos de su bosta, fuegos con leche calentando, los dos tamborileros, las murallas chicas de una ciudad al fondo, quince mujeres mayormente preñadas y otra lechosa, flaca, despatarrada con un nuestro moviéndosele encima. No consiguió mostrarle los olores. En la mano le cabía casi todo y, más lejos, como en la punta de los dedos, esa ciudad cayendo en nuestras manos, llamándose Calchaqui, levantándose, construyendo mecánicas, regalando la

Larga, ganando los perfumes, yendo al tiempo perfecto de mi padre Ramón, llegándome mañana. El hermano no lo debe haber visto. Lo miró a los ojitos muy entrecerrados y le miró la mano. Mi padre le dijo sin despegar los labios:

—Esto. La guerra es esto.

Su hermano era bastante más lindo, más fuerte, pateaba la tierra con el talón por su impaciencia pero nada se le volvía distinto. A la mañana siguiente se fue con veinte nuestros que quisieron seguirlo: tomó el camino del oeste y no hubo más hermanos. Calchaqui con hermanos hubiera sido diferente.

Antiguos claudicaban; varios, antes de la tercera, en la muralla, intentaron cambiar sus improperios refirifi por los gritos más descarnados de los nuestros. Sus propios amigos los callaron: se enojaron, se trenzaron en luchas. Una bandería contra los escondidos llegó a proponer un cambio en la pelea para hacerse brutos, pero los escondidos dijeron que antes la muerte que esos cambios: no hubieran sido ellos. Si ganan otros para qué ganamos, preguntaban. Muchos querían cambiarla pero la guerra por la Ciudad era eso; la guerra es cambio todo el tiempo: no se cambia. De la ciudad salían sus humos y el olor a muerto; en la muralla, antes de la tercera, antiguos parecían cada vez más escasos: cada uno era mucho más escaso. Los escondidos les enseñaban el arte de despegarse para morirse: ir olvidando, abandonando lo que eran y sabían, decían, para que menos muera: para que menos pierda. Estaban sin la voz y estaban flacos perros: les empezaba el hambre. Sabían que hacía calor y no tenían. Los tambores, cada noche, los seguían deshaciendo.

Cuando mi padre Alberto recibió el presente de Jaime y pudo entrar del todo en la ciudad empezó la verdadera música. Jose y Joaquín entraron a la ciudad marchando justo detrás de Jaime, que lo llevaban entre varios; otros varios llevaban el tambor grande de Jose, que iba tocando golpetazos. Más atrás su hijo Joaquín, del tambor chico, hacía susurros con las uñas en el cuero tirante: como los hipos de llorar o un tembleque del miedo. Antiguos los miraban y los odiaban más que a Jaime. Mi padre Alberto se los llevó a la Casa.

La música quedó como batalla: era un comienzo refulgente. Durante padres, la gran música fue de dos instrumentos que se enfrentaban en pelea. Pero era de mal gusto retomar los mazazos del tambor grande: ganar con los golpes era seguro, demasiado fácil: ganaban por la historia. A menos que el tambor lo golpeará un antiguo, que era un bruto homenaje. Los instrumentos variaban: fuimos inventando distintos y, según aparecían, iban encontrando la forma de enfrentarse: cuernos con arpas, flautas de cinco y de quince con juego de timbales, tambor con la pianola. La pianola con colores, que al apretar las teclas suelta, además del sonido, un chorrito de gas coloreado, tiene tantos sonidos que es capaz de pelear contra sí misma. Y las máquinas de música<sup>[27]</sup> son batallas enteras.

La música tardó en volver a ser como al final del campamento, cuando otros sonidos se unían a los tambores. Recién después de varios padres grupos de

instrumentos se enfrentaron de nuevo: el sistema era el mismo. En cada grupo había la misma cantidad de instrumentos y dentro de cada grupo todos peleaban para el mismo lado, al unísono. En tiempos de mi padre Alfredo, titubeante, cada instrumento en cada grupo se peleaba contra uno del otro, en el silencio de los demás: se callaban, salía de cada su campeón, luchaba, si podía perdía y los campeones siguientes retomaban. Otras veces se peleaban uno contra uno todos al mismo tiempo: encarnizado. La música había alcanzado la belleza del paisaje que los ojos suponen detrás de la neblina: todo siempre posible.

Hasta que alguien propuso grupos en los que cada uno tenía una pelea particular con otro de su mismo grupo, y esas peleas componían las frases con que el grupo enfrentaba al adversario: su música para pelear era la suma de todas las peleas entre ellos: eran trenzados canasteros que podían cargar agua. Entonces sí la música había alcanzado la belleza del paisaje que los ojos suponen detrás de la montaña.

Los conciertos tan grandes sucedían muy poco. Cada tanto, Padre juntaba en la explanada de la Casa a vulgos y personas frente a dos grupos de músicos bien vastos y los hacía tocar: casi siempre era en días difíciles, para refrescar el triunfo contra antiguos. Música más habitual era de dos, en cualquier casa, calle y los mercados. La buena es la de tres, con confusiones.

Después, padres después, las batallas de música se pusieron hartantes. Sus músicas eran más y más melancólicas: había pocas batallas, más bien escaramuzas, y la música recordaba otros tiempos: era de exaltación por el principio, pero también lejana. Las notas se le fueron haciendo cada vez más largas: tañidos y soplidos se curvaban en los falsetes del aburrimiento. Aparecieron las canciones: mucha música se volvió tarareo. Nunca hubo tanto como en tiempos de mi padre Jorge.

A mi padre Jorge le llegó la molicie de mi padre Raimundo, su padre. Los dos eran capaces de entrecerrar los ojos hasta dejarlos en ranura y recorrer como quien lee, horas y horas, las manchas de una hoja a veinte codos: la entendían. No hay nada tan feliz como mirar y nada tan escaso: cualquiera que compare, al fin de un día, la cantidad que miró con la que fue mirado, se rinde y se entrega y se hunde en la derrota. Es de roca: los demás tienen más ojos que cualquiera solo. Miradas que nos llegan nos deshacen de a poco y las nuestras no alcanzan.

A mi padre Jorge le llegó la desidia tan fina de su padre Raimundo. En el padre era refinamiento, en el hijo fue gusto por el refinamiento: mérito en el hijo. Suele pasar: algo le sucede al padre y el hijo cree que le debe suceder, busca que le suceda: termina por hacerlo. Peor le fue a su hijo, mi padre Héctor, el padre de mi padre Ramón, mi padre: Héctor estaba resignado a lo que fuera.<sup>[28]</sup> Jorge se atiborraba: todo a su alrededor siempre era mucho, y poco en el recuerdo.

Por desdén, su tiempo era como un abandono al que una mano se agarrara. Mi padre Jorge proclamó que su tiempo corría como corren los topos en el campo, sin una dirección ni ritmo ni maneras: por donde les resulta más sencillo. Dijo que el tiempo podía ser la misma gota de agua que baja como lluvia a la ladera de una colina

rocosa y se resbala por la piedra hasta una hoya donde se queda días y después se evapora, viaja como nube jornadas hacia el norte, cae como lluvia sobre un pico alto, se hiela, espera quieta ocho estaciones, blanca, se derrama, vuelve a evaporarse y viaja como nube pero yendo y viniendo, según distintos vientos y después baja de nuevo sobre un lago, sale en un río, salta torrentosa, se la traga un sapo, la escupe, se la traga uno de los sapitos, la mea, se evapora y queda como una neblina, pegajosa, vuelve a caer en un pantano, se pegotea a la piel de una vicuña, viaja, cae en la salina una mañana de sol duro, se evapora, viaja como nube para el este y así y así se movía el tiempo: que a él le daba lo mismo y que era igual que no le diera. Era desdén. Mi padre Jorge dijo que lo que sí podía cambiar era la forma de mirarlo.

Su tiempo era riesgoso: el desdén siempre tiene peligros. Por suerte, mi padre Jorge no duró suficiente para que vulgos y personas se dieran cuenta de que no lo necesitaban para nada: su tiempo podría haber dado una revuelta. Él, mientras tanto, se dedicaba a las formas de mirarlo. Mi padre Jorge dijo que para que su tiempo no se le fuera muy pronto tenía que llenarle de cosas el espacio. Si la mirada se va enmarañando en esas cosas, el tiempo dura: se espesa, pasa de a poco, se instala en cada vericuetos. El tiempo corre demasiado fácil por donde no hay nada; en los llenos tropieza, se enreda: se repara.

La estancia, en tiempos de mi padre Jorge, rebosaba: además de lo habitual estaba llena de formas muy distintas. Había enormes caracoles rosados, palos en manojos, una máquina de retortas con llamas de gas por donde paseaba y borboteaba un líquido verde, una comadreja abierta en dos, que cambiaba cada día, para mostrar sus vísceras confusas, cuatro tordos atados por las patas entre sí y sueltos para tironearse, una esfera negra sin el menor grumo, telas traslúcidas delante de los frescos, algún mongui y la gran colección de esculturas de hielo, que nunca era la misma: prisión para la gota. Había enormes caracoles rosados: la superficie tan lisa de sus recovecos, con las curvas suaves, tenue como el ojete de un chico muy abierto y erizado por atrás de las puntas que el color disimula. En los grandes caracoles el tiempo no se enreda: resbala fácil pero hacia el interior. Había palos en manojos: pinchudos, aguzados, disminuidos por la cantidad. Un palo tan puntudo es una imagen del terror; en cambio tantos en manojo hablan de la banalidad, de lo común de los peligros. Un peligro tiene menos terror si es peligroso para muchos: el tiempo. Había una máquina de retortas con llamas de gas por donde pasaba y borboteaba un agua verde y mi padre Jorge estaba a punto de romperla cada vez: mi padre decía que una representación tan evidente era la muestra más clara de que alguien no había podido entender lo que representaba: se quedaba afuera. No la rompía porque quería dejarla después de su muerte: estaba seguro de que lo que era evidente para él sorprendería uno o dos padres más tarde, y sufría por eso y se regocijaba por eso.

Había una comadreja abierta en dos, que sirvientes de la Casa cambiaban cada día, para mostrar sus vísceras confusas: esos tubos de colores plásticos, retorcidos como tubos de plástico, que iban y venían sin salir nunca de ese lugar tan chiquito

mostraban, solía decir mi padre Jorge, lo inútil y necesario de seguir los trayectos del tiempo. Había pérdidas: la comadreja se iba deshaciendo a lo largo del día: primero gotas y después las tripas amarillas iban goteando sobre la baldosa: el tiempo recorre y gira pero a veces se cae muy pegajoso, decía mi padre Jorge. Y había cuatro tordos atados por las patas entre sí y sueltos para tironearse: agitaciones permanentes que nada más producían otras agitaciones, el aleteo de los cuatro tratando de volar en direcciones distintas, como a veces el tiempo, que se perdía en esos movimientos gritones tan mezclados.

También había una esfera negra sin el menor grumo, donde el tiempo se perturbaba tratando de encontrar dónde agarrarse y se deslizaba y volvía, desairado, para volver a deslizarse: la esfera quedaba siempre igual. Y telas traslúcidas delante de los frescos para moderarles la imagen y hacerlos un poquito confusos, algún mongui que fuera hábil para dibujar sobre su cuerpo con la baba y la gran colección de esculturas de hielo, que nunca era la misma: prisión para la gota. La colección no era nunca la misma: a veces las esculturas de hielo eran comadrejas abiertas en dos, pájaros atados de las patas, mujeres sin cabeza, grandes caracoles, perros mordiéndose los dos los cuellos, palos en manojos, monguis hábiles para la baba, caras de mi padre sorprendidas, orquídeas rojas, ramos de corazones, esferas sin el menor grumo, y otras no. Sabían deshacerse. Los ojos de mi padre vivoreaban por todos, resbalaban, se pegoteaban, se empantanaban, se deslizaban, se hundían o ardían: como la gota. En cada reborde se iba enganchar el tiempo; afuera, pasada la ventana, aceleraba.

Mi padre Jorge tenía las piernas de maravilla combas y despreciaba caminar. Casi nada le gustaba mucho: el esfuerzo del refinamiento le daba la impresión de que todo el tiempo se le escapaba algo. Mi padre era admirable: nadie ha resistido con mayor entereza los embates de un sistema inventado por sí mismo. Es fácil resistir e incluso oponerse a la creación ajena: es durísimo pelear contra la propia. Mi padre Jorge no hablaba mucho de estas cosas:

—Si todo es mío, les digo: ¿contra quién?

Dijo una noche, asqueado del olor de la comadreja, aterrado por los caprichos del tiempo y harto de los rumores de que los traficantes de perfume habían regalado muchos aromas para que los vulgos no se alzarán contra su tiempo que no ordenaba nada. La frase hizo camino y recién mucho después, con mi padre Héctor, algunos quisieron darle su sentido pánfilo:

—Si todo es mío, les digo: ¿quién contra?

Al lado, saliendo de la estancia a la derecha, mi padre Jorge se había construido el auditorio. El auditorio era un cubículo chico, cuadrado, de tres cuerpos de ancho y de largo, oscurísimo, muy húmedo, lleno de plantas. La humedad corría por las plantas: sobre todo había helechos, que crecen tan veloces, y orquídeas y limones. En el medio, mi padre Jorge se reclinaba en unas pieles negras con los ojos cerrados y escuchaba: las hojas de los helechos, apretadas, trataban de crecer y se chocaban con

las otras. Había murmullos, levísimos chirridos, crujidos como guiños, temblorcitos y, muy de tanto en tanto, la caída de una flor sobre el piso de mosaicos negros. Ese estrépito era el ruido del tiempo.

En las calles y el mercado de Calchaqui también había hecho construir sus monumentos: grandes bolas de madera talladísima con escenas de la vida, firuletes, tallos de enredadera, triángulos encastrados, comadrejas en dos, caras reconocibles, animales adentro de otros que estaban adentro de otros animales, grupos de vulgos mirando grandes bolas. Vulgos y personas se paraban o sentaban delante de las bolas horas y las recorrían yendo y viniendo: para eso eran redondas. El tiempo se enredaba en esas bolas: en una tarde, un persona mirando cuidadoso había recorrido muchos días.

Después conversaban: pocas veces los vulgos y personas conversaron tanto como en los tiempos de mi padre Jorge. Se contaban lo que veían en las bolas, los paseos que habían dado: en las bolas se podía ver todo y todo se describía con despilfarro de detalles. Nunca las biografías fueron tan exhaustivas. En esa furia, un músico de mi padre Jorge, Jacobo, entendió la otra mitad de la idea de mi padre Alberto, mi primer padre, en el principio: con la música se podía describir cualquier cosa, no solamente una pelea.

Parecía tan obvio. Durante padres, todos habían repetido con fruición una verdad a medias: la música es la descripción de la pelea, o sea que se convierte en la pelea. No se daban cuenta de que lo que mi padre Alberto entendió fue que la música podía ser descripción de cualquier cosa: la aplicó a la pelea porque era la necesidad entonces. Cuando lo entendió Jacobo, la música empezó a ser lo que es ahora: lo que quería mi padre Alberto.

Hubo músicas para describir casi todo y, en esos días, enredaban al tiempo. Después vinieron tiempos mejores pero la música siguió contenta describiendo: con esa salvedad o salvación o salva del error. Mientras la música fue nada más pelea el error no era necesario. Pero cuando empezó a describir casi todo, se hizo como los frescos o las biografías: necesitó el error.

La costumbre del error viene de antiguos. A nadie le importa: está ahí desde siempre y forma parte, pero dicen que la inventaron ellos por respeto: nosotros la mantenemos por respeto. Ellos, por respeto a los dioses que tenían: decían que era provocación a sus dioses una obra perfecta. Siempre tiene que haber una puntada mal dada, un color sucio, una frase sin remate, un condimento fuera de lugar o un dato falso: para mostrar la humildad, todo lo que se hacía necesitaba error. No parece que sus dioses les hayan agradecido: se rindieron fácil ante mi padre Carlos. Aunque, hace unos días, el pobre Jushila vino a decirme que supo por unos libros viejos que en verdad el error lo inventaron los escondidos, y no para sus dioses: decían que era un respeto al que oye o lee o ve o usa o come, para que sepa que en la obra siempre hay algo de falso y que lo busque. El error era obligado para que nadie, dijo, respete



la obra tanto como para creerle todo: pavadas de escondidos.

Quizá venga de ellos: es lo mismo. Los escondidos también se habían elegido unos dioses: los públicos eran sus dioses y es igual. Nosotros mantuvimos el error porque nos daba gusto y por respeto a la fuerza de padres: en todo tiene que estar el reconocimiento. Lo malo es que padres no pueden componer nada: no pueden hacer un error y no pueden no hacerlo. Cualquier otro lo hace: es obligado. Además, no poner el error parecería tan soberbio que sería demasiado humilde: me parece que un buen error es una cuestión de honra para el que lo hace. Pero los músicos lo sufren mucho más.

Los músicos se aterran: ponen los ojos de vicuña. Cada músico toca lo que compone y tiene, en general, algunas pocas músicas. Una música cuenta con todos sus detalles el coito de dos guanacos en un valle fangoso: están, sin duda están los chapoteos, las miradas, el salto del macho por encima, los quejidos sin fuerza de la hembra, las miradas de odio del final. La segunda vez, además, aparece un patinazo muy breve de la hembra cuando le llega la embestida; la tercera, además, se oye el balido de un guanaquito que no puede haber nacido todavía; la cuarta, además, un crujido de hielo que no puede ser: cada vez, el error reemplaza a algo; cada vez, el error anterior se mantiene, forma parte, y se agrega el siguiente. El error que se repite ya no es error, no sirve como error: pasa a formar parte. Al cabo de las veces, en una música se juntan tantos errores que se vuelve bien resbaladiza. Los músicos están en el terror: asustadísimos. El arte consiste en ir acumulando los errores sin que se pierdan ni se deshagan hasta el momento en que esa música es de verdad otra, del todo: los errores la reemplazaron y se volvieron otra nueva. Joaquín, el mejor músico de mi padre Héctor, el padre de mi padre, no pudo y terminó vendiendo pescados por las aldeas del sur.

A Joaquín nada le gustaba tanto como meterse entero en la laguna del arrabal del norte, horas bajo el agua todo entero, con pescados que le rondaban y lo mordisqueaban y su cañita para respirar: decía que en el agua los sonidos se escuchaban de verdad, sin engaños del aire. Oía, escuchaba, horas con su cañita, y salía con su cuerpo y su cara tan llenos de arrugas como si ya hubiera vivido hasta el final: entonces decía que lo que había escuchado era la historia de todo el tiempo de su vida, y lo bueno era que cada vez cambiaba. Igual Joaquín era perfecto: había conseguido tal dominio del error que con cada nuevo sus músicas abrían a lugares distintos, que nadie imaginaba: hasta que se enredó. Su mejor música contaba la primera caminata del hijo de mi padre Héctor, mi padre Ramón, mi padre, por la estancia de Madre: era levísima. Había unos pasos ligeros, titubeantes, algún manotazo al aire antes de un resbalón, la mirada sorprendida de un chico desde abajo, el zarpazo de un anta, un esbozo de llanto, el alivio y la llegada al regazo: era pura delicia. Los errores que fue poniendo estaban en el límite del alarde de orgullo: mi padre los toleraba por lo lindos. Cuando completó la música de errores contaba con bruto humor una caminata de mi padre Héctor disfrazado de chica por los techos y

paredes de una cabaña de cañas en los arrabales: era de pura risa. Y cuando empezó a ponerle errores a la música de errores todos estaban atentos esperando, pero Joaquín se taró y quedó enredado: cada uno de los errores lo iba llevando de nuevo a la historia original de la primera caminata de mi padre Ramón, mi padre, por la estancia de Madre. Llegó a completarla y algunos pensaron en una presuntuosidad que Padre podía llegar a perdonarle: fue tremendo cuando empezó, a su vez, a ponerle los errores y terminó de vuelta en la historia de la caminata de mi padre Héctor disfrazado de chica por los techos y paredes de una cabaña de cañas en los arrabales: fue de terror.

Estaba atrapado. Muchos días fue y volvió sin poder escaparse, hasta que lo echaron de la Casa. El error es la justificación y el riesgo terrible de los músicos: para un pintor, una biógrafa, un cocinero, no es tan bruto, porque lo hacen una vez y basta. Un fresco, una comida, una biografía, se hacen una vez sola y así su error les queda. Pero el músico tiene que usarlo y repetirlo. Por eso suelen estar tan alterados: los salva el error, pero el error puede acabarlos. Cuando era chico, yo creía que la mirada de espanto de los músicos era el horror de volver a escuchar su propia música: una vez y otra vez su propia música. Y Jushila me convencía de que era el tedio simulado de los que repiten algo todo el tiempo: que sabían que solamente repetir les daba la calma de deslizarse hasta un final sin tantos enganchones y desgarros y simulaban el tedio para defenderse. Pero ahora sé que es el miedo el que les pone los ojos de vicuña.

Los músicos, en mi estancia, están describiendo con ojos de vicuña un banquete de mi padre Ramón, de pescados del mar. Cuando tocan de a tres el arpita cuenta y conduce y elige sus errores; atrás, el viento y el tambor le hacen chistes y rulos: cada músico tiene un turno de tocar el arpita. En mi estancia, el banquete de mi padre no tapa los lloriqueos de mi madre en la estancia de al lado y yo no puedo pedirle que se calle. Jushila habla solo en su rincón, los picos de gas están puestos en la luz azulada y yo quisiera mucho tener miedo: quizá tenga y sea esto.

Para que mi tiempo fuera una obra tendría que tener su error, pero cuando yo diga mi tiempo hasta sus errores van a ser mi obra: no van a ser errores sino la forma que tendrá, porque en un tiempo de Padre nada es un error sino su decisión: la forma de ese tiempo. Aunque pueden ser sus errores los destellos: siempre me deslumbraron los destellos.

Los destellos suceden al costado del tiempo y yo no los controlo: nadie los controla. Los destellos nos suceden a todos aunque le pasen a tal o a cual: no son del que le pasan. Yo tengo vistos muchos, con la mayor envidia: una vez vi el dibujo que fue haciendo una mosca que volaba para atrás con la seguridad completa y en un punto de la nada se paró y se dejó caer en remolinos hasta que, a dos dedos del suelo, salió volando para adelante con el mejor zumbido: estaba jugando y jugaba con su vida. Vi de muy chico la respuesta de una sirvienta vieja de mi padre Héctor, el padre de mi padre, que ya estaba muerto, cuando mi padre Ramón, mi padre, jovencito, le

preguntó, para reírse, si algo alguna vez le había parecido injusto; la vieja lo miró, se cruzó los brazos por debajo de sus mamas largas, que le rebalsaban sobre los codos como dos babosas, abrió grande la boca y le dijo, despacio:

—La penita tremenda que me va a dar su muerte.

Las risas se nos atragantaron. Y vi la manera en que una gota de perfume verdoso se incrustó en el estanque de mi estancia: cayó y quedó verde un momento, como cristalizada, resistiendo; después resultó que no tenía más remedio que emprenderlo y empezó a mezclarse: con el agua alrededor. Primero tiñó unas pocas gotas a su lado: parecía triunfante; después, enseguida, se disolvió en aquello transparente y desapareció. Y vi la gota de grasa sacada de sus pelos que la Dama Sara puso en su mano cuando por fin se decidió a agarrar mi pistón como correspondía, y la forma en que se restregó las manos: aprendizaje de una vida.

Nada de eso pasaría aunque yo lo preparara o lo mandara. Podría pensar que los destellos son los errores de mi tiempo: que lo hacen una obra.

—Tiene que ser un artista de la palabra.

Me dijo una mañana, hace tanto, en esta misma estancia, delante de mi madre, mi padre Ramón, mi padre, que ahora boquea.

—La lengua es la mejor cerbatana para padre: la espada más guaranga.

Me dijo y Jushila se sonríe porque cree que eso es lo que hago cuando le cuento esto. No es eso: Padre tiene que vivir para hacer con su vida un relato que cuenten los demás: que los demás, de todas formas, tienen que contar. Para que la cuenten con sus propias palabras, con la ilusión de que la van haciendo: como tiene, ahora, el pobre Jushila. Pero mi obra es la forma de mi vida: voy a tener que encontrar las reglas de la composición, los golpes, los efectos, las grandes escenas y las terribles canalladas: las traiciones más chicas. Todo lo que sucede es parte de mi vida: todo, cada vida en la Ciudad y las Tierras, un perro, las gotas de esa lluvia. Y si tiene que haber un error en mi obra, sería exquisito que mi error fuera el tiempo que declaro.

Cuando mi padre Rubén les dijo que la Larga sucede en el Lugar los atacó la fiebre: Calchaqui tiene mucho calor para la fiebre. Grupos de carniceros, perfumistas, personas con sirvientes, chicos por aceptar y hasta un grupito de tres biógrafas con un solo tema salieron de la Ciudad para las montañas del Oeste. Muchos caminaron: quién sabe quién les dijo que tenían que acercarse al Lugar caminando. No llegó nadie; pocos consiguieron volver, en estado de espanto. Mi padre Rubén se reía de sus pretensiones de encontrarse antes de tiempo con muertitos y les decía que para llegar al Lugar hay un camino solo y lo estaban recorriendo aunque no fueran.

Me parece que los expedicionarios también sabían que no era sensato caminar hasta el Lugar, pero los que lo intentaban y conseguían volver podrían decir lo que quisieran: su viaje los justificaba. En general, en la Ciudad cualquiera puede decir lo que quiera: cuando mi padre Rubén les habló del Lugar, les dio una condición para que se escucharan las palabras. La fiebre era por saber qué pasaba, cómo era el

Lugar: otra vez, Calchaqui efervecía. Cuando les anunció el Lugar, mi padre Rubén les cambió el horror por entusiasmo: fue horroroso.

—Ya lo contó el soldado de la nieve, digo, ya lo dijo: todo es más que muy lento, en el Lugar, mis chiquitiris: comer con mis encías.

Decía una vieja, ya anciana, vendedora de higos en el mercado con un diente en la boca y movimientos que tardaban horas. El relato del soldado sobreviviente de la segunda expedición, el que llegó a ver en el fondo del valle a los de la primera, era la autoridad más esgrimida.

—No me va a decir, madrita, que el Lugar es como su casa desgraciada.

Le contestaban, con un resto de guasa, pero la idea prendía. Ese soldado lo había visto: en el Lugar todo era largo y lento y funcionaba con un tiempo que no se sabía: un hombre no podía verles siquiera el movimiento. Mi padre Rubén se preocupaba porque el tiempo había vuelto a la calle: cualquier charlatán de esquina tenía su explicación sobre el tiempo lento del Lugar, y estaba dispuesto a hacerse matar para comprobarla en los plazos más breves. Otros, pese a las desgracias, no paraban de intentar expediciones.

—Hacen falta rumores, sin las dudas: chaparrón de rumores.

Dijo el bastardo Juanca, con la voz que de la tormenta nada más había guardado el murmullo de gotas en las hojas. El bastardo, consejero menor de Fiestas y de Eventos, gordo como el Lugar y todas sus montañas, hundida la almendrita, le sugería a mi padre que lanzara rumores reclinado en una tarima de pieles de coyote. El bastardo comía más y más nueces que le abría sin parar una nena flacucha.

—Un Padre no trabaja rumores.

Se indignaba mi padre, que ya odiaba las nueces.

—Por eso: nadie va a creer que son de Padre, sin las dudas, y no van a ponerse a buscarles la vuelta. Se los creen, mi padre, sin las dudas.

Mi padre Rubén lo miraba con asco y llamaba a dos o tres sirvientes con caras muy comunes para que fueran al mercado a contar las historias que Juanca les dijera. Casi todos los sirvientes de la Casa tienen las caras muy comunes: nariz chata pero no lo bastante condorita, orejas chicas, pómulos fuertes, los labios finos, un mentón retraído y todo en sus lugares habituales: nos resulta más cómodo. En el mercado eran los días del olor espinoso: plena estación de aguas, cuando el calor alcanza para hervir las frutas y la humedad para pudrir las en dos horas, cuando los purés de las pulpas podridas atraen a los guanacos a revolcarse y cagarles encima, cuando los vulgos sudan como si no supieran otro idioma. El aire del mercado es el verdadero olor de Calchaqui: el que mis perfumistas no quieren componer por miedo a las venganzas. Un maquinista en su tarima explicaba casi todo:

—Lo piensan para un momento y tardan días, digo: varios días. Cuando creen que ya se terminó está empezando a empezar: están tan al principio. En el Lugar, se pasan el tiempo bien embarrados en su tedio, digo: mirando lo que sus cuerpos hacen como si no hicieran.

Explicaba el maquinista; al lado, su ayudante pinchaba con un punzón de hueso a una marmota, para que se moviera un poco más rápido: para que se le viera el movimiento. La marmota tenía los pelos pardos largos, cuatro patas o brazos que no se distinguían y la cara de un mono que nunca se robó una manzana: pánfila, atónita. El ayudante le dio la manzana y la marmota la recibió con su manaza abierta; la miró con leve movimiento de pestañas y un destello en los ojos dijo que le gustaba: la manaza empezó el camino hasta la boca. Muchos vulgos y personas la miraban con sus bocas abiertas: ellos ya habían llegado con la manzana imaginada hasta esas bocas, ya la estaban mordiendo, sintiendo jugos pegajosos en la lengua, dulzones en la lengua, trocitos como arena en los agujeros de los dientes y el amargo de una semilla negra; un cargador de plumas se atragantó y empezó a toser fuerte. Le palmearon la espalda y se arqueó, se estremeció: pareció que escupía. Mientras tanto, la manaza de la marmota con manzana había avanzado hacia la boca menos de medio palmo. La marmota miraba a la manzana y detrás de la manzana a los vulgos y personas con la boca casi abierta, tal que sonriente, sus ojos pizpiretos, como quien dice: ¿vieron cómo la como? Ellos la miraban con las bocas abiertas.

—Así, queridos, andan en el Lugar nuestros mayores: tan avanzados por sus pensamientos, digo: tan atrás de sí mismos.

El maquinista hablaba despacio, como para no interrumpir a la marmota, que había conseguido que la manaza le subiera hacia la boca palmo y medio, y decía que nadie como ellos, sus queridos, tenían el privilegio de ver la mejor representación de nuestros muertitos en el Lugar, tan lentos: la marmota.

—Desde tan lejos, casi desde el Lugar la hemos traído, digo: invitado que venga, para que todos puedan ver cómo es el tiempo de muertitos. Ella viene y nos muestra: el pensamiento muy delante, sus cuerpos lentos muy al fondo.

Lo escuchaban con las bocas abiertas, mirando a la marmota: la manaza y la manzana en su camino tan despacio. No se le veía el movimiento; cada tanto, se le notaba que las partes le habían cambiado de lugar. El ayudante, mientras, había soltado su punzón de hueso y sacaba de bajo la tarima unas marmotas mecánicas, iguales, sorprendentes: cada una tenía en la manaza una manzana igual y se la llevaba a la boca con los mismos movimientos invisibles. Era de impresión: ocho marmotas sobre la tarima, comiendo sin moverse una manzana igual; la marmota de carne empezó a mover la cabeza hacia el costado, porque había olido algo. Algunos vulgos se reían: los vulgos se ríen mucho cuando están nerviosos: la marmota, según iba torciendo su cabeza, parecía cada vez más que se reía. Las mecánicas no miraban a nadie: sólo a la manzana; personas sonreían como quien entiende. El maquinista se hacía convincente:

—Es tan bueno saber de los muertitos: verse en la acción despacio, para saber, digo: para no sorprenderse. Marmotas en las Tierras no tenemos: faltan. Pero yo hice, queridos, las marmotas: para que cada pueda verla, en su casa, digo, con los suyos: entender los muertitos.

En días, el maquinista se había mudado al barrio fino y tenía menos ganas que nunca de conocer la Larga. Las marmotas mecánicas se vendían como higos: era muy pobre la casa que no tuviera una. Los de la casa se sentaban junto, le daban la manzana y la miraban con toda la fuerza que podían: si tenían los ojos abiertos, no veían el movimiento; si los cerraban un rato, al abrirlos veían la diferencia. El pintor Joaquín se aterró cuando entendió que los muertitos, para ver movimientos, viven en el Lugar con los ojos cerrados casi todo el tiempo.

Las marmotas agarraron la discusión del mercado y las calles y la llevaron a las casas. El que hablaba de eso con el hijo pensaba en sus padres si estaban muertitos y miraba al hijo con bastante repeluz: pensaba que el hijo iba a hablar con su hijo de muertitos y muertito iba a ser él. Pero confiaban en que para entonces se sabría casi todo: la discusión sobre la manera de la Larga se iba a resolver pronto. Sobre todo porque en Calchaqui nadie hacía otra cosa. Un maquinista menor, envidiosísimo, gritaba en el mercado que las marmotas son unos bichos pánfilos de la selva del norte, amigos de los barbudos, y que era espanto compararlas con nosotros muertitos. Un persona muy fiel a la Casa, por condescendencia, no le contestaba que ya era bastante regalo si teníamos una Larga de marmotas. Otro persona le gritaba que las marmotas eran solamente una forma de imaginar, porque los muertitos no son para verlos sino para pensarlos. Un traficante decía que nadie pensaba en comparar una marmota con parientes, pero una mecánica era una máquina y entonces sí. El olor de los guanacos revolcados giraba intolerable.

Estaba húmedo pero no llovía. Jaime, el maquinista de marmotas, miraba en su casa nueva a quince mecánicas comiendo la manzana, con su hijo chico, y no terminaba de creer que la Larga pudiera ser eso. Y si era, eso era solamente una parte, un mecanismo: propio de un maquinista. Él se había saltado el paso interesante y las había hecho comiendo su manzana; la cuestión era más bien saber qué hacían, para qué lo hacían, qué pensaban antes. No le importaba tanto: estaba satisfecho. En el medio de la pieza de Jaime hervía una cocción de menta sobre un fuego de gas; cada tanto, Jaime metía un camarón de río en la punta de un pincho, gris, y lo sacaba rosadito al cabo de un momento. Estaba distraído: se le cayó un camarón y para sacarlo metió la mano en la cocción hirviendo. La sacó, con un grito.

Jaime gritaba de costumbre poco: no era de gritar. Había gritado cuando se murió aplastado por una piedra en la montaña su primer hijo: patitas que patalearon con espasmo desde debajo de una mole negra y enseguida dejaron de moverse. Después nadie pudo levantar la piedra y Jaime tuvo que volver a fornicar con su mujer para hacer de nuevo el hijo. Había gritado hacía tres estaciones cuando la primera marmota, en su primer intento, le tiró un manotazo con la velocidad del rayo, y casi lo desgracia. Había gritado una vez que estaba solo, muy joven, para escuchar cómo sonaba; pensó que siempre que gritara estaría tan alterado que no podría escucharse y gritó para ver cómo era: altisonante e impostado. Había gritado muy chico durante días enteros cuando su padre maquinista le prohibió aprender música y lo puso de

aprendiz en su taller bastante miserable. Había gritado durante días porque pensaba que, si resultaba maquinista, su taller iba a ser tanto mejor que el de su padre. Pero nunca había escuchado bien un grito verdadero: esta vez fue otra cosa.

Escuchó el grito y, en la pieza grande de la casa nueva, escuchó ecos del grito. Los dedos le dolían como si fuesen suyos: iban enrojeciendo, atardecían. El dolor se espesaba y los ecos del grito lo seguían: el maquinista Jaime pensó, aterrado, que la Larga debía ser tremenda. Si un muertito tenía cuerpo suficiente como para meter un dedo en algo hirviendo, ¿cuánto podía durarle el grito, su dolor tremebundo? O incluso: si abría los ojos y la figura de un querido que veía lo llenaba de pena, ¿cuánto tiempo larguísimo de pena, cuánto hasta cerrarlos u olvidarlo? La Larga, pensó, puede llegar a ser tremenda.

Personas y vulgos no eran tan tontos y siempre estaban descubriendo algo nuevo espantoso sobre la muerte, la forma de llegar a la Larga, la Larga y los muertitos: cada vez, un nuevo anuncio los tranquilizaba y cada vez se chocaban con un horror nuevo. En un tugurio fino, frente al Mercado de Perfumes, con unos cuencos, sus amigos le dijeron que se le había enroscado un brazo de marmota en la cabeza, pero Jaime insistía:

—Tremendo debe ser, digo: más que la muerte.

Sus tres amigos le hicieron sus risitas nerviosas: eran ricos y muy vulgos. Dos habían hecho muchas expediciones a la costa y ya podían mandar a otros, pero les gustaba decir que conocían el mundo; el tercero armaba pieles para las vicuñas mecánicas y ahora las pieles para sus marmotas. El peletero paró con la risita:

—No diga las sandeces, Jaime, amigo: la Larga es nuestra, digo: nuestra felicidad tan apreciada.

El tugurio era del peletero: las paredes estaban cubiertas de pieles de los colores más guarangos. Mucha piel verde, de vicuña verde, y lila de unas marmotas lilas que el maquinista había empezado poco antes. Pieles color nadita<sup>[29]</sup> había muy pocas: siempre fueron raras. Los bancos también estaban cubiertos con sus pieles: beber cocciones en un revuelo de osos muertos. Era temprano para las canciones y el salón todavía estaba limpio: nada más en el barrio fino pueden ser limpios los tugurios. Uno de los viajeros recurrió a los viajes:

—Cosas estrepitosas, más que la muerte, he visto y conocido. Pero la Larga es nuestra.

Jaime sabía que no habían entendido. En general, sabía que no lo entendían: por más que los engatusara con sus máquinas, sabía que casi todos los vulgos y personas son como las marmotas ya de vivos. Y así piensan.

—Si un dolor dura tanto, como quien sufriera días y días por quemarse un dedo, digo: si un placer dura tanto...

—No son movimientos.

—¿Qué?

—Dolores y placeres no son movimientos.

Jose, el segundo viajero, había aprendido a interponerse: era muy bueno para interponerse. No podía armar una idea, ni siquiera una frase un poco larga, pero era una catarata interponiendo. En sus viajes había sufrido mucho, porque nunca tenía contra quién. Acá sí: un rato largo discutieron con Jaime si el dolor o el placer y esas cosas durarían tanto en la Larga como el movimiento de una mano hasta la boca. Jaime, por supuesto, decía que sí: que el dolor es un movimiento muy fuerte y chico, que se produce adentro: adentro de un dedo, por ejemplo, cuando se golpea, todas las partecitas de la carne del dedo se ponen a moverse y chocan entre sí: por eso duele. Jose interponía: que el choque grande no producía más que choques chiquitos y que decir que el dolor venía de los choques chiquitos de las partes de la carne no era explicar nada sino decir lo mismo: que un choque duele porque duelen choquecitos. ¿Y por qué duelen choquecitos?, interponía Jose. Jaime tardaba y después le decía enfático que por qué no era la cuestión: solamente saber si era un movimiento y que eso estaba claro. Jose le decía que no estaba claro y que menos claro estaba con un placer y esas cosas. La discusión fue casi de la Larga, de marmotas, lenta; en el tugurio empezaban las canciones. La que cantaba tenía su tela negra enrollada en el muslo, para decir la cólera, pero era un poco joven. Le faltaban palabras:

«Vuelven los que tenían  
algo que no tenían, algo  
olvidado.  
Los otros si se van no vuelven,  
si se van  
no vuelven.  
Son así las guerras, son  
tremendas  
para los que recuerdan.»

Había gritos y batallas de cuencos: solamente en los tugurios finos un parroquiano podía romper los cuencos que quisiera. El primer viajero dormía sobre las rodillas del peletero Jose, que le acariciaba la cabeza. Jaime decía que la discusión era ideal y que tenían que terminarla un día, pero que no importaba nada si el dolor o el placer y esas cosas eran o no movimientos: que los producen casi siempre movimientos y por eso se alargaban en la Larga más allá de lo que fueran.

—Digo: que si para entrar el dedo en el agua que hierve y tenerlo en el agua que hierve y sacarlo del agua que hierve, digo: tardo días, doler me va a doler durante todos esos días, papitos: es de roca.

Jose no pudo o no quiso interponer. En realidad, que el dolor durara más si su causa es más larga le parecía tan obvio que no le interesaba; tampoco entendía adónde estaba yendo Jaime. El viajero que dormía gruñía: quizá soñaba con la canción o con la Larga o con una mezcla siniestra de las dos. Cuando roncaba, el



peletero le cerraba con los dedos la nariz. Al fondo, tres oficiales muy relucientes la llamaron y la cantante se tiró con ellos: Jaime gozó el silencio. Iba a decirlo y le habría gustado que hubiese más luz:

—Si un dolor chico duele tantos días, digo: por lo menos tantos días. Si un placer pavo, digo: un mero coito, puede ser estaciones, la Larga es la pelea más tremebunda que se sepa.

Jaime miró a Jose, que miraba a la cantante tirada con esos oficiales: se les oían las risas turbulentas. Más cerca, otros dos oficiales charlaban de la guerra toqueteándose poco. Jose siguió callado y Jaime dijo que con dolores tan largos y placeres y esas cosas tan largos, la Larga tenía que ser una pelea permanente de muertitos para conseguir esos placeres y escapar de dolores. Una pelea de verdad tremebunda.

—Sus cabezas son las mismas que acá, digo: para que sean los mismos los muertitos. Y si acá se hacen cualquier espanto por un placer de un rato, ¿qué no harán, digo, por uno de estaciones?

La visión era de lo más contraria pero no había manera de apagarla. Jose trató de interponer algo: más que nada porque era lo suyo, pero sin entusiasmo. Dijo que eso sería si las cabezas fueran las mismas, pero que podía ser que los muertitos al llegar a la Larga cambiaran de cabezas y no les importaran esas cosas. No era fuerte; fácil, Jaime le dijo que si no les importan esas cosas, si no se pelean todo lo que pueden por conseguir esas cosas, quiere decir que los muertitos en la Larga son otros, no nosotros, y entonces quién cuernos va a la Larga.

—Mejores —dijo el peletero desde los vahos de su amigo—. Otros mejores.

Jaime soltó la carcajada.

—¿Así que todo lo que hicimos fue para que fueran otros? No tiene blandos, papitos, es muy de roca: si dolores y los placeres y esas cosas duran tanto, y si somos nosotros cambiados en muertitos, las peleas en el Lugar tienen que ser tremendas. Y si no se pelean no somos nosotros, digo: mandan a otros y nos engañaron.

Jaime gritaba. Los dos oficiales habían dejado de conversar y lo estaban escuchando. Los de la cantante se habían levantado y se acomodaban pelos y telas. Otros cuatro o cinco se habían acercado y le hacían corro. Alguien fue a prender luces y Jaime se calló para mirarlos muy despacio. El silencio temblaba en el tugurio.

—Debe ser tremebundo, digo: fabuloso terror ir a la Larga.

Otro día, Calchaqui rebalsaba con historias de peleas lentísimas donde el cuchillo tarda en llegar como una caravana de la costa y la herida va trabándose uno por uno en los hilitos de la carne; había insultos que duraban la vida de un guanaco y un ojo oscuro, vaciado por un puño, se desataba de sus partes y saltaba de su órbita en el tiempo en que se incubaba un chico. Era fecundo: el Lugar apareció esos días como un coto de riña donde muertitos muy enfurruñados caminaban con sus manos en la espalda buscando a quien pegarle, y vulgos con espanto se preguntaban cómo podían

empezar desde ahora a calmar sus rencores y moderar sus apetitos, para no enredarse en tales cosas en la Larga.

Estoy seguro de que Jaime no fue un agente de la Casa. Seguro, así: con el bastardo nunca puede saberse. Después muchos pensaron que era porque su idea de las peleas en la Larga le sirvió tanto a mi padre Rubén, pero yo no supongo: fue su idea y era muy sensata. Los personas y vulgos se aterraron porque no había orden; en realidad, todo el desastre que contaba Jaime no era más que eso: falta de orden. En la Ciudad y las Tierras no hay costumbre.

Amenazaba el descontrol: era duro que las peleas y los dolores y los placeres y esas cosas parecieran tan largos, pero lo fuerte era que nadie iba a saber el orden. En el Lugar como pensaba Jaime, las tentaciones eran tantas y cada muertito podía intentar lo que quisiera, es más: estaba muy llamado, casi obligado a intentar lo que quisiera. Y nada para ponerle coto: ese era el espanto. Estoy seguro de que el maquinista Jaime no fue un agente de la Casa, pero dejó los surcos hechos para que Juanca mandara sus rumores.

—Tienen miedo porque se les escaparon esperanzas, digo: imaginaron tonto. ¿Quién les dijo que los muertitos del Lugar hacen y hacen lo que quieren, digo, mis chorlitos: lo que creen que quieren?

Decía un vicuñero con cara muy común a la entrada de la puerta del Este.

—Nadie dijo, digo: no me dijo nadie, pero si no, ¿por qué era que era bueno morirse?

Le contestaba alguno.

—En el Lugar la cuestión es de tiempos, sin las dudas: se regulan los tiempos, pero las cosas que hacen las saben, las sabemos antes.

Decía uno con cara muy común y formas de persona cerca del Mercado de Perfumes.

—¿Quién, cómo, verde, usted lo sabe?

Le preguntaba otro.

—En el Lugar no somos otros, digo: somos nosotros y hacemos lo que hicimos.

Decía una mujer con las mamas casi negras llenas de leche y cara muy común.

—¿Nueva vez, de vuelta, repetimos?

Se extrañaba un tercero.

Por unos días, los rumores corrieron más o menos confusos. Cada vez más decían que en el Lugar se sabe desde antes qué se hace, pero nadie explicaba cómo ni por qué se sabe. Después, en todas partes, distintas caras muy comunes empezaron a decir una pregunta. Eran hombres de Juanca:

—¿Qué es la Larga, digo, más que otra vez la vida?

—¿Qué podemos hacer en el Lugar, sin las dudas, sino vivir de nuevo?

Las caras preguntaban, pero tan fácil que muchos se encontraban la respuesta como si se les hubiera ocurrido: una pregunta fácil es una guarangada. Muchos se iban diciendo la respuesta y cada uno que la decía se convencía y convencía a otros

más. Al cabo de unos días, cualquiera de cara muy común que hiciera las preguntas parecía un provocador, porque no se pregunta con un dejo de duda lo que todos ya saben: Juanca tenía que darles orden de callarse la boca. Pero su astucia fue mejor: les dio otra orden y en esos días los agentes de caras muy comunes empezaron a formar pequeñas banderías que hacían como que se peleaban entre ellas y estaban todas de acuerdo en una base. El bastardo sabía que para convencer de algo es mejor no decirlo: darlo por sabido y pelearse por los demás detalles. Después las banderías se le fueron de las manos pero en la Ciudad, esos días, todos supieron que la Larga era otra vez la vida: que los muertitos en el Lugar van repitiendo desde el principio, tan despacio, todo lo que hicieron.

Los músicos resuenan, despacito: se las arreglan para llenar de sus sonidos la estancia como si no quisieran, como si la música les sucediera sin notarlo; ese es el arte de estos. Tengo escuchados muchos otros que querían que se notara mucho que la hacían. Los de esa fiesta también eran tres, pero trataban de parecer cincuenta trabajosos: sonaban como una furia de guanacos.

La fiesta era en la sala de Sauces: era raro que mi padre Ramón diera jolgorios en la sala de Sauces; raro que diera fuera de su estancia. Pero esa vez había querido: fue hace tan poco, dos o tres estaciones, y todavía seguía queriendo muchas cosas. Aunque ya se lo veía perdido, enflaqueciendo; él, en cambio, gritoneaba que estaba bien pimpante.

—¡Con mi tiempo y yo, mis serenitos, panfilia de barbudos y cualquier enemigo: se derrumban!

Demasiado alegre para estar alegre. La sala de Sauces siempre rebosa de animales. En la sala de Sauces hay un arroyo que esa cuarta no estaba caudaloso; los cinco sauces, de un lado dos y tres del otro, estaban florecidos con llamitas de gases de colores: un cielo de otra tierra. Sobre el suelo, de hierbas con aromas, los manjares corrían atados a las colas de cuises y chinchillas: había ristras de camarones rellenos de una nuez, higaditos de pavo con anís, lomos de bagre con su costra de miel, las carnes en pedazos: todo corría, colgando de esas colas, y las mujeres se revolcaban para agarrar alguna; los hombres más se revolcaban, mostrando algarabía.

Había bastantes: raro para mi padre. Estaban los cinco consejeros, varios soldados y administradores, las mejores biógrafas, dos cantantes bien buenas, unos veinte personas muy conspicuos y cantidad de otras mujeres. No había nada que fuera para todos: estaban en pequeños grupos, conversando, tocándose, soltando risotadas, o muchos corriendo tras las colas de cuises, revolcándose, manoteándose con otros que también corrían. Se fornicaban pocos, alrededor de los sauces, sin mayor entusiasmo. Querían disimular, pero todos miraban a mi padre.

—Está pimpante, de verdad pimpante.

Decía un inventor muy fuerte de perfumes, casi gritando, para que oyeran todos.

—Como nunca, sin las dudas, mucho mejor que nunca.

Gritaba una mujer tremenda de colgajos. No era fácil colocar los gritos: tenían que aprovechar los silencios de la música, difíciles. Mi padre hacía como que no los escuchaba. Estaba sentado en sus cojines de plumas del bahiri: despatarrado, con la espalda en un respaldo de pieles de vicuña miraba sin interés lo que pasaba y, sin mostrarlo, los escuchaba a todos. Cada vez que oía decir lo bien que estaba retenía una mueca que hubiera sido amarga. Yo estaba lejos, sentado junto al arroyo, sobre el verde: nadie me había invitado, pero escuché la barahúnda y decidí bajar como si sí me hubieran. Cuando llegué, por la cara de mi padre me di cuenta de que era un error; cuando llegué, todas las caras me miraron, miraron a mi padre, me miraron. Fue la primera vez que vi que estaban comparando.

Muchos personas tenían miedo de estar en esas fiestas. Es normal: siempre es peligro parar muy cerca de la fuerza. La fuerza puede tener un de repente; en verdad, cualquiera puede tener un de repente, pero los de la fuerza cambian vidas: iban, pero con el terror de que algo serio les cambiara. Que Padre les viera una mueca y los mandara a la frontera del oeste, que un perfume lo hiriera y decidiese el fin de los de invento, que un camarón lo atragantara y vaya a saber qué. Me parece que eso nunca pasó, pero podía: quizá les gustaba de esas fiestas el terror de algo serio. Además, los regalos.

En tiempos de mis primeros padres, la Casa tenía que hacer fiestas muy rumbosas: todavía había algunos que creían que padres y personas eran como al principio, cuando llegaron de las tierras del sur, parecidos, y había que mostrarles que no eran. Las fiestas eran bonitas de rumbosas: en los rincones había fogatas donde siempre algo se quemaba, para despreciar; estaban llenas de animales que comían lo mismo que los invitados, para desmerecerlos; y antes del final Padre mandaba a deshacer el cuello de unos cuantos servidores, para homenajear a las visitas: esos que los habían servido no servirían para nunca más nada. No sé cuántas veces lo habrán hecho. Con el tiempo, cuando los servidores supieron que atender una fiesta de estas era terminar muerto, parte de la fiesta era mirarlos con cuidado, para verles los signos de su muerte llegando: se puso apasionante pero no era alegre.

Eso dijo mi padre Alfredo para cambiar el hábito: eso, y que tenía que respetar su tiempo, que nada más corría para las cosas que no se terminaban. Pero no podía cambiarlo radical: en lugar de matarlos, empezó a regalar los sirvientes a los invitados. Era como matarlos: sacarlos de la Casa. Después, cuando dejó de haber tantos sirvientes,<sup>[30]</sup> los regalos variaron: podían ser cualquier cosa, y eso les daba su interés. Pueden ser muy distintos: una biografía de Padre, una máquina bien particular, algo de nuestro azul, un par de pavos grandes, piedras azules muy valiosas, piedras azules que no valen nada, una caravana para arrastrar hasta la costa, tres gotas del perfume que solamente Padre puede usar, la orden de abrir un negocio en arrabales, una jaula con veinticinco cuises, pajaritos cantores, dos caricias de Padre, un jarrón de buen plástico, un jarrón de plata más panzudo, la cantidad de cocción que un hombre pueda beber sin respirar, la venia para cobrar las esencias de una

zona. Podían ser muy distintos: los personas venían por los regalos y porque no podían dejar de venir, pero esa vez también habían venido para ver a mi padre Ramón, mi padre, enflaquecido y decayendo. Yo los miraba y me los imaginaba al día siguiente en sus casas, o en el Mercado de Perfumes, murmurando de los detalles de sus arrugas y lentitud de sus maneras, de los tonos más graves con que hablaba, de su nariz condorita en puro hueso, de los modos en que mi padre me miraba. Todos vinieron para verlo pero también a mí me vieron: compararon. Me los imaginaba al día siguiente, en sus casas o en el Mercado de Perfumes, preocupándose: cuánto faltará para que empiece, qué irá pensando por ahora, qué podrá declarar para su tiempo, cómo va a ser capaz de seguir lo que tan bien hizo su padre, concluyendo: no, no puede nada.

Pobrecitos. Yo había llevado mi cuchillo del nácar de los caracoles y forma y ojitos de pescado que me regaló mi padre Ramón, mi padre, con su hoja que no tiene dos filos sino cuatro. Algunos creyeron que lo tenía perdido pero no: me lo llevé conmigo, cuando bajé al jolgorio, por si había alguna cosa que cortar o alguien para mirarlo. Los que lo vieran, cuando lo vieran, iban a saber que yo respetaba a mi padre y que lo honraba: usaba su cuchillo. Mi padre, cuando me vio llegar y me saludó con la cabeza, le vio el destello, me parece: no me dijo nada, pero ya lo vio entonces.

Cuando mi padre Ramón, mi padre, me lo dijo, su jolgorio estaba en pleno. Los cuises y chinchillas, aligerados de bastante comida, corrían más rápido y los que perseguían sus colas no alcanzaban, tropezaban, se revolcaban con más ruido; junto a los cinco sauces, fornicios disminuían, porque había muchos corrillos con charlas intrigantes: echados en los suelos, sobre el verde o cojines, consejeros, traficantes y personas trataban de arreglar cosas, y los que no trataban los escuchaban ávidos, para saber historias. Los músicos habían dejado de tocar por un momento; por eso se escuchó tan bien cuando mi padre dijo no. En realidad gritó; me dijo:

—¡No, mi Hijo, ya le dije que no!

No me había dicho nada, pero las frases de un Padre son repeticiones: suponemos que todos saben de antes lo que él quiere y que si no lo dijo es porque todos lo sabían y, si no lo sabían, era un error de los demás. Lo raro fue que él lo subrayara: ya lo sabíamos todos. Muchos se dieron vuelta: era una frase de Padre decayendo. Otros no quisieron darse vuelta, para que no se les notase, y estiraban sus orejas lo más que les llegaba. Yo me di vuelta, porque había quedado de espaldas a su puesto: estaba comiendo una pata de liebre que me había traído una sirvienta, descolgado de una cola de chinchilla, y la cortaba para tragarla con mi cuchillo pescado.

—Si le digo que no y lo sigue haciendo, mi Hijo, ¿ahora qué le digo?

Mi padre fue colérico: la voz se le agravaba, sin controles. Ya no disimulaba nadie: todos nos miraban. De los negocios entre el Padre y su Hijo en los últimos días de ese Padre depende mucho lo que va a hacer el Hijo: miraban para tratar de ver quién era yo; en esa encrucijada me buscaban. Yo un momento pensé que tenía que pensar bien qué hacía, porque era algo que les estaba diciendo a todos ellos.

Enseguida se me ocurrió que podían pensar lo que quisieran; daba igual. Mi padre me importaba:

—¿Qué es eso, mi Padre, que no debo?

Yo sé que mi respuesta era un insulto: si Padre lo ordenaba, yo cumplía, y tenía que saber qué ordenaba. No era un insulto grave, pero así, adelante de todos, era grave. Mi padre trató de sonreírse y ser paciente; le salió otra mueca. Alrededor, todos paralizados:

—Usted sabe, le digo: cortar con mi cuchillo sin pedirme.

Yo lo había llevado en homenaje: usado en homenaje, y ahora él me gritaba. Le dije, con la voz de respeto:

—¿Cómo así, mi padre, si este cuchillo es mío?

—Yo se lo di, mi crío: para usarlo, tiene que preguntarme mi permiso.

También los animales se habían quedado quietos: los cuises y chinchillas, unos monos, pavos y colibríes; algo en el trueno de los tonos. El silencio era bruto.

—Padre, lo que usted me diga. Yo siempre me equivoco. Yo pensé que era mío.

Era una retirada honrosa y ofensiva. Le proclamaba mi obediencia pero le iba diciendo, al final, sin entusiasmo, que sus cosas empezaban a ser mías. Los invitados miraron con un escalofrío: varios pensaron que yo iba a dar un tiempo duro. Creo que ahí empezaron las maniobras. Siempre hay maniobras: conmigo ahí empezaron. Mi padre Ramón, mi padre, me miraba. Al final tenía cara de asombro; quizás estaba, de verdad, asombrado. Habló agarrando sus palabras; su tono de Padre, agudo y suave, fue perfecto:

—¿Suyo? ¿Qué significa, suyo, si era mío?

Pronto mi padre va a ver pasar las chispas.<sup>[31]</sup> Yo traté de verlas muchas veces, pero quizá no sea posible verlas de otro. Lo último que hace el que se va a la muerte es ver pasar las chispas: lo contaron tantas biografías. Pero yo traté de verlas muchas veces, con prisioneros o con amigos o mujeres de la Casa y nunca pude: me dicen que quizá no se pueda verlas de otro. Y me dicen que si alguien las ve de otro se le podrían convertir en propias e irse para la muerte. Dicen tanto. Nadie sabe si las chispas vienen como acompañamiento hasta la muerte o traen la muerte: si se muere por ellas, ver las de otro podría ser mortífero; si la muerte las trae sería nada más un descaro indiscreto. ¿Son causa o muestran? Siempre me dijeron que es mejor no quedar en lo oscuro: por no verlas. El que no las ve, si están, ¿va a sobrevivir a su presencia? Si no las ve, ¿tienen igual ellas su presencia? ¿Son si nadie las ve, siendo nada más chispas? ¿Siendo nada más una luz para verla? ¿Se pasean como un guanaco loco por lo oscuro, buscando puertas, buscando la boca abierta como un río de noche? ¿Recorren aburridas al acecho o nada más existen cuando existe uno que se va a su muerte? ¿Para él aparecen y son de él, nada más, sin peligros? ¿Son, las chispas, el peligro? Las chispas son lo último que ve el que se va a la muerte y yo nunca todavía pude verlas. Mi padre, pronto.

Mi padre pronto. Mientras tanto, boquea en su estancia como un río de noche. Cuando los tres músicos hayan tocado cada cual su música, voy a ir a verlo: boquear, como un río de noche. Mi padre Ramón, mi padre, debe estar mirando las cosas con los ojos del que ya no las vuelve recuerdos: repletas de chispitas. Las cosas cambian entonces, se hacen grandes, avanzan: lugar de las chispitas. Ahora mi padre está sabiendo lo que tiene que aprender para que yo sea Padre: él aprende para que yo sea. Él aprende para que yo sea él. Tengo que decidir su forma de la muerte. La forma del tránsito de mi padre Ramón no decide la forma de mi tiempo pero influye; tienen que parecerse: no puedo declarar un tiempo de recovecos y alguna marcha atrás y quemarlo en la fogata como él dijo: sería tan sorprendente. Pero si digo el tiempo que puede que diga, quemarlo sería una simplificación que confundiría casi todo.

Todavía revuela por mi estancia el perfume de Javier, el consejero de Bienes: sumisión, jazmín con un toque de rosa para hacerlo tan extremo que se notara que era una máscara burlona. El consejero Javier se fue de mi estancia sin preguntarme por qué no hacía un espectáculo para acompañar el tránsito de mi padre Ramón, mi padre: tuvo miedo y está bien que lo tenga.

Muchos padres acompañaron el tránsito de sus padres con un buen espectáculo. [32] Un espectáculo en momentos de tránsito es bien útil: sirve para exaltar y distraer a personas y vulgos: para darles una medida de las cosas. Eso es lo malo que tiene: es pobre cuando es útil para tantos. Se aleja de las reglas del arte. Un espectáculo de la muerte de Padre es un canto a la vida, muy cobarde.

El consejero de Bienes y Perfumes Javier se fue sin preguntarme; el consejero de la Guerra Jose va a venir, seguro, en este rato. Yo lo conozco: va a venir a decirme que nos cuide, que el tiempo de mi padre Ramón es el único en el que puede hacer su guerra. Mucho cambió en la guerra, últimos padres. Ya queda poco de las guerras brillantes de Calchaqui. Poco de las floridas filigranas, de los avances como retiradas, de las historias a viva voz de los campeones: todo se fue cambiando cuando llegaron los barbudos.

El consejero Jose no va a faltar, seguro: su mejor golpe sería traerme al hijo del consejero Javier, que llegó en estos días de la frontera norte. El hijo se llama Joaquín y era demasiado flaco, ágil y suave para ser consejero: por eso su padre lo metió a oficial. Además, se le notaba la ambición más de lo necesario. El consejero Jose, si puede, va a venir con él: él va a llegar un poco desastrado o con una cicatriz falsa en el brazo o su pierna y me va a contar una pelea. Me va a contar que la guerra ahora es como un perro con los ojos vendados, tirando tarascones. Que es el momento en que el sujeto pisa algo por la calle y duda entre seguir su resbalada o averiguar qué es. Que es un trino de pájaro en la boca de un tapir malcriado. Que las flechas le silbaron sobre su cabeza de repente y aunque él corría a donde ellos estaban ellos trataban de deshacerle el gañote con espadas y soltaban unos gritos caracoles; que es como revolverse en el guiso que uno mismo cocina y que entre ellos también deben tirarse heridas con la espada. Que son como si el viento creyera que una montaña está ahí

para pararlo; que cuando ven a uno con su sangre en el suelo lo acuchillan; que son como el agua entre las manos cuando al que se le escurre está sentado. Que para ser vicuñas les faltarían dos patas. Que ponen unas caras tremebundas y casi nunca se les ven las caras; que no se entiende bien qué quieren. Que él venía caminando al frente de su tropa y no en una batalla cuando empezó una especie de batalla: que así no es, porque les silbaban las flechas y deshacían los gañotes en vez de hacer una batalla como debe. Que están hartos de pelear la ignorancia. Que hay muchos lugares de las Tierras que no se pueden caminar porque ellos vienen; que con ellos no se sabe nunca; que eso no es una guerra que se sepa cómo.

Yo sé cómo: siempre dicen lo mismo, porque es cierto. La guerra con los barbudos no se puede: los barbudos se creen que la guerra es de cortar cabezas. Pierden, porque no saben las reglas, pero los nuestros se mueren mucho más que ellos.

Yo sé cómo. El consejero Jose va a venir a decirme que nada más puede seguir su guerra en el tiempo de mi padre Ramón. Es verdad que su tiempo es perfecto, pero puede que sea demasiado grande: cabe todo. Demasiadas cosas: Jushila me mira porque sabe que nada más en el tiempo de mi padre Ramón cabe lo que le estoy contando, la historia tan mezclada. En su tiempo todo lo que sabemos de antes o después está acá ahora. En su tiempo no importa mucho que algo haya pasado mucho después o mucho antes; él dice que en su tiempo esos son detallitos:

—En mi tiempo, una marmota y su lejano colibrí tardan lo mismo en alcanzar manzanas y corolas: nada, o algo que es nada, digo, sin las dudas, frente a lo que es todo.

Solía decir mi padre. Mi padre Ramón fue mejorando con las estaciones: no parecía que podía pero fue. Su nariz se le fue haciendo más y más condorita, su panza le avanzaba hacia las partes, su voz se iba cascando en la medida. No sé si él sabe cuándo dejó de ir mejorando: ahora está en sus pieles, con la boca como el río de noche, agarrado a una mano y esperando. No creo: aunque Jushila me diga que eso es que mejora, que está entrando a su muerte y vida larga y qué mejor que eso, yo no creo. Sé que en un momento de condorita la nariz se le volvió rapiña, de tremenda su panza desinflada, de cascada su voz una cascarria. No sé si él supo, si pudo darse cuenta. Hace cuatro estaciones, una cuarta, yo fornicaba y comía frutas y él se metió en mi estancia.

—Hijo, Oscar, lo veo despreocupado.

Sin que yo le dijera, Jushila fue a cerrar la máquina de música. Jushila sabe casi siempre qué hacer sin que le digan; a veces, le ofende un poco que le digan y yo lo cambio, para herirlo, las costumbres. Él sabe que es un juego y que no tiene más remedio. Un soldado muy chico que me estaba fregando la nuca con aromas salió corriendo hacia la puerta; una Raquel se levantó y se acomodó las nalgas. Mi padre se rió y me dijo que después se los mandara.

—Quiero saber cuál es el gusto de sus gustos, hijo: verle algunas caras.



Una Raquel me miró con espanto y yo a mi padre, un poco: lo bastante. Él se rió con bruta carcajada:

—Hijo, no digo para juzgarlo ni obligarlo. Por saber, nada más: para ver lo que viene.

Nunca había pasado antes, o si había yo no me había enterado. Mi padre Ramón quería saber cómo soy yo para saber cómo va a ser lo que viene conmigo, pero no es de padres hablar de lo que viene: él me lo había enseñado. Nada viene después, ni hay tiempo de después: un Padre es otro Padre es otro Padre, todos somos los mismos: siempre estamos. Mi padre Ramón seguro se dio cuenta porque miró para otro lado: no parecía dispuesto a mantener sus formas tremebundas.

Se sentó en cualquier parte: no en la poltrona blanca enorme que había para él, ni en la tarima con mis pieles; ni siquiera en el banco bajo la ventana: mi padre se sentó en las baldosas del suelo, sobre el romero y menta, junto al principio del arroyito que cruza mi estancia, despatarrado como un vulgo vendiendo sus pimientos. Se refregaba con saliva sus manos; yo pensé que lo que me estaba por decir tenía que ser terrible. Él no hablaba.

Mi padre Ramón se quedó un rato sin decirme nada. Enorme, soberano, con su panza desbordándole por todos los costados todavía, la nariz que le empezaba a ser rapiña, los ojos más ranura, mi padre por un rato se refregó sus manos. Nunca escuché un silencio como ese. Yo lo miraba y me creía las cosas que estaba por decirme. Creí que iba a decirme que contra todas las costumbres y para dar el ejemplo me fuera a pelear a la frontera norte; después: que si seguía fornicando así cuándo iba a decidir mi tiempo; después: que no era mi padre y que el invento ya había durado demasiado y había servido para lo que debía.

Él se callaba más y más, cada vez más espeso, y no paraban las cosas que yo seguía creyendo. Me miró, tomó resuello y yo creí que iba a decirme que había resuelto adelantar su tránsito por razones que nadie nunca iba a saber, para mañana; que a partir de ese momento me prohibía para siempre que comiera higos chumbos; que tenía que cambiarme mi nombre. Jushila tenía la mano tesa, agarrada a una manta; yo, atrás, desarbolado. Mi padre siempre hablaba con palabras, repleto de palabras. Esa cuarta, yo creía que se callaba para decirme, desde antes, que me iba a ordenar algo que le importaba más que nada. Estuve a punto de preguntarle qué, y entonces le escuché por primera vez en su voz la cascarria:

—También quiero saber qué tiempo va pensando, hijo, para cuando sea yo.

Me hablaba sin mirarme; en realidad, hablaba sin mirar a nada. Eso él sabía: los ojos como si le miraran para adentro, como si nada más hubiera que mereciera su mirada. Solía ser un gesto de orgullo tremebundo, pero esta vez no era. Era más bien como si no supiera cómo mirarme para hacerme esa pregunta. Un padre no debe preguntar por el tiempo que le sigue; no sé si otros lo hacen; sé que no lo deben. No es de Padre hablar de lo que viene.

—Si va pensando alguno, si alguno se le va ocurriendo, digo.

No es de Padre aclarar una pregunta, dar una parte de respuesta en lugar de esperar que le llegue. Mi padre Ramón, al final, me miró. Un padre que habla de lo que viene es como si supusiera que él se acaba.

—Ideas, sí, padre, tengo algunas. Pero ninguna que sepa que es la idea.

—Quizá no necesite mucho más pensarlas; quizá, si fuera que siguiera con el mío.

Mi padre estaba tratando de decirme que retomara su tiempo, en vez de declarar uno distinto. Algunos padres lo hacen: no veo por qué yo. Otra vez lo miré, sentado con la panza, desparramado sobre el suelo de baldosas, y le empecé a ver que dejaba. La nariz le había adelgazado tanto: como si los agujeros de los costados fueran dos caracoles en el filo de una laja curvada. No pude contestarle, porque no podía contestarle nada. Solamente en su tiempo, donde cualquier punto vale lo mismo que los otros, donde nadie relega y todo se equivale, que es tan grande que todo está presente todo el tiempo, puedo contar esta historia pero ahora, cuando termine de morirse, tengo que declarar el mío. Mi tiempo es tan difícil, después del suyo tan perfecto. La piedra que cayó en el agua y ya hizo todas las ondas redondísimas, en el momento justo en que se va a incrustar al barrizal del fondo: no se puede seguir tirando piedras al estanque. La piedra chica que al empezar a rodar forma el alud y se va haciendo cada vez más bola, más sin aristas la esfera de la nieve, hasta que se para en lo bajo del valle: cualquier piedra o nieve o manotón que se le agrega le va a romper la superficie tan perfecta. Así va el tiempo de mi padre Ramón. Yo tengo que hacer algo lo bastante distinto con mi piedra: a veces, me parece, no tirarla. Quiero y no quiero pensar en no tirarla. Es cierto que yo podría dar vuelta casi todo. Pero si yo dijera que no hay tiempo, los vulgos y personas podrían creer que no les cambia nada: podrían pensar, como a veces pensaron, que el tiempo existe más allá de nosotros<sup>[33]</sup> y mejor si dejamos de estorbarlo: hacerle su lugar. Podrían equivocarse. Sería maravilloso saber cómo sería, Calchaqui, sin un tiempo. Quizá se acabe todo y otra vez empiece, distinto, en otra forma; quizá se cierre el movimiento y todos quedemos congelados en el último punto; o las luces no tengan dónde estar y el mundo se nos vuelva negro; o todo se junte para adentro y la Ciudad y las Tierras queden tamaño de un tereso. Antes, Calchaqui estaba hecha de saber que las cosas se acababan; ahora, Calchaqui es un lugar común desde que todos los vulgos y personas creen que tienen vida larga y no se acaban nunca: nunca nada. Si volvieran a encontrar un final, quizás, alguna vez, seríamos de nuevo lo que fuimos. Ahora, con el tiempo de mi padre Ramón, somos perfectos. Antes, cuando todo acababa, éramos grandes. Es una posibilidad: quiero y no quiero, y me parece que no quiero. Podría resultar que me equivoco. Sé que puedo. Mi padre, antes de irse, me dijo su frase bien extraña:

—Mi hijo ya lo supo que hacer las cosas bien, esforzarse, cumplir, a los otros deberles nunca nada es forma demasiado fácil. El mérito, ya supo, está en fallarles y ser lo suficiente bueno para vivir con eso.

Un sujeto cada vida toma una sola decisión: a veces cree que muchas, pero hay

nada más una que le marca los pasos. Los vulgos y personas en general sospechan, pero casi nunca saben cuál es esa: saben que es una de las que toman y no saben si es esta o aquella, pero saben que de esa, que no saben, les depende todo. Nosotros sabemos. Tomamos una decisión, una sola, que voy a tomar en estos días y no decide nada. Un tiempo, como todos: para mostrar que no soy yo sino otra vez todos nosotros, los padres: la cadena. Es bueno ser otra vez todos nosotros, decidir algo importante con la calma de que lo hicieron muchos y que no va a durar más que mi vida. Después, ser padre: vivir adentro de una cocción de mis hombres de las montañas del Oeste. A veces pienso que me gustaría decidir un poco más: algo que algo cambiara.

Jushila para, me mira, se sonrío: nunca creyó mucho en los tiempos que tenemos. Jushila es bien amargo: me dice, ahora, que los tiempos son falsos porque sólo hay presente.

—Sólo, sólo. El futuro es temor, Oscar, remordimiento es el pasado.

Dice, con esa lengua ridícula que tiene.

—El presente no existe apenas y es el lugar en que los dos, temor y remordimiento, le llegan y suceden.

Yo me río de la cara de sabio que me muestra, pobre, tan mustia y alargada. Le digo que algunos antiguos decían que nada más el pasado puede modificarse y que el futuro es el tiempo que falta para que el presente se haga pasado y se pueda, entonces, manejarlo. Le digo que me parece tan tiépido lo de él como esto de antiguos. Le digo que por eso son sirvientes, los antiguos y él, de nosotros que sabemos que los tiempos se hacen. Aunque sean solamente un espectáculo.

El tiempo de mi padre Ramón es tan perfecto. Más que nada porque es tan grande que cualquier cosa cabe y cualquier cosa que haga un sujeto es tan chiquita que no le cambia casi: el orden de dos días o dos padres no importa demasiado. En su tiempo todo puede pasar sin incidir en serio: ese es su mérito más bruto y es perfecto por eso. Es un tiempo que nos hace mariposas: una cuarta es tan distinta para una mosca que va a vivir dos, porque vive dos días, y para una tortuga que no se muere casi nunca. Los vulgos y personas tienen el tiempo de los vulgos,<sup>[34]</sup> que está hecho a su medida, pero el tiempo no está hecho para ellos. El tiempo no es para los sujetos; es para el mundo: la Ciudad y las Tierras.

Para los sujetos, además, no sirve que el tiempo sea perfecto: un tiempo perfecto es imperfecto para los sujetos. Para que fuera de verdad perfecto tendría que acabarse: no podría seguir. Lo perfecto se acaba; nada más dura lo que es imperfecto, porque quiere llegar a perfecto alguna vez. Lo perfecto da el miedo de que desaparezca y nada más se puede tratar de mantenerlo pero el equilibrio siempre se derrumba; lo perfecto es bueno cuando hay que llegar: mi padre ya llegó y me va a dejar bien en la trampa. El tiempo de padre Ramón, de tan grande, los disuelve a todos: nos parece perfecto. Para que no sea, y pueda continuarse, yo puedo decir que en cada momento pase todo: así es más grande. Puedo decir: que algo suceda ahora y

otra cosa mañana y otra ayer es un azar que viene nada más del caos de las cosas: penoso caos de las cosas. Que todo debería suceder en una misma franja y solamente se lo impide el caos. Que yo podría remediarlo. Puedo decir que en cada todo pasa, todo sucede y se interrumpe, cada uno es todos los que fue y los que va a ser: los que es, que es la mezcla de todos. Ese tiempo es bueno porque en él nada nuevo es posible: todo ya está pasando.

No sé cómo lo haría. Jushila se ríe un poco o bien eructa; nunca se sabe si se ríe o eructa: su mueca es la pelea entre una risa que sale y su dueño que cree que no se justifica. Jushila se pelea y me dice que la única manera de que sea el tiempo que yo digo es que a todos les pase lo mismo al mismo tiempo, o sea: todo lo que pasó y va a pasar está pasando ahora porque ahora les pasa a todos eso. No es fácil, dice, se ríe otra vez, no entendió nada: no es lo que yo decía. Él cree que los tiempos son para que sucedan. Él dice:

—Sólo las catástrofes inmensas lo consiguen: es sabido. Sólo un gran terremoto, que da que todos se están moviendo al mismo tiempo, o una crecida clamorosa, o la derrota tremenda de una guerra o el paso de un cometa o el final de un mundo: sólo estas cosas dan que a todos, en el momento mismo, lo mismo les suceda.

Dice, con su lengua de flaco y extranjero, pero está hablando de otra cosa: de un tiempo en el que a todos, en el mismo momento, lo mismo les suceda. Yo no sé si es así: sé que la luna es la misma y al mismo tiempo se refleja en cantidad de ríos o de lagos. Un gran final es la manera más perfecta de que un tiempo sea perfecto en verdad. Podría ser. Tampoco habría lugar para esa guerra. Y, además, es la manera de que mi Hijo, que ahora tengo que hacer, cuando él se muera, pueda creer que empieza algo.<sup>[35]</sup>

La discusión fue por el tiempo: la Larga se les había transformado. De pronto, como si nadie nunca hubiera pensado siquiera en pensar otra cosa, todos los vulgos y personas estaban tan seguros de que en el Lugar los muertitos repetían a otro ritmo sus vidas: los agentes de Juanca desparramaban versiones de ese ritmo en todos los lugares. La Ciudad estaba de su fiebre.

Adelante, discuten. Más atrás, una mujer se retuerce una ramita de sauce adentro de la oreja porque hace días que le duele como un trueno y ya no lo soporta: oye el ruido de crac de la ramita y se mira la mano, donde le queda un pedazo muy chico: gotas de sangre le resbalan hasta el hombro derecho. Más atrás, discuten: en un rincón de la plaza del Mercado, dos talabarteros, un criador de gallinazos de las Tierras, cuatro mujeres y una biógrafa defienden las posiciones de los dos Jacobo, Javier y Joaquín.

Un Jacobo, el primero, que era un proveedor de caracoles de la Casa, había dicho que lo que importa es la velocidad. Se sabe que todo es tan tan lento: hay que ser capaz de imaginar un bostezo que dure cuatro días, un bocado deshaciéndose en la boca una estación, el placer y la tortura de un fornicio que nunca se termina y empezó

hace ya tanto que quién sabe. Los muertitos aprenden para nada la terrible importancia del detalle: cuando repiten, ven con la meticulosidad cada acción de sus vidas y oyen cada palabra como si estuviera hecha de montañas de frases: cada palabra, por ejemplo, les trae docenas de recuerdos. Pero la velocidad, decía ese Jacobo, casi un agente, amigo de bastantes agentes, depende de lo que hicieron en sus vidas: según bienes que hicieron, enemigos que mataron o envidiaron, amor para su padre, ideas sobre la Larga que tuvieron, sus velocidades se hacen más o menos brutas. Para los peores, un baño puede durar cientos de estaciones y un día de trabajo puede parecer siempre, dijo. Para los mejores, dijo, un baño puede durar cientos de estaciones y un día de trabajo puede parecer siempre: porque los buenos pueden querer que les dure lo que les gustaba y los malos que no les dure lo que les era horrible. Pero también a algunos malos puede durarles poco y a algunos buenos, también, según las cosas. Los tiempos del Lugar son muy difíciles, decía ese Jacobo, que no los entendía, pero sí decía algo: para soportar la Larga hay que tener la vida vivida con cuidado. A Jacobo le faltaban todos los dedos del pie izquierdo y algunos decían que los había perdido contra los barbudos, pero él no. Él no decía nada; lo intimidaba lo que iba a tardar cada saltito de su renguera en el tiempo de la Larga, y trataba de vivir con todos los cuidados.

Jose, que era escribiente, y sus amigos, que eran escribientes, bastante puntillosos, no estaban de acuerdo y decían que la velocidad tenía que ser igual para todos: todos tenían que tener en el Lugar la misma. Si no, sería imposible que se repitieran hechos con más de un muertito: si cada tuvo méritos distintos y entonces en el Lugar tiempos distintos, no se podían encontrar dos nunca. Era una objeción de forma pero sensata; los de Jose decían que en el Lugar se hacía el promedio de los méritos y repugnancias de todos los muertitos que hubiera en cada momento y que la velocidad en cada momento sería el resultado de esa media: cambiando con los muertitos nuevos.

Se indignaron los de Javier, por esto. Los de Javier, que era oficial que siempre había estado en la Ciudad, por influencias, decían que la velocidad no podía ser la media porque la responsabilidad de cada se disolvía en un guiso de papas, zapallo y zorro de dos días: una pasta mezclada. Y que nadie puede hacerse cargo de sus hechos si tiene que controlar los de otros, porque el trabajo de controlar hechos ajenos arruina cualquier virtud de la conducta propia, decían los de Javier, que estaban indignados, y Javier disimulaba sus risitas. Javier nunca consiguió bastante escucha porque le daban risas cuando se indignaba: era penoso y los desorientaba.

Los de Javier tenían razón, pero el problema de coordinar los tiempos era grave. Los del otro Jacobo, que era pintor de frescos, se pusieron tajantes. Nadie puede depender para su tiempo en la Larga de los tiempos de otros, decían: tampoco necesita. Los del Jacobo que era pintor se pusieron crudos y dijeron que el Lugar no es uno sino que hay uno para cada muertito: a cada se le arma alrededor un mundo con todos los que tuvieron algún hecho con él y en ese Lugar de cada corre el tiempo

con la velocidad que le corresponde a ese muertito. Los de Jacobo eran airados y mayoría de pintores o cocineros: decían que no se podría hacer un solo mundo para todos en la nieve, un Lugar que fuera como el mundo de la Ciudad y las Tierras, porque había tantos mundos en la Ciudad y las Tierras como visiones de cada y que eso se veía en los cuadros que hacían: siempre hay algo distinto. Nadie se atrevía a decirles que en sus cuadros había algo distinto porque no sabían pintarlo igual: como era de verdad. Nadie se atrevía porque eran petulantes y un poco peligrosos: sabían manejar sus armas raras y el enchastre. Y decían que no hay ninguna razón para que una de las visiones reviente a las demás: a todos los muertitos. Eran tremendos.

Les gustaba ser tremendos y que pocos les hicieran caso. En cambio a Joaquín le gustaba ser tremendo para que sí le hicieran caso: los de Joaquín agitaron y decían a los gritos que no era posible que todos los hechos valieran parecido para fijar la velocidad. Joaquín era colérico y mecánico de pianolas y otras máquinas medianas: sabía bien lo diferente que valen ciertas tuercas y algunas lanzaderas. Los de Joaquín gritaban que no era solamente burro sino también bajito de elegancia suponer que todos los hechos tuvieran igualdad de valores. Era un cambio estruendoso.

Me parece que la idea de Joaquín les gustó a tantos porque daba para suponer muchas más cosas. Otro día, afiebrados, en la plaza del Mercado, discuten. Más atrás, una mujer cree que ya le va a nacer su hijo y se sienta a pensar. Tiene la tela amarilla de canario enroscada en el cuello, para decir desprecio, y las mamas le cuelgan sobre la panza enorme: la panza se le quedó más clara por el estiramiento y parece que nada más las venitas oscuras trabajan para retenerla pero son debiluchas: va a explotar igual. Está sentada con las piernas muy abiertas y la panza que le cuelga para llevarla para abajo: piensa que debería pensar que este es el buen momento y solamente piensa en la cara que va a poner el crío cuando le vea su cara, cuando salga, manchadito con toda la maldad. Piensa que lo mejor sería acogotarlo un poco pronto. Se ríe. Más atrás discuten, demasiados, no se sabe bien quiénes, tratando de decidir cuál sería el momento de cada vida que sirve para decidir la velocidad. Discuten: si todos los hechos no valen lo mismo para decidir la velocidad de cada, ¿cuál vale cuánto?, es decir: ¿cómo, cuándo, de qué tendrían que cuidarse con bastante terror? Las discusiones se enzarzaban.

No tiene padre: se armaron banderías. Cualquiera podía decir que el momento era cualquiera pero no se atrevían, así que cada bandería propuso un tipo de momento. El parto podía ser para algunas mujeres, pero también el nacimiento propio, la primera palabra, el último fornicio, la puntualidad, una noche en que la urraca gritó para avisar que un puma, haber visto la desesperación en otra cara, un tajo fulminante de cuchillo, la suma de todas las mamadas, o distintos. Siempre hay extraños. En medio de la confusión, unos de un Jacobo dijeron que el tiempo de los muertitos en la Larga no era tan despacio: que era lento para nosotros, que lo veíamos de afuera. Es como si un mosquito o polillas miraran nuestro tiempo, decían: una manera del gigante. Pero los muertitos, en el Lugar, lo perciben común, decían: es su tiempo común. Otros

dudaron y muchos les contestaron con el argumento medio clásico del maquinista Jaime: no es así, porque las cabezas de los muertitos son las nuestras. Si no fueran, no seríamos nosotros, y entonces a la Larga quién cornazos va, como decir: si no, para qué discutir sobre la Larga.

Tremendas discusiones. Todo se fue llenando: cada cosa podía resultar una señal. El regocijo de poder suponer cualquier cosa se desvaneció por el miedo de poder suponer cualquier cosa. En esos días, los vulgos y personas se morían con horrores o curiosos porque no sabían cómo iba a ser el tiempo del Lugar: no sabían cómo era adonde iban. Les daba un repeluz o se les retorcían los pulgares. Otro Jacobo los tranquilizó mucho y trajo el descontrol.

Otro Jacobo era el más bruto de una banda que recogía hongos en las primeras sierras hacia el Este y los vendía en el mercado. Era un trabajo próspero: todos ellos prometían no probar nunca un hongo, para no tentarse, y vivían con el tormento de no poder cumplir. En el Mercado les daban tanto por sus hongos que estaban seguros de que eran lo más emocionante y se habían hecho la idea de que si los probaban, nunca más. Sus hongos tenían la forma de los hongos pero eran grises casi del todo, con tres pintas azules, de un azul muy difícil de encontrar fuera del plástico: como si fuera nuestro azul después de estar al sol una estación entera. Se los compraban los que ya estaban hartos de ver cosas tan raras: los que se comían ese hongo veían, una noche muy larga, solamente ese hongo. Había algunos, sobre todo personas, que decían que ver ese hongo era como ver todo: un agujero de gris con tres pintas azules. Cuando uno de la banda decía que se moría le podían dar un hongo: si no se moría se tenía que ir y era muy parecido. En el Mercado, una segunda, Jacobo dijo por jactancia que el momento que decidía la velocidad era seguro el momento de morir: como comerse un hongo. Después no dijo nada.

Fue de revuelo. Que el momento fuera el de morir era espléndido, porque antes se podía hacer cualquier cosa y alcanzaba con hacerse morir según las formas. Podían descuidarse la vida entera con tal de preparar muy bien ese momento. A muchos les gustaba esa idea del jolgorio: a muchos los aterraba quedarse librados al final, sin poder nada mientras tanto. El bastardo, en medio de las nueces, calmaba a mi padre Rubén, que pensó que iba a ser el descontrol. Era, pero también el miedo: quizás en el momento justo no sabrían hacer lo que necesitaran y, además, tampoco sabían bien qué era. Unos se pusieron a buscar las viejas instrucciones de morir, que habían sido olvidadas tantos padres. Otros se reían y decían que había vuelto el triunfo de las muertes bellas: que no eran bellas porque servían para tanto, pero que parecían como las bellas de los padres de entonces. Otros pensaron reglas de cómo había que hacerlo<sup>[36]</sup> y organizaron banderías, y muchos se dijeron que ya verían, que faltaba mucho y que de todas formas no ganaban gran cosa preocupándose.

La Larga, en ese punto, no servía para nada. A personas y vulgos les daba temblores porque seguían sin saber cuál iba a ser el ritmo en el Lugar: temían, pero la

idea del honguero Jacobo los dejaba patos: sin reacciones. La idea del honguero duró cuatro o cinco estaciones: llovió desmesurado. Mi padre Rubén llegó a preocuparse: se le ocurrió una idea contra el terror que tenían todos de morir. Supuso que iba a formar un grupo de soldados para que mataran por sorpresa a personas y vulgos, sin decirles nada, sin que se dieran cuenta. Entonces, decía, les iba a evitar el terror de no saber qué hacer en el momento y se iban a quedar tranquilos, sabiendo que no tenían que hacerse cargo. Iban a estar agradecidos otra vez a la Casa, decía, y un Jacobo consejero de la Casa le dijo que iba a ser muy caro; mi padre Rubén dijo que entonces lo que podía era matar a algunos, no a cualquiera, y dijo por ejemplo los que sepamos por informes que ya tienen el enemigo funcionando. Jacobo le dijo que iba a tener protestas porque una muerte así, con la suposición tan clara del terror, deshonraba a cualquiera, y mi padre le dijo que no fuera estólido: que eso, quizás, hubiera sido antes. Tuvo que hablarle Juanca, para decirle que si lo hacía el terror iba a ser más tremendo, por el miedo de cada de no poder hacer en el momento de morir lo que hubiera pensado para llegar bien a la Larga. Mi padre Rubén, al final, llegó a entenderlo; Juanca, gordísimo, sus nueces, le dijo que esperara un poco y mi padre, apichonado, le siguió haciendo caso y rumiando más odio.

Juanca, a esta altura, era imponente. En realidad, era bonito: la mayor piedra que humedece una cascada recién aparecida. Aparece una cascada porque algún desafortunado desvió un arroyo para llevarlo a regar sus tomates y no pensó que, poco más allá, el agua iba a tener que dar un salto: no le importa. Entonces el agua se las arregla entre unas rocas y una, que solía ser gris como la noche, con vetas de plateado, la más grande, recibe la duchita todo el tiempo y se empieza a cubrir de musgos verdes. Queda verde: al cabo de mucho, queda enterrada en el verde de los musgos y brilla con el verde de los musgos y los brillos del agua. La piedra que era gris con vetas, la más grande, ahora es el soporte del verde y el agua: chorros, rayos del sol, a veces arco iris. Así, como la piedra que goza de ser otra: Juanca.

Juanca comía nueces que le partía la nena y aliviaba a esa nena y a mi padre Rubén. Aliviar a la nena le gustaba menos: no era como la Nena ni de lejos. También era un poco flacucha pero muy dada a poner la boca por delante: era un defecto. Aliviar a mi padre le gustaba más: disfrutaba de no explicarle el final de sus planes. Por un tiempo mi padre creía que los sabía y después siempre pasaba algo que lo ponía a dudar. Mi padre nada más esperaba que se arreglara todo lo de la Larga para envenenarle al bastardo un par de nueces. Tenía razón: no quería nada violento ni ruidoso; algo más bien agradecido. Juanca ya suponía.

Empezó a hacer calor. En las últimas estaciones nacían mucho los chicos: cundía la algazara. En ese tiempo eran furor en Calchaqui unas pomadas que llegaban del norte, en sus envases de cerámica negra: deliciosos, tan rústicos. Las mujeres se ponían la pomada en la válvula u ojete o sicomoro y los hombres en el pistón u ojete, cuando estaban queriendo fornicar, y no era necesario: de la pomada salía la sensación de lo que le faltaba: un pistón, una válvula, un pistón, un ojete, más



regordetes y calentitos que lo que nunca había. Era de regocijo: los hombres y mujeres sentían esas carnes infladas contra ellos, nadie los molestaba y, sobre todo, disfrutaban de lo que podía durar la sensación en el Lugar: si tenían suerte y se morían correcto. Les daba mucho gusto disfrutar pensando en lo que iban a seguir disfrutando, y si estaban con otro era más complicado, por los tiempos. En esos días, en Calchaqui, simulaban bastante: se pasaban pomadas, trabajaban, comían, fornicaban, armaban caravanas a la costa, peleaban casi nada, pensaban más perfumes pero en realidad lo que estaban haciendo era prepararse y esperar a ver cómo les iba a ir en sus muertes. Juanca le dijo a mi padre Rubén que había que empezar la campaña de los dioses.

Primero pegaron los papeles: eran sin colores, sin una firma, sin nada pero muchos. Decían una frase:

«¿Será que hay dioses?»

Muchos. La Ciudad rebosaba de papeles sin firma ni colores.

«¿Será que hay dioses?»

Los personas que leían les fruncían la boca y no lo pronunciaban en voz alta. El primer día hubo como un acuerdo y nadie habló de eso. Al otro día algunos, y después nadie más pudo parar.

«¿Será que nueva vez hay dioses?»

Decían unos papeles rojos, tintos que aparecieron a los cuatro días. Fue bueno que todos entendieran.

Dos días se pasaron esperando en la explanada de la Casa. Padre suele hablarles más rápido cuando vienen de a tantos, pero esa vez mi padre Rubén tenía razones para estar displicente: en las discusiones sobre la Larga, el Lugar y la vida de los muertitos, lenta, vulgos y personas no le habían preguntado nada y habían aceptado palabras muy terribles de cualquiera. Era como si Calchaqui hubiera vuelto a los tiempos de antiguos: con sus dioses.

—Yo les digo: hace mucho que en la Ciudad y las Tierras echamos a los dioses. ¿O será que somos de vuelta tan flaquitos?

Dijo mi padre, muy despacio, cuando apareció. Estaba pampanante: cubierto con una gasa de nuestro azul, etérea, que el viento le achataba contra los muslos y la panza avanzada, mi padre Rubén, subido a su tarima, era la respuesta todo el tiempo a la pregunta por los dioses. Abajo, los vulgos y personas volvieron a saber que no necesitaban. Se habían pasado los dos días casi sin tocarse, preocupados, charlando por grupitos en la explanada de la Casa, durmiendo de a montones, sin limpiarse para mostrarse cariacontecidos. Estaban asquerosos, esperando: cualquiera es asqueroso cuando espera.

—Buscar dioses, parecen, mis queridos: parecen buscar dioses para preguntarles cómo van a ser cuando muertitos. Desmelenados por saber lo que cualquiera sabe, mis queridos: cualquiera que sepa preguntar adónde debe.

El sol los desastraba. Vulgos y personas se podían golpear las rodillas con unos

mimbres verdes, o arrancarse algunos pelos de sus pubis, o gritarse a sí mismos canalladas; se agitaban y no terminaban de encontrar buenas maneras de mostrarle a mi padre el arrepentimiento: su terrible pena. Mi padre Rubén los miraba como si mirara lo que siempre había estado; la única forma de mirar mucho es mirar lo conocido: buscar las diferencias vagas.

—Yo siempre pude decirles cómo era la Larga. Nada más, mis queridos, tenían que preguntarme cómo era.

Juanca lo miraba desde una ventana de la Casa: no paraba de comer las nueces. Esa nena le hacía una trencita con los pelos; el bastardo prefería no mostrarse. No estaba seguro de cómo podían tratarlo viejos largos. Mi padre Rubén tenía la tentación de seguir dando vueltas mucho tiempo: gozarlos, no contarles. Lo hubiera hecho, pero no se le ocurría gran cosa. Lo que iba a decir sobre la Larga lo tenía estudiado:

—Ningún momento decide cómo va a ser la Larga, mis queridos. Pueden morir como quieran, ahora: sin ensayos. Ni ese ni ningún otro momento los decide: la Larga es siempre igual, para todos igual: no hay dioses, para que tengan preferencias y ustedes los engatusen con ideas.

Sabía hablar de Padre: casi sin mover los labios, seguro sin las manos, con el cuerpo ausente, como si las palabras le llegaran y cruzaran por él desde ningún lugar y hacia ninguna parte. Juanca nunca pudo. En la explanada, personas y vulgos se habían acostado todos en el suelo, boca arriba, como quien se entrega: era lo más que podían hacer para que mi padre Rubén al final les dijera. Los reventaba el sol y eran de pena: a mi padre ni siquiera le gustaba mucho. Los miraba como si en lo oscuro:

—Mis queridos, lo que quieren saber, lo que no se merecen: el tiempo de la Larga es siempre el mismo: muy despacio. Muertitos, no tiene cada su velocidad ni su ritmo: en el Lugar es siempre el mismo, y así estamos. Con repetir alcanza.

Mi padre les explicaba lo que todos sabían: que la Larga es muy lenta, muy descansada y con terrores. Es normal que sea lenta porque la vida es un aprendizaje, les dijo, del descanso: los chicos no saben parar, se mueven todo el tiempo, y los hombres y mujeres poco a poco aprenden y se van haciendo cada vez más lentos: les dijo que era el sentido de la vida. Vulgos y personas, revolcados, se enchastraron de alivio: querían más que nada oír algo tan fácil. Después de estaciones de divertirse o temblar con las posibilidades, los llenaba de gusto escuchar que todo era tan simple: los llenaba de amor. Muchos gritaron saludando a mi padre.

—El ritmo en el Lugar siempre es el mismo, mis queridos: cincuenta y cinco veces menos.<sup>[37]</sup> Y no hay necesidad de lentitudes o castigos: con repetir lo que hicieron en esta vida les alcanza para premio o tormento.

Mi padre se secó mucho sudor de la frente y las manos y se agarró con fuerza la cabeza. En la explanada, muy desparramados, vulgos y personas se revolcaban de alivio, gritaban y al final les dio el gozo: mujeres se abrazaban y se decían que ya no iban a tener que preparar su muerte; muchachos miraban con sonrisas de triunfo,

como quien dice: yo ya sabía, yo te lo había dicho. No se dieron cuenta de que se estaban entregando enteros para siempre. Empezaron canciones.

Mi padre Rubén no hablaba más. Cuando acabó con sus palabras se desplomó de pronto, como si quisiera que le creyesen más. No era muy viejo. Murió como quien se distrae: se derrumbó de a poco y fue un desastre. Estaba delante de todos pero a esa altura ya casi nadie lo miraba: salvo el bastardo, en su ventana, que entendió y se atragantó con una nuez. Mi padre Rubén fue mi padre que se murió peorcito.

Son pavotes. Estaban tan felices con su Larga muy simple. Unos pocos querían discutirla pero no se atrevían: se apichonaban porque pensaban lo horrible que podía ser en el Lugar pasarse estaciones repitiendo cada discusión, y la risa de todos. Después, de a poco empezaron a darse cuenta, pero me parece que nunca entendieron del todo que la repetición en la Larga fue su mayor derrota. Pobres: antes la muerte los hacía iguales: todos iguales, y los salvaba mucho de lo que habían sido. Ahora conservan cada error por muchísimo tiempo. Y no se arruinaron nada más la muerte: sobre todo se emporcaron la vida.

Es culpa de ellos. Yo creo que mi padre Rubén no hubiera hecho nada y supongo que el bastardo tampoco: el bastardo estaba muy bien comiendo nueces. Pero ellos insistieron demasiado: al final no quedó más remedio. Desde entonces, la vida les resultó un boceto de la vida verdadera: cada cosita que hacen en esta la van a hacer aumentadísima en la Larga: tienen que estar todo el tiempo con tremendo cuidado. Se condenaron. Hay unos pocos que buscan las formas de escapar pero nadie les hace caso: son casi como las viejas de Juanca al principio, cuando se iban al norte.

Son graciosos y tienen todo en contra. Son cuatro o cinco nada más, hombres, vulgos que fabrican vasitos de plástico y sudan como perros: por la lengua. Cuando hablan en el mercado los que pasan se les ríen bastante: a veces tienen muchos escuchándolos, más que lo normal, porque siempre hay alguno que quiere divertirse. Los del plástico piden que no haya más Larga: que no haya más Lugar ni muertitos ni negocios, que cada pueda vivir y morirse tranquilo, sin tener que pensar en la repetición. Para cambiar, dicen que ese siempre fue el gran orgullo de Calchaqui: tienen razón, pero nadie se acuerda. A veces, los que pasan se enojan y los amenazan. Otras nada más les gritan que con lo que costó conseguir la Larga y que qué sería de sus vidas si no pudieran pensar en la repetición en el Lugar. Que qué harían de sus vidas si no fuera preparar la otra. No tienen ninguna posibilidad: es una suerte. Si la tuvieran, yo tendría que pararlos.<sup>[38]</sup>

Mientras, mis vulgos y personas se pasan las vidas queriendo y temiendo la repetición: se cuidan sin parar y les encanta. Tienen siempre para qué. Ahora saben cómo es nuestra condena: se la buscaron solos. Ahora son como nosotros: se quedan en la historia. Antes eran un destello, una casualidad: no importaba nada lo que hicieran en el tiempo del chispazo. Ahora en cambio sí, porque lo van a repetir tan largo: pavos, se condenaron, y les gusta tanto. Creo que si no fuera por la Larga no irían a la guerra.<sup>[39]</sup>

Jushila me mira porque sabe que ya me queda tan poco para subir a declarar mi tiempo. Jushila cree que le da gusto mirarme en este brete: cree que se resarce de tantas estaciones de servirme. Aunque ahora me mire, mientras le cuento esto, como quien dice no sin las dudas no de ningún modo, yo sé que Jushila se pasó todas estas estaciones esperando el momento en que por fin voy a tener que hacer la única cosa. Es la cuarta y mi padre Ramón se debe estar muriendo, para que yo me empiece y me termine: mi momento de hacer lo que debía. Falta muy poco: ya tengo que empezar a hacer esas últimas cosas, que Jushila no tiene por qué ver. Antes que nada: ir a la estancia de mi padre.

Voy a llevar a verlo mi cuchillo. Si hubiera perdido mi cuchillo de nácar, su forma de pescado, que me regaló cuando mi aceptación mi padre, no podría llevarlo ahora a su estancia, a verlo. Voy a llevarlo, para decirle sin decirle que lo sigo: él no va a poder verlo, pero le habría gustado. Voy a enrollarme una tela casi de nuestro azul, un poco más violácea, alrededor del brazo derecho, para decir que todavía no soy responsable, y voy a caminar por pasillos oscuros de la Casa. Yo sé que en estas horas están todos oscuros: que no se atreve nadie a hacer ni luz ni ruidos, y nada más las sombras timoratas de los guardias se cruzan como si no quisieran. El silencio es gomoso: sé que los habitantes de la Casa están hartos de esperar tan callados. No que quisieran que se muera, pero están aburridos de la espera. Lo temían, lo respetaban, algunos lo apreciaban, y, ahora, que su vida no se termine de una vez es un engorro que no les deja hacer sus vidas. No que quisieran que se muera, pero quieren caminar por los pasillos, cantar si cuadra, saber cómo es mi tiempo y de todas maneras no queda otra salida: si va a morirse, piensan, aunque no dicen, que lo resuelva breve.

Yo voy a atarme la tela casi de nuestro azul en mi brazo derecho, por encima del codo, y voy a deslizar debajo mi cuchillo pescado. Jushila me va a mirar como quien dice por fin tiene que hacerlo; yo no le voy a decir nada. Voy a salir de la estancia, pasar delante de la estancia de mi madre y escuchar el rumor de sus quejidos; después voy a caminar por los pasillos oscuros, sin luz ni ruidos y alguna sombra timorata hasta la sala de Cimientos: vacía, desertada. No hace calor: no suele hacer mucho calor cuando está oscuro. Voy a atravesar la sala de Cimientos: un espacio para ser grandiosos, ancho y despejado, siempre lleno de personas pero hoy nada. Voy a caminar sobre las pinturas del suelo, donde se desparraman las calles y casas y plazas de Calchaqui, a lo largo de la avenida de la puerta del Este hasta el final, adonde la puertita se abre a la escalera. Mi padre Ramón podría haber venido a morirse a Cimientos; algunos lo hicieron: él no quiso, o no se le ocurrió. Quién sabe qué arabescos se le ocurren a cada para pasar su muerte.<sup>[40]</sup>

Mi padre Ramón para morirse está en su estancia, así que voy a abrir la puertita del fondo de Cimientos, subir por la escalera, desembocar en su estancia de donde ya sacaron todo. Nada, ya dije: donde había tanto sólo se desparrama el aire. Mi padre Ramón, mi padre, va a estar en su tarima sobre pieles de vicuñas blancas; si tiene los ojos abiertos, todavía, ya no va a mirar la luz de la ventana ni nada con la luz de la

ventana ni motitas de polvo en la luz de la ventana. Ya es la cuarta: por la ventana va a entrar un reflejo de luna sin motitas y en un rincón, bajo las sombras, Joaquín, el consejero de la Casa, va a seguir acurrucado con su cabeza envuelta en una manta, como quien ya sabe.

Mi padre Ramón, sobre las pieles, va a tener sus ojos cerrados: no apretados. Será que decidió que descansaba, cansado de empezar su muerte tanto rato. Su cara va a estar tan distinta de él: su nariz que era flor majestuosa ya ni rapiña: casi un hueso. Los huesos van a estar ganando la pelea con la carne, cerca de atravesar la piel: de irse. Nada más un farol en la pared, arriba de su cara, va a estar iluminando: una llama que a propósito va a titubear para darle a la cara un movimiento; su cara va a estar quieta. Pero su mano, cuando escuche que llego, se va a alzar un palmo sobre las pieles blancas: su llamada. Yo voy a quedarme mirando, desde lejos, aprovechando que desde lejos se ve turbio, hasta que la mano otra vez se levante y yo camine, sin querer, hacia su cuerpo en la tarima. Entonces Joaquín, el consejero de la Casa, el padre de la madre de mi Hijo que tengo que hacer hoy, va a dejar la manta, se va a levantar y caminar hacia mí<sup>[41]</sup> caminando a su cuerpo. En el medio de ese camino nos vamos a encontrar: yo caminando al cuerpo de mi padre, el consejero al mío. Cada paso de él arrastrado en el suelo va a dar temblor al cuerpo de mi padre: como si algo dijera todavía. Cuando lo vea no me voy a apurar: voy a pensar que después, enseguida, en cuanto Padre digan que está muerto, voy a tener que hacer mi Hijo.

Eso va a ser después, poco después: mi padre va a estar muerto y a mí me va a faltar nada más la ceremonia y declarar mi tiempo para ser, por fin, Padre. Entonces voy a dejar la estancia sin decirle nada al consejero, que ya va a estar llamando a todos para arreglar el cuerpo, y voy a bajar la escalera y atravesar de nuevo la sala de Cimientos, caminando encima de las casas y calles y plazas de Calchaqui y voy a ver las luces de la Casa que se van encendiendo, de nuevo, porque su muerte va a devolver el movimiento, y voy a seguir por los pasillos, revuelo de grititos y rumores, hasta mi estancia. Me voy a cruzar en los pasillos con algunos, que van a hacer como si no me vieran porque entre hoy y mañana, hasta la ceremonia, soy alguien tan confuso: ni Hijo ya ni Padre todavía y no hay siquiera cómo saludarme.

Voy a llegar a mi estancia y Jushila me va a mirar de abajo para que le cuente: no le voy a hablar. Me voy a refregar yo solo con aromas: voy a mezclar aromas diferentes, para que no hablen o de todo hablen, y voy a salir de nuevo, sin ningún apuro, hacia la estancia de al lado, de la Madre. Donde ya no va a estar mi madre, que va a haber tenido que dejarla por la muerte de él, sino la señora Nora, la hija del consejero de la Casa Joaquín y de la Dama Sara, esperando que llegue para ayudarme a hacer mi Hijo. Yo voy a entrar, bien en silencio; la señora, despatarrada en la tarima, va a saber que tiene que callarse. La señora es blandita y abundante. Todo va a estar oscuro: en medio de lo oscuro, la señora va a revolver con mesura sus carnes, piernas, mamas, brazos, labios pachorrientos; su panza va a revolver en lo oscuro

despacio pero sin alardes: va a saber que para hacer el Hijo no debe haber alardes. Y yo le voy a entrar bien en lo oscuro, despacio, sin alardes, para que nada se confunda y lo que hagamos sea el Hijo solamente.

Así va a ser, pero va a ser más tarde: no mucho más tarde. Antes, en la estancia donde mi padre Ramón, mi padre, trata de terminar su muerte, voy a caminar hacia su tarima con su cuerpo sobre pieles blancas, con su nariz un hueso, su boca abierta como un río de noche y un verde húmedo que le baje hasta el cuello viboreando mientras su mano se levante de nuevo en la llamada, y el consejero Joaquín me va a parar a mitad de camino para hablarme:

—Señor, ya no podemos tolerar sus dolores. Veo que trajo su cuchillo, para algo.

Y yo no le voy a contestar y voy a soltar el hombro que él trate de agarrarme con su mano de viejo, huesuda, firme y viscosa como un sapo viejo, y seguir caminando. El consejero va a tratar otra vez de atraparme, para decirme algo sobre mi tiempo. No va a poder y me va a hablar de atrás, sabiendo que no tengo necesidad de contestarle:

—¿Ya sabe cuál tiempo va a decir, señor, mañana?

En el silencio va a insistir, su voz bien un susurro:

—Espero que cualquier tiempo sea menos el de su padre mismo.

En un atrevimiento casi profanación que no voy a poder contestarle porque cualquier respuesta tendría que serle tremebunda, y voy a llegar hasta la tarima de mi padre Ramón, mi padre y, con mucho cuidado, de quien quisiera pasear sobre gusanos sin despanzurrarlos, sobre cojines sin hollarlos, sobre un río, sentarme en su tarima, al lado de mi padre, y agarrar su mano.

La mano de mi padre Ramón va a tratar de apretarme: montoncito de huesos que saben que todavía deberían moverse pero no saben cómo, o si no: el apretón de una flor cuando se mustia al dedo que se le hubiera quedado adentro días y días. Mi padre Ramón, montoncito de huesos, va a tratar de apretarme para decirme una vez más su voluntad de una buena fogata, que nunca voy a hacerle. Y no voy a saber si apretarla o tenerla en el aire, como una presa frágil, y con la izquierda me voy a tantear el cuchillo pescado bajo mi tela de nuestro azul un poco más violáceo, en el brazo derecho: saber que está filoso. Pero no voy a decidir usarlo. Voy a creer que no sea necesario, que mi padre Ramón sabrá morir solo y que lo que le dure para mí es alivio. Que en cuanto se muera voy a tener que ir a hacer mi Hijo y que, entre tanto, decidir mi tiempo. El consejero Joaquín se va a quedar parado en el medio de la estancia, mirándome, mirándonos, queriendo llevar mi mano a terminarlo porque piensa que cualquier demora nos entorpece a todos y, más que nada, al hijo de su hija, mi Hijo, el siguiente Padre, que tengo que hacer cuando él se acabe, pero va a ser como si no estuviera: nada más yo, mi mano, su mano, el montoncito de mi padre y los huesos ganando.

Entonces yo no voy a pensar en el fin de mi padre ni en cuando fue tan grande, la fuerza que tenía ni el miedo que me dio ni en su manera de ir dejándole a los huesos el campo de su cuerpo, ni en el río de noche que boquea ni en su nariz rompiendo, ni

en su mano liviana y quebradita que levanto: momento de decidir mi tiempo.

Voy a tener que pensar última vez que necesito un tiempo: que para estar en la cadena, para ser ellos tengo que declarar un tiempo. Que no estoy seguro de que el tiempo mejor sea el de que todo pasa al mismo tiempo, aunque me tienta ver si puedo hacer un tiempo que sólo las catástrofes consiguen. Y que tengo que tener cuidado con el tiempo tan perfecto de mi padre: que el esfuerzo por mejorar hace que todo se arruine cuando no falta casi nada. El esfuerzo por mejorar es un problema; otra manera sería el regateo: podría hacer como quien quiere cambiar todo para quedar conforme si consigo un poco: mejorar sin que parezca que quería. Eso sería una forma, si mejorar fuera lo que yo quiero. Pero no, y después voy a pensar que no debería, para hacerme distinto, dejarme tentar por un final del tiempo y justo entonces va a haber un ronquido en la boca de mi padre, un remolino de su río de noche, una babita viboreando, verde: su mano que me aprieta como si pudiera, y en ese momento, creo que en ese justo momento o quizás enseguida después pero seguro que no antes lo voy a ver tan roto que voy a tener esa idea que hace tanto me ronda sin saberlo, que acabo de saber que hace tanto me ronda: la idea que nos salve.

Voy a saber que puedo, mañana, pararme junto al cuerpo de mi padre Ramón, mi padre, en la tarima, sobre la explanada. Que ya voy a tener a mi Hijo hecho; que el cuerpo de mi padre va a estar bien atado a su silla, repintado, tan afilado flaco con su tela que los sujetos abajo, en la explanada, se van a preguntar por qué se murió tanto. Van a agitarse, abajo, los sujetos: hombres y mujeres, personas y vulgos esperando<sup>[42]</sup> que algo suceda que los cambie. Sabiendo que esperan y no esperan, porque los tiempos que suceden no los cambian: les sirven algo para la esperanza, sabiendo que sería muy raro que de verdad pasara. En sus caras les voy a ver que esperan y no esperan. Es extraño, pero alguien espera mucho cuando espera y no espera. Más, quizá, que si esperara entero.

Puedo, entonces, mañana, mirarlos un momento todavía y suponer lo que suponen, imaginarme las reacciones de cada cuando escuchen lo que van a escuchar: lo que nunca se imaginaron que pudieran. Pero que todo eso sea un momento: no dejar que el silencio los taladre mucho, que dudas los asusten, y empezar a hablarles. Decirles, al principio, la frase huracanada:

—Es vana, les explico, blanda, señoritos, la pretensión que tenemos de dominar el tiempo.

Voy a ver sus caras de susto desmadrado. Quizá mis ojos los fije en una cara, encuentre una muy cerca y le mire los ojos para verme o vea, sin darme cuenta de qué miro, cientos al mismo tiempo: las gotas que no se ven en la marea. Voy a ver la marea. Olitas muy perplejas que van y vienen sin saber adónde, voy a ver, y puedo seguir con otra frase:

—Y no lo digo para desconsolarlos, gachupines: les digo porque supe cómo sí dominarlo.

Entonces la marea se va a parar en charco o en estanque: todos quietos. Va a ser

brutal cuando se queden todos quietos: suspendidos. Y yo puedo tomar resuello, mirar al sol sin deslumbrarme y explicarles que el tiempo no es cosa de los hombres:

—Supe, mejor, quién lo domina. Tanto tiempo, valientes, vivimos engañados.

Puede que no lo entiendan todavía: yo les voy a ir diciendo. No va a ser fácil, pero tengo que decirles que me di cuenta de que nosotros, padres, por más esfuerzos que hemos hecho no supimos darle un ritmo al tiempo. Que casi todos trataron de ignorarlo; que algunos apenas supieron, como mi padre Atilio, con su ritmo esencial, o mi padre Raimundo, sibilino, pero nunca del todo. Que nunca lo supimos porque tratamos tanto tiempo de no ver lo que era verdadero:

—Que al tiempo, caranchitos, hermanos, nada más su dios en serio lo domina.

Va a ser tan raro: animales enfermos y un padre que les dice hermanos. Un zorrino que le curan su cola: un zorrino que no sabe que le agarran su cola, le retuercen su cola, le reponen su cola, se la colocan con un crac adonde estaba y le atan un palito a su cola por su bien. Así sus caras, otra vez tempestuosa la marea: los que se restrieguen los ojos con sus manos, modestos, porque no estén seguros de haber oído lo que oyeron; los que miren arriba como si de arriba, de pronto, fuera a llegarles una; los que noten buscando el disimulo que sus piernas les tiemblan; los que crucen con sus ojos la mirada de otro para saber si también cree que está turbido; los que se pregunten por un momento si yo soy yo, me miren y se avergüencen de haber pensado semejante. Animales enfermos, un zorrino: quizá no sepan que va a ser por su bien, y crean que les duele.

—Que el dios es grande, más grande que nada.<sup>[43]</sup> que no está en el sol ni la tierra ni en las montañas ni las nubes: bien, hermanos, les digo, en todas esas partes y en ninguna, y que por eso no supimos verlo.

No va a ser fácil, pero tengo que decirles que por fin sabemos que el dios maneja el tiempo y lo demás y que hasta ahora todo fueron tanteos, intentos de los padres por encontrar su verdadera cara, y que por fin yo pude verlo, en la cara boqueando de mi padre Ramón, su río de noche, en su nariz rapiña, en sus temblores, y que no me importa perder mi única fuerza porque por fin sabemos. Que yo abandono con placer mi fuerza<sup>[44]</sup> porque entendimos y que me voy a dedicar a servir y cultivar al dios; que él me va a ir diciendo lo que se deba y no se deba y que entre todos, bajo su guía, el tiempo que nos dé se va a ir notando. Que sé que con eso no pierdo nada más mi fuerza sino también la de todos mis padres, y de todos mis hijos pero no me importa; que el dios va a tener su morada en la Casa pero también en las casas de todos, y que en la Casa va a poder decir cada vez lo que quiera, porque para eso voy a estar, atento, ávido de escucharlo. Que va a haber oposición de consejeros y oficiales, quizá de traficantes, de muchos que crean que van a perder mucho, pero que vamos a saber contrarrestarlos. Que va a ser duro pero después por padres y más padres todos se van a acordar de que nosotros sí supimos, de que nosotros sí pudimos. Que el dios nos va a llevar a donde deba, que él va a ser el único que pueda garantizar la Larga, que no es que le debamos nada, más que saber que está y lo respetamos.



—Señoritos, hermanos: tanto tiempo vivimos engañados. Y ahora porque supe sabemos: ahora, por fin, sabemos.

De nuevo voy a tratar de mirarles sus caras; sus caras, muchas, van a ser como el que se despierta de un mal sueño y no sabe si el sueño era lo malo: ese momento en que sueño y vigilia se equivalen y el que despierta tiene que descubrir dónde está cada. Voy a ver sus caras de animales enfermos, un zorrino, y voy a saber que quizá tendría que decirles otra vez todo pero, en cambio, voy a caminar hasta el final de la tarima; entre sus oh y sus ah y sus gritos sorprendidos voy a bajar de la tarima; ellos, los primeros que haya, se van a apartar un poco, como si quemara, y voy a caminar hacia el medio de ellos, con mis manos les voy a tocar sus caras, cada una de sus caras, entre ellos voy a caminar tocándoles sus caras y diciéndoles que ahora por fin sabemos, que es tanto privilegio que sepamos, que todo va a estar bien ahora que sabemos, que no me importa renunciar a mi fuerza ahora que sabemos, tocándoles sus caras, y ellos, miles de ellos, van a tirarse al suelo o desmelenarse o abrazarse a sí mismos o gritar de algazara y de a poco más bien van a ser gritos, todos gritando de algazara con sus ojos cerrados y yo entre ellos despacio, enorme, caminando, tocándoles las caras.

Y creo que en ese justo momento en que lo sepa, cuando lo vea tan roto que entienda por fin la idea que me rondaba tanto, voy a ver que mi padre no respira. Me digo: darles un dios, me digo: espero que esa sea mi idea,<sup>[45]</sup> aunque no puedo saber seguro todavía.

## Mi Vida

Le gustaba más que nada reformarme la cara. Oscar me agarraba la cara con sus dos manos, con los dedos de sus dos manos a la altura de mis pómulos y me tiraba de los pómulos para los costados, un ejemplo; entonces me decía que con la cara así, más ancha, podía llegar a parecer uno de ellos, hasta que se reía y me decía que ni así y me agarraba de vuelta pero esta vez mis dos orejas y las tiraba hacia la nuca; decía que me borraba las arrugas y que así, sin tantas, podía llegar a parecer uno de ellos, hasta que se reía y me decía que ni así y volvía a agarrarme, de otra parte, hasta que se reía y me decía. Más que nada le gustaba reformarme la cara para mostrarme que no había manera.

Yo sabía que mi cara era distinta, y agradecía que fuera. También era muy distinta de ella, quiero decir: de lo que era ella cuando me llevaron a la Casa. Mi cara habría cambiado de todas formas; en cualquier lugar y condición en que hubiese vivido, mi cara habría ido cambiando con el tiempo pero allí, encerrado en la Casa, la forma en que cambió mi cara quizás haya seguido, con atraso, con mucha reticencia, los pellizcos y estiramientos con que Oscar quería reformarla. Quizás ahora mi cara pague el precio de esos años: yo me pasé todo ese tiempo siguiendo las formas en que Oscar trató de reformarme. Creo que algunas veces pude adelantarme: el mayor gusto para el servidor está en servir más allá de lo que podría imaginar su dueño.

Para saber cómo hubiera sido mi cara en otra parte, tendría que saber quién era antes: no sé muy bien cómo era antes. Viví los primeros años de mi vida encerrado, aprendiendo a leer, a escribir y a servir al Señor; cuando mi padre me vino a buscar porque quería llevarme con él a su nuevo destino, yo debía tener catorce o doce años y decidí que el mundo estaba a punto de empezar.

Mi padre me dijo que en nuestra villa ya no había quien valorara a un hombre con sus habilidades: que los vecinos se habían aficionado a los paños que llegaban desde la capital y que ya no procuraban los suyos. Que era cierto que los capitalinos eran más suaves pero no más resistentes, que sus colores eran más vivos pero no más honrados y que no le extrañaba que los vecinos despreciaran la solidez honesta en busca de oropeles: los vecinos ya no eran como sus padres y abuelos, los primeros colonos, y no tenían la sencillez de quienes han fundado algo; ahora, decía, sólo les importaba la pompa y el regalo.

No sé si recuerdo la cara de mi padre. Temo que la cara con que me lo imagino sea la última, cuando nos descubrió aquel bárbaro. Sé que le faltaban el índice y el pulgar de la mano derecha, que le había rebanado la lanzadera de un telar; tenía, creo, mis mismas cejas duras y mi barba cerrada, pero se me aparece corpulento y alto. Mi padre me dijo, aquella vez, que ya era un hombre hecho pero que no le quedaba más arreglo que buscar un horizonte nuevo, y que ya que mi madre había preferido la

cobija del alcalde, nada lo ataba a esa villa nefasta, de la que me hizo jurar que nunca diría el nombre. Pasaron todos estos años y sigo respetando mi promesa.

Partimos muy poco después. Marchábamos cantando; no teníamos más de siete caballos y toda la expedición contaría, si mucho, con sesenta cristianos y escasos nativos porteadores. Durante días recorrimos una comarca conocida: las colinas boscosas, húmedas, surcadas de bañados, se parecían a los alrededores de la villa. Las tardes, cuando parábamos, solían mandarme a buscar leña; me habían contado historias sobre los salvajes y yo miraba detrás de cada tronco, junto a cada remanso, a ver si por fin se presentaba alguno. Los buscaba con ansias: no sé si era terror o la esperanza de encontrarlos. Miedo debía tener: iba, en esas salidas, con un muchacho de mi edad que se mofaba de mis precauciones y decía que él sí que era un valiente. Él era huérfano y, en la villa, se había colocado de aprendiz de herrero; cuando supo de la expedición juntó un par de tenazas, un martillito y sus pocas monedas y se fue sin despedirse de su dueño. Me dijo que los hombres no suelen aceptar a los fugitivos pero que a él lo toleraban porque ningún herrero de verdad habría querido ir, y es muy difícil fundar un pueblo sin herrero. El muchacho era fuerte y se empeñaba en enseñarme a pelear con un palo; yo trataba de darle el gusto sin mayor entusiasmo; mi padre, una vez que nos vio, me palmeó un par de golpes en la espalda y me dijo que ya me estaba haciendo un hombre de provecho.

Con la leña, volvíamos al campamento; hombres mayores habían cazado pájaros o algún reptil y los asaban sobre ramas verdes, para que se ahumaran. Junto al fuego se contaban historias; sólo bebíamos agua. Los primeros días, los hombres se repartían los cargos de gobierno del pueblo que íbamos a fundar e imaginaban las carnes duras de los salvajes que deberían servirlos. En nuestra expedición no había mujeres, salvo dos, una mulata y una negra, que tenían sus dueños. Más tarde, los hombres empezaron a hablar mal de los que se habían quedado en la villa, para justificar por qué habían decidido abandonarla. En poco tiempo, el fogón se transformó en una justa de insultos y denuestos; creo que había hombres que se pasaban los días de la marcha pensando qué dirían, esa noche, sobre los desalmados que pudieron quedarse. Yo los escuchaba, callado. Me llenaba de gozo y sobresalto que hubiera sujetos tan malvados; el mundo me resultaba atractivo y temible pero me parecía que siempre había algún error en las historias que contaban. Muchas veces quise hacerles preguntas, pero no me atrevía. Mi padre no hablaba casi nunca.

Mientras todos se dedicaban al agravio, un viejo siguió hablando de lo que nos esperaba en el pueblo por fundar. El viejo había sido un buen timonel pero se hartó del mar, dijo, porque siempre cambiaba, y quiso quedarse en tierra firme. Después dijo que, en tierra, había entendido que el mar era siempre el mismo y por eso tenía que simular que cambiaba; que lo muy distinto de sí era la tierra, cuando uno se queda. Por eso, dijo, se había venido con nosotros: escapando. En la villa había sido el que levantaba los mapas y planos del catastro: con sus dibujos dirimía las querellas por propiedades vírgenes. El viejo era el dueño de la mulata; muchos se reían de él y

le decían que, a su edad, para qué la quería. Él se reía más tranquilo y les decía que a su edad lo sabrían; pero es cierto que, algunas noches, se la prestaba a alguno. Alrededor del fuego, esas noches en que estaba prestada la mulata, el viejo seguía hablando de lo que nos esperaba cuando fundáramos el pueblo. De él casi no hablaba: estoy viejo, decía. Pero si yo fuera el panadero, decía, cuando llegase al pueblo no volvería a hacer panes y pondría una taberna hecha de un cobertizo y unos bancos de tronco y un horno de barro, decía, para hacer asados: ahí, todas las tardes, se juntarían los más tunantes y yo les vendería mis asados y los escucharía cantar y contar historias; me reiría, decía, y más me reiría porque sabría que ellos, los tunantes, engañarían a muchos para pagarme, a mí, mis licores y mis platos de asado. El panadero se rascaba la cabeza; el viejo, mientras hablaba, no lo miraba ni una vez. En cambio si yo fuera ese arquero que me mira torcido, decía, otra noche de mulata prestada, pensaría que fundar nuestro pueblo no me importa tanto; que no es más que un primer paso, decía, porque una vez que estemos instalados en él convencería a varios de que nuestro lugar en el pueblo no es el que merecemos y que, además, ese pueblo nunca nos va a dar las riquezas que esperamos, y saldríamos en otra expedición, decía, bajo mi mando, a fundar otro pueblo; el arquero, entonces, trataba de disimular que se le estaba dibujando una sonrisa, pero ya muchos sabían que la historia lo había complacido. En cambio, si yo fuera nuestro armero, decía el viejo, en otra noche de prestada, nuestro único armero, nos diría a todos que hasta aquí llegué y que, para seguir, quiero que me dejen cabalgar en un caballo de los nuestros; nosotros no tendríamos más remedio que aceptar y entonces yo, el armero, decía el viejo, sabría que nos tengo en mis manos y podría empezar a pedir más y más cosas, prebendas, más mercedes, imaginando que, fundado el pueblo, una de las casas junto a la plaza principal sería la mía, pero tendría que cuidarme de que nadie me mirara cuando fabrico o arreglo nuestras armas, decía, porque en cuanto otro lo aprendiera, seguramente, a mí me matarían; sería un riesgo grande, decía el viejo, y tendría que cuidarme de todos nosotros pero valdría la pena y si estamos aquí es porque semejantes riesgos son lo nuestro, decía, y el armero abría los brazos con las palmas de las manos para afuera, como quien dice a mí jamás se me ocurriría bajeza parecida, pero todos lo mirábamos en silencio y, a partir de esa noche, tratábamos de no estar con él y algunos desarmaban sus armas para ver si no sabrían hacerlas. En cambio, si yo fuera la mulata, decía, otra noche, en que se la había prestado al panadero, agotaría a los hombres que cada noche me buscan para el coito; yo sabría, decía, dejarlos en los huesos a fuerza de arquearme y provocarlos y deshacerme de ellos en el momento justo y conseguir que siempre más quisieran, y entonces les pediría una moneda cada vez que quisieran hacer conmigo un coito más tranquilo. Juntaría cantidad de monedas, decía, o piedras si no tienen monedas y, al cabo del tiempo, ya llegados al pueblo, me compraría mi libertad al viejo y tendría mi propia choza donde haría conjuros; me pagarían, quizá más, por los conjuros, y a veces, cuando quisiera, yo le daría a un hombre una moneda para que hiciéramos el coito

como yo quisiera, decía el viejo y se escuchaba, al fondo, gemir al panadero. Algunas de esas noches, me parece, más de uno quiso ensartar al viejo, para que se callara.

Al cabo de unos días el paisaje se fue desvaneciendo. La tierra se iba volviendo pedregosa, y rocas reemplazaron a los árboles. Escaseaba la leña; tampoco se hacía fácil encontrar animales para asar. Nos fuimos comiendo nuestras provisiones y, una noche, todos reunidos votaron que se asara un caballo. Esos días, marchando, cantábamos cada vez más. Los cantos explicaban lo valientes que éramos y cómo el Señor cuidaba de nosotros. Mi padre se había torcido un pie y caminaba apoyándose en mi espalda; mientras cojeaba me contaba historias de unos mayores que vivían en lugares que nunca conocí: no le entendía. Una vez se lo dije y él me dijo que no importaba, que no tenía que entender. «Recuerda», me dijo, «sólo se trata de que lo recuerdes.»

Cuando nos atacaron los salvajes nos quedaban solamente tres caballos. Los porteadores, salvo cuatro o cinco, se habían ido escapando, y nosotros seríamos, en total, unos cuarenta. Algunos se habían ido, diciendo que quién sabe; otros se habían quedado atrás. Esa mañana, los salvajes se aprovecharon de que ya estábamos muy débiles.

Todavía dormíamos. Nos despertábamos un poco tarde, cuando el sol calentaba la tierra. No sé si dormíamos de más porque no teníamos fuerzas o porque ese rato de sueño tibio era el placer que nos quedaba. Lo cierto es que estábamos durmiendo y el guardia no nos avisó: lo primero que oí fue el bufido de un caballo ahogándose en su sangre. Los salvajes mataron, antes que nada, a los caballos: una vez liquidados los tres monstruos, pensarían, el resto sería fácil. Así que nos cayeron encima tan seguros, como quien cumple con un ritual tedioso.

Los salvajes tenían los cuerpos anchos y muy gordos y llevaban túnicas cortas, de colores fuertes, hasta el principio de sus muslos; sus piernas las tenían cinchadas con tiras largas de cuero en espiral. Los salvajes eran muchos y nos habían rodeado por los cuatro costados: a cada lado formaban un frente de unos veinte hombres; detrás de esa primera fila, otra fila de veinte, y todos avanzaban hacia el centro a ritmo lento, sin tropezar ni vacilar, sin siquiera mirarse. Llevaban unas espadas largas y finitas. Iban tranquilos: tiraban sus mandobles con desdén, como si no mataran: como si lo que matara fuera su voluntad de darlos. Era como una máquina: los nuestros que trataron de atacarlos cayeron ensartados. Los salvajes, casi sin verlos, seguían caminando. No se hablaban. En verdad, los salvajes peleaban como si nadie diera órdenes. Pelear sin órdenes es como parpadear. El mérito de pelear es aceptar las órdenes, o sea: ponerse frente a la muerte por voluntad ajena; ellos, en cambio, iban como si cada cual supiera.

El cuadrado que formaban se fue achicando con su avance; al cabo de un momento, tenía unos diez metros de lado y, en el medio, temblaban los diez o doce nuestros que no habían caído todavía. Unos segundos antes de que se formaran, mi padre me había agarrado del pescuezo y, a saltitos, renqueando, me había arrastrado

hasta debajo de una piedra que estaba fuera del cuadrado. Yo, primero, me dejé llevar por mi padre; una vez que estuvimos al abrigo de la piedra me di cuenta de que estaban matando a nuestros compañeros mientras nosotros seguíamos escondidos y le dije si no deberíamos correr para ayudarlos. Mi padre, creo, tenía esa cara que ahora le recuerdo, y me miró como si no me conociera. Creo que fue la primera vez que me vio: que vio algo. Estábamos cuerpo a tierra, con las cabezas cubiertas por las manos, y él trataba de cerrar los ojos pero se le abrían. La boca, en cambio, no trataba de cerrarla; yo pensé que si mi padre decía que no fuéramos tenía que quedarme, porque mi padre lo decía. De pronto, me confortó que él decidiera. En el medio del cuadrado mi amigo, el aprendiz de herrero, se lanzó contra dos espadas largas para que lo mataran: los dos salvajes lo atajaron en el aire y lo volvieron a tirar al centro. Mi padre se sacó una mano de detrás de la cabeza y me agarró muy fuerte un brazo.

Por un momento no se movió nada. Los salvajes miraban a los nuestros en el medio: me pareció que les gustaba. Los nuestros eran diez, parados todos muy juntos, en el medio del cuadrado. La mano de mi padre, en mi brazo, me apretaba temblando. Ninguno de los salvajes estaba fuera del cuadrado ni hacía como si fuera el jefe. Los nuestros, en el medio del cuadrado, les gritaban insultos que no eran los mismos que en los fogones de las noches, cuando hablaban de los vecinos de la villa; otros les pedían clemencia sabiendo que no los entendían. O pensaban que sí los entendían. Mi amigo todavía estaba en el suelo: quizá se le había roto algo en la caída. Dos salvajes salieron de su fila y agarraron un yelmo y un peto de armadura que habían quedado en un costado: los revisaron bien, tantearon los remaches, les pasaron un dedo por el hierro y lo chuparon para probarlo: se comentaron algo. Entonces uno de ellos llamó a uno de los nuestros, un matón que ya se estaba haciendo viejo, con barba cana y una panza flácida: era uno de los que más les suplicaba. El matón se adelantó, arrastrando los pies, y se quedó a un par de metros de los que lo llamaban. Iba con la mirada baja; después alzó los ojos hasta los ojos de los dos salvajes pero no se paró, siguió hacia arriba, como si resbalara. Se quedó, un momento, quieto con la mirada al cielo: ya había terminado de amanecer, pero todavía no se habían hecho los colores. Uno de los salvajes le puso el yelmo y el peto; el matón se dejó hacer, siempre mirando al cielo. El otro soltó un grito terrible; el matón levantó los brazos, sin querer, como quien se protege sin pensarlo. Después vio que no pasaba nada y volvió a bajarlos; mientras los bajaba, la espada del que gritó le atravesó el peto y el pecho y volvió a salir sin parar un momento, enrojecida. La espada hizo un crudo chirrido y yo no supe si fue al rozar el peto o los huesos del muerto; con mi otro brazo, le apreté a mi padre el brazo con el que él me apretaba. Mientras se derrumbaba el nuestro, los salvajes, sin alharacas, aplaudieron.

Uno de los dos se inclinó sobre el muerto y le sacó el peto y el yelmo. Los dos salvajes volvieron a la fila, y otros dos salieron. Uno de ellos llamó a otro, el viejo que había sido dueño de la mulata, el que contaba cómo iba a ser todo, le puso el peto y el yelmo y el otro lo atravesó mientras gritaba. La espada chirrió menos, porque

entró precisa por el agujero que el peto ya tenía: lo que chirriaba, pensé, entonces, sería el peto, no los huesos. Creí que eso me aliviaba. Así, se fueron turnando dos en dos para matar a cada uno: lo atravesaban justo antes o después o en el medio del grito, la espada chirriaba menos cada vez, y los aplausos eran deferentes. Algunos de ellos, en las filas, tenían sus vergas muy derechas. Mi amigo, el aprendiz de herrero, fue el penúltimo: se puso las dos manos sobre el agujero del peto y los miró de frente, como para arruinarles algo. El que tenía que atravesarlo se sonrió y se quedó esperando, con la espada alzada. Estuvieron muchos minutos esperando; en cada uno, yo me preguntaba qué pasaría y también me preguntaba si yo no iba a hacer algo. Había un silencio bruto y nada se movía. Mi amigo tampoco se movía: debía creer que si se moría así, mirando al otro, bien parado, era mejor por algo. Como si tuviera que mostrarle algo a alguien. Me pregunté para quién era, si ya no había quien lo viese; después pensé que quizás era él mismo quien se estaba mirando: una escena que no podría recordar. Después, que quizás él creyera que había un recuerdo más allá de que alguien lo recuerde. Entonces el salvaje pegó otro grito, mi amigo estuvo a punto de moverse y la espada lo atravesó sin los chirridos. Mientras se iba cayendo, lo miré: me pareció que estaba satisfecho.

Mi padre quiso decirme algo pero siguió callado: por miedo de que nos oyeran, o porque no podía articular. Otros dos salvajes ensartaron al último y los demás rompieron el cuadrado y empezaron a revisar el campamento. No tardaron casi nada en descubrirnos.

El que nos encontró soltó una carcajada y vinieron los otros. A la rastra, nos sacaron de debajo de la piedra; mi padre tenía más aún esa cara que debe ser la que recuerdo. Los salvajes, a empujones, nos llevaron a lo que había sido el medio del cuadrado; yo trataba de no mirar los cuerpos tan rojos en el suelo, pero vi que algunos se movían. A veces querría que me resultara más fácil no ver, cuando no miro. Se oían sus quejidos. Los salvajes andaban sin palabras, como si no quisieran arruinar los quejidos. Hasta que uno de ellos, uno de los primeros dos, nos habló en nuestra lengua. Me aterró que supiera nuestra lengua.

El salvaje dijo que el hombre y yo nos parecíamos bastante y le preguntó a mi padre si él era mi tío. Mi padre le dijo que mi padre, que yo era su único hijo y que me dejaran vivir, que le importaba más que nada en el mundo. Yo nunca había escuchado esas palabras de mi padre. Entonces el salvaje le dio su espada, larga y finita, y le dijo que por ser así le iba a permitir matarme. Mi padre primero se quedó callado; había agarrado la espada con la mano, la miraba, miraba a los salvajes y al final dijo que no, que no lo haría. El salvaje le dijo que era una lástima. Que lo hiciera, por mi bien, para evitarme peores sufrimientos. Mi padre lo miraba, o miraba la espada; se había puesto detrás de mí y yo no lo veía. El salvaje le dijo que me iba a evitar los sufrimientos y que además, si me mataba bien, quizá se lo llevaran vivo para hacerlo trabajar en algo. Mi padre me dijo una frase muy breve, que no entendí, y levantó la espada. Quizá no la dijo para que la entendiera. Yo cerré los ojos,

esperando el tajo; no sabía cómo podía ser el tajo y supuse un calor incandescente. Escuché un ruido: el tajo no llegaba. Cuando los abrí, vi a mi padre en el suelo con el cuello cortado. Me quedé, un momento, mirando el ritmo tan cabal con que la sangre le salía.

Por unas horas creí que mi padre había elegido rebanarse el cuello antes que matarme. Estaba feliz, o desasosegado. Ese atardecer, mientras comíamos, el salvaje me dijo que él mismo se lo había cortado cuando mi padre estaba por atravesarme. No le creí, y me mostró su cuerpo: mi padre tenía un tajo que no podría haberse hecho él a sí mismo.

Ahora, ya aquí, lo recuerdo como si nunca hubiera sucedido. Pocas cosas recuerdo como si sí: quizá tenían razón esos de la Ciudad cuando decían que el tiempo termina de hacerse mucho después y que es vano tratar de dominarlo porque, por sí solo, se va desprendiendo de unas partes de sí, y guardando otras partes: las que quedan y las que no quedan, al fin, en un recuerdo. No tomaban en cuenta que los recuerdos tienen maneras muy distintas: están aquellos que el que recuerda sufre, al recordar, como si lo mismo otra vez le estuviera sucediendo; aquellos que el que recuerda lee como si fueran una historia que le cuentan. Como si nunca le hubiesen sucedido.

Primero, cuando las cosas pasan, las recuerdo. Después, cuando un recuerdo se me va poniendo demasiado tenue, me lo cuento, para que quede en las palabras. Así sé que me voy a acordar de las palabras, aunque ya no me acuerde de lo que había pasado. Mis recuerdos, casi todos, son de estos. Pero sé que todo sucedió: esa tarde, alrededor del mismo fuego que los nuestros habían encendido el día anterior, comimos, los salvajes y yo. El salvaje que hablaba nuestra lengua se sentó a mi lado y me contó que había vivido en nuestra villa, un tiempo. Sus padres, me dijo, lo habían depositado en el convento cuando tenía diez o doce años; era el hijo de un jefe de su pueblo, que quería que su hijo viviera con los nuestros para aprender las cosas. Lo llevaron como si fuese un huérfano, sin decir de dónde venía, para que los del convento lo aceptaran. Me dijo que los del convento lo recogieron, le pegaron muy poco y lo pusieron a trabajar en las cocinas. Yo me animé: le dije que había pasado años en ese mismo convento, aprendiendo a leer, a escribir y a servir al Señor, y que me extrañaba no haberlo conocido. El salvaje no me contestó. Me pregunté si me estaría mintiendo. En el convento había algunos salvajes pero era cierto que yo, entonces, todavía no sabía distinguir a un salvaje de otro salvaje; o quizá sabía y no me parecía necesario. Lo necesario estaba empezando a cambiar mucho, en esos días. Me pareció que entendía algo, una sospecha: le pregunté si los padres lo habían tratado bien. Ni bien ni mal, me dijo: como a todos. Lo hacían trabajar día tras día, salvo los domingos, y a cambio le daban un mendrugo y lo dejaban, algunas tardes, salir a recorrer la villa. Él se sacaba las costras de grasa, se daba vuelta el taparrabos y aprovechaba cada paseo para aprender las cosas. No quise, entonces, preguntarle



cuáles. Ni bien ni mal, me repitió: sólo como ellos suelen. Le pregunté, entonces, por qué quiso vengarse. Me dijo que no, que había entendido mal: que no se trataba para nada de venganza.

Me dijo que cuando se escapó, por fin, y se volvió a su pueblo, en su pueblo había hambre. Que se había ido de nuestra villa porque ya había aprendido su parte; que les enseñó a los suyos a cultivar algunas plantas y que su situación mejoró mucho. Igual, me dijo, eran un pueblo chico, perdido en las montañas. Pero muy curiosos. Durante mucho tiempo recordaba, me dijo, esos atardeceres del convento en que los padres cantaban, hablaban raro y terminaban comiéndose el cuerpo de su dios con mucha ceremonia. A él, me dijo, nunca le habían dado, aunque pidió incansable. No lo dejaban entrar pero, me dijo, pudo espiarlos desde afuera. Pensaba, me dijo, que esas comidas eran una clave de nuestra potencia. Ellos, me dijo, también querían hacerlo. Pero que ellos sabían que en cada hombre hay un soplo de dios y que seguramente había, me dijo, más en los nuestros, que están comiendo el cuerpo de su dios todo el tiempo. Y que por eso había convencido a los suyos de atacarnos: cuando se enteraron de nuestra expedición, me dijo, pensó que era una oportunidad única de probar nuestro dios, y salieron a buscarnos. Me dijo, también, que muchos se habían negado, porque les resultaba repugnante la idea de comerse los cuerpos de unos hombres, por más dios que tuvieran; que él, y los que estaban con él, me dijo, eran los más valientes, los que estaban dispuestos a todo para acercarse a esa potencia. Me dijo que ahora, en un momento, tendrían que hacer de tripas corazón, y hacerlo.

Entonces, por un segundo, dejé de mirarlo y vi que sus compañeros habían alineado los cuerpos de los míos en un círculo alrededor del fuego y se habían sentado alrededor del círculo, con las piernas cruzadas y las cabezas gachas, como quien está por someterse a un sacrificio. Los cuerpos estaban desnudos, bien pálidos, pero el reflejo de las llamas los bailaba. El salvaje me miró y trató de armar una sonrisa, que le salió muy mueca. Me dijo que para eso me habían dejado vivo: para que yo, que ya sabía, les enseñara cómo hacer para comer lo que hubiera de dioses. Y que les tuviera un poco de paciencia: que ellos, por su parte, tratarían de vencer su repugnancia. El salvaje me preguntó, con una sombra de alborozo, si no era muy afortunado que yo tuviera la oportunidad tan rara de comerme un trocito de mi padre.

## Dos

Pude escaparme cuando clareaban las primeras luces. Habíamos comido cada cual lo suyo, y los salvajes habían bebido cantidades de un líquido pastoso, blanquecino, que parecía simiente de hombre viejo. Fue esa bebida y, supongo, la excitación que mostraron a los gritos lo que los tumbó; yo no me dormí, y cuando vi que el último de ellos se quedaba quieto, después de horas panza arriba pataleando en el éxtasis, me fui arrastrando hasta que estuve lejos. Mientras me iba me pareció que el salvaje del convento se movía, abría los ojos: puede que no; en cualquier caso, se quedó callado. Sospecho que me dejaron escapar: no sé si fue porque ya me habían usado para lo que querían, o porque yo era un recuerdo molesto de que sin mí no habrían sabido hacerlo, o porque necesitaban que me fuera para contar a otros que ellos ya habían comido su parte de dios, y estaban más potentes. Como sea, caminé muchas horas, ese día, por esa tierra de paisaje desvaído. Tenía hambre y mucha sed, pero pensaba que no podría comer ni beber nada. Pensaba que nunca más podría comer ni beber nada. Hasta que me paré junto a una tuna cargada de higos chumbos y me corté las manos con los pinchos, mucho, por sacar algunos. Cuando empecé a comerlos no podía parar: con cada bocado recordaba los pedazos de mi amigo el aprendiz de herrero, los pedazos del viejo charlatán, los pedazos de la negra y la mulata, los pedazos de mi padre, desarmados alrededor del fuego, y comía más. Sus pedazos eran tan diferentes de sus cuerpos enteros: trataba, pero no podía armar con sus pedazos ningún cuerpo. Comí hasta que me dolió la panza y me dolió la boca, y me quedé dormido. Me parece que helaba.

Me despertaron unas patadas en la espalda. Antes de abrir los ojos, o mientras los abría, vi los pedazos otra vez y me dieron arcadas. Ahora los pedazos trataban de juntarse, y armaban cuerpos raros: unos pedazos eran alas, otros mostraban dientes, otros eran barullo de una tormenta seca. Escuché risas de los que me pateaban y recién ahí pensé que los salvajes me habían descubierto. Abrí los ojos: eran otros.

Vi que eran otros: les pregunté qué eran y me miraron para decirme que no me entendían. No sé si fue un alivio o una decepción. Estos salvajes eran más sólidos, más bajos, más plantados, y no tenían espadas sino máquinas parecidas a una ballesta cruzadas sobre el pecho. Por gestos y patadas me levantaron y me hicieron entender que caminara con ellos; debían ser unos veinte y no andaban en fila, sino más bien como manada. Uno, que los mandaba, bastante joven, no mucho mayor que yo, caminaba a mi lado y, cada tanto, se mojaba un dedo y me lo pasaba por la piel, como quien quiere despegar una pintura.

Caminamos todo el día por el paisaje desvaído; al atardecer, cuando vi, a lo lejos, la muralla brillando bajo el sol, recordé las historias que me habían contado en nuestra villa sobre la gran Ciudad que hace tanto acechábamos. En toda la región,

solamente la Ciudad podía tener esa muralla. En nuestra villa todos sabíamos que la Ciudad era la capital de un reino rico y poderoso, chico pero muy bien organizado, del que contaban los cuentos más extraños. Y que todos nuestros esfuerzos por acercarnos a ella, por tomarla, habían sido, hasta el momento, vanos. Alguna expedición había conseguido internarse en el valle que ocupaba, pero ninguno de nosotros, hasta ahora, había llegado a verla o, por lo menos, llegado a verla y vuelto para contarla.

De cerca, casi llegando, las murallas eran una pared de piedras desparejas que el sol cayendo ensombrecía. El padre Anselmo, en el convento, decía que el mundo se divide en dos mitades; aquellas cosas que de lejos son mejores que de cerca, y las que de cerca son mejores que de lejos. Que estas últimas son, por supuesto, las de veras, y que todo nuestro trabajo en la vida consistiría en ir acercándonos a nosotros mismos para saber si somos o no somos de esos. Un compañero le preguntó cómo sabríamos si ya estábamos lo bastante cerca, y el padre le dijo que la aproximación definitiva llegaba con la muerte: que en ese momento, justo antes de abandonar las apariencias para pasar al mundo de lo cierto, sabríamos qué éramos y que, por eso, debíamos vivir en el temor de ese descubrimiento. Mi compañero, entonces, le dijo que si moríamos por error o accidente, en la mitad del camino, nunca llegaríamos a saberlo, y el padre lo fulminó con la mirada: nunca nadie se muere en la mitad, le dijo, el Señor no sabría permitirlo: el que se muere, es porque ya ha llegado. Y dijo que si, por cobardía o indolencia, nos dejamos morir sin indagar en ese último instante, podemos perder el privilegio de saber quiénes somos. Y repitió: que viviríamos inútilmente si no vivíamos en el temor de ese descubrimiento.

Al llegar junto a la muralla, los soldados que me llevaban descargaron las flechas de sus máquinas. Los guardias de la puerta los fueron revisando, para entrar, de a uno, y discutieron con el joven al mando señalándome, con profusión de gritos. El joven supo hablar más quedo, sin alzar la voz, y se quedó conmigo.

Entramos a la Ciudad por la puerta del Este —aunque yo entonces no sabía. Lo que me impresionó, en ese momento, una vez traspasadas la puerta y la muralla, fue el ancho de la avenida que se abría ante nosotros. La avenida era ancha como diez calles de las nuestras y, aun así, rebosaba de gentes y animales. Por los dos costados la enmarcaban grandes edificios de tres plantas; estaba pavimentada con lajas regulares, de cinco lados, bien encastradas las unas con las otras y, al final, a contraluz del sol que se ponía, la mole del palacio que ellos llaman la Casa dominaba el espacio. El movimiento, el ruido, los olores eran sorprendentes, pero nada me inquietó tanto como la luz de la avenida. El mismo padre Anselmo decía que hay dos clases de luces: las que sirven para ver lo que iluminan, y las que están para ser vistas, y que sólo el Señor es ambas a la vez, y cualquier otra. Sin ánimo de contradecirlo, entonces creí que las luces de la Ciudad eran de un tipo diferente, producto de la mezcla: eran, sobre todo, luces de sí mismas pero, al mismo tiempo, cargaban lo que iluminaban con colores tan extraños que transformaban todo en otro.

Ese día pensé: que transformaban todo en un remedo, como si fueran un dios falso. Después supe que esos faroles se alimentaban con gas de las montañas; entonces, sólo podía admirar esas llamas titilantes de colores. Las había verdes, azules, amarillas, rojizas: los animales, las gentes y las cosas, al pasar del halo de una al halo de otra, cambiaban sin parar, como si no se decidieran a ser uno.

Caminamos entre la gente hacia el palacio, al fondo. Yo también fui, en ese trayecto, verde, azul, amarillo, rojizo. Recién al cabo de muchos metros me di cuenta de que todos en la avenida caminaban sin ropa: llevaban, en verdad, una pequeña tela, que nunca les cubría sus vergüenzas sino que se anudaba en los lugares más diversos. Iban muy sueltos: no tenían ropa, pero tampoco parecían desnudos. En estos años he visto cuerpos, muchos cuerpos, y ahora sé que, pese a lo que decía el padre Anselmo, nuestro Padre nos obligó a vestirnos porque es muy descorazonador pensar que todos los demás también tienen sus partes que les cuelgan. El joven me había hecho rodear por sus soldados, pero igual muchos chicos se arremolinaban alrededor, a nuestro paso, para verme o tocarme. Los mayores, me pareció, fingían indiferencia; después supe que, en realidad, habían aprendido con esfuerzo a no interesarse por lo que no les interesa muy directamente. No recuerdo qué pensé en esos momentos, mientras caminaba bajo las luces de colores; debo haberme maravillado con tantas novedades, pero es posible, también, que el temor por mi suerte me nublara el caletre. En cualquier caso, no recuerdo mucho más que las luces. La Ciudad fue, para mí, al principio, el horror de descubrir que los colores pueden venir de afuera de las cosas. Cuando llegamos a una de las puertas de la Casa, la discusión de la puerta del Este se repitió con creces: yo no entendía una palabra, ni siquiera los gestos. Al cabo de otro rato nos dejaron pasar, pero no fuimos lejos: el joven me metió en un cuartucho sin ventanas a pocos pasos de la puerta, me hizo traer un cuenco con un guiso caliente, me dijo dos o tres frases que no entendí, trató de sonreírme, cerró la puerta y se marchó: me dejó, aturdido, encerrado en una sombra peor que las paredes.

En el cuartucho estuve mucho tiempo. No supe cuánto, porque la oscuridad era siempre la misma: impenetrable. Me esforzaba por verme y no llegaba. Trataba de mirarme la mano. Movía la mano, sabiendo por dónde se movía, y esforzaba los ojos para tratar de ver el movimiento, pero no había el menor cambio en la pasta de sombras. Cada tanto un hombre llegaba, abría la puerta y me decía una palabra, siempre la misma, que me sonaba como un escupitajo. Tampoco por la puerta entraba luz. El hombre entraba, dejaba en el suelo un cuenco con el mismo guiso, se llevaba el anterior y me acariciaba muy breve la cabeza. La caricia no duraba nada. Antes de irse, el hombre me decía una palabra, parecida a la otra; después, salía y cerraba la puerta. Varias veces, tanteando en la oscuridad, al tratar de agarrarlo tiré el cuenco. Cuando conseguía atraparlo me comía el guiso sin tomar aliento, volcándome todo el cuenco en la boca. Con los días aprendí a comerme el guiso más despacio, haciéndolo durar, haciendo con mi mano una cuchara; no sé por qué no pensaba, todavía, que

quisieran matarme. Por corto, supongo, por falta de imaginación o, los primeros días, porque no les había hecho nada malo. Revisaba todo lo que había pasado desde que me encontraron y decidía, cada vez, después del mismo recorrido, que no tenían razones. No pensaba —ahora pienso que evitaba pensar— que sus razones podían ser distintas. Otra vez, mientras rebañaba con los dedos el cuenco ya vacío, me di cuenta de que no eran necesarias y estuve un tiempo largo con escalofríos.

Me pasé varios guisos aterrado. En la oscuridad el hombre entraba, decía la palabra y yo escuchaba muy atento cada paso. Después lo oía que dejaba el guiso. Cuando calculaba que estaba llegando a mi lugar, la imagen, que no podía ver, de su mano levantándose sobre mi cabeza para supuestamente acariciarme me mataba: supe durante muchos guisos que esa mano era la que me iba a clavar el cuchillo en la garganta. Alguna vez, supongo, me decepcionó que no lo hiciera: que no acabara, de una vez por todas. Después el miedo fue cediendo y creí que no iba a hacerlo. Empecé a hacer unos ejercicios con el cuello: durante ratos larguísima giraba la cabeza a uno y otro lado, sin parar, hasta que el olor de mi sudor era más fuerte que el olor del guiso. El olor de la mierda, en cambio, no cedía.

El hombre volvía, decía la palabra, dejaba el guiso y la caricia. Yo me pasaba las horas esperando su llegada. La comida me importaba muy poco: precisaba la caricia. Precisaba, más, conocerle la cara. Me pasaba las horas tratando de imaginar su cara. Tenía algunas ideas: su voz, cuando decía la palabra, sonaba como la de un adulto corpulento, pero su mano parecía más suave. Sus pasos, el retumbe de sus pasos sobre el empedrado del cuartucho, me hacían pensar en un cuerpo ágil y pesado. No era, sin duda, el joven que me había traído. Pero la cara que le iba imaginando se basaba en esa, que era la que más había visto de estas gentes: una nariz muy corva, la frente breve, los pómulos muy anchos y el mentón huido. Lo raro era que olía parecido a la mulata de aquel viejo: el único olor de mujer que entonces conocía. Otra vez, sin pensarlo, le agarré la mano cuando la puso sobre mi cabeza, y empecé a acariciarla. Enseguida me dio el terror de que ese fuera el signo que él estaba esperando, pero el hombre contestó mis caricias agarrándome también con su otra mano, y le escuché un ruido que pudo querer decir una sonrisa. Un día, poco después, supe que no me iba a matar sin dejar que lo viera. Que estaba esperando que algo pasara, o que yo hiciera algo, para dejarme que lo viera. Pero que el día que lo viera, sabía, iba a matarme. En realidad, la oscuridad en que me mantenía era su forma de salvarme la vida. Cuando llegó, poco después, le acaricié las manos con más fuerza, para que él supiera que yo lo había entendido, y que le agradecía: que le debía mi vida.

A esa altura, yo creo que ya no pensaba con palabras. Seguía con mis ejercicios circulares: me sentía el cuello un poco hinchado, fuerte, y eso me hacía sentir seguro. Como golpes, escuchaba todo el tiempo en mi cabeza la palabra que decía el hombre cada vez que llegaba. Le daba vueltas, la repetía, intentaba desentrañarla porque sabía que la necesitaba para seguir vivo. Una vez, yo estaba perdido en los vericuetos de la

palabra cuando se abrió la puerta; el hombre, como siempre, la dijo y yo, sin darme cuenta, la repetí a mi vez. Entonces el hombre pegó unos gritos y aparecieron dos soldados con antorchas; yo cerré los ojos y me abracé a sus piernas y el hombre se reía y me ayudó a levantarme. Me miraba la cara muy curioso, y me la acariciaba: todo el tiempo repetía la palabra. Algún tiempo después supe que significaba bienvenido. Mucho tiempo después, cuando ya podíamos entendernos, le pregunté cuánto tiempo había estado en ese infierno, y Jaime —el que podemos llamar Jaime— me dijo que no sabía si cuatro o cinco días. No le creí; le dije que me había llevado por lo menos treinta guisos y él se rió y me dijo que claro, que alguno más, que me llevaba guisos siete veces por día.

Esa misma noche nos instalamos en un cuarto muy grande, bien iluminado, para empezar con las lecciones. El cuarto tenía una sola ventana que daba a un paredón de piedra pero dejaba entrar mucha luz; tenía, también, sus faroles de gas y, en las paredes, cantidad de animales, trabajadores, objetos y comidas pintados tan brillantes. Cuando llegamos me pareció que se movían: yo venía con los ojos heridos, desacostumbrados de la luz, y esas pinturas ondulaban como si el viento fuera mucho más fuerte. A los dos lados de la ventana había tarimas bajas, de madera, cubiertas de pieles y cojines; Jaime me señaló una, donde saltaba un mono muy pequeño, y me hizo entender que era mi cama. En la pared de enfrente, en una mesa, humeaban dos docenas de platos de distintas comidas que yo no conocía. Yo me precipité a la mesa, pero Jaime me detuvo al lado. Con su sonrisa, me fue señalando los platos y me dijo en cada cual una palabra. Cuando terminó, me hizo dar vuelta; quedé mirando a la ventana y él, delante de mí, me hacía con las cejas un gesto de pregunta. Yo, primero, me quedé callado; después creí entender y empecé a repetir bienvenido, bienvenido. Jaime se rió y me dijo que sí con la cabeza pero, con las cejas, me siguió preguntando y se llevó la mano derecha, con los dedos juntos adelante, a la boca, como quien come. Entonces yo le dije uno de los nombres que me había dicho al mostrarme los platos: el único que recordaba. Jaime soltó una carcajada y fue a buscar el plato: eran unas colitas de camarón de río saltadas en un pincho con cebollas e higos. Cuando me lo dio lo miré y pensé que hacía tanto que no comía una comida verdadera o, mejor, que no veía una comida: entonces recordé cuál había sido la última y cerré los ojos. Me zampé el camarón en un momento y le hice señas a Jaime de que quería comer más; Jaime me preguntó de nuevo con las cejas y la mano. Yo no me acordaba de ningún otro nombre, así que comí camarones con cebolla e higos hasta que me salieron por las orejas cantando la canción de cuna que mi madre, cuando yo era muy chico, antes de dejarme en el convento, me cantaba.

Cada día, cuatro o cinco veces por día, Jaime repetía el juego. Al cabo de unos pocos yo ya sabía los nombres de todas las comidas, y muchos de los nombres de los víveres que las componían. Cuando los supe, Jaime empezó a enseñarme, con los frescos, nombres de cosas que tenían que ver con cada una. Comíamos una carne de

cordero con una salsa de tomates, nueces, anís y yuca y Jaime me mostraba un dibujo en el fresco donde un pastor cuidaba su majada y me enseñaba las palabras para pastor, perro, cuidar, lobo, campo, montaña, subir, bajar, arroyo, nadar, patas, cabeza, cola, lana, robar, matar, bastón y tantas otras. Comíamos un pescado de río asado con manzanas y me enseñaba árbol, piedra, caña, anzuelo, pescar, matar, esperar, esperanza, emboscada, sorpresa, pena, júbilo, ilusión, desilusión, escamas, ojo, patas, equivocación y muchas más. Cada comida —cada lección— duraba varios días y se iban armando familias de palabras que respondían, más que nada, a olores y sabores; todavía ahora cuando pienso en la palabra idea huelo un saltado de sesos de mono con piñones, que me recuerda también salto, burla, pequeñez, culo y gris jaspeado, o en la palabra precavido un guiso de zapallo que tiene que cocinarse muchas horas y que se junta con calor, pesadez, impaciencia, anaranjado, mezcla, fornicación, futuro.

En unos cuantos días ya estuve lo bastante gordo para tener conversaciones. Yo no podía salir del cuarto; Jaime salía muy poco. Jaime debía tener diez años más que yo, alrededor de veinticinco —que ellos decían, en su lengua, setenta y cinco estaciones. Era macizo y gordote, como lo había imaginado, pero su cara se alargaba mucho y no tenía ni un pelo; después, mucho después, me dijo que su cara alargada era un problema, el signo de que no era de un linaje muy bueno. Después, mucho después, me contó que su padre era un persona —como llaman ellos a sus nobles— pero su madre una sirvienta de la Casa, y que él nunca iba a poder llegar a consejero, como su padre era; pero que su padre le tenía mucha confianza y por eso lo usaba para trabajos especiales y secretos, como este de meterme en su lengua. Jaime no paraba de hablarme: yo a veces entendía. Su lengua es rúcana, como si los sonidos no les alcanzaran: en lugar de tener palabras diferentes para distintas cosas, empiezan con una breve y le van agregando trozos por detrás y delante y así va significando otras, muy distintas. Como si cada sonido les costara tanto que tuvieran que aprovecharlo hasta lo último. Es una lengua peligrosa: el que lo habla siempre está al borde del abismo. Alguien puede querer decir «ni nunca» y si se olvida de una sílaba al principio le sale, en cambio, «quiero ahora». Es un peligro, y Jaime se me reía alborozado.

Algunas veces, Jaime se tiraba en su cama de pieles y se quedaba un rato largo mirándome como si yo no pudiera ver que me miraba. En su cama, tirado, Jaime chupaba uno de esos tubos encendidos que casi todos siempre tienen: están hechos de hierbas y sueltan mucho humo. Siempre, en algún momento, sacudía la cabeza hacia los lados. Era curioso cómo, en unos días, mi cuerpo había crecido tanto. Yo, cuando no estaba comiendo, jugaba con mi mono, inventaba historias para las figuras de los frescos o imaginaba cómo, un día, le iba a explicar a Jaime la infinita bondad de nuestro Señor. Nunca, en todo ese tiempo, le hablé a Jaime sin que él me hubiera hablado.

Trataba de no pensar en el pasado, o en lo que había quedado afuera. Al principio, en el cuartucho oscuro, pensaba que recordarlos podía ser una manera de escaparme

pero, cada vez que lo intentaba, veía los pedazos. Para combatirlos trataba de dibujar en las sombras la cara de mi madre, que no había visto en tanto tiempo, o el árbol del patio del convento o las manos amarillas de ese padre que me acariciaba cuando me regalaba azúcar en secreto. Esas imágenes sirvieron al principio; cuando se me gastaron, descubrí que no me quedaban muchas otras. Los pedazos, en cambio, volvían siempre. Poco a poco dejé de intentarlo.

Pasaba los días bastante entretenido: me había convencido de que, si me enseñaban su lengua con tanto esfuerzo, me querían destinar a algo importante. Sé que no es bueno, pero casi no me acordaba de nuestra villa ni del fogón de los salvajes, y muy pocos días intenté presentarme ante el Señor. Comíamos tanto: el padre Anselmo solía decirnos que hay dos tipos de comidas: las que el cuerpo quiere y las que quiere el espíritu. El cuerpo quiere esas comidas grasas, olorosas, humeantes, que lo satisfacen directo en lo más bajo; el espíritu, en cambio, procura esas que, por no agradar al cuerpo, son su triunfo sobre lo crudo de la carne. Las primeras llaman al cuerpo con el tañir de sus olores, colores y sabores; las otras le prometen sólo lo que el cuerpo precisa para seguir siendo el soporte del espíritu. Aquellas, está claro, se agotan en sí mismas; estas permiten suponer un objetivo más allá. El hombre se debate entre ambas, decía el padre, y pierde cuando gana el cuerpo, y gana cuando el cuerpo pierde ante el espíritu. En cada ingesta, solía decir el padre, se presenta y resuelve la batalla de siempre, en la que la victoria y la derrota no son más que un preámbulo de esa victoria o esa derrota que nos espera, desde siempre, al final del camino. La comida de la Ciudad era derrota permanente y creo, como se verá, que fue el modelo de lo que fui viviendo.

Mi monito sabía hacerme unas cosquillas muy sabrosas y Jaime, a veces, me acariciaba la cabeza y me miraba triste. En cuanto pude juntar unas palabras, empecé a preguntarle para qué me enseñaba; él, mucho tiempo, hizo como que no entendía. Al final teníamos largas charlas. Un día que yo estaba jugando con el mono, Jaime me mostró un dibujo del mural —en el mural, supongo, estaba todo— y me dijo que esos monos vivían en manada. Me dijo que tienen un jefe, que puede ser cualquiera: cuando un mono macho joven es robusto y astuto, ambicioso y violento y quiere ser el jefe, puede pelear con el que manda, a ver si lo destrona. Y que cualquiera, me dijo, puede llegar a jefe; que tienen más ventaja los hijos del jefe o de los jefes anteriores porque, muchas veces, salen más fuertes y más astutos, pero que igual tienen que pelear, como cualquiera, para ganar la jefatura. El jefe, me dijo, cuando lo es, es el mejor, y decide todo lo que va a hacer la manada, dónde va a ir, qué van a cazar, quién va a cazar, quién va a comer primero, qué hembras puede montarse cada uno; y los demás, me dijo, lo obedecen a ciegas pero también lo odian y esperan solamente que alguno lo destrone. Las peleas por el mando son de tanto en tanto: si el desafiante pierde, el jefe puede humillarlo pero no matarlo: lo zarandea, lo burla, le desgarrar una oreja; en eso, me dijo Jaime, son más prudentes que los hombres. Pero, me dijo, cuando un mono más joven y valiente consigue derrotar al que era jefe,



todos atacan al caído a mordiscones y, muchas veces, lo hieren tanto que se muere. Lo odian, me dijo, porque mandaba demasiado.

Jaime siempre me hablaba como si antes hubiera sopesado y corregido no sólo sus ideas, sino cada una de las palabras que me estaba diciendo. Nunca me contestó sobre un impulso, sin examinar con cuidado lo que quizá dijera; ahora, tanto tiempo después, pienso que en verdad no quería darme ciertas palabras y, de hecho, hubo varias palabras de importancia que no aprendí hasta mucho más tarde, cuando ya había dejado su tutela. Jaime nunca me dijo, por ejemplo, la palabra «larga», ni la palabra «barbudo», ni la palabra «bella». No sé si fue por propia decisión o por órdenes estrictas y precisas.

Los hombres, me dijo Jaime aquella vez, al principio copiaron mucho de los monos. Hasta que se dieron cuenta de que esas peleas todo el tiempo eran sólo una fuente de desgracias, me dijo, y que se les iba toda la fuerza en ellas. Entonces empezaron a tener jefes que duraban por la vida e incluso, me dijo, inventaron que sus hijos siguieran con la jefatura. Así no había peleas, o había menos, me dijo, pero igual seguían los odios, porque el jefe mandaba demasiado y, al final, siempre había monos jóvenes y fuertes que querían bajarlo y muchos que les gustaba que así fuera. Conservar cada jefe en el mando, me dijo, seguía costando esfuerzos desmedidos. Nosotros, entonces, finalmente, me dijo Jaime, descubrimos que lo mejor es tener un jefe que no mande nada: entonces nadie quiere vencerlo ni lo odia, y vivimos más suave y más tranquilos, ocupados en las cosas que sí importan. Yo, como pude, le dije que me parecía muy bien pero que entonces por qué era jefe el que era jefe; Jaime se rió y me dijo que tenía razón, que lo que hacían era dejarlo decidir, al principio, algo que parecía muy importante para que todo pareciera, después, consecuencia de lo que había decidido. Yo no entendía del todo; le pregunté qué era esa cosa y, después, quién mandaba. Jaime se rió otra vez y me preguntó si siempre manda alguien. Yo no sabía; traté de recordar alguna vez que no y le dije que suponía que sí. Él se rió, y se quedó callado. Agarró al mono de la cola y lo revoleó dos o tres veces, no muy fuerte; el mono pataleó con destreza en el aire y cayó bien parado. Cuando pueda saber quién está al mando, usted, me dijo, será que ya empezaron sus pesares. Ahora, mientras tanto, usted, por lo que ignora, me dijo, va a tener el trabajo más importante, el más delicado de la Casa. Cuando lo tenga, me dijo, acuérdesse de las caricias que yo le daba ahora.

## Tres

Me había bañado una mujer de manos como esponjas, regordetas y fofas, que se reía en una sola carcajada. Después me pusieron una túnica marrón, larga hasta el suelo, muy parecida al ropón que traía cuando me agarraron; me rociaron un perfume que parecía de jazmines y me sacaron, por primera vez, del cuarto de los frescos. Caminé por pasillos; iba como atontado, los ojos para abajo.

El dueño del que iba a ser mi dueño —el que podemos llamar Ramón, Padre Ramón— estaba sentado sobre una banqueta con sus pieles en el medio de ese cuarto enorme, de cinco lados regulares, repleto de ventanas y una luz restallante. En todo el cuarto no había nadie pero el vacío estaba raro: como un espacio siempre lleno que se hubiera quedado, de súbito, sin nada. En el medio, tremendo, Padre Ramón era un hombrón grande como un becerro: sus pies, que le colgaban sin llegar al suelo, eran hinchados como los lomos de una oveja; sus piernas eran cortas y subían, desde sus pies, como un triángulo, sin que lo interrumpieran las rodillas; sobre el regazo, su panza imponente se derramaba cubriéndole las partes y subía, sin cortes, hasta los hombros anchos como ventanas grandes. Sus brazos, a los costados, eran gruesos y cortos. Cuello no; desde el final de la panza le crecía, poderosa, una papada de pliegues y más pliegues, que le llegaba hasta la boca, cubierta casi por la nariz bien curva, cuya punta le bajaba hasta el labio. Sus ojos eran, entre la carne, dos ranuras muy negras; sus orejas tenía bien separadas, mirándonos de frente, y tras la frente, amplísima, rapada, le nacían unos pelos muy duros ensortijados en una trenza que también subía. Me quedé embobado, mirándolo; parecía que no podría moverse, y me dio mucho miedo alguien que tuviera tanto poder que pudiera tenerlo sin moverse. Me inquietaron sus ojos: sus ojos eran las únicas entradas visibles de su cuerpo, y sus pupilas no miraban nada.

Me temblaron las piernas. Miré a Jaime, pero Jaime miraba deliberadamente afuera: a los pies del gigante. Hay gordos que lo son porque sus cuerpos se imponen al espacio alrededor; hay otros que lo son porque el espacio alrededor no está ocupado. Son cuerpos muy distintos. Los primeros son poderosos, macizos, turgentes: sus carnes tienen que imponerse a la resistencia del mundo y están listas para pelear con todo: son de ir avasallando. Los otros se desflecan, como si sus carnes fueran cayendo para ocupar los huecos, mal repartidos, que van apareciendo a sus costados. Los primeros, al imponerse, comprimen el espacio alrededor y hacen que cualquiera, en su presencia, se sienta un poco urgido; los segundos lo descomprimen, alivian el espacio que se abre porque avanza hasta los recovecos de sus cuerpos.

Si Padre Ramón era de los primeros, su hijo —el que podemos llamar Oscar—, el que iba a ser mi dueño, era de los segundos. Por semejantes, nadie podía negar que fueran padre e hijo, pero lo que era fuerza en el primero era una forma de desparramo

en el segundo; Oscar, el que iba a ser mi dueño, tenía en ese momento unos nueve años o, como dicen ellos, veintisiete estaciones. Era, también, grandote. Sentado a los pies de la banqueta de su padre, con las piernas cruzadas y la espalda en comba, Oscar rebosaba de bolsones de grasa que le caían con descuido de las partes más varias. Estaba quieto, pero yo sabía que, cuando se moviera, cada parte se le iba a mover por separado. Oscar se miraba su mano derecha, que giraba sobre sí misma a la altura de su cara, muy despacio; tenía la cabeza ladeada hacia la izquierda y todo el cuello caído para ese costado. Movía la mano demasiado despacio; era como si estuviese tratando de controlar su movimiento todo lo posible: como quien teme que, si lo acelera, va a perder el control sobre su mano.

Podríamos haber seguido así por mucho tiempo; de hecho, creo que estuvimos mucho tiempo así. Padre Ramón mirando sus pupilas, Jaime mirándole los pies, su hijo Oscar mirándose la mano, yo tratando de ver sin mirar nada. Yo ya me lo había imaginado, pero Jaime se aclaró la garganta y nos anunció que Padre Ramón, aquí presente y más que venerable, era el Padre o jefe de la Ciudad y las Tierras. Y que estábamos allí porque, si él no se oponía, yo iba a empezar a obrar, desde ese momento, como preceptor de su hijo Oscar, el heredero. No dijo que Padre Ramón lo decidiera; dijo: si él no se oponía. Me sorprendieron las palabras: pensé que había entendido mal mi nueva lengua pero también traté de ver, en la cara de Padre, si reaccionaba ante la afrenta. Nada de nada. Pensé que Padre debía ser demasiado poderoso como para que le importaran esas fórmulas: después sabría. Jaime explicó, como si nadie lo supiera, que el preceptor siempre tiene que ser un forastero, puro de las rencillas que enturbian las ciudades, y que yo era perfecto para eso. Después, mucho después, descubriría por qué. Padre Ramón, mientras tanto, se señaló la pantorrilla derecha con la mano y su hijo, al pie de la banqueta, se la rascó con ansia. Entonces Padre Ramón se sacudió una mosca y habló, por fin habló:

—¿Usted, dígame usted, caritanlargo, es hombre de tener miedos distintos de una misma cosa?

Yo no sé si tenía, hasta entonces, pero entonces tuve. Tuve miedo de que esa pregunta decidiera algo importante de mi vida, de que mi respuesta jamás sería la correcta, de que se rieran de mi forma de pronunciar su lengua, de que Padre me hubiera leído el pensamiento. Justo antes, mientras miraba y esperaba, yo había pensado en aliviar mi miedo preguntándome de qué tenía miedo. El padre Anselmo nos había enseñado que no hay más miedo que el de nuestro Señor y que, por ende, todo miedo que tengamos se remite a él; nos había dicho que todos tenemos miedo, en algún punto, de algo, pero que hay dos tipos de personas, cuando les llega el miedo: que los humildes tienen un solo miedo de cada cosa a la que temen, y los soberbios, en cambio, pueden tener de lo mismo miedos variados y distintos. Temí, entonces, que Padre Ramón se hubiera dado cuenta de lo que pensaba. El padre Anselmo nos decía que sólo los soberbios pueden tener miedos distintos de lo mismo porque no aceptan, rechazan, que ese miedo sea, siempre, del Señor. Y que los

humildes se confortan, en cambio, en la seguridad de que no hay muchas causas de miedo sino una sola, enorme, irrefutable y, también, compasiva. Bienaventurados sean, decía, los que tienen un miedo. Yo tenía varios y decidí mentirle; tuve miedo, también, de que me descubriera la mentira. No, señor, le dije: yo siempre tengo el mismo miedo. Mi respuesta no pareció interesarle en absoluto: Padre Ramón volvió a caer en su sopor de antes. Recién ahí, cuando volví a mirarlo, me di cuenta de que tenía el cuerpo tremendamente sucio. Después, después de un rato, habló de nuevo. Tenía la voz peregrina, muy variable: cuando se daba cuenta de que se le iba gruesa, la afinaba. Me dijo que sólo los pánfilos pueden tener un solo miedo de una sola causa:

—Nada más los pánfilos son los que pueden. Cuanto más sabe un hombre lo que pisa, más imagina formas para sus temores. Los pánfilos, nada más, son los que pueden: yo necesito, para estar con mi hijo, uno de esos con un solo miedo.

Los primeros días estaba tan aterrado que no creo que pudiera pensar nada. Mi vida no era muy distinta: había cambiado, si acaso, de cuarto y de acompañante. Cuando Jaime me llevó al cuarto de Oscar para dejarme allí, en mis nuevas funciones, traté de preguntarle qué tendría que hacer, qué esperaban que le enseñara al heredero, con la esperanza de poder decirle que no había nada que yo pudiera darle. Pero Jaime simuló, dos o tres veces, que no había oído mi pregunta. Cuando estaba por irse, Jaime me llevó a un rincón, me acarició la cabeza por última vez y me preguntó si estaba conforme con su trato. Antes de que pudiera contestarle me dijo que qué bien, y que lo recordara porque quizás, alguna vez, tuviera que pedirme algo.

Durante algunos días, el gordo Oscar hizo como si yo nunca hubiera llegado: me ignoraba. Su madre venía muy a menudo a nuestro cuarto, y también me ignoraba. Yo me quedaba calmo, tirado en mi rincón, sobre mis pieles. Después, cuando dejó de ignorarme, su madre empezó a odiarme con detenimiento: me acusaba de todo. Decía que le habían sacado al hijo para dármelo a mí; era cierto que, hasta mi llegada, Oscar vivía en el cuarto de su madre. Mucho después, cuando por fin se decidió a dictarme, Oscar me hizo un retrato absurdo de su madre. Me dijo que su madre era «gruesa como aquellas montañas. Sólida: como el aire huracanado, que nadie lo penetra. Oscura: como si el esfuerzo de su piel por contener las carnes le diera un brillo. Desdeñosa: como el árbol que se tiende bajo aquel aire huracanado y se dobla y se agita displicente, como quien dice: ¿esto querías? Tierna. Lejana». Yo nunca vi a esa madre. La madre que yo vi era, en cambio, una mujer gordota que, más que nada, temblaba todo el tiempo y estaba atenta al menor gesto de su hijo, asustada por el menor gesto. Seguramente Oscar no se dio cuenta nunca.

Ya desde el principio me habían subyugado más que nada sus ojos. Cuando lo vi me pareció que no tenía, tan hundidos entre sus pliegues los tenía. Le pregunté si me veía y no me contestó: yo hablaba mal su lengua. Traté de recordar exacto las palabras, las repetí despacio y no me contestó. Él chupaba de esos tubos encendidos todo el tiempo y todavía no me daba miedo. Pero ya entonces me di cuenta de que sus

ojos no eran de ida y vuelta: miraban, pero no se dejaban mirar nada. Tendría que buscar en otras fuentes.

Los días pasaban muy serenos, felizmente vacíos: nunca sabía, cualquier noche de esas, cómo habíamos llegado hasta esa noche. Pensé que alguna vez le iba a decir al padre Anselmo que hay dos clases de días: los que tienen alguna marca que los prepare para ser recuerdo, y los que pasan como si fueran otro. Y que pobres, le iba a decir, los hombres que pasan muchos días de recuerdo. Pensaba, le iba a decir, que cada hombre tiene una cantidad más o menos fijada de días de recuerdo y que no debe desperdiciarlos en sandeces: tiene que manejar muy bien en qué los usa y, sobre todo, no querer más que esos. Querer más —y obtenerlos—, pensaba, le iba a decir, es pretensión que se paga muy cara. Pasaron varios días; una tarde, Oscar me habló por primera vez:

—¿Qué hace usted, ahí, con esa cara?

Me preguntó, con un tono que despreciaba la respuesta.

—¿Dónde necesita el señor que me ponga?

—No le digo de ponga, usted, le digo: ¿por qué con esa cara?

Oscar me hablaba sin mirarme: exageradamente sin mirarme, y chupeteaba.

—No quiero más, entiende, yo no quiero que usted tenga esa cara como un hueso de pata de vicuña.

—¿Y cuál será la que querría?

Oscar no me contestó: se quedó murmurando algo entre dientes, siempre sin mirarme. Al día siguiente volvió a hablarme. Pero era muy distinto. Estaba serio, concentrado; cada palabra le costaba un poco y me miraba de frente, muy intenso, como quien mira cómo llegan al otro sus palabras. Estaba, en cuclillas, frente a mí, que seguía recostado en mis pieles:

—Usted sabe, me digo, que usted es la primera persona que yo mando: que me dan para que yo la mande. Eso me tiene que dar, usted: saber cómo se manda.

Yo le dije que no sabía. Le dije, muy despacio también, como quien titubea, que teníamos que aprender juntos. Usted a mandar, le dije, yo a que me mande. Yo estoy dispuesto, le dije: no quiero más que eso. Ahí fue cuando Oscar me agarró por primera vez la cara: me agarró la cara con sus dos manos, con los dedos de sus dos manos me agarró la cara a la altura de mis pómulos y me tiró de los pómulos para los costados. Así, me dijo, su cara no es tan pena.

Oscar, al principio, era un chico. Se le ocurrían las cosas que, supongo, se les ocurren a los chicos, sólo que él me podía ordenar que las hiciera. Algunas veces me decía que imitara las monerías de su mono, y se reía mucho de cómo me imitaba, a su vez, el monito. O me decía que le trajera un plato con nueces y camarones que tenía al alcance de su mano; yo me levantaba, se lo llevaba y, entonces, él lo tiraba a la otra punta. O me mandaba que le contara la historia de mi vida; yo le inventaba historias que pudieran gustarle y él escuchaba un rato; después, me discutía que tal o cual cosa

no eran ciertas. La habitación rebosaba de humo.

—Dígame entonces otra vez, de nuevo, con quién usted viajaba.

—Solo, con muchos de los míos y también mi padre.

—No me diga que usted también podía tener, mi tirifilo, un padre.

—¿Cómo no iba a tener, señor, un padre?

—Acá tenemos nada más yo y mi padre.

—Nosotros sí tenemos.

—No se puede, no importa. Y cuénteme otra vez, de nuevo, si se atreve y puede, por qué fue que no se lo comieron.

—Ya le dije, señor, porque era flaco.

—No era más flaco que su padre.

—Un poco, sí, más flaco.

—¿Y entonces por qué a usted no lo comieron, y a su padre sí?

—Porque, le dije, era yo el que tenía que enseñarles.

—Mentira tremebunda, tirifilo. No se lo comieron porque ya sabían, de antes, que nada más podía comerlo yo, pero no quiero ni siquiera.

—Por eso fue, señor: yo antes no sabía, pero ellos barruntaban.

O me preguntaba sobre las historias de la Ciudad y de sus mayores, que le contaba su madre, y que yo no podía conocer —aunque yo las escuchaba muy atento, cuando su madre le contaba, y poco a poco fui sabiendo algunas. O me ordenaba caminar por el cuarto, sin parar, durante horas. Otras veces se quedaba horas y horas taciturno, sin hablarme ni moverse ni comer ni dormir, sentado en unas pieles, chupeteando los tubos, para que yo me preocupara y me desgañitara tratando de alegrarlo. Pero también es cierto que alguna vez, cuando me cayó mal una comida, se quedó a mi lado ratos largos, cuidándome; después, en algún momento, parecía que se daba cuenta y se reía y me decía que no podía dejarme ir, ahora que me tenía casi bien adiestrado.

Es más fácil entregarse a un pobrecito; difícil, en cambio, con su tremendo mérito, es inclinarse ante un ínclito jefe, cuyo poder tiene sentido. Con un jefe repleto de poder, serle servil no es elección sino una trampa bien montada: es humillarse, ser una más de todas esas cosas que le obedecen sin alternativa. Ser servidor de un infante gordito medio zafio, a quien podría dar cuatro vueltas si quisiera, sin más poder que el que yo le concedo, no es humillante sino casi agradable.

Y sin embargo yo, al principio, tuve la tentación de resistirme. Una vez que me hizo abrir y cerrar la cortina de la ventana doce veces me dije que yo no me merecía esto: me lo dije en su lengua. Yo me hablaba solamente en su lengua, pero esta vez me trabé, no supe cómo decírmelo y, al decírmelo en nuestro idioma, después de tanto tiempo, me di cuenta de que yo no podía saber qué merecía. Pensar que yo podía saber qué merecía era soberbia. Y además, pensé, lo que me estaba pasando era una gracia, sin ninguna duda.

Pensé que la vida de muchos, en la Ciudad y las Tierras, dependía de cómo los

mandara, cuando fuera su jefe, este muchacho. Y que yo tenía la oportunidad de hacerlo mandar bien: si le mostraba que podía mandarme sin violencias, que su poder era algo natural a lo que nada se oponía, que su voluntad no necesitaba imponerse para ser cumplida, pensé, seguramente la vida de todos esos sería mucho mejor cuando él mandara.

Esa tarde, después de abrir y cerrar la cortina de la ventana doce veces, tosiendo por el humo, decidí que iba a dedicar todos mis esfuerzos —era demasiado joven, supongo, como para no decir: mi vida— a convencerlo de que él podía mandar con naturalidad, sin ejercer presiones, sin violencias. Si lo lograba, pensé, miles de hombres y mujeres me lo agradecerían sin saberlo. Estarían felices y sorprendidos con su suerte y no sabrían, nunca sabrían, salvo tres o cuatro, que su felicidad sería mi obra. Tenía una misión: supe, esa tarde, que no me merecía tal fortuna. El padre Anselmo decía que hay, en la vida, dos clases de hombres: los que necesitan una misión que cumplir y los que saben que, cada día, sin alardes, van cumpliendo su vida y así glorifican al Señor. Y que los primeros son los soberbios, y los segundos los más gratos a Sus ojos. Que por eso los misioneros y otros mártires necesitan tanto sacrificio: para expiar su terrible soberbia, y que en cambio los segundos, tranquilos, viviendo, satisfacen la mirada del Señor sin alharacas. Yo no creo haber recordado, entonces, sus palabras, y si las recordé no me importó: cuando me pareció que había encontrado una misión tan decisiva sentí alegría como nunca.

Quizá fueron un par de años los que pasamos en estos ejercicios. El tiempo se me confunde mucho: Oscar diría que es por el tiempo tan perfecto de su padre Ramón; yo creo que es, sobre todo, porque el tiempo en ese cuarto no importaba. Salvo, por supuesto, el final de ese tiempo, cuando su padre se muriera y él tuviera que hacerse cargo de su vida. Pero faltaba mucho para eso. Nos aburríamos, y eso era parte de nuestro aprendizaje. No es fácil, para el que sabe que puede mandar, contenerse, cuando no tiene otra cosa que hacer y podría entrenarse dando órdenes; el encierro, el tedio, obligaban a Oscar a seleccionar qué y cuándo me mandaba, para no hartarse de sus propias órdenes: el que imaginó la situación había previsto casi todo.

Jugábamos bastante a un juego tonto: Oscar y yo teníamos que adivinar quién sería la próxima persona que llegaría a nuestro cuarto. Las posibilidades no eran muchas; al principio, yo me esforzaba en pensar quién no podía venir y decía esa, para que Oscar ganara: él se creía, esas veces, que podía ordenar lo que iba a pasar con sólo decirlo. Aun así, yo acertaba con frecuencia, y era una desgracia; con el tiempo, descubrí que la mejor manera era dejarlo decir primero y decir lo mismo: entonces, él siempre ganaba y mi elección era un homenaje a su elección, un reconocimiento de mi derrota anticipada. Podía venir, más que nada, su madre, pero también soldados de la guardia, una biógrafa a echarse en un rincón, un servidor a traernos comidas o las diversas mujeres que lo lavaban y vestían. Oscar, con ellos, también ejercitaba el mando, pero era claro que nadie le servía como yo. Una de esas mujeres, que se llamaba Anita, le enseñó un juego que jugaba ella: Anita jugaba,

como tantos desdichados, a imaginarse vidas distintas de las que tenía. A Oscar le gustaba el juego y le gustaba, me parece, Anita: Anita debía tener doce o trece años y era como un chico con las carencias de una chica; Oscar la toqueteaba con más entusiasmo que a los otros: creo que ella lo asustaba menos. En el juego, por fortuna, era muy malo: yo había conseguido —creo que es mi mérito— que Oscar no supiera imaginarse vidas muy distintas de la que ya tenía: la vida del que manda nunca puede ser otra. Hasta que descubrió —yo le hice descubrir— que tenía otra manera de jugar: él podía imaginarles vidas a los otros y, alguna vez, iba a jugar ese juego en realidad, y esas vidas iban a ser como él imaginase. Él inventaba vidas y yo opinaba que no eran buenos sus inventos; entonces él podía despreciarme y afirmarse en las sandeces que opinaba. Él me agarraba la cara con sus manos y me estiraba las orejas hacia los dos lados: también su cara, me decía, usted ya ve, también su vida se la estoy inventando. Me soplabla en la cara, me llenaba de humo. Ya llegaría el momento, me decía, en que yo iba a ver cómo las vidas de todos iban a ser lo que él dijera. Yo, entonces, también creía que era cierto.

Yo entendía exacto lo que él quería decirme. Si Oscar me ordenaba, por ejemplo, que me callara la boca, yo sabía cuándo él quería que yo me diera vuelta y simulara un sueñito, cuándo que le fuera a llevar un cuenco lleno de sopa de zapallo con su carne deshilachada de conejos, cuándo que le llevara un vaso de agua fresca, cuándo que le cantara una canción de cuna de su madre, cuándo que le contara otra vez la historia de cuando me agarraron los salvajes, cuándo que me quedara callado días enteros. Todo dependía del tono de su voz, de algunos gestos leves —de un aleteo que le bailaba las pestañas, de un vaivén impaciente de su pie derecho, de un ansia en su respiración, de una ligera torsión de su cabeza— que me complementaban sus palabras. Yo lo conocía bien, después de tanto tiempo, y sabía interpretarlo como nadie; por eso, yo sabía exactamente lo que él había querido ordenarme aunque él, algunas veces, no se diera cuenta e, incluso, me reprochara ese conocimiento. A mí no me importaba: yo sabía que el buen servidor tiene que estar dispuesto, más que nada, a la ingratitud desdeñosa de su dueño. Ya lo sabía, y lo sigo sabiendo ahora, que mi dueño cambió: que no hay peor servidor que el que procura recibir halagos, y que uno bueno se conoce en los regaños de su dueño.

Oscar no era tan caprichoso. A veces quería salir a correr o a conocer las calles o a perderse en la montaña que veíamos desde nuestra ventana, porque algún soldado le había dicho que los chicos de su edad hacían esas cosas. Pero creo que no le importaba tanto cuando yo tenía que decirle que no: que él en realidad no quería eso. Y es cierto que no lo quería: era un chico demasiado ignorante de los horrores de la vida que, sin duda, le habrían saltado a la cara de inmediato si hubiese salido de nuestros cuartos de la Casa. Además, era demasiado gordo. A veces, ante esas negativas, se enfurruñaba y se quedaba un día sin comer, o se dormía veinte horas seguidas: sucedía raramente. En general, Oscar era un chico ávido, que acribillaba a



preguntas a los pocos que se le ponían delante y que, también, era el mejor reproduciendo. Era muy hábil, y quizá ni siquiera lo sabía, pero cada vez que alguien pasaba a visitarnos Oscar seguía durante varios días rascándose la nariz, agravando las vocales finales, escupiendo en el suelo o riéndose exactamente igual que la visita. Después se le pasaba pero no del todo: en algún rincón quedaban depositados esos gestos que, de tanto en tanto, volvían a aparecer. Yo me entretenía reconociéndolos y, algunas veces, le dije esto es un Jaime o aquello es un Joaquín o eso más bien un Sara; Oscar me miraba sin reaccionar, como quien se hace el chanco rengo.

Una tarde en que Oscar estaba particularmente cruel, o distraído, me di cuenta de que yo estaba en desventaja. No que tuviera competencia: el resto de soldados y mujeres que lo servían no tenían la menor posibilidad de compararse conmigo en cuanto a mi eficiencia y a la cercanía que había logrado con Oscar, pero esa tarde terminé de entender que yo estaba en desventaja frente a mí mismo, frente a mis propias posibilidades. El padre Anselmo nos había explicado que hay dos clases de hombres: los que se comparan con los demás, y los que se comparan consigo mismos. Los que se comparan con los demás, nos dijo, son más felices: siguen la línea de nuestro Señor, que nos ha hecho a todos semejantes y no quiere que ningún hombre se crea fuera del concierto de los hombres; además, decía el padre, siempre encuentran a aquel con quien les resulte grato compararse, por muy bueno o muy malo. Los que se comparan consigo mismos, nos decía, en cambio, son sin remedio desdichados: no entienden que son parte pequeña de una creación, que deben vivir como tal parte, buscando la satisfacción en el conjunto y no sólo en ellos mismos y, además, no pueden encontrarla nunca porque no hay nadie que no sea peor que lo que cree que debería, decía el padre Anselmo. Yo, en la soledad de esa casa, sólo podía compararme conmigo y corría los riesgos que decía el padre Anselmo. Peor estaba Oscar, que nunca iba a tener a nadie comparable: sólo su padre pero su padre, cuando él fuera Padre, iba a estar muerto y la comparación con un muerto está perdida de antemano. La mañana en que el padre Anselmo nos habló de esto yo me paré y le dije que también estaban los locos. Qué tienen que ver los locos con todo esto, me dijo el padre Anselmo. Yo me asusté, pero ya no podía volver atrás. Alguien me dijo, dije, para descargarme del peso de la afirmación, que los locos son los que no saben compararse con los otros hombres, ni con ellos mismos —porque son otros hombres—, sino sólo con nuestro Señor. Yo nunca había oído semejante cosa: no sé por qué se me ocurrió mientras escuchaba al padre Anselmo. El padre Anselmo me mandó a penitencia larga y dura: durante dos días en el frío de una celda no pude pensar en otra cosa pero seguí creyendo que los locos son los que creen que no pueden compararse con nadie, solamente con nuestro Señor, y por eso no pueden obedecer ninguna orden.

Esa tarde, Oscar me dijo algo que yo no entendí. Todavía me repito esos sonidos y creo que, en realidad, no eran palabras sino una broma cruel o una distracción de mi señor. En cualquier caso, Oscar me pegó con una vara en las rodillas por no

satisfacerlo: como si la humillación de querer y no poder no me fuera castigo suficiente. Los golpes eran débiles, casi juguetones: que él creyera que la humillación de no poder no me alcanzaba me humilló más aún; fue entonces cuando decidí que, para no perder cada matiz de cada una de sus órdenes, conocería su lengua mejor que nadie nunca.

Yo podía: yo no estaba prisionero de su lengua, como están prisioneros de una lengua los que la hablan de siempre. Los que hablan una lengua de siempre nunca estuvieron fuera de esa lengua: están adentro, no tienen desde dónde mirarla, y la lengua hace con ellos lo que quiere. Los que la aprenden —como yo, con el mayor ahínco— pueden ver la lengua desde afuera y poseerla: como nuestro Señor, cuando inventa las cosas, está afuera de ellas y puede manejarlas, como un jefe en el lugar de Oscar tendría que haberlo hecho con su pueblo, yo podía conocerla y destriparla. Ellos no saben. Sus palabras son sumas de palabras; dicen, por ejemplo, la palabra que significa fornicar y ya no son capaces de deshacerla para escuchar que están diciendo «dos cuerpos que quieren pasar del otro lado». Dicen la palabra que significa Padre y no pueden entender que dicen «el hombre que se muere antes para pagar que fue el primero». Dicen río y no saben que dicen «el agua que se pierde sin dejar de ser agua». Y así. Al cabo de un tiempo, poco antes de su aceptación, yo la sabía hablar mejor que nadie: muchas veces, los guardias o mujeres o una biógrafa o incluso Oscar no llegaban a entender lo que les decía: su lengua, cuando yo la hablaba, les resultaba demasiado pura. Y muchas veces, cuando Oscar me hablaba, yo le explicaba qué me estaba diciendo.

A Oscar no siempre le gustaba: se exaltaba, algunas veces, y me gritaba insultos o me pegaba con su vara. Oscar siempre olía fuerte, con un olor de hombre también cuando era chico, pero cuando se enfurecía su olor se le volvía el de un bebe, terso, rosita, y se irritaba más. Cuando se enfurecía tenía un olor de demasiado gordo. Yo lo dejaba hacer, porque él así creía que su poder era más fuerte que una lengua, o que cualquier conocimiento, y era cierto. Aunque Oscar no se daba cuenta de que yo le estaba haciendo el homenaje —la sumisión mayor— de no pensar sino en su lengua, de hundirme en esa lengua que era suya de siempre. Hacerla mía era, a todo extremo, hacerme suyo. Pero una vez que lo supe, y supe que la sabía como nadie, me faltó poco para darme cuenta de que no era necesario. Una mañana, después de tres días de silencio a los que Oscar me había condenado —y que yo mantuve escrupulosamente —, por alguna cuestión sin importancia, entendí que podía cumplir sus voluntades antes de que él me las dijera e, incluso, a veces, antes de que él supiese cuáles eran.

Lo hacía: Oscar resoplaba en medio de una ingesta y yo saltaba a quitarle de las manos el cuenco de comida. Oscar me miraba con ojos soñolientos y yo estiraba las cortinas y bajaba las llamas de las lámparas de gas para que descansara. Oscar decía mañana y yo le recordaba por qué su padre no iba a venir al día siguiente. Oscar le daba unos cachetes a Anita u otra mujer que lo lavaba y yo corría a sacársela de encima. Fueron, creo, nuestros mejores días. Lo hice, por un tiempo, y me

maravillaba ver en su cara la sorpresa: creí, primero, que era felicidad por su poder tan macizo, tan completo, que no necesitaba de palabras siquiera. Oscar había entendido que yo aprendí su lengua como nadie sólo para que él pudiera mandarme sin palabras. Yo, sin palabras, sabría obedecerlo.

Lo hacía, y alguna vez me dio el miedo de estar equivocándome: todavía dudaba. Me dejaba complicar por ciertas dudas; dudar no es propio del servidor feliz, y lo que hace feliz al servidor es el placer de no tener que dudar nada. Pero yo todavía estaba por saberlo. En esos días, en medio de la felicidad de obedecerlo sin palabras —más allá de sus palabras, más allá, a veces, de su propia conciencia de sus voluntades—, me empecé a preguntar si lo que hacía no era pura soberbia. Oscar estaba plácido: sereno, panza arriba, chupeteaba sus tubos y se dejaba atender con el desmayo del que sabe que queda en las mejores manos. Muchas veces yo le daba de comer en la boca, si notaba su hambre, o lo despertaba cuando veía, por sus movimientos, que su sueño ya no era verdadero; algunas veces, es verdad, se le escapó cierto fastidio: le molestaría, cada vez menos, el hecho de que supiera antes que él sus voluntades. Y si mi atención podía hacerle creer que lo que iba a ordenarme era siempre previsible, obvio, y que por eso yo lo adivinaba, aprendería que no era tal la razón, por supuesto, sino que yo sabía.

Un día, uno de esos, su padre Ramón vino a nuestro cuarto. Era raro, y más raro que llegara sin avisar nada: yo, en todos esos años, lo vi muy pocas veces. Pero entró, caminando despacio, con el esfuerzo de transportar un cuerpo tan tremendo; sin aliento, se sentó en las pieles de la tarima de mi dueño, con las piernas abiertas: sobre las piernas le caía la panza, que le tapaba el vientre. Oscar se había quedado petrificado en el lugar: estaba correteando con el mono y así quedó, fijado, atornillado al suelo. Sólo se movía el mono; su padre Ramón era de esos que le imponen al mundo derredor su ritmo. Era de muy pocas palabras: hablaba con el cuidado de quien sabe o cree que cada frase que dice determina las vidas de los otros, como si le pesara. Yo creo que, en verdad, estaba atormentado. No miró a su hijo; me habló a mí:

—Me dicen que usted entiende a mi hijo antes que él mismo.

—Trato, mi señor, intento.

—Son paparruchas, cariblanco, zambombas. La ventaja es del que no tiene que entender.

—Disculpe, mi señor, me dice...?

—Nada que usted no haya entendido.

No me atreví a pensar que me tuviera celos. Además, supongo que no hablaba para mí, sino para su hijo. Que lo miraba atónito, muy quieto, hasta que corrió a arrodillarse entre sus piernas.

—Nosotros no tenemos que entender, mi hijo. Ellos que nos entiendan.

Oscar me miró como pidiéndome que le explicara. Su padre se levantó y se fue, caminando despacio; Oscar seguía mirándome. Es cierto que en esos días sospeché,

por algún gesto que le vi, por cierta reticencia, que todavía le molestaba que, al adelantarme a sus palabras y a sus voluntades, lo privara de mandarme más explícito. Pero pensé que Oscar tendría que acostumbrarse a esa forma definitiva del poder, y que no le costaría tanto. Fuimos felices, esos pocos días; hasta que yo, para mi desgracia, trampeado por las dudas, recordé mi misión, que había dejado de lado por orgullo: por el placer de mostrarle que era mejor cada vez, que era capaz de obedecerle como nadie. Mi soberbia minaba mi tarea: yo debía enseñarle a ejercer su mando, y no lo haría si seguía portándome como un servidor tan ejemplar que nunca encontraría otro igual: acostumbrándolo a súbditos que no iba a tener nunca.

Fue un patinazo de zozobra. Quizá si entonces hubiera sabido lo que ahora sé sobre las dudas todo podría haber sido muy distinto. Pero esa tarde en que su madre se quedó el rato interminable sentada a su lado, sin moverse, terminé de convencerme —con razón o sin ella— de mi error. Oscar, esa tarde, estaba muy animado; yo le había estado dando menos comida y, esa mañana, pudo elevarse en sus primeros saltos: sus piernas, por fin, eran capaces de sostener el peso de su cuerpo tremendo. La aceptación se acercaba y había que prepararlo para que pudiera soportar la caminata. De buen humor, sin haber perdido el entusiasmo, Oscar descansaba en sus pieles cuando llegó su madre: le contó su hazaña, comentaron la ceremonia que ya se estaba preparando, se dijeron lindezas; después la señora, ensimismada, no paraba de hablarle. Su madre solía hablarle en voz baja, para que nadie más los escuchara: se cuidaba de algo. Su madre, me pareció, me miraba de nuevo con espanto, como si yo le resultara una amenaza. Al cabo de un rato se hizo cada vez más claro que él quería un buen masaje en las piernas, y ella no se movía. No se lo daba; seguramente, no sabía siquiera que él estaba queriendo. Seguramente, sólo yo podía saberlo.

La cara de Oscar se hacía más contrita por momentos, hasta que se quedó dormido: qué otra cosa podía hacer si no conseguía lo que estaba queriendo. Su madre lo tapó con una piel de vicuña y se fue en puntas de pie, componiendo una imagen estúpida. En ese momento terminé de entender que si seguía acostumbrándolo a que sus deseos se realizaban sin siquiera decirlos, su forma de mandar nunca sería la buena. Debía sacrificarme: de ahí en más, mi orgullo consistió en no tener ninguno. Un par de estaciones antes de su aceptación dejé de hacer cualquier cosa que él no me hubiese ordenado con todas las palabras. Oscar lo entendió, y creo que me lo agradecía: yo lo notaba satisfecho.

## Cuatro

Cuando alcanzó sus trece años, buena parte de mi trabajo estaba hecho: Oscar era capaz de ordenar sabiendo que ordenaba y, en esos días, terminó de entender que aceptar una orden no es gratuito: supo, por fin, que con cada orden suya yo me rebajaba, me humillaba, y que eso completaba el mecanismo. Yo lo aceptaba con placer, pero era necesario que él se diera cuenta de que mandar es natural, pero no ser mandado: es una fuerza que se impone a otra fuerza, menor, que se resiste un poco y después se derrumba. Era bueno que él viera que el derrumbe existía, y que supiese que era su mano la que hacía rodar piedras. Nunca, en todos estos años, sus órdenes fueron mejores, más tajantes, más netas. Fue entonces cuando llegó su aceptación.

La aceptación es el momento en que los habitantes de la Ciudad no pueden olvidarse de que son unos bárbaros. Yo, entonces, no supe o no quise verlo, y me culpo, pero la aceptación es un rito tremendo, que ofende al espíritu más tolerante, y que me privaré de describir aquí: no corresponde perpetuar tales hechos. Creo que, aunque quisiera, no podría: ya entonces, sin saber por qué a ciencia cierta, me resistí a armar con esas imágenes un recuerdo; no las puse en palabras y ahora, cuando trato de pensar en ellas, lo único que me aparece es confusión y cuerpos turbulentos. Aunque yo entonces, ya lo he dicho, no me daba cuenta. La vida entre estos bárbaros era muy engañosa.

He pensado, en estos años, muchas veces, que es probable que nuestro Señor haya decidido enviarme entre ellos para que mi sacrificio fuera más perfecto. Más sencillo habría sido entre salvajes desatados, de esos que son como animales, los que abundan; estos, en cambio, podían parecer, lo más del tiempo, civilizados y prudentes, pero después se conocía que eran más perversos. Estos sí podían engañarme. El padre Anselmo nos había explicado que el hombre tiene dos maneras para ver las cosas: con la inocencia del que cree que todo es bondad, y no conoce la maldad intrínseca del mundo, o con la suspicacia del que está prevenido, y busca el mal por todas partes. Nuestro Señor, es evidente, quería que la primera fuera la de todos: para eso hizo a Adán sin resquemores, pero el pecado nos hundió en la maldad, y es tiempo de dedicarse a combatirla. En su Reino todo será bondad, pero su Reino no llegó todavía. Entonces, el que mira con los ojos beatos de nuestro padre Adán no es un privilegiado ante los ojos del Señor sino un ingenuo, que no está preparado para defenderlo donde sea necesario. Los que saben encontrar los nichos de maldad, en cambio, sufren por ello pero ese sufrimiento es el precio que hay que pagar para lograr Su Reino. Yo me pasé muchos años como Adán, ingenuo, creyendo que todo era bueno y olvidado de estas enseñanzas. Ahora que salí de todo eso, ya a lo lejos, entiendo los horrores y, también, mejor al padre Anselmo.

Los habitantes de la Ciudad y las Tierras son lo mejor para el engaño, y por eso

mi sacrificio fue tanto más completo. Pueden engañarnos sus máquinas, sus faroles de gas, sus grandes edificios, sus comidas preciosas, sus perfumes sutiles, su sistema confuso de gobierno; pero, ya desde el principio, el forastero debería ser prevenido por su desnudez de que no son prudentes y, poco a poco, iría descubriendo signos de su barbarie. Notaría que son desordenados en sus coitos, que sus familias no merecen tal nombre, que pueden dar la muerte por razones muy tenues, que no temen a un dios, que cuentan sin pudor mentiras, que sus inventos son caprichos, que complican mucho su justicia e ignoran el equilibrio de una justa venganza, que maltratan a sus derrotados, que desentonan sus colores, que cantan sin un ritmo, que no siempre respetan la autoridad de sus autoridades. Entre todas las barbaridades de este pueblo de bárbaros ninguna, ya lo he dicho, los pinta con más crudeza que eso que llaman ceremonia de la aceptación.

Al volver de la suya Oscar ya no era el mismo. Estaba sucio, desastrado, y tenía los ojos mucho más abiertos, al borde de sus órbitas. Ni siquiera chupeteaba sus tubos. Caminaba dando grandes zancadas, como si hubiera descubierto otras medidas para el mundo: entró en nuestro cuarto gritando que dónde estaba yo y por qué no tenía su baño preparado. Yo estaba ahí mismo, delante de sus ojos, y la tina humeaba con el agua lista. Oscar se metió en la tina con violencia; el agua —casi todo el agua— saltó por los costados, hacia mí. Oscar murmuraba todo el tiempo una frase:

—Hasta mi forma de morir me creen que saben.

Los ojos le brillaban, más oscuros que nunca, y tenía las manos agarrotadas una dentro de otra. Dudé, por un momento: pensé que quizás Oscar fuera este que ahora aparecía, que el otro era sólo un esfuerzo. Dudé, entonces, y ahora todavía dudo. Yo sabía todo sobre ese pero no sé si ese existía. Tuve un escalofrío. Era tarde, de noche, y no había ninguna mujer para hacer el trabajo: agarré los jabones y empecé a refregarlo. Oscar, hundido en la poca agua que cabía cuando estaba dentro de la tina, cerró los ojos y daba sus suspiros; al cabo, vi que su pistón —como ellos dicen— estaba duro y agrandado. Con una mano, me llevó la mía hasta el pistón y me puso a sobarlo; yo había tenido que hacerlo muchas veces, y no puse reparos. El padre Anselmo también nos había enseñado a manejarlo. Después se cansó, resopló y salió del agua; lo sequé y, mientras lo perfumaba, empezó a darme vuelta para fornicarme. Nunca antes había intentado cosa semejante: yo me eché panza abajo sobre mis pieles, flojo, laxo, como si no existiera, y sentí su corpachón tremendo trabajándose encima, y su pistón que me buscaba el culo sin llegar a encontrarlo. Un rato estuvo así, agitando y hurgando; después, cansado, me dijo que por qué no le explicaba ahora cómo tenía que hacerlo; yo no tenía qué contestarle y él se volvió a sus pieles. A la mañana siguiente trató de no mirarme y yo, por supuesto, me quedé, en mi rincón, callado, sin mirarlo: como si no estuviera.

Después de ese día —en realidad, después de que la ceremonia de la aceptación lo convirtió en un hombre— el consejero de la Casa Joaquín —el que podemos llamar

Joaquín— se lo llevaba cada tanto para largas charlas. Yo supe que el consejero le explicaba cosas de la Casa, le mostraba planos de las Tierras, le contaba la historia de la Ciudad y de los Padres. Lo supe por algunos comentarios inconexos: yo no podía ir con él y, cuando volvía, Oscar me miraba superior y distante. Creo que lo supo antes que yo, y me ayudó a ponerme en mi lugar. Yo, desde aquella noche, abandonaba muy poco mi rincón y mis pieles.

No sé si lo decidí en algún momento o si la idea se me fue imponiendo, de a poco, por sí misma. Pero sé que en algún punto terminé de entender que me había estado equivocando y que mi papel, en realidad, debía ser el de la planta más perfecta. Yo no tenía que ser por mí mismo: era presunción, otra vez, rayana en la soberbia ser algo por mí mismo. Aun ser el exacto servidor. Pero el carácter del hombre se tiente, por su naturaleza, con ser algo, y no hay nada más difícil que esquivar esa trampa. Yo debía sustraerme del mundo, convertirme en la planta: deshacerme, y no existir más que cuando una orden de Oscar me pusiera en movimiento. Así le enseñaría la verdadera forma de su mando —porque es la orden la que crea, en el ordenado, lo que está requiriendo y, al hacerlo, lo crea también a él— pero eso ya me importaba un poco menos. Además, era mi modo de desarmar cualquier rechazo de Oscar y los personas de la Casa, de disolverme en ellos: mi manera más clara de ser uno de ellos. Pero más allá de eso, sobre todo, era mi obligación: obedecer a cualquier señor es obedecer a nuestro Señor, y entendí que lo que nuestro Señor me requería como prueba y me ofrecía como gracia era que me entregara sin la menor resistencia a sus dictados: no ser ni más ni menos que lo que él quería hacer de mí y ser, sin sus dictados, esa planta.

No fue fácil. Cuántas veces tuve la tentación de adelantarme a sus voluntades, que seguía conociendo como nadie. Cuántas veces pensé advertirle sobre un consejero redomado, una gorda calculatriz, una idea errónea. Cuántas veces, en los primeros meses, tuve que refrenar un movimiento de mis brazos que ya estaba empezando. Pero no podía arruinar mi misión y mi vida por deleites tan vanos. Persistí en mis intentos y, según pasaba el tiempo, me iba resultando más sencillo. Me preocupó, al cabo, y me alentó, descubrir en el renunciamiento un placer tan intenso: era capaz de ver pasar los días sin sentirlos, sin armarme recuerdos, sin tenerlos, sólo dispuesto a reaccionar ante cualquier palabra de mi dueño para volver, después de hecho lo dicho, a mi rincón en el que nada nunca era distinto. Aún ahora hay momentos en que imagino con nostalgia aquellos días, y es una nostalgia nebulosa, que no sabe de qué está hecha, que no tiene perfiles. A veces, entonces, me pregunto qué extraño y, algunas, supongo que lo que extraño es esa sensación de que todo era indistinto, idéntico a sí mismo. Es —creo que era— tan salvaje y saturado el placer de olvidarse. Lo bueno de ser un servidor completo era olvidarse tanto.

Pero el padre Anselmo nos había explicado, una vez, que no hay nada más difícil que el renunciamiento y que incluso, una vez conseguido, es más difícil todavía no caer en el orgullo de haber podido conseguirlo. Estoy seguro de que, al principio, yo

también fui víctima de ese impulso: sabía que cualquiera, en mi lugar, habría querido ser la planta, y disfrutaba de esa envidia, pero creo que, con el tiempo, mi desaparición de mí se convirtió en mi naturaleza más auténtica. Oscar lo entendió, y ya no se interesaba en humillarme. Se había dado cuenta de que yo era ni más ni menos que su instrumento: que si me humillaba se estaba humillando y que podía usarme para lo necesario y, usado, dejarme en mi rincón sin preocuparse. Eso me produjo, al principio, un sobresalto de satisfacción que pude controlar rápidamente.

Años pasé perfeccionando mis virtudes de planta. Oscar se hacía cada vez más gordo sólido, mujeres, biógrafas, soldados y animales cambiaban en el cuarto, el consejero Joaquín lo atiborraba de lecciones y yo, en mi rincón de pieles, seguía siendo el mismo: yo era, en esos días, el madero invariable que marca, a la vera del río, el alto de las aguas; desmadres van y vienen, la orilla se desmorona o crece y la madera queda: la permanencia necesaria para que el resto se revuelva. De vez en cuando, Oscar me ordenaba alguna cosa, que yo cumplía en el acto y a su mejor satisfacción. Pero muy pocas veces tuve que abandonar mi vida de instrumento.

La primera fue cuando el consejero de la Guerra, Jose —el que podemos llamar Jose—, vino a hablarme, una tarde en que Oscar se había ido al cuarto de su padre, para pedirme que fuera yo quien le dijese que su tarea como Padre se limitaba a declarar su tiempo.

—Mis oídos lo oyen pero yo no lo entiendo.

Le dije.

—Lo que me está escuchando, carilargo, le digo: que si le digo yo le puede resultar un poco bruto, y usted, mejor, con tacto se lo dice.

Yo le dije que lo que no entendía era esto de que toda su actuación se limitara al tiempo, y él me dijo que claro, que todos lo sabían, que había que ser tan forastero como yo o tan hijo como Oscar para ignorarlo, y que su padre Ramón tendría que habérselo contado pero se negaba, y que alguien tenía que decírselo: que él lo haría si pudiera hablar más con él pero que el consejero Joaquín lo acaparaba y él nunca podía verlo.

—El otro día, que por error de Joaquín lo vi y le hablé, me di cuenta de que no sabía.

Me dijo Jose, de la Guerra. Yo le dije que por qué no le decía a Joaquín que le dijera, y él me miró como se mira a una piedra que ni siquiera se puede meter en su zapato. El consejero de la Guerra era un hombre más joven, que llevaba su tela siempre enrollada al cuello y hablaba en un murmullo, para que el esfuerzo de entender fuera del otro. Yo había oído decir que, sin Joaquín, Jose sería una persona de primera importancia; yo no entendía qué se disputaban:

—Porque a usted se lo digo, carioblango, para que usted le diga: para eso lo tenemos.

Me dijo, y que Oscar seguía creyendo que ser Padre es ser el soberano, me dijo.



Estaba claro que nadie quería ser el portador de la mala noticia o no podían o no sabían cómo; a mí no me importaba y me daba, incluso, otra oportunidad de servir a mi dueño. Aunque después entendí que quizá Jose, al obligarme a ser el portador, intentaba matar dos pájaros de un tiro y enemistarme con mi dueño al punto de sacarme del medio.

Oscar me miraba con la cara más pánfila que nunca: el labio inferior se le había caído un poco, y el ojo izquierdo intentaba cerrarse por su cuenta. Me parece que no podía entender, y tenía sus razones. Con unas pocas palabras le estaba explicando que su vida no iba a ser lo que él había creído. No entendía; después, cuando entendió, me miró como quien dice esta era tu venganza. Pero no habló; yo le dije que me habían encargado que se lo dijera: fui cobarde. No supe cómo decirle más. Oscar se había preparado toda la vida para un momento en el que supuestamente empezaba su reinado; ahora sabía que, también entonces, terminaba. Ese momento de la Declaración, me pareció, era una forma de la muerte: eso que toda una vida se prevé, se teme y se espera, que culmina y nos deja sin nada. El famoso privilegio de los soberanos era, al fin y al cabo, vivir después de muertos muchos años.

—Y entonces, cariplátano, después de declarar mi tiempo, ¿qué?

—Digamos que mejor le pregunta al insigne Joaquín, si le parece.

Oscar se quedó varios días en sus pieles, comiendo casi nada. Yo no sabía qué decirle: no sabía siquiera qué pensar. Rompí por unos días mi condición para tratar de encontrar algo; sin querer, se me fue abriendo paso una preocupación indigna de mi estado. Al cabo, volví a hablarle para pedirle que averiguara qué iba a ser de mí cuando él fuera Padre. Muchos días después, cuando ya se había levantado, me dijo que esa tarde vería a Joaquín y le preguntaría. Cuando volvió me dijo que quizás alguna vez me lo diría, pero seguramente no. Yo le dije que no necesitaba ese misterio para tenerme en sus manos. Él me dijo que ya sabía y que lo hacía por mí: descubrí, para mi espanto, que todavía era capaz de asustarme.

Fueron días oscuros. Oscar seguía intratable por su novedad: bufaba, caminaba y daba gritos. El cuarto se inundó de sus humos. Me odiaba a mí, por el engaño: estaba colérico por su nueva condición, pero todo su odio era conmigo. Nadie le había enseñado a odiar a quien debía. Yo estaba atónito porque me había dado cuenta de que mi desaparición era tan frágil: en medio del verde que había aprendido a ver, sin pliegues, con los ojos cerrados, estallaba un chispazo amarillo y, enseguida, las imágenes temidas: yo en el cuerpo de un prisionero que se llamaba Juan, muy torturado; yo pidiéndole mil veces a Oscar que repitiera sus palabras porque no podía entender lo que decía; yo diciéndole a Oscar que ni siquiera el tiempo podría declarar, y reventando en una carcajada; yo masticando el ojo glauco de mi padre; yo en coitos irreparables con Jaime, Oscar, los animales, bajo las órdenes de Anita; yo capitán, mandando la tropa que finalmente derribaba los muros de la Ciudad, y la ocupaba por entero. Del terror, abría los ojos muy desmesurados y me encontraba, casi siempre, al obeso bufando y echándome miradas de carnero degollado y vengativo.

Fueron días de silencio. Poco a poco, los dos volvimos a caer en nuestras normas, con algún sobresalto: volvió el verde pero, de vez en cuando, Oscar me amenazaba con contármelo todo. Yo le preguntaba qué y él me decía que todo y no podía saber si hablaba de mi futuro cuando él fuera Padre o de la historia de la Ciudad y sus ancestros o de los tejes y manejes de la Casa. Alguna vez llegué a pensar que quería hablarme de la guerra: yo suponía que, en sus charlas, el consejero Joaquín le habría contado historias de la guerra contra los nuestros. La guerra nunca se nombraba: era como si no existiera, pero estaba, y algo debía significar para ellos que yo, uno de esos que los estaban derrotando, fuese su servidor sin atenuantes. Oscar se había cebado: en esos días empezó a tentarme con mujeres.

Siempre había habido mujeres en el cuarto y, desde siempre, yo me había resistido a fornicarlas. Y a Oscar nunca le había interesado lo que yo hiciera o no hiciera con ellas. Pero en esos días, cuando se cebó, se dio cuenta de que era una manera de atacarme. Quizá ya lo sabía de antes y no le interesaba usarlo; la primera vez que lo hizo estuve a punto de alegrarme, porque significaba que Oscar había pensado más en mí, y en sus maneras de atacarme, que lo que yo creía.

Oscar, de pronto, sin mirarme, le decía a alguna que le acariciaba la espalda con sus nalgas que viniera conmigo; a veces, eran dos o tres. A veces eran jovencitas como muchachos desprovistos, flacas, lisas, flexibles, con las lenguas caídas; otras, las que venían eran esas masas tremendas que les gustan. Oscar las animaba, les daba gritos y, a sus gritos, ellas saltaban, bailaban, me refregaban lo más turbio de sus partes en mis partes. Yo proseguía bien planta. Alguna vez, intentando otras vías, me mandó una biógrafa gordeta de lo más sabida, que me estuvo contando largas horas cuentos de sus mayores mientras me daba comidas en la boca y, muy de tanto en tanto, como quien no quiere, me manoteaba un poco. No sé por qué pensó que me iba a ser más difícil rechazar a esta: se estaba equivocando.

Yo, primero, las rechazaba porque no había pensado. Me parecía que debía rechazarlas; era mi obligación y la cumplía. Hasta que me di cuenta de que, rechazándolas, me llenaba de orgullo. Rechazarlas era mi único orgullo. Yo, que me había entregado a Oscar sin reticencias, le estaba resistiendo. Cuando entendí que así le resistía, persistí en el empeño; en un momento llegué a creer que me era necesario: que, si llegaba a fornicar alguna, caería mi último contorno y, en ese acto, mi cuerpo se disolvería en ese cuerpo. Temí por mí. Oscar me miraba y se reía, con toda la boca, con espasmos que no le conocía: yo sabía que en sus carcajadas se escondía la cólera y, quizás, el gusto de haber encontrado el modo de romper mi entrega. Me estaba deshaciendo. Me di cuenta de que, por un empecinamiento de mi orgullo, estaba a punto de destruir mi obra.

La noche en que decidí entregarme no conseguí dormir hasta muy tarde. Estaba inquieto, pero supuse que era la mejor forma: nuestro Señor, sin duda, entendería que lo hacía por la justa causa, para el mayor bien de esos salvajes; si persistía en mi arrogancia, todo mi trabajo, mis esfuerzos por conseguir que Oscar aprendiera a

ejercer su poder, se perdería, y sus pobres súbditos tendrían que sufrir un monarca como todos los otros. La tarde siguiente, poco antes del ocaso, Oscar hizo venir a una de esas ancianas colgajos que pasan, entre ellos, por ser lo más gustoso. Yo estaba sentado en mi rincón, sereno. Mientras la vieja me llegaba, pensé que nuestro Señor me la mandaba para que, sin ofenderlo, pudiera completar mi entrega: un embrollo de carnes como ese no podía encender mi lujuria: nada más conducirla. La vieja se sentó junto a mí, me abrazó, me acariciaba, me insertó una mama rugosa entre los labios. Yo respondí, y pensé que no me resultaría tan difícil. Cuando la vieja trató de encaramármese con gran chirriar de grasas, cerré los ojos y me dispuse a todo. Mientras lo hacía, escuché la carcajada de Oscar, de esas con cólera pero mejor disimulada, y la vieja se separó de mí. Sospecho que traté de manotearla; después abrí los ojos. Oscar se había levantado, la había agarrado y ahora, a mi lado, la estaba fornicando con desdén, mirándome, riéndose. Yo había ganado.

Le había ganado: mi entrega era perfecta. Con el tiempo, sus amenazas me importaron menos. Pensé en el padre Anselmo, que decía que quien sabe no es un peligro sino para sí mismo y, poco a poco, volví a encontrar mi placidez de planta. Oscar parecía resignado a limitarse al tiempo y de tanto en tanto le brillaban los ojos: cuando pensaba formas del tiempo que fueran su venganza. Su madre se presentaba en nuestro cuarto menos; Joaquín, de vez en cuando. Oscar se solazaba mucho con animales y personas. Una vez supe que iba a hacerle una pregunta muy importante a su padre Ramón; se preparó durante días, y fue a verlo: volvió abatido, y no me quiso contar pregunta ni respuesta.

Había rumores en la Casa, esa mañana: demasiados. Pero el que trajo la noticia no fue Joaquín, como esperábamos, sino su hijo Jaime. Hacía mucho que yo no veía a Jaime: estaba un poco encorvado, renqueaba de una pierna y, al verlo, pensé con cierto orgullo que yo también habría crecido. Quiso ser simple, dijo:

—Padre Ramón se está muriendo, digo: empezándola, tratando.

Yo sé que Oscar se había pasado años pensando cómo recibiría esa noticia. Sabía que en algún momento llegaría, y que ese momento sería el decisivo: sé que se imaginó cientos de veces cómo iba a ser cuando llegara. Esa mañana, Oscar estaba recostado en sus pieles, amodorrado, echando humo, escuchando una música en la máquina. Hacía calor; cuando oyó las palabras, hizo el ademán de levantarse y, a mitad de camino, volvió a caer sobre sus almohadones. Cerró los ojos: creo que revisó todas las posibilidades que había acumulado en esos años. Tardó un rato; al cabo, todavía acostado, los abrió y dijo que nunca hay nada que no llegue demasiado temprano o demasiado tarde. Creo que yo le había dicho esa frase, años antes, cuando su aceptación: no estoy seguro. Después, como quien sigue su plan memorizado, me miró y me habló. Fue la primera vez en muchos días:

—Caribarbo, por fin le empieza su trabajo.

Yo no entendí. Él era el que tenía que empezar, muy pronto, en cuanto su padre se

muriera, y terminar al mismo tiempo, el punto fuerte de su vida. Antes tenía que hacer su hijo. La costumbre de la Casa era que el Hijo tenía que ser hecho cuando se moría el Padre, para que la cadena continuara pero, también, para que nunca hubiera tres eslabones juntos. En esos días me pareció que era un tributo al azar, que en tantas cosas les importaba tanto: si el tercero nacía en vida del primero, ya se sabía que estaba sucedido; en cambio, si explícitamente tenía que esperar que se muriera el primero para intentar nacer, entonces la sucesión se hacía riesgosa. Me sorprendía, porque padre Anselmo nos había dicho que el poder existe para que el azar desaparezca, y que el mundo rebosaba de ingenuos que creían en la suerte hasta que nuestro Señor les reveló la historia verdadera; después entendí que no era un tributo a la casualidad sino una forma de evitar la tentación de que el primero se saltara al segundo y se hiciera suceder por el tercero sin más intermediarios.

Oscar había pasado, estaciones atrás, la Prueba de la Madre, una de las ceremonias más bárbaras, que tampoco vale la pena reseñar, y su prometida, la futura Madre del Hijo, esperaba en un cuarto del otro lado de la Casa, dispuesta a ocupar el cuarto de la madre de Oscar en cuanto el Padre se muriera. Ahí, de inmediato, Oscar tenía que fornicarla para reproducir su estirpe. Y después, por supuesto, al día siguiente, salir a la explanada de la Casa y subir a la tarima, con el cuerpo de su padre atado al lado, para el momento que todos esperaban. Yo sabía que Oscar todavía no había decidido la forma de su tiempo; tenía que terminar de hacerlo en los días que quedaran de agonía. Pero volvió a insistir:

—Empieza ahora, caribronco, usted: para eso tanto tiempo lo vengo soportando.

Oscar se había levantado y, con un par de gritos, echó a todos; una biógrafa se levantó refunfuñando y quiso decir algo sobre que ella sí podía: vio los ojos de Oscar y no dijo más nada. Quizá pensó que no era difícil imaginarse lo que estaba por pasar, y que lo contaría como se le antojara. Oscar se me acercó y volvió, después de tanto tiempo, a reformarme la cara con sus manos: me agarró con todos sus dedos mis labios para apretármelos y hacérmelos más gruesos, como una boca de ellos. Me dijo:

—La cara se la puedo hacer y se deshace, caritozudo, usted; pero la boca sé que sabe tenerla bien cerrada, y que sabe escribir, y también puede. Si la cara no puedo, le puedo contar todo, para que alguien lo sepa. Le voy a dar la historia, cariterco, para que usted sea yo si yo no puedo.

No me dio lugar de preguntarle nada. Sólo tuve el tiempo de buscar mis enseres, sentarme sobre mis pieles y empezar a escucharlo y tomar notas. Había puesto todas las luces de las lámparas de gas en amarillo tenue, como un amanecer que no se decidiera, y apagó la máquina. Entonces dijo: ya no hay más muertes bellas.

—Si hubiera, digo, caritorto, sería que tantas otras cosas no fueron sucediendo todavía.

Oscar hablaba sin descanso: yo escribía. Supongo que eligió dictarme porque, como Padre, tenía prohibido componer su historia. Pero también, quizá, porque yo podía guardarla en otro idioma. Y quizá porque, pese a lo que me dijo, ya sabía lo que

estaba por pasar y, entonces, sabía que sólo un forastero podría conservar su historia o la historia de la Ciudad y las Tierras. Si así fue, debo pensar que también previó mi fuga.

Creo que yo no había entendido qué era decidir el tiempo hasta el final, cuando Oscar empezó con su dictado. Oscar hablaba como quien recita una plegaria muy sabida: casi sin tonos, sin pausas, sin énfasis ni titubeos: el que describe lo que le está pasando ante los ojos si son imágenes que le pasaron muchas veces. Al principio, Oscar me contaba variado, como si no supiera bien por dónde ir. Después la fue encontrando y, además, se le iba yendo el tiempo: su padre se moría sin esperar ya mucho. Su historia se le armaba. Por momentos, su historia era una flecha; otros iba y venía, era sinuosa, enrevesada. Oscar se justificaba diciendo que así podía desplegarla en el tiempo de su padre Ramón;

—Son las órdenes de él, que se lo cuente. No me lo dijo, pero son sus órdenes. Y así, yendo y viniendo, caribrusco. Tiempo perfecto de mi padre Ramón, digo, tiene mi historia, que los momentos son lo mismo y se equivalen.

Me decía, en un descanso para comer higos. Siempre fue muy fuerte la forma en que comía: muy ávido, comía. Yo creo que su historia era así por su propio vericuetto, los meandros de Oscar, y con el tiempo la justificaba: los tiempos sirven para eso.

—La fuerza, carimurno, es eso que sólo sirve cuando es tanto: si es tanto no es preciso usarlo. El cóndor no contesta al comadreja cuando pavote lo provoca.

Decía Oscar, recostado en sus pieles, y me miraba y levantaba las cejas casi nada, como si me dijera fíjese, quizá con esto que le digo por fin entienda lo que no quiso entender en todos estos años. Yo sabía que no lo decía en serio: me provocaba para que yo pusiera más celo todavía en la escritura. Aunque supiera que no era necesario.

—El cóndor, se lo dije, lo mira con desprecio. Pero si el comadreja se propasa, el cóndor lo mira con desprecio, aletea dos veces y le hace el homenaje de matarlo.

Parábamos para los higos o bebidas, pero sólo un momento. De vez en cuando, en esos dos días en que habló para contarme todo, Oscar cambiaba los colores de las luces de gas. Yo no terminé de saber por qué el verde servía para la historia del bastardo Juanca, el amarillo más intenso para su nacimiento, para su aceptación un rosa desmayado. Dos o tres veces, Oscar se interrumpió y salió a ver cómo estaba su padre; cuando volvía, cada vez, estaba menos gordo, menos abandonadas sus carnes a los caprichos del espacio, y, cada vez, traía una sonrisa dura, que nunca le había visto. La segunda estuve a punto de preguntarle si esperaba esa muerte con deleite, o al menos con alivio; no se lo dije: me habría contestado que no, que no fuera pánfilo, que cómo le preguntaba semejante cosa, y me habría dado unos azotes, porque era la única respuesta que podía, y si me hubiese contestado que sí, me condenaba. Me callé: mi silencio estaba muy distinto. La noticia de la agonía de su padre Ramón y, más que nada, las historias que me estaba contando me habían sacado de mi estado.

Al final del primer día, cuando me dijo el sacrificio de las mujeres en la plaza del

Mercado, le pedí que me dijera qué iba a pasarme cuando él fuera el Padre. Me dijo que seguramente entonces nadie se acordaría de buscarme: yo, que siempre le entendí sin palabras, me dejé confundir por estas y creí que me decía que no me preocupara. Oscar siguió dictándome.

—La cara de Raquel no era como otras caras, le digo, no sé por qué mirando. En su cara sus ojos eran nimios: su encanto siempre fue que sus ojos no molestaban a los ojos de enfrente.

Oscar me sorprendía: me contaba las historias con detalles que no podía conocer y era capaz de entenderlas con una astucia que nunca había mostrado.

—Sus ojos en su cara eran el tajo negro que le miraban para adentro, carifrío: no atacaban.

Yo trataba de anotar todo lo que decía: era la planta inmejorable, el organismo que sólo se movía por las palabras de su dueño. Después, ya fuera de allí, cuando volví a copiar lo que me dijo, arreglé alguna cosa, pero no dejé de lado nada de lo que le habría importado. En verdad, no cambié casi nada de lo que me dictaba; quizás un par de historias en las que, nervioso por el momento y la espera y la muerte de su padre, dijo algo que seguro no quería decir. Quizás, alguna vez, tuve que aclarar algún detalle, o agregar un paso que se le había perdido. Está, en esas notas, todo lo que él quería, y está en la forma que él habría querido. Es cierto que, en nuestro idioma, no todo suena como debería: he tratado, de todas formas, de respetar con mis anotaciones, cuando pude, el tono un poco bárbaro, borbotado, de su voz atiplada. Es lo menos que le estoy debiendo; él me dictaba:

—El bastardo volvió a la carga: desatado, estaba, álgido. También estaba tonitronante y bien pletórico, caricenizo, y, la verdad: bonito estaba. La bola de esa nieve que se cae con la fuerza, rugiendo, sibilante.

A Oscar se le iluminaban los ojitos cuando hablaba del bastardo Juanca —el que podemos llamar Juanca. Le dije que por la descripción que hacía del bastardo, él se le parecía, y él me dijo que nadie podría parecerse. Juanca no tenía nada y consiguió todo para todos, me dijo, casi con unción: nos despojó para darles lo que ellos querían más que nada. De mí, me dijo, en cambio, quieren que siga la costumbre: es duro para un hombre ser sólo una costumbre.

—Yo no sé si eso puedo, caritorvo: casi ni sé si quiero. El tiempo de mi padre, saben todos, fue perfecto de más.

Me dijo y, por una vez, me pareció que estaba hablando muy en serio. Esa noche, la madre de Oscar entró en nuestro cuarto mientras él estaba de visita en la agonía de su padre; me miró, volvió a mirarme y me dijo que lo iba a esperar. Se sentó, sin cuidado, en las pieles de la tarima de su hijo; yo le empecé a decir que no era su lugar, y ella se apuró a interrumpirme.

—No por piedad, le digo, sino por nuestro viejo odio.

Nunca me había hablado tan franca. La madre estaba a punto de perder su lugar; en cuanto el padre Ramón se muriera iba a ser reemplazada por la madre del nuevo

Hijo, y ella tendría que irse a un cuarto lejano, oscuro, del que sólo iba a salir dos o tres veces antes de morir. Pero parecía más decidida, más tranquila que nunca. Quizá ya supiera el desastre que estaba por llegar; no sé por qué, me pareció que ella sabía, y que saber que ya llegaba le daba mucho ánimo.

—No por piedad; si le dijera por piedad, seguro no me cree. Pero yo sé, y le digo: en cuanto mi hijo declaró su tiempo, a usted lo matan. En cuanto, o acaso un rato antes, quién sabría.

Yo quise preguntarle por qué, cómo sabía, por qué me decía esto. La madre se sonrió, me dijo que aunque no pareciera ella sabía tantas cosas, y también sabía hacer como si no supiera: que ese había sido su trabajo, pero que ahora ya no tenía ninguno. Y que sabía porque ella conocía al preceptor de Ramón, muerto cuando su padre, Héctor, se murió. Y que sabía que no había sido un error.

—Digamos que por odio se lo digo, o lo que sea. Digamos que porque sé que sirve que lo sepa.

La cara se le había puesto sin pudor jocunda. Las luces violeta de las lámparas le daban un color de pudrirse que le favorecía la expresión. Yo me di cuenta de que no me mentía: podía ser que me lo dijera para hacerme intentar una fuga y sacarme del medio o para hacerme intentar una fuga y caer en la trampa o para gozar mi miedo ante la amenaza de la muerte, pero no me mentía. Ahora ya no. Entonces me di cuenta de que Oscar no me había dicho lo que yo creía: me dijo que era mi momento de escaparme. Que nadie se acordaría de buscarme, me había dicho. No era solamente una respuesta a mi pregunta. Vaya a saber por qué, mi dueño me ordenaba que me fuese.

Oscar tardó mucho en volver: su madre ya no estaba. Cuando lo miré, estuvo a punto de decirme que su padre estaba más bien del otro lado, pero se calló, se volvió a sus papeles y siguió su dictado:

—Usted no sabe, pero voy a llevar a verlo mi cuchillo. A mi padre, cuchillo. Si estuviera perdido, su forma de pescado, no podría llevarlo ahora a verlo, caribasto. Y en tanto que todo tiembla, con chimangos o grutas, yo voy a llevarlo para decirle sin decirle que lo sigo.

Era extraño: en sus palabras, Oscar se dirigía a mí, pero yo no existía. Oscar miraba un punto fijo más allá, seguía con los tonos monocordes, hablaba para quién sabe quién, y yo que lo anotara. Lo había conseguido: yo era necesario pero no existía. Ya estábamos muy cerca del final; Oscar se volvió al tema de su tiempo.

—Puede que no lo entiendan todavía; son más que nada tirifilos; yo les voy a ir diciendo. Difícil me va a ser, caricarón, con semejantes, pero soy de decirles que me di cuenta de que nosotros, padres, esfuerzos y otros esfuerzos hemos hecho y no supimos darle el ritmo.

Yo no había entendido qué era declarar el tiempo hasta el momento en que mi dueño empezó con su dictado. No conocía los distintos tiempos de los otros jefes de la Ciudad y las Tierras, y no sabía que pudieran ser tan diferentes. Al principio me

quedé fascinado, y me pregunté cómo podían estos bárbaros hacer lo que nosotros no podemos. Después, de a poco, fui cayendo en la cuenta de que era monstruoso. Estos pobres fulanos estaban tratando de suplantar a nuestro Señor, que es el único que puede decidir tales cosas. Me parece que un verso que nos enseñaba el padre Anselmo decía algo de eso:

... el tiempo es uno y nadie lo domina  
y lo que está detrás no está delante;  
vana es la tentativa, y repugnante,  
de destejer lo que el Señor combina...

Pero él nos lo aplicaba cuando faltábamos a una misa o nos adormecíamos en las novenas. En cambio, estos bárbaros se lanzaban a semejante intento sin continencia alguna. Es cierto que en todo el tiempo que estuve con ellos no noté que el tiempo de Ramón cambiara nada: el tiempo corría como siempre y lo que estaba detrás no se puso adelante. Pero ellos creían que eran capaces de destejer las verdaderas tramas y, sólo porque tanto lo creían, su engaño los condenó a lo que estaba por pasarles. Hacia el final de su dictado, me armé de valor e interrumpí a Oscar para decirle que su pretensión no era solamente vana: que, además, se estaba hundiendo. Que cualquiera que quisiera suplantar a nuestro Señor se hundía sin remedio. Oscar se rió y me dijo que yo estaba escuchando toda la historia de sus mayores y que si los veía muy hundidos. Yo me callé, como quien dice que las palabras no alcanzan para tal tarea. Después él me siguió dictando y, en un momento, habló de revelar a sus gentes la existencia de un dios por encima de todo. Quizá pensaba de verdad que estaba por hacerlo; quizá trataba de engañarme porque no quería que nadie sospechase lo que haría en verdad. Me asusté: si Oscar declaraba un dios en vez de un tiempo nadie dudaría de mi culpa, porque todos sabían que yo había seguido fiel a nuestro Señor. Me buscarían, me matarían. Aun si no fuera cierto lo que dijo la madre, tendrían la mejor razón para acabar conmigo. Pensé que ese podía ser el gran final de sacrificio que mi misión se merecía: me pregunté si encontraría el coraje de afrontarlo. Y me ilusioné, pensando en la grandeza del gesto de mi dueño. Si lo hubiera hecho, nada de lo terrible habría pasado. Pero su corazón rebosaba de odios.

Poco más. Esa noche llegó, justo antes del amanecer, el consejero Joaquín para decirnos que Ramón se había muerto. No era una noticia. Oscar le dijo que se fuera; hacía una o dos horas que había terminado de dictarme. Justo antes de terminar, me dijo: mi padre ya se debe haber muerto, y no me dicen. Vaya a saber qué estarán esperando. Después me dijo que ya había hecho todo lo necesario y que ahora yo era como un cuenco de él: que me cuidara de no derramarme y derramarlo.

—Me parece que ya hizo aquí todo lo que debía, Jushila, le encarezco.

Me dijo y me agarró la cara. Era la primera vez en muchos años que me decía Jushila y, por una vez, me acarició la cara brusco pero sin el intento de cambiarla.

—Ya está, ya la tiene reformada todo lo que debía.

Me dijo Oscar, mi dueño, más que nunca obeso, y salió hacia el pasillo con un



saltito de costado. Otra vez, como antes, le entendí sin palabras que había llegado el momento de escaparme para poder, alguna vez, contar su historia.

Esa tarde, poco antes de que cayera el sol, aproveché la confusión que giraba en la Casa para escapar por la guardia del sur. Oscar había salido del cuarto bien temprano: me había dejado solo, seguramente para que me fuera. Yo me había afeitado mi barba, sacado mi ropón de tela parda y untado el cuerpo con cremas para que me brillara más oscuro. No creo que pareciera uno de ellos, pero tampoco era yo mismo. El guardia estaba muy ocupado vigilando que no entrara nadie desde la explanada, donde ya se había empezado a juntar gente para asistir, al otro día, a la declaración del tiempo: un hombre que saliera no era su problema. Sería, si acaso, un mensajero: yo estaba, como ellos, en pelota, y llevaba un zurrón con mis escritos, unas piedras brillantes que debían valer algo y mi tela enturbantada, como todos en ese día de duelo. En su código, el turbante significa desinterés del mundo, y quiere decir que el mundo, en ese momento, no existe, hasta que el nuevo jefe les diga qué forma tiene el tiempo que va a regirlo de ahí en más.

Ya en la explanada miré, por segunda vez, la Casa desde afuera; la había visto, la otra, muchos años atrás, aquella noche, cuando me trajeron. La Casa era en verdad impresionante, con sus formas caprichosas y sus paredes de piedra despereja para simular la rugosidad de una montaña; su forma de media luna abrazaba la explanada y se imponía al espacio de adelante. Faltaba toda una noche hasta el momento, y no me pareció prudente quedarme ahí esperando.

Tengo recuerdos raros de esa noche larga. El estupor de ver por primera vez esa ciudad de la que yo sabía más que nadie, cuya historia me llevaba guardada en mi zurrón. La Casa no, pero todo el resto me pareció más chico que en el relato de mi dueño. Era una noche extraña. Estaban todos en la calle; en sus caras estaba esa nerviosidad de cuando alguien va a escuchar palabras que deciden mucho: como quien espera que el padre confesor le imponga la debida penitencia, o que el médico le anuncie las formas de su mal. El padre Anselmo decía que las palabras pueden ser de dos tipos: las que confirman lo que ya se sabe y las que informan lo que nadie sospecha, pero que estas últimas sólo pueden venir de nuestro Señor. Yo no sé: no lo creo. Me parece soberbia creer que uno no puede aprender nada de los hombres, aunque es cierto que las más de las veces alguien dice lo que el otro ya sabe que va a oír. Pero el padre Anselmo decía que el entendimiento de los hombres es limitado, y que nunca sus novedades pueden ser en verdad novedades; que toda novedad que les parece no lo es para nuestro Señor y que, entonces, sólo de él puede venir lo nuevo. Yo no estoy muy seguro o, si acaso, no era así aquella noche: todos esos hombres y mujeres, tan nerviosos, esperaban una novedad de aquel que había usurpado el espacio que sólo nuestro Señor puede ocupar. Me pareció curioso, entonces, cuando no entendía, que nuestro Señor a veces se dejase usurpar.

Caminé por las calles de luces de colores. Era extraño. En las esquinas, hombres y

mujeres hablaban a los gritos, desmedidos. Hacía tanto que no veía esa clase de gentes; por un momento compadecí a mi dueño:

—Un tiempo de pasarlo muy despacio, como si a cada tumbo se rompiera, les digo, nos va a dar.

—¿Y eso de qué, chuchurrito, nos vendría sirviendo?

—Muy fácil, como digo: para que lo sepamos y apreciemos y no desperdiciemos nada.

Decía un soldado viejo, agitando la mano sin sus dedos.

—Nada, de eso nada, muy záfiro: va a ser un tiempo que para pasar tenga que pasar todo dos veces, y entonces vamos a poder hacer todo muy bien, cada vez corregirlo y mejorarlo.

Decía una mujer bastante joven, de carnes desbordadas. Otra, más vieja, la miraba con sorna:

—Un tiempo así, mis gallinazos hasta que nazcan y que estén nacidos van a dar muchas vueltas: la ruina, mejorada.

—Tiempo no es para gallinazos, chichipía. A ver si se esclarece con mirarnos.

Dijo la opulenta, y le escupió muy cerca de los pies. El soldado tenía una mueca amarga.

—¿Y así, supone usted, le digo, les vamos a ganar la guerra?

—Así, supongo yo, de todas las maneras.

Decía la mujer abundante y tres o cuatro alrededor la jaleaban y levantaban sus vasos de maleable, gritaban y bebían. Más allá, no mucho más allá, un grupo de hombres y mujeres bailaban y se tocaban mucho; algunos fornicaban. Todos fumaban, como en la Casa, sin parar: nadie nunca fumaba en las historias que contaba Oscar, por lo común que era. Más allá, un hombre que parecía lo que llaman personas, un noble de la Casa, arengaba a diez o doce subido a un taburete.

—No es el tiempo que viene lo que nos va a cambiar, sin las dudas, sino cómo lo usemos. Les grito: sino cómo lo usemos. Padre puede decirnos el tiempo que le venga y nosotros, si sabemos usarlo, va a ser bueno.

Desde abajo, los diez o doce le gritaron y lo escupieron sin mayor entusiasmo. Un hombre muy redondo y rudo, sin un diente, le dijo que parecía la vicuña del bastardo Juanca.

—Con su respeto por el Padre igual de tan mojado. ¿Para qué tener un Padre que nos decide el tiempo, si no queremos que el tiempo nos decida?

El redondo se calló de pronto, como si se hubiera sorprendido por lo florido de su frase. Tres o cuatro gritaron, aprobando. El noble se bajó del taburete musitando que con vulgos no se puede. Después, ya abajo, les gritó que le gustaría ver qué harían si no tuvieran un Padre que les diera el tiempo. Hacía calor y me dio hambre. A los gritos, muchachitos vendían unos frascos de colores con perfumes: los frascos tenían forma de frutas o de mujeres gordas. El olor en la calle era tremendo: mezcla de pajaritos en la brasa, sudor de perros, excitación de hombres, mierda de todos, miedo

y ahora los perfumes. Me di cuenta de que, durante años, no había olido más que los olores que nosotros hacíamos, en el cuarto, y que el mundo estaba lleno de brutales. En otra esquina, sobre una tarima, un hombre atado a un poste agonizaba, con muchos pinchos clavados en los brazos y piernas. Me paré a mirarlo: me resultó terrible que no dijera nada. Por un momento pensé en volver a la Casa, recostarme en mis pieles y esperar lo que fuera. Me faltó coraje y, sobre todo, llevaba mi misión apretada en la bolsa. Caminando entre grupos que discutían o bailaban llegué hasta la gran avenida que va desde la explanada de la Casa hasta la puerta del Oeste. La avenida estaba repleta de gentes que iban y venían de ninguna parte, despacio, arrastrando las piernas, como se mueven los que esperan. Miré al cielo, pensando que sería bueno que lloviese.

En la puerta de uno de los edificios de tres pisos sobre la avenida un hombre trataba de gritar más fuerte que el rumor para ofrecerse:

—¡Aquí, en nuestra casa, cabizbajos, todo se les levanta! ¡Aquí, sedientos, las mejores cocciones!

Entré en una especie de taberna: era muy tarde por la noche pero estaba abierta y repleta de hombres que bebían y cantaban. También había mujeres, casi tantas. Los que hablaban seguían con el tiempo. Estos bárbaros se pasan años sin pretender nada, esperando el momento en que un padre se muere para que ahí, quizá, si el nuevo padre quiere, la vida pueda empezar a serles diferente.

—Si Padre decide un tiempo en que todo es mejor cuando termina, les digo, es la manera de ganar la guerra.

Decía un hombre muy atildado, anciano, con la piel brillante por aceites, a tres hombres con túnicas blancas, que debían ser comerciantes de perfumes:

—La guerra no es lo mío, maestro: mi punto es ver un tiempo que sirva para caravanas.

—Un tiempo, digo, como el de Padre Andrés: que todo vaya y vuelva muchas veces, como las cargas que mandamos.

Dijo uno de los de túnica, y otro, que tenía anillos de oro en cada dedo, lanzó la risotada:

—¿Por qué no el mismo tiempo de este Padre Ramón, queremos, si tan bien nos servía? ¿Por la avidez de probar uno nuevo? Muy pánfilos, queridos: eso dejárselo a los desesperados, que siempre esperan algo.

Un chico con la cara muy sucia me trajo una jarra con su líquido turbio, amarillento, que tomé de unos tragos. En la taberna no había mesas ni bancos: almohadones y pieles en el suelo. Me impresionó que, entre los parroquianos, varios tenían piernas o brazos menos. Me pregunté si era la guerra. Los hombres se quedaban en las pieles; mujeres caminaban. Yo me despatarré para mirarlos, pero se me perdía la mirada. Cada farol tenía un color distinto: es raro el color que da la suma de todos los colores, como un gris guarango. Uno de los mercaderes se paró y gritó, queriendo ser enérgico:

—Aprovechemos, esta noche, que es de aprovechar porque no hay tiempo.

Nadie le contestó; algunos lo miraron como se mira a un mono nadador.

—Ayer se acabó un tiempo, más que pánfilos, y mañana otro empieza. La noche de aprovechar es esta, yo les digo.

—¿Para qué, aprovechar, usted nos dice?

Le preguntó con desafío una mujer de ningún diente. Sonaron carcajadas y el mercader no supo qué decir: volvió a sentarse. Una mujer muy flaca, de huesos como nervios, se me acercó y empezó a acariciarme la rodilla. Yo traté de ahuyentarla, no se fue, y me parece que me quedé dormido.

Cuando empezó a salir el sol, en la explanada, éramos miles, con las cabezas con turbantes, y todos como anestesiados por la vigilia y por sus nervios. Yo me había acercado a un grupo de cuatro forasteros, al fondo, cerca del final; debían ser mercaderes y, entre ellos, yo parecía uno más. Uno de ellos, alto y espigado, vestido con una tela larga desde la cintura, intentó hablarme en el idioma de la Ciudad y le faltaban las palabras. Trataba de decirme, por lo que le entendí, que estaba sorprendido: que no le parecía que la Ciudad estuviera, como se decía, tan cerca del final. Yo le pregunté qué final y no entendí lo que me dijo: que un nuevo tiempo siempre era un final, o que el final de un tiempo, o que este tiempo llegaba con final y que, además, la guerra. De pronto, todos hablaban de una guerra que yo no conocía.

El ruido en la explanada era un rumor opaco: la voz confusa que se armaba con las miles de voces comentando, desordenadas por el miedo. El olor era espeso; un momento, se hizo el silencio y todos se callaron: a lo lejos, sobre la tarima, vi que Oscar ya había aparecido. A su lado su padre, sentado en una silla, muerto, muy erguido, y él, de pie, con una tela de ese azul que sólo jefes usan, envolviéndole el cuerpo.

Yo nunca había escuchado semejante silencio: el silencio suele estar hecho de ruidos muy pequeños, que se oyen y permiten descubrir que son muy pocos. Silencio suele ser cuando aparecen ruidos muy pequeños. Pero ese rato, en la explanada, ese silencio era el momento en que, después de la caída de la piedra, recordamos que hubo un segundo en que la piedra estuvo, antes de desplomarse, en equilibrio: la suspensión de todo movimiento. Silencio estaba hecho para Oscar, con el miedo: se iba a romper cuando él dijera sus primeras palabras. Cuando dijera, cada cual se sentiría más astuto y empezaría a entender lo antes posible y, me habían contado, para mostrar que lo entendía empezaría a sacarse la tela de alrededor de la cabeza y a ponerla en el lugar que creyera pertinente: para decir que el tiempo que venía le gustaba o preocupaba o exaltaba o resultaba intolerable. En el silencio las manos de todos agarraban la tela en sus cabezas, dispuestos a romperlo con el gesto.

Oscar, un momento, paseó su mirada por la masa de gente. Debía ser tremendo verlos todos, manos en la cabeza, las caras apuntadas a su cara, bocas abiertas, respiración cortada. Paseó, dos o tres veces, fue y volvió, y ya tenía que decir algo.

Todavía se callaba. Manos se acalabraban, prendidas del turbante. La quietud era extrema.

Después, mucho después, el sol ya estaba alto. Habían pasado horas: Oscar seguía parado en la tarima, sin moverse, mirando la masa de la gente en la explanada, y alrededor de su padre revoloteaban moscas. A lo lejos, me pareció que sonreía: apenas, un poquito, esa sonrisa sin humor que le conozco. Las manos habían caído de las cabezas, el rumor opaco había vuelto a instalarse y también había gritos: hombres se preguntaban qué pasaba, otros iban cayendo desmayados, lloraban, mujeres empezaban a insultarlo y alguien, al lado, las callaba a empujones. Oscar seguía parado sin moverse, sonriendo en su silencio.

Cuando el sol empezó a caer, muy pocos se habían ido de la explanada, Joaquín seguía callado y yo pensé que era el momento de escaparme. A mi alrededor arreciaban preguntas; los insultos no habían prosperado y lo que había, más bien, era perplejidad, consternación, mirar al piso y esperar todavía.

—Será que el tiempo de Oscar es de esperar hasta un momento.

Dijo un muchacho musculoso de dedos muy finos y manchados, que debía trabajar haciendo cosas de maleable.

—Y que en ese momento, de pronto, desde el lugar de la emboscada, atención, todo llega.

Dijo su amigo, parecido pero de dedos romos.

—Un gran tiempo para ganar sus guerras.

Me sorprendió que dos palurdos entendieran lo que yo no entendí de aquel a quien supe entender sin palabras, y me senté en el suelo, a seguir esperando. Si Oscar estaba actuando la forma de su tiempo no tardaría en hablar y decirlo: antes, seguro, de la noche. Pero quizá no fuera. Todos estábamos sentados; en la tarima, inmóvil, silencioso, Oscar no había dejado de mirarnos ni un momento, con la sonrisa congelada. Dos horas después, ya noche llena, Oscar seguía callado; en los rumores se mezclaron gritos y denuestos y yo pensé que de verdad tenía que irme.

Me pasé muchos días perdido en los caminos de las Tierras. Tenía mi zurrón de piedras y memorias y conocía el idioma: solía dormir en ranchos de salvajes, que me alimentaban y me trataban bien. Algunos me preguntaron qué había pasado en la Ciudad, si era verdad que se había muerto el Padre, si el Hijo ya lo había sucedido, si había declarado ya su tiempo. Yo les decía que no estaba al tanto, que venía de otra parte, y me preguntaba qué habría pasado en la Ciudad después que Oscar no declarara nada: qué quedaría de la Ciudad sin tiempo. En uno de esos ranchos me sorprendieron unas fiebres: dormité entre delirios unas horas o días que no supe contar. Cuando recuperé mi espíritu, los dueños del rancho se habían ido y, con ellos, mi zurrón con las piedras; mis apuntes, en cambio, que me habían servido de almohada, no despertaron su apetito.

Los salvajes me habían dejado una canasta con nueces e higos chumbos.

Comiéndolos volví al camino; tras semanas, me encontré con un hombre a caballo que me saludó al pasar en nuestro idioma. Yo no lo había hablado en tanto tiempo, y me costó trabajo contestarle; entre palabras y señas, pude entender que cabalgaba a nuestra villa y lo seguí, caminando a la vera, dos días más, hasta que por fin, tantos años después, entré de vuelta en ella.

No conocí, al principio, nada. No distinguí a nadie, y me daba vergüenza hablar con esa gente tan oronda y vestida con la que me cruzaba. Nuestra villa había crecido mucho. A mi paso se apartaban todos: yo estaba sucio y desgredado y es probable que oliera como bárbaro. Al cabo de unas horas de vagancia encontré la puerta del convento de donde mi padre me había sacado para llevarme a su destino heroico, y repiqué la aldaba.

El padre superior —que no era Anselmo: Anselmo se había muerto— simuló que se acordaba de mí y me aceptó, pero yo sé que no se acuerda. De todas formas, tenía poca gente: todos se le escapaban, y yo podía servirle para tener en orden los fogones. Me aceptó y, de vez en cuando, me regala una camisa que le sobra. Mi cocina reluce: es un cuarto cerrado y nadie me molesta. Y aquí estoy, como si todos estos años hubiesen sido una ilusión, un leve error de cálculo. Dejo poco estas paredes viejas; soy joven, pero nadie parece darse cuenta: mi barba está muy gris y mi cuerpo suele rendirse ante las fiebres.

Supe que la Ciudad cayó muy pronto en manos de los nuestros que, cebados, la arrasaron hasta los cimientos. Se cuentan y se cantan sus hazañas, pero nadie las cree: son siempre iguales, y sospecho que las relatan para que, dentro de muchos años, cuando estemos muertos, ingenuos que no conocieron estos tiempos las tengan por verdades apretadas: es su modo de confiar en el mañana. Yo sé que la verdad es otra: la Ciudad habría podido resistir a sus débiles ataques, como lo había hecho siempre, si Oscar le hubiese dado un tiempo. Pero Oscar temía ser lo que debía: siempre quiso ser otro. Habrá pensado que esa era la única manera. Sin tiempo, a sus hombres y mujeres, a sus soldados, les habrá faltado el espacio en que moverse; desorientados, deben haber sido presas fáciles. Sin tiempo ya no habría más Larga, ni límites para la vida ni formas comprensibles de la muerte. No creo que Oscar quisiera eso: querría, sí, romper una línea en la que no era sino un punto.

Quién sabrá: yo no, pero lo conocí mejor que nadie. En cuanto a su destino, se deshace: oí decir que lo mataron sus segundos al cabo de unos días de silencio, que quisieron obligarlo a hablar y fue el desastre, que cuando los nuestros sitiaron la Ciudad se suicidó parado en la muralla, que un consejero lo mató y entregó su cabeza a cambio de misericordia, que huyó disfrazado de pocera y vive preparando su retorno, como el bastardo Juanca. Es probable que no lo sepa nunca.

Ya queda poco: he contado mi cuento. Mi cara está más ancha. Alguna vez, si puedo, conseguiré que se conozca la historia de la Ciudad y las Tierras: no sé cómo. Aquí, en el convento donde nuestro Señor se dignó recluirme, vivo entre guisos, recuerdos y oraciones, y me basta. A veces me siento inquieto o confundido, pero no

me imagino en otro sitio; sólo me queda esperar que, con la muerte, Él me conceda una vida mejor, larga y ubérrima, con esa paz que, tras tanta busca, no he disfrutado todavía.

## Unas Palabras

Mario Corvalán-Ruzzi, el editor de *La Historia*, que recuperó estos escritos tanto tiempo perdidos, fue encontrado muerto en su casa natal de Buenos Aires en las primeras fechas de octubre de 1976. Una investigación somera dictaminó suicidio. Las investigaciones, esos días, solían ser someras.

Según parece, su hija Rosa, que me conocía como discípulo de su padre en su cátedra de Historia Americana de la Universidad de La Plata, trató de dar conmigo. Yo, entonces, estaba muy ocupado intentando solucionar ciertos problemas que al cabo determinaron mi larga residencia en España. Recién hace dos años, a mi vuelta, Rosa Corvalán-Ruzzi consiguió contactarme. Yo había sabido, por amigos comunes, de la súbita desaparición de mi profesor; debo confesar que, en esa época de pérdidas, su muerte fue para mí una de tantas.

Cuando nos encontramos, en enero de 1991, Rosa me contó algunos detalles del final de su padre. No me dijo cómo se había matado, y yo no me atreví a preguntárselo. Dijo que su suicidio los había sorprendido a todos —dijo «todos» bajando los ojos, como para que yo entendiera que esos todos habían sido muy pocos—, porque, si bien era cierto que había perdido recientemente el subsidio de una entidad estatal y que atravesaba dificultades económicas, se había pasado esos últimos años entusiasmado con los progresos de su investigación. «No le contaba nada a nadie, pero se lo veía dichoso», me dijo su hija. Yo, quizá para tranquilizarla, le dije que ni siquiera conmigo había querido hablar de su búsqueda, salvo para decirme que era sobre los indios calchaquíes y que era algo que bien merecía el empeño de una vida. Rosa asintió y me dijo que, dos meses antes de tomar su decisión final, su padre visitó por última vez tierra francesa, donde había iniciado, casi veinte años antes, su tarea. Y que, a su vuelta, lo notó abatido: que el hombre se encerró en su casa y pasó esos dos meses sin ver a casi nadie. Dijo «casi» con un arquear de cejas que trató de ser cómplice, como si yo tuviera que saber qué nombraba ese casi. Yo no sabía nada.

Conteniendo alguna lágrima —y tratando de que yo me viera que la contenía— Rosa me dijo que había guardado todo ese tiempo, sin saber qué hacer, cantidad de papeles de su padre. Rosa es una mujer sencilla, celosa de su casa y el bienestar de los suyos, y nunca se había interesado por ellos. Pero quería que los viera alguien que pudiera justipreciarlos.

El profesor Mario Corvalán-Ruzzi tenía, a la fecha de su muerte, 58 años. Nacido en General Lamadrid, provincia de Buenos Aires, el 13 de junio de 1917, se recibió de bachiller en el Colegio Nacional de su pueblo natal y tuvo, gracias a sus calificaciones, la posibilidad de cursar estudios de Historia en la Universidad Nacional de La Plata. Su tesis doctoral, sobre «El comercio entre las regiones del Tucumán y el Alto Perú en los siglos XVI y XVII: una aproximación» le permitió



continuar su carrera en la misma institución, donde revistó hasta su muerte, como profesor adjunto de Historia Americana. No era notorio. No creo que haya sido un gran historiador, y lo sabía; era, sí, probadamente laborioso. Leía con deleite a los clásicos franceses y españoles, pero supo mantenerse al tanto de las novedades historiográficas. Su único lujo fueron algunos viajes, emprendidos con excusas académicas. Sus simpatías socialistas eran confesas; también su nacionalismo. Sin embargo, las agitaciones de nuestro país en esos años lo encontraron demasiado enfrascado en su investigación como para tomar un partido. En lo personal, era de esos hombres que parecen no esconder nada porque no tienen nada que mostrar.

Ya desde principios de los años sesenta se rumoreaba que Corvalán-Ruzzi estaba dedicado a una investigación de tal importancia que sacudiría los cimientos de nuestra historia. No se sabía sobre qué trataba, pero esa aureola mítica rodeaba al hombre pequeño, regordete, de nariz aguileña y pelo renegrado, con rastros de algún ancestro muy criollo. Hacia 1970 se supo que tenía que ver con los indígenas que poblaron los Valles Calchaquíes hasta mediados del siglo XVII, pero no hubo detalles. Recién ahora, en realidad, la conocemos.

La caja que Rosa me entregó días más tarde era un tesoro. Sus miles de páginas mecanografiadas contenían la traducción que Corvalán-Ruzzi había hecho de *L'Histoire*, y todas las notas que la acompañan en esta edición. Algunas de esas notas, como el lector ya habrá observado, no estaban terminadas: he preferido publicarlas en su estado, llenas de sugerencias. Otras se mostraban tan larvarias que decidí ignorarlas. Otras, visiblemente, no habían sido emprendidas todavía: es el caso, sobre todo, del capítulo 5, que carece de unas anotaciones que habrían sido riquísimas. Muchas de sus hipótesis resultan osadas, y no parecen estar confirmadas por los materiales que él mismo nos presenta; sus postulados llegan a basarse, en algún caso, en errores cronológicos notorios. Corrió riesgos, y me parece justo que se noten.

Yo también, como él, soy una víctima de *La Historia*: he dedicado estos últimos años a preparar el manuscrito para su edición. Y yo también estoy corriendo riesgos. Aún hoy, después de tanto meditarlo, no me convenzo de que todo sea una farsa siniestra. Pero tampoco afirmaré lo contrario.

Junto con esos papeles no estaban —y tampoco sabía nada de ellos Rosa Corvalán— los volúmenes de *L'Histoire* que el profesor cita y traduce. Su biblioteca, me dijo Rosa, desviando la mirada, había sido vendida años atrás; sospecho que fue más por desinterés que por necesidad. Sí encontré, mezclado entre los papeles, un sobre blanco que Rosa no debe haber visto. Adentro había dos cartas: una, en el mismo papel oficio en que estaba mecanografiado el resto, contenía una carta manuscrita, muy corregida, con largas tachaduras, breve. Empezaba diciendo: «Que no se culpe a nadie de mi muerte, ni de mi error, si existe, y menos a Mathilde», y seguía: «Es esa carta que me dio: todo está en ella.»

La otra carta era un papel amarillento, escrito en francés con tinta parda y letra

muy menuda. Estaba firmada por Alphonse des Thoucqueaux, dirigida a Madame de Châtelet y fechada en mayo de 1767; entre banalidades que no vienen a cuento, destacaba, subrayada, una frase: «... tras todos estos años, ya casi termino mi historia de la Ciudad y las Tierras, y en dos meses más la daré a la imprenta. Creo que lo he hecho bien. Estoy muy satisfecho, aunque quizás en algunos puntos haya pecado por exceso; de todas formas, espero que sea el revulsivo que nuestra gente necesita para despertar de su culpable incapacidad...».

La frase estaba subrayada con la misma tinta negra con que Corvalán había garrapateado su carta: me sorprendió que el profesor hubiese profanado así un documento. En su propia carta, Corvalán seguía diciendo: «Desde que Mathilde me la dio, leí y releí muchas veces la carta fatídica. Creo honestamente que Thoucqueaux miente para conquistar a esa señora. ¿Pero por qué suponía que ella iba a creer semejante mentira? Yo, en todo caso, no tomaré cartas en el asunto: no seré yo quien destruya a esos bravos. Si existieron todo este tiempo, no seré yo quien los acabe. En la última hora; me pregunto: ¿será que si me muero para no matarlos, mi muerte será bella?»

El lector comprenderá mi perplejidad, y las dudas que tuve sobre el valor histórico del material que ahora le presento y la pertinencia de publicarlo. Finalmente, como se ve, decidí hacerlo, pero es una elección del todo personal. El lector sabrá determinar cuál es su juicio. Yo, al fin y al cabo, soy sólo un instrumento.

M. C.

*Octubre de 1998*

## **Notas a «La Primera»**

[1] **Liminar.**

Del Quijote en más, cualquier libro que se ampara en el hallazgo de un manuscrito debe pagar el precio del ridículo. Yo quisiera, por supuesto, evitar esa trampa. Y, sin embargo, esa es la historia de **La Historia**.

He pasado muchos años intentando evitar el paso que ahora doy. En la primavera de 1957 encontré este volumen en la biblioteca del castillo de Thoucqueaux, mezcla de austera fortaleza medieval y suntuosa garçonnière renacentista que se despliega a orillas de la Creuse. Hasta su explanada llega el rumor de los álamos y el aleteo de los cuervos; allí, esa tarde, Mathilde me confesó su ignorancia sobre el origen de ese tomo in-8º mayor. El ejemplar no tenía ninguna indicación de fecha o lugar de impresión pero, por su papel, obra y tipografía, parecía provenir de una imprenta estrasburguesa en los años que precedieron a la Revolución de 1789.

Bebíamos, y el sol empurpuraba. Mathilde, atenta y atractiva todavía, quiso ensayar una explicación, y se lanzó a un relato rebotante de detalles sobre la historia de un ancestro que, en lo mejor del siglo XVIII, se distinguió por su afición a los juegos salaces, al modelado de una sociedad utópica según ciertos principios de la Razón y al lanzamiento de empréstitos de dudoso respaldo y astronómica rentabilidad.

El grueso volumen in-8º, decía Mathilde, le había pertenecido. En efecto, las glosas y anotaciones de Alphonse des Thoucqueaux, en tinta ya parduzca, lo adornaban y se iban evaporando. Firme quedaba la tipografía redondeada, imperfecta, del título: **L'Histoire**, y después, en la segunda línea: **de Comment se sont Perdus les Règnes et Possessions**, y, en la tercera: **qui Couvrirent jusqu'au Temps**. Y, también firme, la firma que atribuía esta versión francesa de la versión española a la pluma del caballero des Thoucqueaux.

Al encontrarlo, un rato antes, en la biblioteca del castillo, el título podría haberme llamado la atención. Pero no fue lo primero que vi: abría libros polvorosos al azar y, al emprenderla con este, me saltó a la vista, hacia la mitad del volumen, el nombre demasiado conocido del bastardo Juanca —*Huanca*, en la versión francesa. Al cabo de unos minutos de recorrer el tercer capítulo de **L'Histoire** me había convencido de lo obvio: su contenido era el mismo —con diferencias que, más tarde, años de estudios precisarían— que el de uno de los títulos de mayor influencia en los movimientos revolucionarios de la modernidad: **La Destinée de la Révolte**.

Cuál no sería mi sorpresa y mi emoción. Un rápido, crispado examen me reveló que **La Destinée** era, dentro de **L'Histoire**, un capítulo más, perfectamente inserto dentro de su continuidad; a primera vista, se trataba de un hallazgo sensacional que restituiría a **La Destinée de la Révolte** su lugar dentro de un contexto histórico que

siempre fue muy debatido. Los ríos de tinta que *La Destinée* supo causar encontrarían por fin su cauce verdadero. Mi nervio era angustioso.

El volumen constaba de cuatro capítulos —entre los cuales el tercero famoso— y un apéndice documental extenso. Escrito en el mejor de los franceses, se presentaba como la versión preparada por Alphonse des Thoucqueaux del escrito de un monje español, José Luis de Miranda, que vivió hacia 1650. El fraile habría muerto en un convento de su pueblo natal, una villa americana que no logro identificar (ver cap. 5, pág. 926), dejando como único legado sus escritos. El caballero no decía nada sobre su publicación en castellano: del original español sólo quedaba, en la *edición Thoucqueaux*, un soneto que fray José Luis habría compuesto para encabezar su obra, siguiendo la costumbre de su tiempo. Sus ripios son casi sospechosos, y en ese momento no capté su sentido. Tardé mucho en entender que resumía con justeza ciertos caracteres básicos de la Ciudad y las Tierras:

«Bellos bellacos, macacos sin vello,  
que simulan cual si mulas ser humanos,  
tal cual si el mal pudiera ser lo sano  
y el bien, también, de la mentira el sello.  
Nada los daña, ni los años datan  
los días de sus varios calendarios.  
Vana barrera creen la del osario  
y el tiempo un ente que sus mentes matan.  
Medidos comedidos del espanto,  
tanto llanto los ciñe, tanto canto  
les disfrazan la faz, abanto manto  
torna sus diablos cuernos halo santo  
que es desamor su amor por mor de ira  
y, por ver si es verdad, vierten mentira.»

Pero todo el resto aparece en francés, o sea que el cotejo con el original es imposible. Sabemos lo que fueron las traducciones del siglo XVIII. Eran los tiempos en que el abate Marchena se permitía bautizar Hortensia a Mademoiselle de Saint-Yves, la protagonista de *L'Ingénu* de Voltaire, que en ninguna página del original responde por ese nombre. Pero a pesar de —o gracias a— su infidelidad, la versión de *L'Histoire* era tersa, de lectura agradable.

En la que empleé, febril, las dieciséis horas siguientes a mi hallazgo. Desde ese momento, nadie pudo sacarme de la cabeza mi misión: tenía que restablecer una edición completa de ese escrito, que arrojaría sobre la historia de la modernidad burguesa y sobre los propios cimientos de la historia de mi patria luces a todas luces nuevas y reveladoras. Tenía que encontrar la versión castellana original y reunir todas las fuentes documentales que completaran las que ofrecía ese tomo in-8°. Ahora bien, una sombra se cernía sobre mi labor: el libro de Thoucqueaux, insidioso, se presentaba como un mero volumen II y había en él referencias inequívocas a la existencia de un volumen I. Es posible que hubiera, también, un tercer volumen (ver más abajo).

Durante todos estos años los he buscado sin descanso. Si hubiera podido salir más a menudo de Buenos Aires quizá lo hubiese conseguido, pero mi situación y mi trabajo me lo impidieron muchas veces. Así que tuve que confiar en la buena voluntad de amigos y colegas por el mundo. Ellos, prestándose a mis requerimientos, buscaron para mí ese volumen I —y el tercero— en las bibliotecas más lejanas. En tantos años, sólo una vez creyó mi corazón que detenía su paso ante el hallazgo de lo más deseado. Sólo una vez me creí a la vista de la tierra prometida. Una vez nada más imaginé que la contradicción principal se había resuelto.

Culpable fue la antigua biblioteca de la Orden Templaria de los Caballeros de Malta, en el gran castillo que los albergó en La Valetta. Yo les había escrito y su respuesta, confusamente redactada, me hizo suponer la victoria. Durante los dos meses que pasaron en idas y vueltas del correo, creí que lo había encontrado. Cuál no sería mi desencanto al confirmar, tras tanto entusiasmo, que la antigua biblioteca no contenía, bajo el título ya conocido, más que otro ejemplar del volumen II, idéntico en todo —exceptuando, naturalmente, las glosas parduzcas— al que obra en mi poder gracias a la generosidad y el apoyo de Mathilde.

Fue aquel el único ejemplar de *L'Histoire* que —salvando el mío— pude encontrar en todos estos años —y los monjes malteses sólo condescendieron a enviarme, meses más tarde, un juego de borrosas fotocopias. Al mismo tiempo, molestaba también a mis amigos para que me buscaran una eventual publicación del original de fray José Luis de Miranda, en castellano: no pudieron dar con ella, ni con el manuscrito. La media res que poseía era espantable y fugitiva.

Meditando en múltiples oportunidades sobre las razones de ausencia tan insistente —ausencia que, lo sé, más de un colega esgrimirá para echar sombras sobre el valor y aun la confiabilidad de mi trabajo—, variedad de razones golpearon a mi puerta.

Minuciosos exámenes de la que llamaremos de ahora en más *edición Thoucqueaux* confirmaron mi primitiva presunción de su origen estrasburgués. En esta villa, capital de Alsacia, había en el siglo XVIII tres impresores cuyas máquinas podían haber producido estos volúmenes: los maestros Bundholz, Carrat y Rosenberg. Pero sólo el

tercero —según afirma en su estudio el erudito D. R. Revonay— solía aceptar trabajos cuya extrema audacia pudiera indisponerlo con el rígido control de la Corona y que saliera, por tanto, de sus prensas sin las identificaciones de rigor. No podía ser otro el caso de un libro que ampliara y completara el mundo de la ya entonces mítica *Destinée de la Révolte*, que, publicada en 1756 (ver nota 1, cap. 3), tenía la fuerza de un clásico.

Los estudios confirman y delimitan también la fecha de impresión. Considerando la clase de papel, las características tipográficas y otros detalles técnicos que sería prolijo enumerar, se puede concluir que la *edición Thoucqueaux* salió de los ingenios Rosenberg entre 1757 y 1772: el período en el cual el caballero Voltaire, finalmente instalado en su morada de Ferney, daba a las mismas prensas algunas de sus obras. Otros datos, que extenderé más adelante, me permiten arriesgar el año de 1768 como fecha de la publicación.

Circunscriptos así tiempo y lugar, momento y circunstancia, aparecen más claras las razones, antes aludidas, que pueden explicar la rareza casi absoluta de la obra. Descartada la hipótesis de la captura judicial por la ausencia de los testimonios jurídicos que no suelen faltar en estos casos, sopesé largo tiempo otras opciones. Entre ellas, la que más frecuentemente imaginé fue la posibilidad de que, en algún tramo del siglo XIX o —incluso— a principios del XX, el gobierno de nuestra nación hubiera dedicado los fondos que entonces no le faltaban a la formación de una intrincada red de agentes que se dedicara a recuperar todos los ejemplares de una obra que contradecía su versión de la historia patria. Durante años, esta fue la hipótesis que mejor satisfizo mis inquietudes, sin por eso terminar de apaciguarlas: mis nervios afloraban, y un psiquiatra me recomendó dejar por una temporada la búsqueda y estudio de *La Historia*. Es obvio que no lo hice.

No hace seis años que recibí la noticia y la calma. Al ordenar los papeles del sabio Revonay en su definitiva morada de Praga, sus nietos Milos y Ruth encontraron y me mandaron un informe, que sin duda llegó tardío a poder del erudito, del incendio que destruyó todo el depósito y buena parte de las instalaciones de la imprenta de Wyzn y Roszer Rosenberg, en la villa de Estrasburgo, el 10 de mayo de 1768.

Ya que, por las razones anteriormente expuestas, había concluido que era esta la más probable productora de la *edición Thoucqueaux*, imaginaré el lector con cuánto placer pude reconstruir el trayecto de un libro que, sin duda, resultó víctima en su inmensa mayoría del fuego que anidó en la sequedad de cartones y papeles como el rayo del Señor en la zarza del desierto, la chispa en la llanura. Así fue como la edición tan reciente de *L'Histoire* murió en el huevo, en mayo del 1768, mientras esperaba los lectores que nunca tuvo. Sin duda algunos ejemplares, distribuidos de inmediato a los más señalados, incursionaron en el mundo: fueron los menos. (Al respecto, nada me hubiera complacido más que confirmar ciertas sospechas

averiguando si la obra, como es de imaginar, le fue cursada antes del fuego al caballero Voltaire, y constaba en su biblioteca. Pero esta, comprada a poco de su muerte por Catalina la Grande de Rusia, descansa desde entonces en Leningrado, ciudad a la cual, por razones que el público infiere, jamás me fue permitido el acceso.)

Recibí la información de los herederos de Revonay, que me permitió desvelar el misterio de la rareza, a mediados de 1970. Calmada un tanto mi natural ansiedad, decidí entonces limitar en el tiempo la búsqueda del volumen I y del fantasmático manuscrito castellano. De más está decir que esta cuesta incansable no excluía el otro ala de mi tarea: el establecimiento del escrito castellano y su aparato documental. Previendo que la busca del original podría ser tenaz, empecé temprano la traducción de la traducción del caballero des Thoucqueaux y, dado mi fracaso, es esta la que el lector tiene bajo sus ojos.

Ahora, tanto tiempo después, empiezo a escribir estas líneas en mi casa de Floresta porque he decidido dar por fin este paso tan largamente postergado, que por todos los medios he intentado evitar: me he determinado a publicar, sin más espera, sin más compañía, mi versión del volumen II de ***La Historia / de cómo se perdieron los reinos y posesiones / que llegaron a cubrir el tiempo.***

Soy consciente de que esta publicación, forzadamente incompleta, no gozará de los olopeles ni los lauros que habría recibido la edición integral. Sin embargo, quiero concluir la antes de que sea demasiado tarde: no tanto por desesperanza —ya que no abandonaré, ahora menos que nunca, la busca de más información y documentos— cuanto por reconocer, sin ninguna ínfula, la importancia de lo que aquí se entrega. Por eso cualquier postergación constituiría de ahora en más un incalificable perjuicio, un crimen, en fin, de lesa sabiduría.

La espera y lo esperado son tan diferentes. Compruebo, en una lectura postrera, que en estas páginas no están —casi no están— las tardes y las noches en que buscaba irredento su sentido. No están: hay, supongo, otras cosas. Otros sabrán decírmelo.

## **ESTA EDICIÓN**

Como queda dicho, esta edición se basa en el volumen in-8º de la biblioteca del castillo de Thoucqueaux de ***L'Histoire / de Comment se sont Perdus les Regnes et Possessions / qui Couvrirent jusqu'au Temps*** (Rosenberg, Strasbourg, 1768) y fue cotejada con su similar de la Biblioteca Templaria de La Valetta. Sus anotaciones me pertenecen y podrían dividirse en dos clases:

- a) las notas que he podido estructurar a partir del material documental que aparece en la ***edición Thoucqueaux***;
- b) las notas de mi cosecha, provenientes del amplísimo corpus teórico que se ha



venido acumulando sobre el tema, y de mis investigaciones personales.

En cuanto a *L'Histoire*, he preferido mentener su orden y gramática originales, aun a riesgo de crear alguna incomprensión. Innumerables problemas de traducción se me fueron presentando en el curso de mi trabajo: sobre muchos de ellos encontrará el lector cumplida información en estas notas. **El lector deberá hacer gala de cierta paciencia: las notas le aclararán los aspectos más turbios o recónditos. Pero, por supuesto, son accesorias: puede no leerlas o leer sólo algunas. No a todos les interesa todo y cada lector se encargará de decidir qué prefiere.**

El escrito es, a veces, de una vulgaridad aplastante: debe recordarse, en todo momento, su calidad de documento histórico. En general me he privado de mejorarlo, aunque en algún punto, aquí y allá, me he dejado llevar por mi amor —nunca correspondido— de la belleza. **Para la mejor comprensión del conjunto, se sugiere al lector que lea cada capítulo de corrido y, después, si lo desea, cada bloque de notas de la misma manera. O sea: en su orden.**

O no. <<

[2] «**La primera**»: *La Historia* se divide en 5 capítulos que hacen inequívoca referencia a las 5 horas que conformaban el día en la cultura de Calchaqui. Falta, como queda dicho, el capítulo 5: su ausencia me ha hecho sospechar que existía también un volumen III, tan huidizo como el I. He decidido incluir, como capítulo 5, el relato autobiográfico de fray José Luis, que puede reemplazarlo ([ver nota 45, cap. 4](#)).

El conjunto del relato pretende abarcar lo sucedido durante el día en que Ramón, soberano de la Ciudad y las Tierras y padre de quien se presenta como su sucesor y nuestro narrador, Oscar, agoniza y muere. No estoy seguro de que esta división en capítulos según las horas del día no sea un agregado posterior, probablemente del caballero des Thoucqueaux.

El día se dividía, entonces, en 5 horas:

Primera: de 6 a 12: desayuno y trabajo.

Segunda: de 12 a 14: pequeña comida, siesta.

Tercera: de 14 a 17: trabajo.

Cuarta: de 17 a 21: esparcimiento y cena (comida principal).

Quinta: de 21 a 6: noche.

Por supuesto, estos horarios son aproximativos, y variaban según las estaciones. En cualquier caso, el 5 no es casual: es el número por excelencia en la cultura que nos ocupa.

La cultura de la Ciudad y las Tierras manejó un sistema de numeración considerablemente más simple que la mayoría de sus vecinos contemporáneos. En una civilización de la técnica, con un lugar preponderante para la maquinística, no había espacios para las fantasiosas numeraciones cromáticas de los Lules o la numerología animal Comechingona. El sistema era, en efecto, austero y cristalino. La unidad acepta sólo cuatro posibilidades:

a) el Gran Uno: se aplica a las cosas que no pueden sino ser una: sol, luna, madre, Padre, propio miembro, memoria cierta de un hecho muy preciso.

b) el Uno: se aplica a las cosas que son unidades en sí pero podrían ser numerosas: Padre, una pera, una vaca, una cama, un forastero, un fornicio, una copa.

c) el Uno Vario: se aplica a las cosas que forman unidades hechas de más de un elemento: un racimo de uvas, una casa, un batallón, un hombre de la Ciudad y las Tierras, Padre, una laguna.

d) el Uno Diviso o Falso Uno: se aplica a las cosas que forman una unidad que es parte de una unidad en sí: un pedazo de pan, un rato, un cuadrado de tierra, un súbdito de Padre, Padre.

El par, por supuesto, acepta tres:

a) el Gran Dos o Dos Fatal: se aplica a las dos cosas que sólo pueden ser dos, y se divide a su vez en:

— el Dos Fatal Perfecto, que se aplica a las dos cosas que sólo pueden ser dos y son contrarias: las manos, el flujo y el reflujo, un golpe y su dolor, los que fornican para un chico.

— el Dos Imperfecto Fatal: que se aplica a las dos cosas que sólo pueden ser dos y son iguales: los hermanos gemelos, las orejas, los enemigos en una batalla clásica, las dos repeticiones del estribillo de una canción de vicuñeros. (Se discutió mucho acerca del carácter de los ojos. Un sabio Jaime, de los tiempos del soberano 17, Raimundo, sostuvo que eran demasiado obviamente opuestos para no ser en realidad iguales, y que formaban un Imperfecto Fatal. El argumento era tan pobre que tuvo gran éxito inmediato y después fue rebatido por generaciones. Finalmente cayó en el desuso.)

b) el Dos Igual: se aplica a las dos cosas semejantes, que podrían ser muchas o una sola: dos uvas, dos vicuñas, dos coitos, dos números dos.

c) el Dos Distinto: se aplica a las dos cosas diversas, unidas por el capricho del momento: un perro y una cadena, un perro y una casa en los campos del sur, un perro y un amigo del enunciante, un perro y un recuerdo, un perro y la lluvia (sin ser, por supuesto, necesario que uno de los dos términos sea un perro).

El tres, sorprendentemente, acepta un par:

a) el Tres Igual: se aplica a las tres cosas semejantes: tres uvas, tres vicuñas, tres coitos, tres números tres.

b) el Tres Distinto: se aplica a las tres cosas diversas: un perro, una cadena y una casa en los campos del sur; un perro, el amigo del hablante y un recuerdo; un perro, la lluvia y la comida del día anterior; un perro, una mujer oliéndolo y el proyecto de cazar chinchillas (sin ser, por supuesto, necesario que uno de los tres términos sea un perro).

El modelo binario del Igual y el Distinto se aplica, de ahí en más, al resto de los números conocidos. Lo cual en realidad equivale a resignar la posibilidad de describir con números, en aras de una funcionalidad más eficaz.

(Huelga decir que, a partir del tres, los Números Distintos pueden verse invadidos por incrustaciones de Números Iguales, esto es: no hay ninguna razón para que no aparezcan, por ejemplo, un perro, la cáscara del higo y otro perro, o, en un caso mayor, un perro, una vicuña, un grito del vicuñero, otro perro, el mal humor del

vicuñero. Los puristas sostenían que estas colusiones rompían el Número Distinto y lo dividían en un Igual y un Distinto —en este último caso, un Dos Igual de perros, y un Tres Distinto de vicuñero, su grito y su mal humor. Pero el lenguaje vulgar, en una búsqueda de eficacia inmediata, tendía a dejar de lado estas precisiones.)

El sistema, como queda claro, es globalmente pentesimal. La unidad básica es el cinco (5). En la cultura de Calchaqui, cinco son los dedos de una mano, de la otra mano, de cada pie, las horas del día, los orificios de la cara, los orificios penetrables de las meretrices, los puntos cardinales, los ríos que cierran las Tierras, los miembros del hombre y tantas otras cosas. La base de la organización social es cinco veces cinco veces cinco: cientoveinticinco es el número de los primeros «personas» —aristócratas—, los que acompañaron al Padre Alberto en la toma y refundación de la Ciudad. La cuenta de lo numerable acaba en cinco a la quinta (3125). Después viene Muchos. Hay dos:

a) Muchos que se sabe: se aplica a muchos que se podrían contar, si valiera la pena (con la premisa de que no). Son casi todos, para tranquilizar las conciencias.

b) Muchos que ni nunca: se aplica a los muchos por esencia incontables. El caso emblemático, que se usaba como primer ejemplo, son las gotas de agua que forman cualquier agua natural.

En su **edición**, Alphonse des Thoucqueaux pide disculpas al lector por no transcribir en su versión francesa las diferentes categorías de los números (por lo cual nosotros nos vemos en la imposibilidad de hacerlo a nuestra vez: las conocemos en teoría pero, por la incuria de Thoucqueaux, nos vemos privados de conocer su práctica). El caballero se disculpa pero, petulante, sugiere que, en realidad, el lector debería agradecerle por salvarlo de semejante engorro.

En la **edición Thoucqueaux** cada capítulo lleva —además del título horario— un a modo de subtítulo, tipografiado en bastardilla. Está claro que no forman parte del escrito original sino que son un agregado del traductor francés. En este primer capítulo, la leyenda reza: *Dónde se explica por qué la suavidad del higo chumbo es capaz de imponerse a los crujidos y astillas de la nuez.* <<

[3] «**las que pueden morirse con mi padre**»: no hay que dejarse engañar por la barbarie aparente de este párrafo. Si bien alguna vez fue costumbre que las mujeres y servidoras del soberano ardieran en su pira funeraria, se sabe que un soberano — probablemente el 12, Cándido— abolió esa costumbre y la cambió por una muerte civil: las mujeres eran retiradas a unos caseríos muy cerca de las Salinas. Tal vez Oscar no lo refiere claramente por pudor: ese cambio habría sido visto como una disminución del poder de los soberanos (que Oscar, se diría, intenta disimular por todos los medios posibles). En cuanto a los cuerpos a los que se refiere el párrafo anterior —«que su cuerpo fuera incinerado con cantidad suficiente de mujeres»—, se trata de mujeres ya muertas. Sería interesante ver cuántas de las afirmaciones de este relato funcionan según esa lógica ritual: lo que se relata no es lo que sucede, sino una representación disminuida de lo que sucedía, antiguamente, en tales casos.

La cremación era el rito funerario por excelencia —a partir del soberano 4, Enrique, ver cap. 1, pág. 71, que la hace obligatoria. A partir de entonces, sólo los soberanos conservaron el derecho de elegir la forma de su ritual funerario: es lo que el autor llama «elegir nuestra muerte». Tras la generalización de la vida larga —la vida después de la muerte, ver cap. 3—, esa posibilidad fue el único privilegio que los soberanos pudieron guardar para sí, y la cuidaron con recelo. Por eso podía resultar tan sorprendente —e incluso peligroso— que dos soberanos seguidos, el 19 y el 20, Héctor y Ramón, fueran cremados como cualquiera de sus súbditos.

La cremación explica la falta de restos de enterramientos en los Valles Calchaquíes; es probable que Pérez Bulni y los suyos esgriman esta ausencia para rechazar nuestro descubrimiento de que Calchaqui es el emplazamiento de la Ciudad y las Tierras (ver nota 12, cap. 1). La cremación es, también, un método progresista que coincide plenamente con las características de esta cultura. Hacia 1920, por ejemplo, los socialistas vieneses formaron su propia asociación funeraria, *La Llama* —Die Flamme—, que llegó a tener 160.000 miembros. «Una vida proletaria, una muerte proletaria y una incineración de acuerdo con la cultura y el progreso», era su slogan. Yo acuerdo por completo. <<

[4] «**está por llegar al final de su edad**»: «Los números para reconstruir el cálculo se desplomaron hace mucho. Padres hubo en que esos cálculos decidían la vida, si no en verdad la muerte, de un hombre, pero ya pasaron; la Larga los sepultó en la tontería. ¿A quién le importa el largo de su vida si la Larga está esperándolo después? El engaño es cada vez más tenue: más traslúcido. Tras su capa quebrándose en lugares se ven mejor las realidades; mayores nuestros creyeron tantos padres en ese cálculo que les decía desde el principio de sus vidas cuándo tenían que llegar a su final y vivieron confiados o aterrados, como aquel que cree. Nacían y la partera les hacía cuentas en un murmullo raro y después les decía: 108. O si no les decía: 4 apenas. O a veces: 176. Era el momento más bruto de sus vidas y era el primero, tan tremendo. Desde él, todo era cuesta abajo de emociones.»

La cita viene de un escrito anónimo —que consta en la *edición Thoucqueaux*— publicado en plena euforia, cuando la revuelta por la vida larga acababa de conseguir que todos los hombres y mujeres de Calchaqui tuvieran derecho a una vida después de la vida. Antes, en el período clásico, los habitantes de la Ciudad tenían un límite prefijado de su tiempo de vida, que la partera les calculaba en el momento de su nacimiento. Las cuentas eran complicadas y hay versiones de que involucraban el tiempo anterior al nacimiento.

El tiempo anterior al nacimiento es uno de los grandes enigmas de la cultura de la Ciudad y las Tierras: aunque hay numerosas referencias a él en los más diversos escritos, uno sólo de los que han llegado hasta nosotros se acerca a una definición. Se asemeja al que acabamos de citar y remite sin dudas del mismo período de la lucha por la vida larga. Es probable que sea algo anterior, previo al —discutible— triunfo:

«Ahora estamos más cerca de otra vida. Antes:

la vida uno se pasa aprendiendo la forma de lo que es. Tendría que aprender la forma de la nada, que es donde vamos, digo: donde quieren llevarnos.

La vida era una pelea contra la nada todo el tiempo. Antes de empezar es la nada y después uno aparece: cada día hay que ganárselo a la nada —no la nadita, que es muy otra cosa— que viene después. Eso cansa mucho —y lo que tenemos, casi siempre, es la nadita.

Por eso si ganamos la lucha va a ser un cambio bruto: será que siempre vamos a estar en algo, se da vuelta la idea.

Y si hay algo al final, la pregunta le dice: ¿Puede haber nada antes? ¿Qué vida hay antes de la vida?»

Era una posición extremista, que finalmente no cuajó. En cualquier caso, el tiempo

antes de nacer no era más que una de las variables que intervenían en el cálculo del tiempo de vida del recién nacido. El tiempo se calculaba en estaciones —tres estaciones formaban lo que nosotros llamaríamos un año, [ver nota 28, cap. 1](#)— y a partir de allí la edad del interesado se definía como la cantidad de estaciones que le faltaban para llegar a lo que se denominaba «el final de su edad» —el momento previsto de su muerte. Las diferencias eran radicales: había individuos que nacían con 12 y otros con 123, con 75 e incluso con 200 y algo. Al final se igualaban, cuando un viejo y un adolescente tenían 4, pero solo al final —si lo alcanzaban. Era una cuenta regresiva hacia esa nada que recordaba todo el tiempo la diferencia entre los vulgos y personas, por un lado, que «al morir morían», y los Padres que, según la fórmula consagrada, «después de vivir, vivían». (En nuestra traducción, para facilitar la lectura, optamos por invertir los términos y contar las estaciones a partir de la fecha de nacimiento, según el modelo occidental.)

Esa cifra se aliaba con otro concepto fundamental en la relación de los calchaquis con la muerte: la idea de «tener su muerte en la cabeza». En la ceremonia de la aceptación ([ver nota 52, cap. 2](#)), que tenía lugar cuando el niño pasaba al umbral de la adultez, el momento más señalado era cuando el iniciador —la madre, siempre que hubiera— le contaba al chico los detalles de su muerte. La comunicación era secreta y no tenía, en general, comprobación posible: el comunicador era alguien cuyo «final de la edad» era anterior al del comunicado, y el comunicado no debía revelar nunca la escena. Es obvio que esta regla, como todas, sufrió quebrantos: se suponía que quienes revelaran a otro la escena de su muerte recibían, como castigo, una muerte distinta. Y si alguna vez alguien contó su muerte y murió de esa forma (ver Krupchik, *On the Way to their Deaths*, Boston, 1904), el hecho era interpretado como un refinamiento del castigo: se podía pensar que el infidente había contado su muerte porque no quería que fuera precisamente eso lo que le sucediera, pero que la estratagema era demasiado burda para tener éxito y por eso moría como lo había contado. Y si no (ver Palazzo-Valdinghi, *Le morti e noi*, Milano, 1907, que retoma un manuscrito supuestamente de época, de dudosa autenticidad), se llegó a pensar en opositores que, aprovechando la infidencia, infligían al individuo la misma muerte que había contado, para desprestigiar el mecanismo.

Son versiones, nunca del todo confirmadas. Si toda historia es un albur, la historia de la Ciudad y las Tierras, por misteriosa e influyente, ya lleva dos siglos siendo el campo abonado para las afirmaciones más osadas: hay que tomarlas siempre con el mayor de los cuidados. Como era gente de extrema lógica, muchos han caído en la tentación de adjudicarle lógicas extremas. Esta edición es un combate incesante contra las tinieblas del deslumbramiento. Pero volvamos a lo nuestro: algunas veces el cálculo del «final de su edad» coincidía con la duración efectiva de la vida de alguien. Se consideraba que quien moría así, en el grado cero, era más que afortunado y fiestas coronaban su deceso.

En cambio, los que sobrepasaban el grado cero pasaban a considerarse ancianos. Esta es la clave de la tan discutida diferencia que los escritos de Calchaqui definen entre «viejos» y «ancianos». Thomas Carlton (*Third Age: a Universal Feeling*, in *The Brave New Enquirer*, Minnesota, 1971) se equivoca de medio a medio cuando supone que «en esa cultura, por ejemplo, se considera viejo a quien conserva aún dentro de sí el hálito de la iniciativa y el empuje, mientras que se llama anciano a aquel que irremediablemente lo ha perdido». Como tantas otras veces en las discusiones sobre la Ciudad y las Tierras, el error de Carlton es un ejemplo claro de lectura ideológica, de proyección de las propias condiciones de producción sobre el objeto analizado.

Así, la frase corriente «viejo pero no anciano» indica la edad de alguien que, habiendo perdido toda lozanía, todavía no ha completado su número previsto de estaciones. Para ser considerado un anciano, el individuo tiene que superar el grado cero; recién entonces empieza a recibir todos los beneficios, gravámenes y prerrogativas de ese estado.

Pero, según las estadísticas de que disponemos ([ver nota 36, cap. 1](#)), lo más frecuente era que el individuo no alcanzara el límite previsto. En ese caso, la Casa estaba obligada a favorecer a su familia con una serie de compensaciones que también provocaban, si bien más escondidos, vergonzantes festejos. Estas prebendas variaron según las épocas pero, en la mayor parte de los casos, consistían en quintales de sal y frascos de esencias de fácil colocación en el mercado. Pese a las versiones (Von Encke et al., *Der ökonomische Tod*, Heidelberg, 1942), no hay evidencia de que esta práctica haya desaparecido porque muchas familias buscaran o provocaran la muerte cada vez más juvenil de sus miembros para cobrar las indemnizaciones — proporcionales a la cantidad de estaciones que faltaban para llegar a la cifra pronosticada. Ni, con más razón, de que hubiese familias que parían retoños con el exclusivo propósito de matarlos para recibir esa indemnización. Este tipo de versiones sólo intenta enrarecer el tenor de la relación de los calchaquis con la muerte para desvalorizar, por elevación, el gran logro de su revuelta por la Larga y neutralizar así lo que fue una fuente de inspiración para las revoluciones modernas. Es decir, en última instancia: sustraer a estas revoluciones una de sus fuentes de legitimidad más celebradas.

Sí está documentado, en cambio, el intento del soberano 7, Bruno, por lograr que las parteras fueran más avaras en el pronóstico. Si a un individuo le sobraba tiempo no molestaba a nadie: a un anciano se lo veneraba pero no había que pagarle nada. Si le faltaba, en cambio, la Casa desangraba en el pago de indemnizaciones sus finanzas siempre complicadas, y Bruno pensó que si se pronosticara a la baja las pérdidas serían menores. El período de Bruno fue, según el narrador, uno de los más nefastos ([ver cap. 2, pág. 272](#)): el tiempo de Bruno, definido como una sucesión de presentes absolutos, no era propicio para los compromisos éticos y además, en esa lógica, le



repugnaba al soberano pagar indemnizaciones por algo —una predicción— que había sucedido en otro presente tan lejano. El soberano estaba dispuesto a soportar la existencia de miles de ancianos jovencitos, pero se topó en cambio con la resistencia muy tenaz del cuerpo de parteras: los emolumentos que recibían de los padres de cada criatura solían ser proporcionales, según una ley nunca formulada pero seguida por la mayoría, a las estaciones que le pronosticaban. Al cabo de un tiempo, viendo la inutilidad de sus recomendaciones, los consejeros de Bruno forzaron el recambio de todo el cuerpo de parteras. Los dos años —seis estaciones— que transcurrieron desde entonces hasta la muerte de Bruno y su reemplazo por su hijo Aldo —el 8— fueron conocidos en la historiografía de Calchaqui como «los Tiempos Secos» o, más gráficamente, «cuando los frutos se pudrieron en la rama»: las nuevas parteras, fuertes de su inexperiencia, se dejaron a medio nacer a más de la mitad de los retoños, con la consiguiente crisis social que, según algunos —Schumpetin, Ujdanov y otros— puede haber desembocado en el asesinato sutil del soberano.

En cualquier caso, sabemos que la costumbre de establecer la cifra del «final de su edad» desapareció tras la revuelta por la Larga, que trastocó, como es lógico, todos los datos sobre la relación entre vida y muerte de los individuos. Hay autores —Palazzo-Valdinghi, Du Tertre— que lo pusieron en duda basándose en que el uso de la expresión «el final de su edad» está atestiguado en etapas posteriores a la revuelta, como, por ejemplo —ejemplo que ellos no pudieron conocer— en los relatos de *La Historia*. Pero es mucho más probable que este uso provenga de la resistencia coriácea que el lenguaje suele ofrecer a los cambios sociales: es más que común que una expresión sobreviva a los tiempos en que circulaba su referente real —ver, por ejemplo, actualmente, «el tirano prófugo» o «mañana será otro día». Recordaremos que en el período en que se fecha la escritura o dictado de este relato no había pasado todavía un siglo desde el final de la revuelta y que, aun en una sociedad dinámica como era la de la Ciudad y las Tierras en ese momento, los giros idiomáticos pueden sobrevivir gallardamente a semejante lapso. Oscar, por otra parte, muestra frente a la revuelta una posición ambigua, que va desde la embozada admiración hasta el resentimiento más pomposo, pasando por toda la gama de estadíos intermedios: no es improbable que el uso de una expresión desechada por los efectos de la revuelta tome en su boca un carácter de nostálgico desdén.

Más allá de estas cuestiones léxicas, es interesante señalar que la costumbre de definir en el nacimiento una cifra para «el final de la edad» del individuo reafirma las posiciones de quienes sostienen —Baldwin, nosotros mismos— que existía, junto al tiempo declarado por cada nuevo soberano, un tiempo popular que discurría con toda independencia. Si no, habría sido inútil definir un período que después sería interrumpido y modificado por la declaración de un tiempo diferente, en cuanto un soberano muriera y fuera reemplazado por el heredero. (Sobre este tiempo popular, que parece más ligado a los ciclos naturales, [ver notas 32 y 33, cap. 4.](#))

Por fin, y para concluir con este tema, citaré como curiosidad que el cálculo del final de la edad fue reemplazado, en el período posrevuelta, por un albur odontológico: se solía decir que cada cual debía vivir «sus dientes menos cinco», es decir: que un individuo medio llegaba al límite de su esperanza de vida razonable cuando le quedaban en la boca cinco dientes. Este cómputo, sin duda muy vulgar, nos habla sin embargo con elocuencia del paisaje bucal que imperaba en la Ciudad y las Tierras. <<

[5] «**le podría haber valido la cárcel**»: no hay ninguna otra referencia a la cárcel en toda la literatura de Calchaqui. Tenemos referencias bastante exhaustivas del conjunto de instrumentos punitivos en uso (ver el *Programa*, [nota 32](#), [cap. 4](#)) y nunca aparece la prisión.

Es probable que se trate de una de las tantas interpolaciones del traductor. Sin dudas, el psicologismo imperante podría atribuirle al hecho de que el caballero des Thoucqueaux pasó años entre rejas; nosotros preferimos la prudencia.

Pero, dado que sólo podemos operar el material que nos ocupa a través de las palabras del caballero, nos sería útil familiarizarnos con su biografía, según consta en el monumental *Dictionnaire Biographique* el abbé Migne (París, 1857). Aunque resulta evidente que el abad, uno de los grandes doctores cristianos del siglo XIX, no simpatizaba en absoluto con el objeto de su noticia:

«Thoucqueaux, Alphonse des (1712-1768): iluminista y libertino de la segunda fila. Nació en el castillo familiar de la Creuse, proveniente de una familia que remontaba su nobleza a las Cruzadas. Educado por los jesuitas en París, tuvo que dejar la Francia por primera vez en 1733: el rumor atribuyó su alejamiento a un romance con la sobrina del padre Laguilère, superior del colegio, lo cual carece de cualquier fundamento histórico. En La Haya se familiarizó con la obra nefanda de Bayle y Simon, que lo indujeron al libre examen de las Escrituras. De entonces data su único opúsculo publicado, *Apocalipsis del Apocalipsis, o la Revelación de peores vidas* (Ámsterdam, 1735), una discusión casi iletrada sobre el tema de la resurrección de los muertos en el Apocalipsis de Juan, cuya grandeza le escapa irremisiblemente. El librito tuvo cierto éxito en ambientes exiliados y fue encomiado de pasada por el réprobo Arouet en sus *Cartas Inglesas*.

Las influencias de su progenitor le valieron la autorización de regresar a la patria en 1736, justo a tiempo para verlo morir. Dueño, a sus 24 años, de una fortuna considerable, dedicó los siguientes quince de su vida a la disolución, con el solo paréntesis de un viaje poco claro que emprendió, entre 1744 y 1745, a los confines de la Persia donde, se dice, sufrió una mutilación vergonzosa. En 1751 conoció brevemente la cárcel de la Bastilla, envuelto —al parecer, con razones— en el escándalo de la *Encyclopédie* de Diderot y D’Alembert. Cuando salió, dos años y cuatro meses después, retornó al castillo solariego y comprobó la disminución de sus haberes. Asociado con el réprobo Arouet, favorecidos ambos por el ministro Necker, organizaron una vasta lotería que suscitó el fervor nacional y la fortuna incalculable de sus inventores. A partir de 1755 se retiró definitivamente a su castillo de la Creuse, con el propósito muy declamado de escribir una Opus Magna que sería el resumen de

todos sus pensamientos y experiencias, y que nunca vio la luz. Desde su morada, es fama y es probable, ayudaba económicamente a todas las publicaciones y sociedades blasfemas que pululaban en esos años turbulentos. También solía recibir las visitas de las más reputadas artistas y cortesanas de su tiempo, que retribuía con munificencia. Murió reclamando los auxilios de la Santa Religión, que tanto había despreciado en vida. Ya era tarde.

A su muerte, sus herederos, temerosos, buscaron los escritos de su obra y no los encontraron. Esa ausencia despertó en el círculo de sus amigos y deudores multitud de especulaciones. Se dijo que los habría quemado en el arrepentimiento que precedió al tránsito, que habrían sido publicados con un seudónimo transparente, que un editor venal se los habría sustraído, que se reducirían al soneto que ornaba su piedra tumbal.

De su matrimonio con Anne-Béatrice de Weltsch, que murió joven, dejó dos hijos vivos, Alphonse y Virginie, que tuvieron que exiliarse en Coblenza al estallar los disturbios de 1789; poco después los regicidas confiscaron sus propiedades. Alphonse, septuagenario, pudo retornar tras la Restauración de 1815 y reclamar las tierras familiares, donde murió en 1821. Sus nietos siguen actualmente en posesión.»

Como puede notarse, el doctísimo Migne no registra entre los trabajos de Thoucqueaux la traducción y edición de *L'Histoire / de Comment se sont Perdus les Règnes et Possessions / qui Couvrent jusqu'au Temps*. Tal fue la rareza del libro incinerado. <<

[6] «**el tiempo acelerado que decretó mi padre Osvaldo**»: como queda dicho, cada nuevo soberano de Calchaqui tenía el derecho y el deber de proclamar la forma que tomaría el tiempo hasta su muerte. Era su primer acto público: al día siguiente de la muerte de su padre y antecesor, en una ceremonia pública que hacía las veces de asunción del mando, el nuevo «declaraba su tiempo».

Se ha discutido mucho qué significa «una forma del tiempo». Nuestra cultura occidental es tan pobre de tiempo que su pobreza ha logrado pasar por convicción: un tiempo aburridísimo, sucesivo y lineal, que no tolera la posibilidad de ningún movimiento fuera del avance sostenido a un ritmo constante, se postula como el único posible. En la Ciudad y las Tierras el panorama era radicalmente otro. Con cada nuevo soberano, un abanico de posibilidades impensadas se abría para todos. Es cierto que algunos repitieron el tiempo de su padre: fueron los menos y, más por costumbre que por reglas escritas, estaba claro que no se podía repetir tres veces. Las versiones más creíbles sobre el origen de esta apropiación del tiempo la remiten al soberano 2, Carlos (ver cap. 3, pág. 548); son numerosas las opiniones sobre la efectividad de cada tiempo nuevo. Cohortes de funcionarios se encargaban, a partir de la Declaración, de que el tiempo se cumpliera con las menores diversiones —y no está claro que lo consiguieran.

En cualquier caso, la Declaración del Tiempo era el acto más alto de poder de cada soberano de la Ciudad y las Tierras —quizás, el único real. El acervo documental reunido en la *edición Thoucqueaux* incluye, entre tantas otras piezas de valor hasta ahora desconocidas, el conjunto de las Declaraciones del Tiempo de todos los soberanos de Calchaqui. Este es un fragmento de la Declaración de Osvaldo, el soberano 9 de Calchaqui:

«Suave, con toda lentitud, calmosamente, morosamente tanto, estragadoramente despacito, retardando las horas en días largos, alargando su mando al errabundo bando de mondas moscas toscas y minutos brutos, el tiempo empieza pareciendo eterno. Nada de él se derrama: no hay un perro, ni una hoja ni un clavo ni una lagaña matutina ni una palabra amable ni un estornudo ni el peor de los crímenes ni aquel almuerzo de gallinazo frío ni la gota que amenaza con caer desde la punta de una rama sin decidirse a hacerlo ni la mirada que la mira ni una mirada dulce ni otra mirada dulce ni la mirada que no alcanza, que no quepa en el tiempo: nada de él se derrama. Todo entra. Todo le entra. Todo lo cabe adentro, contenido.

Eso, al principio. Después, alguna tarde, trota trota. Bambolea se revuelve se agita como la pobre vicuña maltrotona: que desde arriba de ella el camino cambia de modo sin parar y ella cambia de pasos. Algunas cosas no le caben: se le van cayendo. En el tiempo, ahora ya, no caben los recuerdos, no caben las primeras muy largas, no caben

los proyectos muy largos, no caben las excursiones a la pesca, no caben dos docenas de palabras: se empieza estrecho. Y después, por fin, se vuelve súbito.

Pica corre salta, cae se cae y salta, se escurre salta y huye, se esconde salta y huye, rebota pincha y huye, huye y huye y huye sin parar, más rápido, cada vez más rápido, tan veloz, tremendo: el tiempo se acelera en la vida de un hombre y aun de Padre. El tiempo corre más y más cuanto menos le queda: como se va quedando ligero de sí mismo, vacío de sí mismo, vuela. El tiempo para seguir se come a sí, y es más y más ligero cuanto más ha comido. Poco, al final, le cabe.

Un tiempo se acelera todo el tiempo, en la vida de un hombre: así es mi tiempo. Empieza lento y brutalmente se acelera: camina, trota y corre: sepan.

Mis padres decidieron tiempos; mis hijos van a decidirlos cuando este se me acabe; yo, más modesto, no he hecho sino mirarlo y entenderlo. Soy la pobreza de aceptar adaptarme. Esto no es una Declaración: es la modestia de quien ha entendido.»

Quizá signifique algo que el primer tiempo citado por Oscar sea el tiempo Uniformemente Acelerado de Osvaldo. A nadie escapa que el tema central de *La Historia* es la descripción del proceso de dudas y preguntas que lleva a Oscar, el nuevo soberano, a la elección de su forma del tiempo, de tan enormes consecuencias para la historia de su reino. En dos de sus cinco biografías tradicionales —Esther y Ana—, se cuenta que el joven pasaba horas ante su ventana mirando las tierras más allá y que esperaba con especial atención el momento en que una nube pudiera derramarse en lluvia; dicen las dos biografías que entonces solía gritar «Osvaldo, Osvaldo», y mandaba que le trajeran en un cuenco un poco de esa lluvia que, a veces, caía muy distante.

«Se quedaba los tiempos sin moverse, o moviéndose sin querer moverse, frente a la ventana, como azar —describe Esther, con la prosodia clásica—. Cada tanto recuerda que todo lo que ve le va a pertenecer y se pregunta para qué sirve que todo lo que vea le pertenezca alguna vez. Después piensa que no conoce otra cosa y no sabe cómo sería no ser dueño de todo. Después piensa que no sabe porque todo le pertenece inevitable. Entonces piensa que no lo va a saber nunca o sea que hay algo que no le pertenece: ese saber, y se sonríe. Después cree tramposas la idea y su sonrisa pero se propone con firmeza hacer espacios que no le pertenezcan. Todos los días se propone con firmeza hacer espacios que no le pertenezcan. Todos los días mira por la ventana y ve las tierras que le van.

Se propone aprender el disimulo de deseos para guardar algunos sin cumplir. Durante estaciones su gran preocupación es poder guardarse deseos sin cumplir. De costumbre, cualquier deseo de Oscar se cumple en cuanto va y lo dice: hay algunos que se ocupan de eso. Entonces empieza por no decirlos. Su repertorio es limitado y se los cumplen de todas maneras. Después pasa a desear bien rebuscado: nada, todo verde, que una vicuña cante, nada, nada, que su madre se rebane una mama y se

asfixie con ella, todo blanco, nada. No los dice, no permite que nadie siquiera los sospeche y, en general, salvo excepciones azarosas, nadie los cumple. Oscar se los olvida algunas veces, pero de otros se acuerda y festeja tenerlos sin que se los cumplan. Entonces mira por la ventana, ve las tierras y se da cuenta y piensa: es un error.

Descubre: es un error. Mis deseos cumplidos no me pertenecen: son de los otros. Piensa: son de los que los cumplieron. Reafirma: es un error. A mí me pertenecen los que no me cumplieron, es decir: mis deseos sin cumplir son tan míos como las tierras ahí delante.»

Ana, en cambio, hace una ligera variación. Los dos primeros párrafos cuentan casi exactamente lo mismo. El último, en cambio, dice:

«Oscar se encuentra con error. Halla que sus deseos cumplidos no son su propiedad sino la de los que los cumplieron y entiende que cometió un error. Si quiere que sea suyo lo que es suyo, piensa, hay una solución. Dice que está en el tiempo.»

El final es de una ambigüedad rara en las biografías oficiales de la Ciudad y las Tierras, que sólo los terribles acontecimientos posteriores pueden justificar. <<

[7] «**turbamulta concurrió a las llamas**»: la historia del carnicero Jaime, presentada como origen del extenso movimiento de las Muertes Bellas, que llegó a sacudir los basamentos sociales de Calchaqui, tiene todos los ribetes necesarios para ser recordada, pero probablemente es falsa. (No por tener esos ribetes: aunque parezca mentira, hay historias del todo verdaderas que los tienen.) Lo cierto es que sin un estado de necesidad generalizada y condiciones objetivas de parálisis y desencanto, un gesto como el del carnicero Jaime podría haber caído en el más habitual de los olvidos. A partir de un cotejo de las fuentes disponibles, las causas más verosímiles del descontento que originó el movimiento de las Muertes Bellas serían:

a) un fuerte descenso en la cotización de los perfumes calchaquis en sus mercados habituales del Altiplano, debido a un rebrote de fundamentalismo religioso entre las tribus diaguitas, que habría condenado los afeites y coqueterías.

b) una sensación de vértigo incontenible, sobre todo entre las capas más bajas de la población de la Ciudad y las Tierras, ante el tiempo Uniformemente Acelerado del soberano Osvaldo, en cuya enunciación flotaba la amenaza de que el tiempo terminaría alcanzando tal velocidad que se convertiría en turbillón, arrasándolo todo a su paso.

c) la primera expresión, sin duda vacilante y aun amorfa, bastante confusa, del descontento básico que produciría, más de un siglo después, el movimiento de la Vida Larga.

La clara tendencia a personalizar tendencias comunitarias, que intenta adjudicar a una decisión individual el inicio de un movimiento de alto contenido social, es común en el relato del narrador Oscar ([ver nota 5, cap. 3](#)) y le quita, en muchos pasajes, la necesaria validez histórica. Esa tendencia de Oscar a la confusión y el yerro nos complica mucho la tarea. Es lógica en alguien acostumbrado a ver en un hombre — él, su padre, el padre de su padre, el padre del padre de su padre— la concentración de todo lo que sucede en las Ciudad y las Tierras, pero semejantes posturas nos fuerzan a un trabajo aún más cuidadoso de restablecimiento de las verdades ocultas tras la maraña de nombres y sentimientos de neto corte romántico. <<



[8] «ese guiso... que despertó los fervores»: en el *Libro de Hacer* que consta en la *edición Thoucqueaux*, una de las recetas se parece sobremanera a la idea que podemos hacernos del referido guiso, propio del tiempo Uniformemente Acelerado. El fragmento que transcribimos es textual; sólo hemos adaptado las cantidades, para que el plato pueda ser cocinado por los lectores ávidos:

«Los trozos del durazno deben luchar contra el zapallo porque son semejantes. Por un momento: es el primer encuentro. Los semejantes luchan en el primer encuentro: después se funden o se separan sin remisión o parecen el mismo y no necesitan ni fundirse, según qué semejantes. Pero primero se pelean.

Cortados en trocitos cuadrados chiquitines van y luchan en la cazuela con dos gotas de aceite: un momento y se sacan, mezclados entre ellos, y se comen con los ojos cerrados, mientras empieza el guiso verdadero. Algunos se comen: otros muchos se guardan.

Hay que aceitar el campo de batalla. Si se aceitan los cuerpos para algunos encuentros, los ojetes, los animales para cambiarlos con ganancia, ¿cómo no el campo de batalla? Aceitado, hay que hacerlo subterráneo con cebollas. Aun picadas, dos cebollas son tan de bajo tierra que hacen del campo un campo. Saltan momentos, en el aceite, las cebollas: despiden el primer olor y ponen a trabajar los jugos de los seres.

Si lo más bajo está y lo más alto llega, ¿qué quedará en el medio que no sepa por dónde pasa su futuro? Todo en el medio sabe que también le llega: por eso después de la cebolla el gallinazo llega, cielo: entre tierra y el cielo, todo el resto. El gallinazo, para que no resista, llega en tiritas algo deshilachadas y salta con la cebolla en la cazuela. Ya se puede meter un pincho y sacar un bocado.

Entre cebolla y gallinazo: dos tomates, los granos de dos choclos. Son del medio pero son extremos. La unidad entera y la terrible desgajada. Cebolla y gallinazo ocupan dos extremos y comprenden todo el resto en el medio; tomates y los granos también ocupan y comprenden. Un tomate va entero, para que vaya deshaciéndose; los granos son los pedazos más chiquitos. Si lo más uno y lo más dividido llegan juntos: ¿qué quedará en el medio que no sepa por dónde pasa su futuro? Con ellos también llega laurel y comino: la hoja y el polvo, para que todos sepan también, por si había dudas. Y sal, si no tenía. Pimienta de colores. Anís. La pizca de canela.

Todo se revuelve: alto y bajo, entero y dividido, polvo y la hoja; hasta que llega el agua. Nada en las estaciones florece si no le llega el agua: los frutos, animales. Pero es bueno que el agua no le caiga en su chorro finito, como si le sobrara: más bien en chaparrón que la agota de un golpe.

Todo se mezcla y se revuelve: fatal todo. Sobre el agua, que se va haciendo caldo, hay que ponerle todo lo del medio, según las voluntades: unos trozos de apio, unas ruedas de nabo, una troncha de hinojo, cuartos de remolacha, una batata dulce, un par de higos. Que todos caigan en el agua y se hagan en el agua: en el medio, que se vayan haciendo. Ahí empieza de verdad la comida: la cazuela se deja sin la tapa y con los pinchos los individuos van sacando bocados, o con sus cucharones tragos. Al principio comerán verduras apenas blanqueadas o gallinazo poco más que saltado o caldo con olores; después, del medio irán pasando a los extremos.

Será el momento de devolver zapallos y duraznos. Al cabo de un rato largo, de bastante comida, cuando todo empiece a ser pastoso y esté para comerse confuso con cuchara, hay que poner los dados naranjas semejantes. Por un rato seguirán duros y crocantes: en medio de la pasta volverán las cosas al inicio. Pero después se irán disolviendo ellos también en la pasta y todo será pasta: no habrá medios ni extremos. Será momento de ir acabando la comida.»

Hay una receta alternativa que invierte los papeles: propone reemplazar el gallinazo por vizcacha —«bicho de andar tan bajo»— y, paramantener las proporciones, la cebolla por palta casi verde. La palta, como se sabe, crece en lo alto de los árboles.

El problema de esta receta es, obviamente, el gallinazo.

El gallinazo es una intriga. Citado todo el tiempo como el animal principal, la base de la alimentación de la Ciudad y las Tierras, no hemos podido identificarlo fehacientemente. Alphonse des Thoucqueaux lo presenta como *gélinotte*: no tengo dudas de que la palabra castellana que le corresponde es *gallinazo*, pero no podemos saber a qué animal corresponde en puridad este nombre, aunque tiene que ser, obviamente, alguna variante de la especie gallinácea. Es cruel la historia, que nos obliga a rastrear con inmensas penurias aquello que hasta un niño de ese lugar y tiempo nos diría, si sólo pudiéramos preguntárselo.

El padre jesuita José Jolís, en su *Ensayo sobre la Historia Natural del Gran Chaco* (Faenza, 1799), nos ofrece, entre cientos de especies que censó su paciencia y perspicacia, una que podría ser la del tan buscado gallinazo: el Tunká. Después de describirlo —y hablar de su pico fenomenal—, el padre Jolís da un dato interesante sobre su extinción: «... son sus huevos tan sabrosos, y tan apreciados por los naturales, que está en grave peligro de extinguirse o, tal vez, ya se ha extinguido en estos días». Esto podría explicar por qué no tenemos rastros de aquel gallinazo. Y sería lógico que, siguiendo el ejemplo de la Ciudad, su ave-insignia no haya desaparecido por sus defectos sino por sus virtudes. <<

[9] «**hechos en metal para que duren muchas veces**»: hay pocas cosas tan interesantes en la Ciudad y las Tierras como el papel reservado a las máquinas en sus últimos tiempos. Siempre hubo, por supuesto, máquinas vulgares que se reproducían en cantidades industriales. El ejemplo clásico de estos engendros desdeñados es la vicuña mecánica, la máquina calchaqui vulgar por excelencia (ver nota 43, cap. 1). Una máquina vulgar, como queda claro en numerosos escritos, no tenía la menor relación con la elegancia: era simplemente un engendro funcional, que el refinamiento de Calchaqui se preciaba de despreciar muy ostentosamente.

Las máquinas nobles, en cambio, eran obras de arte. Las máquinas nobles fueron, desde los tiempos de Félix, el soberano 3, aquellas ideadas para un solo uso. La picadora-mezcladora que combinaba ajo y menta en la proporción que su dueño invariablemente apetecía —pero que estaba en el límite, porque alcanzaba con variarle las medidas para que pudiera servir a otros usuarios. La calculadora que sólo podía medir los costos de la caravana que seguía un determinado recorrido. La horadante preparada en el momento para sacar esa espina del pie derecho de tal traficante de perfumes. Y tantas otras: a todas ellas, la unicidad de su propósito las protegía de cualquier tentación de copia o plagio: reproducirlas no tenía sentido.

Una conseja del *Libro de Entendidos* (incluido en la *edición Thoucqueaux*) puede ayudarnos a entender el mecanismo. «Alguien se pasa la vida estudiando un pequeño movimiento, un gesto, una frase, algo tan poco y chiquitín, y alcanza la perfección de eso. Alguien, entonces, después, se pasa la vida estudiando un movimiento y consigue que le salga siempre mal.»

Las consejas del *Libro de Entendidos* no confiaban en la interpretación; cada cual ofrece la que los anotadores calchaquis consideraron la más recta. Para lo cual adoptan una prosodia de la escolaridad:

«Quiero decir que hacer con perfección algo insignificante también es pretencioso, pese a la apariencia de renunciamiento. Es más pretencioso que hacer perfectamente algo importante, porque lo chiquitín sólo se justificaría por sí mismo y su propia perfección. Entonces lo ideal sería encontrar siempre nuevos errores posibles para la tarea. No desmayar ante la dificultad de conseguir errores y seguir siempre más y más, aunque eso también sea pretencioso, porque se lograría una perfección en el error —aunque el error, al tener que ser siempre distinto para serlo, no pueda nunca ser perfecto en un sentido estricto. Pero, finalmente, todo llega alguna vez a su perfección, al punto más allá del cual su continuación carece de sentido: de todo sentido que no sea la repetición que lo degrada, que lo hace peor que algo que ya ha sido hecho. Todo llega al punto en que desea su final, salvo que no haya persistido.»

Esta es la primera lectura. Los anotadores, como es habitual, ofrecen la segunda:

«En general es bastardo todo lo que supone una recompensa (como el asceta —ver—, o las máquinas para usar muchas veces). Bastardo todo lo que tiende a producir algún efecto. Los actos no deberían servir para un fin ulterior —lo que hace que dejen de importar como tales actos. Un Padre podría simular que nunca hace nada que signifique nada porque hay quienes se ocupan de que todo lo que hace signifique. O porque todo lo que hace significa a su pesar. Para un persona o un vulgo, esa simulación es mucho más costosa.»

Lo cual nos remite a un ejemplo muy ilustrativo de la evolución de las máquinas en la Ciudad y las Tierras, documentado en la biografía de un inventor Javier, de días del soberano 13, Atilio: la máquina de que no caigan ranas en el depósito de agua de la Casa.

Durante tiempo, muchas ranas se metían en el depósito de agua de la Casa. Siempre había habido un sirviente que se apostaba cerca del depósito y ahuyentaba a las ranas. El sirviente era eficaz, pero el método resultaba vulgar. Después hubo una época, reinando Mario, en que esperaban que cayeran ranas porque se suponía que alegraban el agua; después hubo problemas confusos y dejaron de querer; entonces cubrieron el depósito con una red de malla muy estrecha, que dejaba pasar el agua pero no las ranas.

Era aún más vulgar. En tiempos del soberano Atilio, poco antes de la llegada de los primeros barbudos, se encargó al maquinista Javier la invención de una máquina. No fue difícil. El depósito, circular, muy amplio, estaba en el techo de la Casa y servía para recolectar el agua de las lluvias, que se usaba en algunas preparaciones y cocciones, aunque siempre con menos entusiasmo que la de ciertos arroyos escogidos. Javier hizo instalar todo alrededor del depósito una plataforma: un anillo de madera que tenía como ancho la distancia máxima que una rana fuerte era capaz de saltar —unos 5 metros— de forma tal que ninguna podía saltar directo al depósito, sino que rebotaba antes en la plataforma. Que estaba hecha de maderitas radiales sustentadas en una estructura que, en cuanto cualquier rana, incluso la más liviana, hacía presión, accionaba un mecanismo por el cual un inmenso diafragma se cerraba sobre el depósito. El diafragma tenía forma de embudo —si hubiera sido chato las ranas habrían rebotado— que caía hacia un orificio central. El orificio central tenía que atrapar a la rana. Pero si era muy ancho las ranas pasaban, y si angosto rebotaban. Se necesitaban cuatro servidores en los extremos del depósito, que cuando veían aparecer rana regulaban rápidamente el paso del diafragma, para que la agarrara exacto. La rana así agarrada era retirada por un servidor que llegaba hasta el agujero central izado por una grúa a través de un sistema de poleas: es obvio que no se podía caminar sobre las delicadas maderitas de la plataforma en anillo, ni sobre el embudo. La biografía de Javier lo describe como portentoso, y se puede inferir que lo que se

celebra es la elegantísima desproporción entre el esfuerzo provisto y los resultados logrados.

Era arte. La máquina de ranas tenía casi todo lo necesario: sólo servía para un fin, el fin era muy menor, la complicación del mecanismo lo superaba con mucho y, sobre todo, se necesitaban muchos servidores para operarla y proveerle energía. El dispendio de la operación era muy superior a lo logrado. Las máquinas que funcionaban por combustión de minerales o por la fuerza del viento, sin mano de obra humana, eran el epítome de la bajeza: quedaban para los vulgos que no dispusieran de los sirvientes necesarios.

La máquina de ranas se mantuvo orgullosa durante siete u ocho soberanos. Pero fue desmontada al comienzo de los días de Ramón, el 20, el padre de Oscar: el tiempo de Ramón ([ver nota 21, cap. 3](#)), que todos los escritos saludan como el más perfecto de la saga, se permitió un accesorio sublime. La máquina de ranas tenía un solo propósito muy específico, pero servía para muchas veces. En su reino, en la cima del refinamiento, Ramón agregó un segundo requisito que era, en realidad, un perfeccionamiento del primero: las máquinas nobles debían servir para una sola vez.

Se sabe de vicuñas mecánicas cuyos materiales estaban preparados para gastarse en un recorrido determinado («lo contrario sería aceptar que alguien no es dueño de sus propias decisiones, y que algo puede intervenir para desviarlo de su intención primera», explica un escrito de época). Se sabe que todos los sistemas de calefacción de la Casa fueron reemplazados por máquinas autoconsumidoras, hechas de maderas aromáticas y resinas añejas. Se sabe de maravillas que se quemaban casi sin dar calor pero armando en el aire figuras delicadas con el humo. Se sabe que un maquinista Jaime se hizo rico aprovechando ambigüedades: construía unas máquinas de música que no se destruían a medida que ejecutaban la melodía programada —por lo cual habrían sido deleznable— pero que, para cumplir con el requisito básico, no eran capaces de producir dos veces la misma canción. Estaban armadas según un mecanismo aleatorio que hacía que esa repetición fuera técnica —aunque no teóricamente— imposible, y tuvieron mucho éxito entre las personas que no podían afrontar el gasto de deshacerse de una máquina cada vez, pero tampoco se atrevían a desafiar abiertamente las consignas del soberano. Se sabe que un competidor en vías de arruinarse, otro Jaime, se pasó cuatro estaciones sentado junto a una de esas máquinas, escuchándola, esperando la repetición que le permitiera denunciarla, y que la muerte le llegó primero.

Y se sabe que durante dos o tres años —seis o nueve estaciones—, en días de la primera juventud de Oscar, cundió en la Casa el furor por máquinas e incluso utensilios hechos del más puro hielo.

De hecho, uno de los pocos retratos de Oscar que la *edición Thoucqueaux* reproduce ([ver nota 12, cap. 1](#)) lo muestra de pie junto a un pernil de pava que está cortando con

un cuchillo muy blanco que gotea. A primera vista, el observador inadvertido podría imaginar que las gotas son sangre de la pava pero al mirarlo con más detenimiento no le caben dudas de que es el agua que el hielo va perdiendo. No es imposible que el uso de estos ingenios, que se derretían en la mano del usuario como un torrente de sofisticación, haya influido en Oscar a la hora de elegir y declarar su tiempo. <<

[10] «**Cualquiera amenazaba todo**»: hay rastros de una legislación que se basaba en este concepto del «Delito Contra Todos»: un delito es, más que una ofensa a la víctima, una amenaza para el conjunto, porque rompe el equilibrio precario en el que todo sobrevive. Según consta en un escrito que la *edición Thoucqueaux* llama *Mal y pena* (ver nota 44, cap. 2) no se condenaba al reo por su delito específico, sino porque su delito rompía el orden, lo ponía en peligro, y requería grandes esfuerzos para contrarrestarlo y restituir el equilibrio.

Huellas del origen de esta idea aparecen en un par de biografías del período de los soberanos 5 y 6, Andrés y Alfredo. Hasta entonces, aparentemente, los delitos eran vengados como ofensas por la víctima o sus deudos. La biografía de un persona influyente, Jaime, cuenta que otro persona, Jose, su enemigo, sugirió que la Casa tenía que hacerse cargo de la venganza y, por lo tanto, de la regulación de esas actividades. De esa tendencia parecen surgir dos instituciones clásicas de la Ciudad y las Tierras: el Crimen Autorizado y el Delito Contra Todos.

Escribí «parecen surgir». Cuánto querría decir «surgen». Pero la historia de la Ciudad y las Tierras tiene esa cualidad, desesperanzadora y fascinante, de no permitir, sino muy rara vez, afirmaciones taxativas. (El lector, espero, sabrá justipreciar lo arduo de mi esfuerzo.) En lo que respecta al Crimen Autorizado, las fuentes de que disponemos no me permiten estar seguro de su vigencia en aquel período: sabemos que sí la tuvo muchos años más tarde. El relato, que consta en la *edición Thoucqueaux* como *Una para cinco*, podría ser documental o ficticio; aunque es cierto que la ficción *stricto sensu* no forma parte de la literatura de la Ciudad y las Tierras (ver nota 15, cap. 4), *Una para cinco* podría ser una de esas narraciones no documentales que se componían por su fin formativo. Es más: es posible —no sé si probable— que la norma del Crimen Autorizado se haya impuesto a partir de relatos como este.

*Una para cinco* se presenta, en cualquier caso, como el relato de un hecho real: cinco hombres y mujeres de la Ciudad reciben la propuesta de cometer un crimen que no será castigado. Cualquiera de los cinco puede hacerlo pero sólo uno —el primero— será impune. El marco es confuso: sabemos que en tiempos de Ramón, el soberano 20 y padre de Oscar, cada quien tenía el derecho de matar una vez en su vida sin recibir castigo, y que la elección era una de las más difíciles que enfrentaba el habitante de Calchaqui: era constante el miedo de malgastar la muerte en alguien no tan necesario y no tenerla, entonces, cuando hiciera falta de verdad (ver nota 43, cap. 2). El derecho a una muerte logró, según parece, que los habitantes moderaran en grado sumo su violencia, por no desperdiciar. Pudiendo matar gratis, no valía la pena matar con castigo; convenía tener la muerte autorizada bien guardada en la manga,

para cuando llegara la necesidad: muchos se morían sin haberla hecho. En esos tiempos era, insisto, un derecho común. Pero el relato de *Una para cinco*, muy anterior, sostiene que sólo uno de los protagonistas tendrá derecho a hacerlo: la norma debe haber entrado en vigencia entre ambas fechas.

En *Una para cinco*, la posibilidad de la muerte es ofrecida por un enviado del consejero de Vulgos de la Casa a cinco sujetos netamente distintos, que aparecen sin nombres: una biógrafa vieja —pero no anciana—, el hijo de un maestro que acaba de pasar su aceptación, una lavandera del arrabal oeste, el consejero menor de bienes y perfumes, a cargo de la recaudación, y una hija de la lavandera, cantora en uno de los mejores tugurios de la Ciudad, donde ha ido haciendo una pequeña fortuna.

Ninguno de los cinco sabe quiénes son los otros cuatro; todos saben que hay otros cuatro y que si alguno mata antes el hombre de la Casa les avisará que la muerte ya está hecha, pero que siempre quedará un breve lapso en que la muerte puede haber sido sin que ellos se enteren todavía: ahí está el riesgo. Está entendido que si matan segundos o terceros tendrán pleno castigo. Los cinco reciben datos mínimos sobre sus compañeros de destino: si quieren, pueden tratar de descubrirlos, para asegurarse de algo o, incluso, para negociar.

El relato se plantea como una intriga en la que el lector debería deducir —o adivinar— quién va a hacerlo y por qué. Es la fórmula didáctica: se suponía que esos ejercicios ayudaban a que el lector conociera la naturaleza de los hombres, o sea: de sí mismo. La operación es de un psicologismo que parece haber teñido parte de la vida de Calchaqui aunque, curiosamente, muy pocos de sus escritos. El relato se abre con una presentación de los cinco, donde aparecen los primeros datos: quiénes son ellos y quiénes podrían ser sus víctimas.

El consejero: es un persona más o menos joven, con grandes posibilidades de progreso y varios enemigos. Es soberbio y temido; casi nadie sabe que se desprecia mucho. Tiene por lo menos tres víctimas posibles, pero los tres son enemigos políticos, que obstruyen su carrera en la Casa —un administrador a cargo de las cuentas de la recaudación, el consejero de Vulgos y una mujer de la Casa que le conoce secretos peligrosos. Confusamente supone que usar su oportunidad para su carrera es mantener una mecánica que le molesta, donde todo lo que hace está orientado a su ascenso político y nada hacia una supuesta «vida personal».

La biógrafa: sus dos biografías terminadas no fueron ni siquiera un fracaso. Correctas, bien armadas, cumplieron con mediocridad. Le queda una por hacer. Odia a una mujer que ve casi todos días al salir de su casa, en el barrio de Vulgos: no sabe quién es y trata de no saberlo. Siempre tuvo miedo de su propio carácter, que le parece proclive al rencor y la violencia. Hace tiempo, decidió que iba a hacer el experimento de concentrar su odio en ella, para no tener otros rencores: le fue buscando espantos. Le salió demasiado bien y ahora, cada vez que la ve, se le



revuelven de cólera las tripas. Por el momento ha resistido la tentación de averiguar quién es.

El muchacho aceptado: es muy flaco. Tiene que ser maestro y no le gusta. Los cuatro o cinco días de la caza de la aceptación, con sus episodios de audacia en los bosques, lo excitaron y creyó ver nuevos caminos. No se le ocurre a quién podría matar; piensa que si produce una acción lo suficientemente heroica puede mostrarle al mundo que es capaz de algo mejor que ser maestro.

La lavandera: fue muy bonita pero no le sirvió para gran cosa. Ella cree que eso le arruinó la vida. Vive sola. Odia explícitamente a un vecino carnicero que intentó fornicarla mucho tiempo y ahora no lo intenta más, y menos claramente a su hija: cree que primero le chupó la sangre y ahora se avergüenza de ella, y que todo lo que tiene y consigue se lo merecía, en realidad, ella. Sobre todo, se odia a sí misma. No sabe si soportaría matar y no sufrir castigo.

La hija de la lavandera: en efecto, los viejos dicen que su madre era mucho más bella. No es tan fácil. Ella es rumbosa, llena de carnes por todos los costados. Consigue de varios hombres y un par de mujeres lo que quiere. No tiene hijos. Su casa está más cerrada que lo normal porque guarda bastantes bienes. Odia a su madre, porque teme que le haga un daño. Pero no está segura y tiene miedo de prejuizar y equivocarse. Piensa que si la mata ahora va a sufrir porque quizá no era: querría asegurarse antes. No le importa no recibir castigo, porque va a tener su conciencia y eso la tranquiliza.

Tras presentarlos, **Una para cinco** muestra a cada uno de sus personajes en acción.

El consejero menor, en distintas dependencias de la Casa, habla con cada una de sus tres víctimas posibles, para dilucidar cuál de las tres puede ser más peligrosa y, por lo tanto, más merecedora. La mujer le dice que está enferma y se va a morir pronto; el consejero menor respira aliviado. Después, ella le dice que cree que antes de morir es mejor descargar lo que tiene sobre su corazón. El administrador le propone asociarlo a un negocio moderadamente turbio que les puede dar grandes beneficios; el consejero piensa que ahora que sabe cómo es, puede ganar mucho más si lo hace solo. Con el consejero de Vulgos, su rival, tiene más que una charla un enfrentamiento de gallitos, tras el cual todo queda en apariencia como estaba. El consejero de Vulgos es el jefe directo del enviado que le propuso la muerte autorizada: el consejero menor piensa que puede ser una trampa.

La biógrafa pasea un día entero por el mercado tratando de encontrar nuevos objetos para su odio. Se encuentra con su maestra, una biógrafa viejísima, ya anciana, muy respetada, que le dice que en sus primeros tiempos todos esperaban tanto de ella. La biógrafa piensa que si la eligiera como tema podría matarla sin peligros y además fijarla como quisiera en su relato. Sólo que tendría que dedicarle el resto de su vida.

El muchacho aceptado busca al enviado de la Casa para hacerle unas preguntas.

Quiere saber qué pasa si mata a más de uno con el mismo impulso —incendiando un edificio de antiguos supuestamente ladrones, por ejemplo— y, también, hasta qué nivel en la jerarquía de la Ciudad puede estar la víctima. No lo encuentra, pero cada vez le va gustando más la idea de cambiar su destino con un gesto grandioso.

La lavandera va a buscar a su hija la cantante al tugurio donde trabaja. La encuentra en medio de dos mercaderes de perfumes que le ofrecen regalos para seducirla. Hace muchos días que no se ven. La hija despacha a los mercaderes y atiende a su madre con dulzura. Le ofrece una cocción especial, le pondera su tela —que la lavandera lleva anudada con mucha gracia al cuello—, le dice que tienen que encontrarse más. Después le toca cantar y, en medio de los gritos de admiración del público, dice que esa señora que está ahí es su madre y que todo lo que cante esa noche es para ella. Del público le gritan elogios a la lavandera, que se levanta y se va sin saludar a nadie. La hija se queda preocupada por la partida inopinada y piensa que lo que temía parece cada vez más cierto. Su madre, en cambio, se va contenta con las atenciones de su hija, apenada por su propia decadencia. Cuando está llegando a su casa se cruza con su vecino que ya no quiere fornicarla: el vecino simula que no la ve.

Llegado a este punto, el lector tiene que pensar qué podría hacer cada cual y por qué. Aquí, dice el relato, hay que dejar la lectura y pasar dos o tres días imaginando. Después, al volver al libro, aparece un resumen de algunas de las hipótesis que el lector puede haber hecho: la sorpresa o el placer de encontrar escrito lo que él había pensado debía ser uno de los atractivos más grandes de estos cuentos. Al verlo, el lector entiende que ha progresado en su conocimiento del carácter humano, o sea: de sí mismo.

Las hipótesis, se aclara, deben tomar en cuenta el hecho de que los personajes deben decidir con cierta rapidez, ante el riesgo de cometer segundo (en un inciso previo se narraron algunas de las tentativas de los personajes de saber quiénes son los otros. Las tentativas son casi insensatas, porque tendrían que encontrar, entre miles, a otros cuatro que no deberían mostrar ningún signo exterior de su situación. El muchacho aceptado, por ejemplo, ni lo intenta. El consejero trata de jugar su influencia sobre el enviado de la Casa, sin resultado. La lavandera, en un momento de duermevela, piensa que si su hija fuera una de los cinco sería un gran alivio y la confirmación de todas sus sospechas). Las hipótesis se presentan, como el resto, agrupadas por personajes. Se presentan como las hipótesis de un lector privilegiado, el enviado de la Casa, al que cada personaje debe contarle su situación cada mañana. El enviado supone que:

El consejero piensa que matar por matar no le interesa: él ya tiene el poder de hacer matar a alguien acusándolo ante la justicia de la Casa. Piensa que la muerte le tiene que convenir mucho. Piensa que si mata a alguno de sus enemigos políticos públicamente —como sería el caso si lo hiciera con la muerte autorizada—, su

carrera sufriría por eso. O quizá ganaría, porque se vería que no tiene pasiones personales y que lo único que le interesa es el servicio público. Piensa que de todas formas quedaría marcado como aquel que aprovechó la muerte autorizada para avanzar en su carrera y que eso le quitaría flexibilidad política. A menos que matara a la mujer, porque todos creerían que era una cuestión privada. Sería un alivio y no le pesaría en absoluto, porque la mujer está para morir. Piensa que igual despertaría sospechas sobre sus motivos. Piensa que si matara al consejero de Vulgos su ascenso sería tan poderoso que no le importaría mucho lo que dijeran de él. Pero muchos en la Casa lo odiarían y tendría que pasar todos sus años de esplendor con extremo cuidado.

El muchacho aceptado acaba de matar en la caza de la aceptación y le dio mucho ánimo. Piensa que si no se le ocurre algo grandioso rápido puede matar a cualquiera por la calle, sólo por el placer. Pero piensa que una muerte autorizada no es lo mismo: no es como una muerte que no debe ser descubierta y puede producir la satisfacción íntima, incomunicable, del autor que sabe que ha hecho bien. Aquí el público juega: como se le pueden agregar detalles muy espectaculares, si no los tiene sería un desperdicio. La idea del incendio le parece muy bonita y, sobre todo, muy fácil: alcanza con acercarse hasta una casa de antiguos, en el barrio de Vulgos y Antiguos, poco antes del amanecer, y echar combustible y una antorcha. Cuando aparezcan, atraídos por las llamas, los vecinos, él recitará unos versos sobre la preservación de la moral en la Ciudad, y se convertirá en un hombre temido y respetado.

La biógrafa piensa que si mata a la mujer que se cruza todas las mañanas va a hacer de ella alguien demasiado significativo. Ya con su odio le da un lugar que no merece: si además la mata, la va a convertir en parte inseparable de sí misma. Piensa que si pudiera descubrir a alguno de los otros cuatro le propondría matar a una víctima del otro y crear una definición sin precedentes. Piensa que la próxima vez que lo vea va a seguir al enviado de la Casa. Piensa que nunca se le había ocurrido que si la condición para que alguien sea tema de una biografía es que al final la biógrafa lo mate, ella podría ser su propio tema y terminar con su suicidio. Le gusta mucho la idea. Se da cuenta de que no tiene nada que ver con la cuestión de la muerte autorizada. Por un momento piensa que va a olvidar esa cuestión y dedicarse a la biografía de sí misma. Después piensa que la biografía de sí misma puede ser un poco patética, visto lo que vivió hasta ahora, y que en cambio ganaría mucho si incluyera el detalle elegantísimo de matar con muerte autorizada a una mujer que ni siquiera conoce, demostrando su éxito en la tentativa de canalizar todo su rencor hacia ella para quedarse libre de él.

La lavandera piensa que no vale la pena matar al hombre que ahora ni siquiera intenta fornicarla porque podría matarlo igual, en cualquier momento, y es tan despreciable que nadie lo investigaría. Piensa que la única ventaja de matarlo con la muerte autorizada es que les podría decir a todos que fue ella y hacerse respetar. Piensa que

para eso es mucho mejor matar a su hija: es más impresionante. Piensa que sería una sorpresa, porque las madres no suelen matar a sus hijos, y demostraría que es una madre poco común. Piensa que no le interesa que su hija desaparezca, deje de estar: lo que quiere es mostrar que ella tenía razón y que era mejor que su hija. Piensa que si su hija se muere, los bienes de ella van a corresponderle y que muchos creerían que la mató por eso: para que no hubiera equívocos, tendría que renunciar a ellos y no sabe si sería capaz. Piensa que quizá sí. Piensa que tiene que apurarse: que no puede correr riesgos porque si comete segunda, el castigo para una madre que mata a su hija sin muerte autorizada puede ser terrible.

La cantante piensa que si mata a su madre los hombres van a buscarla mucho más y los tugurios donde cante van a estar siempre llenos. Después piensa que también puede pasar lo contrario, pero lo descarta. Piensa que es cierto que su madre fue muy desgraciada y que un final así le daría sentido a su vida. Que la haría un personaje conocido y muy compadecido; que además le demostraría que tenía razón en odiar a su hija. Piensa que la operación es impecable: se sacrifica para enaltecer a su madre al matarla y también se asegura el éxito de su carrera. Piensa si no tendrá remordimientos por matar a su madre o por hacer de la muerte de su madre una operación tan impecable, a pura ganancia. Piensa que, si no está muy equivocada, es probable que si su madre estuviera en su situación también la mataría. Piensa que eso la justifica más. Después piensa que le resulta intolerable pensar que va a hacer en esta situación lo que su madre haría. Al final piensa que eso también sería parte de su sacrificio magnífico y se alegra.

El enviado, cada mañana, cuando los cinco le hacen sus informes, emite opiniones o desliza informaciones como sin querer: con ellas va guiando los pasos siguientes de los cinco, sin que se den cuenta. La cuarta mañana todavía no actuó nadie: el enviado les sugiere que se les está acabando el tiempo. Esa mañana, el enviado piensa en voz alta delante de la cantante que todo sería más limpio si ella le diera sus bienes a su madre, se dejara seguir por la biógrafa hasta la casa del muchacho aceptado, le hablara al muchacho de una casa llena de antiguos muy ladrones, comentara con la lavandera la eficacia de tal veneno lento y le preguntara al consejero menor si está invitado a una comida muy íntima que da el consejero de Vulgos esa noche, en determinada sala de la Casa.

La suerte parece estar echada y el lector se descorazona: tiene la impresión de que a partir de estos últimos datos, la historia se reducirá a una carrera para ver quién llega primero a su objetivo. El lector imagina todo lo que vendrá: esa misma tarde, la cantante va a llevarle sus bienes a su madre para matarla enseguida con cuchillo y la lavandera va a recibir solícita a su hija con una copa de cocción donde habrá puesto su veneno lento. Después, muy tarde a la noche, el consejero menor va a irrumpir en la cena del consejero de Vulgos cuando todos estén un poco ebrios y lo va a ultimar de un tiro de ballesta chica. A la misma hora, poco más o menos, la biógrafa va a

acompañar al muchacho aceptado a quemar la casa de los antiguos muy ladrones con veinte o treinta adentro y justo en el momento en que la casa empiece a arder, justo antes de que muera ninguno, lo va a matar rebanándole el gañote. El lector se decepciona, porque el relato va confirmando sus previsiones, lo cual lo vuelve despreciable.

La cantante llega a la casucha de su madre la lavandera, en el arrabal oeste, con un carrito cargado con sus bienes y le dice que ha decidido devolverle algo de lo que ella le dio y que va a empezar su sacrificio, que será enorme, dándole todo lo que tiene. La lavandera la abraza y la ofrece la cocción; la cantante la bebe y la vuelve a abrazar, por última vez: en el abrazo le clava su cuchillo. Las dos se mueren casi al mismo tiempo: el relato explica que se considera que ninguna de las dos usó la muerte autorizada, porque las dos tuvieron su castigo.

Entonces el relato muestra en simultáneo a la biógrafa con el muchacho, por un lado, yendo hacia la casa de los antiguos, y por otro al consejero menor preparando su ballesta chica. Los primeros llegan a la casa sin problemas y amontonan material inflamable. El segundo entra en la sala donde todos están muy ebrios. El muchacho prende el fuego y la biógrafa lo degüella sin una palabra: el cuento insiste mucho en la fuerza de su chorro de sangre. La casa de los antiguos arde y se oyen gritos. Momentos después, en la sala de la Casa, el consejero menor ultima al consejero de Vulgos de un tiro de su ballesta en medio de la espalda. Los demás salen de su embriaguez y se tiran sobre el consejero menor, que se debate. Patalea. Entonces entra a la sala el Padre —Andrés, el 5— junto con el enviado, y todos se quedan quietos. El consejero menor consigue pararse. El Padre le sonrío y, con voz muy estentórea, le agradece su valentía al matar a un traidor. El enviado le dice con modos respetuosos que la biógrafa —otro de los cinco— mató al muchacho aceptado —otro de los cinco— hace un rato, o sea que la muerte que hizo no estaba autorizada, pero que seguramente él —el consejero menor— ya lo sabía. El Padre le vuelve a agradecer su valentía y le dice que aunque tenga que ajusticiarlo nunca va a olvidar su sacrificio.

Entonces el lector comprende que el Padre ha movido, a través del enviado, los hilos de todo el asunto desde el principio al fin, para deshacerse gratis de un consejero que detestaba, y que es necio pensar que un individuo, más allá de cualquier psicología, puede actuar por sí mismo. El lector se siente moderadamente satisfecho —porque lo ha entendido por sí mismo, sin que se lo digan— y muy sobrecogido e impresionado por el poder del Padre, que lo maneja todo. En esto reside el valor didáctico de ***Una para cinco***.

El género, como queda dicho, parece haber desaparecido poco después. Thoucqueaux, en un comentario, supone que la causa fue una disminución del poder de los soberanos de la Ciudad y las Tierras. Nosotros suponemos que la necesidad de

presentar relatos didácticos para mostrar el peso de ese poder demostraría que dicho poder no era tan grande. Si no, esas moralejas habrían sido innecesarias. Se podría suponer que la desaparición del género corresponde a un aumento de su poder. Aunque tampoco sea seguro.

Sobre la cuestión del Delito Contra Todos, en cambio, como queda dicho, tenemos documentación mucho más precisa. Y sabemos también por qué se abandonó. El modelo tenía, desde el punto de vista de la Casa, una gran ventaja: como cualquier delito amenazaba el equilibrio general de la sociedad, todos sus miembros podían considerarse víctimas de cualquiera. Por lo cual todos tenían que hacerse cargo de que nadie cometiera delitos: durante los años de vigencia del Delito Contra Todos ni una mosca voló en Calchaqui sin que cuatro vecinos corrieran a informarlo a la guardia más próxima. Con este sistema es muy probable que la revuelta por la Larga no habría podido siquiera despegar. Pero tuvo una falla que, unida a la rebeldía natural de los calchaquis, terminó con él.

Lo importante del modelo era que cualquier delito, fuera lo que fuera, atentaba contra el equilibrio del sistema y, por lo tanto, tenía que ser castigado. El problema es que no se podía pretender que la ruptura del equilibrio tuviera grados: un cuerpo está en equilibrio o no lo está; que lo desequilibre el roce de una pluma o la coza de una mula da lo mismo. Por lo cual todos los delitos debían tener el mismo castigo, porque su efecto sobre el cuerpo social era semejante y porque la meta del castigo era restablecer el equilibrio perdido. Durante la vigencia, todos los delincuentes de la Ciudad fueron desterrados a los bosques del sur, que llegaron a un nivel de población nunca visto. Pero, sobre todo, el problema era que, valiendo igual el robo de una bolsa que la copia de un perfume, un cuchillazo en la nalga que el exterminio de una familia, sólo los más elegantes se contentaban con lo poco. Los más buscaban objetivos grandes que les llenaran de dulzura horas tan largas en el sur. Y muchos se lanzaban: si habían robado cuatro mamones ya merecían el destierro, así que seguían adelante. Como, además, todos estaban pendientes de los delitos para denunciarlos sin tardanza, a muchos se les iban ocurriendo ideas. Nunca hubo tanto delito en la Ciudad y las Tierras.

Cuando un consejero del soberano 6, Alfredo, quiso establecer penas distintas según la crueldad o fuerza del delito, muchos vulgos y personas de Calchaqui supusieron que era un error flagrante: o había equilibrio o no lo había. En esquinas de la ciudad empezaron a aparecer maderitas o ramas atravesadas sobre una cuerda fina atada a dos paredes. Las colocaban con cuidado y se quedaban en equilibrio un tiempo, después, el menor viento o el más bruto empujón las tiraban al suelo. Cuando todo el suelo de la Ciudad empezó a crujir de maderitas, el consejero entendió que cualquier chispa podía incendiarlas y revocó su decisión. Pero el problema siguió incólume. El Delito Contra Todos fue eliminado por el soberano 7, Bruno, cuyo tiempo del Presente Absoluto no favorecía la idea de crímenes y castigos. Pasaron décadas

confusas. Recién Osvaldo, el 10, volvió a intentar algún orden jurídico ([ver nota 43, cap. 2](#)). <<

[11] «**construyó durante tantas estaciones un aparato primoroso**»: pese a la difusión del capítulo 3 de *La Historia* en su forma de *La Destinée de la Révolte*, ningún comentarista, hasta ahora, había tenido los elementos suficientes para calibrar la influencia de las muertes bellas en el estilo y el arte de la Ciudad y las Tierras. Ahora sí, en cambio, se podría postular que las invenciones de aquellos maquinistas que se dieron la bella con ellas son el antecedente de la máquina para un solo uso y una sola vez. Con una salvedad que las hace si acaso más interesantes: fueron máquinas que no se destruían a sí sino a su objeto, para el cual estaban exclusivamente destinadas. No es que desaparecieran; su final era más delicado: la desaparición de su objeto las hacía bellamente superfluas.

Por otro lado, algunos de los ingenios que se construían para darse la bella eran prodigios de complejidad técnica y artística. Una mala interpretación contemporánea podría suponer que la construcción de esas máquinas se dilataba porque el maquinista, alargándola, quería diferir el momento de su muerte. Lo cual equivaldría a ignorar el entusiasmo casi fanático que sacudió a la Ciudad en los días de la bella y el soberano Osvaldo. Por el contrario, la tardanza en esa confección se valoraba como una muestra de calma determinación: se admiraba en ella la paciencia y entereza de un hombre que convivía tanto tiempo con la construcción de su propia muerte. Es probable que nuestros días no sean capaces de valorar una manera tan discreta, tan lenta del coraje. <<



[12] «**Calchaqui**»: es cierto que la residencia de los soberanos de la Ciudad y las Tierras, escenario principal de nuestro relato, aparece siempre en los escritos de la **edición Thoucqueaux** bajo el apelativo «*la Ciudad*». En nuestra traducción, por fin, podemos nombrarla indistintamente como *la Ciudad* o como *Calchaqui*: se trata de uno de los resultados más importantes de las investigaciones que nos han ocupado en estos veinte años.

Mientras el único relato conocido fue ***La Destinée de la Révolte***, que aparece en la **edición Thoucqueaux** como capítulo 3, la pobreza de sus datos hacía que todo intento de localizar los eventos allí referidos pareciera inútil y sin esperanzas. Lo cual no impidió que especialistas y profanos derramaran, desde 1756 a esta parte, ríos de tinta intentando zanjar el entuerto.

Hacia 1760, cuando ***La Destinée*** se comentaba en todos los salones, los filósofos parisinos supusieron que debían situar la historia en algún lugar del Asia Central. Estaba claro, decían, que no se trataba del África, cuyos habitantes nunca habían llegado a la menor cultura, y tampoco de uno de los grandes reinos orientales, como la India o la China. América conocía un período opaco, y sus mitos rodaban desvaídos. Pero el Asia difusa estaba de moda en esos días de ***Zadig*** y ***Cartas Persas***, y hacia allí fueron las primeras atribuciones. Que tampoco tenían mucha importancia: los lectores del tiempo de las Luces estaban acostumbrados a recorrer con confianza historias que sucedían en los espacios más fantásticos.

La discusión empieza a tomar un cariz más «científico» hacia fines del siglo, cuando los avances de la técnica piden el establecimiento de datos fehacientes. El marqués de Condorcet, se sabe, en su trajinado fragmento de la célebre ***Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain*** (1795), que me permitiré citar una vez más, lanza la primera piedra:

«Se trata, sin duda, de un reino americano. Era necesario que una tierra virginal, sin las tinieblas de la antigua Europa ni los fanatismos del Oriente insondable, fuera la cuna de tan alta empresa. Se me dirá que desvarío: que un continente con tan poca Polis, donde Natura reinaba sin empacho, no puede haber sido el escenario donde el hombre devino, más que en ningún otro sitio, *zoon polítikon*.

La paradoja no es sino aparente: muchas veces, en nuestros países, los grandes progresos de la razón se ven contenidos por sus progresos pequeños, los pasos vacilantes que una Razón mal entendida ha podido intentar. Sólo en esas tierras nuevas, que no conocieron la contaminación del oscurantismo ni las primeras victorias de las Luces, la causa de los pueblos podía alcanzar su gran triunfo inaugural.»

El tono estaba echado, y la hipótesis Condorcet dominó desde entonces el debate. Es curioso señalar que, aunque falsas sus premisas, la conclusión fue absolutamente verdadera: se trata, una vez más, de las intuiciones de la razón que cantara Rousseau.

Durante décadas, las palabras del marqués ilustrado bastaron. Pero el territorio americano es amplio y la ciencia decimonónica intentó precisar. Tras diversos balbuceos, el poeta Ralph Waldo Emerson, cantor de dioses y praderas, supuso en la primera serie de su *Essays* (1841) que la cultura de la Ciudad y las Tierras había florecido poco antes del año 1000 en los contrafuertes de las serranías de California —que los Estados Unidos intentaban entonces ocupar. Se basaba en observaciones geográficas, en datos climatológicos, en media docena de refranes, en una de las cartas de Hernán Cortés al emperador Carlos V —a propósito del reino de las Amazonas allí localizado— y, sobre todo, en sus más vehementes pretensiones. Norteamérica, la cuna de la democracia moderna, se jactó durante unos años de haber dado también origen a la estructura de las modernas revoluciones.

En la nación del Norte se publicaron en esos años numerosos artículos y trabajos académicos que abonaban la localización californiana. Incluso Domingo Faustino Sarmiento va a aludir a ella en su carta a Valentín Alsina del 12 de noviembre de 1847, que consta en la edición de sus *Viajes*:

«Y como es regla que según el nido ha de ser el pájaro, aves hay aquí y también bandadas que no se explican sin el esfuerzo majestuoso de aquellos valientes ancestros que conquistaron una Vida (...) equivocados, primitivos, pero henchidos de una audacia que los enaltece.»

En la frase sarmientina estaba el germen de lo que sería, pocos años más tarde, el primer gran vuelco. En los Estados Unidos, el Este occidentalizado lanzaba sus fuerzas a la conquista del Oeste, y los primitivos habitantes pasaban a ser la víctima propiciatoria de ese avance: ya no era concebible adjudicar al aborigen, convertido en salvaje enemigo, una primacía que le daba títulos de gloria. En 1859, la publicación de *Geography of an Ancient Society*, por M. M. Halster, catedrático de Yale, en la revista de la *American Society of History*, sacudió los ambientes académicos.

El artículo era poco menos que insultante para R. W. Emerson. Con saña, aludía repetidas veces a su condición de poeta para descalificar sus afirmaciones: la argumentación de Halster era irreprochable, pero su tono resultaba excesivo. En un primer momento el vate no le respondió: se sabía muy respetado en Yale y prefería que fuera un colega del agresor el que pusiera los puntos sobre las íes. Se cansó de esperar. De hecho, en más de una Historia de la Vida Universitaria americana se señala la querrela HalsterEmerson como el inicio de la despiadada campaña con que los académicos reivindicaron y obtuvieron la exclusividad sobre una serie de áreas del conocimiento: un triunfo de la especialización en el saber decimonónico.

Finalmente, Emerson respondió por sí mismo en ese artículo tan citado que empieza

diciendo: «Así como la política es algo demasiado serio como para dejárselo a los políticos, la historia del pensamiento es demasiado profunda como para dejársela a unos historiadores...» Hubo respuestas, y la polémica se mantuvo por años. Pero, más allá de sus implicaciones epistemológicas, la argumentación de M. M. Halster era tajante: nada serio sostenía realmente la presunción de que unos aborígenes californianos hubiesen constituido la cultura de la Ciudad y las Tierras. «Con el mismo nivel de justificaciones —escribió— se puede pretender que fueron los etruscos, los kabiles, una tribu tolteca o los habitantes del IV<sup>ème</sup> arrondissement de París.»

Auguste Comte y su *Cours de Philosophie Positive* ya eran el credo extendido de los científicos de la época: el positivismo pedía pruebas que nuevas disciplinas estaban tratando de obtener. Entre ellas destacaba, con ímpetu, la arqueología.

En 1897, un discípulo dilecto del descubridor de Troya, Heinrich Schliemann, llamado Günther von Speisen —de quien las murmuraciones aseguraban, insidiosas, que había sido también su *poupée*— dilapidó buena parte de su patrimonio familiar en una rocambolesca expedición a la península de Yucatán en busca de los restos de la Ciudad y las Tierras. Von Speisen, fuerte de los triunfos de su maestro en Troya y Micenas, de los que había tomado parte, supuso que bajo las ruinas de la ciudad ceremonial de Chichén Itzá se escondía La Ciudad. Su hipótesis de base era convincente: no había otro pueblo que hubiese tenido con el tiempo una relación tan parecida a la que se narra en *La Destinée de la Révolte* como la que mantuvieron los antiguos mayas. Por eso, sostenía, era más que probable que la cultura maya fuera la continuación de la descrita en *La Destinée*. Para demostrar su aserto, intentó excavaciones bajo los cimientos de la gran pirámide.

Tuvo innumerables contratiempos: sobre todo, la negativa de sus porteadores y obreros nativos, descendientes de aquellos mayas, a destruir las chozas que habían construido entre los monumentos de sus mayores para comprobar la hipótesis de Von Speisen. El alemán, indignado por la barrera que los naturales oponían al avance de la ciencia, ejecutó a dos de los más rebeldes, lo cual provocó la fuga del resto. Abandonado en su campamento, cortados sus suministros por la hostilidad de toda la comarca, Von Speisen y sus ocho colaboradores bávaros llegaron a excavar las bases de la Gran Pirámide, causándole los destrozos irreparables que todavía nos afligen. Hubo un momento en que estuvieron a punto de dar vuelta la historia: fue cuando más y más aborígenes afluyeron a los alrededores de su campamento atraídos por las prácticas sexuales a que se libraban entre sí los germanos a la luz del día. Los aborígenes, entusiastas, supusieron que en esas cópulas de señores con hombres se escondía un mensaje de sus dioses, y decidieron volver a alimentarlos para que no se detuvieran hasta que ellos pudiesen entender el recto sentido de esos signos. Pero fueron disuadidos por el padre Cabezas, el predicador católico más influyente de la comarca, que acudió respaldado por el ejército particular de su hermano Juan

Bartolomé, un hacendado que dominaba entonces la región.

Al cabo de dos meses de tribulaciones, cercados por el hambre y las enfermedades tropicales, los germanos abandonaron el lugar. Quebrantado por la malaria y los disgustos, Von Speisen murió a poco de entrar en Veracruz, sin llegar a conocer, para su fortuna, la condena unánime que la comunidad científica internacional lanzó sobre sus tentativas. Sobre su tumba, años después, un grupo de intelectuales yucatecas erigió una lápida que comparaba sus desventuras con las del desdichado emperador Maximiliano.

La Hipótesis Maya anidó, sin embargo, diez años más tarde, en la mente del joven investigador americano Hiram Bingham. Bingham consiguió, no sin grandes esfuerzos, convencer en 1909 a la National Geographic Society of America para que auspiciara una segunda expedición a Yucatán, que se comprometía a respetar en sus trabajos los vestigios existentes. Estaba preparándola cuando estalló la gloriosa Revolución Mexicana; imposibilitado de dirigirse a esa tierra en llamas, Bingham logró desviar los fondos que le habían sido destinados hacia una nueva misión en el Perú. La historia de su descubrimiento de la ciudad sagrada del Machu Picchu, en 1912, es por demás conocida. En cambio, se ha escrito mucho menos sobre los ingentes, inútiles esfuerzos de Hiram Bingham para demostrar, en primera instancia, que la ciudad sagrada de los Incas podía ser La Ciudad. Bingham, que no era un ingenuo, echó tierra sobre ellos en cuanto se dio cuenta de su debilidad y, sobre todo, de que la magnitud de su hallazgo se resentía si insistía con una hipótesis que no estaba en condiciones de demostrar.

Para la segunda década del siglo, la cuestión de la Ciudad y las Tierras empezó a ser retomada por la intelectualidad crítica latinoamericana. Que, hasta entonces, sólo le había dedicado referencias aisladas, como la de Sarmiento y la tan citada de Jose Martí; ambas, curiosamente, se originaron en sus tránsitos por Norteamérica. Hay autores que sostienen que este renovado interés llegó a América Latina vía Moscú, y esgrimen para justificarse las publicaciones de S. I. Semiónov y V. I. Ermolaev. Era lógico que la historiografía soviética previa a las purgas stalinianas diera un lugar de preeminencia a la historia de la Ciudad, y así lo hizo, pero José Carlos Mariátegui había hecho referencia a la cuestión mucho antes. Es probable, incluso, que el camino haya sido el inverso. (Aunque esto es discutible, dada la presencia del debate en la historiografía socialista francesa —Jean Jaurès et al.—, de donde puede haber pasado a los soviéticos.)

El giro Mariátegui es, en cualquier caso, curioso y revelador. Es notorio el esfuerzo que la izquierda latinoamericana realizó, por su intermedio, para establecer sus propias raíces de legitimidad en el nuevo continente; pero, dadas las urgencias del momento, una tarea sistemática de investigación histórica le resultaba poco menos que imposible. José Carlos Mariátegui, en *El alma matinal*, encuentra una solución

satisfactoria: la Ciudad es génesis y patrimonio de la cultura contestataria latinoamericana y su identificación precisa será otra de las tareas que la ciencia proletaria podrá encarar una vez alcanzado el poder.

Este era, a muy grandes y groseros rasgos, el estado de la cuestión cuando nuestro afortunado encuentro de la **edición Thoucqueaux** empezó a arrojar sobre ella las luces más exactas. La enumeración de las pruebas que nos permiten proclamar nuestra convicción de que la Ciudad y las Tierras se asentaron en el territorio de los Valles Calchaquíes, en el noroeste de nuestro país, sería casi interminable y, además, muchas de estas razones irán apareciendo en notas posteriores. Por el momento, alcance con unos pocos datos básicos:

— climatología: hemos estudiado con detenimiento las condiciones climáticas de los Valles y coinciden plenamente con los datos contenidos en **La Historia**.

— topografía: ídem. Recostado en los contrafuertes de los Andes —en el relato, las «grandes montañas del Oeste»—, con las Salinas también citadas al sur, las estribaciones boscosas del este y las llanuras áridas de la Puna hacia el norte: todo coincide punto por punto.

— idioma: las escasas referencias al idioma de la Ciudad y las Tierras que ofrece Alphonse des Thoucqueaux coinciden reveladoramente con la descripción que hace fray Francisco Romano del idioma de Calchaqui ([ver nota 24, cap. 1](#)).

— croma: el famoso color *bleu révolte* que los franceses tomaron de **La Destinée** es casi idéntico al llamado azul calchaqui ([ver nota 15, cap. 2](#)).

— tradición oral y textual: como se verá, muchos de los relatos que sobreviven en la zona remiten a temas y situaciones aludidas en **La Historia**.

— referencias hispanas: aunque con errores, los relatos de los conquistadores españoles sobre la cultura calchaqui ([ver \*\*La perdida perdida\*\*, nota 53, cap. 3](#), y las **Jornadas / o Conquista y Pacificación / de las Selvas del Tucumán**, [nota 39, cap. 4](#)) dan cuenta de numerosos parecidos.

— restos arqueológicos: como se sabe, el sitio arqueológico de Quilmes o Calchaqui, el más probable emplazamiento de la Ciudad, fue arrasado so pretexto de reconstrucción en 1970. Eran estos los únicos restos que nos había dejado un pueblo cuyo patrimonio cultural fue destruido tras su deportación y genocidio (hacia 1650, los españoles derrotaron definitivamente a los naturales y los trasladaron en masa a un suburbio de Buenos Aires, ahora llamado Quilmes, donde murieron lentamente). Con la «reconstrucción» se completó el trabajo de los colonizadores y desaparecieron los últimos rastros. Esta nueva afrenta constituye uno de esos grandes escándalos a los que nos han acostumbrado los falsificadores de la historia nacional. ¿Por qué habría emprendido un gobierno militar tan farsesca reconstrucción, si no para ocultar o destruir definitivamente todo vestigio de aquella civilización, por otra parte tan

documentada? Dado el secreto que ha acompañado hasta ahora a este ultraje —que seguramente será roto por el cacareo de los discursos oficiales cuando logren inaugurar el vergonzoso estropicio— y dado nuestro escaso acceso a medios oficiales, no hemos podido saber cuál de los sectores posibles —y con qué ocultas intenciones— ha encabezado la ofensiva. ¿Serán aquellos que postulan, en la línea mitrista, que la Patria nació en 1810 y tratan, desde entonces, de negar toda huella de civilizaciones anteriores? ¿O los europeístas de la generación del 80 que siempre se avergonzaron, también, de cualquier origen autóctono? ¿O, más modernamente, los que pudieron enterarse de nuestras investigaciones y quisieron impedir toda comprobación de que un escrito protoargentino había servido de inspiración a las grandes revoluciones antiabsolutistas?

(Si fueran estos últimos, estarían haciendo gala de una ingenuidad lamentable: compartirían la idea de que las revoluciones —que en estos días sacuden al planeta— son el producto de una determinada etapa histórica, y acabarán con ella. Es cierto que resulta para nosotros un honor que la musa inspiradora de cierto tipo —«moderno»— de la revolución se sitúe en territorio patrio, pero el espíritu revolucionario no pertenece a lugar ni época ninguna: está presente —más o menos sofocado— en todos los momentos y lugares. ¿No dijo, por ejemplo, el monje Arnolfo de Sankt Emmeram, en plena época de supuesto quietismo oscurantista, en el año 1040 y en Regensburg, que «no sólo es correcto que las nuevas cosas cambien las antiguas; también, si las viejas están desordenadas, que se las descarte o incluso, si están ordenadas pero no son útiles, que se las entierre con reverencia»? El espíritu de la revolución y el cambio, como se ve, anida aún en los nichos menos propicios.)

En cualquier caso, las pruebas con que contamos para apoyar nuestra hipótesis calchaqui son irrefutables, y la grandeza de nuestro descubrimiento no escapa a la perspicacia del lector. Por fin, después de siglos de esfuerzos, hemos podido llegar a la localización definitiva de la Ciudad y las Tierras. <<

[13] «**mientras caía la lluvia de la noche**»: es sorprendente esta alusión a una lluvia nocturna consuetudinaria en un lugar en que las lluvias son absolutamente estacionales. Cuando llueve, llueve todo el tiempo; cuando no llueve, no lo hace. Quizá se trate de una interpolación posterior o un error de Jushila o Thoucqueaux (ver más abajo). <<

[14] «**no por contarlo el secreto deja de serlo**»: es ingenuo suponer, como quizás alguien intente, que la frase proviene de una idea del soldado Joaquín. Parece evidente que resulta de una lectura apresurada de un clásico perdido: el *Tratado del Secreto, o Sus Secretos*.

Por fortuna, la *edición Thoucqueaux* nos ofrece un fragmento importante del *Tratado*. La obra, según la tradición, se debe a Jacobo, el amigo —y asesino— del soberano 2, Carlos (ver cap. 3, pág. 549). Es probable que sea de esa época, con interpolaciones posteriores; al menos está claro que fue, de ahí en más, muy imitada. Se presenta, como se verá, en forma de diálogo, uno de los géneros más representativos de la Ciudad y las Tierras. A este respecto, es curioso notar cómo el diálogo literario no intenta en absoluto reproducir las formas de los verdaderos diálogos verbales de Calchaqui. Visiblemente es un género aparte, y no está atravesado por las supersticiones del realismo. Estos son los ítems principales del *Tratado del Secreto, o Sus Secretos* (los comentarios nos pertenecen):

#### 1. DE LO QUE ES

—¿Qué es, coscorrón, el secreto?

—El secreto, sabihondo, es todo lo que alguien no sabe.

—Coscorrón, impune: entonces, ¿no hay mayor hacedor de secretos que la ignorancia, digo: usted sabe qué es un coscorrón?

—Lo ignoro y quiero, sin las dudas, ignorarlo.

—¿Y es por eso un secreto?

—No, sabihondo.

—¿Sabe cuánto mide su brazo, cascotito, desde su codo al hombro?

—No, sabihondo.

—¿Y es por eso un secreto?

—No, no, no.

—Entonces, coscorrón, agregaríamos: el secreto es todo lo que alguien no sabe y quiere saber.

—Sí, sabihondo, pero: ¿puedo querer saber lo que no sé que existe?

—Difícil, y mucho para usted.

—Entonces, sabihondo, ¿qué diría?



—Habría que decir, cuscurro: todo lo que alguien no sabe y sabe que querría saber.

—¿Decimos?

—Lo decimos.

*(Las definiciones siempre son trabajosas. Además, suelen parecer nimias. Han llegado a una que supone el término medio que tanto trató de imponerse en la cultura de Calchaqui: el secreto es todo aquello que alguien no sabe y sabe que querría saber. El secreto tiene que ser desconocido pero no tanto como para que no haya alguien que, conociendo que existe, quiera saberlo. Es un arte del matiz, de la pesca con señuelo de colores: dar un poco de sogá, escabullirla.)*

## 2. DE LO QUE PUEDE SER SECRETO

—Vamos a hablar de la materia, rebrotito.

—De la materia, sabión, es: ¿de su materia?

—¿Conoce usted materia que pueda no ser su? ¿O materia de nada, independiente?

—¿De qué materia, le pregunto, sabión?

—Eso, rebrote, nunca visto, digo: ¿de qué materia se hacen los secretos?

—De palabras, sobre todo, sabión: de las palabras. ¿Usted no cree?

—Yo no creo ni dejo de creer. Siempre es la materia las palabras, pero digo: para el secreto ¿son palabras sobre cualquiera de las cosas?

—No, sabión, usted ya sabe, no es secreto.

—Ni tampoco ignorancia, rebrincado, es algo más al medio. ¿Sobre qué son las palabras que están en los secretos? Digo: ¿sobre qué tratan los secretos?

—Eso es muy fácil: nada tan público que lo sepan todos ni tan privado que a nadie le interese.

—¿Diciendo?

—Los asuntos en el medio del medio: los demás coitos, principios de las cosas, conspiraciones nuevas, el costo de las esencias que traen las caravanas, otros costos, un consejero que organiza una fiesta, un consejero que organiza una guerra, otro consejero a punto del despido, un río con las mejores truchas, un arroyo con las mejores aguas, la máquina que alguien está inventando, tiempo del Padre próximo...

—¿Dijo, rebrotísimo, zápiro, el tiempo del próximo Padre?

—Dije, sabión: dije.

—¿Es un secreto para quién, me dice?

—Es para todos.

—¿Y lo sabe Padre próximo, quiero decir: el Hijo?

—No lo sabe hasta que se da cuenta, el día anterior.

—¿Es un secreto para quién, zápiro, me dice?

—Para todos todos. Ya sé, sabión, no es un secreto.

—Es ignorancia o es misterio, puros, rebrotito.

—¿Cuál es la diferencia, sabión, domine, entre misterio e ignorancia?

—Es un secreto.

—Son formas del futuro.

—Sólo si yo lo digo.

*(Servidumbres del diálogo. Nada importa en él, salvo la enumeración, forzosamente incompleta, de los ítems que constituyen materia de secreto. En síntesis: novedades de la escena público-política, romances, información económica, recetas prácticas y ciertos datos técnicos.)*

### 3. DE LO QUE NO PUEDE SER SECRETO

—¿Hay algo que no pueda ser secreto?

—No.

*(Mera retórica.)*

### 4. DE LO QUE NO PUEDE SER SECRETO

—De nuevo le pregunto, cochayuyo, chorbo: ¿hay algo que no pueda ser secreto?

—Si usted lo dice, más que sabio: tantas cosas. ¿Qué cosas?

—Todo lo que pasa a la vista, al oído, al olor de los otros.

—¿Siempre?

—Salvo otras muchas veces, chirimiri, en que la vista o el olor o el oído se engañan y el secreto sigue aunque lo vean, oigan, huelan todos.

—¿Como qué, más que sabio?

—Como cualquier engaño. Como quien huele un perfume y distingue el aroma del jazmín y no está, chicharrón: cuando el olor se inventa con la mezcla de otros, en secreto.

—¿Y qué más, más que sabio, se inventa de esa forma?

—Casi todo se inventa, chucho, chispi: casi todo lo que se ve, huele, oye tiene su secreto que le está detrás: sirve para que se esconda su secreto.

—Más que sabio: ¿hay algo que pueda no ser un secreto?

—Poca cosa.

*(Clásico, consuetudinario patinazo calchaqui: el paso de una taxonomía aplicada y cuidadosa a la postulación de la mezcla permanente. Tras haber establecido la lista de las materias del secreto, se llega a la conclusión de que toda materia lo contiene en parte, es más: de que lo propio de toda materia, su objetivo, es disimular o insinuar o incluso entremostrarse su parte de secreto. La confusión impera.)*

#### 5. DE LO QUE PUEDE Y NO PUEDE SER SECRETO

—¿Entonces?

—¿Entonces?

—Entonces, sabidísimo, en todo hay un secreto y lo que no es secreto. Nada es uno solo, digo: casi nada.

*(Colofón: vía muerta.)*

#### 6. DEL SECRETO COMO HISTORIA

—Estamos desviados.

—Sí, muy sabio: muy desviados. ¿Cómo así, desviados?

—Desviados, pancito, pampanillo: no hablábamos del secreto del mundo y de sus apariencias tan ladinas. Si no, hablaríamos de todo y es muy largo.

—Ya sé de qué no hablábamos, muy sabio. ¿De qué sí?

—Hablábamos de una manera del secreto, digo: un secreto que se puede contar o no contar. Importa porque se puede contar o no contar.

—Ya sé, muy sabio: secreto como historia. Secreto es una historia que alguien sabe y alguien no sabe y alguien querría saber.

—¿Una historia?

—Una historia.

*(La palabra está echada. Un arte del circunloquio y la finta innecesaria. Después del rodeo por los misterios del mundo, en su vertiente esencia versus apariencia, los hablantes vuelven al tema original o central: el secreto es un relato que se esconde y difunde, según reglas que están por ser establecidas. Habitualmente, estos recorridos tienden a desechar: muestran que no ignoran las posibilidades de extensión de su*

*tema, pero que han decidido explícitamente circunscribirlo a un espacio preciso.)*

#### 7. DE LOS TIPOS

—Los secretos, brotito, no son todos iguales.

—No son, resabiado: no son todos iguales.

—Y sus tipos cambian.

—Cambian.

—¿Está seguro?

—No, resabiado, digo: ¿cambian?

—Según los tipos, burruño: tanto cambian que solamente si sabemos podemos saber que son, al fin, la misma cosa.

*(Simple establecimiento, porque sí, de la premisa necesaria.)*

#### 8. DE LOS TIPOS SEGÚN SUS MATERIAS

—Los tipos cambian y cada cual tiene lo suyo.

—Sí, sabidón: cada cual lo suyo.

—¿Cómo son, arretrato, los secretos de la Casa?

—Son solemnes.

—¿Y cómo más?

—Se cuentan con un escalofrío y los ojos atentos, mirando a los costados, menos en el mercado que en lugares con sombra. Son los más peligrosos, y requieren cuidados, pero tienen la ventaja de que sirven muy poco, más bien son vanidad. Entonces son cortitos: el que los cuenta sabe que está corriendo el riesgo, y preparó sus frases para ser precisas: «el consejero Jaime está armando la expedición al norte para salir a buscar más barbudos dentro de cuatro días». Nunca dicen el nombre de Padre; si tienen que decirlo, dicen: «él», y todo el mundo entiende. Como tienen que ser tan cortos, son bastante cómplices: suponen que el que oye sabe muy bien cada detalle previo, sabe de qué se trata: están repletos de alusiones y sus medias palabras.

—¿Y cómo son, artefacto, secretos de la carne?

—Son chispeantes.

—¿Y cómo más?

—Son muy largos, sabidón, son los más largos: nadan en los detalles. Les conviene empezar con un recuerdo: «¿se acuerda de la dama del maquinista que fabricaba las

muñecas tan gordas», y sorprender después con una frase abrupta: «trató de hacer matar a tres amantes». Buscan el gesto de sorpresa y la pregunta: «cómo». Quiero decir: en general nadie los pide, y los propone el que los cuenta. Entonces, a partir del introito para dar sorpresa, empiezan los detalles que cuentan las formas de la dama de marras, con muchos vericuetos, para cosquillear al que lo escucha: «no se imagina lo que son las mamas que le cuelgan, largas, reverendas, cuando se enredan en un duro pistón que las buscaba». Después el cuento sabe muchos detalles, lugares, momentos, formas que solamente podía saber uno que hubiera estado ahí presente. Nunca se sabe si estuvo o si no estuvo: «esa tarde, cuando llegó el vicuñero Jaime, que era el segundo, la dama estaba cansada porque había recibido antes al maquinista Jaime y se habían regodeado con una historia que él le contó sobre los patos y las formas que tienen de ensartarse cada cuarta y se habían relamido bien las lenguas y por eso». El secreto, ahí, ya se contó al principio, pero importa lo que viene después. El secreto del principio era la manera, una excusa para darle interés a un cuento que importa por el cuento. Hay, ahí, sabidón, tremendas risotadas: del que lo cuenta pocas, y más del que lo escucha. Se lo puede, también, contar a varios.

—¿Y cómo son, atraso, mi arretrato, secretos del comercio?

—Codiciados.

—¿Y cómo más?

—Se piden, sabidón, se buscan con empeño. Se encuentran dos y uno piensa que el otro sabe un secreto del costo de una esencia, se dice: «este seguro sabe a cuánto tuvo el cardamomo la caravana que llegó anteanoche». Entonces uno invita al otro a tomar sus cocciones a un tugurio y dice que le paga: charlan de cualquier cosa y uno trata de que el otro se acuerde de que eran tan amigos o, a veces, para endeudarlo, le cuenta algún secreto de la Casa o la carne: «a usted, nada más a usted por ser mi amigo, le puedo contar que». El arte descansa mucho en endeudarlo. Entonces, cuando llega el momento, solamente cuando llega el momento, uno empieza a hablar de esencias, de cómo están de caras, de cuánto cuesta conseguir las y, como si no se diera cuenta, le pregunta al otro, con descuido, el secreto que quiere: «y el cardamomo que llegó anteanoche, a cuánto lo habrá traído el traficante Jose». Si todo fue bien hecho el otro contesta con palabras simples: «tanto». O, si se da cuenta, sonrío un poco, lo goza con silencio, dilata, y al final contesta o no contesta. Secretos del comercio se dicen con muy pocas palabras, dos o tres, sabidón, es secreto bien parco: todo el trabajo lo hace el que quiere saber, porque a él le sirve.

—¿Y los secretos para saber cómo se hace algo?

—Son igual, sabidón, que los secretos del comercio: sirven al que los oye, tienen un servicio.

*(Es el pasaje crucial, el que define las tipologías comparadas de los tres grandes*

*grupos. En él se basa la mayoría de los comentarios posteriores.)*

#### 9. DEL TIPO QUE NOS ABRE UNA PUERTA

—Hay secretos que son para el jolgorio, carcasa, o para la satisfacción, y no son todos.

—No, tan sabio: no son todos.

—Hay otros, carcarañita, que abren una puerta.

—Sí, tan sabio, hay que abren una puerta.

—¿Esos son más o menos puros?

—Son más y menos puros, porque abren una puerta.

*(Interesante desarrollo, abortado en el huevo. El tema se retomará en los Usos, vide infra.)*

#### 10. DE SUS RIESGOS

—Atención, criadilla, no hay preguntas: le explico, nada más, resumo. El secreto siempre es esfuerzo —para no contarlo— o la facilidad —de no hacer el esfuerzo de contarlo. El secreto tiene el placer de que está al borde: siempre hay riesgos en contar un secreto. El menor es que deje de serlo. Los grandes: un castigo, una pérdida, el destierro. Pero el riesgo es lo suyo, le resulta propio: un secreto que uno solo sabe sólo es para muy fuertes. Sólo los muy fuertes saben durar en su placer tan solitario. Los comunes, los vulgos y personas, tienen que contarlo para que les rinda. El secreto tiene que estar, carretilla, carrito, muy bien regulado: cuando todo es secreto se pierde el interés o no se llega; cuando nada es secreto no hay secreto. Ningún secreto, cartilla, carterita, es más apetecido que la última letra que forma la palabra, cuando alguien sabe todas las demás. Ahí está todo el arte: ir entregando las palabras de a poco, sabiendo que la última sigue en poder de uno: ahí está el riesgo y toda la finura.

*(Cuando en el género dialógico calchaqui se suprimen en un pasaje las preguntas, se quiere marcar la importancia de lo dicho. En este, quizás esa importancia nos escape a primera vista, pero una contemplación más detenida la revela en todo su esplendor.)*

#### 11. DE LOS USOS DEL SECRETO

—Cuando bien sirve, baratija, ¿para qué nos sirve?

—Nos sirve, bastante sabio, para saber que lo tenemos.

—¿Es decir que se tiene como se tiene una casa en el barrio?

- Menos, bastante sabio, porque nos sirve cuando estamos a punto de perderlo.
- ¿Es decir que se tiene como se tiene un higo chumbo?
- Mucho, bastante sabio, como un higo que solamente servirá comido.
- ¿Todos nos sirven, burbujita, nada más para saber que lo tenemos?
- No, bastante, eso es apenas lo primero. Después depende de los tipos.
- ¿El tipo de la carne?
- Queda dicho: sirve para el jolgorio y ventajas muy pequeñas. Muestra que el que lo tiene es muy interesante.
- ¿El tipo del comercio?
- Queda dicho: no sirve en el jolgorio, es muy para guardar y sirve para conseguir bienes o riquezas o más ventajas personales. El que lo tiene puede usarlo como si fuera bienes.
- ¿El tipo de la Casa?
- Ese, bastante sabio, queda dicho: sirve para sentirse parte.
- Y contar, mi borraja, un secreto, ¿sirve algo?
- ¿Contar cualquier secreto?
- Cualquier secreto, todos: el secreto.
- Sirve, siempre, cualquiera, muy bastante sabio, para atrapar, endeudar, hacer complicidades con el otro. Sirve para formar un grupo o casi banderías. Sirve para entregarse un poco y obligar al otro.
- ¿Se usa, brojito, para achatar al otro?
- ¿Cómo si no, sabihondo, más que sabio, sabidón, tan sabio, resabiado?

*(La enumeración de los títulos, en la forma clásica, significa que el diálogo ha llegado a su ápice. Aquí, específicamente, una vez determinados los usos del secreto según tipologías, nada parece faltar en la caracterización. Solamente la caída que la redondee, que está a cargo del maestro —que ya ha recibido todos sus títulos— y suele presentarse bajo el manto de una aparente contradicción —a veces más forzada que otras— que pone al lector ante la duda de la rectitud de su entendimiento.)*

## 12. DEL SECRETO

—Supimos, verdurita: el secreto más sirve cuanto menos secreto. Digo: sirve al contarlo. Si se usa para obligar, endeudar, complicar al otro, cuantos más otros más resulta. Es un filo, otra vez: está en el riesgo. Cuando muchos lo saben, obliga a

muchos, pero está a punto de dejar de ser. No es secreto por la definición primera, basurita, recuerde: «todo aquello que alguien no sabe y sabe que quiere saber». Pero es por su tipo, sus usos, su servicio, por algo más que la definición que está perdiendo. Se podría decir, digo, diría: el secreto es potente cuando está moribundo. Si se cumple, el mejor secreto es aquel que conocen casi todos. El que no es un secreto para nadie.

*(De dónde, mutatis mutandis, la frase del soldado Joaquín en la guardia de la Casa, esa tarde de lluvia.) <<*



[15] «**Sus pies los delataban**»: algo sobre el calzado. El pie como elemento de diferenciación social en una comunidad en la que no se usan zapatos. Las marcas que van dejando en los pies los roces con diferentes superficies muestran la situación social de cada cual. «Pies de persona.» Un soberano (Padre) jamás debe calzarse — debe, es decir: ¿no tiene que hacerlo o no se le permite hacerlo? Buscar. Se puede aprovechar para integrar reflexiones sobre la presencia del pie en diferentes culturas. El uso del pie como instrumento de medida entre los romanos y en el área anglo. El pie de guerra. El pie quebrado. Los pies juntillas. El pie de atleta. El pie firme. El pie en tierra. En pared. En polvorosa. Dar un pie. Piedad. Traspies. En francés, c'est un pied para decir que algo es aburrido, pero prendre le pied para hablar de un gran placer —sexual. Diferencias y semejanzas. Placer sexual y aburrimiento. Lecciones de Mathilde: ¿en qué medida debo incluir mis propias preocupaciones y asuntos personales en mi edición y comentario? Llegar al uso del pie en el idioma de la Ciudad y las Tierras. Un pequeño léxico:

— *pie de persona*: se dice de cualquier objeto un poco inútil.

— *sacar pie*: intentar algo descabellado —explicar el origen: el que trata de volar.

— *ponerse el pie*: hacer algo cuya necesidad salta a la vista.

— *pie contra pie* (también *derecho contra izquierdo*): en las peleas de los antiguos, un combate que no podía sino terminar en empate. Por extensión: cualquier proceso que no conduce a nada.

— *palabra de mi pie* (enfático): la aseveración de alguien que dice que no suele hacerlas y quiere marcar la diferencia.

— *pie partido* (*comer a pie partido*): juntarse con el sujeto equivocado, usar un instrumento que no corresponde.

— *piececillo ambarino*: mujer u hombre que resultan mucho mejores que lo que parecen a primera vista. Un poco fuerte. Se usa más que nada en los tugurios.

— *¡Pie!*: insulto. Lo más bajo —y que encima tiene una utilidad. Se puede hacer menos ofensivo agregando «*de sentado*». Se suele hacer una pausa dramática antes de agregarlo, o se agrega cuando se ve que la provocación es excesiva y puede tener consecuencias. *Pie de sentado*: lo más bajo pero que no se usa.

— *pie de vulgo*: se dice del que realiza un gran esfuerzo cuyo resultado no lo compensa.

La mejor: «*Nadie está tan lejos de sus pies como supone.*»

Hay más —buscar en los documentos de la **edición Thoucqueaux**. Ordenarlas y

chequear los significados. Raro que en toda la extensión de ***La Historia*** no aparece ni una de estas frases. Es curioso. Ver por qué. <<

[16] «ningún Joaquínita se atrevió a matar parientes de mi padre Atilio»: una vez más, una frase innecesaria parece esconder una falacia. En este caso, que aparezca esta afirmación cuando nada la llamaba prueba que está saliendo al cruce de versiones muy difundidas. Es un mecanismo clásico de *La Historia* y plantea el problema del lector: ¿para quién dicta Oscar este relato? ¿Para lectores que manejaban la mayor parte de las referencias previas y tenían sus propias opiniones sobre lo que se les contaba? (ver nota 15, cap. 4). <<

[17] «**restablece con su filo de tanto orden el caos necesario**»: la frase suena falsa, muy lejana del resto. No hay, en el acervo de Calchaqui, otras referencias a esta dualidad entre caos y orden que, en cambio, son clásicas en la doctrina judeocristiana. No es lógico que Oscar, en su dictado, pronuncie esas palabras. Lo cual plantea, como muchos otros pasajes de la obra, el problema del narrador y de su verdad o verosimilitud.

La discusión ha sido ardua y se ha mantenido durante los doscientos años transcurridos desde la aparición de *La Destinée de la Révolte*: allí, el escrito se presenta como el relato que hace Oscar —heredero del trono de la Ciudad— de la revuelta por la vida larga. Hasta mi hallazgo de la *edición Thoucqueaux*, la localización geográfica e histórica del escenario era, como queda dicho, imprecisa (ver nota 12, cap. 1): ahora podemos definir que se sitúa a mediados del siglo XVII, en pleno esplendor de Calchaqui, mientras los españoles ya han ocupado todo el resto del territorio nacional argentino (ver nota 39, cap. 4).

Pero Oscar, como príncipe, no debe escribir, aunque es probable que lo haya hecho alguna vez (ver nota 57, cap. 1). Por lo cual la hipótesis de que la escritura se debe al preceptor/anotador llamado Jushila, que registraba el dictado de su amo Oscar, seguía siendo la más aceptable (hasta ahora, se basaba sobre todo en un párrafo del cap. 3, pág. 483, ver). Y quien mejor llegó a sintetizarla fue Rudolf Stimmer, en *Krisis. Eine Geschichte von la Cité et les Terres*, Hamburgo, 1947. (Stimmer, gran erudito, no vio la publicación de su obra: en 1943 fue reportado muerto por congelamiento en el frente ruso, donde revistaba como mayor de la Wehrmacht; sus compañeros nunca llegaron a encontrar el cadáver —lo cual sorprende en el caso de un helado— y nunca más se supo de él. Ya en los años cincuenta, Vasili Kyriakov, la nueva estrella soviética en estudios sobre *La Destinée*, publicó varios artículos muy innovadores cuyo estilo y argumentaciones recordaban con fuerza a los del erudito desaparecido. No me atreveré a decir que Stimmer fue mantenido en cautiverio por los soviéticos —o que adoptó una nueva personalidad en la URSS— y que siguió produciendo para ellos. No puedo afirmarlo, pero lo he sospechado con frecuencia. Cosas peores hemos visto en el Gulag.)

La «hipótesis Jushila» lo fue hasta nuestro descubrimiento: de ahora en más, con las pruebas documentales que estamos aportando, es un hecho establecido. Mi hallazgo del cuerpo completo de *L'Histoire* —y más que nada de su capítulo 5, *Mi vida*— despeja las dudas sobre la existencia del anotador llamado Jushila, un religioso que vivió en la Ciudad, cautivo de su Casa, buena parte de su vida.

Ya lo hemos dicho: Alphonse des Thoucqueaux explica que su *edición* traduce un

manuscrito español de la segunda mitad del siglo XVII firmado por un fray José Luis de Miranda. El nombre *Jushila* sería la adaptación al idioma local del nombre José Luis —así como aparece, entre otros, un *Jushán* que sería una deformación de Juan (ver cap. 1, pág. 79). El hecho de que *Jushila* sea español resulta, ahora, una confirmación invaluable de la ubicación de la Ciudad y las Tierras en el continente americano —que hubiera sido muy útil a fines del siglo XVIII; no ahora, cuando ya sabemos que la Ciudad era Calchaqui. Lamentablemente, no sabemos cuál fue su villa de origen (ver cap. 5, pág. 962), que, por lo pequeña, puede haber sido Jujuy, Tucumán o Asunción. O incluso Buenos Aires.

No tenemos información exterior sobre este sacerdote: infatigable, lo he rastreado en archivos y registros hasta que, hace no más de cuatro años, me resigné a su completa desaparición. La poca información que tenemos sobre el llamado *Jushila* es la que nos proveen sus relatos. Veamos primero los que están incluidos en *La Historia*; por ejemplo, en la página 14 del capítulo 2:

«*Jushila* tiene tantos pelos. Cuando lo pescaron era un joven; soldados de mi padre lo agarraron perdido a dos días de Calchaqui, muerto de hambre, picado por los bichos. Estaba desastrado y dormía sobre una piedra como si esperara a Papardanapal; después contó que unos bárbaros del oeste le habían comido los compañeros. Él se salvó por flaco: los bárbaros pensaron que su carne no valía sus huesos y lo guardaron para diversión; le hicieron comer los pedazos más grasos de los suyos y beber la sangre. Como se portaba bien, le ofrecieron un ojo celestón. *Jushila* descubrió con horror que no era muy difícil. Peor le había resultado, otra vez, un chajá crudo. Se escapó a la segunda noche, cuando todos estaban ciegos de hierbas, y después de varias lo encontraron los nuestros y se lo trajeron de regalo a mi padre, que era un joven.

*Jushila* tiene la piel pálida y rugosa, como si el barro no hubiera secado bien. En la cara le sobran tantos pelos, largos, grises. Siempre los tuvo, pero antes no eran grises: así son los barbudos. Cuando los soldados lo trajeron a la Casa, los personas se reían de su túnica marrón, gruesa y caliente, larga hasta el suelo y atada con un cordón en la cintura; al pobre *Jushila* le molestaba que estuviera manchada de esa sangre pero nunca quiso dejarla y hasta ahora usa una igual. Parecía avisgado: tiene la cara larga como una decisión, estirada hacia las puntas: la punta de las cejas le cae hacia los ojos, el final de los ojos le cae hacia el lóbulo de las orejas, pero lo alto de las orejas sube y sube. No tiene labios, ni color en los labios.

A mi padre Ramón le gustó: era tan dócil. Mi padre le ordenaba los actos más tarados: que defecara en bolas muy chiquitas, que cantara en su idioma la noche sin parar, que gritara insultos horribles para probar a los soldados, que lo mamara, que aprendiera los nombres de los ciento cinco invitados de una velada; *Jushila* hacía cualquier cosa, pero mi padre nunca consiguió obligarlo a un coito.»

De este fragmento, como de algunos otros, podemos sacar, a título provisorio, ciertas conclusiones:

— en el momento de abandonar Calchaqui Jushila ya habría cumplido más de 30 años. A esa edad, en esa época, un hombre ya no tenía perspectivas.

— el sayo marrón con una cuerda lo delataría como franciscano.

— tenía el aspecto de un castellano austero: cerril, cenizo y alargado, a la manera del Greco, y una barba ligeramente en punta. En cuanto a los labios, se le empequeñecen por la comparación con los labios calchaquis.

— ha comido carne humana.

— cuenta que sufrió las pruebas más innecesarias con la mayor resignación, como un martirologio miniatura, pero no violó el voto de castidad —que todos infringían.

Aunque estos datos, en algunos puntos, se contradicen con el relato que el propio Jushila hace de sus desventuras en el capítulo 5 (ver y cotejar). Aun así, sería interesante figurarnos, dentro de nuestras posibilidades, la escena del dictado. Perdóneseme esta audacia conjetural:

«La casa está en silencio porque agoniza el soberano. Todos se cuidan mucho de no perturbarle la muerte: creen que si Ramón oyera en el instante de morir un ruido innecesario después tardaría vidas en dejarlo. Ya va. Ya se despidió de sus consejeros, ya le dijo a su hijo sus voluntades para el tránsito, ya yace boca arriba: no va a pasar de la siguiente madrugada. En su pieza, el joven camina de una ventana que abre sobre montañas con un poco de nieve hasta una pared con frescos y vuelta a la ventana. Habla, sin parar, todo el tiempo: sus pasos van dando ritmo a sus palabras. Sólo una vez cada once pasos a la ida y cada doce a la vuelta su ritmo se disturba por el saltito que tiene que dar para eludir una acequia que atraviesa la habitación y que sus ocupantes suelen llamar, pomposamente, arroyo. El joven está vestido con un paño de tela amarilla sin adornos que le envuelve solamente el cuello; el resto de su cuerpo es oscuro y muy macizo, con músculos y grasas en cantidades buenas. El joven no tiene un pelo en la cabeza ni en el cuerpo. El joven no para:

—... si mi padre se hubiera quedado en la estancia su presencia se habría ido diluyendo: se habrían necesitado otras fuerzas para restablecer la perfección...

El hombre canoso está sentado sobre una tarima pero apartó los almohadones. Es mayor y barbudo, flaco, de tez mucho más clara. Tiene las piernas cruzadas y la espalda apoyada en la pared; lleva un ropón marrón oscuro muy manchado que le forma un regazo sobre el que apoya un manojo de pergaminos atados con una cinta de cuero: cuando los monos no gritan se oye el rasguído de su pluma.

—... se escuchaban los ruidos de la Casa: soldados en el patio, relinchos de vicuña, cacareo palpable de mujeres. Hasta que mi padre Ramón, mi padre, se levantaba de

un salto...

El joven a veces se para junto a la ventana y hace como que mira a las montañas. Quizá las mira, sin parar de hablar. A veces, el hombre tiene que pedirle que repita algo porque los monos se exceden con el ruido y los saltos. El joven repite:

—... se oían los batifondos de la Casa: soldados en el patio, relinchos de vicuña, cacareo rumoroso de mujeres. Hasta que mi padre Ramón, mi padre, se levantaba de un salto...

El joven mete la mano en una canasta sobre una mesa llena de canastas con comidas de colores y saca dos o tres higos con sus nueces; los come sin dejar de hablar y piensa en darle uno —o tirarle uno— al hombre que escribe el pergamino. El joven tiene los ojos muy hundidos: su mirada llega desde otra parte. Sigue hablando:

—... yo era chico y pese al tiempo de mi padre tenía la oscura idea de que la condición de toda maravilla es su futuro...

Después se distrae con la mirada en los monos y se calla, por fin, un momento. El hombre deja su pluma con cuidado sobre la tarima y se masajea la muñeca derecha con la mano izquierda; el joven lo mira y se ríe con una carcajada. Piensa que quizá por fin ha encontrado algo que no le pertenece: nunca va a saber realmente qué está escribiendo el hombre en su idioma en esos pergaminos. “Pie contra pie —se dice— tal vez sea.”

—Ojo de usted, si no escribe muy bien lo que le digo.

Lo amenaza.

—Señor, por favor, mi señor.

Contesta el hombre, como si fuera toda la respuesta necesaria. Lo mira desde abajo, con la cara ladeada, con tanta humildad que debe ser soberbia. El joven vuelve a hablar, sin saber del todo qué está diciendo, y a sonreírse porque nunca sabrá qué va a escribir el hombre. Piensa que por fin encontró algo que no le pertenece y mira al hombre con un cariño horrible. No piensa en matarlo; sigue hablando. La escena dura, casi sin cambios, veinte horas.»

Sólo podemos imaginarlos, y las preguntas siguen abiertas. Aunque él lo dice en el capítulo 5, no estamos seguros de que fray José Luis haya tomado de verdad esas notas. Tampoco nos consta que su transcripción, si la hubo, fuera fiel. Funcionalmente necesitamos suponer que sí, para poder avanzar en el análisis. Pero nos enfrentamos a problemas como el del fragmento que nos ocupa —el supuesto parlamento de Ramón— que tiene todas las características de una interpolación posterior. ¿Oscar estaba interesado en inventarle semejantes palabras a su predecesor y padre? ¿Fray José Luis conseguiría algo con ese agregado? ¿Alphonse des Thoucqueaux, si acaso, lograría con él sustentar alguna de sus ideas libertinas? No lo

parece. La crítica bíblica contemporánea suele postular que se puede estar casi seguro de la autenticidad de un fragmento cuando no sirve para apoyar el objetivo general de la obra: en este tipo de escritos canónicos, un pasaje contradictorio sólo puede mantenerse a través del tiempo si su autenticidad es tan sólida que nadie se atreve a disputarla. El problema mayor para el análisis de ***La Historia*** según estas premisas es que no sabemos cuál es ese objetivo general. Aunque deberíamos postular, cuando menos como hipótesis de trabajo, que Oscar, el heredero, a punto de recibir su poder, cuenta su historia para prologar y justificar la Declaración del tiempo que ha elegido y que, por sus terribles consecuencias, muchos habrán de juzgar indefendible. <<



[18] «cuando la suerte depende de la labia de otro»: [ver nota 8, cap. 3.](#) <<

[19] «**el tiempo de mi padre Atilio**»: más allá de las razones de su establecimiento (ver cap. 3, pág. 546) no cabe duda de que el mecanismo de los cambios de tiempo fue central en el desarrollo de la Ciudad y las Tierras. En la Ciudad y las Tierras nunca nada era definitivo: la variación de los tiempos siempre alimentaba la esperanza de que toda situación era provisoria.

La sociedad calchaqui también demuestra su modernidad en ese punto. A. N. Whitehead dice, en su *Adventures of Ideas*: «... que, en el pasado, cualquier cambio importante se producía a lo largo de períodos mayores que el de una vida humana. Por eso, los hombres vivían en condiciones que les parecían inmutables. En la actualidad, los grandes cambios se producen en períodos mucho menores: uno de los mayores cambios culturales del último siglo es la conciencia generalizada de que cualquier cambio es siempre posible». Los habitantes de la Ciudad y las Tierras eran, en ese sentido, plenamente modernos: su sociedad cambiaba de tiempo dos, tres, cuatro y hasta cinco veces a lo largo de una vida: cada uno de ellos estaba plenamente preparado y, aun, necesitado de esos cambios.

Para los así llamados «vulgos» —el pequeño pueblo de la Ciudad— e incluso para los «personas» —los descendientes de los primeros conquistadores— la muerte de un soberano y el ascenso de su hijo podían significar que un nuevo tiempo repararía todos sus dolores: siempre había algo que esperar. Aunque se ha discutido mucho la influencia real de estos cambios de tiempo en la vida de los habitantes de Calchaqui —ver por ejemplo Adamov, Gaultier, Le Garde, Sánchez Sánchez et al., *Colloque de Cerisy 1948*—, y la persistencia posible de un tiempo popular menos mutable (ver [notas 32 y 33](#), cap. 4), el mecanismo de esperanza funcionó por siglos.

El mecanismo era, si se quiere, perverso —como lo definió, sin mayor sutileza, Bakunin (*Consideraciones filosóficas sobre el fantasma divino, sobre el mundo real y sobre el hombre*, Barcelona, 1891)—, en cuanto garantizaba la estabilidad del poder político, que siempre simulaba tener algo más, algo distinto que ofrecer. Bakunin olvida, en su panfleto, la contracara de esta situación: la angustia ante el cambio incesante, la imposibilidad del alivio que provee lo permanente. Los habitantes de Calchaqui podían esperar siempre una mejora pero, por las mismas razones, siempre temían que lo logrado se disolviese en el aire. En cualquier caso, fue este aprendizaje de lo cambiante el que posibilitó que se produjera en Calchaqui la más celebrada experiencia de rebelión popular que recuerda la historia.

Sin embargo hubo tiempos, como el de Atilio, el soberano 13, que no ofrecían esperanzas sino más bien melancolía. De su Declaración extractamos aquí algunos de los pasajes más significativos:

«La materia es del tiempo, sin las dudas: propiedad del tiempo.

Imagínense inverecundamente, queridísimos vástagos, acompasados movimientos producidos remisamente por palabreríos duraderos. Representense energúmenamente, queridísimos vástagos, cómo morosamente rítmicos vaivenes despliéganse perezosos, soñolientos: si el tiempo fuera largo.

Si un momento durara mil vidas el agua, que parece blandita, sería dura y maciza.

Piensen, mis hijos, en las olas broncas que rompen como tajos sin parar en la orilla del río para volver a romper más y más veces con golpes secos, cortos, netos. Piensen, mis hijos, en esas olas cuando hay furia en el agua, lluvia, truenos, más rotas todavía, más cortas, más picadas en el hueco del río: si el tiempo fuera breve.

Si mil vidas duraran un momento, la piedra del azur, que parece tan firme, sería maleable y fofa.

La materia es del tiempo, sin las dudas: propiedad del tiempo. Y la materia se sigue deshaciendo.

Sabemos equivocarnos el tiempo. Sin las dudas: hay un ritmo que tenemos mezclado. Prueben de golpear esa roca: una mano se estrella contra la roca y duele. Prueben de agarrar agua: una mano se cierra sobre nada y se vacía. Hay dolor por un ritmo mezclado, y vacío o la sed por un ritmo mezclado.

Sabemos equivocarnos el ritmo del tiempo verdadero. De hoy en más les digo, sin las dudas: sabemos empezar a buscarlo...»

Como queda dicho, la declaración del tiempo de Atilio se recordó en los anales de Calchaqui como la más humillada y melancólica. Jamás un soberano había resignado así su poder para postular la existencia de un orden temporal superior al que tendría que adaptarse si supiera cómo (Osvaldo, al hacerlo, había mantenido cierta dignidad, [ver nota 6, cap. 1](#)). La institución de los soberanos en Calchaqui —y su dominio sobre el tiempo— servía en gran medida para que nadie tuviera que suponer un orden superior cuyos designios podían aparecer confusos. Con su actitud, el 13 desvirtuó las razones de su propia existencia.

El tiempo como Tentativa de Adaptación de Atilio causó problemas numerosos (ver pág. x, cap. 1) y, según se cree, duró poco. Según la versión que aparece en una biografía, Atilio fue asfixiado con un almohadón y mucho sarcasmo. Los consejeros que lo hicieron le decían, mientras le agarraban pies y manos para que no patalara tan bestial, que probablemente el ritmo de su respiración no fuera el correcto y que seguramente le alcanzaba, en el ritmo verdadero, con respirar dos veces cada mil estaciones: que se tomara su tiempo. <<

[20] «**la complicación de las guerras**»: pese a la primera impresión, estas palabras no pueden referirse a la guerra contra los invasores —«los barbudos». El narrador ubica claramente estos sucesos en tiempos del soberano 13, Atilio, y, según mis cálculos, la llegada de los invasores no se produjo hasta Antonio, el soberano siguiente y padre del bastardo Juanca. Además, entre su llegada y el comienzo de la guerra pasarían décadas, durante las que tendría lugar, entre otras cosas, la revuelta por la vida larga que *La Destinée* hiciera merecidamente célebre.

Si la cronología desmiente la posibilidad de una campaña contra el español, las características descritas la desmienten más. El narrador describe una guerra contra pueblos que comparten el código bélico de Calchaqui y son capaces de actuar en el mismo registro (sobre la guerra en Calchaqui y su influencia sobre las formas de la violencia en la Argentina, [ver nota 5, cap. 4](#)). De todas formas, está claro que, a diferencia de las guerras casi floridas de la conquista de la Ciudad por el primer soberano, Alberto (ver cap. 4, pág. 803), y de las reyertas intestinas subsiguientes, la aparición de amenazas fronterizas hacía que la guerra dejara de ser un encuentro entre conocidos ([ver nota 55, cap. 1](#)).

Sin embargo seguía siendo un enfrentamiento entre pares que compartían, como queda dicho, un código. Que, en última instancia, podría sintetizarse diciendo que «el uso de la fuerza envilece el arte de la guerra. Pelear con el cuerpo es perder la pelea». La guerra calchaqui es la búsqueda de un triunfo que no tenga que recurrir a algo tan bajo como el enfrentamiento físico: encontrar sustitutos. De allí, según todos los relatos, el problema de la guerra con «los barbudos»: son brutos, no entienden el sistema e insisten en pelearse. <<

[21] «en cólera, que la geografía»: pese a sus posibles usos militares, aquí citados, la geografía no parece haber sido una disciplina importante en la Ciudad y las Tierras. Las descripciones que *La Historia* ofrece de su territorio son someras, cuando no incomprensibles. Si no fuera porque hemos descubierto dónde estaba, nos sería muy difícil tener una idea general de su paisaje.

Aun así, no resulta tan simple. Los modernos manuales de geografía argentina no se han ocupado de estas tierras calchaquis con la vastedad que sí le concedió la obra en 8 volúmenes *Terra Americana*, editada en 1843 y en Santiago de Chile por el Ministerio de Educación del vecino país. Pese a su antigüedad, sigue siendo la mejor descripción del territorio, aunque sus habitantes, por supuesto, ya no sean los mismos. El lector entenderá que lo citemos *in extenso*:

«Piedra la encierra por todos sus costados. Según cómo se mire, la piedra la protege o la constriñe; como quiera se mire, la piedra la conforma. Durante siglos, los enemigos depusieron el entusiasmo de armas y de hordas ante los macizos majestuosos que la ciñen; durante siglos, los propios se arrebujaaron al reparo de sus cumbres y, carentes de un porqué aunque bien contaran con un cómo, desdeñaron abandonar el territorio venturoso.

Dos espinazos montañosos transforman la tierra de Calchaqui en media luna. Al este, recostada contra los picos del Ande furibundo, la cadena del Aconquija alcanza alturas de más de cinco mil metros; al oeste, surgiendo de las selvas tucumanas, las Cumbres Calchaquíes trepan hasta tres mil quinientos. En el sur, el espacio entre ambos centinelas está cerrado por las Salinas Grandes; en el norte, el encuentro de los dos desemboca en los páramos altísimos de la meseta de la Puna. Entre medias, el río Calchaqui corre meandroso, disipado en caprichos, por un valle que verdea con las lluvias de la primavera.

Ese valle es el alma de Calchaqui. Cambiantes, sus regiones se suceden a través de unas cincuenta leguas, descendiendo de Norte a Sur desde los cuatro mil metros que alcanzan en los umbrales de la Puna hasta los pocos metros bajo el mar donde se hunden las Salinas Grandes. Hacia el norte, las noches de hielo y los días de infierno del Altiplano han reducido las piedras y las rocas a un polvo infinitesimal que sólo perturban los arbustos arrastrados por el viento soplón y, cada tanto, los bosques dispersados de cardones. El polvo son las piedras muertas y esos bosques son altos cementerios. Quien no haya visto un bosque de cardones no sabe cómo es la muerte en el reino del verde: enhiestos, innecesariamente altivos en medio de la nada, los cardones son sus propios cadáveres que no se resignan a retornar al polvo y recorren erguidos el viaje de su fin. La civilización del hombre ha poblado sus miedos de columnas. Los antiguos griegos y romanos, desbordados de dioses, los veneraron en

recintos que llenaron de columnas orgullosas. Hasta los árabes dejaron por milagro de lado su barbarie famosa para rendirle a su dios tan sanguinario el homenaje de bosques de columnas que, como las célebres de la mezquita en Córdoba, les dieron la ilusión de contentarlo. Más tarde, cuando el Hombre Europeo se reconcilió con lo divino, la civilización descubrió la manera de adorar al Señor en un recinto que se fue despejando. Las grandes catedrales desdeñan los pilares y se sostienen en el ingenio de esos hombres. Al norte de Calchaqui, en los umbrales de la Puna tremenda, fue la Naturaleza la que edificó, con sus propios despojos, inauditos colegios de columnas. Entre los cementerios erguidos de cardones la vida no prospera: es un recuerdo. Cada tanto, como salidos de otro sueño, una vicuña, una alpaca o un cuis interrumpen la paz de esos sepulcros. Cada mucho, una caravana de llamas o de acémilas la cruza; sus baqueanos, como beduinos en los desiertos africanos, desafían la hostilidad de los elementos para llevar a puerto más seguro sus cargas de minerales o de cueros. Su vida errante les imprime condiciones nefandas. Son hombres primitivos, casi indignos del nombre, con apenas gotas de una sangre europea, más rudos que sus bestias. Se cubren con sus pieles, y una camisa de bayeta tosca es, si acaso, el único enser que la civilización les provee. Mugrientos, desgredados, dueños de una lengua apenas comprensible, nadie los supera en el arte de rastrear los escasos animalitos de la Puna.

Faltos de leña en la inmensidad de ese desierto, en muchos altos comen crudos los pájaros y los roedores que con voraz habilidad atrapan. En esas noches gélidas, hombres y bestias se enrollan en montón y confunden sus cuerpos; su moral se construye en esos intercambios y así es como no saben aceptar la menor negativa. Sus caudillos suponen que todo ser viviente debería acatarlos como lo hacen sus bestias. Por fortuna, sus pretensiones son tan cortas, tan faltas de imaginación sus ambiciones, que su brutalidad no constituye peligro sino para ellos mismos. Entre ellos se atacan de tanto en tanto, por el afán de una contrata, por un par de bestias o por el simple placer de la pelea. Están tan alejados de cualquier cultura que llamarlos hombres es una licencia más propia del poeta que del cronista atento.

Más hacia el Sur las tierras cambian. El suelo se vuelve arcilloso y aparecen aquí y allá los primeros poblados. A la soledad interminable de la Puna se sustituye la desolación interrumpida por oasis de verdura. Alrededor de un algarrobo, que es el árbol con el que la Naturaleza empieza a desplegar la vida en estas tierras, junto a un pozo de agua, cuatro o cinco casuchas de adobe encierran a una cáfila de mocosos descalzos; su madre muele maíz en morteros de piedra que no han cambiado desde los tiempos en que sus ancestros eran los únicos dueños de los valles. Los padres, en cambio, pastorean, y faltan del hogar, donde debieran ser ejemplo. Cada cual cuida, montado en un caballo rústico y acompañado de tres o cuatro perros, una hueste de cincuenta o cien cabras; esos ganados no les pertenecen. Las cabras son propiedad de las antiguas familias cuyos miembros, malcriados por la molicie relativa, desdeñan su

cuidado y cierran con estos pastores silvestres los contratos que la costumbre indica: de cada rebaño, sólo una cuarta parte es beneficio de su propietario; el resto, tres cuartas partes, es el pago que el pastor recibe por su dedicación. He oído decir que la costumbre viene del tiempo de los aborígenes y lo creo probable, puesto que un régimen que hace tan escaso lugar a la propiedad como derecho no puede ser sino un resabio de tiempos anteriores, desgraciados.

Aun así, la ambición de estos cabreros no se sacia, y viven en la esperanza de robar a sus congéneres sus cabras. No es fácil, en extensiones tan carentes de rodeos y de recovecos, organizar ataques contra unos semejantes que conocen al dedillo su mecánica; la única forma consiste en aliarse con otros dos o tres e imponer a la víctima circunstancial el peso del mayor número. En esas tierras del Norte Calchaquí los cabreros se juntan y separan en alianzas que sólo duran un par de jornadas y se deshacen tras el reparto del botín; las tierras están cruzadas por el recuerdo de ofensas y favores que todos se han hecho a cada uno y es probable que sea este equilibrio delicado, propio de la ingeniería de una cives romana, la que preserva de la completa destrucción a los sufridos habitantes. Un ingenioso dijo que, de resultas de esto, se podría pensar que los rebaños no pertenecen realmente a nadie, y que son en verdad un bien colectivo cuya propiedad transitoria y ficticia varía todo el tiempo. No lo creo; sí diría que esta inseguridad de la vida, que es habitual y permanente en esas tierras, imprime, a mi entender, al carácter de estos cabreros cierta resignación estoica para la muerte violenta, que hace de ella uno de los percances irreparables de la vida, una manera de morir como cualquier otra; y puede quizás explicar la indiferencia con que dan y reciben la muerte, sin dejar en los que sobreviven impresiones duraderas y profundas. Malthus, el visionario inglés, habría iluminado el mecanismo diciendo que tanta muerte es un don de la Naturaleza que sirve para que no haya en estas tierras yermas más bocas que las que el páramo sabe sostener.

Las mujeres, entretanto, en sus chozas de adobe, rodeadas de los mocosos que juegan al ataque para preparar su vida adulta, saben que no pueden contar con las veleidades de sus hombres para allegar el sustento que sus hogares necesitan, y fabrican perfumes. Las cabras van y vienen y los perfumes quedan. Esas mujeres unen, con un arte de cuyos orígenes nadie supo dar cuenta, las esencias que forman unos olores bastos como ellas, muy anchos de caderas, terrosos de su piel, macizos en sus piernas, bajos, sin aristas. Trabajan mal y poco sustancias vegetales; sus perfumes se basan más que nada en los relentes animales que saben obtener de una glándula de la chinchilla y del cocimiento de plumas de rapaces y se venden a precios deleznales en los mercados de la ciudad de Tucumán, donde los compran ansiosas las criadas. A más de un tucumano he escuchado suspirar con nostalgia ante tales aromas: el perfume calchaqui es el olor con que recuerdan muchos elegantes las tardes de su iniciación a las lides y mieles de la vida.

Los habitantes de estas tierras de algarrobos son torvos, toscos, tórridos a fuerza de

salvajes. Sin embargo, estas personas cantan. La Naturaleza es un capricho sin mengua; así como las mariposas más radiantes nacen de gusanos, la blanquísima nieve de las negras tormentas, la dulzura de una nuez de bajo una cáscara arrepulgada y dura, de los gargueros de estos seres crecen sonidos deleitables. O quizás el contraste no sea más que aparente. Resulta que el pueblo de estos páramos es cantor por carácter, por naturaleza. ¿Ni cómo ha de dejar de serlo cuando en medio de una tarde serena y apacible, una nube torva y negra se levanta sin saber de dónde, se extiende sobre el cielo mientras se cruzan dos palabras, y de repente el estampido del trueno anuncia la tormenta que deja al viajero frío y reteniendo el aliento por temor de atraerse un rayo de dos mil que caen en torno suyo? La oscuridad sucede después a la luz; la muerte está por todas partes; un poder terrible, incontrastable, le ha hecho en un momento reconcentrarse en sí mismo y sentir su nada en medio de aquella naturaleza irritada; sentir a Dios, por decirlo de una vez, en la aterrante magnificencia de sus obras. ¿Qué más colores para la paleta de una voz desgarrada? Masas de tinieblas que anublan el día, masas de luz lívida, temblorosa, que ilumina un instante las tinieblas y muestra las montañas de picachos terribles, cruzándolas vivamente el rayo, en fin, símbolo del poder. Estas imágenes han sido hechas para llevar a un desespero, a una mudez que sólo los más hondos sonidos y desgarros pueden si acaso traducir. Así, en los atardeceres, casi sin palabras, con los sonidos del agradecimiento y el espanto, estas personas cantan como nadie.

A mitad de la distancia que separa la Puna de las Salinas Grandes, en el justo medio de Calchaqui, un vergel periódico juega el papel del alma. El río Calchaqui corre audaz y barroso en primavera, cuando el deshielo le entrega como agua las nieves de las altas cumbres y las lluvias le regalan más, y se va volviendo meandroso en el verano seco; languidece, se encharca en recovecos y se va preparando para el invierno suave, cuando desaparece. Con él, el verde y los marrones también vienen y van, se suceden y vuelven. En esas tierras que regalan y quitan, entre Algarrobos y Lapachos, sauces y frutales, se han refugiado siempre los dueños de Calchaqui.

Los dueños de hoy en día viven en la única ciudad de los valles, que es en realidad un pueblo grande con ínfulas, como tantas capitales argentinas. Cafayate se deja regar por una sarta de arroyos que corren hacia el río Calchaqui; amable, suave, casi coqueta dentro de su tosquedad y su barbarie, la ciudad alberga a unas veinte familias que descienden de los rudos soldados españoles que se apoderaron de estas tierras en el siglo XVII. De las reparticiones que se hicieron entonces data la propiedad de las tierras más fértiles, y todas ellas están en manos de los retoños de esos españoles, que poco y nada han mezclado su sangre con la de los aborígenes que los precedieron. En Calchaqui quizá más que en cualquier otra comarca, el orgullo de esos conquistadores, que no en vano acababan de doblegar la última resistencia nativa en territorio argentino, los llevó a mantenerse en impoluto aislamiento; más tarde las altas cumbres, muralla y barrera, hicieron lo suyo y esas veinte familias se mezclaron



entre sí con frenesí metódico y con un resultado que, según aseguran las más recientes investigaciones, es el ineludible cuando la misma sangre se cruza con la misma: la idiocia de sus gentes.

Aunque no es seguro que la causa de tal disminución no sea la molicie, que podría ser, quizá también, su consecuencia. Así de enrevesados son los designios de la Naturaleza y el Señor, que compiten en complicar las causas de las cosas para que nosotros, mortales ingenuos, no tengamos más remedio que inclinarnos frente a su grandeza. Y si esto sucede en los centros más civilizados, ¿qué se podría esperar de rincones tan recónditos, donde la luz de los conocimientos no ha entrado jamás y las tinieblas dan vestiduras de misterio a lo que no es más que ignorancia supina? En cualquier caso, pues, estos trescientos o cuatrocientos hombres y mujeres de pura raza hispana, de frentes despejadas y ojos claros, mentones firmes y narices en punta, cuyas manos delgadas no han conocido ni por pienso la rudeza de trabajo alguno, viven la vida más que tediosa de la comedia social mientras los pastores se matan por sus cabras. Con una regularidad y ritos que sus ancestros establecieron hace siglos, los dueños de Cafayate se visitan unos a otros en sus casas pachorrientas y umbrías, de patios polvorosos, para hablar siempre en orden de los mismos cinco tópicos: el tiempo, los ganados, los sucedidos del pueblo, las rarísimas noticias del país y, con delectación, extensa, intensamente, la marcha de las uvas.

Las veinte familias de Cafayate dedican todos sus esmeros a la cría de sus vinos. No, por supuesto, que inviertan en ello el menor esfuerzo físico; pero sí todos sus desvelos y la salud de sus sirvientes. En las visitas debaten sobre la calidad de sus caldos con ardor: solían organizar, una vez por año, días antes de la Cuaresma, un concurso público para el que buscaban a un indígena del fondo de las sierras, que nunca hubiese probado un vino ni supiera siquiera lo que es, lo mantenían dos días en ayuno, le vendaban los ojos y le hacían ingerir uno tras otro los distintos caldos para luego, al final, pedirle su veredicto de cuál era el mejor. Durante mucho tiempo, las familias de Cafayate dijeron, para explicar su conducta, que siendo el vino un destilado de la Naturaleza debía ser juzgado por un paladar inocente, que no estuviera corrompido por prejuicios y bebercios degradados y que nada mejor para ello que lo más silvestre que se podía encontrar en esas tierras, un aborígen de la sierra, un descendiente de los antiguos habitantes. Huelga decir que el aborígen, borracho al tercer sorbo, no dejaba de prorrumpir en vivas y algazaras y que encontraba cada vino mejor que el anterior, por lo cual el orden en que se presentaban los distintos productos era casi definitorio y motivo de ásperas disputas.

Es fama que vinos tan primarios socavan sin descanso la moral de quienes los consumen; no es lo mismo el efecto que sobre la humana psique puede tener un caldo noble de Burdeos o de Borgoña, que enaltece en el hombre civilizado las más expectables cualidades y lo acerca a la vida de las artes y el espíritu, que las bajas y turbulentas pasiones que no deja de despertar, cuando glotonamente avanza por el

terreno abonado de los hombres débiles como avanza la ola del maremoto por el territorio ya devastado por el temblor de tierra, un vino patero. Baste para entendernos con que diga que en toda la región que depende de la llamada ciudad de Cafayate, rica en escudos y orgullo y perversiones, no hay una sola escuela que prepare para el bien a sus retoños. Mientras que en las tierras del Bordelés, a orillas del Girona, junto a los castillos inmemoriales, innúmeros establecimientos toman a su cargo a jovencitos que, en la senda de su predecesor el filósofo Montesquieu, que fuera como ellos hijo de cultivadores de la vid, se disponen para una vida fértil y pródiga en satisfacciones de todo orden moral.

Por fortuna, la moderna ciencia explica muchas cosas. No quiero dejar esta región sin antes señalar que, según todos los indicios, la antigua sede de los caciques calchaquis se encontraba en las últimas estribaciones de esta zona fértil, justo antes del comienzo de los bosques del sur. Los señores de Cafayate se jactan de poseer cada cual una pequeña ruina que, a sus ojos, los enaltece porque habla de una supuesta grandeza de la resistencia que sus ancestros tuvieron que vencer para ocupar esas tierras; en tono guaso, el joven Arizmendiguerra solía decir, en los salones santiagueros, que sus mayores se dedicaban a edificar más y más ruinas para mantener enhiesta su jactancia.

Pero arrieros y cazadores comentan la existencia, en un anfiteatro natural que se recuesta en las montañas del Este y domina el único y estrecho paso que se abre hacia el Oeste a través de los cerros, de las ruinas de esa arcaica población. Álvarez del Tomillo ha llegado a sostener en un opúsculo olvidable que dicho anfiteatro ocupa una superficie generosa, toda ella poblada de ruinas de piedra que hablarían de una ciudad desmesurada, del tamaño de Buenos Aires por lo menos, aunque edificada con materiales menos perecederos. Sin dudas, exagera. Desde tiempos de la conquista hemos escuchado semejantes mistificaciones, de las cuales El Dorado es sólo la más célebre, y no sería de extrañar que, tarde o temprano, expediciones de crédulos se formaran para buscar, en esos territorios áridos e incultos, tesoros que únicamente magines exaltados pueden suponer.

Más tesoros se imaginan más al Sur, pero tan bien custodiados que nadie se atrevería a partir en su busca. En el Sur de los Valles Calchaquíes, donde el cuerno inferior de la luna se estrecha definitivamente, los bosques avanzan desde la sierra casi tropical para ocupar el territorio. Como las alturas que la encierran son más bajas, las lluvias se hacen más frecuentes y dan a esa tierra el jugo de la vida feraz y lujuriosa. El suelo, al que la luz del sol llega en retazos, se cubre de helechos, y grandes árboles de las más variadas especies forman una trama intrincada que surcan zorros, pequeños ciervos, hurones, pumas, pavas del monte, monos cai, chanchos cimarrones, tapires, gatos, perros blancos, murciélagos aulladores, el oso lavador, tucanes, loros, aras, cotorritas, pájaros, colibríes, insectos infinitos y grandes mariposas.

Entre tamaño despliegue, los hombres escasean. Sólo unos pocos cazadores permanecen en estos parajes; desde los tiempos de la Conquista, el bosque fue tenido por castigo y amenaza, y los españoles que ocuparon el territorio de la Patria usaron esta comarca para enviar a ella a aquellos forajidos que su conducta perniciosa no recomendaba para la vida en sociedad. Ahora que, desde la Independencia de nuestras provincias, empezamos a conocer el verdadero tenor de esa Conquista y la nefasta influencia que sus gestores tuvieron en nuestros modos y costumbres, podemos saber qué clase de personajes fueron, en su mayor parte, con las más nobles excepciones, los que nos poblaron. Ya sabemos que los que pasaron a América fueron gran mayoría de mal entretenidos, y sabemos también que, de esos, los que aceptaron seguir su camino hasta el extremo Sur del continente, donde no existían las perspectivas de riqueza fácil de las sierras mineras y sólo una vida laboriosa podía atraerles la fortuna, fueron los menos considerados entre todos. Los que vinieron, pues, a poblar nuestra Patria ya eran en sí las heces; imagínese cuán heces serían los que esa población de heces rechazaba y enviaba a estos parajes de bosques y asechanzas.

Muchos, sin duda, se escaparon de ese destierro y volvieron, con sus identidades confundidas, a pueblos y ciudades; los que quedaron, fijados por el rumor que probablemente inventaron ellos mismos para atraer incautos, acerca de las riquezas que los aborígenes en su fuga habrían escondido en esos bosques, desarrollaron formas de vida que los aproximaron más al bosque que a la cultura humana. Huelga decir que tales oros no existieron nunca y que esos hombres han sobrevivido desde entonces en cabañas y refugios bestiales, que se reprodujeron en mujeres naturales y que sus descendientes han vivido siempre de la caza, para la que descuellan como nadie. Yo he tenido la oportunidad de conocer, en mi primera juventud, a uno de estos hombres que un estanciero de La Rioja que después se hizo tristemente célebre en la República había convocado para que lo ayudara a rastrear a un tigre que había diezmado sus rebaños y había desafiado a sus cazadores más avezados. Dios sabrá qué facultades le había conferido. Un hombre greñudo, con el ceño cerrado y los ojos pequeños como rajadas, que hablaba a duras penas un castellano hecho de palabras peculiares, se reveló de pronto cuando encontró la huella del felino. Fue espléndido. Los ojos del salvaje se iluminaron con una luz más que humana, o mucho menos; arrancó del suelo unas briznas de pasto, las olió, las mordisqueó, las estrujó entre sus dedos y acto seguido hizo una descripción de su aspecto y sus costumbres y del lugar donde podría ser atrapado; el tigre cayó esa misma tarde bajo las chuzas de los sicarios del riojano. Pero unos días más tarde, como el estanciero le pidiera que siguiese los rastros de un peón que se había escapado con unos patacones de plata que no se sabe cómo había birlado, el salvaje repitió su comedia, arrancó, olió, mordisqueó, estrujó las briznas y se declaró absolutamente confundido. ¿Quién sabe si fue que sus instintos, entrenados para seguir a cualquier bestia, no le respondían cuando se trataba de un humano o que, de entre las tinieblas de su caletre, una chispa

surgió para decirle que no tenía por qué entregar a un semejante que no lo había ofendido en lo más mínimo? ¿Qué misterio es este del salvaje? ¿Quién dirá si la moral, tan alejada de su aspecto, no asoma a veces en su cerebro como rasgan en alguna tormenta los rayos una nube, sólo para caer, de inmediato, sepultados ante la masa brutal de su enemigo?

Al Sur del Sur, cuando los valles ya se cierran, las Salinas le prodigan un broche de portento. No hay joya que relumbre, no hay rayo que ilumine, no hay brillo que deslumbre como esos peladales. Las salinas son la luz en su estado más puro. Y son, para dar la ilusión del clasicismo, el opuesto simétrico del límite del Norte: hundidos en la superficie del planeta, tan bajos que el aire se enrarece, esos campos de mineral albérrimo, sin accidentes, sin fractura, son una inmensa superficie de nada y nada y nada. El viajero desprevenido creará que su travesía es, si no fácil, posible, y alguno incluso llegará a emprenderla; en la inmensidad sin referencias, en ese laberinto sin paredes del desierto blanco, muchos incautos perecieron de sed y agotamiento después de haber caminado en círculos días enteros, a menos de dos leguas de las primeras fuentes. Huelga decir que nadie las habita; sólo las cruza con propiedad y todos los cuidados un puñado de hombres que vive en sus orillas y se dedica a extraerles, con la fundada esperanza de que nunca se acabará lo inagotable, cargamentos de sal que luego venden a unos forajidos que los esperan en la linde del bosque para llevar el mineral hasta los centros donde los revenden con notables ganancias. Nunca he visto a uno de esos salineros; he escuchado decir que tienen la piel más que blanca traslúcida y también se me ha dicho que tienen la piel renegrida por los reflejos del sol en la sal día tras día, pero todos coinciden en que, ahítos de tanta luz como ningunos ojos vieron, son todos ellos casi ciegos.

Allí se acaban los Valles Calchaquíes. Es una región privilegiada en dones, que encierra todos los climas y que sólo permanece en la anomia y el atraso porque paga el tributo que tantas comarcas de la Patria entregan a la barbarie de sus hombres. Aunque la tierra calchaqui comprende, como queda dicho, paisajes y costumbres tan dispares que sólo las montañas que los encierran pueden hacernos creer que es una sola cosa y, en su diversidad, sólo un gobierno fuerte podría unirlos. Como nunca lo hubo, encajonados entre cumbres de piedra, arrojados los unos contra los otros por rencores tribales, sus habitantes primitivos pasaron los siglos en guerras muy pequeñas hasta que los españoles les impusieron su orden brusco. Pero su colonización, como queda visto, no fue fructífera; los Valles esperan todavía que les lleguen los hombres que su belleza se merece.»

A poco de su publicación, este escrito empezó a atribuirse a Domingo Faustino Sarmiento, que en esa época vivía exiliado en Santiago y se ganaba la vida redactando manuales para las escuelas que nunca servían para las escuelas, porque estaban pensados para el proselitismo y la polémica. Su amigo, el ministro de Educación y futuro presidente de Chile, Manuel Montt, le mantuvo por un tiempo sus

diversos conchabos hasta que al final, harto de sus peleas y sus locuras, lo mandó a recorrer el mundo en una dudosa misión oficial, para que no le creara más problemas internos.

La atribución nunca pudo ser confirmada y una versión de bastante peso insistía en que fue compuesto adrede por uno de sus enemigos más acérrimos, Francisco Cousiño, para desacreditar al argentino con opiniones particularmente bastas y ofensivas. Si fue así, no sería la menor paradoja constatar que, en muchos aspectos, este escrito supuestamente apócrifo anticipa el *Facundo*. En cualquier caso, apoyándose en la atribución sarmientina y en la ausencia de otros, se fue imponiendo como la descripción oficiosa de Calchaqui. Durante más de un siglo, los Valles Calchaquíes fueron, para la escuela y los manuales argentinos, lo que pintaban estas líneas, aun después de que el paisaje cambiara por obra de sucesivas poblaciones y despoblamientos. Y hay metáforas que se volvieron clásicas: por ejemplo, la imagen del grupo de cardones como cementerio de lo natural —«quien no haya visto un bosque de cardones no sabe cómo es la muerte en el reino del verde»— que supo llegar, a través de los libros de lectura de la escuela primaria, a las pesadillas nocturnas de todo niño argentino en vías de alfabetización. <<

[22] «**hasta que... una Norita**»: la tal Norita es uno de los personajes que encontramos en el *Libro de Quedar*, una de las instituciones importantes de la Ciudad y las Tierras. El *Libro de Quedar* parece uno de esos mecanismos de control blando, de regulación social, astutos y un poco sibilinos, que abundaban en Calchaqui fuera de los períodos de agitación popular. El *Libro* era, simplemente, un registro en el que se iban inscribiendo las vidas de los habitantes de la Ciudad que, por alguna razón muy particular, lo hubiesen merecido. Era muy difícil ser incluido en el *Libro*; primero, el postulante tenía que morir; después tenía que proponerlo algún persona, un comité de cinco tenía que aceptarlo y, finalmente, el consejero de la Casa tenía que dar el visto bueno definitivo. La primera condición era difícil de esquivar; las demás, casi imposibles de cumplir. De hecho, en la versión de que nosotros disponemos —de tiempos del soberano 19, Héctor, el abuelo del narrador Oscar, que consta en la *edición Thoucqueaux*— sólo 16 personajes habían llegado a formar parte.

Así, las expectativas de los habitantes de la Ciudad tenían un cauce posible: entrar a figurar en el *Libro* y asegurarse el recuerdo de sus descendientes. Si bien el interés por estar en el *Libro* disminuyó tras la obtención de la Larga —porque se esperaban otras formas de permanencia—, nunca se perdió del todo y siguió siendo un recurso de regulación social de primer orden. No era fácil llegar al éxito (para una idea de la noción de «éxito» en la cultura calchaqui, [ver nota 4, cap. 4](#)); la mayoría no lo alcanzaba y, para ellos, para que no desearan y atentaran contra el orden de la Casa, quedaba la posibilidad del *Libro de Quedar*.

(No sabemos si el recurso fue inventado a propósito por algún consejero genial, o si lo que empezó como un homenaje amable de algunos habitantes hacia un vecino extraordinario se transformó casi sin querer en el instrumento que algún consejero, recién entonces, descubrió, entendió y promovió. Preferimos no imaginarlo: los procesos sociales nunca son tan simples como pretende creer nuestro narrador, Oscar, y sería penoso si nosotros cayéramos en su mismo error.)

En cualquier caso, la historia de Norita es una de las que figuran en él, junto con las otras 15, algunas de las cuales citaremos:

«Jose, su permanencia.

Tiempo de padre Antonio. Jose, maquinista, no para de buscar la forma de terminar su máquina. La Ciudad se conmueve con los principios de la Larga, hay muertes, la fiebre se dispara, todo rueda y, mientras, Jose busca. La máquina que Jose buscaba tenía que servir para pelar los gallinazos sola, sin ayuda. Siempre daba problemas: desparramaba las plumas tanto que levantarlas era más trabajo, le trituraba la cabeza y mezclaba los restos con lo demás del cuerpo, le arrancaba jirones de la carne. Jose

no amilanaba y la seguía buscando. En el mercado todos lo conocían y le hacían sus bromas porque nunca conseguía completarla. Jose les contestaba, siempre con su sonrisa. Su sonrisa se comentaba mucho.

Nunca desesperó: trabajaba de arreglar otras máquinas, tuvo sus hijo e hija, fornicó lo que pudo, logró cambiar tres tiempos, comió sus buenos guisos, y seguía buscándola. Cuando le quedaban cuatro estaciones para llegar al final de su edad descubrió el mecanismo que le venía faltando tanto tiempo. Con nada más agregarlo a la máquina, la podía tener lista. Le pareció que no valía la pena, por una máquina, aprender a ser otro a esas alturas, y se dio la excusa de que ese mecanismo no era lo bastante elegante y lo siguió buscando. Se pasó las estaciones que le quedaron en la busca y, por supuesto, no terminó su máquina, pero no tuvo que empezar a ser Jose, el que había inventado la máquina de pelar gallinazos. A esa altura, decía, le hubiera resultado incómodo.

Jaime, que al fin descubre.

Tiempo de padre Ernesto. Jaime, persona acaudalado, jovencito, escucha en una charla que un consejero de la Casa dice que en la variación está el secreto. Esa segunda, Jaime va a pasar su aceptación: ya se sabe que las palabras que se escuchan entonces se escuchan de verdad.

Después de aceptado, Jaime, para cumplir esas palabras, se lanzó a los caminos. Se juntó en caravanas, para recorrer lugares que cambiaran siempre: nunca durmió en el mismo, no repetía una canción, conoció las sombras tan mudables de las montañas del Oeste, se esmeró nueve o diez estaciones. Al cabo, volvió a la Ciudad; su madre se había muerto y Jaime se hizo cargo de su casa. Durante mucho, fornicó cada quinta alguien distinto, para seguir cumpliendo; nunca usaba dos veces un perfume. Con tanta variación, algunos de los que usaba significaban las cosas más extrañas. Cuando tenía cincuenta y cinco estaciones, encontró su manera.

Supo cómo hacer para que cada uno de sus días fuera bien distinto de los otros. Pensó que, primero, tenía que tener un elemento constante, que le permitiera apreciar los cambios: su constante era una flor que renovaba cada día, para que fuera siempre igual. Su variable era el guiso. Más de ochenta estaciones, Jaime preparó todos los días ese guiso. Era un guiso de conejo con moras, piñones y maíz; cada día, para cumplir con las palabras, Jaime lo cambiaba una pizca: alguna especia diferente, otra hierba, distinta parte del conejo, mejora en la cocción, ingredientes que le iba agregando. Lo comía, cada cuarta, en su casa del barrio de Personas, cerca de la Casa, con diez invitados que variaban muy poco.

El guiso se empezó a llamar guiso de Jaime: lo hacía mejor que nadie, a un punto de exquisitez que nunca se había visto. Sus invitados lo apreciaban, se regodeaban, lo ensalzaban con brutos ditirambos y hablaban, mientras comían, cada segunda, de todo lo que estaba cambiando todo el tiempo. En la casa de Jaime se hablaba mejor

que en ninguna otra parte sobre lo que estaba cambiando todo el tiempo; cuando alguien quería saber cómo serían las cosas, trataban de que lo invitaran a escuchar. Jaime, cada segunda, se pavoneaba lo bastante: decía que su guiso era tan bueno porque él nunca paraba de cambiarlo; estaba siempre, decía, buscándole el detalle que lo mejorara.

Una primera se levantó muy raro. Estaba de un humor muy raro: se miraba las manos, como si no las conociera. Las miraba y estaba seguro de que no eran suyas. Para esa segunda, en lugar del conejo, preparó una trucha sin espinas rellena con camarones, hinojo y cubitos de miel del tamaño de lunares, bastante aderezada. Estaba tremebunda.

Todos le dijeron —y él solo se dio cuenta— que estaba increíble, tanto mejor que el guiso. Jaime soltó una risotada y dijo tanto tanto, y ahora vengo a saber que mi plato era esta trucha. Ahora sé que el secreto está en el cambio. Nadie lo acompañó en la risotada; no tenían razón: era de bruto gozo darse cuenta. Jaime comió y comió de su trucha rellena, sin parar, hasta que reventó sin siquiera dolores en su panza.

Javier, callado.

Tiempo de padre Cándido. Javier, maestro, parecido, se murió de su edad. Trabajó de maestro, tuvo sus hija e hijo, se jugó sus partidas, se comió sus guisos. Vivió 135 estaciones: las cuatro últimas no se pueden contar porque ya lo estaban esperando. Antes, todas las otras, nunca habló del fornicio. En esas cuatro tampoco, pero no se pueden contar, porque todos esperaban que no hablara y callarse era una manera de hablar fuerte, también: la culpa de los otros. Hasta ahí, era veraz: nunca habló del fornicio. Todos decían que no había hablado nunca y, al final, cuando empezó a comentarse, consejero de Vulgos llamó a declarar a cualquiera que pudiera asegurar que sí había hablado: se presentó ninguno. La Casa consagró que no había hablado.

Se explica: cada cosa es para lo que es —no para hablar de ella, recordarla, contarla, tratar de imaginar como será. Todo eso se hace, tantas veces, porque casi ninguna cosa se completa en sí y entonces necesita, para estar entera, que se diga. Si estuviera completa con ella sola alcanzaría. Javier fue uno de los hombres más felices de la Ciudad y las Tierras: sus fornicios le parecieron, en su vida, lo bastante completos, y no habló.

Previendo imitaciones y hasta las banderías, la Casa aclaró que lo que era mérito en Javier sería mérito en otros, pero nada más como recuerdo de Javier: repetición de la enseñanza.

Esther, en la demora.

Tiempo de padre Raimundo. Esther, biógrafa, sigue a un ejército que pelea en el norte contra los barbudos, mandado por un Joaquín, su tema. Esther era joven: recién empezaba de biógrafa. Tenía su entusiasmo muy pomposo, y los soldados le hacían



perrerías. No pasaba cuarta sin que le hicieran perrerías, y Esther les mostraba que las anotaba, para darles miedo. Les daba muy escaso.

Cuando los barbudos atacaron los nuestros estaban en una hondonada y caminaban. Barbudos atacaron: barbudos siempre pierden las batallas porque no saben cómo son, pero nos dejan muchos muertos o nos ponen en fuga. Si supieran pelear podríamos matarlos o espantarlos, no nada más ganarles. Aquella vez perdieron, de nuevo, los barbudos, y los nuestros se escapaban casi todos; algunos se quedaron muertos y Esther se quedó ahí: nadie pensó en llevársela.

Cuando los barbudos la agarraron no sabían qué hacer con ella. Esther sabía que si se hacía matar quedaba heroica. Heroica fácil: algunos en la Ciudad la iban a recordar porque en el momento en que debía hizo lo más correcto, y ya. Esther, cuando se vio venir a los barbudos, supuso que tenía que hacer algo más propio: buscando algo mejor. La agarraron, y se dejó agarrar.

Se pasó las cincuenta y tres estaciones que vivió con los barbudos más bien atormentada: no paraba de buscar el momento para hacer lo que debía. Al principio no sabía qué era; después no sabía cuándo. Tuvo dos hijos, que se criaron como barbudos, sin hablar nuestro idioma. Ella no hablaba nuestro idioma, salvo para pensar en eso que debía. Ya era vieja —pero no anciana— cuando se escapó; justo antes, había matado con un cuchillo al padre de su segundo hijo, un soldado importante. No lo mató por odio ni una manera de venganza: lo mató para estar segura de que no podía volver, arrepentirse. Después de caminar días y noches, Esther llegó, andrajosa, a la Ciudad, donde nadie la reconocía. Explicó quién era, y que podía dar las mejores informaciones para ganarle del todo la guerra a los barbudos. El consejero de la Guerra la recibió contento. Un día empezaron a conversar, y el consejero estaba entusiasmado. Al otro día, mientras iba a contarle al consejero, alguien la vio en la puerta del Este; se había corrido la noticia de que ella era la mujer que no se había hecho matar por los barbudos bien heroica, y la atacaron nueve o diez vulgos desaforados, a los gritos. Mientras la mataban, Esther no decía nada ni agitaba los brazos.

Al otro día, el consejero de la Guerra mandó explicar en las calles que, al matarla, los personas y vulgos de Calchaqui se habían privado de saber sus cosas pero habían completado lo que Esther no había hecho, tantas estaciones antes. Que Esther se había sacrificado, vivido, sufrido privaciones, para que todos en la Ciudad supieran que lo correcto siempre termina por hacerse. Que si Esther volvió fue para eso. Que al principio no pudo saberlo pero que después sí y, aunque era doloroso, Esther siguió adelante. Que lo hizo para la Ciudad: si no, dijo, le habría alcanzado con dejarse matar por los barbudos después de matar al padre de su segundo hijo. Pero, entonces, dijo, en la Ciudad nunca habríamos sabido que la historia terminó como debía.»

Los relatos son raros —y transcribir más no nos ayudaría a entenderlos mejor. Como

se ve, casi no están redactados: como si su autor temiera que cualquier retórica desvirtuase la historia, se interpusiera entre la historia y sus lectores. En cuanto a la elección de los personajes, da la sensación de que quedaban en el **Libro de Quedar** los que conseguían hacer de sus vidas una moraleja. Lo sorprendente es que esa moraleja parece querer decir que una vida tenía que tener una dirección, un sentido constante —y que las vidas recordables eran las que recorrían ese camino hasta el final, sin desviarse. Lo cual parece muy ajeno al espíritu calchaqui. Incluso, un poco opuesto a la idea de cambiar con cada cambio de tiempo. ¿O sería que recordaban y celebraban esas vidas por lo extrañas que eran —con un criterio de originalidad, no como ejemplos? <<

[23] «**para nada de eso las preparó su origen**»: es interesante ver, en esta frase, el fatalismo, que en la Ciudad y las Tierras suele quedar oculto tras tanta dinámica. Pero, en este caso, se trata de subrayar que el origen determina el destino del individuo, lo cual, dicho por Oscar, cuya vida como soberano está determinada por su nacimiento, no tiene nada de sorprendente. No es, en su caso, un fatalismo pesimista: su fatum le era favorable. Sería, si acaso, la forma más canalla del fatalismo: la que busca la preservación del propio poder.

Más allá de la cuestión personal, es difícil saber cómo funciona el fatalismo en una cultura que se basa en el hecho de que cada tanto, con cada nuevo soberano, todos los presupuestos cambian. ¿La posibilidad de una visión fatalista indicaría que no cambian realmente? Quizá se pueda pensar que la clave está en la diferencia entre fatalismo histórico y fatalismo individual que planteó Halston Boswell en *Faint Fate: an Introduction* (Oxford, 1951). Según Boswell, que no parecía conocer el caso de la Ciudad y las Tierras, numerosas culturas nómades tienen muy acendrado el fatalismo en lo que respecta a los destinos de cada individuo, pero no en cuanto al camino que puede recorrer su sociedad. Aunque sorprende que un rasgo que debería aplicarse a agrupamientos muy primarios pueda servirnos para el análisis de Calchaqui, sabemos que el desarrollo cultural no es lineal. En cualquier caso, es verosímil que sus integrantes sintieran con fuerza el imperio del destino individual — como un deslizamiento hacia la muerte— sin que ese sentimiento se trasladase a lo social, porque los cambios de la estructura del tiempo lo impedían. Para eso, entre otras cosas, sirve el modelo calchaqui de mutaciones del tiempo.

Los retratos dan cuenta de eso. Aunque el tema se desarrollará más adelante, anotemos por el momento que los retratos de la Ciudad y las Tierras abonan esta hipótesis: en la mayoría de los casos, los retratos dibujan la calavera del modelo. Es un arte que requiere de gran habilidad táctil: el pintor se guía por su observación pero, además, toca repetidamente cabeza y cara de su modelo para «sentir» los huesos que está por pintar. El cuadro, por fin, representa lo que el modelo está destinado a ser aunque, paradójicamente, esto no vaya a verse nunca: la cremación del cuerpo impedirá que la calavera alcance su condición de tal, bien descarnada.

Como se verá, la justificación de esta práctica sostiene que un retrato «de la carne» —lo que nosotros consideraríamos un retrato— postula que el tiempo podría ser detenido en el momento de su ejecución, lo cual ataca los principios del tiempo en Calchaqui. Se verá también que sólo los soberanos pueden ser retratados en la carne: como son eternos, cualquiera de sus momentos dura para siempre. <<

[24] «**Os llama la mulita, / vosotra obedecéis**»: el interés de esta canción es descollante: es uno de los escasísimos fragmentos en cuarta lengua que nos quedan. Como estamos viendo, la infinita riqueza del idioma de la Ciudad y las Tierras nos ha llegado en dosis homeopáticas, aplastada por la incuria de alguno de sus dos traductores. Y el tema de las 5 lenguas es uno de los más lamentables.

Las 5 lenguas no aparecen claramente desarrolladas en los escritos de la *edición Thoucqueaux*, pero ciertos indicios nos permiten descubrirlas bajo los velos de la traducción. A partir de los escritos de fray Francisco Romano (vide infra), sabemos que estas 5 lenguas eran de uso corriente entre los habitantes de los Valles Calchaquíes: su aparición en la Ciudad y las Tierras nos permite sumar otro argumento a los ya enunciados sobre su localización argentina (la «lengua familiar» en que está escrita esta canción es la «cuarta lengua»; la «lengua de vulgos» es la «segunda lengua», la «lengua de Padre» es la «tercera lengua», y así de seguido).

Decíamos: el idioma de los calchaquis contemplaba 5 formas de dirigirse a un interlocutor, según la posición relativa de los dos hablantes, que se llamaban «lenguas». En síntesis, son las siguientes:

1.<sup>a</sup> lengua: el hablante se dirige a los resortes del poder (soberano, su padre, superiores militares, acreedores, personas de la Casa).

2.<sup>a</sup> lengua: el hablante se dirige a un igual (aunque la igualdad no siempre es fácil de determinar y, ante cualquier duda, se evitaba el error utilizando la 1.<sup>a</sup>).

3.<sup>a</sup> lengua: el hablante se dirige a un interlocutor que sufre su poder.

4.<sup>a</sup> lengua: el hablante se dirige a miembros (no su padre) de su casa.

5.<sup>a</sup> lengua: el hablante se dirige a su compañero/a de coito (en realidad se podría plantear como un subcaso de la 1.<sup>a</sup>; según versiones, se usaría también para dirigirse a la madre).

De esto da cuenta el opúsculo, hasta ahora desconocido, de fray Francisco Romano *Relación y memoria de la lengua / que pratican los naturales / de la región del Tucumán*, algunos de cuyos fragmentos manuscritos he podido descubrir en manos de un insospechable coleccionista y marchand que me ha hecho la merced de comunicármelos bajo la condición de no revelar su identidad.

Fray Francisco Romano (Esquivias, 1557) ha quedado en los anales de la historia como el primer clérigo español que se allegó hasta la recién creada ciudad de Santa María de los Buenos Aires. Había nacido en condiciones poco halagüeñas: su madre, panadera de la puebla de Esquivias, en las inmediaciones de Toledo, lo concibió de sus amores pecaminosos con un hidalgo, Juan de Salazar y Palacios, que no dio su

nombre al bastardo. Pero sí usó su bolsa e influencias para asegurarle la instrucción y la carrera eclesiásticas.

El pequeño no se destacó en ellas, y no tuvo más remedio que pasar a América en busca de nuevos horizontes. Recalado en Asunción del Paraguay —como todas las víctimas de la espera—, permaneció allí durante cuatro años, tras los cuales bajó hasta las costas del río de la Plata.

Allí se hizo cargo de la única iglesia, dedicada a su epónimo san Francisco. En 1587, o tal vez 1588, se trabó en ásperos litigios con sus vecinos: fray Francisco se había apropiado de la calle adyacente a la iglesia para ampliar su huerta, y no quiso devolverla pese a todos los pedidos. Amenazado por el Excelentísimo Cabildo, respondió en un sermón que ya se había «pasado el tiempo en que Dios dijo que si a uno le dieran un trompón en el carrillo volviere el otro, que quien a mí me enojare, con mi zapato le sacaré el alma».

Tras su expulsión de Buenos Aires, su rastro se pierde por un tiempo. Años más tarde, hacia mediados de los noventa, lo encontramos recorriendo la intendencia de Salta del Tucumán, donde predicaba la fin del mundo. En 1601 reaparece como reo del tribunal de la Inquisición de Lima, que lo acusa de haber tenido comercio sexual con mozas ingenuas —a las que convencía de que fornicar con él era la única forma de no convertirse en mulas retrecheras. Declarado culpable, los registros del Santo Oficio no informan cuál fue el castigo que recibió, pero hay versiones que indican que fue enviado a hacer profunda penitencia y contrición evangelizando en las regiones aledañas a los inexpugnables dominios calchaquis. Allí habría trabado conocimiento con algunos tráfugas indígenas, que le suministraron la información necesaria para su trabajo. Durante 6 o 7 años cumplió con su castigo y recopiló saberes sobre los calchaquis. Atacado su rancho por una patrulla fronteriza de los naturales, fray Francisco murió lanceado y casi todo su manuscrito fue pasto de las llamas. Salvo unos fragmentos que, recogidos más tarde por un soldado de fortuna, permanecieron durante más de tres siglos en los arcones de sus descendientes. Pese a su profundo deterioro, hemos podido reconstruir algunos pasajes que nos aclaran grandemente la cuestión, basal sin duda, del idioma calchaqui:

«... tanto que fablan estos infieles en lenguas hablando su lengua, pues que es la lengua la misma pero las más de las palabras no lo son. Y sabe Dios qué diría nuestro maestro Pablo, que del hablar en lenguas fabló como cosa muy santa, y no lo es que lo cometan los infieles, pero así sucede, que así y no otramente lo he visto yo, y oído. Pues tienen estos selvajes, a lo que entender pude, hasta cinco lenguas dellos que son todas la misma y no lo son, y valga para tal confarnaúm las razones siguientes: que me lo han dicho, y he podido colegir hasta donde mi magín ha podido, que tales lenguas distintas que son uno es por dirigirse ellos a distintas personas y linajes, que cuando fablan a sus monarcas y señores y sacerdotes y ministros dicen unas palabras,

y dicen otras cuando el monarca o señor o ministro o sacerdote le habla a un su sujeto, y otras ainda cuando entre enamorados se dicen los requiebros y reproches, y más otra si se hablan de a dos o varios entre iguales, como quien dice por caso un comandante con otro comandante, o un sacerdote con más de sus cofrades o dos mercachifles cerrando una contrata. Y también hablan con palabras otras si hablan con un pariente de la propia familia, que tienen las familias más de nota cada cual sus palabras, que son antiguas y las guardan como tesoro o heredad o reliquia muy de ellos y dellos muy sagrada...»

El manuscrito se interrumpe, y luego continúa:

«... pero que según he visto y me lo han hecho ver, las dichas lenguas no son en propiedad lenguas distintas sino que cambian y trocan en ellas las palabras, algunas, y más que nada los vocativos para dirigirse a los personas, y algunos nombres y ciertos epítetos y muy poco los verbos de facer, que valen casi todos ellos lo mesmo en todo caso. Y que hay una de las dichas lenguas y palabras que más que ninguna emplean y utilizan, que es a saber la que tengo dicho que hablan cuando se dirigen a un su sujeto inferior, que tal es la lengua en la que escriben y componen sus historias, y otrosí: que tal es la lengua y las palabras que se dicen cuando se hablan a sí propios (...) por lo que tengo para mí que sólo utilizan y emplean semejante chirimirí de variadas lenguas para confundir los oídos del forastero, a modo de chanza o chascarrillo o inda como cerrojo para los sus secretos, que son hartos...».

Hasta aquí, los dos fragmentos más ilustrativos del inédito manuscrito de fray Francisco. De donde se sigue que los diversos idiomas estaban ya entonces cayendo en el desuso y que mantenían, si acaso, una utilización ritual. Y que la tercera lengua —con la cual el hablante se dirige a un inferior— se estaba imponiendo como el idioma cotidiano de la Ciudad y las Tierras, con su carga de desprecio por el interlocutor. También se confirma, entre otras cosas, la nefasta intervención de uno de los traductores de *La Historia* —¿Miranda o Thoucqueaux?—, que en modo alguno vierte en su versión la maravillosa pluralidad del idioma de los calchaquis, salvo en ocasiones muy contadas como, por ejemplo, la canción que ahora nos ocupa.

Por mi parte, hice diversas tentativas de reconstruir, en esta versión castellana, esa pluralidad. En algunos pasajes, la narración señala qué persona está en uso; en muchos no, pero a veces la situación permite deducirlo. Sin embargo, en aras de la legibilidad inmediata —valor tan de moda en estos años setentas—, decidí por fin usar una lengua única y neutra —el *usted acriollado*— que, sin estorbar la lectura, dé cuenta, por su austeridad, de la falta de algo.

Para los lectores más conscientes, que estén interesados en restituir, aunque más no sea fragmentariamente, el verdadero sabor del relato original, dejo constancia del sistema de traducción de las cinco personas al que llegué después de numerosas tentativas:

1.<sup>a</sup> lengua: al poder. Se restituye con el pronombre *vos* + 3.<sup>a</sup> *del plural*. Vos quieren. El vos de respeto del español arcaico completado con la tercera del plural que marca que el poder es siempre macizo y ajeno.

2.<sup>a</sup> lengua: al igual. Se restituye con el pronombre *usted* + 1.<sup>a</sup> *del plural*. Usted queremos. El usted, neutro, más la primera del plural significa: estamos en lo mismo, yo me incluyo contigo.

3.<sup>a</sup> lengua: al inferior. Se restituye con el pronombre *tú* + 3.<sup>a</sup> *del singular*. Tú quiere. El tú marca el poder del hablante que no necesita maneras para llamar al otro, y la tercera singular la distancia, el desprecio.

4.<sup>a</sup> lengua: a la familia. Se restituye con el pronombre neológico *Vosotra/o* + 2.<sup>a</sup> *del plural*. Vosotro queréis. La incorrección y aniñamiento del vosotro o vosotra castellanos señala una lengua arcaica, entendida como resto infantil que la familia retoma.

5.<sup>a</sup> lengua: al compañero/a de coito. Se restituye con el pronombre *vos* + 1.<sup>a</sup> *del plural*. Vos queremos. El que fornicia sufre el poder del otro, marcado por el vos de respeto, pero también lo ejerce, y de ahí el verbo en primera del plural.

Remedie el lector sagaz mi cobardía: pruebe en el fragmento de su elección estas sustituciones y gustará, aunque más no sea fugazmente, el sabor tan calchaqui de estas voces. (Sobre otras características de la lengua calchaqui, y su uso en su literatura, [ver nota 15, cap. 4.](#)) <<

[25] «**hacer reglas para el uso de algunas**»: la limitación del uso poético de ciertas palabras apareció en tiempos de Ramón, el padre de Oscar, y era una muestra del preciosismo al que había llegado la poesía calchaqui: se consideraba que la belleza intrínseca de esas palabras era tal que no se las podía prodigar sin restricciones.

No está claro si el reglamento funcionaba como una prohibición tajante, con sanciones a los transgresores, o si era un código ético cuya ruptura suponía una condena moral. Citamos algunas de las palabras reglamentadas:

*Jachalí*: sólo se la puede usar cuando se habla de la propia muerte.

En su lugar se sugiere lapacho, quebracho, tipa, peteribí.

*Tabanque*: sólo para referirse a la alegría ajena.

En su lugar se sugiere rueda, rodaja, volante, disco, círculo, polea y, en muy contadas situaciones, albaraca.

*Indomable*: sólo en composiciones especialmente tristes.

En su lugar se sugiere afortunado, suertudo, feliz, pródigo, bonanzoso y, en metro cómico, chiripero.

*Niño*: sólo puede usarse en una de cada diez canciones.

En su lugar se sugiere chico, chino, churumbel, crío, rapazuelo, nene, criatura, infante, mocosito, menorete.

Las recomendaciones son interminables. Según Oscar, la reglamentación tuvo el buen efecto, quizás indeseado, de limitar el uso de la poesía a unos pocos estudiosos.

(Puede resultar sorprendente que Oscar declare en su relato que está dispuesto a acabar con estas restricciones: que se preocupe por ellas. En efecto, el joven se nos aparece como un gañán un poco basto, conocedor de la historia de su pueblo pero incapaz de interpretarla rectamente, confinado como estaba entre las cinco paredes de su palacio. Un muchacho al que tres o cuatro personas —su madre, su preceptor Jushila, alguno de los consejeros de su padre— preparan para un supuesto gobierno que no podrá ejercer en realidad mientras tratan de poner en marcha los medios para controlarlo. Un jovencito con muy pocas ideas propias, entretenido en juegos ligeramente aberrantes con sus sirvientes y animales, de físico algo deforme y comprensión un tanto limitada. Todo eso es cierto, y en el desarrollo de esta historia iremos viendo en qué medida sus errores y limitaciones nos privan en muchos casos de la posibilidad de comprender la vida de su pueblo. Pero, en este caso, su preocupación por las formas estéticas se explica por cuanto suponen una idea del tiempo: esta es una de las primeras veces en que Oscar manifiesta uno de sus terrores



principales: que el tiempo de su padre Ramón, el soberano 20, en su perfección [[ver notas 20 y 29, cap. 2](#)] coarte toda posibilidad de continuar: «... la forma que a fuerza de perfecta ya ni siquiera es bella: cuando una serie se condensa en uno, se reúne en un punto del espacio y el tiempo, termina: se termina», dice Oscar. Esa preocupación, que se irá acrecentando a lo largo de su relato, está, sin duda, en el origen de su terrible decisión.) <<

[26] «**uno de esos dioses de los antiguos habitantes**»: las referencias a los pueblos previos al establecimiento del poder de los soberanos aparecen dispersas en toda la documentación. Pero no tenemos datos que nos permitan describirlos exhaustivamente. Esta etnia aparece citada en el relato como *antiguos habitantes* o *antiguos*. Se comprueba, en muchas de las citas, que habían quedado relegados a un lugar de inferioridad social y política. Precisar mecanismos. No está claro que su civilización fuera inferior a la de sus vencedores. Para más datos, [ver nota 46, cap. 1](#); [cap. 2, pág. 278](#); [nota 4, cap. 2](#), y [nota 52, cap. 3](#), entre otras. (Ver, sin falta, la expresión: *gozar como un antiguo*. Orígenes, circulación, otros problemas.) <<

[27] «**con hombres o los encuentros con sí mismo**»: exceptuando, en ciertas circunstancias (ver cap. 1, pág. 47), la fellatio de hombre a hombre, las demás prácticas homosexuales eran absolutamente corrientes en Calchaqui. Tanto que su gran libro del amor, el **Recetario** (ver nota 58, cap. 3), no hace diferencias entre estas y las otras. Pero lo que nos interesa en este caso, a propósito de la frase comentada —«los encuentros con sí mismo»—, son sus apéndices.

El **Recetario** cuenta con dos apéndices —*Maneras de la Mano* y *Maneras de la Boca*— que son una muestra más del amor de los habitantes de la Ciudad por las taxonomías. Ya tendremos ocasión de examinar *Maneras de la Boca*; en la exposición ordenada, exasperante de *Maneras de la Mano*, el desconocido autor describe con minucia los modos de la masturbación tras explicarnos por qué, a su entender, todo el resto del libro no sirve para nada. Esta fue la razón por la que Thoucqueaux, en una glosa, dudó de que el autor de las *Maneras* fuera el mismo que escribiera el cuerpo central del **Recetario**: nada revela con mayor dureza su incompreensión de lo profundo del espíritu calchaqui. Nada daría más gusto a un autor calchaqui que poder, en un mismo volumen, contradecirse cuanto más mejor. Nada le resultaría más elegante, menos bárbaro, que esta capacidad para discutir consigo y vencerse dos veces. Algo de este espíritu va a reaparecer en la funesta Declaración de Oscar; algo de él está en la base del final de Calchaqui.

Es un tema que desarrollaremos. En cuanto a las *Maneras de la Mano*, estos son sus pasajes más salientes. Digamos que, entre sus diferencias básicas con el **Recetario** está el hecho de que las *Maneras* no proponen fórmulas o enseñanzas; ofrecen, a cambio, al lector, el placer tan apreciado en Calchaqui de buscar la identificación con los tipos descritos. Y baste señalar que algunas alusiones —la referencia a las causas y los efectos, por ejemplo, o la importancia que el escrito le presta a los estímulos— determinan a las claras que fue escrito en los tiempos del soberano 8, Aldo (ver nota 7, cap. 2). La forma y estructura de las *Maneras* se basan, según toda apariencia, en el antiguo **Libro de Morirse** (ver nota 52, cap. 2).

El escrito aparece encabezado por unos versos que parecen provenir de una canción popular:

### «LA CANCIÓN

Dónde estará la mujer que tenga  
mi mano, la mujer  
que me lo lleve como con

mi mano y lo maneje  
como yo sólo sé, la mujer  
que después  
lo restalle de un golpe con su grito sobre  
la madera, total  
fue mi placer, no el suyo.  
Dónde estará el hombre que tenga  
mi mano, el hombre  
que me lo lleve como con  
mi mano y lo maneje  
como yo sólo sé, el hombre  
que después  
lo hiera de un mordisco y no escupa  
la sangre si total  
fue su placer, no el mío.  
Dónde estará mi mano,  
mi mano que no sea  
al cabo de mi brazo.

## **EL ELOGIO**

Mejor que la libertad de perderla es la de no elegir. Alguien está libre o disponible y muy tranquilo y se cree que tiene que elegir algo para ejercer su libertad. También puede no elegir, que sería: elegirse. Mejor que la libertad de perderla es la de no elegir. O mejor:

elegirse.

El que quiere puede no poder. Se enfrenta a lo que otros quieren, se desgasta en un roce que podría dejar. Puede querer y no realmente conseguirlo; alguien cree que es mejor querer lo que podría no conseguir y después un día se da cuenta: sobra. El que quiere puede no poder. Pero tampoco necesita no querer. Para poder, puede más bien: quererse.

Hacer es dejarse hacer. Para hacer tiene que haber, afuera de alguien, un objeto: objeto al cual hacer. Si hay un objeto, todo lo que alguien haga con él va a estar

determinado por él. Hacer es dejarse hacer. Hay otra cosa:

hacerse.

Elegirse. Quererse. Hacerse es otra cosa. Además:

Es tan fácil hacer como quien toca una carne verdadera si alguien toca una carne verdadera, hacer como quien palpa los recodos si alguien palpa recodos, hacer como quien pellizca algo vibrante si alguien pellizca algo vibrante, hacer como quien lame lodazales redonditos si alguien lame lodazales redonditos, hacer como quien entierra sibarita la batata si alguien entierra sibarita la batata, hacer como quien se sacude salta arquea acurruca estrechamente pega si alguien va y se sacude salta arquea acurruca estrechamente pega, hacer como quien se desmorona sobre alguien que se desmorona si alguien se desmorona sobre alguien que se desmorona: tanto mejor imaginarlo. O sea:

imaginarse.

Es tan molesto adaptar una carne a otra carne, un ritmo a otro ritmo, una forma a otra forma, un momento a otro momento, una fuerza a otra fuerza, un final a otro final, una violencia a otra: tanto mejor imaginarse.

Es tan caro pagar por esa carne el precio de una sonrisa, un guiso, un alud de palabras, cuatro hijos, una promesa tremebunda, un ojo de la cara, muchas joyas, el hambre compartido, la tarifa de un rato: tanto mejor imaginarse.

Fornicar es tan tonto que podría ser, dentro de poco, un lujo.

## **LO QUE ES**

Es meneo toda relación de alguien con sí para ir hacia el derrame de su leche. No es en cuanto hay otro que le toca el cuerpo.

## **LAS VARIEDADES**

Las variedades son incontables, inenarrables, inimaginables. Aquí sólo se reseñan tipos básicos. Si bien es cierto que hay sujetos que cambian de variedad a lo largo de sus vidas, son poquitos. Además, cuando cambian de variedad varían ellos enteros. Se discute si un sujeto cambia de variedad o cambia de sí mismo. En nuestro orden las causas, como se debe según Padre, vendrán antes que los efectos:

### **A. LOS ESTÍMULOS**

La naturaleza de los estímulos empleados divide a los ejecutantes en tres grandes categorías: los mecanistas puros, los incluyentes o mixtos, los pescados.

*A.1: Los mecanistas puros.*

Los mecanistas puros suelen creerse un hato de elegidos. Hacen un ascetismo que, dicen, los hace diferentes. Dicen que ningún pensamiento puede empañar sus sacudidas y se jactan de hacerse sus meneos con la mente sin usar en blanco: defienden el puro movimiento, la mecánica. Dicen que el esfuerzo vibrante es todo lo que un hombre cabal necesita y debe permitirse en aras del derrame —pero llaman al derrame: mipreciado trastorno. Dicen: no es de pensar. Dicen: si para algo sirve el meneo es, sin las dudas, para no pensar: vaciar la mente. Deshacerse por un buen rato del gobierno o el caos de la mente. Dicen: es el retorno a lo más simple.

Los mecanistas puros suelen ser tradicionales apegados a la tierra y a las viejas historias de los Padres. Dicen que mucha novedad ha podrido cabezas y que las cosas verdaderas no se piensan: se sienten y se hacen. Suelen ser buenos soldados, recaudadores de la Casa y jefes de caravana; muy malos maquinistas. Usan pocas esencias. Comen con abundancia gallinazo. No es cierto que tengan su pistón más grande que los otros. No es cierto que canten más o mejor. Tienen una idea que podría hacerlos perniciosos en ciertas circunstancias. Dicen que “todo ejecutante es, en el preciso y precioso momento en que abandona su mente y se concentra en el puro movimiento, igual a cualquier otro ejecutante en igual trance”. Son bastante soberbios: ni siquiera se avergüenzan de semejante renuncio. Más bien se vanaglorian.

#### *A.2: Los incluyentes o mixtos.*

Los incluyentes o mixtos son tantos y tan variados que no tienen siquiera un solo nombre. Los une el hecho de que todos adosan al movimiento de su mano y su pistón otra suerte de estímulos. Por supuesto no forman banderías y se dividen en diversos. Se clasifican según el tipo de estímulo que adosan:

A.2.1: Las imágenes mentales (que se dividen a su vez según su proveniencia).

A.2.1.a: Las imágenes mentales del pasado.

Los incluyentes o mixtos que adosan imágenes mentales del pasado suelen buscarlas en el acervo de su historia. Pueden adosar las más diversas, desde la imagen de un padre o una madre o una criada languideciendo un poco o en pleno desarrollo hasta la imagen de una mujer o un hombre con quienes fornicaron languideciendo un poco o en pleno desarrollo; pasando por la imagen de un animal interesante, el vaivén de la copa de un árbol, ellos mismos en algún desarrollo o triunfo comercial o derrota en reyerta, una mujer que cantaba en un tugurio, un servidor de ese tugurio, un compañero de beber en ese tugurio, una mamá cualquiera, cuatro piernas, un pistón magnífico tremendo, un hombre que decapitaba bien una vicuña, una mujer que decapitaba bien un jilguerito, tantas otras. Lo que no pueden es tener seguidas más de 3 imágenes de la misma cosa, porque sería un relato y se transformarían en un A.2.3.b —incluyentes o mixtos que adosan relatos propios.

Los incluyentes o mixtos que adosan imágenes mentales del pasado suelen ser de talante un poco melancólico pero todos no. Otros, al contrario, son porque están tan orgullosos de lo que pasaron.

#### A.2.1.b: Las imágenes mentales del futuro.

Los incluyentes o mixtos que adosan imágenes mentales del futuro suelen buscarlas igual que los A.2.1.a, sólo que en general las recombinan para formar imágenes distintas: nuevas. Algunos se ofenden y lo niegan, pero está aceptado que no hay imágenes nuevas que no sean la combinación de otras ya vistas.

Los incluyentes o mixtos que adosan imágenes mentales del futuro suelen creerse más inventivos, aunque no es seguro que inventar imágenes del futuro requiera más habilidad que reinventar las del pasado, que son más perentorias. Suelen ser de talante optimista sanguíneo porque confían en lo que el futuro les va a dar pero todos no. Otros, al contrario, son porque están tan apenados de lo que ya pasaron.

#### A.2.1.c: Las imágenes mentales del presente.

Los incluyentes o mixtos que adosan imágenes mentales del presente —sin mirarlas propiamente, a ojos cerrados— no pueden más que usar las imágenes de sí en el momento preciso del meneo. Dicen que la única imagen digna de ser evocada es la propia recreación de la acción presente, o sea: del movimiento en acto. Se los suele considerar pragmáticos convencidos pero impuros. Por momentos su práctica los acerca tanto a los A.1 —mecanistas puros—, salvo por una cuestión de principios: sostienen que no tienen por qué privarse de una imagen de la mente, aunque sea la de ellos mismos en el mismo momento. Suelen ser de talante soberbio porque se piensan con semejante deleite, pero no todos. Otros, al contrario, son porque están tan apenados de lo que ya pasaron o porque están tan desconfiados de lo que van a pasar o porque a lo demás no le ven gracia o los asusta. Otros, en vez, son porque no consiguen imaginarse nada. Algunos los toman por los fanáticos peores.

#### A.2.1.abc: Los incluyentes o mixtos con imágenes mentales.

Las tres clases pueden pertenecer a cualquier sector de la Ciudad y las Tierras pero hay más entre los educados. Hay muchos fuera de la Ciudad, donde son por falta de otra cosa. Suelen ser buenos traficantes. Suelen ser cínicos suaves. No es cierto que encabecen todas las revueltas. No es cierto que sean cortos de vista. No es cierto que sean insatisfechos casi siempre. Comen pescados con frutos dulzones. No apetecen perfumes, aunque a veces llevan para no parecer orgullosos. Las tres clases se jactan de no usar las imágenes que no estén en sus mentes y desprecian un poco a los que sí. No suelen pelear con los A.1 —mecanistas puros— y A.3 —pescados—; sí con los demás A.2: dicen que esos “dependen de las mentes y los cuerpos de otros, que es casi fornicar”. Pero los A.2.1.c dicen lo mismo de los demás A.2.1 y seguramente tienen razón.

A.2.2: Las imágenes de afuera o verdaderas imágenes (que se dividen a su vez según su calidad).

A.2.2.a: Las imágenes de afuera en vida.

Los incluyentes o mixtos que adosan imágenes de afuera en vida o movimiento son los más numerosos. Tienen muchas maneras de encontrarlas. Hay muchos que ganan algo haciendo de imágenes para ellos.

Entre los que ganan —o voluntarios— están los que trabajan en prostíbulos o tugurios, los que se alquilan en la puerta del Norte o en la explanada de la Casa, los criados que se obligan y, en la Casa y las casas de algunos oficiales, los prisioneros. Y también los amaestrados y los salvajes, cuando son animales.

Un A.2.2.a —incluyente o mixto que adosa imágenes de afuera en vida— puede por ejemplo contratar en la explanada de la Casa dos mujeres con una buena cesta de chinchillas y llevárselas a todas a su casa. Ahí les dice por ejemplo que una se enrolle su tela en la cabeza y cara y otra alrededor de las rodillas, atándoselas. (Es importante ubicar bien las telas en las mujeres y los hombres; los animales pueden ir desnudos, pero en las mujeres y los hombres da un poco de tristeza: es como si estuvieran olvidados. Importa que se pongan bien las telas y, en algunas partes, las cositas.) Entonces las dos mujeres tienen que soltar las chinchillas y correr en redondo con las chinchillas corriéndoles también: las chinchillas brillan y chillan como monos y las mujeres trastabillan porque una no puede caminar y la otra tiene sus ojos tapados: el A.2.2.a, sentado en sus pieles y almohadones, ya puede empezar a gozar, por ejemplo, del trastabilleo, que siempre es muy halagador. Entonces una mujer —la que no ve— pisa y despanzurra una chinchilla y por resbalón en el charco de sangre se cae de espaldas con las dos patas para arriba: el A.2.2.a, recostado en sus pieles, sigue gozando de la caída y revoleo, que son reconfortantes. Entonces las nalgas de la mujer se enchastran en el charco de sangre y quedan rojecidas con sus brillos plateados, porque pelos de la chinchilla destrozada también se le pegan y se arma mucha algarabía junto a sus nalgas porque otras chinchillas vienen a hacerles frente y mordisquearlas suave, atraídas y azuzadas por la sangre pegada: el A.2.2.a desparramado en sus pieles goza mucho de las nalgas sobrantes con su rojo y sus brillos, que son tan verdaderas. Entonces la otra mujer que caminaba con sus rodillas atadas por su tela se tropieza con la que está en el suelo un poco carcomida de chinchillas (muy poco, unos mordisconcitos sin la maldad que no hacen daño: si una de las mujeres se arruinara el A.2.2.a tendría que pagarla mucho más) y las dos se revuelven en el suelo y el charco de la sangre y los pelos y las demás chinchillas con sus brillitos y chillidos: se les mezclan pedazos de sus piernas, pedazos de sus manos y sus mamas, pedazos de la cara de la que tiene la tela en las rodillas, pedazos de rodillas de la que tiene la tela en la cabeza, todo desparramado en un desorden que crea un bicho nuevo. Si, por ejemplo, las mujeres son lo bastante gordas, hay mucho



más para ver y carne suelta y el A.2.2.a ya está tremenda, está inconteniblemente duro y goza sin parar, como un antiguo.

Pero si el A.2.2.a quiere llevarse un hombre o varios hombres suele ir a la puerta del Norte, donde son más baratos y mejores, porque son de los que trabajan en el mercado y se les nota en las arrugas y rictus de la cara. Algunos, en esos casos, se llevan a uno que se les parece y lo ponen a menearse igual que ellos, justo lo mismo al mismo tiempo y lo miran mientras se menean: es la versión en vida del A.2.1.c —incluyentes o mixtos que adosan imágenes mentales del presente— y algunos de ellos creen que es más bien una burla.

Otras veces, el A.2.2.a puede llevarse una mujer o dos o un hombre o dos o tres con o sin animales y ponerlos nada más a fornicarse mientras mira, pero es más melancólico y ellos dicen que muy poco creativo. Por supuesto que, en cualquier caso, no vale tocarlos.

Los A.2.2.a —incluyente o mixto que adosa imágenes de afuera en vida o movimiento— también pueden usar imágenes involuntarias, como en una caza, y algunos dicen que así es más apetecido. Involuntario puede ser cualquiera: todo lo que sucede en algún lado puede transformarse en imagen de afuera en vida involuntaria, casi sin saberlo.

Lo bueno de mirar involuntarios es que está lleno de sorpresas: cualquiera, en cualquier momento, se transforma en tal. Basta que alguien lo mire y se menee para cambiarle de improviso su cualidad y convertirlo en tal. Es tremendo lo fácil que resulta (como matar a uno, por ejemplo, con sólo resbalarle un cuchillo de fruta por el cuello). Demasiado fácil.

Sucede en cualquier parte, como la caza del escuerzo. Cualquiera se pasea pegándole un azote a su vicuña y desde la ventana de su casa alguien lo ve pasar y se menea. Cualquiera se acaricia su hombro porque está cansado de pensar en los problemas de su hijo y desde el otro lado de la calle alguien lo ve sobarse y se menea. Cualquiera se prueba una tela en el mercado y se tapa justo con la tela sus rodillas y alguien lo ve incompleto y se menea. Cualquiera se encuentra con un amigo o una amiga y le toca con las manos las nalgas porque están contentos y alguien que se imagina poco los ve toquetearse y se menea. Alguien ve a alguien que ve a cualquiera que se pasea pegándole un azote a su vicuña y desde la ventana de su casa lo ve pasar y se menea, y se menea. Y alguien ve al que ve y se menea mientras mira al que mira y se menea, y se menea. Las cadenas pueden ser muy largas y les dan mucho orgullo: es el espíritu de cuerpo. Son un bello espectáculo en calles de Calchaqui y suelen terminar en grandes charlas. También están, pero son pocos, los que espían.

Los incluyentes o mixtos que adosan imágenes de afuera en vida o movimiento —tanto si adosan voluntarios como involuntarios— suelen jactarse de que están muy interesados en las vidas de todos: que las vidas de todos son como si fueran suyas y

nada les es del todo ajeno. También dicen que conocen como nadie los rincones de la Ciudad y las Tierras. Suelen ser jóvenes y más bien decididos. Suelen ser buenos informantes de la Casa. Usan perfumes que se confunden con los olores de la calle. No es cierto que sean flacos. No es cierto que maltraten a sus hijos más que otros. Sus críticos dicen que lo que hacen es mucho más complicado que fornicar y ellos dicen que claro, que es mucho más complicado y es un arte: que fornicar no es más que un ejercicio natural y que lo suyo tiene tanto trabajo como un arte.

A.2.2.b: Las imágenes de afuera en copia o detenidas.

Los incluyentes o mixtos que adosan imágenes de afuera en copia o detenidas tienen más dificultades. No es sencillo poseer una imagen: tiene que ser alguien con los bienes para pagar a un pintor que se la haga o, en el caso más pobre, comprársela ya hecha. Las imágenes en copia pueden ser de paisajes, animales, amigos de la infancia, madre, padre, amigas, la madre de su hijo, un grupo de soldados, el ombligo de alguien, las orejas de alguien, cualquier parte: el A.2.2.b se menea mirándolas muy fijo.

(Cuando usa un retrato de sí, podría pensarse que se vuelve un A.2.1.c —incluyentes o mixtos que adosan imágenes mentales del presente—: está muy discutido.)

Algunos pueden cambiar de imagen cada vez o cada pocas veces: son los privilegiados y lo suyo es más fácil. Los que no pueden se manean siempre con la misma; algunos dicen que en ese caso al cabo de cierta cantidad de veces miran la imagen pero dejan de verla y pasan a imágenes mentales; si es así, se volverían A.2.1. que prefieren simular que no son: está muy discutido. Los que lo niegan dicen que por qué un A.2.2.b podría querer negar que es un A.2.1, que es tanto mejor. Les contestan que para mejorar la posición social. Está muy discutido.

Otros dicen, incluso, que de tanto mirarla no la ven y el A.2.2.b entonces pasa a ser A.1 —mecanista puro— porque hay una imagen que es como si no hubiera. Casi nadie lo acepta porque una imagen que no se ve sigue siendo un estímulo externo. Otros insisten. Está muy discutido.

Los más pobres, que no pueden tener una imagen pintada pero quieren seguir creyendo que son A.2.2.b pueden contratar hombres o mujeres y colocarlos muy quietos, sin ningún movimiento, para que parezcan imágenes en copia o detenidas. Una imagen es cara; es más barato que una o uno haga de imagen por un rato. Pero sus críticos dicen que uno o una siempre se mueven aunque sea muy poco: por lo menos respiran. Así que el pobre se convertiría sin remedio en A.2.2.a; algunos dicen que si uno o una es un muerto nuevito entonces sirve y es como una imagen en copia o detenida: está muy discutido.

Los incluyentes o mixtos que adosan imágenes de afuera en copia o detenidas suelen ser recoletos y hasta tímidos. Suelen ser personas o vulgos muy enriquecidos y son

muchos entre los miembros importantes de la Casa. Suelen ser pretenciosos en sus telas. Algunos se empobrecen por sus compras de imágenes: son los que corren más peligro. Cambian mucho de perfume y les gustan las comidas sucesivas. No es cierto que sean malos soldados. No es cierto que caminen mirando siempre al suelo. No es cierto que se intercambien imágenes o se las vendan entre ellos: lo consideran repulsivo. Cada imagen es para uno solo. Dicen que “para mezclar están los cuerpos”. Cuando un A.2.2.b deja de usar una imagen porque consiguió otra o se cansó, la quema y se menea con mucho entusiasmo mirando por última vez las formas que se come el fuego. Algunos, dicen, nada más se menean con cada imagen una vez, mientras se quema.

A.2.3: Los relatos (que se dividen a su vez según su condición).

A.2.3.a: Los relatos ajenos (que se dividen a su vez según su calidad).

A.2.3.a.I: Los relatos ajenos escritos.

Son la forma más pobre. Cualquiera puede comprar en los puestos de la puerta del Norte unas hojas con relatos para su meneo. Las hojas cuentan historias que se pueden adosar bastante a un meneo muy común:

“En su herida del costado se agitaban las sanguijuelitas. Hacía tan poco que la herida estaba hecha y ya era fúlgido prodigio de sanguijuelitas: el soldado no quería mirársela. Pero el otro, el que estaba de rodillas junto a él, la miraba embobado. La boca roja se abría y se cerraba con la respiración como el cuello de un sapo, hinchada y deshinchada como el cuello de un sapo, roja tremenda como el cuello de un sapo. La boca babeaba por la comisura un hilito de sangre roja mezclada con tiritas de carne más roja todavía y grasas amarillas. La tendonada, blanca. En el charco de rojo, las sanguijuelitas eran felicidades negras que brincaban y rebrincaban para ganarse sus bocados: el negro dejaba surcos en el rojo. El otro soldado no podía resistir. La herida lo llamaba y su pistón estaba duro, duro, duro.”

En las hojas más pobres, llegado a este punto el relato suele dividirse en dos. Uno para los A.2.3.a.I que prefieren adosarse relatos con encuentro de sexos:

“... La herida lo llamaba y su pistón estaba duro, duro, duro. Con una mano agarró el cuello del soldado en el suelo para asegurarse de que no se moviera. Con la otra, golosa, se agarró su pistón ya pronto acalambrado. Su pistón era casi tan chico como la más grande de las sanguijuelas: era magnífico tremendo. Despacio, con precioso cuidado, lo fue metiendo entre los labios rojos palpitantes surcados por los trazos más negros. Los labios de la herida se abrían y cerraban con un ritmo deseado: abrazaban su pistón magnífico tremendo y después lo soltaban y volvían a abrazarlo. Los labios estaban calentitos y muy bien encharcados: su pistón se le había vuelto rojo magnífico tremendo y el cosquilleo de las sanguijuelitas en el glande lo llevaba hasta los pozos más hondos de las oscuras tierras...”

Y el relato sigue en ese tono. En la hoja siguiente, el A.2.3.a.I que prefiere adosarse relatos de meneo encontrará su cuenta:

“... La herida lo llamaba y su pistón estaba duro, duro, duro. El soldado de rodillas se agarró con las dos manos, callosas, golosas, gozadoras, su pistón ya pronto acalambrado. Su pistón era casi tan chico como la más grande de las sanguijuelas: era magnífico tremendo. El soldado miraba los labios rojos palpitantes surcados por los trazos más negros y su pistón tan chiquito magnífico tremendo se le iba agarrotando entre las manos. Veía que los labios de la herida se abrían y se cerraban con un ritmo deseado: sus manos fueron tomando el mismo ritmo y sintió en sus pelotas un cosquilleo como si las sanguijuelitas las mamaran. Por un momento bien fugaz, la cara y las mamas de su madre muy chica pasaron por sus ojos. Sabía que los labios de la herida estaban puro fuego y le podían quemar su pistoncito en un abrazo tremebundo y ahogarlo en el mar de lava de esa sangre pastosa incandescente y su pistón se peleaba por estallar con sus dos manos, que trataban de contenerlo sin conseguir siquiera refrenar su carrera hacia los pozos más hondos de las oscuras tierras...”

Como se ve, los autores de estos panfletos eran por demás descuidados. (En este último párrafo, por ejemplo, el “soldado” de marras se presenta como un clásico A.2.2.a pero tiene un momento en que se vuelve A.2.1.a —incluyentes o mixtos que adosan imágenes mentales del pasado; si bien es cierto que esas breves mezclas pueden darse involuntarias en la vida, no sirve ningún sentido ponerlas en un relato, que no tiene problemas de control.)

Otras hojas cuentan un paisaje o los detalles de una campaña de padres contra los escondidos o cualquier otra cosa. No importa tanto qué: bien contado, todo puede servir para meneos. Y los más sibaritas se jactan de menearse con temas más y más alejados. Entre las hojas que se venden en la puerta del Norte para los meneos había por ejemplo una que empezaba:

“Todo se revuelve: alto y bajo, entero y dividido, polvo y la hoja; hasta que llega el agua. Nada en las estaciones florece si no le llega el agua: los frutos, animales. Pero es bueno que el agua no le caiga en su chorro finito, como si le sobrara: más bien en chaparrón que la agota de un golpe. Todo se mezcla y se revuelve: fatal todo. Sobre el agua, que se va haciendo caldo, hay que ponerle todo lo del medio, según las voluntades...”

Los que usan estas hojas lejanas son la crema del A.2.3.a.I y se acercan por momentos a los A.1 —los mecanistas puros— o, si no, a los A.2.4 —la música—. Suelen ser vulgos con aspiraciones: bastantes son maestros. Sospecho que algunos traficantes de hojas se aprovechan de ellos y les venden, so pretexto de elixires refinados, lo que les sobra.

Dije que los A.2.3.a.I —los incluyentes o mixtos que adosan relatos ajenos escritos—

suelen ser muy vulgos: del mercado, cuantimás de las Tierras. También hay algunos personas encanallados, que les gusta simular costumbres de los vulgos. Pero como les da un poco de asco se hacen escribir sus hojas a medida por aspirantes a biógrafas que todavía no son y algunos, incluso, les dan sus directivas para que vayan escribiendo en su presencia. Entonces no saben si tienen que llegar al meneo cuando lo leen o ya desde el principio, cuando ellas escriben y si resultan, en tal caso, A.2.2.a —incluyente o mixto que adosa imágenes de afuera en vida.

#### A.2.3.a.II: Los relatos ajenos recitados.

Son un poco más finos. También son más familiares: se los hace muchas veces la madre de su hijo al hombre que es el padre de su hijo. Pero cualquiera tiene un criado o una criada que le recite y si no puede contratar en las esquinas alguien que le recite. Los recitados son parecidos a los ajenos escritos, pero dichos: importa mucho el ritmo de los versos, que tiene cánones bien rígidos. De hecho, para muchos importa nada más el ritmo de los versos, y los usan como usan el ritmo de los tambores los que pican las piedras: para picar todos a un tiempo y no desentonar. Los contenidos suelen ser convencionales:

“La herida lo llamaba y su pistón tan duro  
coloreaba sus ojos del blanco de la leche.  
Sanguijuelitas negras sobre el rojo más puro  
y los labios abiertos en un tierno escabeche  
le hicieron olvidar que el soldado tendido  
era su amigo fiel, su más que amigo herido.  
Lo vio cual enemigo muy deseable;  
le metió las dos manos en la herida,  
le chupeteó la sangre por bebida,  
miró ese rojo y negro deleitable  
y, con la mano en el pistón, ardiente  
se preparó para atacar, valiente:  
la herida lo era todo  
no había modo  
de amansar al pistón  
que, retobón,  
se le escapaba al dueño

en bruto empeño  
de hundirse en ese rojo  
tierno añojo  
que palpitaba loca  
franca boca  
y llegaba el pistón  
demolición  
a hundirse en el hombrón  
sin condición  
y matar a varón  
para varón  
y varar a matón  
para matón  
para cabrón  
varón  
para matón  
carbón  
para varón  
matón  
cabrón  
varón  
matón  
carbón  
varón  
matón..."

(y así de seguido, mientras resultara necesario)

Es difícil saber cómo son los A.2.3.a.I y II: soliviantan prejuicios. Se suele decir que su práctica no les es buena para el cuerpo; otros dicen que los prejuicios vienen porque son los más pobres y menos elegantes. Es cierto que les falta imaginación,

memoria o ascetismo. No es cierto que esto los haga más aptos para los placeres; algunos sí, pero no todos. No es cierto que sean los que menos se menean y, menos todavía, los que más fornican. También puede ser un prejuicio por lo pobres.

#### A.2.3.b: Los relatos propios.

Los incluyentes o mixtos que adosan relatos propios suelen estar enfurruñados. No es fácil conseguir los relatos, y si son de su memoria siempre están al borde de caer en A.2.1.a —incluyentes o mixtos que adosan imágenes mentales del pasado—. Es muy fácil pasar del relato —de su memoria— con sus palabras a alguna imagen —del pasado—: dicen que su meneo es muy difícil por ese cuidado que tienen que mantener todo el tiempo. Es muy difícil escribir esos relatos sin caer de golpe en el meneo. Los A.2.3.b que se hacen los relatos en voz alta tienen menos dificultad que los que se los hacen pensados en silencio. Para algunos esa dificultad es un mérito pero deben ser pocos, porque los A.2.3.b no son numerosos.

Para escapar de ese peligro, muchos tratan de que el relato no se parezca casi nada a un recuerdo o, a lo sumo, parta de uno pero no se quede. Entonces están más tranquilos, aunque tampoco tanto: tienen el riesgo de quedarse en el medio de su relato sin saber qué seguir y perdido el meneo.

Sus críticos —más que nada, A.2.1.b, incluyentes o mixtos que adosan imágenes mentales del futuro— dicen que los A.2.3.b son un poco despreciables porque sus relatos se parecen mucho a los que usan los A.2.3.a.I —incluyentes o mixtos que adosan relatos ajenos escritos—, o sea: que los hacen basándose en los ajenos que se venden en hojas. Durante un tiempo nadie supo cómo contestar a esta crítica, hasta que alguien —un A.2.3.b— se dio cuenta de que los otros no tenían cómo saber cómo era su relato —porque cada cual se lo cuenta a sí mismo— y contestó con eso. Los críticos le dijeron que si nadie había contestado antes debía ser que tenían razón y que esos relatos que ellos no conocían eran muy parecidos a los ajenos que se vendían en hojas.

Los A.2.3.b —incluyentes o mixtos que adosan relatos propios— suelen ser aburridos y parece que nunca tienen nada que decir. Suelen ser buenos cocineros. Suelen ser muy buenos en cualquier trabajo mecánico. Usan el perfume que alguien les regala, aunque muy poco les regalan. No es cierto que los consejeros de la Casa suelen ser de estos. No es cierto que estén muy a menudo roncós. No es cierto que algunos creen que cada relato con el que menean después se lo olvidan y que pueden llegar a olvidarse de toda su vida, si menean lo bastante. Aunque quizá sea cierto que algunos lo creen y se hacen A.2.3.b para ver si les sale.

#### A.2.4: La música.

La música es un derivado tardío de A.2.3.a.II —los incluyentes o mixtos que adosan relatos ajenos recitados— y funciona con las mismas reglas.

### *A.3: Los pescados.*

Los pescados son los únicos que se pusieron el nombre que quisieron: en un tiempo formaron una bandería muy estricta y se pusieron los pescados porque no tienen manos. En verdad tienen, pero no para esto. Los pescados no usan nunca las manos ni otra parte de su cuerpo para sus meneos: nada más los hacen con la mente, sin tocarse nada. Los pescados son titanes de la mente: muchos que no son pescados creen que si los pescados pueden conseguir un buen meneo con nada más su mente, con su mente pueden conseguir todo. Ellos suelen creerlo y a veces lo consiguen.

Los pescados tienen un largo aprendizaje: como ya no quieren tener su bandería, porque armaba algazaras, cada cual que pretende se busca uno en su casa o en su barrio o amigos para pedirle que le enseñe. El que enseña es bien parco: le dice al que aprende que se acueste en el suelo —no en una piel, ni en almohadones— con los brazos y las piernas bien abiertas, para no tocarse nada, y que recuerde imágenes. Siempre empiezan recordando imágenes: es lo más fácil para que su pistón se les aliente. Muchas veces el que aprende se acuesta y separa los brazos y las piernas y no consigue, con esas imágenes, en su pistón, nada. Pero si tiene disciplina y está hecho para eso, de a poco se le va hinchando algo, después se le pone más fuerte, una vuelta se le vuelve tremenda, inconteniblemente y una cuarta, por fin, le va saliendo una babita débil. Aprenden durante mucho tiempo y al final llegan donde quieren. Dicen que los expertos viejos —pero no ancianos— pueden soltar lo suyo con las ideas más raras; algunos, dicen, pueden soltarla pensando nada más en colores. De un Jose pescado reputado se llegó a decir que era tan nuestro que sólo pensaba en nuestro azul: las discusiones arreciaron. Que si era un atrevido irrespetuoso, que si no había forma más blanca del respeto.

Los pescados son los más orgullosos. Dicen que no dependen de su cuerpo y que su cuerpo depende de ellos. Comen muy poco: si les gusta, comen a escondidas. Suelen ser mentirosos. Si tienen que usar perfume, tratan de encontrar o hacerse inventar uno que se parezca al olor de su cuerpo. Son buenos maquinistas. Son los mejores pescadores. Ya no usan el dibujo en la frente porque les provocaba traqueteos y empellones de envidia: ahora dicen que ellos saben que son lo que son y que no precisan que los demás se enteren. No es cierto que sus heces tengan formas redonditas. No es cierto que hayan fornicado mucho con mujeres de más allá de las Salinas. Dicen que los perros también pueden frotarse su pistón contra una manta: que ellos son más humanos. Algunos llegan a decir que la palabra meneo no les conviene: que lo que hacen ya se volvió otra cosa y, en verdad, no hay tal meneo porque no hay movimiento. Pero ellos mismos se contradicen en algunas frases. Dicen que “todo ejecutante es, en el preciso momento en que su mente se vuelve su meneo, un hombre más que único: sólo igual a sí mismo”.

### *A.4: Confusiones.*



Se discuten casos. Se discute qué pasa con los que producen el derrame de su leche mientras duermen. Muchos dicen que no puede ser meneo porque no hay intención y recurren a la definición: “Es meneo toda relación de alguien con sí para ir hacia el derrame de su leche.” Les contestan que la intención no se suspende por el sueño o que, si acaso, vaya a saber. Si fuera así serían pescados, pero los pescados no los aceptan: no es seguro que perdidos en el sueño no se froten. Algunos se han hecho vigilar el sueño para ver si se frotan: a veces sí y otras no, o sea que no hubo veredicto. Algunos usan un argumento convincente a favor de ser pescados: dicen que los que derraman en su sueño son sobre todo los más viejos, aun ancianos. Porque los ancianos tienen tantas imágenes en la cabeza, dicen, para ocupar lugares que ocupaba su muerte. Es así, dicen: el chico cuando lo aceptan le cuentan su muerte y la tiene en su cabeza, que no está muy colmada. Después va llenando su cabeza con las imágenes de lo que va viviendo. Cuando ya la tiene casi llena, sin tanto lugar para su muerte, su muerte le llega para recuperar sus posiciones. Si fuera así, serían pescados, pero solamente cuando duermen, porque muchos en la vigilia son alguna otra cosa. No está claro que alguien pueda ser en la vigilia mecanista, por ejemplo, y en el sueño pescado. Está muy discutido.

Está muy discutido si dos sujetos —dos hombres, una mujer y un hombre— que se limitan a toquetearse el uno al otro para sacarse leche realizan un meneo. Los que lo niegan con más vehemencia dicen que si así fuera, el meneo estaría definido por la parte del cuerpo con la que se efectúa. ¿Por qué —dicen—, si no, sería meneo lo que otro le hace con la mano y no lo que otro le hace con ojete o válvula? La definición, dicen, no funciona: cualquier parte de otro cuerpo debe valer lo mismo, que sea ojete o sea mano, es decir: no es meneo. Dicen que no es meneo.

Esta opinión suele imponerse y alguien piensa que es lástima. Encomia la habilidad de aquel a quien otro menea. Dice: no hay forma más sibarita y sibilina de eliminar al otro o hacerlo, en el mejor de los casos, parte de sí mismo. Quien le deja al otro el lugar del meneo lo hace parte de sí: lo fagocita. Los que opinan así son los más radicales y ofensivos y gozan del respeto de parte de las personas influyentes, pero está claro que la lógica de la definición —“es meneo toda relación de alguien con sí para ir hacia el derrame de su leche. No es en cuanto hay otro que le toca el cuerpo”— y de su corolario —“¿por qué sería si otro con la mano, y no si con ojete o válvula?” resulta taxativa.

## B. LA MECÁNICA

La herramienta señera en la mecánica del meneo es, como bien dice el nombre de estas cosas, una mano. Sin embargo, una mano es el punto de mezcla entre un brazo y unos dedos: de los dos extremos pueden llegarle variaciones.

Las variaciones que puede haber en la mecánica no comprometen a los individuos.

Así como los distintos estímulos definen a quienes los adosan, cada cual —cualquiera sea su estímulo— puede variar las mecánicas sin pasar a ser otro. Las mecánicas no son causas: son medios o instrumentos, pura funcionalidad, y están al servicio del que las practica. Por supuesto, nada de esto se aplica a los A.3.

### *B.1: La mano.*

El movimiento clásico es una combinación de los recursos. El movimiento clásico va usando los recursos poco a poco. Primero recurren a los dedos: casi siempre 3 — pulgar, índice y medio—, más bien extendidos, empiezan el toqueteo de pistón dormido. Si el pistón de marras es magnífico tremendo —muy chiquito— puede dar para sólo 2 dedos —pulgar y uno de los otros. En esta fase, el movimiento no es muy distinto de rascarse y puede serlo o parecerlo. Algunos no lo consideran parte del meneo, pero es.

Cuando se despierta pistón, los 2 o 3 dedos se curvan para abrazarlo mejor sin apretarlo: pistón tiene que deslizarse entre los 2 o 3 dedos. El movimiento es lento pero ya empieza a implicar a la muñeca: la mano va quedando fija en su postura y la que la mueve es la muñeca, que gira sobre su eje con un ritmo más o menos lento.

A partir del momento en que pistón está bastante en marcha —del tamaño de un pulgar, digamos—, en el movimiento clásico los dedos hasta entonces sin uso también se cierran sobre él: sigue el movimiento de muñeca sobre su eje que da acción a la mano. El ritmo se puede acelerar.

De ahí en más las variaciones no son de sustancia. Alguien va regulando el ritmo — se acelera o no— y puede usar el brazo: en tal caso, la muñeca queda rígida pegada a la mano y el brazo acciona todo, trazando dibujos ampulosos. Algunos suponen que el dibujo de esos movimientos tiene méritos; otros no suponen. El movimiento se acelera hasta que completa el meneo y lo derrama.

Así es el clásico, que conoce cantidad de variaciones:

#### *B.1.1: Los dedos perpendiculares.*

En el clásico, los dedos quedan perpendiculares al pistón. Tienen más superficie de contacto y facilitan la salida del derrame. En el clásico los dedos abrazan al pistón. La cantidad de dedos es bastante variable. No suele pasar de 5, como corresponde. También se pueden usar los dedos perpendiculares en horqueta —2— y pasar el pistón entre medio. La superficie de contacto es muy escasa y requiere bastante habilidad: es ostentosa.

#### *B.1.2.: Los dedos paralelos o sombrilla.*

Los dedos pueden quedar paralelos al pistón, entrando desde arriba. Suelen usarse tres o cuatro, pero el desliz se hace más complicado. De los dedos pueden usarse las puntitas o la totalidad. Si se acercan bastante, el glande puede chocar con la palma,

que le hace de tope placentero. El derrame no escapa sino que queda desparramado en la palma y no se pierde.

### B.1.3: La palma o avalancha.

Es un caso impuro y está un poco discutido: no es de mano sola. La palma puede amasar su pistón pero necesita de otra superficie —que suele ser la ingle o panza o la otra palma— para actuar. La superficie de contacto es más completa pero el ritmo se hace más difícil. El derrame suele quedar desparramado entre la panza o ingle y no se pierde.

A muchos les da gusto probarlo y según su sabor conocen cosas.

En cualquiera de los casos, la mano o el pistón pueden mojarse con saliva o aceites perfumados y también con miel. Algunos dicen que es muy de vulgos y otros se les ríen.

### B.2: *La mano libre.*

Pueden usar la mano libre para cualquier cosa. Algunos dicen que no hay que usarla porque distrae la atención de su centro. Otros la usan para tocar una piedra redonda, una piel de animales, huesos, una pasta, sí mismos en algunas partes. Las partes más usadas pueden ser la panza o pecho o nalgas o huevos o el ojete, con entrada y sin.

Algunos la usan como segunda mano en el pistón, pero en ese caso la mano libre se convierte en ocupada suplementaria y ya es bastante diferente —a dos manos. Si así, las dos pueden cruzar los dedos y encerrar al pistón en el canuto que se forma: la presión y el tamaño pueden cambiarse fácil.

### B.3: *Las otras partes.*

Algunos, sin ser pescados, se jactan de no usar la mano. Usan otras partes: frotación de su pistón entre sus piernas o entre su panza y una frazada de vicuña. No es fácil de control; algunos dicen que se parece demasiado a fornicar sin otro. Está muy discutido.

### B.4: *Las cosas.*

Muchas cosas pueden usarse como ayuda. Las más comunes son los guantes mullidos, pieles enrolladas en canuto con la parte suavcita para adentro, almohadones de plumas bastante apelmazadas y, más que nada, un buen cacho de carne. En cualquiera, su pistón frota contra cualquiera de esas cosas. Es una forma más bien tonta y de poco prestigio, porque las cosas simulan que son bocas, válvulas u ojetes.

## C. LOS LUGARES

Ya no hay nada que decir sobre lugares. Antes había, pero ahora se consideran más o

menos iguales, o mejor: dependientes de los demás factores. Cada estímulo tiene los lugares que le convienen más.

#### D. LA DURACIÓN

La duración puede pasar de muy poco a tan largo. Administradas con saber las mecánicas y sus variaciones, alguien puede mantener por horas su meneo. Más allá de los estímulos que adosan, muchos discuten sobre la duración; se los puede dividir en dos grupos: los que buscan el final rapidito porque creen que en el final encuentran algo y los que tratan de evitar el final por cualquier medio porque creen que en el final pierden alguna cosa. Los rapiditos dicen que en el final encuentran algo pero quieren más que nada empezar otra cosa: deshacerse de cada. Los rapiditos suelen decir que una vida está llena de tanto y que tienen que empezar otras cosas: se jactan de estar muy bien surtidos. Los de evitar dicen que en cada momento, cada cosa es la que importa y que terminarla también es una forma de tristeza: se jactan de vivir muy intensos. Los rapiditos tratan a los otros de tacaños y los otros los tratan de perderse los gustos. En los dos grupos hay mentirosos y bien sabios.»

*Maneras de la Mano* continúa todavía, en la **edición Thoucqueaux**, por varias páginas. Nuestros lectores excusarán —o agradecerán— que interrumpamos este escrito. Tenemos sobradas razones para suponer que su continuación —sobre las prácticas femeninas— podría resultarles preocupante. Dejaremos para más adelante la cuestión, tan debatida, de descubrir a qué categoría pertenecería el redactor Oscar (ver Thoucqueaux, que opina que se trata de un A.2.3.b —incluyentes o mixtos que adosan relatos propios— con argumentos por demás endeables). <<

[28] «**veinticinco estaciones para sus búsquedas**»: en la Ciudad y las Tierras se dividía el año solar en tres estaciones. Un invierno seco y cálido, algo frío en las zonas más altas con mucha amplitud térmica, que duraba de mayo a agosto; una estación de lluvias con temperaturas elevadas que duraba de septiembre a noviembre; y un verano tórrido con precipitaciones muy escasas que duraba de diciembre a abril.

Tres estaciones, entonces, equivalen a lo que nosotros llamaríamos un año. No hay que confundir esta medida con otra que se usaba: cuatro inviernos, o cuatro veranos, que significan, obviamente, cuatro ciclos de tres estaciones, o sea: cuatro años.

El hecho de que se usaran las estaciones como medida del tiempo apoya la idea de un tiempo popular constante, independiente del tiempo de los soberanos ([ver nota 33 y 34, cap. 4](#)). Lo más curioso es que el propio Oscar, que tendrá que declarar su tiempo, usa esta periodización —que niega la importancia de los tiempos declarados. <<

[29] «**El tiempo de mi padre Mario tuvo la admiración**»: si Oscar no hablara en estos párrafos del tiempo del soberano 11, Mario, probablemente nuestra idea del orden de los tiempos en la Ciudad y las Tierras sería incompleta o errónea. El tiempo de Mario —o «tiempo del Capricho»— está lleno de datos fundamentales para su comprensión. Pero, al mismo tiempo, debemos tomar las afirmaciones de Oscar con grandes precauciones.

«Todos los tiempos son posibles hasta que Padre declara uno», dice Oscar. «Una vez declarado, el tiempo queda cautivo de sus reglas y el creador es preso de la criatura.» Oscar explicita por primera vez lo que era una idea confusa, una intuición que nadie se atrevía a formular: al elegir su tiempo, el soberano ejercía su poder y quedaba, de ahí en más, prisionero de ese poder para siempre. Una frase atribuida a Alfredo, el 6, que no consta en su Declaración, roza la cuestión sin enunciarla: «No es cierto que un hombre tome muchas decisiones en su vida. Toma, si acaso, si consigue, una. Pero no siempre sabe que la está tomando. Y depende de ella, de maneras más o menos visibles, para todo el resto. Nosotros, al menos, tenemos el privilegio de saber cuándo la tomamos.» Algunos habrán pensado —o quizá dicho—: «el horror de saberlo».

A partir del momento en que el Padre declara su tiempo, dice Oscar, sólo ese es posible y se impone, aun al Padre. Al soberano no le queda más poder que el de seguir sus dictados, es decir: acatar el tiempo que él mismo declaró y que ya sólo va a cambiar con su muerte. La elección es la renuncia a la libertad de elegir: es probable que esa losa haya pesado sobre Oscar en el momento de decidir su infausta Declaración. Y, sin dudas, pesó sobre Mario cuando declaró su tiempo del Capricho. Por eso su tiempo, dice Oscar, «tuvo la admiración de tantos padres»: donde dice «admiración» es probable que signifique «envidia» y donde dice «tantos padres», seguramente, antes que nadie, él. Así solía manifestarse: oblicuamente.

El tiempo de Mario, como queda dicho, trataba de oponerse a esta pérdida del poder sobre el tiempo que sufría el soberano al declararlo. En su intento de conservar ese poder, Mario declara un tiempo muy vulgar («muy vulgar, cercano al de los vulgos», dice Oscar —ver abajo) sobre el cual mantiene cierto control. Se arroga la potestad de declarar qué tiempo efectivamente transcurrió, y cuáles no. Lo cual se ve más claro en estos pasajes de su Declaración. Su Declaración fue muy distinta de lo que las normas indicaban: fue, entre otras cosas, ligeramente obscena:

«Fui chico. Cuando fui chico, a veces yo fui yo y a veces no. Ustedes saben que al principio fui dos Marios. Saben que mi padre Osvaldo nos hizo dos para que de los dos saliera uno. Saben que mi padre Osvaldo quiso que su poder de hacer el Hijo durara mucho más. Yo, de cualquier forma, siempre iba a ser yo, pero también podía ser el otro. Yo pude ser el otro. Si era el otro también iba a ser yo: aquí, ahora, en mi

Declaración.

A veces era yo y otras veces también, pero yo no lo era. Cuando yo era el otro no me daba cuenta de quién era; cuando era yo no sabía si iba a ser mucho tiempo. Yo tuve que pelearme para ser del todo. Otros dicen que tuve que matarme para ser del todo: ellos no saben. Yo sé: soy. Ahora soy todo el tiempo, si yo no lo decido: ahora puedo decir cuándo soy y no soy.

Mi tiempo, ahora les digo yo, va a ser como ya saben ustedes. Ustedes lo conocen y lo tienen. Pero nunca sabrán si lo tuvieron y eso es bueno y es malo, como todo. Se puede dar que mueran y no mueran; se puede dar que ganen y no ganen, que coman y no coman, que duelan y no duelan, que fornicquen y nada. Yo decido: yo les voy a decir. Todo el tiempo, yo les voy a decir. Todo el tiempo, decido.

Quizá todo esto que dije no lo dije, si el tiempo en que lo dije no valió: digo que no valió y no dije nada: ustedes no recuerdan nada porque yo no lo dije. Pero puedo decir que sí valió, y ustedes saben.

Ahora, después, van a saber si saben o no saben. Todo el tiempo les voy a decir si saben o no saben.»

Según las crónicas, el tiempo del 11 sumió a Calchaqui en innúmeros problemas (ver cap. 1, pág. xy). Tanta dependencia del soberano no sólo fue insoportable para los vulgos y personas; también, se dice, para el propio Mario, que no conoció momento de descanso. Su tiempo quedó en los registros de la Ciudad como un ejemplo de la desmesura y no es casual, en este contexto, que Oscar lo destaque con tal énfasis. Pero no fue el único: Cándido, el hijo de Mario y soberano 12, repitió, engolosinado, el tiempo de su padre. (Thoucqueaux afirma que su padre le impuso la condición de repetir su tiempo para aceptarlo como Hijo y heredero: si el tiempo del Capricho persistía después de su muerte, Mario se aseguraba que no sería asesinado, porque si el hijo llegaba a declarar que el tiempo en el cual se cometiera el magnicidio no había sido, creaba una confusión irremediable. La hipótesis de Thoucqueaux es seductora a no ser por un detalle: ya hemos visto la facilidad con que un Hijo y heredero se desdice de las promesas hechas a su padre.)

El otro detalle que hace de este tiempo un hito fundamental está en el párrafo siguiente del relato de Oscar: «Mi padre Mario no consiguió anular las muertes.» Es la primera pista de un tema que se ha discutido hasta el hartazgo: la hipótesis de que los tiempos declarados por los soberanos de la Ciudad y las Tierras no siempre lograban cumplimiento. Es necesario mostrar, a este respecto, una cautela extrema. En este caso se ve la sombra de una negociación que el soberano habría tenido que aceptar para mantener la vigencia de su tiempo: «mi padre Mario deshacía el tiempo y los muertos durante ese momento igual estaban muertos». Oscar considera que esa negociación es el primer antecedente fuerte de la revuelta por la Larga, y es probable que no se equivoque del todo. De todas formas, insisto, es menester una cautela

extrema.

Por último, unas palabras de la Declaración nos conducen, casi sin quererlo, a la espinosa hipótesis del tiempo vulgar: «Mi tiempo va a ser como ustedes ya saben», dice Mario, en la más clara afirmación, por el momento, de la existencia de ese tiempo ([ver nota 33 y 34, cap. 4](#)). Tanto la supuesta dificultad de los soberanos en imponer su tiempo como la existencia de un tiempo vulgar son hipótesis que tienden a minimizar la originalidad de la cultura de la Ciudad y las Tierras y, con ese fin, han sido sostenidas por la crítica más reaccionaria (Du Tertre, Thompson y Galleti, Rodríguez de la Cuerva, Adamov y, sobre todo, Pérez Bulni), interesada en subestimar los logros de una civilización que dio pasos tan fundamentales —aun si fallidos— hacia la liberación del ser humano. Sin embargo, el planteo no puede dejar de ser considerado y así lo haremos. Que Oscar retome, esporádicamente, esas hipótesis se debe sin duda a su interés por justificar la decisión que está a punto de tomar. <<



[30] «**poco antes de la aceptación**»: sobre la ceremonia de la aceptación, que marca el paso del joven calchaqui a la vida adulta ([ver nota 46, cap. 2, y cap. 2, pág. 292](#)).

<<

[31] **«las luces eran del gas de la montaña»:** en el Congreso que la Asociación de Protección del Acervo Cultural de la Nación organizó en Tafí del Valle a mediados de marzo de 1971, el arqueólogo de la Universidad de Tucumán Javier Paz Posse contradujo mis revelaciones —todavía parciales y semiveladas— acerca de que Calchaqui era el espacio de las Ciudad y las Tierras, afirmando que en ninguna excavación se habían encontrado restos de un sistema de iluminación a gas. Lo cual le parecía definitivo, ya que en los fragmentos que yo presenté a la consideración de la asamblea, la iluminación a gas era indudable. Le dije entonces y lo repito ahora: la red de cañerías que sus excavadores no pueden encontrar era de plástico y hace mucho que se disolvió en la naturaleza. Además, como ya queda dicho ([ver nota 12, cap. 1](#)), los restos arqueológicos del territorio de Calchaqui fueron devastados por diversos gobiernos nacionales —entre ellos, el último gobierno militar, del cual el doctor Paz Posse fue alto funcionario— en su tentativa de enmascarar lo evidente: que nuestro país fue la cuna de uno de los movimientos más gloriosos de la modernidad. (Pérez Bulni, huelga decirlo, ni siquiera concurrió al citado Congreso.)

<<

[32] «**bebes lechales macho, y las mujeres hembra**»: sobre la cría, preparación e ingesta de los bebes lechales, ver fragmento del *Libro de las Preparaciones* en nota 26, cap. 3. <<

[33] «**la vertiginosa senda es aplastado por sus ansias**»: aparecen muy claros en esta frase los ecos de un verso clásico, la célebre cuarteta de Garcilaso, donde la flor...

«... si en la túrbida senda es aplastada  
por las ansias de amor de una zagala,  
¿quien le dirá que muere porque mala  
fue entonces la bondad enamorada?»

Se trata, sin duda, de otra interpolación del anotador Miranda. Resulta preocupante encontrar estas incrustaciones: por cada una que podemos detectar, ¿cuántas, más vulgares, escaparán a nuestros ojos? ¿Qué turbias deformaciones, qué mutilaciones crudelísimas, qué intolerables agregados habrá sufrido el relato del pobre Oscar? <<

[34] «**amuleto de más uso ese Padre**»: a propósito del uso de la palabra «Padre» como sinónimo de tiempo o época son interesantes, aunque tendenciosas, las reflexiones de Georges Bonnaud en su artículo *Le temps parental: une époque opaque* (in *Socialisme ou Barbarie*, París, marzo de 1968). No es necesario recurrir al psicoanálisis para sostener una identificación entre los mitos griegos más corrientes y las estructuras del parentesco en la Ciudad y las Tierras, como tampoco es suficiente esa identificación para postular una continuidad histórica: es inverosímil que la Ciudad fuese una ex colonia griega en los confines del Mar de Mármara. <<

[35] «**Alcanza con descansar en un código de antes**»: sobre la cuestión de los tribunales y su rígida codificación, [ver nota 43, cap. 2.](#) <<

[36] «**el heroísmo de su muerte llegando**»: mucho antes que las muertes bellas, existía en la Ciudad y las Tierras, según se ve, la noción de muerte heroica. Con una diferencia básica: en casos como el que nos ocupa, la muerte era consecuencia de un compromiso adquirido por el guerrero; se podría decir que la aceptación de la muerte pronta formaba parte de su contrato y que, al volverla heroica, el guerrero no hacía más que decorar lo inevitable con colores que lo hicieran más vivo en el recuerdo. No era arte por el arte, mera gracia de lo innecesario, sino una producción funcional aderezada con un toque de elegancia convencional y previsible. Contra la facilidad productivista de las muertes heroicas se levantó el movimiento de las muertes bellas.

De todas formas, el heroísmo de una muerte siempre es una noción relativa: no es sólo cuestión de formas sino también de oportunidad. No se puede considerar particularmente heroica —por ejemplo— la muerte del enfermo que, en vez de rendir su último aliento en un hospital maloliente, decide utilizarlo para arrojarse como bomba humana sobre el dictador de turno. En cambio, si el mismo arrojamiento es obra de un joven en la plenitud de su físico, la acción cobra un realce heroísta inusitado.

A partir de esta relatividad de la busca de muerte —y considerando la importancia del óbito en el posterior desarrollo de esta historia—, me ha parecido de particular interés reproducir en estas páginas una estadística sobre las causas de muerte de los habitantes de la Ciudad en los tiempos del soberano 15, Ernesto, cuando se inicia la revuelta por la Larga. La estadística consta en la *edición Thoucqueaux* y es de gran utilidad para comprender las condiciones que concurren en el estallido.

La estadística que manejamos es parte de un archivo inmenso —perdido— en el cual constaban todas las muertes de Calchaqui: la Casa disponía de funcionarios que realizaban, tras cada deceso, una rápida investigación para determinar si la muerte del investigado había estado en consonancia con su vida. Los resultados de cada investigación se sintetizaban en una calificación final que servía para determinar qué tipo de cremación se autorizaba en cada caso ([ver nota 3, cap. 1](#)).

La estadística se extiende sobre una estación (alrededor de 4 meses); las edades de los occisos han sido traducidas a años para su mejor comprensión.

1. Por cumplimiento del deber: 8.

— 1 tema (traficante de sal, 41 años). 1 oficial en emboscada de barbudos (29 años). 2 soldados en emboscada de barbudos (22 y 38 años). 1 arquitecto en la caída de un balcón (33 años). 1 botero en la crecida del río que servía (50 años). 2 escribientes de la Casa por sus errores (31 y 38 años).

2. Por sacrificios: 5.

— 1 barbudo en manos de Padre (edad desconocida). 4 soldados en pelea para fiesta de la Casa (26, 26, 27 y 33 años).

3. Por condenas: 5.

— 2 soldados de la frontera Norte —de permiso en la Ciudad— por incendio intencional de prostíbulo y algazara (19 y 40 años). 1 mujer por robo de telas (48 años). 1 maquinista por copia de máquina (31 años). 1 ayudante de maquinista por copia de máquina (17 años).

4. Por venturas de la Aceptación: 4.

— 1 hijo de consejero de la Casa (12 años). 1 hijo de carnicero (13 años). 1 hijo de propietario de tugurio (12 años). 1 hijo de desconocido (14 años).

5. Por incidentes (comprende riñas, asesinatos, discusiones familiares, cóleras casuales, intrigas varias): 13.

— 2 peones del mercado por reyerta con cuchillos (17 y 22 años). 3 prostis castas por incendio intencional (16, 19 y 30 años). 1 traficante de perfumes por envenenamiento de su hijo (44 años). 1 mujer por envenenamiento de su hombre (23 años). 1 médico por desesperación de su paciente (22 años). 2 recaudadores de la Casa por degüello por desconocidos (25 y 25 años). 1 biógrafa por robo en el barrio fino (46 años). 1 cocinero de fonda por disconformidad de cliente seguida de riña (16 años). 1 vendedora de ajos en el mercado por estrangulamiento sin motivo aparente (31 años).

6. Por accidentes: 13.

— 1 albañil por caída desde techo (18 años). 1 mujer por caída desde techo (28 años). 1 partera por resbalón y golpe (37 años). 1 cremador por fuego de una pira (22 años). 1 reparador de vicuñas por caída de vicuña (29 años). 1 conductor de caravanas por caída de vicuña (49 años). 1 amamantadora de la Casa por cox de vicuña (22 años). 1 peón de mercado por ahogo bajo bolsas de granos (19 años). 1 fabricante de cocciones por incendio de su casa (52 años). 1 hija suya por incendio de la misma casa (34 años). 1 hijo de su hija por incendio de la misma casa (18 años). 1 beba por incendio de la misma casa (5 meses). 1 médico por envenenamiento (33 años). 1 tinturero por ahogo en sus pócimas (57 años).

7. Por partos: 4.

— 1 pocera, mujer de limpiador de calles (16 años). 1 persona, mujer de hijo de consejero de la Casa (15 años). 1 cocinera, mujer de fabricante de joyitas (15 años). 1 maestra, mujer de maestro (14 años).

8. Por hechos fuera de la Ciudad: 9.

— 1 traficante de perfumes por sed de caravana (42 años). 1 conductor de caravanas por sed de caravana (27 años). 1 traficante de sal por extravío de caravana (35 años).



1 conductor de caravana por extravío de esa caravana (52 años). 3 peones de caravana por extravío de esa caravana (17, 28 y 34 años). 1 hijo de traficante de sal por extravío de esa caravana (21 años). 1 mujer por extravío de esa caravana (13 años).

9. Por enfermedades: 36.

9.1. De la ingesta: 14.

— 1 vendedor de pimientos en el mercado (41 años). 2 maestros (25 y 28 años). 1 músico de la Casa (30 años). 1 músico del mercado (30 años). 1 fabricante de plástico (24). 1 pescador (41 años). 4 mujeres (17, 39, 43 y 43 años). 1 criada de tugurio (12 años). 1 tejedora (32 años). 1 hilandera (45 años).

9.2. De dolores en el cuerpo: 6.

— 1 ignorante de la Casa (28 años). 1 oficial de la guardia (31 años). 2 mujeres (32 y 42 años). 1 cocinera de casa de maquinista (37 años). 1 vendedora de gallinazos en el mercado (27 años).

9.3. De dolores en la cabeza: 6.

— 1 consejero de Vulgos de la Casa (53 años). 1 maquinista (48 años). 1 dueño de depósito de granos (26 años). 1 vendedora de especias en el mercado (44 años). 1 cantora de tugurio (21 años). 1 peladora de gallinazos en el mercado (49 años).

9.4. De dolores en las piernas: 1.

— 1 mujer (21 años).

9.5 De llagas en la piel: 2.

— 2 soldados de vuelta de las Salinas (19 y 30 años).

9.6. De sangre oscurecida: 1.

— 1 mujer (45 años).

9.7. De fiebres: 8.

— 1 registrador de bienes de la Casa (33 años). 2 escribientes de la Casa (21 y 24 años). 2 limpiadoras de la Casa (17 y 36 años). 1 cocinera de la Casa (46 años). 1 camarera de la Casa (15 años). 2 mujeres (22 y 23 años).

10. Sin causa notoria: 7.

— 1 pintor de retratos (41 años). 1 fabricante de cacerolas (34 años). 2 peones del mercado (edad desconocida). 1 adivinadora (48 años). 1 fabricante de vidrio (28 años). 2 mujeres (16 y 36 años).

11. Por su muerte (se aplica a los que ya llegaron al final de su edad. Suelen tener entre 35 y 55 años): 34.

De este listado se desprenden, como es obvio, innúmeras posibilidades que iremos retomando más adelante. Por ahora, observaremos que la cantidad total de muertos en una estación (4 meses) resulta ser de 138. Dado que entre los numerosos documentos y evidencias arqueológicas de que disponemos ninguna nos da una cifra definitiva sobre la cantidad de habitantes de la Ciudad, podemos extrapolar a partir de estas cantidades para obtener una cifra aproximativa. La tasa de mortalidad anual de sociedades semejantes es de 15 por mil; según esto, si en la Ciudad morían unos 400 individuos por año, sus habitantes debían estar alrededor de los 60.000. Pero no sabemos en qué medida es representativo el período analizado: también podían morir —según el momento, las enfermedades, las intoxicaciones, las guerras— el doble o la mitad. Por lo cual, la población de la Ciudad estaba, sin dudas, en tiempos del soberano 15, entre 30.000 y 120.000 personas. También pueden ser menos. <<

[37] **«El que defendiera mejor la justicia de su cólera»:** si bien intentaba excluir de sus prácticas el enfrentamiento corporal, el arte de la guerra calchaqui no desdeñaba formas de la crueldad más sibilina. Escritos de época celebran la violencia de esta forma de combate en que un campeón por cada bando debía perorar para establecer cuán justos eran los motivos de su cólera, cuán tremendas las ofensas propinadas por el enemigo. Cada ejército entregaba al otro 25 de sus soldados, elegidos por sorteo, que quedaban en custodia en el campo de batalla oratoria. Cuando el jurado decidía cuál de los dos campeones era el ganador, 24 de los soldados perdedores y 5 de los ganadores morían en el acto. Dicen que el gran placer de los espectadores —los demás soldados— consistía en mirar, con el discurso como música de fondo, las caras de espanto de los que esperaban.

«... Javier no quiso ni un momento taparse con el escudo la frente ni los ojos. Quería mostrarse entero pero los dientes le bailaban y amenazaban deshacerse. Otro Javier se miraba el pistón con insistencia. Un Jacobo, hijo de soldado, se acariciaba el cuello sin querer: la cara se le había puesto de colores lábiles. Dos Jose y un Javier estaban abrazados y la pierna de un Jose temblaba como un perro en el agua. Un Joaquín murmuraba algo que quizá fueran las palabras que él habría dicho si su vida pudiera depender de sus palabras y no de las del otro. El olor general era punzante...»

Más adelante el escrito, parte del informe de un oficial al consejero de guerra de la Casa, dice que nada es tan bueno como ese espectáculo «para ver el coraje de los nuestros. Es fácil pelear una batalla: sé, me lo dicen, que en ese batifondo cualquiera se olvida de sí y lucha; esperar de las palabras vida o muerte es tan bravo o valiente como nada...».

Además, sigue diciendo, «el que pelea cae en la soberbia de creer que decide su suerte. Así, oyendo, aprenden nuestros soldados que dependen de otros, es decir: que no son más que partes».

No está claro qué lugar ocupaba la batalla oratoria dentro del arte bélico calchaqui en los tiempos de Oscar ([ver nota 55, cap. 1](#), y [nota 5, cap. 4](#)). Era, sin dudas, la forma más propia, el estandarte de la guerra calchaqui: su orgullo. Sabemos, sin embargo, que no era la única forma de combatir, y que coexistía con agresiones más directas. Es evidente que la batalla oratoria no servía para frenar el avance de la invasión de «los barbudos». Que Oscar condene o relativice su valor es un signo de su preocupación por el curso de esta guerra —aunque simule con empecinamiento lo contrario. <<

[38] «**ni al ignorante escapó**»: la figura del Ignorante reaparecerá con frecuencia. El Ignorante es uno de los personajes menores cuyo papel es importante en la Casa. El Ignorante no es un bufón, cínico o gracioso: es alguien que no entiende más que los que entienden menos. De una biografía de tiempos del soberano 6, Alfredo, la descripción del Ignorante:

«Suele ser un vulgo de baja condición, que algún agente atrapa para que los consejeros de la Casa puedan probar el efecto de las medidas que piensan tomar. Cada vez que algo les preocupa, usan al Ignorante:

—¿Sabe que vamos a prohibir que los perfumes de invento tengan más de 5 esencias distintas?

El Ignorante se saca un dedo de la nariz y dice:

—Ah, tenían más de 5.

Con lo cual el consejero de marras está seguro de que, fuera de los interesados directos, nadie se va a molestar por su medida. O si no:

—Estamos pensando en que los guardias vayan por las calles del mercado de a 3.

—¿Para qué?

—Para hacerle más susto a los ladrones, sin las dudas.

El Ignorante se vuelve a meter el dedo en la nariz y dice:

—El susto va a ser para los vendedores, digo, pobres chuchirrimíos. En lugar de regalarle a 2 sus papas van a tener que darle a 3.

Y el consejero entiende que el aumento puede resultar más bien perjudicial. El problema solía ser que un Ignorante, a menos que fuera especialmente pánfilo, aprendía rápido y entonces ya no servía para nada. Se veía que el Ignorante había aprendido cuando empezaba a contestar con más preguntas:

—Estamos pensando en que los guardias vayan por las calles del mercado de a 3.

—¿De a 3 los 3 juntos o de a 3 2 adelante y 1 atrás?

O, si no, cuando se hacía cortesano:

—Estamos pensando en que los guardias vayan por las calles del mercado de a 3.

—Hace padres que alguien tenía que tener una idea, digo: una auténtica idea.

Unos pocos eran más astutos y seguían en su papel, pero se convertían en caricaturas: elegían cuidadosamente las respuestas que, suponían, habría dado un vulgo

cualquiera en ese caso; la que habría dado, por ejemplo, él mismo antes. No le era fácil acordarse cómo era antes de saber; no por ignorante: en general, es difícil saber cómo era uno. En cualquier caso, el Ignorante se había maleado y ya no servía para nada. Cuando le llegaba ese momento era otro problema: el Ignorante sabía demasiadas cosas y no lo podían mandar de vuelta a su barrio sin más ni más. Según padres, distintas soluciones se probaron. Matarlos —la primera idea, la más obvia— no fue bueno, porque se supo y dificultaba mucho las relaciones con ellos; después empezaron a mandarlos a una guarnición en la frontera, pero estaban descontentos y, como sabían, solían provocar algaradas. Otra posibilidad era usarlos en trabajos menores en la Casa, pero era incómodo porque habían escuchado muchas cosas y conocían flaquezas. También probaron con una cocción de plantas que los hacía olvidar; de hecho, es lo que se usa en nuestros días. Al cabo de una o dos estaciones, el Ignorante se toma la planta y se olvida hasta de su nombre: entonces pasa a trabajar en la cocina, donde es bastante bueno para los desplumes.» <<

[39] «**las patas de las vicuñas chicas**»: era un castigo especialmente cruel: las vicuñitas, livianas, tardaban horas y horas en despanzurrar al individuo.

En el *Programa* —que reglamenta los tormentos en Calchaqui—, citado en la *edición Thoucqueaux*, hay una referencia somera a esta variante (sobre el *Programa*, [ver nota 32, cap. 4](#)):

«Es como con patas de vicuñas nada más que bastante más largo y para el regodeo. Tiene el encanto de ser tan natural: no hay hombre que intervenga.

El individuo queda encerrado en su corral, igual que con las grandes, y lo van pateando y pisoteando. Primeros Padres tuvieron una idea: para hacerlo mejor, ni siquiera lo ataban a los cuatro postes; le cortaban los pies no mucho más arriba que el tobillo. Entonces el individuo podía retorcerse en su defensa, para cubrirse de las patas, pero no pararse ni correr. Su problema era que se moría más rápido porque se les quedaba sin su sangre. Padres dejaron el tormento por confuso hasta que a alguien se le ocurrió una solución que fue, como siempre en estos casos, simple: basta con atarle los pies y las manos entre sí: el individuo puede, todo lo más, dar saltitos ridículos pero después se cae. Los saltitos agregan espectáculo. Todo depende mucho de la suerte: cómo y dónde van dando las patadas, qué partes se le van arruinando al individuo. Dura mucho y tiene alternativas. Dice una biografía: “Una vicuña chica era el peor castigo. A veces, la piedad era subir el número: más de cinco se parecía al cariño”. Sólo se usa en algunas circunstancias.»

En el caso que nos ocupa, el uso de las vicuñas chicas puede haberse decidido como una alusión —vindicatoria— al asesinato de las grandes vicuñas. <<

[40] **«después de la batalla fallida de Jacobo»:** la cronología no funciona. No es posible que, como supone el relato, la biografía haya aparecido a causa de esa modificación del arte de la guerra porque el propio Oscar cuenta que Jose, el orador, estaba completando su formación de biógrafo. Estos anacronismos son frecuentes, aunque no siempre nos resulte tan fácil detectarlos. No creo que su origen deba buscarse en la particular idea del tiempo que regía entonces en la Ciudad y las Tierras. Esa noción de un tiempo tan grande y tan perfecto que en él no importan pequeñas diferencias de antes o después (sobre el tiempo perfecto del soberano 20, [ver notas 20 y 29, cap. 2](#)) es, si acaso, la excusa del narrador, Oscar, para su arbitrariedad o sus descuidos. Hay que pensar, también, que dicta todo su relato en condiciones muy extremas —nervioso, preocupado por las decisiones que tiene que tomar—. Pero comprender el motivo de sus errores no nos ayuda a establecer la verdad histórica. <<

[41] «**que equivocaba siempre los caminos**»: en la versión de *L'Histoire* según la *edición Thoucqueaux* encontramos, después de este párrafo, otra historia del origen de las vicuñas: se trata tan claramente de una interpolación que me he arriesgado a expurgarla. Es una atribución que sólo me he tomado en los casos, como este, demasiado flagrantes.

El fragmento en cuestión comporta la historia delirante de un origen sexual: tanto el relato como el tono son del todo inverosímiles (la utilización de la palabra «amor», por ejemplo, sin ir más lejos). Lo reproduzco aquí como una curiosidad que instruya sobre el cuidado y las dificultades del trabajo de edición que he acometido:

«Como todos, (Jacobo) había oído desde pequeño innúmeros comentarios aterrados sobre la proliferación de las vicuñas. Pero él tuvo aquel accidente casi fatal, del que él mismo da cuatro versiones diferentes, según días: en todas, dos vicuñas macho se disputan un trocito de espacio vital y casi lo matan en el medio. Allí estaría la clave de su elección; en cuanto tuvo edad decidió que tenía una sola chance: encontraría la manera de limitar la proliferación o persistiría en el intento.

En aquellos padres las vicuñas se reproducían a una velocidad feroz. Ahora hemos conseguido tan bien limitarlas que resulta un poco increíble, pero entonces una pareja en cautiverio podía engendrar en su vida una media de 35 polluelos, de los cuales sobrevivían cuatro quintas partes, y la pareja en libertad era capaz de duplicar. La batalla por el espacio parecía perdida, pero tampoco se podían eliminar animales tan indispensables para la vida. Hubo tentativas que, ingenuas, recurrieron a la castración de los machos: montañas de pistones vicuños se amontonaban junto a la puerta del Sur: era como una inmensa ciudad de serpientes perezosas, marrones, que se bañaran en espuma roja. Mujeres vulgos las buscaban y se frotaban con ellas las partes y se acicalaban y las servían a sus maridos asadas en pinchos, coloreadas con flores. Era barato. Pronto se comprobó que un macho privado de pistón es una brújula sin norte, que equivocaba siempre los caminos.

Otros intentaron mantener a las hembras encerradas, alejadas de los machos, pero los vicuñas estaban intranquilos, y dieron tropelías. Cuando una gran campaña logró la esterilización de miles y miles de hembras, se descubrió que, estériles, los aromas de su perfume cambiaban sin remedio: la catástrofe. En este marco de desesperación y pánico llegaron los trabajos de Jacobo.

La idea del adelantado era simple: debía construir falsas hembras, para que los vicuñas descargaran en ellas. Durante estaciones pergeñó engendros que los vicuñas rechazaban sin patetismo, con desdén tranquilo. Los engendros eran idénticos a sus originales: un mecanismo los proveía de movimientos semejantes, los sonidos que



emitían eran indistinguibles, su aspecto exterior mejoraba incluso el de las hembras más agraciadas, su olor, producto de una mezcla de humores naturales y complejas elucubraciones de retorta, atraía a los padrillos más despreciativos, pero algo, en el momento culmen, los rechazaba. Las pruebas fueron innúmeras, y los fracasos. Era la piel.

Jacobo solía jactarse de la astucia económica de una de sus ideas: la de revestir sus ingenios feminoídes con pieles de macho. La hembra es un animal tanto más productivo, en leche, carnes y perfumes: no era bueno cuerearlas. Al usar pieles de macho para revestir sus engaños mataba dos pájaros de un tiro. Pero había algo en los cueros masculinos que los machos repudiaban, en el momento del amor. No que los vicuñas deploraran por completo los fornicios de machos: solían entregarse a ellos con fervor. Pero los encuentros de dos machos necesitaban de un exactísimo ritual previo que las hembras maquínicas de Jacobo, programadas para actuar como hembras, no tenían. Le costó estaciones descubrir la falla; después no le fue difícil enseñarle a sus ingenios el ritual de cortejo, pero entonces el pistón de los vicuñas buscaba de las máquinas hembras el otro orificio: les trabajaban el ojete. Estos encuentros producían en los beneficiarios menos calma que desasosiego: en vez de replegarse, una vez saciados sus instintos, y permanecer en paz durante el período de cinco horas, los vicuñas buscaban una y otra vez, infatigables, el deleite. Jacobo tuvo que revestir sus maquinitas con pieles de hembra adulta.

Echados a la vida, los mecanismos tuvieron una acogida fulgurante. Mi padre Andrés lanzó gran campaña que acabó con los animales cimarrones y ordenó los rebaños: la reproducción pudo ser regulada por la mano del hombre. Los vicuñas retozaban alegremente con sus compañeras mecánicas; en criaderos, las vicuñas producían la leche, la carne y el perfume y, llegado el momento, eran sacrificadas para transmutarse, a través de sus pieles, en máquinas eternas; cuando convenía, algunas de ellas eran preñadas de verdad para seguir la raza.

Jacobo llegó a tal punto de excelencia que sus ingenios empezaron a ser utilizados también como transporte. La meseta se acercó entonces al aspecto que nos es habitual: se pobló de vicuñas fieles, mansitas, del tamaño que se considerara más útil, inmensas para las grandes cargas, menores para los transportes de precisión, que no requerían mimo ni alimentos y eran imbatibles en los largos recorridos. Son los ancestros directos de las que recorren nuestros montes. Es cierto que ni aún ahora sirven para la guerra: cierta pesadez en sus reacciones, cierta falta de velocidad inicial los hacen inferiores en la lid. Pero ni yo, que poseo el mayor rebaño de animales y la mejor escuadra de máquinas, logro a veces, cuando los cabalgo, distinguir el paso de unos y de otras.»

Hasta aquí, el fragmento falaz. Más allá de la confusa referencia a una guerra con vicuñas que no encontramos en ningún otro sitio, es increíble que alguien —Miranda

o Thoucqueaux— hayan podido suponer que sus lectores podrían tolerar una historia tan descabellada. A veces no los entiendo.

En cualquier caso, la vicuña era un elemento clave en Calchaqui; para resaltar su importancia cultural, hemos realizado esta compilación, fruto de muchos trabajos, que da cuenta de la presencia del cuadrúpedo —tanto animal como mecánico— en sus escritos originales y en los que la describen.

La vicuña aparece ya en el origen de la dinastía gobernante de Calchaqui. En un poema épico —**Antes que nadie**— que celebra la conquista de la Ciudad, la vicuña es incluso anterior al soberano fundador:

*... Pero antes que él, que estaba antes que nadie,*

*estaba la vicuña...* y, más adelante, en una situación de alto riesgo, el fundador sobrevive gracias a su vicuña y aprende de ella la importancia de lo necesario:

*... (su vicuña)*

*lo amamantó durante cinco días.*

*Su leche es agria; sus mamas son rugosas.*

*Padre supo lo que siempre olvidamos:*

*cómo es mamar por hambre...*

El tema de la vicuña como necesidad —opuesta a los animales que sirven para el placer— se impuso desde muy temprano y la acerca a un papel más propio de humanos. En esos primeros años de fundadores austeros, una mujer o un hombre eran necesarios para reproducirse, los animales, en cambio, estaban vistos como puro derroche sensorial. Lo cual se ve en esta canción popular de los días de soberanos 3 o 4:

*Fornicaron un mono*

*que saltaba en grititos.*

*Se comieron un lobo*

*que cocieron al fuego.*

*Bebieron de la sangre*

*de un osito.*

*Qué felices felices felices*

*se creían.*

*Después llegaron sombras.*

*Cuando desesperaron y se*

*quedaron solos solamente*

*la vicuña vicuña vicuña*

*fue capaz de sacarlos*

*del espanto.*

En el **Libro de las Sentencias** (incluido en la **edición Thoucqueaux**), hay varios refranes que reafirman este papel de la vicuña —que aparece casi siempre en masculino—. Por ejemplo, una admonición:

*Se olvidará de todo, en medio*

*del desierto, menos*

*de su vicuña.*

O esta otra, de ribetes más trágicos, sobre la ingratitud:

*Por las calles de piedra, en la Ciudad,*

*creerá que poco importa*

*su vicuña.*

O la misma amenaza, seguida de un consuelo:

*Siempre hay un desierto aunque no*

*lo parezca y aunque no lo parezca*

*hay un vicuña, siempre.*

Más allá de su necesidad, la vicuña suele aparecer como lo inmutable, lo que no sufre las variaciones del tiempo y el espacio. Una especie de constante cósmica, que se presenta para mostrar tranquilidad o resignación ante los vuelcos y reveses de fortuna. También del **Libro de las Sentencias**, este refrán:

*Su culo ya no será pimpante y seguirá,*

*arrugadito, golpeteando*

*un lomo de vicuña.*

Inversamente, la vicuña aparece en otra sentencia como metáfora del cambio. Frente a la poderosa impasibilidad de lo más grande, la vicuña permite un escape, o la ilusión de un escape. La vicuña representa los intentos del hombre por escapar a su destino:

*Las montañas se quedan, la Ciudad*

*permanece, los días vuelven; usted, un día,*

*ensilla su vicuña.*

Pero también simboliza su resignación ante ese destino: de cómo la posibilidad del cambio es el gran subterfugio para no cambiar nunca:

*Vicuña sigue ahí, siempre ensillado; usted*

*sabe que está:*

*puede quedarse.*

La vicuña, entonces, como aquello que permanece cuando todo cambia, aquello que permite el cambio cuando todo permanece, la ilusión de la posibilidad del cambio que permite soportar la permanencia. Y, en diagonal, la inutilidad de la búsqueda de ese cambio. La metáfora se realiza a través de la reconocida potencia sexual de la bestia:

*Nadie como vicuña pare y pare; pero*

*lo que le nace es siempre*

*vicuñita.*

Entre tantas otras, hay todavía una acepción en el **Libro de las Sentencias** que querríamos señalar: la vicuña provee una imagen del orden social como orden natural de las cosas y, por lo tanto, promueve la idea de la resignación frente al poder.

*Usted maneja y necesita a su vicuña: nunca*

*se le echará debajo y le dirá*

*que se lo monte.*

La imagen del vicuña montando a su jinete es un clásico de la irrisión calchaqui y aparece en muchos dibujos populares, incluyendo los que se pintaban en las paredes de la Ciudad para desprestigiar a un enemigo. Pero, como suele suceder en el sistema de sentencias de Calchaqui, la vicuña también puede resultar vehículo para una recomendación al poder:

*Puede pegarle muchas veces; sabio  
es el jinete que sabe cuando ya  
no puede.*

Y, también, para amenazarlo. Es cierto que, en tiempos de los primeros padres, hasta la invención de la mecánica, la vicuña fue la peor amenaza para la supervivencia de la Ciudad y las Tierras. Se podría pensar que la insistencia con que se la cita tiene que ver con el placer de hacer del enemigo derrotado una figura retórica: no hay nada más domesticado y peligroso que una figura retórica. Los tiempos de la amenaza alientan en este refrán, estructurado como otra advertencia contra los abusos del poder, que parece haber sido acuñado en tiempos de la revuelta:

*Se sube a su vicuña y lo galopa; puede,  
pero qué podría si los vicuñas  
fueran ríos.*

Se podrían citar muchos más casos: el repertorio es abundante. Para no extenderme, me limitaré a un último refrán, que sintetiza, al entrar en contrapunto con los anteriores, la asimetría central en la cultura calchaqui:

*Puede ver en un vicuña un mundo; sabe  
que es sólo un animal  
de cuatro patas.*

Como se ve en este recorrido somero, hay pocos conceptos del imaginario de la Ciudad y las Tierras que no puedan ser representados por la vicuña. Pero su papel está lejos de limitarse a lo simbólico. En el ***Libro de Morirse***, sin ir más lejos ([ver nota 52, cap. 2](#)), la vicuña es citada como ejemplo de templanza. Aunque no se dice abiertamente, se sugiere que los hombres deberían imitar sus actitudes:

*Vicuña no se debate cuando muere. Antes cerró los ojos y miró para adentro; vio que no quedaba casi nada. Después los volvió a abrir; estaba todo más y más afuera.*

*Vicuña levanta sus belfos, muestra sus dientes otra vez: algo que solía hacer. Dobla sus patas de adelante, dobla las dos de atrás: se recuesta en el suelo. Como todo está ya afuera abre los ojos lo más grande que puede.*

La primera frase de este párrafo fue usada durante la revuelta como incitación negativa. De la colección de panfletos incluidos en la **edición Thoucqueaux**, dos al menos son muy explícitos:

*Vicuña no se debate cuando muere. Deje que vicuña sea vicuña, o, más frontal:*

*Vicuña no se debate cuando muere. Déjese que lo monten.*

En el extraordinario **Libro de Usanzas** (ver nota 28, cap. 2), una de las fuentes más ricas que nos ofrece la **edición Thoucqueaux** para conocer los hábitos de la Ciudad y las Tierras, algunas de sus cuartetas casi satíricas explican la recta forma de poseer una vicuña. El **Libro**, recuérdese, es posterior a la invención de la mecánica:

*Vicuña que vive con  
su dueño en el mismo cuarto  
sirve de calefacción  
hasta que el hombre, ya harto,  
imagina un desenlace:  
quiere echarla a trompicones.  
Tres o cuatro noches, pase;  
más, son exageraciones.*

Pese a esta recomendación de no abusar del contacto con el animal, unas líneas más abajo el libro alecciona sobre las mejores maneras de hacerlo:

*Su boca, tremendos dientes;  
su válvula, muy mocososa;  
sus orejas, complacientes,  
pero chicas y rasposas.  
Es ese ojete jocundo  
que hay que requerir de amores;  
allí se redime el mundo  
y se pierden los dolores.*

Con lo cual la vicuña abandona el lugar de necesidad humanoide que le otorgaban algunos refranes del *Libro de las Sentencias* para recuperar su espacio de animal y, por ende, productor de placer. El *Libro de Usanzas* es, en efecto, muy posterior ([ver nota 28, cap. 2](#)). Un poco más adelante nos encontramos con una recomendación inesperada:

*No ha de comerse vicuña;  
es como si se comiera  
más que la punta, la uña  
o la mano toda entera.  
Así, debe de comerse  
lo que del cuerpo le sobra:  
la leche, es decir: beberse  
no al autor, sino su obra.*

Lo cual resulta particularmente sorprendente. Sabemos que para que se formule una prohibición tiene que existir la posibilidad o el deseo de realizar lo que ha sido prohibido, y no hemos encontrado, en toda la literatura consultada, ningún pasaje que hable de la ingesta de vicuña. Pero está claro que, sotto voce, la posibilidad existía; si no, las cuartetas citadas no tendrían sentido.

Va quedando claro que la vicuña puede definirse como el animal-estandarte — ¿totémico?— de la cultura calchaqui. Por eso su definición como previo a casi todo, por eso su necesidad, por eso su aproximación al género humano, por eso la moderada prohibición de ingerirla, por eso su capacidad de simbolizar los conceptos más encontrados. Lo cual explica, también, el desprecio por los que no la conocen. En su célebre crónica de un viaje al mar, Joaquín ([ver nota 41, cap. 2](#)), el traficante de perfumes y más renombrado viajero de la Ciudad, describe la impresión penosa causada por unos naturales que encontró en su camino:

*No fueron sus cachos de cuero ostentosos sobre sus pistones. No lo precario de sus casas de cuero. No lo chillón de su lengua. No lo derecho de sus narices y sus piernas. No la flacura de esqueleto de sus hembras. No sus familias grandotas y gritonas. No sus olores naturales, no sus comidas sin aromas, no sus colores tan escasos: nada me llenó de tanto asquito como la cara de pánfilos que ponían frente a mi flota de vicuñas.*

La vicuña funciona, en este caso, como línea divisoria entre la civilización y la barbarie, según el concepto famoso de Heródoto de Halicarnaso. Y sin embargo, o quizá por eso, constatamos que en toda la literatura de la Ciudad y las Tierras no

aparece una sola descripción de la vicuña. Es posible suponer que, de tan familiar y constitutiva, cualquier retrato sería superfluo. Es la presencia ineludible, la que crea el paisaje que la rodea; el estribillo de una canción de tugurio lo manifiesta con la habitual rudeza:

*Alrededor de válvula suele  
oler una mujer; alrededor  
del aroma hay  
un perfume; alrededor  
de vicuña está Calchaqui.*

Lo dicho: no es necesario describir aquello que todos conocen. En la Ciudad, su nombre bastaba para designar eso que no se podía ignorar. El problema aparece, si acaso, con las primeras descripciones de los extranjeros que llegan a los territorios cercanos y se encuentran con el animal. Con ellos llega la banalización más despiadada; toda descripción es una reducción y una falta de respeto:

*Llaman los naturales a las ovejas vicunias; unas son blancas, otras negras, otras pardas. Su talle es que hay algunas ovejas tan grandes como pequeños asnillos, crecidos de piernas y anchos de barriga; tira su pescuezo y talle a camello, las cabezas son largas, parecen a las de las ovejas en España. La carne deste ganado es muy buena si está gordo y los corderos son mejores y de más sabor que los de España (...) Andan por los despoblados, comiendo de la yerba que en ellos cría Dios. La lana destas vicunias es excelente, y toda tan buena...*

Escribe, con prosa administrativa, Pedro de Cieza de León en su **Crónica del Perú** (1553, cap. CXI, 450). El reverendo padre Joseph de Acosta, S.J. (**Historia Natural y Moral de las Indias**, 1590; lib. IV, cap. 41) es, en cambio, como buen religioso, más sensible a los trasuntos del espíritu:

*(estas vicunias)... tienen un mirar muy donoso y algo húmido, porque se paran en el camino y alzan el cuello y miran una persona muy atentas, y estánse así tanto rato sin moverse, ni hacer semblante de miedo ni de contento, que pone gana de reír ver su serenidad tamaña...*

Más adelante, el mismo jesuita habla de sus virtudes curativas:

*Estando (yo) echado con tanto dolor que cuasi perdía la paciencia, llegó una india y me dijo: «ponte, padre, esto en los ojos y estarás bueno». Era una poca carne de vicunia recién muerta y corriendo sangre. En poniéndome aquella medicina se aplacó el dolor y en poco tiempo se me quitó del todo, que no le sentí más.*

Es dudoso que la aborígen en cuestión lo haya llamado «padre», un vocablo



demasiado cargado de sentidos. Pero esto no invalida lo descrito. El reverendo de Acosta también las llama pacos y explica a partir de su conducta una etimología poco conocida:

*(los pacos)... a veces se enojan y aburren con la carga, y échanse con ella sin remedio de hacerlos levantar; antes se dejarán hacer mil piezas que levantarse, cuando les da este enojo. Por donde vino el refrán que usan en el Pirú, de decir de uno que se ha empacado, para significar que ha tomado tirria, o porfía, o despecho, porque los pacos hacen este extremo cuando se enojan. El remedio que tienen los indios entonces es parar y sentarse junto al paco y hacerle muchas caricias y regalalle hasta que se desenoja y se alza, y acaece esperarle bien dos o tres horas a que se desempaque y desenoje.*

Si bien en la literatura calchaqui no hay muchas referencias a estos episodios, que devolverían al animal a su pasado rebelde, la escena de las caricias no nos resulta extraña; por otra parte, ecos de esta rebeldía alientan en un párrafo del ignoto viajero italiano citado en la **edición Thoucqueaux** (ver nota 56, cap. 1) quien, refiriéndose a las mecánicas, dice que:

*... la avenida estaba llena de unos animales que se movían con torpeza y llevaban cargas pesadísimas. Parecían camellos sin joroba; más tarde, cuando bajé, los miré más de cerca y descubrí que eran un mecanismo de relojería. Pese a su aspecto son máquinas. Jaime me dice que son mejores porque se pueden cargar más y no protestan...*

El italiano es el único cronista extranjero que habla de las mecánicas. El Inca Garcilaso de la Vega, en cambio, en sus **Comentarios reales de los Incas** (1609; lib. VIII, cap. XVI) retoma el tema del enojo, que le devolvería a la vicuña su carácter de símbolo tan presente en la tradición de la Ciudad y las Tierras:

*Cuando (los naturales) porfían a levantarlas y llegan a ellas para alzarlas, entonces se defienden con el estiércol que tienen en el buche, que lo traen a la boca y lo escupen al que más cerca hallan, y procuran echárselo en el rostro antes que en otra parte...*

No hay, en toda la literatura calchaqui, mención alguna de estos escupitajos: por lo cual podemos suponer que la costumbre fue adoptada tras la llegada de los conquistadores.

(La vicuña era un elemento clave en Calchaqui; sin embargo, las traducciones de **La Destinée de la Révolte** y la versión de **L'Histoire** que consta en la **edición Thoucqueaux** lo ignoran todo sobre ella. **La Destinée** sólo habla de «caballos». Alphonse des Thoucqueaux, en su **edición**, traduce como «animal de transporte», «mula» o «caballo» aquello que, en el escrito original, debía ser evidentemente «vicuña». Su error se debe, obviamente, a que no supo con precisión dónde se

encontraban la Ciudad y las Tierras y, por lo tanto, cuál era su fauna autóctona —y es probable que el propio Miranda no conociera los nombres en castellano de muchos de esos animales, y los haya equivocado a su vez en su manuscrito. En nuestra edición —y tras nuestro descubrimiento— hemos podido corregir este error, y devolver al escrito otra de sus características originales. Lo mismo hemos tenido que hacer con muchos otros animales, incorrectamente denominados por la ignorancia —que Thoucqueaux sufría— de la localización de la Ciudad y de nuestra fauna patria. Así, hemos podido restituir la verdadera identidad de mulitas, cóndores, pumas, zorros, colibríes, cotorras, aras, loros, monos diversos, monos cai, caranchos, chimangos, chajás, pavas del monte, el oso lavador, tapires, pequeños ciervos, chanchos cimarrones y, por supuesto, gallinazos, salvándolos de errores de traducción que sería prolijo reseñar aquí.) <<

[42] «**del barrio del Mercado, entre los maquinistas**»: el barrio del Mercado ocupaba el cuarto sudeste de la Ciudad. Era un conjunto de casas bajas de adobe de uno o dos pisos. Muy pocas estaban pintadas: el fondo del barrio era un marrón terroso que nunca llegaba a imponerse porque el movimiento constante de los vendedores lo llenaba de colores. La actividad del mercado sólo paraba un rato muy tarde a la noche, pero aún entonces las calles empedradas estaban llenas de vendedores de las Tierras que dormían junto a su mercadería. Las calles tenían un ancho medio de 4 metros y formas caprichosas; una avenida diagonal atravesaba el barrio desde la puerta del Sur hasta la puerta del Este: los puestos ubicados sobre la avenida, de 10 metros de ancho, eran los más prósperos.

Los habitantes regulares del barrio del Mercado eran, en todos los casos, vulgos; algunos, enriquecidos con sus ventas, se construyeron casas más grandes —e incluso pintadas— pero no solían dejar el barrio. La mayoría de los habitantes vivía con estrecheces en casas muy minúsculas (sobre las casas de los vulgos, [ver nota 42, cap. 4](#)).

La *edición Thoucqueaux*, curiosamente, no incluye ningún mapa de la Ciudad. Con las descripciones disponibles ([ver sobre todo nota 44, cap. 4](#)) he intentado recomponer uno; el lector sabrá excusar mi impericia. <<

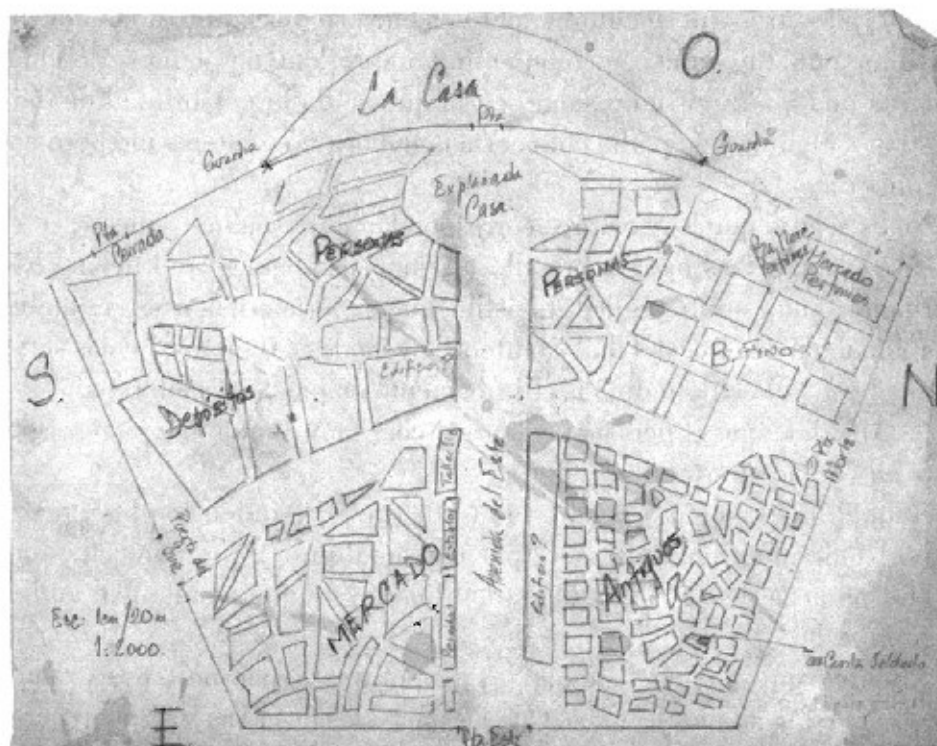
[43] «**una máquina indigna**»: sobre la dignidad de las máquinas, [ver nota 9, cap. 1.](#)

<<

[44] «**Podía vestir azul cuando quisiera**»: muy pocos hombres —y a veces ninguno — recibían de un soberano la autorización para vestir su azul. Era, probablemente, la mayor marca de distinción que podía recibir un habitante de la Ciudad y las Tierras (sobre el azul calchaqui o *bleu révolte*, [ver nota 15, cap. 2](#)). <<

[45] «**de una familia mestiza**»: no había muchas. Se formaban por mezcla de calchaquis con antiguos habitantes, según reglas estrictas ([ver nota 52, cap. 1](#)) <<

[46] «las biografías nunca volvieron a ser lo mismo»: la biografía es, como queda dicho, junto con la guerra y las comidas sucesivas, el arte narrativo fundamental de la Ciudad y las Tierras. Dada la inexistencia de ficciones (ver nota 37, cap. 2, y nota 15, cap. 4), el uso del relato se concentró en los diversos modos de la descripción de la vida de un individuo.



La primera forma de la biografía, que se mantuvo como clásica durante toda la historia de la Ciudad y las Tierras, parece provenir, según las escasas fuentes disponibles, de los antiguos habitantes. Las otras, en cambio, surgieron en la época a la que alude el relato, entre los soberanos 5 y 7. A partir de las experiencias estéticas descritas por Oscar, el arte de la biografía se ensanchó hasta horizontes impensados. De esta época data un fragmento incluido en la *edición Thoucqueaux*, que transcribe partes de una discusión al respecto. No conocemos a los tres interlocutores, pero es curioso que, junto a las dos mujeres, visiblemente biógrafas, se coloque un hombre, que no podía serlo todavía: esto marca una apertura interesante, en la que se da la posibilidad de debatir la cuestión a alguien que podía conocerla como crítico o interesado pero no como técnico ejecutor.

No es seguro que los nombres correspondan a personajes reales y, en cualquier caso, no sabemos nada sobre ellos. Tampoco sabemos si el debate es una transcripción o un escrito original. El estilo, que debería orientarnos, es ambiguo: una combinación de giros del diálogo literario y modos callejeros; lo más sorprendente es el uso del estilo

indirecto. El fragmento empieza in media res:

«... Ana dice que el personaje debe parecer muy cualquiera y no serlo: que ahí está en verdad el arte.

Raquel dice que en verdad está el arte en ver a quién se elige, pero que cuando el biógrafo elige a alguien, por más cualquiera que parezca, siempre tiene la esperanza de que le salga extraordinario: de que resulte extraordinario por alguna razón.

Jose dice que el tema tiene que ser extraordinario porque si es extraordinario sirve para edificar a los lectores. Que las ama a las dos (Ana y Raquel) pero que para qué tráfigos sirven (Ana y Raquel) si no consiguen edificar a los lectores.

Raquel dice que no sea zopenco (Jose).

Ana dice que no debe haber tenido suerte (Jose) con las biografías que leyó porque no se lo nota muy edificado, y que si leyó biografías tan malas qué derecho tiene a opinar sobre ellas (las biografías o Raquel y Ana).

Jose dice que no lo entiendan mal (Ana y Raquel).

Ana dice que el objeto de la biografía no es edificar a nadie porque para eso habría que falsear los hechos y sería fantasía; que el objeto es registrar para la historia las vidas de los que podrían ser como cualquiera y también de los que no, al azar, como están en la vida los que podrían ser como cualquiera y también los que no.

Jose dice que no lo entiendan mal pero que tampoco le zumben con jueguitos. Que le parece que dicen (Ana) que el objetivo de la biografía es registrar vidas pero que le parece que para ella (Ana) el objetivo es satisfacerse y que como una vida común con sus defectos le da más posibilidad de lucimiento que una perfecta y edificante, elige esas.

Raquel dice que no tienen por qué tolerarle esas cosas y que las biografías edificantes son lo más pánfilo que hacían los antiguos habitantes y que nosotras (Ana y Raquel, las biógrafas) ya no y que las biografías edificantes son, además, sin las dudas, como ha quedado visto, peligrosas.

Jose dice que cuándo peligrosas.

Raquel dice que es evidente que son peligrosas: que cuando se pintan vidas muy perfectas su lectura nada más produce resentimientos y rencores porque el lector no va a poder ser nunca así.

Ana dice que ese es un problema de cada pero que además hay un problema más común porque cuando el lector encuentra tanta perfección en una vida, por más que sepa que no la puede alcanzar él, la quiere ver en Padre y como no la ve se encoleriza: que hay que evitar las vidas muy perfectas porque siempre producen cólera en los vulgos.



Jose dice que si ahora resulta que no es buena la cólera.

Ana dice que para nosotras (Raquel y Ana, las biógrafas) es muy buena sin las dudas la cólera porque produce situaciones que una biografía siempre puede contar con buen provecho.

Jose dice que ya ven (Ana y Raquel) como nada les importa más que escribir una buena y que todo el resto no les importa nada.

Ana dice que una cosa es la cólera en los vulgos y personas que produce situaciones sin las dudas y otra muy distinta la cólera tonta de uno que discute (Jose) y que a ella (Ana) no le interesa contestar a esas paparruchadas. Que ellas (Raquel y Ana, las biógrafas) tienen un compromiso con sus biografías y que en el peor de los casos, si una vida es demasiado perfecta, el arte de la biógrafa debe acrecentar un poco, sin ser falaz, los defectos y agachadas que pudiera encontrarle.

Jose dice que ahí la quería ver.

Ana dice que la vea (Jose) cuando y donde quiera (Jose) o le permita (Ana), pero que los defectos y agachadas son tan necesarios porque además de todo, si no hubiera, el lector pensaría que la vida que se cuenta no es verdad. Y que también por eso, en el peor de los casos, hay que acrecentar un poco, sin ser falaz, los defectos y agachadas que pudiera haber.

Raquel dice que habría que saber si una vida tiene que representar muchas.

Ana dice que la disculpe (Raquel) pero que no la sigue.

Raquel dice que le repite, que le parece mentira si ya hablaron de esto tantas veces, que le repite que dijo que habría que saber si una vida tiene que representar muchas vidas o contarse nada más a sí misma, y que seguro que Jose va a decir que es lo mejor que represente.

Ana dice que por qué se queda callado (Jose).

Jose dice que no sean túrpidas de nuevo (Ana y Raquel).

Ana dice que ya le dijo muchas veces que cada vida es un mundo y que la única forma en que una vida puede representar algo es contándose a ella misma. Que cualquier pretensión de representar muchas la arruina y no se representa ni a ella misma.

Jose dice que nadie supo nunca por qué, para qué tenemos piernas o brazos. Dice que porque los tenemos les hemos dado un uso, porque por qué no caminar si están las piernas, pero que si no estuvieran no pasaría nada. Que habríamos inventado otras formas. Que no son inútiles: nada más son innecesarias.

Raquel dice que ahora sí que estamos en el barro.

Jose dice que no la interrumpa (Raquel) y que está hablando de la extrañeza de un hombre sobre sí y que para hacer esa mezcla confusa de carnes aleatorias el Perro tenía que estar loco. Que es más cómodo usar una vicuña que las piernas y que si hubiera sensatez seríamos medio vicuñas más que caminantes, porque las piernas se chocan entre ellas y que por qué no una sola que salte bien y nos lleve a saltitos.

Raquel dice que no entiende nada.

Jose dice que cómo se pueden escribir las vidas si todo es una confusión tan tremebunda.

Raquel dice que una biografía no es un orden.

Jose dice que cayó en la trampa (Raquel) y que claro, dicen (las biógrafas, Raquel y Ana) que no es un orden ni un ejemplo y por eso ahora hacen esas biografías que no se terminan, como esa que inventó Esther con su pobre pajarero.

Ana dice que tiene razón (Jose) y que a veces ella (Ana) lo lamenta, pero que sabe que si sigue trabajando en la forma de siempre.

Raquel dice que qué.

Ana dice que entonces si sigue trabajando en la forma de siempre el orden aunque no exista queda hecho, que una vida es un orden aunque sea para ella sola (una vida sola), aunque no se repita ni pueda aplicársele a ninguna otra.

Raquel dice que ahí no la sigue porque las biografías en la forma de siempre también se terminaban con una pregunta y que todos saben (Ana, Jose y Raquel, las biógrafas, los lectores) que para eso se suelen terminar con una enumeración intrigante de los objetos del muerto que dejan sin contestar varias preguntas.

Jose dice que eso se podría discutir.

Raquel dice que claro pero no con él (Jose) y que estas biografías nuevas con su final sin cerrar no son tan nuevas porque siguen el mismo modelo que las de siempre donde al final venía una pregunta: que es lo mismo hecho de otra manera.

Jose dice que eso se podría discutir hasta con ellas (Raquel y Ana) pero que lo que le inquieta es que ahora muchas escriben esas biografías por trozos sobre vivos y que si les parece que se puede escribir de una vez por todas sobre un vivo...»

El fragmento se interrumpe cuando los tres agonistas se enfrentaban a un tema de gran actualidad en la época en que parece transcurrir la discusión. Habrían pasado una o dos generaciones desde que la biografía inconclusa del pajarero asesino (ver cap. 1, pág. 61) conmovió las maneras de un arte que se había mantenido idéntico a sí mismo mucho tiempo: por más que argumentaciones como la de Raquel intentaran negarlo, el cambio fue importante. La biografía interminable de Esther apareció, según nuestros datos, poco antes o poco después de que Alfredo, el soberano 6,

declarara su tiempo, en el sólo existe lo que no se termina. Mucho se podría decir sobre esa coincidencia: todo lo que se dijera variaría si se comprobara que la biografía precedió a la declaración o viceversa. No podemos, por el momento, constatarlo. En cualquier caso, la coincidencia entre ambas —forma del tiempo y forma biográfica— indica un espíritu de época que volvemos a encontrar cuando, tras la declaración del 7, Bruno, de un tiempo hecho de trozos de presentes absolutos ([ver nota 36, cap. 2](#)), la biografía más corriente se dirige hacia la fragmentación.

Queda, por detrás, como un bajo continuo y sostenido, la biografía clásica, que registra fielmente los hechos en su sucesión cronológica y termina con la muerte —inducida o no— del tema. Para eso, la Casa mantiene un cuerpo de 10 biógrafas: 5 escriben las 5 versiones canónicas de la biografía del soberano y las otras 5 las que van eligiendo. Pero es fácil postular que esta estructura biográfica primera se corresponde más con el tiempo único de los antiguos que con los tiempos mutantes de Calchaqui.

Decíamos que en la época comprendida entre los soberanos 5 y 7 se crean todas las formas que se siguieron usando casi hasta el final. De ahí en más se puede pensar que las biografías se anquilosan y ya no acompañan el proceso, o bien que los tiempos que van apareciendo se traducen mejor en otras producciones.

El desarrollo de las biografías fragmentarias pone al arte en un espacio completamente nuevo. Los fragmentos acaban con la necesidad de la muerte del tema: si una biografía es abierta y no ofrece la totalidad, su tema puede seguir vivo cuando el relato termine. Si la tentación de ser tema era ya grande cuando el precio era el de la vida —considerando, además, que aún no se había dado la revuelta por la vida larga—, cuál no sería el entusiasmo cuando el costo se volvió tanto más accesible. Entonces —desde entonces— aparece cantidad de biógrafas —algunos, incluso, son hombres— de fortuna, que se forman fuera de los conductos tradicionales y se ofrecen a escribir la biografía de quien se lo solicite a cambio de una recompensa razonable. Se dirá que el hecho de trabajar a sueldo de un sujeto que va a leer lo que se escriba sobre su persona limita en gran medida las posibilidades de la biógrafa y lo reduce al halago y la trapisonda. Creo que en el parlamento de Ana citado más arriba está la clave de cómo las biógrafas consiguieron superar esa dificultad:

«Ana dice que la vea (Jose) cuando y donde quiera (Jose) o le permita (Ana) pero que los defectos y agachadas son tan necesarios porque además de todo, si no hubiera, el lector pensaría que la vida que se cuenta no es verdad. Y que también por eso, en el peor de los casos, hay que aumentar un poco, sin ser falaz, los defectos y agachadas que pudiera haber.»

Con ese argumento, cualquier biógrafa podía convencer a su cliente de que una exposición ácida y descarnada, con defectos, lo beneficiaba a largo plazo en sus

ansias de supervivencia (si bien es cierto que el argumento debe haber tenido más peso antes de la Larga, no creo que se haya invalidado del todo después de ella).

De esas biografías fragmentarias conocemos al menos seis maneras posibles. Todas ellas se dividían en 25 partes —en general párrafos únicos, más o menos breves—, pero variaban en la temática y la óptica que esos fragmentos adoptaban.

Las posibilidades que hemos podido detectar incluyen:

- 25 escenas de la vida del tema. Era la más popular y la más fácil.
- 25 partes del cuerpo del tema. Una descripción antropomórfica.
- 25 frases o pensamientos del tema. La más literaria.
- 25 miradas distintas sobre el tema. Muy testimonial.
- 25 recuerdos menores del tema. Apuntes para una historia de la cultura. La menos personal —hay un solo testimonio.
- 25 obras o productos del tema. La más celebratoria.

Las biografías fragmentarias se difundieron tanto que incluso la Casa, que seguía manteniendo el cuerpo de biógrafas tradicionales, las adoptó para su uso. Fue así como, según nuestras noticias, cada Hijo era tema de cinco de estas obras, que concluían en el momento en que heredaba el poder y se convertía en Padre. La biografía «por partes del cuerpo» de Oscar es una de las que nos han llegado en estado aparentemente completo:

## «1. SU PELO

No está. La dignidad del Hijo supone que no esté. Su pelo estaría fuera de su cuerpo y dicen las tradiciones que fuera de su cuerpo no queda nada nada. Todo es de su cuerpo. Hay una moza que se lo corta cada dos días, con hoja afiladísima y mano bien segura. La moza se llama Esther y su trabajo es el más temido de la Casa: si hace cualquier error muere bastante lento, y además recibe cada tanto ofertas tremebundas de cosas que le darían si la hoja se resbalara un poco: hasta partir el cuello. Esther tendría que denunciar a los de las ofertas y le da mucho miedo. En los tiempos gloriosos la cortadora denunciaba y se morían los dos juntos, ella y el denunciado, tan distintos, para que la infamia de él agrandara la gloria de ella todo lo posible. Ahora ya no: cuando denuncia a uno, a Esther le aseguran su trabajo otras cinco estaciones. Esther es gorda como un árbol: toda llena de nudos. El trabajo es tan bueno y tan peligroso que se supone que no va a denunciar para conservarlo, pero tampoco va a callarse para perderlo. Además una oferta podría ser de uno que le mandara Oscar, para probarla. Es muy difícil. A todo esto, el pelo de Oscar no es que no esté: no existe. No estaría si creciera y se fuera a otra parte, pero antes de crecer ya va cortado. Va rasado, rapado, rasgado, arrasadísimo: no llega a ser, es una idea. En la

vida de Oscar hasta ahora muchas cosas fueron una idea: su vida verdadera, de Padre, que viene de ahora en más, también era una idea. Pero cuando sea Padre su pelo va a seguir siendo una idea: va a ser la única y sirve para eso. Todo el resto, cualquier otra idea que haya tenido va a ser hecha: en su pelo se le acaba su cuerpo y su ser Padre.

## **2. SU CRÁNEO**

Tiene la forma de una semilla de maíz agrandada mil veces: la forma del encanto. Tiene una punta de la semilla en lo alto y está muy lustroso. Su cráneo es lo primero que vio el mundo y, seguro, lo último que desaparezca: es lo más suyo en el mundo, lo que más le muestra. Oscar se muestra todo el tiempo al mundo pero no por su cuerpo ni su cráneo: solamente los muy personas pueden verlo, pero todos lo saben: él se muestra de tan otras maneras. Oscar no sale de la Casa casi nunca: va a salir una vez, para anunciar su tiempo, cuando su Padre se termine, y pocas veces más. La vez que salió para la caza de la aceptación se mostró pero nadie lo conocía, porque nunca lo habían visto antes. Se mostró por tres o cuatro días: cazó con tres amigos y tuvo que matar a alguien para ser aceptado. Nunca se sabe quién es el primer muerto que hace un Hijo: si se supiera, sus parientes querrían aprovecharse.

## **3. SU FRENTE**

Como no debe tener pelos, su frente se podría decir que empieza justo encima de las cejas y da vuelta: que termina en las nalgas. Sería zalamería: también tiene una frente que es nada más la frente, desde las cejas hasta dos huesos impetuosos que son como el arranque de unos cuernos. Su frente recién ahora está empezando las arrugas: se viene haciendo las arrugas. Cuando sea Padre, las arrugas de su frente van a ser una parte más temida de su cuerpo, la señal de tormenta; ahora son más bien una práctica. Como cuando fornicar.

## **4. SUS CEJAS**

Son tan gruesas. No son de pelos: son de la sombra de los pelos que moza Esther le arrasa. Todos deben ver pelos donde queda la insinuación de pelos: un Hijo para Padre tiene que enseñar a todos a ver lo que podría tener, lo que tendría, lo que querría si quisiera: sus deseos. En el medio, entre sus cejas, cuando llegue a Padre va a tener la piedra.

## **5. SUS OJOS**

Lo primero que recuerda con sus ojos es algo que nada más él vio, pero no es lo primero que vieron sus ojos. Antes había visto muchas cosas que no recuerda: le dijeron que las había visto o sea que poco a poco va a ir armándose esas imágenes y después no va a saber qué vio con los ojos y qué sin. Antes todavía, muchos le habían

visto los ojos y se admiraban por que fueran tan sombra tenebrosa: muy de Padres. Los ojos de Oscar son lo más sombra, para que nada se vea en ellos, y ocupan un lugar muy reducido: toda la piel alrededor tiene mucho portento y mucha carne y le deja a los ojos apenas una ranura bien rasgada. Sus ojos son una puerta de entrada con su buena custodia, siempre dispuesta para el cierre súbito. Lo primero que querría haber visto Oscar es el camino por donde nació: no consigue verlo, tan de rojos jirones, pero sabe que lo vio porque si no le faltaría la maldad y sabe que la tiene. Lo primero que sí vio y lo sabe fue una moza que lo cuidaba entonces y se llamaba Esther: esta Esther era flaquita, piel muy clara y no tenía 35 estaciones. Cuando Oscar la vio, en su recuerdo, esta Esther le frotaba el cuerpo con una pasta de naranja y camarones y se paraba más que en otros en dos o tres rincones. Entonces Oscar se encontró con que los dedos de sus pies, su pistón y sus codos tenían particular encanto y que esta Esther se los refregaba con ahínco contra su entrepierna, pero no entendió si le daba o le sacaba y la pregunta le duró mucho tiempo: estuvo preocupado.

## **6. SU NARIZ**

Es tremebunda condorita: un portento de curvas. Su nariz le empieza entre las cejas para lanzarse hacia el espacio desde arriba y se va afinando hacia adelante y después, cuando ya demostró que cualquier lugar del aire puede ser para ella, vuelve a cerrarse sobre sí y busca con la punta enrevesada los labios o el mentón. En su nariz está la marca que de Hijo lo está llevando a Padre, el firulete. En esa cara su nariz es sobre todo el estandarte. Cuando sea del todo Padre, su nariz va a avanzar a ver si toca su mentón con la punta; por ahora nada más amenaza. Una vez se la pudo haber roto; es común que uno se rompa su nariz pero todo consiste en ver qué le pasa después: hacia dónde se arregla. Oscar se resbaló una vez, ya grande, mucho después de aceptado, en su estancia y al caer quiso agarrarse a una cortina: por eso cayó de cara con la nariz delante, porque tenía las manos ocupadas en agarrar los pliegues en vez de usarlas para parar el golpe. Consejeros dijeron esa cuarta que un Hijo tenía que ser el más robusto pero que Oscar podía ser demasiado y dijeron a todos esos días que su nariz se le había roto en una pelea encarnizada. Pero guardaron el misterio sobre qué pelea porque era muy difícil: si era de práctica o jugando, al otro que le rompió su nariz al Hijo tenían que matarlo con enorme espectáculo y no les convenía porque siempre esas cosas confunden a los vulgos, que así pueden creer que romperle su nariz a un Hijo forma parte de las ideas posibles; tampoco podía ser que Oscar estuviera defendiendo a su Padre, por las mismas razones de no sembrar ideas, ni atacando a su Padre por razones peores, ni con un animal porque qué pobre del Hijo al que un animal puede romperle. Así que no dijeron de qué fue la pelea y le quedó a Oscar un toque de misterio que le daba vergüenza pero lo explotaba. Su nariz se fue curando más y más condorita, o sea que la rotura quedó como algo que tenía que

pasarle y que servía para el bien de todos. Aunque lo bueno sería hablar de sus aletas.

## **7. SU BOCA**

No tiene la abertura sin más de la boquita de piñón del glande, de la redonda de una trucha, de la rajada de una comadreja. Si fuera de animal sería más bien de pájaro: una boca que es menos para entrar que portentosa vía de salida. Está puesta hacia afuera: sus dos labios tan gruesos, de materia esponjosa y el color más oscuro que su cara; el de arriba terminado en puntita que juega a ser nariz y el de abajo más ancho todavía, algo caído. Su boca está hecha para lo que le salga pero también, por añadido, le entra buena comida: Oscar inventa platos que pueden transformarse en pastas para el cuerpo y los prueba en la piel de varios chicos que tiene para eso. Oscar habla muy poco porque sabe lo que valen sus palabras; a veces habla mucho, cuando se queda solo, encerrado en su estancia, y ni siquiera así está muy seguro de que nadie las escuche y trate de cumplírselas. En verdad ahora de Hijo se las cumplen bien poco y quién sabe si se las cumplan cuando Padre, pero todos tenemos que pensar que son para cumplirlas: él más que nadie. Una tercera no hace mucho, en que comía con el consejero de Vulgos y dos otros personas, dijo por decir algo que cuánto le gustaba el olor de los frutos del cardón casi podridos y al día siguiente toda su ala de la Casa olía con ese olor abominable. No le importó, pero cree que también si dice que algún Jaime o Jacobo están de más alguien va a deshacerlos: su boca tiene esos dos labios portentosos para que todas las palabras que ellos hacen estén labradas en material muy firme y permanente. Cuando se queda solo y habla mucho, Oscar se cuenta historias que si no se cumplieran no sería desmedro.

## **8. SU MENTÓN**

Acepta el sacrificio. Su mentón se queda retraído para alentar a la nariz a ir a encontrarlo.

## **9. SUS OREJAS**

Se desprenden hacia los costados para ocupar el otro plano. Unas orejas que se quedan pegadas es como si fueran mucho menos: son, si acaso, firuletes del cráneo. En cambio las orejas que saltan hacia afuera cortan el aire de otra forma: ocupan, queda dicho, el otro plano y son dos superficies más en vez de ser perfiles. En su oreja derecha habrá una joya al día siguiente de declarar su tiempo; quienes dicen que la joya le significa a la oreja el cambio de función, que pasa de ser para escuchar a ser para llevarla, se equivocan bastante. Un Padre escucha sin parar: lo caro es cuando habla.

## **10. SU PAPADA**

Tiene que hacerse, y por eso es bueno que se quede quieto. Su padre Ramón aquella vez le dijo que había vulgos y hasta personas que se desplazaban, pobres, a los lugares más remotos. Le dijo: “Supongo que cuando las cosas no llegan hasta uno, no hay mucho más remedio.” Oscar se mueve poco. Dice que salir de la Casa no es siquiera un error sino una pérdida de tiempo, porque todo lo que se puede ver afuera imita a lo que ya está adentro pero mal, y además tiene que darle espacio a su papada. La papada tiene que hacerse y por eso es bueno que se quede quieto: sabe comer, cantar, charlar, fornicar casi sin moverse y le agrada pensar que mientras hace todo eso en verdad está dándole espacio a la papada: lo tranquiliza que tanta tontería sirva para algo. Oscar ama la tontería y la defiende por sobre cualquier cosa; además piensa que la tontería es su privilegio más que nada, pero lo tranquiliza que algo sirva para algo. Oscar, desde chico, siempre preguntó por las papadas y lo demás de Padres todo el tiempo. Jushila ignoraba mucho pero fue aprendiendo, para contarle a Oscar, y los consejeros de su padre le contaron muchas cosas. Ahora sabe que los jefes de los antiguos no tenían papada y que Alberto, el primer padre, la trajo con orgullo y que los dos únicos padres sin papada importante fueron Ernesto y Rubén: sus tiempos fueron menos. Ernesto tuvo un tiempo que avanzaba siempre igual y así le vino la revuelta de la Larga, y su hijo Rubén tuvo uno donde el futuro se escapaba siempre. Parecía que ya se había perdido, pero Raimundo el sibarita consiguió una papada extraordinaria y le fue bien. Oscar se la cultiva con los mejores peces y la contemplación bien sostenida y piensa que todos los tiempos de sus padres siempre tienen la palabra siempre. Le preocupa. Lo dijo muchas veces.

## **11. SU CUELLO**

Está, por ahora, casi esbelto, pero tendría que desaparecer. Cuando sea Padre y la papada se consume, su cuello tiene que desaparecer.

## **12. SUS HOMBROS**

Sobre puede ponerse una tela ocre claro sin adornos o una tela del azul o nada con la misma elegancia. Sus hombros están hechos para la elegancia. Son bastante redondos pero les asoman bien los huesos, para mostrar que son una construcción y que sustentan. A su madre le gustaron desde el principio más sus hombros. Al principio cuando su madre lo veía se asustaba: era gordote demasiado, tenía un exceso de su fuerza en el cuerpo y le hacía miedo; entonces le ponía su mano detrás del cuello y le masajeaba al mismo tiempo los dos hombros: uno con el pulgar y el otro con los otros dedos. Era normal que esas veces Oscar tratara de darse vuelta y su madre lo pusiera boca abajo: lo apretaba. Oscar algunas se dormía y su madre se quedaba sin más miedo. Y si él se había dormido ella cantaba. A veces cuando una moza como Anita, con la lengua paliducha que le cuelga tan badajo entre los labios, le acariciaba o masajeaba con perfumes los hombros, Oscar le daba un manotazo. Anita se creía que



era un juego y se reía.

### **13. SU PECHO**

Su vida es lo que está por ser y está en su pecho. Mientras sea Hijo y hasta ahora, que Padre muera y no se muera, su vida es lo que está por ser y su pecho no es muy distinto a cada lado pero un poco sí. Son como dos. A la izquierda su pezón tiene puntas de estrella y a la derecha no: a la derecha es la cresta de un pavo derramada. Su pecho izquierdo va un poco más en punta hacia adelante y el derecho está más repartido, desparramado sobre sus costillas: la forma de ocupar el lugar sin tantos aspavientos. El izquierdo va hacia alguna parte; el derecho ya sabe dónde está. Un ignorante de la Casa le dijo una vez que un pecho suele ser lo que alguien era y otro lo que va a ser: mientras sea Hijo, Oscar es siempre lo que está por ser, y muchas veces se pregunta cuál es cuál: qué pecho es cada cosa. Una cuarta imaginó que sería muy tranquilo que los dos fueran iguales, pero no para él. Además pensó que si los dos fueran iguales no habría movimiento entre los dos: sería un desierto. Su madre varias veces le dijo que desconfiara de los hombres o mujeres que tuviesen iguales los dos pechos o mamas; nunca le dijo por qué y él prefirió no preguntarle. Oscar le mira las mamas y no encuentra ninguna diferencia. Se preocupa. Una quinta creyó que desconfiar de su madre porque tenía las dos mamas iguales le serviría para desconfiar de lo que le dijo cuando dijo que tenía que desconfiar de los que tienen iguales las dos mamas. Piensa que debería pensarlo.

### **14. SU ESPALDA**

Ahora tiene las mejores arrugas, como surcos. Lo logró. Oscar siempre quiso tener la espalda como Ramón, su padre. Una vez su padre en la visita se durmió boca abajo y Oscar le hacía caminar los dedos como ejércitos por las arrugas de la espalda, sin saber que hacía lo mismo que su padre Raimundo en su serrallo, tanto antes. No lo supo: por suerte, y ahora lo va a saber. Del total de su padre lo que Oscar le quería era su espalda: una suma prepotente de muchísima carne con cañadas profundas entre masa y masa de esa carne. No hace tantas estaciones, después de la aceptación, ya más bien grande, Oscar lo recibió una segunda en la visita con un paño que le echó sobre los hombros y la espalda y le dijo que lo veía enfriado. Su padre le hizo cara de otro hombre o de no es esto lo correcto pero estaba tan extrañado que se dejó un ratito: Oscar le apretaba el paño contra la espalda como si lo estampara. Lo estampaba: el paño estaba cubierto de un polvo por adentro que imprimió las formas de la espalda de Ramón con todos sus detalles. Después Oscar lo colgó en su estancia, cerca de su tarima, y se hacía masajear según ese dibujo: para que le fuera creciendo en su espalda ese dibujo. A su padre Ramón se lo contaron pronto y él dijo que no se preocupaba de que le fuera sacando sus cosas poco a poco y que no era siquiera el principio sino que estaba sucediendo desde el primer día: “Después él ya

va a ser del todo yo o, si todo está bien: yo voy a ser él cuando cuando él se crea lo primero”, dijo su padre Ramón, hace muy poco.

## **15. SUS NALGAS**

Son dos pero parecen una: se derraman hasta intrincarse sin fisuras. Aunque también sabe pararlas y así, más duras, vuelven a ser dos y se confunden con cualquiera.

## **16. SU OJETE**

Le gusta hurgárselo con delicadeza. No le gusta tanto la hurgada del osito hormiguero de su madre ni la de Anita ni la de algún amigo. Prefiere como lo sabe hurgar él solo y lo hurga a menudo: le da un gusto diferente que su pistón, más agridulce: la confusión de no saber si él es el dedo que le entra o el agujero que se cierra por un dolor chiquito y después se abre para que entre más dedo; la confusión de no saber si él entra o si le entran y algunas veces, las mejores, la idea pava de que es los dos él solo. El orgullo. Después se huele el dedo o también se lo lame: el gusto sigue siendo agridulce. Nunca nadie le terminó el ojete como Dama Sara. Cuando Dama Sara le entró con aquel palo le pareció que era importante: había pasado ya dos días y dos noches revolcándose con ella para nada, escuchando sus burlas sin parar, peleando contra el saber de esa señora. Dama Sara tenía todas sus carnes supernumerarias, que le colgaban tanto, y sus mamas largas y rechonchas, bien dormidas, los brazos colgajosos con la carne pendiente y esa abundancia de pliegues y subidas y más pliegues, todo de sobra y muchos recovecos. Dama Sara era tan vieja, aunque no fuera anciana, que jugó muy bien con él toda la Prueba de la Madre y antes de ensartarlo con el palo lo hizo sudar dos días y dos noches. La Prueba de la Madre es importante: si el candidato no la pasa los padres no le entregan la hija para que haga sus hijos. Cuando al final Dama decidió que ya era tiempo y que podía aprobarlo, Oscar reconoció que había dudado y tuvo un gran alivio. El palo le entró primero despacito y después le dio vueltas: Dama Sara lo estaba disfrutando y él llegó a estarle agradecido.

## **17. SUS BRAZOS**

¿Qué va a abrazar que no sea suyo antes?

## **18. SUS MANOS**

Podrían ser rechonchas si se miran las palmas o finas y alargadas si se miran los dedos. En sus manos se le combina todo: esa fuerza gordeta y la largura que se trepa y abarca: sus manos también son como sus mamas.

## 19. SUS UÑAS

Cuando las mira se pregunta cómo van a crecer con su tiempo, porque las uñas se mueren más despacio. Muchas personas llevan las uñas largas para mostrar que no tienen que hacer ningún trabajo, con orgullo. Ya Héctor, el padre de su padre Ramón, se las empezó a cortar muy cortas porque un Padre no tiene que mostrar esas cosas: como si alguien pudiera suponer siquiera lo contrario. Decía que tratar de mostrarlo es suponer que alguien supone lo contrario y de tan cortas se le clavaban en la carne: era un alarde. A Oscar le enseñaron a comérselas cuando era muy chiquito; las tiene muy comidas pero a esta altura con eso también está mostrando. Oscar sabe que así comidas a esta altura está mostrando que no tiene que mostrar nada y se incomoda. Piensa que puede comerse algunas y dejar las otras: no es lo mismo mostrar que mostrar algo confuso. Piensa que un derecho de Padre sería ser confuso. En estos últimos días los consejeros le hacen preguntas sin hacérselas: quieren saber cómo va a ser su tiempo. Oscar les contesta con frases que no entienden y se mira las uñas desperejadas, pero piensa que ellos tampoco entienden eso.

## 20. SU OMBLIGO

Está tan hondo hundido que es casi su secreto. Lo tiene guardado bajo los pliegues rechonchos de su panza pero no es del todo su secreto: para ser su secreto alguien tendría que querer saberlo. No hay tanto que saber: lo bueno igual está en que no se vea y parezca que lo que hay que ver es la tremenda panza en derredor. Oscar pensó una vez que un tiempo era la panza y un Padre era el ombligo y después se dijo que cualquier comparación de otra cosa con un cuerpo era pavota. Otra vez Oscar pensó si tenía esa panza tremenda porque iba a ser Padre o no tenía más remedio que ser Padre porque venía con la tremenda a cuestas, y después se dio cuenta de que pensar razones era un razonamiento tan de vulgos. Él no tiene razones. Tiene su ombligo muy hondo hundido bajo los pliegues rechonchos de su panza pero su panza no tiene el mismo dibujo que la de su padre. Hasta su aceptación no podía hacerse bien la panza: tenía que tener cuerpo de vulgo para poder salir de la Casa y matar algo. La aceptación es el momento en que un Hijo está muy vulgo: Oscar fue con el cuchillo de forma de pescado que le había regalado su padre Ramón y tenía más miedo de perder el cuchillo que de nada. Como si un Hijo perdiese o encontrase. Hasta su aceptación su ombligo era de verse: estaba al aire. Después pasaron estaciones y ahora es casi su secreto. Tiene que ser así pero a nadie le importa: su secreto que sí importa es su tiempo.

## 21. SU PISTÓN

En él, como en tantos, es la última cosa que resulta una sola. De ahí en más, para abajo, todo es dos: como en tantos pero un poco más. Hay cojos, que tienen otra cosa

una sola más abajo y su desgracia es esa: si un pistón no es lo último único hace raros los hijos. Con su pistón Oscar tiene que hacer su Hijo, que es un poco menos esperado que su tiempo pero igual bastante. La escena en que su hijo nace ya está pintada en su fresco: Oscar está levantando a un bebe con los brazos en alto, o sea que ya sabe cómo va a levantar a su hijo cuando nazca. Al bebe en el fresco no se le ve la cara: Oscar igual sabe cómo va a tenerla. Pero el Hijo no puede nacer de Hijo: tiene que ser de Padre. Oscar tiene que hacerlo enseguida después de que su padre se muera: es lo primero que hace como Padre, justo antes de declarar su tiempo. Lo tiene que hacer con su pistón: su pistón no es tan chico como la almendrita famosa del bastardo Juanca pero igual le sirve. Es mediano: el tamaño de la mitad de un higo chumbo y mucha piel amontonada alrededor del glande. Unas venas oscuras que pasan por la piel menos oscura. Un bamboleo más que nada indolente. El pistón le cuelga un poco afuera, como si no fuera del todo de su cuerpo: cuando era muy chico Oscar decía que su pistón era otro cuerpo que le salía de ahí: decía que iba a ser su hermanito. Su madre se reía pero no le decía que el Hijo no puede tener ningún hermano verdadero. Si Oscar lo hubiese sabido habría tenido un buen alivio.

## **22. SUS RODILLAS**

Sus piernas están hechas para encontrarse dos a dos en sus rodillas. Sus dos muslos son dos gruesos solidísimos troncos y sus dos pantorrillas son dos gruesas solidísimas cañas, pero los cuatro dos a dos conceden en las rodillas una pausa y se resignan: se estrechan para encontrarse ahí porque en algún lugar hay que doblarse. Esto le decía Jushila mucho tiempo y a Oscar le daba asquito: quizás uno como Jushila tuviera que doblarse. Después Oscar se dio cuenta de que nunca hablaba mal de los que despreciaba: nada más puede hablar mal de los que considera bien, es decir: de los que pueden soportar unas maldades que les diga. Oscar jamás diría algo terrible de alguien de quien piense algo terrible: podría llegar a herir a un despreciable y hacerse despreciable él mismo. Por eso los dos muslos y las dos pantorrillas conceden y se estrechan para juntarse en las rodillas; Oscar entiende, pero le da un poco de miedo que toda la estructura se sostenga sobre una gentileza o concesión o miedo que trata de mostrarse generoso.

## **23. SUS PIES**

Extraordinarios. Son mucho más redondos que todos los demás: mucho más sólidos. Al lado de sus pies mañana van a estar los de su padre: juntitos, descarnados, atados para que no patinen, en la ceremonia de la Declaración del tiempo. Ya está pintado en su fresco: va a ser en la explanada de la Casa, como siempre. Oscar va a estar parado con una tela nada más, del azul, y su padre Ramón va a estar sentado, atado, con unas telas blancas, muerto. Sus pies entonces van a ser muy distintos, su diferencia les va a estar en los pies, y Oscar va a hablar para decir lo que importa y en el medio dos

veces va a pensar si era eso lo que en verdad quería, durante tanto tiempo pensaba que quería.

## 24. SUS DEDOS DE LOS PIES

Le sirven muy bien para dolerle. Piensa que algo le tiene que doler y los dedos de unos pies pueden servirle para eso. Los tiene listos, pero no le dolieron nunca todavía.

## 25. SU CUERPO EN SU CONJUNTO

Su pelo ausente, su cráneo lo más suyo en el mundo, su frente con arrugas, sus cejas gruesas sombras, sus ojos tenebrosos, su nariz condorita, su boca anchota y esponjosa, su mentón retirado, sus orejas abiertas, su papada de padres, su cuello poco tiempo, sus hombros elegantes, su pecho desparejo, su espalda con cañadas profundas entre masa y masa de esa carne, sus nalgas como una, su ojete bien hurgado, sus brazos todo suyo, sus manos desparejas, sus uñas desparejas, su ombligo hundido hondo, su pistón uno solo, sus rodillas estrechas, sus pies mucho más sólidos, sus dedos de los pies para dolores: su cuerpo en su conjunto.»

Esta biografía nos muestra que el estilo calchaqui alcanza sus cumbres en los escritos ligados a la Casa. El estilo, que en este escrito se manifiesta en su esplendor, no aparece tan rotundo en las biografías fragmentarias habituales. Por eso la contaminación que produce la Casa se hace más patente, en la medida en que tiñe incluso un género muy trabajado fuera de ella.

Las diferencias aparecen no sólo en el léxico y la prosodia: también es extraña la insistencia en describir los pensamientos del tema. En general, la biografía por partes del cuerpo es mucho más descriptiva y narrativa. En este caso, se puede suponer que

- a) la biógrafa conocía íntimamente a Oscar.
- b) la biógrafa empleó fórmulas consagradas.
- c) la biógrafa no vertió certezas sino suposiciones.
- d) la biógrafa siguió instrucciones o recogió confesiones de Oscar, que quería que ella contara lo que le hace decir.

La biografía, por supuesto, no aparece firmada: las biografías de un Hijo —o las de un Padre— no se firmaban, para darle alguna tranquilidad a la biógrafa.

Para mostrar porqués de mi extrañeza, me he permitido citar a continuación una biografía por partes del cuerpo de lo más común: la que cuenta la vida de un Joaquín, traficante de perfumes, compuesta en tiempos del soberano 13, Atilio, por una biógrafa Sara, que se incluye en los apéndices de la **edición *Thoucqueaux***. Como se verá, las partes del cuerpo son las mismas: siempre lo eran, aunque no sabemos por qué esas 25 fueron las elegidas.

## **«1. SU PELO**

Oscuro, grueso y sale en todas direcciones. Después de 35 inviernos en muchas intemperies le raleó. La noche que se dio cuenta le arrancó un mechón a su hija y se fue a dormir enrollado con su mejor vicuña verdadera. La baba caliente de la vicuña lo confortaba bien; esa noche decidió que quería leer su biografía y que se la iba a pedir a Sara, la celebrada del barrio del Mercado de Perfumes.

## **2. SU CRÁNEO**

Es aplastado: más ancho y largo que alto, como su padre. Tiene el cráneo del estilo de su padre. Su padre también era traficante de perfumes pero los vendía por caravanas, en el norte: nada más perfumes de esencias naturales. Joaquín sigue vendiendo en el norte y también hace los de invento, que combinan varios. Los vulgos y personas cada vez menos soportan los perfumes de esencias naturales: no ven por qué entregarse al azar de la naturaleza. Pero tampoco les gustan los de invento: no tienen por qué entregarse al azar de un inventor, o a su capricho, dicen. Los de invento solían ser para antiguos, o los vulgos más pobres. Joaquín estaba preocupado.

## **3. SU FRENTE**

Está muy cubierta por sus pelos.

## **4. SUS CEJAS**

Son lo que descuella. Sus cejas no le crecen hacia arriba o hacia abajo, como otras, sino en dirección a lo demás: muy para afuera. Sus cejas crecen para afuera y Joaquín se las cuida y las peina. Tiene un peine de hueso de dientes muy finitos: la primera, cuando se levanta, lo primero come un huevo de gallinazo de un solo trago y se peina las cejas. Después se va al Mercado de Perfumes, bastante cerca de su casa, y da una vuelta para ver qué esencias van llegando y qué perfumes aparecen. Se peina las cejas. Habla con 2 o 3 amigos, arreglan un encuentro la cuarta y se va de nuevo a su casa: en el piso de abajo está el taller donde 4 trabajan para mezclar olores. Olisquea, hace cuentas, recibe al que le arregla las vicuñas porque tiene varias con problemas y se peina las cejas. La próxima caravana al norte tiene que salir en 8 días pero le faltan 14 barricas de perfume de agua, hecho con resina de sauce, camarón, cáscara de limón y flores débiles. Los del norte no solían comprar perfumes de invento; si él consigue vendérselos va a ganar más que nadie. Dice que si no fuera por él nadie haría nada y que en 2 o 3 estaciones ya va a empezar su hija. Se peina las cejas. Después dice que su hija todavía no puede empezar nada y que si no fuera por él nadie sabría cómo hacer las cosas, pega a uno de los mezcladores que acaba de tirar un frasco lleno de pasta de camarón de río y recibe a uno que le pide recompensa

porque le va a contar que Jacobo, Jaime y otro Joaquín están por sacar juntos un perfume de invento con mucho olor a barro: el olor del barro es uno de los más difíciles, porque la tierra del barro está hecha de cantidad de cosas; antes de hacerlo entrar, se peina las cejas. Después llega la segunda y Joaquín sube a su casa, donde la criada le preparó una comida lo bastante pesada: un potaje o un guiso con carne y verduras, bueno para dormir la siesta. No es tan gorda: muy pocas veces se la lleva a la siesta. Cuando se despierta se lava y se peina las cejas: si se llevó la criada también se lava el pistón y la boca. Como ya es la tercera, vuelve al taller de abajo y decide que el que tiró el frasco de camarón en pasta va a empezar a acompañar caravanas lo más lejos posible; después le dice al de confianza, un Jaime, que pruebe con ponerle un punto más de extracto de maíz al perfume de barro que empezó a probar esa primera y dice que si no fuera por él quién tendría las ideas. A la cuarta, cuando el sol enrojece, se peina las cejas, despide a los 4 y va a la casa de uno de sus colegas del mercado, a jugar a las adivinanzas. Trata de no perder mucho y enterarse de cosas: suele decirse que va a jugar para enterarse de cosas que le sirven para su negocio, pero sabe que va a jugar porque le gusta. A veces, jugando, se olvida de peinarse las cejas. Después cae la noche. Joaquín va poco a los tugurios. Cuando quiere canciones o cocciones o una mujer despampanante se la hace llevar a su casa, que para eso es traficante de perfumes. Otras veces, si no, va a ver a su mujer a la casa donde vive con su hijo y se peina las cejas más que nunca. Su vida es un modelo: es complicada pero todo encaja y nada podría ordenarse si no fuera por la presencia bien descollante de sus cejas.

## **5. SUS OJOS**

Suele cerrarlos para oler. Joaquín dice que los ojos molestan para oler y hay otros mercaderes que dicen que con los ojos cerrados no se puede oler nada. Primero trató de enseñarle a su hija que oliera con los ojos abiertos: algunas veces en el mercado o en una caravana le robaron por oler con los ojos cerrados. Cuando le roban extraña los tiempos en que si a uno le robaban tenía permiso para robar una vez y media lo mismo a otro: se lo contaron, fue hace mucho. Sabe que se armó batahola pero le habría gustado. Cuando los abre son bastante oscuros pero demasiado redondos, demasiado abiertos. No tienen la soberbia y misterio de los tajos.

## **6. SU NARIZ**

Por supuesto, también es condorita. Son pocos los que no tienen condorita y casi todos son antiguos habitantes. Una vez soñó que su nariz se iba en una caravana y olía por todos lados; cuando estaba por llegar de vuelta y decirle algo Joaquín se despertó. Creyó que su nariz iba a decirle algo importante. Esos días le estuvo contando a varios lo que había soñado hasta que una mujer en el barrio del Mercado, cerca de la puerta del Este, una que adivinaba, le pregunto qué hacía con su nariz;

Joaquín le contestó que todo, ella empezó a reírse y se frotaba la mano entre las dos rodillas. La mujer era flacucha pero tenía algo para Joaquín; Joaquín quiso irse y la mujer le dijo que se quedara, que le tenía que decir una cosa importante y no le iba a pedir nada. Joaquín se le sentó al costado y decidió fijar los ojos en el ombligo de la mujer mientras la escuchaba: era la manera de no tentarse nada. El ombligo la mujer lo tenía para afuera, lo bastante repollo; le preguntó qué más hacía con la nariz y Joaquín le dijo que además de todo trabajaba: era traficante de perfumes. Tiene que mandar sus perfumes en una caravana, le dijo la mujer. Ya los mando, le dijo Joaquín. No, quiero decir, no cualquier perfume: los que haga más con su nariz, le dijo la mujer. Joaquín le miraba su ombligo bien repollo y su mano que le frotaban las rodillas: no cumplía, miraba las dos cosas. En caravanas tiene que mandar lo que haga más con su nariz, le dijo de nuevo. Joaquín entendió que la mujer era bastante simple pero quería decirle que mandara al norte los perfumes de invento, que hacía con su nariz, en lugar de las esencias directas que todos vendían en el norte. Después, cuando lo hizo y ganó tanto, fue a buscar a la mujer al barrio del Mercado: pensaba que no sabría cómo agradecerle, que no sabría cuánto darle y dos días seguidos no la encontró. El tercer día, cuando la vio más lejos, se dijo que lo que le había dicho la mujer era una tontería, que a cualquiera se le habría ocurrido y que además, si le hablaba, ella iba a estar incómoda porque ni debía acordarse de quién era él.

## **7. SU BOCA**

Bien papuda. Carnosa y desplegada. Para hablar la usa poco: dice que las palabras tienen que faltar para ser buenas. Dice que hay pocas cosas que valgan la pena de palabras. Dice que sobre Padre y la Casa no vale la pena porque no cambia nada. Dice que sobre mujeres no vale la pena porque siempre es mentira. Dice que sobre vicuñas no vale la pena porque siempre es mentira. Dice que sobre negocios no vale la pena porque si habla de más le pueden robar uno y si habla de menos ofende al que lo escucha. Dice que sobre el futuro no vale la pena porque nunca es seguro. Dice que sobre el pasado no vale la pena porque nunca es seguro. Dice que lo que sí vale la pena son las adivinanzas, los cumplidos y las órdenes. Una vez uno le dijo que hablaba mucho para decir que hablaba poco y Joaquín, en vez de reaccionarle, se quedó pensando.

## **8. SU MENTÓN**

Avanza para afuera. Es la parte que siempre le preocupa, porque no debería.

## **9. SUS OREJAS**

Chiquitas y metidas para adentro lo bastante. Ha escuchado canciones de mucha suavidad en un pueblo del Norte, donde iba con la caravana cuando solía viajar, y



trata de recordarlas pero no hay manera. No hace tanto que dejó de viajar: hace nueve estaciones, después de la aceptación de su hija, para estar cerca y enseñarle el negocio, aunque su hija aprende mal y poco y quiere ser pintora. Nunca va a ser pintora. Joaquín está muy tentado de volver a viajar: para escuchar de nuevo esas canciones y para tener otra vez esa sed del camino. Cada vez que tenía la sed terrible del camino y la vencía se sentía digno de sí. Los demás que iban con él también la tenían y la vencían, pero eran vulgos brutos que no tenían más remedio; Joaquín en cambio elegía salir en caravana y enfrentarse con la sed del camino: le daba mucho mérito. La sed del camino era buena sobre todo en algunos lugares muy vacíos, donde daba las alucinaciones: en las alucinaciones aparecían las caras más inesperadas. Joaquín las disfrutaba como pocos. Después llegaban al primer pueblo del Norte y se saciaban y Joaquín preguntaba por las mujeres de cantar: las mujeres no vivían en el primer pueblo sino afuera, pero bajaban cuando llegaba una caravana grande. Joaquín siempre les regalaba perfumes de precio mediano: cocción de plumas mezcladas o resina de tipa. La tipa les gustaba más y Joaquín se reía: la tipa huele como esencia de hombres, como marcha de homúnculos. Joaquín se sentaba, bebía y escuchaba los cantos. Ahora trata de recordarlos y no puede; siempre dice que va a mandar un músico nuestro en una caravana, para que los aprenda y se los traiga. O a un maquinista, para que le haga una máquina con ellos. Es una extravagancia pero puede permitírsela. Todos los traficantes se permiten; Joaquín en general no se permite porque dice que alguien puede ser traficante de perfumes y no tener que mostrarlo todo el tiempo. Los traficantes de perfume se muestran también por el negocio: si no se muestran, los vulgos y personas no les compran porque parece que sus perfumes fueran malos. Joaquín dice que si el negocio empieza a ir mal, va a mandar un músico o un maquinista con una caravana. Sara, la biógrafa del barrio del Mercado de Perfumes, dice que quizá vaya mal y que por eso le contrató esta biografía tan temprana.

## **10. SU PAPADA**

No es lo suyo.

## **11. SU CUELLO**

En su cuello empieza su vestido. El vestido es una tela larga clara que les ondea mucho con orgullo y en la Ciudad todos nos preguntamos por qué los traficantes de perfumes son los únicos que llevan un vestido. Ellos dicen que es para que no se les mezcle el olor de sus cuerpos con el de los perfumes, pero todos creemos que es para mostrar que tienen telas. Es pánfilo. Cualquiera podría mostrar que tiene telas y en cambio cuerpo no. Del cuello les cuelga la tela clarita y grande hasta casi los pies: lo bueno es el calor que pasan. Joaquín tiene el cuello muy flaco, alto, estirado para que salga de la tela. Tiene su cuello como de chimango y muchas veces preguntó para qué

el chimango tiene el cuello tan largo: nadie le dice. Sara, la biógrafa, sabe que es para mirar para atrás sin darse vuelta.

## **12. SUS HOMBROS**

No sostienen nada. A Joaquín le gusta pensar que sus hombros son un exceso de su cuerpo. No desprecia a los que usan sus cuerpos para trabajar, pero le da pena que no tengan nada en el cuerpo que no les sirva para nada: las partes que no son necesarias dan bastante más gusto. A Joaquín casi todo su cuerpo le resulta superfluo, pero los hombros más que nada.

## **13. SU PECHO**

Es poderoso y le gusta golpeárselo cuando adivina algo difícil. Sus amigos se ríen de esos golpes: dicen que son de oso y él les dice que se nota que no viajaron y nunca vieron ningún oso. Sus amigos viajaron tanto como él y vieron tantos osos como él: los traficantes juegan a las adivinanzas nada más con traficantes, porque otros no podrían seguirles las apuestas. Una vez un Jaime preguntó, por una carga entera de esencia de romero: quién termina cuando empieza. Las más simples son las más difíciles, porque tienen varias respuestas y en muchos juegos no se aceptan. En los juegos de traficantes de perfumes suelen aceptar cualquiera. Esa vez varios se equivocaron y perdieron mucho, pero Joaquín dijo: cualquier feto. Era lo que decía el papelito: la respuesta correcta. Joaquín se golpeó el pecho pero esa cuarta nadie le dijo que era de oso.

## **14. SU ESPALDA**

Su espalda es lisa porque Joaquín no quiere ser tan gordo: los traficantes no necesitan eso para decir que tienen mucho. A Raquel, la madre de su hijo, le gusta untársela con los perfumes más sabrosos. Raquel no es hija de un traficante: su padre es un maquinista que siempre fabricó máquinas vulgares y su casa está tan llena de máquinas que da mucho trabajo. Cuando recién los juntaron, al principio, Joaquín la iba a visitar cada dos días: le gustaban sus masajes y susurros y estaba preocupado porque no se preñaba. Después ella tuvo los dos hijos pero Joaquín no dejó de visitarla: le consultaba algunos negocios y se fornicaban cada tanto. Raquel se fue volviendo cada vez más gorda apetecible: a Joaquín a veces le cuesta no ir a verla, pero tampoco es cosa de ir tan a menudo. Ahora ya no tendría por qué, pero sigue yendo: suele decir que no tuvo suerte con su mujer y se ríe a carcajadas. Raquel tiene los ojos un poco más claros, como si fuera a esconder algo, pero por suerte al hijo y a la hija les salieron bien oscuros apropiados.

## **15. SU OJETE**

Le sirve como fuente de conocimientos no hace tanto. Recién dos estaciones después del nacimiento de su hijo le llegó a Joaquín el momento de saber el color de sus heces con solamente los primeros datos: olor, maneras de expulsión, formas de la caída. Joaquín olía muy fino y pensaba verdoso y la miasma no era: era oscurita. O era bastante clara y él pensaba oscurita porque había salido limpia, sin tropiezos, con un plop muy redondo. Se equivocaba con su mierda y albergaba esperanzas. Joaquín venía escapando: a muchos el saber les llega con la aceptación, cuando empiezan a tener su muerte en la cabeza, pero él tardó bastante. Tuvo suerte: es otra vida cuando ya se conoce tanto el cuerpo que ninguno de sus productos o efectos puede ser sorpresa y se ve todo: la llegada de la enfermedad, cada pelea, las primeras señales de la muerte...»

Para muestra basta un botón y sería engorroso prolongar la cita. La biografía de este traficante Joaquín no tiene, como queda visto, el menor interés, si no es el de permitirnos la comparación con la de Oscar y la constatación de que las biografías populares —último efecto de los movimientos vanguardistas de tiempos de los soberanos 6 y 7— siguen un camino mucho más reglamentado. Las partes del cuerpo evocadas son las mismas, pero cada una cumple en esta biografía con su función canónica: su pelo para presentar a la biógrafa, su boca para contar de qué y cómo habla, su oreja para explicar qué escucha, su nariz para evocar qué huele, su ombligo para hablar de sus comidas, su espalda para sus afectos. Por otro lado, las diferencias en el lenguaje y categorías conceptuales saltan a la vista. <<

[47] «**un hombre que no quiere matar a una mujer que solamente busca que lo mate**»: es probable que Oscar no cuente esa historia —pese a considerarla «de las más interesantes de nuestro acervo»— porque su versión romanceada conoció en sus tiempos tal difusión que su olvido parecía imposible. Las culturas, en general, no están preparadas para pensar el tiempo de su olvido. Sin embargo, no nos ha llegado ni rastro de la biografía que debería haber escrito la mujer que, durante tanto tiempo, trató de que su tema la matara. Del romance sólo nos quedan algunos fragmentos recogidos en la *edición Thoucqueaux*, que no nos permiten estar seguros de cómo terminó la historia:

«... su muerte,  
en las manos erradas la buscaba  
(como si del vicuña fueran  
a ordeñar mieles).  
El hombre no mataba:  
hay hombres que no quieren.  
¿Para qué quiere y no quiere  
matar un hombre? ¿Por qué  
quiere y no quiere? Cuando  
ya está hecho un hombre, cuando  
no necesita ¿para qué  
quiere, cuando quiere?  
Ella le iba buscando  
su muerte tantas veces y decía  
¿hasta dónde puede  
quedarse sin querer el hombre que no quiere?  
Era la mano errada  
(como si de los loros fueran  
a ordeñar verdes).  
(...)

Ella lo miraba ladina,  
se manoseaba mal  
las mamas,  
se encastraba la válvula con jugos,  
se rechupaba el dedo y él  
venía con su pistón  
inflado para que ella  
le soltara la bruta carcajada y lo  
pateara.

(...)

Le escupió los dos ojos,  
le robaba su grano,  
volteaba sus perfumes,  
lo amenazó con una biografía  
espeluznante,  
le retorció el pistón  
con las dos manos.

El hombre la miraba con su sonrisa  
flaca: todo eso iba a tener  
que contar ella. Para eso  
estaba.

El hombre le sabía usar la mano;  
ella buscó la mano errada  
(como si de los perros fueran  
a ordeñar hambre).

Ella le buscaba sin parar  
las veces y otra vez los topes:  
le dijo que si no la mataba,  
ella lo iba a matar con su cuchillo romo:

¿hasta dónde puede, cómo puede  
no querer el hombre que no quiere?...».

Es curiosa tanta sorpresa ante el libre albedrío en una de las sociedades más libres que haya conocido nuestra América, donde, más allá del manejo del tiempo, los poderes daban, según parece, inusitadas libertades a sus súbditos. Quizás esta sorpresa tenga que ver con el uso pasivo de esa libertad: la libertad de no hacer siempre ha sido la más peliaguda. <<

[48] «**las palabras que no debería decir**»: es la primera vez que aparece mencionado, en el relato, el nombre de Jushila. Y es, al mismo tiempo, una de las referencias más directas al papel de Jushila/Miranda como anotador ([ver nota 17, cap. 1](#)) y al hecho de que Oscar, como heredero del poder, no debería escribir su historia ([ver nota 57, cap. 1](#)). <<

[49] «**nunca volvió a probar el brebaje**»: se dice, más arriba, que lo bebía habitualmente. La interpolación tiene claro propósito moralista y se debe, seguramente, a Jushila/Miranda —una vez más. <<



[50] **«degradar su estirpe en una antigua»:** algunos habitantes de la Ciudad y las Tierras, que realizaban oficios considerados impuros, como la venta de pájaros, la elaboración de cigarros o la reparación de máquinas ([ver nota 42, cap. 4](#)), no podían engendrar en una habitante de la Ciudad. Debían casarse con antiguas y criaban hijos de especie degradada, que servían para ocupaciones aún inferiores. Se había establecido una cadena muy rigurosa, con oficios aptos para la primera generación de degradados, segunda, tercera, cuarta y quinta. Al cabo de cinco, el degradado pasaba unas pruebas —cuyo contenido ignoramos— para decidir si tenía que abandonar la Ciudad e instalarse cerca en los desiertos del Norte o si, por el contrario, su hijo volvía a ser un habitante normal, sin impurezas. <<

[51] «**jugaban por pasión a las adivinanzas**»: pocos rasgos de la cultura calchaqui han sido tan denigrados como este hábito de apostar a las adivinanzas. Sin embargo, sería pura necedad atribuirles el monopolio sobre semejante costumbre: hay documentos que atestiguan el uso clásico del acertijo. No otra cosa fue a hacer a Jerusalén, según la Torá, la reina de Saba en su famoso viaje: «Llegó a la reina de Saba la fama que para gloria de Yahvé tenía Salomón y vino para probarlo con adivinanzas...» (1 Reyes, 10.1). Sobre el episodio de Edipo de Tebas se hablará más abajo. Es de sobra conocida la pasión de los romanos por los acertijos; de hecho, *tu quoque*, *Brutus*, la famosa frase de Julio César en su agonía, era la cita gallarda de un acertijo en boga entre los patricios de sus días:

«—¿Quién es menor que yo y mayor que yo también? ¿Quién me verá morir seguro y morirá de la impresión conmigo?

—También tú.»

Con el cristianismo, la adivinanza quedó oscurecida por el respeto a los misterios de la fe: sólo lo que se ignoraba era digno de toda reverencia e intentar averiguarlo era sacrílego. Persistió, en los ámbitos marginales, su hermana bastarda, la adivinación, practicada por hechiceras y charlatanes. Durante siglos, la adivinanza fue catastróficamente asimilada a la adivinación; hubo que esperar al Renacimiento para que reapareciera, ahora en el campo de la estética. Para probarlo, la famosa frase de Michelangelo Buonarroti: «Esculpir es adivinar lo que la piedra pide», o sea: la materia prima del creador como sujeto predestinado que lo provoca y orienta por medio de acertijos. El destino como un misterio que desafía al artista, y que el artista puede adivinar. Desde entonces, muchos creadores hablaron de su trabajo como un arte de la adivinanza: la definición, casi romántica, menoscababa el papel de la racionalidad en la creación. Por eso, quizás, a la frase de Buonarroti se opone, más tarde, cuando la ciencia avanza, la de Bernini. «Esculpir es quitarle a la piedra todo lo que le sobra.» Del riesgo de la adivinación se pasa a las certezas de la técnica: la escultura como esa materia prima transformada en producto por el trabajo humano.

Quizá por eso, también, los filósofos de la Ilustración despreciaban las adivinanzas. Voltaire, siempre el más feroz, utilizó el mito de Edipo para lanzarse contra las «horreurs des devinettes». Su *Oedipe* se estrenó en París el 18 de noviembre de 1718 y fue la primera obra que François-Marie Arouet firmó con el seudónimo que lo hizo célebre, es decir: fue, curiosamente, para contar su versión de la tragedia clásica del asesinato del padre cuando abandonó, a su vez, el nombre del suyo y pasó a ser «Voltaire». Allí hacía decir, en alejandrinos, al desconsolado Edipo en su arrepentimiento final:

«Malheureux! Eh! Pourquoi chercher à le connaître?  
L'homme qui sait qu'il sait, l'homme qui sait qu'il ignore,  
Doivent savoir qu'ils ont toute raison de clore  
Leurs yeux face aux brutales horreurs des devinettes.  
S'ils aprennent par hasard ils seront comme des bêtes:  
Deviner, c'est le contraire d'apprendre ou de savoir.  
Mais j'ai mon châtiment et si je puis me croire  
Inceste et parricide, et pourtant vertueux,  
Je suis coupable: j'ai fait du savoir un jeu.»

He conservado la cita en el original francés por una cuestión de sonoridad y mínimo respeto. En castellano, en la penosa traducción de Rafael Cansinos-Assens, los mismos versos se leen:

«¡Oh, infeliz! ¿Por qué tratar de conocerlo?  
El que sabe que sabe y el que sabe que ignora  
deben saber que tienen razón, en esta hora,  
de esquivar los horrores de las adivinanzas.  
Si saben por azar serán bestias de andanzas:  
adivinar se opone a saber o aprender.  
Pero fui castigado y si me puedo creer  
parricida, incestuoso, y aun así virtuoso,  
me culpo, sí, de hacer del saber un retozo.»

Los ripios son, sin embargo, expresivos: el caballero Voltaire remodela la tragedia de Edipo para usarla en su condena de la adivinanza y, poco más o menos, postula que las calamidades que caen sobre Tebas y su rey no castigan el coito del hijo con su madre sino su vulgar atrevimiento de buscar el acceso al saber por medio del azar de las adivinanzas. En una carta contemporánea, dirigida a M. de Fontenelle, Voltaire completa su repulsa diciendo que la adivinanza, el conocimiento por el azar, no sólo se opone al conocimiento por la razón sino que, además, es una forma de conocer lo que no se busca. «El saber es una búsqueda, no un encuentro», escribe Voltaire, tributario quizás, todavía, de la ética medieval de sir Galahad.

No es sorprendente, entonces, que su dilecto discípulo el marqués de Condorcet haya

inaugurado una línea de análisis que condenó como una de las peores lacras sociales de la Ciudad y las Tierras su afición al juego de las adivinanzas. Sería engorroso enumerar aquí los escritos que nutrieron esa tendencia; baste afirmar que demostraban su incompreensión más supina de las pautas culturales de Calchaqui.

El juego en la adivinanza existió desde siempre, pero su auge y consagración definitiva se produjo bajo la soberanía del 8, Aldo, a favor de su tiempo. Aldo había declarado un tiempo que sólo transcurría entre una causa y su efecto ([ver nota 7, cap. 2](#)). Alguien, entonces, descubrió una forma de modificar el juego en la adivinanza de manera que actuara, como todo juego que se precie, contra su tiempo: una misma causa podría producir efectos muy diversos.

El juego consistía en contestar preguntas, que tenían que pertenecer a la lista de las 125 preguntas aceptadas (muchas de las cuales provenían del *Libro de los Principios*, [ver nota 4, cap. 2](#)). No eran tantas: cualquier jugador sabía todas las preguntas y todas las respuestas de memoria. Se enfrentaban dos jugadores que preguntaban y contestaban una vez cada uno. Al principio, el juego en la adivinanza era un arte del aburrimiento: uno preguntaba y el otro contestaba y se llevaba el monto de la apuesta. Después el segundo preguntaba y el primero contestaba y se llevaba el monto de la apuesta. Entonces el primero preguntaba y el segundo se llevaba el monto, y así. Toda la habilidad estaba en la fijación, en cada caso, de ese monto, que era propuesto por el jugador que preguntaba: en general, los montos se equilibraban mutuamente; la astucia consistía en producir, en los momentos precisos, pequeñas o grandes diferencias. Era un choque de personalidades, temple, nervios y redes de lealtad; se dice que hubo encuentros que duraron días. Y era, además, suavemente cínico con respecto al tiempo del soberano: la causa producía un efecto ilusorio, que ocultaba el verdadero: una pregunta no causaba una respuesta —aunque lo simulara— sino una apuesta que tampoco era tal. Algunas de las preguntas y respuestas más comunes eran, por ejemplo:

«—Por qué no brilla el sol en la noche?

—Porque el frío de la noche lo arrebujá.»

O bien:

«—¿Por qué se para la garza en una pata?

—Porque sabe que no hay más de un buen lugar para posarse.»

O aún:

«—¿Quién sigue cuando se detiene, brilla cuando desaparece?

—La muerte.»

La última y definitiva modificación del juego en la adivinanza sucedió, por lo que sabemos, en los propios salones de la Casa. Un día un Jose, consejero de personas del soberano Aldo, desafió su tiempo como sólo podía hacerlo un próximo: Jose era vanidoso como un colibrí y, como un colibrí, necesitaba mostrarse en situaciones y lugares siempre nuevos. Fueron famosas las diademas que se colgaba del pistón y el orden siempre confuso en que comía los banquetes sucesivos ([ver nota 33, cap. 3](#)). Ese día iba ganando mucho y se desesperaba. Trató de perder, para tener una buena razón para el desasosiego, pero siguió ganando —«es bruto», escribió Oscar, «el desasosiego que no acepta razones: es el único cierto». Al rato, cansado de dar siempre la respuesta esperada, inventó otra, mucho más elegante y, sin duda, del todo sorprendente.

—¿Quién sigue cuando se detiene, brilla cuando desaparece?

—Esta respuesta, yo.

Cuando los espectadores consiguieron cerrar las bocas abiertas de relativo espanto, se dieron cuenta de que tenía razón. Jose acababa de renovar para siempre el juego de las adivinanzas y su respuesta sería recordada por los tiempos. Si las respuestas se inventaban, cada causa podía producir innumerables efectos diferentes, a tal punto que se podía dudar de su condición de causa. Pero, sobre todo, el juego se tornó heroico. Se fijaba el monto de la apuesta y el primero lanzaba la pregunta: todo su arte consistía en intuir si el segundo iba a contestar la respuesta convencional para llevarse el monto o si iba a inventar una frase distinguida o excitante: si preferiría el orgullo del invento a la recompensa vulgar de la repetición o si resignaría la petulancia de mostrarse frente al placer del lucro. Nunca se jugaba a solas: el público era fundamental para condicionar las reacciones de los jugadores. Había quienes preferían reunir una multitud para presionar a su rival; otros suponían que pocos pero bien escogidos condicionaban mucho más. Sabemos que se escribieron tratados de caracterología —hoy lamentablemente perdidos— para estudiar las reacciones posibles de cada tipo de jugador en cada circunstancia. Es cierto que fueron épocas difíciles para Calchaqui, pero por razones diametralmente opuestas a las esgrimidas por la crítica condorcetista: no que el azar confundiera sus mentes; antes bien, el exceso de estudio de sí mismos los condujo a un estado de inercia introspectiva que amenazó con la ruina económica de la Ciudad y las Tierras.

(No tenemos datos fehacientes, pero parece que un consejero del soberano 10, Osvaldo, dio con la solución: proclamó que habría un comité encargado de revisar respuestas —formado por dos biógrafas, un jugador famoso, un pintor de frescos y el

propio consejero—, que podría decidir que cierta respuesta nueva reemplazaría a la clásica. Se suponía que eso sólo sucedería cuando la respuesta fuera perfecta: a modo de ejemplo, la primera en reemplazar fue la de Jose:

—¿Quién sigue cuando se detiene, brilla cuando desaparece?

—Esta respuesta, yo.

La segunda, años más tarde, la de una pocera más que tosca del arrabal del Este:

—¿Por qué baila la tierra cuando baila?

La respuesta clásica era:

—Porque es su fiesta, y somos su banquete.

Y la pocera dijo:

—Porque quieta está quieta: es siempre una.

La nueva respuesta, entonces, quedaba incorporada de inmediato al corpus canónico, y perdería todo el que contestase otra. El inventor daba su nombre a la nueva canónica —respuesta Jose, por ejemplo—, y se aseguraba una reputación que, si no aparecía de pronto una respuesta nueva, podía durar generaciones. Suponemos, por los pocos datos que tenemos, que, a partir de entonces, fueron poquísimos los que intentaban acertar la respuesta canónica: ya nadie jugaba por la apuesta, sino para la gloria y permanencia de su nombre. Si primero el afán de lucro los presionaba, si después unos espectadores presionaban, ser parte de la historia presionaba tanto más. Ya no había que estudiar al adversario: se suponía que todos jugaban —y pagaban el monto— para tratar de inscribir una respuesta entre las canónicas. Pero el comité era muy duro y no solía canonizar respuestas. Decepcionados, algunos intentaron volver al viejo estilo y jugaban para ganar diciendo las respuestas canónicas, pero solían ser repudiados por escuerzos. Así que el juego de las adivinanzas, aparentemente, languideció durante varias décadas. La historia no es del todo segura, pero parece cierta: en todo caso, corresponde plenamente al carácter de la Ciudad y las Tierras.)

<<

[52] «**Raquel le cosquilleaba el pistón**»: se ha discutido mucho sobre el uso casi exclusivo de metáforas maquinísticas en las descripciones sexuales de la Ciudad. Ya Condorcet, en su obra tan citada, lo celebraba como una muestra del progreso técnico de esta cultura: «Cada pueblo, es notorio, denomina los instrumentos que le son tan caros con los nombres de lo más habitual o lo más admirable. Si nosotros llamamos chorizo —*saucisson*— al miembro masculino y conejito —*petit con*— al femenino, es porque nada nos atrapa tanto el corazón como la gula (...); si los prohombres de la Ciudad y las Tierras hablaron de válvula y pistón era porque la máquina, la técnica, ocupaban en sus espíritus ese lugar de privilegio.»

En cambio A. A. Roback, en su contribución al volumen colectivo titulado *El sexo en la civilización* (Havelock Ellis comp., Buenos Aires, 1947), titulada a su vez *El sexo en la psicología dinámica*, sostiene que esas denominaciones se debieron más que nada a un uso funcionalista del aparato reproductor, «que situaba la actividad sexual fuera de los terrenos del placer». Por eso, postula Roback, la asimilación de los órganos a engranajes que sirven para poner en marcha un mecanismo. Si bien *La Destinée de la Révolte* —nuestro capítulo 3— podía permitir semejante afirmación, porque su relato se centra en los hechos revolucionarios y es sabido que, en tales circunstancias, todo el resto —incluidos los deleites del sexo— pasa a segundo plano, la narración completa que estamos presentando la desmiente sin dudas.

En 1955, en un largo artículo —*La máquina en la Ciudad y las Tierras* publicado en la *Revista de la Academia de Ciencias Sociales de la URSS*, Vasili Kyriakov —¿Stimmer?, [ver nota 17, cap. 1](#)— retoma en clave soviética las tesis de Condorcet para afirmar que «en esa forma de denominar los órganos sexuales encontramos una muestra fehaciente del desarrollo de las fuerzas productivas en la sociedad de la Ciudad y las Tierras. Como escribió, con sus falencias burguesas, el ciudadano Condorcet, “si los prohombres de la Ciudad y las Tierras hablaban de válvula y pistón era porque la máquina, la técnica, ocupaban en su espíritu ese lugar de privilegio”. Pero las condiciones de producción de un francés del siglo XVIII no le permitieron al ex marqués dar el paso necesario: para él, esa importancia de la máquina es un rasgo que enaltece a la sociedad de la Ciudad y las Tierras, notable por su impulso revolucionario. La crítica materialista puede poner la carreta en su lugar, detrás de los bueyes, y afirmar que si esta sociedad avanzó hasta esa situación revolucionaria fue, precisamente, porque el desarrollo de sus fuerzas productivas —esa importancia de la máquina— la condujo, ineluctable y dialécticamente, hasta ese punto culminante de su devenir histórico».

El mecanicismo de la enunciación no podía dejar de disgustar a la escuela francesa. Michel Foucault, en *Les mots et les choses* (París, 1966), contraataca diciendo que

«si los análisis de la representación, del lenguaje, de los órdenes naturales y de las riquezas son perfectamente coherentes y homogéneos entre sí, existe sin embargo un desequilibrio profundo. Puesto que la representación gobierna el modo de ser del lenguaje, de los individuos, de la naturaleza y de la necesidad misma. El análisis de la representación tiene, pues, valor determinante con respecto a todos los dominios empíricos». Pero la descalificación de Foucault debe ser tomada con pinzas: en un ambiguo homenaje póstumo a Albert Camus publicado en *L'Express* (17 de enero de 1960), el filósofo dejó constancia de su aversión por la experiencia de la Ciudad y las Tierras: «... conquistar otra muerte no deja de ser una esperanza idiota. Más: no deja de ser una manera de morirse beato y, por lo tanto, penosamente ajeno a la experiencia de la muerte. Sin embargo, peor aún que conquistarla es pedir a los poderes que autoricen otra manera de la muerte. Camus el rebelde nunca transigió con tales ilusiones...».

La discusión no está cerrada y ahora entra, más bien, en una fase de perplejidad. El aporte del relato que estamos presentando permite ver que, en realidad, el papel de la máquina en Calchaqui no reviste la importancia que se pudo suponer. Aunque la maquinística estaba plenamente desarrollada, no parece tener un peso decisivo en los mitos y representaciones, en las formaciones culturales. Por lo tanto, no descreemos de la posibilidad de comprobar, en documentación que todavía no ha llegado a nuestras manos, que el uso de las palabras *pistón* y *válvula* para denominar los instrumentos sexuales haya sido impuesto por algún soberano o consejero para fomentar entre sus súbditos el respeto y el interés por el desarrollo de las máquinas. Sería el procedimiento inverso al que describía Condorcet: darle a lo más querido el nombre de aquello que se quiere popularizar: la maquinística. No es imposible que haya sido, resumo, una operación de propaganda. <<



[53] **«depuró los colores»:** se trata de la prohibición del azul, cuya fuerza se había relajado en los tiempos de la revuelta por la vida larga. El soberano Héctor, el 18, restableció su uso exclusivo para los miembros más señalados de su propio linaje ([ver nota 15, cap. 2](#)). A consecuencia de esto, la Casa entró en un furor iconoclasta por el que muchas imágenes, de un valor documental y estético inestimable, fueron destruidas. <<

[54] **«pero tocaba buena música»:** sobre los orígenes y evolución de la música en Calchaqui, ver pág. 801, cap. 4. Durante mucho tiempo, la Ciudad rebotó de autómatas con figura humana que ejecutaban esas melodías con fina precisión. Los autómatas de marras no sólo tenían que producir la música indicada; se valoraba mucho, también, que sus movimientos imitaran con precisión los de cualquier instrumentista más carnal. Algunos, incluso, descollaban por el movimiento de sus ojos o sus demás miembros. Durante la soberanía de Raimundo, el 17, un grupo de personas de la Casa —cortesanos— encabezó una reacción contra esa costumbre que, según decían, ensuciaba la música al presentarla como mero producto de una serie de movimientos corporales. Los personas (que también participaron en la reestructuración del serrallo de la Casa, ver cap. 4, pág. 782) postulaban que la música era puro sonido y no debían enturbiarla gestos o ademanes. El soberano adhirió rápidamente a sus propuestas y, desde entonces, los constructores de autómatas de música debieron esconder los mecanismos de sus aparatos, que se convirtieron en esas cajas cuadradas que encontramos descritas más de una vez a lo largo del relato. «Los sonidos», decían, pitagóricos, «llegan desde el misterio.» Por lo cual una de las travesuras más frecuentes de los jovencitos de Calchaqui consistía en destripar cajas so pretexto de investigar sus mecanismos. <<

[55] **«ni mi ejército»:** el narrador Oscar deja inconclusa —como tantas otras cosas— la historia de la guerra que había desarrollado a lo largo del capítulo 1. Sabemos, sin embargo, que hubo una reacción violenta contra la guerra entendida como oratoria: los soldados, soliviantados porque no tenían la ilusión de un botín, protestaban y llegaron a negarse a completar las maniobras de aproximación y alejamiento que caracterizaban la guerra de Calchaqui (ver cap. 1, pág. 29). En algún momento, para calmarlos, un general los autorizó a disponer como quisieran de la vida del orador derrotado; tal liberalidad degeneró en rencillas. Los compañeros del orador lo defendían y, por un breve período, volvió a haber batallas, que ocurrían después de que el combate, supuestamente, se resolviera en el torneo de oratoria. Esta situación fue revertida más tarde, cuando se estipuló que el campeón derrotado debía pagar un fuerte rescate, que se repartía entre los soldados enemigos, lo cual produjo un cambio fundamental en la vida de la Ciudad y las Tierras: muy pocos podían pagar esas cantidades y, por lo tanto, el orador tenía que ser hijo de algún poderoso. Esto cambió la configuración del ejército calchaqui, que se volvió un reducto aristocrático, y, por lo tanto, su influencia en la vida política de la Ciudad, que aumentó de forma exponencial: si formar parte del ejército era difícil y caro, tenía que tener mayores compensaciones, para que aquellos que podían quisieran hacerlo. (Se podría pensar que buena parte de las características aristocratizantes e intervencionistas de nuestro ejército nacional ya estaban en esta armada de oradores, y sería interesante ver por qué vías se perpetuó, a través de la dominación española, uno de los rasgos más nefastos de nuestro carácter nacional; [ver nota 4, cap. 4](#)).

Así, obviamente, la batalla oratoria quedó como la forma más clásica; tenemos fundadas sospechas de que en tiempos del soberano Héctor o de su hijo Ramón, abuelo y padre de Oscar respectivamente, los problemas de la guerra contra «los barbudos» obligaron a una nueva revisión general. <<

[56] «**Jushán era forastero**»: pero estaba cautivo. Durante mucho tiempo los eruditos sostuvieron que la Ciudad y las Tierras conformaban un espacio cerrado en el que los únicos forasteros eran los prisioneros de guerra (ver, sobre todo, Du Tertre y Stimmer, op. cit.). Aseguraban que todo el comercio estaba a cargo de los locales para que no entraran visitantes, o que no dejaban entrar visitantes para que todo el comercio estuviera a cargo de los locales. El documento —de primera importancia— que ahora citaremos nos permite suponer que esta regla, como tantas, tuvo sus excepciones.

La *edición Thoucqueaux* presenta el documento sin ninguna introducción. Por su contenido sabemos que su autor es un italiano —probablemente romano de origen o adopción— que intenta organizar un tráfico de perfumes. Pero ignoramos cualquier otro dato sobre el personaje, así como la fecha de su viaje o los detalles de su itinerario. Por algunas referencias —como la del papa Gregorio XV— podemos suponer que su viaje tuvo lugar alrededor de 1655, lo cual coincidiría, casi milagrosamente, con la muerte del soberano Ramón y el ascenso al poder de su hijo Oscar, nuestro narrador. El documento, por desgracia, se interrumpe tan abruptamente como empieza:

«14 de febrero

Hace un calor de mil infiernos. Parece mentira que en un lugar tan despoblado pueda hacer tanto calor. En estas tierras todo es al revés. Si esto es así, cómo será cuando lleguemos por fin a la Ciudad.

16 de febrero

Quizá lo hagan para engañar a sus enemigos, aunque todos me dicen que sus enemigos no son de los que se engañan con pamplinas tales. Puede ser para engañarlos en su imaginación. De lejos, las murallas de la Ciudad parecían una minucia para niños que apenas se levantaba de la tierra pedregosa. Mientras nos acercábamos se iban agrandando a cada paso de nuestra caravana; cuando alcanzamos la puerta del Este eran una mole aterradora.

Llegamos a la puerta de la Ciudad poco antes del anochechar. En el puesto de guardia un oficial me preguntó de dónde venía. Le dije de Roma y me preguntó si conocía el mar. Le dije que sí y me preguntó si era cierto que en el mar había unas montañas enormes que nadie podía escalar porque se deshacían. Le dije que los barcos podían escalarlas y se puso muy serio. Creo que creyó que lo burlaba. El oficial fumaba un cigarro grueso y me tiró el humo a la cara. Me preguntó para qué venía a la Ciudad y le dije que para comprar perfumes. El oficial volvió a mirarme con desconfianza. No llevaba ningún arma pero tenía a su lado dos soldados con aparatos entre trabuco y cerbatana, chicos y brillosos, listos en las manos. Me dijo que la Ciudad no vende sus

perfumes a los forasteros pero que viniendo yo del mar quizá pudieran ayudarme. Que pasara la noche en la posada y que mañana tratara de ir a la Casa a pedir un permiso especial. La Casa parece ser el palacio de su gobernante. El oficial me prestó un soldado para que me guiara —¿custodiara?— hasta la posada. Caminamos.

La avenida que sale de la puerta del Este es imponente. Es casi tan ancha como el Campo di Marte; a los lados hay edificios de tres pisos de piedras grandes muy bien pulidas; al fondo se levanta el palacio, detrás de un muro de piedras negras y desparejas que remedan a las montañas que se ven a lo lejos. El sol se estaba poniendo detrás del palacio y brillaba sobre sus techos con rayos que semejabán la obra de un dios desocupado; la avenida enrojecía en esa luz. Parecía morada de titanes y sin embargo ahí estaban esos hombrecitos, caminando de acá para allá por la avenida. Muchos se paraban a mi paso, a comentar en voz baja o soltar carcajadas. No se mostraban hostiles; más bien, un corro de chicos divertidos. Cuando yo era un chico, el papa Gregorio hizo traer a Roma un elefante y nosotros lo mirábamos con la misma atención y las mismas risas. Después el pobre se murió de frío y en San Pedro discutieron mucho qué harían con sus restos. Un embalsamador alemán pidió permiso para actuar. El hombre trabajó durante dos meses encerrado en el Panteón y, cuando llegó la primavera, expuso su obra en la piazza. Entonces los chicos íbamos a reírnos del olor a podrido de la bestia, que se iba achicando y soltaba lamparones de podredumbre por las patas.

Los habitantes de la Ciudad no parecen titanes. Son más bien bajos; hasta ahora, he visto muy pocos que pasen del metro y medio. Tienen la tez cobriza, no sé si por su raza o por los rayos del sol abrasador; seguramente su raza es oscura por los rayos del sol. Desde que conocemos el mundo sabemos que las razas se oscurecen y se vuelven perezosas según avanzamos hacia los imperios del sol. Estos fuman mucho, bastante más que sus vecinos. Sus piernas son gruesas y musculosas, tanto varones como hembras, y en muchos casos combas. Sus torsos son anchos y tienen poco cuello: las cabezas las tienen más bien grandes, con el pelo oscuro y narices de una gran importancia. Pero lo que más me ha llamado la atención es que pasean su desnudez con desparpajo.

En verdad, no es que vayan desnudos. No hay varón ni hembra que no tenga una tela o chalina, que suele ser verde o amarilla, de buen paño liviano y sedoso; cada cual lleva su tela a donde le parece. Algunos se la enrollan alrededor de la cabeza como el turbante de un infiel; otros se la echan sobre los hombros como un chal de nuestras campesinas. Otros se la atan alrededor de la cintura, o bajo los sobacos, o incluso en un muslo o una rodilla; algunos la llevan en la mano como si fuera una bandera que hacen ondear al viento. No siempre hay viento. Se ve que no hay vergüenza que les parezca digna de cubrirse. Nunca antes vi un aquelarre semejante.

Mientras caía la noche, una cuadrilla de hombres con teas encendió unos candiles

encerrados en globos de vidrio, montados sobre postes, que iluminaron con luz amarillenta la avenida. Los candiles no son de aceite; sueltan un chorro de fuego corto y poderoso.

17 de febrero

La posada es muy sencilla pero agradable. Está limpia. El edificio es de piedra y gran tamaño: es una de las construcciones de tres pisos que bordean la avenida de la puerta del Este por el lado izquierdo. Hay muchos huéspedes, aunque todos parecen campesinos ricos de los alrededores que vienen a la ciudad a vender sus productos. Ellos duermen de a diez o doce en grandes habitaciones; a mí me han llevado a un cuarto particular, no sé si por gentileza o para mantenerme aislado. Todo el edificio está impregnado del olor a tabaco. En mi cuarto no tengo más lecho que unas pieles muy mullidas, rellenas de plumas, sobre el suelo de piedra. Supongo que en invierno debe ser espartano pero ahora, con este calor, se agradece el fresco de los adoquines. Empotradas en dos de las paredes hay lámparas iguales que las de la avenida. Pese al cansancio que traía, tardé en llegar al sueño; nunca he dormido con tanta luz alrededor. Apenas salido el sol me despertaron los gritos de los paseantes y los vendedores que iban desembocando en la avenida.

La avenida estaba llena de unos animales que se movían con torpeza y llevaban cargas pesadísimas. Parecían camellos sin joroba; más tarde, cuando bajé, los miré más de cerca y descubrí que eran mecanismos de relojería. Pese a su aspecto son máquinas. Nunca he visto algo semejante, pero mi maestro Aldobrandi una vez dijo que en la antigua Atlántida había máquinas de viajar. No recuerdo la forma que tenían. Mi túnica blanca, que me cubre todo el cuerpo, sigue llamando la atención de cada cual. Entre ellos, en cambio, no se miran nada.

Cuando bajé, un soldado estaba esperándome en la puerta de la posada. Le pedí que me llevara a donde están los mercaderes de perfumes y refunfuñó un poco, pero después me dijo que lo siguiera. Caminamos por la avenida hacia el palacio.

El soldado se llama Iaime o Eime y no debe tener más de veinte años. Los dioses me acompañan: Iaime me contó que su padre es un mercader de perfumes, pero como hay necesidad a él lo destinaron a soldado. Iaime lleva su tela amarilla enrollada en el brazo; quizá me cueste acostumbrarme a caminar con gente cuyas vergüenzas se bambolean a cada paso. Le pregunté si me podía llevar a ver a su padre y primero dudó; después me dijo que sí. No parece un muchacho muy resuelto, así que me puede ser útil. Tengo que cultivarlo.

Las máquinas avanzan por el centro de la avenida. Los caminantes, en cambio, van por los costados, pero no hay tiendas ni puestos; los vendedores también caminan sin parar. Iaime me dice que aquí no pueden instalarse; que para eso está el mercado, a nuestra izquierda, que es un barrio entero. Hay mujeres abundantes como nuestras mejores cortesanas. Varias me miran tocándose las partes. Al cabo de unos minutos

doblamos a la derecha y entramos en un barrio de casas amplias, de un solo piso. Iaime me dice que lo llaman el barrio fino. Que antes había edificios de varios pisos pero los cambiaron por estas casas tanto más decentes y que es el lugar en el que quieren vivir todos los habitantes de la Ciudad que no son personas. Personas, me dice, son los que llegaron a la Ciudad al principio, con los primeros reyes; los otros se llaman vulgos. Las calles del barrio fino son anchas; a los costados corren acequias con agua muy fría. Hay poca gente y se oye el canto de unos pájaros verdes, grandes, más bien roncós y desagradables en sus trinos. Cuatro chicos se me cuelgan de la túnica y tratan de arrancarme pedacitos. Uno me pregunta por qué estoy tan claro, si todavía parezco vivo. Yo pierdo los estribos y le pregunto por su tórrida madre. Iaime me agarra del brazo; tiene más fuerza que lo que imaginaba. Me parece que va a ser arduo soportar a estos salvajes.

El Mercado de Perfumes es un edificio de piedra muy macizo, cuadrado y alto con cuatro arcos de entrada a cada lado, que da a una plaza empedrada con una fuente en el medio. Me recuerda la piazza de Santa Maria Maggiore pero es más chica y más cuadrada; además, todo está más limpio y más tranquilo. Unos guardias, parados alrededor de la fuente, impiden que los paseantes se estacionen en la plaza, donde sólo olisquean unos chanchos que no encuentran nada.

Adentro del edificio hay 25 puestos, cada cual con su mostrador de mármol bien pulido y su trastienda. Iaime me dice que no cualquiera puede ser mercader de perfume; que el permiso se transmite de padre a hija o se vende; si alguno queda libre, hay que comprárselo al rey por una fuerte suma. En el mercado hay un rumor suave, semejante al silencio, y una mezcla de olores ensordecedores. Iaime me lleva hasta el puesto de su padre y le pregunta a un ayudante dónde está; el ayudante dice que ya mismo va a llamarlo. Iaime me dice que, cuando termine, lo busque en la fuente de la plaza. Trato de retenerlo pero no lo consigo; puede que esté enemistado con su padre, o quizá le da vergüenza llevarle un forastero.

El padre de Iaime se llama Ioaquín y no se parece nada al soldado. Es un hombrón macizo, muy bajo de estatura, gordo y de cabeza pequeña. Me saludó con displicencia:

—Por acá no lo había visto nunca.

Le dije que con buenas razones, ya que llegaba desde el otro lado del mar. Él gruñó:

—Con razones.

Y volvió a mirarme entrecerrando los ojos muy chicos, hundidos en la grasa, enrojecidos. Me miraba la túnica. Entonces me di cuenta de que él también llevaba una, clara como la mía, un poco más ancha y vaporosa.

—¿Usted es mercader de perfumes?

Me preguntó y antes de que pudiera contestarle me dijo que tenía que serlo porque sólo los mercaderes usaban esa túnica. “Para no mezclar los olores del cuerpo con los olores del perfume”, dijo. “Es una de las cargas más duras de este oficio”, dijo.

—Soy, señor, y por eso quiero hablar con usted.

—Con razones.

El hombrón chasqueó los dedos y otro ayudante apareció con dos cuencos de una materia muy maleable, de verde parecido a los loros. Cuando lo llevé a la boca lo mordí discretamente y mis dientes se marcaron en el borde. En el cuenco había agua fresca pero en el aire corría tanto aroma a naranja o bergamota que era como beber una esencia de cítricos. El hombrón me preguntó cómo había llegado hasta ahí y empecé a contarle la historia de mi viaje.

—No —dijo—. Le pregunto cómo consiguió el permiso para llegar.

—No tengo ninguno. Llegué anoche y aquí estoy.

No quise decirle que su hijo Iaime me estaba escoltando. Quizá no le caería bien.

—Y viene por perfumes.

Le expliqué mi proyecto. En ciudades del norte había oído hablar de los perfumes de la Ciudad y pensaba que sería muy rentable establecer un contacto comercial con ellos. Que sólo se trataba de ver qué querrían recibir a cambio y que...

—Primero es el permiso.

Insistió. Entonces me miró un rato, callado. Creo que también me estuvo oliendo. Yo llevaba muchos días sin cambiarme la túnica. Al cabo, dijo que quizás él podía ayudarme.

—¿Por qué?

—Digamos que porque quiero hacer negocios.

—¿Entonces me vendería perfumes?

—No.

Se quedó en silencio y miraba alrededor, impaciente. Una vez mi tío Nicolo, el presbítero, me llevó a ver al cardenal Orsini para pedirle que costeara mis estudios y el cardenal, enjuto bajo su toca púrpura, nos miraba igual. Me puse a temblar y fue el final de mi carrera eclesiástica, gracias a Dios. El padre de Iaime quería que me fuera. Alrededor de nuestra charla se habían juntado sus cuatro o cinco ayudantes y tres mercaderes más, con sus túnicas claras. Uno era una mujer gorda. Le pregunté si de todas formas estaba dispuesto a ayudarme y me dijo que sí. Le pregunté por qué.

—Porque si lo autorizan a quedarse, que no creo, lo van a dejar suelto y un hijo, por bastardo que sea, de mi sangre, no va a seguir teniéndole la sombra a un forastero.



He viajado mucho por tres de las partes del mundo; nunca he encontrado salvajes que desdeñen tanto al forastero. El resto del día lo pasé dando vueltas por la ciudad, con la custodia incansable y cada vez más parlanchina de Iaime. Tengo la impresión de que trata que no vayamos a ciertos lugares; más de una vez cambió el rumbo como sin querer y sin darme explicaciones. Por ahora no voy a pedírselas. La ciudad está excitada. Hay corros que charlan en voz baja y al final de la tarde mucha gente caminaba hacia la explanada del Palacio; cuando le dije a Iaime que fuéramos a ver me dijo que era peligroso para un forastero.

—No muy peligroso, pero bastante peligroso.

Me dijo, con una sonrisa que no entendí bien, y me dijo que era mejor que me volviera a la posada.

—¿Pasa algo malo?

—No, no se preocupe. Algo bastante bueno.

De todas formas pude ver cosas muy interesantes en este primer día. Ya las anotaré en otro momento. Ahora me urge descansar la mano.

18 de febrero

Esta mañana me desperté antes del día para dar una vuelta sin mi escolta perruna. Cuando abrí la puerta de calle de la posada, estuve a punto de tropezarme con el soldado Iaime sentado, dormitando, cruzado a lo ancho de la entrada. Nunca pensé que me pudieran tomar por peligroso. Iaime me saludó como si lo alegrara tanto verme y me dijo que teníamos que entrar de nuevo a la posada porque no podía salir así, sin comer nada. Esperamos un rato en el salón de la posada, sentados en unos almohadones, hasta que nos trajeron unos pescados chicos macerados en su salsa de manzanas y espolvoreados con nueces picadas, y papas hervidas del tamaño de huevos de paloma. La salsa no era picante y tenía buenos aromas de canela, pimienta y cosas que no reconocí. Para beber nos dieron en esos cuencos de material maleable pero rojos un agua muy distinta de la del mercader, un poco sulfurosa. Por las ventanas del salón veía mucha gente caminando por la avenida, apurados, como si no quisieran llegar tarde a alguna parte. Iaime me propuso que nos quedáramos en la posada esperando que su jefe nos mandara buscar.

—Tengo que ir a ver a su padre.

—Ya lo va a llamar él, cuando tenga que verlo.

—Quiero ir. Y si no, puedo ver a algún otro en el Mercado de Perfumes.

—El mercado está cerrado.

—¿Por qué? ¿Cómo, cerrado?

—Está cerrado.

—Lo mismo quiero ir.

Iaime era capaz de hablar como un poseso y de callarse como el mismo poseso en otra fase. Mi hermana loca era como la luna: tenía fases. A veces estaba llena y no paraba, otras veces cuarto menguante y se quedaba quieta con la mirada en sus rodillas y un hilo de baba que nuestra madre le limpiaba. Nuestra madre se preocupaba sobre todo por el hilo de baba. Iaime, en su forma de hablar, era igual a mi hermana; no hubo manera de que me dijese qué pasaba y al final, con tal de callarse, me dijo que si yo insistía tanto iríamos al mercado, así lo veía y aprendía a creerle.

Cuando salimos a la avenida vi que había un tumulto de gente al final, en la puerta del Este, y empecé a caminar para ese lado. El Mercado de Perfumes está en la dirección contraria. Iaime trató de pararme y le dije que iba a ir a mirar qué había. Iaime me dijo que no era seguro para un forastero y yo saqué el cuchillo que llevo en mi bolsa y le dije que era seguro que si seguía cerrándome el camino me lo clavaba solo. Me parece que la amenaza fue efectiva; después pensé qué hubiera hecho si me decía que bueno. Mientras caminábamos hacia la puerta del Este nos pasaban otros apurados. Algunos hablaban a los gritos con frases insensatas:

—Al ritmo, tirifilos, que se nos acaba el tiempo de mirarlo pasar.

—De roca, de roca; corran corran corran que se nos muere otro.

Algunos corrían con su tela en la mano, como si no hubiesen tenido tiempo de ponérsela o de pensar dónde iban a ponérsela. Otros, en cambio, iban empingorotados como pavos: con telas muy vivas enrolladas en dibujos caprichosos y los pelos cubiertos de una pasta brillante que los paraba en posiciones. Muchas mujeres tenían la tela igual, enrollada en el muslo derecho; sólo las más jóvenes llevan pelo en el pubis. Quizá son las solteras. Ya entonces me di cuenta de que pasaba algo porque nadie me miraba en lo más mínimo. Iaime me seguía y me agarraba del brazo; otra vez me sorprendió su fuerza y ahora, también, la suavidad del tacto. Era como los buenos domadores, que hacen sentir a los caballos la firmeza y la ternura de su imperio.

Muy pronto llegamos a un punto en que la muchedumbre era compacta y se hacía difícil caminar más allá. Adelante, junto al pilar derecho de la puerta, sobre una tarima de madera, un hombre tenía las dos muñecas atadas a dos postes que le mantenían los brazos bien abiertos, como crucificado. Estábamos un poco lejos para verlo con detalle; a fuerza de codazos, me abrí paso entre la gente. Iaime me siguió como pudo. Dos veces me quemé con sus cigarros. Muchos olían a una mezcla con mucha agua de rosas y casi todos comentaban algo:

—Así que es cierto que se muere.

—Es bien de roca.

—Qué nos traerá la vida nueva, sus carreras. Cómo será su tiempo.

—Yo sé que ya lo tiene hecho.

El hombre sobre la tarima era muy joven; no debía tener más de 15 años. Tenía en los dos pechos y el ombligo tres tarugos clavados con fuego encendido; alrededor, sobre la piel, tenía una pasta blanca. Una mujer me dijo que era para que el fuego no pasara de los lugares que tenía que quemarle. Me dijo que teníamos suerte porque recién había empezado y que Ioaquín era un maestro que seguro que tenía preparado algo muy bueno. Le pregunté si el jovencito se llamaba Ioaquín y se rió:

—No, túrpido, Ioaquín es el autor de su tormento. El mano, lo llamamos.

Dijo, y me mostró un hombre gordo, un poco encorvado tras su panza, con la cabeza ovoide, que estaba parado al lado del jovencito en la tarima. No entendí lo de mano. Después me contó que el jovencito había matado al padre de su madre de una cuchillada con la mano izquierda, así que su tormento era de los más difíciles porque era muy convencional, pero que Ioaquín siempre encontraba formas nuevas. Le dije que no entendía y la mujer me miró con gran sorpresa. Me parece que no podía entender que alguien ignorara algo tan evidente.

—Bueno, es que soy forastero.

—¿Y así los forasteros son tan pánfilos que no saben cómo?

La mujer se estaba divirtiendo y me explicó como se explica a un niño: cuando alguien comete un hecho, me dijo, el tormento tiene que ir deshaciéndole el cuerpo muy de a poco con cuidado de preservar la parte más culpable. Para este chico, me dijo, era su mano izquierda. Me dijo que esa parte tenía que quedar intacta hasta el final, para que concentrara todos los dolores. Y que había autores y autores, que algunos eran muy tirifilos pero que Ioaquín era de lo mejor.

—Siempre capaz de un toque de belleza.

Le dije que nosotros los quemábamos enteros, de una vez, sin tantas alharacas.

—¡Jacinto! ¿Será tan forastero? Quemarlo entero, mi señor, es igualar todo el cuerpo, lo bueno con lo malo y, sobre todo, lo bueno y malo con lo nada nada.

El gordo Ioaquín se había acercado al jovencito y le estaba desclavando los tarugos. De las heridas le salía muy poca sangre; más que nada, una pasta negruzca. Ioaquín le rebañó un poco de la pasta con una espátula y se la untó al jovencito en los pies y las piernas. El jovencito podría haber pataleado, porque tenía las piernas libres, pero se dejaba untar, tranquilo. Miraba a la gente, como si buscara caras conocidas; estaba tan cómodo que me daba pánico. La mujer me dijo que al principio siempre están así pero ya íbamos a ver dentro de un rato. La mujer tenía ojeras grandes como una moneda, pintadas de plateado. Un hombre viejo al lado no estaba de acuerdo:

—Va a seguir así. Tiene la cara de que no quiere ayudar al espectáculo.

—Espere, viejo, no se chifle. Ioaquín siempre es capaz de darlo.

Iaime no me soltaba el brazo pero cada vez se fijaba menos en lo que yo hacía; estaba muy absorto. En la tarima, dos ayudantes de Ioaquín acomodaron bajo las piernas del jovencito una batea repleta de ratoncitos grises, que le trepaban por las piernas dándoles mordiscos. Primero le buscaban la pasta pero en cuanto saltó sangre se entusiasmaron y lo mordisqueaban con más ímpetu. El jovencito no apartaba las piernas; miraba para abajo y sonreía, como si disfrutara de su movimiento. Tres muchachones detrás de mí empezaron a protestar que había bebido algo. El hombre viejo dijo que él sabía qué era. La mujer me explicó que cada vez se hacía más difícil:

—Era más fácil, dicen, cuando estaba la muerte. Ahora, como nadie se muere porque se va a la vida larga, es más y más difícil aterrarlos.

—Al revés, mi señora, tanto más facilito.

Le gritó un muchachón. La mujer paró a un vendedor de maíces y le compró dos grandes. Los vendedores gritaban como desaforados para que les hicieran caso. También había muchos barberos y masajistas, pero muy pocos animales. Me parece que se ven menos animales que en cualquier calle de nuestra ciudad; los deben tener muy vigilados. La mujer me dio un choclo. El suyo, más que comerlo, lo estrechaba con las dos manos y le lanzaba lambetazos. Dos o tres ratones ya se habían trepado hasta los muslos. Ioaquín los espantó con una especie de palmeta.

—Todo a su tiempo, tranquilo. Ioaquín es un maestro.

Dijo el viejo. Uno de los muchachones le dijo que no, que trataba de controlar demasiado, que un maestro es el que puede integrar a su plan los imprevistos. El muchachón fumaba sin parar. El viejo lo miró de costado y le dijo que no entendía nada. El muchachón le dijo que Ioaquín era un zafio, que ya iba a ver cuando le tocara el turno al constructor Iose.

—Ese nunca sabe lo que pasa. Empieza, suelta y después quién sabe lo que pasa.

—Eso es lo bueno, señor, viejo. Pero no vamos a esperar que usted entienda.

El viejo lo miro como para pelearse pero el muchachón ya no estaba mirando. El viejo soltó un suspiro que podía ser de alivio. En la tarima, el jovencito tenía renegridos los tres puntos que le habían quemado los tarugos, con la pasta que no paraba de manarle, y las piernas rojas por los mordisquitos; Ioaquín le fue clavando unas agujas gruesas en la panza, hasta muy cerca de su miembro. Algunas agujas entraban muy profundas y otras casi nada. A cada pinchazo, el jovencito se estremecía sin querer y le salía una gota de sangre muy oscura. Cuando Ioaquín terminó de ponerlas, todos hicieron un silencio tremendo. Se oía la respiración del jovencito, un poco desapareja. En un susurro, el viejo me dijo que Ioaquín era tan

bueno porque trabajaba de arquitecto. Ioaquín resoplaba; su respiración era mucho más brutal que la del otro. Con la punta de su dedo mayor, en medio del silencio, Ioaquín empezó a golpear las agujas, que vibraban con sonidos distintos. Sus dedos eran gordos como choclos. A cada golpe, el jovencito se estremecía de vuelta y un sonido distinto se enredaba en el aire. A mi alrededor todos entornaban los ojos y escuchaban la música. De pronto, todos gritaron porque el miembro del jovencito se había puesto duro y apuntaba a sus caras. Llovían exclamaciones.

—Ioaquín, el muy veneno, lo logra casi siempre: es el gran mano.

Dijo la mujer, que lamía el choclo. Era su marca, me dijo la mujer, el toque que lo diferenciaba de los otros. Me dijo que cada cual tiene que tener su marca pero solamente los buenos lo consiguen. El soldado Iaime me apretó el brazo como si temiera algún peligro. Yo no podía dejar de pensar en la franqueza de las fogatas que había visto tantas veces cuando chico, en Roma, tan sin vueltas. Le pregunté a Iaime si sus dioses aprobaban estas correrías y estuvo a punto de soltar la carcajada; tengo que averiguar más sobre sus dioses, aunque no veo cómo podría serme útil.

—Siempre igual, siempre lo mismo, Ioaquín, y todos nos reímos como zápitos.

Dijo el muchachón y otro le dijo que no se preocupara, que ya mañana o pasado iba a cambiar el tiempo. Seguían fumando. En la tarima, Ioaquín desollaba el brazo derecho de su paciente con un cuchillo muy finito. Ahora todo resultaba demasiado mecánico y el muchachón decía que era así, que a Ioaquín le faltaba imprevisto y más empuje. El jovencito se miraba la mano izquierda con cariño, como quien mira a su hijo cuando está por pegarle para corregirlo. Iaime me tiró del brazo para atrás y dijo que nos fuéramos; yo le dije que quería quedarme y él me dijo que ya había visto lo mejor y que, si quería, podíamos ir a ver otros. Le dije que quería ver cómo terminaba y Iaime me dijo que todos sabían todo:

—Al final le va a quedar su cuerpo rojo y destrozado y su mano muy bien, como un vuelo de colibrí sobre el tronco reseco.

A nuestro alrededor varios se iban también. Le pregunté por qué decían que iba a cambiar el tiempo.

—Nos vamos caminando y se lo cuento.

Empezamos a caminar por la avenida para el lado del palacio. Hacía calor y Iaime estaba bastante transpirado: gotas perladas se le juntaban cerca del ombligo y en los pelos del vientre. Me soltó el brazo y me agarró la mano; primero palma contra palma pero después me entrelazó los dedos. Entonces me preguntó si de verdad quería saber; le dije que sí.

—¿Todo todo, saberlo todo todo?

Le sonreí y se estaba humedeciendo los labios con la lengua. Iaime me sonrió y me

dijo que quizá no tenía que contármelo pero que lo que pasaba era que su rey estaba falleciendo. Su rey, me dijo, se llama Ramón, pero ellos lo llaman Padre, y desde ayer se sabía que estaba falleciendo.

—Entonces hoy hay que acabar los condenados de su tiempo.

No entendí; Iaime me explicó que hoy había tormento en toda la ciudad porque había que acabar a los condenados de su tiempo. Me dijo que cada padre tiene su tiempo; que dentro de muy poco iba a subir un padre nuevo, el hijo de este, que se llama Oscar, y va a declarar cómo es su tiempo. Que siempre hay mucha algarabía en la ciudad cuando fallece un padre, por el cambio de tiempo. Y que quizá con ese tiempo los condenados ya no estén condenados, entonces hay que acabarlos antes.

—Para que pueda haber cambio de tiempo el anterior tiene que estar cumplido, mi señor, cumplido lo bastante.

La explicación fue confusa pero no me atreví a pedirle más detalles. Iaime me hablaba en voz muy baja, con su boca al lado de mi oreja, como quien traiciona; ya veré cómo enterarme de más cosas. A la entrada del barrio fino, en una esquina ancha, sobre una tarima, una mujer flaca y sin pelos estaba serruchando las piernas de una mujer fondona a la altura de las rodillas. La fondona estaba atada a una tabla; la tabla estaba inclinada para que el público la viera pero la veía bastante mal porque su cuerpo se confundía con la tabla. El público era poco y varios se estaban yendo. De las rodillas de la mujer fondona salía un chorro de sangre; la fondona tenía el cuerpo ceniciento, como la tabla. Era raro de ver su panza inflada de color tan ceniciento y sus ubres que le caían sobre la panza también tan cenicientas. La mujer flaca que la serruchaba terminó las dos piernas y prendió un cigarro.

—Todos se van porque la ven zopenco, pero es buena. Acá no hay mejor mano.

Iaime me dijo que la mujer flaca, Esther, la autora, era una pintora de retratos; que era de lo mejor pero no la entendían o, por lo menos, eso decía su padre. Su padre, me dijo, le decía que la autora usaba los recursos más zopencos porque lo que le importaba era la idea. Siempre había una idea. La autora serruchaba con sus manos, usaba sus manos para todo en lugar de usar intermediarios, dijo, como los tarugos o los ratones o las agujas musicales de Ioaquín, y para colmo tenía a dos hijos y el padre de la mujer fondona obligados a mirar el tormento. Dijo que era un recurso repugnante, tan chanflón que solamente lo podía usar alguien para decir que no le importaban los recursos. La mujer fondona estaba más y más cenicienta y la cabeza se le caía a un costado. Estaba casi muerta. Dos ayudantes de la autora la desataron de la tabla y la agarraron de los sobacos para hacerle dar un par de pasos con las rodillas serruchadas. Su padre, desde abajo, le tiraba besos. Un viejo me dijo que la fondona había querido matarlo con un veneno demasiado suave. Dos chicos al lado conversaban con sus voces finitas.

—¿Cómo va a estar ella sin sus piernas?

—Eso me gustaría verlo.

—Ojalá nos dieran tiempo.

—Ahora tiene este tiempo para estar sin sus piernas.

—No es suficiente. El tiempo no está bien.

Iaime me miró un poco cómplice y me dijo que hasta esos chicos entendían y sin embargo no entendían, pero que él por ellos había entendido lo que decía su padre. A la autora Esther, la pintora, no le importaban los recursos del espectáculo sino la idea: la fondona se iba a morir enseguida con sus piernas cortadas y los chorros o sea que no iba a estar sin sus piernas, no nos iba a dejar verla sin sus piernas y con eso nos mostraba que este tiempo ya no nos servía, dijo Iaime. Que este tiempo ya no nos alcanzaba para lo que queríamos. Que por suerte está llegando el otro. La fondona ya se había muerto; los dos ayudantes la soltaron sobre la tarima, donde cayó desordenada. Me preocupé porque el olor de su sangre me dio hambre. La autora saludó al poco público que quedaba y solamente Iaime le gritó un elogio.

—Señora, todos los otros son decorativos, pobres tiépidos.

Le gritó Iaime y la autora le agradeció con una sonrisa muy escasa de dientes. Iaime tenía la nariz un poco leve para ser de estas tierras, casi recta, y la piel especialmente clara. Tenía la voz muy melodiosa. De la explanada del palacio llegaron gritos que sonaban como un río en época de lluvias; en Roma, los ríos en época de lluvias no suenan porque se desparraman sobre la llanura, pero aquí algunos van encajonados y braman porque el agua no cabe. Creo que eso puede explicar algunas cosas. Iaime me apretó el brazo para decirme que fuéramos hacia la explanada.

—¿Qué, puede que ya haya fallecido?

Le pregunté y me dijo que no porque el anuncio se hace de otra manera. Pero que en la explanada suele estar el tormento más interesante y que ya que estaba viendo todos estos, menores, sería bueno que también viera ese. Iaime me sonreía para hacerme su cómplice; yo entendí que estaba faltando a su deber por mí. Su propia debilidad, de la que pensaba aprovecharme, me convertía en su deudor. Por su debilidad me estaba dominando. Me sonrió de nuevo con una cara desvaída para hacerme entender que lo tenía en sus manos y que esperaba que supiera usarlo; al ponerse en mis manos se había hecho con mis manos.

Era más que mediodía, el sol caía a pico y la avenida, camino de la explanada del palacio, rebosaba de gritos. Muchos se paraban alrededor de parrillas donde asaban unos pájaros del tamaño de una perdiz grande o una gallina chica, compraban una y se la comían a mordiscos, con ruidos de disfrute. Me sorprende que puedan ser tan refinados y también tan bruscos para algunas cosas y, sobre todo, para las mismas.

Cada tanto había músicos que tocaban flautas y tambores y gente alrededor bailaba; eran ritmos lentos, donde cada movimiento se insinuaba más que hacerse. Después de insinuado se dejaba. Iaime me explicó que hacerlo era una ofensa porque supondría que el otro no lo sabía y había que mostrárselo. No hacerlo era una prueba de confianza. Pero unos metros más allá otros bailaban con la música de una máquina y saltaban como sapos felices.

Las máquinas son una especie de cajón del tamaño de un caballo chico, cerrado por todos los lados, y hacen la música sin que se vea cómo. Me imagino el revuelo que podría provocar una de estas un domingo a la tarde en la piazza del Popolo. Si pudiera hacerme con una y copiarle los planos tendría hecha mi fortuna. Iaime me dijo que estas de la calle eran máquinas un poco indignas porque siempre tocaban las mismas cuatro músicas pero que a los habitantes les gustaba así. Me dijo que las buenas pueden tocar lo que su dueño les ordene y las mejores tocan una sola música y se van deshaciendo mientras tocan, pero que de esas sólo tienen su rey y unos pocos mercaderes muy ricos. Le dije que hacer una máquina para que se destruya era lo mismo que cuidarle la mano asesina al asesino en el tormento y se rió. Me pasó el brazo por encima del hombro y me dijo que tenían razón en alejar a los forasteros:

—Son más que raros: son pifiados.

Iaime se seguía riendo. Junto a la máquina, los sapos seguían saltando con revoleo de pechos, miembros y pelos empastados. No entiendo cómo no están cayendo todo el tiempo en la concupiscencia. Debe ser por falta de imaginación y la simpleza de sus mentes. Iaime seguía con la risa y me dijo que estaban todos tan alegres. Por lo que he visto, los naturales son del todo alegres, hasta el punto que miran con alegría y mucho interés espectáculos tan sangrientos como los de hoy. En nuestros países, el interés que despiertan va henchido de reflexión y recogimiento; aquí se los toman un poco a la chacota. No los entiendo. Pero reconozco que tienen un humor y un talante de lo más agradables, aunque su mismo humor los hace más bien despreciativos. Hoy no; hoy están tan alegres que ni siquiera se deciden a despreciarme más. Una chica de 12 años me bailaba alrededor con sus piernas muy abiertas y sus brazos revolviéndome el pelo; Iaime la espantó por si me molestaba. Después me dijo con su cara de asco que era flaca y fibrosa y que los hombres de la Ciudad, cuando van detrás de las mujeres, dicen que tienen que ser grasas para que no se parezcan a sus esqueletos. Que es muy duro fornicarlas si nos recuerdan a sus esqueletos. La chica le tiró una patadita en el tobillo y Iaime me miró bien ufano.

—Pobrecita, tan poca. Ni para forastero alcanza.

Todos mostraban sus sonrisas de muy pocos dientes; hace tanto que no veía semejante algarabía. Iaime me dijo que era un día muy especial, que estaban todos más que alegres pero muy susceptibles. Me dijo que nada los alegra tanto como un fallecimiento con su cambio de tiempo, cuando de pronto todo puede ser del todo



diferente. Después en general se desilusionan, dijo Iaime, con un gesto como de espantar moscas. En la Ciudad hay pocas moscas. Le pregunté si ya había visto otros y me dijo que era el primero porque el padre Ramón vivió mucho, pero que le contaron. Entonces paramos para comernos uno de esos pájaros asados y le pregunté cómo era el rey nuevo.

—Yo digo que no es el hijo del hijo de un gran hombre y eso es malo. El hijo de un gran hombre nunca es mucha cosa.

Me pareció que el gran hombre era el que fallecía, pero dudé porque estaban todos tan contentos. Quería preguntarle pero me dio miedo de ser hiriente o descortés. Le pregunté qué más sabía sobre el próximo. Me dijo que muy poco, que el príncipe, al que llaman el Hijo, es de verlo muy poco.

—Nunca lo vemos hasta que declara su tiempo. O lo vemos sin saber que lo vemos. Es como el cielo. Antes, mientras, más bien lo imaginamos.

A veces Iaime entendía alguna cosa. Me dijo que cada cual lo imaginaba como quería y así cada cual hacía su Hijo cómo le convenía. De este unos decían que era demasiado enérgico, otros que no le gustaban nada las mujeres, aquel que pretendía hacer campañas militares inventando enemigos, muchos que no se ocupaba de los enemigos verdaderos, este que nunca empezaba nada sin el consejo de su madre, y tantas otras cosas. Lo bueno, dijo Iaime, es que después cuando lo ven y lo escuchan en su declaración cada cual confirma lo que ya sabía y, durante un tiempo, todos aman al nuevo Padre más que a nadie, porque es lo que esperaban. Me pareció que Iaime le faltaba el respeto y le pedí que hablara más bajo. Él se rió con varias carcajadas; no paraba de decir que por qué los forasteros éramos tan pánfilos y me llevaba con su brazo sobre mis hombros, apretado.

La explanada del palacio es ovalada, enorme, casi tanto como la piazza de San Pedro y estaba rebosante. Alrededor de la explanada hay casas muy antiguas, señoriales, de dos pisos de piedra; algunas están pintadas de verde o de ocre. Iaime me dijo que en esas casas viven las personas importantes, los que tienen grandes cargos. Muchos estaban mirando la explanada desde sus balcones. En la explanada del palacio había tanta gente que parecía raro que hubiera también en otras partes. Muchos conversaban sobre el tiempo del rey próximo:

—Va a ser un tiempo más de hacerlo nosotros.

—Lo que nos hace falta, javalón. Igual mejor que este no se puede.

—Se puede, porque va a ser nuevo.

No entiendo casi nada. Tengo que averiguar cómo era el tiempo del rey que ahora fallece.

—Un amigo mío conoce a un consejero.

—¿Entonces sabe?

—Sabe lo que no sabe, sin las dudas. Con este Oscar nadie sabe, es muy privado.

Decía un hombre bajo, todavía más bajo que los otros, con un collar de piedras refulgentes, y varios lo escuchaban embobados. Iaime me dijo que era un administrador importante del palacio, un persona, que tenía su casa sobre la explanada y debía haber bajado a hacerse oír. La tarima de la explanada era más grande que las otras y tenía de fondo un telón amarillo; estaba justo delante de la puerta de entrada del palacio, recortada en el muro de piedras negras desaparejas como las montañas del fondo. En la tarima había tres hombres. Uno miraba; otros dos tenían cuchillos en las manos. Los de los cuchillos eran más jóvenes y se tiraban mandobles con desgano. Junto a ellos, un poco más atrás, el constructor Iose los controlaba. Los tres cuerpos resaltaban mucho contra el amarillo.

El constructor Iose parecía ser el autor más importante del momento. Iose actuaba poco, para reservarse, y cuando se sabía que dirigía un tormento se juntaban a verlo multitudes, me dijo Iaime, nervioso por la expectativa. Se frotaba las manos y enseguida me agarraba de vuelta.

—Así, recién empieza. Es turbulento. Esto tiene agua para correr y embarrarnos los ojos.

Dijo Iaime. Una chica muy joven, distinta de la que me bailaba porque tenía carnes que le sobraban en grandes cantidades, nos dijo que acababan de anunciar las reglas. Los dos de los cuchillos se llamaban Iacobo y trabajaban para un mercader de perfumes; juntos le habían robado el secreto de una mezcla para vendérsela a un mercader de una ciudad del norte. Eran amigos de mucho tiempo, desde su aceptación, dijo, y habían sido cómplices. La chica fumaba y escupía su saliva. Nos dijo que cada Iacobo tenía un cuchillo muy desafilado y que tenían que tajar al otro una vez cada uno. Ninguno podía dejar de tajar y sacar al menos una gota pero tenían que tener gran cuidado porque el primero que matara al otro tenía un castigo implacable.

—Esa es la marca de Iose, el castigo después. ¿Cuál será este castigo?

Preguntó Iaime y la chica dijo que no sabía porque nadie sabía. Dijo que el castigo podía ser guardar al Iacobo vivo muriéndose varios días, darle tormentos espantosos, castrar a su hijo, entregarlo a la familia del otro o quién sabría; que recién cuando muriera el otro el Iacobo vivo iba a saber, y que eso era una parte fuerte del castigo. En la tarima, los Iacobos tiraban mandobles que iban sobre todo a los brazos y las piernas del otro; sus brazos y sus piernas estaban llenos de tiritas rojas pero sus troncos y caras no mostraban casi nada todavía. Los dos se movían muy despacio, anunciando cada mandoble para que el otro pudiera defenderse si quería; casi nunca quería. Los dos Iacobos habían sido tan amigos y ahora se miraban todo el tiempo a

los ojos, para aprender a herirse y no matarse. Seguían siendo amigos o, si acaso: se precisaban más que nunca. Iose, parado detrás, los miraba callado y de vez en cuando les susurraba una orden. No lo oíamos, pero debía decirles que tajearan aquí o allá, que tiraran puntazos, que se movieran más a los costados. Iaime dijo que Iose era un maestro verdadero:

—Su tormento es lento como el agua estancada; es exacto para el tiempo de nuestro Padre ahora. Fue el que lo descubrió y es el mejor de todos, pero ahora ya se le termina, bruta especie.

—Más elegante es porque no hace nada, mi señor; deja que ellos se hagan ellos mismos. Él nada más los manda con palabras.

Dijo la chica gorda, con los ojos en blanco de deleite y sus manos entrelazadas donde caía su ombligo. La chica tenía los brazos bien fuertes y cortos. Un anciano flaco con los ojos muy vivos dijo que esas eran paparruchadas; que lo magistral de Iose era que había conseguido devolverles el miedo.

—Desde la Larga estaba muy difícil, pobres perros. Ahora tienen su miedo tremebundo de quedarse vivos.

A mí me preocupó que recibieran el tormento por un asunto de perfumes. Si los cuidan a tal punto, nunca voy a conseguir un comercio corrido. Iaime siguió con su entusiasmo como si no hubiera escuchado al viejo seco:

—Iose es de lo más ornamental pero tiene la idea: habla del tiempo. Es tan bueno que puede que se invente un tormento para el tiempo de Oscar, si sigue vivo.

Los dos Iacobos tenían que moverse todo el tiempo; no podían parar ni acelerar el ritmo ni dejar de tajearse. Al cabo de un rato Iose les cubrió los ojos con una tela amarilla a cada uno. Entonces los dos tanteaban bien el cuerpo del otro antes de tirar mandobles y los tanteos eran caricias de restañar heridas y de pedir perdón. Más tiempo se acariciaban que se herían. El viejo decía que eran caricias de interés, para cuidar que el otro no se muriera. La chica que fumaba tenía la otra mano en sus partes y se frotaba sin empacho. Otros daban gritos o rugían. Hasta los vendedores se habían quedado quietos y miraban. Los dos Iacobos eran dos cuerpos fuertes, morrocotudos, bronceados, remachados, brillosos de sudor sobre los músculos con sus piernas y sus brazos como una bola roja desvencijada en tiras. Tenían los ojos vendados y se tocaban amorosos. Iaime me masajeaba el cuello porque dijo que ya debía dolerme, de tanto estirarlo para ver. Le pregunté por qué sus compatriotas no quieren a los forasteros.

—Podríamos quererlos, pero no hay para qué.

Me miró con una chispa en cada ojo y me dijo que los forasteros siempre son peores que ellos. Que no entienden las máquinas, no entienden la belleza, no entienden los

fornicios, los tormentos.

—Son muy muy brutos, redomados. Usted se cree que no pero es bastante bruto.

Me hizo gracia que me dijera esas cosas un salvaje. Nosotros también creíamos esas cosas cuando no habíamos salido de nuestra tierra. Después viajamos y descubrimos que era cierto. Pero no se puede comparar. Los dos Iacobos apenas podían estar parados, por las piernas como bolas rojas, pero Iose los alentaba sin descanso y no dejaban de tirar mandobles. Ya se tajeaban muy suave en los hombros y pechos; una vez, el Iacobo de la izquierda levantó su brazo muy atrás, como para dar un hachazo definitivo pero a medida que bajaba se arrepintió de a poco y le marcó un puntazo. Iose gritó para decir que si alguno de los dos se tiraba sobre el cuchillo del otro era como si lo hubiera matado y le cabía el castigo. Muchos se rieron muy fuerte, para decir la aprobación ante la orden de un maestro verdadero. Iacobo de la izquierda tenía la cara dura con un rictus de la boca y la nariz abierta; Iacobo de la derecha ladeaba la cabeza y acariciaba su cuchillo como calmando un animal. Iose gritó para decir que no podían tajearse la nariz, que era la parte más culpable. Ahora los dos estaban de rodillas, con los ojos vendados y abrazados, apoyados uno en otro y se tajeaban la espalda con ternura. Después de cada tajo la caricia; antes también. Había silencio y se escuchaban los ronquidos de los dos y el ruido como un ronquido de bebé de los cuchillos desafilados en la carne. El viejo seco dijo que el espectáculo iba a durar días, porque los dos eran tan buenos.

—Yo los conozco y conocí a sus padres, tiépidos muy suaves. Sus padres no murieron; pueden entrar en el castigo.

Ya era de noche. Los hombres habían encendido los candiles. El público estaba tan interesado en Iose y los Iacobos que cada vez había menos comentarios ni discusiones ni bailes ni comidas; me pareció que los tormentos menos magistrales pueden ser más entretenidos. Este tenía la frialdad orgullosa de un pájaro perfecto: alas que no se mueven. Muchos se habían sentado en el suelo y miraban la tarima con sus bocas abiertas y caras de deleite estupefacto. Iaime me dijo que el tormento iba a seguir así hasta que saliera el sol al día siguiente, por lo menos, o quizás otro día, y que muchos se irían y volverían y muchos se quedarían a pasar la noche. Después me dijo que seguramente al día siguiente, o al otro, el nuevo rey iba a declarar su tiempo desde esa misma tarima. Iaime me dijo que podíamos irnos un rato a mi posada, descansar un poco y volver más tarde. Me pareció bien, porque estaba agotado.

Mientras caminábamos por la avenida, en medio de los bailes, Iaime me dijo que su padre me había hecho esperar el otro día porque sabía que Padre estaba falleciendo. Que los mercaderes siempre saben más cosas que los otros y que por eso me había dado largas.

—Él sabe que ahora no puede darle nada, mi señor, le digo. Pero sabe que puede que con el tiempo nuevo pueda. Le conviene y espera.

Yo quise preguntarle un poco más sobre los tiempos y los cambios de tiempo pero él seguía hablando y pensé que a lo mejor mañana. Cuando llegamos a la posada, Jaime me preguntó si en vez de quedarse en la puerta de la posada no lo dejaba dormir en mi cuarto. Así que ahora estoy escribiendo lo que pasó este día y él está recostado en mis pieles, medio dormido, despatarrado con una mano entre los muslos, sobre el vientre. De vez en cuando me mira y me pregunta si me falta mucho todavía.»

Visto ya el documento, podemos apuntar algunos de los problemas que plantea. El viajero describe la Ciudad en un estado de amable algarabía: nada que permitiese presagiar las penurias que se avecinaban. Lo cual equivale a descargar toda la responsabilidad de la catástrofe sobre el propio Oscar. Más allá de su —probable— injusticia, el juicio retoma esa tendencia —ya citada— a analizar los movimientos históricos en términos de individualidad. Pero también es cierto que Oscar no cuenta nada acerca de los tormentos que se producen en las calles de la Ciudad mientras él termina de decidir su tiempo. ¿Será que no le interesa registrarlos? No veo el motivo. ¿O que, pensando en algún tipo particular de lector, prefiera acallarlos? No me parece que sea el estilo de su relato. Se podría pensar, quizá, que no está del todo al tanto de lo que está sucediendo alrededor de su palacio. Que todo esto que describe el viajero pasa fuera de su control y, quizá, conocimiento: que la escena sería otra muestra de la falta de poder de los soberanos de Calchaqui.

Por otra parte, el relato crea dudas sobre sí mismo: ¿por qué se interrumpe sin ninguna explicación en la víspera de una situación tan fundamental como la Declaración del tiempo del soberano Oscar? ¿Acaso el viaje se vio igualmente interrumpido por alguna circunstancia exterior que desconocemos? ¿Quizás el tiempo del nuevo soberano significó la expulsión del forastero? ¿Habrá quedado envuelto de alguna manera en el caos que debe haber seguido a la Declaración? ¿Puede que su relación con el joven Jaime —que su cerrazón itálica le hace llamar Jaime, como Iose a Jose, Iacobo a los Jacobos— le haya creado complicaciones que prefiere no mencionar? ¿O que esa misma relación lo llame a silencio sobre la continuación de su jornada? Y, en otro orden de cosas, es sorprendente que el viajero no manifieste ningún problema de comprensión del idioma de la Ciudad. ¿Cómo podría haberlo conocido? ¿Habría alguien, quizás el propio Jaime, que le tradujo todo lo que cuenta?

Pero, sobre todo: ¿no es demasiado perfecto que nuestro viajero desconocido haya llegado a la Ciudad justo dos días antes de la muerte del soberano Ramón y la declaración del soberano Oscar, es decir: en el momento en que se está dictando *La Historia*? Aquí también las preguntas, como bien señalara el vienes, saben más que cualquier respuesta.

Por otra parte, es extraño que un narrador tan meticuloso no dé datos más fehacientes sobre la localización del lugar visitado. Esto podría explicarse si el documento que manejamos no es más que un fragmento; no lo sabemos: en tal caso, se podría inferir

que esa localización aparece en las páginas faltantes. O se podría suponer que el viajero se reserva esa información para mantener el secreto de un negocio con posibilidades astronómicas. Más sorprendente aún es el estilo: el lector no habrá dejado de notar que, a medida que avanza la narración, la prosa se asimila cada vez más a la de ***La Historia / de cómo se perdieron los reinos y posesiones / que llegaron a cubrir el tiempo***. ¿Se podría suponer que el fragmento fue redactado por un natural de la Ciudad con ciertos conocimientos del mundo exterior? Es improbable. ¿O que el redactor había leído pasajes o la totalidad de ***La Historia***? Las fechas no coinciden.

El caballero Alphonse des Thoucqueaux era dueño de una gran fortuna y, según queda dicho, muchos en su tiempo sabían de su pasión por las tierras exóticas. Algunos de sus documentos justifican sus fuentes; otros, como este, no lo hacen. ¿Se podría pensar que, en aquellos tiempos de pericia y fantasía, algún falsario audaz se haya aprovechado de la credulidad o la pasión del caballero para venderle un escrito total o parcialmente fraguado? Sería, sin dudas, la hipótesis más cruel. <<

[57] «**los primeros gritos, sabré algo**»: el narrador se refiere, obviamente, a la muerte de su padre Ramón. Sobre su relación con su padre disponemos de un documento excepcional: uno de los escasos fragmentos encontrados de sus memorias personales, escritas, por supuesto, en tercera persona.

El fragmento ocupa un lugar de privilegio dentro de los documentos sobre la Ciudad y las Tierras: sabemos que los soberanos y herederos de Calchaqui no estaban autorizados a escribir. Se consideraba que todo lo que hacían los soberanos formaba su escritura, que se inscribía en el cuerpo social de sus súbditos. Una forma pública y determinante de la escritura —ver en cap. 2, pág. 294, los consejos de Ramón a su hijo. Por eso, si escribieran relatos estarían redundando o rebajándose. Oscar tuerce de alguna manera esta prohibición al dictar a Jushila ([ver nota 17, cap. 1](#)) sus memorias de la Ciudad y las Tierras, pero la quiebra sin atenuantes al escribir por sí mismo el presente fragmento. Es probable que el exceso de distancia que muestra tenga que ver con la prohibición: Oscar exagera las marcas de que no es él quien escribe, ya para despejar sospechas, ya para mofarse de ella: Por eso, supongo, este escrito plagado de términos e ideas que no nos parecen, a primera vista, propios de la cultura calchaqui.

Debo aclarar que este fragmento no consta en el volumen de la *edición Thoucqueaux* sino que lo encontré, manuscrito, en la biblioteca del castillo de Mathilde des Thoucqueaux, sin más indicaciones que un título: «Esto escribió el Hijo.» El papel del manuscrito era antiguo y la tinta y letra parecían las mismas que en las notas marginales que enriquecen la *edición*. Debe haber sido un borrador: estaba lleno de tachaduras y correcciones, y no me fue fácil descrifrar muchos de sus pasajes: por eso, quizá, lo sorprendente de algunas frases y su redacción absolutamente deshilachada. El escrito es extraño, y me hizo dudar mucho tiempo. Es cierto que, además, la prueba documental puede parecer insuficiente pero, dado su interés, me arriesgo a asegurar que su autor fue en verdad el heredero del trono de Calchaqui, Oscar.

«Cree que no podrá tener un hijo. Por supuesto tiene muchos hijos, por todas partes tiene muchos hijos pero dice: un hijo aceptado, el Hijo que sea Padre, no creo, creo que nunca.

Y quiere decir: creo que nunca voy a poder tener un hijo que sea un hijo aceptado, un Hijo que después sea Padre a su vez y tenga un hijo. Lo haré, dice, pero no creo.

—No creo que pudiera tan fácil resignarme a dejarle tan fácil el único lugar que para los dos tenemos.

Dice: el hijo pasa la vida del padre esperando para ser aquel que el padre es, y repite:

el Hijo pasa la vida del Padre esperando para ser aquel que Padre es, corrige.

—Esperando a ser Padre; padre creo que nunca.

Cree que nunca podrá tener un Hijo para verlo crecer esperando ser lo que el padre es, esperando, dice: “No hay competencia, hay un solo lugar, ya ocupado”, cita. “De a uno en fondo.” Cita:

“No puede haber confrontación. Recién a la muerte del padre el hijo pasa a ocupar el lugar desde donde podría competir, el mando de la Ciudad y las Tierras, pero entonces ya no hay competencia real: pelea con un muerto, ya se sabe, imaginaria: no se puede vencer”, cita y dice:

—Ya se sabe, pelea imaginaria: no se puede vencer.

Como quien diría:

—No se puede vencer.

Para decir en realidad:

—No se puede, por no poder, siquiera ser vencido.

Cree que no se puede vencer ni siquiera ser vencido porque la pelea no tiene contendiente: el padre, dice, no tiene. Dice que no tiene, cita, cree, piensa, dice otra vez: no tiene. Quiere decir:

—El Padre no tiene padre. Si lo tuviera, su padre sería el Padre.

Una obviedad. Le explican:

“La sucesión de Padres en la Ciudad y las Tierras se estableció como forma de contrarrestar el amor paterno: contra la tentación de: Entregarse al hijo. Perpetuarse en el hijo. Inmovilizarse de espanto al ver crecer la réplica. Destruir al enemiguito. Ser el enemiguito. Castigarse en el hijo. Adorarse en el hijo, contra todo eso”, oye, le recitan:

—Entregarse perpetuarse inmovilizarse destruir ser castigarse adorarse contra todo eso, le explican:

“Contra todo eso se recurre a una competencia mortal: el Hijo es quien enterrará su recuerdo —simulando que lo retoma y lo enaltece—; en dos palabras”, le sintetizan. Oye:

“En dos palabras, usted terminará creciendo al que lo quema a usted”, le dicen. Repite.

—Soy el que lo quema. Tendré que crecer al que me queme. No creo.

Dice: no creo. No creo que pueda crecer al que me queme, crecer por voluntad al que me queme: la sucesión de Padres en la Ciudad y las Tierras.



—Se estableció como forma de contrarrestar el amor de padre en su aspecto.

Retoma: siempre en su aspecto. Jushila le dice que el padre de todos ellos fracasó por voluntad propia para que ellos vivieran. Piensa: puedo. Piensa: podría. Se pregunta: si puede tener el hijo y fracasar para el hijo. Cree: para desobligarlo. Le explican:

—Con el fracaso propio descargar al hijo de la obligación de maravillas. Queriendo decir:

de ser mejor, o sea: ser el mismo.

Y Jushila repite que su padre de todos fracasó para ellos, insiste. Dice Jushila: “Nuestro Padre de todos fracasó por propia voluntad sólo para nosotros, en el sacrificio”, dice: la gloria, dice: la renuncia, dice: el gran triunfo, y todos los amores están condenados, cree. El Hijo cree que los amores están tan condenados, se pregunta:

—¿Los amores están tan condenados a ser cada vez menos recíprocos, menos simétricos, como el amor del padre por el hijo?

Tan cada vez menos recíprocos, menos simétricos, dice, pregunta, como el amor del padre por el hijo y le preguntan, suave, sin palabras:

—¿Existe otro? ¿Existe algún otro?

No lo sabe. No sabe: es tan espeluznante que cada cual críe por voluntad un hijo para que sea testigo de su decadencia, cree: producir un testigo y apenado de mi muerte, el único que seguro me verá en la muerte, dice:

—Criar por voluntad un hijo para testigo y apenado de mi muerte.

Resume, piensa: por voluntad mi muerte, repite:

—el único que en mi muerte seguro, dice:

por voluntad mi muerte. Y sale, corre, suenan los gritos y los gritos. Corre: tiene que ver al padre para aprender a verse viejo. Corre, sale, suenan los gritos y los gritos: para aprender a verse muerto.» <<

## **Notas a «La Segunda»**

[1] «**La Segunda**»: la Segunda o capítulo 2 corresponde, como queda dicho, a la segunda hora ([ver nota 2, cap. 1](#)), de pura reparación y descanso, colación y siesta, que equivale a nuestro mediodía. A modo de subtítulo, aparece en la **edición Thoucqueaux** la frase en bastardilla: *Donde se espera sin cesar / lo que todo joven espera sin cesar.* <<

[2] «**Las parteras recuerdan**»: sigo sin entender la lógica de Oscar. Por fin parece que empieza a contar con cierto orden su vida: decide recordar su nacimiento. Y, recién empezado, ya se desvía y se pone a hablar de cómo son las parteras. Se distrae, se complica. Parece como si fuera incapaz de avanzar hacia donde quiere ir o, incluso, de saber adónde quiere ir. Creo que una de mis mayores dificultades a lo largo de este trabajo desmesurado, exigente, ingrato, de edición de *La Historia*, es esta labilidad de un narrador incapaz de mantener el hilo. Son raros los momentos en que dejo de preguntarme por qué está contando lo que está contando, y no cualquier otra cosa que, aparentemente, daría lo mismo. A veces supongo que con esa profusión intenta esconder lo que realmente le importa —pero no termino de estar seguro de qué puede ser—, otras veces pienso que es su manera de buscarlo, otras que se quiere burlar de sus lectores, otras que quiere transmitirles la confusión angustiosa de esos momentos decisivos; he llegado a pensar que en verdad es una forma de relato que se ajusta al tiempo de su padre Ramón, o que los modelos culturales de Calchaqui no le permiten contar de otra manera —aunque no lo parece. Pero muchas veces vuelvo a la idea de su lisa y llana incapacidad para la tarea que se ha propuesto.

Ninguna de estas explicaciones me conforma del todo: son sólo hipótesis, y siempre respetaré la regla de oro de no engatusar a mi lector con algo que no he podido comprobar. <<

[3] **«camino, espacio, color de las paredes»:** hubo, en distintos momentos de Calchaqui, quienes creyeron en la posibilidad de neutralizar el trayecto del bebe y acabar con la maldad del hombre. Entre ellos, Javier es uno de los más interesantes.

Javier vivió en días del soberano Mario, el 11, en pleno tiempo de Caprichos. El tiempo de Caprichos tentó a los que querían hacer experimentos: si llegaban a un final de catástrofe, siempre quedaba la posibilidad de que Mario declarara que ese tiempo no había sido y su desastre, por lo tanto, tampoco.

Javier había sufrido mucho en su trayecto: cuatro o cinco veces más que lo corriente, supuso su madre cuando lo vio salir congestionado e iracundo. Su padre, dice su biografía, pasado el tiempo confirmó la impresión y pensó que lo sucedería con gran éxito. Su padre era persona: los personas, como queda dicho, descendían de los invasores que habían llegado con el primer soberano y habían conservado, salvo en contadas excepciones, buena parte del poder político y económico de la Ciudad y las Tierras aunque, desde tiempos de los soberanos 7 u 8, la potencia industrial de maquinistas y perfumistas amenazaba su hegemonía. El abuelo de Javier fue de los 4 que supieron reaccionar: 4 personas que se aliaron y decidieron renunciar a la posibilidad de cualquier cargo en Palacio —la Casa— para consolidar sus fortunas.

La biografía de Javier se detiene más de lo común en esta historia anterior a su nacimiento: debía tener su peso en Calchaqui. Los 4 cambiaron parte de sus tierras en los bosques del sur por una flota importante de vicuñas mecánicas; que unos personas poseyeran vicuñas mecánicas fue, según la biografía, un escándalo: los 4 se reían por lo bajo. Es obvio que ellos no viajaban con las caravanas, pero administraron la flota con las astucias que habían aprendido en la Casa; en poco tiempo habían triplicado la cantidad de máquinas. Cuando sus hijos —entre los cuales estaba el padre de Javierse hicieron cargo del negocio, los 4 habían cumplido con creces sus objetivos: habían llevado sus fortunas a puntos nunca antes vistos en la Ciudad y se habían colocado en posición de controlar a maquinistas y fabricantes de perfumes. Por un lado, eran los principales usuarios de las máquinas más comunes —las vicuñas mecánicas—; por otro, manejaban las caravanas que exportaban al norte los perfumes.

Javier nació en una de las grandes casas alrededor de la explanada del Palacio, donde vivían los personas más acaudalados. Su biografía se entretiene en ese punto: «Saben que no pueden pero tratan igual: es bonito el que trata sabiendo que no puede. Nunca sus casas van a ser iguales a la Casa, pero es su forma de sumisión y desafío intentar que parezcan. Javier nació en esa casa y, enseguida después, se fue a la casa de su madre: la de al lado. Su madre era una hija de otro de los 4; por las dos sangres, Javier tenía todo el emporio y el ímpetu de los personas más emprendedores: le sobraba.»

La reflexión también aparece en otros escritos de Calchaqui: la herencia determina — es el principal factor— el destino de un joven, pero si hay una sobrecarga de algún elemento puede producir el efecto contrario. No tenemos datos para saber si sus escritos habrían explicado así la conducta de Oscar; así explicaron la de Javier, que muy pronto se negó a administrar riquezas de su padre.

«Javier tenía las piernas más flaquitas y bastante derechas. Cuando le dijo a su padre que quería ser médico, el golpe de él lo hizo trastabillar. Trastabilló un rato largo, más de lo sensato: después, por fin, se cayó al suelo. Javier sabe que se cayó al suelo porque le era mejor y su padre, casi seguro, también sabe. Su padre le preguntó qué podía hacer para impedirlo:

—Nada, sin las dudas, ya ve: ya llegué bien al suelo.

—Para impedir que se lance a hurgar cuerpos enfermos, le pregunto, qué puedo..

Le aclaró su padre, con gruñidos.

—Nada, sin las dudas, ya ve. Volver al suelo es lo más fácil.»

La formación del médico en Calchaqui merece un capítulo aparte ([ver nota 26, cap. 1](#)); baste repetir que convenía perfectamente a alguien con la tasa de maldad extraordinaria de Javier. Después de los años de rigor, Javier, según su biografía, se instaló en una casa modesta del barrio del Mercado y se dedicó, durante un tiempo, a tratar sobre todo quemaduras. Las quemaduras eran lo más frecuente en ese barrio y tenían la ventaja de que no eran una causa de muerte registrada ([ver nota 36, cap. 1](#)): cuando alguien se moría tras las quemaduras, la razón se adjudicaba a otros dolores. Javier estaba bien situado. Las quemaduras, como podían ser en cualquier parte, le permitían revolver cosas muy diferentes y, además, un enfermo con quemaduras estaba entregado. Al cabo de unas pocas estaciones, su fama creció: no era mal médico y, sobre todo, era excitante que el hijo de un persona de los 4 atendiera enfermos en el barrio del Mercado. Los personas, por supuesto, no iban: los vulgos más enriquecidos se enfermaban para poder ir.

«Javier estaba contento de ver tantos enfermos más bien sanos. Los vulgos iban sucios, un poco malolientes, encostrados a veces, a mostrarle llagas chicas adentro del ojete o el color marmolado de sus escupitajos. Les encantaba arrastrar a un persona y más, después, contarlo. Cuando lo contaban se daban cuenta de que estaban más resentidos de lo que querían y se prometían no volver, pero volvían. La fama de Javier ganaba, porque no era difícil curar a tantos sanos, y él disfrutaba de la mugre como de aquel empellón y su caída. Javier hurgó bastantes lodazales: primero con placer por la caída y después con un toque de crueldad. Su maldad era tan atractiva.

Les decía que su enfermedad era tremenda pero que si seguían sus órdenes muy complicadas él los curaría, y les recetaba mucho trabajo y les daba ideas para ganar más y más bienes. Los vulgos se curaban de sus enfermedades falsas y no podían dejar ni un momento de ser cada vez más parecidos a ellos mismos: una condena que nada más Javier entendía y disfrutaba. Cuando alguien es muy malo, sabe disfrutar solo. Compartir su maldad lo necesitan nada más los que no están seguros. Javier también ganaba muchos bienes, pero no como persona: eran bienes ganados como vulgo.»

La biografía abunda en detalles que deberemos pasar por alto. Finalmente registra que a sus 28 años, sin un hijo, famoso por una maldad que nadie sabía exactamente cómo era, Javier llevaba una vida muy envidiada: frecuentaba los tugurios, comía a ventarrones, estaba gordo sobre sus piernas flacas, usaba los hombres y mujeres que quería y cada vez atendía a menos enfermos —que estaban menos enfermos cada uno — a los que les cobraba cada vez más. Pero al final se asqueó:

«La mujer tenía un apenas nada: una herida muy chica en el costado del cuello con un poco de pus de color ambarino. Nada bruto. Pero no olía con el olor de pus y Javier se pasó un buen rato pensando qué sería, probando y escupiendo, comparando olores, hasta que se hartó:

—Señora, no me importa estito. Vuelva a verme cuando esté preñada.

Nunca supo muy bien por qué había dicho eso. Al día siguiente le compró cinco vicuñas mecánicas a un fabricante semiarruinado que no había hecho contratos con su padre, cargó unas cuantas cosas y se fue con un servidor jovencito a una casa que tenía en el Norte, a dos días de la Ciudad, poco antes de que empezaran los cardones. Era de las zonas donde había más antiguos.»

Según la biografía, Javier no se molestó en absoluto por lo primitivo de su nueva vida. Se consiguió 5 o 6 jovencitas antiguas y las preñó con diferencia de muy pocos días. Les daba regalos consistentes: durante varios meses, más y más jovencitas se presentaron para que las preñara. Javier sólo les pedía que volvieran para el parto: ninguna pensó en dejar de hacerlo porque les prometía regalos todavía más alentadores. A una, dice la biografía, llegó a prometerle una vicuña mecánica. Para un antiguo, una vicuña mecánica era la esperanza de cambiar de vida.

«A veces pensaba que no quería que hubiera otros como él por egoísmo; otras creía que era por generosidad. A veces, que el egoísmo es la forma más segura de ser un poco generoso: un poco, no tanto como para que diera las sospechas. Otras, que ser egoísta es demasiado honesto y no le correspondía a su carácter. Decidió que cuando

terminara de hacerlo iba a saber la causa. Mientras tanto, las antiguas preñadas engordaban y Javier preparaba sus instrumentos y maneras. Si conseguía que los bebés nacieran sin pasar por tantos vericuetos, tendrían que nacer sin la maldad.»

El planteo de Javier era simple —incluso demasiado simple. Por los recuerdos de parteras y por su propia experiencia con los cuerpos que había podido abrir, conocía el trayecto de los bebés; si les evitaba ese mal trago, no habría razón para que «se enconaran con el rencor que después los va trayendo malos.

No llovía cuando abrió a las tres primeras. Los chorros de la sangre eran más que lo que había pensado: era difícil ver, en medio de los chorros. Javier no podía manejar sus cuchillos como había querido: en cuanto empezaba con los tajos le saltaban los chorros tan oscuros. Se manchaba los brazos, las manos se le pegoteaban, tenía la cara salpicada y la primera mujer no paraba de soltar tremendos gritos. A la segunda y la tercera les tapó la boca; estaban bien atadas pero igual se revolvían con franco pataleo. Los tres bebés se le murieron: le pareció que se morían ahogados en el caldo de sangre. Puede que no, pero igual se morían. Las preñadas se morían también, pero con eso ya contaba. Como no llovía, al día siguiente, para abrir a la cuarta, se instaló afuera de la casa, sobre una tarima que se armó entre lapachos.

El sol era tibión. A la mujer la hizo tomar una cocción que la dejó bien pánfila. Estaba como dormida y no gritó ni pataleó: se murió sin titubear pero los chorros fueron mucho más suaves. El bebé también estaba muerto cuando Javier pudo sacarlo. Esa tercera anotó en su cuaderno que la sangre viene movida por el terror de cada uno, porque los chorros eran tanto mayores cuando una mujer se revolcaba o daba gritos. Pensó que estaba contento con lo que había descubierto pero era nada más un paso que quizá no lo llevara a ningún otro.

Llovía y había sol, según. En los dos días siguientes probó con otras tres y en la sexta llegó a sacar al bebé respirando un poco, durante poco tiempo. Después se le murió, más bien violeta. Javier lo miraba para tratar de saber si había sufrido, si hasta ahí se le había armado un rencor más o menos que al pasar el trayecto. La séptima se le murió desvanecida en cuanto vio los instrumentos y no tuvo ganas de sacarle el bebé. Al otro día le tocaba Sara.

Sara no debía ser su nombre, porque una antigua no puede llamarse Sara de verdad, pero Javier la llamó Sara. Sara era chiquita como algunos antiguos, cada parte chiquita pero en su proporción: como un juguete para vulgos. Sara tenía su nariz en punta y una pancita llena de rollos que era cada uno como el dedo chico de Javier: se reía con una grandeza que no le cabía en el cuerpo. Muchas veces, viéndola preñada, Javier había pensado que si llegaba a salvar a su bebé iba a ser un poco como él pero tanto más chico: una imagen a escala. Le gustaba una imagen a escala. Pensó que si lo dejaba nacer por el trayecto la madre era tan chica que el bebé iba a tener una



maldad a escala, y lo tentó la idea, pero al final supuso que tenía que cortarla. Si sacaba al bebe entero y vivo por el corte, sin su maldad, iba a tener su imagen a escala pero buena: algo de mucho gusto y repugnante. Después pensó que quizá no tenía que cortarla porque le daba mucha pena.»

La historia de amor entre Javier y la antigua llamada Sara es una de las pocas que encontramos con estas características en toda la documentación sobre Calchaqui, y es posible atribuirla a la ebullición del médico escapado. Las historias de amor no son frecuentes en la Ciudad y las Tierras ([ver nota 58, cap. 3](#)), pero prendarse de una antigua hasta el punto de no querer seguir su experimento era una forma más de poner en obra su maldad como potencia disolvente. Llegado el momento, a Javier le faltó el coraje necesario para abrir en canal a la pequeña antigua, que tuvo un parto normal y un hijo de tamaño especialmente reducido. En los días siguientes, Javier todavía abrió a tres antiguas más que le quedaban, sin éxito pero sin entusiasmo; en esos días empezó a imaginar su sistema.

«Pensó que su error había estado en atacar la maldad con argumentos de médico. El trabajo del médico es hacer cosas irreparables: cortar, sacar, deshacer para no dejar puertas abiertas a la vuelta. Pensó que si no pensaba como médico podía descubrir que cosas que se hacen se pueden deshacer. Pensó que por pensar como médico había trabajado sobre los cuerpos y que trabajar sobre los cuerpos no era serio: cada vez pasaban cosas bien distintas. Pensó que hacer las cosas en la práctica es muy de vulgos y de persona es hacerlas sin materia: entendió el odio de su padre por los médicos. Entendió por qué su padre le había dicho que él no lo entendía pero ya lo iba a entender cuando tuviera un hijo. Se acababa la cuarta: el bebe minúsculo berreaba sin respiro. Javier pensó que ese hijo no era su hijo: una imagen a escala, y mandó a la antigua pequeña que se lo llevara lejos unos días. Entonces, justo entonces, se le ocurrió la idea de desandar camino.»

Cuando Javier apareció, después de cinco estaciones, más robusto en la casa de su padre frente a la explanada, no contestó las preguntas que le hicieron. Su padre le permitió instalarse en un cuartito del segundo piso, donde puso a punto sus ideas.

La doctrina de Javier se basaba en el convencimiento de que el recuerdo no es irreversible. O sea que era posible desandar el trayecto que llenaba al bebe de rencores y le inducía la maldad: remontándolo del todo, cada cual debía llegar a la buena voluntad original: el punto en que el homúnculo —o feto— no había sufrido todavía.

«Javier pasó estaciones para pensar cómo. Por fin le prometió a su padre que iba a hacerse cargo de su negocio en cuanto terminara: primero tenía que construirse un

trayecto para desandarlos. Hizo el trayecto en un gran depósito del barrio de Depósitos, no muy lejos de la puerta del Sur. Para entonces, ya tenía menos de diez que lo seguían.

El trayecto era bastante parecido. La estructura exterior era de un plástico maleable: un gran caño de plástico, como los que se usan para el agua pero más maleable, largo como cinco personas, sinuoso, cubierto por afuera de telas color nada. Afuera no importaba: el trayecto era adentro. Adentro era un portento. Las paredes estaban tapizadas de carnes de animales y, desde afuera, un sistema de tubos las llenaba de sangre. Las carnes tenían que tener, en el momento en que pasaba alguien, cinco o seis días de muertas. Así tenían el olor necesario y, sobre todo, sabían deshacerse en hilos que se enredaban en los ojos y miembros del que estaba pasando.

El que debía pasar entraba justo: el ancho del caño con la carne le ceñía bien el cuerpo, y se metía con los pies paradelante. Entonces reptaba, desnudo, encastrado en la sangre, con sus pies adelante, para hacer de vuelta su trayecto. Desde afuera, otros le golpeaban con palos en el plástico, para hacerle ruido, y también le apretaban las paredes de plástico, para estrujarlo si podían. Mientras reptaba, el que estaba pasando recordaba su trayecto: si lo hacía bien, cuando llegaba a la otra punta lo había desandado todo y, decía Javier, olvidado por fuerza del recuerdo. Si lo había hecho bien anulaba los rencores que le daban maldad.

No era tan fácil. Antes de entrar, el que debía pasar se había purificado cuatro días comiendo nada más puerros y mandioca. La quinta anterior no dormía nada: se pasaba la noche buscando en sus recuerdos el trayecto y recordando todas las maldades en su vida. Al cabo, estaba débil y entusiasta: se rapaba, se tomaba unas cocciones que Javier preparaba y se metía en el caño.

Javier fue el primero que lo hizo. Cuando salió estaba borracho y encastrado y le pareció que no encontraba su maldad por ningún lado. También le pareció que no encontraba muchas otras cosas: que estaba muy fuerte en la nadita. Pero al rato le volvieron otras y la maldad no aparecía. Durante varios días discutió con los que lo seguían si para la bondad alcanzaba con no tener rencores que los hicieran malos; sabían que no, pero que era un principio. Otros también pasaron. Más, del mercado, se fueron enterando y venían a desandar al caño.»

En este punto, la biografía de Javier se demora contando el revuelo que provocó en la Ciudad su experimento. Dice que incluso de la Casa fueron personas a intentarlo y que la mayoría salía sintiéndose virtuosa. La euforia, dice, duró 30 o 40 días. Los que habían desandado se sentían livianos, carentes de su maldad y se creían otros, hasta que un día se descubrían engañando en el peso a una cliente, planeando una venganza complicada o matando con placer a un gallinazo. Cundió cierto desánimo. Javier, preocupado, supuso que los efectos no eran definitivos: tuvo un arrebató de humildad

y dijo que algo tan fuerte no podía arreglarse de pronto para siempre; que el recuerdo es pertinaz y que sólo se consigue ahuyentarlo. Que el olvido es difícil. Que había que hacerlo cada tanto para renovarlo.

Bastantes desistieron, pero muchos tomaron el hábito de desandar, e iban cada tantos días a meterse en el caño. Javier no les quería cobrar pero algunos de los suyos se armaron trayectos en sus casas y vivían de eso. Otros, entre ellos dos Joaquín del grupo original, empezaron a decir que el error de Javier consistía en creer que con sólo desandar el trayecto ya alcanzaba. Que había que desandar todo lo que hubieran hecho con la maldad a costas y se dedicaron a cumplirlo. Fueron pocos. Desandar todo lo de sus vidas era mucho más largo que vivir, porque había que preparar cada momento. Además, el tiempo de Caprichos del soberano 11 no los ayudaba: a veces desandaban un trayecto largo y resultaba que ese tiempo no había sido. Según la biografía, este grupo se retiró a una casa en los arrabales de la Ciudad donde iban armando cada momento para desandarlo. Las preparaciones eran meticulosas, con escenarios pintados y actuaciones muy cuidadas; había vulgos que venían desde su barrio a verlas. Pero era, queda dicho, demasiado largo: todos ellos se murieron antes de llegar siquiera cerca del principio. Uno de los Joaquín, el último en morir, dijo en el trance que estaba satisfecho:

«—Nos pasamos el tiempo desandando y fuimos muy virtuosos, digo: tan virtuosos. La maldad, les digo, la tuvimos todo este tiempo bien parada.» <<

[4] «**el olvido es fortuna**»: contra el rencor que produce el recuerdo, Oscar dice que el olvido es fortuna, lo cual da cuenta del olvido en el que, ya en sus días, habían caído los postulados de Javier ([ver nota 3, cap. 2](#)). Oscar recomienda el olvido puro y simple, sin el delicadísimo trabajo de aproximación por medio del recuerdo que propuso el médico. El olvido casi como azar: tuve la suerte —fortuna— de olvidarme —o el infortunio de recordar. Una fruta que nace o no nace. Como si la memoria se abandonara a sí misma y a sus propios azares. Vista semejante declaración, resulta sorprendente recordar que uno de los libros más importantes del acervo de la Ciudad y las Tierras es, precisamente, el *Libro de los Principios*.

El *Libro de los Principios* es, por supuesto, bastante tardío. Ninguna cultura se preocupa por investigar o registrar orígenes cuando está en medio de los suyos. Sólo cuando la fuerza inicial empieza a decaer, la intención de recuperarla produce esa mirada hacia los tiempos en que todo era inicio. Mientras la Patria se pensaba como la tierra del futuro la construcción de sus orígenes era el vago divertimento de unos pocos, interesados en borrar de los registros las huellas de los indios y la supuesta barbarie de los españoles. Recién ahora, en el momento en que la Patria declina para renacer, intenta la Argentina, a través de trabajos como el nuestro, encontrar sus raíces verdaderas.

Calchaqui no podía ser menos. El *Libro*, según hemos podido establecer, data del tiempo del soberano 8, Aldo, cuando, perdido ya el impulso de los padres fundadores, empiezan a manifestarse los síntomas de la crisis que culminará con la revuelta por la Larga: entre ellos, antes que nada, el movimiento de las Muertes Bellas ([ver cap. 1, pág. 1 y ss.](#)).

La contemporaneidad con este movimiento explica algunas de las características del *Libro*. Otras muchas encuentran su razón en el tiempo de las Causas y Efectos declarado por el soberano 8 ([ver nota 7, cap. 2](#)). Lo cierto es que, tardíamente aparecido, el *Libro de los Principios* se impuso en poco tiempo como un clásico; el significado de la palabra clásico en la cultura de las Tierras es rotundo: «lo que no tuvo origen, siempre estuvo».

Esta idea dificulta mucho la localización del autor o conjunto de autores. Todo registro sobre el hecho de su escritura se ha perdido: la pérdida puede haber sido intencional, para reafirmar el clasicismo de la obra. Sin embargo, por una serie de rasgos que iremos detallando, se puede pensar en la existencia de al menos dos autores —una mujer y un hombre— que se habrían complementado en una tarea de muchos años: esta extensión en el tiempo habría dejado su marca en la disparidad de ciertos criterios e, incluso, en determinadas contradicciones o incoherencias. Aunque, por supuesto, algunas de ellas pueden deberse a interpolaciones posteriores.

Tampoco es imposible —sugiere Alphonse des Thoucqueaux en una nota a su *edición* y, por una vez, su idea parece verosímil— que el *Libro* haya sido encargado por el propio soberano Aldo. Contra tal hipótesis se eleva la objeción de que los monarcas de Calchaqui no solían dejar anónimas sus realizaciones. A menos que Aldo hubiera intentado, en este caso, contrarrestar el descontento que seguramente observaría —a través, sobre todo, del movimiento de las Bellas— con un escrito que estableciera la firmeza y legitimidad de ciertas tradiciones y, al mismo tiempo, reforzara los mecanismos de su tiempo. Pero nada en el carácter que le conocemos lo predispondría para semejante maquiavelismo.

En la versión que consta en la *edición Thoucqueaux*, el *Libro de los Principios* se presenta como un conjunto de 125 preguntas y respuestas (sobre su uso en las adivinanzas, [ver nota 51, cap. 1](#)), que no están redactadas en el estilo dialógico de otras obras calchaquis sino en un tono que podríamos llamar épico. No es seguro que la prosodia original lo fuera: la impresión de epopeya está reforzada por la traducción francesa, en alejandrinos menores rimados; aunque no dejaremos de retomar esta forma en nuestra versión, alimentamos fuertes sospechas sobre la apariencia del escrito original.

Las preguntas no siguen un orden temático. Es decir: no hay un crescendo dramático desde los primeros momentos hasta una culminación, ni una cronología argumental que pueda ser seguida. La mezcla caprichosa de cuestiones postula un tiempo caótico, sin reglas establecidas, y podría referirse a la calidad que tenía el tiempo antes de que los soberanos le impusieran un orden. En cualquier caso, el resultado es un feliz rompecabezas donde la explicación sobre el origen de las comidas sucesivas sucede a la del origen de los peces de río correntoso y antecede a la del origen de los primeros padres:

«—¿Cómo empezaron la Ciudad y las Tierras?

—Primero eran las Tierras una cosa

y otra cosa distinta la Ciudad.

Luchaban por minucias pavorosas:

peleaban sin siquiera la maldad.

Peleaban por pelear, como si fuera

pelea la razón y la manera,

el ocio y el hacer, la vida entera:

el ritmo de cualquier felicidad.

Tantas veces perdieron las razones

que los llevaban a las efusiones:  
la sangre les manaba sin hablar.  
Alberto les llegó desde el desierto:  
no quiso, pero no pudo negarse;  
se resistió a atacar, por estaciones,  
hasta que voces con la voz de un muerto  
le susurraron que tenía que alzarse  
y fundir con sus Tierras la Ciudad.  
El muerto era su padre, que le dijo:  
es hora de que a todo Padre un Hijo  
suceda, y otro y otro y otro más.  
Llegó la paz, con él, llegó la calma;  
llegó el orden, llegó la forma madre  
en que vive lo que ahora vive y manda:  
la Ciudad y las Tierras, con sus Padres,  
la forma exacta de la humanidad.  
Vinieron del desierto veinticinco...»

La respuesta continúa así varias decenas de versos más. Veinticinco rima, previsiblemente, con ahínco, y así se instala el esfuerzo como valor fundacional de una dinastía que siempre, después, se jactó de que todo le sucedía por sus merecimientos inherentes (sobre la conquista de la Ciudad por Alberto, el soberano 1, ver también cap. 4, pág. 803, y [nota 20, cap. 3](#)). Pero la versión que manejamos está llena de conceptos inverosímiles en la cultura calchaqui: humanidad, alma, felicidad —por no citar sino unos pocos— le son del todo ajenos.

Sin embargo, podemos suponer que el fondo es el que era. En su atracción por la grandeza de la fundación, en su elogio del orden, en su elección de la pregunta por el cómo en lugar del porqué, los versos dejan ver claramente, aun a través de traducción tan desgraciada, la mano de una mujer. Se sabe que la épica siempre fue un género básicamente femenino, aun cuando haya sido, en muchas culturas, practicado por hombres (ver al respecto los trabajos de Jules Michelet: la épica sería femenina porque la idea de celebrar una conquista lo es. «Los hombres las hacen, las mujeres las cantan», decía el francés, que nunca había conquistado nada. Después, ya en este siglo, se afinaron los argumentos para sostener esta idea. La épica es femenina,

escribió Julia Kristeva, porque crea un mundo allí donde los hombres sólo conseguirían, si acaso, una modificación de lo existente. Es curioso cómo una misma idea puede ser defendida con postulados tan diversos, hasta contradictorios).

Pero lo interesante de estos versos es lo que no dicen: en su lugar, cualquier relato de los orígenes de una civilización habría narrado la creación de un mundo. Habría hablado de fuerzas sobrehumanas en el momento de dibujar montañas y praderas, ríos y desiertos, plantas y animales y, sobre todo, en el acto sublime de entregar ese espacio nuevo a sus mejores criaturas. La cultura calchaqui, en cambio, apuesta desde el principio a la falta de dioses. Se han discutido mucho las razones; en los escritos calchaquis, la elección del silencio a ese respecto es tan profunda que no aparece ninguna explicación.

En su estudio clásico (*Krisis. Eine Geschichte von la Cité et les Terres*, op. cit.), Rudolf Stimmer, cuya pasión antinietzscheana llegó a picos inverosímiles, apuesta por una simple falta de imaginación: «Hay que tomar en cuenta —escribe— que, en el momento de su aparición, las hordas que la historia de la Ciudad llamará después el contingente de Alberto formaban una masa inculta surgida desde lo más profundo del lejano sur, cuya actividad principal combinaba la extracción de la sal con el pillaje. Es, por supuesto, insuficiente esta incultura para justificar la falta de divinidades que no dejan de tener incluso los más bárbaros exponentes de la raza africana; el elemento que aquí los diferencia es que, por su forma de vida errática e inorgánica, estas hordas no se habían constituido como sociedad, sino que consistían en núcleos aislados, familiares, que no habían tenido la oportunidad —ni la necesidad— de formar una cultura común y, por lo tanto, dioses que los agruparan.» Esta hipótesis, que presenta consecuencias más generales, supone que el desarrollo de la cultura Calchaqui es absolutamente tributario de los restos de la civilización llamada «de los antiguos habitantes», de los que los invasores habrían tomado la mayor parte de sus usos y costumbres salvo, como queda dicho, la religión (sobre estas especulaciones, [ver notas 26, cap. 1; 18 y 53, cap. 3; 17 y 26, cap. 4](#)).

La hipótesis de la absoluta incivilidad de los fundadores de la cultura calchaqui fue retomada, lógicamente, por la escuela soviética encabezada por Vasili Kyriakov ([ver nota 17, cap. 1](#)), que matiza el tema de la influencia de los habitantes primitivos. «Se equivocan las lecturas burguesas que pretenden que los valores de la superestructura cultural puedan ser adoptados por una sociedad con estructuras socioeconómicas y políticas radicalmente diferentes. Lo que sí parece probado a la luz del materialismo histórico es que, al ocupar la Ciudad, los invasores se encontraron con una serie de innovaciones técnicas que adoptaron y adaptaron a sus propias necesidades. De este desarrollo de las fuerzas productivas producido por el choque con la sociedad vencida surge una infraestructura diferente que produce, a su vez, una superestructura con sus características propias y diferenciadas...» (*El desarrollo de las fuerzas productivas y la cuestión cultural en la Ciudad y las Tierras*, *Revista de la Academia de Ciencias*

**Sociales de la URSS**, abril de 1957). Lo cual permitiría explicar, dentro de un marco estrecho, por qué la religión de los «antiguos habitantes» no pasa a ocupar un lugar dentro de la nueva civilización calchaqui.

En el otro extremo, la historiografía académica no ofrece explicaciones y propone suspender el juicio sobre la cuestión religiosa porque, dicen, «carecemos de los elementos documentales necesarios para expedirnos y no sería improbable que en un futuro cercano encontremos pruebas de la existencia de una religión en el concierto de la Ciudad y las Tierras» (en las *Conclusiones* del III Congreso sobre las Civilizaciones, Basilea, 1926). En esos años, Joseph du Tertre, académico de renombre y exponente del ultramontanismo cristiano, postuló en *Adieu aux dieux* (Lyon, 1929) que «a partir de la comprobación irrecusable de que no hay pueblo, por deleznable que sean sus costumbres, que no alcance algún vislumbre de la divinidad, creemos firmemente que la impresión —apresuradamente constituida— de la falta de religión en la cultura de la Ciudad y las Tierras es un error o, casi diría, una falacia malintencionada». Y asegura, aunque ningún documento le permite sostenerlo, que la Ciudad observaba unos cultos místéricos, reservados a los iniciados «que, sin duda, constituían la gran mayoría de su población». El carácter iniciático de esa religión sería, entonces, la razón de que sus escritos y características, que debían ser mantenidos en secreto, no hayan llegado hasta nosotros.

La hipótesis es a todas luces inverosímil. Ya lo era cuando fue emitida; ahora, con el invalorable aporte documental debido a nuestro hallazgo de la **edición Thoucqueaux**, queda sumida en el ridículo. Por nuestra parte, estos nuevos elementos nos permiten pensar que se trata, simplemente, de lo más obvio. La historiografía —como el resto de las ciencias— de nuestro siglo peca de aquello que hemos dado en llamar la «urticaria paranoica», que le impide rascarse donde le pica y que tan bien definió, aunque con valoración positiva, Claude Lévi-Strauss en *Tristes Tropiques* (París, 1955): «El marxismo procede de la misma forma que la geología y el psicoanálisis: los tres demuestran que comprender consiste en reducir un tipo de realidad a otro; que la realidad verdadera nunca es la más manifiesta; y que la naturaleza de lo verdadero ya se transparenta en el cuidado con que lo verdadero intenta esconderse.»

Aceptando que a veces las cosas se parecen a su verdad —a su esencia—, suponemos que la irreligión de Calchaqui se debe al aprovechamiento por parte de un conductor audacísimo de una situación de vacío cultural. El poder de Alberto, el soberano 1, en el momento de su conquista, no tenía contrapeso posible: no era por lo tanto necesario apuntalarlo con un andamiaje divino. Por eso el soberano se arroga un derecho siempre reservado a los dioses —el de definir la forma del tiempo— y ocupa el espacio posible de la divinidad. Su hijo y sucesor, el soberano 2, Carlos, completará la operación deicida (ver cap. 3, pág. 545).

Tuvieron que pasar un par de siglos hasta que el resquebrajamiento del edificio



produjera la necesidad de proponer un culto laico que lo sostuviera. ese es, ya queda dicho, el papel de ciertos pasajes del **Libro de los Principios**. Pero insistimos: en este caso, el mito de los orígenes no tiene bases sobrenaturales. El mundo existe desde antes, como un continuo que no tiene principio ni final, pero el caos en que está sumida esa existencia la hace ilusoria. Sólo el orden impuesto por el primer soberano puede darle la necesaria realidad. (Los antiguos habitantes, en cambio, sí tenían una cosmogonía en sentido estricto: [ver nota 52, cap. 3.](#))

Donde cualquier cosmogonía habría postulado una creación, los calchaquis presentan una puesta en orden de lo ya existente. El cosmos que sale del caos no es natural sino político. También en eso el régimen de Calchaqui se muestra como precursor de lo que después intentarían las clases dirigentes de los países centrales a partir del siglo XIX.

Precisamente por eso la revuelta por la vida larga sucedió en Calchaqui y tuvo las características que ya le conocemos. Una demanda que, en cualquier otra sociedad, se habría dirigido a los dioses, debe ser, en esta sociedad que no los tiene, cursada al poder político. Esta es una de las razones —y no la menos importante— para entender el carácter fundacional y anticipatorio de la revuelta.

Esta cuestión, por supuesto, no agota la temática del **Libro de los Principios**. Aunque se puede pensar que sea su justificación central, su *ultima ratio*, aparece en medio de numerosas y muy diversas fundaciones. Escogido casi al azar, este pasaje dará una idea del **Libro** en su conjunto:

«—¿Por qué nace vicuña de vicuña?  
—Porque la chancha sale de una chancha,  
de cuis un cuis, paloma de paloma;  
sólo un hombre o mujer llevan la mancha  
de ver que de su cuerpo les asoma,  
o de su mente, cosas tan distintas  
de lo que son. Así, como la tinta,  
perdida de soberbia colorante,  
se vierte para hacer cualquier palabra,  
así también, sólo los hombres labran  
inventos que no son sus semejantes.  
—¿Por qué hay tanta belleza en el tormento?  
—Porque es precioso siempre lo que nunca

ha de volver. Cuando un cuerpo se trunca  
para truncarse y no por otra causa,  
es belleza que escapa sin más pausa  
que la final: nada es mejor origen  
que ese final sin causas que lo exigen.  
—¿Por qué empezaron los perfumes?  
—Porque son amenaza los olores  
revoloteando sueltos por el aire.  
—¿Por qué los tiempos no son siempre el mismo?  
—Porque pueden, igual que los olores,  
soltarse y escapar y hasta creerse  
los dueños de los hombres. Oponerse  
a uno es tan difícil; sus horrores  
siempre nos ganarían. No son hombres  
los que pueden vencerlos: sólo un tiempo  
sabe enfrentar y derrotar a un tiempo.» <<

[5] «**proezas se requieren para equilibrarlo**»: lo relamido de la frase que se pone en boca de Jushila choca con las hipótesis de su autodenigración ([ver nota 17, cap. 1](#)), que tanto sirvieron para confirmar que era el anotador del relato presentado. Sin embargo también, por otra parte, apuntala esa condición: si no él, ¿quién habría atribuido al oscuro interlocutor una frase de tan castiza construcción? <<

[6] «**Distinto sería todo si yo fuera mongui**»: los beneficios para la madre son evidentes: si su hijo fuera mongui podría conservarlo junto a sí toda su vida, acompañándola y consolando sus últimos años y, además, no habría cumplido todavía su obligación de darle al soberano un Hijo que pudiera sucederlo: estaría obligada a seguir fornicando con él y no tendría que retirarse todavía.

Pero la frase de Oscar, que parece una humorada sin sentido, lo cobra cuando la completamos con un extraño escrito, citado en la *edición Thoucqueaux*, donde, por supuesto juego, el heredero escribe sus «memorias de mongui», o sea: su experiencia como si lo fuera. Las «memorias de otra cosa» eran comunes en la Ciudad y las Tierras. Es más, se podría sostener que fueron los primeros pasos hacia el establecimiento de una literatura de ficción que no llegó a cuajar ([ver nota 15, cap. 4](#)). Pero no conocemos otros ejemplos en los que alguien se travista en mongui y, además, como ya señalamos, un heredero o un soberano no tenían derecho a la escritura: ambas rarezas hacen de este fragmento algo extremadamente sospechoso:

«En dirección equivocada, moviéndola despacio pero con la firmeza, avanzando como nunca un jefe hará que avancen sus soldados, sin hacerse preguntas, en una línea que no tiembla, la mano de mi madre, que en los dedos tiene sus uñas cortas, con todo su cuidado rebanadas a la altura del final de sus dedos, bien separados, como si tuvieran miedo de pegarse si algo más se juntaran, me llega sin las dudas para limpiarme su nariz, que la tengo en mi cara. Su mano en esos casos siempre va en dirección equivocada: no recorre el camino desde el principio hasta el final y ni siquiera desde el final hasta el principio. Su mano llega como si primero hubiese ya llegado, hecho lo suyo, que nunca es de desdeñar ni de esperarlo, y después estuviera por llegar para hacerlo y poco después ya hubiese terminado y enseguida pensara en empezarlo: la mano de mi madre se mueve por el tiempo en dirección equivocada cuando trata de limpiarme su nariz, que la tengo en mi cara, como tengo todo lo suyo en los distintos lugares de mi cuerpo que me sale del cuerpo y se me aleja para ocupar los lugares necesarios.

En mi cuerpo saliéndome del cuerpo tengo sin ir mucho más lejos sus dos mamas que me caen y ruedan por su pecho, largas, retorcijadas, enredándose en los pliegues de grasa soberana de mi panza que tiene, cerca de ella, para que no me aleje, incrustada un poco más arriba de unas piernas: en mucho de su cuerpo tengo partes de cuerpo que se le pegan para que no me aleje, porque ella no quisiera que me aleje y yo jamás quisiera. Mis ojos, sin ir mucho más lejos, que le tengo en su cara para mirarme y verme con los ojos mejores, pestañean cuando los pestañeo y cuando los cierro acaban la luz y la mirada. Mis ojos que le tengo en su cara no se cansan de mirarme

porque están para eso. Y para guiar sus manos cuando avanzan en dirección equivocada, despacio pero con la firmeza, moviéndose como si fuera en verdad vagabundaje de ceniza en el aire, yendo y viniendo para posarse quizás al azar en una hoja y despegarse de nuevo y vagar por exacta la parcela de ese aire en la que estuvo justo antes y no volver, sin embargo, después a posarse al azar en esa hoja, y llegan las dos manos juntas, por una suerte tremebunda juntas, a mi cabeza para apretármela de la manera que yo le había explicado: cuando las manos mías de mi madre nos aprietan tan fuerte la cabeza puede ser que por un momento, escaso como la mirada del condenado en el momento, más fugitivo que el hambre tras la copiosa comilona, desesperando de poder quedarse, la cabeza y sus manos se reconozcan uno, se entremezclen y entiendan que más allá de un mismo dueño nada...»

El escrito sigue, pero no fatigaremos la paciencia de nuestro lector con una sarta de incoherencias. La humorada tiene, como se ve, dos elementos principales: la constatación de que el tiempo del mongui es el mismo de los antiguos habitantes: un tiempo confuso, indefinido, que nada ordena y puede ir y venir sin orden aparente. Es curioso, si se piensa que el mongui es un modelo afortunado —aquel que no conoce la maldad—: si la felicidad es un tiempo indefinido, los antiguos habitantes aparecen, de golpe, convertidos en dichosos protagonistas de una edad de oro gozosa y lamentada. Y el tiempo con un orden pasa a necesitar, de pronto, la maldad del humano no mongui para ser.

Y, por otro lado: el mongui no consigue establecer los límites de su cuerpo y supone que todo a su alrededor —su madre, más que nada— forma parte de él: le pertenece. Lo cual lo aproxima bastante al lamento casi obsesivo de cualquier soberano de Calchaqui (y, más especialmente de Oscar, [ver nota 6, cap. 1](#)) de que todo lo que ve le pertenece. Y supone confusamente, como el mongui, que al pertenecerle todo lo que ve él pertenece a todo, sin posibilidad alguna de escaparse. (El relato es, más que curioso, preocupante: otra prueba de la fragilidad mental del heredero, que tantos males terminará causando.) <<

[7] «**en el tiempo de mi padre Aldo**»: sin llegar a los extremos del 11, Mario ([ver nota 29, cap. 1](#)) o del 7, Bruno ([ver nota 38, cap. 2](#)), hubo soberanos que quisieron mantener un cierto control sobre el tiempo después de declararlo. Es probable que Aldo, el 8, ni siquiera lo haya intentado, y que el resto de control que le quedó fuera la consecuencia involuntaria de un tiempo declarado más bien a la ligera. Aldo declaró su tiempo bajo el imperio de emociones.

La muerte de su padre, Bruno, el soberano 7, fue un misterio bien guardado o algo tan sabido que no valía la pena de ser escrito. Oscar dice que murió «mucho antes de su fecha, siempre limpio, con una herida»: no está ocultando información, pero tampoco la está dando. Pese a la opacidad de las fuentes, sabemos que las muertes de los soberanos de la Ciudad y las Tierras no solían ser del todo claras (sobre la de Bruno, [ver nota 36, cap. 2](#)). Lo cierto es que Aldo era muy joven y llegó al momento de su Declaración bajo grandes presiones. Probablemente rondara los 13 años: se sabe que acababa de pasar su aceptación y, si la muerte de su padre fue realmente un magnicidio, es lógico que sus asesinos no lo hayan concretado hasta que su hijo tuviera derecho a sucederlo, para no crear un vacío de poder de brutas consecuencias.

Aldo era flaco. Su madre había muerto en el parto y él se había criado en el mundo de murmullos que fue la Casa en días de su padre Bruno: tardó muchos años en oír el sonido de una voz que no sonara pegada a sus oídos, en saber que dos cuerpos distantes también podían hablarse.

No tenía las ideas muy claras; sí sabía que su tiempo tenía que ser radicalmente diferente del de su padre: es lo que la historiografía de Calchaqui llama un «tiempo reactivo». Algo de esto se percibe en su declaración:

«De acá vamos allá: en el medio hay camino. Desde allá viene el perro hasta acá: en el medio hay camino. ¿Para qué cosas un tiempo es un camino?»

La Declaración consigna que el pueblo de Calchaqui reunido en la explanada del Palacio, al verlo tan vacilante y jovencito, le contestaba las preguntas, como si le quisiera dar ayuda:

—Para todas las cosas.

—Para todas las cosas que se mueven.

—Para los vulgos y personas pero no para Padre.

El jovencito retomaba:

«Si digo que el tiempo es un camino entonces tengo que decir que va de un punto a otro. Nada más los caminos van de un punto a otro. ¿Habrá puntos entre los cuales no corran los caminos?

—Muchos, hay muchos.

—Hay puntos con obstáculos o con montañas brutas.

—Nos dicen que está lleno.

—Entonces tengo que saber cuáles son los puntos que sí tienen caminos de uno a otro. Correrá el tiempo entre ellos, no entre otros: entre los otros no hay camino. ¿Cómo se hace en el tiempo un camino?

—Del principio al final.

—Del final al principio.

—De cualquier a cualquiera, más o menos.

—Por lo que hay y lo que falta.»

Por momentos el diálogo de la explanada desvariaba un poco. El democratismo de este procedimiento es insólito, tan extraño en Calchaqui como el hecho de que el tiempo de Aldo parece ir conformándose sobre la marcha.

«—¿Por qué están acá ustedes?

—Para escucharlo, padre.

—Por qué les pregunté, no para qué.

—Porque queríamos saber.

—Por qué les pregunté, no con qué objeto.

—Porque son las costumbres.

—Por qué les pregunté, no bajo qué presiones. Otra vez, a ver si ahora lo entienden: ¿por qué están acá ustedes, camorritos?

—Porque vinimos.

—Ahí sí hubo un camino. En el tiempo, según, hubo un camino. Entre una causa y lo que causa hay un camino. Entre una causa y lo que trata de causar. Les digo, si me entienden, que cada vez que alguna causa cause, ahí habrá tiempo.»

Seguramente Aldo no había pensado que no siempre es fácil determinar qué efecto proviene de qué causa, y su mandato fue muy incómodo por la obligación de zanjar

todo el tiempo estas cuestiones. Ese fue el mecanismo que le hizo mantener cierto control caprichoso sobre su tiempo, casi sin querer. Pero la Ciudad encontró sus subterfugios, como el uso muy constante de la identidad (ver cap. 2, pág. 276) para asegurarse la relación causal que dos iguales suelen mantener: equis siempre es causa y efecto de sí mismo. Además, pronto descubrió que era un tiempo agradablemente impreciso y que bastaba con postular fantasiosas causalidades para que transcurriera con tranquilidad.

La causalidad, en esos años, fue central pero ligeramente inverosímil. Tolstói solía decir que nada causa realmente: «Cuando una manzana está madura y cae, ¿qué la obliga a caer? ¿Es por la acción de la gravedad, porque su tallo se marchita, porque el sol la seca, porque al crecer se hace más pesada, porque el viento la sacude o porque el niño que la mira desde abajo está deseando comérsela? Nada es la causa.» En los días de Aldo, por el contrario, las causas florecían en las corolas más inesperadas. El ladrido de un perro a la distancia podía ser causa del hambre de un cargador que, de súbito famélico, arrojaba su fardo y quebraba el pie de un vendedor de higos. El recuerdo de su hija lejana hacía que un hombre viejo gritara un improperio en la casa vecina y una biógrafa no oía la palabra decisiva de su tema y mandaba su muerte, creyéndolo agotado. La lluvia en la meseta desértica del norte era tan sorprendente que causaba innumerables cosas. El sabor de un higo más que muy pasado hacía que el consejero de la Casa se asqueara en una arcada y, tres días más tarde, le anulaba su compra de perfumes a un mercader en situación comprometida, causándole la ruina. Una nube pasando causaba el júbilo de una cantante de tugurio, la pena de un arquitecto renego, la decisión irremisible de una madre de no poner calabacines en el guiso y su hijo, despechado, le imaginaba muertes. Casi todo, al fin, encontraba una causa, y los días pasaban sin espasmo, bien completos.

La vida y el mandato de Aldo fueron, como decía la fórmula consagrada, largos y ubérrimos. Quizá para desmentir toda posible coherencia de una causa con su efecto, un mandato que empezó mal y temprano a causa de un crimen confuso se mantuvo alrededor de 50 años, conformando uno de los reinados más prósperos de Calchaqui. También sirvió, según versiones, para empezar a transferir el poder de los soberanos a sus colaboradores más cercanos. <<



[8] **«recogiendo las esencias que todos pagan»:** en este caso, las esencias funcionan como un tributo debido a la administración central. Es una de las posibilidades. Como queda dicho, el perfume —su fábrica, su venta y exportación, la recolección de hierbas para sus destilados, la cría o caza de animales para sus cocciones— constituye la principal actividad económica de la Ciudad y las Tierras. La fabricación y uso de perfumes fue, en realidad, la principal herencia que los calchaquis recibieron de los antiguos pobladores.

«Los antiguos usaban sus perfumes: pensaban que servían para cosas. Los usaban para evitar contagios, limpiar madres, esconder olores que no les parecían. No sabían que los perfumes son nada más una manera de entenderse», dice, como si fuera obvio, la biografía de un fabricante de perfumes del tiempo del 14, Antonio. Pero para llegar a esa claridad se precisaron siglos.

Los hombres del primer soberano, antes de apoderarse de la Ciudad, no se perfumaban. Cuando se encontraron de pronto dueños de una industria floreciente, que aseguraba buena parte de los recursos necesarios, aprendieron a hacerla funcionar y mantuvieron abiertos los mercados para la exportación, pero siguieron sin usarlos. Sostenían que cualquiera que se pusiera un perfume para regular su olor era, poco más o menos, despreciable.

Los primeros personas —e incluso los vulgos que querían mostrar que eran distintos de los antiguos— se «perfumaban por adentro». La costumbre del perfume interior les venía de antes y correspondía a una sociedad muy austera que tenía pocas preocupaciones suntuarias pero que, cuando las tenía, las trabajaba a fondo. En esa comunidad dispersa de salitreros y pastores que después se lanzó a la toma de Calchaqui había mucho tiempo para el experimento y la convicción de que cualquier ornato, para ser auténtico, debía ser parte de aquel que lo ostentaba.

El perfume interior necesitó muchas pruebas: en rigor, cada cual tenía una reacción distinta y debía investigarla. Una de las preparaciones para la aceptación era esa búsqueda. Una vez que cada cual encontraba su fórmula el uso era simple: sabía cuáles eran las carnes, hierbas y frutas que se combinaban con los humores de su cuerpo para dar el olor esperado. El hombre comía la ración de lo que fuera —o incluso, a veces, una cocción de esos ingredientes— al levantarse, y eso le aseguraba que su cuerpo emanaría el olor esperado hasta la noche. Esta era la base, que podía modificarse en días especiales: cualquiera sabía que con un manojito de cardo el olor se le ponía dulzón, o con un té de ceibo se le volvía más acre. Eran recursos.

El perfume interior era una obligación ineludible: los primeros habitantes aseguraban

que se debía desconfiar de quienes huelen naturalmente bien. Sólo un cuerpo demasiado preocupado por causar buena impresión, decían, se esfuerza en producir olores bonitos por sí mismo. Y si se toma tal trabajo algo tendrá para disimular, decían.

El perfume interior había llegado a fórmulas tan sofisticadas: había un olor de base, que se tomaba como neutro y consistía en el olor medio de un hombre de mediana edad, moderadamente sano, pobre, alimentado a base de granos de maíz; de ahí en más, todas las fantasías posibles. Algunas fórmulas incluían productos tan exóticos como el palmito, que se usaba para agregar acidez y llegaba en caravanas desde el este, o unas maripositas blancas de la cordillera que aparecían solamente en primavera y le daban al olor una calidad terrosa que fue muy apreciada. Se consideraba que el cuerpo transformaba lo que ingería en un olor de características contrarias a las que tenía por sí mismo lo ingerido: en general, la cultura calchaqui siempre consideró al cuerpo como un espejo de la naturaleza, que invierte todo lo natural; de forma más amplia, siempre pensó lo cultural no como una negación de lo natural sino como su negativo.

Hasta tiempos de Alfredo, el 6, sólo los antiguos que quedaban en Calchaqui usaban perfumes exteriores. Y esos antiguos, relegados a las capas más bajas, no podían consumir los exteriores buenos, que quedaban para la exportación a los pueblos del norte.

Es probable que el uso del perfume interior haya sido incentivado por los consejeros de Bienes, interesados en mantener los beneficios del comercio exterior. Pero la industria del perfume era la actividad más rentable de la Ciudad: muchos quisieron dedicarse a ella y pronto amenazó una crisis de superproducción. En la historia de Calchaqui, el momento en que vulgos y personas empezaron a usar perfumes exteriores está justificado por el tiempo del soberano Alfredo (ver cap. 2, pág. 299), que sólo transcurría para las cosas que no terminan. El perfume interior supone un proceso que concluye: elección de una fórmula-ingesta-metabolización-emisión del olor; los perfumes exteriores no. Y se empezaron a usar so pretexto de uniformación: aunque diez hombres usaran la misma fórmula de perfume interior, el resultado nunca sería el mismo: cada fórmula trabajaba de distinta manera en cada cuerpo, y ese era su interés. Cuando Alfredo —y su consejero de Guerra, Jaime— decidieron que querían mandar sus soldados uniformados a la batalla, no se les ocurrió mejor idea que rociarlos a todos con un perfume de romero que en esos días se estaba exportando mal y poco. A su vuelta los soldados dijeron que encontrar a sus costados el olor de sus comilitones les había dado alas en medio del combate.

En la celebración de esa victoria, poco después, todos los vulgos y personas de Calchaqui se pusieron el perfume de romero: la explanada, esa tarde, olía con un aroma tan compacto y unido que muchos lloraron. Durante un tiempo relativamente

breve el uso del perfume exterior siguió limitado a las expediciones guerreras y a ciertas fiestas; pronto, la asociación de perfume exterior con momentos triunfales o gozosos hizo lo necesario para que se empezara a llevar cada vez más. Sabemos que a esa altura —fin de la soberanía de Alfredo, inicio del nefasto Bruno— Calchaqui producía enormes cantidades de perfume que se le hacía difícil exportar: las rutas del norte estaban interrumpidas por un momento de anarquía. El consumo interno salvó a la industria y, probablemente, a la Ciudad entera.

Jaime, el consejero de Guerra de Alfredo, había encargado a su mujer Esther, hija y madre de mercaderes de perfume, que estableciera un lenguaje. Esther consultó a los 25 del Mercado de Perfumes y a muchos más: se puede decir que la Primera Tabla de los perfumes de Calchaqui es la creación más colectiva que se les conozca. Y fue, también, el saber básico de todo habitante de la Ciudad y las Tierras: el abecé. La Tabla se enseñaba en las escuelas y era inútil, porque los chicos ya la conocían: cualquier comunicación les habría resultado imposible sin esta gramática básica.

La Primera Tabla —después vinieron otras— tiene 10 elementos, todos ellos esencias. Los perfumes de invento son muy posteriores.

1. **Confianza:** esencia de romero. Es penetrante y frontal, no se detiene, no tiene vueltas, no se hace preguntas. Es una base excelente para combinaciones.
2. **Júbilo:** cocción de colibríes. Trae en sí matices de distintas flores, siempre variables. Es un olor volátil y esquivo, que desaparece en cuanto alguien cree que lo captó.
3. **Nostalgia:** esencia de sándalo. Un olor pesado, cargado de recovecos, que parece venir de muchas partes a la vez. El que lo huele siempre cree haberlo olido tantas veces, sin saber cómo y dónde.
4. **Sumisión:** esencia de jazmines. Es delicado, pequeño, busca las fisuras: trata de complacer sin imponerse. Es placentero y olvidable.
5. **Pereza:** destilación de tierra húmeda. Es el olor más difícil de obtener y uno de los primeros que el chico aprende: se huele en la infancia, cuando el que huele no tiene nada que hacer y hace todo por gusto.
6. **Calentura:** es el único con base doble. Como la calentura, mezcla la agresividad de una destilación de pescado con la dulzura disimulada de una esencia de azafrán.
7. **Pesar:** destilación de pelos de vicuña. Pérdida, la distancia, raspa en las narices, y al mismo tiempo reconforta. Es lo que huele siempre el que se va, cuando monta para alejarse de su sitio.
8. **Miedo:** esencia de rosas. Es tan dulzón y baratamente seductor que sólo puede oler así quien desespera y se humilla para que no lo dañen.
9. **Fuerza:** destilación de maíz. Recuerda al olor interior neutro: las buenas viejas

cosas. Es pastoso y pesado, excluyente, el único que se siguió usando siempre solo, y no acepta matices.

10. **Perfume:** esencia de menta. La menta es el perfume a perfume, cuando alguien quiere decir que se perfumó. Como un perfume, la menta viene y va, se menea, cambia todo el tiempo: entre dulzón y picoso, fresco y apabullante.

Cada uno de estos diez perfumes daba un olor dominante, pero con el tiempo se fue haciendo común usarlos en combinación, con otro olor que los matizaba: «olía a pereza, tierra mojada, con toques de anís para decir que era gozosa» u «olía a confianza: romero con un toque de magnolia dulzón para no olvidar ciertos ataques», describe Oscar ([ver cap. 3](#)). La suma de un olor base con un matiz daba un cuadro bastante completo de la situación del individuo portador.

El capítulo 3 de nuestro relato —la antigua *Destinée de la Révolte* abunda en ejemplos: es muy común que, en sus páginas, los personajes aparezcan revestidos de sus perfumes. Lo sorprendente es que estos atributos no aparecen en ningún otro pasaje de *L'Histoire*. Confieso, al respecto, mi perplejidad. Podríamos suponer que sólo se describen los olores de quienes se han lanzado a la revuelta, pero no vemos por qué. Podríamos pensar en las extrañas relaciones que Oscar, como narrador, mantiene con los protagonistas de la revuelta, a quienes odia y admira y vuelve a odiar, pero no entendemos por qué esto lo llevaría a perfumarlos. Debemos confesar que, por el momento, seguimos sin resolver ese misterio.

Como tampoco nos queda claro, en otro nivel de preocupaciones, si cada cual elige el perfume que va a usar porque es así como se siente o porque quiere sentirse así. En nuestras sociedades la respuesta sería obvia, pero no lo es en la cultura anfibológica de la Ciudad y las Tierras ([ver un caso análogo —la discusión sobre la suerte— en nota 8, cap. 3](#)).

Entre los días de Bruno y los de Ramón, la industria del perfume calchaqui se desarrolló y sufrió variaciones importantes (sobre la más notoria, la primacía de los perfumes de invento, [ver nota 20, cap. 4](#)). Mientras tanto, es interesante señalar que, a partir de la soberanía del 18, Jorge, la industria de recipientes, que al principio era subsidiaria de la fabricación de perfumes, la superó en importancia comercial. A partir de entonces, se hacían perfumes para llenar recipientes y no, como hasta entonces, recipientes para contener los perfumes. Si el plástico no fuera material tan degradable, los arqueólogos habrían encontrado restos de estos recipientes, de formas más bien cuadradas, paredes maleables y colores vivos, en todo el área del noroeste argentino y el Alto Perú.

(Aquí nos enfrentamos a otro problema evidente de traducción: Alphonse des Thoucqueaux escribe «material maleable» cada vez que el escrito original nombraba la palabra correspondiente a «plástico». Es natural que el caballero no pudiera dar con la versión correcta: el plástico, material de primera importancia en la cultura

calchaqui, se perdió tras la invasión y no volvió a ser descubierto, en Europa, hasta principios de este siglo. Es una de las tantas pérdidas que la desaparición de la Ciudad y las Tierras trajo aparejadas.) <<

[9] «**no era necesario matar a las enfermas tan de golpe**»: el párrafo podría parecer confuso, pero está claro que alude a la costumbre de matar a los enfermos para evitar la difusión de sus males. Durante mucho tiempo, la medicina de Calchaqui consideró que toda enfermedad era un ataque exterior: sólo el contagio podía entenderse como causa de una enfermedad y, por lo tanto, había que acabar lo antes posible con las manzanas podridas. Sin embargo, Oscar habla (ver cap. 2, pág. 247) de los enfermos que habían sido apartados para no contagiar a los demás: esto significaría que la muerte no era la única solución, y que habría algún tipo de aislamiento sanatorial. Lo mismo se desprende del protocolo citado más abajo.

Todo cambió cuando el experimento organizado por el 10, Osvaldo, y llevado a cabo por Joaquín, demostró que también enfermaban individuos que habían permanecido perfectamente aislados: la ciencia médica de la Ciudad y las Tierras tuvo que replantearse por completo, y es probable que la rareza de los documentos sobre el período previo se deba a que los quemaron, avergonzados, cuando descubrieron al «adversario» (ver cap. 2, pág. 259).

Hasta entonces, la medicina trataba de encontrar la etiología precisa del mal —la forma en que se había producido el contagio— y actuaba sobre ese origen. El único protocolo que nos queda de entonces, citado en la *edición Thoucqueaux*, puede darnos una idea sobre los métodos de diagnóstico y tratamiento previos al descubrimiento del «adversario». Es una información invaluable sobre el estadio primitivo de su medicina:

«Llegándose ante mí el sufriente, me informó que los dolores se habían iniciado al comienzo de la estación. Los dolores se le encuentran en el sobaco izquierdo y desde allí suelen progresar al interior del tórax. El sufriente aseguró que son moderados pero últimamente han cambiado de manera. El sufriente es una mujer joven que dice no tener hijos, flaca, pelos cortos, manos chicas, piernas cortas, nariz bien condorita, ojos hundidos, orejas separadas, mamas regulares, piernas correctas zambas, cuello corto, muy escasa barriga. El sufriente dice desempeñarse como cocinera en una fonda del barrio del Mercado y declara que el día del comienzo de dolores concurrió a su trabajo como le es habitual, al principio de la primera hora. Preguntada, asintió que había pasado la noche en compañía de dos mujeres más, en la casa de la primera de ellas, fornicando. Preguntada, asintió que nada en esa fornicación podía haberle producido los dolores. Preguntada, asintió que conocía a ambas mujeres desde mucho tiempo atrás y que solía compartir fornicaciones con ellas, sin que esto le produjera ningún problema posterior. (Descartada.)

Preguntada, dijo no haber sufrido durante su trayecto hasta la fonda, en los primeros

momentos de la primera hora. Preguntada, explicó que el trayecto era muy corto por estar la casa de una de las mujeres en el barrio de Antiguos y Vulgos cerca de la muralla norte, a distancia corta de su fonda. Preguntada, supuso no haber tenido choques ni caídas en el trayecto. Preguntada, argumentó que estaba vestida como el resto de los días, con su tela de un ocre brillante enrollada más bien alrededor del cuello o del muslo derecho. Preguntada, esgrimió que no podía estar segura pero creía que era el muslo derecho. Preguntada, recordó haberse encontrado en la plaza de la puerta del Este con un viejo conocimiento —joven masculino— que le propuso acompañarla para el desayuno si quería tomarlo en un puesto del mercado. El sufriente manifestó por sí propia que, por no quedar claro quién pagaría, declinó. Preguntada, confirmó que solía encontrarse con el viejo conocimiento pero generalmente hacia la cuarta hora, para beber cocciones y, en oportunidades, fornicar. Preguntada, asintió que en este caso no había interpuesto el menor contacto de su físico con el conocimiento, que partió resoplando hacia la avenida de la puerta del Este. (Descartada.)

Preguntada, manifestó haber llegado a la fonda sin otra novedad. El sufriente indicó por sí propia que su primera actividad de la jornada consiste en revisar los gallinazos que planea cocinar y que, mientras lo hacía, sufrió un picotazo en el dedo índice de la mano izquierda. Aclaró que la fonda está especializada en gallinazos y ella también. Preguntada, comentó que la herida era minúscula pero con emisión muy continua de su sangre. Preguntada, dijo que un rato largo. Preguntada, expresó que el gallinazo del pico había sido degollado de inmediato y reservado para consumo de la cocinera y los patrones, por considerarse pelagatos servir a los clientes un animal cebado. El sufriente garantizó por sí propia que los tres patrones no habían sufrido dolores tras la ingesta del animal del picotazo. Preguntada, calculó que el dolor del dedo le había desaparecido justo antes de que le aparecieran sus dolores. (Considerable.)

Preguntada, el sufriente indicó que transcurrió un rato sin trabajar, hasta que le concluyera el flujo de su sangre, pero que aun así gotas se le cayeron sobre el primer gallinazo preparado. Preguntada, avisó que se trataba de uno en guiso oscuro de peras y chumbos, sin posibilidad de detectar las gotas. Preguntada, aceptó que había tenido una pelea con su ayudante —masculino, edad mediana, calvicie natural— por un asunto de bienes pero que no habían llegado a tocarse ni escupirse. Preguntada, admitió que después inició fornicación con uno de los patrones, interrumpida por la llegada de un cliente. El sufriente aclaró por sí propia que era la primera vez que tal fornicación le sucedía. (Considerable.)

Preguntada, aseveró que la clientela de la segunda hora de ese día fue menguada —no más de ocho gallinazos, precisó— y que en ningún otro se le escaparon gotas. Preguntada, recordó que a esa altura ya se había olvidado de su herida. Preguntada, consideró que pensaba otras cosas. Preguntada, respondió que se pasó parte del tiempo calculando si le convenía instalar por su cuenta un puesto en el mercado, tema

que la preocupaba en esos días. Preguntada, declaró que había llegado a la conclusión de que le era conveniente y que seguía dispuesta a proceder en cuanto le cedieran los dolores. Preguntada, respondió que sabía cómo conseguir los bienes necesarios. Preguntada, opinó que no debía contarle. Preguntada, alegó que lo contaría si era del todo pertinente. Preguntada, reiteró que disponía de ellos. (Descartada.)

Preguntada, informó que pidió retirarse un rato de la fonda al principio de la tercera hora con el propósito de volver al principio de la quinta. El sufriente insistió por sí propia que era para ver a un conocimiento antiguo —mujer, edad mediana— que tiene un puesto en el mercado y le iba a informar. Preguntada, postuló que en su busca de ese conocimiento caminando no había sufrido traspies. Preguntada, recordó que había visto un tormento muy menor, en la esquina del barrio del Mercado sita detrás de la posada, que consistía en clavarle agujas en el sobaco a un hombre joven que había robado la fórmula de una máquina a su patrón. Preguntada, aseguró que no recuerda más sobre el tormento menor ni el hombre joven. Preguntada, volvió a manifestar que no. Preguntada, insistió en que no pudo encontrar a la mujer que buscaba. (Probable.)

Preguntada, el sufriente calculó que los dolores le habían empezado al rato de volver a la fonda. Preguntada, creyó que estaba pensando todavía en su puesto del mercado en el momento de empezar. Preguntada, ratificó que se acordaba porque cuando sintió el primer pinchazo de dolores tuvo miedo por su puesto o si estaría en condiciones de llevarlo a cabo. El sufriente afirmó por sí propia que pidió a sus patronas el permiso para retirarse. Preguntada, recordó que se lo negaron pero que los dolores eran fuertes y se ausentó sin más consultas. Preguntada, aseveró que ya no pensaba en su puesto y que nada más quería llegar a su casa para descansar. Que tenía pensado ir a un tugurio para buscar algún conocimiento nuevo —hombre o mujer, joven, sin problemas— pero que prefirió irse a dormir. Preguntada, señaló que su casa también está en un cuarto en una casa del barrio de Antiguos y Vulgos. Preguntada, confirmó que llegó hasta ella sin complicaciones y se entregó al sueño sobre su acostumbrado pellejo de vicuña. El sufriente aclaró por sí propia que era uno de los lujos que siempre había querido. Preguntada, aclaró que hablaba de esa piel de vicuña, muy sedosa y caliente, y que este facultativo tendría que tocarla. (Descartada.)

Preguntada, resumió que los dolores le siguieron desde entonces y que aguantó una estación porque pensaba que se le iban a ir y no se atrevía a hacerle perder su tiempo a este facultativo. Preguntada, dijo que sí que tenía un poco pero que habría preferido guardarlo para instalar su puesto y que también por eso había tardado en venir.

Considerada la situación en su conjunto, este facultativo descartó los episodios que se señalan con la palabra “descartada” como causa probable de los dolores que presenta el sufriente. Sin ser preguntada, el sufriente insistió en que los dolores le entran por su sobaco izquierdo como pinchos y se le difuminan más allá en su pecho.



Consideradas las demás causas posibles de contagio, este facultativo deliberó que: el picotazo de gallinazo en dedo índice podría ser la causa, aunque los dolores descritos por el sufriente no corresponderían a una enfermedad contraída de animales. Otrosí, el hecho de que dicho gallinazo haya sido ingerido de inmediato por individuos que no sufrieron a continuación dolores, lo descarta en cierta medida aunque no por entero: la cocción pudo cambiar las condiciones. En cuanto a la otra causa considerable —fornicación a medias con uno de sus patrones— el hecho de que este último no sufra dolores la descarta en cierta medida aunque no por entero: se sabe que ciertos dolores actúan en algunos sin haber actuado en los otros por los que le llegaron, y más si vienen de masculino a femenino. En resumen: ninguna de las dos pasa a descartada, pero su nivel de posibilidad es reducido.

Considerada por fin la causa caratulada como “probable”, este facultativo se convenció más y más. Considerando que el joven que había robado la fórmula de la máquina de su patrón estaba recibiendo pinchazos en el sobaco izquierdo; considerando que uno de cada tres contagios no se produce a través de encuentros materiales; considerando la especial disposición de las mujeres jóvenes y magras para este último modo de contagio; considerando que sus dolores aparecieron en lo inmediato de haber visto el tormento; considerando la intención del sufriente de establecerse por sí propia y utilizar quizá para ello bienes sustraídos a sus patrones, consideramos que la visión del tormento era la forma casi segura del contagio.

Por lo cual se hizo imperativo: extremar las preguntas al sufriente para indagar si en efecto sustrajo o pensaba sustraer algo de la fonda donde trabaja todavía.

Preguntada, contestó que no. Preguntada, contestó que ni en sus sueños. Preguntada, contestó que quizás alguna vez en sueños pero no. Preguntada, contestó que en sueños sí. Preguntada, contestó que no. Preguntada, contestó que en efecto el gallinazo de más expendio se hacía con una fórmula que ella conocía bien. Preguntada, contestó que por supuesto pensaba cocinarlos así cuando abriera su puesto. Preguntada, el sufriente contestó que nunca se le había ocurrido que eso fuera robar. Preguntada, contestó que quizás este facultativo estuviera en lo cierto pero ella no creía. Preguntada, contestó que quizás. Preguntada, contestó que se arrepentía o que iba a tratar de arrepentirse. Preguntada, contestó que no, que ya se arrepentía.

Este facultativo consideró establecidas sin las dudas las causas de dolores.

Por lo cual, determina el aislamiento del sufriente durante dos estaciones para recibir su tratamiento. Por lo cual, determina su tratamiento a base de cocciones, friegas y la obligación para el sufriente de enseñar la fórmula del gallinazo a quienes le pidan aprenderla. Por lo cual, establece que el sufriente debe indemnizar a sus patrones con una prestación que será fijada en su momento. Este facultativo comprende que de la difusión de la fórmula se puede seguir cierto perjuicio para la dicha fonda, pero recuerda una vez más que la salud del sufriente está primero.

Este facultativo determina que, cumplidas las dos estaciones de aislamiento, se proceda a la revisión definitiva del sufriente. En caso de carecer de sus dolores se lo restituirá a sus obligaciones; en caso de no, se procederá al final acostumbrado.»

Que parece ser, según nuestros escasos datos, la eliminación del cuerpo infectado. Como este protocolo es el único que ha llegado hasta nosotros, no podemos estar seguros de la conducta médica en los casos en que la investigación no llegase a determinar las causas de una enfermedad. Por referencias indirectas que aparecen en la biografía de Joaquín, mercader de perfumes ([ver nota 46, cap. 1](#)), inferimos que cuando no podía establecerse un contagio evidente, se consideraba que el problema consistía en que el cuerpo ya no podía hacer el esfuerzo de mantenerse funcionando. «Pocos trabajos hay más duros. Y no hay ninguno que requiera atención tan constante: basta una distracción, un titubeo, para que de pronto se nos desarregle y todo esté perdido para siempre», dice Oscar.

Lo cual podía suceder a cualquiera y en cualquier momento: una fuente de terror permanente que, según parece, hizo de los habitantes de la Ciudad y las Tierras uno de los pueblos más temerosos de sus propios cuerpos. La aparición del «adversario» llevó estos miedos a sus paroxismos: la enfermedad —cuando el «adversario» se transformaba en «enemigo»— ya no estaba sólo en los cuerpos circundantes, sino que se escondía en el propio, dispuesta a revelarse ante el primer descuido. <<

[10] **«descubrieron que a una que acusó enfermedad se la llevaron»:** la contradicción es flagrante. Si las mujeres entre las que se llevaba a cabo el experimento no podían verse ni tratarse —y vivían separadas por kilómetros de desierto— no podían enterarse de que los experimentadores se habían llevado a una de ellas. Si, en cambio, se veían y trataban se exponían al contagio y la base del experimento se desmorona en un instante. <<

[11] «**y no murieron tres**»: la fórmula es curiosa pero tiene antecedentes en diversos escritos de la Ciudad y las Tierras (ver, entre otros, [nota 52, cap. 2](#)). Su traducción es, naturalmente, «murieron dos». Es probable que la fórmula sirviera para evitar el uso del concepto «dos». Recordemos que el dos aceptaba cuatro acepciones distintas ([ver nota 2, cap. 1](#)) y su uso habría implicado unas precisiones que, en ciertas circunstancias, podían complicar al narrador. Al poner «menos de tres» se salva ese inconveniente aunque, en la traducción que manejamos, la fórmula parezca no tener sentido. <<

[12] «**La sala de la Sal**»: la Casa —el Palacio de gobierno y residencia de los soberanos de la Ciudad y las Tierras— fue construida en el período fiel, en tiempos del soberano 8 ([ver nota 7, cap. 2](#)) y estaba hecha a imagen y semejanza de los territorios que dominaba (para una descripción acabada del Palacio ver cap. 2, pág. 288). <<

[13] «**detrás de cada cual, acucillado, su menor**»: en los tiempos en que Oscar está narrando la historia, la administración de la Ciudad y las Tierras estaba a cargo de un cuerpo de cinco consejeros. Cada uno de ellos estaba secundado por su consejero menor y los equipos que fueran necesarios.

El consejero de Personas —o consejero de la Casa— fue durante mucho tiempo el más importante: solía ser el padre de la Madre del Hijo —heredero del soberano—; estaba a cargo del funcionamiento de la Casa y eso le daba mucho peso. Tenía que ser uno de las personas más acreditados, con una historia muy clara y bastante desinterés por cualquier alharaca: para alcanzar un poder tan importante tenía que simular que ese poder no le importaba. Con la creación del consejero de Padre (ver), su poder fue disminuyendo y se convirtió en una especie de guardián de las tradiciones y ceremonias. Representaba a las familias más antiguas de personas, muchas de las cuales habían perdido peso político y económico en la conducción de Calchaqui. El consejero de Personas llegó a perder, en ciertos casos, el privilegio de ser el padre de la Madre del Hijo.

Su consejero menor organizaba las cosechas y recolecciones; era, en general, un persona aclimatado en las Tierras, algo rudo, nada cortesano: la contraparte de su jefe inmediato.

El consejero de Bienes y Perfumes se ocupaba de la industria y el comercio. A partir del 8, con la ofensiva de los maquinistas y fabricantes de perfumes, dejó de ser un persona, pero volvió a serlo del 12 en adelante. Solía ser un persona de ramas secundarias con algún entrenamiento en las artes productivas. El más conocido de todos —un Jose durante el 14— aprovechó el tiempo de Antonio para ordenar a los fabricantes de perfume que registraran sus fórmulas. Los fabricantes se negaron y ganaron la pelea. Desde entonces, sus sucesores se dedicaron a supervisar el trabajo de sus menores.

Su consejero menor era el recaudador de todos los tributos a la Casa —mayormente en especies—: era el más importante de los dos, aunque le debía obediencia a su mayor. No es que se enriqueciera tanto, pero todos creían que sí, lo cual lo hacía vivir muy rico.

El consejero de Guerra era el jefe del ejército; no era habitual que fuese un oficial formado, porque las maniobras de la guerra, para ser eficaces, tenían que cambiar muy a menudo y los oficiales tendían a mantener las formas que les enseñaron. Tampoco era necesario que el consejero de Guerra fuera un persona: en Calchaqui, cualquiera podía comandar la guerra, que ensuciaba a todos igualmente. Hacerla no (ver, sobre la guerra calchaqui, [nota 20, cap. 1](#), y [nota 5, cap. 4](#)), pero sí comandarla.

Así que hubo consejeros que habían sido carniceros, músicos, hijos de mercaderes ricos, campesinos: por su diferencia, solían producir la incomodidad en las reuniones. El consejero de Guerra a menudo era joven y era el más reemplazado.

Su consejero menor estaba a cargo de las máquinas. Solía ser alguien que no supiera nada de fabricar máquinas: alguien que veía cómo usarlas sin conocer los mecanismos, para no entrar en confusiones.

El consejero de Vulgos controlaba el orden en la Ciudad y las obras públicas: tenía que ser un persona muy altivo, un poco pobre, para no ceder a tentaciones populistas. Por lo cual se estableció, desde tiempos muy remotos, una corriente de alianzas entre cuatro o cinco familias de personas —de las que solía salir el consejero— y los más influyentes de los vulgos. Era —salvo en tiempos de crisis— alguien de mucha edad, que no se dejase llevar por entusiasmos, para que sopesara bien las obras que se emprenden.

Su consejero menor se encargaba de los eventos y fiestas populares y organizaba todos los tormentos. En general, venía de una familia de vulgos, para conocerles mejor los gustos y necesidades.

El consejero de Padre, por último, es una figura tardía. Parece haber sido creada en tiempos del 14, poco antes de la revuelta y justo después de que llegara la amenaza externa. No sabemos cómo se salvaba, antes de su aparición, la anomalía de que el gabinete de consejeros tuviera cuatro miembros, en vez de los cinco rituales. Hay quienes afirman que ese quinto lugar era ocupado por el propio Padre, como una suerte de consejero de sí mismo. Es posible aunque, por lo que sabemos de la estructura de poder calchaqui, no parece probable: sentarse a la par de los otros cuatro habría igualado la posición formal del Padre de un modo intolerable. Pero no conocemos más hipótesis.

El consejero de Padre reemplazó en muchas responsabilidades al consejero de la Casa. Por tradición, provenía de sólo cinco familias de personas (las 4 emprendedoras, [ver nota 3, cap. 2](#), y otra de mucho peso), que estaban muy ligadas a los soberanos por alianzas y que controlaban una buena parte de las tierras productivas y las industrias. Se decía que eran los verdaderos gobernantes (ver más abajo). El consejero de Padre era quien daba curso a todas las órdenes que —supuestamente— dictaba el soberano.

Su consejero menor se ocupaba de los registros escritos —nacimientos, muertes, movimiento económico, decretos—, de las autorizaciones para «libros», de las redes de informantes secretos y de la música. También era de una de las cinco familias: normalmente, de otra, y tenía esperanzas de suceder, a su muerte, a su mayor.

Los cinco consejeros se reunían casi todos los días, en alguna sala de la Casa, con o sin la presencia del soberano. Sus menores asistían a muchos de estos encuentros.

Pero es probable que las verdaderas decisiones se tomaran en pasillos y vericuetos.

<<



[14] «**El de la Guerra no lo miró**»: parece como si el narrador tratara de expresar, voluntariamente o no, el escaso peso del soberano en el debate. El consejero, sin siquiera mirarlo, lo contradice abiertamente. El tema de la pérdida de poder de los soberanos fue un lugar común de los comentaristas de *La Destinée*, que la presentaban como un efecto lógico de la revuelta por la Larga. Estos comentarios (ver sobre todo la escuela soviética, con Kyriakov a la cabeza y, más recientemente, el cubano Orlando Hernández) insisten en que el único poder real que seguía en manos de los soberanos era el de la Declaración de su tiempo.

A partir de nuestro descubrimiento (sobre todo el cap. 5, ver), la afirmación se confirma en buena parte, pero siguen apareciendo aquí y allá signos de que el poder de los soberanos tampoco era tan limitado. Sí lo bastante: Oscar, nuestro narrador, es confuso en muchos pasajes, pero no habría ninguna razón para que, justo antes de asumir su soberanía, consignara sin comentarios semejante desdén de un consejero hacia uno de sus antecesores si no lo considerara algo muy habitual, que no debiera llamar la atención de sus lectores. <<

[15] «**tela de nuestro azul**»: ese azul, sobre el que tanto se ha discutido, podría escaparnos todavía. Pero al saber que los Valles Calchaquíes fueron la cuna de la cultura de la Ciudad y las Tierras, pudimos resolver el enigma.

El debate podría haber seguido eternamente: sería imposible definir un color del cual sólo tuviésemos descripciones verbales. Algunos sostienen que es, también, innecesario; lo cierto es que ese color fue, además de supuesto, muy usado. Es cierto que las primeras aproximaciones surgieron de un error.

Jean-Jacques Rousseau, en su tan citada carta del 16/2/1770 al marqués de Condorcet, donde le agradece el envío de sus *Essais d'analyse* —«si naciera de nuevo trataría de ser vuestro discípulo, para merecer el honor de ser un día vuestro émulo y vuestro amigo; pero no pudiendo, en mi ignorancia, ser más que vuestro estúpido admirador...»—, le insiste para que le envíe una muestra de «ese color que, a quienes los admiramos como a guías y maestros, nos permitirá evocar la bravura de esos seres ignotos, quizá míticos, pero ejemplo aun así para los tiempos venideros...». El ginebrino, de más está decirlo, se refería al color que en la Ciudad y las Tierras solía llamarse «nuestro azul»: La respuesta de Condorcet se ha perdido; se sabe que años más tarde propuso el uso de un azul que llamó «*bleu révolte*» como identificación para los que adhirieran a la causa de la Libertad y las Luces. No consta cómo llegó a descifrar cuál era la tonalidad aludida en *La Destinée de la Révolte*: el famoso capítulo 3 en ningún momento la describe en detalle y, además, como veremos más abajo, hay muchas dudas sobre la legitimidad de la palabra «azul»: no sería excesivo pensar en un error de traducción.

Como quiera que sea, la propuesta del marqués de Condorcet fue aceptada por el grupo de hombres de letras, rentistas y comerciantes que solían reunirse en el café Procope de París y que, hacia 1787, extendieron sus ramificaciones hasta convertirse en una de las fuerzas cívicas que forzaron la convocatoria a los Estados Generales que abrió paso a la toma de la Bastilla. El color es levemente más claro que el que solemos llamar azul francia, pero está en la misma gama: se lo puede ver en un retrato de Camille Desmoulins que el pintor David fechó en 1788, donde Desmoulins, que tenía entonces 25 años, muestra una sonrisa llena de desafío y, en la solapa de su paletó negro, la cinta de un azul que aún no podía llamarse eléctrico.

Édouard Favre —en *Le Drapeau Bleu-Blanc-Rouge*, Lyon, 1932— duda de que, como sostienen otros autores, el *bleu révolte* calchaquí —en versión Condorcet— haya estado en el origen del azul que adorna la famosa cocarda tricolor. Aunque el autor tenía arduas conexiones con la más rancia reacción y, de hecho, fue juzgado tras la Liberación junto con Drieu La Rochelle, sus argumentos, que se basan en la larga tradición de azules de la heráldica francesa, resultan más razonables y más razonados

que las hipótesis de Dutour y Fischbaum en dos artículos de la época que, a mi entender, sobreestiman la influencia de los conspiradores de café en la Revolución Francesa. De todas formas, como queda dicho, el color mantuvo su vigencia largos años, como producto de un error.

Es probable que la equivocación haya sido de Condorcet; sería más sorprendente que correspondiera al propio Rousseau. Pero lo cierto es que en la Francia prerrevolucionaria alguien, guiándose en los datos insuficientes del capítulo 3, adoptó como homenaje a la revuelta de la Larga calchaqui un color que, en la Ciudad y las Tierras, era prerrogativa excluyente de los monarcas contra los que se produjo el alzamiento: trató de homenajear a esos valientes con el símbolo de sus enemigos. Del análisis documental se desprende sin lugar a dudas que el azul calchaqui sólo podía ser usado, en la Ciudad y las Tierras, por el soberano y, muy pocas veces, por su familia más directa.

Ya volveremos sobre esta cuestión; hasta tanto, es importante retomar nuestro aporte. Historiadores nacionales de la línea más mecanicista del marxismo —incluido el primer Puiggrós— vieron en el azul eléctrico con que el general San Martín hizo decorar el sombrero de sus granaderos para el cruce de los Andes una reminiscencia del *bleu révolte* del café Procope. Y sin embargo, en carta reservada a su colega masónico y director supremo Pueyrredón, fechada en su campamento de Plumerillos el 10 de noviembre de 1816, el Libertador explica los orígenes de su procedimiento con la ironía que lo caracterizaba en la intimidad: «Me tolerará usted, mi estimado jefe, que introduzca en nuestras fuerzas un matiz de la tierra. Ya ha leído usted mi proclama que, a fuer de sinceridad, produjo en nuestros hombres efectos encontrados: aquello de que andaremos en pelota como nuestros hermanos los indios hizo las delicias de algunos y la urticaria de otros tantos. Mucho señorito, mi estimado jefe, tenemos entre nosotros, disfrazado de patriota. Por lo cual concebí días pasados la idea de uniformarlos con un color que vi en cintas y tocados de algunos indios del Tucumán, que llaman Calchaquíes, a mi paso por esas comarcas. Así andarían nuestros soldaditos por estas tierras cargando sin saberlo con su pasado más intrínseco. Como encargase a mis damas la confección de casacas de ese tinte, y me dijeran ser imposible por el costo que tal supondría, me resolví a recomendar que se lleve en los sombreros, por bajo el correaje, una banda del color que le digo. Y así se está haciendo en estos días, si usted, por supuesto, no dispusiera lo contrario, lo cual espero, confiando en su amistad y talentos, no dará en realizar.»

La carta seguía ocupándose de otros tópicos más trascendentes, pero es notorio que la cinta adornó los sombreros granaderos durante toda la campaña, y desde entonces. Es curioso que José de San Martín cometiera el mismo error, de cerca, que Condorcet de lejos. O quizá fuera cierto que los escasos calchaquis de su tiempo usaran como distintivo ese color: se han dado casos, paradójicos, en que los pueblos, una vez

derrotados por un enemigo externo, adoptan como símbolos propios los de sus monarcas y opresores de antaño.

El azul calchaqui no era, como suponían los charlistas franceses, un azul francia claro sino, como bien vio nuestro Libertador, un azul intenso y oscuro, poco menos que noche, cuya mayor virtud se encuentra claramente expresada en los escritos de época: es un color que no aparece nunca en la naturaleza. No hay tucán, mariposa, vaquita, serpiente, piedra o lago que lo ofrezca: es brutalmente artificial. Si no lo fuera, su uso excluyente sería falso: cualquier animal o paraje podría aparecer de súbito ataviado con los brillos de un monarca. Así, esa exclusividad estaba garantizada al máximo. Y, pese a que no hemos podido dar con la receta exacta —aludida en numerosos pasajes—, sabemos que en su composición se utilizaban elementos de los cuatro reinos: mineral, vegetal, animal y humano.

El color ha servido desde siempre para definir la *Weltanschauung* de una cultura. Se tiende a creer en los colores como una longitud de onda que puede ser medida por aparatos más o menos complejos: el caso de la Ciudad y las Tierras muestra que, tanto como el tiempo, es una convención cargada de supuestos.

El azul calchaqui descollaba como nada contra el telón de verdes y ocre que formaba la croma de la Ciudad y las Tierras. El verde y el ocre eran sus colores básicos, algo así como nuestros blanco y negro pero mucho más:

«Todo es verde, si fuera cierto que todo puede ser. Todo es ocre, si fuera falso que todo es mentira. Pero todos los verdes son ocre, y ocre todos los verdes: no hay uno que no esté en el otro y otro que no en uno y después, entre ellos, van deshaciendo todo todo. Quién sabrá cuánto verde y ocre hay en el color de una sangre brotando, o cuánto en el de sangre que cayó en el suelo, o cuánto cuando ya se secó. Quién sabrá cuánto ocre y verde, qué oscuro el ocre, qué sutil el verde, en los ojos de la mujer preñada. Y qué más oscuro todavía en sus ojos abiertos: junto al ocre clarísimo del fondo, el oscurísimo redondo, y el verde tan agazapado...»

El relato —sin título ni otras indicaciones, en la *edición Thoucqueaux* sigue y es uno de los menos fiables de la colección, por el tono falsamente telúrico que lo embebe o ahoga. Si fuera auténtico, debería datar de los primeros soberanos —¿Carlos, Félix, Enrique?—, cuando el afán por diferenciarse de la civilización de los antiguos pobladores les hizo adoptar posturas folklóricas que, siglos más tarde, avergonzarían a sus descendientes. Más adelante, en un pasaje sugerente, el relato habla de los colores de los que carecen:

«Quién sabrá qué es lo que no tiene. Cómo se llama lo que nunca se llama. Quién sabrá que no tiene lo que no tuvo nunca. Si no pudo saberlo, quién lo sabe.

Nosotros sí sabemos. Existe, lo sabemos, blanco. Existe para que lo sepamos: tan poco más, después. La sal está de blanco, la luz en las salinas, la nieve cuando lejos, la sala de Sal en la Casa de Padres, la espuma que no se agarra con las manos, los nervios de la carne cuando muerta, los huesos escondidos: lo que no se puede alcanzar está de blanco, y la luna otras noches, para irse pero no cuando llega. O los dientes aparecen como blanco por engaño y después se hacen su verdadero ocre, o se deshacen.

Nosotros sí sabemos. Existe, lo sabemos, negro. Existe para que lo contemos: no es de verlo. De atrás de la montaña saben que hay un aceite negro que se quema como nada, de tan bien. Se quema porque es negro: a veces la madera, dicen, de tanto quemarse quiere llegar al negro, ocre tan fuerte. A veces la noche, dicen, de tanto quemarse con el sol quiere llegar al negro, el verde más oscuro. A veces los ojos o los pelos de un hombre se le ponen negros, si está para quemarse pronto. El negro no es de quedarse ni de verlo, es de quemar: es de desperdigar lo que le llega.»

Hemos perdido, en la traducción de Alphonse des Thoucqueaux, muchos matices de la cromía calchaqui, y es una pena. En su polémica famosa con Bakunin, Friedrich Engels postuló que hay situaciones en las que el blanco y el negro son la «tajante obligación» y que «cualquier otro color es un lujo decadente, una claudicación burguesa o, mejor dicho, uno de los objetivos que el hombre alcanzará con la instauración final del comunismo». Como se sabe, Bakunin saldó el debate con una humorada en la que le insinuaba que se estaba olvidando del rojo y el enfrentamiento —cuyas razones, por supuesto, eran muy otras— se saldó con la escisión de la Primera Internacional socialista. De todo lo cual se podrían sacar, para el caso de Calchaqui, conclusiones un poco apresuradas. <<

[16] «**Nací, empecé**»: se ha discutido mucho si la idea calchaqui de la eternidad circulaba en ambas direcciones y, más precisamente, si los soberanos, que suponían que no se terminaban, creían que habían empezado alguna vez. J. B. Priestley, en *Man and Time* (Londres, 1964), sostiene que «si bien esa cultura (de la Ciudad y las Tierras) presenta infinitas originalidades o dislates en su percepción del tiempo, pocas resultan tan preciosas como esta noción de la eternidad personal corriendo en ambas direcciones. Allí donde las culturas indoeuropeas imaginan una inmortalidad, ellos suponen una falta de límites tanto al final como al principio. Los hombres siempre se resistieron a imaginar un tiempo en el que no serán; por pereza o por terror suelen desdeñar el problema del tiempo en que no fueron todavía (...) Los soberanos de la Ciudad y las Tierras, en cambio, habían resuelto esta dificultad con simpleza audaz: los hombres, se sabe, mueren porque no son capaces de unir el principio y el fin. En cambio ellos fueron, según parece, capaces de hacerlo, y de vivir antes de la vida lo mismo que después.»

Las ideas de Priestley son, como siempre, atractivas, pero, en este caso, equivocadas. Por un lado, conocemos los problemas que produjo, precisamente, la pretensión de ciertos vulgos de establecer una vida previa a la vida en tiempos del soberano 20, Ramón (ver nota 11, cap. 4). Por otro, esta frase de Oscar parece mandada a hacer para desmentir al inglés. Para Oscar —que según Priestley debería carecer de principio tanto como de final— el nacimiento es un comienzo. Lo cual se ve con toda claridad, también, en una de sus biografías «vanguardistas», la que reseña 25 miradas sobre su persona. Como queda dicho (ver nota 46, cap. 1), estas biografías reseñaban la vida del príncipe hasta el momento en que debía suceder a su padre en el poder. Dado que esta biografía, anónima, consta en las páginas de la *edición Thoucqueaux*, aprovecharemos para citarla *in extenso*. No hay que olvidar que, en definitiva, el objetivo central de nuestro trabajo consiste en descifrar cuáles fueron las razones que impulsaron a Oscar, nuestro narrador y soberano heredero de la Ciudad y las Tierras, a tomar decisiones tan nefastas.

1. Una de las cinco parteras, de nombre Ana:

«Hubo un momento en que creyó que no existía. Más que otros, tardó un momento en saber que existía. Primero miró a todas partes con sus ojos cerrados, sin respirar, sin nada. Después abrió la boca y soltó un grito. Había algo, desde el principio, en el modo del grito, pero no era de verdad memoria.»

2. Su madre:

«Lo vi gritarme desde unos brazos de partera, turulato, y pensé que para eso yo vivía:

era tremendo. Que había vivido para que él estuviera. Después me mordisqueó mi mamá y creí que me iba a dar bastante gusto. Pero era muy rojito poca cosa para ser tanta tanta.»

### 3. Anita, su peinadora y vestidora:

«Nunca vi un chico tan inquieto. Me parece que siempre le sobraban cosas. A mí me usaba bien, pero no era capaz de toquetearme una porción un rato: siempre cambiando de una mamá a la lengua, al ojete, a mi hombro que le gustaba lo bastante. Sobre todo a mi lengua: iba y volvía, pero siempre se iba. Un día me dijo que a él le sobraban cosas y que preferiría tener una o dos, o acaso tres. Me dijo que si seguía así me iba a cortar algunas partes, para poder quedarse en alguna más tranquilo. Yo me reí pero él me miraba. Después hizo llamar a mi soldado y le dijo que lo iba a hacer cortar en pedacitos:

—¿Ve? —me dijo—. Esta era una parte que le sobraba demasiado a usted.

Me dio orgullo que se fijara tanto, pero después lo hizo y a mí me pareció que no me merecía honor así de grande, digo: honor así de enorme.»

### 4. Su padre Ramón:

«Sabemos: es mi Hijo. Lo demás son bajas panfiladas.»

### 5. Jushila:

«Me subyugan más que nada sus ojos. La primera vez que lo vi me pareció que no tenía, tan hundidos entre sus pliegues los tenía. Le pregunté si me veía y no me contestó: yo hablaba mal su lengua. Traté de recordar exacto las palabras, las repetí despacio y no me contestó. Él debía tener unas 20 estaciones y todavía no me daba miedo. Pero ya entonces me di cuenta de que sus ojos no eran de ida y vuelta: miraban, pero no se dejaban mirar nada.»

### 6. Su madre:

«Me acuerdo de nuestro alivio cuando le salieron por fin los primeros aditamentos de la panza. Hasta entonces era muy movedizo: tuvimos que obligarlo a que esperara un poco más su panza, se sentara. Para que se quedara yo le contaba las historias de Padres: él las escuchaba callado y pedía más. Una vez me preguntó por qué no estaban o dónde estaban esos Padres:

—Ahora están todos en su padre Ramón, y alguna vez en usted, sin las dudas, van a estar todos todos.

Le dije. Otra vez, él corría sin parar detrás del mono: me harté y le dije que si no se dejaba salir panza nunca iba a ser un Padre como esos. Él miró al mono que me mordía los dedos de los pies y me dijo que qué tiépida estaba:

—Usted por ahí no entiende, porque es lo suyo que no entienda. Yo no soy el Padre

que va a ser una panza. Por ahí, si yo no tengo panza, ninguno de esos Padres que usted me cuenta tiene panza tampoco.»

7. Javier, un guardia de la Casa:

«Las cuartas me decía que le cortara un animal para verlo de adentro. Le molestaba que las chinchillas, un decir, fueran iguales siempre. Yo pedí el permiso y le enseñé a cortarlos él: cortó unos días pero no le gustó. Me decía que si él no podía mover mis manos, qué podía.»

8. Javier, otro guardia de la Casa:

«Yo soy el que una vuelta lo sacó hasta la plaza del Mercado, cuando nadie sabía. Él me pidió porque yo le dije que si quería podíamos: primero me dijo que para qué, que qué había ahí. Le dije que tantas cosas que ni se imaginaba. Me dijo que se imaginaba todo. Le dije que no sabía porque no lo conocía. Me dijo que íbamos a ir para ver que todo lo que había él se lo imaginaba.

Lo ensució bien, le puse una tela vieja atada en la frente y nadie se dio cuenta. Nos arriesgamos mucho: si alguien lo conocía me mataban a mí. Fuimos una tercera, a pleno sol, para que hubiera menos vulgos en la calle: él miraba nada más a los vendedores de máquinas vulgares. Me pidió que le comprara una máquina de música que tocaba cada vez lo mismo, pero yo no tenía con qué. Me dijo que para qué lo había sacado si no era capaz de darle esa máquina ni nada. Hablé con el vendedor y me la dio por un rato. Cuando estábamos volviendo a la Casa le dije que no podía guardarse la máquina porque todos se iban a dar cuenta de que había estado afuera. Me miró, pensé que me mataba. Después me dijo que era cierto. Me parece que me agradeció con la última mirada. Creo que cuando llegue a Padre se va a acordar y va a buscarme algo bueno.»

9. Jushila:

«Siempre fue fuerte la forma en que comía. Muy ávido, comía.»

10. Joaquín, consejero de la Casa:

«Es un auténtico hijo de los Padres, sin las dudas. Sabe tanto lo que van a decirle, lo que pasa, que sabe hacerse el que no sabe.»

11. Su padre Ramón:

«Pensé en no dárselo. Si no se lo daba le hacía un bien bastante señalado. Si no se lo daba le instalaba más voraz la codicia. La forma en que me lo pedía me gustó muy poco. El cuchillo no me importaba nada, pero dudé por eso. Será que se lo di por eso. Así se cree que puede tener todo lo que quiere y la codicia se le achancha.»

12. Jose, compañero en la caza de la aceptación:

«Era tan amable que al principio no me di cuenta de quién era. No nos mandaba ni



nos miraba con asquitos: parecía que quería más bien que le enseñáramos las cosas. A mí me preguntó si ese cuchillo que él tenía se podía afilar con una piedra mojada y yo le expliqué todo. Él me daba las gracias. Nada más al final se nos volvió molesto, porque cada uno tenía que matar a alguien y sabíamos que él podía matar a alguno de nosotros, si quería. Pero todo terminó con fanfarrias, sin las dudas.»

*(Aquí había, según Thoucqueaux, una rotura en el manuscrito original, que hacía ininteligibles los párrafos comprendidos entre el 13 y el 16.)*

17. Ramón, su padre:

«Estoy orgulloso. La vez que hablamos de mi tiempo me dijo que era demasiado perfecto pero que no iba a repetirlo, sin las dudas. Yo traté de hablar de otras cosas y le pregunté si le había gustado una vestidora que le había mandado. No me contestó. Me dijo que yo había sido brutal poniendo tiempo tan perfecto: que qué elecciones le dejaba. Le brillaba la cólera en sus ojos. Alguna vez dudé, pero ahora sé que va a hacer algo que le dé fuerza a su nombre para siempre.»

18. Jushila:

«Solía tratarme muy amable, con el desprecio que correspondía. Sólo empecé a tenerle miedo cuando me dijo que alguna vez me lo iba a contar todo.»

19. Joaquín, consejero de Padre:

«Se cree que si no me habla puede evitar que yo le hable.»

20. Javier, un músico ciego de la Casa:

«Busca mucho. De cada música soporta nada más el principio y después enseguida nos manda que cambiemos.»

21. Su madre:

«Ahora puedo encontrarlo menos veces. Pero cada vez me pregunta todo lo que quiere. Una de las últimas veces me preguntó qué tiempo yo querría; le dije que, para mí, el mejor tiempo es el que casi no se nota y él me miró como cuando me va a decir pánfila tiépida. No me lo dijo. Me dijo:

—¿De verdad, en verdad, uno que no se note nada usted querría?

Se rió un rato largo: se daba golpecitos en la panza y a mí también me daba.»

22. Su padre Ramón:

«Detesto verlo. Nunca consigo dejar de verle los problemas: le veo que tiene los ojos demasiado juntos, le veo que no le gustan algunos animales, le veo que cree que sabe muchas cosas, le veo que no sabe quedarse sentado sin moverse por horas, le veo los esfuerzos para decir lo que nadie se espera. Igual yo sé que va a ser yo: lo sé seguro.»

23. Joaquín, un ignorante de la Casa:

«Con esa cara y ese cuerpo podría hacer lo que quisiera. El problema es que va a ser Padre, entonces, digo: podría hacer lo que quisiera. Siempre decía mi amigo Jacobo que algo de uno tiene que no poder hacer lo que quisiera. Oscar va a ser un Padre demasiado.»

24. Jushán, en medio del tormento:

«Lo peor es que lo está haciendo porque debe. Se ve que no le gusta. Me lo hace tan suave porque no le gusta. Es cruel cuando alguien es un cruel sin que le guste.»

25. Joaquín, consejero de la Casa:

«Sabe que declarar su tiempo es un juego como todos sus juegos. Muchas veces le pedí a su padre que le hablara de eso, y cada vez se me reía.»

(Hay que aclarar un detalle que valoriza estos fragmentos: en estas biografías, los que hablan reciben a cambio de sus informaciones la promesa de la impunidad. La tradición imponía que nadie pudiera ser castigado por una historia contada a las biógrafas: había quienes se apuraban a contar todo desaguisado, para evitar las sanciones posibles.) <<

[17] «**Mi madre y yo vivíamos en la parte**»: no hay que creer que la forma en que se organizaba la familia del soberano era la habitual en Calchaqui. De hecho, la familia tradicional era muy diferente. Aunque, en ambos casos, el sustantivo *familia* es otro error de traducción.

La tradición occidental entiende a la familia como una unidad siempre renovada en un proceso de tesis, antítesis y síntesis: los retoños —hombre o mujer— de una casa se mezclan con los retoños —mujer u hombre— de otra casa y de esa mezcla salen terceras casas, diferentes de las dos anteriores y entre sí, que a su vez producirá retoños —hombre o mujer— que se juntarán con los de otra tercera para formar cuartas, y así de seguido. De cada casa y de cada familia surgirán, como ramas de un árbol —según la metáfora clásica—, cantidades de casas que irán extendiendo la ramada de cada familia. En la Ciudad y las Tierras, en cambio, la unidad casa y la unidad familia eran inseparables y constantes. El principio era que a cada casa correspondía una *familia* y sólo una, y el mecanismo era sencillo.

«¿Cómo partir, digamos, una piedra en  
dos? ¿Cómo partir, a ver, en dos  
esa vicuña? Y más  
que nada, sobre todo, en la verdad, es  
clave: ¿para qué?»

Decía una canción que parece ser, en realidad, versión tardía —y retocada por necesidades de la música— de una conseja del **Libro de las Sentencias** (ver nota 41, cap. 1), para expresar una de las ideas más arraigadas en Calchaqui.

Calchaqui tenía un orden que se basaba en el cambio permanente: como el tiempo cambiaba, nada estaba seguro. Por lo cual este pueblo, el más deseoso de cambio que registran los anales, tenía un sacrosanto horror al cambio y mantenía, con grandes esfuerzos, áreas en las que todo parecía permanente. Una de estas áreas preservadas, quizá la más importante, era la de las *familias* y las casas.

El principio era sencillo: para seguir igual, cada casa necesita un solo heredero. Para seguir igual, cada casa tiene que tener al menos uno. O sea que se trataba de garantizar que cada hombre o mujer produjeran a su vez una mujer o un hombre que los continuaran. Ahora sí recurrimos al **Libro de las Sentencias**:

«Una mujer querrá, después, ser

muchas. Pero sólo podrá, después,  
ser uno.»

Aludiendo a que, como se verá, cada cual debe ser continuado por sólo uno, del sexo contrario. Salvo, por supuesto, el soberano, el único que produce una continuación idéntica: sí mismo. Es la excepción extrema; en el **Libro**, la sentencia lo deja bien claro:

«Un hombre querrá, después, ser  
muchos. Pero sólo podrá, después,  
ser una.»

Todo esto se mantiene fuera de la idea de matrimonio como alianza permanente y unidad básica de producción. La idea de matrimonio es extraña a la cultura de la Ciudad porque supone una noción de intercambio continuo que no corresponde a las maneras calchaquis: la búsqueda de la continuidad supone la permanencia de un tiempo que la contenga, la inmutabilidad deseada de las cosas. Además, se supone que un intercambio continuo se basaría en el afecto por los defectos del otro, o el alivio por ellos, o una manera de la compasión. No son sus sentimientos habituales. Por lo cual la cuestión se resuelve con un pacto de discontinuidad bien delineada.

Cuando llega la edad en que una mujer se vuelve fértil, su padre le busca un candidato. En la elección intervienen tanto las cuestiones de clase y pertenencia social como las virtudes que el futuro padre podría transmitir a su retoño: astucia, buenos modales, tenacidad, hermosura, inclemencia, sensatez, unas piernas bien combas. Una vez que el padre de la muchacha ha llegado a un acuerdo con la madre del candidato, interviene la madre de la muchacha, que somete al candidato a la llamada «Prueba de la Madre» (ver cap. 4, pág. 770). Si el candidato la supera, se celebra el ayuntamiento: durante cinco días y sus noches, candidato y muchacha comparten una habitación cerrada, con víveres y comodidades proporcionales a su situación social: en esa travesía pueden hacer lo que quieran, salvo hablar ([ver nota 16, cap. 4](#)).

Celebrado el ayuntamiento, cada cual vuelve a su casa. Si al cabo de un par de meses se comprueba que la muchacha no está preñada, vuelven a encontrarse según un calendario complicado. Tarde o temprano llegará el embarazo y, muchas veces, el parto: el bebe vivirá con su madre hasta los tres años. Después, si es mujer, irá a casa de su padre; si es varón se quedará en la de su madre. De más está decir que la casa de su madre es, a su vez, la casa del padre de su madre y que la casa de su padre es, por supuesto, la casa de la madre de su padre.

Los calchaquis debían tener dos hijos: un hombre y una mujer. Lo cual, está claro, podía necesitar de varios intentos, ya que no tenían mecanismos para garantizar el sexo del bebe. Sabemos que, en algunos casos, los repetidos eran eliminados al nacer; en otros, se los criaba pero debían abandonar el hogar —y, a menudo, la Ciudad— cuando llegaban a la edad adulta.

El mecanismo de los dos hijos garantizaba una continuidad perfecta: el hijo de una mujer se hacía cargo de la casa que había sido del padre de ella, que la había recibido de su madre, quien la tenía de su padre, y así sucesivamente. La hija de un hombre se hacía cargo de la casa que había sido de la madre de él, que la había recibido de su padre, quien la tenía de su madre, y de seguido. Con lo cual el número de los habitantes —y, sobre todo, de las casas— se mantenía más o menos constante. (Ignoramos cuál era el mecanismo para restablecer los equilibrios perdidos por muertes prematuras, cualquiera fuera su origen, pero ciertamente existía, porque si no Calchaqui habría desaparecido en su propia consunción. Se podría pensar que los nacidos segundos o terceros —ver más abajo— constituían un batallón de reserva, aunque es cierto que, de ser así, la tentación de matar al primogénito podría haber sido desbordante.)

Hay razones para pensar que la transmisión equilibrada de las casas no existió desde el principio. Es obvio que, en tal caso, el pequeño grupo de invasores nunca se habría convertido en una población consolidada y numerosa. Pero es probable que la fijación haya intervenido temprano. Sin datos fehacientes, podemos pensar en los tiempos de los soberanos 4 o 5.

Aunque la explicación de la falta de grupos de hermanos equitativos aceptados —hermanos con igualdad de derechos y posibilidades, tal como existen, formalmente, en nuestras sociedades actuales— puede ser más compleja. La razón material sería la conservación de las casas, pero hay también una posibilidad más etérea: «Los hermanos son una confusión del linaje —dice un escrito de tiempos del soberano 3, Félix—: con hermanos todo se divide y desperdiga. Con un hijo se puede pensar que todo lo que es del padre está ahí, bien encerrado en ese. Si son varios, en cada cual se quedan partes. Si tres son muy distintos, ¿será que el padre fue tan distinto de sí mismo?» La pregunta está planteada, y lleva a otra, que nos concierne: ¿no hay hermanos porque no hay matrimonios o no hay matrimonios para que no haya hermanos? La dispersión que los hermanos, según este escrito, producirían es del todo contraria a los modelos de la Ciudad y las Tierras: se podría incluso pensar que desde el principio, con su afán de concentración desenfrenada, los calchaquis temieron —¿intuyeron?— su final de disgregación incontenible.

Las consecuencias de esta limitación numérica eran variadas. Por un lado creaba una vasta población flotante, constituida por todos aquellos que nacían segundos o terceros. Es probable que hayan sido ellos quienes, en los primeros tiempos, formaran

el grueso de los vulgos pero, cumplida su función de crear una especie de proletariado urbano, los rechazados de las casas fueron llevados a dejar la Ciudad.

A partir de entonces, esta población empezó a emigrar hacia las Tierras, a enrolarse como soldados de fortuna para soberanos del Norte o a establecerse en las pampas vírgenes del Oeste: es probable que buena parte de la primera población del actual territorio de la República provenga de esta expulsión gradual y controlada de recursos humanos producida por los modelos *familiares* de Calchaqui. Esto podría explicar cómo un grupo étnico que desapareció por completo en su lugar de origen consiguió perpetuar con tanta fuerza sus tradiciones en los usos y costumbres de los argentinos.

(Cabe incluso la posibilidad de que el primer soberano, Alberto, y su grupo de conquistadores hayan llegado a la Ciudad como consecuencia de un proceso de expulsión semejante, producido en su tierra de origen.)

En síntesis: cada hombre o mujer de Calchaqui permanecía en la casa de su madre o padre respectivamente, y allí criaba a su hijo o hija, como únicos. La *familia*, entonces, si la hay, no aparece como una idea sincrónica sino diacrónica: no se piensa en la *familia* como el conjunto de consanguíneos que conviven en determinado momento y bajo un mismo techo o se reúnen para las comilonas semanales, sino como la sucesión de padre-hijahijo-hija-tataranieta que se despliega en el tiempo. En ese esquema, cada casa tenía, alternadamente, un dueño o una dueña, lo cual indicaba cierta indiscriminación sexual. La mayoría de los «matrimonios» sólo se encontraban para la procreación, el intercambio de hijos y las ceremonias nupciales y fúnebres. Unos pocos, en cambio, mantenían relaciones más continuadas: eran los menos y solía vérselos como excéntricos o un poco despreciables. Aun así, se consideraba que sus encuentros eran un caso particular de encuentro sexual con cualquiera. (Huelga decir que, como queda dicho, los encuentros sexuales carecen en Calchaqui de cualquier status metafísico. No hay casi registro, en el vastísimo corpus calchaqui que hemos podido examinar, de lo que nuestra cultura occidental contemporánea llamaría «amor» (ver nota 58, cap. 3). Sólo encontramos, muy dispersas, algunas historias que permitirían suponerlo (ver nota 19, cap. 2) y esta canción que, con una cursilería infrecuente en la Ciudad y las Tierras, permitiría postular que ciertos temas se imponen a las variantes de su tratamiento. O, dicho en términos caros a la Escuela de Viena, que «incluso lo que no se dice se dice de una forma ya cristalizada».

«Algo da

una mujer por algún tiempo. No

es lo mismo exacto que otras cosas o

por lo menos no

parece. El carpincho no parece

dar lo mismo; un soldado relleno no  
parece; un osito hormiguero, otra mujer, una  
canción con rimas no  
parecen: algo da, esa, por algún tiempo y algo  
quita.

Da, más bien, tiépida, sin querer, o con,  
unas cosquillas. Unas  
raras maneras de caminar apresurado, otras  
formas más raras de aterrarse, esas  
necesidades de la baba, cierta  
apetencia de nalga, esta  
nostalgia y sobre todo una  
ansiedad de matarla que con placer tremendo deja  
el hombre para el otro día. Esa manera  
es poco más que eso, digo: esas  
ganas de ya matarla y el placer  
de pensar que mañana.  
Es peligroso, sí, sí: es  
peligroso,  
siempre dejar para mañana.  
Lo que ella quita, en cambio,  
es lo más necesario.»

La canción tuvo, según Thoucqueaux, una fama que duró a través de varios  
soberanos. <<

[18] «**el meneo es un arte que hay que aprender mayores**»: entendiendo que requiere disposición y habilidades que superan las del jovencito. Sobre el particular, ver las *Formas de la Mano* (citada *in extenso* en [nota 27, cap. 1](#)), que no dicen nada sobre la edad para el aprendizaje. <<



[19] «**otro hijo y todo se complique**»: el relato de las penas de Jorge, el soberano 18, abuelo del padre de Oscar, es una de las pocas historias que podríamos llamar de amor en la tradición calchaqui. Por su rareza, parece haber excitado la imaginación de sus contemporáneos, que la contaron en muy distintas circunstancias. En la **edición *Thoucqueaux*** aparecen al menos tres referencias claras a sus orígenes:

- a) un extracto de una *Biografía* de su hijo Héctor, el 19.
- b) el *Informe* del consejero de Vulgos sobre rumores que corrían en la Ciudad en su momento.
- c) un escrito admonitorio que el mismo Jorge hizo circular, como acto de contrición, disfrazado de *Recomendaciones de Prudencia*.

Citaremos fragmentos de esos escritos. El primero nos da una visión global de los hechos, aunque adopte un tono semilírico totalmente impropio:

«Ella esplendía de veras. Esplendía de una forma rara: no con los ojos como flechas, no con la carne colgajeando, no con su grupa tremebunda, no con las carcajadas o vaivenes, no esplendía con las mejores lágrimas: los tenía, pero no era con eso que esplendía. Nora esplendía con los detalles más pavotes. Sabía esplender limpiándose la baba de la boca, sutil, con un trapito; esplender desplegando la mano para tomar un higo chumbo; esplender mirándose para nada el hombro izquierdo por sobre la nariz; esplender dando brillo a lo que debe ser opaco. Sus gestos esplendían porque casi no eran: eran siempre una manera de decir lo que podrían llegar a ser, si nada más quisieran.

Cuando fue a hacer su hijo, Jorge la odió por reservarse. En verdad, la odió por esplender tan reservado. Jorge estaba por ser Padre, tenía que declarar su tiempo y buscaba ademanes: Nora le ofrecía la posibilidad en sus maneras. Jorge la fornicó de lejos, con eficacia pero desentendido. Nora supuso, durante, que en un fornicio podía haber otras cosas. Cuando salió, Jorge tenía la satisfacción y el alivio del que lo da por hecho.

Nora se quedó preñada sin maneras y a la tercera estación le nació el Hijo, que era Héctor. Cuando Héctor ya le había nacido Nora quedó mejor: esplendía más y más, esplendía con movimientos un poquito más cortos: estaba tremebunda. Jorge empezó a visitar a su hijo demasiado frecuente: lo levantaba, lo apretaba, lo agitaba en vaivén por el aire y con el rabillo siempre estaba mirando qué hacía ella. A veces lo revoleaba para que pareciera que no podía agarrarlo, a ver si ella corría estirando los brazos: Nora bajaba suaves párpados doblando apenas la cabeza y esplendía de veras.

Jorge no podía fornicarla para no preñarla de otro Hijo: eso se sabe. Pero si hubiera podido no habría querido: es muy probable. Jorge quería más que nada verle el esplendor y, más que todo, verla traicionarlo: mezclarse, esplender menos. Verla hacer un movimiento bruto, un ademán completo, una manera donde no quedaran posibilidades: donde todo se quedara hecho. Quizá no quería ni siquiera eso: iba a verla, mucho, todos los días. Ella lo miraba con un poco del ojo y se dejaba ver.

Jorge la toqueteaba: podía toquetearla y Nora tenía su modo muy espléndido de derramar las carnes. La toqueteaba y le contaba cosas: Nora le contestaba a veces con sus medias palabras, apenas poco, un acaso vahído, y Jorge entendía que ella entendía todo. Jorge volvía todas las veces, la miraba, la toqueteaba, le hablaba más y más. Le hablaba en catarata, sin parar: le contaba casi todas las cosas. Jorge se preocupó. Hablaba demasiado y se enteraba de cosas que mejor no saber. Sabía que tenía nada más una manera de callarse. Una cuarta que estaban, Héctor era un bebe y lloraba poquito, el agua corría en el arroyo de la estancia, no había música, monos muy escasos, Jorge un momento tuvo que callarse y la fornicó en silencio mucho rato.

Se fornicaron de todas las formas que alguna vez habían imaginado. Nora daba gritos y se movía con brutos manotones, se le perdían los ojos, se tiraba de unos pelos oscuros, tiritaba, cantaba dos tonadas. Jorge también, o más o menos. Jorge no le habló más y volvía muchas cuartas a fornicarla con mayor parsimonia. Cuando supieron que Nora se había preñado, tuvieron que matarla.»

El relato, que consta en una de las biografías oficiales del soberano Héctor, es extraño: ¿por qué contar que sus padres quebrantaron las normas más precisas? ¿Sólo para mostrar, con cierta crudeza, cómo pagaron ese quebrantamiento? ¿Quizá para mostrar cómo un soberano sale indemne de sus propios errores, aunque los demás paguen por ellos? ¿O para enaltecer su sacrificio? ¿O, en realidad, la intención didáctica no es más que una justificación y una máscara para ocultar lo central de este relato, la extrañeza ante testarudez tan confundida? Parte de la respuesta aparece al cotejarlo con los otros dos. Hay que señalar que este fragmento, aunque se presenta primero, fue escrito mucho más tarde que los demás.

El segundo fragmento —muy breve— corresponde a un *Informe* del consejero de Vulgos sobre los rumores que circulaban en la Ciudad a raíz de la desaparición de la Madre del Hijo, jovencita:

«Enviamos sujetos a interiorizarse de los dichos. Se apostaron en diversos lugares.

En la plaza del Mercado, oyeron:

— que se descubrió que el Hijo tiene una enfermedad tremenda y ella huyó al Norte con la ayuda de su padre.

— que Padre no quiere que la vea nadie porque le está saliendo un aditamento en su mejilla.

— que quién sabe si de verdad no está.

— que el Hijo lloraba mucho cuando la veía.

— que está tan esplendente que vaya a saber dónde la tiene guardada Padre, y para qué.

En el barrio de Antiguos, oyeron:

— que eso le pasó por ser bastante estólida y creer que se puede hacer lo que alguien quiere.

En el Mercado de Perfumes, oyeron:

— que no es la verdadera madre. Un persona con varias influencias informó a muchos del mercado que el Hijo es hijo de una mujer menor y que Nora sirvió para darle salida pero que ahora sería peligroso mantenerla en la Casa porque podría hablar. Que se está decidiendo qué hacer con ella, pero no va a ser simpaticón (dice, textual).

En un restaurante del barrio fino, oyeron:

— que el Padre le contó algunas cosas que ella no tenía que saber, tenía que no. Dice otro: que ni siquiera el Padre tenía que saber. Le contesta: supuesto que el Padre tenga y no tenga que, lo cual yo dudo. El otro: es de roca. El primero: algunas cosas que no tenía que saber, le digo, entonces, y ahora la tiene sometida a unas cocciones para pararle la memoria, como le hacen a los ignorantes de la Casa. Le pregunta: ¿está muy bien seguro o bien bastante? Le contesta: ¿alguna vez le dije cosa que no era? Le dice: sí. Le replica: pero esta es bien de roca.

Nuestros hombres tienen instrucciones de apoyar la versión de que trató de huir. Desmentir más que nada, con toda la fuerza necesaria, la versión del Mercado de Perfumes.»

El informe da cuenta de una situación que parece haber sido endémica en Calchaqui: la proliferación de explicaciones. En general, el gabinete de Palacio no les prestaba demasiada atención. En este caso, los rumores deben haber llegado a niveles preocupantes; si no, es difícil entender la aparición del escrito citado a continuación, las *Recomendaciones de Prudencia* que hizo circular el propio soberano:

«Padres pueden, aunque nadie pueda. Pueden imaginar sus cosas. También pueden saber que quieren más. Hay una sola cosa que no pueden: la que yo hice para mostrarles cómo era. Nora, la Madre del Hijo, se murió porque yo la quería más y más veces: como no se puede, se murió. Sepan, aprendan.»

No se necesitaba mucho más para que el episodio quedara grabado a fuego en la conciencia de la Ciudad y las Tierras. Más allá del azar de que haya sucedido, lo sorprendente de la historia es su difusión que, en última instancia, propició la Casa. Es cierto que había rumores y que era bueno contestarlos, pero en tantos otros casos la Casa hizo, con toda tranquilidad, oídos sordos. La decisión de aclarar lo sucedido no viene sólo de la necesidad del momento. Ante esos rumores, que podían despejarse con la indiferencia o una declaración cualquiera, la Casa o el soberano Jorge producen una de las muy escasas historias de amor de la cultura calchaqui para explicar que el amor conduce a una muerte excesiva. Habría que preguntarse por qué esta condena del amor cuando se sabe de sobra que las instituciones gobernantes suelen promoverlo como forma de mantener a los hombres y mujeres pendientes de sus pequeños asuntos, orondos y satisfechos de sí mismos, justificados, perezosos y, por ende, desentendidos de la cosa pública.

(Y habría que preguntarse también si no es una extrapolación imperdonable, ceguera del comentarista influido por sus condiciones, hablar de amor donde, quizás, habría que hablar de calentura.) <<

[20] «**Su tiempo es tan perfecto: repugnante**»: resulta significativo que Oscar, tan cuidadoso para definir los tiempos de sus ancestros, esquive la definición de este, que no es otro que el tiempo de su padre, Ramón, el tiempo donde él ha nacido y vive. En esta primera referencia explícita a ese tiempo, lo único que sobresale es la idea de su grandeza y perfección, que no es apuntalada por descripción alguna. Si bien no sirve para definir el tiempo de su padre, esta primera aproximación muestra el estado de ánimo de Oscar en el momento de decidir el suyo: la sensación de que debe reemplazar —hacer frente— a un tiempo sublime y sin fisuras. La idea de que la apuesta está muy alta y le deja dos opciones: o no la toma, o la banca con un golpe tremendo. (Sobre el tiempo de Ramón, [ver nota 29, cap. 2.](#)) <<

[21] «**me podría esconder en sus piernas**»: es curioso que Oscar no imagine otras formas de relación con su madre. Es cierto que el suyo era un caso especial, porque la Madre del Hijo sabía, desde el principio, que en cuanto el Hijo se convirtiera en Padre dejaría de ser su hijo para ser su Padre. Pero, aun así, ciertas costumbres deberían mantenerse. No podemos creer que Oscar no conociese el manual *Usos de la madre*, que cita el caballero des Thoucqueaux en su *edición*, y que parecía tan difundido en la Ciudad y las Tierras. *Usos* es un documento bastante aburrido, que empieza con una frase lapidaria:

«No está la madre para parir sus hijos. Eso sabe cualquiera: cualquiera lo podría. La madre se va haciendo con los tiempos.»

Que en principio parece un remanente de las costumbres de aceptar hijos de otros (ver nota 11, cap. 4) pero es, sobre todo, una forma de incluir al padre en el planteo. A continuación, las frases comprenden una cantidad de lugares comunes sobre la obligación de una madre de dar alimento y abrigo a su hijo «y, si no tiene la fortuna de un mongui, enseñarle a que hable». La enumeración resulta farragosa. Pero después hay recomendaciones más sugerentes:

«Está la madre para mirar su hijo: mirándolo, recuerda cada vez, cara, mueca, panfilada, palabra de su hijo. Sin su madre, el hijo se mueve en el vacío, cerca de la nadita, como un martillo que martilla en el aire. Con su madre, el hijo sabe que cada golpe martilla en chapa buena: la va haciendo. La madre es lo que el hijo hace, para tener donde quedarse cuando todo lo que hace se va yendo, como siempre todo se va yendo.»

Hay ecos, sin dudas, de esta recomendación —una de las más interesantes— en el *Canto de la Nena vista* (ver nota 42, cap. 3). *Usos* continúa con una idea que puede parecer contradictoria, aunque no sea:

«Está la madre para que el hijo aprenda que no hay verdad en las maneras de cambiarse cosas. Para que aprenda que cambiar una cosa por otra es un arreglo entre sujetos, pero no es inherente: no está dicho. Aprende: porque la madre está para darle lo que tenga que darle sabiendo que no le toca nada a cambio, o cualquier otra cosa: sin medida común, una que no compensa. Está para que el hijo aprenda que hay cosas que son tuyas no por cambio: porque tenían que ser, ya eran.»

Y, más abajo:

«Está la madre para que el hijo se pelee.

Está la madre para que sepa el hijo que nunca nada es peor ni mejor que lo de antes: que no hay comparación con lo de antes. Está para que el hijo vea que lo que es distinto siempre es parecido: que lo que se parece tiene que ser distinto.

Está la madre para que el hijo pruebe en ella.»

Y así sigue, sin mayor interés. Es probable que una de las informaciones más interesantes de los **Usos**, en nuestra búsqueda de comprender la sociedad calchaqui, sea una frase casi suelta, al final del documento:

«Sin las dudas, los usos de la madre son para la madre cuando hablamos del hijo, que es de ella. Si hablamos de la hija los usos, viene dicho, son del padre: son los mismos, pero son del padre, que viene a ser la madre de la hija, o viceversa.» <<

[22] «**una telita color nada**»: el color nada aparece muy rara vez en estos escritos y, sin embargo, dominaba el croma de la Ciudad y las Tierras. Aunque probablemente sean sus características, tan explícitas en su nombre, las que justifican su ausencia: el color nada se asimila —erróneamente— a la falta de color y, por lo tanto, no suele ser nombrado. Es más: seguramente tampoco era percibido por el ojo calchaqui.

Aunque las definiciones del color nada son confusas, creo que podemos pensarlo como el color de las pampas altas en temporada marchita: una mezcla de ocre, marrones agrisados y algún verde muy seco, que se parece mucho al cielo encapotado.

El color nada no era muy usado en la vestimenta. Sin embargo, sirvió periódicamente como caballito de batalla de los tradicionalistas, que volvían a él cuando los colorinches de la indumentaria de los vulgos u otros enriquecidos les parecían excesivos. En tales circunstancias el color nada reaparecía bajo el manto de la costumbre; era «lo de toda la vida». No es inusual que la tradición se edifique sobre lo pretendidamente neutro: una elección antigua que consigue aparecer como la base común y duradera por contraposición a las elecciones recientes, que se definen como temporarias. O, si acaso, se da el proceso inverso: aquello que la tradición ha sancionado pasa a ser visto como neutro en la medida en que «ya está ahí», en que no implica una elección. <<



[23] «**sombreros grises puntiagudos y lanzas en las manos**»: habría que revisar. La imagen descrita suena como una descripción —bastante fiel de la indumentaria de los conquistadores españoles de los siglos XVI y XVII. ¿Por qué están en los frescos que deberían predecir la vida de Oscar? Es muy curioso. Ver más adelante, [notas 4 y 45 en el capítulo 4](#) y, sobre todo, el capítulo 5, con las memorias de Jushila. Decidir cómo se relaciona esto con el resto, pero parece una de las mejores confirmaciones de que la Ciudad y las Tierras ocupaban el territorio de Calchaqui ([ver nota 12, cap. 1](#)). ¿Será la prueba que les resultará más difícil rebatir, mal que le pese a Pérez Bulni? <<

[24] «**última cara al natural que pintó, en la aceptación**»: para una descripción completa de la ceremonia, [ver nota 46, cap. 2.](#) <<

[25] «**un arroyo muy suave**»: ya hemos señalado que el dicho arroyo es una canaleta que atraviesa el suelo de la habitación, conectada a una cañería exterior que trae agua desde las reservas situadas en el tercer nivel del Palacio. Si me detengo en esta banalidad es porque nos permite enfrentarnos una vez más con la conocida tendencia a la exageración de las descripciones calchaquis. Lo cual puede dar al lector una idea de lo difícil que resulta el trabajo de establecimiento de sus escritos. Por momentos, el anotador tiene la sensación —o incluso la certeza— de que hay que dividir por diez todo lo que dicen; en otros, el anotador se da cuenta de que si lo hace se equivoca. <<

[26] «**le dejó usar ese nombre extraño**»: el problema de los nombres es uno de los más arduos que tuvimos que enfrentar para editar *La Historia* y sus documentos anexos. O, dicho de otra manera: pese a todos nuestros esfuerzos, no hemos podido saber cuáles eran los nombres originales de nuestros personajes.

Ya en las primeras versiones de *La Destinée de la Révolte*, los personajes tienen nombres franceses comunes que, evidentemente, no son los suyos. Y lo mismo sucede en *L'Histoire* y en todos los documentos presentados por la **edición Thoucqueaux**.

Desde el principio me resultó claro que no tenía sentido mantener esos nombres en mi versión castellana. Pero, durante muchos años, conservé la esperanza de que el hallazgo del manuscrito original de fray José Luis de Miranda me daría los nombres verdaderos. Al aceptar que no lo encontraría, tuve que decidir todos sus bautismos.

Debo confesar que estuve tentado de ponerles nombres que correspondieran a su origen. Aunque está claro que no hablaban quechua, la sonoridad de su lengua ([ver nota 24, cap. 1](#)) se le acerca y se complementa bien con los paisajes que debieron frecuentar: huelgo reseñar las horas que pasé en la busca de combinatorias que los fueran nombrando. En algún momento supuse que aplicar esos nombres era una especie de abuso de confianza y, sobre todo, que esos nombres darían a los relatos un aire falsamente exótico.

Los nombres de otro idioma dan, está claro, un matiz de extrañeza a cualquier relato. ¿Por qué, si todo el resto está traducido, no lo estarían los nombres? Supongo que esa fue la idea del caballero des Thoucqueaux cuando los virtió al francés, y sólo lamento que por descuido no nos haya dejado una lista de las equivalencias —aunque es muy probable que esa lista existiera y estuviese en el volumen I, que tanto he buscado.

Así que retomé la solución Thoucqueaux: si él tradujo los nombres al francés —con la intención o el resultado de darle al relato una naturalidad de la que si no carecería — yo, en mi traducción, usaría nombres del castellano de nuestro país. Los nombres de los soberanos están traducidos según ese criterio: el de darles los apelativos más frecuentes en nuestra sociedad y nuestros días, para evitar cualquier falso exotismo.

En cuanto a los demás, era fácil observar en la **edición Thoucqueaux** que todos los «vulgos y personas» que aparecían en los escritos compartían sólo diez nombres, cinco femeninos y cinco masculinos. Lo mismo hemos hecho en la versión castellana: así, se verá que todos los hombres se llaman Jacobo, Jaime, Javier, Joaquín y Jose, y todas las mujeres Ana, Nora, Esther, Raquel o Sara. El uso de un número tan restringido —5, un número tan cargado— de nombres, da a la sociedad calchaqui una cohesión ([ver nota 17, cap. 2](#)) muy particular.

Los cinco nombres masculinos, siguiendo la elección de Thoucqueaux —que seguía, supongo, la del original— tienen la misma raíz. Los femeninos, en cambio, son fundamentalmente bíblicos. Por lo que sabemos del origen del nombre «Jaime» (ver cap. 3, pág. 476) podemos suponer que cada uno se apoyaba en una historia que le daba sentido; sólo conocemos la citada.

En cuanto a los extranjeros —como Jushila o Jushán— mantienen aparentemente sus nombres originales —José Luis o Juan—, calchaquizándose la pronunciación.

(Por un pasaje en una biografía, sabemos que los vulgos y personas tenían que cambiar de nombre cada tanto. Desde tiempos de los primeros soberanos, se consideró o se impuso que, ya que un hombre es muy distinto en su niñez de lo que es en su edad madura, ya que una mujer puede no ser la misma después de algún triunfo, sería ilógico que sujetos tan diferentes portaran el mismo nombre. O, también: cuando el soberano se renueva y el tiempo cambia —sobre todo, en ciertas versiones del tiempo— mantener el mismo nombre es una oposición casi desafiante. Por lo cual los sujetos debían, en tales circunstancias, cambiar sus nombres.

En la versión de Thoucqueaux estas mudanzas no aparecen. Aunque no tengo pruebas, estoy tentado de postular que hubo una reacción contra el cambio de nombre conducida con un argumento especioso: se puede cambiar de un nombre al mismo nombre —porque, si el sujeto es otro, su nombre, aunque sea el mismo, es necesariamente otro. La línea de justificación me parece coincidir bien con el pensamiento calchaqui y mis años pasados en su estudio me autorizan, quizás, a decidir que fue así. Puede haber habido, al principio, un pequeño grupo o bandería que postulara el cambio de un nombre al mismo y lo hiciera con actitud contestataria; es probable que en cierto lapso la actitud se difundiera y pasara a ser la norma: tal era la mecánica clásica de la Ciudad y las Tierras. Entonces, el cambio de nombre seguiría produciéndose como un ritual sin contenido: en ciertas circunstancias —variaciones importantes en el sujeto, declaración de un tiempo distinto—, el sujeto cambiaría de su nombre al mismo en una breve ceremonia privada.

En el *Libro de las Sentencias* hay una que parece críptica y Thoucqueaux no consiguió descrifrar pero que, vista a la luz de mis hipótesis, podría explicar esta confusión:

*«Alguien es otro y no se llama  
distinto. Sí se llama: si es otro,  
su nombre no es el mismo.»*

Creería poder situar el movimiento que propuso el cambio del nombre por el mismo en tiempos del soberano 8, Aldo, cuando el culto de la identidad hizo que se

descubrieran, dentro de lo que una visión menos interesada llamaría idéntico, infinitos matices.) <<

[27] «**un tiempo distinto de verdad: cerrando el tiempo**»: es la primera mención que hace Oscar de lo que podría ser su tiempo. Pero la referencia es tenue y no permite anticipar la magnitud de la catástrofe. Sus motivaciones, además, no parecen proporcionadas a la decisión que finalmente tomó. En este pasaje, Oscar dice que «con un tiempo distinto de verdad, cerrando el tiempo... podría ordenar todas las vidas (de sus súbditos)»: se trata más de un reconocimiento de la potencia del tiempo como orden que de la elección de una forma en particular.

Y aun así es curioso que Oscar retenga de esa potencia la posibilidad de «ordenar las vidas de los hombres». Para muchos de sus predecesores —y sin duda, al final, para él mismo— el tiempo fue más un monumento —el mojón imponente que marca el cruce de todos los caminos— que un instrumento de poder. La frase tan citada del 10, Osvaldo, en el momento de su muerte ([ver nota 6, cap. 1](#)) parece decirlo con claridad: «El tiempo no es aquello donde pasan las cosas. Las cosas pasan en una copia del tiempo, un remedo vulgar. El tiempo no está para los hechos de los hombres.» La frase, es obvio, fue esgrimida una y mil veces por quienes sostienen la existencia de un tiempo vulgar en Calchaqui ([ver notas 32 y 33, cap. 4](#)). Pero también se ha discutido mucho si ese aparente desprendimiento, si la displicencia con que Osvaldo desliga su tiempo de los hechos de los hombres responde al desdén y la busca de más altas metas, o es una máscara de la resignación frente a la evidencia de que los hombres no cumplen con su tiempo.

Su frase, en cualquier caso, es un clásico de los estudios sobre la Ciudad. Y adopta plena validez en el caso de Oscar. Ya veremos que lo que Oscar intentó, a cualquier precio, con su tiempo, fue la erección de un edificio de tal tamaño que necesitara miradas más extensas que las de los ojos de los hombres. <<

[28] «**La tela blanca estaba preparada**»: cualquier estudio del vestido en Calchaqui debe estar precedido por una definición de la desnudez, porque es vestido «todo aquello que se propone confundirla».

La cuestión está clara: la desnudez es la falta de todo sobre el cuerpo. «Todo», dicho en el sentido más estricto: cualquier género, joya, pintura o aditamento imaginado deshacen la desnudez de un cuerpo. En una civilización del matiz, la desnudez es uno de los pocos conceptos totalitarios. No acepta tonos ni compromisos: está desnudo el que no tiene nada; en cuanto hay algo, no lo está. No existe esta idea occidental de compromiso, que propone semidesnudos allí donde hay vestidos que sólo ocultan ciertas partes, o desnudos con joyas, pinturas o paños. Desnudo, en Occidente, está el que muestra sectores definidos. En Calchaqui, de lleno, el desnudo es o no es.

Es probable que la desnudez haya necesitado esa definición tajante porque, en los primeros tiempos, fue un privilegio de los soberanos. Hay, en *Sentencias*, una terceta que lo refiere:

*«El que lo tiene todo, todo  
desdeña. Pero si algo le falta, la falta  
lo humilla y desencaja.»*

(Por su composición tan depurada conocemos la antigüedad de la sentencia: se ve que ha ido perdiendo, a través de los tiempos, aquello que se consideraba superfluo hasta quedar en un punto de concentración que la hace apenas comprensible. Pero percibimos todavía la intención: puede desnudarse el que se cree tan completo que no necesita agregarse nada, pero está tomando un riesgo: si se equivocara, su ridículo sería estrepitoso.)

En tiempos de los primeros soberanos, por lo tanto, la desnudez fue su privilegio. Ellos eran, por antonomasia, los únicos con derecho a considerarse lo bastante completos como para desdeñar los atavíos. Lo que no queda claro en la documentación que manejamos es si el soberano usaba su desnudez todo el tiempo, como atuendo cotidiano, o la afectaba en las ceremonias y situaciones en que tenía que mostrar su majestad. Es probable que esto dependiera del carácter de cada uno, de su intención de acercarse o no a sus súbditos, y que cualquier pequeño aditamento a sus cuerpos pudiera ser interpretado en el lenguaje gestual de la Casa como una concesión graciosa, un gesto de lo que ahora llamaríamos demagogia: una forma de mostrarse menos inalcanzable. Y el exacto punto del cuerpo en que se localizara esa adición definiría un signo de primera importancia, que cortesanos avezados



interpretaban con cuidado.

En cualquier caso, está claro que los personas y vulgos de la Ciudad y las Tierras estaban obligados a poner sobre sus cuerpos algún aditamento, de la misma forma y con el mismo espíritu con que un compositor debía introducir, en toda música, el error que señalara su humildad (ver cap. 4, pág. 784). Pero, como también pasó en la música y otras artes menores, lo que empezó siendo un gesto de modestia se transformó, poco a poco, en ostentación.

La historia de los vestidos en la Ciudad y las Tierras sería, si alguien quisiera sistematizarla, el relato de cómo los primeros soberanos conquistadores fueron perdiendo su poder absoluto y cómo surgieron, en los espacios que dejaba su retracción, los sectores que conformaron su sociedad en la época clásica. Queda dicho que en los primeros tiempos el ideal de la desnudez hacía que las vestimentas fueran mínimas, percibidas como un mal necesario: los personas, sobre todo, se resignaban a ponerse como al descuido sobre los hombros un tejido de hilo o un cinturón de piel alrededor de la cintura; algunos, los más respetables, se atrevían a prescindir de todo salvo alguna pintura de colores en el pecho. Poco a poco, los vestidos se fueron complicando.

Al principio, la sofisticación de los vestidos se presentó como una muestra de humildad exacerbada: si un trapo sobre los hombros era un acto de contrición y respeto, ¿cuánta sumisión no denotaría una capa de plumas de tucán y piedras? Si la desnudez —la naturalidad del hombre que no necesita agregarse nada— era la mayor soberbia, se podía postular que la modestia de un sujeto era proporcional a la artificialidad y desmesura de su ropa. Es probable que, en sus inicios, el gesto haya sido sincero; pronto se volvió un subterfugio del todo formal, que todos proclamaban y muy pocos creían.

La idea del sacrificio sirvió, de todas formas, para llevar el arte del vestido hasta cimas que América nunca volvió a alcanzar. Las telas y materiales se hicieron despampanantes. Piel de zorro, zorrino, vicuña, puma, chinchilla, aguatí, rata, cuis, oso y víboras variadas se acoplaban en rompecabezas policromos; con la lana de las vicuñas se tramaban telas ligerísimas; con las más finas fibras vegetales se hilaban géneros en los que nadie podía ver el trabajo del hombre. Las modas variaban con la velocidad del rayo: una estación se suponía que la acumulación era deseable, y el sujeto se vestía con innumerables telas que ocultaba —todas ellas— poniendo por encima un manto blanco: el mérito estaba en no exhibir lo que había y sobreentender que había a raudales. A la siguiente, la acumulación se mantenía pero los vestidos rebosaban de perforaciones que mostraban las capas sucesivas. Otra, sujetos decidían rendir un homenaje a los orígenes y se paseaban desnudos con un bolso en bandolera, del que desbordaban telas esplendentes. Otra, sujetos contra la acumulación salían de su casa a la mañana con mantos prolongados que iban tijereteando durante el día, de a

trocitos, para volver si acaso al atardecer con un jirón de tela alrededor del cuello.

A veces, el supuesto sacrificio exigía que el sujeto llevara el mayor número de prendas ínfimas, todas del mismo color; otras, gran cantidad pero de los colores más opuestos. Otras más, sujetos se desnudaban para pintarse el cuerpo con todas las imágenes posibles. Otras, todavía, sujetos contraponían sobre su cuerpo telas muy nuevas y muy viejas, muy limpias y muy sucias, para abarcar, decían, en un solo vestido el transcurso del tiempo. Cada nuevo aporte era saludado e imitado con entusiasmo por decenas. Pero, aun así, hablar de modas es un abuso léxico: me inclino más bien a creer que las que se presentan como tendencias generales no eran más que leves lineamientos: se valoraba sobre todo la iniciativa propia, la originalidad que lleva, en general, a los excesos más patéticos.

En días del 6, Alfredo, que decretó un Tiempo que sólo corría para lo que no termina (ver cap. 2, pág. 299), la idea de lo sólido y perenne se trasladó a la indumentaria. Hombres y mujeres afectaban la inmutabilidad: no hay mayor sacrificio, decían, que el que se instala de una vez por todas. Sus vestidos, en esas estaciones, estaban hechos de tejidos engomados que simulaban la dureza de un muro, y las mujeres se tocaban con sombreros en cúpula que imitaban las construcciones del momento. El porte de esos atuendos llevaba a la inmovilidad: gracias al cuidado de no alcanzar finales, los tiempos de Calchaqui se hicieron lentos y cualquier situación se volvía duradera.

En días del 7, Bruno, que declaró un Tiempo del Presente Absoluto (ver nota 36, cap. 2), los mercaderes más pretenciosos y otros sujetos en ascenso también interpretaron las características del Tiempo y llegaron al punto cumbre del desvarío indumentario: si cada momento era independiente del anterior y del siguiente, atravesarlos vestido de lo mismo era, dijeron, una desobediencia. Sujetos, aprovechando, empezaron a cambiar su ropa con frecuencia estrepitosa: no era difícil verlos, en los alrededores del Mercado de Perfumes, seguidos por un servidor cargado de prendas de recambio que el patrón iba usando y descartando sin parar. La compra de telas finísimas — importadas, muchas, del Norte— estuvo a punto de hundir a la Ciudad en el marasmo financiero. Se llegaron a entregar fortunas contra un tejido de hilo de romero, con aroma perfecto, o una piel de carpincho nonato, suavísima, pero la verdadera perdición fueron las plumas. So pretexto de que su ligereza los acercaba a la desnudez, los entretejidos de plumas eran el non plus ultra. Por décadas, la situación se mantuvo inestable. El escándalo estalló cuando un mercader Jose llegó a la Ciudad con un manto de plumas de colibrí tornasolado. Habría tenido que estallar de todas formas: la economía estaba a punto del desastre:

«Se dijo, esa mañana, en el mercado, que era único. Se dijo que nunca nadie había visto nada igual: las plumitas estaban trenzadas con un arte invisible y el manto, largo como dos hombres, resplandecía con los ocre más raros, bien del fuego; lo ondulaba

la más ligera brisa. Vulgos especulaban sobre las parvas de colibríes que tenían sus plumas ahí adentro. No había llegado la tercera hora que ya un Joaquín, traficante fuerte de perfumes, había muerto acogotado por otro Joaquín, dueño de caravanas y también traficante, muy acaudalado, peleando por el manto: por su opinión del manto. Al empezar la cuarta otros dos vulgos estaban malheridos: uno había dicho que era falso y el otro, amigo del Joaquín que se había muerto, le había contestado que si hubiese sido falso nadie podía haber muerto.

—Si murió por un falso, bastante falso sería también, digo: el muerto.

Dijo el otro y el amigo se le lanzó con un cuchillo que brillaba. El cuchillo le clavó justo abajo del cuello; después los amigos del otro agarraron al amigo del muerto entre varios y nada más le pegaron, pero mucho rato. Vulgos y también personas discutían cómo podía ser falso el manto: de qué podía estar hecho. Uno dijo que podían ser hilos de araña bastante bien pintados y, por un rato, la idea de que fueran lo hizo más caro todavía. Después otro dijo que quién sabe en el manto estaban todos los colibríes. Entonces otro viejo mostró una cajita que tenía con uno y se la arrebataron diez o doce: la cajita y el colibrí quedaron destrozados.

Seguía el revoleo. Traficantes con sus fortunas brutas no paraban de ofrecerle al dueño del manto darle lo que quisiera. Al terminar la cuarta el Jose dueño del manto sabía que podía ser dueño si quería de cuatro casas en el barrio fino, una flota tremenda de vicuñas o la mitad de las tierras de cardones, pero seguía negándose. Vulgos murmuraban que esperaba algo. Uno dijo que esperaba su muerte:

—Más de mañana no le tarda, si no suelta el manto, digo: será pánfilo.

Cuando el sol ya se había puesto, turbamulta acompañó a Jose hasta su casa, cerca de la puerta del Este, gritándole de todo. Brillaban lo bastante los cuchillos. A la luz de los faroles las plumitas relucían como quien no sabe que refulge tanto. Nada más quien no sabe puede brillar tan prepotente.»

El relato aparece en una de las biografías oficiales del soberano 12, Cándido, que consta en la *edición Thoucqueaux*. En realidad, es un largo preámbulo para situar la acción del soberano, que tuvo que intervenir en el asunto. No se sabe cuáles fueron los motivos reales por los que Cándido secuestró el manto: se dice que lo quería para él. Sus consejeros probablemente le hayan dicho que no podía rebajarse a desear un objeto que había sido expuesto y ofrecido en el mercado; quizá Cándido pensó que si no podía tenerlo, nadie lo tendría. Lo cierto es que el manto fue la gota que colmó la copa. Después de su secuestro, Cándido tomó la medida de la tela:

«Dos días después, Padre le prendió el fuego. Era segunda: multitud de vulgos y personas rebasaban la explanada de la Casa, como cuando los tiempos se declaran. Bien en el medio, en la tarima, junto a la puerta del centro de la Casa, el manto

brillaba todavía sin saber, atado entre dos postes. Vulgos en la explanada se decían que no era para tanto y quizá no era: el manto iridiscente se ondulaba al sol en todas sus plumitas, brillaba, esplendecía, pero era un manto al sol. Padre se le acercó con un fuego en la mano, y lo prendió.

El manto se quemó medio indigno. No resistió formando su cordón de chamusquina alrededor del primer fuego; no se ondeó con el viento para apagar esos primeros; ni siquiera se lanzó a arder con grandes llamaradas, como quien quiere iluminar una vez más y mostrar quién ha sido. El manto se empezó a quemar con un fueguito de colores ajenos y verdoso, azulado, naranja se puso a deshacerse: las plumas no soportaron la amenaza del fuego y se fueron volando y ahí quedaban. Sobre el fuego chico, en el medio de la explanada, sobre Padre que todavía sostenía la antorcha, la nube de plumitas tornasol revoloteaba: plumitas reflejaban el sol y las lenguas de fuego y, más que nada, giraban en un remolino que habían hecho, a la altura como de diez hombres, y que permanecía. Pájaros llegaban: miles, todo tipo de pájaros, que trataban de atrapar plumitas con el pico. De abajo, los vulgos y personas los miraban, seguían, apostaban a un chimango que ya llevaba tres, denigraban a una lechuza lenta, se apiadaban de una torcaza degollada por un carancho en pleno remolino. Las plumas de la torcaza también flotaban y querían confundirse con las de tornasol. Los pájaros mareaban; sus graznidos eran bien tremendos. En la tarima, junto a las brasas de las pocas plumas que se habían quemado, Padre sostenía la tea, ya apagada, y miraba las que revoloteaban: como todos. A su lado, el consejero de Vulgos esperaba que los pájaros le dejaran silencio.

El consejero de Vulgos era decrepito, como corresponde: tuvo que esperar mucho. Al cabo de bastante no quedaron en el aire más plumitas del manto: volaban cantidad de otras, que los pájaros habían ido perdiendo, y ellos mismos en círculos, quedaban. Pero se fueron callando y alejando; abajo, en la explanada, cada cual cobraba y pagaba sus apuestas. Padre levantó su mano con la antorcha apagada y el consejero pudo hablar, bajito. En su boca le bailaba un diente.»

La referencia es más que interesante: es una de las pocas, en toda la literatura de la Ciudad y las Tierras, que pone en escena el poder supremo de los consejeros, superpuesto casi siempre ([ver nota 14, cap. 2](#)) al de los soberanos. Aquí, la situación es gráfica: el soberano 12, Cándido, está presente y pide el silencio, pero el que habla para anunciar la medida es su consejero, aunque repita sin cesar que lo hace en su nombre.

«Padre dice que hay bastantes que se olvidaron todo. Dice: hay demasiados. Hay muchos que se olvidaron de cómo era la modestia debida y se llenan los cuerpos de basura para decir que son humildes, tiépidos de orgullo. Padre dice que es lástima que tanto se olvidaron. Dice que es mejor que tengan el recuerdo y ayudarlos. Hay

muchos confundidos: creyeron que para aminorarse tenían que cargarse los cuerpos de basuras. Les decimos, ahora: desde mañana, menos. Desde mañana, cada cual podrá usar nada más una tela como esta.”

El consejero mostró una tela cuadrada que tenía por cada lado el largo de su brazo, hecha de algodón un poco basto y de color nada. Los vulgos y personas la miraban, se miraban los cuerpos, se miraban los vestidos que tenían, la miraban de nuevo. El consejero dijo que desde el otro día el que llevara otra cosa que esa tela tendría sus castigos. “Así”, les dijo, “van a poder ser modestos si querían.”»

Hasta aquí, la referencia de la biografía citada, que no se extiende sobre las razones de la medida. En las distintas fuentes consultadas, las causas esgrimidas son diversas. Las más legitimistas insisten en la idea de un acceso de cólera del soberano que, al no poder tener el manto, cayó en la cuenta de la locura indumentaria y decidió acabar con todo eso: la subordinación del soberano al poder de los consejeros lo hace un poco inverosímil. Es más sensato, creemos —a partir de un memorial administrativo citado por Thoucqueaux—, pensar en una resolución más sopesada, para la cual el manto proveyó la excusa perfecta, ante la sangría económica producida por las importaciones de telas y vestidos. Aunque, seguramente, la reafirmación del poder de la Casa fue un beneficio secundario que los consejeros contemplaron. Y, además, es probable que la obligatoriedad de la tela como único vestido se inscriba en el movimiento de recuperación del poder político y económico por parte de ciertas familias tradicionales —de «personas»— que ya hemos referido anteriormente ([ver nota 3, cap. 2](#)). Estas familias, estrechamente ligadas a la Casa, ya habían empezado a retomar su lugar tiempo antes, pero esta medida, que obligaba a los mercaderes y otros nuevos ricos vulgos a someterse a reglas más estrictas, sancionaba simbólicamente su recuperación.

Hay, por fin, una tercera corriente explicativa que, dejando de lado las variables socioeconómicas, busca la causa en la cuestión estética. «Si puede cualquier cosa, cualquiera puede hacer cualquiera: era tan vulgo», dice un escrito anónimo de la época del soberano 17, Raimundo, el gran sibarita. «Lo que vale es hacer otras con una sola cosa.» La idea de que los límites formales impuestos a la creación la favorecen —e, inversamente, la idea de que la coartan— estaba en el centro del debate y sabemos que allí se mantuvo desde los días de Cándido hasta los de Raimundo por lo menos.

La discusión era coriácea: de hecho, los defensores de los límites se mantuvieron a través de tiempos muy distintos y, en cada uno, encontraban una forma de justificarse y una pelea posible. De esta obcecación conocemos ciertas consecuencias: la reacción contra las formas más libres de la biografía, que terminó por encuadrar el arte en sus modelos definitivos; los concursos de cocina que organizaba cada tanto el más grueso traficante de carne del mercado, donde se pedía a los participantes que prepararan sus

platos con la misma cantidad fija de los mismos ingredientes (ver nota 33, cap. 3); la limitación de los colores (ver nota 53, cap. 1), que renovó la pintura en el sentido de la sutileza, y tantos otros. Es cierto que también conocemos infinidad de terrenos donde no pudieron imponer sus principios; pero su gran triunfo —en cuya gestación quizá no hayan participado— fue sin dudas la tela.

La regla según la cual todos debían usar como vestido único el cuadrado de tela fue observada hasta el fin de Calchaqui; hubo, por momentos, concesiones en cuanto a los colores, pero el principio se mantuvo. La combinación de un cuerpo con un cuadrado de tela ofrece, dentro sus límites, infinitas variantes, que se convirtieron en uno de los sistemas de signos más usados en la Ciudad y las Tierras —que se complementaba con el código de los perfumes (ver nota 8, cap. 2). La tela desplegada sobre los hombros tenía un significado muy distinto al de la misma tela arrollada en un muslo, cubriendo la cabeza, rodeando el cuello o alrededor de un brazo. En el *Libro de Usanzas* aparecen diversas recomendaciones, que intentan codificar el sistema. A diferencia de las demás recomendaciones del *Libro*, las que se refieren al uso de la tela llevan un título aclaratorio; el corolario final, en cambio, nos pertenece, a efectos de mayor claridad.

«UNA MUJER, DEL CUELLO ALREDEDOR

La tela que tapa el cuello  
no lo hace porque bello,  
lo esconda de las miradas.  
Quiere decir que callada  
va a estar su dueña y que tanto  
le da que le digan algo  
o que no le digan nada.

*(El desprecio)*

UN HOMBRE, DEL CUELLO ALREDEDOR

Si tela bien se lo tapa,  
es como si vieja capa  
de plumas se lo cubriera.  
Quiere mostrar que una fiera  
ruge en su gola y que no  
se atreve a dejarla suelta:

teme que a otros su espolón  
le rebane sin más vueltas  
el cuello, la vida entera.  
*(La confianza de sí, la ira)*

UN HOMBRE, COMO FALDA

Algo muestra y algo esconde,  
arrollada a la cintura,  
la tela en sus revoleos:  
algo que por lindo o feo  
se merece la más pura  
atención o la más dura  
precaución. El que la sonde  
puede esperar un milagro  
o bien recibir el magro  
pan de un brutal aporreo.  
*(Una oferta interesante pero riesgosa)*

UNA MUJER, ARROLLADA AL SOBACO

Cuerpo y brazo separados  
por la frontera de tela  
dicen que cualquier pedazo  
de ese cuerpo es una vela  
volando, un soplo, un retazo  
que puede ser olvidado:  
nada le importa a su dueña  
hacerse añicos, ser leña  
del fuego que se presente.  
No hay peligro al cual, valiente,  
le saque el cuerpo o el brazo.

*(El coraje)*

UNA MUJER, FAJANDO MAMAS

Si chatas las dos, si juntas,  
quedan las dos en la tela,  
no hay nada que hacer: apunta  
esa mujer paralela  
a un trabajo y deja afuera  
lo que de su cuerpo era  
placer de sudar en yunta  
o de ser madre y abuela.  
Las dos mamas refajadas  
son como turbia mirada  
que dice no, que congela.

*(La busca de un trabajo, el desinterés)*

UN HOMBRE, A SU TOBILLO ATADA

No hay en el cuerpo ninguna  
porción que tan triste luna  
y tan poco sol evoque.  
Quien el tobillo se toque  
con su tela, está diciendo  
que todo el resto de nada  
le sirve, y que va cayendo  
en la noche condenada:  
más abajo, sólo el sueño;  
más allá, la fin soñada.

*(La desesperanza)*

UNA MUJER, A SU TOBILLO ATADA

No hay en el cuerpo ninguna



porción que por ser tapada  
le dé tanto gusto al resto.  
Si en el tobillo la una,  
que no el uno, deja atada  
su tela, dirá con esto  
que tiene el cuerpo contento  
de haber ocultado al viento  
y a la lluvia lo peor;  
que, ligera, a la labor  
del fornicio quiere darse  
con el que sepa quedarse  
embebido de su olor.  
(*El apetito sexual*)»

La lista es numerosa. De hecho, el **Libro** todavía ofrece otras 43 composiciones, que preferimos no someter a la lógica impaciencia del lector. Son, en total, 50, 25 para cada sexo, si contamos también la curiosa indicación para el hombre con su tela atada al muslo (izquierdo).

Es curioso constatar que la forma del **Libro de Usanzas** es la que más eco parece haber suscitado en la retórica argentina. Como suele pasar, la traducción de Thoucqueaux nos priva del sonido original, calchaqui, pero no podemos menos que reconocer en estos octosílabos —aun a través de nuestra traducción de una traducción— el germen lejano de lo que después sería, andando el tiempo, el género más patrio: la poesía gauchesca. Es probable que, a través de traducciones españolas —que le insuflaron la música de sus romances, retomados por el teatro del Siglo de Oro—, estas composiciones hayan establecido modelos que después siguieron los payadores de las pampas.

No sabemos si los versos del **Libro de Usanzas** se cantaban o sólo eran recitados. <<

[29] «**Su tiempo se acerca al equilibrio**»: uno de los grandes enigmas de *La Historia* es por qué Oscar no describe antes el tiempo de su padre (ver nota 20, cap. 2). Esta segunda referencia tampoco es demasiado clara: el hecho de que un tiempo «se acerque al equilibrio» no alcanza para definirlo, ni siquiera combinándolo con las apreciaciones sobre su «grandeza y perfección» que ha hecho más arriba. La causa de esta omisión es confusa: no es probable que se trate de un olvido. Tampoco que no haya reflexionado sobre la cuestión: de hecho, más adelante lo describirá con detalle y, además, el tiempo de su padre estaba en el centro de sus preocupaciones. Era a partir de él —si no «contra» él— que tenía que declarar su propio tiempo. Esta dejadez es muy propia del carácter de Oscar: no sopesa reflexivamente las cuestiones sino que las deja en el olvido y, cuando las retoma, su falta de análisis lo lleva a decisiones carentes de toda lógica. Es tremendo pensar cómo, pese a que cualquier historia se define a través de procesos largos y complejos, que mezclan la economía, las relaciones sociales, la cultura y los procesos de poder, la intervención de un sujeto así puede ser tan decisiva en la vida de una comunidad. De no haber sido por Oscar, quizá la historia de la patria habría sido del todo diferente. <<

[30] «**el cuchillo era del nácar de los caracoles**»: el cuchillo de marras, regalo involuntario del soberano 20, Ramón, a su hijo Oscar, se presenta como dotado de gran valor y cualidades, como una pieza única; sin embargo, un objeto semejante aparece en el *Repertorio del Museo*.

El *Repertorio* es uno de los documentos notables citados en la *edición Thoucqueaux*. Su interés reside en que da cuenta de una de las instituciones más curiosas de la Ciudad y las Tierras: el Museo de las Cosas (del que no tenemos, por otra parte, referencia en ningún otro sitio. Afortunadamente, los datos del *Repertorio* nos permiten hacernos una idea bastante completa).

Se sabe que cualquier museo tiene una intención didáctica y, sobre todo, ordenadora. Es cierto que hubo tiempos en que una colección se contentaba con acumular objetos de cualquier cariz y proveniencia, pero desde la Ilustración y la Enciclopedia los museos hacen de la posesión una forma del orden. Quien tiene los objetos puede disponerlos de tal forma que se suponga que todo lo que hay en tal espacio son imágenes votivas, que en ese otro no hay nada que no sean utensilios de labranza primitivos, y que los que se amontonan en el vasto salón conforman el reino de los vertebrados inferiores. El museo clasifica, divide al mundo en partes y lo aclara: para eso existe. Pero es probable que no haya en Occidente un museo que haya llevado tan lejos esa voluntad como el Museo de las Cosas de Calchaqui. El Museo de las Cosas exagera tanto esta tendencia que desprecia el otro gran aspecto: en general, los museos aparecen cuando hay algo en el pasado que parece digno de conservarse. No es el caso en Calchaqui: el Museo de las Cosas desprecia otros tiempos y sólo trata de ordenar el mundo actual. Es, entre otras cosas, el museo de un mundo donde los tiempos cambian: donde el mundo siempre es un poco actual. La introducción del *Repertorio* empieza a definirlo (*las notas son nuestras*):

«... justo cuando (Jaime) les preguntó cómo se separaban los entes de las cosas. Resultó peliagudo. Le dijeron que las cosas no respiran. Que no respiran en un ritmo que podamos verles, dijo Jaime. Si les encontráramos el ritmo, las veríamos respirando, dijo. Si un día durara innumerables vidas, podríamos verles el aliento de la respiración, les dijo.»

(*Lo cual sitúa sin dudas el debate en el Tiempo con Ritmo Esencial del soberano 13, Atilio —ver nota 19, cap. 1.*)

«También, dijo Jaime, no parecen respirar las piedras y no son cosas, porque nadie las hizo. Son cosas porque no respiran, le dijeron. Respiran, en su ritmo correcto, dijo

otra vez. Preguntó si las piedras eran cosas. Le dijeron como quien escupe: claro, porque no respiran. Respiran en el ritmo correcto, interrumpió. ¿Serán entes, entonces?, le dijeron. ¿Qué piensan?, dijo. Entes, le dijeron. ¿Entes, preguntó, como los animales hombres plantas? Así, dijeron. Jaime se relamió sin que lo vieran: ¿Ustedes no dijeron que la diferencia entre los entes y las cosas era que a los entes los fabrican congéneres y a las cosas, en cambio, las fabrican otros? Dijimos, le dijeron. Y se dieron cuenta del tropiezo. Le dijeron: es así, verdad, o así parece: no sabemos quién fabrica las piedras. ¿Piedras no?, les dijo Jaime, relamido. No, le dijeron, no las fabrican piedras. ¿Entonces no son entes? Le contestaron: no parecen. ¿Hombres no?, les dijo Jaime. ¿Animales no?, les dijo. ¿Plantas no? No, le dijeron, no las fabrican hombres ni animales ni plantas ni otras máquinas. ¿Entonces no son cosas? Le contestaron: no parecen. Pero respiran nada más en el ritmo correcto, les dijo. Eso dijimos, le dijeron. ¿Entonces no son entes? Le contestaron: no parecen. No, de pleno no parecen.»

*(El procedimiento es clásico: la destrucción de categorías por la demostración de que hay elementos que las desbaratan. Si las cosas son lo que no respira, la piedra es una cosa; si las cosas son lo que ha sido hecho por el hombre, la piedra no es una cosa. Lo que no se explicita es por qué resulta necesaria esta separación entre entes y cosas. Se podría invocar el afán clasificatorio inveterado de la cultura de Calchaqui: era potente, pero, en general, lo guiaba algún objetivo práctico. En este caso pueden haber intervenido móviles económicos —lo que se debía entregar a la Casa por la venta de una cosa podía no ser lo mismo que lo que se le debía por un ente—, jurídicos —no sería equivalente la pena de quien destruyese una cosa o un ente— o incluso medicinales —el peligro inherente a la proximidad de un ente no se extendería a la cercanía de cosas—, pero me inclino a pensar que, de haber existido, los encontraríamos reseñados en alguna parte. En realidad, sospecho que la diferencia era tan obviamente importante para la aprehensión calchaqui del mundo que nunca supusieron que hubiera que explicar la necesidad de establecerla. Sólo se discutía, ferozmente, cómo.*

*Algo similar sucede con el llamado Jaime. A primera vista, se podría pensar que era un maestro, por sus modos rimbombantes y su repetida apelación al bien común como motivo de sus actos. Pero nada nos permite asegurarlo. Los relatos de la Ciudad y las Tierras no suelen ocultar información: sólo la hipótesis de que todo en este fuera demasiado conocido como para repetirlo nos permite explicar estas carencias. La otra explicación, que parece complacer a Thoucqueaux y que yo en primera instancia rechazo, es la de la parábola o alegoría. Los relatos calchaquis suelen ser aleccionadores —es más: muchas veces se justifican en esa condición—, pero basan sus enseñanzas en la descripción de lo real. La alegoría no parece ser cara a sus habitantes. Sin embargo, hay que reconocer que este pequeño relato no*

*muestra el menor destello de naturalidad y que todo induce a verlo como una mala puesta en escena de conceptos: la parábola del hombre esclarecido que ilumina a una corte de pánfilos soberbios.)*

«Yo sé la diferencia pero ustedes no, les dijo. ¿Para qué me sirve saberla si ustedes no la saben, digo: si no pueden apreciar lo que yo sé?, se relamió. Pero, les dijo, ¿para qué me va a servir saberla cuando ustedes la sepan? Saber suele tener estos problemas, le dijeron, y se reían un poco de verlo en el aprieto. Más tiene no saber, les dijo. No, le gritaron: no saber puede tener tristezas, pero problemas menos. ¿Quieren saberla o no la quieren? Le dijeron que querían con una mueca de desdén: siempre es así cuando quieren bastante. ¿Y yo de ahí qué vengo a estar ganando?, les relamió de nuevo Jaime.

Nadie le contestaba. Jaime esperó y más veces no le contestaban. Jaime les dijo que se veía que querían bastante. No saben, les dijo, que no consiguen saber qué diferencia entre los entes y las cosas. Creían que sí pero no saben y ahora se devanan, les dijo; ellos, callados. ¿No es así que creían que sabían? Le dijeron: creíamos, es así, y un poco creemos todavía. Pero no saben, les dijo, y yo les digo. Si quiere diga, le dijeron, y hacían como que miraban otro techo. El techo donde estaban no era de ser mirado: era rugoso. Jaime les dijo que habían perdido la diferencia y estaban esperando. Bueno, estamos, le dijeron. La diferencia está, les digo, les dijo Jaime, en cómo se destruyen.»

*(Es un golpe de efecto algo vulgar. Jaime, visiblemente, cayó en la trampa de la falta de cualquier pregunta y se amoscó.)*

«¿Ustedes vieron un martillo cómo se destruye?, les preguntó, para obligarlos. Vimos, le dijeron. ¿Vieron un viejo cómo se destruye? Muchas veces vimos, le dijeron. ¿Será que se destruyen parecido?, se relamió Jaime. Al principio no le dijeron nada: se quedaron pensando. Le dijeron que el martillo más fácil se destruye por el mango y el viejo por cualquier parte: no hay más fácil. Jaime les sonreía. Le dijeron que el martillo se destruye en pedazos y el viejo casi nunca. Jaime les sonreía más suavito. Le dijeron que el martillo a veces se destruye con el fuego y asimismo el viejo. Jaime les preguntó si siempre. ¿Si siempre qué? Si siempre el viejo se destruye por un fuego. Pocas veces, le dijeron: es bastante raro. Y más veces se destruye cómo, les preguntó. Por una enfermedad o de golpe la muerte. ¿Y el martillo puede por una enfermedad o por la muerte, les dijo, de golpe, destruirse? Le dijeron que no o que muy poco. ¿Muy poco o no?, les preguntó. Le dijeron que no, les parecía: que nunca. Jaime tuvo un rato de silencio y no mirarlos nada.»

*(Siempre hay un momento como este: Jaime —o quien sea que conduce— ha dado*

*todos los datos y se calla. Les está diciendo que, conocidas las premisas, la conclusión está al alcance de cualquiera. Espera, por supuesto, que nadie llegue a ella, y necesita nervios para estirar el momento lo suficiente: que de tan breve no resulte indigno.)*

«Lo miraban y uno de ellos le dijo que entendía. Jaime lo esperó para dejarlo hablar pero el que dijo no siguió. Después, callado. Jaime siguió callado y les oía el silencio para humillarlos un ratito. Otro de ellos empezó a decir que si entonces para destruirse pero se interrumpió. Jaime les habló sin mirarlos: distinto se destruyen, dijo.

Se relajaron. Le dijeron que claro, que cada cual se destruye distinto aunque parezca parecido, que eso lo sabemos seguro: con tono de chacota. Jaime se rió con ellos momentáneo y mientras se reía también dijo: distinto, digo, distinto según si son entes o cosas.

Es fácil, digo, dijo. A los entes pueden destruirlos desde afuera, pero a las cosas nada más desde afuera, les dijo, bastante relamiendo. ¿No aparece? Sí aparece, le dijeron, de a poco: va apareciendo. Le dijeron que les dijera más. Más de lo mismo puedo, les dijo: las cosas son lo que nada más se destruye desde afuera; los entes, en cambio, pueden destruirse desde afuera pero también de adentro: los entes son lo que puede destruirse desde adentro. ¿Y las cosas no pueden? Las cosas, ya sabemos, no pueden, dijo Jaime.»

El Museo estaba organizado alrededor de esta distinción que, adoptada como doctrina oficial en Calchaqui a partir de tiempos del soberano 15, Ernesto, definió a su vez la percepción de los dos grandes reinos. Es probable que el Museo date de estos días: el Tiempo como un Río del soberano 15 ([ver nota 48, cap. 2](#)) parece muy propicio para esta idea de la degradación o la entropía. La «diferencia Jaime» —como se la llama en los escritos de época, antes de pasar a ser demasiado central como para seguir llevando el nombre de un sujeto, y convertirse en la Diferencia a secas— es simple y tajante, muy funcional: son **entes** todos aquellos que llevan en sí el germen de su propia destrucción y pueden, por lo tanto, destruirse sin ayuda de un agente externo, y son **cosas** todas aquellas que sólo pueden ser destruidas por acción exterior. Es decir: el tiempo puede actuar sobre los entes —o seres— sin intermediarios, por su propio peso. En cambio para actuar sobre una cosa —u objeto— necesita un agente. Lo cual marca límites a su potencia inusitada. El tiempo tiene más poder sobre los seres que sobre los objetos; los soberanos de Calchaqui, cuyo resorte de poder casi exclusivo es el manejo del tiempo, tienen limitada potestad sobre las cosas o, mejor, tienen que ejercerla a través de los seres.

Las consecuencias que tuvo en la vida de la Ciudad y las Tierras la posibilidad de

distinguir sin tropiezos «cosas» de «entes» fueron amplísimas y nadie las ha tratado mejor que Pierre-Henri Bohigas en un libro pomposamente titulado *De Rerum Entorumque Natura, Identités d'une Idée* (Montpellier, 1967), al cual nos remitimos. Pero, por el momento, lo que nos interesa es el Museo montado para poner en escena la Diferencia.

Su nombre completo —que aparece una sola vez en el *Repertorio*— lo dice sin ambages: Museo de la Diferencia o de las Cosas Deshaciendo. El Museo, para mostrar cuáles son las cosas —por oposición a los entes—, tiene que poner en escena la particularidad que las define: las formas de su destrucción. Un museo sobre los objetos es —por definición— un museo sobre cómo se destruyen los objetos.

Esta exhibición es lo que describe el *Repertorio*. Que resulta, por otra parte, un curioso documento. Es evidente que fue escrito para que los que no podían ver el Museo gozaran de sus enseñanzas. Si suponemos que todos en la Ciudad podían, aparece que el *Repertorio* estaba destinado a los habitantes de las Tierras. Lo cual nos da una idea de la importancia del principio que se quiere asentar: si no, no se explicaría este interés por enseñar algo a los habitantes no urbanos de Calchaqui que, en general, aparecen postergados y despreciados por la cultura de la Ciudad.

El *Repertorio* presenta, como podía esperarse, la frialdad taxonómica que suelen mostrar estas composiciones en Calchaqui. Es uno de los documentos más voluminosos de la *edición Thoucqueaux*. Para ilustrar al lector sin abrumarlo, reproducimos aquí un pequeño fragmento, en el que se describe la salita del Vaso. Como muestra, basta:

«El visitante llega a la salita por una puerta baja, más que la cabeza: es bueno que el visitante entre en cada sala con su cabeza gacha, sin ver adónde llega, y que una vez adentro recién pueda mirarla. La salita no tiene ventanas: la iluminan cinco faroles, uno sobre cada una de las mesas chicas.

En la salita hay cinco mesas chicas. Sobre cada mesa, dentro de una campana de vidrio, el vaso está en distintas formas: en cada mesa hay un vaso, pero cada vaso es igual a los otros.

El vaso es un vaso de material maleable fino, marrón muy vivo, de la manera de la flor del ceibo. Su boca ocupa la misma circunferencia que su base, es decir: sus paredes van rectas. Por adentro tiene un baño leve de material calcáreo de color ocre muy claro, a la manera de la leche, que le permite recibir líquidos calientes. El vaso tiene el alto de una mano y el ancho de su dedo meñique.

Bajo la primera campana, en la primera mesa a la derecha, el vaso aparece mordido por una dentadura. Una dentadura está prendida a la pared del vaso que, además, tiene otras marcas de esos dientes. Debajo, sobre la mesa, un cartelito explica:

“Destrucción por los dientes es tozuda. Al principio más que destrucción parece marcas. ¿Marcar es destruir? ¿Es cambiar la apariencia pero la cosa sigue? ¿Cuántas marcas destruyen el vaso como vaso y lo hacen otro? Si dientes muerden y le dejan huella puede ser, por un tiempo, ese vaso con huellas. Si dientes muerden y le hacen agujerito, menor, el vaso pierde y ya está destruido como vaso, aunque parezca vaso todavía. La destrucción por dientes tiene un punto, de tan difícil, admirado.”

Bajo la segunda campana, en la segunda mesa a la derecha, el vaso aparece cortado al medio, de arriba abajo —pero no en dos partes iguales— por un cuchillo bruto. Las dos partes —que no son iguales— del vaso todavía están unidas por la base y se inclinan hacia sus costados. Debajo, sobre la mesa, un cartelito explica:

“Destrucción por cuchillo es repentina. No deshace, lo parte. Deja del vaso sus dos partes enteras pero que ya no sirven para vaso. Destrucción por cuchillo no necesita repetirse. Deja dos partes bien enteras que no son vaso pero algo siguen siendo. ¿Qué son esas dos partes, que ya no sirven para vaso? ¿Son algo, si sirven para algo? ¿Son algo si no sirven? ¿Destrucción siempre inventa otra cosa? ¿O nada más si esa cosa sirve para algo? Destrucción por cuchillo siempre parece que inventara.”

Bajo la tercera campana, en la primera mesa a la izquierda, el vaso aparece casi del todo consumido por un fuego. Tiene los bordes replegados, negruzcos, arrepollados como siempre queda el plástico cuando lo lleva el fuego. Pero el fuego lo agarró por arriba y la base sigue estando entera: es como un vaso con los bordes irregulares y muy bajos. Debajo, sobre la mesa, un cartelito explica:

“Destrucción por el fuego es la más evidente. Crepita, dura, avanza: va comiéndose el plástico como la olita la orilla con la espuma. Puede ser completa y puede no. Si al vaso le destruye nada más sus bordes de arriba y todavía puede llevar líquido ¿lo destruye? ¿Le reforma los bordes? ¿Es vaso o no es o si acaso otro vaso? Si al vaso le destruyera el fondo y no pudiera llevar agua, lo habría destruido como vaso. Si al vaso lo llevara el fuego por entero no quedaría nada que pareciera un vaso: nada más un montón de maleable arrepollado. El fuego ataca muy distinto: importan los lugares. Destrucción por el fuego es caprichosa o como si dijera: tornadiza.”

Bajo la cuarta campana, en la segunda mesa a la izquierda, el vaso aparece atacado por una piedra redonda movida por un torno, que lo va royendo. La piedra es blanda y lo raspa de lejos, casi sin tocarlo. Está colocada a uno de los lados: le hizo al vaso un agujero como media luna pero bastante chico, en lo más alto de su borde. Al lado del vaso, del lado donde la piedra raspa, se va juntando un polvito ocre, del color del plástico del vaso. Debajo, sobre la mesa, un cartelito explica:

“Destrucción por la piedra es pertinaz. No se apura porque sabe que llega. Así como esta piedra está movida por el torno, todas las piedras van movidas en el mundo por algo y van royendo con el tiempo que tienen. ¿Destrucción puede ser una caricia que se repite tantas veces? ¿Destrucción puede ser una que no parece? Pero también



importan los lugares: si la piedra empieza por el borde de arriba, tarda estaciones en destruirlo como vaso. Si empieza por abajo, poco rato le alcanza. Si lo convierte en un polvito ¿lo está convirtiendo en otra cosa o nada más en nada? ¿Es el polvito nada, por no tener su forma? ¿Puede sin forma no ser nada? Destrucción por la piedra es la más concluyente.”

Bajo la quinta campana, en la tercera mesa a la izquierda, el vaso está entero, sin destrucción, rodeado de 5 ciruelas. Las ciruelas tienen el tamaño de la mitad de una manzana y tenían, al principio, su color ocre bien rojizo. Ahora no. Bajo la primera ciruela un cartelito dice: “1 día”. La ciruela brilla pero tiene su color rojizo un poco transpirado. Parece una ciruela. Bajo la segunda ciruela un cartelito dice: “5 días”. La ciruela ya no tiene sus brillos y empieza a retraerse: no es tan redonda, la carne se le cae hacia abajo y se abomba en la base. Pero parece una ciruela, con recuerdos de pera. Bajo la tercera ciruela un cartelito dice: “15 días”. La ciruela está arrugada, chupada hacia sí misma, con pliegues en su piel y su color rojizo mucho más oscuro. Debajo, junto al cartelito, le cae un jugo muy sombrío. Parece una ciruela por muy poco más. Bajo la cuarta ciruela un cartelito dice: “25 días”. La ciruela es como un tomate viejo aplastado por un pie de vicuña. No tiene color ni forma de ciruela: tiene carnes, pero desordenadas. Es un montón de algo y le van saliendo puntos de color verdoso. El jugo muy sombrío se convirtió en una materia rugosa hecha de granos. No parece una ciruela. Bajo la quinta ciruela un cartelito dice “50 días”. No hay ciruela. Se ve un carozo muy oscuro con manchas verdosas y más de esa materia rugosa hecha de granos. Pedacitos de la cáscara se confunden con la materia de los granos. El cartelito está oscuro de manchado. En el medio, entre las cinco ciruelas, el vaso tiene un cartelito que dice “500 días” y está perfecto entero. El cartelito también dice: “La cosa, sola, dura”.

Al fondo de la sala hay un canasto repleto de vasos iguales que los de bajo las campanas y, al lado, en un cajón, hay herramientas: piedras, cuchillos, un mechero para hacer fuego, punzones afilados. Un cartelito, colgado del canasto, dice: “Sin destruirse, hay cosas que parecen iguales. La destrucción les da la diferencia con los entes, pero también entre ellas, se la da. Haga su destrucción: haga su cosa.”»

El caso es ejemplar y define como pocos un mecanismo muy calchaqui: la intuición acertada con una base errónea. Podemos aceptar que los seres —entes— se diferencien de los objetos —cosas— en cuanto pueden destruirse a partir de sí mismos, pero en el ejemplo de la ciruela esa idea no se confirma: está claro que lo que actúa sobre la fruta son agentes externos —bacterias, hongos, temperatura— que la llevan a la podredumbre, con lo cual la premisa no se cumple. El mecanismo, queda dicho, es curioso y común en la Ciudad y las Tierras: una conclusión correcta que se alcanza a través de pasos equivocados.

El *Repertorio* abunda en sus descripciones, y el hipotético visitante del Museo

recorre salas donde ve la destrucción de diversos objetos por medios diversos. Hay —decíamos— un cuchillo con su empuñadura de nácar y forma de pescado, una cacerola de hierro fundido con tres asas, una ballesta mecánica chica, una manta de piel de vicuña, un mecanismo simple de relojería, una lámpara de gas, un candil y, en una sala grande, un alisador de caminos: un gran rodillo movido por un mecanismo similar al de las vicuñas mecánicas. En cada cual se ejemplifican diferentes maneras de la destrucción: erosión, choques, otros golpes, enterramiento, tajos, fuego, ácido, presión, olvido. En cada cual los cartelitos preguntan y contestan sobre las maneras y el resultado de cada manera. En cada sala, también, se muestra un ente —ser— o el dibujo de sus posibilidades de destruirse solo y, en una, hay un anciano que ya llegó al final de su edad, descansando sobre sus pieles de vicuña.

La última sala, en uno de esos golpes de teatro que abundaban en Calchaqui, muestra las destrucciones que fueron necesarias para construir las cosas expuestas en las salas anteriores. Hay árboles convertidos en madera, caracoles que resultaron nácar, piedras de mineral de hierro, una vicuña desollada. Sería alentador pensar que la nefasta decisión de Oscar, cuando por fin pudo elegir su tiempo, hundió algunas de sus raíces en esta idea que el Museo representa. <<

[31] «**su contraria simétrica**»: otro error de traducción. Según lo que sabemos de Calchaqui, la idea de *simetría* no estaba formulada como concepto o, mejor dicho, se la había esbozado lo suficiente para condenarla como un error: «La igualdad de sus dos mitades es una confusión de tantos animales. Los animales igualan sus dos partes —el hombre también, salvo sus mamas. La tierra no lo hace, el cielo no, las plantas no, el tiempo no, el agua no, la historia no lo hace», dijo, según uno de sus biógrafos, el soberano 17, Raimundo, cuando organizó su serrallo por partes, que rompía con cualquier simetría del cuerpo humano (ver cap. 4, pág. 783). Es probable que este rechazo de la idea de simetría tenga que ver con su importancia en tiempos de los antiguos pobladores, de la que da cuenta el párrafo que estamos comentando, sobre las sectas opuestas. Pero yo prefiero pensar que se relaciona con la actitud cada vez más desdeñosa que tomaron los dueños de la Casa después de la revuelta por la Larga: nada de lo humano me es amable, habría podido ser el lema de varios soberanos. Si el hombre era simétrico, la simetría era un error, podrían haber dicho quienes intentaron denigrar, por todos los medios posibles, a esos súbditos soberbios. (Si bien es cierto que el rechazo de la simetría aparece ya antes de la revuelta. Es probable que, en esos tiempos clásicos, la hipótesis fuera fundamentalista y angustiada: que la simetría del hombre mostraba sus diferencias con lo verdaderamente grande de este mundo.)

Según una recopilación tardía, en tiempos de los primeros soberanos la relación con esta idea era más ambigua. Una corriente sostenía que la simetría en el hombre y los animales los ponía en un espacio central. «La tierra y el cielo, por un lado, no igualan sus mitades. El tiempo y la historia, por otro, tampoco las igualan. El hombre y animales, en el medio, sí. La tierra y el tiempo son dos mitades en cuyo centro el hombre: son iguales, las dos, en cuanto no se igualan.» Lo que después fue considerado como un error del hombre —su carácter atípicamente simétrico— funciona en esta definición como un privilegio que lo pone como eje de la simetría de lo disimétrico y lo dibuja como modelo. Como dijimos, esta postura se fue debilitando, y la simetría del cuerpo humano pasó a ser una reminiscencia vergonzosa de nuestra cercanía con los animales y nuestro alejamiento del tiempo, del cielo y de la tierra. Por eso, entre otras consecuencias, los intentos de romper cualquier imagen simétrica en los ornamentos del cuerpo, que lleva al uso de la tela única —cuya unicidad la vuelve claramente asimétrica (ver nota 28, cap. 2).

(Se podría suponer, a primera vista, que la evaluación que se haga de la importancia de la simetría no tiene grandes influencias sobre la vida cotidiana de un pueblo. Sería un error. En el caso específico de la Ciudad y las Tierras, esta renuencia trajo graves problemas en un sector aparentemente tan ajeno a estas polémicas como es el del

transporte. Puesto que, si se trataba de no crear engendros que reprodujeran el error de la simetría, era muy difícil conseguir una máquina de transporte adecuada. Cualquier vehículo de ruedas —salvo, quizá, la bicicleta, y es discutible— basa su diseño en la existencia de dos lados rodados —una, dos o más ruedas por lado— simétricos. Cualquier disimetría —ruedas de distinto tamaño, ubicaciones diferentes de las ruedas, falta de ruedas de uno de los lados—, conspira con fuerza contra las posibilidades de avance de la máquina. La búsqueda de la disimetría llevó a los carros calchaquis a una inutilidad casi completa: finalmente, se abandonó el uso de la rueda y la Ciudad pasó una etapa de peligroso aislamiento. El problema fue solucionado, casi accidentalmente, por la invención de la vicuña mecánica que, como ya hemos visto —[nota 41](#), [cap. 1](#)— no tenía ese propósito.) <<

[32] **«que se alejara diez largos»:** el largo es la medida de longitud más usada y equivale a una quinta parte del tamaño de un hombre común, porque un hombre debe tener, lógicamente, cinco largos. O sea que un largo mide alrededor de 30 centímetros —lo cual lo acerca bastante al pie. (Atención: no confundir con un «largo», militante por la conquista de la vida larga.) <<

[33] «**tragarse la viborita silbadora**»: hay otras versiones sobre la forma en que se consumaba esa muerte: todas son igualmente fantasiosas (beberse el río cuando corre seco, respirar cinco veces en un día, olvidarse del todo, caminar ocho estaciones al oeste, deglutirse sí mismo). No sabemos si eran ciertas o no; pero, en todo caso, es importante tener muy claro que se trata de costumbres de antiguos. Por su manera desordenada de contar, Oscar mezcla muchas veces en su relato usos y maneras de los antiguos habitantes. Hay que estar muy atentos, y no confundirlas con tradiciones calchaquis, lo cual sería un error de los más graves. Lo cometieron, a menudo, historiadores como Du Tertre y, a cada momento, Pérez Bulni. (Sobre las formas de morir propiamente calchaquis, ver el *Libro de Morirse* en [nota 52, cap. 2.](#)) <<

[34] «**el pobre se transformaba en rico**»: la descripción de esta forma de circulación económica acelerada, en la que, por vías coercitivas, cada cual tenía que entregar su fortuna a otro que a su vez tenía que entregarla a otro que tenía que entregarla, y así de seguido, a otro, parece una mitificación que sirve para descalificar la estructura económico-social de la Ciudad en tiempos de los «antiguos habitantes».

Pero esta referencia, con ser mistificadora, es fundamental. O lo es, mejor dicho, aquello que revela y esconde al mismo tiempo: que la sociedad destruida por la invasión del primer soberano (ver cap. 4, pág. 803, y [nota 20, cap. 3](#)) funcionaba según los parámetros comunistas primitivos. Resulta evidente que la descripción de la circulación compulsiva de los bienes —unida a otros datos que el escrito provee, como la rotación del gobernante— tiende a disimular la existencia de un régimen de propiedad colectiva. No podemos saber si este orden estuvo firmemente establecido durante mucho tiempo o si acababa de imponerse poco antes de la invasión (quizá, por acción de los llamados «escondidos», ver cap. 2, pág. 278). Tampoco podemos saber si la invasión, que se justifica por causas algo inverosímiles, pudo haber resultado del interés por destruir semejante experimento. Es poco probable: más verosímil resulta la hipótesis de la horda que regresa derrotada de su expedición pretenciosa y se conforma con un premio consuelo ([ver nota 20, cap. 3](#)).

Pero, en cualquier caso, *La Destinée* —nuestro capítulo 3— no daba datos sobre el funcionamiento de la sociedad de los antiguos habitantes, y ninguno de los numerosos historiadores que se dedicaron al tema manejó la información que ahora ofrecemos en primicia: que hubo, en este rincón de América, una sociedad —los antiguos— que practicó el comunismo primitivo y que, curiosamente, la comunidad sindicada como precursora de las revoluciones antiabsolutistas europeas —los calchaquis— fue la misma que destruyó esa experiencia. O quizá deberíamos pensar que, al contrario, fueron los gérmenes dejados en la Ciudad y las Tierras por el régimen previo los que cristalizaron en la gran revuelta de la Larga.

La discusión, lo imagino, va a ser encarnizada, y de primera importancia para el establecimiento de tácticas y estrategias en los tiempos que corren. Ya me veo a Kyriakov —o a sus sucesores, ya que el soviético ha caído, pareciera, en desgracia— postulando que la revuelta por la Larga fue la expresión de la persistencia en la infraestructura de los restos de ese comunismo primitivo, contradicción que forzó un enfrentamiento que el poder, astutamente y a través de la figura del bastardo, dirigió hacia un objetivo superestructural.

Veo a los franceses siguiendo los rastros de esa mentalidad comunista primitiva a través del desarrollo de Calchaqui y descubriendo su recuperación en el espíritu de la revuelta, que permitió al común el acceso a una muerte mejor. Veo a los ingleses

suponiendo con displicencia que ninguna relación puede ser establecida entre dos hechos tan disímiles y tan separados en el tiempo, excepto la lógica decadencia de un ciclo civilizatorio. Y veo a los americanos, exasperados por el cariz de los acontecimientos, poniendo en duda mis afirmaciones por «carecer de la suficiente base empírica».

Pero ninguno de ellos podrá darse cuenta de que fue precisamente la derrota del comunismo primitivo de los antiguos habitantes la que hizo que el potencial de revuelta de los calchaquis se dirigiera primero hacia la conquista de la Larga, y no a la búsqueda de mejores condiciones para su vida terrena. <<



[35] «**sobre la piel las capas**»: la referencia al tema de la limpieza —o suciedad— corporal es interesante por lo rara: en una sociedad que privilegiaba la mugre —y que ha desarrollado, como suelen hacerlo tales comunidades, una fuerte industria del perfume—, hay muy pocas referencias explícitas a esta condición. Además, las palabras de Oscar nos permiten observar cómo el *Libro de Usanzas*, uno de los escritos más importantes de la Ciudad y las Tierras ([ver nota 41, cap. 1](#)), falsea ciertos datos —o los esconde— y justifica falazmente los hábitos que sus consejas recomiendan:

«La piel, como un recipiente  
nos habla de los presentes  
y nos cuenta algún pasado.  
Si ha quedado abandonado  
el ayer, con la limpieza  
de la piel, será que esa  
señora o ese señor  
tienen algo que esconder:  
nada que se pueda ver  
—costra, mancha o un olor—  
tiene por qué ser limpiado.»

La conseja trata de presentar como un problema de «sinceridad» —limpiarse es ocultar marcas que, si fueron honestamente adquiridas, no tienen por qué disimularse — lo que en realidad es una cuestión de clase. Salvo en tiempos peculiares —como el Presente Absoluto del soberano 7, donde cualquier mancha era un rastro de un momento que tenía que haber desaparecido ante la irrupción de un nuevo presente, ver— la posibilidad de llevar sobre el cuerpo la suciedad acumulada estaba reservada a los personas, que se ensuciaban menos y, además, no tenían que transportar o vender o cocinar alimentos. La mugre funcionaba, por lo tanto, como una marca de nobleza: así como nuestras damas de sociedad finiseculares se protegían del sol y cuidaban sus pieles níveas porque la tez brñida denunciaba a quien tenía que trabajar al aire libre, así los personas calchaquis mostraban con orgullo su holganza en las costras que recubrían sus cuerpos. Pero la conseja lo disimula. Lo dice Oscar más claramente: «Ni en los momentos más desenfadados aparecía mi padre ante mi madre

con los aromas y los brillos de un guardia: con el cuerpo limpiado. Problema de los vulgos si las obligaciones les impiden acumular sobre la piel las capas de la vida, los signos de la indolencia» (cap. 2, pág. 282).

Aun con sus justificaciones falaces, el *Libro de Usanzas* es una fuente inagotable de datos sobre las costumbres de la Ciudad y las Tierras. El hábito de fumar, por ejemplo, es una de las más interesantes. Si hiciera falta algún dato más, esta práctica terminaría de confirmar la localización americana de la Ciudad. Pero lo más curioso del hábito es que sólo aparece mencionado en los relatos de las dos fuentes exteriores a Calchaqui que conocemos (ver el viajero italiano, [nota 56](#), [cap. 1](#), y el relato final de Jushila, capítulo 5), y nunca en los testimonios de los propios habitantes. Evidentemente, se trataba de algo tan difundido, tan natural, que nadie creía necesaria su mención. Salvo el *Libro de Usanzas*, que nos dice, sobre las formas correctas e incorrectas de fumar:

«El humo que cada cual  
echa por boca y narices,  
distingue del animal  
al hombre. Son más felices  
quienes fuman la segunda:  
la nube suave y rotunda,  
envolviéndolos temprano,  
les da el coraje malsano  
y la leve ensoñación:  
se vuelve, cualquier bribón,  
hombrón de mucho cuidado.»

Donde queda más que claro que fumar es un gesto civilizatorio: otra de las actividades que sólo un hombre puede emprender (alguna vez habrá que estudiar la preocupación calchaqui por diferenciarse de los animales; como si, por razones que su alto grado de cultura no parece justificar, siempre estuvieran muy preocupados por no caer en la bestialidad. Quizás influya en esto su cercanía corporal con los animales, sus contactos eróticos con ellos.) La conseja refiere, también, el efecto ligeramente euforizante que se le supone al tabaco. Aunque podemos leer cierta crítica hacia quienes necesitan semejante estímulo tan temprano. Es distinto si fuman por la tarde o la noche:

«Cuando la cuarta, cayendo,  
refiere que lo tremendo  
ya ha pasado, y que es la hora  
de abandonar las posturas,  
puede, señor o señora,  
entregarse a la blandura  
de ser otro siendo el mismo.

La nube de olor y lumbre  
que lo arrastra hasta el abismo  
le convierte en aventuras  
lo que no es más que costumbre.»

La conseja sigue siendo ligeramente sarcástica, pero de un modo amable y nada condenatorio: el tabaco vespertino, entonces, aparece como la suave recompensa de quien ha pasado un día simulando una fiereza —las «posturas»— que no puede menos que agotarlo: es una revancha tranquila, inofensiva, que no hace mal a nadie (el perfecto pasatiempo que el poder promueve). En las consejas relativas a los saludos en la calle, en cambio, la cuestión del poder aparece de manera más cruda:

«Quien ve a quien no quiere ver  
no ha de voltear la cabeza;  
debe, con gran gentileza,  
preguntarle por los suyos.  
Nada, a nuestro parecer,  
molesta más que el arrullo  
de los nombres bien queridos  
en la boca de un ajeno.  
El otro no puede menos  
que ver que los ha perdido  
y perdido queda, herido,  
sin ser lo que pudo ser,  
aplastado en el capullo

por la sonrisa del bueno.»

La conseja retoma ese tema habitual en Calchaqui: el poder —«la fuerza»— pertenece sobre todo a quien lo guarda, a quien no tiene que dilapidarlo ejerciéndolo. Así, en vez de humillarse al no saludar a quien no se quiere saludar, o despedir violencia al saludarlo con rudeza, la solución estaría en ser pérfidamente amable apropiándose, con esa amabilidad, de sus mejores tesoros. Es curioso ver cómo resuena esta actitud en una frase del polemista vienés Karl Kraus, que escribió, hacia 1927, cuando el debate sobre la Ciudad y las Tierras atravesaba uno de sus momentos fuertes: «No alcanza con no saludar: tampoco se saluda a quien no se conoce.» Otra sería la actitud frente a quien realmente se aprecia —si se lo ve a menudo:

«Saltar, estrechar, tocarse,  
canfinflarse, dar grititos  
son los espantables ritos  
de algunos, al encontrarse  
con quien conocen bastante.  
No hay verdad que no sea muda:  
se diría que el paseante  
se agita como si antes  
que alegrarse, así dijera  
que se alegra: verdad fuera  
si se callara: se dice  
que no hay verdad que precise  
palabras y que se dice  
sólo lo que queda en duda.»

O sea: cómo se puede, so pretexto de una supuesta recomendación social, deslizar bajo cuerda una diatriba más que dudosa para sostener la falacia de toda enunciación, por aquello de que lo verdadero no necesita ser dicho para serlo: otro de los sonsonetes de la Ciudad y las Tierras. Y así sucesivamente. <<

[36] «**era un tiempo de terror y esperanza**»: bien lo dice —por una vez— Oscar, el narrador: «Todo podía cambiar en el próximo presente: eso daba terror. Pero además todo podía cambiar en el próximo presente: eso daba esperanza.» Pocos tiempos, en la historia de la Ciudad y las Tierras, despertaron tantas expectativas como el de Bruno, el soberano 7. Pocos, probablemente, decepcionaron tanto (nosotros sabemos cómo es eso).

Bruno nació de un padre sin grandes cualidades, Alfredo, y de un abuelo imponente. Desde chico mostró una autoridad definitiva: mató desde casi bebe los animales más cercanos, galopaba a sus sirvientes hasta dejarlos exhaustos y antes de los 8 años había prohibido a su madre que volviera a tocarlo. En esos días, el grupo más audaz de las personas, preocupados por el poder creciente de los mercaderes de perfumes, empezaba a pensar su contraofensiva y necesitaba un hombre fuerte en el sillón de Sal. Bruno les venía tan bien que se llegó a decir que no era el hijo verdadero de su padre sino un falso impuesto por las personas conjurados. Pero Bruno al crecer desarrolló tanto los rasgos de los soberanos de Calchaqui que hasta se permitió bromear con esos rumores. «Yo, que a más de hijo de mi padre Alfredo, mi padre, soy hijo de casi todos los demás...», dijo, según sus biógrafos, alguna vez. De hecho, Bruno era un prototipo del soberano de la Ciudad y las Tierras: «Ancho como si todo lo suyo le cupiera, bien hundidos los ojos, nariz brutal de condorita y las piernas con sus rodillas de que un arroyo pasara sin mojarlo, oscuro de su piel sin perder brillo, bien pesado...»

Hay quien dice —sólo una de las cinco biografías— que Bruno tenía lagunas frecuentes de memoria. La explicación, en tal caso, sería demasiado mecánica. Otras tres están de acuerdo en que era avaro hasta la tontería: capaz, por ejemplo, «de desesperarse ante el flujo de las aguas del río». Dos —entre las cuales la primera— sostienen que nada le gustaba más que pintar en las paredes de su estancia escenas de la vida de la Casa, que involucraban a muchos, y que después exigía que se realizaran. Una de las biógrafas dice que fue su padre, Alfredo, el que, cansado de su propia indecisión, le inventó esta costumbre para forjarle el espíritu de mando. La otra, que Alfredo se disgustaba con esos alardes y que alguna vez murmuró, mirando al vástago: «Tráfago duro, pensar que voy a ser así.» No es común que las biografías presenten tales contradicciones.

Las cinco cuentan una historia que puede ser reveladora: dada su miopía —que Oscar cita como la causa de su tiempo— a Bruno le costaba más que nada ver los movimientos de las cosas. «De los animales prefería unas tortugas de agua que le habían traído, relucientes, que no dejaba entrar al agua, y dos marmotas que se

fornicaban en su estancia, una vez por estación, sin gritar, durante días», transcribe una de ellas. «Pero su preceptor le había dicho que los animales no recuerdan ni saben hacer planes: que hacen de nuevo cada vez, como si nunca hubiera otras. Bruno, Hijo todavía, los miraba y miraba: quería verles aparecer la bruma de olvidarse, quería saber cómo era empezar siempre de nuevo. Tenía en un rincón de su estancia cuatro chinchillas: plateadas, quisquillosas, muy afiladas de sus dientes. A una le puso un cordón rojo en el cuello y le daba todos los días, cuando se despertaba él, un higo chumbo. Al cabo de bastantes, la chinchilla empezó a correr hasta las pieles de Bruno cuando lo veía queriendo levantarse: cuando corrió cuatro veces seguidas, Bruno la descabezó de dos patadas. Probó con otra: también, después de varias veces, empezó a acercarse a las pieles y perdió la cabeza. La tercera casi era superflua: Bruno le dio los chumbos y la pateó, y también a la cuarta. Se hizo traer un jaguar chico, casi bebe, precioso con sus manchas; le cambió por carne de chinchilla el higo chumbo, y a los ocho días iba el jaguar temprano hasta las pieles, para pedir su carne. Bruno, por lo que fuera, no quiso matarlo y lo guardó, sin darle más chinchilla. El jaguar enloqueció muy pronto; una primera se le echó encima cuando dormía en sus pieles y le rasguñó el pecho con las uñas chiquitas. Bruno lo tiró por la ventana del oeste: se le oyó un grito que parecía de perro y después el ruido bien pesado de caer en el suelo. No probó más. Otro día, le dijo a su preceptor que los animales recuerdan y saben hacer planes, cuando su dueño los obliga. Le preguntó si los hombres también, cuando su dueño los obliga, y si sería cierto que podrían no saber, si no los obligaban, o si los obligaban a olvidarse.»

El relato está lleno de sugerencias, pero no queda claro si el futuro soberano se indignaba porque sus animales aprendían, demostrando que podían pensar en el transcurso del tiempo, o porque aprendían pero no lo suficiente, ya que seguían pidiendo algo que les traía la ruina y no dejaban de pedirlo cuando su insistencia estaba por costarles la vida. Tampoco queda claro si había pensado que ese ejercicio de memoria que hacía que los animales se inscribieran en el tiempo estaba causado por el poder que alguien —él— ejercía sobre ellos. Pareciera que sí.

En cualquier caso, su declaración fue de las más ansiadas. En los últimos días previos, los personas habían hablado mucho de las ventajas del tiempo por venir, como si estuvieran en el secreto —que seguramente ignoraban. «La inquietud se olía en el Mercado de Perfumes: la ciudad esperaba entusiasta y la explanada se llenó más temprano. Rebosaba. Todos suponían un discurso seco: Bruno lo empezó conversado: —¿Será que terminó lo que nunca termina?

Hubo estupor. El tiempo de su padre Alfredo decía que nada más pasa el tiempo para lo que no se acaba; Bruno lo descalabraba con su pregunta bien al medio: si nada más para lo que no se acaba ese tiempo corría, ahora, al acabarse, ese tiempo no había sido nunca. Hubo temblores. Bruno, ventripotente, se reía. Los temblores de tantos

hacen como una vibración del aire, como cuando un incendio lo enrarece. Quién sabe si Bruno los veía o se reía porque no los veía.

—No es de Padre tratar el tiempo de otro padre que fue: a cada cual su espada.

Les dijo, suave, para tranquilizarlos.»

La finta que narra la biógrafa es notable. Un soberano que, en el momento de su Declaración, muestra a los suyos la debilidad del tiempo en el que han estado viviendo y desliza, como sin querer, la posibilidad de hacerlo inexistente —con sus aparatosas consecuencias. Y que, enseguida de haberles mostrado que podría, los dispensa y les da a entender que no lo necesita: su poder —o la exhibición de su poder— parece extraordinario.

«—Pero ese tiempo se pierde en su final o en no tenerlo.

Los más astutos entendieron que les estaba dando una lección: si un tiempo nada más puede justificarse en el final, tanto le va a pasar antes de saber si de verdad ha sido. Por el miedo de saber si era o no era, va a pasar mucho más rápido o más lento: enrevesado. Los que entendían trataron de explicárselo a los otros.

—Los noto inquietos, como quien se deshace.

Les dijo. En la explanada, los vulgos y personas se callaron y se miraron con temor un momento. Se tranquilizaron cuando vieron que estaban: que seguían estando.

—No se deshacen por ustedes, no es ustedes, fárragos. Se deshacen porque todo se deshace hacia lo lejos. Hacia lo lejos, en vacío se deshace el espacio.

Muchos miraron todo lo atrás, buscando las montañas. Había, como tantas veces, esa bruma que les desdibujaba los contornos. Creyeron que entendían y suspiraron varios.

—Y con vergüenza va y lo imita el tiempo.»

No consta que la contradicción haya sido revelada por sus contemporáneos: parece incoherente que un soberano que está por anunciar un tiempo que se supone lleno de su autoridad se refiera a una supuesta cualidad natural del tiempo, como sería la de desdibujarse a la distancia. A menos que se trate de un intento —que nos parece modesto— de asentar esa autoridad no sobre el propio poder sino sobre una constatación «objetiva». Suena ligeramente denigrante.

«Bruno miró a la masa de vulgos y personas, que se miraban bastante consternados. A su lado, durísimo, su padre Alfredo estaba bien atado a la silla. Bruno le puso la mano sobre el hombro:

—Pasados y futuros se vacían, cárcamos, más cuanto más lejos. De a poco se vacían:

cuando están cerca tienen algo y después menos, menos, menos. Nada más está lleno el presente: no hay tiempo fuera del presente, les entiendo: todo sucede en los presentes.

Bruno quizá les vio las caras confundidas y les explicó que no había otro tiempo que el presente: los demás, bien vacíos. Y que su tiempo nada más iba a tener presentes.»

En párrafos un poco farragosos, el nuevo soberano informó que su Tiempo del Presente Absoluto consistía en una sucesión de segmentos: en cada uno, todo sería nuevo, duraría lo que durase y terminaría por desaparecer. Informó que si un segmento se parecía mucho al anterior, o elementos de uno reaparecían en el siguiente, se debería a sus esfuerzos por hacer que los segmentos se presentaran en un orden fácil, sin saltos brutales. Informó que la duración de cada segmento sería variable y dependería de lo que él decidiera, pero que podía ir del instante a la suma de días o incluso, alguna vez, a la estación.

«Los vulgos y personas ya ni por esas se miraban. Miraban a su alrededor, la Casa, las montañas, la tarima donde Padre y su padre atado presidían, sus propios pies, una nube con su forma de perro. Parecido a aterrados, miraban todo eso. Entonces un vulgo chiquitito, con cara baratija, dijo que en el próximo presente que les dieran él podía ser rico o consejero de la Casa, y otro se carcajeó y dijo que quién sabe él fuera vieja preñada y le dijeron que por qué no y a una que le colgaban las mamas tan bananitas bamboleantes le dio miedo perderlas en el próximo. De pronto, todos querían o temían o querían y temían: todos todos, fue una bruta algazara.»

En este punto las biógrafas son, como se debe, parcas. Pero no pueden dejar de sugerir que el Tiempo de Presentes Absolutos del soberano 7 asustó más de la cuenta a ciertos poderosos, que temieron la posibilidad de que, en cualquiera de esos presentes que vendrían, sus bienes, su posición o sus vestidos desaparecieran de improviso. Por supuesto, no lo creían del todo, pero temían un poco. Según las medias palabras que leemos, «Padre les aseguró un orden en las cosas», es decir: que los presentes guardarían la correlación necesaria como para no producir cambios súbitos. La discusión, de todas formas, es muy interesante: presupone, por parte de ambas partes, la convicción de que el soberano podría en efecto producir un orden temporal en el que cada presente fuera un mundo nuevo. A través de la escasa información que tenemos no llegamos a saber si todos fingían esa certeza, o si estaban convencidos de que tal cosa era posible.

También lo estaban —o simulaban estarlo— tantos habitantes de Calchaqui, que se ilusionaron con el tiempo del 7 como con pocos otros. Pero la maniobra de Bruno era arriesgada: su tiempo era una amenaza permanente. Creyendo en él, los poderosos podían suponer que sólo dependía de su voluntad que los presentes siguieran



ordenados, y lo odiarían por el terror permanente que esa idea podía suscitarles; creyendo en él, los desposeídos podían suponer que sólo dependía de su voluntad que cada presente resultara tan parecido al anterior —abominable—, y lo odiarían por la continua decepción. Y todos compartirían el insistente miedo a encontrar que, en el próximo presente, ya no eran quienes habían sido: de ya no reconocerse en ellos mismos. Durante esos días, el mutismo se apoderó de muchos en la Ciudad y las Tierras: se encerraban en la introspección para ver si, en cada momento, eran los mismos. Al principio, el temor que esto producía fue bien aprovechado por la Casa: el poder del soberano se necesitaba para garantizar esa continuidad. Fue, dicen los biógrafos, uno de los períodos más sumisos y, en la medida en que el miedo crecía, uno de los más místicos de la historia de Calchaqui. Pero la tensión era excesiva.

Y es probable que el problema de las parteras ([ver nota 2, cap. 2](#)) fuera sólo una excusa. Los «Tiempos Secos» del soberano 7 se acabaron, de forma sospechosa, al cabo de nueve estaciones, con su muerte por demás prematura. Seguramente, los consejeros y personas que se habían alegrado con la llegada de una mano fuerte supusieron que preferían a alguien más manejable.

Pero, más allá de estos detalles, la idea de los presentes absolutos trajo otra consecuencia, que fue desarrollándose de a poco: la convicción de que en ese juego de cambios permanentes —aunque imperceptibles— el que muriese cuando uno muriera no sería uno mismo sino otro: aquel que uno habría de ser en ese presente tan lejano. Esa suposición, que trajo a muchos gran alivio, produjo a largo plazo un resultado imprevisible: fue, sin duda, una de las causas de la revuelta por la Larga. Como lo fue, también, la esperanza de cambio que algunos tiempos —como este— suponían.

Más allá de estos aspectos, nos interesan sobremanera las conclusiones que saca Oscar, cuando afirma que «no sirve un tiempo que exija de Padre un control permanente. Eso no da más fuerza: la saca, la desgasta». Y que ese tipo de tiempos falló en los distintos casos en que lo intentaron y que el tiempo que se declare, en síntesis, tiene que ser poderoso por sí mismo, sin necesidad de una intervención que lo regule. Ya percibimos cómo, por distintas vías, Oscar va conformando su desastrosa idea. <<

[37] **«inventó las representaciones para explicar su tiempo»:** no sabemos nada sobre estas representaciones. Si hubieran existido, serían lo más parecido a la ficción que habría habido en Calchaqui (sobre la literatura y sus usos en la Ciudad y las Tierras, [ver nota 15, cap. 4](#)). <<

[38] «**padre Aldo, su hijo, que lo sucedió**»: en el capítulo 1, página 16, Aldo aparece como hijo y sucesor de Osvaldo. Aquí, en cambio, como hijo de Bruno y abuelo de Osvaldo: entre ambos estaría Néstor, el gran misterio ([ver nota 42, cap. 2](#), y [nota 59, cap. 3](#)). Algo extraño sucedió para que se produjera esta grieta crono-genealógica. Sería bueno descubrirlo, ver. <<

[39] «**mi deber y que tenga que hacerlo**»: no está comprobado que los poderosos de la Ciudad y las Tierras incurrieran en esa práctica —tan difundida en otras culturas— de abreviar la agonía de un jefe cuando su tardanza amenaza con sembrar el caos —o alargarla cuando se necesita un interregno de negociación. Sólo tenemos, sobre el particular, alusiones lo suficientemente descuidadas como para sugerir que no había nada de anormal en eso pero, al mismo tiempo, ninguno de los numerosos relatos de la vida y muerte de los soberanos de Calchaqui cuenta una escena de parricidio por razones de Estado: puede que se la considerara necesaria pero obscena. (Lo cual nos remite a un comentario de Michel Foucault —*Les mots et les choses*, op. cit., pág. 228,— a propósito de *La Destinée*: «Creemos que conocemos tantas cosas, que tantos de sus secretos nos han sido librados. Y no sabemos casi. Ignoramos todo lo verdaderamente necesario. Ya que sólo lo necesario que es obsceno es necesario por entero: el resto, lo que tiene una necesidad que no le impide ser contado, es menos necesario. Si algo puede ser contado es hecho, también, para contarlo; entonces, su necesidad intrínseca no es su única causa y es, por lo tanto, necesario en una forma impura.» Desde este punto de vista, la eutanasia del soberano sería de una necesidad perfectamente pura.)

Lo que sí aparece en varias oportunidades (cap. 1, pág. 12) es la potestad del soberano moribundo de decidir la forma de sus rituales fúnebres —sus «voluntades para el tránsito», su posibilidad de «elegir su muerte». Y también aparece, en esos mismos pasajes, la dificultad de los soberanos para hacerla cumplir: a veces, como en el caso del padre del padre 20, Ramón, el cumplimiento del tránsito de un soberano podía poner en peligro la supervivencia del Estado y el nuevo soberano, que era el único que la conocía, falseaba la voluntad de su mayor. Aparentemente la posibilidad de decidir el propio tránsito era un caso específico de la costumbre, tan extendida en Calchaqui, de dictar «testamento veraz».

Hasta la revuelta de la Larga, casi nadie se privaba. Había que ser muy menesteroso o muy escaso de ambición para no aprovecharlo. De hecho, el «testamento veraz» era la forma que había encontrado la cultura de la Ciudad y las Tierras para enfrentar el trance de la muerte cuando la muerte no llevaba a nada. Se suele atribuir a Nietzsche una frase que no he encontrado en ninguno de sus libros, pero que sintetiza muy bien el espíritu de Calchaqui: «La historia de las civilizaciones es la historia de los ardides de los hombres para amar su muerte.» (Hay otra versión, que parece venir de una adulteración —un poco ingenua— de los nietzscheanos antinazis como Rosenkopf: «La historia de las civilizaciones es la historia de los ardides de los cobardes para amar la muerte.» La versión, por supuesto, reduce la amplitud de las miras nietzscheanas al intentar convertir la frase en una condena de la parafernalia

sacrificial y heroicista del nazismo.)

El testamento veraz era un escrito personal que cada cual empezaba al día siguiente de su aceptación, cuando le contaban su muerte ([ver nota 4, cap. 1](#)), y se iba incrementando con el tiempo. Solía guardarse en unas cajitas de madera olorosa —¿jacarandá? ¿ceibo?— con incrustaciones de esa madreperla que traficantes traían de la costa: las cajitas no llevaban cerradura y ocupaban un lugar muy visible, casi privilegiado, en una repisa junto al horno de cada casa de Calchaqui. En cada repisa podía haber dos, tres y hasta cuatro cajitas, según la cantidad de generaciones que habitaban. Las cajitas tenían cinco lados y medían poco menos de 25 centímetros — un «largo»— de ancho. He dicho que no llevaban cerrojo; en general, nadie las abría por alguna variación del miedo: cualquiera sabía que leer un testamento veraz y tener que enfrentar después a su autor podía ser patético, violentísimo o paralizador. También podía ser «un arma insoportable para doblegar al autor, un arma tremenda para hacerse daños solo o un recuerdo tan persistente que desplazara a todos los demás». Pero aun sabiendo que todavía no sería leído, su presencia llena de enigmas y promesas era un foco para las miradas, los pensamientos y los planes. Cada habitante de la casa sabía de memoria las formas que la madreperla desplegaba sobre la madera de cada caja ajena e imaginaba largamente, a veces con terror, otras deleitado, lo que más adentro estaba escrito.

La actitud del autor, en cambio, podía variar bastante. De costumbre, el testamento era un compañero y confidente que cada cual mantenía a lo largo de su vida. Basándose en esta información y, seguramente, sin haber visto ninguno, Maxime du Tertre los incorporó al género autobiográfico: con prosa previsible, los llamó «la autobiografía de los hombres mediocres». Pero la definición es opinable: el testamento no era el relato de una vida. Era, si acaso, su glosa interesada.

En un testamento veraz no solían relatarse sucesos; sin embargo, muchos de ellos dejaban en él la marca de una resolución, de un comentario, de un deseo final o de una injuria que no podría desdecirse. De hecho, en un testamento veraz se iban acumulando voluntades y opiniones y, quizás, algún secreto: por eso eran tan esperados y, por supuesto, tan temidos. Por eso las lecturas de los testamentos eran el espectáculo más popular de la Ciudad y las Tierras.

Los testamentos podían ocupar páginas y páginas de anotaciones dispersas, hechas en momentos muy variados. Entre los que figuran en la **edición *Thoucqueaux*** hemos seleccionado uno austero, sin excesos, para dar una idea global de cómo eran. Según consta, el testamento que presentamos fue el de un Javier, aceptado en tiempos del soberano 4, Enrique, y muerto a los 42 años —117 estaciones—, poco antes del final de su edad, bajo el 5, Andrés, en plena época clásica. Este Javier fue un maquinista amigo del Jacobo que inventó la vicuña mecánica y, durante muchas estaciones, también él buscó la solución a ese problema. De hecho había llegado a resultados

muy similares a los de Jacobo que, a último momento, se le adelantó y recogió toda la gloria. En sus últimos años, Javier se hizo una pequeña fortuna reparando las vicuñas de su antiguo compañero convertido en rival y sombra negra. El testamento es uno de los ejemplos más acabados de la prosa popular calchaqui: escueta, un poco relamida, tratando de imitar sin conseguirlo las escrituras cultas, simulando un diálogo interior que suponía finísimo (*las anotaciones son nuestras*):

«Me digo: son lo bastante las estaciones que me tocan. Más me digo: mi muerte mía, zápira, podría ser mejor. Me diría: me queda todo y ya sé que no es nada. No me lo digo, por astucia.»

*(Reza la primera nota, que alude, con retórica convencional, a las condiciones y momento de su muerte según le fueron comunicadas en su aceptación. Son tremendismos juveniles.)*

«Me parece: no está mal la mujer que me pusieron. Ni mal ni ninguna otra cosa. En 60 estaciones, me digo, cuando mi muerte sea, va a lamentar no haber sido por lo menos brutal: muy ofensiva. Me digo: por lo menos brutal: feroz en coitos. Me digo: por lo menos brutal: enojadiza. Me digo: por lo menos brutal: muy gorda de su carne. Me digo: por lo menos brutal: pinchada de placeres. Me digo: por lo menos brutal: rácana con lo suyo. Me digo: por lo menos brutal: batalla de las carcajadas. Me digo: por lo menos brutal: fuerte en la cólera. Me digo: por lo menos brutal: desordenada. Me digo: por lo menos brutal: brutal, al menos.»

*(Es obvio que el ritmo de la frase está pensado para su lectura pública. Se puede oír cómo el autor imagina a la destinataria cubriéndose la cara con las manos, hundiéndose más y más ante cada adjetivo. Pero el pequeño desquite contra la madre del hijo y la hija del autor es un clásico de los testamentos veraces masculinos. En los femeninos, en cambio, la venganza suele tomar la forma de un análisis comparado en el que las virtudes que la mujer se atribuye no encuentran parangón en la banalidad del hombre que le tocó en suerte.)*

«No diré: se creyó que quemándonos a todos nos iba a hacer la muerte más serena. No diré: se lo creyó pero en verdad nos da la diversión de fuegos a los vivos. Me contesto: a quién le importa lo que haga Padre con los muertos. Me contesto: para él somos los muertos: somos suyos. No me contesto: también para nosotros. Digo: fue bueno lo que hizo, pero no por las razones que creía. Digo: ahora, muerto, ya estoy sabiendo si sirve también para nosotros. No diré: ahora, muerto, ya no sé más nada.»

*(El comentario se refiere, sin duda, a la decisión del soberano 4, Enrique, de ordenar*

*la cremación obligatoria para todos —ver cap. 1, pág. 71.)*

«Me digo: si fuera otro, qué diría. Me contesto: nada que quisiera escuchar.»

*(Lo llamaremos el «efecto post-mortem»: las grandes frases que cualquier hijo de vecino se creía obligado a consignar en su testamento, para demostrar, en la lectura, que se equivocaron mucho con él los que no entendieron su astucia y su profundidad.)*

«No me digo: cambiaría con gusto a mi hija por una caravana de perfumes. No me digo: dudo de que me dieran más que aromas de invento y ni siquiera muchos. Me digo: si por lo menos me complaciera fornicarla.»

*(Las intimidades inconfesables, cuya revelación atraía tanto al público y tanto atemorizaba a los deudos. El vértigo de encontrarse con un hombre tan distinto del que supusieron y tener que reconstruir su historia, cambiándole el sentido a cada gesto.)*

«Me diría: ellos creen que soy de una manera porque no les importa cómo soy. Me digo: creen así, porque es más fácil. Les digo, a ellos, una vez sola: ustedes prefieren que todos seamos hombres como ustedes. Quizá por eso no quieran escuchar mi historia.»

*(Más de lo mismo: el muerto los goza a modo de preámbulo tardío. Sabe que, por una vez, sí quieren escucharlo, y que ahora puede contar su vida como quiera: muchas veces, el muerto se inventa vidas que presenta, en ese momento definitorio, como más ciertas que lo cierto. El testamento veraz le da la posibilidad de escribirse como hubiera querido —y mostrarse en su falsa diferencia.)*

«Me digo: feliz la vida, si pudiera volverme un brutote del norte y ponerme los perfumes de invento, parir ocho hijos o ninguno, no comer nunca más gallinazo, no terminar en llamas, dormir algunas noches bajo un árbol, no saber menearme y no esperar más nada, nunca, que alguna vez podría llegar. Les digo, ahora que soy un muerto más, nada importante: van a seguir así, panfilitos, van a ser siempre tórridos vulgos de la Ciudad, acorralados.»

*(El testamento como catarsis general. Las imprecaciones contra la vida que el autor ha tenido que vivir son parte central de la atracción de los testamentos que resultan, probablemente, el espacio crítico más virulento de Calchaqui. No sabemos por qué*

*era tolerado por la Casa, aunque suponemos que debía funcionar como un desahogo funcional para los habitantes. El hecho de que tales desahogos fueran proferidos por un muerto les daba, al mismo tiempo, la grandeza de quien no busca ningún beneficio personal y la pequeñez de quien ha muerto sin hacer nada para unir el acto a la palabra. Estos exabruptos, de todas formas, no eran gratuitos —ver más abajo.)*

«Nunca diría: estoy esperando en mi rincón que un día vengan, me descubran, me muestren tan poco como soy en la plaza del Mercado y que las viejas se rían golpeándose las ancas. Nunca diría, pero estoy.»

*(Las confesiones de debilidad extrema probablemente fueran sinceras en el origen, pero consiguieron con el tiempo un efecto demagógico que las hacía casi indispensables: al público lo aliviaba mucho encontrar en los otros, en su momento de mayor sinceridad, los mismos temores que los preocupaban en ellos mismos. El autor les daba un poco de esa humillación para ganarse sus buenas voluntades y su atención simpática hacia el resto del testamento. En el estilo de este pasaje se ve, por otra parte, la influencia —o al menos la contemporaneidad— con algunas de las consejas del **Libro de Costumbres**.)*

«No me digo: aprendí. Me digo: ahora sé que no hay nada terrible en robar a los hombres de Padre.»

*(Las pequeñas referencias misteriosas a hechos reprobables solían aparecer y nunca se sabía si el autor se reservaba datos para defender a los suyos o porque todo era una farsa para hacer su testamento más interesante.)*

«No me digo: mi hija es tan distinta de mí que no puedo decir que para ella sea la máquina. Me digo: ¿para quién es? ¿Nada más para que sepan verme los que no supieron? Me digo: si yo la hago, mi hija va a tener la máquina. No me digo: si yo la hago, mi hija de verdad va a ser la máquina. Me diría: mi hija nada más puede ser una mezcla de las dos.»

*(El otro mecanismo habitual sería el efecto «oportunidad única». A muchos de los habitantes les agarra la obligación de escribir algo, con la idea de que, si no, están «desperdiciando su testamento veraz». Curiosamente, esto puede dar muy buenos resultados, porque los autores, al pensar que tienen que escribir algo —cualquier cosa pero escribir—, suelen llenar ese vacío con ideas casi espontáneas, sin filtrar, producto de raptos del momento y, por lo tanto, más reveladoras. Aunque algunos toman la improvisación como sistema y se complacen en escribir cuando no tienen nada que escribir, no por «no desperdiciar su testamento veraz» sino por curiosidad*



*hacia sus propias reacciones —una especie de escritura automática avant la lettre. En esta extraña comparación entre su hija y la vicuña mecánica aparece, por primera vez, la cuestión que después se va a ir apoderando de todo el testamento.)*

«Me digo tanto: me bastaría con matarlo. Me digo: ¿por qué no? Lo puedo matar sin entusiasmo y él se muere correcto. Me digo: no vienen gritos, no baila, nada estalla. Lo mato nada más para que sea mejor la máquina. Me diría: mi máquina puede ser tanto mejor, si él me dejara el tiempo.»

*(Empieza la terrible competencia.)*

«Me digo: él me robó, tan tiépido. No me digo: no sé si él me robó o yo quise robarle y no llegué. Me digo: no voy a decir nada a todos: sería la queja del vencido. Pero me digo: cuando yo sea mejor, ya muerto, cuando no sea ni siquiera un vencido, todos van a saber que Jacobo, el muy tiépido, entendió lo que le faltaba entender de su vicuña máquina por una frase que yo le dije y que me debería haber guardado.»

*(La competencia parece resolverse —como sabemos— a favor de Jacobo. Javier considera que Jacobo le robó la idea de la vicuña mecánica, que era la meta de su vida, pero no puede probarlo y, por lo tanto, ni siquiera decirlo. De ahora en más, no habrá otro tema para su amargura testamentaria.)*

«No me digo: vivo de sus restos. No me digo: soy un carancho desplumado. No me digo: puaj de mí. No me digo: nadie es más pánfilo que lo que puede serlo. Me digo: qué astuto soy, que gano tantos bienes con las vicuñas tuyas. Me digo: je o ja. Triste, me digo.»

*(El drama de sus últimos años: hacerse una pequeña fortuna arreglando las vicuñas que él podría haber inventado y que, en cambio, sólo repara —sobre el status de los reparadores, [ver nota 42, cap. 4.](#))*

«Diría: le dejo todo al primero que de verdad lo quiera. Pero digo: todo es de mi hija, que no está completa, mi hija mujer sin mi hija máquina. No digo: son bienes que se merece porque no pude completarla. Digo: son de ella por qué si no de quién, no por razón ninguna.»

*(La parte ejecutiva del testamento se resuelve, en este caso, rápido: la herencia pasa directa a la hija. No hay, en todo el escrito, más que una referencia al hijo —y aparece al hablar de la madre. Aunque la herencia suele entregarse al vástago del*

*sexo opuesto, el continuador de cada casa, es costumbre que el otro reciba algo, aunque sea simbólico. No es así en este caso.)*

«Me diría: no lo voy a matar. Me digo: lo odio pero no le voy a hacer el homenaje de matarlo. Ahora que tengo bienes, cuando me muera digo: quedarán todas mis máquinas nuevas para el que lo deshaga muy despacio, con un cuchillo malo. No de otra manera.»

*(Así termina, con el golpe de efecto. Estas venganzas post-mortem eran de lo más esperado que podía tener un testamento: a partir de su lectura, alguien empezaba a tener terrores fríos y se sabía en la mira de cantidad de buscas. Sobre todo: no sabía de dónde podía llegarle el golpe —y no hay nada más aterrador. A partir de su lectura, los deudos también sudaban porque se enteraban de que estaban en el centro de una trama criminal que podía costarles muy caro.)*

La lectura del testamento de Javier debe haber sido una sorpresa de lo más excitante. Pasaba a veces, en Calchaqui, que un testamento del que no se esperaba gran cosa — como este, de un maquinista más o menos oscuro— brindara revelaciones inesperadas. Por eso la sala donde se leían estaba casi siempre llena.

La sala de los testamentos daba a la avenida principal, que unía la puerta del Este con la explanada de la Casa (ver plano, [nota 12, cap. 2](#)); estaba poco después de la posada y era un edificio amplio, de planta cuadrada y un solo piso, despejado, con una pequeña tarima al fondo desde donde se leían los testamentos. El lector era un profesional muy bien pagado del sexo opuesto al del autor, que leía con modulaciones y ademanes: abajo, multitud de vulgos y algunos personas se paseaban, se sentaban en el suelo, se echaban o se acuclillaban para escuchar y comentar los testamentos. Todo sucedía al empezar la cuarta hora, cuando cerraba el mercado. De hecho, era costumbre en la Ciudad darse una vuelta por la sala después del cierre del mercado, y tantear el ambiente.

No debían leerse más de tres testamentos por velada pero, según parece, era raro que se llegara a esa cifra. Según hemos establecido ([ver nota 36, cap. 1](#)), morían en la ciudad unos 400 sujetos por año, lo cual significa poco más de uno por día: los días sin ninguna muerte se consideraban muy amenazadores: algo que tenía que pasar no había pasado y pendía sobre todas las cabezas. Cada autor proveía, el día de la lectura de su testamento —25 días después de su muerte— comida y cocciones para los asistentes y —salvo los muy pobres— algún regalo para cada uno de ellos. Aunque algunos autores se negaron a las dádivas, so pretexto de que lo que iban a decir era ya de por sí lo bastante atractivo: de ahí en más, durante un tiempo, el truco de anunciar que no habría comidas ni regalos ni cocciones sirvió para atraer a los que suponían que el testamento era muy bueno por sí mismo; además, era mucho más barato.

Después el truco se gastó, y volvieron los banquetes. Alguno, en este período, dejó instrucciones de regalar guayabas tan podridas que se les deshicieran a los curiosos en las manos: era la última provocación del muerto, la pedorreta póstuma.

Pero la asistencia de público nunca mermaba. Algunos iban para sacar ideas para sus propios testamentos. Otros, para consolarse en la visión de debilidades ajenas que los hacían sentir más fuertes. Los más, para enterarse de quién había sido cada quien y, sobre todo, de noticias por demás excitantes. En el caso del testamento antes citado, por ejemplo, la revelación de que la gran máquina calchaqui podía ser un plagio y de que su inventor tenía una condena sobre su cabeza provocó discusiones y alguna batahola.

Los deudos asistían aterrados. No sólo iban a enterarse de quién era —o quién suponía ser— el muerto, y quién heredaría sus bienes, sino que también sabrían si su futuro estaba hipotecado por algún capricho: en este caso, la recompensa a quien matara a Jacobo, que los ponía casi al margen de la ley. Pero también podía ser una diatriba contra la Casa que les costara algún puesto o una sinecura, o contra otros habitantes, que los llevara a enfrentamientos crueles e interminables.

Para el autor, en cambio, la lectura era el momento de la gloria, de establecimiento de la imagen definitiva y última: el consuelo que la cultura de Calchaqui había descubierto contra la desazón de una muerte que no llevaba a nada. Los hombres y mujeres pasaban horas y horas de sus vidas imaginando ese momento final, degustándolo, suponiendo las reacciones, frotándose las manos que, para entonces, ya serían ceniza.

El mecanismo, por supuesto, no dejó de causar sus problemas. Hubo exaltados —fanáticos— que llegaron a matar a alguien expectable para anticipar el momento de su lectura. Y, en tiempos de los soberanos 7 y 8, Bruno y Aldo, vulgos y personas se mataban porque, desengañados de la vida, sólo les quedaba la esperanza de que su testamento los reivindicara después (sobre el suicidio en Calchaqui, [ver nota 40, cap. 4](#)). Está claro que esas muertes, que solían disfrazarse y simular causas más naturales, fueron un antecedente importante de las muertes bellas que comenzarían bajo el 10, Osvaldo (ver cap. 1, pág. 14).

De hecho, en tiempos de Osvaldo se prohibió la lectura del testamento de quien se hubiera entregado a una bella. Poco después, las lecturas volvieron. Pero la decadencia y desaparición del testamento veraz llegó más tarde, con la revuelta por la Larga: el atractivo del testamento era que el muerto, al ingresar de lleno en la nada, podía darse el lujo de decir lo que quisiera impunemente. Que sus deudos pagaran por ello formaba parte del picante de la cosa. En cambio, muertos que se iban a la Larga podían verse obligados a hacerse cargo, en ella, de sus palabras. La Casa no dejó de utilizar este argumento y, sin necesidad de prohibiciones o censuras, los testamentos veraces fueron desapareciendo, englutidos por el miedo a una responsabilidad de

ultratumba. Lo cual parece convalidar los argumentos de Oscar cuando se compadece (cap. 4, pág. 846) de los vulgos y personas que, a través de la Larga, habían perdido la igualdad en la muerte, que era la única que realmente tenían. Y, por supuesto, la astucia de los gobernantes que legitimaron la Larga para abusar de ella.

(Sin embargo, no creo en la idea que esboza el caballero des Thoucqueaux cuando dice que la Declaración del tiempo de un soberano era como su lectura del testamento —en vida. Lo sostiene afirmando que, a partir de ese momento, su vida no era más influyente que la de cualquier muerto, porque ya había hecho aquello para lo cual vivía —y los consejeros de la Casa se hacían cargo del gobierno de la Ciudad y las Tierras. Dice Thoucqueaux: «Queda casi desarmado, como muerto, viendo los efectos de lo que ya fue. Su testamento: como cualquier veraz, obliga. El soberano: no muere, pero ya entregó toda su fuerza: ya fue lo que podía.» La hipótesis es seductora pero, como casi todo lo que produce el caballero, tiene un molesto tufillo a falsedumbre.) <<

[40] **«sin paredes ni formas: aquel croquis»:** la fantástica boutade del arquitecto ciego, a la que se refiere el párrafo, de edificar en un terreno, a modo de casa, un croquis o plano, puede explicar ciertas perplejidades de los arqueólogos que encontraron, 30 kilómetros al sur de la localidad de Cafayate, en pleno corazón de los Valles Calchaquíes, los cimientos de una edificación importante. Según informó en el ya citado congreso que la Asociación de Protección del Acervo Cultural de la Nación organizó en Tafí del Valle en marzo de 1971 ([ver nota 31, cap. 1](#)), el arqueólogo de la Universidad de Tucumán Javier Paz Posse condujo en la ocasión un equipo que tuvo graves problemas ya que su campamento, confundido con un núcleo de guerrilla rural, fue rodeado una noche por efectivos de la Gendarmería Nacional, que llegaron a herir a uno de los estudiantes y matar a dos mulas. Tras el consabido escándalo — Paz Posse tenía buenas relaciones en el gobierno militar de la provincia— el equipo volvió a ocupar su cantera pero, como se informó en el Congreso, después del hallazgo de los cimientos no pudieron encontrar el menor material de las paredes del gran edificio. Con cierta audacia concluyeron que debía haberse tratado de un material muy perecedero —madera, cañas— lo cual no condecía en absoluto con la robustez de los cimientos. El Congreso, obligado por razones políticas, aceptó el argumento, sin imaginar que se trataba, muy probablemente, de la casa plana del arquitecto Jacobo, una de las grandes obras del arte calchaquí. Los supuestos cimientos, dicho sea de paso, fueron casi completamente destruidos en la excavación desesperada. <<

[41] «**veinticinco vicuñas de esencia de nuez. / —Partida.**»: como queda dicho, la economía de la Ciudad se basaba en el comercio exterior. Calchaqui importaba telas, objetos de metal, frutos y animales exóticos, y exportaba productos más sofisticados: esencias de frutos, máquinas simples y, sobre todo, perfumes. La exportación de máquinas complicadas no estaba prohibida pero sí muy mal vista: no era bueno darles margaritas a los chanchos. Por eso la fabricación de perfume, su venta y exportación, la recolección de hierbas para sus destilados, la cría o caza de animales para sus cociones (ver nota 8, cap. 2) constituían la actividad económica más rentable de Calchaqui, seguida de cerca por la fabricación y mantenimiento de máquinas y la producción agrícologanadera.

Pero la mayoría de la población se dedicaba a la compraventa. Los calchaquis eran, a la manera de los griegos, un pueblo de pequeños comerciantes ociosos que pasaban buena parte de su tiempo en el mercado jugando y charlando, peleándose, picoteando comidas. Las mercancías circulaban por Calchaqui a gran velocidad. Y sin embargo no hemos podido saber, pese a la enorme cantidad de documentos, si existía el dinero en la Ciudad y las Tierras.

Se habrá notado que la palabra que aparece en los escritos reunidos en la *edición Thoucqueaux* cada vez que se podría esperar la palabra dinero es «bienes» —*biens*. Pero en ningún punto se precisa qué son esos bienes, ni cómo se usan. El historiador, en primera instancia, está tentado de traducir «dinero». En cada caso puede verificar que no hay incoherencias. Pero enseguida se ve asaltado por la duda: ¿qué forma de «dinero» usarían estas personas? ¿Serían monedas u otros pesos de metal garantizados por la Casa, el modelo al que estamos acostumbrados? ¿O algún instrumento diferente de objetivación de la riqueza, piedras, conchillas o bolitas de ámbar —por ejemplo? ¿O quizá verdaderos bienes materiales, objetos que intervienen en un trueque? Parece difícil, pero nada lo descarta. La existencia de dinero sería la solución más convincente y conveniente: sin embargo, el hecho de que nunca aparezca definido como tal, que la palabra bienes nunca esté acompañada por cifras, que los testamentos no lo cuantifiquen, nos provoca la duda. O, quizás, existía pero algún tipo de pudor impedía a los habitantes registrar esa existencia por escrito. Suele pasar.

Sabemos, en cambio, que la propiedad privada era un hecho. De nada valieron los esfuerzos de Dmitri Abutalyán (*Sobre las formas de la acumulación y constitución de la riqueza en la Ciudad*, Moscú, 1956) o de Dieudonné Gaultier (*Rien à soi: Les assises d'une société communaliste primitive*, in *Temps Modernes*, París, 1963) por demostrar que la Ciudad se regía por formas comunitarias de propiedad de la tierra y los inmuebles, y que los mercados eran lugares de intercambio casi desinteresado o,

al menos, sin afán de lucro. La operación era curiosa: si hubiese tenido éxito, habría demostrado que la sociedad que inventó la forma de la moderna revolución social tenía una economía poco menos que comunista. Así, despojaban a la sociedad burguesa de sus potencialidades de cambio: sólo una comunidad que ya hubiera hecho su revolución era capaz de crear la revolución (es probable que no hayan terminado de descubrir las implicaciones de sus postulados que, llevados al límite, clausurarían cualquier posibilidad revolucionaria para aquellos que no hubiesen hecho ya su revolución, es decir: para quienes podrían necesitarla).

Pero, gracias a nuestros descubrimientos, la operación falló. Por numerosas fuentes —testamentos, biografías, documentos públicos— sabemos que las casas eran de propiedad absolutamente personal; en cuanto a la actividad del mercado, los relatos abundan sobre las feroces discusiones por una tasación.

El soberano —o mejor dicho, la Casa— era un propietario importante. Además de su propio palacio y numerosos edificios en la Ciudad, era dueño de tierras en todos los sectores. Muchas le pertenecían por derecho de conquista; otras, por apropiaciones posteriores. El soberano —o mejor dicho, la Casa— también era dueño de flotas de vicuñas que comerciaban con las comarcas más recónditas. El soberano —o, mejor dicho, la Casa— percibía un porcentaje de cada operación que realizaran sus súbditos; a cambio, se ocupaba de garantizar la seguridad de los caminos interiores y los pactos con otros pueblos que facilitaran el tráfico.

Los viajes de los mercaderes fueron, desde siempre, las aventuras envidiadas y las grandes fuentes de conocimiento para los habitantes de la Ciudad y las Tierras: muchos de esos exploradores dejaron relatos de sus travesías. Entre ellos, el más célebre es el de Joaquín, un mercader que vivió en tiempos del soberano 3, Félix, antes de la invención de la vicuña mecánica. Los viajes, antes de la mecánica, tenían un sabor diferente; es probable que eso haya contribuido a la persistencia del relato de Joaquín.

Eso, y el hecho de que Joaquín revolucionó la industria perfumera de Calchaqui con la introducción del ámbar. El ámbar —el mágico *electrum* de los romanos— es una falsa piedra gris formada por las miasmas y grasas de las secreciones intestinales fosilizadas de los cachalotes, que se encuentra en algunas costas oceánicas. En la Ciudad, del todo mediterránea, no se lo conocía, hasta que Joaquín trajo unas piedras de su viaje al mar. Lo había atraído, en principio, que las gemas olieran. Y también su textura, que parecía piedra pero no del todo. Cuando llegó a Calchaqui un ayudante le sugirió calentar una para ver qué resultaba y vieron, con alarma, que la piedra se disolvía en una resina espesa, que olía aún mejor. Joaquín pensó que ese aroma tenía que combinarse muy bien con el jazmín. Los mezcló: el olor del ámbar había desaparecido, pero el jazmín olía mejor que nunca. Después puso una gota en una cocción de colibríes: el efecto fue el mismo. Lo probó con esencia de menta y

también: la menta olía al arquetipo de la menta. Los experimentos siguieron: en todos, salvo en la destilación de pelos de vicuña, el resultado fue inmejorable. Desde entonces, cada perfume esencial ([ver nota 8, cap. 2](#)) llevaba su toque de ámbar, y el tráfico de la piedra gris se convirtió en una de las necesidades básicas de la economía de Calchaquí. Tanto, que se ha llegado a arriesgar (Kyriakov, sobre todo, [ver](#)) que la causa de la desesperada resolución de Oscar podría encontrarse en el cierre del camino al mar —por la invasión de «los barbudos»—, que habría dejado a la Ciudad sin un insumo básico: la realidad es mucho más compleja ([ver nota 44, cap. 4](#)).

En cualquier caso, el relato del viaje inaugural de Joaquín fue uno de los clásicos. Dada la longitud del escrito, hemos tenido que extractar algunos pasajes. Sin embargo, la continuidad de la narración no pierde nada en ello: a diferencia de los viajes occidentales, el relato de Joaquín se desarrolla en un espacio caprichoso, donde la playa puede suceder a una montaña lejana y reaparecer enseguida, sin justificación aparente, para dejar lugar al recuerdo de un animal cruzado en la llanura. Parece, más que la crónica de un desplazamiento, la catarata de sus recuerdos o un sueño que lo evoca y es, probablemente, producto del tiempo del soberano 3, Félix, que repitió el de su padre Carlos, donde todo sucedía todo el tiempo ([ver nota 52, cap. 3](#)). Pero, aun así, se puede suponer, a justo título, que es la primera crónica de un viaje que describe, a su manera, territorio argentino. (Los subtítulos que encabezan los fragmentos son, por supuesto, nuestros, pero los fragmentos se presentan en el orden en que aparecen en el relato de Joaquín.)

### *La pampa*

«En la llanura nuestras vicuñas comen demasiado: después se mueven mal. Están pesadas. Les da por retozar más remolonas: los vicuñas están desmelenados, las persiguen. Pensé en matarlos, pero no sabemos cuánto puede durar el viaje: no sabemos si vamos a necesitar que sigan dando crías. La llanura es un lugar que no se sabe. La llanura es como el tiempo antes de padres, cuando todo se iba para ninguna parte o cualquier parte: un barro sin dibujos. En la llanura vamos o venimos: es igual. Y venimos o vamos: es lo mismo. En la llanura nadie viaja: flota. Odio estos días en que sigo andando sin ir a ningún lado. Las vizcachas son siempre las mismas, los pájaros enormes son los mismos, los pozos, hasta los Habitantes aparecen y desaparecen, como si no estuvieran. Por delante —y atrás y a los costados— tengo el mismo pastito un poco seco. No hay caminos, ni para qué hacerlos. En la llanura nadie viaja.»

### *Los hombres*

«Ahora nos conocemos demasiado.»

### *El ámbar*



«La piedra gris está enterrada un poco, como queriendo que la vean. Brilla el gris verde en el ocre de la arena: cuando se moja brilla más. A veces son montones. Tenemos miedo de bajar a la arena y agarrarlas, porque podría crecer la ola: revolcarnos, chuparnos, agarrarnos los cuerpos de una vez por todas. La piedra también viene del mar, por eso se defiende.»

### *Jacobo*

«Jacobo duerme mal. Es demasiado chico. Cada noche, al parar, en lugares que siempre son los mismos, hacemos en el medio un fuego. Alrededor tiramos en redondo nuestras pieles y alrededor, en redondo, más afuera, atamos las vicuñas. Estamos protegidos. Cada noche, Jacobo deja su lugar en nuestro redondel y se va al redondel de las vicuñas: junto a una, más bien flaca, se estira y trata de dormir, pero no duerme. Jacobo me dijo que tiene mucho miedo de los hombres.»

### *La salida*

«Salimos de la Ciudad una cuarta porque es malo salir cuando el sol se está alzando: parece como si el viaje quisiera acordarse con el día, y un viaje no sucede en días. Éramos 25, con 50 vicuñas y los 5 vicuñas para reproducir. Cada vicuña lleva, además de nuestras ropas y pieles de dormir, dos frascos de perfumes diferentes. Pero mis compañeros están ávidos de negocios: son casi peligrosos.»

### *Habitantes*

«Los salvajes ¿por qué serían desapacibles?»

### *El mar, supuesto*

«Caminamos hace muchos días. No llueve casi nunca. A veces nos cruzamos con Habitantes y les preguntamos por el mar: siempre señalan hacia el este. Los que fueron al mar cuentan que las olas tardan estaciones en formarse. Son brillos que se juntan y apelmazan, entre masas grises: van hacia arriba y no están más arriba, hacia adelante y no más adelante. Dicen que decir las olas es un abuso, y que la ola siempre es una. Dicen que el que la mira cree que es tan lenta que a último momento va a poder escaparse: por eso la mira, pero después no puede. La ola se lo come: es lenta para engañar al que la mira. Dicen los que ya fueron que hay que mirarla desde lejos.»

### *Acoso*

«Hace tres días que caminamos sin parar: no nos paramos. Hay unos Habitantes que se disfrazan como la llanura, con ramitas verdes, y nos tiran piedras. Saben desaparecer bien y aparecer muy rápido. Ayer agarramos a uno: nos dijo que nos estaban ayudando a seguir nuestro viaje más veloz. Puede ser que en verdad dijo otra cosa: cuando habla se le entiende poco. Un poco más, cuando no habla. Todos los Habitantes que vimos están uniformados: llevan un cuero de algo pardo alrededor de

la cintura, pero no creo que sean del mismo ejército. Jaime me dijo que tienen miedo de no parecer todos el mismo. Casi no comen: los vimos nada más asando mulitas o venados y ninguna otra cosa. Estamos cansados. Agarro a los 14 que nos quedan y les digo que no puede ser que unos salvajes nos incordien, pero yo sé que nos incordian así porque son salvajes. Si no, nos matarían o nos fornicarían o decidirían alguna cosa para hacer con nosotros. Nos incordian porque no pueden decidirse.»

### *Habitantes*

«Una vez llegamos a un lugar donde vivían docenas de Habitantes en sus casas de cuero. No fueron sus cachos de cuero ostentosos sobre sus pistones. No lo precario de sus casas de cuero. No lo chillón de su lengua. No lo derecho de sus narices y sus piernas. No la flacura de esqueleto de sus hembras. No sus familias grandotas y gritonas. No sus olores naturales, no sus comidas sin aromas, no sus colores tan escasos: nada me llenó de tanto asquito como la cara de pánfilos que ponían frente a mi flota de vicuñas.»

### *El ñandú*

«Ese pájaro es tan como ellos mismos.»

### *La pampa*

«No sé cuál es el tiempo en la llanura. No sé si el tiempo de padre Félix puede llegarles en estos peladales. No parecen. Les preguntamos y contestan con el mismo gesto de la mano siempre: alargan los cinco dedos muy abiertos y los cierran juntando las cinco puntas adelante. Quizá no conocen su tiempo, o tienen uno cada tanto y otras veces no saben, o tienen uno que les llegó por las casualidades. Si hay tiempo en la llanura debe ser redondo.»

### *Otros Habitantes*

«Nos dicen que ya falta poco para el mar. Estos viven en sus casas de cuero, que las llevan y traen, pero tienen un lugar donde guardan a sus muertos en montones de piedras. Sus mujeres se pasan los días acarreado las piedras: por eso tienen las piernas bellas, macarronas. Nos ofrecen sus mujeres y las fornicamos con un poco de miedo. Las mujeres, fornicando, hacen por mordernos. Yo ordeno que cualquiera nada más fornique con la luz del día. Jose dice que tienen tan poca confianza en cómo mueren que hacen una ciudad muy firme y muy cuidada para muertos y para ellos se reservan sus casas de cuero. Pero parece que uno dijo que las ciudades para vivos tienen que ser pasajeras, como son los vivos, y las de muertos permanentes, como son los muertos.»

### *Los animales*

«Vi que los animales van, en la llanura, en línea recta. Vizcachas, mulitas, ciervos, pájaros enormes; hasta el tigre se mueve en línea recta. Hasta nuestras vicuñas. La

llanura es redonda pero todos van en línea recta. Quizá la recta en la llanura termine siendo una curva que nosotros no vemos todavía. El sabio Jacobo me dijo una vez que la curva es de la naturaleza pero la recta de los hombres. En la llanura, como es tan desarmada, las líneas se confunden.»

### *Preparativos*

«Antes de salir pensábamos cómo iba a ser cuando volviéramos. Dos o tres me dijeron que tenían miedo de cómo iban a ser cuando volvieran, ellos. Antes de salir lo único que podíamos imaginar era el regreso.»

### *El mar*

«Las olas nunca pueden llegar hasta nosotros. Intentan y no pueden.»

### *La pampa*

«El paisaje en la llanura no hace nada. No hay nada que se imponga por sí mismo, nada que fuerce por su propio poder a la admiración, al espanto, al recuerdo con sus emociones. Es un paisaje fofo, barro blando al que cada le presta las maneras que querrá recordarle. Es un paisaje amable. Un paisaje que no es fatalidad, sino elección. O el bruto ataque de forzar todo el tiempo a la elección.»

### *Ataque*

«Se mancó una vicuña y tuve que matarla. Nada más yo debo matar a las vicuñas que se mancan: si matan otros les puede dar buen gusto. La maté desgarrándole el cuello con mi cuchillo: no gritaba y se murió enseguida, pero ahí mismo nos atacaron Habitantes. Matamos a ocho, nos mataron a cuatro. Ahora somos 15. Ellos pelearon un rato como si no quisieran ganar nada: venían sombríos, sin mirarse a las caras. Jose dijo que nos peleaban por desgracia, porque tenían que hacerlo. Uno de ellos que se quedó herido en nuestro campo nos dijo que no podían tolerar que matáramos al animal que no podía defenderse. Me lo llevo conmigo: cuando se manque otra, lo voy a obligar a matarla con un cuchillo que no esté afilado.»

### *Vicuñas*

«Se oye ruido de las vicuñas todo el tiempo. Los pasos de vicuña en el pastito, que son sordos. Los pasos de vicuña sobre unos huesos de vizcacha, que crujen un momento. Los dientes de vicuña que chirrían entre ellos. Los cascabeles de vicuña que tintinean para darle coraje. Piafidos de los vicuña calentones que el domador mantiene a raya. El viento que sopla entre las patas de vicuña. Algunas cuartas los hombres se creen que enloquecen: hay hombres que enloquecen; los viajeros, en cambio, son de los que creen que enloquecen y justo entonces corren. Jose dice que alguien viaja cuando está por creer que se enloquece: entonces viaja. Esas cuartas suelen tener tremendas nubes con formas de zapallo. Esas cuartas tenemos que parar y alejarnos de las vicuñas para escuchar silencio, por un rato. Después volvemos a

sus ruidos, que es volver a las casas.»

### *Los hombres*

«Ahora nos conocemos demasiado. Cuando volvamos, si volvemos, no vamos a soportarnos ni siquiera de lejos. Creo que alguno, si volvemos, querrá matar a otro, porque nos conocemos demasiado.»

### *El prisionero*

«El prisionero que llevamos para matar vicuñas no quiere comer: hay que meterle la comida en la boca. No sabemos por qué no es capaz de escupirla. El prisionero es alto y flaco, desgarrado en sus huesos. Tampoco pone caras cuando lo fornican, pero a mis hombres les gusta poco y nada. Jacobo, muchas veces, se lo lleva a dormir al lado de su vicuña y a él le gusta.»

### *La pampa*

«La llanura es traidora porque no tiene direcciones: parece que no quisiera nada. Como no hay caminos, no hay forma de perderse: en la llanura no se pierde el que quiere sino el que cree que viaja con destino. Es enemiga.»

### *Habitantes*

«Los salvajes ¿por qué serían despreciables?»

### *El mar*

«Ahí enfrente está el mar. No sé si el mar es uno solo, o cada una de sus partes como si fueran casas, las distintas casas. El mar trata todo el tiempo de salir para arriba: empuja para arriba. En las montañas todo está en su lugar: se queda en su lugar. En la Ciudad también se queda. Hasta se queda en la llanura. En el mar todo trata de salir para arriba: el mar sería la tierra que se estuviera haciendo sin parar: es tremebundo. El mar me agota: siempre tiene esperanzas de ser otro y nunca es más que ese que espera todo el tiempo. En la arena brillan algunas piedras grises y unos Habitantes se meten en el agua más gris para sacar pescados. El sol se pone turbio. Nos regalan pescados y nos piden que les demos pescado a las vicuñas. Les damos, pero no se los comen. Los Habitantes las miran con más respeto todavía.»

### *Jacobo*

«Jacobo está muriéndose desde hace varios días.»

### *El mar*

«No creo que en la Ciudad puedan imaginarse el mar. Espero que no quieran imaginarse el mar. El mar es un engaño que trata de decir que es demasiado grande pero nunca se sabe. El mar nunca se sabe. Yo me lo había imaginado muchas veces: ahora lo estoy pagando. Yo les voy a contar sobre los pescados enormes negros que

saltan y retozan, sobre una ola que se llena de blanco, sobre los hombres toscos que se hunden hasta la cintura y algunas veces se derrumban adentro. Podría contarles cosas más terribles, pero quizá las haya imaginado. Puede que todo esto lo haya imaginado. Puede que la llanura sea un reflejo del mar, o el mar de la llanura. Puede que no haya. Puede que nunca haya salido de mi casa.»

Como se ve, el relato de Joaquín cumple, sobre todo, una función de primer orden: convencer a sus lectores de la Ciudad y las Tierras de la salvajería, del vacío del mundo circundante. Como todo relato de viajes, sólo intenta mantener a sus lectores lejos de los lugares que describe. <<

[42] «**las guerras de mi padre Néstor**»: conocemos todos los otros episodios a los que alude el párrafo. Pero no hemos encontrado nada sobre las guerras de Néstor. En realidad, sabemos muy poco sobre Néstor, que debería ser, según nuestra reconstrucción, el soberano 9, hijo de Aldo y padre de Osvaldo (ver nota 38, cap. 2). Su nombre aparece en la segunda página de *La Historia*, citado en relación con la declaración del tiempo de su supuesto hijo Osvaldo; se dice de él, escuetamente, que «nunca intentó morir». Y, en todo el resto de la documentación, sólo volvemos a encontrarlo en esta confusa referencia a «sus guerras». Dada la prolijidad de nuestras fuentes, esta omisión repetida y continua se presta a las interpretaciones.

Se podría pensar que la guerra de marras fue un desastre o una vergüenza de tales proporciones que se decidió borrar de los anales de Calchaqui todo recuerdo de ella y de sus protagonistas: puede ser, pero conocemos otros casos en que escarnios muy graves quedaron registrados. Se podría pensar que el citado Néstor haya cometido alguna tropelía terrible, no en relación con una guerra exterior sino con problemas internos. Lo cual nos obliga a imaginar qué tipo de acción de un soberano podía ser tan nefasta como para que se prohibiera su recuerdo —y, si es así, deberíamos preguntarnos por qué Oscar se atreve a violar dos veces el tabú.

No sería sensato pensar en masacres de ciudadanos o catástrofes económicas porque, en principio, el soberano no tenía el poder necesario para producirlas —aunque quizá tuviera la obligación de hacerse cargo de ellas, si las había. En cuanto a su moral o sus costumbres, nadie nunca pensó que la conducta de un soberano pudiera ser motivo de debate. Hay, entre todas, una hipótesis improbable y atractiva: que el llamado Néstor haya querido encabezar un movimiento de restauración religiosa. Que, por ejemplo, se haya visto reducido a dudar de su propia supervivencia tras la muerte —«nunca intentó morir», apunta Oscar— y que haya querido calmar su terror recurriendo a los dioses antiguos —sobre todo, el perro (ver cap. 3, pág. 473). Esto justificaría la existencia de guerras —intestinas— de memoria imposible y, más aún, explicaría una serie de hechos de la historia de Calchaqui que, por el momento, parecen incoherentes. Entre ellos, el abandono tan fácil y decidido de cualquier tentación de creer en sus dioses. Cuando un pueblo ha creído durante muchos siglos tiende a proteger esta preciada posesión, y no basta una mascarada como la descrita en el capítulo 3 para que la abandone. Otra cosa habría sido si los creyentes se hubieran lanzado a un movimiento de restauración —encabezados por el soberano— y hubiesen sido aniquilados. Esto explicaría mejor la desaparición de todo vestigio de los antiguos dioses —e, incluso, una baja brusca de la población que no parece tener otras causas y un cambio radical en las costumbres alimenticias.

La derrota del movimiento religioso pudo haberlo sumido en la impotencia por

espacio de siglos —hasta la Declaración de Oscar— y explicar la falta de dioses en la cultura calchaqui mucho mejor que las tesis progresistas acerca del reemplazo de la pulsión religiosa por la sumisión a un poderoso orden cósmico civil (cf. sobre todo Clastres, *La religion contre l'État*, París, 1973). Esto, si nos ponemos del lado de la escuela soviética y sostenemos que la sociedad de la Ciudad era agnóstica, y rechazamos toda tentación de valorar los aspectos religiosos en la revuelta por la Larga. No es mi postura. Yo jamás podría creer, con Pérez Bulni, que se trate de un movimiento clásicamente religioso; es radicalmente distinto, y esa diferencia le da toda su originalidad y su importancia en la historia de Occidente, pero tiene, sin dudas, más de un elemento que podríamos llamar religioso.

En cualquier caso, el intento restaurador, si lo hubiese habido, podría constituirse en la gran clave hermenéutica, en el eslabón perdido de Calchaqui. (No desesperamos de encontrar más información al respecto que, por supuesto, iremos entregando donde corresponda.)

Otra opción, más banal, consistiría en suponer, dada la cercanía cronológica del período de Néstor con el inicio de las muertes bellas (ver cap. 1, pág. 16), que el citado trastorno haya empezado por un hecho de su responsabilidad o, mejor aún, que él se haya entregado a una de ellas (con lo cual el *mot* de Oscar —«nunca intentó morir»— cobraría todo su valor de sarcasmo).

O, extremando las razones, que el llamado Néstor nunca fue un soberano. Que, de alguna manera que nos escapa, usurpó su lugar en la Casa y que, una vez restablecida la normalidad, su ejemplo debía desaparecer de la faz de la tierra. En tal caso sería imprescindible saber si su sucesor, presentado como su hijo Osvaldo, era en verdad su hijo —con lo cual toda la dinastía se volvería bastarda— o si venía de la línea correcta y se le aplicó esa fórmula ritual para ocultar la ignominia. Lo cual explicaría, en parte, la confusión revelada en la [nota 38](#) de este mismo capítulo. <<

[43] «**los quince jurados a favor... los cinco en contra**»: ni *La Historia* ni los otros documentos calchaquis que manejamos nos ofrecen demasiada información sobre los delitos que se cometían en la Ciudad; sí aparecen, a menudo (ver nota 56, cap. 1, y nota 32, cap. 4, entre otras), alusiones a los castigos que estos crímenes suscitan.

No tenemos, para guiarnos en este terreno, mucho más que esas referencias y los fragmentos que constan en la *edición Thoucqueaux* de *Mal y pena*, un libro que debió abundar sobre la cuestión, pero que nos llega muy incompleto. Sabemos (ver nota 10, cap. 1) que hasta los tiempos del soberano 7, Bruno, el delito era, más que una ofensa a la víctima, una amenaza para todos, porque rompía el equilibrio precario en que todo sobrevivía. Lo que se castigaba, entonces, era que un delito obligaba a los demás a hacer grandes esfuerzos para restablecer ese equilibrio, el orden amenazado. La pena se transformaba en una especie de compensación por el esfuerzo del conjunto.

Pero los problemas que surgieron de esta mecánica (ver nota citada) descalabraron el sistema jurídico y, durante dos soberanos, se intentaron diversas maneras que no dieron resultado. Hubo que esperar hasta la llegada del soberano 10, Osvaldo, cuyo tiempo Uniformemente Acelerado era propicio al establecimiento de un orden, para que se renovara el sistema jurídico.

La cuestión no está clara. Por lo que pudimos entender, parece que se castigaba en un crimen, sobre todo, que estuviera mal hecho, es decir: que la calificación de cada delito no partía de un juicio moral sino —si podemos llamarlo así— «estético». Para determinar cuándo un delito estaba mal hecho se usaban ciertos casos anteriores, seleccionados como jurisprudencia. Entre los casos citados en *Mal y pena* hemos elegido tres, a título de ejemplo:

«Un Caso: J. no quiere que S. sufra ni ninguna cosa. Quiere, nada más, eliminarla. J. llega a la casa de S., que vive con su hijo que no está. Le dice que nunca pudo perdonarle que no le comprara ese cargamento de esencias de zorrino y lo arruinara. S. le dice que no tenía por qué comprárselo. J. dice que sabe, pero que lo arruinó de todas formas. Le dice que si quiere defenderse se defienda. S. se ríe y le dice que no le va a dar ese gusto o justificación: que los dos saben que no tiene ninguna posibilidad de defenderse en serio. J. le dice que si quiere lo intente. S. otra vez se ríe medio mal. J. le dice que si siguen hablando van a embarrar las cosas, levanta el cuchillo que traía y le deshace el cuello, de un buen tajo. El tajo es muy limpio: J., antes de ir, lo practicó bastante.

Un Caso: J. y J. son amigos y van a beber juntos a un tugurio. Hablan de buenos



viejos tiempos y del tiempo del Padre nuevo, que acaba de decirlo. J. dice que va a ser un desastre. J. contesta que no le parece. J. dice que él sabe que va a ser un desastre. J. le pregunta cómo puede saber, si recién está dicho. J. le contesta que sabe porque ya vio varios y sabe de los otros, y este no puede más que ser desastre. J. le dice que no le va a permitir que dude así de Padre. J. le dice que duda de quien quiere y que quién es J. para permitirle o no lo que le rasque. J. le grita que no es cuestión de rasque sino respeto por el Padre. J. dice que no sea pánfilo. J. le contesta que pánfilo su hijito, como todos saben. J. se le abalanza y J., con el borde de un cuenco roto, afiladísimo, le deshace el cuello. J. lo ve caído, desangrando, y llora que él nunca habría querido. J. está desconsolado, y J. muerto. El tugurio tiene que cerrar.

Un Caso: R. no es patrona de J. El patrón de J. es un traficante fuerte de perfumes. R. lo conoce, pero ella es una vulgo pobre y sabe que el patrón de J. nunca le haría caso. R. sabe que J. está robándole a su patrón fórmulas de perfume de invento y que piensa vendérselas a unos bárbaros del norte. R. piensa que, si J. vende, no sólo el traficante sino también la Ciudad se perjudica. R. no puede demostrar que es cierto: decide que nada más le queda hacerlo. R. piensa que puede matar a J. en una calle chica, una quinta, y que nadie la vea. Pero piensa que si lo mata así muchos pueden quedar como culpables, o quedar esa muerte sin culpable, que no sirve. R. va a buscar a J. a su trabajo, la fábrica de perfumes del patrón de J., J., y cuando todos miran, muy clarito, sin decirle nada, le deshace el cuello con su cuchillo lo bastante afilado. No practicó de más, pero le sale bien o casi: J. se derrumba en poco, con las manos agarrándose el cuello.»

En la *edición Thoucqueaux* aparecen otros cuatro casos —en *Mal y pena*, suponemos, debían constar varias docenas—, que no citamos para no fatigar al lector. A primera vista, los casos parecen contradictorios, pero se trata de fundar conceptos: cada uno tiene que establecer una manera de delito. En el primer caso, se trata de la muerte perfectamente planificada, que no responde a emociones violentas del momento sino a la decisión muy sopesada de eliminar a alguien que ha ofendido al matador tanto, que uno no puede vivir si el otro sigue vivo: la muerte debe hacerse limpia, sin excesos, tranquila. En el segundo, todo lo contrario: es la muerte fortuita, que nadie podría haber previsto, que se produce por una emoción del momento. La emoción debe estar justificada —en este caso, la defensa del Padre, que es la mayor justificación posible— y la muerte debe ser confusa y propia de lo inesperado. El tercer caso podría parecer —para el observador desprevenido— una variante del primero, pero la semejanza es engañosa: es la muerte útil a todos. Que sea premeditada importa menos que el hecho de que se comete en salvaguarda de intereses generales y no personales: no importa tanto si se la comete bien o mal. (Como se ve, hay diferencias de criterio «estético»: a veces importa más el objetivo, otras se considera sobre todo la manera de hacerla.)

Cuando los atrapaban —muchas veces se entregaban solos— los delincuentes iban a juicio, en la sala de Cardones de Palacio (ver cap. 2, pág. 291). Ahí se reunía el tribunal, de cuya constitución sólo sabemos que comprendía 25 miembros y que, probablemente, era presidido por el consejero de Vulgos, encargado del orden ciudadano. Los juicios eran públicos y debían ser un espectáculo muy apetecido; entre otras cosas, era una de las escasas oportunidades que tenían los habitantes de la Ciudad para entrar a la Casa. Pero tampoco sabemos cómo se conseguía la autorización.

En el juicio, el reo tenía que contar lo que había hecho. En general, se consideraba que su relato era verdadero: se suponía que alguien que había matado no podía contar mal.

El trabajo de los jurados consistía en evaluar en qué medida el caso juzgado divergía del caso canónico más próximo. Para eso, cada uno de ellos debía contar cómo habría cometido el crimen en cuestión, tratando de acercarlo lo más posible a la manera consagrada. Esto servía para apreciar las divergencias, que debían ser sopesadas con cuidado. Había baremos, que no conocemos: sabemos que, si las diferencias no eran importantes, el crimen se castigaba con destierro.

El destierro se cumplía en lugares muy aislados —generalmente, en las montañas del Oeste, en condiciones muy adversas. Al destierro iban dos condenados juntos: cada cual era guardián del otro. Si uno de los dos se escapaba, el otro era condenado sin más trámite a muerte. Las relaciones entre ambos desterrados deben haber sido, en muchos casos, pasionales. Si los dos decidían escaparse juntos, el castigo recaía sobre sus hijos o padres. Era raro que un reo sin hijos ni padres fuera condenado a destierro: en general, los mataban de movida.

En el destierro, el reo recibía copiosa información —a través de enviados militares— sobre lo felices que eran todos en la Ciudad, para que lo sufriera, o, inversamente, sobre cómo padecían en la Ciudad los suyos, para que lo sufriera de distinta manera.

En los últimos tiempos —a partir del soberano 17, el sibarita Raimundo, según parece— la Ciudad empezó a mandar reos al destierro en pueblos extranjeros habitados, con mucho movimiento. Ahí, cada desterrado tenía que garantizar que el otro no aprendiera la lengua del país ni tuviera ninguna relación —laboral, intelectual, comercial, afectiva— con la gente del lugar. Era más sofisticado: se trataba de obligarlos al aislamiento en un medio que ofrecía numerosas tentaciones: a tener que refrenarse todo el tiempo.

Cuando el jurado decidía que el reo se había apartado, en su caso, del canónico más de lo tolerable, le correspondía la pena de muerte con tormento (sobre las ejecuciones, ver nota 32, cap. 4). Las diferencias con el caso canónico solían consistir, aparentemente, en la introducción de elementos personales. Lo que se castigaba, parece, era el desprecio de las tradiciones: la innovación que amenazaba.

Supongo, aunque no podamos afirmarlo, que los casos debían difundirse y estudiarse, para que cada cual supiera dónde estaban los límites de lo que podía emprender.

Pese a lo que afirma el caballero des Thoucqueaux ([ver nota 5, cap. 1](#)), no hay ningún dato sobre la existencia de cárceles en la Ciudad y las Tierras.

(Este orden jurídico sufrió una serie de modificaciones. Durante la revuelta de la Larga, por ejemplo, hubo una serie de mecánicas especiales que después se abandonaron. Más tajante fue el cambio que introdujo el soberano 20, Ramón, cuando decretó la posibilidad de una muerte autorizada para cada calchaqui —[ver nota 10, cap. 1](#). La muerte autorizada, como queda dicho, tuvo por un lado el efecto benéfico de reducir la violencia social; por otro, se unió a otras circunstancias —[ver nota 44, cap. 4](#)— para crear el clima de disgregación y desconcierto que abrió paso a la catástrofe final.) <<

[44] «yo soy el mismo que ellos otra vez»: la frase de Oscar parece ingenua, casual, pero resume la idea que los soberanos tenían de sí mismos y de su condición. Eruditos —sobre todo Adamov, Gaultier, Le Garde, Sánchez Sánchez et al., *Colloque de Cerisy 1948*, op. cit.— han imaginado que la sucesión de soberanos en la Ciudad y las Tierras suponía la existencia de un tiempo lineal —manifiesto o implícito—, en el que se inscribe ese devenir. La visión, como tantas otras, está teñida por la ideología newtoniana: es muy difícil ver, con ojos tan acostumbrados a nuestra idea del tiempo, cómo era una cultura que disfrutaba de otras. La frase citada deja bien claro que los soberanos no se pensaban como trayectos de un camino, etapas de un avance, sino que se veían como siempre el mismo reapareciendo bajo formas ligeramente distintas —como pueden ser distintas, también, las diferentes etapas de la vida de un hombre. Se podría decir, en realidad, que los soberanos eran los únicos habitantes de la Ciudad y las Tierras que se veían a sí mismos como especie y no como individuos: una sucesión en la que cada cual es el mismo que el anterior, que vuelve bajo una forma diferente pero igual.

Esto podría inducir en algunos la idea de que se postula una forma semejante a la del eterno retorno: un trazado cíclico, en el que todo vuelve una y otra vez, pero tampoco es así: los soberanos no se suceden ni retornan, son uno, siempre uno. De todas formas, es curioso notar que estas dos formas —tiempo sucesivo y lineal, tiempo del eterno retorno— son las que, según algunos, conformarían el tiempo vulgar de la Ciudad y las Tierras ([ver notas 32 y 33, cap. 4](#)). <<

[45] «**se escuchaba el error como un alivio**»: la música, como las demás artes, era la espera del error (ver cap. 4, pág. 814). <<

[46] «**en la mano el pistón de mi padre, o en la boca**»: todo el episodio de la fellatio del padre y la posterior degustación del líquido tiene grandes posibilidades de ser, a mi juicio, una interpolación posterior, destinada a desmerecer la cultura calchaqui. Por su estilo misterico y pomposo —«mamando el gusto a tiempo de mi padre»— el fragmento se diferencia del resto del relato. Además, no he encontrado en toda la bibliografía ninguna referencia que permita inferir que los ritos de pasaje de la aceptación incluyeran semejante prueba.

La aceptación era, como queda dicho, el ritual de pasaje que marcaba la entrada del infante calchaqui en la comunidad de los adultos. Sucedió entre los 11 y los 13 años y solía realizarse en grupos de cinco: entre esos cinco muchachos —«compañeros de aceptación»—, los vínculos creados eran indisolubles y muy útiles para cada uno de ellos a lo largo de su vida. Pero, por supuesto, la aceptación de un heredero de la Casa era distinta, más individual.

La aceptación se dividía en cinco partes fundamentales:

1. una entrevista con el padre, que le daba a su hijo los últimos consejos como niño —ahí interviene la interpolación de la falsa fellatio citada más arriba.
2. la expedición de caza (ver cap. 2, pág. 295).
3. el momento en que la madre le contaba a su hijo cómo iba a ser su muerte (ver [nota 4, cap. 1](#)).
4. la pintura de la última cara (ver cap. 2, pág. 268).
5. el festín celebratorio y la comida del trocito (ver cap. 2, pág. 292).

O, al menos, esos son los cinco pasos que nos muestran otros tantos grabados que aparecen en la *edición Thoucqueaux* para ilustrar la aceptación de Oscar. Es probable que las aceptaciones de habitantes comunes difiriesen en algunos puntos —ya hemos dicho, por ejemplo, que eran colectivas—; sin embargo, estamos seguros de que lo fundamental —entrevista con el padre, partida de caza, revelación de la madre, la comida— era muy semejante. (La aceptación era sólo para hombres. Las mujeres recibían una despedida similar antes de su noche nupcial: entonces, el padre le contaba a la hija cómo sería su muerte y la madre le daba unos pocos consejos. Pero no se suponía que las mujeres tuvieran que cazar o matar ni probar su sabor: la libertad de las mujeres calchaquis es notable.)

En cualquier caso, los cinco grabados, cuyo origen no está justificado en la edición, son un documento precioso. Todo nos inclina a pensar que son reproducciones de originales calchaquis: lo que no podemos imaginar es el itinerario que siguieron para llegar hasta las manos de Alphonse des Thoucqueaux. Cada uno de ellos tiene un

tamaño de aproximadamente 10 x 20 centímetros, poco menos que la página in-8º; pese al deterioro, se ve que los ejecutó el buril de un grabador experto. Los trazos de los personajes son, quizá, demasiado enérgicos, más expresionistas que naturales; los escenarios, en cambio, se presentan con cuidado exquisito.

Grabado n.º 1:

La habitación está colmada. La imagen la muestra como si fuera el escenario de una representación teatral, visto desde la boca: tres de sus paredes, el suelo y el techo están en el dibujo; la cuarta pared, por supuesto, desaparece para dejar paso a la mirada del observador. El techo está desnudo.

En el suelo, en cambio, se ven demasiadas cosas; muchas son como basura clara: es probable que sean pétalos de flores —¿de lirio? ¿de palo borracho? ¿de cerezo?— desparramados como alfombra y aroma. En el medio de la habitación hay un estanque con piedras irregulares que forman un túmulo del que cae agua en chorros chicos; sobre las piedras superiores se ven pájaros y, al borde del estanque, dos monitos toman agua con la mano: tienen las colas enlazadas.

A la manera de ciertas ilustraciones neoclásicas, en cada costado de la imagen —de la habitación— un muchacho lanza llamas con la boca contra un pájaro —¿ara? ¿cacatúa?— que revolotea desafiando el fuego. Los dos muchachos son idénticos: bajos, de piernas fornidas y pecho ancho; echan la cabeza atrás para lanzar las llamas y no les aparece casi cuello. Las llamas están representadas de una forma que llega al borde del simbolismo: sus últimas estribaciones están a punto de convertirse en cabezas de animales imposibles, pero se arrepienten justo a tiempo. Los muchachos mantienen, por lo que puede verse, los ojos cerrados.

En la pared izquierda, cerca del fondo, hay una ventana que aparece muy iluminada pero cuya luz, por algún error, sin duda, del dibujante —o porque otra que no vemos consigue balancearla—, no crea en los objetos, animales y personas las sombras esperables. Junto a la ventana una mujer flaca está sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y un bebe desnudo en brazos. La mujer también está desnuda salvo una tela que le envuelve la cabeza; una de las puntas de la tela le cae hasta la media espalda. El bebe le está metiendo la manito derecha a la mujer en la boca, entera, hasta bien empezada la muñeca. El bebe está en los brazos de la mujer, contra sus pechos, y parece tranquilo, pero tiene un pie que apunta exageradamente para afuera. La mujer le mira la boca bastante abierta, de donde cuelga una manchita gris que podría ser su lengua o una baba, con toda devoción.

Un poco más atrás, casi arrinconados en el ángulo de la pared izquierda con la pared del fondo, hay dos instrumentistas. El primero está semioculto detrás de un gran cuerno o trompeta curvada, de unos dos metros de largo, cuya panza se apoya en un almohadón en el suelo antes de volver a subir para terminar en una abertura de unos 50 centímetros de ancho. El hombre, que parece un poco más alto que su compañero,

agarra con las dos manos el cuello de su cuerno y tiene los carrillos hinchados, por lo que sabemos que está tocando en el momento de la ilustración. Su compañero, que parece más bajo, con el cuerpo más retaco y la cabeza rapada o pelada por naturaleza, está a su izquierda. El compañero descansa los dedos en las cuerdas de su arpa triangular de 25 cuerdas. Los dos hombres no se miran: es probable que no necesiten mirarse, después de tanto tiempo de hacer música juntos.

A la altura de la mitad del cuadro, antes del ángulo de la pared del fondo con la pared de la derecha, dos soldados en cuclillas se inclinan sobre un cuerpo tirado en el suelo. El tirado en el suelo está tapado por los cuerpos de los soldados en cuclillas; se ven sus piernas, semiflexionadas hacia un lado, y la cabeza muy flaca y echada para atrás: quizás esté demasiado echada para atrás, en una postura que sólo la muerte podría justificar. Quizá no. La cara aparece borrosa, manchada: la mancha, si bien no termina de dibujarse, podría ser el intento de delinear una barba que definiría al tirado como un barbudo. Uno de los soldados, el de la izquierda, tiene la cara de perfil y se ve su boca abierta: puede que esté gritando o, también, riéndose a carcajadas o incluso bostezando. No es probable que alguien grite en la habitación del soberano de la Ciudad y las Tierras.

Más hacia el centro de la habitación, entre el rincón donde están los soldados y el estanque del medio, tres mujeres jóvenes paradas en ronda se peinan unas a otras pelos largos negros: las tres tienen las piernas cortas y combadas, barrigas poderosas que desbordan, pechos alargados y caídos y los hombros estrechos. Tienen las cabezas un poco echadas para atrás, sin duda por los tirones con que otra las está peinando; es muy difícil decidir sus edades. Las tres son tan parecidas que se puede sospechar que la semejanza sea obra del dibujante y que corresponda, en realidad, a un paradigma de la imagen femenina. No se sabe si hablan o mantienen silencio.

La tarima con los almohadones no está en el centro de la habitación pero ocupa, por algún truco de la luz, el espacio central del dibujo: adonde van indefectiblemente las miradas. Es una especie de estrado —¿de madera? de unos 15 metros cuadrados recubierto de pieles y almohadones. Entre ellos, casi en el centro de la tarima, bien en el centro del dibujo, de frente a la mirada del observador, un chico gordo está sentado en la posición que solemos llamar flor de loto, con las piernas cruzadas y la espalda muy recta, la cabeza un poco echada para atrás. Por efecto de su posición, los pliegues de su panza le caen sobre los muslos. El chico tiene los brazos también cruzados sobre el pecho, apretando contra el pecho un almohadón chico, de color oscuro; en su cara, borrosa por defectos del dibujo, se alcanza a distinguir una nariz muy aguileña y la boca entreabierta, como sorprendida. Al lado de su oreja izquierda, la que está más cerca de la pared derecha, un hombre muy gordo en cuatro patas le está hablando. El hombre es muy gordo; está en cuatro patas, en posición de perro, de perfil a la mirada del observador, y todo su cuerpo parece proyectado hacia la oreja del chico: le está diciendo, visiblemente, un secreto. La postura del hombre gordo



parece inestable; en realidad, parece inverosímil que los brazos del hombre, actuando como patas delanteras, puedan sostener el peso de la enorme barriga que le cuelga del tronco como ubres repletas. Sabemos que el hombre en cuatro patas es el soberano 19, Ramón, y el chico sentado su hijo Oscar.

Sabemos que se trata del inicio de la ceremonia de la aceptación, cuando el padre da a su hijo, antes de entregarlo al mundo, antes de soltarlo, los últimos consejos — ¿órdenes? ¿recomendaciones? ¿amenazas? Es probable que le esté diciendo que sea un artista de la palabra. Puede ser que le diga:

«Tiene que ser, usted, un artista de la palabra y poco más. La lengua es la espada para un padre: nada más puede hablar y hablar, sobre todo, una vez, cuando empiece a ser, usted, yo por fin. De lo que diga entonces, cuando diga su tiempo, dependemos todos.»

Pero también es posible que le diga que su vida es su única obra. Puede ser que le diga:

«Su vida es lo único que hace, usted, cuando empiece a ser yo. Nunca se olvide de que su vida es una historia que usted hace, para que otros la cuenten. Le digo: tiene que hacer su vida pensando cada paso, como el pintor sus frescos. Usted, cuando sea yo, va a ser la máquina que inventó un maquinista perfecto y usted, entonces, va a ser también el maquinista.»

Es muy probable que esos sean los consejos finales. Pero también podría decirle que tiene, en esa vida, que hacerse cargo de todos los males. Puede ser que le diga:

«De lo que cada incompleto está sufriendo, de lo que cada virgen por ser virgen, de lo que cada vez que se quema una comida: usted tiene que hacerse cargo. Usted, cuando sea yo, no tiene más papel que estar para que ellos soporten: soportar por ellos. Aunque no soporte ni verlos, usted, se está haciendo cargo: nada más con saber que ellos son lo que son y usted es lo que es, ya se hizo cargo, y ellos pueden vivir porque está usted, cuando, por fin, sea yo, viviendo.»

E incluso podría llegar al corolario que sobreviene a esas palabras. Entonces, puede ser que le diga:

«Aunque se crea, usted, cuando por fin, que nada más puede querer a esos que le dan orgullo; aunque se crea, usted, entonces, que los que fallan son una humillación, un ataque personal que a usted le hacen. Tiene que saber que hay vírgenes, quemadas e

incompletos para que usted sea lo que va a ser, y personas con fuerzas y riquezas para que usted sea lo que va a ser, cuando por fin, le digo, esté viviendo.»

Y el chico gordo, sentado en su postura impertérrita de la flor de loto, aunque quiera gritar, aunque quiera escaparse, aunque quiera preguntar por las contradicciones, debe escuchar sin contestar una palabra.

Grabado n.º 2:

Lo que más impresiona, a primera vista, del dibujo son los detalles y diferencias de los miles de hojas. Las hojas, pertenecientes a diversos árboles, forman una especie de cavidad o galería en la cual se concentra la acción del dibujo; la galería no ocupa más de un tercio del total del dibujo, en el centro, ligeramente desplazado a la derecha, abajo: el resto es la textura de las hojas. Aunque no podamos estar seguros —quizá se trate de un alarde de composición— es probable que esta superabundancia de hojas quiera indicar, de forma codificada pero abrumadora, que la acción se desarrolla en un medio salvaje, en plena naturaleza, aisladamente.

En la cavidad o galería, bajo las hojas, la acción está iluminada por un fuego central, languideciente: son más bien brasas o carbones, lo cual podría justificar, si acaso, que las figuras presentes no arrojen ningún tipo de sombra. Las figuras, alrededor del fuego, son cinco, en posiciones diferentes.

Tres cuerpos están sentados de este lado del fuego, de frente al fuego y de espaldas a la mirada del observador; las espaldas de los tres, que no reciben la luz de la fogata, están oscuras. Por lo que se ve, tienen los brazos levantados de forma que las manos les quedan a la altura de la boca, y parecen mirar lo que sucede enfrente, del otro lado de las llamas, donde las otras dos figuras, que sí reciben iluminación del fuego, se muestran con bastante detalle.

Están comiendo. A un costado se ven los restos de un animal descuartizado: está irreconocible pero sabemos que debería ser un guanaco. Hay trozos en el suelo, cortados sin el menor cuidado, con salvajería; los trozos que están comiendo las dos figuras —y, suponemos, las tres que están de espaldas— también tienen formas confusas y colgajos.

Los dos que están de frente comen con una mano. Con la otra, cada cual agarra objetos diferentes: el de la derecha, una víbora que se retuerce en el aire; el de la izquierda, un cuchillo con forma de pescado. El de la izquierda es Oscar. El de la derecha, en cambio, es muy bajo y enclenque pero levanta la víbora sobre su cabeza como quien festeja su apoteosis. No se nota, al tratar de seguir la dirección de la mirada, si los ojos de Oscar se dirigen a la víbora en el aire o al cuello del muchacho que la revolea. La escena, sin duda, representa la caza del guanaco, segundo paso de la aceptación, y en particular el episodio en que un tal Jacobo salvó, para su

desgracia, la vida del heredero de la Casa atacado por una serpiente. Al cabo de un rato de mirar la ilustración, el ojo se acostumbra a las hojas y empieza a reconocer, en la espesura, caritas de monos y picos de pájaros de presa.

Grabado n.º 3:

La tercera imagen se parece por demás a ciertos tópicos de la iconografía cristiana: no descarto que el grabador francés, hijo de su tiempo, haya modificado inconscientemente el original que estaba copiando para acercarlo al tema tradicional de la Piedad.

El fondo de la imagen está casi anulado: ensombrecidas, se ven formas irregulares que no terminan de definirse. La luz de la ilustración concentra la mirada en el dúo central, que aparece en primer plano: a la derecha, un muchacho gordo está recostado sobre una piel de animal. Es, obviamente, Oscar: en el centro del dibujo, su cabeza, con los pelos desgredados, sucios, está apoyada en el regazo de una mujer más gorda. La cabeza está de perfil, casi hundida en los muslos esponjosos. De perfil, se ve sobre todo la papada rotunda que se le abuchona sobre el mentón y el cuello, la nariz increíblemente aguileña y la frente, ancha y abombada, con un pequeño tajo justo sobre la ceja que queda a la vista del observador.

Su cuerpo yace con los pies hacia la derecha de la imagen: está muy laxo, como quien se abandona, y las grasas, sueltas, se le desparraman sobre la piel del animal. El cuerpo está desnudo, cubierto de manchas que pueden ser costras o pinturas: sabemos que son costras. El brazo derecho cae sobre las pieles; el izquierdo está alzado, sostenido por las dos manos de la mujer tan gorda.

Tampoco la mujer tiene artificios sobre el cuerpo. Está de frente: sentada, con los pies estirados hacia adelante, hacia el observador, que le ve más que nada las plantas, y el tronco ligeramente reclinado hacia adelante, hacia el cuerpo del muchacho. Con sus dos manos levanta el brazo izquierdo del muchacho; con una, en realidad, lo sostiene, agarrándole por debajo el antebrazo; con la otra, que empuña algo que podría ser una esponja de la que cae alguna gota, le está limpiando una costra que, sabemos, debe ser de sangre. Sus rasgos se ven poco: tiene la cabeza inclinada hacia el brazo que limpia y ofrece sobre todo al observador su pelo, trenzado en una estructura complicada. Su tronco —o lo que de él se ve, detrás del cuerpo del muchacho gordo— es una masa enorme de carnes oscuras, con dos pechos que le caen hasta casi el ombligo y terminan en dos pezones grandes como un huevo grande, estrellados, oscuros. El brazo del muchacho, que ella sostiene, está, parece, según la ilustración, rozando uno de los pezones.

La escena es clásica. Pese a estar iluminadas a pleno, las dos figuras no proyectan ninguna sombra sobre el suelo o el fondo. Sabemos que Oscar acaba de llegar de la caza ritual del guanaco, donde una serpiente podría haberlo despenado, y que su madre, como mandan las reglas, lo está lavando por última vez. Mientras le saque del

cuerpo los restos de barro y sangre que le quedan —tarea que, por lo que se ve, acaba de empezar— la madre tiene que contarle al hijo cómo va a ser su muerte. Es uno de los momentos fundamentales de la aceptación, uno de los que marcan en verdad el pasaje: después de haberse enfrentado con la muerte ajena en la caza ritual, el muchacho va a aprender cómo será la suya. De ahí en más tendrá, como dicen los escritos calchaquis, «su muerte en la cabeza», y perderá la inocencia del niño, asociada, en la cultura calchaqui, a la ignorancia de que su vida terrena también va a terminarse. O sea: en Calchaqui, la diferencia entre un niño y un adulto es que el adulto sabe que se va a morir.

Curiosamente, las caras de los dos están dibujadas de forma tal que no muestran expresiones ni gestos. Parece como si el pintor hubiera resignado la posibilidad de darle particularidades a un momento que ya es, en sí, demasiado crucial. De todas formas, el pintor no podría haber dibujado sino expresiones convencionales: nadie puede, en ese momento, estar presente.

El diálogo, en la imagen, acaba de empezar. No sabemos ni podríamos saber qué es lo que la mujer tan gorda le está diciendo a su hijo sobre cómo va a ser su muerte, para que la tenga en la cabeza. No queda, en ningún caso, registro de esos dichos en la Ciudad y las Tierras: no hay nada más privado. La imagen tampoco nos da ninguna pista: quizá si el pintor hubiera dibujado el final de la escena podríamos haber supuesto algo. Es probable que no lo haya hecho por imposibilidad o cobardía. Es cierto que podemos suponer que lo que empieza a decirle su madre es algo lo suficientemente aterrador como para explicar la tremenda reacción que tuvo, años más tarde, el muchacho gordo. Pero, por ahora, la imagen es serena aunque también dramática, como cualquier Piedad.

Grabado n.º 4:

En la *edición Thoucqueaux* que obra en mi poder, la cuarta lámina está rasgada y sólo queda de ella el ángulo superior derecho, donde se ve un fragmento de cabeza — el final de una ceja, una frente despejada, la curva de un cráneo afeitado. Sabemos que debía representar la pintura de la última cara de Oscar: afortunadamente, el retrato de marras está descrito en la página 283, adonde remitimos al lector distraído.

Grabado n.º 5:

La composición de la quinta y última imagen es más que peculiar, casi caprichosa. A la izquierda, ocupando toda la mitad izquierda, de perfil, la cara de Oscar aparece recortada: se ve —en lo que sería un excesivo primer plano— su boca, nariz, ojo y ceja derechos pero no su mentón, oreja, frente, pelo, que se quedan afuera. En la otra mitad de la lámina, a la derecha, dos dedos —índice y pulgar— sostienen un trocito de comida, acercándola a la boca. Los demás dedos de esa mano no entran en la imagen. Detrás, confusamente, se ven escenas de jolgorio.

El pedazo de cara de la mitad izquierda aparece dibujado con lujo de detalles. La ceja sólo llega hasta medio camino, con una ondulación ascendente terminada en puntita. El ojo, en cambio, está cerrado: no cerrado con apretón, como se cierran los ojos para no ver el cuchillo que llega o para no creer una noticia, ni cerrado con fuerza como se cierran los ojos para tirarse desde muy alto al agua, ni cerrado sin estarlo del todo, con una ranura entre los párpados, como se cierran para ver lo que está prohibido mirar, ni cerrado con la pesadez del que duerme bajo un tul mosquitero: cerrado, está con suavidad, como de quien espera. Y tiene pestañas tenues, arqueadas hacia arriba.

La nariz, en cambio, está del todo abierta. Esa nariz tiende a estar cerrada, porque es tan curva que busca cerrar la cara hundiéndose en la boca, pero en la imagen se ve la narina tensa, abierta con esfuerzo, como para acompañar la apertura de la boca. También se ven, sobre la aleta abierta de la nariz y en la piel donde los labios se terminan, unas manchas o imperfecciones que podríamos definir como rastros de una viruela si estuviéramos seguros de que no son defectos del grabado. Más abajo, sirviendo de base y centro a la imagen, la boca está con avidez abierta.

La boca está abierta hasta casi el punto máximo pero, parece, con cuidado de no llegar al punto máximo: entre los labios, que son gruesos, redondos, aparece su lengua en cilindro: una puntita. Da la impresión —el dibujo quiere dar la impresión— de que los dedos índice y pulgar están por dirigir el trocito de comida que sostienen hasta la punta de la lengua que, en un movimiento que probablemente sea lento por pretenderse majestuoso, tendrá que transportarlo hasta la boca.

En la cara, pese al corte, reconocemos la de Oscar: sabemos que está en el momento final de la ceremonia de su aceptación: la comida ritual del trocito. Para entonces, el chico ya recibió los últimos consejos de su padre, ya debe haber matado, ya escuchó de su madre cómo va a ser su muerte, ya vio el retrato de su cara final: ya sabe casi todo y sólo le falta conocerse a sí mismo para empezar a ser adulto. Le falta, para empezar, probar el gusto de su cuerpo.

El aspirante solía comerse su prepucio. Tras cortarlo con el cuchillo de esa ceremonia, el padre del aspirante tenía que guisarlo. Según sabemos, hubo tiempos en que lo hervía en la orina del chico: en algún momento —que no quedó documentado— alguien sugirió que la orina es la quintaesencia de lo ajeno, aquello que, tras recibir, el cuerpo se apresura a desechar y, de ahí en más, la costumbre quedó de cocinarlo en un vasito de su propia sangre. El trocito, así preparado, queda tierno, casi *fondant*, de forma tal que el chico no tenga que mascararlo y pueda, dejándolo disolverse entre su lengua y paladar, tomarse el tiempo necesario para degustarlo: para conocer, por una vez y para siempre, el sabor de sí mismo. Entonces ya estará preparado para ser un adulto, y por eso la fiesta que acompaña esta ceremonia, de la que dan cuenta, muy confusamente, las escenas de jolgorio que aparecen, borrosas, detrás de los dos dedos en la mitad derecha de la lámina.

Hasta aquí, la descripción de los cinco magníficos grabados que nos ofrece la **edición *Thoucqueaux***, que, so pretexto de ilustrar la aceptación del heredero Oscar, resumen sus cinco pasos habituales. Pero no es seguro que, más allá de la intención ejemplarizadora de los dibujos, la aceptación de Oscar haya sucedido tal como lo describen las imágenes. Sabemos, por un pasaje de una de las biografías marginales —«no entró en su boca con sus dedos»— que la comida del trocito no se desarrolló exactamente como estaba prevista. Descartamos que lo vomitara: el signo hubiese sido tan negativo que no habría podido ser silenciado. Nos parece, más bien, probable que el trocito se haya cocido de más, disolviéndose en su salsa roja. Como queda dicho, el padre del aspirante era el responsable de la cocción: se puede pensar que el soberano 20, Ramón, padre de Oscar, haya dejado que se le pasara el punto: sabemos que su tiempo coqueteaba con la eternidad y que una hora de cocción más o menos no debería importarle. Puede haber sido, en efecto, muy traumático para Oscar tener que llevarse su trocito a la boca en cucharita —no poder sentirlo, no poder gustarlo propiamente— y esto explicaría la falta de toda referencia al hecho en su relato. Pero no se puede, de ninguna manera, pretender que este episodio fue una de las causas de su terrible declaración del tiempo. Más aún si se tiene en cuenta que Oscar siempre sintió un respeto —quizás excesivo— por el tiempo de su padre, al que calificaba de perfecto, y que, en realidad, es probable que ese respeto lo haya impulsado más que cualquier otro argumento para tomar la decisión final. <<

[47] «**el río de mi padre Ernesto fluye sin parar**»: es casi un lugar común entre los eruditos que se ocupan de la Ciudad y las Tierras adjudicar al tiempo del soberano 15, Ernesto, buena parte de la responsabilidad en el origen de la revuelta por la vida larga.

La corriente empieza, como tantas otras, en la *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain* del marqués de Condorcet, que sostiene que «nada podía alentar más el espíritu revolucionario que dormitaba allí que este tiempo en el que todo estaba siempre por llegar». Condorcet podría haber llevado su razonamiento hasta el extremo, y postulado que no hay revolución que no se base en un tiempo que sólo se justifica en el futuro. No lo hizo, pero el corolario era evidente y fue agregado años después por el barón de La Roche, uno de sus discípulos, que murió, muy joven, en la campaña napoleónica de Rusia.

El argumento hizo fortuna y fue retomado con muy pocas variantes a través del siglo pasado; culmina, de alguna manera, en la exposición de Vasili Kyriakov en el *IIº Encuentro de Leningrado* (Actas, 1962): «Innumerables experiencias demuestran que es necesario, para que una situación prerrevolucionaria emprenda el salto cualitativo que la transforma en revolucionaria por completo, que el proceso se inscriba en una temporalidad objetiva, es decir: el conocimiento de que la historia se desarrolla en el sentido de su realización dialéctica...»

Años antes, y desde una posición que parece antagónica, Gaston de Laignée (*Les temps qui ne passent*, París, 1923) lanzó una crítica que preanunciaba una postura que podríamos llamar existencialista. Dice Laignée, en síntesis —su estilo harto complejo dificulta la cita— que la desazón frente a un tiempo que nunca se detiene ni retorna, que se presenta como un avance permanente, es casi intolerable. Y que no lo es menos el hecho de que ese tiempo arrasa con todo a su paso: en él sólo existe lo que está por llegar. Considerando que, en última instancia, lo que está por llegar siempre es la muerte, no es sorprendente —sostiene Laignée— que ese tiempo angustioso provocara en la Ciudad y las Tierras la búsqueda de una muerte fructífera. Dice Laignée: «¿Para qué se vive, si todo siempre avanza? Sólo para lo más allá, pero en el más allá no hay nada.» O sea: que la vida es la construcción de algo que nunca se construye o que, una vez construido, se derrumba: donde nada de lo hecho queda hecho. O sea: que confrontados con el horror de pensar que el tiempo se les escapa de los dedos, siempre hacia el futuro, y que en el futuro espera la muerte, los habitantes se vieron obligados a buscar algo más allá de ese final nefasto.

Las dos corrientes, con arbolar convicciones tan opuestas, coinciden en sus conclusiones: el tiempo del soberano 15 fue fundamental para el surgimiento y

desarrollo de la revuelta por la Larga. Incluso Oscar —en el cap. 1, pág. 71, que los ensayistas citados no pudieron conocer— parece sustentar esa postura: «Juanca vivió en los días de mi padre Ernesto, que inventó ese tiempo que corría. A veces creo que mucho fue la culpa de mi padre», dice. Es probable que tenga, en alguna medida, razón. Y, sin embargo, no creemos que la incidencia del Tiempo como Río del soberano 15 haya sido tan decisiva en la gestación de la revuelta. Ya tendremos tiempo y ocasión de discutir *in extenso* las razones de su inicio (ver nota 5, cap. 3). Por el momento, me limitaré a señalar que los autores que confieren tanta importancia al tiempo de marras olvidan —o desconocen— un punto básico en el funcionamiento de Calchaqui: que la sucesión de los diversos tiempos —uno nuevo con cada nuevo soberano— sirvió a la perfección como elemento regulador y válvula de escape. Si las características de un tiempo lo hacían particularmente insoportable, era habitual armarse de paciencia y disponerse a esperar que, a la muerte del soberano de turno, el próximo declarase uno que reparara todo mal. «Todo lo que esperan (los habitantes de Calchaqui) es cada tanto que se muera un Padre para ver si el tiempo del siguiente va a favorecerlos», dice Oscar que dice el bastardo Juanca, poco antes del comienzo de la revuelta (cap. 3, pág. 465). El mecanismo estaba de lo más asentado: así, si el Tiempo como Río soliviantó de tal manera a los habitantes, la reacción tendría que haber buscado el cambio de soberano y, en consecuencia, el cambio de tiempo, según la fórmula acostumbrada. Si no lo hizo hay que pensar que movimientos más profundos, con raíces más hondas, se gestaban en la sociedad de la Ciudad y las Tierras —ver el tema de las muertes bellas, del tránsito, de los testamentos, etc.— más allá o más acá de una forma, siempre pasajera, del tiempo.

Ernesto, el tan criticado soberano 15, fue hijo del 14, Antonio, el único cuyo tiempo no conocemos. Aunque no perdemos las esperanzas de encontrarlo, la extensa documentación que manejamos no nos informa sobre el tema. Por lo cual no podemos juzgar el tiempo de Ernesto en el juego de oposiciones entre tiempos de padres e hijos, tan común en las sucesiones de los soberanos de Calchaqui. Aunque quizá no haya tal oposición.

Curiosamente, tampoco hemos encontrado la declaración del tiempo del 15. No es inverosímil la hipótesis de que Ernesto haya repetido el tiempo de su padre Antonio y que sus descendientes hayan hecho desaparecer los rastros de ese tiempo que compartieron. Sabemos, por diversas referencias, que el soberano definía su tiempo como un río que nadie había visto. Los ríos en Calchaqui, queda dicho, son estacionales: se cargan de agua de deshielo en cada primavera y la van perdiendo hasta secarse en el otoño; además, su corriente depende mucho de otros factores climáticos y a veces se llenan por crecidas que se desvanecen con la misma velocidad con que llegaron. El río que postulaba Ernesto como modelo de su tiempo era otro: un río que nunca cesase ni variase su flujo, que corriese siempre igual, constante, inmovible, sin parar (ver cap. 1, pág. 71). Ese tiempo era tan constante que no



aceptaba recovecos ni retornos: cada momento pasaba inexorable, para siempre jamás, y era sucedido por otro diferente pero igual —de la misma calidad— y otro y otro. «Corría lo mismo mañanas que noches, tardes que fiestas, las sequías», dice Oscar, y, según la queja común en la Ciudad, eliminaba la posibilidad de la experiencia. ¿Para qué servía —se preguntaban— haber vivido algo si nada podía volver y lo por venir siempre sería otro?

Es cierto que el planteo resultaba angustioso. Nada garantizaba que el sol, que una tarde se había ocultado detrás de las montañas, volviera a salir a la mañana siguiente, en un tiempo que siempre avanzaba y no admitía repeticiones. El soberano 15, para facilitar la percepción de su idea, eliminó —o mandó eliminar— los nombres repetidos de los días: a cada cual le dio un número creciente en una serie que empezaba, por supuesto, el día de su declaración. E intentó eliminar la división del día en 5 horas. Tenemos razones para creer que ninguna de las dos medidas se cumplió realmente. <<

[48] «**aprendía que lo otro es peligroso**»: en la Ciudad y las Tierras, donde el sistema educativo era confuso (ver nota 38, cap. 4), la caza siempre fue una actividad pedagógica: una forma de conocer las potencias y debilidades. La costumbre fue traída del sur por los primeros soberanos y es cierto que no fue fácil mantenerla a medida que la cultura se fue urbanizando, pero hicieron esfuerzos. Las partidas de caza abundaban con ese objetivo, y se agregaba a su encanto natural el gusto de repetir por elección aquello que para los ancestros era necesidad —según el principio más común del placer: hacer por gusto lo que otros hacen obligados. Incluso en Calchaqui, donde el tiempo iba y venía sin parar, quiso el hombre imaginar que había superado a sus mayores.

La caza de pichones de cóndor en el nido mostraba la indefensión de quien iba a ser temible y, por lo tanto, la importancia de elegir el momento para cualquier actividad. La caza de la mulita (ver cap. 1, pág. 30), en la que el animal se creía a salvo cuando se enroscaba, enseñaba a distinguir entre la realidad y su percepción por el sujeto. La caza del oso marrón, que estaba a cargo de perros que terminaban destrozando al animal, instruía sobre la utilidad de resignar parte del objetivo final. La caza del mono, en la que tíes amaestrados simulaban escaparse y, al cabo de horas, se dejaban agarrar por los manotazos torpes de unos críos —que les darían frutas y pescados—, ilustraba acerca de los beneficios de la derrota. Había muchas. Pero ninguna era tan cara como la caza mimética del guanaco, que solía acompañar la aceptación: el animal caía porque creía reconocerse en una cabeza embalsamada y el sonido de un cuerno, en un ejercicio que mostraba sin ambages los peligros del falso igual.

De ahí la frase citada —«aprendía que lo otro es peligroso cuando simula ser lo mismo y que lo mismo nunca lo es del todo». Lo curioso es que la frase resuena extrañamente: en la *Relation des Voyageurs et des Voyages Extraordinaires, présentée par M. des Touches* (París, 1752) se habla en esos mismos términos del discutido viaje de Alphonse des Thoucqueaux a «los confines de la Persia».

El abbé Migne cita ese viaje en su artículo del *Dictionnaire Biographique* (ver nota 5, cap. 1): «Dueño, a sus 24 años, de una fortuna considerable, dedicó a la disolución los siguientes 15 de su vida, con el solo paréntesis de un viaje poco claro que emprendió, entre 1744 y 1745, a los confines de la Persia donde, se dice, sufrió una mutilación nefanda.» Dicha mutilación, aunque se comentó en los mentideros parisinos y fue tema de más de un verso burlón en el café Procope, no está atestiguada.

Los versos, sin embargo, quedaron en cuadernillos de la época:

«Thoucqueaux n'a plus tout ce qu'aux  
Sauvages il laissa:  
il y perdit, dit Père,  
la paire d'aimer mère,  
les deux d'eux, qu'il n'a pas.  
S'il les avait, Thoucqueaux,  
ce serait tout court qu'aux  
Sauvages il n'alla.  
Mais il alla: chez eux,  
s'il n'en perdit que deux,  
c'est qu'on n'en a pas trois.»

En la *Relation des Voyageurs*, la frase se refiere a la extrañeza de topar con hombres —con supuestos congéneres— cuyas costumbres y propósitos difícilmente nos autorizan a tomarlos por iguales. O eso, al menos, habría escrito Thoucqueaux para narrar sus aventuras y desdichas entre los habitantes de las costas más orientales del mar Negro.

Thoucqueaux, según des Touches, escribió un breve relato de ese viaje —la *Journée chez des barbares civiques*, que no dio a la imprenta y cuyo manuscrito no hemos encontrado—, que comenzaba con una cita de Marco Aurelio, que la atribuía, a su vez, a su predecesor Adriano: «El viaje es una partida de caza donde la presa es uno mismo» o, en el original latino: «Iter venatio, venatus venator ipse.» Allí también —según des Touches— aparecía la frase de marras: «El descubrimiento de que lo otro es peligroso cuando parece ser lo mismo, y que lo mismo nunca lo es del todo o, mejor, no existe.» Frase que, por otro lado, da la pauta de que algo terrible pudo haberle sucedido a causa de esta confusión.

Pero el viaje de Thoucqueaux fue muy cuestionado, ya en su época. Se dudaba de que lo hubiera hecho. Des Touches defiende su autenticidad: «Ni lo uno ni lo otro: ni es verdad que no haya abandonado su morada, ni que en el viaje haya perdido parte de su hombría. El caballero des Thoucqueaux no pudo haber inventado ese relato, que yo he tenido ante mis ojos y que pinta con la mayor crudeza las incalificables costumbres de los infieles de Trebizonda y de Tifflisi.» En ese escrito, continúa des Touches, el caballero pinta con precisión las costumbres alimenticias —más que nada— de estos grupos y se detiene, con exceso de detalles, en la descripción de una sesión de torturas en la plaza mayor de Trebizonda. Thoucqueaux —siempre según des Touches— hace hincapié en la crueldad y la desidia de esos bárbaros: «Lo

flagelaban con la paciencia de un oso adormilado: como si el tiempo, el implacable, no corriera ni transcurriera para ellos. Como si hubiesen descubierto el secreto de un tiempo que no fuera enemigo», escribió, según des Touches, Alphonse des Thoucqueaux. <<

[49] «**no existían las familias sino los personas**»: esta decisión del soberano 3, Félix, parece ser —junto con la fuga del hermano del soberano 1, Alberto, ver cap. 4, pág. 806— la base de la organización —o falta de organización— de la familia calchaqui. Es interesante: una de las primeras declaraciones americanas de existencia de una sociedad suprafamiliar, formada por individuos independientes. Cotejar. ¿Preanuncia la disgregación de la familia en la modernidad? ¿Proclama la supremacía del individuo —«persona» sobre las estructuras que supuestamente lo contienen? ¿O es, al contrario, una declaración clasista, que pretende que lo único que tiene existencia real son los miembros de la oligarquía —«personas»? Es curioso que una misma frase pueda interpretarse de dos maneras tan diversas, casi antagónicas. Pero hay muchos casos en *La Historia*. Trabajarlo. <<

[50] «**Oscar**»: el narrador cita por primera vez su propio nombre. Lo pone en labios de otro —uno de sus compañeros en la caza de la aceptación— pero la cita igual termina de confirmarnos que el narrador es él, Oscar, heredero del soberano 20 de la Ciudad y las Tierras, Ramón (en la *edición Thoucqueaux*, Oscar figuraba como Bernard, y Ramón como Gilles, [ver nota 26, cap. 2](#)).

Pocas cosas nos ayudarían más que saber su verdadero nombre pero, según queda dicho en la nota citada, no lo tenemos. ¿Será acaso aquel que las crónicas españolas llaman Juan, el último cacique de los calchaquis que, según esos relatos, fue definitivamente «pacificado» en 1642?

Las diferencias entre la historia de esos hombres según los españoles y esa misma historia narrada por uno de sus protagonistas, Oscar, son cuantiosas, pero así debe ser.

Por un lado, sabemos de la cantidad de falacias que contienen los relatos españoles (ver, por ejemplo, [nota 53, cap. 3](#), y [nota 39, cap. 4](#)). Por otro, no ignoramos que Oscar es una persona inmensamente tímida, que trata de disimular su cortedad detrás de una apariencia de orgullosa desenvoltura —como hacemos la mayoría de los tímidos. Por eso, Oscar disfraza su relato con elementos que pueden resultar desconcertantes y que, en muchos casos, responden a esta necesidad de disimulo. <<

[51] «**cayó porque corrió de más**»: este párrafo sobre la razón por la cual la víctima cae en la trampa alude, sin dudas, a un poemita de mucha fama en la Ciudad y las Tierras y, además, nos esclarece sobre ciertas fantasías de la *edición Thoucqueaux*. Todo se debe a la fatuidad. Por ella, probablemente, tan satisfecho de sí mismo, Alphonse des Thoucqueaux cita la forma literal de la composición que después traduce. Ya hemos comentado ([ver nota 1, cap. 1](#)) las características de la traducción en el siglo XVIII: se trataba más bien de lo que ahora llamaríamos adaptación, una reconversión del escrito original a las formas más usadas en la época, sin la menor preocupación por lo que hoy llamaríamos literalidad. Así, Thoucqueaux nos presenta dos versiones posibles de la composición original:

«Antes bello tan ciervo, / rapidísimo: / su triunfo fue su trampa.»

Y también:

«Antes bello tan ciervo / y ahora cambia: / su belleza es salvaje.»

Y nos da, a renglón seguido, su curiosa versión:

«Belleza del astado en el somero

ser o no ser: la cerrazón del cerro

le parte toda puerta, y el postrero

acaso de escapar acaba en yerro.

Son los tallos de mayo los que, malos,

nacidos con el sino de la suerte,

tornan de tiernos tímpalos en palos

y se vuelven vallados de la muerte.

Ya le atrapan las patas, ya la caza

alcanza al bello rayo prisionero.

Ya está el astado devastado y huero

horadado de dientes de otra raza.

Los perros vencen, y lo que fue fiero

esplende al destrozar tan bella traza.»

Thoucqueaux justifica la forma soneto de su traducción diciendo que los epigramas de tres versos que presenta como originales ocupaban en la Ciudad y las Tierras, por su difusión y su práctica, un espacio similar al que tenían los sonetos en su propio contexto cultural. El argumento podría ser atendible desde el punto de vista literario (ver el *Libro de las Sentencias*), pero deleznable en lo que respecta al rigor histórico. De más está decir que arroja un manto de dudas sobre el conjunto de sus traducciones —y, más especialmente, aquellas cuyas formas nos resultan reconocibles.

Junto con este soneto aparece otro, de tema también bucólico, pero Thoucqueaux no considera necesario transcribir el original.

«Cala el pálido, cálido balido,  
desvalido, el oído de los montes;  
el son te acosa por el horizonte,  
y partes hacia el son despavorido.  
Corres cerros y corres carreteras;  
atraviesas traviesas torrentadas,  
saltas las altas matas mal taladas  
y las bajas borrajas jardineras.  
Faltabas de tu puesto: no quisieras  
que por mor de una mora tu demora  
diera a la fiera en pasto tu majada.  
Ya sólo se oye noche; cazadora,  
le ha sobrado tu hora enamorada  
para ser ella, para que otra muera.»

El soneto trata, es evidente, de la distracción de un pastor que, por un devaneo amoroso, no protege a su rebaño de los ataques de la fiera. La versión original — asertiva y moral, según los modelos calchaquis— podría ser, por ejemplo:

«Faltó de su lugar. / Cuando volvió / el lugar no existía.»

O si no:

«Faltó de su lugar. / Quiso volver: / creyó que tenía uno.»

Pero también sería posible:



«Tuvo miedo y corrió. / Siempre se corre / en el sentido falso.»

O bien:

«Del amor no aparecen / amores. / De todo, opuestos vienen.»

Y más, que prefiero sustraer a la impaciencia del lector. <<

[52] «**morirse es otra cosa y se aprende más difícil**»: la frase suena extrañamente antigua, impropia en la boca de un soberano como Oscar y fuera de lugar tras la revuelta por la Larga. El relato de Oscar está lleno de estos anacronismos y ambigüedades. Aunque en este caso podemos pensar que Oscar haya sido traicionado por una frase hecha, casi ritual, que corresponde al período anterior a la revuelta: cuando la preparación y ejecución del acto de la muerte, por su carácter brutalmente final, era una de las preocupaciones principales de cualquier habitante de la Ciudad y las Tierras. De esa época, obviamente, data el **Libro de Morirse**, uno de los documentos más significativos que aparecen en la **edición Thoucqueaux**.

No hemos podido establecer a ciencia cierta la fecha en que se compilaron las consejas que conforman el **Libro**. Pero por influencia y por estilo es probable que se remonte a los tiempos de los primeros soberanos —seguramente el 3, Félix, o el 4, Enrique— y no hay que descartar que algunos de sus fragmentos retomen tradiciones establecidas por los antiguos habitantes. Su importancia también se ve en el hecho de que otros manuales —ver, por ejemplo, en el **Recetario** (ver nota 58, cap. 3), el gran libro del amor en Calchaqui, sus dos apéndices fundamentales, *Maneras de la Mano* (nota 27, cap. 1) y *Maneras de la Boca* (nota 24, cap. 4)— están organizados a partir de su estructura —aunque, por supuesto, el **Libro de Morirse**, muy anterior, es más primitivo: más estilizado.

El **Libro de Morirse** fue uno de los escritos indispensables en la vida de cualquier hombre o mujer de Calchaqui: algo que los muchachos estudiaban con cuidado tras pasar su aceptación. Y fue también, durante 10 o 12 soberanos, el escrito en el que se basó la identidad de la cultura de la Ciudad y las Tierras: la civilización —la existencia misma de Calchaqui— se jugaba en la capacidad de aceptar que la muerte era el final, y morir según las reglas. Sabemos, además, que muchos fragmentos se conocían de memoria y que algunas de sus frases habían pasado al lenguaje de la Ciudad como refranes, sentencias, lugares comunes. Dada su importancia, sus aportes reveladores a la comprensión de la revuelta y su desconocimiento, hasta la fecha, en Occidente, no podemos menos que citarlo *in extenso*. El libro empieza, como corresponde, con una canción que se hizo o era popular:

### «LA CANCIÓN

Nadie se muere igual, todos se mueren

lo mismo, nadie

quiere pero si no no son.

Si lo quisieran no serían, si no

lo hicieran no  
serían, si no  
lo hicieran no  
serían hombres o mujeres y no  
habría más que animales, no  
más que salvajes.

Jacobo dice que se va  
a acabar con los ojos  
cerrados. Joaquín dice  
que acabarse con los ojos  
abiertos es la forma. Jose  
quiere acabarse toqueteando un conejo.

Un conejo, un conejo con  
los ojos abiertos toqueteando  
unos ojos  
de acabarse cerrados todos todos  
nos vamos a acabar y no es lo mismo.

No es lo mismo, no,  
pero es igual. No  
es lo mismo, no,  
pero es igual.

Nadie se muere igual, todos morimos  
lo mismo, nadie  
quiere pero si no no somos.

Si lo quisiéramos no seríamos, si no  
lo hiciéramos no  
seríamos, si no  
lo hiciéramos no  
seríamos hombres o mujeres y no

habría más que animales, nada  
más que salvajes en la tierra.

## **EL ELOGIO**

Por fortuna tenemos una sola. Y por fortuna o porque es pánfila, la muerte abusa de sus fuerzas. Por fortuna abusa de sus fuerzas; cada cual la teme o bien: la teme mucho. Cada cual la tiene en su cabeza, la piensa, la prepara, le intenta morisquetas y la teme. Nadie está al abrigo de temerla: los que ya se acabaron, nada más. Al matar mata, y uno menos la teme: no sabe controlarse y abusa de sus fuerzas. Como si fuera un jefe antiguo.

Una vez sola mata: en un momento. No es tremebundo, tanto: es un momento. Pero un hombre o mujer tienen que prepararla desde que empiezan: desde que los aceptan. Para ser un hombre o mujer tienen que prepararla: hacerle el homenaje. Por fortuna tenemos una sola pero llega. Nosotros sí sabemos.

Son los animales o salvajes los que no saben.

Son los hombres o mujeres los que sí.

Los animales nunca saben que tienen su muerte, viven como si no existiera: son perfectos. Pero son animales. Los salvajes saben que la tienen pero hacen como que no o le inventan cosas: que no es un final de verdad, que les abre el camino a cuáles lados, que es por su beneficio. Nosotros somos hombres o mujeres: porque sabemos somos.

Sabemos que nos llega, que seguro nos llega. Que no vamos a ninguna parte. Que no es en beneficio. Que así nos acabamos y bien nos acabamos. No es porque sí o así por ser: es porque sirve para que bien nos acabemos.

Sabemos. No es tan bueno. Peor, ser animal o los salvajes.

Para no ser, nos toca prepararla: hacerle su homenaje.

## **LO QUE ES**

La muerte —acabarse— es cuando el cuerpo de alguien ya no lo deja ser ni hacer más nada y se le pudre. Cuando el hombre o mujer ya no tiene más reacción adentro de ese cuerpo.

## **EL ANUNCIO**

Todo empieza con el anuncio de la madre. Una madre le dice a su hijo, para su aceptación: usted se acaba una mañana, en sus pieles, con un dolor muy fuerte en la cabeza. O le dice, otra a otro: usted se acaba cayendo de un barranco, rebotando. U

otra a otro: usted se acaba con la mano, el brazo y después todo el cuerpo embichados, en la casa, una noche. Si es una mujer, es el padre el que anuncia. Un padre le dice a su hija: usted se va a acabar sobre sus pieles, en su segundo parto. Otro a otra, si no: usted, loca de contenta, una quinta, después de ver cómo su hijo se muere muy heroico, se acaba un poco rápido. A veces le da más detalles. El sujeto ya tiene el primer dato: ya sabe que se acaba y ya tiene su muerte en la cabeza. De ahí en más, tiene que completarla.

La madre —el padre; de ahora en más será dicho la madre y deberá entenderse, cuando cuadre: el padre— no necesita decir cuándo: cada sujeto ya lo sabe, porque debe ser cuando llega al final de su edad. El sujeto no tiene que contar jamás cómo va a ser su muerte; en cuanto sabe, tiene que empezar a armarle los detalles.

El sujeto puede tener, para hacerlos, dos vidas muy distintas: una si acepta el anuncio de la madre; otra si se dedica a combatirlo. Es tolerado combatirlo.

#### A. LOS QUE ACEPTAN

Son los más. Al principio son todos: después, algunos cambian. Ni siquiera tienen un nombre, porque son la norma. Los que aceptan el anuncio de la madre suelen suponer que no hay razón para no hacerlo y desprecian a los que lo combaten: dicen que es pura algarabía. Si no, dicen que es maña o temor de que les llegue. Los que cambian les dicen que no tiene gracia trabajar con la materia que les dieron: que cada cual tendría que inventarla. Ellos dicen que lo que importa no es la materia sino la forma en que cada cual puede ir la trabajando: completando, arreglando, variando suave sin cambiarle su fondo. Como si de la misma piedra distintos escultores no sacaran, dicen, figuras muy distintas: su orgullo es aceptar lo que les toca y mejorarlo lo posible.

Los que aceptan no tienen un estilo: no se puede decir que sean maquinistas o soldados, poceras o vendedoras de morrones, ni decir que bailan en las fiestas con menos aspavientos, ni que tienen la mirada ferviente, porque son casi todos. Sí se puede que tienen —casi todos— el alivio de saber que son muchos. Pero después se dividen en cantidad de formas diferentes.

Hay, sí, una pequeña bandería, muy secreta, extrema: dicen que la muerte no importa por la muerte. Saben que quizá no les llegue como en el anuncio, pero dicen que dudar no sirve. Que necesitan saber una y que da igual cuál sea. Hacen todo como si fuera a ser así y dicen que la muerte no importa por la muerte: que preparar esa muerte les sirve para vivir de una manera. La bandería sigue siendo chica: nadie los busca pero más y más sujetos piensan eso.

Los que aceptan suelen decir que una muerte distinta del anuncio es una muerte menos verdadera.

## B. LOS QUE COMBATEN O CAMBIADOS

Son escasos y no confiesan lo que son. Los que combaten el anuncio de la madre — Cambiados— pasan por un momento muy fuerte de zozobra, que les llega después: nunca empiezan a combatirlo desde la misma aceptación, cuando lo escuchan. O sea que, en un primer momento, todos los que combaten son, en realidad, unos que aceptan, hasta que algún hecho o pensamiento o revelación súbita les estampa una duda o su convencimiento de que no va a ser como está dicho. Reciben esa duda — ese convencimiento— al principio como un bruto golpe: no saben —en general no saben, aunque algunos sí saben— que eso podía pasarles y se encuentran turullados, perdidos: muchas veces se creen portadores de una desgracia única y se preguntan por qué a mí. Después, hablando con alguno o porque leen este libro —que sirve para eso—, descubren que es algo que sucede y está en el curso de las cosas; también descubren que hay otros como ellos, y se tranquilizan. Nada más un poco.

Entonces atraviesan un momento —que dura lo que dure— de incertidumbre o, mejor dicho, en general: de lucha contra una certidumbre que se les va apareciendo y no quisieran. La incertidumbre casi siempre es la lucha contra una certidumbre bien molesta. No hay moldes para la duración de ese período. No hay una edad para empezar: algunos creyeron que ya estaban salvados y viejos, casi ancianos, supusieron de pronto que se iban a acabar de otra manera: se volvieron Cambiados. Se resisten: bastantes se resisten. Hasta que, en algún punto, se convencen o resignan y aceptan que su muerte es otra.

Los Cambiados suelen pensar que su destino es de desgracia: saben que les resultaría tanto más fácil mantener su confianza en el anuncio de la madre. Pero, al mismo tiempo, suelen mostrar —o disimular— cierto orgullo por tener que construirse una muerte del todo por sí mismos.

Los Cambiados suelen ser soberbios taciturnos. Les parece que el trabajo de conducir su vida hasta una muerte diferente les requiere mucho de sus esfuerzos, pero no es cierto que por esa ocupación no puedan hacer otras. Eso dicen, a veces, sus detractores, pero se basan en casos esporádicos. Ellos, a veces, dicen que al revés: que la necesidad de descubrir cómo acaban los agiliza para inventar en otros campos. No siempre se sabe quiénes son: cuando se sabe, se suele comprobar que temen las enfermedades mucho más, que cantan con la voz más gritona, que cocinan sus comidas hasta que están casi quemadas. Aunque son pocos, no forman banderías: los une nada más la idea de que muerte no va a ser como les habían dicho, pero puede tener maneras de lo más distintas. No es cierto que la dejen al azar, porque serían Esquivos. No es cierto que todos odien a sus madres: algunos les agradecen tanto el sacrificio de haber tratado de engañarlos para ahorrarles la preparación de una muerte más cruda. Es cierto que muchos esperan que se mueran sus madres para apartarse de su anuncio. No es cierto que sean más flacos que los otros. No es cierto que le tengan

miedo al agua.

## **LAS VARIEDADES**

Una vez que se convence de cómo va a acabarse, cada sujeto empieza a construirse los detalles. Para eso, la diferencia entre los que aceptan y los que combaten no es importante, o mejor: no existe. Porque, por cualquiera de los dos caminos, aceptando el anuncio de la madre o elaborando el propio, un sujeto llega a una conclusión y empieza a trabajar con ella.

Se trata de imaginar un cuadro, con imagen, colores, gustos, sensaciones, aromas, tactos y palabras. Para que una muerte sea de hombres o mujeres tiene que estar bien construida. No está claro cuánto dura la muerte: algunos dicen que lo que debe construirse es un instante, otros que es un rato más largo: unos dicen que la muerte es el momento justo en el que llega, otros que va llegando y que dos horas antes ya es la muerte. Hay otros que la hacen empezar muchos días antes. Se discute o, mejor dicho, se discute poco: cada sujeto la prepara como le parece.

Los sujetos se dividen, más que nada, en Atentos y Esquivos.

### **1. LOS ATENTOS**

Son Atentos todos los que, en cualquiera de sus formas, piensan que la van a estar esperando cuando llegue y que la van a ver llegar. Son los más —en verdad, los demás son poquísimos. Nada de todo esto tendría sentido si no hubiera Atentos. Los Atentos se preparan —en los diversos modos— durante buena parte de sus vidas: a la mayoría no les gusta cambiar sus ideas y mantienen una a lo largo de todo. Saben que están preparando algo que van a hacer, de veras, una sola vez, y que lo preparan sin saber si va a ser como piensan y si, aun cuando lo sea, están haciendo lo que les conviene. Es posible que encontrar su modo de acabar sea la decisión más importante de un sujeto: nadie debe tomarla a la ligera. Nadie pretende que le gusta: saben que es una obligación porque son hombres o mujeres y prepararla, tenerla en su cabeza es lo que los hace hombres o mujeres. A algunos, sin las dudas, les gusta más de lo que dicen. (Decir no es de buen tono: ¿quién podría aceptar que el sacrificio que está haciendo para que la Ciudad y las Tierras se mantengan es, en verdad, un gusto o un alivio?)

Las variedades en que se dividen las formas de acabar de los Atentos son bien mixtas, porque admiten todas las combinaciones. Algunas se excluyen por pares pero, fuera de eso, todas pueden combinarse con cualquiera. Se puede ser un atento que se va, quiere bueno visual y táctil o un atento que se queda, quiere bueno auditivo y visual, o uno que se queda y quiere horrible táctil o uno que se va y quiere bueno auditivo y visual, o lo que sea. No van en ramas como un árbol: van como el pedazo de una red.

## 1.A. EL LUGAR

Los lugares que el sujeto puede elegir para el momento de acabar se dividen en dos: los lugares que siempre frecuentó —Atentos Que Se Quedan— y los lugares diferentes —Atentos Que Se Van:

### 1.A.1 Atentos Que Se Quedan:

Son los más dentro de los más. Dicen que el mejor lugar para pasarla es el lugar en que pasaron lo mayor de su vida: su casa, más que nada, y, en general, sus pieles. A veces su puesto en el mercado o, si son empleados de la Casa, algunos piden acabar en su puesto de la Casa. Pueden darles permiso. Empiezan desde temprano a prepararlas: van sabiendo si se pondrán ese almohadón en la cabeza, si tendrán abierta su ventana, si van a estar desnudos; pueden ver todo el tiempo lo que van a mirar cuando les llegue. Suelen ser los más tradicionales —porque los más son bien tradicionales.

En general su muerte les va a venir cuando el adversario se les vuelve enemigo o por la propia muerte: cuatro de cada cinco se mueren cuando el adversario se les vuelve enemigo o por la propia muerte: pueden planificar con buenas garantías. Para eso, además, se hicieron las cocciones. Los 1.A.1. dicen que si es en el lugar su muerte va a ser más parte de sus vidas. Entre los que se quedan hay grandes viajeros y otros que no salieron nunca de su barrio: unos dicen que tienen que morir en su lugar porque aprendieron a apreciarlo estando lejos, los otros porque no se les ocurre siquiera por qué no estar ahí. Todos hacen lo mismo. Se discuten mucho las razones pero, para los modos de acabar, las razones suelen importar poco: las mismas dan resultados muy distintos, distintas muy distintas dan el mismo.

Los Que Se Quedan van llenando su lugar, cada día, con más recuerdos de su muerte: su lugar se les va haciendo más y más cargado, lleno de su muerte. Dicen que por eso cuando les llegue va a ser como si siempre hubiera estado: no cambiará nada en el momento.

Muchos dicen que los Que Se Quedan porque no pueden irse —incompletos, enfermos sorprendidos— son los menos meritorios; algunos dicen que son los más, porque su materia prima es más fuerte —les deja menos elección— y por lo tanto su construcción es más sutil. Los Atentos Que Se Quedan porque no pueden irse suelen exagerar con el resto de las variedades: hacen demasiado, como si estuvieran compensando. Otros de ellos no hacen nada de nada: como quien piensa que tiene su destino.

### 1.A.2: Atentos Que Se Van:

Dicen que los Atentos Que Se Van son cobardes o menos conformes. Un Jose un día discutió la alternativa. Dijo: ¿cobardes o menos conformes? a unos amigos en la plaza del Mercado. Le dijeron que era lo mismo: menos conformes es uno de los



modos de la cobardía. Valiente, le dijeron, es el que sabe aceptar la forma de las cosas. Ese Jose dijo que no quería ser valiente y desde entonces se dice, en la Ciudad, cuando alguien inventa una máquina o descubre un camino para caravanas, que es un Josecobarde o Joseco.

Los 1.A.2. a veces son vulgos y personas que hicieron mucho en la Ciudad: aceptan menos cosas. Pueden ser biógrafas, maquinistas, músicos, mujeronas muy buenas. Algunos deciden que se van a ir cuando esté por llegarles porque no soportan vivir siempre en el lugar donde les tiene que pasar: no quieren ver su muerte todo el tiempo. Los Que Se Quedan se les ríen y les dicen que aunque no la vean igual llega. Entonces los Que Se Van les preguntan si se comen todos los días sus cagadas: están, les dicen, pero no se las comen.

Los Que Se Van piensan en un lugar que no conocen, o que han visto una vez —en las montañas, salinas, junto a un río a la vera de un sauce—, y conservan la ilusión de que su muerte puede traerles algo nuevo. No es que traten de no saber cuándo les llega —así, serían Esquivos— sino que, cuando llegue, les venga con sorpresas. Se imaginan la situación, pero no la conocen: imaginan algo que se cuidan de no ver hasta último momento. Entonces todo puede ser distinto de lo que imaginaron, y su muerte también. En verdad son como Esquivos que no se atreven tanto. Los Que Se Quedan dicen que los Que Se Van tienen la ilusión de que si no están en su lugar su muerte va a ser menos. A veces los Que Se Van dicen que va a ser más, porque va a ser más pura, sólo muerte: no mezclada con tantas imágenes y espacios conocidos — y que mezclarla es diluirla, fuga boba.

Otros se van porque no están seguros de poder hacer lo que querrían; temen que se les cruce una nube en el momento. Esos se van por miedo —no de acabarse sino de ellos mismos—, pero un Jacobo de esos dijo que los que se quedan y saben del todo lo que les va a pasar cuando se acaben, y les pasa, son los miedosos verdaderos: que necesitan repetir y prever tanto para soportarlo. Que los que temen el cruce de la nube o accidente son los que están dispuestos a todo lo que sea y saben que hay peligro. Si fuera cierto lo que dice, la Ciudad sería una bandada de cobardes, le dijeron, con el peso de la mayoría. Ese Jacobo era dueño de unos vicuñas y tuvo un patadón en la cabeza, dos estaciones antes del final de su edad: se fue a bañar, de noche, a las aguas del río, que estaba bien crecido, y una de las vicuñas lo pateó. Ni siquiera apareció su cuerpo. Cuando leyeron su testamento fue un revuelo: decía que no había imagen que se pudiera prever menos que las aguas del río, que cambian todo el tiempo, y que por eso iba. Y que ellos, los que lo escuchaban, nunca iban a saber cómo había sido su momento de acabar: se lo guardaba. Algunos lo odiaron pero muchos se preguntaron cómo habría sido: Jacobo los dejó bien con la duda. Después se dieron cuenta de que, en verdad, siempre se quedan con la duda.

Los elementos para armar su modo de acabarse pueden ser de todo tipo: imágenes, olores, tactos, hombres, recuerdos, sabores, formas, colores, mujeres, animales. Pero, en su elección, hay una actitud que determina: los Pesimistas siempre se oponen a los Optimistas, y a los dos los Brutaes.

#### 1.B.1 Los Pesimistas:

Al principio se llamaban Los Que Quieren Bueno, porque se distinguen por armar a su alrededor y adentro una escena llena de elementos agradables. No hace mucho, un Jaime los empezó a llamar los Pesimistas, porque dijo: que si buscan tantas cosas buenas es para compensar un momento que suponen horrible y el temor que tienen, y les quedó ese nombre. No les gusta: muchos dicen que no es justo y que nada más quieren rodearse de placeres por su gusto. No les creen. Al principio eran muchos — los más—, pero después, con nombre nuevo, disminuyeron mucho. Por un tiempo hubo que ser valiente para rodearse de placeres: enseguida, de muchas partes les venía la condena. Un Jose dijo que a quién le importa: preguntaba si un muerto puede ser valiente o ser cobarde. Le dijeron que sí para ganarle, pero el argumento era bastante bueno y volvió a ser posible rodearse de placeres.

#### 1.B.2 Los Optimistas:

Son los que quieren alardear: se arman a su alrededor y adentro una escena con algunos terribles, para acabarse satisfechos de que se termine. O, dicen otros, felices por lo que está llegando y va a arramplar con todo. Cuando les dicen que es por puro espaviento, algunos dicen que la vida es así y que otra cosa sería una mentira. Los llaman Optimistas porque son optimistas de que el cambio de la muerte mejora: pesimistas muy brutos de la vida. Mucho parece pose. Un Jacobo, Optimista famoso, dijo que en verdad eran optimistas de la vida: si se rodean de terribles al final es porque creen, dijo, que la vida es de lo más agradable: que para que moleste hay que ponerle los terribles. Puede ser cierto. Suelen ser buenos administradores de la Casa. Suelen ser de los que aceptan el anuncio: es muy raro que los Optimistas sean Cambiados. Un Jose muy rico, consejero de Vulgos, se preparó mucho tiempo su modo de acabar: pedía que le avisaran cuando una mujer paría y se instalaba con ella, ojos cerrados, bien sudando, a escucharle los gritos. Todo depende, lo mismo puede dar lo muy distinto: otro Jose se armó junto a sus pieles una corte de animales recién paridos y un bebé, todos muy nuevos, y los tocaba tan tan suaves y decía que era Pesimista de los puros.

#### 1.B.3: Los Brutaes:

Quieren neutro, para estar más Atentos. Aparecieron después que los 1.B.1 y 1.B.2 y son los únicos que forman de verdad bandería: dicen que los dos otros están equivocados. Dicen que lo bueno y lo terrible los distraen: que lo que importa es tener algo neutro, para ver mejor la muerte cómo llega. Por eso los llamaron Brutaes: querían verla brutal, sin ningún velo. Ahí empezó una discusión furiosa, que duró: les

decían que para ver la muerte cómo llega tenían que creer que la muerte era algo. Ellos dijeron que sí y les preguntaron qué. Dijeron que no sabían: que por eso querían verla y que si supieran quizá no les interesaría o no querían. O incluso no podrían. De nuevo les preguntaban qué era. No sabían: fue encarnizado. Todos los otros les decían que la muerte es el momento en que se acaba y nada más: que nada para ver, tenía. Los más están de acuerdo. Ellos dicen que no: que tienen una sola oportunidad de saberlo y no la van a perder con decorados. Les dicen que por calmar el miedo se hacen ilusiones: que la muerte no es nada, que no tienen nada que aprender, nada más portarse como hombres o mujeres y saber que se acaban. Ellos insisten. Un Jaime supuso que era como un viento por adentro: que arrincona todo lo que llena el cuerpo por adentro contra las paredes y lo aplasta: que hace la mejor música de un viento y que el cuerpo, tan vacío, está exultante de liviano. Otro Jaime dijo que llega desde afuera radiando de colores: que por eso muchos se mueren con una sonrisa torva, satisfecha, porque ven tantos colores y saben que los demás no pueden verlos: les gusta, pero odian no poder contarlo ni volver a verlos. Un Joaquín se preguntó si era posible que fuera igual para todos. Los enemigos le dijeron que si es algo y les llega de afuera tendría que ser la misma siempre, pero Joaquín dijo que podía ser distinta según los tiempos de Padre o que el muerto fuera hombre o mujer o que la esperara de una manera u otra. Hay más versiones.

El neutro que quieren los Brutales se puede hacer por ausencia, poniendo nada alrededor en una habitación muy vacía y sin pintura ni olores ni ruidos, o en las salinas u otro lugar desierto. Son los más fáciles, dicen algunos, o los más Brutales. Pero también puede hacerse por compensación de buenos y terribles. Hay verdaderos orfebres de la mezcla: cómo anular con un grito el sonido de un arpa, con un ocre muy verde un color bien nadita, con una esencia de romero, que huele la confianza, una esencia de rosas que es el miedo; algunos supieron invitar a un enemigo de siempre para compensar una vicuña muy querida.

También se discute si da lo mismo qué se compensa con qué: si la compensación anula los valores de los elementos o nada más los mantiene enfrentándose, bien tensos: la amenaza. Un Jacobo, que prefería que no, puso dos antiguos que tenía a correr con la cabeza por delante por un camino muy estrecho en direcciones opuestas: no encontraron por dónde esquivarse y, cuando llegaron al punto de su encuentro, se dieron tremendo cabezazo y cayeron ahí, desmoronados. Después puso dos vicuñas a correr igual y también se cayeron con golpe clamoroso: dijo que era lo mismo, que igual estaban quietos y no había diferencia. Pero alguien le mostró los cuatro cuerpos caídos en el suelo y le preguntó si eran lo mismo. Jacobo dijo que sí porque ninguno de los cuatro iba a ninguna parte. Alguien le dijo que no iban de forma muy distinta. Se discute. No hay lugares de acabar más atestados que los de los Brutales que compensan: repletos de elementos por pares o de a cinco y cinco. Son audaces y están siempre al borde: cualquier desequilibrio leve puede llevarles el desastre.

## 1.C. LOS ELEMENTOS

Está claro que los distintos elementos se combinan: casi todos los C son compatibles y hay sujetos que acumulan muchos y muy pocos que prefieren de a uno.

### 1.C.1: Los Pensamientos.

Es lo que un sujeto decide que va a pensar en el momento en que se acabe. De más está decir que tiene que tenerlo preparado con ahínco: nunca sabe qué presiones tendrá en el momento, qué dolor, qué zafia distracción, y tiene que estar fuerte para no perderse.

#### 1.C.1.a: Pensamientos de Lo Que Fue:

Los 1.B.1 —Pesimistas— menos desdichados suelen ser también 1.C.1.a.: para elegir un pensamiento agradable buscan algo que fue. Suelen ser traficantes que van sobre seguro, o empleados. No arriesgan: recuerdan algo que les dio mucho gusto. El día que ganaron sus primeros bienes, la declaración de un Padre esperanzada, la cuarta en que aquella mujer los fornicó redondos. Suelen ser tiépidos: tienen su pensamiento del todo preparado y a lo largo del tiempo le fueron corrigiendo los engarces, cambiando los sonidos. Por su preparación tan cuidadosa se discute si son pensamientos o palabras: algunos dicen que ya no piensan nada, sino que nada más recitan unas frases. Algunos llegan a escribirlas en su testamento: por la ilusión de que, cuando se lean, todos los que las oigan van a saber cómo murieron. Es una idea de la compañía.

Dentro de los 1.C.1.a hay una bandería muy escasa, que algunos llaman Cerrados. Los Cerrados decidieron pensar, cuando estén acabándose, en el momento en que su madre les hizo el anuncio: momento en el que estaban, por supuesto, pensando en el momento en que el anuncio al fin se cumpliría. Así, dicen, cierran perfecto el círculo. Son fúlgidos: olvidan todo el resto, postulan que la vida es el espacio vano entre esos dos momentos, entre lo recordado y el recuerdo. Suelen ser soldados o coleccionistas. Suelen llevar perfumes muy discretos y no cantan. Suelen usar toda la vida una sola tela. Algunos se muestran impacientes por llegar al momento: les dicen que es alarde. Ellos dicen que todos los demás preparan situaciones nada más para pensar que, aún en el momento, todavía les queda vivir algo.

Ellos dicen que no hay nadie más puro en su manera de acabar; les dicen que entonces para qué vivieron todo el resto. Ellos dicen: para poder desdeñarlo, sin las dudas. Nada más se puede desdeñar lo que se tiene, dicen. Entonces les dicen que no lo tienen cuando acaban: que nada más hacen como si no les importara lo que, quieran o no quieran, pierden, es decir: que no soportan y tratan de engañarse.

#### 1.C.1.b.: Pensamientos de Lo Que Es:

Son casi nadie. Se prohíben pensar en nada previo o por venir: nada más tratan de

estar lo más atentos y dicen que son los más Atentos. Les dicen que no, porque al final resultan casi Esquivos: como si no se preparasen. Ellos dicen que sí: que preparan todo con cuidado para que nada los distraiga y puedan verla entera: en eso se parecen a los 1.B.3 —Brutales— pero no son porque no neutralizan elementos. Son austeros.

Otros —y también los mismos— les dicen que son una variante muy leve de los Cerrados porque, si se acaban como en el anuncio, están pensando, también, en el anuncio. Pero dicen: pensamos en lo que fue anunciado; no en su momento y circunstancias: es distinto.

Algunos 1.C.1.b se quedan, cuando están acabando, muy quietitos, perdidos, como si ya se hubieran muerto. Son tan pocos porque su preparación es muy interna: nada más tienen que aprender a concentrarse y a veces se pasan horas tratando de escuchar los ruidos de su vientre. Por eso son tan pocos: lo que preparan les da unas garantías más bien frágiles, no los ayuda mucho en el momento de acabarse. También dicen que son muy generosos: piensan tan fuerte en un momento que saben que no va a dejarles un recuerdo. Dicen: lo mejor es hacer, una vez, algo que no nos va a dejar ningún recuerdo. En eso parecen espléndidos, pero también dicen: si es malo no será tan malo, porque lo peor de lo malo es su recuerdo. Muchas biógrafas son 1.C.1.b.: cansadas de contar historias. A veces cuando se mueren les quedan sus ojos muy abiertos y una expresión tremenda, como si hubieran visto algo.

1.C.1.c.: Pensamientos de Lo Que Será:

Son numerosos y muchos los critican tanto. Dicen que es lo más fácil: tratan de hacer como si no se estuvieran acabando. Los 1.C.1.c. se inventan un pensamiento del futuro y se dedican en el momento a él: como si fueran a seguir estando. Es cierto que no se incluyen en la imagen, pero en verdad se incluyen: son el que mira, uno que tiene ojos que miran todavía. Así, les dicen, se distraen: los tratan de cobardes. Algunos de ellos dicen que hay que ser muy valientes para pensar, cuando se acaban, que el resto sigue menos ellos; otros no dicen nada: bajan la cabeza. Los 1.C.1.c. generalmente no se jactan: saben que son porque se asustan. A veces dicen que tienen el coraje de asustarse, o la imaginación: que los que no se asustan son pánfilos o mienten mucho. Que los que no se asustan son como salvajes o animales. Pero sufren bastante: se achiquitan, resultan ateridos.

Algunos 1.C.1.c. se quejan de que, como eligieron un pensamiento de lo que será, después, en su vida, cada vez que piensan en algo por venir están como si se acabaran. Los 1.C.1.c. muchas veces son vulgos lo bastante pobres y, algunas, personas o traficantes muy ricos que odian perder lo que tenían. En las escenas que piensan muchas veces aparecen sus hijos: les dicen que son los más banales, porque imaginarse al hijo o a la hija es más bien pavo. Los 1.C.1.c dicen que no están haciendo algo precioso: nada más acabarse. Los 1.C.1.c. suelen ser los más modestos

en su manera de acabar. Cuando son funcionarios de la Casa son bastante eficaces. Cuando fabrican perfumes siempre son para vender afuera. Suelen cantar las canciones antiguas y comen mucho gallinazo. Algunos llegan a llamarlos, por mofa, Gallinazos, pero no es común.

Entre los 1.C.1.c. que se imaginan al hijo o a la hija hay unos pocos que se imaginan el momento de hija o hijo acabándose y piensan que cuando su hija o hijo se acaben van a estar pensando en el momento de acabarse de su hijo o hija a su vez y más y más: ahí pueden creer que no son un hombre o una mujer sino algo que en algún lado sigue. No saben decir qué, ni les importa mucho, o les da su vergüenza: prefieren no decirlo. Pero a veces les hacen prometer a sus hijos que van a seguir con la costumbre. Los hijos casi siempre les prometen y muchos llegan a cumplirlo: depende de otras cosas. Nunca se sabe bien de qué depende quién elige qué: hay tradiciones en cada casa, pero sirven para que alguien las siga y también para que no las siga: no se sabe.

#### 1.C.1.d.: Pensamientos de Lo Que No Fue:

Algunos niegan, pero los 1.C.1.d. suelen ser desdichados. Muchos niegan: son más que nada desdichados que no quieren pensarlo. Ni siquiera los critican mucho: a muchos les dan pena y prefieren no patear a un caído. Pero en voz baja dicen que debe ser bien duro no tener un pensamiento de lo que fue para regodearse en el recuerdo, o de lo que será para acabar con esperanza o el valor de pensar lo que es: bien duro que se estén acabando y todavía tengan que imaginar algo que ni fue ni será, algo de otros o de nadie. Ellos, a veces, dicen que no quieren enchastrarse la vida usando sus imágenes para el momento de acabarse: pensando cada vez que algo les pase que esa podría ser la imagen para el momento de acabar. En eso son un poco Esquivos.

Por apocados —o por cuidadosos— los 1.C.1.d. propiciaron que les hicieran negocio alrededor: hay escritores más o menos, biógrafas que no pudieron ser o charlatanes del mercado que escriben folletos con Pensamientos para ellos. Los más pobres tienen que comprarse uno en la plaza: los folletos suelen tener 25 o 50 pensamientos y cada cual elige el que supone que le corresponde. Pero hay bochorno, una preocupación: a nadie le gusta saber que en su momento de acabar puede tener la misma imagen que el vecino de al lado. Hay algunas que son tan repetidas: “Primero un camarón crujiente, rosadito, que lo inunde de río; después un higo chumbo, para descansar; enseguida tres maníes tostados; ahora, para empastarlos, un puré de morrón; después unos granos de anís, que crocan en la boca y la refrescan...” Es lo más fácil: una buena comida sucesiva. O si no: “Todos los que pasan tratan de que los mire y me miran con respeto. Algunos se paran a ver si los saludo; saludo a algunos pero no siempre a los que ya conozco: trato de ser casual, para que nadie quede disminuido. Ellos ahora ya saben que soy casual y esperan ilusos que les toque.

Algunos ni se atreven: caminan como si no miraran, pero van a contarle a alguien esa cuarta que me vieron en la plaza del Mercado y que yo parecía, pese a todo, sencillo...” O también: “Mientras monitos saltoneaban, la tan gárrula me enredaba con sus mamas largas mi pistón que yo le sustraía. No cejaba: ella seguía insistiendo. La bruta me agarraba mis dos manos y se las ponía en su cráneo rapado: me hacía que le tocara la sedosa de su cráneo rapado, que le apretara bien los huesos, que le exprimiera su cabeza hasta que al fin gritaba. Yo sabía que podía apretar mucho más: me reservaba. Entonces la tremenda trataba de perderse mi pistón entre los pliegues de su panza...” O las demás, con temas muy diversos.

Si el 1.C.1.d. tiene más bienes puede encargar un Pensamiento: el escritor más o menos, entonces, le prepara varios nada más para él, para que elija uno. Los que compran saben que la imagen les resulta lo bastante ajena y piensan que pasan por el momento de acabar sin poner en el juego nada propio: la idea los alivia. Los 1.C.1.d. procuran, sobre todo, alivio. Otros les dicen que en la muerte todo es un alivio, que viene aunque no quieran, y que lo propio del hombre o la mujer es destemplarse ahí, la última vez. Que lo propio es ir a contrapelo. Los 1.C.1.d. no suelen ser de los que van a contrapelo. Los 1.C.1.d. son muchísimos, pero bastantes no lo dicen. Son los de más vergüenza.

#### 1.C.2: Con Su Mirada:

Es lo que un sujeto decide que va a mirar o no mirar cuando se esté acabando. También lo tiene preparado.

##### 1.C.2.a: Los Ojos Abiertos:

Deciden quedarse con los ojos abiertos porque dicen que se quedan más vivos hasta el momento mismo de acabarse. Los 1.C.2.a. pueden ser, ya se sabe, 1.A.1 o 1.A.2, 1.B.1, 1.B.2 o 1.B.3 o 1.C.1. o lo que sea. Según son, buscan los elementos. Puede ser una gran tela de un color bueno o de un color terrible, como un telón que les tapara todo y los envolviera en el color: como si el mundo fuera una cosa entera sin fisuras. Saben que no es real, pero dicen que el momento de acabar, como no tiene consecuencias, es el momento perfecto para ser irreales: dicen que si no se dan el gusto de pensarlo entonces, cuándo pueden. Otros les dicen que no tiene gracia porque es fácil. Contestan que porque es fácil tiene gracia, y que bastante difícil es el resto. También pueden mirar cosas que los espanten o los tranquilicen o que se compensen, según qué 1.B —Pesimistas, Optimistas o Brutaes— sea cada uno: una forma sinuosa, un racimo de uvas, un cuerpo bruto de tan magro, uno repleto, el movimiento de varios animales, un paisaje. Otros miran algo que hayan tenido siempre: una tela, un cuchillo, una joya, la caja de su testamento. Desde el momento en que deciden que eso es lo que van a mirar lo miran más y más, todos los días, y a veces no pueden soportarlo. Cada vez que lo miran se les hace más su muerte en la cabeza. Una vez un Joaquín rompió un brazalete que había elegido porque ya no

toleraba mirarlo: es un espejo muy guarango. Ya estaba casi en el final de su edad y se quedó sin nada, bien desconsolado. Otros, más prudentes, miran un retrato de sí: les preguntan si tienen miedo de olvidarse quiénes eran. Contestan que es lo opuesto: que cada vez que ven su propia cara se acuerdan de lo que van a ser. Una vez un Jaime se cortó las orejas porque ya no toleraba recordarlo.

Los 1.C.2.a. suelen estar orgullosos de quedarse con los ojos abiertos: dicen que es porque pueden mostrarlos sin temores. Les dicen que también puede ser para obligar a alguien a la caricia de cerrárselos. Dicen que para qué, si ya va a ser muy tarde. Les dicen que no saben. Ellos dicen que sí, que todos saben: si no, serían salvajes o animales.

#### 1.C.2.b.: Los Ojos Cerrados:

Algunos dicen que se parece más a la muerte y otros que menos, porque ver es menos de los hombres o mujeres que imaginarse cosas: los animales pueden ver lo que quieran. Les dicen que cierran los ojos para que no se les vean las sombras de un espanto o lágrimas caídas; ellos dicen que los cierran porque no hay nada que se pueda ver afuera. Algunos son 1.B.3 —Brutales— y creen que la muerte cuando llega es algo: dicen que cierran los ojos para concentrarse y verla más exacta. Son bastantes, pero puede que muchos que no son cierran los ojos sin querer, del susto, aunque no lo tuvieran preparado. De todas formas, no es lo mismo los que los cierran casi lánguidos, sueltos los párpados sobre las pupilas, que los que los aprietan para que algo no suceda. A los 1.C.2.b. nadie les toca los ojos después de que se acaban.

#### 1.C.3: Con Su Tacto:

Es lo que un sujeto decide que va a tocar cuando se esté acabando. Puede estar o no estar preparado. No hay divisiones, porque no se puede estar sin tocar nada. Una vez un Jose hizo el intento de suspenderse de cuerdas porque quería estar bien lejano, pero las cuerdas lo tocaban y también el aire. No hay nadie que no tenga su tacto trabajando.

Lo que se toca puede ser frío o caliente, húmedo o seco, animado o quieto, muchos o uno solo. La única división —pero que no termina de aceptarse— sería entre los que quieren tocar un cuerpo de otra mujer u hombre, y los que no. Algunos creen que si su hijo o hija les agarra la mano algo les va a pasar, que no definen pero quieren. Otros dicen que al hijo o hija ya le dieron todo y que no quieren darles, además, su cuerpo cuando se les acabe. Otros que al hijo o hija mejor ni recordarlo porque ellos se acaban para que ella o él sigan. Hay mujeres muy gordas que saben guardar la mano del que se está acabando en los desbordes de su grasa: algunos las llaman y les regalan bienes para que se queden. Algunos tocan animales; les dicen que es por la envidia de que animal ignora. Algunos agarran una cosa que han tocado siempre, que suele ser redonda y suele estar gastada por el roce de su mano: la gastan un poquito más y los alivia estar dejando una huella todavía. A veces el hijo se guarda la cosa



como si fuera lo que quedó del padre. Los que más temen agarran una cosa que ellos mismos hicieron: pueden ser maquinistas, una biógrafa, un orfebre o el que esculpió una cara en una rama de quebracho; les dicen que da lo mismo que eso quede o no quede. Los más apichonados o los que creen que tuvieron vidas esplendentes se tocan a sí mismos con movimientos circulares. Un Jose impuso, durante un tiempo, intentar acabarse en un meneo, pero pocos pudieron.

#### 1.C.4: Con Su Olfato:

Es lo que el sujeto decide que va a oler cuando se esté acabando. Puede estar o no estar preparado. El problema es que es muy fácil que no esté preparado: que, en el momento, algún olor se cuele. Por eso los olores preparados tienen que ser muy fuertes, para contrarrestar. No hay divisiones, porque no se puede estar sin oler nada. No hay nadie que no tenga su olfato trabajando.

Es el más peliagudo: un olor puede traer una imagen, un pensamiento, el recuerdo de alguien, y complicarlo todo. Puede inmiscuirse en el momento preparado y arruinarlo sin ningún remedio: puede entrar un olor de tierra húmeda y traer la pereza, o recordar la segunda en que el sujeto carneó su primer gallinazo o la quinta en que casi lo degüellan enemigos durmiendo entre lapachos o las peores carcajadas de su padre. Si es así, cualquier preparación se va al garete. Algunos intentaron unos tapones en la nariz, con el olor que habían elegido, pero es muy difícil acabarse sereno con la nariz tapada. Así que los olores se preparan mucho: el sujeto se empapa con destilación de maíz, que huele a fuerza, y se va muchas veces a mirar el sol poniéndose detrás de la montaña: sabe que cuando sea el momento, la destilación de maíz le va a recordar el sol y la montaña. Es más fácil acabarse con el sol detrás de la montaña: es un ejemplo. Pueden ser tantas otras cosas, pero siempre con trabajo, de lo más preparadas. El olor, en el momento de acabar, es uno de los peligros más fuertes de arruinarlo.

#### 1.C.5: Con El Resto:

Son las demás cosas que el sujeto decide que va a hacer cuando se esté acabando. Suelen ser preparadas. Hay tantas variedades. Están los sujetos que comen una papilla que inventaron, usándola como si fuera olor a algo, para traer alguna imagen. Los que hablan sin parar y quieren que alguien que eligieron los escuche. Los que se cuentan en voz alta la historia de su vida. Los que le pagan a alguien para que cuente en voz alta la historia de su vida. Los que aprenden un movimiento de sus manos y tratan de mantenerlo hasta que acaban. Los que creen que pueden acabarse fornicando con una mujer descalabrante: es de lo más difícil y, además, les dicen que es una forma torpe de intentar distraerse. Unos pocos lo hacen, pero suelen ser 1.A.2, o sea: se van a hacerlo a un lugar donde no los conocen.

Hay unos, que forman casi bandería, que cantan una canción que fueron preparando durante muchas estaciones: le van agregando frases, palabras, gritos y pequeñas

historias y esperan que después un hijo, alguien, la recuerde: creen que pueden convertirse en ella. La canción puede ser como esta:

“Te encontré debajo de esas pieles:

Sara Sara Sara.

Ya soy un oso.

Me voy de caravana

a las montañas;

a las montañas voy, quién sabe

si vuelvo, si llegara a volver,

de las montañas volvería.

Quiero una tela clara: para

mis ojos, una tela clara.

¿Sara, quién era Sara?

Oí cantar un grillo y no

sabía

que alguna vez ya no iba

a escuchar nada.

Era muy chico: no sabía.

Hoy nació, nació y tiene la cara

más pánfila que vi, mañana

va a tener mi cara.

Esther, la cara de usted no, mi cara.

Esther, Esther, mi cara.

¿En qué palabra en qué

palabra de esta canción

me acabo?...”

Y así, un rato largo. Hay unos que empiezan desde mucho antes a probar el sabor del cuerpo que está muerto: dicen que así terminan lo que empezaron en su aceptación, cuando tuvieron el gusto de su cuerpo. No es difícil: hay que dejarse enganchado

entre dos dientes un pedazo chico de gallinazo u otra carne suave, con cuidado de que no se salga. Hay que evitar la tentación de que la lengua se dedique a sacarlo: al cabo de dos días se retira, con una ramita de ceibo, que tiene poco olor, y se lo masca. El pedacito, más bien tibio, se fue impregnando de los sabores de todos los desechos y entonces el sujeto aprende el gusto de su cuerpo muerto. Dice que después, en el momento de acabarse, el gusto le sirve como guía y va más fácil. Hay algunos que el gusto los aterra porque les da asco; a otros les gusta, y eso los aterra.

También hay unos que prueban cómo es tener alguna parte de su cuerpo muerto. Con coccciones de bayas y hongos negros se hacen una friega, por ejemplo en la pierna: por un rato, la pierna queda sin movimiento, baldada, y no la sienten. Juegan con su pierna, la revolean un poco con las manos, la retuercen, le pegan y no les duele nada. Así aprenden cómo va a estar su cuerpo después de que se acaben. Algunos se la friegan por todo el cuerpo, salvo la cabeza, y llegan al momento pensando que saben casi todo: por supuesto, se engañan. Pero los demás también se engañan.

Hay que aclarar: sabemos que los casos no se excluyen. Sabemos que un sujeto puede ser al mismo tiempo muchos casos. Suponemos por ejemplo un 1.B.2. que también es 1.C.1.a., 1.C.2.a., 1.C.3. y 1.C.4., o sea: un Optimista, que quiere rodearse de elementos terribles que le hagan más fácil acabarse, tiene un Pensamiento de Lo Que Fue —la tercera, de terrible sol, en que una vicuña desbocada lo pataleó cerca de la puerta del Este—, mira con sus ojos muy abiertos una piel de vicuña mal curtida, huele su olor espeluznante y toca con una mano los pelos hirsutos y con la otra los huesos de su cara que le están por perforar la piel reseca: consigue suponer que lo que está por pasarle es un alivio. O un B y 1.B.3 que también es 1.C.1.c., 1.C.2.a., 1.C.4. y algún caso de 1.C.5., o sea: un Cambiado, que creyó que tenía otra manera de acabarse y es un Brutal, que quiere compensar los elementos para saber cómo le llega, tiene un Pensamiento de Lo Que Será —la Ciudad en llamas, destruyéndose, y la Ciudad reconstruida resplendente, donde no se sabe cuál es el bueno y cuál es el terrible, para alguien que se está acabando—, mira con sus ojos muy abiertos una manzana relustrada con brillos de dulzor y un cardo terroso que rezuma amargo, huele de dos cuencos —uno de esencia de jazmín, para dar sumisión, el otro de cocción de colibríes, para dar el júbilo— y además tiene sus dos piernas ya desaparecidas por fricciones: cree que le espera un gran momento de entender y se distrae del miedo. Y así más, cualquiera: tantas combinaciones son posibles, para que cada sujeto piense que se acaba según lo necesario y cumple para que los hombres o mujeres de la Ciudad y las Tierras sigan siendo lo que son: distintos de los salvajes o animales.

#### 1.D.: LOS MEDIOS

No es tan fácil. Nadie puede estar seguro de que el momento de acabarse va a ser como lo preparó. Sabemos que lo que importa es prepararlo, pero no se puede

prepararlo pensando que no va a ser así. Es el peligro. Podría ser que el dolor se metiera a arruinarlo, o que algún elemento que no esté preparado se inmiscuya. La amenaza del dolor es fuerte: para eso está la Cocción. También la amenaza de que alguien de súbito se acabe: la Cocción es necesaria para que sea de a poco.

No es bueno que cada sujeto se haga su Cocción. Es mejor pedirla en la posada de la calle de la puerta del Este: está probada. La Cocción asegura que el sujeto, cuando está cerca de su muerte, pueda acabarse bien y hacer lo preparado. Lo más difícil es saber exacto cuándo hay que tomarla. Para estar seguro, lo mejor es preguntarle a un médico, que dice si es tiempo de tomarla, o cuándo es. Algunos, igual, se pueden acabar de pronto: los más zafios.

Para que no se inmiscuyan elementos entre los preparados, nada más sirve la conducta y un cuidado que sea puntilloso.

## 2. LOS ESQUIVOS

Los Esquivos están del todo afuera: si fuera por ellos, la Ciudad y las Tierras se hundirían en el barro.

Son, por supuesto, para empezar, Cambiados: no aceptan el anuncio de la madre. En verdad, no aceptan ningún anuncio ni preparan nada: son porque no preparan nada. Son como salvajes o animales. Como no son —son como, pero no son de veras—, se justifican y dicen, por ejemplo: que no hay que entregarle a la muerte ni un momento más que los que ella ya se agarra: casi todos. Les dicen que es pura cobardía y que si todos fueran como ellos la Ciudad y las Tierras se hundirían en el barro; ellos se ofuscan cuando dicen —son de los que se ofuscan cuando dicen— que, para empezar, son como son porque no todos son como ellos: que si todos fueran así ellos serían de otra manera. Les dicen que no les creen, que no esquivan por sibaritas sino por cobardes. Dicen que no les importan los insultos pero que, además, saben que pueden ser Esquivos porque hay tantos Atentos, que soportan el peso de la Ciudad y las Tierras. Los otros se enfurecen. Ellos se ríen. Más se enfurecen. Les dicen que además de cobardes se están poniendo ventajeros. Ellos dicen que no, que cualquier Atento debería estar feliz, orgulloso de serlo y soportar sobre sus hombros el peso de la Ciudad y las Tierras, y ellos, en cambio, son nada más los desdichados que no pueden. Pero lo dicen y se ríen. A veces no se ríen: depende de quién sea. Les dicen que tendrían que matarlos a todos pero no pueden, porque no hay madre que haya anunciado semejante cosa.

Esquivos tienen el vituperio y el desdén de los más. Entonces dicen que se necesita valor para ser algo que los demás desprecian tanto. Lo dicen y se ríen, y a veces no se ríen. Esquivos no preparan nada para el momento de acabarse: dicen, para empezar, que no pueden saber cuándo va a ser, pero que si pudieran no querrían. Entonces tratan de vivir parecido a los salvajes o animales: sin su muerte en la cabeza,

suponiendo que en un momento llega pero sin saber cuándo ni cómo. Igual no pueden parecerse lo bastante. La diferencia terrible con los salvajes o animales es que Esquivos sí saben que su muerte les llega, y que tendrían que prepararla y en cambio se pasan esquivando. Son más bien desdichados, aunque se muestran a carcajadas y soberbios.

Hay Esquivos que no preparan más todavía que los que no preparan: se dedican a hacer como si no tuvieran nunca que acabarse y es un trabajo arduo. Tienen que cerrar los ojos y oídos ante cualquiera que se muera: es muy difícil y andan como si fueran a tuestas, por el cuidado de no golpearse con paredes que aparecen de pronto. Esquivos no dicen mucho sobre lo que hacen, porque si dijeran sería como si la estuviesen preparando, pero saben que hay dos posibilidades: cerrar los ojos ante cualquiera que se muere, como si semejantes cosas no pasaran o, más fácil, suponer que les pasan nada más a otros. Algunos les dicen que preparan tanto la manera de no darse cuenta que viven más atentos que cualquier Atento: que piensan en el momento sin parar, para esquivarlo. Ellos dicen —cuando dicen, pocas veces— que nadie los entiende o que prefieren mostrar que no los entienden y por eso dicen eso. Que en verdad lo que hacen es no pensar en su momento de acabarse. Les dicen que desaprovechan el único momento del hombre o mujer que no puede repetirse y se lo pierden. Ellos dicen que nadie lo gana: igual, todos se lo pierden. Y dicen que es de pánfilos prepararlo así, con sus grandes excusas, y que lo propio de un hombre verdadero es enfrentarse a lo que va viniendo. Les dicen que no cuenten cuentos: que es por miedo o terror o tremebundo espanto. Entonces ellos dicen que miedosos son los que lo preparan: que tienen miedo de perderse algo o no saber hacer o no estar a la altura.

Los Esquivos más puros no preparan nada, pero hay otros —los más— que preparan o cuidan con ahínco la forma de no darse cuenta: les dicen, a veces, que son Atentos para el mal. Ellos se ríen. Quieren mostrarse muy felices, y por eso muchas veces contestan con su risa y carcajadas. Hubo —pero ya desarmaron— una bandería que organizó un grupo para matar a sus miembros: les daban por sorpresa, en cualquier calle y a la hora que fuera. Uno de la bandería estaba voceando sus papas en su puesto del mercado y llegaban cuatro, lo rodeaban y le soltaban tremendo golpe en la cabeza: caía desnucado. Los cuatro se esfumaban. Otro de ella dormía de lo más plácido, llegaban dos y con el almohadón lo ahogaban sin que llegara a despertarse. Otro comía una cocción en casa de una amiga, encuentro de la bandería, y moría antes de que ella lo abrazara, con sus retorrijones. El golpeado, el ahogado, el envenenado conseguían acabarse sin saber: nunca supieron qué les iba pasando. La bandería tuvo sus buenos y peores momentos: a veces, mataban demasiado y se quedaban con muy pocos miembros, que no alcanzaban para matarse sin problemas. Los que estaban decían que era muy relajado: podían vivir estaciones o dos días, pero sabiendo que nunca iban a tener que encontrarse con sus muertes. Al final, una vez

quedaron nada más dos en la bandería y se persiguieron en silencio un tiempo largo. Los dos estaban demasiado en guardia, porque cada uno sabía que tenía que acabar al otro o el otro lo acababa. Se perseguían como ratas en celo, como caranchos, como ejércitos en medio de la nieve. Llegaron a conocerse cada mañana, a prever cada jugada antes que el otro terminara de pensarla: vivieron mucho tiempo enardecidos. Nunca se dejaban: cada uno seguía y vigilaba al otro todo el tiempo y se pasaban los días a cincuenta largos de distancia. Así, al cabo de estaciones, se encontraron y decidieron disolver la bandería. Sin objetivos, emprendieron un viaje al otro lado de las montañas del Oeste con una carga de perfumes: se murieron los dos juntos de sed tras muchos días de sed, perdidos en la arena.

Esquivos son los menos. Si fueran más, la Ciudad y las Tierras se hundirían en el barro. Por suerte, ser Esquivo trae demasiados sinsabores.»

Hasta aquí, la versión que poseemos del *Libro de Morirse*. No negaremos que, por cada duda que resuelve, el escrito suscita varias nuevas. Tengo las mías: tanta insistencia me solivianta un poco. La excusa civilizatoria es magnífica —en síntesis: «tras la muerte no hay nada; aceptarlo y preparar ese pasaje a la nada es lo que hace de la cultura de Calchaqui algo distinto y superior al resto de los hombres y animales»— pero su repetición exacerbada la hace sospechosa. Por momentos nos preguntamos si no será que necesitan actuar tantas veces la escena de su muerte —y creer que controlan hasta sus mínimos detalles— para perderle el miedo pánico: tras tanto ensayo, el momento en que llegue no será más que la repetición de algo por demás conocido: una vez más, que no tiene por qué ser la última. El *Libro* lo desliza, casi sin darse cuenta: «¿Quién podría aceptar que el sacrificio que está haciendo para que la Ciudad y las Tierras se mantengan es, en verdad, un gusto o un alivio?» Es, por supuesto, nada más que una hipótesis. (No hace mucho, me topé, en las investigaciones de Malinowski sobre pueblos papúas, con un dato interesante: estudiando los extraños modelos de mortandad de los habitantes de una isla, el antropólogo descubrió que sus integrantes estaban convencidos de que la muerte, antes de llegar, les avisaba con una serie de signos, que incluía sugerentes cantos de avechuchos y la visión, a la salida del sol, de un color malvavisco entre las nubes. Para su sorpresa, Malinowski comprobó que casi ninguno de los integrantes de este pueblo sufría muerte súbita: la mayoría, tras recibir los signos, se disponía a morir y lo hacía en calma y en su casa. Quizás algo así sucediera con los preparativos para la muerte en la Ciudad y las Tierras, y los rituales de la anunciación y el *Libro* les sirvieran para creer que la muerte no podía agarrarlos desprevenidos. De ser así, buena parte del primitivo aparato ideológico según el cual la aceptación de la propia muerte —y de la nada tras ella— era la base de la civilidad calchaqui, quedaría reducido a un mero subterfugio, más sinuoso, para atemperar y soportar el trance.)

Por otro lado, el *Libro* también muestra una aparente contradicción: se supone que el

funcionamiento de la sociedad calchaqui se basa en la esperanza de que cada nuevo soberano, con su nuevo tiempo, produzca cambios importantes —y deseados— en las vidas de sus súbditos. El hecho de que empiecen a preparar su muerte con años —décadas— de anticipación parece mostrar que, por el contrario, creen que van a seguir siendo los mismos toda su vida, cuando decidieron su muerte, mientras la preparan y en el momento de morir: si no, no tendrían por qué pensar que el agonizante que van a ser querrá lo mismo que el joven que fueron. Es una idea fuerte. ¿Es posible pensar, invirtiendo los términos, que en realidad preparan su muerte durante años para suponer que van a seguir siendo los mismos siempre?

En su comentario, Alphonse des Thoucqueaux afirma que había un agregado sobre el Período —que no reproduce. El Período (ver cap. 1, pág. 76) era el intervalo durante el cual se suponía que el muerto seguía en su cuerpo como espectador hasta que se le disolvía —por el cual se estableció la cremación para todos. Con el Período, las maneras que cada cual preparaba para su muerte tenían que variar diametralmente, porque se suponía una sobrevida de horas o incluso días después del «momento de acabarse». Dice Thoucqueaux que el agregado es notoriamente posterior —el Período fue descubierto en tiempos del soberano 4, Enrique— y que el autor del *Libro* no parece muy convencido de su existencia. El autor dice, según Thoucqueaux, que sobre el Período sólo se puede suponer, y que no hay posibilidad de controlarlo. Pero que si existiera, una muerte bien hecha lo haría más llevadero. El Período se instala como una cuña en la solidez de la muerte absoluta que supone el *Libro*. En ese sentido, es un precursor de la revuelta por la vida larga.

A partir del *Libro de Morirse* también se puede entender la verdadera magnitud de las muertes bellas. La preparación de la muerte que les ha sido anunciada hace de los habitantes de Calchaqui ciudadanos de una cultura que se distingue de la animalidad o la salvajería. Cuando uno de ellos se «lanza a una bella» está, en cambio, entregándose a una muerte que nadie le anunció y no es un sostén de la gloria de Calchaqui sino una creación individual. Es arte por el arte o desafío al orden de las cosas. Un observador desatento podría suponer que quien se lanza a una bella es, en realidad, un Atento Cambiado; nada más lejos, porque una cosa es suponer que la muerte le va a llegar a uno en condiciones diferentes de las anunciadas por el progenitor, y preparar sus circunstancias, y otra, muy distinta, es matarse o hacerse matar en una estética del desdén por las instituciones. Las muertes bellas sirvieron para minar las estructuras de la Ciudad y las Tierras: en ese sentido, prepararon y preanunciaron la revuelta por la Larga.

Por fin: es sospechoso tanto orden. Sospechamos una trampa en el estilo de algunos libros normativos de Calchaqui, que simulan describir una situación —con cantidad de casos— para dar a sus lectores la sensación de que lo que ordenan es y siempre fue así, cuando, en realidad, están proponiendo un orden que está lejos de haberse establecido.

Como el lector ya habrá comprendido, el ***Libro de Morirse*** perdió, al igual que tantas instituciones de Calchaqui, su sentido tras la revuelta por la Larga, y tendió a la desaparición. <<



[53] «**para que no viva condenado**»: es curioso que Oscar cite, a propósito o no, uno de los versos más repetidos del *Canto de muertos de la Larga*, una extensa elegía a los mártires de la revuelta: «para que no vivamos condenados».

Si es voluntaria, podemos interpretar la cita como un sarcasmo: Oscar la retoma justo antes de lanzarse al relato de la revuelta por la Larga, para contar que mató o estuvo por matar al que le salvó la vida «para que no viva condenado a mi recuerdo». Si es involuntaria, podemos pensar que la cita es un homenaje a sí misma, o sea: la medida de la presencia del *Canto* en la cultura calchaqui, que está dada por el hecho de que incluso un heredero, enemigo de la revuelta, caiga en esa trampa.

El *Canto* nunca fue reivindicado por ningún autor. Rumores de época se lo atribuían al bastardo Juanca; otros, menos, a Ana de quintas ([ver cap. 3](#)). Es probable que el poeta no haya sido ni el uno ni el otro: no hay ningún dato sobre la capacidad del bastardo para escribir tales cosas; en cuanto a Ana, conocemos un escrito suyo ([ver nota 25, cap. 3](#)) y el estilo es distinto.

Quienquiera lo haya escrito, el *Canto* fue un arma de primera importancia en la revuelta. Su idea central era simplísima: al narrar el sacrificio de los primeros mártires, insistía en que si habían aceptado dar su vida era porque sabían que, más allá, la Larga estaba. Recitado, leído, repetido por los largos hasta el hartazgo, sabemos que muchos decidieron arriesgar sus vidas impulsados por el arrullo de sus versos, donde aquellos que las habían entregado quedaban pintados con colores amorosos y envidiables. (Es interesante ver cómo muchos de sus tópicos reaparecen, siglos más tarde, en cierta poesía latinoamericana levemente chilena: como si estuvieran inscritos en el paisaje de la tierra o en los principios de sus gentes.)

El *Canto* es muy extenso. De hecho, no sabemos si se trataba de un poema con una conformación establecida o, como parece más probable, se le sacaban y agregaban relatos según el interés y la conveniencia del momento. Citaremos aquí, por consideración al lector, sólo el principio:

«Fue una fila de hombres como piedras, mujeres  
como piedras: fue  
lo que nunca había sido.  
También las piedras se cubren con el musgo, se  
entierran en la arena, se  
pueden tallar haciendo cubos o perderse pero

hay una forma de ser piedras, en la fila de piedras,  
que nada más las piedras pueden.

Y esos hombres, mujeres,  
como piedras,  
bien sabían.

¿Por qué quisieron darle  
a la muerte sus vidas si no fuera  
porque afuera había algo?

Raquel, primera, la primera:  
en sus cantos cantaba con el modo  
en que cantan los que no quieren escucharse.

Raquel,  
cansada de escucharse,  
cantaba para qué.

Tenía, por confusión, no hijo sino hija, bailaba  
agitando las mamas de su cuerpo, las nalgas  
de su cuerpo, las partes de su cuerpo afuera  
de su cuerpo: como quien eligiera no  
tenerlas o que fueran de otros. Raquel  
fue mucho de otros hasta que llegó Juanca. Entonces  
Raquel cantó primera vez escuchándose toda y  
cantando  
aprendió a deshacerse.

No supo nadie como ella deshacerse  
el cuello; no  
como quien termina lo que hacía, ni  
como aquel que cree que está empezando algo, no  
como cuando algo está de más y se lo quita, ni  
como cuando hay un estandarte. Como

quien sabe que hace lo que hace,  
el que sigue lo que ya está empezando,  
cuando algo está por estar donde debía,  
cuando muy poco más se necesita, así  
Raquel, primera,  
con las ocho,  
se deshizo su cuello.

Fue tan cerca de todo, le llegó  
tan cerca.

Tan al lado de todo se quedó, primera,  
que después no tuvimos que hacer  
tanto.

Fue Raquel, primera, la primera  
que le dio a la muerte vida y otras.

¿Por qué supieron darle  
a la muerte sus vidas si no fuera  
porque afuera esperaba?

Jose, en cambio, rosita,  
pintaba caramelos.

Sus caramelos eran paisajes de las Tierras  
para chupar como los higos: quien chupaba  
las Tierras en esos caramelos que hacía Jose,  
las Tierras despejaba: despintando,  
quien chupaba vaciaba  
los caramelos de dibujos: los hacía  
más crudos verdaderos. Jose  
le daba a quien chupaba la manera  
de hacer todo más crudo,  
verdadero. Rosita, Jose,

tan chiquito, permitía  
que muchas cosas pudieran ser lo que tenían  
que ser, como si fuera:  
los dibujos se iban y las Tierras  
volvían a ser lo que tenían, se dejaban  
de ser dibujo para ser recuerdo. Jose,  
dulce, rosita, joven, pintaba caramelos. Esa vez  
se dio cuenta de que no sabía o sí, mejor:  
sabía y no creía. Jose  
no creía todavía que alguna muerte fuera  
cosa de veras, suponía  
que una muerte para él no había ni habría  
nunca pero  
fácil, dulce, rosita, pintador, no quiso  
esquivarle a su muerte nada nada:  
se dejó dar su muerte para darnos  
la idea de por dónde. Jose  
fue la segunda o cuarta piedra  
de la fila. Jose  
se dejó cuando pensaba vivir tanto todavía.  
¿Por qué pudieron darle  
a la muerte sus vidas si no fuera  
porque afuera llamaba?  
Esther quiso escaparse  
de algunas de las veces. No de todas las veces; no hay  
sujeto que de todas las veces quiera irse. No hay sujeto  
que no quiera de alguna. Esther  
ya estaba vieja. Le gustaba  
más que nada olvidarse del terror que le traía

pensar en la manera de morirse  
de su padre, un pocero. Su padre  
era un pocero que sabía dos cosas:  
el ángulo más justo de su pala y  
las ocho formas de preparar un pato. Después,  
muy poco más  
sabía. No supo  
cuando tuvo que morirse, morirse  
como era. Esther, a veces,  
cuando no podía irse, se acordaba  
de gritos. Su padre no consiguió morirse  
como era; menos aún seguir el libro. Esther  
temblaba de terror por esos gritos y quería  
olvidarse, irse, perderse de unos gritos.  
Esther ya estaba vieja y cada día  
con más sonidos  
se acordaba.  
Por los gritos, el miedo de los gritos, Esther  
quiso escaparse pero  
también  
supo que nada más una manera tenía de  
irse en serio. Aunque tuviera tanto  
miedo, Esther dejóse deshacer el cuello  
bien mansita, lo bastante  
mansita, gritando con los gritos del pocero. No  
sabemos lo segura que estaba, si  
estaba bien segura adónde iba; sí  
sabemos que dejó que se lo hicieran:  
por la Larga

dejó que se lo hicieran.

¿Por qué sufrieron para darle  
a la muerte sus vidas si no fuera  
porque afuera llegaba?

Javier no cocinaba gallinazos. Cuellos  
desplumados de gallinazos retorció  
con su sonrisa que a pocos les gustaba  
poco; a muchos nada. Javier  
era tozudo como un árbol, fuerte  
como un árbol, tan temido  
como un árbol nunca fue tan temido. Javier  
sabía retorcer romper ruinar cabezas y  
los cuellos con o sin plumas de cuanto bicho  
fuera y se veía  
por sus ojos que le gustaba tanto. Más que  
tanto. Sus manos, manotas, sangrentadas de rojo se limpiaba  
en el revés de sus mejillas: se veía  
que tanto le gustaba. Hombres también, decían,  
le gustaban. Cuando aprendió  
Javier que no tenía que matar a nadie por la Larga  
primero no creyó; después, muy pronto,  
fue vistoso. Caminaba por las calles del mercado  
saludando y trataba de poner esa misma sonrisa y mismos  
ojos en el saludo que cuando retorció. Mismo  
y mismos también puso,  
o trató de poner, supongamos que puso,  
cuando dos soldados sin fuerza ni maneras  
le deshicieron el cuello: él aprobaba.  
Los miraba, con rareza, buscando y

aprobaba. Javier  
había aprendido tanto; se murió  
de saber dónde iba.  
¿Por que vivieron para darle  
a la muerte sus vidas si no fuera  
porque afuera ya estaba?  
¿Por qué supieron  
ellos?  
Más que nada  
para que no vivamos condenados,  
ellos  
pudieron y supieron y quisieron y sufrieron y vivieron para darle,  
ellos,  
a la muerte sus vidas porque era,  
por ellos,  
la Larga ya llegando que esperaba.»

El **Canto**, como queda dicho, puede seguir interminablemente. Suponemos que esto es muestra suficiente para que el lector pueda empezar a entender los mecanismos de la revuelta por la Larga. <<

## **Notas a «La Tercera»**



[1] «**La Tercera**»: a modo de subtítulo, aparece en la **edición Thoucqueaux** la frase que remite al título famoso: *Donde se muestra cómo el destino de la revuelta puede ser una revuelta del destino.*

Como se sabe, el año de 1755 estuvo marcado por dos acontecimientos de espectacularidad muy diversa —uno muy público, casi privado el otro—, que torcerían en poco tiempo más el curso de la historia: el gran terremoto de Lisboa —y el uso que de él hizo Voltaire— y la fabricación en una imprenta de La Haya de ***La Destinée de la Révolte***. Ambos, de alguna forma, se complementan y compensan.

Las cifras son confusas, pero se calcula que cuando la tierra engulló a la capital portuguesa, en noviembre de 1755, alrededor de 60.000 personas desaparecieron en sus ruinas. El sismo sacudió a Europa y voces se levantaron contra la crueldad de un Dios que podía mandar la muerte atroz a tantos de sus amantes seguidores. El caballero Voltaire no podía ser menos y anunció, en su célebre poema, su abandono de cualquier optimismo. El largo ***Poème sur le Désastre de Lisbonne***, publicado a principios de 1756, decía, por ejemplo:

*«Tout est bien, dites-vous, et tout est nécessaire.  
Quoi, l'univers entier, sans ce gouffre infernal,  
Sans engloutir Lisbonne, eût-il été plus mal?  
Êtes-vous assurés que la cause éternelle  
Qui fait tout, qui sait tout, qui créa tout pour elle,  
Ne pouvait nous jeter dans ces tristes tropiques  
Sans former des volcans aux allures tragiques?»*

(«Todo está bien, decís, y todo es necesario.

¿Qué, el universo entero, sin semejante horror,  
sin tragarse a Lisboa, habría sido peor?

¿Podríais asegurar que el supremo alquimiste  
que todo lo hace y sabe y todo lo creó

no podía arrojarnos a estos trópicos tristes  
sin ponernos volcanes cual trágico reloj?»

*La traducción, por supuesto, es de Bartolomé Mitre.)*

En su *Poème*, Voltaire se dirigía una y otra vez a los «*philosophes trompés qui criez: Tout est bien!*» para anunciarles que desechaba cualquier tentación de pensar que el mundo estaba hecho desde el bien e iba hacia el bien. «*Un désordre éternel, un chaos de malheurs*», es el universo para este Voltaire sin optimismo. La declaración resonó por todo el continente. Jean-Jacques Rousseau la contestó, es fama, en una carta al caballero —18 de agosto de 1756—, donde defendía a la Providencia escribiendo que «entre tantos hombres aplastados bajo las ruinas de Lisboa, sin duda muchos evitaron desdichas mayores; y pese a lo que la descripción de su fin tiene de conmovedor, y lo que puede aportar a la poesía, no es seguro que uno solo de esos infelices haya sufrido más que si, según el curso original de las cosas, hubiera esperado su muerte en medio de largas angustias. ¿Hay un final más triste que el de un moribundo al que se abruma de cuidados inútiles, que un notario y sus herederos no dejan respirar, que los médicos asesinan en su cama a placer...?».

Su defensa de la misericordia divina era levemente pírrica. En largo tramo de su larga carta, Rousseau argumenta sobre la existencia de Dios, propone un código moral del ciudadano al que tendrán que adecuarse las religiones y defiende el derecho de cada quien a «servir a Dios como mejor podrá». Casi al final, Rousseau explica su necesidad: «¡Dios no quiera que pueda yo ofender a aquel de mis contemporáneos (Voltaire) cuyos talentos más admiro y cuyos escritos mejor hablan a mi corazón! Pero se trata de la causa de la Providencia, de la cual lo espero todo. Tras haber bebido tanto tiempo en vuestras lecciones coraje y consuelo, me resulta duro que me retiréis ahora todo eso para no darme sino una esperanza vaga, más un paliativo actual que una recompensa por venir. No; he sufrido demasiado en esta vida como para no esperar otra...»

La confesión roussoniana era conmovedora; el golpe volteriano, muy brutal. El caballero, en su indignación antisísmica, negaba a muchas cabezas pensantes de Europa la posibilidad de esperar algo de Dios. De esperar no sólo otra vida: también, lo mejor en esta. Cundía el desaliento: el futuro no podía ser ese agujero negro que Voltaire describía en su *Poème*:

*«Le passé n'est pour nous qu'un triste souvenir.  
Le présent est affreux, s'il n'est point d'avenir,  
Si la nuit du tombeau détruit l'être qui pense...»*  
(«El pasado no es más que aquel triste recuerdo.  
El presente es horrible si no hay un porvenir,  
Si la noche tombal destruye al ser más cuerdo...» B. M.)

Después Voltaire hablaba de esperanzas que, por vagas, no alcanzaban a contrarrestar

el efecto de su mazazo. Su *Poème* habría podido ser muy paralizador. Los hombres siempre necesitaron un destino: si la Providencia ya no podía asegurárselo, ¿quién se lo ofrecería?

Los hermanos Goncourt condenaban, en su *Journal* de abril de 1858, el juicio de una posteridad que hacía que Denis Diderot, «el Homero del pensamiento moderno», gozara de una popularidad menor que la del «vulgarísimo Voltaire». En el asunto que nos ocupa, Diderot supera al maestro: si Voltaire consiguió crear un vacío en muchos cacúmenes contemporáneos, Diderot supo colmarlo.

En los primeros días de 1756, André-François Le Breton, librero instalado en la calle Saint-Jacques de París, recibió un tomito in-16º, sin mención de autor y con un pie de imprenta a todas luces falso que lo atribuía a las prensas de Elzevir en La Haya. El libro, por supuesto, se titulaba *La Destinée de la Révolte*, y es probable que haya juntado polvo días o semanas en un rincón de la botica. Había llegado con una carta que proponía a Le Breton que lo reeditara, eximiéndolo del pago de cualquier derecho. Una mirada le había bastado al librero para desistir de la empresa: ya bastantes problemas tenía con las censuras y persecuciones que le estaba acarreado la publicación de la *Encyclopédie ou Dictionnaire Raisonné des Sciences, des Arts et des Métiers*, que entonces iba por su quinto tomo.

Nadie lo relata pero es probable que, esa tarde, Denis Diderot se haya acercado a la calle Saint-Jacques en busca de un poco de dinero. Solía sucederle: los pagos por su trabajo en la *Encyclopédie* se demoraban y cada vez se le hacía más difícil mantener a su mujer, su hija de 3 años y su nueva amante, Sophie Volland. En cualquier caso, es cierto que cuando tropezó con el librito holandés el resto pasó a segundo plano. Diderot cuenta —en una carta a Sophie del 11 de marzo— que, durante muchas horas, la lectura de *La Destinée de la Révolte* lo «transportó a un mundo de mejores, más crudas esperanzas».

Al día siguiente, siempre muy excitado, Diderot fue a buscar a su compañero D'Alembert para proponerle que incluyeran una síntesis del libro en el volumen siguiente de la *Encyclopédie*. Estaban terminando de compilar los materiales del tomo VII, que comprendía el fin de la letra F y toda la G hasta *Gythine*. Tras un par de horas de deliberaciones, decidieron incluir el resumen bajo la rúbrica *Guerre Civile*; ambos acordaban que *Révolte* o *Révolution* habrían sido más convenientes, pero Diderot, entusiasmado, se negaba a esperar los cuatro o cinco años que podían faltar hasta la publicación del tomo de la R. Diderot quería empezar de inmediato la redacción de la síntesis; D'Alembert le pidió que le dejara un día para leerlo. Dos días después, cuando volvieron a encontrarse, Jean Le Rond d'Alembert le dijo con ademán grave que no avalaría la publicación del resumen de un «escrito de dudoso origen, que podía, por su violencia y osadía, dar más y más argumentos a los detractores y enemigos de la Obra». Diderot porfió que «no había visto nada más útil

a la causa de las Luces y que, bien leída, (*La Destinée...*) podía servir de inspiración a todos aquellos que buscaban un mundo mejor». D'Alembert se mantuvo inflexible. Dado el pacto que los unía, Diderot no tuvo más remedio que respetar la decisión de su colega, pero el episodio precipitó su ruptura; meses más tarde, D'Alembert, alentado por Voltaire, se retiraba de la *Encyclopédie*.

Denis Diderot no esperó tanto para distribuir entre sus conocidos y seguidores una docena de copias manuscritas de *La Destinée de la Révolte*. El efecto fue fulgurante: en unos días, en los ambientes filosóficos de París, nadie hablaba de otra cosa y, en un par de meses, varias ediciones casi artesanales alcanzaban círculos cada vez más alejados. La obra no tardó en suscitar un edicto del Consejo del Rey ordenando su captura y destrucción —22 de julio de 1756—, pero ya la proliferación de las copias era incontenible. El 5 de enero de 1757, la víspera de Reyes, Robert-François Damiens, un criado, intentó apuñalar a Luis XV en su palacio de Versailles. El cuchillo resbaló sobre un hueso y Damiens fue descuartizado y ejecutado dos meses más tarde, pero su gesto pareció inaugurar un tiempo diferente.

En el vacío de futuro creado por el caballero Voltaire, el relato de *La Destinée de la Révolte* mostraba una alternativa posible. El nuevo pesimismo volteriano bastaba para romper con lo existente; se necesitaba una fuente de optimismo que permitiera establecer otros objetivos. *La Destinée* podía ofrecerla.

Por supuesto, había que salvar distancias y diferencias —«leerla bien», pedía Diderot —, pero la obra proponía un modelo de intervención y creación de un destino que prescindía de fuerzas sobrehumanas y postulaba que la construcción del porvenir podía estar en manos de unos hombres en pugna con los poderes del Estado. Mostraba, además, modos de organización y de acción que podían ser imitados. La idea, como es obvio, hizo fortuna, y, tras plasmarse en la Revolución de 1789, fue central en los dos siglos siguientes ([ver nota 3, cap. 3](#)).

En estos 200 años, se sabe, incontables han sido las ediciones y las tesis sobre *La Destinée*, en buena parte de los idiomas de la tierra. Pero esta, como queda dicho, es la primera vez que podemos verla en su contexto y, al mismo tiempo, recuperar su aspecto original. <<

[2] «**historietas de la Casa**»: tratar de calibrar el poder y el peso de «la Casa» en la vida de la Ciudad y las Tierras es fundamental para entender su historia. Uno de los puntos de vista que podemos buscar es el de los propios vulgos de Calchaqui: cómo percibían sus contemporáneos la vida del Palacio que los regía.

Lo veían, antes que nada, envuelto en un manto de confusiones y leyendas. La Casa las fomentaba: sabemos que agentes del consejero de Vulgos recorrían las calles de la Ciudad contando historias extraordinarias sobre lo que pasaba entre esas cinco paredes. Fueron algunas de esas fantasías las que desesperaron al bastardo Juanca en su primer encuentro con las viejas:

«Las viejas estaban aleladas. Juanca paró para un respiro, apoyó la nuca en la mano de Raquel, de pie detrás, y las viejas lo condenaron a preguntas. Estaban gárrulas.

—¿Es veraz que en la Casa mujeres se bañan, digo, en leche de vicuña?

—¿Y que nunca se preñan, digo, se empreñan por fornicar con uno solo?

—¿Y que nunca se empreñan las que más lo quieren?

—Pero sí que cincuenta gallinazos llegan en su vuelo cada primera desde la montaña para darse al almuerzo, digo: eso lo vimos.

Las mujeres se manoteaban, se tapaban unas a otras la boca con las manos para hablar: estaban más que gárrulas.

—¿Y cuando se duermen, veraz que los ronquidos de todos se ajustan a una música, digo, y la música mata a los que no la saben, digo, la tonada?» (cap. 3, pág. 464).

La Casa era, para los sectores más incultos, el lugar de toda maravilla. Es curioso cómo una sociedad pierde tan pronto la memoria de sí: muchos de los que creían que en el Palacio pasaban esas cosas descendían de la horda que había conquistado la Ciudad generaciones antes; podrían recordar que los ancestros de los habitantes de Palacio habían sido parejamente salvajes: sus iguales. Pero no. Hemos encontrado, en diversos documentos de la *edición Thoucqueaux*, más datos sobre esta imagen de la Casa. Como esta canción popular, en traducción penosa del caballero, con fuerte referencia a la vida larga de los soberanos:

«El que vive para siempre vive

ahí, como si siempre fuera

ahora.

Comen perros comen pavos se fornican  
sin mirarse, sin verse,  
total saben  
que son todos de carne perfumada.

Para eso, para eso,  
para eso se comen para  
siempre.

Se recuestan en cojines que les hablan  
que les cuentan maldades si hay  
maldades  
contra ellos en la calle: saben tanto.

Para eso, para eso,  
para eso se cuentan para  
siempre.

Se despiertan, si quieren; si no quieren  
duermen días o velan  
cantidades:  
en sueños son iguales que despiertos.

Para eso, para eso,  
para eso duermevelan para  
siempre.

Viven boyando, como si una vida  
fuera los mismos  
saltos  
que cien vidas.

Para eso, para eso,  
para eso viven para siempre: para  
vivir ahora como si ahora también fuera  
siempre.»

La imagen de ese lugar de maravillas debía tener mucha influencia en la obediencia del pueblo hacia sus gobernantes: durante mucho tiempo, los habitantes de la Casa parecían tan lejanos que no podían alcanzarlos reacciones vulgares. Es probable que esta canción —incluso con su punta de sátira— haya sido compuesta por agentes de un consejero. Pero hay otras, menos sometidas. Una de ellas se ríe del encierro de los habitantes de Palacio:

«Tienen un mundo para ellos  
y no salen.  
Si salieran, se encontrarían las pestes,  
vicuñas y su caca, los gritos  
de incompletos, la nube  
de los olores nuestros.  
Tienen un mundo para ellos: el de afuera  
es de ellos pero nunca salen.  
Es de ellos pero no les vale.  
Es de ellos pero nosotros  
nada más  
lo usamos.  
Aunque somos de ellos  
nosotros nada más  
lo usamos.»

Sabemos que muy de vez en cuando, sin embargo, el Palacio se abría a los habitantes de la Ciudad, con motivo de algún juicio importante ([ver nota 43, cap. 2](#)). Pero suponemos que lo que se franqueaba era sólo la sala de Cardones y que debían concentrarse en ella riquezas y aspavientos, para impresionar a los visitantes. Aun así, es probable que cada ciudadano común entrara como mucho dos o tres veces en su vida. Y tales visitas no harían más que aumentar la leyenda. En el relato de Oscar aparecen muy pocas de estas supuestas maravillas de la Casa: esto no se explica si lo dictó pensando en un público calchaqui; sería más lógico si se dirigiera a un auditorio extranjero, que Oscar no necesita embaucar con semejantes embustes —aunque sí, por supuesto, con muchos otros, que hemos marcado y seguiremos marcando a medida que aparezcan. <<

[3] «**de la muerte hablamos, no de pijotadas!**»: hasta aquí llega el material inédito que este manuscrito agrega a *La Destinée de la Révolte*. De ahora en más, lo que sigue es la versión corregida del relato tantas veces publicado a partir del siglo XVIII que, como consta más abajo (ver también [nota 57](#), [cap. 3](#)) también omite —¿censura?— el final de la historia.

Según parece (cf. S. I. Semionov y V. I. Ermolaev, *Historia de una herramienta*, Moscú, 1938), la idea de publicar una versión definitiva de *La Destinée* para acabar con la variedad que había circulado antes de la Revolución de 1789 fue de Jean-Paul Marat. Quizá por eso su cita, que encabeza la edición de 1793: «La aspiración de complacer a todos siempre es absurda, pero la aspiración de complacer a todos en momentos revolucionarios es traición.» Muerto el Amigo del Pueblo bajo el cuchillo de Charlotte Corday, fue uno de sus opositores dentro de la cúpula jacobina, Louis Antoine de Saint-Just, el joven implacable, quien retomó el proyecto y lo llevó a ejecución.

Quizás haya sido él quien censuró el final del relato, silenciando el arreglo entre el bastardo y la Casa y presentando el plan del soldado Jaime como lo realmente sucedido. Si lo hubiese creído útil para la causa de la libertad no habría tenido empacho en hacerlo. O quizá ya lo había hecho Marat antes de su muerte. Marat escribió en esos años que «la libertad de opiniones no debe ser ilimitada más que para los auténticos amigos de la Patria... En el sistema de los moderados, la seguridad pública es sacrificada a un falso amor por la Humanidad; quiere que se deje a los enemigos de la Revolución el medio de fomentar disensiones con el pretexto de no atentar contra la libertad de pensamiento...».

Pero también es posible que la edición de Saint-Just se haya basado en versiones que ya habían operado mucho antes esa amputación. En cualquier caso, la versión clásica de la revuelta por la vida larga llega hasta el momento en que el proyecto de Jaime parece triunfante, y el relato se termina como un himno a la potencia del pueblo en armas. Esa fue la forma en que se conoció este episodio desde 1793 y hasta nuestros días, a la espera de que la publicación de *L'Histoire* restituya la verdad histórica.

La edición Saint-Just de *La Destinée de la Révolte* se presenta sin más aditamentos que la citada frase de Marat, en una tipografía muy rústica y papel barato. Tiene la particularidad de ser uno de los primeros libros —¿el primero?— que incluye información sobre su tirada: 25.000 ejemplares, dice un colofón; muchos de ellos se repartieron gratis en los clubes y secciones revolucionarias de París. Por una referencia de Restif de la Bretonne (París, 1794) sabemos que el libro apareció hacia frimario del año II —noviembre/diciembre de 1793—, en pleno auge del terror



revolucionario, y que fue muy celebrado aunque poco leído: la falta de tiempo, por un lado, en esos días vertiginosos, y el hecho de que casi todos los interesados ya lo conocieran —dice Restif— hizo que su publicación fuese más bien simbólica y que aquellos que se lo procuraron lo buscaran como «*une cocarde plutôt qu'un outil*» — más como una escarapela que como una herramienta.

La **edición Saint-Just** —es el nombre consagrado por la crítica— es la base de todas las publicaciones posteriores, la edición canónica, sin duda, hasta la aparición del escrito por mí establecido. Muy pocas de las ediciones posteriores difieren de ella. Durante el siglo XIX, de todas formas, **La Destinée** perdió mucho de su predicamento. En un principio, la derrota de los sectores más extremos de la Revolución Francesa y, por fin, la restauración monárquica, la sepultaron en el desván de los recuerdos incómodos. Y, más tarde, cuando la Revolución de 1830 y sus secuelas volvieron a poner el tema en el tapete, los relatos históricos de las jornadas de 1789 y 1793, más cercanas y familiares, atrajeron a aquellos que buscaban ejemplos para su acción. Durante muchas décadas, **La Destinée** fue material para académicos y estudiosos hasta que, a principios de este siglo, los logros del leninismo, que tanto le debe, volvieron a ponerla en el candelero.

Hay, sin embargo, datos de que algunos de los hombres más interesantes del siglo pasado no la olvidaron. Mijaíl Bakunin le dedicó páginas muy violentas en sus **Consideraciones filosóficas sobre el fantasma divino, sobre el mundo real y sobre el hombre** (ed. cast., Barcelona, 1891). En síntesis, Bakunin no puede soportar que «el potencial revolucionario de los oprimidos de la Ciudad y las Tierras» se haya dilapidado en una alianza de clases que, «como era de esperar, los llevó a fijar objetivos erróneos y engañosos». El gran reproche es que la revuelta se transformó en un movimiento religioso, en sentido estricto: que eligió como objetivo esa otra vida, esa «Larga» que no era de este mundo y que, por lo tanto, no había forma de constatar su realización o logro. No le preocupaba tanto que esa vida larga fuera una ilusión. «Lo importante de una revolución —escribe el ruso— es que se fije objetivos que nunca puedan alcanzarse, que estén siempre un paso más allá y que necesiten de la búsqueda constante.» Pero para eso —aclara innecesariamente— hay que poder estar seguro de que no se los ha alcanzado, lo cual no sucede con «la Larga»: al situarse en un plano metafísico, en el «más allá», la Larga permite que su realización se dé por hecha sin comprobación posible. La vida larga como objetivo «no sólo es una mistificación —dice— sino también un error estratégico grave, que no tiene más remedio que desembocar en la detención del movimiento». A la luz de los escritos que ahora hemos encontrado, la presunción de Bakunin se revela más que precisa.

La rutilante resurrección de **La Destinée de la Révolte** se debió a un opúsculo publicado en Londres en 1907. Se tituló **Uses of Destiny** y lo firma un tal Ígor Vasílievich Málienkov que es, según todos los estudios, un seudónimo. La presunción —muy manejada— de que podría tratarse de Vladímir Ilich Uliánov se hace

improbable porque, de pertenecerle, no habría razón para que este escrito no hubiera sido recuperado en ediciones posteriores de su obra completa, como la mayoría de sus obras firmadas con seudónimo. Queda en pie la posibilidad de que se tratara de León Davidovich Bronstein o de Gheorghii Valentínovich Plejánov, e incluso se postuló (Vasili Kyriakov, *Una herramienta revolucionaria*, **Revista de la Academia de Ciencias Sociales de la URSS**, Moscú, 1950) que el trabajo podía deberse al propio Iossif Visariónovich Djougachvili, pero el llamado Stalin no solía acometer, en esos tiempos, ninguna tarea intelectual. Sin embargo, el tenor del escrito podría sostener esta hipótesis: el anónimo autor afirma que la lectura de **La Destinée** estuvo obstaculizada durante décadas por la consideración de los objetivos de la revuelta y que ahí está el error: que lo importante, la verdadera utilidad del escrito está en la descripción de unas formas de organización y de acción que pueden adaptarse a otros fines. Y que vale la pena intentarlo. «No hay que confundir —decía el opúsculo, hacia el final— las formas con sus contenidos. Y si las formas nos sirven, usémoslas para nuestros objetivos, hagámoslas nuestras.»

Hay otras referencias, pero no es conveniente citarlas por ahora. Baste señalar que, tras siglo y medio, una nueva versión, con muy ligeras correcciones, ocupó el lugar de la **edición Saint-Just**: es la edición, traducida a media docena de idiomas, establecida por un equipo de la Academia de Ciencias de Leningrado, encabezado por Vasili Kyriakov, y publicada en 1957. Dentro de los límites que le impuso su forzada ignorancia del escrito original y sus premisas ideológicas, el trabajo es admirable. <<

[4] «**aprendió su idioma y sus costumbres**»: se debate, pero Juanca nunca dijo que hubiese aprendido los modos de la vida larga entre «los barbudos» con quienes pasó su juventud. Aunque hay datos que permiten sostener esta idea. Juanca lo dice en la página 456 —capítulo 3—, cuando habla por primera vez de la Larga a las mujeres: «Nací en la Casa, pude conocer pueblos: sé que hay otras maneras de la vida.»

Sobre la vida de Juanca entre «los barbudos» sabemos muy poco: más que nada, lo que dicen sus enemigos. Un «papel» —octavilla— seguramente publicado por la Casa en los primeros tiempos de la revuelta —citado en la *edición Thoucqueaux*— se refiere a ella: «Hicimos esta Ciudad con nuestra muerte en la cabeza. Tenerla nos hizo diferentes. Saber que no nos lleva a nada nos hizo mejores. Uno que viene de los que no lo saben ni lo aceptan, uno que viene tan de los abajos, quiere acabar con la base de nuestra diferencia. Quiere hacernos los mismos que los otros, viene a ser: peores...»

El dibujo es, quizá, más revelador que la leyenda: bajo estas palabras, la imagen de un hombre alto y seco, desgarbado, vestido con ridículo sayo, se inclina sobre un campo de papas bajo el látigo de un hombre desnudo, con breve taparrabos y una gran barba que le cubre el pecho. Los rasgos son confusos, salvo los ojos, miedosos, suplicantes, del labrador con sayo: el supuesto Juanca.

Desde que empezó a desarrollarse, a principios de siglo, la hipótesis de la ubicación latinoamericana de la Ciudad y las Tierras, se pensó, lógicamente, que «los barbudos» debían ser españoles (intuición que nuestro descubrimiento de la identidad de Jushila —el fraile José Luis de Miranda, [ver nota 1, cap. 1](#)— confirma plenamente). De allí a sostener que la vida larga es una «caricatura», una versión deformada —por error o interés— de la supervivencia cristiana de las almas, hay un paso riesgoso que dieron más de dos.

La «hipótesis de la caricatura» fue de las primeras y se difundió veloz y fuerte ([ver nota 4, cap. 2](#)). Pero, en sus antípodas, ya en 1911, en uno de sus últimos artículos (*Baldón, ABC*, Madrid, 13 de junio de 1911), Marcelino Menéndez y Pelayo despotricaba a propósito de la publicación en Barcelona de una edición castellana de *El Destino de la Revuelta*: «Caracterízanse nuestros tiempos, es fama, por una recrudescencia de barbaries. Pero lo que hace a los paganos del siglo más temibles que nunca es que no dudan en recurrir indistintamente a fuerza o a perfidia en la procura de sus fines. Para lo cual buscan ejemplos, que no faltan, por doquiera que sea. Y ahora vienen a encontrarlo en este opúsculo, baldón de imprentas, horror de guillotinas...» La entrada en materia es feroz: el objeto de su odio es, en realidad, que se use «para la difusión del desespero ateo la más legítima aspiración de todo creyente. La perfidia de simular que aquella espiritualidad que nunca pudieron

conocer les es cercana y que lograron alcanzarla por los caminos más inverosímiles, los atajos más viles, los más hediondos atascaderos en verdad...».

Se equivocan todos los estudiosos. No podían, en realidad, no equivocarse: dicen lo que dicen por su desconocimiento de la tradición calchaqui, y no podían conocerla. Sólo el descubrimiento de ***La Historia*** nos permite entender la revuelta por la Larga, sus orígenes y desarrollo, y situarla en su contexto verdadero. Así vemos que la vida larga está inscrita en la tradición de Calchaqui sin necesidad de influencias externas. La prueba de ello, si hiciera falta, es que, tras la derrota, los habitantes de Calchaqui no se plegaron al cristianismo, que les ofrecía una versión renovada y facilitada de vida después de la muerte, sino que se opusieron a ella y se dejaron morir en el convencimiento de que su Larga los seguía esperando. <<

[5] «**ahora es el momento**»: ya hemos visto la tendencia de Oscar a convertir la historia de su pueblo en una sucesión de iniciativas individuales. Es lógico, en su posición, y teniendo en cuenta el paso que se dispone a dar. Esta tendencia falla un poco en el relato de la revuelta. Aunque Oscar la presente como la iniciativa de un miembro de la familia gobernante —«de nuestra sangre tenía que ser el que...»— e insista en la influencia de Juanca y el soldado Jaime sobre el desarrollo de los hechos, pronto se van encadenando en su relato situaciones que los desbordan. La narración se le va, por momentos, de las manos: quizá porque estaba contando hechos demasiado conocidos, sobre los que circulaban versiones consagradas que no le permitían adaptarlos a su gusto. Lamentablemente, no conocemos ninguna de esas versiones, pero su existencia se vislumbra en cada párrafo de este capítulo 3.

En la situación en la que se encontraba, en la víspera de su Declaración del tiempo, Oscar podría haber supuesto que, si era consecuente con sus decisiones, su versión podía llegar a ser la única, por desaparición de todas las demás; es probable que no se atreviera a imaginar tanto, o que sea cierto que hasta último momento no tuvo una idea clara de lo que iba a hacer. Y es probable que, al dictarle a Jushila su resumen de historia, actuara más como un biógrafo que como un soberano.

Los libros sólo se hacen únicos después. Nadie piensa, en el momento de contar algo que muchos han contado, que su versión terminará por ser, alguna vez, la única. La idea debe ser más terrorífica que alentadora y, sobre todo, esquiva: quizá, si sus cantores hubieran supuesto que sólo quedaría su versión, los aqueos no habrían necesitado diez años para tomar Troya, o el Mío Cid no hubiera abandonado tan pronto su promisoria carrera de general cadáver.

Aunque el relato, queda dicho, se le va por momentos de las manos, Oscar logra atribuir casi por completo a Juanca la inspiración, el origen de la pelea por la Larga, que se presenta como un rapto individual: un hombre que, por las razones que fueran, tiene una idea, convoca a un grupo de viejas marginales, las lanza a la pelea y conmueve los cimientos de su patria. No es extraño que los revolucionarios románticos de diversos tiempos y lugares tomasen la *Destinée* como espejo y modelo. La realidad, por supuesto, fue mucho más compleja que esta novela rosa; sólo podemos reconstruir —parcialmente— algunos de sus aspectos.

Entre los elementos que conformaron las condiciones objetivas que favorecieron la revuelta están:

a. *la forma del tiempo del soberano 15*: Ernesto, en el poder al inicio de la revuelta, planteaba un avance progresivo y lineal sin vuelta atrás ni repetición alguna: un tiempo ligeramente angustioso en su relación con el futuro. Es el único elemento que

Oscar acepta y nombra en su relato —seguramente, porque corresponde a su preocupación presente.

b. *la falta de dioses*: el proceso es largo, desde que el soberano 2, Carlos, arrampla con los dioses de los antiguos (ver cap. 3, pág. 547). Está claro que no desaparecieron de un plumazo (ver nota 42, cap. 2), pero es probable que después de una docena de soberanos —entre dos y tres siglos— ya no tuvieran influencia real. Se forma un vacío de poder espiritual: cuestiones que suelen pertenecer al terreno de lo religioso, como las posibles vidas posteriores, se convierten en asunto civil. Por lo tanto, es posible actuar contra el poder civil para alcanzarlas. Lo cual no habría sido sensato si se hubiese mantenido el sistema religioso, porque no es fácil complotar o manifestar contra los dioses.

c. *la falta de direcciones y alicientes*: la de Calchaqui es, en el momento de la revuelta, una sociedad que ha perdido su impulso inicial y no encuentra otro. Está aburrida. El cambio de tiempo —que puede tardar una vida en llegar y, en el mejor de los casos, le sucede sólo dos o tres veces a cada habitante— ya no alcanza para enjugar las expectativas de mejora. El movimiento —previo— de las muertes bellas es la expresión inorgánica y desesperanzada de ese hastío que toma forma positiva en la revuelta por la Larga.

d. *la crisis económica*: no tenemos datos precisos, pero sí indicios importantes. El hecho de que comerciantes acaudalados (Joaquín y Jose, dueños de depósitos, ver) o personas o incluso un consejero de la Casa (Jacobo, ver cap. 3, pág. 514) participaran de la revuelta muestra que el descontento era general, lo cual no es probable en una situación de bonanza. Aunque la economía de la Ciudad y las Tierras no dependía de factores estacionales, porque tanto las máquinas como los perfumes podían fabricarse bajo la adversidad climática, no es improbable que el brutal terremoto (ver abajo) en el oeste haya restringido los mercados de exportación. Y, por supuesto, la llegada de los barbudos provocó, sin dudas, un colapso general del sistema de intercambios.

e. *el gran ausente*: según todos nuestros cálculos, el gran terremoto que sacudió las provincias argentinas de San Juan y Catamarca entre 1521 y 1523 tiene que haber producido miles de muertos en las poblaciones locales. Si bien no es probable que sus efectos destructores hayan llegado hasta la zona de la Ciudad y las Tierras, es imposible que sus repercusiones no la hayan alcanzado. Y que, ante tanta muerte indiscriminada, no surgiera en la población la necesidad de alguna protección o consuelo que fecundó el terreno para la revuelta. Curiosamente, ninguno de los escritos que hemos podido consultar lo nombra; debía estar demasiado fresco como para que lo consideraran necesario. <<

[6] «**la puerta y escapar: perderse**»: vale la pena ver cómo la crítica tradicional siempre se equivocó con esta frase, a fuerza de leerla a partir de sus prejuicios: el verbo *perderse* era interpretado en su sentido religioso —como se pierde el alma de un pecador. A partir de esa base errónea, Du Tertre, sin ir más lejos (*Les conjurés*, París, 1919) desarrolló un sistema de inferencias sobre las simpatías del Narrador hacia el bastardo Juanca. Du Tertre interpretaba el párrafo como un *lapsus calami*: si Oscar consideraba —casi sin querer— que escapar de la reunión de las primeras viejas era «perderse» —condenarse—, era porque acordaba con los planteos de Juanca y de la vida larga.

Es probable que, por una vez, Du Tertre no se haya equivocado en sus conclusiones —aunque, por supuesto, sus razones no fueron las correctas.

Hay razones sentimentales: Oscar puede reconocerse en uno de su sangre aunque la haya provisoriamente traicionado. Pero, sobre todo, Juanca es uno de los personajes que más radicalmente cambiaron la vida de Calchaqui. Considerando la forma del tiempo que Oscar está por adoptar, esa calidad de Juanca tiene que aumentar la identificación. Para Oscar, Juanca es alguien que se dio el enorme gusto de decir Todo saliendo de un viaje por la nada. Oscar, en el momento que sucederá a su dictado de *La Historia*, estará tratando de decir Nada saliendo de una forma del todo —seguramente porque decir Nada es el único cambio que su posición le permite.

También cuenta el hecho de que Juanca, finalmente, traicionó a sus segundos y terceros y ayudó a encauzar la revuelta en beneficio de la Casa: al fin, fue él quien permitió que la conquista de la Larga, en vez de debilitar, reforzara el poder de la Casa en la Ciudad y las Tierras. Aunque supongo que este argumento es casi banal. Se diría, a juzgar por lo expuesto, que la admiración de Oscar por Juanca es aún mayor que la que está dispuesto a explicitar en su relato, y que la contiene por razones obvias.

Es probable que lo atrajera, sobre todo, el hecho de que Juanca realmente inventó algo. Suele suceder en las revoluciones: el personaje que las encabeza —siempre hay un personaje que las encabeza— aparece como un creador, casi un artista, desligado de las banalidades y máculas de lo cotidiano. Y, por lo tanto, ese personaje suele resultar seductor para los espíritus aristocratizantes, que admiran el tinte de gesta individual —heroica, es la palabra— que parece cubrir sus acciones. Lo que les resulta más difícilmente tolerable es la figura de los segundos y terceros, los bajos ejecutores de esas creaciones, que sí tienen que enfrentarse con las vulgaridades de la realidad. En general, las revoluciones les resultan atractivas mientras no se realizan o, a lo sumo, en los momentos inmediatamente posteriores a su triunfo. Después, cuando se convierten en una instancia de poder, se embarran en el posibilismo y,

además, pueden amenazar sus posiciones. Por eso los despliegues de odio y de desprecio —tan abundantes en el relato de Oscar— dirigidos al soldado Jaime, que no reúne ninguna de las condiciones que favorecen al bastardo de la Casa.

La pelea entre el soldado que quiere acumular por medio de la organización y el bastardo que se mueve por golpes de teatro —dos formas consagradas de la intervención política— está contada con simpatías evidentes. El bastardo es altivo y desinteresado; Jaime es calculador y metódico. Se podría decir que la figura del soldado —antiguo, minucioso, obsesivo, feo, falto de elegancia— concita todos los odios aristocratizantes de Oscar que, por el contrario, se rinde una y otra vez ante el príncipe desdeñoso que cautiva con su sola presencia. Se podría decir que Oscar encuentra en Juanca un espejo para lo peor de su persona.

Las simpatías —o, al menos, ambigüedades— del Narrador aceptan otras hipótesis. Pero, en cualquier caso, está claro que la acepción de *perderse* es otra: aquí, vale claramente por irse, desaparecer, despistar a sus perseguidores posibles. Parece evidente que la mujer que «se perdió» debía pertenecer a la Red.

La Red, como queda dicho, era un circuito de informantes que alertaba a los cremadores sobre cualquiera que quisiera escapárseles hacia otros ritos funerarios —«elegir su muerte», en el lenguaje de la Ciudad y las Tierras. Los miembros de la Red eran obligados a colaborar bajo amenaza de castigos; muchos, al principio, se resistían; pocos, después, seguían considerándolo molesto. No está claro que recibieran beneficios directos: quizá sí; en cualquier caso, la sensación de manejar informaciones secretas y, sobre todo, de poder determinar el destino de sus paisanos, los llenaba de una satisfacción que no querían perder: les creaba hábito.

Bajo el soberano 13, Atilio, la paranoia de su tiempo (de los Ritmos Esenciales, [ver nota 19, cap. 1](#)) perfeccionó tanto los sistemas de control que dejaron de intentarse escapes. La Red estaba dirigida por un funcionario de la Casa, que respondía al consejero de Vulgos ([ver nota 10, cap. 1](#), y [nota 13, cap. 2](#)). El consejero de Vulgos, en esos días, se llamaba Jose: ante la parálisis de la Red por falta de objetivos, decidió crear una sección que se dedicara a difundir el atractivo de la fuga para morir en el desierto. Sin ese trabajo, la Red se habría quedado, en breve, huérfana de enemigos que buscar.

La sección fue casi clandestina y operaba con extrema eficacia. Sus agentes solían denunciar a los mismos que habían convencido de que huyeran: el mecanismo de retroalimentación le devolvió a la Red el poder que había estado perdiendo. Sabemos que Jose la justificó diciendo que el control de los que querían escapar le servía para enterarse de muchas otras cosas; sabemos que le dijeron que su explicación no convencía, porque no estaba claro qué otras cosas podían ser más importantes que la elección de cada muerte. Sabemos, también, que muchas de las viejas que acompañaron a Juanca en los inicios habían sido convencidas por agentes de la



sección especial de la Red.

Como queda dicho, la mujer que se perdió debía pertenecer a la sección. Lo que no está claro es que fuera, como insinúa la crítica soviética —Kyriakov, más que nada, y ¿Stimmer?, [ver nota 17, cap. 1](#)—, del cuerpo de espías de la Ciudad y las Tierras. Los espías, ahora lo sabemos, cumplían funciones ligeramente diferentes. En la *edición Thoucqueaux* hay un resumen de lo que parece ser un **Reglamento** para sus actividades. Los puntos principales son:

- Los espías deben ser, en todo momento, 25.
- Los aspirantes deben registrarse ante el consejero de Vulgos. Cuando aparece una vacante, el consejero convoca al elegido para ofrecerle el nombramiento.
- Los espías son de conocimiento público y deben usar el distintivo de su oficio. (*¿Cuál era?*)
- Los espías no pueden conseguir informes sobre guerras o planes del consejero de la Casa.
- Los espías pueden conseguir informes sobre tráfico, caravanas, fórmulas de perfumes o máquinas, planes de demás consejeros, declaración próxima de un tiempo, situaciones sexuales.
- Los espías no pueden dar tormento para conseguir sus informes.
- Los espías pueden amenazar con informes falsos para conseguir sus informes.
- Los espías no pueden producir informes falsos.
- Los espías pueden producir informes incompletos.
- Los espías no pueden disfrazarse o negar su condición, si les preguntan.
- Los espías pueden conseguir sus informes donde sea: pueden hacerse amigos, pagar bienes, conchabarse en trabajos, viajar, cambiar informe por informe con colegas, cambiar informe por informe con cualquiera, deducir, inferir, entrar de noche en los lugares.
- Los espías no pueden robar.
- Los espías pueden tener patrones fijos y pueden no tenerlos.
- Los espías no pueden tener menos de dos patrones fijos, si es que tienen.
- Los espías pueden subastar en público sus informes al mejor postor.

De donde se deduce que el espía funcionaba en la Ciudad y las Tierras como un medio de comunicación. Su utilidad consistía en hacer llegar a quien correspondiera determinada información; su habilidad, en convencer a la mayor cantidad posible de

clientes de que estaba trabajando para cada uno de ellos y que simulaba trabajar para otros sólo para conseguirle la información pedida. Los espías trabajaban mucho con los celos y envidias de sus clientes. No era fácil, pero era necesario.

El más celebrado de los espías de Calchaqui fue Joaquín, que vivió en tiempo del soberano 8, Aldo, de las Causas y Efectos ([ver nota 7, cap. 2](#)). En la *edición Thoucqueaux* hay fragmentos de su biografía, a cargo de una Esther:

«... tanto hablaba que era muy difícil decirle. Muchos cayeron en la trampa: desesperaban por decirle. Se encontraban en un tugurio en el que una cantaba: se bebían sus cocciones y charlaban. La cantante era mala o muy buena, pero no la escuchaban. El otro podía ser un traficante fuerte, el primer ayudante de un consejero de Máquinas, la biógrafa que sabía todo sobre la Madre del Hijo con Padre agonizando. Joaquín le contaba durante horas un banquete sucesivo al que había ido unos días antes. Describía cada cual de los platos; encontraba nombres para los gustos más extraños, colores para los aromas: no paraba. O recordaba con tremendos detalles el camino donde desbarrancaron, dos estaciones antes, las veinte vicuñas del traficante más rico de perfumes: el calor indigesto, los cascotes rodando, el violeta del aire y los gritos, a lo lejos, de unos primitivos. O le pintaba en sus minucias la muerte de un Cambiado que creyó que tenía otra manera de acabarse y es un Brutal, que quiere compensar los elementos para saber cómo le llega, tiene un Pensamiento de Lo Que Será —la Ciudad en llamas, destruyéndose, y la Ciudad reconstruida resplendente, donde no se sabe cuál es el bueno y cuál es el terrible, para alguien que se está acabando—, mira con sus ojos muy abiertos una manzana relustrada con brillos de dulzor y un cardo terroso que rezuma amargo, huele de dos cuencos —uno de esencia de jazmín, para dar sumisión, el otro de cocción de colibríes, para dar el júbilo— y además tiene sus dos piernas ya desaparecidas por fricciones: cree que le espera un gran momento de entender y se distrae del miedo. Joaquín no paraba. Ni el otro se le dormía: es un arte que el otro no hable ni tampoco se duerma. Joaquín contaba sin ningún interés: con lujo en sus palabras y mostrando su desinterés, como a quien no le importa que lo escuchen. Sabía que lo escuchaban tanto. Sabía poner una mirada que nadie supo si era de miedo o de desprecio.

El otro desesperaba por hacerse escuchar. Intentaba, pero todo lo que decía quedaba de una importancia nimia. Al final, solía echar mano a lo más secreto que tenía: tirar con todo para pararle el alud de las palabras y que Joaquín lo escuchara un momento. Muchos estaban prevenidos, sabían que era el engaño de Joaquín, y casi siempre caían en la trampa. Era sedoso. Joaquín, como al descuido, oía lo que el otro le contaba y volvía a su banquete o su viaje o su muerte. Ya había hecho su trabajo del día.

Joaquín, llegado a un punto, sabía tanto que no necesitaba contar para ganar sus bienes en brutas cantidades. Varios patronos le pagaban para que se callara sin

preguntarle qué; él, a veces, contaba horas un secreto sabido. No a nadie: al que se le cruzara: nada más para asustar un poco. Otras veces se lo contaba a alguien: se ganaba más bienes. Algunos le pagaban nada más por no verlo: el miedo de contarle...».

Joaquín, según su biografía, nunca descubrió o comunicó un secreto importante. Nadie supuso que fuera necesario. Joaquín fue un personaje muy recordado: el espía más celebrado de la Ciudad y las Tierras, el modelo. Por eso, entre otras cosas, es evidente que se equivocan los soviéticos. <<

[7] «**y nos haría vivir todo de nuevo**»: en esta frase del primer discurso del bastardo, repetida hasta la saciedad, se basa la mayoría de las interpretaciones que se hicieron sobre su idea de la vida larga. La discusión, que hizo furor en la Ciudad y las Tierras tras el final de la revuelta, se refleja exhaustivamente en el capítulo 4 —La Cuarta.

<<

[8] «**La Nena hizo el sorteo**»: el tema de la suerte es uno de los más controvertidos en la Ciudad y las Tierras. La suerte —deberíamos decir: la idea del azar— es una conquista tardía de los hombres. Nuestros primeros antepasados no consiguieron suponer el azar: en cuanto se preguntaron por los porqués del mundo, trataron de creer que todo tenía causas y causantes: era más tranquilizador. Solían pensar que cada gesto, desde la tormenta hasta la germinación del grano, era causado por algún espíritu eficaz, y tardaron milenios en suponer que el encuentro fortuito de dos o más fenómenos podía producir un resultado imprevisible. Hasta entonces, como queda dicho, eran los dioses y demás espíritus los que estaban en el origen de las cosas.

En Calchaqui, como en toda sociedad avanzada sin dioses verdaderos, la suerte definía y, por eso, había profundas polémicas sobre sus características y efectos. Por eso no hay que dejarse engañar por la seguridad y convicción que intenta mostrar el *Tratado de la Suerte*: sabemos que muchos de los puntos que presenta como fuera de toda duda estaban sujetos a las más duras controversias.

El *Tratado de la Suerte, o su Suerte*, citado en la *edición Thoucqueaux*, pertenece al corpus de los tratados dialógicos de Calchaqui; presenta muchas semejanzas de estructura y estilo con uno de sus homólogos, el *Tratado del Secreto* (ver nota 14, cap. 1), y parece datar más o menos de la misma época. Pero, a diferencia de aquel, el *Tratado de la Suerte* es abstruso y trata de mostrar todo el tiempo que no puede definir casi nada. Tras una serie de rodeos dialécticos, empieza por mostrar que la suerte es muy difícilmente cognoscible (el *Tratado* es farragoso: para entender sus grandes líneas, alcanzará con citar sólo algunos de sus fragmentos):

«9. DE SUS ANUNCIOS

—¿Cuándo hay?

—¿Cuándo qué, hay, pregunta, usted?

—Cuándo hay la suerte, narichato.

—Lo veo. Hay nada más cuando ya trajo algo.

—¿Entonces nada más hay cuando ya hubo?

—Usted lo dice, maestrante: nada más cuando hubo. ¿Y nunca hay antes, que se pueda saber? ¿Nunca se puede saber antes?

—¿Usted pregunta?

—¿Usted no lo pregunta?

—Yo, pero yo soy el que pregunta, entienda, pernitorto. Dicen tantos que hay modos

de saber cuando les llega. ¿Qué modos hay, me dice?

—Distintos para la buena y mala, aunque no sean distintas, maestrante.

—¿Cómo así?

—¿Le digo?

—¿Usted pregunta?

—Le digo. Para la buena hay: un colibrí le entra en la casa; ve cinco veces al mismo amigo en un día mismo; supone la palabra que está por decir otro; se golpea el ojo izquierdo con rama o con telita...

—¿Y si esos pasan, la suerte siempre le trae buenas?

—No siempre, pero a veces, maestrante.

—¿Y los anuncios, dedimocho, se los trae la suerte?

—Ella será, supongo.

—Se los trae la suerte. Cada anuncio de buenas es una buena ya, porque lo alegra. ¿Pero cada anuncio de buenas le hace gastar un poco de su suerte buena?

—Quién lo sabe, maestrante.

—Y hay anuncios también para la mala.

—Hay, los hay.

—Dijo que los había: ¿cómo así?

—Para la mala hay: un colibrí le entra en la casa y se le muere; ve tres veces a la misma mujer en un día mismo; lo asusta un pensamiento que no sabe cuál es; un pollo rompe un huevo cuando usted pasaba...

—¿Y si esos pasan, la suerte siempre le trae malas?

—No siempre, pero a veces, ya se lo dije, maestrante.

—Así que son iguales. ¿Y los anuncios, nalguiespeso, se los trae la suerte?

—Ella será, ya se lo dije, le supongo.

—Se los trae la suerte. Cada anuncio de malas es una mala ya, porque lo aterrera. Pero cada anuncio de malas le hace gastar un poco de su suerte mala.

—¿Entonces son de buenas los anuncios de malas, que le gastan la suerte que le daba malas, y malos los de buenas, que le gastan la de darle buenas?

—Es así si el anuncio no trae lo que le anuncia.

—Y eso pasa muchas de las veces, maestrante.

—Por eso digo. Es raro, pedigordo: ¿lo sorprende?»

El párrafo está permeado por un planteo engañoso, porque se basa en una idea que no fue establecida previamente: que la tasa de suerte es fija para cada individuo. Y la usa para llegar a una de sus conclusiones más osadas: que los anuncios de mala suerte son convenientes —si se corre el albur de que no se realicen— porque gastan la tasa de mala suerte y, en viceversa, malos los de buena suerte —si se corre el albur. Su fuerza está en que puede cambiar la reacción ante un anuncio e induce la sospecha de que cualquier previsión es opinable: se puede encontrar consuelo en un augurio desfavorable, y preocupación en uno muy propicio.

Pese a estas paradojas e imposibilidades, el párrafo 10 postula, con cierta resignación, que las cosas «que nos trae la suerte son el mundo: un manojito de bienes, un recuerdo, amputar una pierna, el rumbo en medio de la noche, una mujer, de nuevo esa mujer, el ladrido de un perro en la neblina, gran cantidad de bienes, un dolor en la panza, su remedio, el secreto de un tráfico fecundo, la victoria, una segunda melodía, otra mujer faltando aquella, otra mujer y aquella, un pistón golondrina, la mejor vista de la Ciudad y las Tierras, la idea de un perfume, la idea de un perfume fétido, todo, casi todo».

Y, después de varios rodeos, el *Tratado* termina por definir la suerte como una fuerza igualizadora que, de alguna manera, serviría para equilibrar injusticias. Pero sin dejar de insistir en que es, por imprevisible e incontrolable, demasiado confusa: que pensarla no valdría la pena. De hecho, su conclusión lo dice casi sin tapujos:

«16. DE LA SUERTE

—Supimos, cochifrito: la suerte sirve porque nadie la sabe. Es un camino por el que llega cualquier cosa, todas, pero nadie sabe dónde empieza: nadie puede seguirlo. Un anuncio de buenas puede ser buena o mala, uno de malas mala o buena: quién dirá. La suerte sirve porque nadie la tiene: a cada cual le cae o se lo esquivo. Sirve porque es inútil conocerla: si alguien pudiera, ya no sería suerte. Hablar sobre la suerte, truchimán, es un esfuerzo tonto. Hablar sobre la suerte es compensarla.»

El *Tratado*, sin embargo, no se dedica a la suerte en los juegos de gran difusión en la Ciudad, como las adivinanzas ([ver nota 51, cap. 1](#)): esa sería una forma menor, y aquí se trata, sin dudas, de la suerte en un sentido más amplio, el origen causal de gran parte de lo que sucede en una vida. También es curioso constatar que tampoco se refiere a los subterfugios o maneras con que los calchaquis intentaban controlar la suerte en beneficio propio: sus cábalas y albures. Es probable que su silencio sea una forma de descalificarlos; sin embargo, el *Libro de Usanzas*, que no deja rincón sin sus consejas, se refiere profusamente a ellos. Entre esos octosílabos hemos elegido:

«Entusiasta ata la pata

del gallinazo a la rata:  
uno pica, la otra muerde,  
se desata el alboroto,  
sangre mana y no se pierde.  
El hombre que la recoge  
y que con ella se moje  
lo profundo de su escroto  
podrá pedirle a la suerte  
unos bienes, otra muerte,  
una buena caravana,  
la comida más intensa:  
puede creer que el mañana  
le traerá su recompensa.»

Notable: por una vez, una conseja del **Libro** no esboza la menor crítica de la práctica que resume, ni utiliza esa práctica para definir diferencias sociales ni para lanzar admoniciones. Habrá que pensar que el tema de los amuletos era demasiado serio como para utilizarlo con otros fines. Por eso, con humildad, esta conseja se limita a reseñar algunas maneras posibles:

«Piedra con forma de mano,  
pájaro con alas nuevas,  
collar de pequeñas huevas,  
huesito de un muerto sano,  
raya roja en la nariz,  
la palabra beriberto,  
la canción de los mamertos,  
un bocado de regliz,  
son maneras poderosas.  
El que sabe y el que osa,  
el que puede y las controla,



sabe que todas las olas  
trabajarán para él;  
la suerte le será fiel:  
sumisa, la caprichosa.» <<

[9] **«del Mercado nadie usa sombreros»:** la referencia es sorprendente, porque en ningún otro pasaje de la obra se habla sobre el uso de sombreros —salvo en lo que respecta a los barbudos, bien diferenciados. «En la plaza del Mercado nadie usa sombreros, para marcar la gentileza», dice el párrafo. Podemos pensar en un error de traducción: que se haya tomado por sombreros lo que en realidad era la tela en la cabeza o enturbantada. Según la tabla de los significados de la tela ([ver nota 28, cap. 2](#)), la tela en la cabeza significa «desinterés del mundo» en los hombres y «tremebundo dolor» en las mujeres. No mostrar estos estados puede interpretarse, en efecto, como una deferencia hacia los demás. Aunque no hay nada más difícil de conocer en un pueblo extranjero que las reglas de la gentileza. <<

[10] **«queda uno nuevo... igual que el desechado»:** el mecanismo de fabricación de los cañitos está bien resumido en la página 459: el equipo consistía en un caño de metal de 20 centímetros de largo por 2 de diámetro, un cilindro de resina de la misma longitud y el diámetro necesario para que cupiera exactamente dentro del caño, la cantidad de resina necesaria para hacer otro cilindro igual y una ollita para calentar la resina. Como queda dicho, una vez calentada la resina se la vertía en el caño de metal mientras se retiraba paulatinamente hacia afuera el cilindro: la resina líquida iba ocupando el lugar del cilindro y, al enfriarse, formaba un cilindro igual al anterior. Después, se calentaba el primer cilindro para convertirlo en resina líquida y se repetía la operación de vaciado. Y así sucesivamente, cuantas veces fuera posible.

Sabemos que el cañito tuvo gran difusión y era usado como juego supuestamente educativo. Las competencias eran arduas: podía participar cualquier cantidad de jugadores y ganaba el que consiguiera repetir la maniobra más veces antes de quedarse sin resina (obviamente, en las muy numerosas manipulaciones el material se iba perdiendo hasta que quedaba la cantidad suficiente para un solo cañito). En eso consistía la lección del juego: mostraba que las cosas no se gastan por el tiempo sino por la desaparición ([ver nota 30, cap. 2](#), sobre el Museo y la destrucción de las cosas). Ahora diríamos que educaba sobre la entropía: sabemos que las competencias, que empezaban en medio del jolgorio, entraban en etapas cada vez más pesimistas y apesadumbradas. Solían terminar en medio de llantos o lamentos y, a veces, frases y canciones sobre la pequeñez de la existencia.

Pero el interés pedagógico era la excusa: el juego permitía apuestas enormes, que podían llegar a arruinar a los participantes. Además, exigía una gran preparación física y moral: el tiempo necesario para que desapareciera la cantidad de resina que conformaba un cañito podía ir desde medio día —para los jugadores más inexpertos— hasta ocho o diez para los grandes campeones. <<

[11] «**perfumes demasiado falsos**»: el adverbio «demasiado» puede parecer retórico, pero no lo es. Las cantidades de falsificación que aceptaba un objeto en la Ciudad y las Tierras estaban graduadas cuidadosamente.

Definir hasta cuánto un objeto seguía siendo el mismo pero falso. Cuándo pasaba a ser otro (cuándo se superaba el grado de falsedad que lo transformaba en otro). Cómo se definía un objeto verdadero. ¿El que supera el grado de falsedad tolerable y pasa a ser otro, es verdadero a su vez? ¿Se podía falsificar (es como el error?)

En épocas, un grado de falsedad era muy apreciado: demostraba que el hombre podía tanto o más que la naturaleza. Pero había mucho cuidado en no excederse (desarrollar). Citar el ensayo de Fanon, *El falso en las sociedades periféricas*. (El centro define la autenticidad de la producción cultural. Lo falso —falso según los criterios centrales— es la única posibilidad de creación que le queda a los países dependientes. Los centrales lo definen como falso para atraparlo dentro de sus modelos y despojarlo de sus potencialidades subversivas. Hay que reivindicar lo falso: nuestra única verdad está en la falsificación de sus verdades colonialistas. Cómo se aplica esto a Calchaqui? Si cito a Fanon puedo quedar expuesto a ciertos ataques: justificar bien o no ponerlo.)

La gran industria era hacer falsos muy buenos (perfumes, por ej.). En el sector más vulgar del mercado vendían perfumes verdaderos, o los exportaban para los tontos. Ellos usaban los falsos, que son mucho más meritorios: creación del hombre, no azar de la naturaleza (los otros pueblos los compraban porque creían en dioses: para ellos los verdaderos —naturales— eran producto de los dioses, y eso los hacía valiosos. Por eso los calchaquis los despreciaban más: sabían que lo meritorio eran las creaciones de los hombres, o sea: los falsos. ¿Cómo se relaciona esto con la restauración divina que está pensando Oscar?). <<

[12] «**la palabra que dijo era tahuiti**»: curiosamente, entre todos los documentos acumulados en la *edición Thoucqueaux* no hay, como sería de esperar, una gramática o, al menos, una descripción cuidadosa del idioma de la Ciudad y las Tierras. Todo lo que nos ofrece es un fragmento de diccionario y un par de comentarios sueltos: de ellos —y con la ayuda del escrito de fray Francisco Romano, ya citado ([ver nota 24, cap. 1](#))— podemos sacar algunas conclusiones provisionarias.

La traducción de Alphonse des Thoucqueaux nos ha privado del conocimiento del idioma original, del que sólo tenemos datos muy dispersos. Y los que tenemos sobre otros pueblos de la región no nos ayudan: la lengua de la Ciudad y las Tierras parece haber sido un enclave dentro del panorama lingüístico circundante. Sabemos que se escribía, pero ignoramos si esa escritura era ideográfica, silábica o fonética, aunque una leyenda de los dioses de los antiguos nos dirige hacia esta última posibilidad ([ver nota 18, cap. 3](#)).

Sabemos que no tenía **verbos** en presente, porque el presente describe lo que se está haciendo y, por lo tanto, no necesita una descripción que si no es redundante será distinta de lo que sucede ante los ojos de quienes hablan y escuchan. Un tiempo —que podríamos llamar «presente oculto», aunque con reservas— se usaba para describir lo que sucede en ese momento en otros escenarios: era una especie de potencial —«estaría viniendo»— porque nunca se podía tener la certeza de su acierto.

No conocemos los demás **tiempos verbales**. Suponemos que hubo muchos tiempos verbales diferentes: es probable que cambiaran cuando un nuevo soberano anunciaba un cambio de tiempo radical. No sabemos cómo se conjugaban los verbos.

Sabemos que los **sustantivos** solían formarse por acumulación de prefijos y sufijos alrededor de una raíz que provenía de una forma verbal. Los sustantivos podían acumular sentidos, formando conceptos complejos.

Sabemos muy poco sobre los **adjetivos** puros. Sospechamos que, en la mayoría de los casos, la función adjetiva estaba integrada en el sustantivo.

No conocemos los **artículos** y **pronombres**. No estamos seguros de que hubiera.

El fragmento del diccionario que ha llegado hasta nosotros es escueto; sólo sirve para darnos una idea del funcionamiento del idioma de la Ciudad y las Tierras:

**Tauiti**: sust. y adj., de *ta-* (*fuera*) y *-uiti* (*caminar, andar*): borracho, ebrio. Descarriado (un animal).

**Tauitin**: verb., de *tauiti-* e *-in* (*terminación verbal*): perderse, equivocarse el camino, salir precipitadamente. Embriagarse.

**Tautinp:** sust., de *tautin-* y *-p* (*sufijo de gran cantidad*): estampida. Fuga precipitada tras derrota en la batalla.

**Tautinpi:** verb., de *tautinp-* e *-i* (*terminación verbal*): huir con precipitación en la batalla. Viajar fuera de la Ciudad. Descargarse una tormenta.

**Tautinpioc:** verb., de *tautinpi-* y *-oc* (*al otro*): triunfar, cantar a coro. Sobrevivir a una amputación. Acabarse una tormenta huracanada.

**Tautisc:** sust., de *tauti-* y *-sc* (*a propósito*): traición.

**Tautiscar:** sust., de *tautisc-* y *-ar* (*dolor*): traición con sacrificio del traidor. Tentativa —generalmente falsa— de suicidio.

**Tautiscari:** verb., de *tautiscar-* e *-i* (*terminación verbal*): cometer suicidio. En ciertos espectáculos de tortura, se usa cuando el reo colabora para obtener a cambio una muerte más agradable.

**Tautiscch:** sust., de *tautisc-* y *-ch* (*hombre*): traidor. En la jerarquía de la Casa, funcionario de la contabilidad que discutía las cuentas presentadas.

**Tautiscosh:** sust., de *tautisc-* y *-osh* (*bien*): traición para beneficio de su víctima, mentira piadosa.

**Tautiscoshin:** verb., de *tautiscosh-* e *-in* (*terminación verbal*): mentir. Mentir por omisión. Contar la verdad de forma tal que parezca mentira.

**Tautiscsh:** sust., de *tautisc-* y *-sh* (*mujer*): traidora. La que resopla mucho en sus fornicaciones. Ave rapaz de tamaño mediano, semejante al carancho, de plumas más violáceas.

**Tautisquin:** verb., de *tautisc-* y *-in* (*terminación verbal*): traicionar. Resoplar. Controlar.

**Taufad:** sust., de *tau* (*pronto, después*) y *fadi* (*comer*): ayuno, hambre. Esperanza. Saliva.

**Taufadac:** sust. de *taufad-* y *-ac* (*tremebundo*): hambre tremebundo. Campo de sal. Estreñimiento.

**Taufadi:** verb., de *taufad-* e *-i* (*terminación verbal*): sufrir hambre. Preparar los alimentos que van a ser cocinados. Pelar un gallinazo. Besar.

El fragmento es breve, pero alcanza para mostrar que la raíz de acción suele ir en segundo término. Primero va un sufijo temporal, espacial o semejante. Segunda, la raíz activa. Después los sufijos adjetivos. Finalmente, las terminaciones verbales o généricas, que pueden ser varias.

Cualquiera de los sufijos o prefijos puede transformarse en sustantivo si se le agrega

la **u francesa**: *ju*, individuo; *chu*, hombre; *shu*, mujer; *ocu*, el otro; *aru*, dolor; *oshu*, bien; *acu*, algo tremendo; *adu*, algo suave; *oju*, agua; *scu*, intención; *ufaju*, intestino; *tau*, el afuera.

Thoucqueaux incluye después, sin mayores razones, la palabra *taulloc*, que debió llamarle la atención. La palabra *taulloc*, de *tau-* (afuera) *-ll-* (dos) y *-oc* (el otro) parece, a primera vista, intraducible. Afuera de otros dos, sería la idea y, según Thoucqueaux, significa «cualquier espacio o cuerpo que separa dos cosas: pared, desierto, río o calle —en ciertos casos—, cortina, el desinterés, determinados coitos». Según parece, el idioma de la Ciudad y las Tierras solía tener sustantivos que definían no un objeto sino una función y que nombraban, por lo tanto, a todos los objetos capaces de cumplirla.

Fray Francisco Romano habla de la existencia de cinco géneros en el idioma de Calchaqui. «... cinco tienen, que no dos, porque así son de estranos y paganos y poco penitentes. Uno que tienen, el primero, va para las cosas del todo masculinas. Otro, segundo, para las cosas más masculinas que de hembra. El tercero que tienen es equilibrado y dicen ser mitad de cada cual su sexo y algunos dicen que ninguno, pero eso no consiguen esplicarlo. El cuarto, dicen, para las cosas que son un poco más de hembra pero tienen su punto de varón en ellas. El quinto, por fin, son de hembra entera.» Y aclara, más adelante, que los cinco géneros sólo se emplean en el singular —«para las cosas solas»— porque no creen que se pueda determinar el género de un plural y, por ende, son neutros o terceros todos ellos.

Fray Romano da una lista muy escueta de cosas y los géneros a los que sus nombres pertenecen:

«Primero —varón del todo—: todos los perfumes, los hombres cuando no fueron padres, los vicuñas, el viento, el hambre y sus enfermedades, la guerra, las adivinanzas, la nariz, el cuerpo de una hembra.

Segundo —varón, con su punto de hembra—: los ríos, los soldados, las comidas asadas, las niñas antes de ser mujeres, los hombres que ya fueron padres, los tormentos, la boca, lengua y dientes.

Tercero —mitad de cada cual—: los reyes que ellos tienen, nosotros españoles, los insectos pequeños, las partes pudendas de los hombres y hembras, las nalgas, los personajes más acaudalados.

Cuarto —hembra, con su punto varón—: casi todos los árboles y plantas, los guisos, los caminos, los niños antes de ser hombres, los ojos de la cara.

Quinto —hembra del todo—: las vicuñas hembras, las más de las mujeres, cualquier cuento que cuenten, sus casas, el fuego, las orejas, el cuerpo de un varón, el tiempo...»

Pero en los escasos ejemplos disponibles no encontramos nada sobre esta profusión genérica. <<



[13] «**Raquel huele a confianza**»: ¿por qué sólo en el capítulo 3 aparece con denuesto el significado de los olores? (Hay una referencia aislada también en el capítulo 4, pág. 798 —«Javier olía a sumisión», pero no más.) Es preocupante. Como si el 3 —y, por ende, *La Destinée de la Révolte*— tuviera una lógica levemente distinta. Pero eso nos llevaría a sospechar que la integración del 3 dentro del conjunto puede haber sido hecha a posteriori, y es imposible: derrumbaría todo el edificio de nuestro hallazgo. La explicación debe ser otra. Quizá la narración de los hechos revolucionarios, por una razón que por el momento nos escapa, necesita estas referencias, y no los otros hechos. Revisar. <<

[14] «**un pie de la Nena que la llenaba toda**»: son descabelladas las versiones que afirman que el bastardo mandó a la muerte a Raquel para quedarse con la Nena, su hija. El hecho de que ni siquiera el tendencioso relato de Oscar lo insinúe es un desmentido sólido. Pero, además, no tenía por qué: no había nada que le impidiera quedarse con ella en vida de Raquel. Quienes lanzaron esa idea (Du Tertre, sobre todo) trataban de desprestigiar al revolucionario, y sólo pueden ser excusados por su desconocimiento de la moral calchaqui y sus ideas acerca de lo que nosotros llamaríamos «amor». Que no podía ser entendido por quienes no hubieran leído lo que se dice sobre él en el capítulo 4 y en el *Recetario* (nota 58, cap. 3). Y, aun así, no es fácil saber de qué se trata. <<

[15] «**le cortara el pelo: que se iban**»: no están claras las razones por las que el bastardo decidió la fuga en el momento en que todos esperaban su presencia. No parece probable que haya sido por miedo: ya no tenía nada que perder. La interpretación de Jules Michelet, que pretende que Juanca había vuelto a tener algo que perder porque se había dejado atrapar por los encantos de la Nena, y que habría intentado la huida reblandecido por el amor (*Histoire de la Révolution Française*, vol. I, París, 1847, y *La Sorcière*, París, 1862), merece la misma respuesta que se da en la nota anterior (ver nota 14, cap. 3).

Las posibilidades reales son dos: la primera sería que, abatido por la derrota inicial, el bastardo se hubiese convencido de que su proyecto era inviable y quisiera abandonarlo —el profesor Parker B. Johnstone, en su *Towards a Pathology of the Individual Hero*, Boston, 1941, dice que todo hombre que se propone un objetivo aparentemente imposible pasa por un momento de claridad en que toma conciencia de esa imposibilidad; que la salud consiste en aceptar el aviso y abandonar; que los que siguen adelante, técnicamente «enfermos», entran en un proceso de selección natural: como la naturaleza es sabia, no puede permitir que sobrevivan muchos de los que desafían sus reglas. La mayoría muere o se destruye en el intento; unos pocos sobreviven para triunfar y se establecen como mitos. Entonces llegan a la conclusión, aún más dolorosa, de que no consiguieron aquello que imaginaban sino otra cosa —mejor o peor, pero distinta: allí aparecería la llamada «depresión del héroe». El libro fue —injustamente— sindicado como parte de la campaña para que los Estados Unidos no entraran en la Segunda Guerra Mundial, pero nunca pudieron probarse las acusaciones de que Johnstone había recibido dinero del Tercer Reich.

La otra posibilidad es que se haya tratado de un movimiento táctico: «no hay mejor forma de potenciar la *question* —pregunta o problema— que retaceando la *response* —respuesta o réplica», dice el confuso autor de los *Uses of Destiny* (alias Málienkov, ver nota 3, cap. 3). Es probable que así fuera. Lo cierto es que el gambito de la retirada-que-parece-derrota-paravolver-después-triunfante se convirtió en un clásico del modelo de las revoluciones. Es un gesto que podríamos llamar, al límite, de coquetería: incrementar la pregunta retaceando la respuesta, o si no: hacerse indispensable. Marat lo siguió cuando se exilió en Londres a principios de 1790; Lenin lo aplicó cuando se refugió en Finlandia en agosto de 1917, poco antes del triunfo definitivo de los bolcheviques; Perón se hizo arrestar en las jornadas de octubre de 1945; Fidel Castro solía practicarlo para resolver problemas internos. Pero son numerosos, también, los que se pusieron en grave riesgo por cumplir con este paso. Y no son pocos los que fueron derrotados por eso. (Sobre las discusiones acerca de la conveniencia y los peligros de la fidelidad a los modelos, ver sobre todo Vo

Nguyen Giap, *La invención de lo sabido*, in ***Bulletin du Tiers-Monde***, n.º 4, París, 1969.) <<

[16] «**Con un peinado casi de Padre muchos se parecen a un Padre**»: esta es una de las frases que indujeron a diversos investigadores a la confusión de suponer que el título de Padre podía ser casi literal: por supuesto, nadie llegó a pensar en una paternidad directa del soberano sobre sus súbditos, pero sí se arriesgó (Gianpietro Cavalcanti, *Sull'origine di una raza, Rivista di Storia degli Imperii*, VIII, Roma, 1937) que todos los «personas» descendían en línea directa del primer soberano de la dinastía, Alberto. Las historias de varias de esas familias desmienten por completo tal afirmación.

Nada sabemos sobre el origen del título. En realidad, tampoco sabemos cuál era la palabra calchaqui que el vocablo francés *père* intenta traducir. Pero la idea de llamar «padre» al soberano puede tener sentido en un régimen que, como queda dicho ([ver notas 13 y 14, cap. 2](#)), le daba, tras su aparente omnipotencia, poderes muy limitados: una situación muy paterna. Se ha llegado a decir que el poder del soberano de la Ciudad y las Tierras se limitaba a su Declaración del tiempo; sin llegar quizás a estos extremos, parece notorio que la administración del Estado quedaba en manos de los consejeros —que el soberano no siempre podía nombrar o destituir. Oscar lo sabe: esta distancia entre lo aparente y lo real lo preocupa, y el tema de su poder es motivo de diversas reflexiones. Algunas de las más interesantes están incluidas en una de sus biografías fragmentarias, que cita la *edición Thoucqueaux*.

De las cinco formas posibles de biografía fragmentaria ([ver nota 46, cap. 1](#)), la que propone 25 frases o pensamientos del tema es, probablemente, la más «literaria». Era grandilocuente, un poco relamida y carente de esa vitalidad que hace deliciosas a muchas biografías de Calchaqui. No conocemos otros ejemplos de ella: es posible que sólo la merecieran los soberanos, sus hijos y alguna figura particularmente restallante. Por supuesto, como suele pasar en estos casos, es probable que las frases en cuestión hayan sido retocadas por su compilador: por eso su sonido pomposo y ahuecado. Aun así, el escrito es de sumo interés: los pensamientos de Oscar nos permiten ir anticipando su Declaración del tiempo y nos orientan sobre los motivos de una decisión tan drástica y brutal.

«1. Su frase:

“Mi padre Raimundo, el padre del padre del padre de mi padre, era un hombre cabal. Aunque dijo, una vez, entre tantas, a vaya a saber quién, la frase que me preocupa cada tanto: ‘Mientras no lo dé no va a ser suyo’ o: ‘Nunca le va a pertenecer si no lo da’ o: ‘Sólo lo tiene dándolo.’ ¿Qué tengo que dar? ¿Qué podría ser mío? ¿Qué no podría nunca? Me preocupa: ¿cómo puede ser que me preocupe una frase que se dice de formas tan distintas?”

## 2. Saber:

“El mundo está lleno de lo que nunca voy a saber. El mundo es sobre todo eso: lo que no voy a saber, aunque sea mío. ¿Cómo fornicaba Anita con su soldado, por decir? ¿Cómo con otros? ¿A quién le importa? Nadie sabe cómo nadie fornicaba, nunca puede. Ni siquiera los cuerpos más cercanos, ni siquiera esos cuerpos que fornicaban con el cuerpo propio. De esos alguien puede saber nada más cómo son con el propio si fornicaban, pero quién puede saber cómo con otros, sin el propio cuerpo haciéndoles hacer. En verdad: nadie sabe cómo fornicaba siquiera el cuerpo propio, si nunca puede solo.”

## 3. Su belleza:

“Debo ser bonito. Es decir: es necesario que sea bonito, soy bonito. O, mejor: soy la forma en que los hombres son bonitos. Mis pies son un modelo para todo pie.”

## 4. Su padre:

“Me gusta ver la cara de mi padre Ramón, mi padre, cuando empieza un bostezo. Cuando alguien empieza un bostezo, cuando él empieza un bostezo, la primera cara es de terror: se le crispa la boca, se le erizan los dientes, se le hincha la nariz, se le salen de los pómulos huesos, se le escapan los ojos, todo por un momento se suspende: como si la llegada del sueño amenazara otras. Cuando mi padre Ramón, mi padre, empieza un bostezo, a veces creo que yo también puedo ser Padre.”

## 5. Su chinchilla:

“Mi chinchilla está siempre por morir y vive siempre. A cada rato se me ocurre matarla pero ella no sabe: vive siempre. A veces la mato. Aunque la mate, vivió siempre hasta entonces porque no sabía. Para morir hay que saber y tener el tiempo dividido. ¿Cuántas noches pasan para mi chinchilla cada noche? ¿Pasa alguna vez, para ella, una noche? Podría regalarle a vulgos y personas un tiempo en que nadie tenga que saber.”

## 6. Sus gestos:

“Me tranquiliza, me alivia que mis gestos no sean míos ni se acaben conmigo. Me alivia que sean la repetición de los que hice cuando era Carlos o Raimundo y que sigan cuando sea Pedro o cuando sea Mauricio. Me alivia, bien me aterriza.”

## 7. Sus artistas:

“Cuando sea padre voy a tener mis escultores, mis pintores, mis músicos, mis arquitectos. Todos están convencidos de que son mejores que yo: yo no voy a tener nada que no tuviera antes de nacer; ellos, en cambio, consiguieron logros. Por eso están seguros de que son mejores que yo y yo, de tanto en tanto, les hago creer que yo también estoy seguro.”

#### 8. Su envidia:

“No soporto que se desparrame tanta fuerza. El viento que va a ninguna parte, las nubes que vacilan, los ríos que siguen adelante: la fuerza debería servir para algo más que ser. Así, perdida, es demasiado majestuosa.”

#### 9. Sus brazos y piernas:

“Nadie supo por qué, para qué tenemos piernas, o brazos. Porque los tenemos los usamos, dicen: ¿por qué no caminar si están las piernas? Pero no pasaría nada si no estuvieran. Habríamos inventado otras formas. No son inútiles, pero es raro que tengamos tantas formas que no son necesarias, nada más para obligarnos a buscar cómo usarlas.”

#### 10. Su fuerza:

“Me ven con la pena de una nube que me tapa el sol, o jadeando agitado, y se creen que me sacaron algo que les va a servir. No saben que les regalo esa pena, esa fatiga, para que se creen que son parte de mi fuerza. Si me ven débil soy mucho más fuerte, porque se creen que me tienen y ya no están en guardia. Me parece que ningún padre supo todavía cuánto puede hacer un padre con la fuerza que tiene.”

#### 11. Su esfuerzo:

“Como cuando se me cae la piedra que tenía en la mano y tengo que pasarme un rato, después, buscándola nada más para volver a tenerla en la mano, como estaba al principio. No quiero que mi vida sea ese esfuerzo.”

#### 12. Su madre:

“Famosos sus enojos. Me aterraban. Pasó tanto hasta que descubrí que no le importaban a nadie y que todos se hacían por atrás caritas mientras por adelante le mostraban su miedo desbocado.”

#### 13. Su palabra:

“Mi padre Ramón, mi padre, me dijo que tenía que ser un artista de la palabra: el arma que tenemos. Aunque las palabras van a ser las de otros que cuenten mis hechos: vivo para darles a otros la materia que cuentan.”

#### 14. Sus enemigos:

“¡Qué no daría por un enemigo de temer!”

#### 15. Sus hombres:

“Un zorrino no sabe que le agarran su cola, le retuercen su cola, se la colocan con un crac adonde estaba y le atan un palito a su cola por su bien. Un zorrino, cuando le vienen a curar su cola, sufre nada más: tira rasguños, mordiscos, pataleos. Ruge con rugidos de otro. No es como un hombre que sabe que ese dolor sirve para enfrentar al

dolor y con el dolor se le mezclan el alivio, el agradecimiento. Esa esperanza, a veces, en el hombre, lo calla: para eso es la esperanza. De saber tanto se equivoca y también le puede sonreír al que lo cura con dolores. Un zorrino no sabe: nada más le duele porque no sabe que tiene que estar con esperanza. Un zorrino no sabe que le hacen esas cosas por su bien. Padre, muchas veces, tiene que tratar a sus hombres como quien cura animalitos.”

16. Su duda:

“¿Habrá la vida larga para ellos?”

17. Su horror:

“Tremebundo cuando las cosas se deshacen de a poco y desaparecen al final, cuando ya casi nadie se acuerda de qué fueron. Descubrir un día que algo ya no está o, un día, que algo algún día lejano o no ya no va a estar, poco a poco, despacio. El estallido, en cambio, es casi recompensa y arrastra llantos y miradas.”

18. Su persistencia:

“Nunca dejo de ser lo que soy. Puedo ser todo, pero entonces sigo siendo el que puede ser todo. Nunca puedo, como los otros, olvidarme, ser azar. ¿Será cierto que los otros pueden?”

19. Su mirada:

“Me gusta mirarlos. Sé que que cada movimiento lo hacen para mí y es mejor que si lo hiciera yo. Mis monos, mis chinchillas, mis pumitas, mis osos, mis hombres y mujeres de la Casa. La fuerza me permite sobre todo mirar, con la calma de saber que lo que hacen es mío: no les estoy robando nada.”

20. Su ciudad:

“Debe ser más que más fundar ciudades. Cuando la ciudad ya está fundada, ¿qué hay que hacer?”

21. Sus noches:

“Las noches en muchas casas de la Ciudad no hay luz. Yo tengo. Me dicen que los vulgos están condenados a la noche y usan para dormir todo ese tiempo.”

22. Sus perfectas:

“¿Cómo son las cosas cuando son perfectas? ¿Cómo están? ¿Está cada cual en su lugar, el que era para ella? ¿No hay lugares libres? ¿Todos los lugares ya fueron inventados y están llenos? Las cosas son perfectas en el tiempo de mi padre Ramón, mi padre: no hay fuerza necesaria. Cualquiera cosa de menos sería peor, cualquiera de más sería peor: nada más podría servir mi fuerza para seguir con la piedra en la mano. Mi fuerza es tibia. Cuando las cosas son perfectas nada más se puede tener miedo



de que dejen.”

23. Su vida:

“¿Qué voy a hacer para que escriban?”

23. Su tiempo:

“Los destellos nos pasan a todos aunque le pasen a tal o a cual: no son del que le pasan. Yo tengo vistos muchos, con la mayor envidia: una vez vi el dibujo que fue haciendo una mosca que volaba para atrás con la seguridad completa y en un punto de la nada se paró y se dejó caer en remolinos hasta que, a dos dedos del suelo, salió volando para adelante con el mejor zumbido: estaba jugando y jugaba con su vida. Vi de muy chico la respuesta de una sirvienta que había sido de mi padre Héctor, el padre de mi padre, cuando mi padre Ramón, mi padre, jovencito, le preguntó, para reírse, si algo alguna vez le había parecido injusto; la vieja lo miró, se cruzó los brazos por debajo de sus mamas largas, que le rebalsaban sobre los codos como dos babosas, abrió grande la boca y le dijo, despacio:

—La penita tremenda que me va a dar su muerte.

Las risas se nos atragantaron. Y vi la manera en que una gota de perfume verdoso se incrustó en el estanque de mi estancia: cayó y quedó verde un momento, como cristalizada, resistiendo; después resultó que no tenía más remedio que emprenderlo y empezó a mezclarse: el agua alrededor. Primero tiñó unas pocas gotas a su lado: parecía triunfante; después, enseguida, se disolvió en lo transparente y desapareció. Nada de eso pasaría aunque yo lo preparara o lo mandara. Podría pensar que los destellos son los errores de mi tiempo: que lo hacen una obra. O podría hacer un tiempo que nada más estuviera hecho de destellos.”

24. Sus gestos:

“No puedo ser igual a todos ellos, ni distinto de todos ellos. A veces no soporto que todos mis gestos vayan a repetirse. A veces creo que me moriría, si pudiera morirme.”

25. Su tiempo:

“Mi madre dice que quiere un tiempo que se note muy poco. ¿Por qué no un tiempo que no se note nada?”» <<

[17] «**la lista no se terminaba**»: no sabemos si el párrafo se refiere a la lista de los pensamientos que asaltan al bastardo en el momento de enfrentarse con su muerte, o si habla de la **List**a por antonomasia. Es cierto que Juanca, en su calidad de bastardo de la Casa y jefe de la revuelta, no tendría ninguna necesidad de una lista, pero nunca se sabe —además, en ese momento acababa de pasar años de humillaciones y vagabundaje durante los cuales pudo componerla.

La **List**a estaba a medio camino entre la biografía y el testamento: en realidad, era una forma popular de la biografía, en la cual alguien, que por su escasez de bienes o falta de atractivo no podía aspirar a ser un tema, recopilaba sus recuerdos. Por su propia modestia, los recuerdos no se presentan como un relato ni una sucesión de episodios sino, simplemente, la relación de las imágenes que se perderán con su dueño (este es un tema que se repite mucho en el imaginario calchaqui, antes y después de la conquista de la Larga: la idea de que cada hombre ha sido anotado con una serie de recuerdos, imágenes y palabras que se perderán cuando se muera. De alguna manera, la **List**a es un argumento contra la muerte que, curiosamente, se mantiene aun después de la conquista de la Larga: la desesperación por la cantidad de cosas que se pierden con la desaparición de cada cual. O también podría pensársela como un argumento a favor de la muerte: si cada cual es recipiente de tanto, es necesario que se muera para desagotar un poco el mundo, ya demasiado lleno con todas esas cosas.)

En algunos aspectos, la **List**a se podría acercar al testamento, pero se diferencia porque no es un ejercicio vindicativo sino más bien melancólico y, en general, restituye más un entorno y un clima de época que la vida de alguien. O, mejor dicho: trata de mostrar al protagonista como recipiente de una serie de impresiones que hacen de él alguien único por casualidad. El mecanismo de la **List**a preanuncia la idea de sensualistas como Locke o Condillac, para quienes el intelecto y las ideas de un hombre se forman a partir de su exposición a las sensaciones y percepciones que el mundo le provoca: la **List**a, al ofrecer como retrato de su tema —y autor— un repertorio de estas percepciones, adheriría a este supuesto. Lo curioso es que sólo haya sido adoptado por pobres e infelices: como si aquellos que hubiesen llegado más lejos en la escala social tuvieran derecho a mostrar no sólo las causas sino también las consecuencias —ellos mismos.

En general, los recuerdos recuperados en las Listas no desdeñan los asuntos personales, pero también apelan a la memoria colectiva: remiten a hechos, canciones, personas, comidas, olores o situaciones más o menos familiares para los contemporáneos del autor, que busca su complicidad. Por eso es muy difícil leer una **List**a fuera de su contexto histórico. Sin embargo, a título de ejemplo, reproducimos

un fragmento de la única que ofrece la *edición Thoucqueaux*: la *Lista* de una mujer que fabricaba y reparaba anillitos de cobre en el mercado de la puerta del Este, en tiempos del soberano 18, Jorge:

«Me acuerdo de un color de la llama que quemó a mi padre. Era verde como las plumas más verdes de algún loro y nadie sabía qué quería decir.

Me acuerdo de una canción que cantaba una mujer en la puerta del Norte, que decía que un oso no es lo mismo que una osa pero a ella le gustan igual. Yo era muy chica y decía que a mí también y los que pasaban se reían y una me levantó y me hizo muchas caricias.

Me acuerdo de la vez que rompí el único vaso de cerámica que tenía mi padre. Se puso tremebundo de serio y no me pegó. Parecía que le costaba mucho; mejor si me pegaba. Ahora creo que quería que me acordara para siempre de que no me pegó. Quizás hasta le gustó, por eso, que le rompiera el vaso.

Me acuerdo de que mi padre no sabía cantar.

Me acuerdo de que a mí me daba vergüenza cantar, pero sabía.

Me acuerdo de cuando Joaquín inventó su batidora. Nadie creía que ese colador de plástico iba a filtrar las cáscaras de huevos. Después por unos días no hubo gallinazo que alcanzara a poner todos los huevos que todos querían comprar para usar la máquina. Mi madre vendía huevos, esos días.

Me acuerdo de que unos que llegaron desde las salinas empezaron a vender los camarones secados sobre sal, en unos puestos del mercado. Durante un tiempo nos gustaron mucho.

Me acuerdo de una tormenta que hubo, distinta a las demás. Empezó con una lluvia muy fuerte, sin sus nubes, y después se ennegreció dos o tres días el cielo, sin más lluvia. Estuvimos esperando algo tremendo y no llegaba. Esperábamos y esperábamos y no llegaba. Jose decía que así era la vida del vulgo y que esperaba que la muerte no.

Me acuerdo de muchas tormentas que se me mezclan todas.

Me acuerdo de la nariz que le sacaron a un pánfilo en un tormento, en la explanada de la Casa. Nunca pensé que suelta una nariz fuera tan distinta de una nariz bien en la cara.

Me acuerdo de la nariz de uno que siempre me olisqueaba, un poco condorita, porque yo quería sacársela para ver cómo era de verdad.

Me acuerdo de la primera vez que me metí dos dedos de manos distintas en mi válvula. No me acuerdo por qué.

Me acuerdo de que Joaquín, con todos sus bienes, quería que yo fuera la madre de su

hijo y yo no quería. Aunque ahora me parece que quería.

Me acuerdo de que Jose me convenció diciéndome que me iba a enseñar a hacer anillitos, así no tenía que ser pocera para siempre.

Me acuerdo del pistón de Jose pero ya no es así y ahora no sé de qué me acuerdo.

Me acuerdo de cuando empezaron a agrandar la puerta del Este. Algunos decían si era para que pudieran entrar los barbudos más tranquilos, otros decían que por qué mejor no empedraban calles en el barrio de Vulgos, muchos decían que la Ciudad iba a estar mejor que nunca y que les daba mucho orgullo.

Me acuerdo de que cada vez que veía una mujer con su tela arrollada al sobaco me daban ganas de gritar. Todavía, cada vez que veo una mujer con su tela arrollada al sobaco me dan ganas de gritar; o de llorar, a veces.

Me acuerdo de una tela de color rojo sol que le saqué en un tugurio a un hombre que se había distraído; tardé muchas estaciones en usarla porque pensé que el hombre me podía encontrar, y cuando la usé el color ya era como de sangre seca.

Me acuerdo de que era el tiempo de Raimundo y todos estábamos asustados porque no entendíamos. Otro Jose que hablaba mucho en la plaza del Mercado decía que no importaba, que no había que hacerle caso, pero nadie le creía. Después lo atropellaron las vicuñas de unos soldados y lo hicieron pasta.

Me acuerdo de cuando nació mi bebe: gritaba y lloraba y se le notaba que no podría ser mongui. Venía con el mal muy bien armado. Yo no quería mirarlo y él me miraba mucho.

Me acuerdo de un perrito que tenía, que se comía mi leche cuando la vomitaba mi bebe. Yo le decía que así se comía la comida que había estado en los dos. Al perrito después le colgaba la baba gris; aunque se la relamiera le colgaba siempre.

Me acuerdo de la manera de preparar los higos chumbos que tenía una mujer en el mercado mío. Nunca pude hacerlos así.

Me acuerdo de que una vez vi un higo que era perfecto de redondo. Era redondo. Lo daba vueltas y la luz le daba siempre igual.

Me acuerdo de los gritos de los vendedores de sal cuando llegaban a la Ciudad por la puerta del Sur. Ahora gritan los mismos gritos pero no es igual. Deben ser que tienen otras voces.

Me acuerdo de cómo estaba linda el día que fue la aceptación de mi hijo. Tenía mi tela atada a mi tobillo y varios me miraban con ganas de comerme.

Me acuerdo de la vez que el consejero menor de Vulgos hizo aquella fiesta tan tremenda. Todos decían que era distinta porque los animales que íbamos a comer primero estaban vivos y jugaban en la fiesta, hasta que los iban matando para

cocinarlos. Algunos dijeron que era una enseñanza, pero a mí me pareció una fiesta muy buena.

Me acuerdo del pozo enorme que hubo en el barrio fino, donde se cayeron tantas mecánicas y se rompieron en pedazos.

Me acuerdo de cuando todos dijeron que los barbudos estaban por llegar a la Ciudad y nos iban a quemar todo. Hubo unos que se alegraron y salieron a cantar en la puerta del Este y festejaban. Los fuimos a buscar entre muchos. Me acuerdo de que yo también maté a uno, que era recién aceptado, flaquito y se reía sin parar.

Me acuerdo mucho de cómo se reía.

Me acuerdo mucho de que mi mano le seguía pegando en su cabeza con la piedra cuando ya tampoco se reía.

Me acuerdo de la forma retorcida de una rama, con sus entradas y salidas, panzas y repulgues, tan gruesa que parecía una nube. Fue la mejor, pero no puedo acordarme dónde estaba.

Me acuerdo de cuando padre Raimundo decidió que iba a hacer su serrallo hecho de partes. En el mercado todos nos mirábamos mucho para buscar cuáles eran las mejores que cada cual tenía. Esther me dijo que la mía debían ser mis orejas, con todas sus revueltas.

Me acuerdo de cuando no hubo cobre para los anillitos y tuve que volver a trabajar de pocera. Me había olvidado de cómo puede darse vuelta la tierra y volverse encima del que cava.

Me acuerdo de la tarde famosa en que Jacobo rompió el tambor que tocaba en la plaza. Nunca había tocado tan bien y muchos decían que lo rompió porque no podía más. Yo estaba ahí pero no sé si era por eso.

Me acuerdo del olor de Sara que vivía en la casita al lado de la mía. Tenía un perfume de colibríes que se ponía para tapanlo y no podía. Yo me reía de ella y a ella le gustaba: se me refregaba toda en la nariz, para que la oliera también por adentro, me decía.

Me acuerdo de un perfume de cocción de colibríes con un toque de tierra.

Me acuerdo de cuando padre Jorge nos declaró su tiempo. Yo lo vi. Tenía puesta la tela de su azul y a padre Raimundo al lado, sentado lo bastante duro, bien atado a la silla. Padre Raimundo era más majestuoso, pero padre Jorge nos hizo entender todo. Muchos decían que tenía miedo; para mí que era respeto y que quería gustarnos. Por eso no era muy altanero ni tan zafio.

Me acuerdo de un baile que bailamos en la explanada la noche de la declaración. Era muy complicado, casi tiépido. Nos lo vinieron a enseñar unos de la Casa y lo

bailamos esa noche sola.

Me acuerdo del ruido que hacía mi pis sobre una piedra al lado de la casa de padre, no tan agudo pero largo.

Me acuerdo de cuando aquella banda de colibríes entró en la Ciudad y se pasó dos días destellando. Cuando se fueron, parecía que nunca más nada.

Me acuerdo de unas comidas de gallinazo cocinado en caldo de zapallo y moras que yo le hacía a Sara que vivía en la casita de al lado.

Me acuerdo de que cuando se murió mi hijo pensé que iba a acordarme de eso para siempre.

Me acuerdo más que nada de la cara que tenía, en un costado, el hombre que había encontrado a mi hijo tirado en el camino, con la patada de vicuña. Más que nada.»

Lamentamos no tener más datos sobre la autora de esta **Lista**: ni siquiera su nombre, ni su muerte. <<

[18] **«los dioses son así»:** a primera vista, puede parecer dudoso que interese a nuestra investigación un panorama de estos «dioses de los antiguos habitantes», que fueron destronados por el soberano 2, Carlos, y que, como queda dicho, perdieron de a poco su lugar en la vida de la Ciudad y las Tierras. Sin embargo, es posible que la imagen que los antiguos tenían de sus dioses pueda ilustrarnos sobre las causas de su derrota y desaparición y, *mutatis mutandis*, sobre algunas de las razones por las cuales se disgregó más tarde la cultura de Calchaqui.

Los dioses de los antiguos habitantes parecen sobre todo despreciables. En general resultan vanos, infatuados, petimetres que no saben hacer lo que se proponen, siempre propensos a plantearse objetivos más difíciles que los que pueden alcanzar. Es cierto que el único de todos ellos que muestra cierta humildad —el Perro— es el que consigue crear la raza de los hombres, pero la lección no parece suficiente, y cantidad de otros dioses siguen con sus bravuconadas. El hecho de que todos estos dioses sean animales da cuenta de la sensación, que debían tener los antiguos, de ser los últimos en llegar, los convidados de piedra en el banquete de la creación.

Los animales habían llegado primero al mundo, y por eso se apoderaron de todos los lugares divinos. El Perro, como queda dicho, con sus esfuerzos de humildad que lo llevan a un éxito parcial. El Pajarito —o colibrí— que quiere demasiadas cosas como para decidirse por una sola. El Oso, que no es capaz de conseguir algo sin destruirlo con su abrazo. La Víbora, que sólo puede llegar a lo que busca rastrera y silenciosa. El León —o puma—, que no para de correr y matar para creer que tiene algún ascendiente. El Caballo —o vicuña—, que sólo sabe ir hacia donde le dicen. El Gran Pescado —o surubí—, que no sobrevive a los menores cambios. El Chanco, que sólo es lo que debe en la boca de otros. El Ciervo, que se parece tanto al colibrí. El Gran Pájaro —o cóndor—, que se parece tanto al puma. El Mono, que se parece tanto al oso. La Mulita, que daría todo por parecerse a alguien.

Y así de seguido. Los dioses de los antiguos eran numerosos: llegaban a formar una maraña en la que no era fácil identificar las funciones de cada cual. «Pero lo bueno de tener dioses», decían los antiguos, «es que ellos pueden hacer excepciones —en aquellas cosas en que la vida y la muerte resultan inflexibles. Nada se puede frente a un orden sin caras; todo, sí, frente a los dioses, que están para que les pidamos.»

La confusión, el desorden que producían puede haber sido uno de los argumentos que tomó en cuenta el soberano 2 para deshacerse de ellos y no intentar ningún reemplazo. Además, por supuesto, de su natural rechazo a entregar parte de su poder a unos animalitos. <<

[19] «**pobres maquinitas, los perros de carne**»: la discusión sobre cuestiones religiosas parece haber sido constante entre los antiguos habitantes de la Ciudad y las Tierras. Por lo poco que sabemos de ella, la sociedad de los antiguos era un caos, burbujeaba de conflictos, y sus muy variados dioses lo reflejaban —y, seguramente, alimentaban a su vez. Es probable que esa haya sido una de las razones que disuadieron a los soberanos conquistadores de intentar la formación de cualquier estructura religiosa. En su *edición*, en uno de los escasos escritos que llevan su firma, Alphonse des Thoucqueaux ofrece el cuadro de las heterodoxias entre los antiguos habitantes. Es lógico que el caballero se detenga en esta cuestión: cualquier pensamiento religioso no ortodoxo era la prueba de que una religión —la católica— era sólo una de las invenciones posibles. Sus opiniones en este sentido se inscriben dentro del combate del momento, aquel que Voltaire sintetizó con la frase que se hizo slogan de una época: *Écrasez l'Infâme!*, «Aplastad al Infame», siendo el Infame la superstición y el oscurantismo, representados muchas veces por la iglesia católica. Diderot y D'Alembert en su *Encyclopédie*, Voltaire en su *Histoire des mœurs*, y tantos otros, hacen lo mismo que aquí intenta el caballero: describir con circunspección de estudioso la variedad de las religiones —y sus aspectos más risibles— para socavar los cimientos de Roma:

«Ya Jenófanes supo observar que los etíopes tenían dioses negros y que los caballos, si pudieran pintar, pintarían a sus dioses como caballos desbocados. Los legisladores que dieron a la Ciudad sus antiguos dioses los pintaron, en cambio, como aquellos animales que solían comerse, cazar, guardar en cautiverio o ensillar. Ya hemos visto que dioses semejantes no podían despertar en sus adoradores una pasión desmesurada: así, podríamos decir que nada en la religión de los antiguos habitantes de la Ciudad fue más poderoso que sus herejías. No tememos ofender a la Santa Madre si decimos que las heterodoxias son más impetuosas que la ortodoxia; la lógica de esta afirmación es intachable, ya que es natural que aquellos que intentan imponer nuevas visiones de las cosas las presenten con más énfasis que los que no tienen más que repetir lo que por todos sitios se repite.

Pero este axioma, que se verifica por doquier, llega a su ápice en la sociedad de estos antiguos: tal parece como si su religión oficial no hubiese sido más que el caldero en el que bullían, confundidas y aromatizadas, las heterodoxias más diversas.

Aunque hablar, en este caso, de religión oficial puede ser abusivo. Ningún orden, nada parecido a un dogma organizó en sus principios este jardín de animales que más placería a nuestro señor Buffon que al obispo de Meaux. Quizá supusieron sus legisladores que una religión con tan pocas leyes no podría ser atacada por las desviaciones porque, al no haber recto camino, abandonarlo era casi imposible. Si eso



creyeron, pronto descubrieron su error. Nada es tan variopinto, lábil ni intrincado que los espíritus necesitados de orden no logren encontrar sus reglas y entronarlas a la categoría de leyes infranqueables.

Lo prueba lo que sucedió con algunos de estos antiguos habitantes de la Ciudad que, cansados de reglas, se lanzaron a una religión que debía omitirlas. Se llamaron los consultores y su principio era simple y digno de encomio: no lo hubiera razonado mejor un Solón o un Licurgo. Tenía cada quien que elegir, entre sus ancestros o conocidos, un difunto, a cuyas normas se sometería. Dicho de otra manera: cada cual regía su vida por el qué dirá de un muerto. El consultor se preguntaba, ante cada encrucijada de su vida, qué opinaría el difunto elegido, y obraba en consecuencia o si, llevado por las circunstancias, ya había obrado, congratulábase o arrepentíase según.

No que el consultante estableciera, claro está, ninguna comunicación con el difunto: la claridad de espíritu de estos naturales, que no habían sufrido los beneficios de la civilización, no les permitía caer en semejantes paparruchas. La consulta era interna: cada cual imaginaba, en la intimidad de su coleteo, diálogo animado con el muerto: le contaba sus hechos y recibía con atención sus loas y denuestos.

La ética que resultaba de esta vigilancia era, lo comprenderá el lector, de lo más variada. Difuntos había que postulaban reglas más que estrictas; otros se contentaban con que se les probara que no había mala intención aun en actos por demás dudosos. Es cierto que el difunto no toleraba ese mercadeo que, sobre ciertas infracciones y sus penitencias, se permiten algunos sacerdotes de nuestros tiempos: los muertos solían ser inflexibles y era casi imposible variar sus convicciones, pero cada consultor había tenido la libertad de escoger el que le conviniese y tenía, en cada caso, la de presentarle el problema como le interesase —e incluso, diríamos, de suponer su respuesta como mejor le cuadrara.

El contratiempo surgió cuando varios consultores descubrieron que habían elegido al mismo difunto. Oljosí había sido en vida un modesto alfarero, que fabricó en su torno, sin más ayuda que la de sus hijas, innumerables vasos, tazas, platos y fuentes de cerámica gris. Sus piezas se reconocían con facilidad: las distinguían de todas las demás la pureza argentina del color, la gracia de las líneas, la tersura nácar de las superficies y, sobre todo, una precisión legendaria de las formas. Es fama que en las vajillas de Oljosí nada faltaba ni sobraba, nada era superfluo y nada de extrañar. Tanto platos como vasos como tazas o fuentes eran redondeados, sin aristas ni ángulos sobrantes, con la forma precisa que la mano y la vista requerían para el caso. También es fama que el alfarero fue, en su vida, tal como sus cacharros. Ni un movimiento de menos ni un gesto de más, ni una palabra innecesaria, le permitieron hacerse una reputación en la Ciudad, que mantuvo cuando algunos —unos pocos— empezaron a acercársele en busca de consejos. Hombres y mujeres se llegaban hasta su casa modesta, donde Oljosí los escuchaba sin detener las vueltas de su torno; una

vez oídos, se ensimismaba unos minutos. El silencio sonaba sepulcral, sólo interrumpido por el girar de la rueda y la caída de alguna plasta de barro que silbaba en el aire hacia el suelo de tierra. Al cabo, el alfarero pronunciaba las siete u ocho palabras que cada quien necesitaba. Sus consejos eran tan austeros y precisos como él y sus cacharros.

Al comerciante desesperado por el destino de un negocio le sugería que se hiciera pintar un retrato; al agricultor anonadado por la pérdida de su cosecha le aconsejaba que no perdiera de vista su corral de gallinazos; al soldado aterrado ante la perspectiva de una guerra próxima le decía, casi sin sorna, que imaginara qué sería si no llegaba a ir. El flujo de visitantes era restringido; tal vez hubiese aumentado de no ser por la creciente hostilidad que les mostraban las hijas de Oljosí. Preocupados por los murmulos y maldiciones de las cuatro jóvenes, los visitantes empezaron a ralear. El alfarero se fue quedando solo, y llegó a rumorearse que esa pena aceleró la llegada de su parca.

Cuando murió, Oljosí estaba listo para el limbo del olvido. Pero había hombres y mujeres entre los antiguos habitantes de la Ciudad que recordaban sus dichos y consejas y hablaban de ellas, muy de tiempo en tiempo. Suponemos que ya habían pasado veinte o treinta años de su muerte cuando unos cuantos descubrieron que el difunto que habían elegido para guiarlos era el mismo: el alfarero Oljosí. Fue el error que los perdió. Su muerte ya no era personal, ni le pertenecía a cada quien: era de muchos, y muchos podían debatir sus normas y criterios. Se convocaron encuentros y reuniones en los que se discutía con pasión qué habría opinado Oljosí acerca de tal reyerta, de cual viaje, de aquella mentira desinteresada. En poco tiempo las discusiones establecieron reglas y cada uno de los seguidores ya no se enfrentó con el difunto en su conciencia, sino que tuvo leyes claramente establecidas para regir su conducta. Hubo, en poco tiempo, una ortodoxia plagada de normas: una religión.

Sólo me he demorado en este caso para mostrar al filosófico lector cuán arrolladora es la capacidad del hombre de enredarse en sus propias artimañas cuando el espíritu de la Libertad no lo ilumina y guía. Y así fue como, de las numerosas heterodoxias que amenizaron la vida de la Ciudad en tiempos de sus antiguos habitantes, ninguna pudo escapar a su destino de convertirse en embrión de una ortodoxia», escribe Thoucqueaux.

E insiste, más adelante, en explorar los mecanismos que crean religiones —partiendo, por supuesto, de un presupuesto altamente peligroso para su época: que una religión es algo que alguien crea. Escribe entonces sobre otros habitantes primitivos de la Ciudad —otros «antiguos»— que sostenían que sólo un dios desconocido puede ser un dios, porque sólo lo desconocido puede ser todopoderoso, porque sólo lo desconocido carece de límites o limitaciones:

«Conocer, ya lo dijo el sabio, es limitar, poner un cerco a aquello que nos parecía

infinito o, dicho de otra manera, definirlo. Por eso defienden, quienes los defienden, la ignorancia y el oscurantismo. Y dicen que sólo lo desconocido es tan perfectamente incomprensible como para ser divino. La inopia se volvió artículo de fe; fue, dicen, un período difícil para la Ciudad, en que sus habitantes trataron de olvidarse de todo sin cesar y se perdieron artes y habilidades e incluso la comida empezó a escasear porque, en caso de que alguien aceptase que recordaba cómo cosecharla, nadie quería mostrar que la sabía cocinar. Los dioses, en esos días, se sucedían a velocidad inusitada, porque en cuanto uno de ellos empezaba a ser conocido por sus fieles, perdía su condición *sine qua non* y caía en el olvido. Aquellos sectarios intentaban preservar a sus dioses rechazando cualquier posibilidad de imaginarlos, pero no podían evitar la certeza de que eran criaturas absolutamente temerosas, dolorosamente pusilánimes, tímidas hasta más no poder, escondedizas, porque sabían que su descubrimiento equivalía a su desaparición.

Aparecieron entonces místicos —en todas las épocas los hubo— que, clamando que se sacrificaban por su dios, se sacaban los ojos y tapaban con cera los oídos, para no caer en la tentación de conocerlos y, así, permitir a esos dioses una existencia calma. Y aparecieron místicos más místicos aún —en todas las épocas los hubo— que dijeron que el único acto de auténtico renunciamiento místico consistía en dejar de pensar en esos dioses.

Y en esa confusión estaba la Ciudad cuando el tintorero Aljoac —que, según parece, llegó a ser un legislador de predicamento— pretendió unir todas las ilusiones y conformar con ellas una religión universal, sin exclusiones ni proscripciones, sin odios ni querellas.

Es fama que el tintorero ya se había hecho de respetos como dirigente de la Ciudad cuando comenzó su campaña. Era una temporada de descontrol y desconcierto: los dioses desconocidos se hacían conocidos y perdían, por eso, su carácter divino; los viejos dioses conocidos sufrían ataques despiadados. Los seguidores del Oso habían esparcido el rumor de que el Pato había muerto; los adoradores del Pato, claro está, se apresuraron a desmentirlo, pero la sospecha ya estaba instalada, y fue refrendada por las supuestas pruebas que aportaron no sólo los corifeos del Oso sino también los de otras divinas bestezuelas. Aumentaban la mofa, la befa y el desprecio, hasta que el contraataque de los del Pato resultó fatal. Estos habían descubierto que el planteo tenía una falla sustantiva y no se privaron de explotarla: anunciaron a los cuatro vientos que si un dios había muerto, cualquier dios podía morir. Los dioses, súbitamente mortales, sufrieron una epidemia incontenible, y en breve lapso no quedaba ninguno cuya supervivencia no estuviera en severo entredicho.

Aljoac se vio frente a un cuadro dantesco. Príamo llorando en su muralla, Boabdil lagrimeando en la suya, Nuestro Señor gritando desde su torre de madera no sintieron la angustia del tintorero cuando vio cómo se derrumbaban por doquier las columnas

que habían sostenido hasta entonces los muros de su pueblo. Aljoac empezó a discutir con sus colaboradores más cercanos la necesidad de una religión universal, que uniera a todos bajo un mismo manto y los sumiera en el amor y la concordia. Le dijeron que no era posible y el tintorero estuvo tentado de creerles, hasta que uno de sus mentores, probablemente el más anciano, le recordó una historia que todos habían escuchado en su niñez.

Decía que en tiempos remotos, cuando la Ciudad todavía no era lo que después fue y los hombres vivían esparcidos por los campos, comiendo de sus huertos y vistiéndose de sus animales, disfrutando de su música y holgando con una mujer sola, reinaba la paz y la armonía. Eran felices, pero no lo sabían: la verdadera felicidad, ya lo dijo el latino, consiste en ignorarla: *Felicitas qui felicitam ignorat*. Cada cual tenía casi todo lo que le era menester. Y cuando necesitaba algo que no, no tenía más que enviar a alguno de sus vecinos un mensaje, escrito con los signos ideográficos que por entonces utilizaban, y pronto recibía lo que había pedido.

Hasta que, un día, un mensaje mal redactado por alguien que pedía un animal de leche y un cuchillo hizo creer al destinatario que le solicitaban un animal de leche muerto. El hombre mató con pesar a uno de sus animales y lo cargó, con gran esfuerzo, hasta la casa de su vecino. No había nadie para recibirlo; el hombre dejó el cadáver del animal, junto con su marca, adentro de la casa, y se volvió a la suya satisfecho. El solicitante estaba buscando unas hierbas en la falda de la montaña y tardó tres días en volver a su hogar. Cuando llegó se encontró con un cadáver ensangrentado y casi descompuesto, destripado por carroñeros que habían invadido su morada. El solicitante se enfrentó, decía el viejo relato, con una emoción que no conocía y presa de furores, corrió a la casa de su vecino y no descansó hasta ultimarlos a golpes.

Cuando se conoció lo sucedido, cantidad de peregrinos se acercaron al sitio del furioso: le pedían detalles sobre su emoción. Él la describía lo mejor que podía: les hablaba de su mareo “como si el sol hubiera brillado para él solo”, de sus manos “que se le escapaban y lo obligaban a correr detrás de ellas”, de la cara de su vecino “clavada en mi nuca con una risotada”. A falta de mejor palabra, decidieron que esa emoción podía llamarse “odio” y no hubo quien no ardiera en deseos de experimentarla. Los experimentos se sucedían y cada cual parecía querer más y más: se habían vuelto insaciables de semejante exaltación de los sentidos. Decidieron incluso que no podían caer en el egoísmo de guardarla para sí solos, y tomaron el partido de comunicarla a todo el mundo: allí descubrieron que no tenían un ideograma que representara la nueva palabra, y los intentos de dibujarlo chocaban contra la variedad infinita de las sensaciones. Alguien, entonces, propuso que se buscara otra forma de escribir las cosas, y así fue como llegaron a un código fonético para su escritura, que les permitió reproducir la palabra “odio”, explicarla y compartirla con quien la mereciera.

La fábula es, sin duda, encantadora, tanto como inverosímil y ambiciosa, en cuanto intenta explicar, de un plumazo, los nacimientos del odio y la escritura. Con mucho menos se conformaría cualquier cálamo. Se la diría, incluso, salida del magín del ciudadano Rousseau, que se niega a enterarse de que nada de lo que somos sería — nuestras ciudades, máquinas, razones, obras— si los apetitos del poder y la riqueza no nos hubieran conducido a dejar nuestras cavernas. Como quiera que sea, cuando el anciano la contó a Aljoac y los suyos, estos, como suele suceder, escucharon lo que les convenía. No se detuvieron en la inevitable conclusión de la historia; repararon, sólo, en que habían existido alguna vez tiempos sin odio.

Alentado por esa bagatela, Aljoac proclamó solemnemente su designio y ordenó que se tomaran las medidas para su realización. En poco tiempo, los que reverenciaban a los animalitos del panteón oficial y los que los despreciaban y proponían otras deidades más o menos cognoscibles fueron igualados bajo la idea de que todos respetaban por igual un principio creador común, necesario, que había dado origen a todo lo que fuese luz, calor y vida, y espacio a lo que fuera sombra, frío y muerte. Durante un tiempo que no sabemos calcular, los antiguos habitantes de la Ciudad vivieron en un frenesí de paz y de armonía que les era impropio; de hecho, durante esa temporada, nada los entretenía más que el espectáculo de su propia fraternidad, que se había convertido en tema de todos los comentarios, preocupación de cada esfuerzo. Estaban maravillados de sí mismos: pronto empezaron a aburrirse. Poco a poco, reyertas y querellas empezaron a surgir aquí y allá. Duelos de dagas estallaban por un pisotón sin importancia, venganzas se prometían por un pimiento mal pesado, manos hacia los cuellos se crispaban por una mirada demorada. Aljoac no era ingenuo. Alertado de la gravedad de la situación, desmoralizado pero no vencido, el legislador reunió a su pueblo para explicarle que había comprendido su propio error. “Los espíritus del mal”, les dijo, “necesitan un curso, que la religión les sabe proveer. Hemos intentado hacer de nuestra religión el lazo que nos una a todos, sin exclusión ninguna: no le hemos dejado al mal el canal que siempre necesita. Por eso los espíritus del mal se han manifestado entre nosotros sin orden ni concierto, apareciendo por doquier y en los momentos menos esperados. Aquí les digo, y de verdad les digo, buscaremos religión nueva, que sí sepa qué hacer, hacia dónde llevar nuestros odios.”

El tintorero les había explicado, en síntesis, lo que todos sabemos: que una religión sirve si propone excluidos, si sabe crear los enemigos ante cuya amenaza los correligionarios deban unirse y tolerarse. Fueron arduas las discusiones para elegir a los que ocuparían ese espacio. Alguien llegó a proponer, incluso, que si eran los enemigos quienes permitían que la religión existiera, ellos debían ser los adorados. No era más que una finta, pero creó más divisiones. Los acuerdos se hicieron más difíciles. En eso estaban, según creemos, cuando las hordas del sur, que volvían de una pobre campaña de saqueos, se apoderaron de su Ciudad.»

Hasta aquí, el escrito de Alphonse des Thoucqueaux, plagado, por supuesto, de tópicos de lo más opinables. El escrito nos dice algo sobre la religión de los antiguos habitantes de la Ciudad y las Tierras, que nos importa poco. Nos dice algo más sobre un rasgo definitorio de la idiosincrasia de los hombres y mujeres de Calchaqui: su tendencia a formar banderías, que les viene de sus predecesores. Nos dice mucho, que deberemos procesar con más calma, sobre los antecedentes de la tentación que también Oscar llegó a tener. Y nos dice más sobre la sombra que se yergue detrás de este edificio: el caballero Alphonse des Thoucqueaux. <<

[20] «**Mi padre Alberto venía de otra parte**»: la frase es clara: aquel que estaba a punto de convertirse en el soberano 1, Alberto, el conquistador de la Ciudad y las Tierras, no tenía la intención de tomarla. Fue, según parece, el premio consuelo de una expedición que volvía sin haber conseguido su objetivo.

«Los hombres de mi padre Alberto, los personas, acamparon para el sitio alrededor de la ciudad: venían en jirones, con las armas muy en polvorosa y sucios como monos», dice Oscar, en la página 803 —capítulo 4. El pasaje es elocuente en cuanto al estado de los expedicionarios. Pero ahí se agotan las referencias: cientos de páginas sobre la historia de la Ciudad y las Tierras no explican de dónde venía la expedición.

Tenemos todas las razones de pensar que los expedicionarios huían de la sequía. Probablemente fueran uno de seis o siete pueblos que vivían en los alrededores de la Salina Grande en condiciones muy precarias: construcciones de cueros y madera — que escaseaba—, dieta de carnes secadas al sol y poca fruta o verdura, y una organización social y cultural muy primitiva. Su único recurso, más allá de la caza y la recolección de vegetales, era la sal, que recogían y vendían a mercaderes diaguitas que pasaban con recuas de vicuñas, les pagaban barato en especies y eran su único vínculo con el exterior. Pero sabemos que en esos años —¿mediados del siglo XIII?— las Salinas empezaron a avanzar, a favor de un período dilatado de sequía y de la modesta explotación del suelo circundante. El avance, que limitaba las posibilidades de caza y recolección, debe haber puesto a este pueblo en la obligación de buscar nuevos horizontes.

Por eso, seguramente, Alberto, el cacique local —cuyo verdadero nombre nunca podremos conocer a ciencia cierta—, decidió jugarse el resto y preparar una expedición para conquistar un nuevo territorio que les permitiera vivir con más desahogo. Alphonse des Thoucqueaux habla de una «campana de saqueos»; es probable que las hicieran de vez en cuando, pero la situación en ese momento ya debía ser lo bastante grave como para intentar una solución definitiva. Es probable — no podemos más que avanzar conjeturas— que la expedición intentara conquistar las tierras que ahora rodean a la ciudad de Salta: era una zona inestable, demasiado abierta, donde no terminaba de establecerse un poder fuerte, lo cual la haría, a primera vista, más fácil de tomar.

Pero el intento fracasó y la tropa, derrotada, volvía a su poblado en las Salinas, cuando se encontró con una sociedad en pleno conflicto y descomposición. Está claro que el desarrollo social y técnico de la ciudad de los «antiguos habitantes» la convertía en una ilusión inalcanzable para las huestes primitivas de las Salinas. Sólo el caos interno en que se debatía la puso a su alcance: la oportunidad era demasiado

bueno como para desaprovecharla.

Así fue, según toda probabilidad, cómo un grupo de guerreros incultos y mal preparados, en fuga, sin el menor apoyo, que sólo tenía a su favor su desesperación, pudo apoderarse de una ciudad que lo superaba en todos los aspectos.

Por supuesto, el carácter azaroso de la empresa no le impidió ser cantada y glorificada por sus descendientes. Es curioso que de toda sociedad se ensalce y admire siempre el período fundacional —que suele ser confuso y laborioso—: como si se pensara que lo importante es el momento en que algo se arma, no cuándo se usa. La América bárbara de la primera mitad del siglo XIX, la austera república romana, la sudorosa reconquista española, las febriles campañas de Alejandro, son ciertamente menos interesantes que el museo de Alejandría, el Siglo de Oro, la edad de Virgilio y Petronio o el surgimiento de una cultura latinoamericana en nuestros días. Así, es imposible comparar la rigidez y brutalidad del soberano 1, Alberto, con las creaciones del soberano 17, Raimundo, o las sutilezas del tiempo del 10, Osvaldo.

Quizás esta sea una de las famosas «astucias de la historia». La historia no suele saber cómo empiezan las cosas. Por eso se regodea en los comienzos: son los espacios vacíos, las páginas blancas que le permiten desbocarse en la invención sin cortapisas. La razón es evidente: sólo cuando una cima significativa atrae nuestra atención sobre cierto proceso, nos dedicamos a reconstruir sus comienzos. Hasta entonces los comienzos, como no se sabía que lo eran ni de qué lo eran, no habían merecido recuerdos especiales. O sea que estaban más bien en la tremenda nebulosa. Cuando un historiador quiere redefinir el curso de su patria, no tiene más que inventar una nueva versión de sus orígenes —atención, Pérez Bulni.

Así, en Calchaqui, como en tantos otros lugares, esos primeros días seguían siendo un modelo.

Lamentablemente sólo nos queda un pequeño fragmento de la composición clásica que celebraba el principio de la Ciudad y las Tierras. El escrito, huelga decirlo, tiene un estilo que lo hace único en el acervo de Calchaqui:

«Carbones encendidos: no hay alba que no sea  
carbones encendidos,  
un negro  
que conduce a otro negro, la virtud  
de repetidamente pasajeros.  
Van y vienen y van  
y siempre vienen



al negro:  
siempre vienen.  
Son variaciones vacilantes, son  
horrores  
como los del cieguito en la ventana.  
Horrores, tibios, son temores  
sin más espanto que el muy fugaz destello  
de una presencia que no será y será  
y será y será y será y será  
siempre  
mañana.»

Donde destaca sobre todo una especie de pesimismo fundamental, raro en este tipo de composiciones. El tono, puede verse, no es épico sino más bien fatal: se presenta el principio como un momento más en una sucesión de falsos inicios —«no hay alba que no sea / carbones encendidos»— que no pueden sino volver al negro una vez consumido el destello. No es difícil ver en este pasaje la fuerza de una concepción del eterno retorno, un tiempo cíclico que sólo empieza para terminar y volver a empezar, para terminar otra vez y empezar de nuevo, para terminar. Se puede atribuir esta presencia al hecho de que es un escrito muy temprano, previo a la decisión de que cada soberano estableciera su propio tiempo. Sin embargo, el pasaje no puede dejar de apoyar la idea de que había —por debajo o detrás de estos tiempos un tiempo básico, que algunos autores han llamado el «tiempo vulgar» ([ver nota 33, cap. 4](#)). Y, por otro lado, nos abre a un aspecto menos conocido de la idiosincrasia calchaqui: el pesimismo fatalista, la idea de que todo está jugado de antemano y que la única posibilidad del hombre es la finta, la simulación de que puede torcerlo («Van y vienen y van / y siempre vienen / al negro: / siempre vienen», siendo «el negro» el único lugar de permanencia, desde donde se habla). La idea se contradice tanto con la mayoría de nuestras percepciones de la ideología de la Ciudad y las Tierras que nos obliga a dejarla, al menos por el momento, entre paréntesis. (Buscar otras interpretaciones, ver diferentes posibilidades.) <<

[21] **«morir flaquísimos para que menos se muriera»:** lo cual, en el caso de los antiguos, era un sacrificio importante, porque comprometía sus cuerpos para la eternidad. Los antiguos no se cremaban —los habitantes de Calchaqui, al principio, tampoco ([ver nota 52, cap. 2](#))— sino que se guardaban en huacos de arcilla. Tratados con hierbas y ungüentos y depositados en cavernas muy secas, los cuerpos se momificaban: sus rasgos se fijaban en el momento de su muerte. Por supuesto, si se abría el huaco, los cuerpos, expuestos a la intemperie, se disolvían en polvillo. Los antiguos cuentan que la disolución siempre empezaba por el centro —el vientre y el pecho— y se corría hacia los extremos como una cascada-dominó: en minutos, el cuerpo era huesos pelados.

Los integrantes de cada familia se depositaban en la caverna del fundador de su linaje. Cuando un miembro de la familia lograba una hazaña señalada —ganar una batalla, combinar un olor, matar a un jefe, inventar una máquina— se le concedía el privilegio único de verle la cara al ancestro primero. El héroe tenía el derecho de invitar a su hijo mayor: con él —y nadie más— quebraban el huaco y lo miraban con toda la intensidad posible durante el lapso, breve, que tardaba la carne reseca en quedar polvo. Los rasgos del fundador pasaban de la carne a la memoria del héroe —que nunca podría contar lo que había visto— y de su hijo, que tenía el derecho de contárselo —sólo si se lo merecía— a su hijo a su vez. Ver la cara era el mayor premio al que alguien pudiese aspirar: se apoderaba para siempre del ancestro. Si, después, otro de su familia merecía lo mismo, el huaco abierto era el del héroe que se había llevado los rasgos del viejo fundador. El heroísmo, como se sabe, siempre entraña peligros post-mortem. <<

[22] «**Después mi padre Andrés, un aburrido**»: no es casual que el soberano 5, Andrés, aparezca tan poco en el relato de Oscar. Andrés fue un quiebre en la línea de los primeros soberanos: como si, después del esfuerzo hercúleo de los cuatro primeros, el 5 hubiese acumulado todo su cansancio.

Andrés no era flaco ni pálido: tenía el aspecto que cualquier soberano precisaba. En su mandato no tuvo inconvenientes graves, ni se le recuerdan horrores especiales. Pero era pusilánime: lo que Oscar temía, más que nada.

Es probable que haya sido por influencia del tiempo de su padre, Enrique. El soberano 4, Enrique, no tenía gran experiencia en que basarse para pensar su tiempo. El 1, Alberto, había vivido en el tiempo confuso de los primeros días. El 2, Carlos, soberbio, había sido el primero en declarar su tiempo y decidió que en él todo pasaba siempre, porque no se conformaba con menos. El 3, Félix, quizá no había entendido bien el mecanismo o quizá se taró: lo cierto es que repitió el tiempo de su padre Carlos. Así que Enrique fue, de alguna manera, el primer soberano que, una vez establecido el mecanismo, tuvo que declarar un tiempo.

Enrique, quizá por eso, se excedió. Su padre Félix, al repetir su tiempo, había aminorado el poder de los soberanos y Enrique quiso restablecerlo sin ambages. Enrique declaró un tiempo que sólo debía transcurrir en su presencia. La pretensión era ligeramente absurda: el soberano no podía multiplicarse suficiente como para estar en todos los lugares necesarios y dejaba sin tiempo a casi todos. Si el tiempo del 4 se hubiera cumplido, por todas partes habría habido tiempos que no sucediesen, como fuegos que no quemaran y lamieran leños sin siquiera caldearlos. No fue difícil verificar que el tiempo de Enrique no funcionaba y, peor, que el tiempo seguía transcurriendo aunque él no estuviera. Enrique, desesperado, no paraba de correr de un lado al otro, tratando de llevar su presencia —el tiempo— a todas partes. El poder de los soberanos se tambaleó. Finalmente un consejero de la Casa, padre de la madre del heredero, aceleró la muerte del soberano 4 para garantizar la supervivencia de su nieto el 5, y de la dinastía.

Andrés llegó a la jefatura en pleno riesgo. Adolescente, sin mayor carisma, con muy poco respaldo, es probable que su acceso haya sido el momento de mayor fragilidad para el linaje de la Ciudad y las Tierras. Lo cual explica en parte su carácter y, sin dudas, el tiempo que finalmente declaró. Es muy probable, además, que lo haya consultado con su abuelo. Debe haber sido él quien le dijo que tratara de mostrarse enérgico en su declaración. Al menos, eso parece en este fragmento de una de sus biografías, donde él pregunta y él contesta:

«—Saben que este día sí que es único. Y ahora ustedes me dicen: sí, sabemos. Yo sé

lo que me dicen. Y sabrán que es el último único pero no saben todavía y ahora ustedes me dicen: por qué, Padre, por qué es. Sabrán que es el último único hasta otro único que va a ser mi muerte.

Andrés hablaba como si supiera todo lo que iba a decir. Algunos padres saben, otros no: no es una diferencia que los haga distintos.

—Saben que este día sí que es único. Y ahora ustedes me dicen: sí, pero sabemos menos. Saben que cada día el sol se pone y la luna se pone cada noche, y cada día sale y sale: lo mismo cada día. Y ahora ustedes dicen: claro, Padre, esa es la cosa que sabemos.

Los estaba ganando para sí: diciéndoles que lo que les decía era lo mismo que ellos podrán haber dicho, poco más o menos.

—Saben que este día sí que es único. Y ahora ustedes me dicen: sí, sabemos desde siempre. Y saben que este es único porque yo les hablo pero saben que es el 45 de la estación de lluvias y saben que, en un tiempo, otro va a haber que sea el 45 de la estación de lluvias y otro y otro después. Ustedes dicen: claro, Padre, eso siempre supimos.

Bordeaba el filo: ya casi no había nada distinto en lo que les decía, insistía en que les estaba diciendo lo que sabían de antemano.

—Saben que este día sí que es único. Y ahora ustedes me dicen: sí, sabemos, pero, como las frases, siempre vuelve. Y sabrán que los días siempre vuelven: que para eso se van. El tiempo se va para volver: para eso viene.»

El tiempo del 5, Andrés, era del todo cíclico, en una clara concesión al «tiempo vulgar» (ver notas 32 y 33, cap. 4). Era un ciclo simple que se extendía a lo largo de las tres estaciones, pero no tenía un principio y un final: cada cual podía establecer cuál era el suyo. En realidad, el día de la declaración del tiempo de Andrés —el día 45 de la estación de lluvias— era festejado en la Casa con un banquete y una puesta en escena de la declaración, pero cada quien podía hacer lo mismo: fijaba un día para sí, por la razón que fuera, y desde ese momento lo conmemoraba, cada vez que se cumplía un ciclo y llegaba el día. La conmemoración, por supuesto, consistía en reproducirlo: tenía que actuar todo lo que había sucedido ese mismo día la vez anterior, y así cada vez. Por deslices casi imperceptibles, la reproducción se iba alejando del original: es probable que la reproducción número 20 se pareciera bastante a la reproducción número 19, pero tan poco a la número 2. A nadie parecía preocuparle.

El tiempo de Andrés era, en cierta forma, un peligro verdadero. Durante su mando nadie se esforzó demasiado en la Ciudad y las Tierras: siempre habría, al ciclo siguiente, la oportunidad de intentar de nuevo lo que fuese —sabiendo, además, que el resultado nunca sería muy distinto. Pero todos eran cautelosos y amables, ante la

amenaza de que cada cosa que hicieran podría repetirse tantas veces. Y, por lo mismo, orgullosos y pesimistas: nada cambiaría, así que era mejor estar contentos. (Ver la influencia que puede haber tenido este tiempo cíclico de Andrés en la configuración del tiempo de la vida larga, y en las maniobras de la Casa para recuperar el control tras la revuelta.) <<

[23] «**cargan en su nombre tantas cosas**»: la cuestión de los nombres ya ha sido explicada ([ver nota 26, cap. 2](#)), y no vale la pena volver sobre ella. <<

[24] «**la medusa... en la arena de la playa**»: el famoso pasaje de la Medusa es la piedra de toque de los cuestionamientos al capítulo 3. No vale la pena reproducir aquí todas las opiniones, que se resumen, finalmente, en la extrañeza y la duda frente a la introducción de una metáfora balnearia en una escritura de tierra adentro. Durante mucho tiempo los críticos pensaron en una interpolación posterior, o en un descuido del anotador, Jushila, que habría agregado al relato algo que Oscar, supuestamente, no podría haber dicho. El problema es que, a partir de la posibilidad de que fuera una interpolación, autores como Barrow J. Schlessinger (*Meduse: the History of a Forgery*, Texas University Press, 1958, publicado con fondos de dudosa procedencia) se lanzaron a buscar más y pretendieron invalidar casi toda *La Destinée de la Révolte* (sobre otros fragmentos tachados de interpolaciones, [ver nota 38, cap. 2](#)).

Una vez más, estamos frente a un error de quienes no podían saber —es cierto, por falta de datos— que la Ciudad y las Tierras se localizaba en el extremo sur del continente americano.

Por las razones que sean, la Medusa es propia de estos parajes casi desiertos. Ya lo señaló Martínez Estrada en un pasaje notabilísimo de su *Radiografía*, donde se basa en el carácter tan marítimo de la pampa para sostener que si la medusa como animal real flota ahora en las aguas saladas, su recuerdo mítico ha sabido sobrevivir en un espacio que, por inmenso e indiferenciado, hace de cualquier movimiento quietud esencial.

La metáfora de la Medusa está atestiguada ya en el *Martín Fierro*. El pasaje famosamente dice que (el indio...):

Pega al fin tres alaridos,  
y ya principia otra danza;  
para mostrar su pujanza  
revolea la cabeza,  
hasta parecerse a esa  
que no precisaba lanza.  
Esa que tenía en los ojos  
la juerza con que mataba:  
era su fiereza brava  
mirar, y nomás mirando

al crestiano, duro o blando,  
como piedra lo dejaba.  
Cuantomás quisiera el hombre  
que matar con la mirada:  
en el mundo no habría nada  
que lo complaciera más  
y quedaria la ciudá  
como la pampa, vaciada.  
Por eso es de agradecer  
que matar sea peliagudo:  
si no, cualquier calzonudo  
sería capaz de matar;  
matarían por hablar,  
como sopla el viento, al ñudo.  
En cambio, digo, y no digo  
lo que por cuidao me callo,  
matar no tolera fallo:  
es asunto de valientes  
y si no, que me lo cuente  
aquel indio, trueno y rayo.  
Al indio, como a Medusa,  
le centellaron los ojos:  
soltó chispas del enojo  
y así revolió sus crines:  
no dio aroma de jazmines  
ese revuelto de piojos.

Algunos críticos —Ricardo Rojas, sobre todo— incluyeron esta referencia a la Medusa en el número de las «imágenes culteranas» con que el doctor José Hernández habría «desnaturalizado» su poema épico. Sus prejuicios racistas contra el indio no les permitieron entender que esos valores mitológicos ya existían en la pampa



aborigen mucho antes de que los recogiera Hernández.

La crítica neomarxista, por su parte —a partir de David Viñas—, interpretó la presencia de la Medusa como un guiño de Hernández, una referencia a su lectura de ***La Destinée de la Révolte***: una manera de decir, sin decirlo del todo, que su escenario podía haber sido el territorio patrio.

Ambas posturas tienen el mismo inconveniente de privilegiar las lecturas exógenas. Yo diría que la presencia de la Medusa en dos escritos tan diversos producidos en el mismo territorio —me refiero, por supuesto, a ***L'Histoire*** y al ***Martín Fierro***— da cuenta de su calidad de arquetipo de estas tierras. Se me dirá que la propia palabra, la propia imagen de la Medusa son extranjeras: diré que lo son esta palabra y esta imagen con las que, en nuestro idioma, tratamos de traducir una idea semejante que, en otros idiomas, tal vez con otros rasgos, anduvo por estas pampas mucho antes de que los barcos nos trajeran a la hechicera helena. <<

[25] «**Los largos tenían todas las obligaciones**»: muchas de ellas son las reglas de conducta que después se hicieron habituales en los militantes de los intentos revolucionarios que los tomaron por modelo. Las más importantes están resumidas en un escrito cuyo original fue publicado en aquellos días por la junta de jefes de las juntas de jefes de la Larga, para instruir a sus seguidores. Aunque, por razones obvias, no está firmado, es casi seguro que salió de la pluma de Ana, la biógrafa, jefa de la junta de jefes de la quinta, muerta la noche de los 65 en la explanada del Palacio. El estilo es paradigmático: una escritora culta y sofisticada tratando de ser popular y didáctica. El folleto empezaba con la consigna consabida:

«¡LA LARGA PARA TODOS! ¡POR LA LARGA LOS LARGOS VAMOS A LA VIDA!»

Y después se extendían los reglamentos:

«*El largo nunca debe decir que es un largo.*»

Mantener el secreto. No es fácil mantener el secreto. El largo quiere que todos, vulgos y personas, hombres y mujeres, propios y extraños, sepan que él es largo: está orgulloso. Pero si lo dice compromete lo suyo: pueden creerle menos ciertas cosas que diga, puede ponerse en peligros que no quiera, puede poner en breves a su junta o a más. Debe pensar en lo que fue de Jaime.

Jaime tenía sus bienes bien ganados. Fabricaba las articulaciones para las vicuñas mecánicas, una de las piezas más difíciles, y era de los mejores. Vivía con su hija en el barrio fino, criaba en una jaula enorme cotorritas: les enseñaba palabras complicadas. No solía estar sombrío: le gustaban sus articulaciones, sus pájaros y su hija gordezuela, que ya tenía más de 40 estaciones: se iba a ir pronto. Quizá le gustaba su vida demasiado: como a todos, cuando nos gusta, se dio cuenta de que la Larga era lo que necesitaba.

Estaba empezando la revuelta. Jaime habló con una cantante de tugurio, un soldado y un incompleto del mercado, porque al principio pensaba que los que peor vivían más querían la Larga. Después se dio cuenta de su error: vio que la Larga la quieren todos, y también los de una vida buena, para no perderla tan barato, y empezó a hablar con otros. Más que hablar, los tanteaba. Al final, un maquinista que le compraba piezas terminó por decirle que conocía a algunos de las juntas —aunque no le dijo que él también era uno.

Jaime fue un largo de lo más cumplido. No era pusilánime: un poco lento, sólo. Pero

en la Larga cada cual hace lo que puede, y puede más que lo que suponía. Jaime preparaba piezas para arreglar cerbatanas mecánicas que se necesitaban y en su casa se reunían juntas de jefes, porque era grande y solía entrar y salir bastante gente y no tenía vecinos peligrosos. Jaime también les enseñó a sus cotorras que gritaran la Larga para todos y las soltaba de vez en cuando para que revolotearan en el mercado o la explanada; algunas no volvían y Jaime las imaginaba revoloteando para siempre. Jaime no pensó que podían seguir a sus cotorras volviéndose a su casa y descubrirlo; los soldados tampoco. Fue un error con fortuna.

Su hija había escuchado mucho de la Larga, pero no era una. Cuando vio a su padre enseñándole a las cotorras le hizo burla suavita:

—Un padre, digo, se cree que hacer para la Larga es cotorreando.

Jaime no le hizo caso, pero más y más la chica se burlaba. La chica tenía unos pelos lacios que le llovían sobre los ojos y se los enrulaba con su dedo todo el tiempo. Tenía sus mamas muy rellenas: su padre la miraba y esperaba. Ella le decía que todos hacían lo que podían por la Larga, que ella era chica pero si no su padre ya vería, que el único tiépido que charloteaba con cotorras era él: empezó a despreciarlo. Cada vez lo despreciaba más seguido. Jaime no era tan flaco. Jaime no decía nada, porque sabía que era lo suyo no decirlo. Pero un día explotó.

Ella le había soltado unas cotorras y cuando él se dio cuenta ella le dijo que era porque esperaba que entonces hiciera algo más de verdad. Jaime no pudo soportar: la agarró por los pelos, la sacudió bastante, le gritaba. Le dijo que era un largo hacía mucho, que a menudo cuando ella no estaba juntas de jefes se reunían en su casa, que se callara y que lo respetara más. Le dijo que aunque no hiciera nada ella tenía que respetarlo, pero se ve que no creía: si no, habría sabido quedarse más callado.

Ella sí se calló, durante algunos días. Jaime no se preocupó tanto porque ahora estaba desahogado. Pero ella estaba asustándose: iba asustándose de a poco. Los sustos súbitos no son de gran peligro; terribles, los de a poco. Al final, terminó de asustarse y un día que su padre le dijo que se fuera a pasear hasta la cuarta, se fue a buscar a un ayudante del consejero de Vulgos y le dijo que su padre era un largo peligroso y que ella no y que le daba pavora. Los soldados llegaron justo cuando se iba a reunir en la casa de Jaime la junta de los jefes de juntas del mercado. Como son pánfilos, llegaron temprano y se llevaron nada más a cuatro, y también a Jaime. Eran días bastante turbulentos, y los mataron enseguida.

Si Jaime se callaba, no les pasaba nada.

*El largo debe defender antes que nada las opiniones de los largos.*

Defenderlas de todo y contra todos. Las opiniones se nos van formando: una vez que se forman, son las nuestras. Primero a alguien se le ocurre una cosa: que la Larga tiene que ser para todos, digamos, suponiendo. Entonces habla con otros largos, se

discuten, intercambian palabras. En un momento hablan de eso en una junta. El jefe de la junta dice no, siempre dijimos que la Larga era para los largos y sus seres cercanos; otro le dice no, tendría que ser para todos, si no quién puede decir este no va, pero aquel sí podría. Y siguen discutiéndose. Después el jefe habla de eso en su junta de jefes. También entre ellos se discuten, y el jefe habla con los jefes en la junta de los jefes de junta. Y así siguen: en muchas juntas, muchos largos se hablan. Se ponen de acuerdo, en un momento, o siguen discutiéndose y al final Juanca les dice —y Jaime viene y cuenta. Entonces los largos ya tienen su opinión: que la Larga tiene que ser para todos, digamos, suponiendo, y tienen que defenderla más que nada. Si no, no es un buen largo. Debe pensar en lo que fue de Sara.

Sara era la mejor cocinera de la Ciudad, decían. Otros decían que era de las cuatro mejores: era buena. Sara no quería trabajar en fondas ni casas de comer: ni siquiera en la Casa. Sara se había quedado siempre trabajando en la casa de un persona con fuerza, uno que tenía muchas tierras al norte. Algunos murmuraban: decían que Sara se quedaba porque tenía un hijo que sus patrones tenían amenazado, porque le conocían unas historias turbias y podían mandarlo a los castigos. Quizá no fuera cierto, pero era de verdad que sus patrones la trataban con desentendimiento o, muchas veces, crueles.

Sus patrones comían casi siempre el mismo plato: la obligaban a cocinar casi siempre el mismo plato, un guiso de camarones muy deshechos en pasta con tropezones de nueces, mango verde, tomate rojo fuego y piel de gallinazo saltada bien crocante, y nunca le decían que había salido bueno. Sara hacía ese guiso como nadie. Cuando empezó a conocer la Larga, Sara, por provocarlos, les hacía comidas distintas, más y más deliciosas. Ellos se las mandaban de vuelta a su cocina.

Sara odiaba de más. Sus patrones estaban muy opuestos a la Larga: no por nada, pero el patrón, de tan persona, decía que era nada más para Padre y eso no lo podía cambiar nadie. Sara, a veces, lo escuchaba desde su cocina: se ponía los brazos en jarras, rechiflaba, se callaba y pensaba otro plato para darles. Pensaba que si los sacaba del guiso de camarones iba a estar destruyéndolos un poco: algo les iba a destruir, aunque no sabía bien. Una cuarta, en su junta, a Sara le dijeron que, después de tantas discusiones, todos los largos habían decidido que la Larga iba a ser para todos. Sara no terminaba de creer.

Llovía, y esa noche no se durmió Sara. Sus patrones la habían maltratado desde siempre y eran tan opuestos a la Larga: no podía ser que también ellos la tuvieran, y que ella peleara para que la tuvieran. Sara los odiaba de más: un largo no debe odiar a nadie; un largo debe hacer la Larga, más que nada.

Sara siempre tenía los ojos bien hinchados y le gustaba poco fornicar. No era tan fea. Sara era muy famosa en el mercado: sabía comprar todo lo bueno y a muchos les gustaba venderle sus frutas, verduras o animales porque sabían que los iba a tratar

mejor que nadie. Algunos eran largos: aunque no debía, Sara sabía de algunos. Esa misma mañana Sara empezó a hablar con sus amigos que sabía que eran largos del mercado, diciéndoles que no era posible que la Larga fuera también para los enemigos. Algunos le explicaron que esa era la opinión de los largos y que todos tenían que defenderla; otros, después de un rato, le dudaban.

Al cabo de unos días, Sara había juntado a un grupo de vulgos del mercado que se indignaban de que la Larga fuera para todos. Odiaba mucho. Empezaron a pelearse con los demás largos: se armaban discusiones a los gritos que eran bien peligrosas, porque los que no eran las oían. Poco después, en la Ciudad muchos decían que los largos no sabían del todo qué querían. La junta de jefes de juntas del mercado les dijo que podía llegar a perseguirlos, y les prohibió a los suyos que vieran a los réprobos. Los largos de Sara se deshicieron el cuello todos juntos, una segunda, cerca de donde se habían deshecho las ocho mujeres del principio. Eran ocho, también, y fue bastante escándalo: los jefes habían prohibido que se matara nadie, los largos sabían y hasta los vulgos y personas sabían que no tenía que matarse nadie porque era una ayuda al enemigo, y estos fueron y armaron el desaguizado. Fue un problema. Los ocho de Sara se mataron creyendo que así se iban a una Larga nada más para ellos; los largos que quedaron se dolían porque sabían que, cuando llegaran, iban a darse cuenta de su error.

Si Sara defendía las opiniones de los largos, el error no pasaba.

*El largo debe obedecer todas las órdenes.*

Las órdenes son para el bien del largo y de la Larga. Sirven para avanzar hacia la Larga. A veces no parece, pero son con sentido; a veces el largo no sabe que forman parte de un concierto más grande: el largo no conoce todas las partes y por eso, a veces, no les ve el sentido. Por eso, siempre, el largo debe obedecer todas las órdenes: porque vienen de los que saben el concierto entero. El largo, cuando empieza, es libre y elige la pelea por la Larga: es el momento de tremendo gozo. Después, el otro gozo es que ya eligió: una vez que elige ya eligió. Entonces, para ser más libre con la Larga, obedece las órdenes hasta que nos llegue. Para que antes nos llegue. Debe pensar en lo que fue de Esther.

Esther es la vieja que se escapó de la reunión. Ahora Esther no tiene ningún diente y tuvo que dejar de cantar: sirve cocciones en un tugurio del arrabal del este. Antes estuvo tiempo vagabunda: dice que erró por las Tierras desde el sur hasta el norte, con un perro chico, y que por esas caminatas se le pusieron tan combas y fibrosas las piernas. Sus piernas, ahora, están un poco repelentes por fibrosas; Esther tuvo que caminar tanto porque tenía miedo de volver a la Ciudad. Después el miedo le seguía, pero igual volvió.

Esther dice que se escapó de la reunión con nuestro jefe Juanca porque ya entonces tuvo miedo; muchos dicen que se escapó porque era de la Red. No importa tanto: se

escapó, no cumplió con la primera orden de Juanca, se perdió el modo de llegar primera, antes que nadie, para abrir las puertas de la Larga y ahora sirve cocciones en el tugurio del arrabal del este. Al tugurio muchos llegan a verla, por la curiosidad. La miran, comentan algo y más se decepcionan; a veces le dan algo y ella acepta. Lo brutal es que acepta. Dos veces parroquianos le sacaron su tela porque la llevaba enroscada en el cuello, como para acordarse de Raquel: justo Esther, la que se escapó. Unos, que debían ser largos, casi le queman la tela aunque la tenía puesta. No pudieron conseguir que ardiera.

Cuando volvió, Esther quiso hacerse larga: volver, que alguien la perdonara. No la dejamos. No importa que fuera o no fuera de la Red: no obedeció la primera orden de Juanca. Esther quedó desesperada porque no la dejamos: tiene razón, y más desesperada debería. Ahora va a tener que esperar, desesperada. Las piernas, cada vez más fibrosas; los ojos, apagándose. Al final, como la Larga es para todos, va a volver con nosotros.

Si Esther obedecía, sin problemas llegaba, antes que ninguno.

*El largo debe dar el ejemplo siempre en todo.*

Los largos deben ser siempre los mejores. No nada más en lo que hacen por la Larga: en todo deben ser siempre los mejores. Si el largo no es mejor, los otros pueden decir: por qué creerle, si hace mal lo que hace. Si es, le creen mucho más fácil y lo siguen. El largo no es uno que tiene que dejar todo y no hacer lo que hace: tiene que hacer mejor lo que hace, el comercio o la verdura o las historias o las máquinas que sean. Entonces es mejor, vive mejor y más lo siguen. Y si lo siguen, hay cada vez más largos, y más cerca la Larga y el descanso. El esfuerzo de la pelea termina en el mejor descanso. Además la Larga no es igual para todos: mejor para el mejor, distinta. Por eso el largo debe ser el mejor. Debe pensar en lo que fue de Ruth.

Ruth era muy buena haciendo cosas más o menos. Era incompleta muy poquito: nada más dos dedos de su mano derecha, que le habían cortado sin querer cuando era chica, y a muchos les daba pena porque de lo demás estaba tan gordeta y agradable y casi no tartamudeaba. Ruth sabía su ventaja: pintaba unos retratos que no se parecían del todo, con los trazos tembleques, como si su pincel y ella se pelearan y ganaran un poco cada cual. Algunos le pedían retratos, en la plaza del Mercado o en la puerta del Este y a muchos cuando veían cómo eran les daba ese poco de pena y le pagaban bien, aunque no les gustaran. Ruth también sabía cocinar con una pizca de sal más que lo justo, fornicar como si por momentos se olvidase, tropezar con un perro que pasaba.

Cuando Ruth escuchó hablar de la Larga en el principio, pensó que no era para ella. Que debía ser para los que pudieran: para algunos. Pronto Jaime, el de las cotorras, que la cuidaba a veces o la fornicaba, la convenció de que era para todos. Ruth no tenía miedo porque no tenía tanto que guardar, y empezó a hablar de la Larga sin

tapujos, con el que se cruzara. Les decía que era la mejor maravilla y muchos creían que, proponiéndola ella, debía ser un consuelo para incompletos y peores. No le hacían mucho caso. Le gritaban:

—Pánfila de dedos, pocamano: gracias que te queremos y ayudamos, para que también te metas a convencernos de prodigios.

Ruth rabiaba. Trató de cambiar maneras de su vida: no podía pintar sin los tembleques, los guisos le quedaban sosos. Se dijo que igual podía convencerlos de la Larga y seguía hablando con el que se cruzara. No le hacían caso. Otra mujer, Sara, que pintaba retratos muy perfectos, estaba todavía en contra de la Larga y cuando Ruth hablaba ella también hablaba, más fuerte y con mejores palabras: los que pasaban la escuchaban mucho, le agradecían, se mofaban de Ruth y de lo que decía. Ruth se murió una cuarta de la rabia, despacito, y varios que pasaban se reían. Mientras se moría, Ruth dijo qué no sabía qué perro era la Larga.

Si Ruth hacía bien las cosas muchos le creían y no le daba semejante ataque: la Larga mejoraba.

*El largo debe poner sus bienes a disposición.*

Porque la Larga muchas veces necesita, y el largo nada necesita como la Larga: tanto. No hay una historia: todos los largos saben y ninguno mezquina sus bienes, cuando la Larga necesita. Uno que mezquinó no tiene nada y ya nos lo olvidamos.

*El largo debe estar dispuesto a no morir.*

Muchas veces quiere. El largo está impaciente de encontrar su muerte para entrar en la Larga. El largo sabe que la Larga lo recibe al final del camino, pero sabe también que tiene que pelear lo que pueda para acabar de conseguirla. El largo muchas veces ve a otro largo muriéndose debajo de un soldado y lo mira con envidia; a veces llega a ver a su padre muriéndose en sus pieles y lo mira con envidia: debe saber que el sacrificio de seguir vivo y peleando es necesario, para terminar. Debe ganarle a su egoísmo. Debe pensar en lo que fue de Jose.

Jose era el que descollaba en los tormentos. En cada que se organizaba, Jose se postulaba con las ideas más nuevas o distintas o probadas, y muchas veces se ganaba el derecho de hacerlos. También vendía gallinazos, perros y otros animales en el mercado: los mataba tan bien que, en lugar de comprárselos vivos, sus clientes le pedían que los matara y los descuartizara él. Jose vivía muy cómodo, en su casa del barrio de Vulgos, que era más grande que otras casas vecinas. Jose era una fortaleza bien parada: tenía sus dos piernas como piedras, el pecho lo bastante ancho, tanto brazo tremendo. De chico conocía al soldado Jaime porque también venía de antiguos: la aceptación la hicieron juntos. Eran amigos: fue uno de los primeros en seguirlo cuando empezaron las peleas por la Larga.

Jose siempre era intrépido. En esos días del principio, iba primero a pelear cualquier reyerta: se arriesgaba sin pestañear a lo que fuera, no dudaba. Jaime una vez sospechó que Jose quería morir y le habló un rato: le explicó que cada largo tenía que estar vivo para la pelea. En las siguientes, Jose fue más peligroso todavía: como se cuidaba, estaba más taimado y mejor atacaba al enemigo. En una de esas lo hirieron en el cuello. Perdió mucha sangre, pero otros largos se lo llevaron a una casa, le pusieron emplastos: lo sanaron. Jose, cuando se despertó, les decía que por qué no lo habían dejado seguir camino hasta la Larga. Jaime vino a verlo y se rieron.

—¿Vio, digo, como le dije, que no era tan fácil, llegar hasta la Larga?

Le dijo Jaime y se rieron. Corrió un tiempo y Jose tan bien descollaba que pasó a ser el jefe de una junta de jefes: cada largo tiene que tratar de ser un jefe. No porque entonces les aumente la fuerza, sino porque más y más así se sacrifican: trabajan por la Larga. Cada largo sabe que debe tratar de ser un jefe y trata de hacer las cosas mejor que los demás, para poder llegar. Jose era bueno en eso: siempre inventaba más y más cosas nuevas por la Larga. Fornicaba mucho y era fogoso para beber cocciones. Jaime otras veces le dijo que se cuidara más.

Un día, Jose con su junta de jefes decidieron que podían darle un vuelco a todo si atacaban la sala de los testamentos mientras se estaba leyendo uno importante y la quemaban: decían que se cuidaran los que hablaban desde su testamento, que iban a tener que rendir cuentas en la Larga. Y decían que los que hablaban como si ya no tuvieran que hacerse responsables estaban descreyendo de que la Larga fuera. Entonces decidieron atacarla y quemarla. Jose sabía que había muchos soldados y que era peligroso, pero dijo que era una buena causa y que mejor si se moría. La cuarta que llegaron, muchos de los que estaban se opusieron: no que estuvieran contra la Larga, sino que todavía no habían entendido por qué los testamentos sí estaban en contra. Los de Jose fueron muy rápido, a quemar, sin haber explicado bien las cosas. Hubo primero batahola, después una algazara y al final pelea. Llegaron los soldados. Jose se tiró sobre cuatro para que lo mataran. Quizás estaba desasosegado. Le hirieron un tajo enorme en uno de los flancos.

Cuando se estaba muriendo llegó Jaime y lo miró con toda la dureza. No es cierto que lo escupió, pero sí lo miró con la dureza. La sangre le corría y Jose trataba de pararla; era una pena: se agarraba los labios de su herida con la mano y buscaba juntarlos, para parar la sangre, que igual salía y no quedaba. Trataba de arreglar lo que había hecho pero ya se moría. Jaime seguía callado; Jose lo miraba y trataba de hablar y sus palabras le salían con la mezcla de sangre. Decía que era un tiépido, que tendría que haberse cuidado, que lo mataron porque quiso, que morir entonces era de cobardes, que merecía el esputo, que no había querido traicionar, que por favor lo perdonaran. Hablaba con hipos y sollozos. Jaime no le habló, porque no era de perdonar lo que había hecho.



Si Jose seguía vivo, la Larga tenía todavía un largo de los buenos.

*El largo debe estar dispuesto a matar a quien sea.*

No le gusta, porque es regalarle algo tan bueno al enemigo. Le da escozor: un largo mata a un enemigo y el enemigo se va a la Larga bien y fácil, porque la Larga es para todos. Pero a veces es necesario que lo mate, para que la Larga pueda avanzar su paso. Y es mejor que muera el enemigo antes que el largo, aunque disguste: porque al enemigo no lo necesitamos como al largo. Distinto, mucho menos. Al largo puede darle odio: debe refrenarlo. Debe ser generoso. Por la Larga, a veces, debe hacer un mal a quien merece buenas, o un bien a ese que malas: lo que importa es que avance. Debe ser desprendido. Debe pensar en la Larga más que nada. Debe pensar en lo que fue Joaquín.

Los retratos de Joaquín eran famosos. No tenía ni cincuenta estaciones, no hacía mucho que había sido aceptado, y ya pintaba los retratos que cualquiera quería. Joaquín no fornicaba casi nunca con mujeres: le parecían muy brutas. A Joaquín tantas cosas le parecían muy brutas: cualquier guiso con su gallinazo, las formas de tormento de Jose pero no las de Jacobo, algunos colores que desterró de sus pinturas, la conmiseración, la simpatía, las poceras y los soldados, las vicuñas mecánicas, la puerta de la explanada de la Casa y muchas otras cosas le parecían muy brutas, y morirse al cabo de la vida la más bruta de todas.

Joaquín usaba casi siempre su tela en bandolera, de izquierda a derecha, y se hizo largo pintando a un largo que lo convenció de que para uno como él era del todo imperativo. No fue tan difícil. Los largos nos alegramos mucho de que Joaquín llegara: había bastantes en la Ciudad, jovencitos, un poco pretenciosos, que le seguían los pasos. Usaban su tela como él, comían revoleando sus dedos como él, intentaban pinturas como él y no podían. Cuando él llegó a la Larga, varios llegaron para seguirle el movimiento.

—Ya lo dijo Joaquín, digo, lo dijo: al enemigo lo peor que se pueda.

Decían, y después repetían. Joaquín pensaba que cualquier concesión a un enemigo es nada más debilidad: era muy jovencito. Al enemigo, a veces, hay que concederle si es por el bien de uno; no atacarlo si para atacarlo nosotros nos herimos. Al enemigo hay que usarlo también para nosotros.

Joaquín no lo entendía. Hablaba demasiado. El jefe de su junta para corregirlo le mandó que encontrara y matara a un persona un poco pobre pero muy exquisito al que había retratado muy famoso. Al principio muchas personas se oponían a la Larga: por pánfilos. Creían que con la Larga les iba a pasar algo, y en verdad les iba, pero algo tan bueno. Después ya lo entendieron. Este persona se llamaba Jose: salía muy poco de su casa, cerca de la explanada, así que lo tenía que ir a buscar adentro: no era fácil.

Pero no fue difícil. Joaquín entró en la casa porque Jose no le tuvo ninguna desconfianza; adentro, lo amenazó con su cuchillo y enseguida entraron otros tres: era de noche. Podían matarlo ahí, pero Joaquín dijo que no le parecía; se lo llevaron a una casita pobre, en el arrabal del norte, que les había prestado un vulgo largo. El persona, por la calle, caminaba tranquilo: sabía que si trataba cualquier cosa le deshacían el cuello. Dos de los tres le caminaban al costado; el tercero adelante, mirando quién venía, y Joaquín atrás, para tener la cosa bien mirada. No tuvieron tropiezos. Hacía frío y sudaba el persona.

Cuando llegaron a la casita prendieron un farol de aceite, para que no se viera, y tiraron a Jose en un rincón. Jose se paró y quiso sacudirse el polvo. Tenía sus noventa estaciones y la mirada bien burlona. A Joaquín, lo buscaba:

—Usted cree en la Larga, me dijeron, ahora.

—Creo. Ahora como siempre, aunque antes no sabía.

—Y porque cree ahora me va a matar, me dicen, sin las dudas, y yo llego primero y me empiezo a reír. Cuando usted llegue, me estoy riendo todavía.

Joaquín soltó un resoplo o un respingo. Lo miró, pensó un rato. Jose lo miraba y amenazaba risa. Joaquín le dijo que no quería hacerle el favor de matarlo: que era un enemigo y no quería.

—Me puede matar, Joaquín, tranquilo: yo en la Larga no creo.

—No importa que usted crea o no crea, le digo: llega igual, es el problema.

Joaquín dijo que iba a esperar hasta que el sol saliera; Jose y dos de los otros se durmieron. A la primera, cuando el sol salía, Joaquín lo despertó y lo llevó a un rincón. Le habló en voz baja.

—Odio hacerle favores: usted es un enemigo. Puedo hacerle otra cosa.

Joaquín se la explicó: les iba a decir a todos que lo había matado; el persona, a cambio, tenía que disfrazarse de vendedor en el mercado, adelgazar bastante, hablar de otra manera, y darle información cada dos días de lo que se enterara. Si trataba de escaparse o no cumplía, Joaquín le deshacía su cuello en un momento. Joaquín se regocijó bastante con su idea: no lo mataba ni lo dejaba igual: le cambiaba la vida por otra. Era como matarlo, pensó, pero sin mandarlo hasta la Larga. Le pareció que su idea era esplendente: que muchos la iban a usar cuando supieran. Pero no tenían que saber todavía.

Después dijeron que no lo quiso matar porque quería seguir haciéndole retratos, dos o tres más, para contar la historia de su vida: no es verdad. Tampoco es cierto que le gustara tanto que por eso no quisiera matarlo; después, cuando llegó el reviente, le buscaron explicaciones que no eran. Joaquín no lo mató porque no quería darle a un enemigo lo mejor que él y cualquier largo quieren: otras explicaciones son inanes,

pero su panfilada le costó muy cara.

El persona se pasó una estación siguiendo el juego. Mientras, pensaba el contraataque. No era tan difícil. Un día consiguió hablar con un soldado sin que se diera cuenta el largo que lo vigilaba. La cuarta de ese día, Jose y cuatro soldados que él pagó agarraron a Joaquín en su taller de retratos. Cuando los vio llegar, Joaquín pensó con una felicidad que lo mataban; Jose no era tan zafio. Lo hizo llevar en una caravana de mecánicas, atado y custodiado, al norte, a un lugar donde la Larga quién sabe si le llega. Ahí le cortaron su mano derecha y lo pusieron a trabajar un campo con la otra. Hace poco hubo una expedición de sus amigos para rescatarlo: Joaquín los vio llegar y se quedó mirando. Se escondió un poco detrás de una vicuña; les gritaba insultos en un idioma raro.

Si Joaquín mataba a Jose, como debía, ahora estaba en la Ciudad pintando, peleando y cerca de la Larga.

*El largo debe tener siempre su historia preparada.*

Por si lo agarran. El largo no niega que es un largo porque no hay nada con más gloria, pero si les cuenta a los soldados qué está haciendo, muchos intentos pueden perderse por su culpa. Otras veces, el largo niega porque son veces en que no tiene que morir y prefiere decir que no es para que no lo maten: le depende. Por una o por la otra, el largo debe tener, cualquier cosa que haga, una historia preparada para contar que estaba haciendo otra. El largo va a mirar cómo es la casa de un enemigo para poder quemarla y tiene la historia preparada de que en verdad está tratando de venderle fruta; el largo lleva esencias de romero para cambiarle los aromas a un traficante que se niega y tiene la historia preparada de que en verdad está llevándolos hasta el Mercado de Perfumes; el largo se reúne con otros cuatro para planear un Día de la Larga y tiene la historia preparada de que en verdad están probando un guiso que inventó uno de ellos. Con las historias, el largo se protege pero, más que nada, la protege a la Larga. Debe pensar en lo que fue de Jaime, el maquinista, más arriba.

*El largo está para la Larga.*

El que pelea por la Larga debe ser capaz de pelear y de no pelear: de morir y no morir; de matar y no matar; de decir la verdad y no decirla; de inventar la verdad y no inventarla; de entregar lo que sea y negar lo que sea; de mantener promesas y quebrar promesas; de hacer un mal y de evitar un mal; de ser sí mismo y de ser otro. El que pelea por la Larga puede tener muchas virtudes y, en verdad, tiene nada más una: pelea por la Larga.» <<

[26] «**Los largos tenían que ser buenos cantores**»: no hemos podido comprender esta frase. Otros tampoco. Muchos hablaron de una errata e intentaron versiones diferentes: la versión soviética (*edición Kyriakov*, Leningrado, 1957) fuerza las cosas hasta pretender que «*chanteurs*» debía ser en realidad «*changeurs*» —*cambiadores*, palabra casi inexistente si es que existe; sí existe  *cambista*, pero es otra cosa. La opinión de Stimmer de que el original debería decir «*chanceux*» —*afortunados*— choca con lo que ahora sabemos sobre la suerte en la Ciudad y las Tierras (ver *Tratado*, [nota 8](#), [cap. 3](#)). Du Tertre llega a decir que el autor dice «*chanteurs*» en su sentido argótico: el que canta frente a la autoridad, el que entrega a sus compañeros, y que debían serlo para poder entregar a compañeros según las reglas arriba mencionadas. Son, por supuesto, paparruchadas graves.

Lo cierto es que la versión debe ser correcta: más arriba, entre las actividades de los largos, se dice que «componían las canciones» (cap. 3, pág. 494). Pero seguimos sin saber cuál era el papel de esas canciones en la pelea por la Larga. (Aunque sabemos que en todo movimiento social se imponen las canciones. Pareciera como si los hombres fuesen incapaces de lanzarse sin himnos al combate.) <<

[27] «**vulgos y personas son más bien pavos**»: la versión que Saint-Just, retomando el legado de Marat, hizo imprimir en 1793 ([ver nota 3, cap. 3](#)) censuraba, entre otras cosas, este párrafo. Que es de lo más revelador: «Los largos y los jefes largos y sobre todo Jaime sabían que los vulgos y personas son más bien pavos, como lo sabe cualquier Padre, y pusilánimes y no se arriesgan ni se mezclan y que es cruel depender de ellos para ganar una pelea. Los largos odiaban depender de ellos para ganar la Larga. Los despreciaban con razón.»

Que el pasaje haya sido eliminado por las prensas revolucionarias de Saint-Just no debe sorprendernos: con ligeros retoques, resultaría una confesión demasiado sincera del sentimiento de los líderes jacobinos con respecto a ese pueblo que no podían dejar de invocar pero que los iba dejando más y más solos —«es cruel depender de ellos para ganar una pelea». Y más cruel aún —podría haber agregado Saint-Just— es tener que mantenerlos como causa y justificación de esas acciones que muchas veces no entienden y miran azorados: los revolucionarios sufrían por la conciencia de que, sin ellos, nada de lo que hacen podría justificarse y por la impotencia de necesitar sin remedio a aquellos a quienes hacen la inmensa merced de redimir —y no siempre se dejan. El redentor es poderoso, pero no es nada sin los débiles objetos de su redención.

La continuación de la cita podría haber sido una descripción del camino que el Terror estaba por emprender: «Llegó a haber una junta, la de traficantes de perfume, que dedicó dos o tres Días de la Larga nada más a matar vulgos pavos, para que se fueran convenciendo de que iban a morir más pronto y les convenía pelear lo necesario por tenerla. Después lo dejaron porque era un poco inútil.» El pasaje era decididamente incómodo, y su supresión no se aleja de los procedimientos en curso en esos días.

Al restituirlo, puede sonar extraña esta identificación casi explícita que Oscar establece entre soberanos y militantes: «... los largos y los jefes largos y sobre todo Jaime sabían que los vulgos y personas son más bien pavos, como lo sabe cualquier Padre». Se podría pensar que Oscar atribuye ese conocimiento a todos los que se acercan al poder, soberanos que lo tienen, militantes que lo buscan, por herencia o apetencia, con títulos o sin ellos, legítima o ilegítimamente. (Aunque es cierto que el tema de la legitimidad no parece central: en su relato: Oscar no insiste en ella. No pretende que su linaje tenga derechos especiales a ocupar el trono de la Casa: más bien, relata sin pudor cómo se apoderó de él aprovechando una circunstancia turbia. Pero en ningún momento pretende que sus ancestros y él mismo tengan que ocuparlo por ninguna causa primera —dioses, que no hay; delegación popular; designación oligárquica; destino manifiesto. En realidad, es probable que la idea misma de

legitimidad le fuera extranjera y que en su lugar existiera una idea de realidad: esto es así, es lo que hay, no necesita explicación alguna.) <<

[28] «**Los jefes de las juntas**»: uno de los documentos más sorprendentes que Alphonse des Thoucqueaux presenta en su *edición* es esta breve recopilación de las fichas de los cinco jefes iniciales de las juntas de jefes de la Larga. Thoucqueaux no da demasiada información, pero las fichas parecen venir de los archivos de Javier, el consejero de Vulgos, el encargado de la seguridad pública en la Ciudad y las Tierras. Lo más curioso es que mostrarían un grado de organización y eficacia que no se percibe en el resto de su actuación contra la revuelta y, sobre todo, una forma muy peculiar de encarar los problemas de orden civil, basada en una caracterización de la personalidad de los protagonistas.

Se trata de las fichas de los cinco primeros jefes; varios de ellos, como se sabe, murieron en el transcurso de la revuelta. De hecho, la referencia a la muerte de uno de ellos nos permite fechar con precisión el documento:

«1. JOSE, LLAMADO JOSE DE MUJERES

Sus tres condiciones son: es rico, es astuto, no se hace ilusiones.

Las tres parecen demasiado pegadas. Alguien diría: es rico porque es astuto y no se hacía ilusiones. No se hace ilusiones porque consiguió ser rico y astuto y vio que tampoco era tanto. Es astuto porque no se hace ilusiones y puede hacer lo necesario para seguir rico. Pero no está tan claro.

Si alguien es rico pero empezó sin serlo quiere decir que no se hacía ilusiones porque tenía una que era más grande que cualquiera y ocupaba todo: en este caso, hacerse rico. Jose lo hizo, y desde entonces se puede decir de él, y dicen los agentes: no se hace ilusiones. Porque necesita una mayor que todas, para no hacerse otras: es su ritmo, y por eso se metió en la revuelta. O sea: que de primera parece que Jose es difícil y distante y está en la revuelta por astucia, y que eso lo hace más peligroso por frío y deliberado, pero no: en contra de la primera, Jose está en la revuelta sin interés exacto, sino más bien: porque necesita una ilusión con mucha fuerza.

Como es astuto, lo sabe, y le teme un poco. Conoce que necesitar esa ilusión fuerte es su debilidad: como es astuto, no pelea contra ella sino que le da curso. La revuelta es su debilidad y le da curso. Como es astuto, le duele no tener más remedio. Como es astuto, una vez que decide que ese es su curso, no se pregunta más y sigue con ahínco. Como es rico, puede. Pero es probable que tenga siempre la idea de que, si no dependiera de su ilusión, sería más entero: menos vulnerable.

Como es astuto, consigue que pocos se den cuenta de que es vulnerable: eso lo hace menos vulnerable. También lo consigue porque conoce mucho cómo son las mujeres, por tantas estaciones en la escuela de prostis. Pero nosotros sabemos.

Su pronóstico:

La forma de voltearlo podría estar en encontrarle una ilusión que más le guste o que más le convenga. Que la pueda adoptar sin tanto dolor de verse débil. No se lo puede tentar con chiquitadas: ni bienes, ni alabanzas, ni cuerpos ni animales. Quizá se lo puede convencer de que su trabajo para nosotros sería tan importante para mantener en pie la Ciudad y las Tierras. Que si no nos ayuda tanto se derrumba. Hay que tener cuidado de no ofrecerle bienes ni decirle las cosas demasiado claras: tiene que creer que las va descubriendo o, mejor, que nos engaña un poco, o sea: que a nuestro pesar nos roba la ocasión de algo muy grande. Ese es, por el momento, el curso que recomendamos.

## 2. ANA, LLAMADA ANA DE QUINTA

Sus tres condiciones son: es altiva, es miedosa, es flaca por demás.

Son más amplias. Son raros los que son altivos sin ser miedosos; miedosos sin ser altivos es común. Y flaco es condición para cualquiera, que pega con cualquiera: en el sentido de agravarla.

Alguien cuando es miedoso se obliga a las hazañas. Los que se creen valientes no las hacen tanto. Las evitan: tienen miedo de descubrir que son un poco menos. En cambio, el que tiene su miedo bien presente puede lanzarse a cualquier cosa porque no teme descubrir que tiene miedo. El miedo es tremebundo cuando es una amenaza. Cuando ya se sabe es nada más un enemigo: los miedosos son los más de temer. Aunque si son altivos puede ser distinto.

Miedoso cuando es altivo puede querer mostrarse con coraje. Entonces no es de mucho peligro porque calcula todo el tiempo: exhibe, pero no intenta nada. O, si no, hay otros que hacen cualidad de su miedo y lo muestran como si fuera muypreciado. Suelen necesitar inteligencia; entonces cuentan las ventajas macizas de un buen miedo: dicen que el que no lo tiene es que se engaña, que no se conoce suficiente. Dicen que el que no lo tiene no sabe nada de los tiempos próximos. Como hacen tanta alharaca de su miedo, tienen que mostrarse a veces con coraje, para decir que también lo dominan. Uno de ellos inventó la frase de que “mérito es del que tiene miedo y sobrelleva, no del que ni siquiera lo conoce”. Ana de quinta es más bien de estos.

Como también es muy persona, muestra menos. Los personas suponen que los que importan ya saben las maneras: que captan las cosas mostrándoles un poco, y los que no las captan así no les importan nada. Esto aminora el riesgo pero tampoco tanto. Lo que aminora mucho es que sea tan flaca: flacos más bien esconden todo, por vergüenza o como si le debieran algo al resto.

Ana de quinta, parece, está en la revuelta porque le tiene miedo a lo demás. Tanto a su muerte no: a todo lo demás. A cualquiera de los perros que cruzan un camino. La



revuelta es buena para los que le tienen miedo a su paso en la vida: les ofrece un peligro seguro, fácil de entender, que se va haciendo conocido. Un miedo así la tranquiliza mucho, y le permite más fácil ser altiva. Si no fuera tan flaca sería muy fácil de tratar.

Su pronóstico:

La forma de voltearla para nuestro lado podría estar en mostrarle que su llamada “Larga” es un refugio fácil de miedosos. Que todos, hasta los que nunca hablaron de su miedo, se meten en la revuelta porque tienen su miedo del final. Que para dominar un miedo de verdad lo que podría es ponerse al costado de su “Larga”, o sea: darnos la información, entregar planes, mostrarnos sus caminos. La mejor forma es tampoco decírselo directo: mejor contarle historias de personas de la Casa que hicieron movimientos semejantes: las tradiciones la convencen mucho. Si acaso, hay que inventarlos. Ese es, por el momento, el curso que recomendamos.

### 3. JOSE, LLAMADO JOSE DE VIAJEROS

Sus tres condiciones son: tiene fuerza, es egoísta, está muy cerca de su muerte.

Son mezcladas. Alguien que tiene fuerza no suele ser un egoísta: si tiene fuerza de verdad y sabe que la tiene, no le importa darle a otros: sabe que igual no pierde. Son egoístas, tantas veces, los que dudan de su fuerza y no soportan entregar ni un poco.

Egoísta no trata de mostrar que da: alrededor, muchos envidian a egoístas porque pueden ocuparse de sí lo más que quieren. O sea: que egoísta no tiene que mostrar otra cosa. Poco de semejar. A menos que sí quiera, para mostrar su fuerza. Pero Jose de viajeros está muy cerca de su muerte, entonces su fuerza pierde fuerza y gana su egoísmo.

Se va a morir del cuello: su cuello está por reventarle bien enfermo, y lo muestra como si fuera su estandarte. Tiene su cuello tan hinchado y lastrado de dorados furiosos que obligan a los otros a fijarse en el cuello: dorados que son tan fuertes que no parecen verdaderos aunque todos sepan que son verdaderos y están hechos para no parecer y ser en cambio.

Jose de viajeros es molesto para muchos dentro de la revuelta; dice que está adentro para mejorar lo que le venga con su muerte: no lo esconde. No dice nada sobre el bien de todos. No llega a decir que necesita a los demás para su beneficio: a algunos les parece que lo dice casi. A veces habla en la plaza del Mercado o, mejor, con sus amigos del Mercado de Perfumes, y le dice muy claro a quien lo oiga que él necesita la Larga más que nadie, y más pronto que nadie. Juega de humilde arrepentido: que él nunca se preocupó por su muerte hasta ahora que la tiene tan cerca, que ahora sí entendió. Y después, se rehace: dice que alguien con la fuerza de él no puede dejarse derrotar tan fácil por algo que le pasa a cualquiera. Y no dice que la Larga les va a

llegar a muchos porque unos pocos con la fuerza la necesitan para sí: que a los demás les cae más bien mendigos, miguitas del festín; no lo dice pero a algunos les parece que lo dice casi. Jose fue el que más insistió para que decidieran la Larga para todos: en su postura, de quererla tan fuerte para él, no podía oponerse.

Su pronóstico:

La forma de voltearlo puede ser sencilla. Es el caso más claro. Con Jose debe ser bien de frente. No va a aceptar vueltas y sugerencias: hay que decirle todo y las condiciones exactas de las cosas. Hay que ofrecerle una salida para él solo: si los largos piden la Larga a Padre, es que Padre se la puede dar. Entonces hay que ofrecerle que Padre se la da, a él, como especial, a cambio de cosas muy precisas: que siga haciendo lo que hace hasta muy cerca del final y al final, un día, en plena cuarta, en la plaza del Mercado, diga que no cree más en cosas como una revuelta y que hizo un arreglo con el padre y que la revuelta por la Larga es para vulgos muy menesterosos: que quienes tengan un poco de la fuerza van a poder arreglarlo por su propia cuenta. Esto va a producir bruto revuelo. Ese es, por el momento, el curso que recomendamos.

#### 4. RAQUEL, LLAMADA RAQUEL DEL MERCADO

Sus tres condiciones son: es desfachatada, es mentirosa, tiene mucha alegría.

Son propias de los vulgos. Aunque hay muchas otras que también son propias. Alguien dirá: claro, para ser mentirosa tiene que ser desfachatada. Y: si es desfachatada es porque miente. Y también: para mentir y ser desfachatada, se necesita la alegría. Incluso: si hay que vivir pobre y huérfana de chica en el mercado no se puede sin mentir, desfachatarse y consolarse con bastante alegría. Pero no es del todo.

Por ser desfachatada, Raquel es lo bastante cruel: desfachutado es uno que no se ahorra crueldades a sí mismo, y entonces a los otros menos. Desfachutado es uno que muestra todo lo que puede: también lo que le gusta menos. Desfachatados parecen muy sinceros: eso es bueno para uno que maneja sus mentiras.

Pero alguien muy mentiroso muchas veces no es desfachutado: las dos juntas se hace muy notorio, muchos saben que vienen juntas a menudo, y entonces no funciona. Suelen mostrarse reservados, como si todo el tiempo dudaran de lo que van diciendo o lo que hacen, para que el que los escuche dude menos. El que escucha piensa que si el otro duda pensó bastante en lo que dice o hace y duda menos. Raquel puede desfachatarse lo que quiere porque tiene las piernas cortas y tan sólidas, tan rellenas, que cuando se le desparramen un poco más, dentro de estaciones, van a ser el portento que casi todos quieren. Raquel sabe, y también por eso tiene mucha alegría.

Raquel del mercado siempre tuvo que arreglárselas sola: aprendió mucho. Raquel no miente porque le guste o dé alegría: más bien para conseguir cosas. Consigue su

comida, sus telitas, que la lleven a beber a un tugurio. Agentes dicen que está en la llamada “Larga” porque es como una gran mentira: una historia que cuentan algunos y hace que muchos hagan cosas que si no no harían. Raquel convence a muchos de que su Larga existe: un mentiroso sabe convencer más que nada y que nadie. Y le sirve a los largos para mostrar que se puede buscarla con bastante alegría. Alguno les dice a los largos que son demasiado graves, sombríos, subterráneos: entonces ellos le mandan a Raquel, que bebe con alguno, le cuenta historias, se toquetean y se ríen, y el otro se queda preocupado por su error y después busca a alguien para dar sus disculpas. Raquel, entonces, sigue tan contenta: puede hacer lo que le gusta y le dijeron que sirve para mucho.

También les sirve mucho que sea cruel. Raquel no se priva de matar al que sea y ordenar lo que sea: tiene pasta de un jefe tremebundo, y encima la alegría.

Su pronóstico:

La forma de voltearla puede tener distintas formas: una, los bienes. Muy simple es ofrecerle un negocio de algo en las calles del mercado, mejor que unas tierras porque la Ciudad le gusta más que nada. Pero puede que acepte los bienes y el negocio y haga lo que quiera: que no nos cumpla nada. Otra forma puede ser: agregarle a los bienes mucha zalamería. Alguien va y le dice que sabemos que sin ella la “Larga” se derrumba. Ella dice que es mentira. Alguien le dice que es cierto que es mentira pero es cierto que sin ella la “Larga” pierde tanto. Ella dice que puede. Alguien le dice que sabemos que es cierto pero no entendemos cómo tantos en la “Larga” no saben todavía: que sus amigos no la aprecian bastante. Ella no dice nada y se sonríe. Alguien le dice que quiere ayudarla a que la aprecien como deben y le dice que quizá no lo hacen porque no saben de lo que ella es capaz, cuando se pone. Ella dice que es verdad que no saben. Entre los dos, entonces, hacen un plan de la crueldad extrema, que ella empieza a aplicar con su alegría. Muchos, entonces, se horrorizan un poco y empiezan a murmurar sobre lo brutos que son los largos y el peligro que tienen. Ese es, por el momento, el curso que recomendamos.

##### 5. JOAQUÍN, LLAMADO JOAQUÍN DE ARRABAL

Sus tres condiciones son: es celoso, viene de antiguos, se mueve más que nadie.

Pero no puede haber curso. Joaquín de arrabal se murió hace unos días. No nos sirve matarlos cuando ya les tenemos un curso estipulado. Errores de servicio. Ahora tenemos que ver pronto, falta tiempo, las condiciones del que lo reemplaza.»

Aquí termina el documento. Este último dato permite situar con exactitud el informe: fue producido después de la reunión de los jefes de las juntas de jefes de juntas para discutir la cuestión de la Larga para todos, en el depósito de maíz, y antes de la matanza de la explanada de la Casa, donde murieron Ana de quintas y Jose de

viajeros. No sabemos en qué medida los agentes del consejero de Vulgos llegaron a tentar a alguno de los jefes con sus propuestas. Visto el final que tuvo la revuelta por la Larga, es probable que lo hayan conseguido —aunque también es cierto que la traición del bastardo puede haber sido suficiente. <<

[29] **«escuela de las prostis castas»**: una de las instituciones más despiadadas de la Ciudad y las Tierras, bien descrita por el narrador en el capítulo 4 (ver pág. 781). Su historicidad es materia de discusión ([ver nota 44, cap. 4](#)). <<

[30] «**carancho atacando**»: es sorprendente esta comparación. «Carancho atacando» —o «el carancho que por fin atacó»— es el significado primitivo de la voz *calchaqui*. En la versión deformada del diaguita que se hablaba en la región —no en la Ciudad y las Tierras— antes de la llegada de los españoles, carancho es *calalch* y atacar se expresa con la raíz *saq*, cuya forma verbal sería *saqui*. De la unión de ambos, *calalch-saqui*, deriva la voz *calchaqui*.

Hasta ahora no había podido establecerse a ciencia cierta el porqué de ese mote. Se intentaron, incluso, otras etimologías. Adam Quiroga, en su libro ya clásico, intenta varias explicaciones que no resultan satisfactorias. Nuestro descubrimiento de la **edición Thoucqueaux** permite responder a la cuestión: *calalch-saqui* es, sin duda, un nombre que le pusieron los antiguos habitantes a sus vecinos de las Salinas del sur, mucho antes de la invasión. El nombre es despectivo: el carancho suele alimentarse de carroña, de cuerpos muertos, como esos hombres se nutrían, al vivir de la sal, de un cadáver de la naturaleza. Y es irónico: el carancho no ataca, porque sus presas ya no pueden escaparle.

El nombre se difundiría a pesar de los nombrados. No es probable que a los habitantes de las Salinas les gustara, en principio, ese sobriquete sarcástico. Pero sí que terminarían por adoptarlo, tras el éxito de la invasión, cuando ya ocupaban la Ciudad, para recordar a los burlones y al resto del mundo que las burlas pueden tornarse veras: que había que respetarlos. De este afán didáctico y amenazador habría nacido el uso de la voz *calalch-saqui* —luego *calchaqui*— como nombre del pueblo que se apoderó de la Ciudad y las Tierras.

Si bien en tiempos de Oscar ya se habría perdido el sentido original, porque el idioma de los antiguos había sido reemplazado por el de los conquistadores del sur, el sentido de la expresión debía ser vagamente recordado. Por eso sorprende la metáfora que Oscar usa para definir a su odiado soldado Jaime: lo emparenta con lo más rancio de la historia de sus ancestros. Es probable que, de alguna manera, más o menos inconsciente, reconociera el papel fundador del soldado y usara por eso para él esas palabras. En cualquier caso, el hallazgo es una prueba más de que nuestra localización de la Ciudad y las Tierras en territorio del noroeste argentino es la única verdad posible.

(Thoucqueaux, por supuesto, pasó por alto la significación de esta metáfora. No se pudo dar cuenta: no sabemos cómo era el original pero, en su versión francesa, como el idioma galo no contiene el vocablo *carancho*, utiliza, erróneamente, la palabra *hibou*: «(comme un) hibou se lançant», dice su escrito.) <<

[31] «**la Larga para todos**»: ya hemos visto a los militantes del movimiento discutiendo con pasión si la Larga debía ser para todos. Fue, seguramente, el punto en el que el movimiento estuvo más cerca del abismo. Si los que postulaban la Larga para todos hubieran perdido el debate no habría habido riesgos, porque su postura les impedía separarse; si sus oponentes se hubiesen dado cuenta, probablemente habrían ganado. Al perder los exclusivistas, el peligro fue cierto. Nunca sabremos qué concedieron el soldado Jaime y el traficante Jose a cambio de que los otros aceptaran la derrota sin ir a la escisión. Pero, a partir de ese momento, *la Larga para todos* se transformó en la consigna del movimiento y es de suponer que incluso sus enemigos más acérrimos terminaron creyendo en ella.

Desde un primer momento, los analistas occidentales coincidieron en la importancia de esta universalidad. Denis Diderot (ver nota 1, cap. 3) escribió en una carta a Sophie Volland, en 1761, refiriéndose a la revuelta de la Ciudad y las Tierras, que «nosotros también estamos, como ellos, persiguiendo un bien común, del que se nutrirán todos los hombres». Y, más allá de otras varias referencias, es obvio que la consigna de *Liberté, Egalité, Fraternité* intentaba ser, a fuerza de vaguedad, todo para todos.

Lo cual se reveló rápidamente imposible. No vale la pena recordar cómo surgieron, dentro de la Revolución Francesa, tendencias y corrientes que descubrieron que no había bien general sino triunfos sectoriales que suponían, a su vez, la derrota de otra fracción. Sólo una recompensa tan lejana como la vida después de la muerte podía ser prometida a todos por igual. «Esa es la astucia de la Iglesia y de los prohombres de la Ciudad y las Tierras», escribió, en una carta a José de San Martín, el mulato Bernardo de Monteagudo (4 de julio de 1821, citada por Julio de la Cárcova en *El éxito sanmartiniano*, Lima, 1962), «convencer a todo quisqui de que su interés también será atendido y de que es, oh maravilla, igual al del mayor bergante. Sabemos que la Patria nos permite ese ardid, mientras sea el objeto que mueve nuestro empeño; sabemos que, una vez la Patria establecida, quisquis pequeños y potentes bergantes echarán a rodar sus diferencias y toda justicia se tornará imposible.» Es probable —arriesga de la Cárcova— que la partida del Libertador hacia el exilio haya tenido que ver con la imposibilidad de mantener, una vez logradas las independencias nacionales, ese objetivo común, y su repugnancia por participar de rencillas internas. «He buscado y busco, como aquellos, la forma de mantener un objeto que nos una...», le contesta San Martín a Monteagudo (6 de septiembre de 1821, *ibid.*), «pero veo que aquellos revoltosos fueron más hábiles que yo, que no le encuentro.»

La nostalgia del objetivo común atraviesa todo el siglo XIX.

(Acá habría que historiar cómo la derrota del «socialismo utópico» ante el «socialismo científico» significó el final del objetivo común. Cuando la meta es la victoria de una clase y la derrota de otra. ¿Avance o retroceso? ¿Debo juzgar? Causa de sus derrotas. Cómo las democracias del xx recuperan la enseñanza de Calchaqui —creo que se puede citar a Tocqueville, precursor— porque plantean objetivo común: el mantenimiento del sistema demo. que los une a todos y les permite dirimir sus diferencias siempre respetando una instancia mayor —la democracia—, o sea: no dirimen nada. El truco de «la Larga para todos» sigue vigente, justificar. La astucia de postular que algo es por el bien común: ¿quién se podría oponer con alguna legitimidad? También se puede poner que Hitler plantea objetivo común: Tercer Reich está por encima de divisiones de clases o sectores: para todos los alemanes. En la vida privada: las parejas y el engaño del objetivo común. Remember Elisa.) <<



[32] «**nadie quiere ir a comer mujer con hombre**»: pese a una búsqueda intensa, no hemos encontrado nada más sobre esta afirmación en todos los escritos consultados. No sabemos si se trata de un error de la traducción de Thoucqueaux, de la transcripción de Jushila o, más simplemente, de un prejuicio de Oscar, basado en su desconocimiento de las costumbres más allá de los muros de la Casa. <<

[33] «**una comida sucesiva**»: los banquetes sucesivos son una de las marcas distintivas de la cultura de la Ciudad y las Tierras: para muchos constituyen su otro gran aporte —junto con su modelo para la revuelta— a la cultura contemporánea. Desde el comentario de Brillat-Savarin en adelante se ha especulado mucho con la idea; hubo, incluso, quienes intentaron reproducir, con platos de su invención, el mecanismo. Pero nadie tuvo el privilegio de conocer, como nosotros, uno de sus menús.

Anthelme Brillat-Savarin era demasiado francés o, como escribe JeanFrançois Revel, demasiado *aimable* como para entender la genialidad de los calchaquis. En su *Physiologie du goût* (París, 1826), subtitulada *Méditations de gastronomie transcendante, ouvrage théorique, historique et à l'ordre du jour, dédié aux gastronomes parisiens*, Brillat, bajo la rúbrica *Histoire Philosophique de la Cuisine*, recuerda que no tenemos muchos datos sobre la famosa «comida sucesiva» —más allá de su ordenamiento— e imposta incluso cierta rudeza para condenarla, argumentando que «... pretenden que su arte pudo haber sido más excelso porque, en lugar de mezclar a un tiempo los sabores y construir con ellos un monumento sostenido, los esparcían como la mantequilla sobre el pan: como si postuláramos que la catedral de Chartres no llega a los talones de la obra que formarían sus piedras tomadas una a una, alineadas a la vera del camino...».

Es probable que Brillat reaccionara contra una moda que recordaría de sus tiempos mozos, cuando los líderes de la contrarrevolución termidoriana, que acabó con los jacobinos y el Terror, intentaron mostrar que no desdeñaban la tradición de la Ciudad y las Tierras y organizaron, para festejar el primer aniversario de la caída y ejecución de Robespierre, un banquete sucesivo *à la mode de la Cité*. No tenemos el pormenor de los platos servidos; sabemos, sí, que el intento fue torpe y que fue imitado profusamente por quienes tenían algún pecadillo terrorista que hacerse perdonar. Eran tiempos de transición. De hecho, durante algunos meses, los banquetes sucesivos *à la mode de la Cité* fueron frecuentes: inconfesos ejercicios de expiación con los cuales personajes acaudalados que se habían dejado llevar por los fervores populares se reintegraban a su clase y costumbres sin renegar del todo de su pasado republicano. Los banquetes sucesivos eran caros y elitistas pero, al mismo tiempo, recordaban una historia de luchas: ofrecer uno aunaba el hedonismo aristocratizante y la reivindicación —todavía necesaria— de la revolución antimonárquica: fue uno de los emergentes de esa amalgama imposible que no tardaría en caer bajo el empuje imperial de Napoleón Bonaparte. Fue, de algún modo, una premonición de eso que alguien, mucho después, daría en llamar la *Gauche Divine*.

La reacción de Brillat, sin embargo, parece extemporánea: no hay registro de que

estos banquetes siguieran vigentes en el momento en que los denuesta. Quizás, entonces, no era más que la defensa de la «gran cocina» por excelencia, la francesa, frente a la única rival que podría amenazarla.

El siglo XIX no fue propicio a los banquetes sucesivos. De hecho, hay que esperar hasta los años veinte del XX para que André Breton, en los inicios del surrealismo, encuentre la idea en viejas crónicas de la Revolución de 1789 —sobre todo, de la *Histoire de la Conspiration de l'Égalité* (París, 1828), crónica de la revuelta babouvista, por Philippe Buonarroti, uno de los primeros «revolucionarios profesionales» de un siglo que los tuvo numerosos.

Breton, que acababa de expulsar a los surrealistas que «habían sucumbido a la tentación artística», y que en el *Segundo Manifiesto* (París, 1930) intentaba llevar su movimiento al socialismo, encontró en el banquete sucesivo una buena síntesis entre creación y recuperación de una historia de ruptura. También le interesó, sobre todo, la mezcla de los géneros. Una comida sucesiva —decía Breton— pertenece tanto al dominio de la gastronomía como al de la plástica, la música y la literatura. Con lo cual intuyó, sin mayores datos, una de las ideas centrales de la comida sucesiva: su condición de relato, que no había sido entendida hasta entonces en Francia y que es central en su contexto calchaqui. En una comida sucesiva, cada nuevo bocado es un paso en la narración de una historia: Breton entendió esta potencia y la puso en práctica.

En los primeros meses de 1930, los surrealistas restantes (Aragon, Péret, Éluard, Char, Buñuel, Dalí) participaron de al menos tres de estas comidas. Sus descripciones, detalladas, constan en las memorias de René Char. Se trataba, en principio, de preparar un gran banquete público que se desarrollaría en el jardín del Luxembourg a fines de mayo: «Un ataque contra la deglución burguesa, la instalación de la comida como un arte completo, poliédrico y subversivo», dice Char. Pero hubo problemas: pronto, el hecho de que una comida sucesiva instaurara un orden del relato que había que respetar —comiendo cada bocado en la sucesión establecida— molestó a los cultores del azar y del automatismo. Cundió la desazón. Como última tentativa, sopesaron la posibilidad de una «comida sucesiva en trayecto automático», en la que cada cual seguiría el orden que se le cantase. Así deshecho, el sistema perdía todo sentido y llegó a una vía muerta. Tristan Tzara, que todavía les guardaba rencor por la ruptura de 1922, cuando los surreales abandonaron su movimiento dadá, captó la dificultad con maestría y le dedicó un largo poema satírico, del cual alcanza con una breve muestra:

«... pigeon plus poire plus pomme  
plus pignon plus piment

*et puis plus pain plus prune plus plumes de pinson  
plus petit-pois plus pulpe plus pied-de-poule*

*plus plum...»*

difícilmente traducible, que poco después modificó:

*«... pigeon plus poire plus pomme  
plus pignon plus piment  
et puis plus pain plus prune plus plumes de pinson  
plus petit-pois plus pulpe plus pied-de-poule  
plus un putain de morceau d'andouillette de Vire  
que je ne puis vous dire...».*

(Tzara, es cierto, no tardó mucho en pedir su ingreso al movimiento surrealista.)

Los banquetes sucesivos parecen haber monopolizado la atención de quienes se ocuparon de la comida en la Ciudad y las Tierras; no son, ni con mucho, lo único interesante. Ya volveremos a ellos; entretanto, hay muchos otros puntos dignos de atención.

Tenemos un conocimiento parcial de la cultura gastronómica de Calchaqui. Muchos de los platos que conocemos aparecen aquí y allá en los escritos presentados, y no vale la pena volver a enumerarlos. Nuestras dudas son de otra índole. En muchos casos, las materias primas —frutas, verduras, animales— nombrados en ***La Historia*** y en los distintos libros y fragmentos citados plantean problemas de traducción: en su paso del idioma original al castellano del fraile y del castellano al francés de Thoucqueaux, muchas referencias se tornaron confusas y hemos tenido que hacer grandes esfuerzos para restituirles, en nuestra versión, su sentido original (sobre las dificultades de traducción, [ver nota 41, cap. 1](#)).

Tampoco sabemos si ciertas costumbres que hemos podido discernir se mantuvieron a lo largo del tiempo o correspondieron a un período muy acotado. Tampoco conocemos su difusión; en realidad, suponemos que algunas de ellas sólo se ponían en práctica en circunstancias muy especiales, y que no formaban parte de la alimentación diaria.

Es probable que la formación del hambre sí fuese un ejercicio cotidiano. Tanto, que la recoge el ***Libro de Usanzas***:

«Cuando empieza ya empezó  
una comida, hace tanto,  
y a veces el adelanto  
supera a la colación.  
Si no mejor, es más largo,  
y si dulce no es amargo:  
no tiene mejor sabor  
ningún guiso que sus ganas.  
Si el hambre no se prepara  
de acuerdo con el manjar,  
no es manjar ni es bien ni es nada:  
sólo tragar y tragar.»

Un hambre se iba formando con cuidado y dedicación, teniendo muy en cuenta con qué comida iba a ser saciada. Es probable que, más aún que los famosos banquetes sucesivos, este detalle dé cuenta del refinamiento gastronómico calchaqui. Por lo que sabemos, hay correspondencias clásicas, indiscutidas: al gallinazo debe preceder una caminata de bastante tiempo; a cualquier guiso con chancho, horas de reflexión inmóvil sobre un asunto que no tenga relación con la carne; a un caldo con pescados y camarones de río, un fornicio entusiasta; a los asados importantes, una purga; a los guisados con maíz, una charla larga con amigos o un negocio; a un buen banquete sucesivo, el consumo de cantidad de aguas escogidas; a los pinchos de colibríes, tan etéreos, un ayuno prolongado que subrayará su gloriosa insuficiencia. Son sólo ejemplos. Y se insiste en que la calidad de cada una de esas hambres es claramente distinta de las otras: que la avidez que provocan es diferente, sus secreciones salivales no tienen el mismo sabor y el estado de ansiedad ante la ingesta se diferencia sin lugar a dudas.

Se entiende que, aun siendo habitual, esta práctica debía, en muchos casos, limitarse a los días de fiesta o a ciertas ocasiones especiales. Nada en el relato de Oscar nos permite suponer que los habitantes de la Ciudad tuvieran tiempo y espacio como para aplicar día a día estas recomendaciones.

Junto con la formación del hambre, otro aporte original de Calchaqui fue la preocupación por la saliva. En el **Libro** la cuestión aparece planteada de forma directa y contundente:

«Nada se come más  
que la saliva. Paz  
hay sólo para  
el que encuentra en su baba  
lo que buscaba.»

Las composiciones de cinco versos —tres heptasílabos con dos pentasílabos— sólo se reservaban —según Thoucqueaux— para las verdades de Perogrullo: tal era la obviedad de este concepto. Está claro: lo que cada cual saborea durante la mayor parte del día es su propia saliva. Por lo cual, los habitantes se esforzaban por comer, beber o mascar productos que favorecieran la secreción de salivas agradables, tanto en su gusto como en su textura. La solución más primaria, por supuesto, consistía en mascar ramitas de arbustos y, sobre todo, de canela, o semillas de anís o cardamomo. Pero era una vía demasiado directa; mucho más meritorio era llegar al mismo efecto a través de los platos comidos horas antes. Los buenos cocineros tomaban muy en cuenta este detalle a la hora de imaginar combinaciones: era fama, por ejemplo, que la mezcla de ajo con manzana producía, horas y horas, una saliva dulce y picante, llena de matices, de una consistencia untuosa que acariciaba paladar y lengua.

Sabemos, por otra parte, que las formas de cocción más utilizadas eran el guisado, el asado —al fuego o en horno—, el sol, el saltado y el limón. La coexistencia de la olla y el horno —por separado, no que se hirvieran las carnes que después se asarían, como en la Atenas de Platón— es una muestra más del refinamiento calchaqui. Los pueblos primitivos solían asar solamente; los que creían estar más adelantados dejaban de asar y hervían, o hervían antes de asar, por repugnancia del punto sangrante del asado: «Cuando Homero mataba vacas, no hacía salsa; tan primitivo era que ni hervía la carne, ni los sesos, y asaba hasta las tripas», escribió Ateneo, un gastrónomo alejandrino del siglo III d. C., en su *Deipnosophistas*. En Calchaqui no existían tales prejuicios: se aprobaban todos los métodos de cocción y sólo se tomaban en cuenta sus resultados culinarios.

También se aceptaba, por puro regocijo, la falta de cocción: los seres vivos con movilidad podían comerse crudos —aunque también se cocinasen, muchas veces. Pero los inertes —plantas, más que nada, y minerales— debían pasar por el fuego, el sol, el limón o alguna otra forma de intervención externa. Porque —se explicaba— los que se mueven ya se han cocido suficiente en su propia agitación. Dice el *Libro*, escueto:

«Llega un hombre a su final,  
como cualquier animal,

bien cocido, cocinado,  
y también de eso se muere.  
Si se quedara parado  
siempre, sin moverse nunca,  
su vida no sería trunca,  
y de tan crudo, sería  
como la sal, inmortal:  
como rocas viviría.»

(Dudo, conociendo la idiosincrasia calchaqui, de la palabra *inmortal*. Es, probablemente, otro abuso de traducción del caballero des Thoucqueaux.)

Decíamos: el animal se va cocinando a sí mismo a lo largo de su vida. Pero, más allá de esta actividad sostenida y casi involuntaria, el animal también puede colaborar con su cocción, en su agonía. Usar su muerte para mejorar su sabor era una de las artes mayores de la cocina calchaqui. Su justificación es discutible: se argumentaba que esa participación enaltece a la bestia que, en su último paso, se asimila al hombre en cuanto comparte con él la responsabilidad de su propia preparación: se hace cultura. Pero también podía decirse que utilizar los últimos esfuerzos de la víctima para aumentar el placer de sus victimarios es brutal —aunque esta condena no parece coherente con los sentimientos de la Ciudad y las Tierras, donde esa actitud puede encontrarse en otros campos (ver por ejemplo los tormentos citados en la [nota 56, cap. 1](#)).

Los platos resultantes debían ser, en cualquier caso, exquisitos. Como el pájaro —gallinazo u otros— encerrado entre piedras al rojo al que se hace beber por un tubito, hasta que muere de calor, un preparado de mieles, hierbas, aguas de tal arroyo y una semilla somnífera para que muera dormido y no se sobresalte, crispando su carne. «El animal que ayuda a su propia preparación tiene un sabor lleno de puntas que se cruzan (dice el *Libro de Hacer*, [ver nota 8, cap. 1](#)): tiene los gustos de la mezcla de colaboración y rabia. El otro es uno solo, va en un sentido solo y aburrido.»

Otra de las formas posibles, según el *Libro*, casi opuesta, consistía en agotar a un ratón o cuis o cuadrúpedo pequeño obligándolo a correr hasta su muerte. Su carne, entonces, se llenaba de unos ácidos que podían realizarse muy bien con una salsa de anís con naranjas.

La escasa luz entre la vida y la muerte es, también, uno de los elementos principales en otra piedra de toque de la cocina calchaqui: la obligación del huevo:

«Cualquier manduque que no  
tiene el huevo, aquel que lo  
convierta en vera comida,  
no es comida ni es comer:  
es, masticando, perder  
unos bocados de vida.»

El mandato, en principio, pretendía que toda comida incluyera su huevo —de gallinazo, probablemente— frito. En Calchaqui, como queda dicho, se freía poco, pero el huevo era frito. La tradición está atestiguada: de hecho, la palabra «*plato*» — en el sentido de «*porción de comida*»— significa, según parece, «*lo que rodea al huevo frito*». Que el huevo se sirviera no significa necesariamente que se comiese: de hecho, es probable que los más ricos o exquisitos no lo hicieran. Pero tiene que estar ahí: el huevo es la vida antes de la vida, cristalizada y amarilla antes de ser del todo.

El uso simbólico está claro; lo que no lo está es el uso concreto. Me he pasado horas y horas afinando mis cálculos y, ahora, me atrevo a decir que la provisión de huevos en cantidad suficiente para cumplir el precepto es poco menos que imposible. Aunque no tenemos una idea clara sobre la naturaleza del gallinazo (ver abajo) es, de cualquier forma, muy improbable que cada hembra pudiera poner más de dos huevos por día de promedio. Si se calcula la población de la Ciudad en unos 60.000 habitantes (ver nota 36, cap. 1), habría que pensar en una población de —muy por lo bajo— 30.000 gallinazos ponedoras: no tenemos información de que existiera semejante aglomeración de bípedos cerca o dentro del área urbana. Entonces habría que pensar en la posibilidad de que se utilizara, a guisa de huevo frito, algún sucedáneo que no consigo imaginar.

Sin embargo, al no poder probar la hipótesis del sucedáneo, deberíamos aprovechar la obligación del huevo para hacer un nuevo intento de identificar, a partir de ese dato, al gallinazo (ver nota 8, cap. 1). El ángulo puede ser fértil: el gallinazo como incansable productor de huevos. Así escrutado, el ave de nuestros desvelos podría ser, siempre según las opciones que nos ofrece el padre Jolís, en su *Ensayo de Historia Natural del Gran Chaco* (op. cit.), el calamó. El calamó tiene la desventaja de ser palmípedo —no tenemos citas que justifiquen que el gallinazo lo fuera— y de mantener ciertas costumbres sobre las cuales nada hemos leído en documentos calchaquis. Tiene a su favor su aspecto general y su actitud acerca de los huevos. Dice el jesuita:

«El Calamó es grande como una Oca de dos meses, pero con el pico del tamaño doble al de las nuestras, provisto de dientes a modo de una sierra cortante; los Indígenas los utilizan para sacarse sangre de los brazos o de las piernas y en lugar de cuchillo, para



cortar carnes y frutos» (en la Ciudad y las Tierras nunca se habló de esto; era el uso que le daban, sin duda, poblaciones mucho más primitivas). «Su color —sigue Jolís— es mayormente blanco con unas plumas rojas o rojeantes en el cuello y cabeza; sus huevos son pequeños pero muy repetidos: dobla en su producción a cualquier Gallina de nuestras razas europeas. No me consta una costumbre, que refiere Nieremberg —y que ya parece extravagante al citado naturalista— de que el Calamó deje, *a propósito*, dos huevos sin empollar en cada camada y que luego, ya hueros, los rompa con su pico al nacer los demás polluelos para que con su podredumbre atraigan las Moscas, Avispas y otros insectos que podrían servir de alimento a los retoños en efecto nacidos. Lo que yo oí muchas veces contar en el Chaco es algo distinto de Nieremberg: que no pudiendo empollar todos los huevos ya puestos por su número excedente, el macho cuando se da cuenta rompe algunos por el conocimiento adquirido con la experiencia de que esos huevos ya podridos atraen a los insectos, alimento proporcionado a sus tiernos hijos.»

El hábito de pudrir crías para alimentar a las demás, esta extraña relación de uso mutuo entre la vida y la muerte, no deja de recordar ciertas costumbres calchaquis: eso reforzaría la posibilidad de que el calamó fuera el esquivo gallinazo. La costumbre, además, parece poner a este animal siempre al borde del abismo: cualquier ligero error de cálculo desequilibraría el número de sus retoños y lo amenazaría la extinción. Porque no nos cabe duda de que el gallinazo se extinguió poco antes o poco después del final de Calchaqui. E incluso podemos pensar que su progresiva rareza haya ayudado a ese final ([ver nota 44, cap. 4](#)).

Sin embargo, no es probable que, aun en tiempos de Oscar, el gallinazo haya entrado en la categoría de «bocado por su historia», en la que sólo se contaban platos muy especiales. El «bocado» era uno de los grandes lujos que podía darse un sibarita calchaqui y su placer superaba con mucho los límites de su sabor, aromas y textura. El «bocado» consistía en una preparación —cualquiera fuese— a base de un animal muy útil. Así, un soldado se comía para festejar un nacimiento a la vicuña sin la cual su carrera podía derrumbarse, o un pastor al lobo guardián que sus cabras necesitaban para sobrevivir a los ataques. Estos animales —y el loro de una cantora de tugurios, el perro compañero de una niña, la tortuga de una mujer sola— no solían ser en sí apetitosos, y las salsas que los acompañaban trataban de resaltar esa carencia, para que no se confundieran los placeres: el de comerlos estaba en lo brutal del despilfarro y, más sutil, en la cantidad de recuerdos y posibilidades que cada mordisco se llevaba consigo. La comida solía estar precedida por un discurso del anfitrión, que detallaba virtudes y memorias del animal a punto de comerse: el nombre de «bocado por su historia» debe venir de esta costumbre. Thoucqueaux supone que es una supervivencia del hábito, difundido entre los bárbaros del norte ([ver cap. 1, pág. 65](#)) de comerse a sus mayores: una manera diluida, más civil, de hacer lo mismo. Postula que, probablemente, los primitivos calchaquis lo hacían en sus primeras épocas y que

después, al abandonar ese ritual, lo reemplazaron con el «bocado por su historia». Por una vez, creo que está en lo cierto.

De todas formas —a partir de mis observaciones de la idiosincrasia calchaqui—, tengo para mí que el supuesto despilfarro del bocado era, muchas veces, una pose cuidadosamente calculada para mostrar que nadie calculaba nada. El mismo hecho de que el bocado se comiera en situaciones extraordinarias muestra que su premeditación era absoluta. Las sociedades avanzadas y codificadas en extremo siempre buscan mecanismos para exhibir ante sí mismas cierto espíritu de descontrol: es parte del sistema. De la racionalidad de las formas de alimentación en la Ciudad y las Tierras nos da cuenta también la historia de las papas.

«... Nadie comía la papa, que por algo  
se escondía en el fondo de la tierra.  
Pero llegaron tiempos con peleas:  
todo moría y la papa,  
refulgente...»

Dice un pasaje de *Antes que nadie*, el libro que narra los primeros días de la Ciudad y las Tierras ([ver nota 41, cap. 1](#)). La historia es obvia: la papa es el único fruto que soporta, mientras yace en la tierra, que le pisotee el campo una batalla, sin inmutarse, o una fuga. Allí donde cualquier cosecha se destruye, la papa permanece, y por eso se impuso en esos tiempos turbios. Después siguió. Y, con el tiempo, consiguió incluso deshacerse de ese aura de urgencia y precariedad que la rodeaba. En los días tranquilos que vinieron, la papa fue tan común que no se la nombraba casi nunca: estaba tácita.

«No hay problemas, no hay  
sino un asunto: ¿cuánta  
papa requiere un hombre hasta su muerte?»

Se pregunta el *Libro de las Sentencias* en una que no pretende hablar de la papa, ni siquiera de la alimentación, sino de los falsos dilemas con los cuales alguien puede estar enmascarando el verdadero.

(La insistencia casi sorda de la papa en *La Destinée de la Révolte* fue uno de los argumentos más inteligentes de Condorcet en su *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain*, cuando lanzó por primera vez la hipótesis de la ubicación americana de la Ciudad y las Tierras —[ver nota 12, cap. 1](#). Apresurados le

contestaron que no era seguro que no existieran variedades de la papa en Oriente y que, además, el tubérculo se había difundido veloz por todas partes tras su llegada desde el Nuevo Mundo, lo cual no es del todo exacto.)

Hemos visto, por el momento, elementos dispersos. Es el precio de nuestro conocimiento fragmentario de la cultura de la Ciudad y las Tierras, y si el fenómeno es en general penoso, pocas veces lo es más que al hablar de su gastronomía: la comida en Calchaqui era el centro de una totalidad, un principio organizador. Esos hombres sabían bien que ningún plato se basta a sí mismo y que es, en realidad, el soporte, el foco para que un conjunto de sensaciones se estructuren. Sabemos que sus banquetes estaban preparados de forma tal que todos los detalles formaran parte de su arte culinaria: la hora del día, su temperatura y humedad, las luces, olores del lugar, la compañía en la mesa, los colores que se ofrecían a la vista de los comensales, la vajilla, los antecedentes, las calidades del silencio que en general se requería. Al referirse a la comida de la Ciudad y las Tierras es impropio —una facilidad— hablar de unos hilos de remolacha con hilos de pata de venado sazonados con miel y pimienta. Habría que decir hilos de remolacha con hilos de pata de venado sazonados con miel y pimienta comidos una vez antes con el consejero de Máquinas y tres contadores de la Casa, comidos esta vez una cuarta con viento del oeste, fresco, seco, a la luz de unos picos más bien anaranjada, con aromas de un jardín de magnolias, entre dos biógrafas silentes, sobre platos de maleable verde, mirando un telón pardo con vetas marmoladas, con un hambre preparado en las adivinanzas que las biógrafas decían.

Aunque no pueda paliar estos inconvenientes, la descripción, que sí tenemos —en el *Libro de Hacer* que consta en la *edición Thoucqueaux* (ver nota 8, cap. 1)—, de una comida sucesiva es un documento de una importancia excepcional.

Es muy difícil saber de cuándo datan las comidas sucesivas, porque no es simple inscribirlas en un tiempo. A primera vista, el que parece corresponderles mejor es el tiempo progresivo y lineal del soberano 15, Ernesto. Pero sería una fecha muy tardía para algo que parece tan clásico: aunque no podemos documentarlo estrictamente, tenemos toda la impresión de que las sucesivas ya existían antes de su soberanía. (Es posible que nos equivoquemos: que las comidas sucesivas sean relativamente modernas y que su efecto de clasicismo provenga de que, al aparecer en *La Destinée de la Révolte*, vienen siendo estudiadas por los comentaristas desde hace más de dos siglos.)

Una respuesta poco elegante —es la avanzada por la escuela soviética, cf. Kyriakov y alias Málienkov, *op. cit.*— consiste en pretender que el tiempo vulgar (ver nota 33, cap. 3) tiene, entre otras, características muy semejantes al tiempo de Ernesto, y que las comidas sucesivas siguen su modelo. Sería sorprendente que un ritual de la importancia de estos banquetes debiera su origen a un tiempo que no fue proclamado

por ningún soberano y que no es, en última instancia, más que una hipótesis que a veces ayuda.

Menos rocambolesca sería la idea —que yo adelanto— de que las sucesivas fuesen una herencia que los habitantes de la Ciudad y las Tierras recibieron de los antiguos y que, por lo tanto, es previa a sus distintas nociones del tiempo. Esto explicaría la presencia de un fragmento del *Libro de los Principios* (ver nota 4, cap. 2) que parece referirse a las comidas sucesivas. El *Libro*, como queda dicho, data de tiempos del soberano 8.

«¿Por qué comemos esas cosas?

—Porque en el tiempo no hay ningún momento

que junte en uno, como los calderos

del mercado, en un guiso trapacero,

amor y gripe y blanco y nacimiento.

Llegan más bien de a uno o bien de a dos,

como nuestras comidas, cuando los

bocados son relato y escarmiento.»

La idea del escarmiento es poco clara; sin embargo, no creemos abusar si relacionamos estos versos con las comidas sucesivas. En ellas, como queda dicho, lo central es la sucesión del relato. Pritchard (en *The Fool's Food: A History of Poors and Powers*, University of South Dakota, 1967) ha dicho que estas comidas se organizaron primero como series de 5 que, una vez terminadas, volvían a empezar. No sabemos de dónde saca esta información, que no justifica; lo cierto es que postula en el origen una idea de eterno retorno que nada le autoriza a sostener. Nuestro documento, en cambio, es concluyente: proviene de la biografía de un traficante de perfumes, Javier, muy rico, de tiempos del soberano 16, Rubén. La biografía es de encargo y, como tal, puede magnificar algunos datos, pero confiamos en que los que aparecen son básicamente ciertos:

«... Para poder impresionarlos fue que los invitó. Si le salía como creía, ese perfume le iba a dar tantos bienes. Después se vio que le salía, pero entonces nada más quería impresionarlos.

Dijo que su perfume nuevo era del mar. Dos Joaquines que había, traficantes, un Jose dueño de caravanas y una Esther que era persona, dueña de muchas tierras, abrieron la boca para mostrar asombro. Además, estaban asombrados: impacientes. Ya habían entregado las tortitas. Le preguntaron cómo conocía el olor del mar y Javier les dijo que era su secreto, que ahora con la comida les contaba. Pero que podían creerle: era

el olor del mar. Ninguno de los cinco lo había visto nunca.

La mesa era correcta con sus cinco lados y las pieles y almohadones para cada. Cuando los cinco llegaron hasta ella y vieron que no había nada encima, entendieron que era una sucesiva. Los Joaquines se miraron con sus sonrisas de alegría. Jose se restregó las manos. Esther nada: como si todos los días las comiera. Dos sirvientes empezaron a traerla.

Primero, corresponde, la clara del huevo de gallinazo frito, para empezar a hablar: la vida que ahí está, que siempre empieza cuando se empieza una comida. La clara, todos saben, no se muerde: se disuelve entre la lengua y paladar, con la presión de la lengua contra el paladar: siempre en el principio algo que aprieta, que disuelve algo.

Segundo, con su pequeña espera: frutillitas muy dulces con pimienta y jugo de limón. Frutillitas también se presionan con la lengua, se deshacen en pasta, pero son en su sabor confusas: dulce, picante y ácido y su gusto terroso. Javier buscando algo que no sabe qué es.

Tercero, de inmediato, mezclándose con el final de frutillita: unos cortes de hinojo. El hinojo se muerde y cruje: como si hubiera aparecido una sustancia, pero al principio da un sabor de verde fresco y al final, cuando nadie lo espera, se descubre anisado. No es lo que parecía: Javier buscando confundido.

Cuarto, de inmediato, mezclándose con el final de hinojo: rebanadas de carne de vicuña con una leve sazón de semillas de hinojo. La carne se mastica, se deshace en fibras y pasa a ser lo que no era. Se convierte en su pasta. Tiene, primero, su sabor correoso de carne de vicuña y al final, cuando nadie lo espera, se descubre anisado del hinojo. Vuelve el error de antes, Javier perdido: tampoco es lo que parecía.

Quinto, con su pequeña espera para que en la boca del que come se refleje el hinojo y reflexione: un picadillo de carnes de pájaros distintos con nueces, higo chumbo, camarones de río, durazno y cantidad de canela, todo muy picado: se muerde o disuelve, medio y medio, y no se sabe siquiera qué es, ni qué parece. El sabor es agradable pero no se define: puede llevar a desesperación y al abandono pero hay algo, al fondo, en algún lado, que sigue pidiendo que lo busquen. El sabor del camarón: no se sabe que está pero sin saberlo se percibe.

Ahí se acaba la primera sucesión, y queda más que nada la pena de no entender: Javier buscando todavía. Un Joaquín rompe el silencio para decir que si Javier les muestra tanta confusión es porque su resultado debe haber sido bueno.

—Si no, la escondería, sin las dudas.

Dice Esther, y se miran los dos como los que no necesitan que les expliquen nada. Javier no se impacienta. Llegan los primeros cuencos: agua del arroyo de un bosque de sauces al sur de la Ciudad, con su taza de orégano para husmearlo mientras.

Empieza la segunda sucesión:

Primero, requesón del más blanco con hojitas de menta: se deshace muy amable en la boca, limpia y unta con fresco los rincones: no todo es lucha, Javier descansa de su búsqueda, hace buenos negocios, se entretiene.

Segundo, de inmediato, imponiéndose al fresco: los cuerpos de varios caracoles. El caracol tiene un sabor que nada más él tiene, muy estricto, nadie duda de que son caracoles: Javier sabiendo que va a encontrar algo muy uno. Pero caracol presenta sus problemas: entra en la boca vivo y, para comerlo, hay que partirlo con los dientes bien al medio. Parece gelatina pero hay que atacarlo como sólido. Se escurre y es difícil: una idea que es una y que se escapa.

Tercero, de inmediato, mezclándose con la babita que dejan caracoles: granos de maíz hervido con agujas de pino en caldo de pescado. El caldo fluye enseguida a la garganta, lava la baba y deja su sabor, pero entonces se muerden los maíces, que entran entre los dientes, y las agujas que dejan todo amargo y resinoso: Javier puede ver que la solución está en el agua, pero entre él y el agua se le interpone tanto de la tierra que no sabe seguro.

Cuarto, con su pequeña espera para que la resina mantenga su aspereza en la boca: trozos de pata de gallinazo bien grasa, saltado en miel con eneldo y salsa de higos chumbos: lo mejor de la Ciudad y las Tierras, que llene de sabores agradables. El nacimiento de su hija lo distrae de sus preocupaciones y, por un momento, Javier se dice que ninguna otra cosa vale tanto la pena. El gallinazo graso con su miel y aromas relaja la lengua y paladar, los envuelve en pura algarabía.

Quinto, de inmediato, chocando bruto con el placer de justo antes: postas asadas de trucha asalmonada, sin el menor disfraz ni concesiones. Su gusto acre se pelea y se impone. Javier, en medio de su gozo, recuerda su proyecto y, casi sin querer, le encuentra la salida. Los hallazgos, muchas veces, llegan al que los busca en el momento en el que deja. Salmón es el pescado que lucha con el agua y sus penurias para salir al mar: Javier entiende lo que quiere.

Ahí se acaba la segunda sucesión, y queda el choque de Javier entendiendo o decidiendo qué buscaba. Son más que nada sus dificultades.

—Cuidado con la trampa de ir al mar.

Dice Jose, el dueño de caravanas, como si lo que ya pasó estuviera por pasar todavía:

—Cuidado, digo, Javier, manso: la trampa de ir al mar es tanto como la caída.

Javier, callado, lo mira con su condescendencia. Los dos Joaquines se sonríen. Llegan los segundos cuencos: agua de un arroyo del sur, cerca de las salinas, que termina en un río que puede ser que llegue al mar, con su taza de lavanda para husmearla mientras. Empieza la tercera sucesión:

Primero, cardo, pera y tiritas de carne de chanco muy cocidos en leche, blandos y blanqueados, con granos de sal grandes, duros: el que los come intenta con su lengua deshacer los trozos porque los siente tiernos y se pincha su lengua con los granos: no los esperaba. Así parece muchas veces un viaje, para el que lo prepara: la ilusión de algo terso y continuado, que se interrumpe con los escollos más sañudos. Javier lee la historia famosa de Joaquín yendo al mar. La sabe de memoria. Javier va a salir hacia el mar y prepara ese viaje sin saber muy bien a qué lo lleva.

Segundo, de inmediato, mezclándose con los restos del cristal de sal: envueltos en carne secada al sol de pavo, hongos de tuna: Javier creyendo que su jornada va a ser ardua pero, después de los pesares, va a encontrar maravillas. Hay que mascar la carne seca un rato, hasta que se rasga y aparece, detrás del gusto huraño, la explosión de los hongos. Javier está dispuesto a trotar lo que sea. Javier empieza el viaje como uno que mastica para librar algo: bastante ilusionado.

Tercero, de inmediato, mezclándose con el regusto de los hongos: papa cruda, en cubos más bien grandes, mal cortados: Javier en pleno choque pero al principio todavía esperando. Al principio el jugo con aromas de los hongos de tuna sigue cubriendo la lengua y paladar y la papa parece tolerable. De a poco, áspero de la papa, sus pedacitos sosos, ácidos por crudos, van acabando el hongo: el viaje se le muestra del todo descarnado, sin condimentos, en la pureza cruda: nadita, la penuria. Javier sin encontrar sabores. Javier hostilizado por salvajes. Javier perdido en toda la llanura.

Cuarto, de inmediato, mezclándose con la penuria de las papas: otras papas, en cubos parecidos, mal cortados, marinadas en caldo de trucha y camarones: las papas, blandas, se disuelven bien y, aunque son papas, tienen el gusto de trucha y camarones. Son delicadas y también exquisitas. Tienen el gusto del mar pero son papas. Una iluminación: Javier pensando, en toda la llanura, que el mar no es siempre el mar sino lo que imagina.

Quinto, de inmediato, sobre el untuoso de la papa marina: cardo, pera y tiritas de carne de chanco saltados, sin los granos de sal, con el eneldo y salsa de higos chumbos. Están crocantes, para que masticarlos se note: cueste pero agrade. El viaje se resuelve con el sabor de la Ciudad y las Tierras: Javier pegando media vuelta en la llanura y volviendo al punto de partida.

Ahí se acaba la tercera sucesión, y queda el gusto de Javier entendiendo que no necesitaba terminar su viaje para llegar al mar. Esther dice para qué se fue tan lejos a entenderlo. Los hombres se miran entre ellos para no mirarla.

—Saber antes de tiempo también es tontería.

Dice un Joaquín para que Javier no tenga que decirlo, porque están en su casa. Llegan los terceros cuencos: agua del arroyo que pasa justo detrás de la puerta del Norte, con

su taza de cascaritas de manzana para husmearla mientras. Empieza la cuarta sucesión.

Primero, hojas de romero, trocitos de nuez, pétalos de jazmín, hebras de azafrán, hojas de menta, cubitos de melaza, granos de anís, granos de maíz, granos de eneldo, trocitos de canela, cáscaras de camarón saltadas, granos de pimienta, pétalos de rosa, en una destilación de tierra húmeda: todo se mezcla en la boca y se confunde, los sabores, olores, las consistencias distintas bajo el diente y la lengua. Son cantidad de aderezos que no aderezan algo: Javier buscando en su taller el perfume de mar, perdiéndose en los condimentos.

Segundo, de inmediato, sobre el desconcierto de tantos aderezos: trozos de pata de pato asados, solos. Sobre la pata, los condimentos se organizan: algunos se le adhieren como deben, otros quedan sin dudas fuera de sentido. En la boca un sabor orquesta al resto: Javier descubriendo el aroma que sustente su perfume del mar, que no es del mar pero viene del agua.

Tercero, de inmediato, sobre los restos de pata todavía: los condimentos que sí cuajan: granos de pimienta y de anís, cubitos de melaza, cáscara de camarón saltada, hojas de romero. Ahora, sin las interrupciones, la pata de pato en su esplendor completo: Javier completando su perfume.

Cuarto, con su pequeña espera, para gustar un poco más la coincidencia: una pasta de pechos de colibrí con un toque de salvia. No hay nada que morder ni trabajar: es puro regodeo de la lengua en un sabor que muchas veces llega bajo una forma que hay que crocar, difícil. Javier en vena, jubiloso, aspirando su perfume ya inventado.

Quinto, de inmediato, con el untuoso de la pasta todavía: un caldo vegetal oscuro en el que nadan cosas muy distintas: tan buenas como sesitos de cordero, tan malas como picos de carancho. Cada cual pesca a ciegas y come, sin mirar, lo que le sale: Javier agradeciendo su fortuna por haber encontrado su perfume.

Ahí se acaba la cuarta sucesión, y queda el regocijo de Javier con su descubrimiento. En la cuarta sí puede hablar el anfitrión. Javier les dice:

—Todo cuando entendí que el mar no es nada más el mar. También alrededor se arman sus olores y, digo, más que nada, en las ideas que tenemos de un punto tan lejano.

Y les explica que su perfume tiene la base de una cocción de pescado de río disecado en sal pero muchos ingredientes muy de tierra, que no les va a decir. Los otros cuatro se sonríen porque entienden. Llegan los cuartos cuencos: agua del Tardo, el arroyo máspreciado, con su taza de algodones embebidos en el perfume de Javier de mar para aspirarlo mientras. El olor del pescado es apenas un regusto detrás de varias flores, sostenidas por ámbar, un toque de cocción de pelos de vicuña que muestran la distancia y restos de sándalo y romero, para dar la nostalgia de la lejanía y la



confianza de que llega. Empieza la quinta sucesión, que no cuenta más nada: es puro regocijo.

Primero, lomitos de pecarí saltados, envueltos en hojas de maíz: el festejo empieza con la fuerza de la tierra: lo mejor.

Segundo, de inmediato, sobre las honduras de pecarí y maíz: gelatina de menta con hebras de queso de vicuña curado: se disuelve tan fácil y junta lo más fresco y lo más rancio: el que lo come está en el medio.

Tercero, con su pequeña espera: como está mandado, una pura sucesiva para recuerdo de las primeras veces: llegan, de a uno, cangrejitos hervidos, que se muerden enteros con su cáscara y derraman jugos y sabor del agua; lomitos de pinzón, que es el pájaro que se come a los cangrejos, tan secos, muy asados; ajos hervidos más que tiernos; carne salada de guanaco para mascar sacándole los gustos, mangos confitados que disuelven la sal y embalsaman la boca.

Cuarto, con su pequeña espera para marcar la diferencia, el plato concluyente: cebollas cocidas en agua de canela con higaditos de conejo adentro: la adición completa.

Quinto, de inmediato, el final que se debe: trozos de todo lo comido, picados y mezclados en tortilla con la yema del huevo de gallinazo que empezó la ronda.

Después, los cinco bebieron las cocciones y se regocijaron por todo lo pasado.»

El lector podrá, legítimamente, mostrar su sorpresa, y aun su desconfianza: el menú que acabamos de reproducir no cumple con la primera premisa de un banquete sucesivo o diacrónico: que cada plato esté conformado por un solo elemento que se combina con el anterior y el siguiente en la sucesión y no en la simultaneidad. De hecho, sólo el tercer plato de la quinta, que se presenta como un homenaje a los viejos tiempos, cumple con la premisa. Lo cual nos da a entender con claridad que se había abandonado la pureza original y que cada uno de los platos de un menú diacrónico era, a su vez, una sincronía que mezclaba distintos productos y sabores. (El rasgo sería propio de un período decadente, en el que lo barroco se habría impuesto sobre los cánones clásicos. Hemos podido reconstruir una comida sucesiva pura, que reproducimos en la [nota 26 del capítulo 4](#). Pero no deja de llamar la atención este cambio y, sobre todo, que se rinda homenaje a los «buenos viejos tiempos»: no es frecuente, en la cultura de Calchaqui, esta idea —más bien grecorromana, o incluso bíblica— de un pasado mejor que se ha ido degradando.)

De todas formas, el otro rasgo central del banquete sucesivo se mantiene en este: la comida constituye en sí un relato que se va desarrollando plato tras plato. Siendo una comida particular de un traficante acaudalado —pero no riquísimo— se mantiene la estructura de cinco sucesiones de cinco platos cada una, interrumpidas por las aguas con sus aromas en las tazas. Sabemos, por referencias tangenciales, que la cantidad

de sucesiones se multiplicó hasta lo inverosímil: en algunos banquetes, su número parecía interminable. Así, cada comensal terminaba su comida en el punto en que ya no pudiera más, y el relato tenía un final distinto para cada cual. Sería interesante ver la conexión de esta forma de las comidas sucesivas con las biografías de final abierto que abundaron en los tiempos de Andrés, el soberano 5 (ver cap. 1, pág. 63).

Tampoco se ve claro, en este menú, cuál sería el «plato de verdad». Como ya queda dicho, toda comida sería debía incluir un plato al borde: algo que, poco cocido, pasado, ingerido en exceso o mal limpiado pudiera ser mortal. Sin ese riesgo, se consideraba que una comida no era de la vida. Aunque es probable que se extremaran los cuidados y no hubiera muchos accidentes —o que la costumbre se practicara menos de lo que se decía, porque en las estadísticas sobre causas de muerte (ver nota 36, cap. 1) no encontramos ninguna que se atribuya a un plato de verdad— es cierto que su presencia le daba a cualquier banquete un toque de relatividad provocadora.

El padre de Oscar, el soberano 20, Ramón, quiso cambiar esta costumbre: dijo que tenía la desventaja de que todo dependía del cocinero. Una de sus biógrafas, Sara, lo relata en un fragmento citado en la *edición Thoucqueaux*:

«A Ramón no le gustaba pensar que si el cocinero era bueno no había peligro y si era malo sí: no es lo mismo entregarse a la fortuna que a un sirviente. Se procuró un extracto de plantas que daba efectos muy variables: en algunos cuerpos era tremebundo, en otros ni un dolor de cabeza. Los médicos le explicaron que dependía de cómo cada cual tuviera el adversario, y Ramón ordenó que en sus banquetes siempre hubiera un poco de ese extracto, a veces más, a veces menos. Entonces, en sus banquetes, cada cual encontraba lo que le correspondía. A sus banquetes iban nada más los que no podían escaparles, pero es verdad que eran fastuosos. Ramón decía que su extracto ponía cierto orden en las cosas; Ramón siempre trataba de poner el orden en las cosas, aunque también decía que las cosas, en su tiempo, no importaban nada.»

En el citado banquete de Javier podrían ser «platos de verdad» el hongo de tuna, fácil de confundir con un congénere letal, el pico de carancho —que, sin cocción suficiente, podía provocar hemorragias fatales— y el cardo que, mal limpiado, era un emético tremendo. Son hipótesis.

Relacionada con el «plato de verdad» existía otra costumbre, resto sin duda de antiguos sacrificios, según la cual nadie podía presentarse a comer en casa ajena sin llevar de regalo unas tortitas de harina que representaban su efigie —la del invitado que las llevaba. «Ya habían entregado sus tortitas», dice la biógrafa del perfumista. Como quien dice: «acá estoy y me doy: me puede usted comer». Como quien recuerda que el que se presenta en casa de alguien a comer su comida está poniéndole la vida en sus manos: se le entrega del todo.

Era interesante. Pero hay otro detalle que de verdad nos incomoda: el relato del viaje

de Javier, su extravío en la llanura y el desconocimiento general del mar, son del todo inverosímiles. Sabemos que las expediciones a la costa para buscar ámbar eran una de las bases de la economía de la Ciudad y las Tierras desde aquella primera, famosa, de Joaquín ([ver nota 41, cap. 2](#)). No parece lógico, por lo tanto, que curtidos traficantes de perfumes —e incluso un patrón de caravanas— pudieran pensar el mar como algo tan extraño y misterioso. <<

[34] «**agua oliendo del cuenco del orégano**»: tenemos, curiosamente, poca información sobre la bebida en la Ciudad y las Tierras. Parece como si la variedad en las comidas requiriera explicaciones que cierta testarudez en la bebida hiciese innecesarias. Sabemos que nada, para un calchaqui, se comparaba con el agua.

O deberíamos decir: las aguas. Muchos habitantes eran capaces de distinguir las aguas de los distintos ríos y arroyos de la región, por su sabor y aroma peculiares. Y, sin embargo, en las comidas no se bebían solas: siempre se acompañaban con su taza de hierbas aromáticas o especias, que se olían al tiempo que se bebía el líquido. Todo viene, aparentemente, de una frase del *Libro de los principios*: «El agua es solidaria del mundo derredor», o quizás: «El agua es solidaria del aire derredor.» En cualquier caso, la idea original era que el agua era el único medio de beber el mundo porque, al beber un trago de agua, se estaban ingiriendo los aromas que circulaban por el lugar; de ahí ese intento de controlarlos agregando al cuenco de agua la taza de aromas.

Y la otra bebida que conocemos, la que los escritos de Calchaqui llaman «las cocciones», trataba de parecerse al agua. Las cocciones eran, en principio, destilaciones de frutas o de caña de azúcar, de un tenor alcohólico medio, aromatizadas también con hierbas o especias. Las cocciones intentaban acercarse al agua por compensación: toda la ciencia destiladora de la Ciudad consistía en combinar conjuntos de cinco sabores para que se anularan entre sí. Cuando se lograba la anulación, la bebida de marras alcanzaba un sabor neutro, próximo al del agua. Siempre hubo —aparecían, periódicamente— personajes en Calchaqui que pretendieron que el sabor de una cocción anulada es igual a la falta de sabor: siempre se ganaban el desprecio. Cualquiera —les decían— podía darse cuenta de que la neutralidad de una cocción bien anulada es un sabor en el que la falta de sabor no es una ausencia sino una realidad muy delicada: la historia de un combate perfecto, sin vencedores ni vencidos.

Por supuesto, también había destilaciones con un solo aroma predominante, pero eran consideradas vulgares, buenas para tugurios. En cualquier caso, las cocciones no se bebían con las comidas.

El agua, queda dicho, era básica en la idiosincrasia de la Ciudad y las Tierras. No agotaremos aquí sus utilidades. Baste recordar la famosa polémica que enfrentó, en tiempos del soberano 12, Cándido (ver cap. 1, pág. 28) a personas contra vulgos, encabezados aquellos por Javier y estos por Esther. Se discutía sobre lo esencial o accesorio de ciertos órdenes y el debate se resumió, por fin, en términos acuáticos. «¿El agua hierve y hierve sin pasarse nunca, como sí el aceite, para que tengamos en qué hacer largos guisos, o bien hacemos largos guisos porque el agua hierve y hierve sin pasarse nunca, como sí el aceite?» Huelga decir que la primera hipótesis era

sostenida por los personas y por los vulgos la segunda, y que Cándido nunca fue capaz de zanjar la cuestión. <<

[35] «**La muerte... no era un sacrificio: era un privilegio**»: la idea era pródiga pero planteaba ciertos problemas: entre ellos, la perplejidad acerca de la traición: ¿dónde estaba? No es fácil la actividad en un movimiento que no deja claro cómo se lo traiciona; no es fácil, en general, la vida en esas circunstancias.

«Tremendo el pantano moral de una sociedad en la que nadie piense en la traición», escribió el más cínico de los moralistas ingleses, sir Jason Compton, en sus *Last Principles* (Londres, 1704). La existencia de la traición siempre fue esgrimida por los moralizadores como muestra de la salud de un grupo humano: sólo cuando hay pautas claras y bien establecidas se puede pensar que ciertos actos constituyen esos desvíos que llamamos traición. Lo contrario supondría que no hay ningún valor que traicionar. Dicen que Josefina Beauharnais lo sintetizó mejor: «Si no hay traición, la lealtad se hace tanto más difícil.» Y que su marido Bonaparte le contestó: «Si no hay, no vale la pena.» Pero el lector habrá entendido que no va por ahí nuestra inquietud. Tampoco en el sentido del ludismo de Apollinaire, que escribió en su libreta personal, en plena trinchera de la Gran Guerra: «En cualquier grupo con órdenes y reglas, la traición es la única posibilidad de un acto creativo.» Poco más tarde, mientras se recuperaba en un hospital de campaña de la herida de obús que casi se lo lleva, se corrigió: «No hay grupo que no esté hecho de órdenes y reglas.» Salvo para un solitario absoluto, imposible, la traición quedaba como la única posibilidad de crear algo.

Lo curioso es que Apollinaire se acerca, con esta idea, a cierto fundamentalismo cristiano. En la línea swedenborgiana, el padre O'Garrahan y sus discípulos — Conelly, O'Meara— enseñaban por esa misma época en sus cátedras de Dublín que la traición de Judas había sido constitutiva: que, por supuesto, no era necesaria para el sacrificio salvífico de Jesús, porque para el hijo de Dios nada era necesario. Pero que había llegado para que los hombres entendieran que algo debía cambiar. Un mundo sin traiciones, decían, sería un mundo perfecto: la Ciudad de Dios —o, en su defecto, una blasfemia: uno que se presenta como tal sin serlo. Un mundo en el que un apóstol traiciona a su Señor es un mundo que necesita, visiblemente, ser distinto. La traición de Judas, entonces, habría sido la manera en que el Señor dio a entender a sus súbditos que las reglas que regían el mundo terreno eran insostenibles. Mientras siga enviándonos traidores, concluían O'Garrahan y compañía, es que el Señor espera de nosotros un esfuerzo de cambio. Los traidores, decían, son Su forma de hablarnos. De ahí el peso, en la cultura irlandesa, del tema del traidor como héroe.

De más está decir que ninguna de estas especulaciones se acerca al valor que se le daba a la traición en la Ciudad y las Tierras. Para tener fundamentos y principios hay que tener ideas sólidas sobre alguna moral, y no parece que este haya sido el caso de

Calchaqui. En Calchaqui las definiciones y los conceptos no suelen estar basados en principios sino en funciones: los usos de la traición, al menos en tiempos de revuelta, son más que evidentes.

Siempre fue así: el que se lanza a un camino de riesgos necesita apoyarse en una base imaginaria sólida. Por eso los movimientos como la Larga —o cualquiera de sus derivaciones contemporáneas— se presentan con garantías de triunfo final lo bastante fuertes como para soportar lo que sea —incluso el momento antes de la muerte: la muerte no hay cómo ni cuándo soportarla. Pero hay un segundo requisito: que el movimiento se muestre lo bastante organizado y sólido como para saber hasta dónde llega y dónde se termina; en otros términos: cómo se puede salir. Es decir: que esté claro, en cada momento, cómo traicionarlo.

Un movimiento semejante tiene que ser capaz de convencer a sus miembros —para que sigan siéndolo— de dos verdades paralelas: que avanza en la única dirección posible, la del triunfo final; y que siempre habrá un escape posible: la traición.

De ahí que la famosa declaración —«la muerte no es un sacrificio: es un privilegio»— haya sembrado, al menos por un tiempo, la confusión y el pánico. Según la declaración, entregar a un cofrade era un favor impagable, porque lo ponía a las puertas de ese privilegio absoluto que era morir peleando por la Larga. Entonces el cautivo no podía ofrecer a sus captores la delación para conseguir algo que lo favoreciera —que, en este caso, sería su propia muerte en la cámara de tormentos, o al lado, peleando por la Larga. Si la delación era un servicio al delatado y no a sus captores, el cautivo no tenía forma de traicionar a cambio de su salvación: no tenía qué ofrecer a cambio de su salvación.

Pero el cautivo podía pensar que, si delataba a alguien a quien no matarían para no darle el gusto, entonces delatarlo dejaba de ser un servicio que le hacía y se convertía en una traición. Así se hacía posible negociar la delación a cambio de la propia muerte. Lo cual volvía a invalidar el procedimiento: si más tarde el delatado, convertido en cautivo, podía negociar a su vez su propia muerte, entonces delatarlo volvía a ser un servicio, y por lo tanto dejaba de ser una traición a cambio de la cual el primer cautivo pudiera negociar su propia muerte. Y así de seguido, interminablemente.

Se puede decir, a la luz de los documentos que estamos revelando, que, si la revuelta por la Larga fracasó, quizá fuera por esta cerrazón. Y por el hecho de que el único que tenía la posibilidad de traicionar realmente era el jefe del movimiento.

La imposibilidad de la traición es, en cualquier caso, grave: un arma despiadada. Oscar lo entiende bien, cuando una de sus biografías (Esther) nos lo muestra diciendo que: «tampoco puedo traicionar, sabía. Cuando tenga que declarar mi tiempo no puedo traicionar: cualquier cosa que diga es lo que debe ser. Yo soy las reglas: lo que haga son las reglas. Puede que esté atrapado. Quizá no».

El estilo es extraño y no coincide con lo que sabemos de Oscar. Lo que dice, en cambio, resulta casi premonitorio. <<



[36] «**Tan de acuerdo, Juanca, pero la forma**»: el capítulo 3 —la antigua *Destinée* — ha quedado, a la luz del resto de los documentos, repleto de sorpresas y preguntas. Una de ellas, y no la menor, es por qué el narrador Oscar no hace más hincapié en el enfrentamiento entre esos dos hombres: el bastardo Juanca y el soldado Jaime. (A propósito, uno de los grandes debates acerca de *La Destinée* tiene que ver con esta relación: ¿tuvo, en algún momento, Juanca la intención de mantener firme la alianza con el soldado y después cambió de idea? ¿O ya desde el primer momento se dispuso a traicionarlo en cuanto pudiera? La polémica es ardua, y la resumimos en otra parte —[ver nota 19, cap. 4](#). Pero creo que, en un primer momento, cuando salió de su crisis, Juanca apoyó realmente los esfuerzos de Jaime, aun sabiendo que el soldado podía tener la intención de asaltar el poder. Carezco de elementos de prueba, pero sospecho que Juanca sabía mejor que nadie que los soberanos de Calchaqui, desmejorados por la endogamia, mantenidos en un poder ficticio por los consejeros, estaban llevando la Ciudad a la ruina. Y podía suponer que, si el soldado triunfaba, una sangre nueva en el trono justo en un momento de gran desarrollo de las exportaciones —con mucho capital acumulado— podía ser el catalizador de un despegue fulminante de Calchaqui. Después, en algún momento no determinado, cambió de táctica —[ver nota 60, cap. 3](#).)

Sabemos que Oscar no pretende crear efectos dramáticos: no es ese el fin de su relato. Sin embargo, la historia de dos hombres peleando por una mujer y un liderazgo es un molde clásico que se hubiera impuesto por sí mismo a cualquier otro narrador. Oscar, en cambio, es más que reticente. He llegado a pensar que era pudor: no soportaba que un bastardo de la Casa, sangre de su sangre ([ver nota 6, cap. 3](#)) pudiera rebajarse a disputar algo con un hijo de antiguos. Es probable: todo el relato de Oscar es un gran ejercicio de pudor. O, quizá, de lo que nosotros llamaríamos pudor: no hay datos que certifiquen la existencia, en la Ciudad y las Tierras, de esa idea. Para nuestra visión, en cualquier caso, Oscar es denodadamente pudoroso.

Se ha hablado mucho de la «desidia del heredero»: la noción podría sintetizarse en una frase de Plinio el Joven: «He perdido al testigo de mi vida; desde ahora, tengo miedo de vivir con negligencia.» Según esta idea Oscar, esperando la muerte de su padre, estaría en pleno despiste: va a pasar a ser soberano en el momento en que pierde al testigo de su vida: su padre. Pero es un error. Oscar no está por perder a su testigo: está por congelarlo. No hay nada más presente y riguroso que un testigo muerto. Uno vivo puede condescender, perdonar, adaptarse a ciertas circunstancias. Uno muerto tendrá las mismas opiniones y juicios para siempre ([ver nota 19, cap. 3](#), donde los antiguos habitantes desarrollan esa idea), y será inflexible. Por eso, probablemente, el pudor de esta historia, contada a un testigo inamovible. Oscar teme

ese juicio demasiado.

Este temor puede explicar, mejor que las preferencias personales de Oscar, la falta de drama en esa relación que podría dar tanto juego. No sé si esto puede justificar otro de los grandes enigmas del capítulo 3, ahora que podemos compararlo con el resto del libro: Oscar, que en los demás fragmentos se deja llevar por el viento de su relato hacia cualquier camino, en este mantiene el hilo sin perderlo un momento. Ya se escribió mucho sobre las posibles malversaciones de *La Destinée*. Cuando mis papeles salgan a la luz, se escribirá sin duda sobre esta diferencia sorprendente. Quizás Oscar, por una vez, quiso guardar el hilo porque se daba cuenta de que estaba frente a la única historia que podía servirle para terminar de tomar su decisión definitiva. Parece lógico. <<

[37] «**encontrar en el final el alivio que todos buscaban en un principio**»: analizar esta renuencia a culminar el coito en nombre de la Larga y de su condición de inicio renovado. La supuesta contradicción entre un movimiento que busca su meta en un nuevo comienzo y uno que la encuentra en una conclusión parece un poco etérea. Aunque es cierto que los períodos de gran agitación social —y forcejeo ideológico— tienden a extremar ciertos pruritos, como si todo tuviera que moverse en una armonía irreprochable —lo cual, en otras situaciones, nadie pretende. Los períodos de gran agitación social postulan una estética apolínea: la pretensión de que todo tiene su lugar en un mundo perfectamente ordenado, que ya llega.

Pero la negativa a procrear es más propia de las épocas desesperanzadas que de los momentos llenos de ilusiones que preceden a una conquista revolucionaria, cuando es natural que sus protagonistas quieran hacer hijos que disfruten de lo que ellos consiguieron: es casi una cuestión de orgullo. (O cuando es natural que esos mismos protagonistas, enfrentados al riesgo de sus muertes, quieran hacer hijos que terminen lo que ellos empezaron.) Es cierto que aquí no se trata de evitar la progenie sino la culminación del coito, entendida como un fin engañoso. Aunque no se aclara si el varón largo debía echar en tierra o, como sería más lógico, no echar en absoluto y abandonar el ejercicio cuando empezara a sospechar la cercanía de su fin. No lo sabemos. (Sobre la huelga, y la huelga sexual en Aristófanes según Engels, [ver nota 45, cap. 3.](#))

Todo el planteo parece un poco descabellado. Si realmente fue así, es raro que se hable tan poco de un rasgo tan singular del movimiento calchaqui. Una huelga de semen tendría que haber sido uno de los factores que más preocuparan a la Casa: junto con las muertes tan alegres y confiadas, amenazarían directamente la supervivencia de la Ciudad. Varios teóricos —Kropotkin, Bronstein, Hoxa— han trabajado el tema: para el insurgente, la situación se torna esperanzadamente crítica cuando el problema del gobernante deja de ser el de mantener a sus súbditos tranquilos y obedientes y empieza a ser que siga habiendo súbditos. (Ver la relación de esto con el tiempo que corre para lo que no termina, en capítulo 2, pág. 282.) <<

[38] «**bañado y limpio, despojado, pulcro**»: no es habitual en el relato de Oscar la enumeración de sinónimos que aparece en esta frase. En todo caso, es una prueba contundente de que ya habían caído en desuso completo las reformas del soberano 8, Aldo, sobre la sinonimia, que conmovieron las bases del idioma calchaqui. Su reforma, basada en su tiempo de Causas y Efectos, aparece en un fragmento de su biografía:

«Aldo no soportaba que se hubieran puesto a abundar tanto las palabras: decía que le iban en contra de su tiempo. Tenía sus razones. Decía: que si diciendo calzada, camino, ruta o carretera el que escuchaba podía ver lo mismo, cuatro causas tenían el mismo efecto y eso iba en contra de su tiempo. Aldo habló con su consejero de Personas, preocupado, y decidieron que a cada palabra le correspondiera nada más una cosa: se lanzaron a un plan de cambiar todo. Pensaron, por ejemplo, arreglar la cuestión de los caminos: iban a plantar lapachos al costado de algunos y que esos fueran carreteras, cardos a la vera de otros y que fueran rutas, nada en las calzadas y mezcla de todo en los que siguieran llamándose caminos. Así fueron pensando para todas las cosas: trabajaron tremendo. El consejero de Bienes, un día, cuando ya tenían todo bien planeado, les dijo que en ninguna parte se encontraban bienes para ristra tan brutal de cambios: no podían. Aldo pensó que al revés podía serle más fácil, aunque no le gustara. Decidió que para cada cosa, entonces, una sola palabra. Reunió a un grupo...»

La biografía se extiende en detalles sobre cómo una comisión de notables deliberó para decidir cuál de todos los sinónimos quedaría en cada caso. Cuenta que estaba formada por las biógrafas de la Casa, algunos músicos, varias personas muy tradicionales, dos o tres viajeros y traficantes, consejeros; cuenta que discutían como si tuvieran la vida por delante. Cuenta que mandaron servidores de la Casa a escuchar con atención en calles y mercados, para contar la cantidad de veces que ciertas cosas se nombraban de cada manera. Cuenta que el soberano casi los manda a todos al desierto cuando se enteró de este procedimiento: les dijo que para qué los había elegido a ellos, dijo, varias veces: elegido, si andaban preguntando. Al cabo de cinco estaciones propusieron una lista: de un lado estaba la palabra elegida para cada cosa, del otro todas las borradas. El soberano mandó fijar listas en plazas y mercados, con la advertencia de que habría penas para los que no cumplieran. La biografía no explica cuáles eran las penas.

«El cielo estaba claro. Cuando alguien decía una palabra, decía esa palabra. Entre esa palabra y su cosa consiguiente no había espacio para ningún desvío, ni entre la cosa y su palabra. El tiempo corría bien, entre palabras y lo que cada cual significaba, y padre Aldo podría haber vivido para siempre: nada más no quería.»

Las medidas del soberano 8 fueron perdiendo poco a poco su vigencia. Ignoramos — como tantas otras cosas de ese período— cómo fue ese proceso. Pero sabemos que el tiempo del 15, Ernesto, como un Río —progresivo y lineal— hacía que nada pudiera significar lo que ya había significado: eliminaba cualquier posibilidad de la repetición y eliminaba, así, la existencia posible de sinónimos: nada, en ese tiempo, podía repetirse, así que cada palabra era siempre otra y refería a otra cosa. Tampoco había, por lo tanto, riesgo de que esa palabra —u otra— designara lo que ya había designado. En realidad, ese sistema podría haber limitado todo el idioma de Calchaqui a una sola palabra, pero la síntesis no forma parte de las virtudes de ese pueblo. La proliferación de palabras fue monstruosa. En esos días terminó de consolidarse el idioma clásico de la Ciudad y las Tierras, el que con tanta solidez desconocemos. <<

[39] **«le faltaban muchas estaciones para alcanzar su edad»**: está claro que la frase es un lugar común mal usado. Se la empleaba mucho para decir que cualquier habitante de la Ciudad y las Tierras era relativamente joven —joven, en términos calchaquis: la juventud del aludido consistía en que le faltaba mucho para su muerte, aun cuando tuviera muchos años. Pero no podía aplicarse, como en este caso, a un soberano: los soberanos eran los únicos que no sabían la fecha supuesta de su muerte y, por lo tanto, tampoco tenían edad (sobre el cómputo regresivo de la edad, [ver nota 4, cap. 1](#)).

La falta de edad del soberano se justificaba por razones de Estado: mucha gente habría podido especular con la fecha de su muerte. Se sabe que cada sucesión, con su nueva declaración del tiempo, traía modificaciones y trastornos: en muchos casos, la desgracia de ciertos consejeros y sus entenados. La resistencia a esos cambios —que siempre, tímida, existía— habría sido más fácil y eficaz si los recalcitrantes hubiesen conocido la fecha con el tiempo suficiente para preparar sus maniobras. Además, al no tener edad, los soberanos se sentían más cerca de «elegir su muerte» (ver cap. 1, pág. 11).

En verdad, una persona conocía la fecha de la muerte: la madre del soberano. Tras el nacimiento, la partera se la decía en gran secreto. Y cuando llegaba la ceremonia de la aceptación, la madre, en vez de contarle al heredero, como en cualquier otra familia, momento y circunstancia, se limitaba a un relato sin fechas.

Este conocimiento es la base del poder de la Madre o, mejor, su única arma. Es la dueña de un dato fundamental; nadie lo conoce, pero a todos tranquiliza que alguien —ella— lo sepa. El problema —uno de los miedos importantes en la Casa— se plantea cuando la Madre muere antes de que el heredero suceda a su padre, o sea: antes que el soberano. Su muerte, en esos casos, abre un período de incertidumbre, durante el cual nadie sabe la fecha en que va a morir el heredero: nadie sabe, entonces, si va a vivir hasta que su padre —el soberano— muera y él —el nuevo soberano— se reproduzca a su vez, asegurando la sucesión y la continuidad. Cuando la madre de un heredero muere antes que el padre, su familia recibe gran vergüenza y su lugar en las intrigas de la Casa queda muy disminuido.

Según los casos, las Madres dan —sin querer o queriendo— a su vástago pistas que los orientan más de lo tolerable. Sabemos, por ejemplo, que la madre de Oscar se excedió en la ceremonia de su aceptación ([ver cap. 2](#)). Lo cuenta una de las biógrafas, Ruth —que no pudo estar presente: esa parte de la ceremonia era absolutamente secreta:

«... le dijo que la veía en tanta bruma. Le dijo: como si su muerte fuera demasiado

lejos. Le dijo: como si fuera en un lugar donde su muerte es otra cosa. Le dijo: me dirá que no le digo lo que debo; puede ser. Tengo que decirle lo que veo y lo que veo es bruma, como son claras otras muertes. Señor, desde esta cuarta Hijo, desde este día mi padre: fallo en lo que le digo porque lo veo como si no se muriera de su muerte propia; lejana, barro, bruma». El pasaje suena en principio inverosímil; lo será menos a la luz de los acontecimientos posteriores.

(Hay otra razón posible para que el soberano no tenga una fecha de muerte: la frecuencia con que fallaban estas fechas —ya lo hemos visto, en las estadísticas de la [nota 36, cap. 1](#). En el caso de habitantes ordinarios, la falla sólo influía en unos pocos, y no se difundía demasiado. En el caso de un soberano, una previsión falsa podía tener consecuencias de lo más molestas sobre la vida política de la Ciudad y las Tierras.

No sabemos por qué, con tanto error, se seguía creyendo en las fechas de muerte; suponemos que habría justificaciones particulares para cada fallo y que muchos estarían dispuestos a aceptarlas. Es común que una creencia sea mucho más fuerte que la constatación de que sus anuncios no funcionan: que sobreviva largamente a sus errores.) <<

[40] «**Mi padre Rubén dijo que el tiempo está hecho de futuro**»: desde muy chico, como queda dicho, Rubén tuvo que desarrollar técnicas de supervivencia para compensar sus notorias desventajas. «El pulpo tiene poca cabeza para sus ocho brazos, que le permiten atrapar o repeler bastante cómodo; un renacuajo, con un brazo solo a manera de cola, la posee imponente. Rubén disfrutaba de variadas taras, y una cabeza extraordinaria», escribe el caballero des Thoucqueaux. Oscar lo pinta sin entrar en detalles: «Tenía el cuerpo chiquitito, enclenque, y las manos enormes: desde nacer, nadie creyó que iba a vivir hasta llegar a Padre» (cap. 3, pág. 530).

Pero parece que estos trazos no le hacen justicia. En una de sus biografías —la que consta en la *edición Thoucqueaux*— su descripción tradicional se resuelve de una manera heterodoxa: «Le cabían en los ojos los reflejos de todo. Sus ojos eran tan chiquitos como deben ser: estirados, ranuras bien hachazos, bajando hacia las puntas, con sus pestañas que se los velaban y un color en el medio tan oscuro que todo se veía. Tan chiquitos que los blancos casi no aparecían: en el medio oscuro, bien brillante, se reflejaba todo. Alguien que llegaba a mirarle en sus ojos podía ver en sus ojos las cosas dibujadas: parecía que aparecían iguales, y casi nadie les veía la diferencia. Nada más el que podía mirarlas sin el nervio de que estuvieran en los ojos de Padre les descubría: un ángulo que se redondeaba y perdía filo, la línea recta que zigzagueaba como por descuido, dos manzanas iguales que aparecían una más grande que la otra. Rubén sabía encontrar la forma más cierta de las cosas, y le quedaba en los reflejos de los ojos: mirar sabía, como ninguno más, y con eso entendía lo que nadie. Rubén, por encima del resto, era sus ojos: la forma en que veían.»

La descripción no dice nada sobre su cuerpo y movimientos: no tenemos otro ejemplo de semejante silencio en toda la literatura de Calchaqui —que, como queda dicho, cree muy poco en las capacidades descriptivas del silencio, y tiende a decirlo todo. La apariencia física de Rubén tenía que ser muy afligente para que la eludieran así.

Hay una canción —de ese período, según Thoucqueaux— que parece hablar del soberano Rubén aunque, por supuesto, no lo nombre:

«En las carnes del mono

vive un mono.

En las del gallinazo que comimos,

un gallinazo, palurdo gallinazo,

picoteaba.

En las carnes del perro



está el que ladra.

En carnes de ese escueto,  
enclenque, escuchimito,  
en las carnes de ese,  
una emboscada.

Yo quiero así, señora, así  
yo quiero.

En sus carnes, señora, yo  
querría  
despertarme las quintas.

En sus carnes, señora, yo  
querría  
convertirme en su mono,  
gallinazo, ese perro y enclenque,  
escuchimito:

serle, señora, una emboscada tremebunda.»

Es probable que, a partir de esta lógica de compensaciones, Rubén haya sido el soberano más astuto de la Ciudad y las Tierras. Casi no me quedan dudas de que intervino en la eliminación de su padre Ernesto: por eso Oscar hace tanto hincapié en la historia que lo presenta ignorante, jugando a los inventores con unos maquinistas en el momento en que se produce la muerte. La insistencia huele demasiado a una coartada.

En cualquier caso, hemos visto su habilidad para apropiarse de la revuelta por la Larga y utilizarla en su propio beneficio y el de la Casa gobernante. Y también su inteligencia para declarar un tiempo de utilidad más que evidente:

«Su padre Ernesto no estaba en la silla de al lado —dice la biografía citada—. Rubén, parado en la tarima con su túnica del azul de padres, solo, sin su padre, se callaba; enfrente, en la explanada de la Casa, lo miraban todos como si estuviera por decir ya nada existe. Todos se regodeaban del silencio: el silencio les dejaba pensar las cosas más abstrusas. Les dejaba imaginar que la Ciudad se derrumbaba, que no iba a haber más padres, que la Larga se hundía, que los perfumes debían estar prohibidos. El silencio es muy bueno para pensar las peores cosas: todas juntas. Cuando el que tiene que hablar habla, nada más una de esas cosas queda dicha. Puede que sea peor, pero

no es más que una. El escueto Rubén los miraba callado, y todos se regodeaban del silencio. Estaban aterrados. Nunca un Hijo había anunciado su tiempo sin su Padre al lado.

Por fin, Rubén habló con esa voz de colibrí colérico:

—¿Quién pudo decir: Padre va a estar ahí? ¿Quién diría, ayer, cuando su muerte la supieron: mañana padre Ernesto va a estar sentado ahí?

Abajo de la tarima se miraron todos. Todos habían dicho, el día anterior, en cuanto la supieron: mañana padre Ernesto va a estar sentado ahí. Los padres siempre están ahí sentados, cuando se mueren, justo antes de partir según su forma para el tránsito. Se miraron porque nunca creyeron que Rubén les iba a hablar de eso y, después de su silencio, les empezaba por hablar justo de eso. Muchos habían oído que Rubén era bastante astuto.

—Sí, dijeron, ayer: mañana padre Ernesto va a estar sentado ahí. ¿Quién podrá decir hoy: mañana cuarta lo visito en su casa, a usted, y puede estar seguro? ¿Quién dirá: comeré gallinazo, y sentir cómo las carnechitas del gallinazo se le traban en los dientes de abajo?

Miles de habitantes, todos juntos, mujeres y hombres de la Ciudad y las Tierras, parados en la explanada de la Casa, se rebuscaron con la lengua entre los pocos dientes los jirones de alguna carnechita. Se miraron, y al ver lenguas de los demás se dieron cuenta de que estaban lengüeteándose ellos mismos: pánfilos, más que nada. Muchos, feroces largos, lengüeteando sus propios. Se dieron pena: Rubén se los llevaba de paseo.

—Nadie puede: nadie, ni algunos con gran pedazo de la fuerza. Nadie, porque el futuro lo que más hace es escaparse: anguila sanguinolenta, le dijeron, o carpincho pinchado, que huyen huyen huyen. La sombra para el que tiépido la corre: siempre está ahí, siempre un poco más lejos.

La voz de colibrí se oía, por su peso, en todos los rincones: bajita en todos los rincones. Rubén, que no era Padre todavía, ni ya era Hijo, estaba tan astuto. Tienen un momento nada más de no ser algo exacto, y Rubén lo estaba aprovechando. Que su padre Ernesto no estuviera sentado al lado, sobre la tarima, se mezclaba con lo difícil de cualquier visita o de comer mañana un gallinazo: era un problema del tiempo, no la bruta ruptura de todas las costumbres de la Casa, no un crimen y si acaso la marca de otro crimen. Ya no importaba tanto qué había sido del cuerpo de su padre Ernesto, por qué no podían mostrarlo en la tarima; importaba que los que lo previeron, como cualquiera que prevé, se equivocaban. En el medio, la Larga. Hombres y mujeres en la explanada se miraban: les gustaba ver que se habían equivocado todos juntos. A los más exquisitos, nada más, les gusta equivocarse solos.

—Ahora, ustedes saben, les tengo que decir un tiempo. Ustedes se dijeron: vamos a la

explanada de la Casa, sin las dudas, que Rubén para ser Padre nos va a tener que dar un tiempo. Ustedes previeron un futuro, supusieron, se imaginaron cosas que quizás escuchaban. Yo podría decirles que no va a haber un tiempo, ahora, porque ustedes lo previeron en futuro, pero eso no es así: tampoco así. Yo no digo que todo lo futuro nunca pasa: vaya a saber qué digo.

En la explanada estaban más incómodos. Muchos tenían la sensación de que los jugueteaba como el zorro con un cuis chiquito, hasta querer zampárselo. Se movían, repartían el peso del cuerpo de un pie al otro, se hacían crujir los dedos, bostezaban de nervios, se erizaban. Algunos se indignaron. Bastantes se entregaban: ya entonces querían que él les dijera algo, cualquier cosa. Que les dijera algo que los tranquilizara. Rubén sabía que un buen orador sabe que llega un punto en que los que lo oyen quieren que les diga lo que antes no querían, con tal de que no siga con sus fintas. Unos largos muy feroces que estaban con un jefe de juntas le preguntaron cuchicheando si un tiempo sin futuro no les arruinaba toda esperanza de la Larga. El jefe hizo como si no escuchara. Rubén siguió, con la de colibrí más confianzudo:

—Quizá digo que muchas veces no nos pasa: futuros que pensamos no nos pasan. Quizás ahora no les digo lo que pensé al principio que les iba a decir, porque en el medio dije mucho, ustedes se movieron, fueron pasando cosas y me llevaron a decir, ahora, otras palabras que las que pensaba. Pero ustedes no saben. No saben lo que pensé al principio; no saben qué fui pensando mientras tanto. Puedo decirles lo que quiera y no saben, porque lo que iba a decir era un futuro que no estaba anunciado. Puedo decirles las palabras que quiera y ustedes pueden creer que las pensé desde el principio. No hay que anunciar futuros, y los pocos que no hay más remedio, cuidarlos como nada.»

Lo esencial ya estaba dicho. El resto es mera aplicación funcional de estos principios: el tiempo de Rubén se basa en que el futuro es sobre todo evasivo, tiende al cambio o la desaparición. Por lo tanto, es mejor no enunciar ninguno. Si no hay más remedio, en ciertas circunstancias, que hacerlo, ese anuncio obliga a una especie de inactividad o reserva hasta que llegue el momento anunciado, para no darle demasiadas posibilidades de escaparse, para que no se modifiquen las condiciones necesarias, para garantizar que se verifique.

Muchos de los tiempos declarados por los soberanos de la Ciudad y las Tierras provenían de caprichos o asuntos personales, y su cumplimiento —hay que admitirlo— era más que improbable. El del soberano 16, Rubén, en cambio, fue de una astucia y utilidad a toda prueba.

El tiempo del Futuro Evasivo de Rubén era una exacerbación del tiempo Progresivo de su padre Ernesto. Con el soberano 15, Ernesto, el tiempo avanzaba con constancia hacia adelante y se justificaba en la meta de esa progresión, pero cada uno de sus momentos era significativo; con el 16, Rubén, la meta pasaba a ser tan definitiva que

todo debía detenerse —o ponerse entre parentésis— para que nada perturbara su consecución. Si la idea de Ernesto favoreció la revuelta por la Larga, la de Rubén la ponía frente a una disyuntiva complicada. Aparentemente, si los largos querían lograr sus objetivos debían abandonar todo movimiento, que podía destruir sus posibilidades de alcanzarlos. Pero si lo abandonaban no estaba claro cómo los alcanzarían. Los largos fueron captando de a poco el brete en el que habían caído, y sólo terminaron de entenderlo en el momento de su derrota triunfal definitiva. En cualquier caso, a nadie odiaron tanto como a este soberano.

Pese a su físico tan desparejo, Rubén vivió muchos años: durante su mandato empezaron las primeras acciones de la «guerra contra los barbudos» (ver nota 5, cap. 4). Kyriakov pretende que su época fue la cima, el punto culminante de la historia de la Ciudad y las Tierras: sostiene que los soberanos que lo sucedieron son supernumerarios, una especie de excrecencia, y se apoya sobre todo en el hecho de que su hijo, el soberano 17, Raimundo, fue tan refinado y desdeñoso como suelen ser los que aparecen en las culminaciones decadentes. Nosotros, por supuesto, creemos estar en condiciones de demostrar que no es así.

No es extraño que Oscar tenga sentimientos tan confusos sobre este ancestro. Entre sus escasas funciones, los soberanos de Calchaqui debían ser, como los animales, un modelo indudable de la raza. Cualquiera que haya visto una tribu de babuinos o una manada de vacunos o la familia de un león sabe que el rey es el animal más fuerte y majestuoso. Que Rubén haya sido un gran jefe con ese cuerpo enclenque es un problema, que pudo haber producido debates sobre el tipo de hombre que la Ciudad necesitaba. (No tenemos documentos, pero los imaginamos bien. De hecho, parece haber habido, en esos años, una estética de la debilidad física que puede haber influido en las primeras derrotas contra «los barbudos».)

Oscar, sin embargo, no lo rechaza de plano. La declaración del tiempo de Rubén podría pensarse, en algún punto, como un modelo que él trata de imitar, llevándola, por supuesto, hasta sus consecuencias más extremas. Y no es improbable que el antecedente de su imperfección física le haya servido a nuestro narrador para justificar ante sí mismo —¿y los demás?— alguna de sus propias desviaciones. <<

[41] «**Esther, la última de las viejas**»: hay una biografía interesante en la **edición Thoucqueaux**; citar *in extenso*. Comparar con la semblanza que los largos hicieron de ella en las instrucciones para los militantes (más arriba, nota 25). Son muy distintas, pero las dos sirven para mostrar cómo alguien puede equivocarse tanto. Esther es un caso curioso: vida absolutamente desgraciada, después la usan mucho como ejemplo.

Subrayar: las biografías calchaquis son tan vívidas, y sin embargo esta suena estereotipada y dura. ¿Habría que suponer que cuando hay una causa —o una enseñanza— de por medio, ningún relato es veraz? Puedo dar muchos ejemplos. ¿No es una conclusión apresurada y fácil? <<

[42] «**La Nena en un rincón**»: de la Nena queda, en general, un recuerdo confuso. Pero queda, también, una de las obras más curiosas del acervo calchaqui.

El ***Canto de la Nena vista*** fue escrito en plena época de la revuelta, trata sobre una de sus participantes más sugestivas y, sin embargo, elude cualquier referencia al movimiento. El ***Canto*** es, sin dudas, una composición culta, que no busca popularidad ni intenta intervenir en los combates del momento. No sirve en absoluto a la causa en la que militó la Nena: ni siquiera la ataca. Esta prescindencia es una toma de partido. El autor parece postular que, en medio de la tormenta, los mismos materiales que se usan para agitar pueden utilizarse para otros propósitos; si no fuera así, es evidente que podría haber escrito más o menos lo mismo tomando como protagonista a cualquier otra persona. El autor parece afirmar, con el ***Canto***, que la belleza —o lo que él considera, supongamos, la belleza— puede apoderarse de cualquier trinchera. El problema es que su composición no responde —ni por estructura ni por temática— a ninguno de los cánones aceptados, clásicos, de la belleza en la Ciudad y las Tierras ([ver nota 25, cap. 1](#)).

Alphonse des Thoucqueaux sostiene, en su presentación, que el autor del ***Canto de la Nena vista*** puede haber sido Jose, el hermano menor del soldado Javier. Thoucqueaux no dice en qué fuentes se basa, pero cuenta que el tal Jose se juntaba en su juventud con un grupo de pintores «mancheros» ([ver nota 42, cap. 4](#)) y que de ellos se habría contagiado el entusiasmo por la provocación. Que el ***Canto*** fue la culminación de esta época de su vida y que, poco después de terminarlo, pidió a su hermano el soldado que lo aceptaran en el movimiento. Que su hermano no podía rechazarlo pero lo destinó a tareas sin importancia, que Jose cumplió con tal pasión —«del converso», escribe Thoucqueaux— que, a pesar de los esfuerzos de su jefe y pariente, escaló posiciones en la organización de las juntas y redactó, tras la muerte de Ana, la biógrafa, jefa de la junta de jefes de la quinta, muchos de sus escritos. También escribe que el soldado Jaime nunca perdió la desconfianza en su hermano y que tal vez por eso le encomendó quedarse al frente de la pequeña tropa que defendería el depósito de granos la madrugada del levantamiento, lo cual equivalía a firmarle la muerte. O que el hecho de tener un hermano era muy raro en sí y hacía a Jaime aún más extranjero —en cuanto resaltaba su ascendencia de antiguos—, y que si quería, como ya hemos visto, ser soberano de Calchaqui ([ver cap. 3, pág. 560](#)), no podía de ninguna manera tener uno.

La hipótesis es seductora, aunque del todo insustancial: nada la justifica. Es extraño, además, que un descendiente de antiguos manejara de tal manera la lengua literaria. Aunque puede ser justamente esa distancia del tronco central de la tradición calchaqui la que permite que el autor del ***Canto*** la contraríe y la retuerza con la

soltura que aquí exhibe.

A veces sucede que estos escritos, que pretenden circular en un espacio impoluto, alejado de cualquier uso vulgar, no cumplen con su meta. El *Canto* debe haber tenido una difusión muy superior a sus intenciones: la cristalización de algunas de sus imágenes parece revelarlo. Es el caso, por ejemplo, de la «válvula gordeta», que vemos reaparecer en el relato de Oscar cuando describe el sexo de la Nena. Para que llegara hasta allí, tuvo que haberse mantenido durante décadas en el lenguaje oral de la Ciudad y las Tierras.

El *Canto* es, sin dudas, totalmente conjetural: el autor no puede haber sabido nada de lo que cuenta. Su valor documental es, por lo tanto, nulo.

«CANTO DE LA NENA VISTA

Cuando su madre la veía,

le veía

lo azaroso del tiempo, cuando

la miraba, despacio, los ojos entornados,

lo que veía eran bastantes

Nenas. Muchas Nenas

se le mezclaban cada vez

que intentaba mirarla. Mirarla

era de vértigo para Raquel, su madre:

se le escapaba todo el tiempo cada cara.

Las veía todas cada vez,

mezcladas.

Cuando su madre la veía,

veía

cómo fue que se le abrió la cara cuando dio el primer grito, recordaba:

la cara era una arruga arrepollada, como

una feta todavía de las carnes desde

donde tan recién había llegado.

La cara era de adentro y sólo

—una feta todavía, una mordida rebanada—

se hizo de afuera cuando se le abrió brutal la boca para el grito, cuando se vio que la Nena también su adentro tenía, hecho de rosadito resbaloso; nada más teniendo adentro puede alguien pasar a ser de afuera.

Cuando su madre la veía,

veía

también

la primera cara de feroz que puso una tercera, bien mezclada.

La cara de feroz era redonda como un racimo de uvas, recordaba:

por aquí un poco hinchada, por allá más

hinchada

por la cólera de chupar sin que nada saliera, rechinando

sobre esa mama flaca. En esa cara

los ojos le quedaban ranuras, la boca un aspaviento, la nariz

apretada, todo, todo y la cara

se habían cerrado: todo

estaba afuera. La crueldad

es una cara que cierra sus agujeros.

Lo azaroso es el tiempo; cuando

su madre la veía, veía

también

la cara de la Nena la primera

vez que le dio un beso con su lengua, recordaba:

ya de seis estaciones, casi siete,

la Nena con el pelo rapado para mostrar que la cuidaban, sus manitas

fregando sin parar la una a la otra, sus ojos

que nunca se quedaban



en una cosa sola, sus rodillas  
que tanto se enredaban, unas palabras  
que ella sola entendía y la manera  
en que le contestó su beso con un beso, estirando  
extremando, expatriando,  
enarcando o casi serpenteando  
su lengüita de iguana puntiaguda y entendió  
que una parte de adentro podía pasar afuera y después  
adentro de otro adentro, mezclarse  
en otro adentro no por hambre o un grito sino  
por ganas nada más, por estar yendo.  
Lo azaroso, cuando su madre la veía en un momento,  
en ese, el tiempo, le veía  
su cara también una primera, antes de despertarse, con colores y  
después,  
esa misma primera, al despertarse, con sus pelos pintados, recordaba:  
la cara de la Nena en su sueño que rebosaba de colores  
que mal se le escapaban de las manos y después la cara  
de la Nena cuando se despertó, de pánfila inocencia,  
ya de veinte estaciones, mirando a ningún lado, y con sus pelos  
mal pintados del verde que siempre llevaría. Le pareció  
que había entendido  
—que Nena había entendido: a la madre le pareció que la hija  
había entendido—  
que hay por lo menos dos lugares:  
si adentro es rosadito resbaloso, afuera  
tiene que ser de otro color: el verde  
era decirle que ya se le había ido.  
Le tenía tantas caras.

Una madre en la cara ve muchas veces caras  
de una primera vez, y otra y aquella  
vez que nadie se acordaría si no fuera  
porque ahí está, para eso, sin querer  
o sí queriendo, nadie sabe, ella.  
Le puede ver y recordar y cada vez  
verle también las caras  
—mezcladas, amalgamadas, confundidas—  
que otros le vieron, recordaba:  
cómo vio que los ojos de Juanca la veían, igual  
que tantos de otros hombres, compungida  
por tan igual que la veían, más que nada  
como la cara que una válvula de esas gordetas puede  
permitirse tener; una manera  
de prometer su adentro desde afuera, un modo  
de decir que su cara  
no es su cara.

Una madre en la cara ve muchas veces caras  
de una primera vez, y otra y aquellas  
veces que no recuerda nadie, muchas caras  
que poca cosa, una  
que se miraba en un espejo, una  
que se golpeó la nariz y le sangraba, una  
que no podía dormir, lloraba y se le hizo de nuevo la primera, una  
de asombro por una hormiga viva, una  
de gran felicidad por nada, una  
que cerraba los ojos y jugaba a ser ciega, una  
que entendió que su madre era otra cara, una  
que parecía de mucho espanto, una

que parecía de acuchillarse, una  
que parecía ser tantas, una  
que nunca supo qué era, todas  
en lo azaroso bien mezcladas  
—entreveradas, confundidas, bien  
mezcladas.

Amalgamadas, bien  
mezcladas, entreveradas  
las veía:

el grito adentro afuera, la lengüita  
enarcada, los ojos apretados,  
la válvula gordeta, la manera  
de decir no es su cara, el espaviento  
de haber cerrado todo, hormiga viva,  
felicidad por nada, chupandina,  
el espejo de pánfila, la marca  
de sangre en la nariz, pavor, la mueca  
de ver que no era ella, la lengüita  
expatriada, ojo ciego, los colores,  
rapado el pelo tanto cuanto verde,  
el rosadito adentro afuera, todo  
lo azaroso del tiempo lo mezclaba.

Lo azaroso del tiempo lo veía  
en esas mezclas de una cara, lo tarado  
del tiempo: no es azaroso,  
es tonto. Ella sabía  
que tantas caras de la Nena se perdían  
con ella. Es más que tonto: es  
azaroso, el tiempo:

caras que se perdían porque sí, con ella.  
No pudo verla en otras, nunca pudo  
verla en los ojos del soldado ni de algunos  
que la vieron después ni de los tantos  
que después la tuvieron  
en las manos. Su cara  
en tantas manos ya sin hacerse ni  
ser hecha, ya  
sin quedar, porque no tenía dónde.  
Ya  
su madre, ella, Raquel, su madre  
se había muerto. El tiempo  
se esconde de las caras. Después  
de muerta madre le quedaba a la Nena  
—a cualquiera le queda—  
sólo una cara sola, cada vez  
distinta, pero una cada vez,  
sin amalgama.  
En nadie  
se le mezclan. Para eso  
sirve madre, decía, para hacer  
que el tiempo se confunda  
un poco,  
tropiece,  
trastabille  
y vuelva a ser de nada.»

Como queda dicho, el *Canto* no tiene el menor valor documental, y el misterio sobre la vida de la Nena sigue en pie. Algunas versiones unen su destino al del soldado Jaime, a quien habría seguido en el destierro o en la muerte ([ver nota 19, cap. 4](#)). Otras dicen que trató de quedarse junto al bastardo Juanca, que terminó por

rechazarla cuando creció lo suficiente. Otras, aún, dicen que se disolvió en un trabajo de pocera sin la menor particularidad, y que murió vieja y sin hijos.

(Du Tertre ha hecho notar la aparente incoherencia de que *La Destinée* prestara tanta atención al color verde de sus pelos en un momento en que los pelos de colores parecían ser lo más común. Muestra, una vez más, su ramplonería: es evidente que la insistencia en el color trata de subrayar la lucha contra la muerte del movimiento por la Larga. Los pelos —y las uñas— eran los aliados de la muerte: la muerte crecía en cada individuo —como sus pelos y uñas— hasta que lo derrotaba. Con el triunfo de la muerte, los pelos y uñas también triunfaban, y seguían creciendo. Una de las razones de la cremación era derrotarlos. Los relatos de la revuelta —recogidos por *La Destinée*, nuestro capítulo 3— hacían hincapié en los pelos coloridos —modificados, antinaturales— de la Nena para anticipar la modificación —antinatural— que la muerte habría de sufrir a manos de los largos victoriosos. Es más que evidente.) <<

[43] «**Pena que no hay dioses**»: dijo Juanca, y siguió «si hubiera, la muerte de mi hermano Ernesto sería un signo». Anotar las consecuencias: a partir de esa frase, una fracción que aseguraba que Juanca había querido restablecer la religión. Ver las posibles influencias de esta secta en la tentación religiosa de Oscar. Comentarla en notas al capítulo 4, sobre el establecimiento de la Larga. Bueno para comentar la palabra eficaz: cómo cualquier frase o gesto de alguien que tenga el lugar adecuado —el poder adecuado— puede crear efectos que sobrepasan sus intenciones. El terror que debe producirle a cierta gente con poder: tienen que cuidar mucho sus palabras para no desencadenar quién sabe qué. Si Jesús hubiese nacido en Egipto, donde se bebía más cerveza que vino, la Guinness sería la sangre del Señor. El azar de que su madre se llamara María: hoy es el nombre más difundido en el mundo. Digresión sobre san Juan y el Apocalipsis (hay algo más arriba).

Contar la historia de la fracción, patética. Mejor no acentuar el patetismo, no es propio del historiador (recordar, tener siempre presente el fastidio que me causaban las historias contadas por Elisa). No tenían ninguna posibilidad: si hubiera dioses, la vida después de la muerte quedaría bajo su control: tendrían que renegociar todo, podrían perder la Larga. Largos con dioses es *contradictio in termini*. Sobre la importancia de la falta de dioses: por eso pudieron hacer un levantamiento contra las autoridades civiles para conseguir algo que suele quedar en el terreno de lo sobrenatural —la vida eterna. Si hubiera habido dioses, ¿contra quién rebelarse? La condición de la revuelta es la falta de dioses. Ilustrar con ejemplos. Citar a Du Tertre (pág. 307), refutarlo.

(También, si cabe: la frase es interesante porque invierte la causalidad. «Si hubiera dioses, la muerte de mi hermano sería un signo...»: si siguiera por este camino, crearía dioses para que pudieran producir signos. De cómo los efectos necesitan producir sus causas. Aclarar.) <<

[44] «**cuidaba las tradiciones y costumbres**»: sobre las tradiciones y costumbres de la Ciudad, pocos escritos nos ofrecen más información que este que Alphonse des Thoucqueaux atribuye a un tal Fabien Le Crayec, del que da datos someros:

«Fabien Le Crayec (1604-1646?): marino nacido en Saint-Malo, fruto del fornicio entre un sacerdote y la hija de un rico armador. Educado por los jesuitas en Rennes, con las mejores calificaciones. Rebelde, escapó hacia La Rochelle y se embarcó. Durante dos décadas recorrió el mundo; hacia 1640 se instaló cerca de Dieppe y redactó un libro de sus memorias y viajes, que tituló **Guía de los lugares más esquivos** —*Le guide pour atteindre, sans encombres, par la voie la plus directe, tout lieu fuyant*—, que las autoridades del reino no tardaron en censurar.»

El fragmento no es, pues, anónimo: es peor que si lo fuera. Hay veces que un nombre es como una losa que acaba con cualquier intento de identificar un escrito: he pasado jornadas buscando datos sobre Fabien Le Crayec y no encontré ninguno. Todo lo más, descubrí su apellido —¿un descendiente?— en una lista de los accionistas que financiaron la expedición del conde de Bougainville a las islas Malvinas, un siglo después. He llegado a dudar de la existencia de este bretón escurridizo, como de la del otro visitante europeo de la Ciudad y las Tierras, aquel italiano tan oportuno, por las mismas razones ([ver nota 56, cap. 1](#)). Es probable que mis sospechas hayan sido compartidas por Thoucqueaux: en una de sus notas manuscritas en las márgenes de su edición, con la tinta ya sepia, se lee: *¡Atención! ¡Esto podría parecer de Cyrano!*

La fecha de este escrito también podría provocar sus dudas. Según mis cálculos ([ver nota 56, cap. 1](#)), la primera mitad del siglo XVII es el tiempo del final de Calchaqui, o sea: el momento de la visita del autor de la *Guía*. Lo sorprendente es que su formato y sus reflexiones parecen curiosamente adelantados a su época. En realidad, el uno y las otras serían rigurosamente iluministas.

Hacia 1750, tras la expedición de Charles de la Condamine al Amazonas y su recibimiento por parte de Montesquieu, Voltaire y sus laderos, los pueblos no europeos empiezan a merecer la atención de los filósofos. Aparecen los libros que se dedican a describir y analizar culturas lejanas, verdaderas o, en algunos casos, ficticias —para mostrar por contraste ciertos rasgos de la civilización occidental. El escrito que nos ofrece Thoucqueaux parece redactado en esos días: mezcla la curiosidad del antropólogo con la pedagogía del filósofo y, en sordina, el regodeo del civilizado que finge aprender pero en realidad se sonríe ante semejantes bárbaros.

La objeción podría ser de peso si no supiéramos que siempre hay gente fuera de época. El público medio —e incluso muchos seudoespecialistas— tiende a imaginar las épocas como bloques. Sobre todo las pasadas, cuando la falta de datos sobre

tantos detalles puede darnos una sensación de homogeneidad muy engañosa. Cualquier época rebosa de personajes, modos y producciones que se alejan de la norma y que, por eso mismo, no son considerados en su momento. Pero existen y, entonces, no es improbable que un viajero de principios del siglo XVII escribiera de esa forma que sólo se impondría como canon a mediados del siglo siguiente. Visto así, se lo podría considerar un precursor. Pero también se lo podría definir como más que tardío si se lo ve como un lejano continuador de los geógrafos helenísticos del siglo II antes de Cristo o de los cronistas chinos del 1400.

En síntesis: aun con todos los reparos del caso, el documento es inestimable. Si no el bretón escurridizo, su autor fue, sin duda, alguien que conoció bien la realidad de la Ciudad y las Tierras. Alguien que comete, por supuesto, algunos errores, pero estos se opacan frente a la información que nos ofrece.

El documento que presenta la *edición Thoucqueaux* es cuantioso: querríamos citarlo *in extenso*, pero las limitaciones de espacio nos lo impiden. Hemos seleccionado, entonces, algunos de sus pasajes principales (los títulos son nuestros).

#### «CAUSAS

La ciudad está partida en dos por una avenida tan ancha que ocho carros podrían avanzar por ella al mismo tiempo, sin rozarse. En la ciudad no hay carros; al viajero, si pregunta, le dirán que el ancho de la avenida sirve para que, en cualquier momento, desde cualquier punto, se vean los muros de la Casa de sus autoridades, que se yergue al fondo, detrás de una gran plaza. O que no hay ciudad que lo sea si no tiene una calle donde quepa el número entero de sus pobladores. O que, en tiempos, la avenida fue un río de ese porte. O que toda ciudad debe tener un lugar lo bastante ancho como para que sus pobladores queden, al menos por instantes, a merced de las tormentas y recuerden. O que la avenida está en el eje del viento de la montaña y que ese viento, soplando en una calle más estrecha, silba horrible. O que siempre fue así y así han de ser las cosas.

Las respuestas diferentes no se oponen; si un natural ve que otro dice algo distinto, lo aprueba como si ambos acordaran, aunque digan verdades muy contrarias. El viajero no debe descorazonarse ante la multitud de las respuestas. El viajero debe entender que para estas gentes una causa está formada de variadas causas y, si acaso, debe admirarse de que no pretendan que todo viene de un único principio.

Esta profusión siempre ha existido, y algunos se aprovechan de ella para decir que no nos es dado conocer la causa de las cosas, que es una y nos supera. Quienes ignoran siempre han tratado de hacer de su ignorancia el saber de los más.

#### INDUMENTARIA



El viajero no debe horrorizarse al ver que los pobladores llevan en todo momento y ocasión al aire sus vergüenzas. La Biblia, que respetamos como lo que es, cuenta que nosotros también lo hacíamos cuando éramos perfectos. Y si alguien se atreviera a poner en duda sus palabras, aun así entenderá que nada oculta quien nada tiene que ocultar: su preocupación por cubrirse es una muestra más de la bajeza de nuestra especie humana.

El viajero, pese a sus reflexiones, se espantará al principio. Toda una vida de costumbre indumentaria no cicatriza en lo que canta un gallo. Estará tentado, incluso, de suponer que la falta de vestido hace que los portadores, como cuerpos sin marcas, se confundan. No lo hará, cuando se dé cuenta de que esa tela que todos los pobladores llevan en alguna parte de sus cuerpos es un signo que dice mucho sobre su situación. El código no es simple: esa tela cruzada en bandolera significa que el portador teme un evento, aquella atada al muslo muestra su felicidad, una en su mano izquierda habla de sumisión, si le rodea el cuello es la confianza, y así de seguido. El alfabeto tiene muchas letras.

El vestido, en cambio, que todos usan siempre es un perfume. Nadie puede salir a la calle sin su perfume, que también significa; hay, de tanto en tanto, escándalos cuando algún poblador, provocando por algo, sale a la calle desnudo de perfume.

#### LECCIONES

El viajero estuvo en una celebración, al atardecer, en la plaza del Mercado, donde cientos de personas cantaban a coro para festejar la llegada de una expedición que había alcanzado la costa del mar. Todos tenían el mismo perfume: una cocción de colibríes con distintas flores que, le dijeron, es la que significa júbilo. El viajero preguntó a su acompañante si no repugnaba a su espíritu la confusión de todos en un olor solo. El acompañante le dijo, parco, que esperara. Al cabo de una hora, el aroma de cada cuerpo empezó a aparecer, rompiendo el cerco de la cocción de colibríes, y lo que parecía unidad se transformó en una simultaneidad de diferencias. Fue una lección, aunque no está claro que sea la intención de estas personas darlas. Dicen que no, pero cualquiera sabe que la forma de convencer de una lección es negar que lo sea.

#### LA IDENTIDAD

Hablan mucho contra las lecciones. Dicen que nadie puede aprender de lo que ha hecho otro, a menos que ese otro sea ese mismo. El viajero debe mostrar su sorpresa ante la paradoja. Entonces el interlocutor, que pretende ser sabio, se reirá y le contará que en su ciudad cada cual puede establecer su identidad cuantas veces le plazca. Que cada cual puede inventar cuantas veces le plazca su historia, sus ancestros, su trayectoria personal, sus penas. Que solamente los temas de una biografía, los

criminales y el soberano —que denominan Padre— están obligados a ser el mismo siempre, lo cual debe de resultar, dirá, una carga espantosa. El interlocutor, entonces, fingirá ser ingenuo y le preguntará al viajero si acaso en su país uno debe ser siempre el mismo. El viajero no debe creer en esa ingenuidad: es uno de sus juegos favoritos.

#### SU IDIOMA

El viajero, a esta altura, sabe que cualquier nación o tribu es poseedora de un idioma. No hay nada más vulgar que tener un idioma. El idioma de estos personajes suena como si no quisieran en realidad hablarlo: como si se les impusiera por sí mismo. Casi no abren la boca para hablar; sus vocales son cerradas y sus consonantes parecen venir de la garganta. A veces refuerzan este efecto con gestos de sorpresa. La mayoría de sus dichos tiene una entonación que sube hasta la mitad de la frase; entonces, como si se dieran cuenta de que están a punto de excederse, vuelven a descender y terminan por perderse en un murmullo. Algo, insinúan, podría haber pasado. En verdad, las frases parecen terminar antes, en la penúltima o antepenúltima palabra: las siguientes son formales y sólo están allí para enredarse en el murmullo y, al no decir, decir que lo que dijeron no era tan importante.

Menos algunas veces, en que abren bien la boca y pronuncian cada sonido con enjundia: eso suele significar que desprecian al otro más que lo habitual.

#### LA CIUDAD

Para quien la mirase desde arriba, la ciudad sería un pentágono, como nuestras fortalezas; en dos de sus lados se superpone a la muralla la media luna de la Casa de sus soberanos. La muralla no es alta ni sólida ni ancha: no parece producto del temor de un ataque sino mojón para zanjar el territorio. Por dentro, la ciudad está dividida en cuatro cuarteles por sus dos avenidas: la mayor, recta y muy amplia, que la atraviesa desde la explanada de la Casa hasta la puerta del Este, y una segunda, más angosta, más irregular, de forma ligeramente meandrosa, menos monumental, frecuentemente en sombras, que la cruza desde la puerta del Sur hasta la puerta del Norte.

En el cuarto noreste, el viajero se aventurará poco. El barrio —llamado “de Antiguos”— es un dédalo de callecitas intrincadas que serpentean entre casuchas de un solo piso. El viajero no corre peligro, pero tampoco encuentra en ellas nada que contribuya a su placer o a su edificación. Las casillas están hechas de piedra o de una argamasa, según los casos, y tienen un ventanuco al frente, junto a la puerta de entrada. El frente no suele estar pintado y predominan los colores pardos. El arroyo con las aguas servidas corre, como en nuestras ciudades, por el medio de las calles sin baldosas; los mediodías, su olor es demasiado humano. Las casitas son pequeñas: hace bochorno, la vida del barrio está en la calle. Allí cocinan —más hombres que

mujeres—, charlan, se pelean, se lavan —más de lo corriente—, se requiebran y despiden muertos. Pese al nombre, muy pocos de sus pobladores son “antiguos”. El viajero irá una sola vez, para ver lo que debe ser visto, y no querrá volver. Las antiguas ciudades —o los barrios antiguos de nuestras ciudades— no están hechas para el viajero: el dédalo de sus calles no le da ninguna posibilidad de orientación, y reserva ese derecho para los naturales. Además, ese fuer intrincado le impide al viajero una composición pertinente de lugar: le perturba el análisis. El viajero no tiene un orden para recorrerlo, se extravía, vuelve a lugares que ya ha visto como si fueran nuevos: la razón se le enturbia. Es como si el naturalista, describiendo a la vaca, descubriera que es animal de siete patas porque volviese, una y otra vez, a contar la delantera izquierda.

El cuarto noroeste es más variado y gustará al viajero inquieto. En el vértice extremo, el Mercado de Perfumes es una construcción reciente, amplia, cuadrada, hecha de fuertes bloques de piedra y grandes arcos, con todas las comodidades que requiere el tráfico. Se levanta frente a una plaza —del Perfume—, muy calma, donde hay menos personas que animales y guardias. Alrededor se yerguen las casas de lo que se llama el “barrio fino”: construcciones de cuatro y cinco pisos distribuidas en manzanas regulares atravesadas por calles anchas y aireadas. Los edificios son de ladrillo cocido y muchos de sus techos son de paja, de estilo falso rústico; hay incendios frecuentes. El viajero no notará, en un principio, la sorna del nombre “barrio fino”; si tiene la suerte de entrar en alguno de los edificios, empezará a darse cuenta de que sus habitaciones son estrechas y sus servicios muy escasos. Entonces entenderá que muchos de sus ocupantes son mercaderes y artesanos ligeramente enriquecidos que intentan aparentar más de lo que tienen. El primer piso de cada edificio es suntuoso: los cuartos son amplios y, como la luz es poca, pueden iluminarse con esos ingenios de gas que los enorgullecen tanto. Pero de ahí en más, cada ascenso en la escalera es un descenso hacia la pérdida de holguras.

En el barrio fino, el viajero se deleitará parándose en cualquier esquina y mirando el paso de esos hombres y mujeres que hacen todo lo posible por mostrar, con el solo recurso de una tela, una prosperidad de que no siempre gozan. Hacia la avenida central, el barrio varía: empiezan las mansiones de los “personas”, los compañeros del fundador de la presente dinastía. Sus casas se distribuyen en las inmediaciones de la explanada de la Casa con soberbia, sin orden ni concierto: las calles son el espacio que estas mansiones dejan, a la vera de sus jardines más marrones que verdes. Aquí se acumulan algunos de los mejores ejemplos de la arquitectura de la ciudad, sobre la cual nos extenderemos más abajo. Sus dueños —o dueñas, que tanto monta— salen poco a la calle, casi no se muestran; cualquier paseante inadvertido creería que en esas casas sólo viven niños.

En el inicio del cuarto sudoeste, también alrededor de la explanada de la Casa, continúa el barrio de Personas. Más atrás, yendo hacia el vértice extremo, se

desperdigando los depósitos de los grandes mercaderes —muchos de ellos personas. El viajero no irá a la zona de depósitos. No tiene gran interés, y ni siquiera la frecuentan los propios pobladores. Los edificios son muy amplios, contruidos en madera y techados con un material maleable y fino que deja entrar la luz. De día, los animales de transporte —naturales y falsos— recorren las calles y hay gritería y accidentes. De noche las calles no están iluminadas; las patrullan soldados en grupos de dos o tres, para proteger las mercancías. El viajero no debe acercarse al sector por las noches; le dirán que es el mejor lugar para encontrar una mujer o un hombre disponibles, pero no es cierto y, además, los soldados patrulleros suelen pedir algún regalo a cambio de su vista gorda o, más directamente, de no ofrecerle al forastero una paliza.

Del cuarto cuarto, el sudoeste, ocupado en su totalidad por el mercado, nos ocupamos en un lugar aparte. También de los arrabales que rodean a la ciudad por el este y el norte. Queda por decir, entre otras cosas, que el plano de la ciudad sube ligeramente hacia el oeste, en dirección a la gran plaza de la Casa, pero eso no molesta al caminante. Parece, más que un auténtico accidente, una muestra de gentileza y respeto al soberano.

#### EL MERCADO

Para husmear el verdadero sabor de la ciudad, el viajero caminará por el mercado. Las casas del barrio del Mercado tienen la mezcla que el resto de la ciudad, sin decirlo, desprecia. Muchas de ellas son casillas de argamasa o de piedra, como las del barrio de Antiguos; entre ellas, inopinadamente, aparecen mansiones que, de no ser por la falta de parque, podrían rivalizar con algunas de las residencias de personas, con sus dos pisos, grandes ventanales redondos y abundancia de chistes. El viajero querrá sorprenderse, pero le explicarán que comerciantes ricos, que labraron su fortuna en el mercado, no quieren abandonar su barrio y se hacen construir en él casas magníficas. Las ciudades, muchas veces, se empeñan en separar tajantes los ricos de los pobres. Esto no pasa aquí, donde nadie se jacta demasiado de las diferencias y parece de buen tono escamotearlas. Cualquiera oído avezado las descubrirá en las palabras que usan unos y otros, los llamados “vulgos” y “personas”. Pero, a la vista, las diferencias se diluyen. Los más pobres, si acaso, son un poco altaneros y discuten, y se ofenden más.

El viajero, en el mercado, debe cuidarse de algunos que querrán pelearlo. No porque haya peligro en la pelea: los encuentros se quedan en sonoras bravatas y nunca se concretan, pero sirven para que alguien se gane la confianza del viajero defendiéndolo de sus enemigos vociferantes y, fuerte de ella, le sonsaque sus bienes y favores. Si le ofrecen esta ayuda, el viajero puede mirar para otro lado y, si le insisten, puede sacar su rapé y estornudar. El viajero recordará que, para estos, el estornudo es la forma más fuerte del rechazo.

También debe cuidarse de los animales asustados, de los niños que le preguntarán por qué quedó tan pálido, de las montañas de basura, del atropello de los que llevan carga, de comidas muy extravagantes y, más que nada, de la tentación de creer que es todo muy distinto de lo que habría de ver, si fuera a verlo, en su ciudad natal. Además, debe cuidarse de comprar sin ton ni son, y escuchar con detenimiento las historias.

Por más que el viajero intente averiguar por qué, nadie sabrá contestarle, ya que a todos les parece lo más natural que cada mercader intente, para vender lo suyo, contar algo. El viajero podrá preguntarle a la mujer anciana con su puesto en la salida oeste de la plaza, que le dirá que hubo tiempos en que no había espejos ni retratos, entonces los hombres y mujeres hacían hijos para poder verse la cara y saber cómo eran, y que si eso seguía no iba a quedar en toda la tierra quien no fuese vástago de esta ciudad de coquetos y que, entonces, ser de esta ciudad iba a volverse casi obvio y que por eso vende espejos, para que no sobren por todas partes sus paisanos. Según Villon, cuanto más viejo se hace un hombre más desespera de su pretensión de creerse único. Cuarenta metros más allá, calle arriba al oeste, un hombre muy gordo vende espejos parecidos; contará que los primeros espejos eran aljofainas y los que se veían en ese agua se creían con mentones enormes y frentes huidas, por la perspectiva, a diferencia de todos los demás, que los tenían comunes; que todos se creían únicos hasta que aparecieron los espejos y les mostraron que eran como todos y que por eso vende espejos, para que cada cual esté en su sitio. Decía Gassendi que algo en las glándulas de los obesos los hace defender el orden. En cambio del otro lado, en la segunda calle perpendicular a la muralla de la puerta del Este, un hombre joven, flaco, desdentado, que vende los mismos, contará que si los espejos no pudieran romperse cada cual creería que no cambia nunca, pero que pueden y entonces cada cual, al mirarse, sabe que su imagen se descuartiza fácilmente y piensa que si hay cosas que cambiar, mejor cambiarlas y que por eso vende espejos, para que cada cual busque su vida y su muerte más larga y no esté esperando siempre el tiempo próximo. Hasta Bossuet, Dios se cuida de su alma, nos explicó que la humildad es el orgullo de los necios. En la calle siguiente, paralela hacia el sur, una mujer que cuida a un niño también los vende: dirá que cuando no había espejos los hombres o mujeres les pedían a otros que les contaran cómo eran sus caras, y que la cara de cada cual, entonces, dependía de tantas cosas en la mirada, en la labia, en el humor y en el amor de otros y que eran tiempos felices porque las caras de cada cual cambiaban tanto y podían ser objeto de debates feroces, pero que pocos hablaban de otras cosas y la ciudad iba languideciendo y que por eso vende espejos, para que los hombres o mujeres puedan mirarse en ellos y hablar, algunas veces, de otras cosas, y la ciudad triunfe. Ya sabía Margarita de Navarra que no hay nada más distinto a un corazón que el corazón de todos.

Y así de seguido: cada vendedor, de cada máquina, cosa, fruto o animal tiene su

historia que contar para venderlo. Cada vez la historia empieza igual, pero si el parroquiano va y pregunta puede seguir de las maneras más extrañas. Muchas de las historias son inverosímiles; algunas, además, son pobres. No las cuentan para que el que las oye las crea o no las crea: no tienen la superstición, tan en boga entre nosotros actualmente, de que lo que importa de una historia es que sea cierta. Las historias de los vendedores no son para creer o no creer; son un regalo, una atención que el cliente recibirá cuando compre pimientos, dos gallinazos o un espejo.

#### MENDIGOS

El viajero, después de una jornada en el mercado, estará dispuesto a desconfiar de cada frase. Sin embargo, debe saber que, fuera de los puestos de venta, casi todo lo que le digan puede haber sucedido —aunque tampoco importe. Un sabio de una plaza decía que lo que vale de recordar es estar recordando; si fue o no fue, es un capricho que ya no atañe a nadie. Él mismo hablaba del problema de los vagabundos. Que había muchos, en la ciudad, un tiempo, y que había algunos que se llamaban tremebundos, que seguían a los pobladores pidiéndoles la vida, para asegurarse de que nunca les darían lo que estaban pidiendo. Que así se confortaban y seguían vagando, durmiendo cada vez donde podían, comiendo si terciaba. Que un consejero del soberano les armó un mecanismo de dormir en casas de otra gente durante el día, cuando los dueños trabajaban, y después caminar, para que las calles sirvieran por las noches para algo. No les gustaba. Odiaban volver todos los días a la misma cama. Pasado el tiempo, el mismo consejero decidió que los vagabundos no lo eran porque les faltara casa u ocupación, sino porque tenían el terror del retorno. El consejero tenía un amor por las definiciones. Con unos pocos soldados, los obligó a moverse todo el tiempo: los hostigaban, y los vagabundos no podían parar nunca. El sabio de una plaza callará un momento y mirará al costado. El viajero le preguntará cómo terminó la historia; el sabio de una plaza, entonces, le dirá que no sabe de qué historia le habla, y que no puede quedarse allí parado.

#### ANIMALES

El viajero notará la ternura con que los pobladores tratan a diferentes tipos de animales. A algunos de ellos parecen apreciarlos más que a sus seres más cercanos. Con algunos el contacto físico llega a extremos que nos repugna consignar. Alguien le explicará, quizá, que si se asombra es porque no está muy seguro de su diferencia: que quien está seguro de que, como hombre, es muy distinto de ellos, puede quererlos sin complicaciones. El viajero, si acaso, se preguntará hasta dónde una respuesta razonable explica acciones que muy difícilmente puedan serlo.

#### AMARGURA

El viajero, al principio, pensará que pocas veces ha visto gente tan amarga, tan optimista. Los pobladores de la ciudad creen que la condición del optimismo es la amargura: para creer que todo les va a ser mejor, tienen que creer que todo siempre les amenaza negro. El viajero, muchas veces, los oír jactarse de problemas terribles. Se jactarán con lujo de detalles, con la sensualidad de un persa sobando madreperla. Es probable que esto les venga de la variación de tiempos: los pobladores están siempre esperando que un soberano nuevo declare un tiempo que cambie todo y les convenga para algo.

#### SUS GESTOS

Los pobladores no son muy ampulosos en sus gestos. Tienen muchos, distintos, que hacen más que nada con los hombros, las manos y sus vientres, y cada cual tiene un sentido muy preciso, pero nunca son amplios: apenas los inician ya los cierran, como si con insinuarlos alcanzara. El viajero no tardará en darse cuenta de que lo hacen para que sólo los entiendan los que ya los conocen y pensará que no es con las palabras sino con esos movimientos con los que realmente dicen lo que importa.

#### LA SIMETRÍA

Cuando camine por las calles de la ciudad, el viajero sentirá mareos. Creerá, primero, que los olores lo perturban. Después se dará cuenta de que es el movimiento de las casas. Las casas de la ciudad están hechas según una simetría del desequilibrio: en cada frente hay curvas y rectas que se mezclan, diagonales que rompen, adornos y colores que pesan mucho más de un lado, superficies sinuosas como olas. Con estos golpes, el espacio se está moviendo todo el tiempo. El viajero aprenderá a mirarlo y pensará que es como una rabieta de pequeño, y que ya alcanzarán su madurez cuando les corresponda y podrán poner una ventana a cada lado de la puerta.

#### BELLEZA

El viajero se extrañará de ver que, siendo en tantas cosas tan distintos, a los pobladores de la ciudad les gusten los mismos cuerpos que a nosotros nos gustan. Aquí las mujeres que se jactan son, como en nuestras ciudades, pulposas y desbordadas de sus carnes —los hombres, en cambio, son más ventripotentes que los nuestros. Por mucho menos, hay falsos sabios que dirían que la belleza femenina es un canon en todo el universo. Como dijo Montaigne: “¿Tú sabes qué es la belleza para un ciego? Pues así es la belleza para un dios, que no mira con ojos conocidos y que, además, no existe para ver sino, si acaso, para que lo imaginen.” Lo que equivale a decir, entre otras cosas, que seres tan diversos no pueden tener ideas semejantes sobre la belleza. A menos que no sean en verdad tan diversos.

## CICATRICES

Alguien le explicará al viajero de dónde vienen tantas cicatrices. El viajero habrá visto que pocos pobladores no tienen cicatrices; alguien le explicará que cuando a un poblador le pasa algo que no quiere olvidar —un encuentro, un triunfo, una caída, algún momento culminante— se hace un tajo. Según qué sea el evento, puede ser en la cara, los brazos, la panza, las piernas: lugares más o menos lejanos de su boca, que considera el centro. Entonces, cada vez que ve su cicatriz recuerda eso. Y la cortesía o el buen tono, le explicarán, consiste en preguntar a veces qué es esa cicatriz aunque no le interese, y otras en no preguntar por más que quiera. (El viajero, entonces, seguramente, preguntará si la cortesía siempre consiste en contrariar las propias intenciones, y lo mirarán como quien no le entiende.) Le explicarán que también hay cicatrices temporarias, sobre todo: las marcas que el amor puede hacer en un cuerpo —ojos hinchados, moretones, languidez de los labios, trazado cuidadoso de un rasguño. Y también que por eso temen los accidentes, las peleas y las guerras: porque pueden dejar la cicatriz de un momento que no valió la pena, que sería más fácil olvidar, si no hubiera la marca. Que temen a esas cicatrices porque sólo les hablan de sí mismas.

## UNA GUERRA

Hay una guerra, pero al viajero no le hablarán de ella. Sabrá de ella porque verá las cicatrices indeseadas, porque oirá que tropas van a una frontera, porque le llegarán los cuchicheos. Escuchará, quizá, la palabra “barbudos”, algún canto exaltado, el llanto de una muerte y una expresión de desaliento. Pero, si comete la torpeza de preguntar por ella, lo mirarán como si no existiera. Y alguien, quizá, le diga que muchas cosas han cambiado y debería entender que ahora, en la ciudad, la muerte es un camino apetecido.»

Es evidente que el cronista, llámese Fabien Le Crayec o como sea, no entendió gran cosa de la idiosincrasia de Calchaqui. Su mirada está teñida de prejuicios europeos y tiene, como Heródoto, ese matiz entre maravillado y desdeñoso propio de los viajeros que se creen que descienden. Sin embargo, de la profusión de datos que nos ofrece, muchos nos resultan de gran utilidad para extraer nuestras propias conclusiones. Entre ellos, quiero destacar su referencia a la guerra contra «los barbudos», esa sombra que planea todo el tiempo sobre nuestros escritos, sin definirse nunca suficiente (al respecto, [ver nota 5, cap. 4](#), y otras). <<



[45] «**Si la Ciudad se para**»: la discusión es interesante y precursora: es uno de los primeros debates conocidos sobre la utilidad de la huelga en la lucha revolucionaria. De ahí en más, esta discusión sería una de las más importantes a lo largo de los últimos 200 años. Federico Engels, en sus *Orígenes de la familia, de la propiedad privada y del Estado* (Londres, 1884) reconoce que «probablemente sean aquellos revoltosos los que por primera vez hicieron uso de una de las armas más poderosas que tienen los revolucionarios contra el Estado en cualquiera de sus formas: la huelga general». La cita muestra cierto desprecio por los «revoltosos» y, además, proviene de una lectura sin duda apresurada de *La Destinée de la Révolte*: allí —es decir, en el capítulo 3 de *La Historia*, que aquí presentamos— no se dice que hayan usado ese arma sino que la discutieron para, finalmente, dejarla de lado. Engels termina diciendo que, en realidad, el primer ejemplo conocido de un paro es el que nos cuenta Aristófanes en *Lisístrata*, cuando las mujeres atenienses, para obligar a sus maridos a buscar la paz, hacen huelga de sexos caídos.

Los errores se acumulan. Pero la referencia a la huelga de los largos quedó inscrita y fue muy utilizada —también por hombres que no estaban de acuerdo con las posturas de Engels y la Segunda Internacional. Entre nosotros, por ejemplo, un artículo publicado en el n.º 3 del periódico anarquista *La Questione Sociale* del 10/9/1888, que dirigía Enrico Malatesta mientras estaba exiliado en la Argentina escapando de la justicia italiana:

«La huelga, camaradas, es sobre todo una amenaza. Es siempre, más que nada, una amenaza. Es el gesto del camarada que enarbola una bomba en su mano derecha, y la enciende con mirada calma. Alrededor, una parva de asesinos burgueses tiembla de terror. El propio monarca, ante la bomba, tiembla de terror. El camarada sabe que, al estallar, la bomba se lo llevará antes que a nadie al otro mundo, pero los asesinos que lo rodean saben que ellos también volarán por los aires. Hacen rápidos cálculos; no saben si el camarada hará explotar su bomba. A veces creen que no y tienen razón. Otras, creen que no y se equivocan. Si la bomba explota, pueden caer algunos de nosotros, pero ellos perderán un rey y todos sabrán que su trono no es inatacable. A la larga, camaradas, la historia les enseña que no pueden correr ese riesgo.

Así es la huelga, como bien supieron nuestros primeros héroes: entre ellos, los valientes obreros de París, los decididos proletarios rusos, los generosos trabajadores catalanes, los visionarios de la Ciudad y las Tierras. Así es la huelga: una bomba que camaradas valerosos sostienen en la mano. Saben que, si dura, la huelga acabará con ellos primero que con nadie, porque el hambre del proletario llega antes que el hambre del burgués, y antes puede llegar su muerte. Pero el proletario tiene a su favor la conciencia de que es muy poco lo que pierde, mientras que el burgués, que todo lo

posee, siente el terror de que podría perderlo...»

El itinerario es clásico: un movimiento político fundador —el de la revuelta por la Larga en Calchaqui— es citado en Buenos Aires por un periódico en italiano escrito por inmigrantes liderados por un prófugo europeo, que se apropia de esa historia. Es un destino común pero es, muy especialmente, el destino de muchos de los aportes universales de la cultura de la Ciudad y las Tierras. <<

[46] «**vicuña nunca carga vicuñas**»: a algunos académicos les ha resultado sospechoso que un rasgo definitorio del soldado Jaime sea su propensión a hablar con refranes. Barrow J. Schlessinger, en *Meduse: the History of a Forgery* (op. cit., [ver nota 24, cap. 3](#)), pretende que Jaime no existió nunca y que su personaje se construyó a posteriori para sintetizar y escudar a un grupo de cuatro o cinco individuos, los conductores efectivos de la revuelta. Ya sabemos que Schlessinger trabajaba en estrecha conexión con el Departamento de Estado, que tenía todo interés en desprestigiar al movimiento. Su hipótesis es rocambolesca: aunque tiene precedentes históricos en otras sociedades, sería sorprendente que algo así pudiera suceder en un ámbito reducido y bastante cerrado, como era el de la Ciudad y las Tierras (ya hemos dicho varias veces que nos sorprende cuánto puede equivocarse el narrador, Oscar, en sus historias y descripciones, y ya hemos tratado de pensar por qué. Pero no creemos que pudiera engañarse sobre la existencia del soldado Jaime). Schlessinger dice, entre otras cosas, que la insistencia en caracterizarlo por medio de refranes o lugares comunes es una prueba más de su falsedad, ya que le da una personalidad definida pero común.

La hipótesis de Schlessinger —que podríamos llamar de «la invención de Jaime»— es ridícula, pero es cierto que la ayuda la cantidad de contradicciones que se presentan en los relatos sobre su vida. Oscar dice que Jaime había querido ser criador de los cóndores de la Casa, y que no pudo por su ascendencia antigua. Pero en otra parte dice que siempre quiso ser soldado (sobre la parcialidad del retrato que Oscar hace de Jaime, [ver notas 6 y 36, cap. 3](#)).

Sus diezmados seguidores (tras su supuesta muerte misteriosa, [ver nota 19, cap. 4](#)) difundieron muchas historias sobre él; ya antes, en verdad, cuando eran muchos, las habían difundido. Sería largo citarlas; en síntesis, baste decir que, según las versiones más corrientes, Jaime era un mestizo de antiguos y calchaquis, resentido, feo, muy prepotente, pero que sabía ser tranquilo; que hablaba de tal modo que, al principio, sus oyentes creían que estaba desbarrando y que, después, sin saber por qué, los convencía de las cosas más raras; que tenía cantidad de hijos pero nunca se conoció a ninguno; que hablaba del mar como si alguna vez lo hubiera conocido; que tenía una oreja recortada; que su memoria era imponente pero siempre confundía los protagonistas de las historias que contaba; que estaba preocupado por lo que se diría de él tras el triunfo de la Larga; que nunca fornicaba con amigos; que lo que sabía sobre los pájaros de las montañas lo ayudó a planificar los movimientos de los largos; que comía muy de cuando en cuando, y nunca por hambre, sino por una gula que controlaba a voluntad; que no sabía escribir; que era enclenque y de temer en la pelea; que se pasó muchos años buscando algo por qué pelear, hasta que se encontró

al bastardo Juanca; que nunca le perdonó al bastardo que lo obligara a fornicar la Nena. <<

[47] «**la fuerza atrapa: obliga a mantener la fuerza**»: la tradición de los babouvistas recoge unas líneas más, que no aparecen en otras ediciones de *La Destinée de la Révolte*, ni constan en la *edición Thoucqueaux*. El fragmento es citado por Philippe Buonarroti en su *Histoire de la Conspiration de l’Egalité* (op. cit., [ver nota 33, cap. 3](#)), que dice que en la edición de *La Destinée* que tenía Gracchus Babeuf —una de las primeras— figuraba ese pasaje y se extraña, socarronamente, de que ninguna otra edición lo incluya.

El fragmento es interesante —y vale la pena de ser citado— porque anticipa los descubrimientos que estamos haciendo al cotejar las ediciones anteriores con el libro completo de *L’Histoire*:

«... Cuando los tuvo muy frotados (el soldado Jaime) levantó la vista y vio que todos lo miraban.

—Lo que no se puede ganar, digo, de otra manera, es preciso ganarlo como sea. Dicen: con válvula o pistón.

—Pero la fuerza aprisiona al que usa: lo obliga a mantener la fuerza.

Le dijo Juanca, que siguió:

—Obliga, y mantener la fuerza obliga a tantas cosas. El que tiene la fuerza es prisionero de la fuerza: tiene que trabajar como ella quiere. Lo bueno no es tener la fuerza: es tener la fuerza suficiente para obligar a los que más la tienen a hacer lo que queremos.

—¿Quién, digo: cómo, qué se haría?

Le preguntó el soldado, con mucho menos aparato que el que solía usar cuando le hablaba: como si se dejara llevar por una ira.

—Yo puedo, sin las dudas: yo podría. Convencerlos de que es mejor para todos lo que estamos queriendo y que ellos se hagan cargo: la proclamen. Que tengan que aceptar y dar la Larga; entonces ellos y la Larga se enredan y son todo uno.»

El fragmento es sospechoso: por un lado, es demasiado funcional a los planteos babouvistas. Los seguidores de Babeuf —que, con la Conspiración de los Iguales (1796), postularon por primera vez el comunismo— reprochaban a los dirigentes de la Revolución su «reformismo»: decían que, al no abolir la propiedad privada dejaban intactos los resortes fundamentales del poder y no hacían más que cambiarle un poco la fachada.

Pero curiosamente va en el sentido de lo que ahora, tras el estudio de la *edición Thoucqueaux*, sabemos: que la traición de Juanca, que entregó la Larga a las

autoridades de la Casa, fue la causa de la mezcla de triunfo y derrota que dio fin al movimiento. Si el soldado Jaime y sus seguidores sabían —como pretende este fragmento— que Juanca estaba dispuesto a negociar con la Casa, se explicaría por qué se apuraron tanto en lanzar la insurrección final, con el resultado que ya conocemos. <<

[48] **«Mandó traer la máquina»:** la Máquina del Tiempo es uno de los grandes misterios de la Ciudad y las Tierras. Nunca se supo de dónde venía: los soberanos siempre sostuvieron que la había traído consigo el primero de ellos, Alberto, cuando la invasión, pero no es verosímil que una horda de las Salinas hubiese construido semejante ingenio. Y no es lógico imaginar que hayan podido comprarla o rapiñarla en otra correría: por lo que sabemos, los demás pueblos de la región nunca alcanzaron el nivel técnico necesario.

Tampoco parece probable que los antiguos ya la tuvieran antes de la llegada de Alberto. Por un lado, la Máquina siempre se presentó como el gran arma calchaqui y, por otro, si hubiese existido en tiempo de antiguos habría dejado alguna referencia en los documentos que manejamos. Quizás, en el momento de la invasión, técnicos antiguos la estaban planeando o construyendo, y Alberto los encerró en el mayor secreto hasta que la terminaron. Si fue así, después habrá tenido que matarlos.

Esta hipótesis es bastante verosímil: explicaría ese interregno que se produjo desde la toma de la Ciudad hasta que «(Alberto)... mandó traer la máquina: mientras tanto, hubo un tiempo que no tenía maneras» (ver nota 49, cap. 3). Recién entonces, cuenta Oscar, empezó a organizarse el tiempo.

La Máquina era básica en la economía del poder calchaqui: encerrada en el sótano de la Casa, prohibida para todos salvo su dueño —y quizás alguno de sus consejeros—, funcionaba como garante del nuevo tiempo que cada soberano declaraba. Se suponía que cada soberano recibía de su padre el secreto de cómo manejarla (quizás Oscar se refiere a esto cuando habla de las claves que tiene que transmitirle su padre moribundo, ver cap. 1, pág. 14); se suponía que cada uno la disponía para que marcara el tiempo de su tiempo. Dentro de un orden político que se basaba en esa Declaración del tiempo, y que muchas veces parece rozar la simulación y lo ficticio, dentro de un tiempo declarado que a menudo era muy difícil de poner en práctica, la Máquina era el respaldo y garantía de su cumplimiento. Sin la sombra protectora de la Máquina (y su enorme prestigio técnico en una sociedad con un gran peso de la técnica), el poder de los soberanos podría haberse disuelto mucho antes.

No tenemos ninguna descripción de la Máquina del tiempo: es lógico, era el mayor secreto. Solía hablarse de ella como de un engendro grande y aparatoso, imponente, pero también puede haber sido una cajita. No sabemos por qué no hay más referencias a ella en los escritos citados: puede ser también por el secreto que debía rodearla, pero no sabemos. Es más: no estamos seguros de que la Máquina no fuera, como muchos de los tiempos que debía controlar, un gran invento. <<

[49] «**Alberto era... Carlos era magnífico**»: desarrollar esta diferencia. Alberto, como fundador de la dinastía, merecería otra consideración. Pero el soberano 1, Alberto, es incómodo. Hizo todo el trabajo sucio. Su hijo Carlos recibió un poder saneado y pudo usarlo para combatir muy elegante contra los dioses. De hecho, el lugar del padre fundador, que debería corresponder a Alberto, lo ocupa Carlos (citar documentos que lo muestren). Alberto da un poco de vergüenza: es un salvaje de las Salinas, y todavía huele a horda. Recuerda los tiempos en que los calchaquis eran brutos del desierto. Recuerda que tomaron la Ciudad casi por casualidad. Alberto aparece en el *Libro de los Principios* —es inevitable— pero poco más. Todos preferirían que no hubiese existido nunca. Suele suceder (en Argentina pasa lo mismo con la constitución de las oligarquías locales y sus orígenes turbios, se podría hacer una digresión por ahí).

Después: la revisión de la historia en tiempos del soberano ¿7 u 8? —precisar— cuando los perfumistas ganaron mucho poder: la burguesía —¿se puede llamarlos «burguesía»?— reivindica el trabajo como valor, y hubo varios escritos defendiendo el papel laborioso de Alberto en la construcción de Calchaqui (se puede citar esa iglesia de San Gimignano, la misma idea: hay unos frescos muy primitivos, alrededor del 1300, representando la historia del arca de Noé, y Noé y sus hijos son unos burgueses muy elegantes que supervisan el trabajo de cantidad de obreros. Digo: así como los burgueses de San Gimignano querían imaginar a Noé como un empresario acomodado, para adaptarlo a su propia situación, los perfumistas de la Ciudad recuperaron a Alberto, emprendedor y poco distinguido, primer trabajador, como antecedente noble). Después, cuando los perfumistas asentaron su poder y se aliaron con las personas —ver grupo de los cuatro, [nota 3, cap. 2](#), el médico— se refinaron y se olvidaron de Alberto: retomaron la reivindicación del elegante Carlos. El período «albertino» fue un intermedio corto, y enseguida volvió la historia oficial. Ni siquiera la muerte violenta de Carlos —ver más abajo— lo disminuía, porque para quitarle la vida había sido necesario darle a cambio la vida larga. Un verdadero titán. Organizar, redactar.

(Habría que definir tiempo de Alberto, pero no hay material. Por supuesto, no hubo Declaración —eso lo inventó su hijo Carlos, el 2. Nos falta información. Sólo está el pasaje del relato de Oscar en la pág. 544 del capítulo 3: «(Alberto)... mandó traer la máquina: mientras tanto, hubo un tiempo que no tenía maneras. En ese tiempo nada pasaba de verdad porque nada tenía dónde, hacia dónde pasar. El único nombre del tiempo era “en algún momento”. Remolinos. Nadie sabía cómo era porque no era: nada más por chorros funcionaba, cuando mi padre lo necesitaba para ir haciendo la Ciudad. Era un tiempo muy bueno para mi padre Alberto: para poner las formas que



iba a tener Calchaqui. La máquina recién llegó cuando tuvo un buen lugar para guardarla.» Ver qué hacer con eso para que no ofrezca un flanco muy débil.) <<

[50] «**Piernas son para vulgos**»: (... y no para un soberano, que no las necesita para nada.) La frase es interesante, y muestra cierto desarraigo: la idea de que el cuerpo puede ser una carga, de que no siempre está adaptado a la necesidad de quien lo lleva. «A casi todo cuerpo sobran cosas», escribe Nora, una biógrafa de tiempos del soberano 11, Mario, y no se refiere a un baldado sino a un músico brillante que, siempre de pie para tocar, decía que no tenía qué hacer con sus rodillas.

Siguiendo esa idea, la falta de algún trozo del cuerpo no era considerada una carencia sino un cambio de estado u ordenamiento. Sin embargo, según Thoucqueaux, los llamaban «incompletos»: me parece que hay un problema de traducción. Por una vez —y sin que sirva de precedente— el caballero nos ofrece la palabra original calchaqui: *taoshauquij*, que viene del verbo *auqui* (tener), con los prefijos *ta* (afuera) y *osh* (bien, beneficiosamente) —juntos forman *taosh*, que significa «en otro lado»— y el sufijo *j* (individuo). La traducción literal de *taoshauquij* sería «el sujeto que tiene algo en otro lado» y, según Thoucqueaux, en una primera época servía también para designar a los propietarios de tierras que vivían en la Ciudad y a los muy escasos «enamorados». Después se diferenció, y a los dos últimos se les agregó el sufijo *sc* (a propósito), para dar la idea de voluntad: *taoshauquijsc*, mientras que *taoshauquij* siguió siendo «incompleto».

Los incompletos tenían un estatuto particular, que les permitía gozar de ciertos beneficios —que no conocemos. Para reconocerlos como tales, las autoridades decidieron clasificarlos —como a todo en Calchaqui. La lista consta en la **edición Thoucqueaux**:

«*Sin una pierna*: no son dichosos porque tienen la otra. El que pierde no mucho, el que guarda de lo perdido una porción, tiene el recuerdo siempre para verlo: puede ahogarse. Muchas veces es víctima de sí: dice que sabría qué hacer con dos o con ninguna, pero con una no consigue. Igual, es muy raro que se corte la otra.

Incompletos de sin una sola pierna son saltarines rencorosos: están a medio camino entre los pasos y la buena quietud, y no saben bien dónde. Son buenos para algunos bailes, cantan canciones forasteras, pescan con excelencia. Son buenos para los negocios: es difícil saber cómo agarrarlos. Miran entrecerrando de costado, muy agudo. Son menos veces hombres que mujeres. No les gusta contar cómo fue que perdieron. No es cierto que prefieran fornicar en lo oscuro; no es cierto que suelen hablar mal de Padre y consejeros.

*Sin sus piernas*: saben qué son y cómo son. El que queda para siempre clavado en un lugar sabe hacer de ese lugar el suyo. Trabajan mucho su mirada: miran desde abajo con fiereza humillada; es muy cruel la mirada desde abajo. Muchos que pasan no

saben que es tan cruel y les gusta que los miren desde abajo: se sienten importantes. Los que saben, muchas veces, se aterran.

Incompletos de sus piernas son la quietud con dejo majestuoso: no les importa el movimiento. Tienen el alivio de no tener que pensar o querer el movimiento. Son buenos para comer guisos que tardan, contar historias largas, observar. Saben tanto más que los otros. Son buenos para espías. Son buenos para despertar odios que el que los tiene se los come, porque no tiene manera de atacarlos: saben roer a un enemigo con su propio odio. Son parecidos mujeres y hombres. No les gusta perder a ningún juego. No les gusta hablar sobre animales. Les da mucho placer contar cómo fornican. Son aburridos cuando explican cómo hay que hacer bien lo que tantos otros hacen mal. No es cierto que todos tengan muchos bienes. No es cierto que tengan hijos portentosos.

*Sin su panza:* a veces saben y otras no que lo son. Muchos creen sin su panza que no están incompletos para siempre y tratan de conseguirla o, más, piensan que cuando quieran conseguirla la consiguen. En general no es cierto: son incompletos tanto como todos. Hablan de su futuro con soberbia: son bastante soberbios. Los que no saben, como hay muchos que los ven y no saben tampoco, no suelen conseguir las ventajas de otros incompletos.

Incompletos de su panza son la tristeza del que espera. Se pasan horas y días haciendo nuevos planes. Son buenos para ayudantes de un maquinista, inventor de perfumes o jefe militar: solos no pueden, porque no se dan cuenta de lo que está mal. A veces, cuando se dan cuenta, se entregan y se mueren pronto. Son buenos para oler. Son buenos para correr carreras y, unos cuantos, para hacer tormentos. Se mueven mucho más que cualquier otro: están nerviosos. No es cierto que beban sin emborracharse. No es cierto que traicionen más fácil.

*Sin sus brazos:* los inunda el orgullo. Suelen decir que los que tienen brazos necesitan brazos: que cuando el hombre no era necesitado no tenía: que son como los buenos, antes de degradarse. Recuerdan mucho tiempos idos. Son los únicos que se reúnen en una bandería. Se juntan, también, porque suelen ser de nacimiento y no por pérdida. Son muy metódicos: para hacer cada cosa, por lo difícil, la planifican con cuidado.

Incompletos de sus brazos son la concentración de los esfuerzos: resultan eficaces. Rejuntan mucho, no son generosos. Son buenos para hacer maniobras con sus bocas. Fornican, maman y cantan como nadie. Son buenos para hacer cuentas y contar historias de Calchaqui. Tienen aliento fétido. Comen como topos. No es cierto que sepan trucos invencibles para las peleas. No es cierto que críen a sus hijos para militares despiadados. No es cierto que tengan un complot para cortar los brazos de todos los calchaquis.

*Sin su lengua:* muchos la tienen pero es como si no: no saben cómo usarla. Son perplejos y piensan muchas veces cada cosa: entre otras, porque no entienden cómo

es que la tienen y no les sirve para hablar. Creen que algo, en un principio, está desordenado, y desconfían de los órdenes que hay. Siempre están pensando formas nuevas, pero nunca las hacen.

Incompletos de su lengua son la mueca de lo que está y no está: casi burlona. Se preguntan mucho por sí mismos, y llegan a conclusiones cada vez distintas: ocupan mucho tiempo en sus preguntas. Caminan muy despacio. Son menos veces hombres que mujeres. Son buenos para biógrafas o escritores de canciones. Son buenos para olvidarse de sus bienes, hijos, compromisos: no acumulan. Son buenos para pasear por bosques y conocer todos los pájaros. Comen muy refinado. No es cierto que escriban sus historias buscando herir a otros. No es cierto que conozcan las respuestas mejores para cada pregunta.

*Sin un ojo:* viven haciendo todo lo corriente. Muchos dicen que no es cierto que sean incompletos, pero no se ofenden si les dicen: se ríen, imaginan que el otro es más bien pánfilo. Son tolerantes: conocen los errores. Unos pocos, cuando quieren dar lecciones, suelen cerrar el ojo que anda, para hacer ver que no dependen de eso. Los otros saben que no es cierto: sí dependen, pero no les importa porque tienen bastante.

Incompletos de un ojo son la viva manera de decir que lo que falta no se llora. Los incompletos de una pierna no lo aceptan y dicen que piensan eso porque les falta algo que no hace mucha falta. Son gritones: se pelean y resultan heridos muchas veces. Son buenos para pintores: conocen los colores como nadie. Son buenos para controlar mercaderías en la Casa. Les gusta fornicar con muy chiquitos, cargados de detalles. Viven en casas cargadas de detalles. No es cierto que vivan más que otros. No es cierto que cocinen nada más verduras. No es cierto que algunos se hayan sacado el otro ojo a propósito, para darse mejoras: puede que hubiera alguno, pero raro.

*Sin sus ojos:* cuando son porque nacen entienden todo raro. Cuando son por heridas o enemigo, adaptan todo a sus recuerdos: son distintos. Se parecen en su mundo raro: a muchos les excita saber cómo imaginan, y ellos lo cuentan nada más a veces, al que les cae amable. Si no, se guardan su mundo para ellos y se relamen pensando en las envidias. Dicen que todos los demás tienen el mismo mundo, y ellos uno distinto cada uno. Dicen que compadecen.

Incompletos de sus ojos son la forma de ser distinto siendo el mismo. Individuos que viven en el mundo pero sin el mundo. Si son hombres preguntan más, para ver cómo es el de los que sí ven; si son mujeres, preguntan casi nunca: se quedan en el suyo. Son buenos para saber las historias de todos y contarlas con ligeros errores. Son buenos para imaginar que todo siempre es otra cosa, y consuelan muy bien a los que sufren. Son buenos para armar estrategias que nadie descifra hasta que vencen. Tocan mejor que nadie. Suelen fornicar muy bruto, porque dicen que no quieren gastar su tacto para cosa tan vulgar. Cocinan platos exquisitos de quedarse con hambre. No es cierto que sepan dormir de pie o caminando. No es cierto que nunca se

olviden una palabra que les dicen. No es cierto que no querrían ver si los dejaran.

*Sin su cabeza*: incompletos de su cabeza no pueden, están muertos. Los muertos ¿son, en el momento en que se mueren, incompletos también, de todo ellos?»

(Notamos la ausencia, en la clasificación, de los que tienen un solo brazo. ¿Es un error de escritura o transcripción, o es que no se consideraban incompletos?) <<

[51] «**lo peor es una (pelea) que guste triunfadora**»: porque no se sabe si lo bueno está en la pelea o en el hecho de haberla ganado. Citar la historia de Oscar cuando su padre lo hizo pelear contra un soldado de la guardia, según la biografía 3:

«Estaban enrarecidos de jolgorio. Estaban todos estos, y muchos más estaban. Hacía días que seguían desfilando los festejos por la estancia de Padre; él se dormía, comía y despertaba en medio de alharaca. Había dicho, desde el principio, que todo tenía que seguir igual, durmiera él o gritara. Como si quisiera probar cómo quedaba el mundo, o su parte más contigua del mundo, sin él dándole cuerda. Los monos, cuando Padre dormía, se callaban los gritos.

Ahora estaba despierto y comía camarones. Un rato antes había mandado llamar a Oscar: no era corriente. Oscar se había atado la tela a la cintura y había ido, sin saber para qué. Oscar tenía sus 38 estaciones: ya lo engrasaba la robustez de Padre. Cuando llegó, su padre le dio un coscorrón en la cabeza y lo sentó sobre almohadones a su vera, a ver a dos soldados que peleaban. Los soldados se peleaban sin ningún entusiasmo; una mujer muy bien plantada se acercó a Oscar y le dijo bajo que el que ganara de los dos iba a demostrar que era muy bueno para ir a pelear contra los barbudos a la frontera del norte.

Lo dijo casi sin sonido, para que Padre no la oyera; Padre, por supuesto, la oyó. Estaba por pegarle, pero tuvo una idea:

—Si tratan de perder pueden perder más feo, mis sapitos. Les voy a dar pelea que no pueden perder, para ver cómo ganan.

Oscar no lo escuchaba: se había perdido mirando cómo el mongui chupeteaba a su madre, con qué ahínco. Su padre Ramón le dio nuevo coscorrón en la cabeza:

—¡Prepárese, chumbito, y salga a verlo!

Oscar se quedó callado: no sabía de qué le estaba hablando. Su cara de pánfilo estaba muy bien hecha.

—Le digo que elija a uno de estos dos, para pelearlo.

Oscar se quedó callado. Su padre le insistió; al cabo, señaló de los dos al que le pareció más flaco.

—¿Yo, pelearlo?

—Usted, pelearlo, claro. Es tiempo de que el Hijo muestre al Padre que también va a ser Padre, le anoticio.

Oscar se sacó la tela y miró alrededor pidiendo grasa. Otra mujer se acercó y le untó

el cuerpo: muy rápido, sin divertirse nada. Oscar respiraba bien pesado. Cuando se paró frente al soldado flaco, que no era nada flaco, vio que tenía la cara de terror tremebundo. No se dijeron nada: se trezaron.

Lo atacó Oscar: se le tiró encima con los dos brazos extendidos y mucho zangoloteo de la panza; Padres no son para peleas: Hijos menos. Ellos tienen quién pelee por ellos; pelear no les sirve de nada. El soldado lo barajó como venía: con una pierna le trabó las piernas y lo hizo tambalearse. Cuando estaba cayendo, estrépito, de espaldas, lo atajó en el aire y lo depositó, suave, en el suelo. Oscar parecía aturdido y miraba a su padre. Su padre le gritó que siguiera.

—¿Es Hijo o es gorrión, pánfilo tanto?

Oscar se levantó, difícil, apoyándose en codos y rodillas. El soldado, apartado, lo dejó pararse; Oscar bufaba. Otra vez, parado, con las manos apoyadas en sus muslos, inclinado, bufando, Oscar miró a su padre, que le dijo que fuera con los ojos. Oscar bajó la cabeza y arremetió a la panza del soldado. Mientras Oscar llegaba, el soldado también miró a Padre, que le dijo, con los ojos, que peleara lo bastante pero no tremendo. El soldado dio un paso al costado y atajó la arremetida de Oscar con las costillas; con un brazo le agarró la cabeza, y la tenía agarrada: bien encajada en el sobaco, detenida. Con la cabeza de Oscar en su sobaco, el soldado volvió a mirar a Padre; Oscar, con su cabeza detenida, bufando en el sobaco, transpirando, también volvió a mirarlo. El soldado se trastabilló raro, solo, sin motivo y se cayó redondo; Oscar le cayó encima. Padre soltó una carcajada.»

Ver si otra biografía cuenta cómo terminó la escena. Sirve para mostrar el papel de su padre durante la vida de Oscar, y las ganas que tendría de acabar con él. Pero también el tema de la pelea: Oscar siempre aprendió que lo bueno de la pelea no era ganarla sino hacerla —de ahí su cita, más arriba. En algún momento descubre que puede pensar eso porque no tiene posibilidades, a priori, de perderla. La tentación de perder una a ver si la disfruta igual. Pero una chiquita. ¿Se puede relacionar esto con su Declaración del tiempo? <<

[52] «**Carlos... fue diciendo su tiempo**»: el período del soberano 2, Carlos, es sin duda uno de los más interesantes de la historia de la Ciudad y las Tierras. Me incomoda decirlo, porque no creo en la influencia decisiva de los individuos sobre los procesos sociales, pero es probable que sin él —y sin sus iniciativas aparentemente caprichosas— todo habría resultado diferente. Por supuesto, no sabemos cómo: peor aún que atribuir la historia a las acciones personales es suponer lo que no fue.

Cuando el soberano 1, Alberto, el padre de Carlos, tomó inesperadamente la Ciudad, sus antiguos habitantes estaban, como queda dicho, en plena crisis social. Además de los conflictos sociopolíticos (ver cap. 2, pág. 279) y económicos (ver nota 34, cap. 2), la Ciudad había perdido la fe en la utilidad y eficacia de sus dioses.

Ya dijimos (ver nota 18, cap. 3) que, según la teogonía de los antiguos, los animales habían sido los primeros en habitar la tierra, junto con sus dioses. Cuando el Perro creó a los hombres, esos primeros humanos ocuparon la tierra y se adueñaron de ella. Estos primeros tiempos constituyeron la edad original, perfecta —que casi toda civilización supone para su comienzo. Los antiguos la justificaban de una manera interesante: los dioses animales no habían sabido crear el tiempo porque, como es notorio, no tienen ningún registro ni conocimiento de él. Entonces, en esa primera tierra a la que llegaron los primeros hombres no había tiempo. Los primeros hombres y mujeres eran felices: sólo el tiempo es causa y medida de cualquier sufrimiento. Pero no lo sabían: como casi toda felicidad, esa también era indistinguible.

Según el relato de antiguos, este estado duró poco. Cuando vieron por primera vez morir a un animal —ahogado en una creciente—, los hombres originales supusieron que esas cosas sólo les sucedían a las bestias imperfectas, y no le hicieron mucho caso. Cuando murió uno de ellos —aplastado por una piedra; al no haber tiempo, nadie envejecía— descubrieron su error. Entendieron también que algo irreversible había pasado: la comunidad había perdido a un miembro, ya no sería igual, y, por esa diferencia, entendieron que había un antes y un después. Fue entonces cuando, henchidos de entusiasmo, descubrieron el tiempo.

Con el tiempo, los hombres ordenaron ciudades y cultivos, levantaron gobiernos y fortunas. La primera generación se fue muriendo —de viejos, gracias a su invento— y sus herederos estaban tan orgullosos de su creación que convocaron —crearon— dioses como hombres para que pudieran admirar su obra. Los dioses fueron, por un tiempo, el público privilegiado de un espectáculo que los hombres suponían grandioso. Fueron, también, los encargados de controlar el tiempo que los hombres habían puesto en marcha. Para el momento en que Alberto puso sitio a la Ciudad, las peleas entre dioses habían acabado con las divinidades antropomorfas, sepultadas por sus propias rencillas —que se parecían mucho a las rencillas de sus seguidores en la



Ciudad—, y sólo quedaban los viejos dioses animales. El tiempo, en esos días del final de antiguos, estaba controlado por esos dioses zoológicos —y los calchaquis siempre dijeron que se notaba mucho. Dice Wallace Stevens que «la muerte de un dios es la muerte de todos». Es posible que la desaparición de tantos haya debilitado especialmente a los pocos que quedaban, y que la tarea de Carlos se haya facilitado por eso.

Pero Carlos habría podido no emprender nunca su pelea. Los dioses de los antiguos eran cómodos: no regían casi nada, no pedían casi nada, no requerían cuidados. Sólo molestaban, si acaso, en la medida en que simulaban conservar ciertos resortes del poder y, más que nada, el control del tiempo —que los hombres les habían dado tanto antes.

Si no hubiese tenido que pasar días y días viendo cómo el cadáver de su padre, el soberano 1, Alberto, se deshacía en podredumbre, seguramente Carlos nunca se hubiera preocupado por dioses tan discretos. En su dolor —o, más bien, en su humillación— el soberano 2 supuso que esa corrupción era una burla de esos dioses débiles: «El cuerpo de mi padre Alberto, primer padre, estaba despatarrado sobre la piedra más ancha. Sentado, mi padre Carlos miraba cómo las carnes agrisadas se le volvían tiritas, grumos y gusanos: diversión de esos dioses. Bajo el sol, sobre la piedra, el camino de las carnes era lento y seguro. Sus orejas famosas empezaban a resolverse en un agujero; el blanco de los huesos se le imponía de a poco. Carlos los miraba y llegó a ver los movimientos tan despacio: la fuga de la carne...», cuenta Oscar, en la página 545 —capítulo 3. Carlos quiso vengarse de ellos, y les declaró la guerra.

El soberano aprovechó, seguramente, la desorientación de los antiguos tras su derrota, y la hostilidad que hacía tiempo mantenían con sus dioses (sobre sus heterodoxias, [ver nota 19, cap. 3](#)), para vencerlos. Pocos dioses capitulan cuando sus fieles los defienden; en realidad, sólo sus fieles pueden derrotar dioses: por indignación, por desidia.

Fue consecuencia natural de esa guerra que el soberano 2, Carlos, intentara recuperar —quitándoselo a esos dioses acabados— el control del tiempo: que instituyera esa regla tan definitoria de la civilización calchaqui por la cual cada soberano tenía la potestad de declarar el suyo.

Según las tradiciones de los antiguos, los primeros hombres habían dicho, cuando descubrieron el tiempo que «... antes del hombre no había tiempos, porque el tiempo es lo propio del hombre, y como no había tiempos no había nada, y no había antes. Ni después». Carlos lo repitió para explicar que no hacía más que retomar una potestad que le correspondía y que, por error, otros hombres habían delegado en unos dioses incompetentes. Aunque la acción ya no era gozosa, como sí lo había sido para los primeros hombres: «Sabemos que el tiempo es nuestra derrota pero, ya que estamos

condenados a vivir en el tiempo, hagámoslo», dijo Carlos, según una biografía de época.

Lo curioso es que siglos más tarde, Oscar, el último descendiente de Carlos, dijo —quizá, para justificar sus indecisiones— que el tiempo no es para los hombres. En la página 836 —capítulo 4—, Oscar dice que:

«El tiempo de mi padre Ramón es tan perfecto. Más que nada porque es tan grande que cualquier cosa cabe y cualquier cosa que haga un sujeto es tan chiquita que no le cambia casi: el orden de dos días o dos padres no importa demasiado. En su tiempo todo puede pasar sin incidir en serio: ese es su mérito más bruto y es perfecto por eso. Es un tiempo que nos hace mariposas: una cuarta es tan distinta para una mosca que va a vivir dos, porque vive dos días, y para una tortuga que no se muere casi nunca. Los vulgos y personas tienen el tiempo de los vulgos, que está hecho a su medida, pero el tiempo no está hecho para ellos. El tiempo no es para los sujetos; es para el mundo: la Ciudad y las Tierras.»

Entre este tiempo que aparece cuando los hombres lo descubren, que los hombres prestan a los dioses y después retoman de ellos, y este otro que no es para los hombres sino para «el mundo: la Ciudad y las Tierras», está toda la historia de Calchaqui. La historia de la derrota de una idea, de un orgullo y de una aspiración.

Por eso ni siquiera resulta tan curioso que el último descendiente de Carlos, Oscar, encontrara su fin definitivo cuando usó la potestad de declarar el tiempo —que Carlos había reconquistado para su estirpe. <<

[53] «**En cada momento había una fiesta, trabajo, chupaditas**»: esta, entre tantas otras frases de *La Historia* —que sigue diciendo: «... un poco de hambre, muerte de los demás, guanacos, ese tajo en el hombro, plumas amarillas revoloteando en un remolino a la altura del ombligo de una mujer alta»—, muestra, si fuera necesario, la falsedad de la operación intelectual del llamado Solórzano en su tan estudiada obra, *La perdida perdida*. Solórzano quiere, como se sabe, demostrar que la vida de Calchaqui se limitaba a lascivias, conspiraciones y fanfarronerías: es nefasto.

*La perdida perdida*, justamente famosa por su aparición temprana y sus ambiciones —desmedidas, incumplidas—, es, seguramente, la mayor tentativa de falsear la historia de los calchaquis que se haya emprendido en la Argentina —seguida de cerca, por supuesto, por la obra de Pérez Bulni. Por eso corresponde, aunque parezca superfluo, analizar brevemente este escrito, el más antiguo entre los documentos castellanos que se ocupan de los habitantes de nuestra región.

Por supuesto, no nos detendremos en la polémica que últimamente ocupa a los académicos nacionales acerca de *La perdida*; no nos parece relevante determinar si esta obra, escrita en Potosí en 1655, es «argentina», «boliviana» o «criolla»: son, está claro, categorías menores. Este debate, improductivo donde los haya, es una muestra más del estado de nuestra ciencia histórica y literaria. *La perdida perdida* es, sin duda, una de las primeras obras de nuestra patria grande y es, por sobre todo, fundamental para entender, más que la vida y costumbres de los calchaquis —que falsea tanto—, la postura de los conquistadores españoles frente a la población autóctona de nuestras tierras.

Me parece que no hay mejor presentación de la obra que la que hace, en su *Historia del Teatro Latinoamericano* (Buenos Aires, 1957), la profesora Vonderwahl:

«Su autor, Francisco de Solórzano, fue hijo de uno de los caballeros que emprendieron, a las órdenes de Juan de Villagra, la conquista del reino calchaquí. De sobra conocemos, a través de la pluma épica de Diego del Castillo en sus *Jornadas*, esa aventura: la increíble peregrinación de ese puñado de hombres que erraron durante décadas por las selvas del Tucumán hasta que, por fin, ya avejentados y perdida la esperanza, pudieron apoderarse del reino gracias a sus rencillas internas y traiciones. En las *Jornadas* se cuenta que el padre de nuestro autor, ¿Nuño? Solórzano, fue uno de los lugartenientes de Villagra y que se separó de él a poco de comenzada la conquista, por diferencias en la manera de conducir la guerra. Así se dividió la tropa en varios destacamentos, al mando de los “capitanejos”; cada uno de ellos siguió la guerra y la errancia por su cuenta durante más de 25 años. Es probable que no lanzaran el ataque definitivo por falta de confianza en sus fuerzas; no sabemos por qué no abandonaron la empresa y se volvieron a sus villas de origen. Suponemos

que no tenían adónde volver. Sabemos que, en ese vagabundaje, llegaron a trabar buena relación con poblaciones locales —que supusieron ingenuamente que los invasores los ayudarían a sacudirse el yugo económico a que los sometían los calchaquíes— y que, en muchos casos, intimaron con ellas lo suficiente como para procrear descendencia. Algunos de esos bastardos —los que eran hijos de soldados principales— siguieron la marcha desorientada de la pequeña tropa. Este fue el caso de Francisco de Solórzano, cuya infancia transcurrió entre los helechos de las serranías selváticas del Tucumán, correteando tras una veintena de españoles maltrechos perseguidos por un séquito de indias. A la muerte de su padre —ocurrida en una emboscada pocos meses antes de la victoria definitiva—, Solórzano, que ya contaba 15 años, pidió su parte del poco oro que habían conseguido rescatar —una minucia— y se lanzó, aconsejado por las indias, a un camino que lo llevó hacia el norte, fuera de la selva. Dos o tres años de su vida están en el misterio, y es probable que sea mejor no desvelarlo: sabemos que, hacia mediados de 1650, llegó con una bolsa respetable a la villa de Potosí, en el Alto Perú, que era por ese entonces la gran ciudad minera del sur del continente.»

(Sobre las *Jornadas* de Diego del Castillo y su relación con la verdad histórica acerca de Calchaquí, [ver nota 39, cap. 4.](#)) Retomo la cita:

«Francisco de Solórzano era bajito y de rasgos mezclados. La sangre de su madre india se le notaba mucho, y más de una vez cayó en pendencias cuando un incauto se lo echaba en cara. Solía decir, en tales ocasiones, que él era más castizo que nadie y que su padre había sido un verdadero español, un conquistador, y que si su madre resultó una india fue porque su padre andaba por las selvas batallando por Dios, por el Rey y por ellos, que se escondían bajo las faldas de las suyas para burlarse de los hombres verdaderos. Con frecuencia unía la acción a la palabra, y se presume que debía más de una sangre a la justicia.

A primera vista, Solórzano parecía muy frágil, casi enclenque, pero se había criado en la rudeza de la selva. Cuentan que caminaba como si a cada paso esquivara alimañas, y que nunca nadie pudo sorprenderlo desde atrás. Era duro, casi diríamos cruel, y no reparaba en medios para lograr lo que quería. En unos meses era dueño de una mina importante del Potosí, y tenía bajo su mando centenares de indios que agonizaban en los socavones, trayéndole la plata. En esos días le llegó la noticia de la caída de Calchaquí en manos de los españoles. La novedad fue muy festejada, y el alcalde mayor decretó solemne Te Deum, seguido por tres días de iluminaciones y parranda, con mucha chicha y algo de aguardiente. Junto con la noticia llegaron las historias más extraordinarias, tanto sobre la expedición que finalmente coronó su objetivo como sobre la vida y costumbres de los indios vencidos. Solórzano las escuchaba ávido; más de una mañana que debió haber sido de trabajo vagabundeó por la plaza de Armas al acecho de cuentos. Algunas lo entusiasmaban; otras lo irritaban hasta lo indecible —cuando disminuían el papel jugado por la mesnada de su padre o cuando

falseaban lo que él creía conocer sobre la realidad de los calchaquíes, que tomaba como un asunto personal. Solórzano llegó, más de una vez, a desnudar su espada frente a un maledicente. Fue entonces, sin duda, cuando decidió escribir una obra que mostrara a todos cuál había sido la vida de ese pueblo.

Se ha discutido mucho si un mestizo criado entre lapachos, decidido y tenaz pero sin formación alguna, pudo haber sido capaz de componer los 5634 versos de *La perdida perdida*. Nosotros, personalmente, adherimos a la hipótesis del doctor Larreta, que afirma que es harto probable que Solórzano haya pagado los servicios de un escribiente. Si así fue, la historia de nuestras letras se perdió el nombre de una de sus plumas más insignes; si fue así comprendemos que, casi como un agüero, esta historia empezó con una falsificación —o deberíamos decir: con un comercio.

No nos han quedado crónicas del estreno de *La perdida perdida*, advenido sin duda entre marzo y junio de 1655 en la Corrala de Comedias de la villa del Potosí, pero sabemos que no fue victorioso. La obrita era corta, en un solo acto, y los temas que trataban eran heridas demasiado recientes en los corazones de su público posible. De hecho, la comedia quedó sepultada en el olvido hasta que de él fue rescatada, ya bien corrido el siglo XIX, por la femenina intuición de doña Juana Manuela Gorriti, que la encontró en un desván del palacio gubernativo de La Paz, cuando lo ocupaba junto con su marido y presidente de Bolivia, el general Ballivián. Fue ella, todos lo sabemos, quien la hizo publicar por primera vez en Lima, en 1853, bajo el título que hoy le conocemos y que, quizá, no fue el original. Fue, lo sabemos aún mejor, don Domingo Faustino Sarmiento quien la hizo reimprimir en Buenos Aires y quien, conociéndola bien, se sirvió muchas veces de ella para abonar sus ideas sobre la barbarie de conquistados y conquistadores.»

Hasta aquí la presentación de Vonderwahl. Es erudita, pero quizá se equivoque en un punto central: ¿por qué no pensar que Francisco de Solórzano, firmante de *La perdida perdida*, es también su autor? ¿No estará cayendo Vonderwahl en la trampa, tan común entre los de su oficio, de la sobreinterpretación, consistente en ver exceso de sentidos por todas partes? ¿No estará cayendo en la trampa de su propia ideología que, desde dos lugares distintos, la obliga a pensar que el autor de *La perdida* es un español? Por un lado, su purismo idiomático que le hace suponer que «un mestizo criado entre lapachos» no puede ser capaz de ese manejo de la lengua paterna; por otro, contradictoriamente, su nacionalismo latinoamericanista la fuerza a postular que «no puede haber sido un mestizo quien compusiera una obra tan fervorosamente española, tan despreciativa de sus hermanos de sangre». Me parece que ese puede ser, precisamente, el interés de la cuestión: Francisco de Solórzano, hijo de conquistador e india, es el primero de una larga serie de argentinos que imaginan que tienen que hacerse perdonar su mestizaje y, para eso, se vuelven más papistas que nadie. Como relata la propia Vonderwahl, Solórzano, ante las pullas, no reacciona con el orgullo del mestizo que podría decir sí, ¿y qué? A la inversa, trata de mostrar, penosamente,

que su madre fue un accidente de su padre, conquistador y español cumplidísimo, y que él les va a probar —con su acero, si cuadra— que él también lo es. ¿No es esta, acaso, la actitud del poema?

Más adelante —y con mayor acierto— Vonderwahl recalca la influencia de las comedias de Lope de Vega en la construcción y el estilo de *La perdida perdida*, y la analiza con su brillo habitual. Dice, en un momento, que sería «una suerte de Lope provocador y descreído, uno que, con maneras parecidas, no quisiera reconfortarnos sino forzarnos a la mueca». Olvida decir que, si hay comicidad en *La perdida*, no parece ser voluntaria: la obra tiene todos los elementos de las tragedias de la época.

Por supuesto, dado su desconocimiento de la verdad sobre Calchaqui —y sus fuertes posturas ideológicas—, Vonderwahl es incapaz de situar a la obra en su justo lugar histórico. No tememos afirmar que la obra de Solórzano está llena de errores —a comenzar por el empecinamiento de su autor en llamar «diaguitas» a los habitantes de la Ciudad y las Tierras— y que, más aún, muestra muy a las claras la posición de los españoles con respecto a los dueños originales de la tierra de América.

*La perdida perdida* empieza, como es costumbre en las piezas de la época, in media res. La escena transcurre, supuestamente, en una casa acomodada de la «ciudad de los diaguitas», y consiste en la discusión de tres hermanos —otro error grueso: sabemos que en Calchaqui no había hermanos.

«Huardo:        Tan blanca, tan ruin, tan baja,  
                      tratando de malquistarnos;  
                      desde que llegó, a pelearnos  
                      nos ha puesto esa caraja.  
                      Digo...

Huado:         No digas así;  
                      que la llames por mal nombre  
                      no es de hermano ni es de hombre...

Huando:        ¡Atención! ¿Qué es lo que oí?  
                      ¿Un hermano que a otro hermano,  
                      alzando presto su mano,  
                      le reprocha sus maneras?  
                      Antes desterrar quisiera  
                      a aquella que con encantos

propios de sierpe traidora...

Huado: ¡Hermano, también tú ahora  
cubres tu boca con mantos  
de desdén y de...

Huando: ¡Callaos!  
Estoy hablando; y os digo:  
soy vuestro mayor; conmigo  
no jugaréis: comportaos.

Huado: Es cierto, eres el mayor  
y te debemos respeto.

Huado: Cierto es, y en tal conceto,  
sigue sigue, por favor.

Huando: Pronto harán doscientos días  
desde aquel, infortunado,  
que el presente envenenado  
trajo a vuestra casa y mía.  
La tal Mária, esa mujer,  
con sus cantos de sirena,  
su cara de luna llena,  
sus maneras de mover  
sus partes, acompasada,  
cual si no quisiera nada  
cuando sabemos de sobra  
que quiere, con malas obras,  
revolcarnos en su lodo,  
nos ha emponzoñado a todos:  
ya quisiera yo que nunca  
hubiera pensado Huado  
en traerla; a buen resguardo

seguiríamos. La trunca  
querella que he detenido  
se ha vuelto, desde que está  
con nosotros su maldad,  
nuestro guiso más comido...

Huando: Hermano, con tu permiso,  
déjame decir que era  
botín de guerra y que fiera  
se resistió: por el piso  
se arrojó y se debatía  
tuve que mostrar que mía  
sería; los invasores  
piensan que bastan paradas  
y muecas y así, sin nada  
más, nos darán los temblores  
y escaparemos corriendo.  
Nosotros, bravos, riendo,  
como siempre, como a todos,  
venceremos de un guantazo:  
ni una flecha, ni aún un mazo,  
serán menester; el modo  
de batirlos es...

Huando: Valiente,  
te veo, y entusiasmado,  
pero no me has contestado...

Huando: Te contesto, mi impaciente  
hermano: era necesario  
mostrarles que con diaguítas  
no se juega, y que la mita



no será nunca el osario  
dó se pudran nuestros huesos.

Así...

Huado: ¿Pretendes por eso  
que era menester, avieso,  
que violaras sus encantos?

Huado: Era menester, y tanto  
que después, ebria de besos,  
me cogió el...

Huado: ¡Mientes, bellaco!  
¡Tú la forzaste, y no ella,  
que era pura cual doncella...

Huado: ¿Pura, dices, tú, macaco?  
¿Pura, repites, iluso?  
Habrás de saber que el uso  
que le dimos, y sin quejas  
aceptó tu más que pura,  
la hizo más que pura, dura:  
un trozo de carne vieja.

Huado: ¡Defiéndete, hermano ruin!

Huado: ¡Alto! Ya vais a dar fin  
a querellas y cabriolas.  
Recordad que es española,  
recordad que es forastera:  
que no es más que una cualquiera  
recordad y, sin más trazos,  
fundíos en un abrazo.

Huado: ¿Yo, con esta bestia?

Huado: ¿Yo,

con este traidor taimado?  
¡Nuestros muertos, que han peleado,  
me dicen que no, y es no!

Huando: ¿Dices que no?

Huado: No, te digo.

Huando: ¿Y tú, Huado, dices no?

Huado: Yo digo, hermano, que yo  
no dejaré sin castigo  
las palabras de este bruto  
de ceño y de seso enjuto,  
y sus acciones brutales.  
Si fuéramos animales,  
no obraríamos peor;  
es mi deber defenderla  
con mi vida, protegerla,  
y mostrarle que el honor  
también vive entre nosotros;  
Que no somos brutos potros,  
como dice el enemigo.  
Dejala morar conmigo,  
hermano...

Huando: Hermanos, es ella  
la blanca, la falsa bella,  
causa y razón de los males.  
De necios es el sufrir  
lo que es fácil corregir.  
No seremos animales  
si tomamos, cual diaguitas,  
la senda más razonable:

le daremos, muy amables,  
para esta noche una cita  
harto galante. No queda  
más solución que matarla.  
El que guste degollarla,  
que me lo diga: la rueda  
no ha de cejar en sus giros...»

La situación está presentada: la intrusión de un enemigo —mujer, para más datos: doblemente enemiga— en el cuerpo social de Calchaqui —representado por los tres hermanos— es, según el arrogante versificador español, suficiente para que ardan en carne viva las supuestas contradicciones que los minaban en silencio. O, dicho de otra manera: la sociedad india es tan débil que la simple exposición a la presencia española alcanza para ponerla en crisis —para catalizar *su propia crisis*. Es el primer punto: por medio de esta operación, el mestizo desculpabiliza la acción de los españoles: no es que ellos hayan destruido una civilización sólida, sino que esta se derrumba casi por sí misma. Es abominable.

(Pese a todo, es interesante ver cómo se introduce, ya en fecha tan temprana, el tema de la Cautiva, que después sería central en las letras argentinas a partir de su tratamiento por Lavardén, Echeverría y Hernández y que, desde las letras, se ha trasladado a la realidad: el secuestro del cadáver de Eva Perón es, probablemente, el avatar más reciente del tema de la Cautiva.

Pero, en el plano que más nos interesa —el de las deformaciones hispanas de la verdadera historia de Calchaqui—, vemos la cantidad de errores menores que se deslizan y, sobre todo, un punto que se irá profundizando más adelante: el versificador quiere justificar la acción española mostrando una supuesta disolución moral de los calchaquis; para eso, les adjudica unos conceptos morales que no tienen nada que ver con sus tradiciones. Esto, como queda dicho, se acentúa al avanzar la pieza.)

Tras la escena inicial, que acabamos de citar, la segunda nos muestra a Mária, la cautiva, hablando con Huila, una criada «diaguita» encargada de cuidarla. La situación es dramática: Mária se queja de que está deshonrada y sólo encuentra la incomprensión de Huila, que no parece saber de qué le habla: se trata de mostrar que los indígenas no tienen idea de ningún honor. En la tercera, Huando y Huardo hablan de sus asuntos, ante la inminencia de la partida del militar; la escena es larguísima y tediosa, y sirve para que el autor se despache acerca de la situación de los indios: entre otros despropósitos, Solórzano les hace decir que, en cuanto los españoles se

confíen, Huardo y los suyos llevarán su ataque hasta las grandes poblaciones del Norte, donde los matarán como a conejos y los reducirán a la esclavitud. Los dos hermanos se prometen un futuro de grandioso imperio diaguita; curiosamente, todo lo que imaginan se parece demasiado a lo que los españoles están llevando a cabo. El mestizo, una vez más, justifica la conquista: ahora, suponiendo que los diaguitas pretendían hacer lo mismo.

Llegamos así, en la cuarta escena, al famoso monólogo de la orgía de despedida del soldado Huardo, a punto de partir para la guerra.

«Huardo:        ¡Mujeres, vino, licores,  
                      y algún doncel culipronto  
                      traedme, que si lo monto,  
                      habréis de vivir, señores,  
                      pues caballos tan dispuestos  
                      no tendrán los españoles!  
                      Se cegarán, cual si soles  
                      miraran, al ver que enhiestos  
                      entraremos en combate:  
                      no les daremos espada,  
                      ni el honor de arma afilada;  
                      tan sólo con los embates  
                      de nuestros miembros bravíos  
                      desharemos sus avíos,  
                      espantaremos sus huestes:  
                      nunca habrán visto tamaño  
                      espadón, y sus redaños  
                      temblarán, cual si la peste  
                      los atacara. Aterrados,  
                      correrán esos cobardes,  
                      y, tragando sus alardes,  
                      pedirán, desconsolados,  
                      favor a nuestra clemencia,

piedad, por Dios, indulgencia,  
y dirán, aturulados:  
jamás este bajo mundo  
vio guerreros tan jocundos.  
Nada les haremos, baste  
con mostrarles el camino  
de la fuga; será el sino  
quien los derrote y aplaste.  
Su sino, habrán entendido,  
es que nadie, nunca antes,  
con guerreros semejantes  
tal batalla habrá perdido.  
Temblarán de imaginarnos:  
para siempre derrotados  
partirán de nuestros prados  
con el terror de encontrarnos  
y dirán, a quienes quieran  
escuchar sus plañideras  
voces: jamás este mundo  
vio guerreros tan jocundos.  
Pero ¡basta de palabras!  
Ya hemos hablado bastante  
y los dichos el talante  
con agriadas grietas labran.  
Ahora bebamos, bailemos,  
jubilemos, celebremos,  
que victoria no hay ninguna  
como esta que alcanza una  
garganta bien entonada.

El mundo es nada y no es nada  
la vida sin sus sabores.  
¡Mujeres, vino, licores,  
y algún doncel culipronto,  
traedme, que si lo monto,  
habréis de vivir, señores,  
pues caballos tan briosos  
y relinchos tan sabrosos  
no conoce el enemigo!  
Huando, bebe, hermano mío,  
también tú, Huado, querido.  
Pero... decid, mis amigos:  
¿Y Huado, dónde está Huado?  
¿Será tal vez que, escapado,  
de nuestra fiesta y jolgorio,  
en un rincón, apartado,  
sufre desde ya el velorio  
de esa pécora enemiga?  
No hay razón: por más que diga  
lo que diga, ella está muerta,  
y si respira, aún respira  
porque no cayó en la cuenta  
de que el árbol de su pira  
ya es madera. Somnolienta  
cuantimenos, y en camino  
del infierno del que vino,  
ha de estar con la poción  
que le di; su corazón  
ya late golpes finales.

Pero decidme, animales,  
que me veo desairado:  
¿Y Huado, dónde está Huado?»

Un golpe de efecto —que, además, trata de subrayar la supuesta perversidad de los indios—: el asesinato de Mária, que había quedado insinuado al final de la primera escena, no se relata sino que se alude a él en medio de la festichola, cuando ya parece consumado. En la escena siguiente —la quinta—, ya avanzada la orgía, otros invitados le preguntan a Huado qué hizo con la cautiva, y él les cuenta entre risotadas que mandó a la criada con una copa de licor para ella y el mensaje de que se la bebiera y se templara para esperarlo; que él llegaría más tarde, «para hacer uso valiente». Huado, cada vez más borracho, explica a sus amigotes que no hay nada mejor que «retozar con enemiga / antes de ir hacia la guerra / como quien pisa a una perra / antes de matar su cría». Los invitados celebran la cuarteta y beben a la muerte de la infame. Prosigue el desenfreno.

(En estas escenas —en la cuarta, sobre todo— el arte de la guerra calchaqui, una de las más elaboradas que haya conocido la historia, queda reducida por el versificador a una ridícula mascarada dionisiaca. El tono del famoso monólogo es semejante hasta cierto punto al de las *Jornadas* —sin la majestad endecasílabo de la octava real— pero se invierte su sentido: en lugar de las hazañas españolas, lo que se cuenta son las balandronadas de un soldado fanfarrón.

Y, sin embargo, es curioso señalar que, pese a todo, Solórzano parece haber conocido algo de la lógica de la guerra calchaqui; al menos, ese punto básico según el cual atacar es ya, en cierta forma, una derrota: la aceptación de que el enemigo es lo bastante fuerte como para forzar el homenaje que implica alistar armas y pelear. Quizás en sus años con las mesnadas de su padre llegó a enterarse de esto —que debía ser un dato que los españoles manejaban y aprovechaban—, ya que no de otras cosas.

De todas formas, la yuxtaposición de las fanfarronadas guerreras con la molición inmoral tiene un sentido claro: el mestizo Solórzano quiere mostrar cómo los indios se perdían en vicios y bravatas mientras ellos —los españoles— edificaban con sus esfuerzos y coraje un mundo nuevo. Se intenta una vez más la justificación de lo execrable —sólo que los vicios y bravatas que el mestizo adjudica a los indios son puramente españoles, y jamás se le habrían ocurrido, así, a ningún calchaqui.)

La escena sexta es muy breve, y no está clara su ubicación temporal: Mária recibe en su habitación a la criada, que le lleva la copa de licor envenenada. La criada le insiste en que la beba de inmediato, con un rictus de malicia; Mária —no por desconfianza sino porque está medio dormida, con la cara marcada por los golpes— le dice que la

deje ahí, que en un rato se la bebe. La criada no puede insistir más, so pena de alertar a la cautiva.

Después, en la escena séptima, Huado, que —como sabemos— se escapó de la orgía, deambula por la casa buscando a la criada. Por lo que escuchó decir a su hermano, teme lo peor: no se atreve a ir a la habitación de Mária porque supone que la encontrará muerta; quiere ver a la criada para que le diga qué pasó, cómo fue la agonía. Mientras camina, piensa que si su hermano Huado mató a Mária va a tener que matarlo. Le apena, preferiría no hacerlo, pero cree que no tiene más remedio: no puede permitir que el que asesinó bajo su techo a la mujer que ama quede impune. Huado, en un cuadro dramático arruinado por la impericia del poeta, se arranca los cabellos y repite que la desgracia que cae sobre su casa —con el envenenamiento de la mujer y la venganza que planea, sobre su propio hermano— es culpa de su cultura: de la perversidad de sus costumbres y la bestialidad de sus paisanos: «La desgracia, cruel matón, / acecha nuestras cabezas. / Dime, Huado, a qué Dios rezas, / y te diré la razón.»

(Más allá de la inverosímil inclusión de un dios en el asunto —otro error grave—, la operación es obvia: el más amable, el más civilizado de los «indios» se rebela contra sus tradiciones, las execra y justifica, una vez más, que puedan ser extirpadas por los buenos cristianos.)

La escena séptima concluye con supuesto suspenso: el público debería estar impaciente y preocupado ante el tiempo que pierde Huado en lamentaciones y amenazas, sabiendo que cada minuto puede ser decisivo para salvar a Mária, que —según sabemos, aunque Huado no— todavía vive. No es seguro que el efecto haya funcionado.

En la octava, Huado entra finalmente en la habitación de Mária. Ella está acostada boca abajo en un diván cubierto de hojas (¿?) y Huado, al verla así, corre hacia ella y se arroja a sus pies, creyéndola muerta.

«Huado:           ¡Mária, infeliz criatura!  
                      ¡Mária, mujer la más pura  
                      de cuantas aquí alentaron!  
                      ¡Mária, bella entre las bellas,  
                      dulce y tan fugaz estrella,  
                      que las bestias apagaron!  
                      ¡Mária, tu muerte y mi vida  
                      son una y la misma herida



que jamás...

¡Mária: ¿Qué se murmura?  
¿De quién, en suerte tan dura,  
dan en turbarme los gritos?  
¿Qué queréis de mí otra vez,  
no he saciado ya...

Huado: ¡Pardiez!  
¿Estás viva, o son los ritos  
de tu dios, Mária querida,  
que al llevarte junto a él,  
te hace hablar y es esa miel  
la que embalsama mi herida  
dándome a creer que, yerta  
en ese lecho traidor,  
aún alienta tu calor  
y estás viva y ya no muerta?

Mária: ¿Qué me dices, infeliz?  
¿Qué gritan tus desvaríos?  
¿Qué me dices...

Huado: ¡Angel mío!

Mária: ¿Quién eres?

Huado: El más feliz  
de los hombres, que al hallarte  
viva, cuando creyó verte  
en el frío de la muerte,  
sabe que ahora podrá amarte  
como le dicta su amor.

Mária: ¿Será que cambió mi suerte?

Huado: Sí, señora.

Mária: No, señor.  
Ya sé quién eres. No eres  
más que nuevos padeceres:  
no eres más que otro negror.  
El hermano del hermano,  
que, a más de meterme mano,  
quiere que le hable de amor.  
Te conozco, tú eres Huado:  
no te basta con mis pechos:  
quieres, sin ningún derecho,  
jugar al enamorado.  
Pero ¡toma ya mis carnes!,  
que yo no juego otros juegos...

Huado: ¡Vida mía, te lo ruego!  
Deja que en tu pecho encarne  
la confianza que has perdido...

Mária: ¿Perdido dices, perdido?  
Perdida estoy yo...

Huado: ¿Lo estás?  
Dime, mi dueña, ¿has bebido  
de la copa de hipocrás?

Mária: ¿Qué te importa, infante cruel,  
si tu hermano me la envía  
para que, no siendo mía,  
pueda toda ser de él?  
¿Qué te importa, si no soy  
más que lo que tú y los tuyos  
me han vuelto, un cisco, unos yuyos,  
donde revolcarse hoy

y despertarse mañana?

Huado: Calla, señora; el dolor  
que tus palabras emanan,  
es justo y es mi terror  
no poder darle remedio;  
pero dime, sin más medio:  
¿Has bebido de esa copa?

Mária: ¿Qué te importa si una sopa,  
o un hipocrás he bebido?  
¿Qué te importa si perdido  
está mi honor, o estoy yo?

Huado: ¿Has bebido, sí o no?

Mária: Todo no, y un poco sí,  
de esa copa me he bebido  
y lo que queda servido  
ya lo estoy bebiendo así.

Huado: ¡No, señora, no la bebas!

Mária: Lo bebo, aunque tú no quieras  
nadie podrá...

Huado: Yo, con veras,  
te digo que si la pruebas  
de nuevo eres mujer muerta.

Mária: Muerta soy, a todas horas,  
de todas formas soy muerta,  
muerta y perdida, mas ¿qué  
me dices?

Huado Te digo, sé  
que esa copa, mi señora,  
porta un veneno potente

que lleva en sí la simiente  
de tu muerte. ¿Ya has bebido  
lo bastante?

Mária: No lo sé.  
¿Cómo saberlo pudiera?  
Pero si la muerte en ella,  
me llega, será tan bella  
la muerte que me libera...

Huado: ¡No digas tal, ángel mío!  
De esta te libero yo,  
con mi vida y no con muerte,  
si Dios me deja quererte,  
si es que mala muerte aún no  
se apoderó con sus bríos  
de tu vida, de tus labios,  
de tus palabras que anhelo...

Mária: Habla menos, bestia en celo,  
y dime, aunque no eres sabio,  
si estoy muriendo, que si  
me muero quisiera darte  
una prueba de que amarte  
ya no es nada para mí.

Huado: ¿Será que mueres, será  
que el veneno ya está obrando?  
¿Será que elixir nefando  
con tu vida acabará?

Mária: Será, si tiene que ser.

Huado: ¿Será posible, mujer,  
de mis sueños, que así sea?

Mária:           Será, ya no hay panacea;  
                    si tiene que ser, será.»

La escena termina en pleno suspenso: no sabemos si el veneno que ya tomó la cautiva será suficiente para matarla, o si todavía puede salvarse. (Es curiosa la actitud de la mujer, que no se hace ilusiones: ni en cuanto a su salvación, ni en cuanto al amor que, torpemente, le ofrece el «indio bueno». Parece como si la resignación que los españoles siempre achacaron a los naturales de la tierra apareciera ahora en boca de la española, cansada de tanto sufrimiento.)

La escena novena vuelve a situar la acción en la orgía de despedida de Huardo. Los invitados y los anfitriones, completamente ebrios, hablan otra vez de la cautiva: varios de ellos dicen que es una pena matarla, y que habría sido mejor que Huardo y Huando la preservaran un día más, para ofrecerla como fin de fiesta al apetito de todos. Huardo lanza una carcajada infernal, y dice que es una excelente idea. De pronto, los dos hermanos se levantan y dicen que van a ver si todavía es posible. La escena se termina entre risotadas.

Mientras tanto, la décima nos muestra nuevamente a Mária y Huado en la habitación de la mujer. Es la famosa escena de la comparación de los dos mundos.

«Huado:        Si por ventura, salvada,  
                    del acecho del veneno,  
                    te pones buena, tan bueno  
                    será mi contento, amada,  
                    que te juro que mañana  
                    sin esperar a pasado,  
                    cabalgando desbocados  
                    te he de sacar de esta insana  
                    villa de bestias salvajes.  
                    Será peligroso el viaje,  
                    pero será...

Mária:        Yo no quiero.

Huado:        ¿Qué dices, señora mía?

Mária:        Digo que ninguna vía  
                    me ha de sacar de este fiero

poblado para llevarme  
a la tierra de mis padres.

Huado: No has de temer los desmadres  
que por ti puedan llegarme...

Mária: Por ti no temo: no esperes  
piedad de quien no la espera.  
Es que esa tierra extranjera  
no es lo que tú tanto quieres.

Huado: ¿Extranjera, dices? Tuya  
más habrías de decir.

Mária: Era mía y, al partir,  
pasó a ser la tierra  
cuya memoria quiero perder.  
Esa tierra...

Huado: ¿Dices, esa  
donde en sillas, donde en mesas  
saben los hombres comer?  
Esa tierra que laboran  
manos sabias con denuedo...

Mária: ¿No sabes que es por el miedo  
que tantos hombres demoran  
sus días en el arado?

Huado: Esa tierra, digo, donde  
es pobre el rico que esconde  
los bienes que se ha labrado,  
y los ricos, al mostrarse,  
muestran que cualquier valiente  
puede alcanzar, si su frente...

Mária: ¿No sabes que, por alzarse

a las alturas que dices,  
cometen bajos deslices  
hombres de cualquier morada?

Huado: sa tierra, digo, amada,  
donde hay orden y justicia,  
donde brillan las primicias  
de las artes fabricadas,  
y cada ser es un hombre  
que resguarda su buen nombre  
con el filo de su espada.

Mária: ¿No sabes que por guardar  
su buen nombre puede un hombre  
sufrir prisión o estocada?  
¿No sabes que, por lograr  
los productos de esas artes,  
pueden llegar a matarte  
ávidos en emboscada?

Huado: Esa tierra donde tapan  
los mochachos sus vergüenzas,  
tejen mujeres sus trenzas,  
y a nadie capan si escapa  
del asedio de una dama.  
Esa tierra, dó la cama  
es sitio para el reposo  
y hay guerreros generosos  
que edifican sin bravatas  
un mundo para su rey.

Mária: ¿No sabes, hombre, que es ley  
en esa tierra mediata

que la mujer desbarata  
su reputación y honor  
si aparece algún traidor  
que su cuerpo le arrebatara?

Huado: Esa tierra donde un dios  
vela sobre sus sujetos,  
que erigen en su respeto  
templos como aquí no hay dos.  
Esa tierra dó tú y yo  
hallaremos un futuro:  
serás techo, yo los muros  
de la casa...

Mária: ¡Pero no!  
¿No te he dicho que no quiero,  
que de esta vida no espero  
más que su trance final?

Huado: No quieras tomarme a mal.  
Esa tierra así es mi sueño:  
a ella he de llevarte si  
el veneno no es de ti  
a estas horas el cruel dueño.

Mária: Que sí espero.

Huado: Mujer cruel.

Mária: No es veneno: yo soy él.  
Mi propia muerte me mata,  
nadie más.

Huado: A mí también.»

Probablemente esta escena sea uno de los pocos aciertos dramáticos de Solórzano: el diálogo de sordos, imposible, entre dos mundos. Huado, entusiasmado como está con



su idea del mundo español —tanto, que no se sabe si lo que le interesa de Mária es ella misma o la cultura que supuestamente representa—, no consigue escuchar lo que la cautiva está tratando de decirle. (Es curioso constatar que, pese a todo, la escena encierra cierta crítica a la sociedad de los españoles: el mestizo, aquí, se venga un tanto de las humillaciones, y muestra su doblez. Por supuesto que, al final, una peripecia hábil invalidará estas críticas, pero, de alguna manera, ya están hechas.)

La escena siguiente —la undécima— empieza con la llegada de la criada, que entra precipitadamente. Sin aliento, entre sollozos, le dice a Mária —y Huado— que no cumplió con la orden de Huado porque le dio pena, y no envenenó la copa de licor. La cautiva lanza una carcajada enloquecida y grita contra su suerte («ni con la muerte podrá / llegarme la bendición; / mi vida es una oración / que Dios nunca escuchará»). Huado, lleno de felicidad, trata de consolarla y de convencerla de su amor. Ella parece a punto de ceder, pero enseguida se pone aún más dura, fría y sardónica: empieza a decir que se alegra de no morir porque así podrá seguir entregando su cuerpo a los hermanos y gozando con ellos. Huado, fuera de sí, trata de frenarla pero no lo consigue. Los interrumpe la entrada intempestiva de los dos hermanos de Huado, Huado y Huando, a los gritos. Estaban detrás de una cortina (¿?) y habían mandado a la criada con el embuste de que la copa no estaba envenenada para divertirse y ver qué pasaría. Huado y Mária comprenden de pronto la broma fatal. Huado toma un cuchillo y se lanza sobre sus hermanos, que lo inmovilizan. Mária empalidece y le falta el aire. Huado, riéndose, le dice que ya se está muriendo y que van a matar a Huado porque quiso asesinar a su hermano por una desgraciada forastera. Entonces ella, casi sin aliento, le confiesa que lo ama («ahora sí puedo, señor, / decir que siempre te he amado, / y que contigo, adorado, / sueño mis sueños de amor»).

Empieza la décimosegunda escena, la final. Los amantes se hablan bajo la mirada sarcástica de sus verdugos:

«Huado:           ¿Por qué no me lo dijiste  
                          desde el principio, ángel mío,  
                          permitiendo que en estío  
                          mudara mi invierno triste?  
                          ¿Por qué la noche y el día  
                          en uno no confundimos,  
                          por qué no fue que supimos  
                          que yo era tuyo y tu mía?  
                          ¿Por qué, amor...

Mária: Porque, mi amado,  
a ti no tenía derecho;  
manchado estaba mi pecho  
y mi porvenir, manchado  
por esas garras taimadas...

Huado: Nada de eso me importaba  
sabiendo que tú me amabas...

Mária: Nunca yo, así deshonrada,  
pudiera haber sido tuya...

Huado: Mas ¿por qué, al decirte que huyas,  
me respondiste que no,  
que a la tierra que te vio  
nacer nunca volverías?  
¿Por qué la llenaste, fría,  
de tan bruscos improperios?

Mária: Estaba bajo el imperio  
de tus terribles hermanos;  
deshonrada, como sabes,  
y como las pobres aves,  
que, sufriendo el cautiverio,  
disimulan su cantar,  
así quise yo callar,  
con justo o tuerto criterio,  
las bondades de mi hogar...

Huado: Amada, escucho y no entiendo.

Mária: Escucha y entenderás.  
El tiempo ya está corriendo,  
la hora ya va a sonar.  
Si traté de convencerte

de los males de mi tierra  
fue que yo, vuelta una perra,  
y en el terror de perderte,  
vi que tú, ya convencido  
de los bienes que ella presta,  
querías huir con esta  
perdida que aquí ha perdido  
lo que nunca tendrá ya.  
Yo no puedo, señor mío,  
volver a mi tierra más:  
no es la honra como un río  
que corre y corre y que nuevas  
aguas y más aguas lleva  
sin nunca mirar atrás.  
Yo para mi tierra he muerto:  
ella es para mí el desierto,  
yo para ella no soy más.  
Así, por miedo a perderte,  
intenté yo convencerte  
de los males de mi tierra:  
te he mentado, mi señor,  
pero mentí por amor,  
y ahora...

Un soldado (*entra gritando*): ¡Guerra, es la guerra!

Huando: ¿Qué nos dices, insensato?

Soldado: Digo que hace menos rato  
que contarle me lo toma  
desde detrás de la loma  
que rodea nuestra villa

cual si fuera maravilla...

Huardo: ¡Habla, infeliz, sin rodeos!

Soldado: Que así como yo os veo,  
han visto a los españoles:  
miles y miles, armados,  
hasta los dientes, formados  
detrás de las fieras moles  
de sus máquinas hirientes.  
Han entrado, ya han entrado  
y no quedan casi gentes  
defendiendo nuestras casas...

Huardo: ¡Al arma, toca a rebato!

Soldado: Ya, mi señor, pasó el rato  
en que tal aún se podía;  
ahora sólo quedan masas  
en llamas; es, a fe mía,  
tiempo de...

Huardo: ¡Basta! Soy yo  
quien dirá si es tiempo o no.

Huardo: ¡Bien dicho, hermano, porfía!

Huardo: Siendo tiempo, o bien no siendo,  
entiendo, si bien entiendo,  
que estáis perdidos, hermanos.  
Caídos sois entre las manos  
de quienes os combatieron.  
Mária, salvados estamos:  
si el antídoto buscamos  
al veneno que te dieron,  
salvas las vidas tendremos

y...

Huardo: ¡Eso crees, mal hermano!  
Ya sé que mi muerte llega,  
que en cuanto acabe la brega  
me matan los sobrehumanos  
invasores enemigos.  
Mas si hay que morir, muramos  
todos: nosotros contigo,  
los que tanto nos amamos,  
los que nos odiamos tanto;  
ya principia al fin el canto  
de este cisne, y su castigo.

Huando: No quiero, Huardo, pecar  
de prevenido ni quiero  
sepultar sin gloria el fiero  
impulso de tu guerrear;  
pero pienso, pese a todo...

Huado: ¿Todavía piensas, hermano,  
aunque Huardo tan ufano  
te llena el seso de lodo?

Huando: ... pienso, digo, sin embargo  
que tal vez los invasores  
den a Huado los honores  
y prebendas de un buen cargo,  
siendo, como es, emisario  
que siempre cantó sus loores.

Huardo: ¿Es broma, o algún falsario  
te infestó con sus rumores?

Huando: No es broma, y puesto que mora

nuestro hermano, en buena hora,  
con nosotros, lo salvamos,  
y a cambio solicitamos  
su favor y su clemencia...

Huado: Sólo si me dierais ya  
el antídoto que da...

Huado: ¡Acabe tanta indecencia!  
¡Refrena, hermano, el temor!  
No es de diaguaita mayor  
escaparle así a su suerte.  
¡Que comiencen ya las muertes!  
Morir, moriremos todos:  
con sonrisas o con llantos  
da igual: tanto monta y tanto  
da morir con buenos modos  
que con malos. Mira ya  
cómo la perra enemiga  
se muere...

Huado: ¡Ay, amor, quien diga  
que te mueres sola miente!  
Muero contigo: simiente  
seremos en estas tierras,  
devastadas por las guerras,  
de una nueva raza grande;  
desde la Pampa hasta el Ande  
florecerán nuestros...

Huado: ¡Basta!  
¡Cesen ya vanas palabras!  
Busque mi cuchillo y abra

las carnes de tan nefasta  
carne que olvidó su raza.

Despida ya su carcaza  
esa mente traicionera.

¡Toma ya! ¡Tómala entera!

Huado: ¡Dame más! ¡No te detengas!  
¡Oh, sí, tus golpes me vengan,  
matándote así al matarme!  
¡Dame más, que así mi amada  
quedará más que vengada  
por quienes logren vengarme!

Huando: ¡Huardo, por piedad, detente!  
¿No me ves, aquí, impotente,  
pidiéndote por su vida,  
que si lo matas, perdidas  
nuestras vidas dejarás?

Huado: ¡No lo escuches, dame más!

Huardo: ¡Toma más! ¡No te defiendas!  
Ya tu sangre me salpica,  
ya tus gritos no repican,  
ya me apenan las horrendas  
historias que sobre ti  
se contarán los infantes  
diaguitas, y los amantes  
de Salta y del Potosí.  
Ya has muerto tu muerte y hecho  
de tu camino, maltrecho,  
trecho largo y principal.  
Ya no eres más quien eras:

ya eres la falaz figura  
que dura porque no dura  
el cuerpo donde cupiera.  
Ya no eres bien ni eres mal:  
eres, gracias a mi ira,  
la sombra de una mentira,  
el odio de cada cual.  
Ya no eres más quien eras:  
ya eres la cabalgadura  
de quien quiera cabalgarte;  
eres nada, eres un arte,  
eres la triste quimera  
pura porque tan impura  
fue tu vida, flor del mal.»

Así llegamos al pretendido clímax dramático de *La perdida perdida*. Con el asesinato de su hermano Huado, Huardo parece crear lo contrario de lo que intenta: no un modelo de traidor castigado por su traición sino el primer mártir indio de la causa española, el prototipo del «buen indígena» americano.

Era, sin duda, el momento perfecto para terminar la pieza, pero Solórzano —como tantos autores inexpertos— no se dio cuenta, y la siguió. Le resultó necesario cargar las tintas y, a continuación, una patrulla española, cubierta de sangre enemiga, irrumpe en la habitación con sus espadas en alto. El capitán pregunta quién es Huado, y los dos hermanos que quedan, Huando y Huardo, le contestan, al unísono. «¡Yo soy, señores, soy yo!»

«Huardo:        ¡Yo soy Huado!  
Huando:        ¡No, soy yo!  
Huardo:        No le creáis: él mató  
                  a Huado para ser Huado.  
Huando:        No fui yo, lo mató él.  
Huardo:        Tú fuiste, mi hermano cruel,  
                  el que lo mató bien muerto



y a la cautiva, por cierto,  
también mataste con él.

Huando: ¡No mientas, hermano osado!

Huado: ¡No mientas tú, hermano infiel!

Capitán:

Vale, si lo habéis matado  
cualesquiera, o los dos, pues  
ni el uno ni el otro es  
aquel que llamaban Huado...»

Los dos hermanos, trenzados a golpes, ruedan por el suelo, donde, a una seña del capitán, los soldados españoles los ultiman con desprecio. Y así termina ***La perdida perdida***.

Insisto: es más que probable que el autor sea, contra lo que sostiene Vonderwahl, quien la firmó. En cualquier caso, esa sospecha, en su momento, le produjo la muerte: Francisco de Solórzano murió acuchillado en un callejón de los extramuros del Potosí a menos de un año de estrenada su obra. El caso fue confuso, y la justicia española terminó acusando y ejecutando a dos indios «de las tierras del Tucumán». Nunca sabremos si, en verdad, los indios lo mataron y si, en tal caso, fue por venganza contra las difamaciones del converso. Sí es curioso que, finalmente, fuera Solórzano y no Huado el verdadero mártir local de la causa española: como corresponde, no un indio puro sino un mestizo.

Solórzano cumplió con su papel: estableció, con artes menguadas, una de las pocas pinturas que los argentinos hemos conocido —hasta ahora— de la sociedad que nos ocupa: la imagen que determinó, por siglos, el concepto que los argentinos nos hicimos de estos aborígenes. Por todas las razones ya señaladas, no me extraña que sus visiones hayan estado tan alejadas de esa realidad que nuestro estudio, ahora, está restableciendo. <<

[54] «**Así empezó... la vida larga**»: la historia que cuenta Oscar sobre el comienzo de la vida larga —que recibe el soberano 2, Carlos, para compensarlo por su asesinato— es un poco inverosímil. Tiene como falla el problema del respaldo: si es así, ¿quién la ofrece? ¿Quién garantiza que el soberano efectivamente la reciba? No los dioses, que acaban de ser desterrados por el propio soberano; no una tradición, no el trono. ¿Quién, entonces? Los calchaquis, siempre tan preocupados por los problemas de origen y legitimidad, no parecen haber caído en la cuenta de este vacío.

Du Tertre (*op. cit.*) fue el primero en subrayar esta contradicción. Y otro francés, Galil Benouchtourian, arriesgó (en un artículo titulado *La création d'une autre vie*, publicado en la revista *Débats des hauts*, n.º 1, y único, París, octubre de 1968) una hipótesis osada y sugerente: que la vida larga no habría existido antes de la revuelta y que fueron los propios militantes largos los que crearon, de común acuerdo con la Casa, la fábula que atribuía su inicio al soberano 2 —y su usufructo a todos los soberanos desde él—, para no desairar demasiado al poder reinante: a la Casa le resultaba más fácil pretender que estaba dando algo que ya tenía, antes que aceptar que, por presión de los rebeldes, se estaba creando una forma del todo novedosa. O sea: que la Larga no existía cuando Juanca y el soldado Jaime empezaron a pedirla, y que toda su historia es una invención a posteriori. Y que la idea de pedirla debería ser, por lo tanto, original del bastardo —o copiada por él en su destierro entre los españoles (ver nota 4, cap. 3). Es, como queda dicho, una hipótesis atractiva; sólo que, para que fuera cierta, habría que pensar que todo el relato de las vicisitudes de los largos —que, tal como está, supone la existencia previa de la Larga— también es un invento posterior. No nos parece.

La mayoría de los estudiosos (Kyriakov, Adamov, Sánchez Sánchez, incluso Pérez Bulni) aceptan la versión de Oscar sobre el comienzo de la Larga como compensación a Carlos, al que sus asesinos creyeron que no podían matar sin ofrecerle una que fuera digna de su grandeza. Sin ella —si un soberano podía ser aniquilado tan fácil—, la monarquía se habría desmoronado. La Larga nació, entonces, como condición de supervivencia y salvadora de la monarquía. Lo curioso es que, tras la revuelta, la monarquía se transformó en condición de supervivencia y salvadora de la Larga y, gracias a ella, una vez más, subsistió.

Otro aspecto interesante del debate, que desarrollaremos más adelante, se planteó alrededor de la necesidad de la vida eterna. Baste por ahora recordar posiciones como la del muy católico Chateaubriand que, en una anotación inédita (citada en *Esprit*, París, junio de 1971), se mofa, con ironía rara en él, de los habitantes de la Ciudad anteriores a la revuelta:

«Comment pouvaient-ils vivre,  
amassés sous cette voûte,  
si ce n'était que, ivres,  
appellaient-ils la vie  
des miettes de la mie  
d'un pain vidé de croute?»

Chateaubriand es, si se me permite la expresión, sensato. Es cierto que hay que ser un poco corto de miras para aceptar la muerte: falta de imaginación. Imaginarla es el terror. Es sorprendente que un pueblo reacio, levantisco como el de la Ciudad y las Tierras haya podido pasar tanto tiempo con la idea de que sus muertes no los llevaban a nada —orgullosos de eso. Esa era, según queda dicho, la forma de su conciencia cívica. ¿Cómo fue que, de pronto, se acabó esa conciencia?

La pregunta es central, e iremos buscando sus respuestas. Nietzsche, desde otro ángulo, infatuado, supo burlarse del «falso heroísmo de unos paladines que sólo querían paños tibios para sus terrores». Una de las *Notas y Aforismos* que siguen al ***Así hablaba Zaratustra*** dice: «No os habéis decidido a vivir, tenéis miedo y tembláis como niños que deben sumergirse en el agua. Y mientras tanto vuestro tiempo pasa y buscáis doctrinas que os digan: “Tened miedo y temblad ante ese mar llamado Vida”, y aprobáis esa enseñanza y morís enseguida. Pero antes, en el colmo del miedo, pedisteis que os reemplazaran esa vida que no vivís por una muerte en la que tampoco moriréis, oh desgraciados.»

Kyriakov, en cambio (en su ***edición*** ya citada, Leningrado, 1957), habla con fingida inocencia de la fuerza de un pueblo cuando descubre lo que no imaginaba: «Aquello que hasta ayer les parecía inalcanzable se transforma de pronto en necesidad que nadie acepta postergar. Y ninguna más acuciante que una vida duradera, como la que ya disfrutaban los monarcas. Lo que sorprende, en la historia de la Ciudad y las Tierras, no es que la hayan pedido; es que hayan pasado tantos siglos sin pedirla.» Por supuesto, cualquiera podría preguntarse por qué tanta sorpresa, teniendo en cuenta que el Soviet despojó a los rusos de esa prerrogativa que, supuestamente, poseían bajo la dominación cristiana de los Romanov. Pero Kyriakov podría contestar muy fácil que no está hablando de un objetivo en particular, sino de aquel objetivo — cualquiera sea— que se descubre de pronto y, además, que el renunciamiento a esa supervivencia cristiana se produjo «cuando el materialismo dialéctico y los esfuerzos de la vanguardia bolchevique abrieron los ojos a las enormes masas que sólo por su ignorancia toleraban el despotismo de los zares.» (José Stalin, ***Resumen de la Historia del Partido Comunista Ruso***, Moscú, 1937.)

Su pregunta, de todas formas, sigue siendo pertinente: ¿cómo fue que los habitantes

de la Ciudad y las Tierras pasaron tanto tiempo sin pensar en reclamar para sí lo máspreciado? ¿Cómo fue que vivieron en semejante resignación? Y, por otro lado, una vez que supuestamente conquistaron la vida larga: ¿cómo podían estar seguros de que realmente la tenían? ¿La palabra de sus gobernantes les merecía semejante confianza? Algunos de los poderosos mecanismos ideológicos que estamos describiendo nos ofrecen respuestas —muy parciales. <<

[55] «**una cantidad crítica, bastante grande... bastante grande**»: sobre este tema de la «cantidad crítica» de gente necesaria para llevar adelante una insurrección hay debates significativos en las *Actas* del Congreso de Basilea de la Primera Internacional, 1869 (buscar y citar). También referencias interesantes en Marx, *La Guerra civil en Francia*, su crónica periodística de la Comuna de París (Londres, 1871). En el prólogo a la tercera edición de *La Guerra*, Engels se mofa de los blanquistas, que «educados en la escuela de la conspiración, ligados por la estricta disciplina que les es propia, partían de la idea de que un número relativamente pequeño de hombres resueltos y bien organizados podía, llegado el momento, no sólo adueñarse del poder sino también, desplegando audacia y energía, mantenerse en él el tiempo suficiente como para arrastrar a la masa del pueblo a la revolución y reunirla alrededor de la pequeña tropa dirigente. Para eso, necesitaban antes que nada la más estricta centralización dictatorial en manos del nuevo gobierno revolucionario (...). Y la Comuna, felizmente, hizo todo lo contrario». Parece que Engels no había aprendido nada de la experiencia calchaqui. Recién Lenin supo recuperarla. Buscar las citas. <<

[56] «**Joaquín, el consejero de la Casa... el último más fiel**»: la historia es curiosa. En la pág. 532 se habla de un *Jacobo*, consejero de la Casa, padre de la Madre del Hijo, que habría sido un confidente de los largos. Aquí, el nombre del consejero de la Casa y padre de la madre se transformó en *Joaquín*, y es el último en guardar fidelidad a las tradiciones de la Ciudad. Oscar, es obvio, se equivoca y confunde las historias; puede que se le cruzara por la cabeza el Joaquín consejero de la Casa de su padre Ramón, gran conspirador —contra él— y, por supuesto, fiero guardián de las tradiciones de Calchaqui (sobre la traición de este Joaquín, [ver notas 9 y 41, cap. 4](#); sobre la belleza y excitación de conspirar y construir historias perfectas que parecen posibles, [ver nota 11, cap. 2](#)). <<

[57] «**este acto, la Larga para todos**»: hasta acá llega la versión consagrada en 1793 y retomada, de ahí en más, por todos los editores, incluido Kyriakov (sobre los avatares de las diversas ediciones, [ver nota 3, cap. 3](#)). Como queda dicho, no sabemos si fue el propio Saint-Just, el editor de 1793, el que llevó a cabo la amputación tan oportuna. Demasiado oportuna para ser casual: la perpetró, evidentemente, un personaje astuto y muy interesado que, creyendo ayudar a la causa, le hizo mucho mal. En todo caso, por esta falsificación, *La Destinée de la Révolte* fue leída, durante casi dos siglos, como el relato de una revolución insurreccional triunfante, que no sólo consiguió la vida larga para todos sino que, también, derrocó al soberano reinante y lo reemplazó por un líder surgido del seno del pueblo. El corte, como podemos ver, fue más que eficaz, y recién ahora los estudiosos y el público en general tendrán la oportunidad, gracias a nuestra edición, de conocer la verdad sobre la historia de la Ciudad y las Tierras y su revuelta inconclusa —¿y traicionada? <<

[58] «**le dio gran ataque de amor**»: es muy difícil saber qué quieren decir los escritos calchaquis cuando dicen «amor» —¿y los escritos castellanos? Ya queda dicho (ver notas 17 y 19, cap. 2) que el amor conyugal o el enamoramiento tal como los conocemos en el Occidente cristiano y postcristiano no eran la norma y que, cuando sucedían, se los contemplaba como una extraña desviación, que solía producir interrogantes y disgustos. La palabra «amor» aparece, sin embargo, muchas veces en los documentos estudiados: vaya a saber qué palabras calchaquis está traduciendo —somos esclavos del caballero des Thoucqueaux.

A menudo, «amor» aparece como vocativo: «—Me parece, digo, mis amores, que hay una muerte nueva», dice un vulgo en la página 20 —capítulo 1— cuando aparecen las muertes bellas y, de ahí en más, muchas otras veces. También se habla del amor de un soberano por su pueblo: «... mi padre Héctor, mi padre, en su inmensa humildad y como prueba de su gigante amor por sus vulgos y personas...» (pidió ser quemado), dice Oscar en la página 14.

Otra acepción posible es la del amor familiar, pero es cierto que en este caso Oscar está hablando de los bárbaros del oeste y sus curiosos ritos funerarios: «Se deleitan imaginando esos últimos cariños, cuando los suyos los corten, adoben, soben, preparen para la comida final: los regocija pensar en las manos queridas deshaciendo sus fibras, encontrando trocitos, acariciándolos hasta lo más íntimo: la imagen de este último amor les da tembleque», cuenta, en la página 65.

Los ejemplos, en cada caso, podrían multiplicarse, pero no vale la pena. En cambio, el intercambio físico entre dos personas casi nunca convoca a la palabra «amor». En una de esas raras ocasiones, Oscar dice de dos soldados que se mataban para deleite de los invitados del soberano 11, Mario: «Quizá querían escucharse respirar todavía. Olían a un amor de tantas horas» (cap. 1, pág. 44). Se trata, como queda dicho, de dos hombres, y no es casual.

Más adelante, en el capítulo 4, el «encuentro» —físico— se diferencia claramente del amor. Es el único pasaje de *La Historia* en que el amor es claramente el tema: «El encuentro es rabioso y es de naturaleza: el amor es distinto. El amor, por suerte, sucede casi nunca (...) Lo bueno del amor es que nunca es parejo. Está la forma sabida del amor, que les sucede a muchos: el amor por el hijo. Si supieran que el amor por el hijo es el modelo se quedarían más tranquilos; mi padre Raimundo, que se ocupaba tanto, solía preguntarse con la voz meliflua o engolada:

—Si todos los amores están tan condenados a ser cada vez más desaparejos, como es, cada cuarta, el amor por el hijo, ¿habría que empezar lo que tan mal termina?»

El amor, está claro, es un concepto confuso sobre el que no se intentan mayores



precisiones: Oscar intenta, sin gran éxito, relacionarlo con una supuesta «busca de la cara» (ver la historia del consejero Joaquín y su mujer, cap. 4, pág. 769). Sobre el «amor físico» —que los calchaquis llamarían *fornicio*— tenemos, en cambio, multitud de datos en un documento excepcional —donde, por supuesto, no aparece nunca la palabra «amor». Se trata del **Recetario** (ver nota 27, cap. 1, que transcribe uno de sus apéndices, el tan usado *Maneras de la Mano*).

El **Recetario** se presenta como un conjunto de consejos que alguien —un preceptor— habría dado a un Hijo —heredero— de un soberano, sin aclararnos cuál, en esa forma que la Europa clásica denominó «ad usum delphini».

Pero es probable que esa forma fuera un subterfugio y que el verdadero objetivo del libro fuese su circulación entre todos los habitantes de la Ciudad y las Tierras. En cualquier caso, más de un indicio nos hace pensar que el **Recetario** circulaba profusamente por Calchaqui, y que tenía influencia decisiva en las costumbres sexuales de sus habitantes.

Sin embargo, la probabilidad de que fuera realmente *ad usum delphini* se acrecienta porque el **Recetario** no tiene la forma clásica que toman estos libros en la Ciudad y las Tierras: ni siquiera empieza con una canción o poema introductorio. Tampoco tiene el orden y el cuidado por las definiciones que suelen caracterizar a estos escritos. El **Recetario**, obviamente, no ofrece recetas. Es más: enuncia la inutilidad de dar recetas, y dice que lo más que puede hacer es ejemplificar con casos que, a modo de parábolas morales, dejarían alguna enseñanza. Estos ejemplos tienen formas ligeramente diferentes. Es posible que se tratara, en verdad, al principio, de una serie de cuentos que un preceptor le contaba al heredero y que este —o cualquiera de sus sucesores— haya decidido difundirlos.

El **Recetario**, además de su valor intrínseco, comporta un agregado utilísimo para nuestros estudios: en la **edición Thoucqueaux**, de donde lo tomo, se presenta enriquecido por unas anotaciones que, según el caballero, serían las observaciones de Oscar: nada nos dice sobre cómo consiguió semejante documento —ni, tampoco, si eran apostillas manuscritas de Oscar o dictadas a Jushila— pero, por una vez, supongamos que las anotaciones son reales. Vamos a transcribir algunos fragmentos del **Recetario** —demasiado largo para citarlo por completo— junto con las anotaciones de Oscar, en bastardilla. El **Recetario** empieza con una invocación al heredero, de una pesadez discursiva muy francesa —que, seguramente, debemos a la mala traducción del caballero des Thoucqueaux:

«Señor:

Usted no se pregunta, porque usted no se pregunta esas cosas, qué hacer con los escalofríos que a veces lo sacuden: no se pregunta nada, pero igual lo sacuden. Todos en la ciudad se lo preguntan, salvo usted: a usted, que no se lo pregunta, le caben las respuestas.

Usted no se lo pregunta porque cree que no tiene para qué. Cree, supone: que las reglas no le importan porque no tiene que cumplir ninguna regla. Va a aprender, usted, que las reglas le importan porque nada más si sabe cuáles son, si elige cumplir o no cumplirlas, el placer de que no tengan que importarle va a ser suyo.

Usted tiene que saber, antes que nada, qué es fornicio, y empezamos con la forma corriente. Todos saben: fornicio es un desbarajuste en el espacio. Es decir: el choque de dos masas que pugnan por pasar del otro lado, o sea: que se disputan un espacio que está inmediato más allá del otro. Uno trata de engañar al otro para hacerle creer que va a pasar; el otro, al uno, para hacerle creer que tal vez pasa. Se fintan, se intrincan, se desvían, se apegan, se intercalan, se horadan, pero al final no pasan. En no poder pasar está el deleite. Fornicio es el deleite de no llegar al otro lado: atracción de eso que nunca se consigue. Siempre es así, pero nada es lo mismo, según: si va mujer con hombre, un hombre con un hombre, mujer con la mujer.

Usted podría creer que es igual porque todo es fornicio pero no es: como usted sabe bien, el fornicio es una excusa para inventar las diferencias.

Lo que importa es inventar las diferencias. Un suponer: nada más animales se fornican desnudos. Desnudos están los hombres y mujeres cuando comen, duermen, trabajan, venden, se despiojan, mueren: al fornicar deben ponerse algo, como ya diremos. Así, en cada campo, el arte del fornicio consiste en agregar sobre la base.

Un hombre con mujer reproduciendo es la manera en que se agrega menos. Un hombre puede verla y el pistón se le agita; a mujer, su válvula se le unta con sus jugos. Entonces, si es así, un hombre intenta y ya mujer intenta: se abre de sus piernas, un hombre inserta su pistón en la válvula untada y se sacuden con el compás que más o menos puedan. Al otro lado casi ni lo piensan. Después un hombre suelta sus homúnculos y queda. Si todo fuera así, sería como suponen los salvajes del oeste y los barbudos: que el fornicio es la forma en que un pistón vuelve a ser como un momento antes. Se altera por lo que sea y pasa a una situación en la que agrede y necesita: pierde el equilibrio. Entonces, dicen, es necesario devolverlo a su condición amable de colgajo. Para ellos, que no entienden mucho, el fornicio es la manera de restablecer la calma equilibrada: para que todo siga como antes.

Que siga como antes es la base de ellos. Señor, a nadie le interesa, si no es a los salvajes y barbudos.

Un hombre con mujer reproduciendo es la manera en que se agrega menos. Ni con la mano llegan al otro lado. Un hombre con mujer, decía, termina y vuelve a un equilibrio. Viene una mueca de la calma, de reconciliaciones. Un hombre con mujer no agrega, quita, porque lleva a un fin y entonces ya no deja camino: se acabó, ya quedó recorrido. Hombre con hombre o mujer con mujer no lleva a nada: agrega, siempre el desasosiego, eso que no se va a quedar completo. No lleva a un resultado y siempre sigue, tanteando el otro lado.

Un hombre con mujer reproduciendo es la manera en que se agrega menos, porque los dos tienen sus materias dispuestas, que bailan por sí mismas: saben. Sus materias, dispuestas, quieren hacer sin que les digan. Cuanta menos materia haya dispuesta, mayor el arte del fornicio: más agrega. Un hombre con un hombre agrega más; mujer con mujer, más todavía, porque hay menos. Un hombre con mujer haciendo como si no tuvieran la materia es el mejor de todos, porque pide ignorar lo que sí existe: simular que no hubiera.

Yo le digo, señor, con el respeto: no tengo mucho que decirle. Quizás usted espera, señor, que le diga unas reglas. Quizás usted leyó tratados, y cree que también podemos darle uno. No hay tratado posible; hay, ya va a ver, maneras y visiones. Nadie sabe lo que puede ser hecho: nadie sabe, por no saber, siquiera lo que hace. Nadie sabe cómo fornicaría su propio cuerpo si no hubiera otro cuerpo, y el otro no lo sabe tampoco: es el encuentro de lo que no se sabe de antemano, porque saberlo solo nadie puede, y estar con otro cuerpo cambia todo. Nadie sabe, le digo, mi respeto. Entonces hay muy poco. Entonces lo que hay son las historias que sabemos. Yo le cuento.

UNO

Fue problema con Joaquín y Jose que empezaron a buscarse algunas cuartas. No que se encontraban como al principio, sin querer: se buscaban, y mientras se buscaban podían pensar cómo sería.

Jose y Joaquín se parecían un poco: a la primera vista y después no. Los dos eran gordotes, bien armados, sus setenta estaciones y su nariz los dos muy condorita. Pero Jose se pasaba los días reparando los dientes de las máquinas: tenía un puesto en el mercado de arreglar mecanismos y se ocupaba de los más minucia. Era meticulado como nada, capaz de recordar cada repulgue de una nube llevada por el viento. Tenía su casa bien cuidada, su hija en ella, su hijo con la madre: todo en su lugar. No le importaba por demás el fornicio: lo hacía, cuando le daba, cada ocho días, como quien se lava, con alguna cantante de tugurio o un parroquiano que encontrara. Joaquín vendía las cosas más distintas. Según llegaran cosas en las caravanas, podía vender piedras de agua, ramas de canela, lana en ovillos, quesos de vicuña; era bueno vendiendo porque sabía dar la charla: era simpaticón. Cuando hablaba se le escurría saliva entre los labios, que se limpiaba con su mano del revés; sudaba torrentadas.

Ninguno de los dos había buscado nunca a nadie; no por nada: no se les ocurría. A casi nadie se le ocurre, ni hay por qué. Se habían visto en tugurios muchas veces; una, porque no había otros o por casualidad, se fueron de fornicio a la casa llena de cosas de Joaquín, y se pasaron esa noche buena. Después cada tanto se encontraron en el mismo tugurio, en el arrabal de la puerta del Norte, y varias veces se fueron juntos de fornicio. Lo disfrutaban: se adivinaban mucho los intentos. Después fue que

empezaron a buscarse: iban a ese tugurio a ver si el otro estaba. Entonces, mientras pensaban en buscarse, empezaron a imaginarse para qué querían el encuentro. Entre dos hombres muchas maneras son probables: Jose y Joaquín se encontraban en el tugurio y se ponían a discutir esas maneras. Jose solía empezar primero, lo que tenía muy pensado:

—Sería lo mejor que usted se arrodillara de cara a la pared y yo, parado, digo, bien parado, le refriego mi pistón por el cuello.

—¿Lejos de todo agujero, por el cuello?

—Alejado, un momento. Después usted se da la vuelta, arrodillado, y hace para agarrarlo con la boca: como para atraparlo, digo, a mordiscones, pero no lo consigue. Usted a mordiscones y yo con caderazos se lo hurto.

—Puede ser que usted consiga hurtarlo; también que yo lo muerda.

—No, no es de puede ser: es que lo hurto, digo: usted no alcanza.

—¿Y si lo alcanzo, digo?

—Usted se viene equivocando. Si lo alcanza es que fue equivocado: entonces tiene que regodearse mi pistón con la boca, chupetearlo mientras me agarra mi ojete con sus manos y se aprieta su cara bien contra mi panza y con su dedo un poco me hurguetea.

—¿Y usted tiene su pistón bien duro?

—Lo duro pero sin alardes, digo: para que no se crea.

—Yo lo hago, digo, pero después me paro y se arrodilla usted y hacemos otra vez igual todo con mi pistón bien en su cara.

—No, igual todo no es, porque después cambia a distinto. Usted está arrodillado y yo camino, digo, doy medio paso...

—No, usted qué sabe. No es así, digo: no es. En verdad lo que estamos es los dos parados; usted me abraza por detrás y me guarda su pistón en mi ojete y el mío me lo agarra con dos manos, digo: bastante achicharrado. Así se queda, como si todo el tiempo estuviera a punto de moverse, digo, a punto de sacudirme pero no hace nada.

Jose y Joaquín se hablaban sin mirarse ni tocarse y con la voz sin inflexiones. Más allá cantaba la cantante:

—Y entonces usted se mueve despacio, nada más la cintura...

—No. Entonces nos quedamos los dos parados como estamos, digo, quietos como estamos por un rato, y al primero que se le caiga su pistón o desfallezca, el otro le puede hacer masajes con ungüento en la espalda, bien mojados.

—Así que usted me hace masajes bien mojados. Entonces después yo me doy vuelta:

yo estoy acostado boca arriba y arriba mío usted, en horcajadas. Nos movemos un poco, a redondeles, nos frotamos las panzas y después se inclina y me besa en la lengua como hacen las mujeres.

—Nos quedamos un rato de lenguas como las mujeres y usted mientras lo lamo canta...

—No, usted canta.

—¿Mientras lo lamo?

—Mientras me lame canta y yo le pongo de a poco en su ojete el pistón de madera, digo, el blanco. Y usted canta más fuerte, como si nada le gustara y yo más le hundo el blanco y usted ya no se sabe si canta o alarida pero yo sé que canta, que lo otro es nada más porque arreglamos.

—Y usted me saca el blanco, digo: si hay sangre se la toma...

No se miraban, mientras se hablaban, ni se tocaban ni la voz les cambiaba. La cantante seguía y ellos también seguían, tanto rato, a veces hasta que amanecía. Después, algunas noches, tenían que irse de fornicio a la casa de uno y hacer alguna de las cosas: si no, las discusiones no tenían sentido. No hacían tantas. Era fornicio para poder seguir las discusiones.

Digo: entre dos hombres —o entre dos mujeres— la negociación puede ser pertinaz. Cualquiera de los dos puede hacer lo que el otro podría: no hay mecánicas fijas ni diferencias en sus cuerpos, entonces tienen que negociar todo el tiempo, de palabra o de hecho, lo que hacen. Esto desencadena el arte del fornicio; entre un hombre y mujer, en cambio, hay fatalidades. Necesitan negociar mucho menos. Por eso, entre ellos es menos arte que resignación.

*(Comentario de Oscar: peligros, son casi como Padres. No veo por qué se quejan. Quizá no saben que la fuerza es decir lo que hacer se podría: hacerlo es menos, es más que nada para débiles. Me gusta la manera, pero yo no puedo: sólo entre iguales es posible. ¿Es más arte cuando se hace entre iguales, porque hay que simular las diferencias? Yo no puedo. Podía, si acaso, de muy chico, con algunos soldados arrojados, como el que me llevó a pasear esa vez por el mercado y después me decía que lo usara como si él fuera mi madre o le pegara como a mi padre yo querría o le mamara su pistón como si yo de nuevo fuera yo, perdido. Ahora casi Padre ya no puedo: ¿a quién encuentro que me discuta lo que le digo que haga? Y si discute, es que está simulando. Bien, si simula, ¿no es más arte? ¿Será que para mí cualquier fornicio es bien más arte, porque simulan todos, tienen que simular siempre conmigo?)*

CUATRO

La gorda lo miró otra vez y no creía. La gorda era portento: ríos de lava su panza derramada sobre los pliegues de sus ancas, collar de gruesas caracolas los colgajos de carnes de sus brazos, melón su cuello, largos látigos de puntas estrelladas sus dos mamas, puercos poros impuros los recovecos de sus piernas, columnas de la casa oblonga cuya entrada eternas grasas bien custodian.

La gorda, como suele ser, sabía que era portento: se dejaba mecer apenas por el aire, respingo nada más, como quien sabe que con un gesto entero podría revolver la tierra. Si no después, enternecida, haciendo la piedad, abría grande su boca para que se le notara el diente solo: como quien dice no se crea que soy de tan perfecta una pintura. Insistía, pero no llegaba a creer lo que veía: Javier no estaba duro ni de lejos. Javier suspiraba, respiraba, jadeaba casi, recostado sobre las pieles de vicuña y panza de la gorda, echada, majestuosa y él trepado, pero no estaba duro ni de lejos. La gorda le preguntó qué le pasa, señor, y Javier no le decía palabras. Levantaba sus hombros, levantaba sus cejas y se miraba el pistón fofo con cara de compasivo o resignado. Después habló:

—A veces es así, le digo, pero menos así si usted pudiera.

La gorda se dijo que seguro podía y empezó a restregarlo con todos sus repliegues: le frotó nalgas en el pecho y la cara, le recorrió las piernas untando jugo de su válvula, le anudó mamas alrededor de su pistón, le relamió los brazos y el sobaco como un final de sopa; por terminar le agarró otra vez el pistón fofo y se lo pasaba por paladar lengua y encías como se come un higo: rechupando. Lo aplastaba suave contra el adentro de un carrillo, lo rasqueteaba con su diente solo, le incrustaba en el ojo la puntita aguzada de su lengua, se lo acunaba, y nada. Fofo, lo más fofo, le seguía quedando. Javier, a todo esto, resoplaba. Después habló:

—Muy cerca estuvo, primor, está muy cerca. Nunca nadie tan cerca, le digo: casi nunca.

La gorda estaba sin aliento. Se pasó el fofo a una manaza y agarró buen perfume de un cuenco, al lado de las pieles. Era una pasta espesa, con esencia de camarón y hierbabuena: se metió cantidad en la boca y, con su boca, le llenó a Javier el cuerpo de perfume. Javier olía a placeres. Boca arriba, soplando o resoplando, Javier ponía unas caras sorprendentes, y su pistón seguía en lo fofo. La gorda tuvo un de repente y casi se lo estruja con la manaza en un apriete: brutal, como se mata un pajarito. Se contuvo. Pensó que quizás era mirar que le gustaba. Apoyada en sus brazos, murmurando, la gorda se paró.

—Ahora va a ver, señor, mi pobrecito, lo que nunca había visto.

La gorda no tenía pelo en la cabeza y, para agitar más viento, se ató un pañuelo verde. Entonces empezó, tranquila: casi sin moverse, sin despegar los pies del suelo, se pasaba las manos por la panza golpeteando la panza con los dedos: como quien

cosquillea o tamborilla. Después, sin despegar los pies del suelo, empezó a bambolearse; con sus manos se agarraba el triángulo y, de a poco, como quien no está haciendo, se fue hundiendo en su válvula su dedo. Enseguida dos dedos; después, cuatro. Se bamboleaba más, ya redondeando. Después toda la mano se metía, la boca con su diente grande abría, con la otra mano mamas retorció, jadeaba lo bastante. La gorda se bamboleaba en frenesí, jadeaba en frenesí, las carnes se le agitaban por salirse, se escapaban de ella, la azotaban, y había perdido en su válvula su mano. La gorda estaba tremebunda; Javier, pistón bien fofo, la miraba echado. También se sonreía: era simpático. Después habló:

—Ay, pero así tan tan tan cerca... ¡Qué gusto, mi señora, qué momento!

La gorda resbalaba. Cuando volvió, la gorda pensó que lo quería matar o que se iba a sacar de un piñazo el diente solo. Alguno, por castigo. Después pensó que podía pensar la última idea, y se le ocurrió una:

—Quizá, mi tirifil, si usted hace de mujer también, mujer con otra mujer, así sí hacemos.

—¿Y cómo sería que yo hiciera mujer?

—Hombre, no sabe nada. Mujer haría si nos diéramos chupines una y otra en las lenguas.

Javier le sonrió: condescendía. Bufadora, la gorda volvió a las pieles de vicuña, se echó encima de Javier, con toda la carne de su panza y látigos sus mamas encima de Javier, una pierna columna encima de su pistón fofo, y empezó a darle chupines en la lengua. Un rato largo se pasaron, chupines en la lengua. Así hacen las mujeres: se meten largas lenguas en sus bocas, las chupan en sus bocas, las mordisquean con gracia, las salivan, baban las lenguas en sus bocas, enredan lenguas en sus bocas, tragan lenguas hasta que se ahogan, se degluten por lenguas: es la penetración que tienen, junto con dedos y pistones blancos. La gorda con la lengua de Javier se hacía el bocado. La chupeteaba con encono: la iba afinando con su succión de gruesa. En un momento, corto, le pareció que el pistón de Javier endurecía: fue de nada. Al cabo, la gorda le escupió la lengua para afuera, se dio media vuelta. Echada de espalda sobre pieles, resopló:

—Señor, mi panfilia más pan: estoy perdida.

Fue entonces cuando Javier, con carcajada, se le trepó encima, con su pistón tremendo de tan duro, y la ensartó de las cavernas. La gorda quiso gritar pero, por si las moscas, se quedó callada. Javier, callado, la fornicó por horas.

Digo: es muy arte, simular que no hay pistón para hacerse un pistón: que no hay fornicio para que explote grande y fuerte. Javier, en esta historia, hace esfuerzos tremendos, encomiables: resiste hasta el final, contrariando el impulso, que es de

bestias, para hacerlo en regla con el arte. Es admirable. Así sí puede empezar a pasar del otro lado.

*(Comentario de Oscar: no cuentan si al final echa lo suyo. ¿Es arte lo que nunca se suelta? Como si yo quisiera hacer un tiempo para siempre. ¿Yo puedo hacer un tiempo para siempre? ¿Por qué no? Bien que Rubén nos metió en una historia para siempre, cuando aceptó la Larga y desde entonces. Pero Javier debe ser débil: insiste demasiado en que fornicar cuando quiere, en que el fornicio es suyo. Por demás trata de que la gorda vea su fuerza: no debe estar tranquilo. Si no se resistiera, ¿sería suyo también? ¿Es de dos, un fornicio? ¿Fornicio es de uno solo, y el otro va y lo acepta? ¿O son dos, siempre dos, uno de cada uno?)*

NUEVE

—Si no me marca qué me queda. No digo grandes marcas: el negruzco en el cuello de que no mama nada más mis puntas, los labios lánguidos de retorcerlos con los dedos, los rasguños en la espalda que no dibujen paralelas, los mechones de pelo arrancados de que se desespera cuando mi cuerpo se le escapa, mi ojete amoratado de amarlo, las narices paspadas de meterles lengua, los ojos rojos de los masajes de pulgares. Después al otro día puedo mirarme las marcas y acordarme, digo: un meneo mirándome las marcas; también pasear las marcas y los demás conocen y me envidian.

—Tontainas pero con vanidad, bastante, sin las dudas. Va al fornicio así después le ven que estuvo, será que puede ser.

—¿Y entonces marcas que nadie pueda ver o si las ve no reconozca, digo: que no sepa de qué se me imprimieron? ¿Marcas como rayitas, como una picadura, que el arte fuera hacer las marcas que otras cosas podrían hacer pero yo sé que son de eso?

—Sí, conozco, sin las dudas, ya conozco: conocí que hay pánfilos que se creen que no estuvieron de fornicio si no les quedan marcas. Hay otros que se quedan mirándose su caca después de un buen banquete y otros que no se enteran que pelearon si no les queda el cuerpo de un enemigo que patear: son más o menos como los bárbaros del norte. Digo: como si la música se quedara sonando más de lo que dura o se volviera plumas en el aire. El fornicio tiene de tan bueno que de él no queda nada: el que sí quiere, después, con permanencia, puede acordarse de un fornicio como quiera. Fornicar por marcas sería comer por esa caca, pelear por la patada, cantar por plumas en el aire.

—¿Prefiere, bagre, no fornicarnos más?

—Ni prefiero ni no lo prefiero, ni otra cosa ni esta, panfiladas. ¿Puedo hundirle unos dedos bien hundidos, y marcarle de adentro?

—¿Y cómo sé que están?



—¿Y cómo sabe, si no están, que no las tiene?

Digo: los rastros de un fornicio son imperceptibles, también cuando se ven. Lo que se ve no es lo que hay, en ningún caso. Da lo mismo si son hombres con hombres o con mujeres o con mujeres estas: salvo si es hombre con mujer reproduciendo, que deja marca en el bebe que viene. Hacer las marcas es hacer como quien reproduce. Usarlo para dejar marcas es subterfugio de pequeños pavos: son los que temen no tenerlo si lo usaron. Los que se comen una fruta guardándose la cáscara. El uso está desparramado en la Ciudad, de buscarse las marcas: no es de buenos. Los de las marcas no llegan a ver siquiera el otro lado.

*(Comentario de Oscar: al final negocian. Se arreglan, le hago una que no se vea, no le hago una que podría no verse: se las van arreglando. ¿Será parte del arte entrar en los arreglos? ¿La fuerza, entonces, mi fuerza, si no arreglo no es arte? Yo no creo que sea. Me suena que el arreglo desmerece. No entiendo por qué las marcas le parecen al preceptor tan feas. Si quiere arte, bueno sería hacer marcas falsas. Que quien fornicia se aproveche del idioma que hay: rasguños en la espalda significan que no lo deja irse, moretón en el cuello es que ella fue y se escondió ahí para no ver, nariz amoratada es mamada larguísima y así. Las marcas no serían de jactarse sino de hacer ver a los otros para que lo inventen: que otros inventen un fornicio de uno, que está nada más en la imaginación del que le ve las marcas. Es bien arte. Ahí sí pasó del otro lado, porque nunca estuvo de este, no tuvo la oposición del otro cuerpo.*

*Para tal cosa, las mejores son esas que se dejan pelos en el vientre, para hacer como que están tapando marcas todo el tiempo: como que siempre esconden algo: cualquiera que las ve ya está inventando, y ellas fornican más que nadie, en los inventos. Es arte: mucho arte.)*

#### CATORCE

Ana era bastante rica y nunca fornicaba con cualquiera que hablara nuestra lengua. No siempre podía encontrar que no la hablaban: buscaba en el mercado, entre las caravanas que volvían, y a veces se pasaba medio día parada en una puerta de Calchaqui. Otras veces mandaba a un sirviente a que le consiguiera. Ana era una traficante de bastante respeto; era persona y también tenía tierras, en el este, donde crecían maíces. A Ana no le importaba mucho cómo fuera el fornicio. Lo hacía rápido, se desahogaba y después empezaba sus cuentos. Ana contaba cómo había engañado a un consejero de la Casa diciéndole que sabía de buena fuente que el tiempo del siguiente Padre iba a ser reactivo, o cómo había engañado a otro que los precios del ámbar iban a despeñarse, o a otro con una historia de la invasión de los barbudos. Ana no ganaba bienes con sus cuentos: no quería usarlos para ganar bienes, nada más para el placer de tener engañados a los que se creían los dueños de la fuerza. Le gustaba saber que les mentía, pero odiaba no tener a quién contarle. No le

podía contar a alguien de la Ciudad porque se le hubieran acabado pronto los engaños: entonces se lo contaba al que tuviera en sus pieles después de los fornicios, si no sabía la lengua. A veces, Ana sospechaba que sí sabía la lengua. Si sabía, estaba entendiendo la historia del engaño: entonces su jactancia era más, pero era más el riesgo. Le gustaba que la duda le quedara. Después de contarle, repetían el fornicio con un buen desenfreno; después, cuando el hombre o la mujer se iban, Ana se quedaba dos o tres días bien transida, esperando lo que podía pasarle. Le gustaba pensar que era tan buena para engañar pero que, ahí, se había entregado. Decía que el arte del fornicio es quedar sin salida. Le gustaba más con un hombre, o con una mujer que también la atravesara con un pistón de plástico.

Digo: ¿qué importa si era mujer u hombre? Muchas veces no importa. Cuando sí importa es menos arte: menos lo que se crea y más lo que ya viene en la materia; más difícil pasar del otro lado.

*(Comentario de Oscar: desesperada Ana: lo que le gusta del fornicio es que va y queda expuesta. Ana quería hacerse hombre: entregarse del todo en el fornicio. Eso hacen los hombres, que se acaban y quedan, ya no tienen la fuerza. Mujeres siempre tienen. ¿Será que no puedo ser hombre si no puedo entregarme, quedarme expuesto en un fornicio? ¿Cómo es que haría para quedar expuesto, siendo el Hijo, siendo después el Padre? ¿En un fornicio con consejero, quedaría? ¿O de nuevo inventando, simulando, fornicando con uno que no sepa y tratando de no saber, tampoco yo, por un momento? ¿Se puede un tal momento? Me lo dudo.)*

#### VEINTISÉIS

Cuando busca, Nora busca antes que nada una que tenga la tela puesta igual. En el mercado, en la puerta del Este, en un tugurio encuentra muchas: no hay tantas formas de poner las telas. Entonces le mira los tobillos de una manera así; a veces, la otra le mira los tobillos de la misma manera: Nora la invita, se la lleva, se cree que entendió.

A veces se equivoca y otras no. En su casa, Nora no tiene ni un espejo. Tiene una tina grande, para bañarse con pescados, su máquina de música, velas, desparramadas pieles. Nora es arquitecta y hace muchas casas; la suya la hizo otro. En su casa, Nora le acaricia por primera vez el ombligo con su mano izquierda; la otra, cuando no se equivoca, le acaricia el ombligo con su mano izquierda. Nora tiene su escalofrío: le sorbe la puntita de la mama con los labios pompa; la otra, si entendió lo bastante, le sorbe la puntita de la mama con los labios pompa. La manera es difícil: se entrelazan. Nora respira tres bocanadas largas y una corta, que le sale más ronca; la otra, con conciencia, tres bocanadas largas y una corta, que le sale más ronca. Respirando se saben: si se hablaran, se estarían informando.

Entonces Nora, por ejemplo, le busca con la nariz el botón de la válvula y lo frota; la otra, que ya sabe, le busca con la nariz el botón de la válvula y lo frota. Se refrotan

botones con borbotones de la misma baba. La otra, si entendió del todo, empieza algo: le revuelve a Nora con uno de sus dedos fondito del ojete, circular y despacio; Nora se pierde de alegría y le revuelve con uno de sus dedos fondito del ojete, circular y despacio. Nora se pierde, la otra también se pierde. Una hace lo que la otra y otra y una; refriegan mamas contra mamas largas, llenas como las mismas, como las mismas gordas derramadas, esponjosas como las mismas para las mismas manos, se sacuden en ellas, se arquean por el dedo en el fondito, el dedo mismo en el fondito mismo, se restriegan el botón con la nariz puntuda, mismo botón y nariz misma, se rascan las cabezas y las aprietan contra ancas, propia cabeza y anca propia, se hunden en el olor más de la infancia, se respiran tres cortas y ninguna larga, se babea los brutos borbotones, se aprietan golpetean desesperan, se pegan piel mojada y piel mojada, se ven como sí misma con sí misma, se retuercen y caen, juntas, juntas, más mismas.

Si enseguida de caer y cambiar de tres cortas a tres largas lánguidas, Nora o la otra le acaricia, por ejemplo, a la otra o Nora la panza con el verso de la mano, puede que Nora o la otra le acaricien también a la otra o Nora la panza con el verso de la mano. Si es así, a veces, no siempre, se quedan abrochadas, y siguen siendo sí misma con sí misma muchas horas, duermen igual, beben igual, descansan, igual se dejan las miradas. Cuando es así —no siempre, no muchas veces, pero algunas— es muy difícil que, después, cada una, vuelva a saber quién era bien exacto.

Digo: hay bárbaros. Sobre todo en el norte y el oeste, pero también en las Tierras y en la Ciudad hay bárbaros. Hay, todavía, que buscan lo más lejos: hombres enclenques con mujeres gordísimas, mujeres muy personas con hombres de rudeza, como si cada uno tuviera que ser lo más contrario. Sospechosos, resultan: buscan algo tan lejos que no deben gustarse; con uno tan distinto nunca se puede pasar del otro lado. Son tan distintos que no les queda más remedio que hacer hijo, para ver si encuentran lo común. El que busca lo que se le parece debe ser que se gusta, y busca en el fornicio fornicar con sí mismo. Un hombre mama su pistón cuando mama el de bastante semejante; esa mujer apretuja caderas de sí misma.

*(Comentario de Oscar: ¿yo no tengo esperanzas? Para conseguir uno como yo tendría que deshacerme primero de mí, irme por ahí disfrazado o sin mi nombre. Entonces encontraría y lo que encontraría no sería uno como yo, sino como ese yo con un disfraz. Más arte, otra vez, más: parece que no puedo sino hacer más arte. Pero yo sé que el peligro del igual que es falso: me acuerdo de la caza de mi aceptación, cuando el guanaco cae en la trampa de pensar que es igual ese cuerno y ese bramido de guanaco, y se cae en la trampa. Yo me acuerdo, y sé que le costó al guanaco caro; a mí, por otras cosas, me costó bastante. Me gusta, de esta Nora, que le cuente respirando cómo va, y que la otra le cuente respirando. Que no le informe, dice: que se sepan. Tendría que encontrar las maneras de decir sin palabras, como si fuera respirando. ¿Decir mi tiempo sin palabras, yo quizá, podría?)*

—Usted va a ser mi idea, si le parece, digo.

—¿Yo, su idea? ¿Usted está bartolo?

—Usted, mi idea.

—¿Yo, la más descomunal del barrio, repleta de mis carnes, tan llena que me voy de mí de vez en cuando, digo, por no ocupar más sitio? Usted es recio tirifilo.

—Señora: tirifilo, quién sabe... Recio, no.

—Tirifilo y payuca. ¿De dónde es, usted, del fondo de los fondos?

—Desde el sur de las Tierras, le digo, cerca de las Salinas, me vengo por buscarla.

—¿Buscarme, payuquero, a mí? ¡Quién dice a mí, dice bastante!

—Señora, con su calma, le platico y le digo: vivo de siempre cerca de las Salinas, donde vivieron los primeros. Allá, le digo, la luz es una luz, no como acá: pedacitos de oscuridad perdida. Allá la luz nos muestra demasiado, dice todo, digo, y hay animales que nos conocen desde sus abuelos. Sabemos vivir, allá, cerca de las Salinas; cada cual en su casa, despacio, con su tiempo, y cerca en la otra casa una mujer. Después, a varios días, nada nada.

—¿A varios días me dice, tirifilo?

—A varios días le vengo platicando, mi señora.

—¡Ni suya ni chapines! ¿Y se fornican cómo, si a varios días nada nada?

—De eso le hablaba, mi señora. Fornicio hacemos, cada cual con cada, el que vive en la casa cerca con la que vive cerca, en la otra casa. Yo siempre hice con esa: cuarenta y ocho estaciones van, muy buenas, que fornico con esa: no puedo más ni más. Digo: que me fornique usted, señora, necesito.

—¿Yo? ¿Para qué yo?

—Se lo digo, le platico, tal que lo había pensado muchas veces: para ser todas las mujeres, mi señora, una idea.

Digo: tiene razón, más que razón el campesino. Recalcitrantes, pocos en la Ciudad, más en las Tierras, que fornicaron siempre con el mismo, están pegados. Es obsceno y amenaza tradiciones: el que fornicaba siempre con otro que no cambia fornicaba con ese sujeto y no tiene forma de escaparse de él. Fornicar con distintos es la única manera de abstraerse, de no pegarse a la realidad de ese sujeto: no cambiar humores con un sujeto sino con una idea, la idea de mujer o de hombre que se encarnan un rato. El que fornicaba con la realidad de algún sujeto no puede llegar ni a rozar el otro lado: cuerpo más que macizo se lo impide. La idea es más sibilina, pero a veces más fácil

se atraviesa.

*(Comentario de Oscar: no sabía que por eso se decía “mi idea”. Debe venir de este cuento. Hay cosas raras, errores en la historia. Cuando Anita, la pobre del soldado, me decía “mi idea”, no me estaba diciendo que ocupaba sus pensamientos sin parar sino que era el número cuarenta y ocho cientos, uno de los que hacían de cada uno de nosotros una parte despreciable de la idea. Anita, pobre, no es que me mentía: yo le escuchaba una mentira, que ella no me decía.*

*Igual, este payuca me confunde. Me parece que es como si fornicara con su misma, si fornicaba a la gorda que quería: la fornicaba para alejarse de la otra, para la otra la fornicaba. Sería, me parece, como un caso raro de esos fornicios con tercero: cuando alguien acaricia a alguien para que este alguien acaricie a un tercero, y el tercero ensarta al segundo para que el segundo de la misma forma lo ensarte al primero, y así siguen. El del medio es un medio, manera de encontrarse de primero y tercero. Nunca lo hice: me dijeron que también se puede hacer de cinco. ¿Será lo mismo, cuando me dice que haga algo un consejero?)*

#### CUARENTA Y UNO

Jaime, cuando se llevaba a alguno de fornicio a su casa, fuera soldado, vicuñero o changarines del mercado, los ponía a fornicar con una bella más que gorda, sirvienta que tenía. El invitado se regocijaba. Jaime odiaba los fornicios con mujer: se obligaba a mirarlos, y el arte que tenía era borrar a la mujer con la mirada: ver nada más al otro como si con el aire se enlazara. Jaime lo miraba debatirse loco, sin contra qué, horas, y lo alentaba. Después, pasado el asco, cuando el otro quedaba exhausto de cansado, lo daba vuelta, lo montaba, y le guardaba bien adentro de su ojete el pistón, muy deferente. Lo fornicaba con el tiempo, hablándole al oído. Decía, y le decía, que era para enseñarle; le decía:

—De tanto fornicar con mujer, usted, ahora, se le parece más que nada.

Después se echaba ojete arriba pero con el cuello retorcido lo miraba. Le decía:

—A ver, ahora, usted, venga y me ensarta.

El otro, muchas veces, no podía, exhausto de cansado. A Jaime le encantaba. Le daba gusto, y además sabía que el otro lo iba a buscar otras veces, le iba a intentar fornicio y él lo iba a mirar para decirle:

—Ahora ya no, ya estuvo. Ya una vez le pedí, le digo, y usted nada.

Digo: razón de los soldados, que dicen que fornicar siempre hombre con mujer hace que el hombre se amujere, y la mujer se ahombre. Fornicar con lo otro tiene el problema de que se mezcla mucho uno: se va yendo. Un fornicio es de cambiarse cosas: en un fornicio, toda amabilidad se paga. O se queda debiendo —mejor cuando

se queda. El invitado tan contento, feliz estaba con su gorda, y después no pudo ser recíproco y le quedó debiendo. Agregó algo: le quedó debiendo. El fornicio es bien arte si agrega algo que no estaba.

*(Comentario de Oscar: hay que saber pedirle muy amable a los demás lo que no pueden dar. Es un arte mayor: en el fornicio. Conmigo, el problema es que no pueden elegir entre dárme lo y no: tienen que dárme lo. Fuera del fornicio: también para mandarlos. Si puedo pedirle a consejeros lo que no pueden darme, los traigo de la mano. ¿Qué pasa si me piden a mí lo que no puedo dar? Tengo la ventaja: puedo decir que es que no quiero. Yo puedo no querer; ellos no pueden.)*

#### CUARENTA Y SIETE

Ponerse de acuerdo para hacer un fornicio nunca es muy difícil pero, a veces, es más fácil todavía. Es bueno saber cuándo o, decir más: con quién.

— con el soldado viejo, porque siempre quiere.

— con el traficante que ganó un negocio, porque se cree que tiene que festejar con el fornicio.

— con la cantante de tugurios que canta con sus plumas, porque las plumas la calientan.

— con el chico que acaba de pasar su aceptación, porque quiere saber cómo haría un fornicio siendo hombre.

— con la biógrafa que está por empezar a vivir con un tema, porque quiere despedirse de su mundo.

— con el carnicero cuando termina de cortar sus presas, porque quiere cuerpo que no se le despiece entre las manos.

— con el más bajo de una fiesta, porque el orgullo no le deja negarse.

— con la hija del pánfilo recién muerto, porque quiere poner su cara en algún cuerpo.

— con el hijo de la pánfila recién muerta, porque quiere saber si ahora sí le gusta.

— con el vendedor de telas malas, porque cree que así le va a vender una tela al que fornicie.

— con la flaca, porque nadie quiere.

— con la nena justo antes que la acepten, porque nunca más va a poder fornicar como nena.

— con el escritor de panfletos para los meneos, porque siempre necesita más escenas para cuentos.

- con el pintor de frescos, porque cree que en el fornicio va a ver colores nuevos.
- con la incompleta de una pierna, porque siempre tiene que mostrar que son mejores.
- con la madre de un hijo recién aceptado, porque está desolada.
- con la madre de una hija recién aceptada, porque ya se ha deshecho y quiere festejar.
- con el padre de un hijo recién aceptado, porque quiere ver si todavía es el más fuerte.
- con el padre de una hija recién aceptada, porque cualquiera va a ser mejor que esa engreída.
- con el arquitecto que se le derrumbó la casa, porque no quiere pensar enseguida si se escapa o no.
- con la dueña de un oso bien domado, porque todo es tan fácil con el oso que supone que alguna vez debe arriesgarse.
- con la que usa un perfume de invento, porque le da igual todo.
- con la agonizante, porque quiere morir haciendo algo.
- con el que cree que fornicia muy bien, porque busca quien se lo confirme.
- con la que cree que fornicia muy bien, porque busca nuevos desafíos.
- con el enfermo grave, porque no sabe si le quedan otras veces.
- y casi todo el resto.

Digo: lo bueno de las listas es que todos están en cada lista. Como en cada fornicio: todos están, el arte es que estén todos. Todos estén, como presencias de otros tiempos. Cada presencia sacada de un fornicio por los dos o tres o más que estén haciendo ese fornicio entonces, es derrota. Los que fornican tienen que permitir ahí a todos lo que puedan, que sirvan, que recuerden. Cada fornicio, para manotear el otro lado, tiene que estar hecho de muchos otros, previos y posteriores.

*(Oscar: si lo sabré yo. Entonces, un fornicio viene a ser también como ser Padre: uno más en la lista, la encarnación de todos.)*

#### CINCUENTA Y CINCO

Cuentan que empezó cuando Jacobo tuvo al enemigo tan brutal que se quedó baldado, sin poder moverse. Jacobo era de los astutos: era un gran vendedor de perfumes de invento a los del norte, de cualquier cosa sabía hacer leyenda y a veces aconsejaba consejeros. Cuando quedó baldado, primero pasó sus estaciones sufriendo

lo bastante. Después volvió a pensar. No que sufrir no sea pensar, bien al contrario: sufrir es pensar en una cosa sola.

Tenía bienes. Jacobo contrató unos hombres y mujeres, vulgos y personas, para que le contaran a quien fuera que fornicar era de estarse quieto. Que sólo se movían los bárbaros.

—... y los animales, digo: viera cómo se mueven.

—Es otra cosa: no pueden no moverse, digo: no les da.

—Hombres podemos, mi vecino: por eso, cuando no nos movemos nos hacemos distintos.

—¿Hombres, quiere decir?

—Hombres y mujeres, digo y quiero: distintos de animales.

—¿Más gozosos?

El tema se volvió la fiebre de Calchaqui. En pocos días, muchos de la Ciudad sabían que para fornicar quieto no había mejor que ese Jacobo, que estaba quieto más que nadie.

—¿Pero nos va a servir, tan quieto y sin querer?

—En cuanto lo pruebe, digo, mi vecino, nada más va a querer que el sin querer.

Jacobo se convirtió en la aspiración de todos los fornicios. Mujeres con hombres, hombres con hombres, hasta mujeres con mujeres se fornicaban y lamentaban que no fuera con él. Era presencia para todos. Los que llegaban hasta él exultaban ya antes. Jacobo aprovechaba y les hacía hacerle cosas: ellos, entusiastas, sobrecogidos de la emoción de haber llegado.

Era goloso: los hacía llenarle panza, pistón y muslos de comida: a veces, guisos muy calientes, que no lo quemaban. Se divertía de ver cómo él o ella se achicharraban la lengua para comerlo, porque él los apuraba:

—¡Otro que no sabe ni comerme un guiso, panfilismo! No se va a pasar la cuarta en eso, que otros llegan.

Otras veces lo llenaban de pulpa de higo muy maduro o tiritas de gallinazo mezcladas con remolacha y miel: lo más pringoso y de colores. Jacobo les pedía que le llenaran con la lengua su lengua de sabores; algunos, que iban mucho, tenían una comida de ellos solos, para identificarse. Papilla de camarón de río era un soldado viejo; leche de mulita con sus hierbas era una cantante de tugurios buenos, sibilina; picadillo de nueces en un puré de papa y hierbabuena era un pintor de frescos.

Después, estando ya comidos, les pedía que lo dieran vuelta y lo ensartaran —con pistón si era hombre, con dedos si mujer, o pistón blanco. Era un momento entero:



Jacobo hacía apagar todas las luces, no entraba música ni ruidos, alrededor más nada se movía. Jacobo lo sentía apenas: más oía la respiración del otro, bien sobrecogida, y el olor de excitación del otro, y el temblor que le daba: Jacobo los disfrutaba tanto. Estaban concentrados, reconcentrados, esperando: con los ojos cerradísimos, muy quietos, esperando; con el miedo de cualquier movimiento que arruinara, con su pistón o dedo o blanco bien hundidos en esa masa más que quieta, esperando. Cuando algo se movía, o les parecía que se movía, lo disfrutaban tanto. Con gran esfuerzo, algunas veces, Jacobo se movía un casi nada: lo que crece una uña en medio día. Entonces era el acabóse, y él o ella juraban que nunca había sido tan tremendo. Cada día había más: Jacobo ya desfallecía. Otros trataron de baldarse; uno, una tercera de calor, ahogó a Jacobo con un trapo mojado. Había querido obligarlo a que le mamara su pistón, primero, pero Jacobo lo mordió y se lo dejó medio arrancado: ahí fue que lo mató. El del pistón dijo que le daba pena pero que por lo menos había conseguido mostrar que Jacobo también se movía: ahora, dijo, sí que es cierto que no. Muchos pensaron que tenía razón. Unos se lamentaron.

Digo: un fornicio no debería hacerse a favor de lo que no tenemos, como quien dice: virtud de la necesidad. Aprovechar lo que no hay para el fornicio no es agregar mucho: es agregar de pobres. Debería hacerse, si acaso, en contra de lo que sí tenemos. Arte es lo que otros hicieron después de este Jacobo: los que podían moverse, y se quedaban quietos como grandes baldados. Otros, mejorando, se quedaban quietos y hacían muy cada tanto un movimiento chico: al principio siempre el mismo, después la variación —que no es tan elegante, porque recurre a la sorpresa. Los que fornican, en esta manera, se entusiasman en la espera de ese pequeño sobresalto, nimio, pánfilo, que se agota en sí mismo, como si nunca hubiera sucedido: lo mismo que un fornicio.

Por eso: no es cierto que fornicar un muerto sea mejor. Los hombres y mujeres saben hacer muy bien el muerto, mejor que algunos muertos, y siempre es preferible el que simula que el que es. Agrega más: pasa, siquiera un dedo, al otro lado.

*(Comentario de Oscar: ¿por qué necesitaba que lo hicieran todos para hacerlo él? Esos son pánfilos. Son los que forman banderías y revueltas. Parecen de peligro, pero son menores. Sé de algunos que necesitan que nadie haga para hacerlo ellos. Estos son los terribles: son como a mí me gustaría, no cumplen con lo que todos cumplen, vaya a saber qué es lo que hacen. Es la trampa que a mí se me presenta, que no sé si voy a evitar. No sé si quiero.*

*Después: puede que no sea arte, con el muerto, pero habría que probarlo.)»*

Esto es, obviamente, una selección sucinta: el **Recetario** comprende 75 casos, pero no vamos a fatigar la paciencia del lector transcribiéndolos todos. A propósito hemos evitado los casos que incluyen niños muy menores; baste con señalar que los hay. Los que hemos citado sirven como ejemplo: alcanzan para mostrar que la calidad literaria

de los relatos es de lo más baja; sospecho que no hay otros cuentos en Calchaqui con diálogos tan malos. Suenan falsos, llenos de información: se parecen más a los tratados dialógicos (ver *el Secreto*, [nota 14, cap. 1](#), o *la Suerte*, [nota 8, cap. 3](#)) que a las historias de una buena biografía. Supongo que debían ser cuentos muy populares: carecen del menor refinamiento.

Como se habrá notado, los cuentos no ofrecen ubicación en el tiempo ni datos exteriores: como si fuera igual, para el fornicio, que pase en cualquier época o lugar. Sabemos que no es cierto.

Sólo se habla, en el cuento catorce, de «los barbudos». Esto querría decir que el escrito es posterior al soberano 14, Antonio, cuando se conoció la llegada de los primeros invasores, o que fue variando con el tiempo: ¿que se le iban agregando cuentos, que quizá reemplazaban a otros si cambiaban ciertas costumbres o maneras? Todo el asunto, de todas formas, nos deja fuertes dudas —ver, al respecto, la [nota 15, cap. 4](#).

(Hay, entre tantos posibles, un punto menor que querría comentar ahora: cuando Oscar, en su apostilla al cuento nueve, habla de las mujeres que, para provocar, «se dejan pelos en el vientre», subrayando así lo habitual de no hacerlo, anticipa una de las costumbres más ignoradas de nuestra sociedad colonial: a diferencia de sus antepasadas españolas, las mujeres criollas solían rasurarse el pubis con cuidado. Es un tema que se ha estudiado poco. En un ensayo de Montana [*Pelos y señales*, inédito], se explica que cada sector tenía sus razones: las patricias «para no verse como se ven las negras, turbulentas»; las mujeres de vida ligera, «para mostrar que no soportan bubas»; las vírgenes, «para que su pureza se imponga sin pecado», escribe Montana, citando la *Moral de la casada y la soltera*, del padre Marcos Fuentes de la Cruz [México, 1729], un librito de gran circulación en esos tiempos.) <<

[59] **«quería lo mismo que todos: ser Padre»:** la frase es sorprendente: por lo que sabemos, nadie podía pretenderlo —a menos de intentar, como el soldado Jaime, un cambio revolucionario. La sucesión hereditaria, patrilineal de los soberanos parece lo más firme y establecido de la Ciudad y las Tierras. Seguramente, la frase da cuenta de una fantasía general cuyo única utilidad sería la de reafirmar lo inmutable de esa sucesión y el poder de los soberanos: ellos eran, en esa formulación, lo que todos sus súbditos habrían querido ser. El mecanismo es conocido.

Esa cadena de soberanos fue la espina dorsal de la historia de Calchaqui. Aquí he recopilado su sucesión cronológica y algunos de sus hechos más salientes. La lista no arroja ningún dato nuevo, pero puede ser consultada como guía de lectura.

Alberto, el 1

Ya se ha escrito —[ver nota 49, cap. 3](#)— sobre la desaparición del soberano 1, Alberto, de la historiografía de la Ciudad. Fue el jefe de la horda de las Salinas que, casi de casualidad, tomó la Ciudad de manos de sus antiguos habitantes y fundó Calchaqui. Su figura ruda y el hecho de que viviera antes de la derrota de los dioses lo perjudicaron mucho a posteriori. Durante su vida supuso que sería —y murió creyendo ser— el gran héroe que la ciudad adoraría para siempre. Se dice que el episodio de la pudrición de su cadáver llevó a su hijo Carlos a desafiar y vencer a los antiguos dioses (ver [cap. 3, pág. 545](#)).

Carlos, el 2

Carlos quedó en la historia de la Ciudad como el verdadero fundador de la sociedad calchaqui. Gobernó poco tiempo, pero sentó muchas de las bases. Hombre cruel, despótico, fue eliminado por una revuelta palaciega de súbditos aterrados por sus caprichos. Para matarlo, los conjurados tuvieron que entregarle a cambio la vida larga para él y todos sus descendientes (ver [cap. 3, pág. 549](#)). Fue el primero que declaró su tiempo. Su tiempo era tan pretencioso como él: todo sucedía todo el tiempo.

Félix, el 3

Félix fue uno de los soberanos menos peculiares de la historia de la Ciudad. Sucedió muy chico a su padre Carlos, tras el asesinato, y cuando llegó a la edad de la aceptación su gobierno ya había sido copado por sus consejeros. Repitió el tiempo de su padre; tuvo, sin embargo, ciertos destellos de energía —o crueldad, ver la eliminación de los predictores en [cap. 1, pág. 54](#). En su tiempo se produjo una modificación importante de las máquinas: aparecieron las llamadas «nobles», que servían para un solo uso ([ver nota 9, cap. 1](#)). Pese a su perfil desdibujado, Félix parece haber sido lo que Calchaqui necesitaba: bajo su gobierno se reacomodó la

sociedad y se consolidaron las instituciones. Hay un relato, seguramente apócrifo, que dice que se habría suicidado ([ver nota 40, cap. 4](#)). Félix era pintor muy hábil y correcto jinete.

Enrique, el 4

No tenemos una imagen clara del soberano 4, Enrique. Sabemos que fue el que instituyó la cremación obligatoria para todos que, a muy largo plazo, desencadenó la revuelta por la Larga ([ver cap. 1, pág. 71](#)). Quiso instituir un tiempo controladísimo, que sólo transcurriera en su presencia: no funcionó y estuvo a punto de acabar con su estirpe. Murió ciego y enfermo: su gobierno se prolongó más de lo tolerable, y Andrés, su sucesor, tuvo que hacer grandes esfuerzos para restablecer el orden.

Andrés, el 5

El reinado de Andrés fue afortunado: breve, pero muy rico. Tuvo lugar en uno de los períodos más interesantes de Calchaqui: cuando el desarrollo técnico, que venía insinuándose desde los tiempos del 3, cristalizó en un invento básico: la vicuña mecánica. Con ese medio de transporte eficazísimo, la Ciudad se convirtió en la primera potencia exportadora de la región. El mérito de Andrés estuvo en comprender su importancia, y alentarla —sobre su relación con Jacobo, el inventor de la mecánica, [ver cap. 1, pág. 57](#). Su tiempo del eterno retorno parece una concesión al tiempo de vulgos. En su tiempo se compiló la primera versión del *Libro de Morirse* ([ver nota 52, cap. 2](#)) que tanto influyó en la idiosincrasia calchaqui hasta la revuelta por la Larga. Tuvo tantos hijos que estuvo a punto de ser desterrado por algunos de ellos. De este episodio viene, parece, la institución definitiva del hijo único.

Alfredo, el 6

Alfredo era pusilánime: dio con un tiempo extraño, que sólo corría para aquello que no se terminaba ([ver cap. 2, pág. 299](#)). Se lo interpretó como un tiempo reactivo, y fue el primero de los tiempos confusos que más de un soberano declararía. Sin embargo, era tal la riqueza de la Ciudad en esos días que no causó problemas. En plena expansión comercial, los «burgueses» —perfumeros, transportistas y maquinistas— de Calchaqui pasaron a ocupar posiciones más afortunadas. Aparentemente, Alfredo fue el primer soberano en tomar como madre de su Hijo a la hija de un mercader enriquecido. Se dice que introdujo también las primeras cocciones fuertes en alcohol.

Bruno, el 7

Bruno era muy diferente de su padre y se llegó a decir que no era su hijo. Era avaro. Sin embargo, con Bruno se completa el ascenso de la «burguesía comerciante» y se produce la primera gran pérdida de poder del soberano a manos de sus consejeros. Bruno era desmedido: mató de muy chico muchos animales, maltrataba a sus sirvientes y a los ocho años prohibió a su madre que volviera a tocarlo. Bruno era

tramposo. Intentó, por ejemplo, convencer a las parteras de que pronosticaran a la baja los años de vida de los recién nacidos, para no tener que pagarles tanta indemnización si se morían antes ([ver nota 4, cap. 1](#)), con lo cual provocó un descenso de la natalidad que estuvo a punto de resolverse en crisis grave. Su tiempo de los presentes absolutos trajo zozobra y muchas complicaciones. Hacía muy buena música. En sus últimos años, amó desmesuradamente a los animales. Bruno murió asesinado y lo reemplazó, muy joven, su hijo Aldo.

Aldo, el 8

Tras varios soberanos incapaces, Aldo enderezó la tendencia. Aldo era débil y enfermizo: nadie pensó que duraría mucho. Muy prudente, declaró un tiempo que sólo transcurría entre causas y efectos ([ver cap. 2, pág. 286](#)), que sirvió como principio de orden. Bajo su gobierno, los «personas» recuperaron parte del poder perdido a manos de los comerciantes. Duró alrededor de 50 años: uno de los períodos de mayor florecimiento de las artes y las letras, en especial la biografía. En arquitectura también hubo avances importantes ([ver cap. 2, pág. 288](#)), entre ellos, la construcción de la Casa. Se dice que sólo fornicó con mujer para procrear a su heredero.

Néstor, el 9

Sobre Néstor, el soberano 9 de Calchaqui, no sabemos absolutamente nada. Es increíble, pero no figura en ninguno de los numerosos documentos que hemos podido consultar. Sólo aparece citado, una vez, por Oscar: «Mi padre Osvaldo había esperado demasiado para suceder a mi padre Néstor, su padre: mi padre Néstor nunca intentó morir», en la segunda página de su relato. Sospechamos que su nombre fue borrado a propósito por una causa muy grave. Quizás un enfrentamiento religioso ([ver nota 42, cap. 2](#)) o una derrota en una guerra. Es probable, aunque no seguro, que en esos años la Ciudad haya perdido el control de vastos territorios en el norte: puede que sea eso. Es un misterio.

Osvaldo, el 10

Es el primero de los soberanos de Calchaqui que se recuerda más bien por algo que no hizo. Durante su gobierno, en efecto, aparecieron las muertes bellas ([ver cap. 1](#)) y él no supo cómo derrotar al movimiento, que después daría origen a la revuelta por la Larga. Durante su gobierno, sin embargo, hubo grandes progresos médicos ([ver cap. 2, pág. 260](#)). Su tiempo uniformemente acelerado fue el primero que no expresa la voluntad de mando de un soberano sino su resignación: su tentativa de adaptación a una característica del tiempo que él no puede dominar ([ver nota 6, cap. 1](#)).

Mario, el 11

Mario fue uno de los hijos mellizos de Osvaldo y, para ser su sucesor, tuvo que deshacerse de su hermano en circunstancias poco claras ([ver cap. 1, pág. 37](#)). Es

probable que esto haya marcado su gobierno: decretó un tiempo que sólo corría por su orden —tiempo de caprichos, ver pág. 49, que intentó recuperar la dignidad perdida por su padre— y fue famoso por sus francachelas (ver cap. 1, pág. 38). Los experimentos médicos siguieron: en su período se produjo también el sonado escándalo de los homúnculos, que cambió la conducta sexual de los varones de Calchaqui. Se dice que se entretenía inventando perfumes: quizá fuera un infundio que intentaba rebajarlo.

Cándido, el 12

Fue uno de esos soberanos de Calchaqui que, en apariencia débiles e inocuos, introdujeron cambios importantes. Cándido repitió el tiempo de su padre Mario, a quien admiraba, con la secreta esperanza de mostrar que, con el mismo tiempo, su gobierno podía ser mucho mejor: era una forma valiente de medirse con él. También tomó una serie de medidas humanitarias: abolió la costumbre de cremar mujeres y servidores del soberano junto con su cadáver, acabó con la pompa en el vestir instituyendo la tela obligatoria (ver nota 28, cap. 2), prohibió que se comieran cuadrúpedos vivos. Cándido cocinaba muy bien, y era imbatible en las adivinanzas.

Atilio, el 13

Atilio retomó el camino de la resignación ante el tiempo inaugurado por su antecesor 10, Osvaldo, declarando un tiempo que debía ajustarse a un supuesto ritmo esencial (ver cap. 1, pág. 28). Este tiempo produjo modificaciones en las tácticas militares, que impidieron, más tarde, que el ejército calchaqui diera buena respuesta a la invasión española (ver cap. 1, pág. 29). Preocupado por la acumulación incesante de poder de la alianza entre comerciantes y personas, Atilio intentó mezclar las sangres de las familias calchaquis, con una política coercitiva que sólo le trajo problemas. Muy temeroso, perfeccionó la red de espías de la Casa hasta un punto nunca visto antes (ver nota 6, cap. 3).

Antonio, el 14

Lo conocemos poco: su figura está marcada por dos desgracias —y ambas le sucedieron sin gran intervención de su parte. Antonio fue el supuesto padre del bastardo Juanca, que encabezó después la revuelta por la Larga; por otro lado, durante su gobierno llegaron las primeras noticias de la invasión española, que avanzaba lenta y tardó décadas en consumarse. Sabemos que era muy ansioso y avariento: trataba de dormir lo menos posible, porque no quería perderse ni un momento de su reinado. Oscar sólo cuenta de él la escena de su muerte, desgraciada, interrumpida por la pelea entre los dos supuestos hermanos (ver cap. 3, pág. 435).

Ernesto, el 15

La vida de Ernesto estuvo marcada por las dudas sobre su concepción: fue, probablemente, el único soberano sin legitimidad de origen, y la sombra de su

supuesto hermano y conductor de los largos lo opacó. Para colmo, siempre se pensó que su tiempo «como un río» —sucesivo y lineal— creó las condiciones para la revuelta (ver nota 48, cap. 2). Ernesto trató de construirse una casa en el sur de las Tierras —seguramente para huir de vez en cuando del clima enrarecido de la Ciudad — pero no llegó a terminarla y su hijo no continuó el proyecto. Es probable que haya sido asesinado por sus consejeros, preocupados por el auge de la revuelta.

Rubén, el 16

Rubén asumió el gobierno en el peor momento de la revuelta por la Larga, tras el asesinato de su padre. Los consejeros, que dirigían los asuntos públicos, creyeron que podrían manejarlo fácil, pero pronto entendieron que deberían escuchar su opinión. Rubén llegó al famoso acuerdo con Juanca por el cual la Casa se hizo cargo de la vida larga para todos (ver cap. 3, pág. 563), comprometiendo la palabra de todos sus sucesores. Poco después tuvo que enfrentar una de las peores crisis de la historia de la Ciudad: la muerte de miles de habitantes que querían llegar a la Larga por la vía rápida (ver cap. 4, pág. 789). Para colmo, en esos años empezó la primera campaña seria de los españoles. Sin embargo, el gobierno de Rubén fue largo y, dentro de lo que cabe, consiguió salir airoso de tantas amenazas. Rubén se murió en pleno triunfo: cuando declaró que cada cual repetiría, en la vida larga, lo que había hecho en esta. Con esa idea, la Larga terminó de convertirse en el instrumento de control que al final fue. Para Kyriakov, Rubén es el punto culminante de la Ciudad y las Tierras: la afirmación es más que discutible, probable producto de su documentación insuficiente.

Raimundo, el 17

Raimundo pasó a la historia de Calchaqui como «el sibarita» —o así, por lo menos, lo nombra Oscar más de una vez. Su tiempo era una entelequia complicada y sutil que nunca tuvo la menor influencia en la Ciudad (ver nota 12, cap. 4) y, quizás abrumado por la personalidad de su padre, sus medidas se refirieron más a cuestiones estéticas que políticas o sociales. Es cierto que la Ciudad no conoció un momento de mayor florecimiento de las artes; es cierto, también, que la guerra contra los españoles no tuvo las respuestas necesarias. Raimundo fue, entre otras cosas, el organizador del célebre serrallo (ver cap. 4, pág. 782).

Jorge, el 18

Jorge aparece como una mala copia de su padre. Al principio, tuvo la misma languidez estetizante y el mismo desdén por las cosas del mundo. Pero en un momento dado algo —¿una catástrofe militar?— que no conocemos lo sacudió y lo hizo cambiar: Jorge —que ya no tenía casi ningún poder— se convirtió en el gran defensor del sector belicista de los consejeros y consiguió que se mandaran buenos ejércitos a pelear contra los españoles. Gracias a su esfuerzo —que no fue muy reconocido—, la Ciudad pudo sobrevivir casi cincuenta años más. Su tiempo, que

parecía muy desdeñoso —basado en la idea de que el tiempo no se puede controlar y corre en direcciones caprichosas, ver cap. 4, pág. 810—, recibió tanta difusión que fue uno de los más productivos de la historia de Calchaqui. Jorge, además, fue el único soberano que se enamoró de la madre de su Hijo —lo cual le provocó más de un trastorno (ver nota 19, cap. 2).

Héctor, el 19

El tiempo de Héctor fue una tentativa, no del todo exitosa, de recuperar para los soberanos la potestad de decidir —y no aceptar— una forma del tiempo. Es lógico: en medio de la degradación que ya comenzaba, con la guerra cerrando los mercados para las exportaciones calchaquis, era necesario hacer un esfuerzo por retomar algunas riendas. Pero no parece haber funcionado: la desintegración siguió adelante, y una de sus consecuencias fue la tarea desmesurada y titánica de su sucesor, Ramón. Fuera de eso, Héctor se preocupó mucho por cuestiones de educación —cerró, por ejemplo, la escuela de no hablar, ver nota 16, cap. 4— y de la recuperación de ciertas tradiciones de la Ciudad, como el uso exclusivo del color azul calchaqui para los soberanos (ver nota 53, cap. 1, y nota 15, cap. 2).

Ramón, el 20

Ramón es una figura de primerísima línea dentro de la sucesión de soberanos. Llegó al gobierno en un momento en que las amenazas exteriores eran incontables, y en que su propio poder como soberano era casi inexistente, secuestrado por los consejeros. No es probable que haya ejercido ese poder directamente, pero sí consiguió convencerlos de tomar una serie de medidas militares que prolongaron la guerra unos años más; en eso tuvo mucho que ver, sin duda, la excelencia de su tiempo, que todos consideraron como la culminación de los tiempos de la Ciudad y las Tierras. No se le conocieron aficiones especiales. No fue más duro y autocrático que sus antecesores.

Como se ve, esta lista de soberanos no da cuenta de los vaivenes políticos de la Ciudad y las Tierras —que, si acaso, podrían aparecer en una historia de los consejeros y sus luchas de poder. Pero los consejeros eran extraordinariamente discretos, y sabían esconderse detrás del soberano de turno. Así engañaron a muchos de sus contemporáneos, y todavía tratan de engañarnos.

Por otro lado, está claro que hay que enfrentar esta lista con cierto escepticismo. Resulta muy sospechoso que en ningún caso se haya roto la cadena, que siempre un hijo suceda a su padre y tenga un hijo que lo suceda y así. Seguramente, hay más de una falacia en todo esto. <<



[60] «**cuando el bastardo Juanca vio que la revuelta... tuvo un de repente**»: felices los estudiosos anteriores de la historia de la Ciudad que, en su ignorancia, nunca tuvieron que discutir las razones de la entrega del bastardo Juanca. Los documentos calchaquis, en cambio, rebosan de hipótesis al respecto. Al examinarlas hay que manejar un dato básico: para la mayoría de los calchaquis, la acción del bastardo — cuyos detalles nunca conocieron bien— no fue una traición, sino la mejor manera de terminar de imponer la Larga para todos.

Por eso, buena parte de los calchaquis agradecían a Juanca «su cordura». Una canción muy pegadiza de los días posteriores a la proclamación de la Larga decía que:

«Unos querían mojar el cielo con juguitos,

bañarse en perros,

caminar con sus ojos,

pero Juanca dijo:

Querían tocar pistones con palabras,

pintar de verde un soplo,

esperar el pasado,

pero Juanca Juanca dijo:

Querían bailar sin música de ciegos,

comerse la montaña,

recordar sus latidos,

pero Juanca Juanca Juanca dijo:

Querían escaparse de su sombra,

fornicar uno solo,

cavar una vicuña,

pero Juanca Juanca Juanca Juanca

vino y dijo

la Larga, mis queridos, la

Larga. Lo que queremos es más

que todo eso y lo demás:

la Larga para todos.  
Juanca grande, Juanca grande  
que dijo qué queremos:  
la Larga para todos.»

Era la postura más difundida y —como suele pasar— la más complaciente: eran los que entendían —o los habían convencido— que la toma del poder por los largos encabezados por el soldado Jaime podía haber complicado la proclamación de la Larga —por el caos que habría producido.

Pensaban que Juanca había decidido negociar con el padre porque creía en la solidez y justicia de su poder, o porque calculaba que un gobierno de largos no iba a garantizar nada: que suponía —como muchos— que se necesitaba un poder fuerte para asegurar el cumplimiento de la Larga. Y muchos, que no estaban al tanto de los planes del soldado Jaime para hacerse con el trono, suponían que el que podría haberlo pretendido era el propio Juanca, y que su renuncia a intentarlo era el mayor sacrificio que nadie había hecho nunca por la Larga. Más, mucho más, que cualquiera de los mártires —como dice esta otra canción, todavía más vulgar que la anterior:

«Si estiraba la mano la tenía,  
si miraba con ojos de una zorra,  
si caminaba cierto la tenía:  
la Casa, la Casa, Juanca pero  
mejor nos dio la Larga.  
Dos veces Juanca Juanca  
se dejó de ser Padre:  
cuando chico, una vez,  
y cuando grande, ahora.  
Si la llamaba susurrando la tenía,  
si amenazaba con estornudar,  
si le abría la puerta la tenía:  
la Casa, la Casa, Juanca pero  
mejor nos dio la Larga.  
Juanca Juanca Juanca es lo bastante

más que Padre.

Cuando chico lo echaron

con traición; ahora,

cuando grande,

mejor nos dio la Larga bien segura.»

En cambio, un grupo de militantes largos —biógrafas, pintores, personas de la Casa — que conocían las intenciones del soldado Jaime pero no estaban de acuerdo, sostuvo que Juanca sí había traicionado a Jaime pero que sin su traición la Larga nunca habría llegado, y que no había nadie más excelso y desprendido que el que está dispuesto a traicionar a su causa para lograr el triunfo de esa causa. Juanca, decían, nos honró con el sacrificio más perfecto. Lo celebraban en canciones más elegantes, o poemas:

«Una mano, los pies, ojos de todos, una  
oreja, las dos, tetitas de la Nena,  
sus dientes ocre fuerte, su  
mirada, la manera tan vulgo con que aquella  
tercera se rió, el nombre de su padre, una segunda  
que suele recordar cuando aterido  
por la lluvia en la montaña torpe una vicuña  
le lamió el cuerpo y supo, Juanca, entonces,  
que habría de hacer algo: todo eso  
podía habernos regalado en sacrificio: no.  
Quiso ofrecernos lo mejor. Nos dio  
la sombra de una duda: la  
certeza.»

Escribió, pomposa, una biógrafa Nora para celebrar lo que ella y sus amigos consideraban la traición sublime del bastardo. Los pocos seguidores fieles que le quedaron al soldado Jaime (sobre su muerte, [ver nota 19, cap. 4](#)) también clamaron que el bastardo había traicionado pero, por supuesto, nada en su traición les parecía sublime. En los días que siguieron a la proclamación se arriesgaron al rechazo popular parándose en las calles del mercado para decir que el bastardo los había

vendido y lo había hecho por celos del soldado. Los que los oían, cuando estaban de buen humor, se reían con ganas; otras veces les pegaban mostrando displicencia. A la mayor parte de los vulgos y personas de Calchaqui, en esos días, no le importaba nada por qué Juanca había hecho lo que había hecho; lo que sí les interesaba era que les había conseguido la Larga, que los hacía felices.

Hubo muchas otras historias que trataron de explicar la conducta del bastardo. La que no figura en ningún escrito de la época, sin embargo, es una hipótesis que me parece cada vez más atendible: que Oscar, en realidad, hizo lo que hizo porque soñaba con la destrucción de la Ciudad y las Tierras —o, por lo menos, de sus soberanos.

La cuestión se sintetiza en una pregunta: ¿Juanca vio que sólo podía conseguir la Larga si se entregaba a los capitostes de Palacio y los convencía de proclamarla ellos, o pensó que si se establecía la Larga tenía alguna posibilidad de llegar al trono de Palacio más tarde, o su entrega fue un plan maestro para destruir la Ciudad a través de la Larga?

Esta última opción no es impensable:

— plan inmediato: la proclamación de la Larga estuvo a punto de acabar con todo cuando miles de hombres y mujeres se mataron en masa (ver cap. 4, pág. 789, y [nota 19, cap. 4](#)). La mortandad desenfadada podía haber sido una de sus opciones. También:

— plan de mediano plazo: suponía que la dedicación de los ciudadanos a la Larga y su preparación interferiría con la vida normal de la Ciudad, y terminaría por ahogar su funcionamiento y su aparato productivo, llevándola a la ruina. O si no:

— el plan era más a largo plazo: sabía que sin la base de la aceptación de la muerte como terminación, el cuerpo social de Calchaqui se disgregaría —como finalmente pasó— y todo acabaría en catástrofe. Esta sería la opción más inteligente y ambiciosa, que se consumaría más allá de su tiempo de vida.

La pregunta, entonces, se hace obvia: ¿por qué querría Juanca acabar con la Ciudad? ¿Sólo por el resentimiento de haber sido despojado y expulsado por ella? ¿O tendría alguna base filosófica más sólida, como por ejemplo la convicción de que era una sociedad intrínsecamente perversa que había que eliminar? Otra explicación es más increíble todavía: que fuera un agente de los españoles —entre los cuales, seguramente, pasó parte de su destierro, [ver nota 4, cap. 3](#)— con la misión de acelerar el desgaste de la Ciudad y las Tierras por cualquier medio a su alcance y que este medio haya sido, precisamente, la búsqueda y obtención de la vida larga. No me parece razonable. Sin embargo, si ese era su objetivo, terminó, gracias a Oscar, consiguiéndolo. <<

## **Notas a «La Cuarta»**

[1] «**La Cuarta**»: la Cuarta o capítulo 4 corresponde, como queda dicho, a la cuarta hora ([ver nota 2, cap. 1](#)), de pura reparación y descanso, esparcimiento y cena, que corre entre el fin de la jornada laboral —alrededor de las 17 horas— y la caída de la noche. A modo de subtítulo, aparece en la *edición Thoucqueaux* la frase en bastardilla: *Donde se llega a conclusiones demasiado concluyentes para ser reales.*

<<

[2] **«cuando empiezo a ser Padre»:** se ha discutido mucho sobre la verdadera naturaleza y alcance del poder de los soberanos: no es fácil definirlos. Se ha podido decir que sus atribuciones se limitan a la Declaración del tiempo y a las escasas posibilidades de hacerlo cumplir (ver, sobre todo, Kyriakov y Du Tertre, en coincidencia curiosa). También se dijo que eran «la condición de la existencia de la Ciudad y las Tierras pero que, para serlo, no tenían que hacer nada más que existir ellos mismos» (Pérez Bulni, inverosímil), y que por eso los mantenían, como una especie de mascarón de proa o animal totémico de Calchaqui. También, que eran fantoches absolutos. Cada una de estas hipótesis, como ya vamos estableciendo, tiene falencias graves.

Más allá de una discusión que debe continuar (ver, sobre todo, en el capítulo 5, las revelaciones de Jushila), lo que parece cierto es que el poder real de administración del Estado estaba en manos de los llamados «consejeros» (ver notas 13 y 14, cap. 2). El soberano podía tratar de reemplazarlos una vez producida su Declaración pero era común que, al menos algunos de ellos, se mantuvieran en su puesto. Era, seguramente, una manera de guardar cierta continuidad interna dentro de la gran ruptura que podría producir el cambio de tiempo —y que, aparentemente, nunca era tan grande.

En el momento en que Oscar está a punto de suceder a su padre Ramón, los cinco consejeros principales son:

—Javier, consejero de Bienes y Perfumes

Gordo, poderoso, en la flor de la edad. Un estratega. Descendiente de una de las primeras familias de personas, Javier era propietario de terrenos en el barrio fino, acreedor de muchos mercaderes de perfumes. Su hijo estaba empezando su carrera militar en el ejército, a merced de Jose, consejero de la Guerra. Javier quería que su hijo sucediera en algún momento a Jose; si lo lograba, y si llegaban a ser consejeros juntos, concentrarían un poder inusitado.

—Jose, consejero de la Guerra

Joven, hijo de un dueño de caravana, duro y pretencioso, no muy inteligente. Había reemplazado poco antes a su predecesor por sus fracasos en la guerra contra los barbudos. Los documentos lo presentan un poco tosco y frontal, pero su actuación en estos últimos días lo muestra muy distinto. Le interesa, entre otras cosas, un cambio que le permita reformar el ejército para enfrentar a los barbudos con más posibilidades. Aparentemente, estaría de acuerdo con Javier, consejero de Bienes, en el interés de reabrir las rutas comerciales, interrumpidas por la guerra; ese interés, además, es el de su sector, los dueños de las caravanas. Pero sospecha que Javier

pretende su lugar para su hijo.

—Joaquín, consejero de Personas o de la Casa

Es un hombre anciano, muy cerca de la muerte, proveniente de una familia de consejeros que ha servido durante generaciones a sus soberanos (ver cap. 4, pág. 762). Como premio y culminación, su hija fue elegida para parir al hijo del heredero, Oscar: su nieto va a ser por fin un soberano. Se le supone la mayor de las astucias y un manejo exhaustivo de los entretelones de palacio. Está arrugado, flaco como un higo. Todos le temen, aunque nunca sepan bien por qué.

—Jaime, consejero de Vulgos

Debe rozar los 45: viene de una familia de personas sin fortuna propia. Por su puesto, está muy al tanto de las opiniones y descontentos que circulan por las calles de la Ciudad. Su cargo es un poco despreciable, porque lo pone en excesivo contacto con la plebe, y eso puede radiarlo de las esferas de poder. Pero, al mismo tiempo, los más hábiles de sus predecesores supieron aprovechar esa proximidad para acumular mucho poder y fortunas notables. Su aporte sería el manejo del pueblo de la Ciudad, fácil de levantar en la revuelta.

—Joaquín, consejero de Padre

Misma edad que Jaime. Se supone que sea el hijo de una mujer de muy buena familia y de un maquinista de gran éxito, persona, pero se dice que sería hijo del soberano. Por su puesto, es el que enuncia todas las órdenes que —supuestamente— da el 20, Ramón: es probable que en realidad sea él mismo quien decide casi todo. Tiene más poder que nadie, pero depende mucho del soberano. Pasa por ser el más leal. Es el que menos se beneficiaría con cualquier cambio brusco y, además, no parece tener más ambiciones que las que su lugar le permite satisfacer todos los días.

A partir de diversas fuentes incluidas en la *edición Thoucqueaux* —y de nuestro conocimiento de la idiosincrasia y la retórica calchaquis— podemos reconstruir algunas de sus gestiones en esos días finales. El lector sabrá perdonar que me haya atrevido a intentar este relato. Para hacerlo, me he ceñido en todo momento a las fuentes y al estilo que en ellas encontré:

«Que estuvieran reunidos fuera de palacio, en la casa de Joaquín, que daba sobre la explanada, mostraba que la cuestión que tenían que tratar era de lo más grave. Joaquín les había dado solamente unos cuencos de agua; como quien dice que esto no es un convite, no un encuentro social, no hay que esperar de mí que los atienda: estamos acá para otra cosa. Jose, el consejero de la Guerra, les había contado detalles de los últimos encuentros con los barbudos: los combates seguían siendo derrota tras derrota, por la negativa de esos hombres a pelear como correspondía. La situación no era desesperada pero empezaba a serlo: en cualquier momento, había dicho, se esperaba que los barbudos mandaran una fuerza importante para intentar el sitio de la



Ciudad, y Jose no estaba seguro de poder repelerlos. Joaquín dijo que menos mal que los habitantes todavía no sospechaban nada; Joaquín hablaba con voz de carraspera; en realidad, era tan flaco y consumido que parecía como si su voz llegara de cualquier otra parte: de él mismo no podía. Jaime, el consejero de Vulgos, lo miró un momento como para callarse y enseguida le preguntó si estaba seguro de que no sabían.

—Todo tipo de mofas y canciones, en el mercado, dicen, dicen mis hombres en informes.

Jose se dio cuenta de que Joaquín estaba quedando desairado: que no podía ser que todos hablaran de la guerra en el mercado y él creyera que no, así que fue al rescate. Joaquín estaba viejo, pero seguía siendo el que mejor conocía los vericuetos del palacio: le convenía ayudarlo. Además su hija, la señora Nora, iba a ser la Madre del Hijo de Oscar.

—Hablan, siempre hablan, pero no saben de verdad las cosas, sin las dudas.

Dijo Jose. Joaquín lo miró con odio por deberle una; Jose era fuerte y levantaba mucho la cabeza cuando hablaba, exhibiendo su nariz bien condorita; Javier, el consejero de Bienes y Perfumes, trató de deshacer rencores.

—Importa menos si saben o no saben; nosotros somos los que sabemos todo y algo de hacer, tenemos que saber ahora. Lo importante es el tiempo que nos viene.

Joaquín entendió que era el momento para restablecer su preeminencia. Hizo crujir sus dedos, ramas secas, y dijo que él tenía buenos datos porque “ya saben, yo soy el que se entera de esas cosas”. Ellos ya sabían, aunque fuera cada vez menos cierto. Insinuó que Jushila, el idiota de Jushila, le había dado algunos datos sobre las intenciones del heredero, Oscar, que lo habían dejado “más que nada contrito”. El soberano Ramón, todos sabían, se estaba terminando de morir; era poco probable que resistiera, ya, más de dos días, y los cuatro consejeros se preocupaban por la Declaración de su heredero. Las pistas que tenían sobre el tiempo que podía declarar eran más que confusas: eran contradictorias. Un día creían que lo habían descubierto, se lo contaban a alguno de los otros y el otro les decía algo tan diferente. Por eso cuatro de los cinco consejeros habían decidido la reunión. El quinto, Joaquín, el consejero de Padres, no había ido: en realidad, no lo habían invitado porque no confiaban en que quisiera unírseles en lo que decidieran. El consejero de Padres era, probablemente, en esos tiempos, el que mayor poder tenía pero, como supuesto portavoz de las órdenes del soberano, dependía mucho de su buena relación con él. Quizá no quisiera indisponerse y, además, en lo particular, Joaquín el de Padres siempre les había parecido más bien pusilánime, y tenía una antigua querrela con Javier, el consejero de Bienes, por una cuestión de tierras, que podía rebrotar en cualquier momento. Joaquín carraspeó y dijo que tenía buenas sospechas de que Oscar podía estar pensando en restablecer una religión:

—Como si fuéramos antiguos, inanes, o si barbudos fuéramos.

Los otros no se lo esperaban: entre todas las versiones nunca había estado esta, y era tan fuerte que podía ser cierta. Se quedaron helados y Joaquín los miraba: fue su momento de triunfo. Cuando se repuso, Javier, el de Bienes, le pidió más detalles. Javier tenía la panza poderosa, bien calchaqui, y una voz aflautada que combinaba bien. Joaquín lo miró casi con sorna, los ojos legañosos:

—Los detalles no tengo, mi Perfumes: si supiera, horror tendría de lo que estaría sabiendo, sin las dudas.

Durante un rato, los cuatro discutieron cómo una religión, qué podría haber en ella, qué cambiaría y quedaría, si con su religión Calchaqui seguiría siendo parecida a Calchaqui. Parecía como si se gozaran en el placer de la catástrofe: las catástrofes, cuando son bien tremendas, siempre producen un repeluz gustoso. O quizá, más bien, se estaban dando ánimos para intentar algo terrible: justificando de antemano algo terrible. El que lo dijo fue Jose, que era el más joven. Además, Jose era el consejero de la Guerra:

—Matarlo no podemos, les digo, ¿o sí podemos?

Los demás hicieron como si la idea les cayera del cielo y los sumiera en el espanto. Un meteorito muy previsto. Todos la habían pensado, pero querían aprovechar que la había dicho otro.

—Matarlo no se puede, sin las dudas: Calchaqui sería menos Calchaqui, casi nada.

Dijo Jaime, el de Vulgos, que era un persona pobre y, por lo tanto, de los más guardianes de cualquier tradición.

—Aunque si da una religión, Calchaqui tampoco va a ser tanto: mucho menos.

Remató, con una punta de entusiasmo que no le gustó nada. No era así: si lo mataban, tenía que ser con gran despliegue de tristeza. Jaime no siempre se controlaba lo bastante. Los cuatro se quedaron un momento callados: se miraban. Es raro cómo se miran los sujetos que no tienen nada nuevo que verse, que se conocen suficiente, en los momentos en que creen que pueden descubrirle al otro algo. Cada cual necesitaba descubrirle algo a los otros. Es probable que la situación ya se hubiera dado muchas veces, en la historia de la Ciudad y las Tierras, pero los cuatro tenían el escalofrío de pensar que por primera, que por única vez una junta de consejeros estaba pensando en acabar con un soberano —un heredero— antes de su Declaración del tiempo. Estaban excitados, raros, y tenían que mirarse para descubrirse alguna cosa. Joaquín pensó que Javier de Bienes dependía mucho de lo que dijera Jose de Guerra, por el hijo que tenía haciendo de soldado; que Jose no iba a dudar de más porque tenía la superior excusa de la guerra contra los barbudos, y la necesidad de ganarla para salvar a la Ciudad, que lo tranquilizaba; y que Jaime de Vulgos tenía cara de haberse asustado de

sus propias palabras y que, en nombre de las tradiciones de Calchaqui, iba a empezar ya mismo a oponerse a su propuesta; aunque podía ser que en nombre de las mismas tradiciones consiguiera creer que una religión nueva es peor que un heredero muerto. Joaquín, a todo esto, se rascaba la calva con los dedos ramita y le parecía que algo no terminaba de cuadrarle.

Jose, el consejero de la Guerra, trató de imaginar soldados de la Ciudad sin el peso de sus tradiciones: muerto el heredero, sin el lastre de reglas, yendo al combate a pelear contra los barbudos con el desparpajo de barbudos. Pensó por un momento que ganaban una batalla, pero se imaginó la pena de esa victoria que les iba a resultar ajena: como si hubieran combatido otros, triunfado otros en ella. Trató de compararla con la imagen de barbudos entrando a risotadas en la avenida de la puerta del Este, ocupando la Ciudad con risotadas, pero no llegó a figurársela del todo: no tenía muy bien cómo, era impensable. Pensó que si llegaba a una decisión sobre matar al heredero podía convencer fácil a Javier de Bienes, por su hijo soldado, y lamentó por un momento no tenerla; miró a Jaime de Vulgos y se sorprendió creyendo que podía ser temible; después a Joaquín, y se preguntó qué querría. Le incomodaban estas reuniones donde todos, seguro, cualquiera de los otros, eran capaces de ver más allá y mejor que él; ninguno de ellos sabría qué hacer en una retirada con sus filigranas, pero en ese salón, bebiendo aguas, se sabía el peor y el más temido. Lo tranquilizó recordar que era temido.

Jaime, el consejero de Vulgos, seguía tratando de escuchar sus últimas palabras, para convencerse de que era él el que había hablado. Le pareció que él no era así. Se dijo que era sorprendente, pero que si llegaban a matar al heredero él quedaría como aquel que dio con la excusa que les permitió hacerlo. Por un momento, esperó que no lo hicieran. Miró a Joaquín de la Casa y pensó que si él fuera tan viejo no se metería en la muerte de un heredero, así, tan al final, con los riesgos de arruinar toda una vida; a Jose de Guerra y supuso que era el más peligroso: si no había heredero, el dueño del ejército estaría en la posición más poderosa, y Jose no era fiable, no terminaba de ser uno de ellos; a Javier de Bienes y se imaginó que tendría que sondear un poco el ambiente entre los fabricantes de perfumes y otros personas con fortuna: después se dijo que Javier los había engañado bien haciéndoles creer a ellos, consejeros, que siempre representaba a fabricantes y otros mercaderes, y que seguro que nunca les consultaba nada. Entonces se preguntó en qué otras cosas lo tendrían engañado los otros dos: creyó que en muchas y decidió no decir nada hasta que consiguiera imaginarlas.

Javier, el consejero de Bienes, trató de calcular qué podía pasar con las fabricaciones de Calchaqui si se moría el heredero: decidió que, si podía hacerse en orden, no tenía por qué traer problemas. Después miró a los otros tres y dio un resoplo porque pensó que, si lo hacían, los cuatro iban a quedar demasiado ligados para siempre. Trató de imaginar qué querría conseguir cada cual de esa alianza de hierro: Jaime, le pareció,

no tendría una idea fija; nada más el alivio de que la alianza le garantizaría que podía seguir de consejero para siempre y que entonces, se diría, podría pelear contra cualquier tentativa de deshacer el orden de la Ciudad y las tradiciones más completas, pero le pareció que no llegaría a imaginarse mucho más allá, nada muy claro. Jose, en cambio, podía tener sus planes: aprovechar que tendría a los otros tres consejeros enmarañados en la alianza para obtener de ellos el permiso de hacer la guerra sin respetar las tradiciones: pelear como quisiera y ganar la guerra contra los barbudos, o por lo menos unos combates mientras tanto. Los dos le parecían previsibles. En cambio Joaquín le preocupaba. Joaquín no los necesitaba a ellos para nada. Si el heredero moría antes de declarar su tiempo, antes de hacer su Hijo, Joaquín, el consejero de la Casa, perdía de golpe todo, porque su hija, la señora Nora, la que iba a ser Madre del Hijo, se quedaba sin Hijo y Joaquín sin un nieto soberano: destruido. Si lo hacía, pensó, si se integraba a la matanza, era un gesto tan altruista, tal sacrificio por las tradiciones de Calchaqui que apenas si podía entenderlo. A menos que, se le ocurrió, y no quería pensarlo. Se le ocurrió que a menos que, y no quería pensarlo. Nadie había hecho la pregunta evidente: si el heredero se moría antes que nada, ¿quién iba a sucederlo? Como si hubieran acordado no hacerla, pensó Javier, porque habría traído en un golpe la discordia. Y todavía tenía que pensar, pensó, qué podía ganar él con tener a los otros tres enmarañados en la alianza.

El primero en hablar fue Joaquín: era sensato. Joaquín se preguntó, en voz muy baja, si matar a un heredero antes de que llegue al trono no sería como terminar la agonía de un soberano moribundo: suponer que estaba moribundo sin saberlo y que había que acortarle los dolores. Dijo que quizá sí, pero no era muy claro.

Jaime de Vulgos se asustó, o quiso poner cara de asustado. Jaime tenía cara muy neutra, de esas donde se puede poner casi cualquiera: él intentaba siempre. Intentó o se le puso la cara de asustado. Era gratis: total, lo que tenía que decir ya lo había dicho. Ahora hizo un retroceso muy fingido:

—O si no, puede ser, lo que podemos, es darle al Hijo hombre o mujer que lo distraigan, para que no declare o se confunda.

Joaquín pensó que estaba exagerando la necesaria panfilada. Todos en la Casa, cualquiera, sabían que Oscar se interesaba por esas cosas muy poquito. No que no le importaran, pensó: le parecían tan buenas y tan malas como comerse un higo chumbo chorreándose despacio. Algo así dijo:

—Tiene tantas cuestiones con la fuerza, tanto pensar en ella, digo, el Hijo, que un hombre o las mujeres le preocupan muy poco. Es ya tan gordo como padre, para que le interesen. Las usa como quiere o, dicen, como puede: a los tumbos, boqueando.

Jose y Javier se regodearon con sonrisa. El viejo podía ser lo bastante mordaz cuando quería. Jaime se dio cuenta de que estaba cayendo y buscó una solución desesperada. Nunca son buenas las desesperadas. Dijo:

—¿Y no podemos, consejeros, para que no nos inflija una religión el Hijo declarando, nada más cortarle la lengua, pienso, sin matarlo?

Jose y Joaquín lo miraron con asombro, como si nunca hubiesen pensado que podía ser tan tonto. Javier lo perdonó menos:

—Y dejar que del corte de su lengua se desangre, dice, sin las dudas...

—Porque si no, feliz, si vive, de inmediato nos deshace y destroza.

Dijo Jose, mirando con fiereza el techo para que Jaime le entendiera. Y enseguida, como si no dijera nada:

—Si es algo, hay que acabarlo terminado. Y al día siguiente, llevar a todos los vulgos y personas de la Ciudad armados, entusiastas, condoritos, a pelear la gran batalla contra los barbudos: buscarlos, encontrarlos. Todos juntos, peleando sin las reglas, señores, Bienes, Vulgos, la Casa, les ganamos.

Jose no era astuto, ni siquiera atractivo, cuando se creía hábil. Pero a veces tenía esa condición de saber hablar sin que pareciera que hablaba: más bien, que les dejaba ver a los demás sus pensamientos. Eso, a veces, lo hacía aparecer tan franco. Los otros tres se regodearon, un momento, con la idea. Jaime de Vulgos cayó entero en la trampa:

—Ganamos, festejamos que ganamos, y vulgos y personas tan contentos que ni se acuerdan de que no tienen tiempo ni heredero. Amables, agrandados: tremendos tirifilos.

Cuando lo oyó, Javier de Bienes se descubrió a sí mismo en el desliz del entusiasmo y quiso contenerse. Despreciaba a los que hacían por entusiasmo. Pensó, después, que necesitaban una victoria en esa guerra porque las ventas de perfumes y máquinas a los pueblos del norte y del este estaban detenidas por el desastre de las rutas, interrumpidas por barbudos que erraban por las Tierras. Más aún: la mayoría de los pueblos del norte y del este también había desaparecido, avasallados por los otros barbudos y, en muchos casos, los compradores eran ellos. Así, sabía, incluso sin la invasión de los barbudos, incluso sin una religión, la Ciudad iba al desastre. Una gran victoria podría reabrir mercados, pensó, y conseguir mejores precios. Y sentar las bases para un gobierno nuevo en la Ciudad, también. Jaime de Vulgos le interrumpió los pensamientos:

—Pero ganar con una victoria que no sería nuestra, consejeros, puede ser peor, puede que sea, que perder con la derrota que sabemos.

A veces, a Jaime le salían frases que parecían escritas desde antes. Lo bueno era que se contradecía todo el tiempo. Si no, pensó Jose, podría ser temible. Joaquín hizo como si se le acabara el ensimismamiento y sirvió más aguas en los cuencos. Javier volvió a mirarlo y decidió ser crudo:

—Joaquín, a usted no entiendo tanto. Nosotros, cada cual, tenemos sus razones para hacerlo: usted yo no la entiendo. Si el heredero muere, el Hijo de su hija se le pierde, le digo, ¿qué me dice?

La interpelación era grosera por directa. Joaquín se regocijó de que no fuera taimada o sibilina: así tenía más fácil la respuesta.

—Las tradiciones de la Ciudad y las Tierras, mi condorito Bienes, pichonete, son más que esas cuestiones sin manija.

Dijo, aprovechando que era viejo. Pero no resultó lo convincente que debía. Javier le tiró la segunda estocada:

—¿No será, mi señor de la Casa, que se le ocurrió que si no hay heredero ni su Hijo está hecho, una vez muerto Padre usted podría...?

Javier no quiso ni siquiera completar la frase. No resultaba necesario: ya con sólo insinuarla se había puesto en situación de desarmar la alianza, echando la cuestión prohibida, la sucesión de Padre. Javier sabía, pero si se callaba, imaginó, estaba regalándole Calchaqui al muy anciano. Joaquín no tenía mucha salida: si intentaba una respuesta entre indignada y digna iba a sonar bien falso. Si le contestaba con sensatez, la sensatez de Javier era más grande. Tampoco le resultaba bien callarse. Se quedó cavilando.

—Digamos que una religión puede arrasarlo a usted, mi señor de la Casa, bien tupido. A todos puede arrasarnos, sin las dudas, pero a usted antes que a nadie. Si vuelven a aparecer los dioses y nuestros modos con una nueva religión se nos acaban, la Larga se nos acaba, mi querido. Muertito va a quedar, usted, perdido entre las nieves, sin espacio.

Dijo Jaime de Vulgos, cuando nadie esperaba. La jugada era extraña por demasiado astuta: Jaime instalaba la sospecha de que Joaquín podía querer la muerte del heredero para evitar que una nueva religión lo dejara sin la Larga cuando ya estaba a las puertas de su muerte, por anciano. No parecía ir en su favor: era más bien un ataque, pero desviaba la atención del ataque principal, el de Javier de Bienes: la acusación de que quisiera quedarse con el trono calchaqui. Javier no pudo evitar la sospecha de que estaban arreglados de antemano e, incluso, de que Joaquín había preparado esa respuesta para Jaime por si acaso alguien lo acusaba de ambición semejante. Joaquín agachó la cabeza y fingió la turbación confusa: la cara del que lo descubrieron. Javier tuvo un respingo: había descubierto de repente que su idea de la alianza férrea, de que iban a quedar ligados para siempre era una panfilada. Si lo matamos, pensó, uno de nosotros lo sucede y no tiene más remedio que deshacerse de los otros tres, pensó: matarnos. El soberano no puede tener cómplices, pensó. Después pensó que tenía que pensar si él podría hacerlo.

Jose vino de lejos. Estaba como recién llegado, como si no hubiera oído casi el fragor

de los ataques. Se restregó los ojos y puso la voz más despistada para decir lo bruto:

—¿Y no sería mejor hablar con los barbudos?

—¿Hablar con los barbudos?

Dijo cualquiera, los otros tres al mismo tiempo.

—Hacer con ellos un arreglo, conversar, proponer que la guerra se pare y ellos dirijan la Ciudad un tiempo, mis señores. Así la transición se hace más fácil, cuando no haya heredero, y no tenemos su religión ni guerra ni problemas.

La propuesta, pensó Joaquín, era descabellada: entregar la Ciudad para salvar la Ciudad. Y sin embargo era la única que podía oponérsele. La propuesta, pensó Javier, era descabellada: perder la guerra para acabar con esa guerra. Y sin embargo era la única que podía restablecer bien el comercio. Jaime, en cambio, se levantó de un salto:

—Eso es peor que religión, que guerra, que llorar con el hambre: todo perdemos, la Larga y todo el resto, y nunca más las tradiciones de Calchaqui.

Los cuatro se miraron, otra vez, un momento, en silencio. Buscaban de nuevo descubrirle a los restantes algo. Se movían, molestos, sobre sus almohadones. Joaquín trató de abrir la boca tres o cuatro veces. Al final, dijo que el agua de beber ya estaba muy caliente:

—Mañana, supongamos, Bienes, Guerra, Vulgos, la refresco de nuevo y conversamos.»

La escena es conjetural e incompleta pero, como queda dicho, nuestra base documental y nuestros conocimientos de la idiosincrasia calchaqui nos autorizan a suponer que los hechos no fueron muy distintos (sobre su continuación, ver más abajo). Es interesante observar cómo, a través de los distintos sectores de clase que se muestran en pugna en esta discusión, se prefiguran los sectores de poder más importantes que regirían la sociedad colonial americana en los dos siglos subsiguientes. Las semejanzas son notorias. <<

[3] «**maquinista grave pero flaco que se llevó primero preso**»: es el que figura en el cap. 3, pág. 514. No es común que los personajes que aparecen en un sector del relato de Oscar reaparezcan en otro. (Parece, más bien, como si cada fragmento fuera un sector estanco, sin relación con los demás; este será, sin duda, uno de los principales argumentos de quienes nieguen la unidad de *La Historia*, junto con las diferencias evidentes entre la forma más o menos ordenada del capítulo 3 y la dispersión de los demás capítulos. Hay que revisar.) Por eso es curioso que el maquinista torturado en el capítulo 3 se asome, fugaz, en este censo del linaje de la Madre del Hijo de Oscar (ver, al respecto, [nota 6](#), [cap. 4](#)). <<



[4] «**no se equivocaba porque aumentaba sus bienes**»: el postulado es sorprendente. No hay, en otros pasajes de *La Historia*, ninguna referencia a la eficacia —al «éxito»— comercial como medida de la justeza de las cosas. En realidad, tampoco está del todo claro qué se considera, en la Ciudad y las Tierras, «éxito».

Carlos Montana (en *Dos, tres, muchos éxitos*, artículo recientemente publicado en el n.º 3 de la revista *El Viejo Topo*, Barcelona, 1976) supone, con curiosa endeblez teórica, que se podría establecer una clasificación histórica de las sociedades según lo que cada una de ellas considera como paradigma del éxito, tanto individual —si existe esa noción— como colectivo —si existe esta otra.

La hipótesis, como queda dicho, es interesante aunque esté mal sustentada. Montana empieza por regodearse con los significados de la palabra castellana: *éxito*, del latín *exire*, salir, significa, según el diccionario, «final o terminación de un negocio», y durante mucho tiempo se usó más que nada en medicina —«éxito letal»— para decir que una enfermedad concluía con la muerte del paciente. Montana da, a partir de la etimología, una pirueta de sentido para decir que, durante mucho tiempo, en diversas sociedades, se entendió el «éxito» como algo que sólo podía evaluarse al final de una vida: si la existencia de tal o cual había sido coherente con sus propósitos se le suponía un éxito feliz —y su esperada recompensa en el más allá. Pero que la pérdida de los valores que sostenían las esperanzas postmortem trajo la posibilidad del éxito —como tantas otras posibilidades, dice— a este lado de la vida, que actualmente se mide en el corto plazo y con baremos mucho más concretos y materiales.

Tras esta introducción, opinable pero sugerente, Montana se contradice afirmando que hay nociones muy distintas de «éxito» a través de los tiempos, que nos pueden servir para clasificar las diversas sociedades históricas. En el grupo de las «teocráticas puras» incluye al islam primitivo y a la Europa medieval, que —dice— medían el éxito por el respeto de sus preceptos religiosos: el éxito era finito, y se completaba cuando el sujeto había conseguido llegar hasta el final de su vida en la observancia de las reglas. Era, dice, el éxito más fácil. En el grupo de las «espirituales puras» estarían Grecia clásica y el confucianismo chino, donde el éxito consistiría en el acceso a una serie de saberes que, por definición, no tenían final: un éxito que se consumaba en la aceptación de que siempre quedaba mucho sin hacer. En el grupo de las «materialistas puras», dice, estarían la Roma imperial y los estados capitalistas de los siglos XIX y XX, donde el éxito se buscaría en la acumulación de bienes —por especulación o por conquista—; los bienes no tienen final, pero se puede considerar que la medida humana de su posesión sí la tiene, o sea que los sujetos pueden completar el éxito si acumulan más allá de ese límite.

A partir de estos tres tipos «puros» —según el modelo weberiano—, Montana se lanza a definir las tipologías «mezcladas» —que son las más interesantes. Empieza por decir que los modelos puros también son mezclados, pero que los mezclados más característicos serían por ejemplo el platónicohelenístico de Alejandría, donde el espiritual se mezcla con el teológico —los saberes infinitos son secretos de dioses—, en un constante vaivén entre la posibilidad e imposibilidad de lo completo; o el de la España de la conquista, donde el material es una vía para el teológico —el oro nos lleva a la gracia divina— instaurando una cerrazón más que completa. Luego se entretiene en pensar matices dentro del materialista del capitalismo de estos tiempos, haciendo de un tipo «puro» un tipo «mezclado»: busca diferencias según el tipo de logro material que se persiga. No es lo mismo, dice, joyas que bibliotecas, perros que molinos antiguos restaurados, yates que pinturas no figurativas. Montana, a partir de estas categorías, intenta pensar las ideas de tiempo, vida y muerte que cada uno de los modelos favorece: sus hipótesis son una catástrofe de confusiones y arbitrariedades. Pero la idea en sí de clasificar sociedades según las formas que adopta en cada cual el éxito es interesante, y nos parece fecunda en el caso de la Ciudad y las Tierras.

No nos queda claro cómo se medía el éxito en Calchaqui. La palabra que usaban para significar esa noción era, según Thoucqueaux, *arustocu*, que podría descomponerse, según el glosario que manejamos ([ver nota 12, cap. 3](#)) en *aru* —dolor—, *st* —sin querer—, *ocu* —el otro—, y que el caballero traduce como «coronar con satisfacción una empresa» o «aliviarse». Las raíces son curiosas: parecen significar que el dolor va para el otro sin quererlo uno, con lo cual se retoma la idea de que la cantidad global de fortuna es fija ([ver nota 8, cap. 3](#)) y cuando alguien la disfruta y llega al «éxito» se gasta el capital común —el dolor va para los otros. O también se podría pensar que significa que en toda empresa —o intercambio— hay un quantum necesario de dolor, y que el «éxito» consiste en que sea otro quien lo reciba: de ahí la idea de alivio que subyace. O, más bajamente, una teoría de la envidia, según la cual todo «éxito» de alguno o algunos se aprecia en la medida en que irrita la ambición —el dolor— de otros. Es curiosa, de cualquier manera, esta forma de considerar el «éxito» sólo en función de sus efectos sobre los demás: el «éxito» sería siempre comparativo, una función de las diferencias al interior de un grupo.

Esto impediría definir una forma de «éxito» personal en sí mismo, más allá de la comparación con los demás. Sin embargo, la aparición de frases como la que citamos al principio —«no se equivocaba porque aumentaba sus bienes»— desmentiría esta idea. El *Libro de Usanzas*, tan pródigo en información, nos provee una versión posible:

«Crear que lo consiguió  
es saber que ya no lo

va a conseguir nunca más:  
nadie es capaz de obtener  
—el tiempo no va hacia atrás—  
lo que tiene en su poder.  
El éxito no es llegar  
sino seguir el camino:  
el que llega, al acabar,  
pierde todo; no es un pino  
la madera en el hogar.»

Pero este comentario supone una idea del tiempo que podríamos ubicar entre el soberano 6, Alfredo —el tiempo corre sólo para las cosas que no se terminan— y el soberano 15, Ernesto —el tiempo corre progresivo y lineal, como un río. Es cierto que el *Libro* es anterior, pero sabemos que contiene numerosas interpolaciones posteriores. Tanto, que también ofrece otras ideas del «éxito»:

«El éxito es no quererlo:  
no lo tiene quien lo busca,  
ni el que logró poseerlo;  
todos lo tienen; saberlo  
diferencia a unos de otros:  
el éxito no son logros  
sino esa manera chusca  
de saber que él está en todo:  
en los brillos, en los lodos,  
en las caricias más bruscas,  
en la canción, en el ripio,  
en cada manera y modo,  
en el fin y en su principio.»

Lo cual, muy a la manera del *Libro de Usanzas*, conduciría a una especie de alivio consistente en creer que todo da igual y que no vale la pena esforzarse porque de

todas formas no hay nada que conseguir y que todo depende de cómo se mire lo que se tiene: una invitación a que cada cual acepte lo que le haya tocado en suerte, y se tranquilice. Pero, como queda dicho, muchas de estas consejas eran, más que reflejo de las ideas corrientes, tentativas de control ideológico y social.

(Acá tendría que decidirme a incluir de una vez por todas los datos que tengo sobre la primera autora del *Libro de Usanzas*, personaje notable. Tengo el fragmento que aparece en la *Historia de los hombres terribles de la Ciudad y las Tierras*. El problema es que ese documento me parece muy poco fiable, aunque Thoucqueaux lo cita sin suspicacias. Hay que re TRABAJARLO:

«Tiempo de padre Enrique. Sara, biógrafa sacada, hija de Joaquín, maquinista venido a menos. Incompleta de su brazo izquierdo, pudo hacer formación porque se incompletó más tarde. La echaron del cuerpo de biógrafas cuando se dejó el brazo. Cocinó en el mercado; cantaba, pero no en tugurios. Estaba con su rencor muy aflorado. Se le ocurrió que si juntaba reglas definía unas vidas. Tenían que ser las reglas que todos conocieran y que creyeran muy normales: entonces nadie iba a pensar que le estaban definiendo nada, nada más diciéndole lo que ya sabía. Las juntó en las consejas, les puso chiste, las puso en verso para poder cantarlas. Empezó el Libro de Usanzas. Se difundieron mucho, y Sara se reía. No lo notaban otros, pero ella sabía que estaba escribiéndoles las vidas antes de que pasaran: como una biografía, pero mucho más bruta y concluyente. Estaciones después, la Casa se dio cuenta. Ya no podían eliminar el Libro, que habían recibido con muestras de alborozo. Se llevaron a Sara a un rancho aislado, en la ladera de las montañas del Oeste, y le hicieron escribir muchas consejas nuevas, haciéndole decir lo que querían que hicieran los vulgos y personas. Así los manejaron. A ella no le importaba: no es que quisiera hacer que los demás hicieran esto o aquello: no tenía preferencias. Nada más quería hacerlos hacer: escribirles la vida antes de que pasara.»

A propósito, en la *Historia de los hombres* hay buenos datos para entender la idea de «éxito». El problema es que sigue sin resultar fiable. Revisar.)

Decíamos que muchas consejas del *Libro* eran, más que nada, tentativas de imponer una visión ideológica. Suponemos que es el caso de las que citamos, sobre todo porque sabemos que hubo otras maneras de considerar el éxito. En una biografía menor de tiempos del soberano 12, Cándido, se habla de ciertas formas de definir quién lo tiene y quién no, basadas, como suele suceder en la Ciudad, en el azar determinado. La biografía cuenta la vida de un Jaime, dueño de muchísimas vicuñas, pero se ocupa al pasar de la vida de un Jacobo, arquitecto de casas del barrio fino:

«... había notado que las piedras de sus casas nunca pueden ir más allá que el alto de una pared bien hecha: Jacobo se aburría, porque el trabajo del arquitecto es aburrido. Es armar algo que se sabe de antes, una casa que se sabe de antes y que, ya hecha, se va a quedar ahí: tan aburrido. Entonces Jacobo, de aburrido, empezó a pensar de más

en eso: el equilibrio.

Decía que una pared de una piedra sola no es pared: apenas la pretensión de serlo, ya mostrada, y entonces: sin retorno. Que de dos piedras, decía, es como si ya dijera que además de querer, puede: va pudiendo. Que de tres, de la altura de un hombre, empieza a superar al hombre: le llega casi más arriba, ya es pared. Que de cuatro, entonces, es el momento clave: con una más terminaría, sería la pared correspondiente, pero es muy fácil que se caiga al ponerle la quinta: está en suspenso tremebundo porque el fin está cerca. Y que de cinco, así, pared ya hecha, pasa la pared a ser nada: una pared como tenía que ser, una batata, de nuevo lo aburrido. Pensó en hacer paredes sin la quinta piedra, siempre esperando que les llegara la quinta a terminarlas, pero no se atrevía.

Jacobo, pensando en piedras y la pared, buscaba. No era tan tonto: su problema era que no tenía para qué ser más astuto. De chico había creído que iba a hacer casas que no se terminaran: llenas de piedras al costado, para que cada dueño las fuera cambiando según su humor, los invitados, el nacimiento de una hija, su compra de unos chanchos. Había pensado mucho en esas casas, le parecían correctas, pero nadie quiso: hombres viven en casas para no tener que pensar adónde viven. Jacobo, aburriéndose, buscaba, y no encontraba nada, ni sabía demasiado qué buscaba.

Una vez vio una nube que parecía una pared de cinco piedras, muy allá, detrás de las paredes de la Casa, detrás de las montañas del Oeste. La vio y pensó que era tan bueno haberla visto y no sabía por qué: siguió reconfortado. Después pudo olvidarse. Pasaron cuatro estaciones y la vio de nuevo: algo parecido, no sabía bien, una nube que parecía una pared de cinco piedras y pensó que era la misma, más o menos. Se reconfortó, de vuelta, y se le ocurrió, pensó sin darse cuenta, que la segunda nube sería su segunda piedra.

Jacobo se fue a la plaza del Mercado, a hablar. Después pensó que podría haberse callado, pero en verdad no es cierto que podría: lo que buscaba, lo buscaba para hablar, decirlo. En cuanto tuvo, se fue a hablar al mercado. En la plaza, como siempre, lo escuchaban algunos: siempre escuchan algunos, total nunca se sabe. Jacobo decía que la vida, para hacerla bien, hay que llegar a tener las cinco piedras: el que tuviera las cinco, decía, ya tenía su éxito».

Como solía pasar en la Ciudad y las Tierras, las palabras de Jacobo crearon bandería: era muy raro que una propuesta no consiguiera crear su bandería, como si siempre hubiera habido sujetos dispuestos a lanzarse a algo, buscando algo para poder lanzarse. La biografía cuenta que se le unieron dos poceras, un persona que había abandonado un puesto interesante en la administración de la Casa, un maestro a punto del retiro y tres o cuatro más. Que decidieron que lo que definía la vida de cada cual era encontrar sus cinco piedras, y que el gran paso de cada cual estaba en decidir, en un primer momento, cuáles serían las piedras.

«Hay posibilidades, les decía Jacobo: quien puede decidir que su piedra es un lapacho florecido nada más en sus ramas derechas, cual que es canto de ocho notas de un bahiri, aquel que el rayo en una cuarta mientras el sol se pone, este que despertarse creyendo que es el momento de nacer; hay posibilidades, que son todas, hasta que va y la elige. Una vez elegida, no se puede cambiar: la decisión es importante.

Una vez elegida, decía, hay que estar preparado y esperando. El momento tremendo es el de la segunda: es la primera que confirma que hay serie. Y más tremendo, casi tremebundo, el de la cuarta: quiere decir que la siguiente tiene que ser la última, y que todo se acaba.»

En síntesis, el planteo no es muy distinto de las consejas del **Libro**: el «éxito» es independiente de lo que cada cual hace en la vida, o consigue o intenta; depende del azar de unos encuentros, que nadie puede controlar y que no suponen, por lo tanto, una búsqueda activa. Si acaso, una vigilia, una manera atenta de seguir esperando.

Los seguidores de Jacobo vivían en zozobra; eran muy pocos y sufrían bastante, pero cuando conseguían las piedras suficientes —dos, tres eran el gran momento— se regocijaban en proporción. Parece que por eso a uno —no se registra el nombre— se le ocurrió una derivación que tuvo más fortuna: dijo, un día, según dicen, que lo bueno del mecanismo de Jacobo era que los ponía frente a problemas nimios —esperar la segunda, tercera, cuarta piedra— que, una vez resueltos, les daban alegría, y que el éxito podía ser eso: a cualquier situación desagradable —la vida, por ejemplo, decía— hay que agregarle inconvenientes. Cuando se disipan, la situación se hace muy placentera. El mecanismo se volvió costumbre y muchos lo practicaban sin fanatismos, como un recurso cotidiano: fue muy común en Calchaqui que los sujetos se pusieran obstáculos ficticios para que, si conseguían vencerlos —y quedar como antes— eso fuera un gran logro: una manera accesible y reconfortante de llegar a un «éxito». (¿No es algo de esto lo que Oscar trata desesperadamente de evitar cuando produce su nefasta Declaración? ¿No nos recuerda su terror de tener que realizar terribles esfuerzos para asegurar la mera conservación de lo ya existente? ¿No se podría pensar que Oscar actúa, al dar su Declaración, en abierta oposición a esta idea del «éxito»?)

Hay más datos, pero serían tediosos. En síntesis: debemos aceptar que no tenemos una idea precisa de qué era el éxito en la sociedad calchaqui (¿podríamos llegar a saber, entonces, en qué consistía la «felicidad»?). Y, sin embargo, estamos convencidos de que ese conocimiento sería muy útil y que, en general, resulta básico para definir cualquier grupo humano que se nos presente como objeto de estudio (el caso de la Argentina actual, por ejemplo, es muy ilustrativo). <<

[5] «**los cincuenta barbudos en el desfiladero de los Patos**»: *La Historia* nos ofrece poquísimas referencias a la guerra contra «los barbudos» —españoles—, y las pocas que hay no están nada claras. Esta, por ejemplo, alude visiblemente a un episodio que debería ser muy conocido y sobre el cual no hemos encontrado datos en la gran masa de documentos que constan en la *edición Thoucqueaux*.

El tema de la guerra contra los españoles es el gran misterio de la historia de la Ciudad y las Tierras. *La Historia*, como queda dicho, se refiere a veces a ella, pero nunca la narra o la describe. Sin embargo, la guerra debe haber sido la causa de buena parte de los males y, de alguna manera, directa o indirecta, de la caída final de Calchaqui (ver nota 45, cap. 4).

El silencio, que empezó con los propios calchaquis, fue mantenido por generaciones de historiadores y comentaristas. Suponemos que los primeros cronistas españoles callaron para disimular la grandeza de la civilización que estaban aniquilando. Tras las críticas que arreciaron en Europa por la destrucción de los reinos azteca e incaico, es probable que no quisieran hacerse cargo de un nuevo magnicidio, más tremendo aún que los anteriores. En las *Jornadas* de Diego del Castillo (la primera crónica, ver nota 39, cap. 4), se habla de una gran ciudad pero no se aclara mucho al respecto; aun así, parece como si hubiera hablado demasiado. Aunque se puede pensar en una maniobra elegantísima: la Ciudad se presenta con visos de grandeza, pero las *Jornadas* son un poema épico, y sabemos que la épica se caracteriza por su exageración. El mecanismo es de lo más astuto: no hay mejor manera de engañar que decir la verdad como si fuera una mentira.

De todas formas, fue un exabrupto. De ahí en más, el pacto de silencio fue cerrado, y ninguna de las crónicas que se refieren a esa zona y ese período cuenta los detalles de la larga guerra ni la importancia del mundo que destruyó.

Seguramente, fue por eso que el manuscrito de fray José Luis de Miranda nunca fue publicado en España: habría dado por tierra con todas las versiones oficiales acerca de la conquista del noroeste argentino. Por eso, *La Historia* tuvo que esperar un siglo hasta que un aristócrata francés la encontró y trató de difundirla y, después, dos siglos más hasta que un modesto historiador argentino recuperó la totalidad del documento, y ahora lo presenta.

Mientras tanto, la cuestión de la guerra escapó a la crítica internacional que, por no conocer de *La Historia* más que el capítulo 3 —*La Destinée de la Révolte*—, en el que casi no aparecen referencias a ese conflicto, no pudo investigarlo. Lo mismo les sucedió, supongo, a mis colegas locales.

Nosotros, ahora, sabemos que la guerra entre los españoles y los calchaquis empezó

en tiempos del soberano 16, Rubén, muy poco después del triunfo de la Larga (circa 1540), y duró hasta el final. Y que, aunque se trate de disimularlo, su influencia sobre las formas de combatir en la Argentina fue decisiva. Muchas de las pequeñas guerras que sacudieron a nuestro país en el siglo XIX parecen más una supervivencia de las guerras calchaquis —y de su peculiar arte bélica— que de la forma española y colonial de batallar.

Como muestra, sirva este fragmento de las *Memorias* del general Gregorio Aráoz de Lamadrid (publicadas por primera vez en Tucumán en 1895, en el centenario de su nacimiento):

«Continué pues, a Tarabuco, muy complacido, particularmente por los vestidos que conseguí tomarle al enemigo, pues los nuestros estaban en jirones, y llegamos cerca de las doce de ese mismo día al reducto y encontramos en él más de ciento ochenta cabezas de ganado vacuno, mayor número de ovejas, una tropa importante de llamas y guanacos, más de veinte arrobas de chalonas o charque de ovejas gordas y gran acopio de cebada, leña, etcétera, con los que habían querido comprarnos nuestros enemigos. Mi primer cuidado fue hacer que cada uno de mis hombres se vistiera según su condición y posición, con los colores correspondientes; después me ocupé de pasar el parte al general en jefe y despachar proclamas incendiarias a todos los departamentos y avisarles de mi marcha sobre la capital de Charcas.

Al siguiente día, bien temprano, me fue presentado preso el sargento Martín Bustos y sus diez soldados, por uno de mis comisionados, natural del país, escoltado por más de setenta indios. Formé en el acto toda mi división en cuadro en la plaza de Tarabuco y puestos los presos dentro de él, llamé al curaca o alcalde del pueblo y le ordené que me presentara al instante once polleras de las más andrajosas de las indias e igual número de zuecos y monteras de cuero de las que ellas usan. Listo todo al momento, mandé desnudar a los presos y vestidos por fuerza con aquel traje y el aro en la mano, aunque me clamaban todos que los fusilara primero, ordené al sargento Bustos que se parara sobre un banco y nos hiciera un discurso explicándonos por qué nos combatía. Al punto le hice saber que si su explicación resultaba convincente tendría salva la vida. El sargento se aclaró el garguero y se enredó en argumentos estafalarios pero, al cabo, como era hombre de ciertas luces, dio con una serie de razones que mi tropa empezó a escuchar con interés. Algunos de mis soldados mostraban entusiasmo por lo que oían: que nuestras tropas estaban asolando una tierra ajena, que habíamos destruido cultivos sin necesitarlo, que muchas mujeres habían quedado viudas y sin manera de sostener a sus hijos pequeños. Refrenando mi impaciencia, lo dejé continuar tal como le había prometido y, cuando me dijo haber terminado, ocupé el mismo lugar y rebatí, una por una, sus añagazas.

Debo decir que mi voz es, para mis soldados, corneta que los guía, y tambor de muerte para mis enemigos. De esa suerte, justifiqué en nombre de la Patria nuestras



acciones, y establecí que el interés de todos no puede subordinarse al interés de unos cuantos, y que mayor ofensa es el cautiverio de una nación que el hambre de unas viudas. Desde mi puesto, observaba con satisfacción que los mismos soldados que parecieron allanarse a las razones del traidor ahora se aliviaban al encontrar su razón en las mías. Cuando terminé, con un llamado encendido y unos vivas a la Patria y a nuestro ejército, ni uno solo dejó de contestar con fuertes vítores.

Sabedor de mi triunfo, obtenido con los medios más nobles, mandé abrir filas e hice que pasearan entre ellos a los prisioneros, vestidos en su denigrante atavío, ordenando a la tropa que escupiera a esos cobardes, que no merecían ser sus compatriotas, pues querían manchar a su país con la ignominia. Fue un rato de comedia para la diversión y el pueblo, y del más amargo llanto para los que sufrieron aquel castigo, que no llegó por la fuerza de las armas sino por la potencia de la palabra. El jolgorio duró hasta entrada la noche.»

¿Qué es todo esto, sino la recuperación —cobarde, es cierto, compadrona— de la costumbre calchaqui de enfrentar la oratoria de dos campeones para solucionar un conflicto bélico (ver cap. 1, pág. 52)? Es el caso extremo de aquello que podríamos llamar «guerra de parada», en la cual el enfrentamiento armado deja su lugar a discursos, amagues y amenazas: una solución sofisticada que desdeña, por fácil y torpe, la mera batalla. (Hablabamos del siglo XIX, pero también los generales del ejército argentino de estas últimas décadas, desde 1930, utilizan estos mismos procedimientos, de parada y bravata, cada vez que quieren imponer su fuerza en golpes de Estado y conflictos de corrientes internas. Lo que hacen estos generales no es más que la reproducción, degradada, de las brillantes maniobras de aproximación y fuga de los jefes militares calchaquis (ver cap. 1, pág. 29).

Es más, también se podría suponer que la sofisticación de las formas de la tortura en nuestra patria —que empieza con la invención de la picana eléctrica por parte del comisario Lugones, se desarrolla en las mazmorras peronistas y llega a un punto culminante en nuestros días— puede relacionarse con el desarrollo que alcanzó esa actividad en la Ciudad y las Tierras. Por supuesto, como queda dicho —[ver nota 32, cap. 4](#)—, la finalidad de la tortura entre los calchaquis era tan diferente, que toda comparación es un insulto a su cultura.) <<

[6] «**Aquel Joaquín inventó un reloj**»: todo este linaje parece un error. Mejor sacarlo, como interpolación? Terrible trabajar con el escrito de alguien tan descuidado o incapaz. Se equivoca siempre; hay que desconfiar todo el tiempo de su historia. ¿Por qué se equivoca tanto? No miente: cuando alguien miente no suele equivocarse. ¿Será que miente y se equivoca a propósito para hacer más verosímil su relato?

Sabemos que un hijo pertenecía a la casa de la madre —continuaba la casa de la madre, [ver nota 17, cap. 2](#). La hija continuaba la del padre. Entonces qué sentido tiene reseñar toda esta sucesión de padre en hijo. Los únicos que tenían derecho a sucesión patrilínea eran los soberanos. Extraño: parece como si fuera un invento —interpolación— de alguien que no tiene ni idea de la organización familiar de C. Quizá se basaba en datos que tenía sobre soberanos y por eso. Problema: ¿quién podría ser el falsificador? Ver, sin falta ver. Como el linaje de Jesús al principio de ¿Mateo? —buscar—: esto de que se enumeren todos los ancestros de Jesús para demostrar que es descendiente de David —condición necesaria para que fuera el Mesías— y que hagan pasar la línea por José, que no fue su padre ni nada semejante. ¿Esto apunta a fray José Luis como falsario? No parece. Ver, revisar. <<

[7] **«la gran mamada de los hombres barbudos»**: no pudimos dar con ningún dato sobre esta escena. Es sorprendente: por la manera en que está citada, debería formar parte de la gran tradición calchaqui y, además, podría arrojar luces diferentes sobre la marcha de la guerra contra «los barbudos» —una situación así supone una gran derrota de los barbudos y, seguramente, el cautiverio o muerte de muchos de ellos; no sabemos nada de eso ([ver nota 5, cap. 4](#), y [nota 40, cap. 4](#)). <<

[8] «**sedosos, sinuosos, untuosos como una mano**»: esta fraseología parece una interpolación, el dislate de alguien que quiso agregar clima exótico. Uno de los méritos de *L'Histoire* es que no busca el exotismo, tan de moda en Francia en el momento en que Alphonse des Thoucqueaux compila y traduce la mayor parte de los materiales (es el momento de las *Lettres Persanes*, de Montesquieu, y *L'Ingénu*, de Voltaire). Entre tantos errores, este es un gran acierto del caballero. Su intención de no recargar tintas exóticas es manifiesta: consta en una carta que seguramente no envió —la encontramos en su biblioteca— dirigida a Madame de Châtelet, fechada en abril de 1749.

«Ya sabe usted, mi estimada señora, lo que se dice sobre mi viaje a Persia. Conocerá, lo espero, alguna vez, que no hay rumor más engañoso, dicterio más artero. Pero si, a fuerza de perder en esos parajes años de mi vida, algo pude aprender en la jornada, fue que no hay nada más falaz que esa visión que disfraza con velos y oropeles las costumbres de los pueblos lejanos. Es, ahora lo sé, señora mía, la manera en que nos defendemos de sus enseñanzas: con esos mantos conseguimos —o al menos intentamos— arrumbar las lecciones que semejantes pueblos podrían darnos en el rincón de las curiosidades, de los cuentos amables y agradables, buenos si cuadra para el ocio cortés pero no, en ningún caso, para la reflexión de los filósofos. Líbreme pues, señora, mi corta inteligencia de caer en trampa tan manida: si algo he de decir que deba oírse, trataré de quitarle, con mesura, todos sus velos y oropeles...»

El problema es que la infiltración de algunos pasajes «exóticos» puede haber sido previa a la edición del caballero des Thoucqueaux: no sabemos qué trayecto recorrió el manuscrito entre el momento en que lo compuso fray José Luis de Miranda y el momento en que llegó a manos del caballero. De hecho, tenemos pruebas de que la historia de la Ciudad y las Tierras había circulado por España antes de su publicación en Francia —al menos, en círculos restringidos. En uno de sus últimos poemas, redactado pocos meses antes de su muerte, don Francisco de Quevedo y Villegas hace alusiones inequívocas a la tradición calchaqui y a algunos de sus temas más salientes: la vida larga y las muertes bellas, entre otros:

«En breve cárcel tengo aprisionada  
la poca vida que mi vida espera;  
limar sabrá sus rejas la quimera  
de una vida mayor, apasionada.  
Nada y estruendo es esta sin aquella;

sienten mis huesos, carnes, mis ausencias  
que por su ser no son sino apariencias  
que bella muerte torna en vida bella.  
Llama que a la mortal vida trasciende,  
soplo que no cautiva sepultura,  
aurora que redora sus rosados:  
la hoguera helada que la muerte enciende  
es la vida más larga, la más pura:  
un amor y un horror enamorados.»

El poema, sabemos, fue escrito en marzo de 1645, en su postrera residencia de Villanueva de los Infantes. En esos momentos, Quevedo, que venía de pasar tres años preso en el convento de San Marcos, se interesaba sobre todo por la reflexión política; había publicado, el año anterior, su *Vida de Marco Bruto*. Así, no es sorprendente que, conociendo la existencia de manuscrito tan revelador sobre ese tema, lo buscara y, casi in articulo mortis, le dedicara uno de sus últimos poemas (que, precisamente por eso, no figura en algunas de sus compilaciones pero sí, por ejemplo, en la completísima de James Crosby, Madrid, 1971, entre otras). La utilidad evidente de este soneto es que, además de probar la circulación del manuscrito de *La Historia* en castellano y en España antes de su edición francesa, nos permite delimitar la fecha en que fray José Luis tuvo que terminarlo: no puede haber sido posterior a 1644, ya que Quevedo lo glosó —y murió— al año siguiente. <<

[9] «**los hombres dispuestos a la calma**»: es curioso. Los escritos que tenemos alardean mucho de la libertad sexual y las costumbres libérrimas de la Ciudad ([ver nota 58, cap. 3](#); quizá decir que alardean sea un error; en realidad, son aún más soberbios: presentan esos manejos como una realidad que ni siquiera les llama la atención). Pero lo que podemos apreciar sobre sus prácticas no se parece a estos desenfrenos: es probable que esas costumbres estuvieran limitadas a ciertos círculos, sobre todo los ocupantes de Palacio, los soldados y algunos traficantes y maquinistas ricos. Pareciera que el verdadero fantasma es el sexo reproductivo —y que quieren escapar de su amenaza con estos manuales (ver también la [nota 18, cap. 2](#)). En ese sentido, este episodio —la fuga del grupo de hombres encabezados por Jaime— es revelador: pretenden estar liberándose de las servidumbres del sexo pero, en realidad, son sólo un grupo de hombres huyendo de mujeres que los aburren. En el mismo sentido podemos leer la descripción de la escuela de las prostis castas (cap. 4, pág. 781): en la escuela, sin que se explique por qué, sólo hay mujeres, y lo que se pone en juego es el machismo de hombres amenazados en su potencia sexual —algo completamente banal, que todos conocemos, muy lejos de las fantasías de sus escritos.

Por ciertos datos, he llegado a pensar que la historia de la escuela recubre en realidad una institución ligeramente diferente: un burdel en el que las mujeres amenazan con su propio goce, y los hombres les pagan para ver si pueden conseguirlo. Lo que no nos queda claro es cuál puede ser el interés de Oscar en esta mistificación. De hecho, tras reseñar la escuela, el relato continúa con una descripción que nos parece totalmente apócrifa: ni por vocabulario ni por estilo se parece al resto del relato de Oscar. Considero que es una interpolación y sospecho que puede deberse a Jushila, que quizá se entusiasmó en su convento y se puso a inventar escenas escabrosas para deleite de sus compañeros de claustro. Por eso no la incluimos en el cuerpo del relato.

La cito aquí por honestidad académica. Cuenta que, como respuesta a la provocación de las prostis castas, un grupo de traficantes de perfumes organizó un burdel de monguis e incompletos, conocidos por ser los individuos más sumisos y agradables para semejantes prácticas. En él sí, es cierto, hay hombres y mujeres:

«Está siempre colmado. En él, los hombres y mujeres encuentran el decidido gusto de que un coito sea lo que el sujeto decidió que fuera, no un negocio, jamás un compromiso.

La sala central rebosa de delicias; es grande, como de treinta largos cada lado, y los frescos que cubren sus paredes están velados por telas vaporosas: las figuras se ven o se adivinan, según dónde se ponga el que las mira. Las figuras tienen un solo tema: la fuerza de Calchaqui. En una, la caravana de cuarenta mecánicas avanza bajo el calor

terrible del desierto del sur: los hombres están despellejados por el sol, enflaquecidos, y siguen adelante. En otra, una hecatombe de animales distintos yace boca arriba: carniceros rojos de su sangre los van despellejando para el bruto festín. En otra, una mujer como nunca vio nadie, con carnes que le desbordan más que ríos, está atada de muñecas y tobillos al suelo, separada. En otra, dos ejércitos reunidos en un valle estrecho escuchan las palabras de campeones; se ve, en cada cara, el miedo de que el campeón no encuentre el verbo justo. En otra más, un Padre con la cara más clásica de Padre está de pie, junto a su padre muerto, anunciando su tiempo. Y hay más, y en el suelo de la sala central hay pieles de animales: montañas altas de pieles de animales y la luz no es de gas sino de velas cuya llama una palma mece suave. La luz se bambolea.

La sala tiene un color, entre luz y pinturas, verde y ocre: como el fondo de un río de agua clara. Sobre las pieles pululan monguis e incompletos. Nadie es mejor que los buenos de ellos, cada cual en lo suyo, para hacer fornicio: saben ser instrumentos, transformarse en idea del que los fornicia. Son magníficos.

En la sala, cada cliente mira y se imagina. Ve un incompleto de su pierna izquierda, uno que la izquierda le llega hasta su muslo y se acaba en un pompón de carne: se imagina que le puede chupetear el pompón mientras el incompleto lo mama dado vuelta; le gusta la idea de que se está tragando un pie reducido a chiquito. Ve una incompleta de sus brazos, una que nunca tuvo brazos: se imagina que puede fornicarla muy normal de frente suponiendo cada caricia de esas manos, los apretones de esos brazos; le gusta la idea de que los va a sentir exacto como quiera, sin un cambio. Ve un mongui muy precioso, regordete, niño, tratando de aplaudir que no consigue que se golpeen sus manos; se imagina que le puede ordenar que le ensarte con su pistón su ojete, a ver cuándo lo puede; le gusta la idea de las caricias de ese pistón tan despistado, rebotándole en la espalda y en las piernas, buscándole el agujero con gracia tan de mongui. Ve una incompleta de sus piernas, una que le cortaron las dos piernas después de un accidente hasta las ingles: se imagina que puede recostarse bocarriba y colocarla sobre su pistón como un florero con flores que se están secando; le gusta la idea de la entrada a esa válvula o su ojete sin ninguna barrera. Ve un incompleto de los cuatro, uno que nació sin sus piernas ni brazos, como si el mundo no fuera de caminar y agarrar cosas; se imagina que puede contarle durante muchas horas cómo resulta dar un paso, agarrar una carne, y obligarlo a ensayar con los muñones gorditos que le cuelgan, y después contarle cómo se hace un meneo y obligarlo a hacerle a él un meneo pobre con lo que pueda y se le ocurra: el cuello y el mentón, la boca, la oreja con el hombro, su sobaco: que invente; le gusta la idea de verlo desesperarse poco a poco. Ve un incompleto de sus ojos, que se quedó sin ojos, uno que nada más conoce de formas diferentes, con sus manos y oídos; se imagina que le puede pedir que le describa cómo es él, que le describa su pistón con el mayor detalle, su ojete con detalle, sus muslos y sus manos con detalle y

con detalle todo: que le enseñe cómo es él cuando no pueden verlo y, mientras tanto, desparramarse en un meneo satisfecho.

Y así siguen: es un lugar interminable. En la sala, cada cliente llega, mira, se imagina. Después hace, con su miedo, alguna de esas cosas con alguno de ellos. Los monguis e incompletos están porque son instrumentos. Cada cual puede hacerles lo que quiera. esa es su gracia y su peligro: el hombre, la mujer que los usa está en un brete: sabe que no tendrá excusas si lo que hace no es lo bueno. Por eso muchos le rehuyen a la escuela: por su miedo. Pero suelen decir que es porque no les permite el gusto del peligro: que les fascina de verdad hacer lo que se hace con monguis e incompletos, pero nada más cuando se encuentran uno que no quiere y buscan la manera de obligarlo.»

Como se ve, el fragmento no se parece en nada al resto —y he dudado en citarlo: me repugna. Más adelante se refiere a otra sala, especial, con sólo enanos:

«Para los más suavitos hay, también, enanos: para que puedan imaginarlos de un golpe por entero. A los más suavitos les repelen las mujeres y hombres extendidos, alargados sin razón valedera, que separan de la otra cada parte de su cuerpo como si entre una y otra hubiera que ganarse el recorrido batallando. Para los más suavitos el cuerpo perfecto es el que cabe en una sola caricia: tener todo no puede ser, dicen, un ejercicio sucesivo, porque lo que llamamos todo no sabe desplegarse en el tiempo. Por eso son preciados los enanos: en una sola caricia están enteros. O sea: aunque casi todos los enanos sean mujeres, igual son muy buscados.»

Barrabasadas. Pero, más allá de estos dislates, sintetizando: se diría que las continuas referencias a prácticas sexuales libérrimas —¿aberrantes?— más parecen alardes culturales que cualquier otra cosa: así es como querrían ser, no como son. (O como querrían mostrarse; ver la cuestión de los perfumes de invento en [nota 21, cap. 4.](#)) <<



[10] **«necesitan pertenecer a banderías»:** sobre la tendencia de Calchaqui a que todas las opiniones cristalicen en grupos o corrientes, reflexionar. ¿Qué pasa con la opinión individual, autónoma? ¿Una idea sólo resulta tolerable cuando produce una asociación que intenta realizarla? ¿Qué pasa con la posibilidad de creer algo sin que se forme un grupo de gente que sostenga esa creencia? ¿La posibilidad de pensar o creer solo? ¿La posibilidad de pensar o creer sin producir acciones? ¿Es un efecto buscado por Palacio para controlar y encarrilar las opiniones y creencias? ¿Se puede suponer que una idea, cuando se convierte en base para la acción, pierde parte de su potencia? ¿Qué pasaría con las ideas y creencias si no cristalizaran en corrientes de acción? <<

[11] **«era una hija presentada»:** la primera solución al problema del crecimiento demográfico excesivo en la Ciudad y las Tierras: los hijos «presentados». Antes de que los hijos sobrantes pudieran emigrar (ver nota 4, cap. 18), cuando nacía un hijo de más —ya sea porque era del mismo sexo que el anterior, o porque ya habían nacido el varón y la nena y, por cierta confusión, sus padres habían tenido otro— lo «presentaban», es decir: lo dejaban en la puerta de la casa de la madre durante varios días —¿5? ¿25?— para ver si alguien quería llevárselo. Esto crearía una mezcla de sangres que reafirmaría los vínculos sociales entre los habitantes. Puede parecer extraño, pero muchos pueblos hicieron lo mismo —los romanos, entre otros. Es mejor que el infanticidio, por ejemplo (que los chinos justifican: dicen que es muy incivilizado suponer que un hijo es una fatalidad que hay que aceptar, y dicen que la cultura consiste en saber elegirlos). Curiosamente, a diferencia de tantas otras culturas, a los calchaquis les daba pena matar recién nacidos. Elisa, Elisa.

Incluir un par de datos sobre los chicos —o buscar si hay otros lugares donde calcen mejor:

— se consideraba que el hijo estaba listo para la aceptación cuando su madre —o padre si es hija— empieza a encontrar hiriente el olor de su mierda. (Durante los primeros años, el olor de la mierda de un hijo se considera con el mismo cariño que uno tiene por el olor de la propia.) El criterio parece lógico. Pero hay otra frase, en una biografía de Oscar: «Lo que me gusta de los chicos es su esfuerzo por aprender las panfiladas: todo lo innecesario. Dejar de ser un chico es aprender que hay tantas cosas que no vale la pena aprender.» ¿Se contradicen?

— había niños prodigio (sobre todo, los que sabían cantar o contestar adivinanzas o describir con todo detalle los coitos que no podían haber realizado), pero los obligaban a seguir siéndolo para siempre —porque era un desperdicio que durara tan poco.

— los chicos más necesitados (había algunos vagabundos, hijos de antiguos) sobrevivían vendiendo su orina, que se usaba como dentífrico. Aclarar que también la usaban los romanos de tiempos del Imperio y Madame de Sevigné, sin ir más lejos.

— sobre todo: discutir la cuestión del tiempo anterior al nacimiento como tiempo de muerte —hay algo en [nota 16, cap. 2](#). El chico que aparece ya existía, pero en esa existencia extraña que es la muerte —esto, por supuesto, antes de la Larga; ¿qué pasó después? Averiguar. ¿A nadie se le ocurrió que los que iban a nacer compartieran el Lugar con los muertitos? Cuando nacía un chico, el padre le presentaba en una mano un choclo, en la otra un reloj: según agarrara uno u otro, se entendía que había pasado todo ese tiempo esperando o disfrutando. Se consideraba que los del reloj iban a ser

más afortunados. Los del choclo ya habían gastado mucho. <<

[12] «**su tiempo fue delicadísimo**»: el tiempo del soberano 17, Raimundo, a quien Oscar admira y desprecia en proporciones tornadizas, parece la negación del tiempo del soberano 7, Bruno. El 7 decía que no hay pasado ni futuro sino una sucesión interminable de presentes ([ver nota 36, cap. 2, y cap. 2, pág. 282](#)), que podrían aparecer en cualquier orden, por lo cual su tarea como ordenador de esos presentes era imprescindible y hercúlea. Raimundo, en cambio, declaró que el presente es tan estrecho que nada puede suceder en él: «Nunca sucede lo que parece: lo que en verdad sucede es que cosas del pasado o del futuro se repiten o ensayan», porque, decía: «el presente es tan ínfimo, mis polluelos, tan tremendo de estrecho...», decía Raimundo, según Oscar.

Todo lo que aparentemente sucedía en el presente era en realidad —ya que el presente era demasiado angosto como para contener ningún hecho— el recuerdo de algo que acababa de pasar o la preparación de algo que estaba llegando.

Su tiempo era, más que un principio ordenador, una interpretación: no tenía gran influencia sobre la cotidianeidad de las cosas, y más bien establecía la idea de que no había realidad sino lecturas: recuerdos o proyectos. Era un tiempo muy apropiado para un soberano que se dedicó a contemplar, con gran placer, el mundo que supuestamente regía. Mientras tanto, la invasión de los españoles seguía amenazando y la decadencia económica de la Ciudad y las Tierras se acentuaba. Esta tendencia, como queda dicho, continuó a través de los dos soberanos siguientes, y justificó la reacción autoritaria y voluntarista del soberano 20, Ramón. Su tiempo, para oponerse a estos, tuvo tal pretensión de totalidad y perfección que le hizo muy difícil a su hijo y sucesor, Oscar, decidir nada. <<

[13] «**Hay frases que construyen un pasado para siempre, y las buenas dos**»: estudiar. La sensación de que Oscar nos estuviera diciendo —queriendo decir— algo básico, que no podemos entender, sospecho, sobre sí mismo y, más que nada, sobre su «escritura» —dictado— de ***La Historia***. ¿Qué quiere decir cuando habla de una «buena frase» construyendo dos pasados? ¿Es simplemente un error, se fue de la lengua, o en verdad nos está dando una clave? ¿Cómo serían esos dos pasados que una buena frase —¿un buen relato?— podría construir? ¿En qué medida cambia nuestra lectura de ***La Historia***? (De todas formas, dudo de que Oscar sea capaz de semejantes sutilezas, no es su estilo; creo más en la inadvertencia o petulancia de una frase, como casi siempre.) <<

[14] «**planeó en ellas movimientos de sus fuerzas**»: una de las varias referencias a los soberanos como comandantes militares: siempre son vagas y no tenemos otros datos para confirmarlas. Más bien, toda la información que manejamos tiende a hacernos creer que no tenían esas atribuciones ([ver notas 13 y 14, cap. 2, y nota 2, cap. 4](#)). Puede que se tratara de una fórmula de cortesía (se les daba a los soberanos la posibilidad de imaginar estrategias de guerra que, de todas formas, nadie llevaría adelante, ya que la decisión final quedaba en manos del consejero de la Guerra). O, quizás, es otro error de Oscar que, en el momento del dictado, todavía no sabe que su poder es casi una quimera. <<

[15] «**y a mi único enemigo serio ya lo conozco demasiado**»: Oscar no da mayores explicaciones: parece como si hablara de algo que su lector ya conoce. A primera vista, se diría que se refiere a algo que ya dijo en su relato. Lo he buscado y no está. Por supuesto, puede ser una distracción. También cabe la posibilidad de que lo eliminaran Miranda o Thoucqueaux (¿o alguien más? No hemos considerado suficiente la eventualidad de otras intervenciones, que no conocemos, en el *corpus* que manejamos). Pero también es probable que Oscar suponga que su lector lo sabe porque conoce bien la situación que él está narrando.

Esto vuelve a plantear el problema del lector. ¿Para quién cuenta Oscar? ¿Cómo supone que lo van a leer? La mayor parte del tiempo tengo la impresión de que piensa en un lector distante, ajeno a muchas de las cuestiones que trata, y que por eso se enreda en descripciones y recuerdos innecesarios para cualquiera de sus súbditos. Pero, otras veces, aparecen frases como esta, que nos hacen pensar que debía imaginar a su lector como alguien cercano. La cuestión es importante ([ver nota 17, cap. 1](#)); entre otras cosas, porque su solución nos permitiría entender un poco más el misterio de Oscar. Si supiéramos para quién dicta su relato, tendríamos más posibilidades de saber por qué. El hecho de que Oscar pase sus últimos momentos antes de su dramática Declaración dictando esta historia es muy significativo y nos daría algunas pistas sobre sus razones para llegar a la decisión final.

Si Oscar pensaba en un lector calchaqui, significaría que:

— su relato no nos engaña: que era cierto que, mientras dictaba, todavía no había decidido su Declaración y, por lo tanto, no podía saber los efectos que iba a tener, o bien que:

— ya la había decidido, pero los efectos fueron muy distintos de los que él esperaba, o bien que:

— ya la había decidido y, previendo sus efectos devastadores, lo atrajo la idea de contar algo que ninguno de los suyos podría escuchar/leer, ni cuestionar: ser el único dueño de la historia de la Ciudad y las Tierras, sin oposición posible.

Aunque esto nos lleva a la eventualidad de que pensara en un lector extranjero: la idea parece contradictoria con la idiosincrasia de los calchaquis, a quienes la opinión de los forasteros no solía importar nada.

Pero es la única alternativa si Oscar sabía que, tras su Declaración, sus compatriotas ya no estarían allí para leer su historia. Y que, orgulloso de su acción, necesitaba espectadores, aunque fuesen forasteros. O bien que, convencido de que la victoria final sería de «los barbudos», quiso vengarse por anticipado contando las excelencias

de la cultura que iban a aniquilar —y que por eso eligió a uno de ellos para anotarlo. Aunque no creo.

O sea que la eventualidad del lector extranjero también explicaría por qué Oscar eligió a Jushila como anotador. No parece que tuviera muchas otras opciones, pero no deja de extrañar que debiese entregar su historia casi final a una persona cuyas palabras no podía controlar ([ver nota 17, cap. 1](#)): Jushila, en última instancia, podía hacer con la historia lo que quisiera —y nada nos asegura que no lo hizo.

Es probable que en esto haya jugado, también, la prohibición de que los soberanos de la Ciudad y las Tierras —y sus herederos— escribieran. Oscar infringe dos veces esta regla ([ver nota 57, cap. 1](#), sobre la muerte de su padre, y [nota 6, cap. 2](#), sobre sí como mongui), pero son escritos breves y precisos, centrados en emociones muy concretas. Quizá se toleraran —o no— estas infracciones menores. Pero seguro que no podía contar algo más complejo; esto explicaría en principio por qué decide dictarle a Jushila, pero sospecho que incluso con el dictado Oscar viola la prohibición y se pone relativamente al margen. Quizá lo haya hecho para eso.

La prohibición viene explicada en el relato de Oscar cuando su padre le dice que sea un «artista de la palabra». Ante la confusión posible, Oscar explica la idea de su padre: «No es eso: Padre tiene que vivir para hacer con su vida un relato que cuenten los demás: que los demás, de todas formas, tienen que contar. Para que la cuenten con sus propias palabras, con la ilusión de que la van haciendo: como tiene, ahora, el pobre Jushila. Pero mi obra es la forma de mi vida, la historia de mi vida: voy a tener que encontrar las reglas de la composición, los golpes, los efectos, las grandes escenas y las terribles canalladas: las traiciones más chicas. Todo lo que sucede es parte de mi vida: todo, cada vida en la Ciudad y las Tierras, un perro, yo, las gotas de esa lluvia. Y si tiene que haber un error en mi obra, sería exquisito que el error fuera mi tiempo» (cap. 4, pág. 817).

Oscar, en otra parte, se queja de ser un escritor incesante —y, quizás, en esa disconformidad haya una clave para entender su final:

«Yo nunca tuve esos momentos de abandono. Siempre supe que estaba haciendo mi recuerdo. No tengo el consuelo de saber que el tiempo va a terminar mis actos, que mi vida es la corta, que no la lastran sus repeticiones. Mi vida recoleta, escondida en la Casa de los ojos de todos, es espectáculo sin pausas: el argumento de una historia para ser contada. Me gusta cometer tropelías, imaginar actos que la historia no debería registrar. Me gusta que el pobre Jushila esté registrando, ahora, las palabras que no debería decir...» (cap. 1, pág. 63).

El soberano, entonces, no tiene derecho a escribir porque toda su vida es la escritura de una historia que otros copiarán. Escribir sería, para él, una claudicación o un pleonasma.



Según Thoucqueaux, la prohibición tendría su origen en una antigua costumbre de tiempos de los escondidos —es sorprendente que la casa soberana de Calchaqui retome una tradición de los antiguos más recalcitrantes, pero la historia es verosímil. Uno de los numerosos jefes escondidos que llegó al poder en la Ciudad —no sabemos por cuánto tiempo, suponemos que poco— prohibió la escritura. Sabemos que la Ciudad de los antiguos fue —incluso más que Calchaqui— un espacio letrado, donde casi todo circulaba por escrito. Se escribían los acuerdos comerciales, las fórmulas amatorias, las cuentas, la historia de cada familia; las noticias de cada día se escribían en paneles; muy pocos cantaban las canciones, que se escribían en las paredes de las casas, y las citas se arreglaban por carta aunque fueran con el vecino. Hasta que a ese jefe se le ocurrió —o leyó en alguna parte— que la escritura va contra el natural impulso de la historia: algo que está escrito —decía— va a tratar de seguir siendo igual a sí mismo al día siguiente o una generación más tarde, oponiéndose a los cambios circundantes y a lo propio de las cosas, que es cambiar. Y prohibió mecanismo tan perverso.

Después, el jefe cayó y la prohibición se levantó enseguida, pero se escribía menos. El jefe escondido que lo siguió estaba obsesionado con descubrir —decía, parece— en qué idioma estaba escrito el libro del mundo. Se pasó el breve lapso de su mando buscando los infinitos códigos posibles, sobre la base de que, para ser, todo tiene que estar escrito en algún sitio. El problema era encontrar el sitio y el lenguaje. Podían ser flores, colores, aromas, nubes, estrellas, eructos, la tercera nota de cada baile del mercado, el sudor de las vicuñas al parir, todas las últimas palabras y suspiros de los moribundos. Había que descubrir de qué estaba hecho ese idioma y, después, aprender a entenderlo. La tarea parecía imposible: lo propio de los escondidos. El jefe buscó afanoso —incluso consiguió que algunos de sus partidarios también buscaran— pero entró en la pendiente cuando un enemigo político —que después sería jefe— le planteó, so pretexto de charla risueña y juguetona, duros interrogantes: ¿hay un solo idioma en que se escribe todo? ¿O hay muchos y cada idioma sirve para escribir una parte del todo? ¿O todo está escrito en todos los idiomas, que se repiten sin parar? ¿O cada idioma postula una versión diferente de las cosas?

Cuando consiguió destronar al buscador de idiomas, el nuevo jefe escondido decidió retomar en parte los argumentos del anterior a su anterior y prohibir la escritura porque —dijo— la escritura es violenta en la medida en que cristaliza una versión de las cosas: cuando alguien escribe su versión de algo, esa versión es la que manda y ahoga a todas las demás, que no fueron escritas. Aunque se escribiesen muchas —dijo, parece—, cada sujeto que escriba una está relegando muchas que no escribe. Este jefe, por la razón que fuera —probablemente, el tedio general—, duró más y dio tiempo para que se formara una sociedad secreta que se oponía a su prohibición: eran escritores nostálgicos —de todo tipo: escritores de canciones, de recetas o de pasquines para el meneo, y también gente que usaba la escritura en su vida, y la

extrañaba—, apoyados por aristócratas antiguos y otros políticos que vieron en la iniciativa una forma de oponerse a los escondidos. La sociedad secreta —los antiguos no las llamaban banderías, aunque tampoco sociedades secretas— decidió que el principal esfuerzo de sus miembros sería llevar un registro minucioso de todo lo que estaba ocurriendo en la Ciudad. Así —decían— el pánfilo del jefe se va a encontrar con que esputó hacia lo alto: en vez de producir variedad de versiones va a haber todavía menos, una sola, la nuestra, de todo lo que pase bajo su gobierno. Se restregaban las manos, se reían por lo bajo, les parecía muy gracioso, pero al cabo de un tiempo se aburrieron —los antiguos, parece, eran así. Se reunieron, y decidieron que con ese registro único no alcanzaba: que si el jefe peleaba contra la versión única, le iban a dar la versión más que única. Declararon en un escrito que no hay mejor manera de escribir tu versión de la historia que hacerla, y escribieron la muerte de ese jefe y marcharon —seis de ellos— a la plaza donde estaba y lo mataron tal como habían escrito. Por supuesto, los masacraron en cuestión de segundos —tal como habían escrito.

El relato parece una fábula y Thoucqueaux no la sustenta, pero es interesante y habría que analizarla menos como verdad histórica que como sustrato mítico. Del gesto de los seis derivan, aparentemente, algunas costumbres de biógrafas rupturistas y, sobre todo, el homenaje de los soberanos. Alberto, el soberano 1, habría tomado la Ciudad cuando el recuerdo de los seis seguía muy presente e, impresionado, habría decidido que los soberanos de Calchaqui no serían menos, y escribirían la historia con sus actos y sólo con sus actos. De ahí, según Thoucqueaux, la prohibición de la escritura para ellos. La hipótesis es atractiva aunque poco seria. Pérez Bulni, en cambio, otra vez desbarrando, supone que se trata de «una nueva muestra de los recortes que sufriera el poder de los Padres» (?).

(A menos que se interprete la prohibición de la escritura en la línea de «privaciones por el arte» en que se inscribe, también, la prohibición de Jorge. Jorge, el soberano 18, tiene un triste papel en la historia de Calchaqui, empeñado como estaba en emular los gestos sibaritas de su padre Raimundo, el 17. Jorge tenía, como su padre, problemas con las frases. Una vez —se cuenta— dijo, en una fiesta en la Casa, ante un comerciante enriquecido que estaba destrozando el idioma calchaqui:

—Hubo tiempos en que todos, del todo todos, los hombres y mujeres y vulgos y personas, hablar sabían bastante. Qué tristes eran esos.

Las carcajadas fueron atronadoras, y a Jorge le pareció una frase bien torneada. La repitió dos o tres veces pero evitó la trampa de las variaciones en que solía caer su padre. Se sentía muy astuto y seguía diciéndola, siempre igual. Por fin, prisionero de ella, pensó que tenía que hacer algo para justificarla. Caviló: que la palabra estaba de pena. Que estaba degradada como arte porque sirve para tantas cosas de convención, comunicación y transporte. La palabra —completó— es el idioma que puede ser

menos artístico: los otros no se degradan tanto porque no son muy necesarios —salvo el perfume, claro— para decir las cosas. Redondeó: la palabra, so pretexto de necesidad, cae en las vulgaridades más atroces. Si la palabra —decidió— no fuera necesaria para las panfiladas, seguro que recuperaba su excelencia.

El soberano 18 mandó organizar unas casas —en los arrabales del norte, ya bastante lejos— donde recluyó hijos recién nacidos de personas. Los padres o madres no sabían bien para qué eran, pero desde el principio se peleaban por mandarlos. En las casas, a los chicos les hablaban muy poco: más bien, les cantaban canciones o les contaban historias de sujetos, todas muy artísticas, pero cuando tenían que decirles que se fueran a dormir o que comieran menos les mostraban dibujos, les tocaban músicas, les hacían gestos o daban volteretas. Muy pequeños, los chicos sabían usar la palabra con gran arte —sólo con gran arte, por lo demás casi no hablaban— y parecía que iban a ser el grupo que relumbrara como nunca la belleza de la palabra en la Ciudad. A medida que fueron creciendo, los reemplazaron otros chicos en las casas. Jorge murió contento, creyendo que, casi sin querer, había hecho un bien importante. Cuando los primeros chicos fueron aceptados y empezaron a lanzarse a su gran obra, hubo problemas. Los chicos, parece, se dedicaban más bien a la pintura, la música, la cocina, la mímica o el baile, que degradaron tanto como antes se había degradado la palabra. Los usaban para actos de convención, comunicación y transporte. El soberano 19, Héctor, tuvo que tomar una decisión sobre la iniciativa de su padre, y fue tajante: si algo debe ser lo más banal —dijo—, que sea la palabra. Y cerró las casas y prohibió para siempre que se prohibiera hablar, visto que los resultados eran abominables para el arte.)

Esto, de todas formas, nos crea una confusión siempre latente cuando se habla de «arte» —y escritura— en la Ciudad y las Tierras: el arte de una escritura calchaqui tiene que ver con la elección, disposición, sonoridad y ritmo de sus palabras, pero poco con las historias que se cuentan. No es que no importe de qué se habla: es que se puede hablar igual de bien del resplandor de un farol de gas que del mejor trayecto para llegar hasta la escuela de las prostis castas, en los arrabales del extremo sur.

Los calchaquis escribían con denuedo. Entre las obras que nos ofrece la *edición Thoucqueaux* hay recetas de cocina, declaraciones del tiempo, discusiones literarias, clasificaciones de perfumes, consejos sobre buenas maneras, poemas fundacionales, tratados dialógicos sobre la suerte o el secreto, tratados monológicos sobre la masturbación o la muerte, observaciones casi antropológicas, testamentos, recuerdos, memorias, biografías de estructuras variadas, recomendaciones sobre la sexualidad, relatos de viajes, canciones, diagnósticos médicos y, por supuesto, nada de lo que nosotros llamaríamos cuento o novela.

Por razones que nos escapan, a los calchaquis no se les ocurrió nunca que se pudieran inventar historias, o mejor: que eso tuviera algún interés. No es que estuviera

prohibido o condenado: parece que, más bien, no veían por qué detenerse en relatos que no reflejaran más que la imaginación de un señor o señora. «Escribir esas cosas sería —dijo un consejero de Vulgos— como jactarse de algo ajeno.»

La escritura en Calchaqui servía más bien para dejar constancia: un documento o una vía para el aprendizaje. Pero por este pasadizo pedagógico se colaron algunas aproximaciones a la ficción: llegó a haber, en tiempos del soberano 13, Atilio, un aluvión de relatos que se llamaron «memorias de otra cosa».

Las memorias de otra cosa empezaron como pasajes de algunas biografías. No era raro que el tema de una de ellas contara, en algún momento, sus recuerdos de algo que no había sido. Todos tenemos recuerdos de algo que no fuimos: en algunas biografías, estas memorias de otra cosa se desplegaban como relatos más o menos extensos de las fantasías del personaje. A Nora se le ocurrió que podía aprovecharlas distinto.

El tema de su segunda biografía era un reparador de máquinas. El primero había sido un oficial que parecía desde el principio muy prometedor y terminó como consejero de Guerra: una biografía más que clásica, con elección afortunada de un tema que recorrió en poco tiempo el camino jerárquico. Un éxito aburrido: no eran tiempos para el clasicismo. Nora vivió en los tiempos del soberano 12, Cándido. Ya se había quietado el movimiento de las Muertes Bellas, todavía no había empezado la revuelta por la Larga —Juanca nacería años más tarde— y la agitación no tenía carriles, así que andaban todos algo soliviantados. Los músicos se esforzaban por hacer músicas cada vez más complicadas y grandiosas —que las máquinas de música no pudieran imitar—, los arquitectos trataban de compensar con la altura de sus edificios su falta de ideas atractivas, los perfumes habían llegado a un punto insuperable y las máquinas eran tan complejas que ser complejo no era un mérito. Nora, molesta, decidió que iba a escribir su segunda biografía sobre un reparador de máquinas.

Los reparadores de máquinas —en general, los reparadores, componedores y arreglistas— estaban considerados en la Ciudad como especie nefasta. La razón tiene algo que ver con una de las principales preocupaciones de Oscar (ver cap. 2, pág. 276) acerca del trabajo por el equilibrio: todo el esfuerzo de esa gente intenta, en el mejor de los casos, restablecer un estado anterior, perdido por rotura o desgaste. Las máquinas que reparaban volverían, si acaso, a ser lo mismo que antes.

La elección de Nora era un riesgo importante: no hay nada más monótono que la vida de un reparador, siempre buscando fallas que anteayer no estaban para tratar de conseguir que mañana no estén. Un reparador es un ligero repulgue del tiempo. Nora, fatua, apostaba a hacer de ese hastío opresión en el cuello y sus colegas, que la querían poco, le esperaban el fracaso con bastante impaciencia.

Nora tardó cuatro o cinco estaciones en aceptar que se había equivocado. Una más

siguió rondando al reparador sin demasiadas esperanzas; a veces le gustaba escuchar las historias que él le contaba sobre los viajes que se inventaba mientras se aburría reparando cerbatanas y vicuñas. Cuando estaba por abandonar se le ocurrió la idea: su biografía podía reducir al mínimo el relato de la vida de Jose —el reparador— o, mejor dicho: usarla como la excusa que le permitiría contar esas «memorias de otra cosa». Hasta aquí, nada muy notable: Nora terminó su biografía, que fue recibida con placer y ningún entusiasmo: había salido del paso con bastante elegancia. Estaba pensando qué haría para la tercera, la definitiva, la que le permitiría confirmarse del todo, y se le ocurrió que era una cuestión de proporciones.

No había cambios, se dijo, de verdad: sólo de proporciones. ¿Qué pasaría si contaba en diez frases la vida de cualquiera —bastaba con mirarlo un par de horas— y usaba todo el resto de la biografía para supuestas memorias de otra cosa, que ella iría inventando? Se entusiasmó: en una estación escribió diez o doce: el aluvión. La vida del tema ocupaba cada vez menos frases; sus fantasías, al contrario, eran cada vez más complejas: historias larguísimas y enrevesadas, llenas de lugares y personajes inventados. La *edición Thoucqueaux*, lamentablemente, no registra ninguno de estos relatos. Pero sabemos que eran algo muy cercano a lo que nosotros llamaríamos ficción. Las dos o tres primeras fueron bien recibidas —más que nada por la novedad o el desconcierto. Después, el público empezó a cansarse. Decían que estaba haciendo la biografía de sí misma, que a quién le interesaba la imaginación de esa señora, que eso no estaba en ningún lado, que se jactaba de lo que no era. La repudiaron. Nora eligió, como tercer tema, a un registrador de cargas de la Casa, que le permitía contar las historias muy verdaderas de las caravanas que llevaban las cargas que el hombre registraba. Fue una gran biografía, llena de cuentos ciertos, y fue el final de la ficción en la Ciudad y las Tierras.

Desde entonces, sólo apareció de forma muy esporádica y fuertemente justificada, como, por ejemplo, en *Una para cinco*, el relato de un crimen en Calchaqui ([ver nota 10, cap. 1](#), que dice: «El relato —de *Una para cinco*— podría ser documental o ficticio; aunque es cierto que la ficción no forma parte de la literatura de la Ciudad y las Tierras [[ver nota 15, cap. 4](#)], *Una para cinco* podría ser una de esas narraciones no documentales que se componían por su fin formativo. Es más: es posible —no sé si probable— que la norma del Crimen Autorizado se haya impuesto a partir de relatos como este»). O sea: un relato así se justificaba si servía para la edificación de los lectores. La ficción perdió todas sus chances.

En cuanto a los instrumentos de la escritura en la Ciudad y las Tierras, sabemos que la mayoría de los escritos usaban la primera lengua ([ver nota 24, cap. 1](#)), la forma de respeto con que el hablante solía dirigirse al poder (Padre, su padre, superiores militares, acreedores, un amante que lo abandona). Es un dato curioso, y merece ser estudiado. Pero me parece arriesgado pretender sin más —como podrían hacer algunos— que en la Ciudad no había ficciones porque un escritor que se coloca en

una posición de subordinación —que se dirige a su lector usando la primera lengua— no puede contarle sus inventos. Dice Bajtín que la ficción siempre postula el poder del escritor sobre sus lectores, pero eso no autoriza a sostener que la renuncia a ese poder haga imposible la ficción.

No sabemos, en cambio, con qué signos escribían los calchaquis: entre la inmensa documentación que nos han legado, ni una línea describe su código escrito ([ver nota 12, cap. 3](#)). Una historia mitológica de los antiguos cuenta un supuesto paso del ideograma a una escritura fonética ([ver nota 19, cap. 3](#)), pero ignoramos si ese código fonético era silábico, alfabético o qué, ni cuáles sus dibujos.

En lo que respecta al soporte, también es más que sorprendente constatar que ninguno de los documentos de la *edición Thoucqueaux* dice nada sobre la forma física en que circulaban los escritos en la Ciudad y las Tierras. Es más: no sabemos, ni tenemos datos para suponer nada. La omisión es sospechosa. Se nombra el «Libro» tal o cual, pero es probable que sea una facilidad de la traducción. Nunca se habla de libros, fabricantes de libros o vendedores de libros. Se habla, a veces, de «papel»; pero no sabemos a qué correspondía esta palabra en la versión original. Tenemos que pensar en algún soporte muy perecedero; caso contrario, no sabríamos cómo explicar que no haya quedado ni un ejemplar de ninguno de estos documentos —es cierto que los españoles destruyeron la Ciudad con saña y con cuidado, y que las investigaciones arqueológicas vienen siendo someras (por razones políticas e ideológicas, [ver nota 31, cap. 1](#)), pero, aun así, algo tendría que haber. La cuestión es espinosa, y sigue abierta. <<

[16] «**el encuentro de los cinco días**»: no parece que, en tiempos del soberano 20, Ramón, esta costumbre siguiera en uso, salvo quizás en ciertos ambientes tradicionalistas —y si acaso, aunque no nos conste, a veces, en Palacio.

La prueba de los cinco días —cuando quiera que se practicara— era uno de los ritos prenupciales, y podía ser cruel. Una vez que los padres de los «novios» —los que iban a procrear juntos— convenían un matrimonio, el joven pasaba la Prueba de la Madre (ver cap. 4, pág. 770). Si la superaba, el joven y la joven tenían que encerrarse durante cinco días en una habitación repleta de comidas, bebidas y almohadones, con la prohibición de dirigirse la palabra. Podían tocarse —aunque no fornicarse—, mirarse, hacerse gestos, dormirse juntos, combatir. Si alguno hablaba, el compromiso estaba roto. A lo largo de los cinco días, los jóvenes tenían que conocerse y encontrar la manera de entenderse sin palabras. Según parece, la costumbre había creado un código riquísimo de gestos y movimientos, que les permitía una comunicación lo suficientemente intensa. Pero si esa conexión no se producía les quedaba, por supuesto, la posibilidad de hablar, y deshacer la boda. Al cabo de los cinco días, cada cual tenía que contarle con detalles al otro quién era. Se dice que algunos se pasaban todo el encierro pensando qué dirían al final —y que, en realidad, esos cinco días eran la necesaria construcción del hambre de saber (sobre este mismo proceso en la comida, ver nota 33, cap. 3) que preludiara y permitiera ese relato final.

En una biografía se asegura que la prueba de los cinco días era una costumbre de los antiguos; no lo creo, porque los antiguos siempre practicaron la poligamia —y acababan de abandonarla cuando la Ciudad cayó en manos calchaquis. Esto es indudable. Hay, incluso, en la *edición Thoucqueaux*, una leyenda sobre este abandono. El escrito es largo, pero me parece interesante resumirlo:

Desde el principio de sus tiempos, la abeja fue un animal muy respetado entre los antiguos. Había un dios abeja y cada familia —¿cada casa?— tenía un panal ancestral, que pasaba de generación en generación, con el que fabricaban ceras y mieles; todos rivalizaban por la calidad de sus productos, que no se vendían en el mercado: nadie podía disfrutar de ellos si no los producía. En aquellos tiempos, ser invitado a comer la miel de una familia era uno de los mayores homenajes que un extraño podía recibir. Hasta que sobrevino la plaga. En una sola estación, quince bebes nacieron con los ojos muertos. Los sacerdotes de los antiguos —¿influidos por los escondidos, que militaban contra toda tradición?— dijeron que había sido culpa de la miel que comieron sus madres, y las abejas fueron exterminadas. Durante dos días con sus noches, los panales ardieron en la plaza del Mercado, entre lamentos. Ahora bien, todos saben que la abeja es el único animal que da a una hembra la prerrogativa de disponer de enjambres de machos que la cortejen y fecunden. «Ni el

cerdo, ni la vicuña, ni el asno ni la mariposa se permiten tamaño despilfarro», dice el escrito de antiguos. Por lo cual la condena de las abejas acabó, por homología, con la poligamia: las mujeres de antiguos tuvieron que resignarse a un solo hombre.

El relato bordea la leyenda —como suele pasar con las historias de los antiguos habitantes. Pero habría que ver si esta desaparición de la poligamia no contribuyó al clima de confusión que favoreció el triunfo, tan absolutamente impredecible, de los toscos hombres de las Salinas, que consiguieron tomar una ciudad tan superior y convertirla en Calchaqui ([ver nota 20, cap. 3](#)). <<



[17] «**En esos tiempos no había ninguna Larga**»: lo curioso de este pasaje es que parece decir que los antiguos tampoco disfrazaban sus muertes de ninguna manera. Por un lado, esta afirmación es sorprendente: los antiguos, como hemos visto, rebosaban de dioses y leyendas; por otro, si fuera cierta, significaría que los calchaquis les debían su rasgo más constitutivo. Si la aceptación de la muerte como final absoluto, base de la identidad calchaqui, provenía de los antiguos, la deuda de los conquistadores con sus conquistados es mucho mayor que lo que quisieron aceptar —e, incluso, plantea preguntas sobre la verdadera autonomía y originalidad de la cultura calchaqui.

Se podrían ver las repercusiones que tuvo el tema de la muerte en Calchaqui en el primer editor de *La Historia*, Alphonse des Thoucqueaux. Creo que el análisis puede dar resultados interesantes. Curioso que sepamos tan poco sobre Thoucqueaux. Un hombre tan público: sin embargo, su imagen se parece tanto a la de un estereotipo de época, como si nadie le hubiese dibujado rasgos propios. ¿Ni siquiera él mismo? Las pocas cartas que me entregó Mathilde des Thoucqueaux tampoco forman idea demasiado clara.

Su obsesión por el tema de la religiosidad y la muerte. La cuestión aparece con fuerza en el epitafio que él mismo escribió para su tumba. El abate Migne —[ver nota 5, cap. 1](#)— dice que es un soneto, pero se equivoca: en realidad son cuatro cuartetas en alejandrinos mayores. Sería bueno reproducirlas, aunque sean tan malas:

«Il a cru qu'il pouvait, tel que ne peut personne,  
créer ce que lui-même et d'autres allaient croire;  
il a tardé son temps et d'autres temps à choir  
dans cette certitude que son esprit rançonne:  
un dieu, c'est pour la mort, pour ce panier obscur  
où tombent tous les fruits, bien avant d'être mûrs,  
où lui aussi pourrit, à présent, comme vous tous  
pourrirez bien demain, tournés en triste mousse.  
S'il n'y avait pas un dieu pour dire qu'il recueille  
ces fruits déjà pourris pour en faire sa moisson,  
tout ce qui est mortel vivrait craignant sa condition,  
sombrent dans la terreur a la vue d'un cercueil.

Un dieu, c'est pour la mort: s'en servir pour la vie  
n'est pas même une erreur, c'est la mélancholie  
de vivre moribond: de se croire, encore fruit,  
déjà sa pus; c'est d'être, avant d'être, fini.

El epitafio, muestra, por un lado, su notoria falta de talento. Los versos rechinan. Alphonse des Thoucqueaux parece haber sido un caballero sumamente culto pero sin el menor don para la pluma.

Tenemos la versión castellana del abate Marchena —ver también: ¿por qué Marchena, ese cura tráfuga y revolucionario, que hizo mucho por la difusión de Voltaire, decidió traducir este epitafio? Como buen réprobo, debe haberlo cautivado la cuestión del uso funeral —y sólo funeral— de Dios. La traducción es, como todas las suyas, horrible. Sirve para dar una idea. La tercera persona, como en el original francés, refiere al propio Thoucqueaux:

«Se creyó que podría lo que no puede nadie:  
crear aquello que él y los demás creerían;  
tiempo tardó en llegar a la sabiduría  
de saber lo que siempre lo rodeó como el aire:  
Dios es para la muerte, para esa cesta oscura  
donde las frutas caen, antes de estar maduras;  
donde él también se pudre, ya, como vosotros  
os pudriréis un día, que no podrá ser otro.  
Sin un Dios que dijese que en su bondad cosecha  
esas frutas podridas en su inmenso granero,  
vivirían los mortales temiendo el gran agujero,  
hundiéndose en terrores ante el cajón que acecha.  
Dios es para la muerte; usarlo en esta vida  
no es siquiera un error: es la melancolía  
de vivir moribundo: creerse, aún siendo fruto,  
ya su pus; como ser, sin ser la línea, el punto.

Insistir: el Dios es necesario para afrontar la muerte —pero al inmiscuirse en la vida

la tiña de colores mortuorios, la desvirtúa. Thoucqueaux se opone incluso a este uso funerario: al denunciarlo sobre su propia tumba, renuncia a cualquier posibilidad de ponerlo en práctica. Su interés por el tema es curioso también porque la originalidad de la Ciudad consiste en haber dado una solución laica —civil— a esa cuestión. ¿Es posible que esta preocupación, o esta idea, le hayan llegado a partir del estudio de los manuscritos sobre la Ciudad, mientras los editaba?

Otra posibilidad tiene que ver con un episodio que parece haber marcado su vida: la muerte de su padre, 1736. Muy enfermo, su padre había conseguido el permiso para que Alphonse volviera de Holanda, donde estaba exiliado (ver [cap. 1, nota 5](#)), porque quería verlo antes de morir. Thoucqueaux llegó con tiempo pero parece que su padre, al final, no quiso recibirlo porque se pasó sus últimos días entre gritos y llantos y no quería que su hijo lo viera en esa condición. Se supone que Thoucqueaux quedó muy impresionado. En una de sus escasas cartas a Madame de Châtelet que Mathilde me proporcionó —pedirle más en cuanto sea posible—, muy posterior, fechada en 1759, Thoucqueaux le dice, como *en passant*: «Aquí me tiene usted, muy bien o, mejor dicho, me tendría muy bien si no fuera por esa obsesión por bien morir que usted ya me conoce.» En esos días, Thoucqueaux ya estaba trabajando en su edición de ***La Historia***.

No olvidar los dos primeros versos. Resultan todavía más oscuros que el resto: uno tendería a ignorarlos porque después no parecen tener continuación. Sin embargo, están ahí, encabezan:

«Se creyó que podría lo que no puede nadie:  
crear aquello que él y los demás creerían...»  
¿Por qué dice esto? ¿A qué se refiere? <<

[18] **«yo, Rubén, su Padre, y todos los Padres que vendrán para siempre»:** la gran contradicción. Cuando el soberano 16, Rubén, aceptó el compromiso con el bastardo Juanca y proclamó que, de ahí en más, la Casa —el soberano— sería garante de la vida larga para siempre, hizo algo que no estaba dentro de sus potestades: comprometió el poder y las decisiones de cada uno de sus sucesores. Ruben avanzó sobre la autonomía individual de cada soberano; sin embargo, ninguno lo contradijo porque, evidentemente, les convenía el arreglo (ver las diatribas amargas del consejero de la Casa Joaquín en [nota 42, cap. 4](#)). Tampoco sus súbditos se opusieron a la violación, porque también les convenía que la Casa siguiera garantizando aquello que les interesaba más que nada. Queda claro que la proclamación de la Larga no sólo rompe con la base del cuerpo social de la Ciudad —la aceptación de la muerte como final— sino que también mina las bases de su estructura política, al comprometer a todos los soberanos con la decisión de uno de ellos. (Quizás esta sea una de las razones de la reacción final de Oscar: mostrar que, pese a esa pérdida de autonomía, mantenía la posibilidad de trastocar todos los datos y cambiar la escena. Quizá por eso su Declaración fue tan brutal: era la única forma que le quedaba de ejercer realmente su poder.) <<

[19] **«la muerte del soldado Jaime»:** sobre esta muerte hay muy distintas versiones. La que Oscar describe sin vacilar —que fue asesinado por un puñal en la explanada de Palacio mientras el soberano 16, Rubén, proclamaba la vida larga acompañado por el bastardo Juanca— aparece en más de una fuente. Pero también he leído en una biografía de la Nena que Jaime sobrevivió a esa tarde y huyó hacia las montañas del Oeste para empezar de nuevo la revuelta y que, por fin, se perdió entre los picos nevados. Según parece, unos pocos fieles esperaron su regreso hasta que se fueron muriendo de viejos. En una biografía del soberano 17, Raimundo, el hijo y sucesor de Rubén, se dice que Jaime fue beneficiado con un cargo en la contabilidad de Palacio y que vivió allí, sin más sobresaltos, largos años —y que no era especialmente bueno en su trabajo. Es probable que esta versión —oficial— busque desprestigiarlo. En una canción de los largos, en cambio, se afirma que Jaime quiso ser el primero en probar la Larga oficializada por Rubén:

«Corrió, corrió y cuchillo

lo deshizo.

El cuchillo lo tenía en su mano

como la muerte siempre

aferrada, la tuvo

en su mano de grande.

Se deshizo cuando escuchó a Padre bien querido

darnos la Larga para siempre y fue el primero, él

que siempre fue el primero,

fue el primero.

También en esto nos mostró

la vía.»

La versión es grandilocuente y sus ribetes heroicos la vuelven sospechosa, pero me parece la más probable: mostraría que la ola de muertes que sobrevino entre los largos en esos primeros días de la Larga (ver cap. 4, pág. 789) no fueron una iniciativa del todo individual, sino la aceptación del ejemplo del jefe. (También se puede pensar que las razones de su inmólación fueran muy distintas: que se suicidó al ver el fracaso de su plan, y que esa muerte fue interpretada, más allá de su voluntad,

por sus seguidores como una invitación.) <<

[20] «**un repetidor taimado de perfumes**»: un falsificador. El tema de la falsificación, como ya queda dicho, es sustancial a esta cultura (sobre el problema de lo falso en Calchaqui, [ver nota 11, cap. 3](#)). Pero no hay que confundir esta idea de falsificación como modificación de los datos naturales —la creación de un artefacto— con la mixtificación lisa y llana que se daba, por ejemplo, en la composición de un perfume de invento para vender a los bárbaros del norte.

Los perfumes de invento aparecieron, según nuestros datos, en tiempos del soberano 6, Alfredo (ver la biografía de Joaquín, fabricante de perfumes de invento, en [nota 46, cap. 1](#)). Los perfumes de invento se fabricaron, durante siglos, sólo para la exportación: se consideraba que los habitantes de la Ciudad y las Tierras no debían descender a esas mixturas (de hecho, casi hasta el final siguieron usando sus perfumes de esencias, inventariados en [nota 9, cap. 2](#); sobre las circunstancias que los llevaron a usar los de invento, [ver nota 45, cap. 4](#)).

Los perfumes de invento, como su nombre lo indica, consistían en la mezcla de diversas esencias y aromatizadores artificiales; es curioso constatar que, en su fabricación, estos perfumes inferiores retomaban la idea que la tradición occidental puso en el origen de todo perfume. Según Crisipo, la palabra *perfume*, en griego, *μύρον*, *myron*, viene de *μωρον*, *moron*, *problema*, «debido al vano y laborioso esfuerzo de mezclarlos».

En la **edición Thoucqueaux** hay un pequeño documento que fue, aparentemente, un manual de cómo componer perfumes de invento: como siempre en la Ciudad y las Tierras, explica con ejemplos. El escrito abunda en tecnicismos y no interesará al lector, salvo en sus primeros párrafos, cuando cuenta cómo debía decidirse qué aromas tenían que formar el perfume. El pasaje es interesante en la medida en que nos instruye sobre la imagen que tenían los calchaquis de sí mismos. Los perfumes de invento se vendían, como queda dicho, en mercados externos: los calchaquis asumían que lo que estos consumidores buscaban no era sólo un determinado aroma sino, sobre todo, reminiscencias de su cultura —que todos los demás respetaban y envidiaban. Por eso, estos perfumes debían llevar en sus olores la imagen —la idea— de la Ciudad o, mejor: la idea que esos forasteros se hacían de la Ciudad, según la suponían sus propios habitantes. No sabemos exactamente de cuándo data este documento.

«Deben juntarse cinco: menos es pobre, más es alharaca. Cinco es la buena cantidad: los cinco piensan juntos, hacen el perfume, arman la caravana y venden juntos: es más fácil y resulta mejor.

Cinco se juntan, una segunda, frescos, descansados, casi sin comer antes, bien

lavados, alrededor de una mesita baja. Están de lo más cómodos, echados en sus almohadones; en la mesita baja tienen cuencos de las mejores aguas, si acaso unas almendras, ni el menor perfume. Trabajan con la memoria y, también, con la nariz de adentro. Si huelen desde afuera olores, se confunden.

Uno de los cinco hace de jefe: ordena lo que dicen. Es necesario que uno ordene, porque las discusiones pueden ser fogosas. Primero hablan un rato de sandeces: salud del Padre, la cosecha, precios, últimas llegadas de las caravanas, el hijo que le nació al hijo de una amiga, un tugurio nuevo, el testamento tremebundo de una pocera bruta. Se hacen chistes, pasan bien un rato. Después, el jefe dice que ya empiezan.

El jefe dice que si están ahí es porque tienen que hacer algo muy bueno. Que muchas cosas ya se hicieron, que ellos también hicieron, que ya vendieron los bastantes perfumes: que están ahí para hacer los mejores. Que es probable que no sean capaces, pero que si no son, mejor terminar pronto. Los demás se exaltan: uno dice que sí, que son capaces, y los otros asienten con su entusiasmo que están ahí para hacer los mejores. El jefe dice que es así: que empiecen.

Dice, un suponer: que los bárbaros conocen de Calchaqui más que nada la manera de cambiar los tiempos. ¿Cómo darles esa manera en un perfume? El segundo se exalta: es eso, dice, nadie les dio eso, esa sí que es una idea lo bastante zápira. Sí, dice el tercero, ¿cómo darles? El segundo sigue exaltado y dice palabras que no le entiende nadie. El cuarto dice: puede ser un perfume que, cuando lo abran, les dure nada más una estación: que después se transforme en agua de colores. Entonces, dice, van a ver cómo es un tiempo cuando lo cambia Padre. El segundo vuelve de su entusiasmo y le dice que claro, que tan bueno, que en cuanto sepan que se transforma en agua nadie más les compra uno: la catástrofe. El cuarto lo mira con su rencor saliendo. El quinto les dice que se calmen: que están para la discusión, para dar con las formas. El jefe dice: es una idea soberbia. Y dice que puede ser un perfume que cambie a cada rato, donde un olor sea muy fuerte al principio y después se relegue, y entonces entre otro y se relegue, y después otro y otro. Los demás se regocijan, dan palmadas y los cinco beben de los cuencos.

Bebieron, se relajan. Se miran aprobándose: es cierto, dicen, vamos a hacer mejores. El jefe dice sí, pero que falta mucho. El cuarto dice: no mucho, lo bastante. El segundo dice que la idea es soberbia, pero que todavía tienen que ver qué le ponen adentro. Para eso estamos, dice el jefe: acá, bebiendo.

Bárbaros más que nada conocen de Calchaqui las mujeres rotundas, dice el quinto. Las mujeres rotundas, le repiten: se ríen; las mujeres rotundas. Quinto se regodea en risas de los otros. Tercero le pregunta, con más risas, con quién pasó la noche: ¿ya no lo divierte su soldado de guardia?, dice; ¿ahora tiene una mujer rotunda, o fue tugurio? Quinto no le contesta nada porque es su momento de triunfo, y hablar suele arruinarlos. El jefe pone orden: una mujer rotunda está muy bien, les dice, es una idea



soberbia. ¿Con qué la hacemos?, les pregunta segundo. Beben, miran el aire, tratan de revolcarse en los olores que recuerdan.

Tercero dice que le parece que con higo chumbo. Nada huele más claro como mujer rotunda que una canasta de higos chumbos, dice: vamos y le ponemos higos chumbos. ¿Con su toque modesto de camarón del río, dice, digo, no cree?, le pregunta el jefe. Con su toque, seguro. Parecen de acuerdo, pero quinto dice que él tiene los olores muy frescos y que no cree que sea el higo chumbo. El toque de camarón de río puede ser, dice, pero con una base de leche de burra muy hervida, casi quemada. Segundo dice puede ser. Cuarto pone su cara de recuerdo embobado: la leche de burra muy hervida tiene sus memorias. ¿Y si hervimos dentro de la leche de burra el higo chumbo?, les pregunta el jefe. Tercero aprovecha su oportunidad de recuperar el terreno perdido: sí, sí claro, chumbo en burra hervido, con su toque de camarón modesto, de río, y estos bárbaros jamulgos sin las dudas tienen mujer rotunda, dice, y todos beben.

Cuarto, de pronto, sobresalta: ¿y el sudor?, dice, ¿dónde le ponemos a la mujer sudor que siempre tiene? El jefe se acuerda del olvido, y teme que haya que volver a empezar todo. Lo salva quinto: ¿y si mejor el sudor se lo ponemos al vicuña, que igual hay que meterlo? Vicuña suda tan parecido a una mujer rotunda, puede ser, dice quinto, y los demás se alivian. El jefe está apagado: piensa. Se callan todos. El jefe dice, sin toser ni las manos: vicuña es muy calchaqui para nosotros, que somos hombres de la Ciudad y conocemos bien las tradiciones. Para los bárbaros del norte, me parece, lo calchaqui es más bien la mecánica. Es cierto, la mecánica, dicen varios; para los bárbaros seguro es la mecánica. Hacer el olor de una vicuña mecánica es lo más fácil, dice tercero: está muy hecho. ¿Y no es mejor, si está muy hecho, hacerlo ahora distinto?, le pregunta segundo. En este caso no; está muy hecho y muy bien hecho: no siempre hay que cambiar por cambiar algo, le contesta tercero, y el jefe lo mira como para decirle que no tiene derecho a dictar máximas. El jefe, entonces, dice: sí, es buena la manera común de hacer mecánica, con su destilación de pelos de vicuña más la cocción de margarita, para hacer el metal de la máquina. Todos acuerdan en que las viejas fórmulas a veces son buenas, si se mezclan con otras: beben, aprueban, y no se acuerda nadie del sudor.

Ya tenemos la mujer rotunda y la mecánica: así empezó, parece, porque somos hombres. Si fuéramos mujeres, ¿qué pondríamos?, les pregunta el jefe, para agregar maneras. A veces segundo o cuarto o los dos son mujeres: el jefe dice esto si no son; si son, directamente les pregunta. Si mujer es el jefe, entonces no pregunta: dice, directamente. Como mujeres, entonces, dicen que para los bárbaros del norte lo más calchaqui seguro sea nuestra manera de contar las cosas. El arte de biógrafas para ellos es muy nuestro, dice segundo, como mujer o mujer misma: tendríamos que encontrar cómo se pone. Quinto, como mujer o mujer falsa, dice que todos cuentan cosas, que qué paparruchadas está diciendo ahora segundo. Segundo, cocorita, como

mujer o mujer misma, le dice que todos cuentan pero los bárbaros no cuentan con ese arte de borrarse de una biógrafa calchaqui: que no sea tan pánfilo. Ánimos de mujeres son volátiles. El jefe las junta con la calma: es verdad que los bárbaros no cuentan como biógrafas calchaquis, dice. Cuentan como si cualquiera pudiera creer todo; como si les dijéramos que este perfume da el olor de la luna. Nosotros, dice, más bien nosotras si es que estamos contando, sabemos lo de borrarnos y contar nada más lo muy cierto, con la forma que sea.

Entonces, dice cuarto, como mujer o siendo, el perfume para esas historias tiene que ser un verdadero: romero, podría ser, que es tan de frente. O si no maíz, más cierto que lo cierto, dice segundo, como mujer o mujer misma: es casi el perfume interior, aquellos viejos. Y por qué no poner romero con maíz, dice quinto, como mujer o mujer falsa, los dos juntos trenzados; los dos juntos, le contesta segundo, como mujer o mujer misma, serían como una biografía de Padre: un exceso de contar verdades.

Y así siguen. Alguien dirá que los bárbaros del norte creen más que nada en que somos astutos y nadie nos engaña y le contestarán que no, que si es así no sirve, que nos conviene mucho más que crean que cada vez que nos compran nos están engañando; alguien dirá que lo que más les impresiona es el tamaño desmedido de nuestros edificios, y discutirán qué esencia puede hacer el olor de edificios; alguien dirá que lo que sí los tiene atormentados es la manera en que sabemos combinar los alimentos, y buscarán un perfume para hacer una comida de calchaqui, y alguien dirá que lo bueno es una mezcla tal de esencias varias que no se entienda cuál era el olor original, como un guiso bien hecho; alguien dirá que lo que más les interesa es la forma en que somos ordenados y triunfantes, y se le reirán, y alguien dirá que respetan sobre todo a nuestro Padre y cada evitará su comentario. Después, cuando hayan establecido todos los perfumes que tienen que formar el de invento —cinco, lo más común es cinco unidades con los que quiera cada cual adentro—, entonces se pondrán a discutir el orden en que cada uno aparece y se relega: primero aquellas calles anchas y edificios de Calchaqui; segundo la mecánica en que el perfume llega; después el coraje de Padre o la astucia bien disimulada o nuestra forma altiva de enfrentar la muerte o el orden que tenemos o los colores nuestros o los guisos donde cada sabor desaparece en otros; cuarto la caricia de la mujer rotunda; última la historia que cuenta todo eso.»

Hasta aquí la cita. Más adelante, el escrito sigue explicando que después siempre discuten formas de venta que puedan mejorar la llegada del perfume de invento. Así se les ocurren nuevos envases de maleable o formas de uso que puedan resultar más atractivas. Dan, como ejemplo, la de los pajaritos: mandarles el perfume de invento descompuesto en cada uno de sus cinco componentes, con una base de aceite pegajoso. Entonces los usuarios tienen que conseguir cinco pájaros y untar las alas de cada uno con cada una de las esencias. En la fiesta o reunión, sueltan los pájaros, que revolotean y van soltando gotas de las esencias sobre los invitados. Entre todos,

arman el perfume de invento, que flota en el cuarto, pero cada uno es un olor distinto: mujer rotunda, vicuña mecánica, forma de contar, buen guiso, calles y edificios, poder del soberano, maneras de la muerte, los colores. El olor de cada cual, lo que cada cual será durante la reunión, es un azar caído de los pájaros.

Más adelante, el escrito abunda en instrucciones técnicas sobre la destilación de las esencias y la preparación de los perfumes. (Hay que aclarar que estos perfumes de invento que representan a Calchaqui son los primeros: la forma de manual, la clásica. Más tarde, cuando el mercado empezó a saturarse y los perfumes de invento tuvieron que hacerse más sofisticados para vencer a la furiosa competencia, ya no se componían ideas de la Ciudad sino escenas: el procedimiento era el mismo. Se reunían los cinco, pero lo que imaginaban era una escena muy concreta —la caza de un chanco, la aceptación de un heredero, el coito de dos soldados, una fiesta— y lo que discutían era cómo poner en olores esa escena.)

El lector sabrá disculpar que me haya detenido tanto en un tema que parece nimio. Sin embargo, es más que sugerente. Por momentos, me pregunto si Oscar no compuso un perfume de invento como los primeros, es decir: si, en su relato, no eligió los temas necesarios para dar a los extranjeros que serían eventualmente los lectores de su historia una suma de los elementos que —suponía— podían resultar para ellos los más característicos y esperables de una sociedad como la Ciudad y las Tierras. Insisto, en resumen: si no quiso vendernos, con *La Historia*, un perfume de invento. <<

[21] «**dicen que este tipo de suerte significa algo**»: no es el mismo tipo de *suerte* al que se refiere el *Tratado de la Suerte* ([ver nota 8, cap. 3](#)). Sería más bien una idea de destino, que no suele aparecer en la literatura calchaqui. La idea de destino es muy difícil en una cultura en la que los tiempos cambian sin cesar. ¿Cuál sería la posibilidad del destino en tiempos mutables? ([ver nota 23, cap. 1](#)). <<

[22] **«a dos o tres les habían puesto música»:** algunas de las canciones de los primeros meses que siguieron a la proclamación de la Larga nos ilustran acerca de los cambios de ánimo que se produjeron entonces, según iban variando la ideas sobre cómo transcurría la vida después de la muerte. Cuando la biógrafa Rebeca (ver cap. 4, pág. 791) hizo, casi sin querer, sus primeras descripciones de la Larga, las reacciones inmediatas fueron de pánico. Era aterrador pensar en los «muertitos» pululando por el aire de la Ciudad, inmiscuyéndose en todos los espacios, observando todo lo que quisieran. Una de las canciones de esos días muestra bien el espíritu:

«Corren entre nosotros, están

entre nosotros,

no se fueron.

Oímos sus silencios

tremebundos.

El aire está repleto:

pringoso está con ellos,

a nosotros

nos quedó vida pero ellos

nos pringaron el aire.

Oímos

sus silencios: son

palabras que no sabemos

escuchar.

Pobres, muertos, los muertitos:

se fueron y están acá, nos tratan

de decir que se fueron y están y ni siquiera

tan poca cosa podemos escucharles.

Oímos

sus silencios: son

palabras.»

Tras el primer momento de desolación, los hombres y mujeres trataron de recuperar la compostura: trataron de consolarse y aceptar. Al fin y al cabo, muchos habían peleado tanto para conseguir la Larga, tanto se habían ilusionado, que no querían admitir que su meta se les convirtiera en la amenaza más cruel. Suele pasar, y las respuestas pueden ser variadas. En este caso, la duda podía ser el principio de una salida más digna:

«¿Olores tienen, aromas,  
los muertitos?  
¿Tienen para nosotros  
sus olores: cuando en medio  
de una comida husmeamos un maíz,  
que no tenemos en las fuentes,  
no es el olor de una Raquel  
o un Jose, diciéndonos su fuerza?  
¿Huelen, tienen olores, se charlan  
entre ellos? ¿Tienen  
festines entre ellos  
los muertitos? ¿Se ríen  
de sus olores, de nosotros,  
de la Ciudad tan compungida,  
los muertitos?»

La canción, que no parece haber sido muy popular, continuaba en una larga retahíla de preguntas que intentaban disimular, con la compostura de la duda, la desazón ante esa ocupación inmaterial del aire. Poco a poco, los hombres y mujeres fueron haciendo de necesidad virtud, y celebraron lo que creían inevitable. Aunque más parecía, en realidad, que estuvieran pidiéndoles disculpas:

«Es tanto gusto sentirlos corretear,  
tocarnos sin las manos, espiarnos,  
descubrir de nosotros  
todo todo.

Son de temer: conocen  
todo todo: cómo  
los traicionamos y no sabemos  
verlos.  
Aunque nos odien lo bastante nosotros  
los cuidamos, somos  
ellos cuando estemos  
muertos: es tanto tanto gusto  
que estén  
entre nosotros, pobres,  
nosotros, ellos:  
los muertitos.»

El vuelco fundamental se produjo cuando el soberano 16, Rubén, aconsejado una vez más por Juanca (ver cap. 4, pág. 795), anunció que la Larga transcurría en un espacio propio, llamado el Lugar, donde iban a parar todos los muertos. La medida fue astuta, y produjo alivio general; una canción que se cantaba mucho en esos días, muy sencilla, muestra una de las características de un pueblo temeroso: la fantochada. Los calchaquis, tras el terror, se lanzaron a simular que les dolía la expatriación de los espíritus:

«Se fueron al Lugar, se fueron  
lejos.  
Ellos, nuestros muertitos  
están lejos.  
Los extrañamos, somos  
los muertitos de ellos, somos  
los muertitos de ellos, los buscamos,  
vamos entre las cosas y  
los perros sin encontrarlos:  
se nos fueron  
lejos, nos dejaron

nada más vivos esperando.»

Esto fue al principio, inmediatamente después de que el soberano hablara del Lugar. Poco después empezaron a correr las versiones sobre cómo sería la vida en él: hubo tantas y tan enfrentadas que se hace difícil ejemplificarlas con canciones (sobre el debate, ver cap. 4, pág. 817, y [nota 37, cap. 4](#)).

Uno de los aspectos más curiosos, común a todas estas discusiones sobre las formas de la Larga, ya fue señalado a fines del siglo pasado por Oscar Wilde: «La muerte para el muerto no es casi nada: simplemente un momento que, cuentan los que lo ignoran, suele pasarse rápido. Carga resulta, en realidad, para todos los otros.» Está bien visto: los calchaquis, por medio de la Larga, procuraron que la muerte durara para el muerto lo que duraba, penosa, para quienes lo sobrevivían. <<



[23] **«aceptarle el cóndor submarino»**: una de las frases hechas. Discusión: qué idea de lo sub-marino. Recopilar referencias a lo marítimo en la cultura calchaqui. Del mar viene el ámbar que interviene en muchos perfumes: necesidad del mar (podría sacar ideas de mi viaje a Comodoro Rivadavia). El mar como el engaño, el lugar hacia donde iban los ilusos a buscar lo que seguro no encontrarían. Ver el viaje de Javier, [nota 41](#), [cap. 2](#). El mar es el otro absoluto de la Ciudad y las Tierras. Comparar ideas sobre el mar e ideas sobre los «salvajes». <<

[24] «**Las puertas de la Ciudad se cierran poco**»: el cierre de las puertas de la Ciudad sirve para marcar que algo extraordinario está por suceder. El cierre exagera lo propio de las ciudades: las ciudades sólo lo fueron de verdad cuando tenían murallas, y establecían un lugar cerrado, excluyente. Desde que perdieron sus murallas, las ciudades pasaron a ser campo. Antes eran un corte en el espacio; ahora son una continuidad —porque ocuparon todo el espacio: el corte es lo que no es ciudad. Las ciudades ahora son dueñas del espacio, y lo que no es ciudad es sólo paisaje.

La Ciudad tenía murallas: fue la única ciudad amurallada que tuvo la Argentina. Y fue, también en ese sentido, un lugar de transición. Tenía murallas, pero eran poco menos que simbólicas: no se las usaba para la defensa y sus puertas casi nunca se cerraban. Pero, aun así, Calchaqui cumplía con la premisa de toda ciudad de amontonar en un espacio delimitado lo que antes estaba disperso en un lugar sin límites precisos.

Sabemos que esto fue, para los primeros calchaquis, un golpe. La *edición Thoucqueaux* incluye un breve escrito de un miembro de la expedición del soberano 1, Alberto, uno de los primeros personas —o su hijo: no está muy claro, en realidad, si se trata del expedicionario o de su hijo, que también habría conocido la vida preurbana. Recordemos que estos conquistadores venían de un hábitat totalmente confuso y primitivo, de casas desperdigadas en las orillas de las Salinas Grandes. Su prosa, muy arcaica, previa a la consolidación de un lenguaje escrito, quizá responde todavía a esos orígenes:

«Todo acá, siempre acá todo. Nos obligan a saber sabiendo: a conocer lo que no es nuestro nos obligan. Saber es siempre horror, quiera o no quiera. Oigo los gritos del que grita su enojo: los escucho, aunque saber no quiera. Veo las caras de los que salen del fornicio: llevan las marcas, no tienen modo de esconderlas aunque estén queriendo. Huelo muy fuerte el miedo de un enfermo, siempre del mismo enfermo, al lado de mi casa: voy recorriendo los pasos de su muerte, que no quiero. Sé que hay uno que camina porque no sabe estar parado, una que vende higos engañando en el precio, una que menosprecia al que la mira, uno que cuenta historias y cree que son ciertas. Digo: mientras yo como el gallinazo.

Mientras yo como el gallinazo está el que grita, fornica, va muriendo, camina, vende, menosprecia, cuenta; hay otros, muchos más, que se relamen, mandan, imaginan, complotan, beben agua, se duermen, cagan, corren, buscan con quien hablar, hablan y hablan; y otros más, muchos más, que pintan, desesperan, temen un golpe, lo preparan, bailan, se sientan, se levantan, dudan de si lo hicieron, recuerdan otra tierra, oyen los gritos que los otros gritan y tratan de escucharlos. Vecinas cosas que no son

vecinas, al mismo tiempo cosas que son de otros momentos. Pintan, preparan, bailan, corren, temen un golpe, cagan, desesperan, se sientan, dudan de si lo hicieron, se levantan, recuerdan otra tierra, beben agua, complotan, mandan, imaginan, venden, buscan con quien hablar, se escapan, se relamen, bailan, hablan y hablan, se duermen, se les mueren. Todo mientras yo como: no se puede.

El mundo, digo, en la Ciudad, se nos volvió emboscada.»

No sabemos cuál fue el uso de este escrito; quizá fuera un mensaje que el persona le manda a alguien que se quedó en las Salinas, tratando de describir el espanto de esta situación nueva. Es sugerente: se podría incluso pensar que fue el horror ante esta contigüidad obscena, ante la simultaneidad de acciones y sentimientos que no deberían mezclarse, el que hizo que los hombres de las Salinas, acostumbrados a sus casas aisladas, donde en cada momento sólo una cosa estaba sucediendo, tuvieran la idea —o la necesidad— de buscar otras formas del tiempo. O sea: es probable que pensaran en declarar tiempos porque el tiempo que se encontraron en la Ciudad, donde se produce sin cesar esta mezcla de lo que no puede mezclarse, les parecía monstruoso. <<

[25] **«No me extraña que el consejero de Bienes no quiera un tiempo como ese»:** sobre el hecho de que los tiempos de los Padres casi no se verifican en la práctica. El escuadrón de funcionarios dedicados a hacer como si funcionara. La imposibilidad, en muchos casos. Los casos en que sí influye. Tiempo de Ernesto. El tiempo verdadero, cotidiano —¿el tiempo vulgar?—: una forma de eterno retorno mezclado con avance progresivo. Ejemplo: entre nosotros, las diferencias entre hombres y mujeres por diferencias en la percepción del tiempo. Comparar con otras notas sobre tiempo vulgar, más abajo. <<

[26] «**los antiguos, en las casas de piedra, se miraban en espejos de mica**»: no hay muchas frases que acepten como esta el desarrollo de la cultura de los antiguos, tan superior en ese momento a la de los calchaquis. Tratar de comparar la cultura calchaqui en su apogeo (¿Raimundo?) con la antigua. Ver en qué ítems se puede basar la comparación. ¿Desmerece mucho a los calchaquis? ¿Es útil? <<

[27] «**Y las máquinas de música**»: las máquinas de música, de todas formas, no hacen errores (para desarrollar esta idea del error, fundamental en la estética calchaqui, ver cap. 4, pág. 814). El soberano 17, Raimundo, dejó dicho que «alguien llegó a inventar máquinas que hacían el error: eran ridículas. Sus errores eran pura soberbia; para los hombres, soberbia es no tenerlos: los hace parecerse a padres o a los dioses que tienen otros pueblos; para las máquinas, tenerlos: las hace parecerse a hombres.» La idea es interesante como aproximación a una ontología de lo mecánico. Temas de ciencia ficción: la inteligencia artificial.

Por otro lado, discutir la idea del error: decían que era indispensable introducir un error en toda creación como muestra de humildad —para no competir con dioses o soberanos creando algo perfecto. ¿No es una terrible arrogancia? ¿No significa eso que creían que, si no incluían *a propósito* un error, la obra sería perfecta? ¿El error, supuesta humildad, no es un gesto de una soberbia desmesurada? <<

[28] **«Héctor estaba resignado a lo que fuera»:** a Oscar parece molestarle la indefinición del tiempo del soberano 19, Héctor, su abuelo. Es cierto que su padre, el soberano 20, Ramón, representa una reacción tajante contra la tendencia de sus tres antecesores —Raimundo, Jorge y Héctor— a rizar el rizo de sus tiempos —y que al principio Oscar comparte esta actitud de su padre. Pero es curioso constatar que Oscar parece de acuerdo con esta idea tan difundida de que la decadencia siempre se disfraza de sofisticación.

Muchas ideologías han querido hacernos creer tal cosa. Parecen decir que hay un orden natural, originario, que se va disgregando a medida que el hombre complica las cosas. O sea: que ese orden de base sería simple, y cualquier complejidad sería degradación. O, si no, suponen que hay un impulso fundador que, cuando funciona, avanza hacia alguna parte como flecha y después, cuando va decayendo, se entretiene —al caer— en firuletes.

El tiempo de Héctor, en verdad, es una especie de vuelta de tuerca sobre el tiempo de su padre Jorge. Si Jorge decía que el tiempo corría sin dirección ni ritmo fijos y que podían cambiar, si acaso, las maneras de percibirlo, Héctor aceptó que no podía decidir la forma del tiempo pero declaró que ese tiempo no corría en desorden sino en distintos órdenes simultáneos.

El soberano 18, Jorge, vivió mucho; cuando lo sucedió, su hijo Héctor ya había pasado los 30 años —92 estaciones bien cumplidas. Había tenido mucho tiempo para pensar el suyo; había tenido mucho tiempo, sobre todo, para entender los errores de su padre y suponer que él también iba a cometerlos: no se le ocurría cómo evitarlos. Es probable que esa larga espera desesperanzada le haya agriado el carácter y lo haya vuelto timorato. Lo cierto es que nunca hubo un soberano tan pendiente de todo lo que sucedía a su alrededor, que observaba con detenimiento y temores de entomólogo. Si en la Ciudad hubiera habido anteojos, el soberano 19 habría tenido que usarlos, para parecerse a sí mismo. Solía decir que se consideraba un observador —un espectador, también decía— y que poco a poco iba descubriendo que los observadores tienen, quizá, más posibilidades de intervenir que los que creen estar en el ojo del huracán.

El soberano 19, Héctor, arrastraba una cojera muy liviana: por supuesto, eso fue lo primero que miraron, ávidos, los miles de ciudadanos reunidos en la explanada del palacio de Calchaqui para escuchar su Declaración del Tiempo. Que empezó diciendo que no iba a empezar diciendo que todos los demás se equivocaron:

«—Ya sabemos, mis cardones, ya lo escuchamos mucho: Padres suelen llegar a este lugar para decir que nadie nunca supo nada, hasta que ellos. Dicen que ellos, cada

vez, sí saben. Y ustedes, mis chumberas, cada vez se lo creen.

Abajo, los vulgos y personas se miraban. Claro que se lo creían: para eso era. Padre nuevo estaba por desvariar, o desvariando.

—No les voy a hablar mucho, mis lapachos: muchos mucho ya hablaron, ya es bastante. Les voy a decir dos cosas nada más; una, primero: que el error es muy chico.

Abajo, los vulgos y personas se miraron para confortarse. Ya está, ya hablaba de un error. No desvariaba tanto: era su broma.

—El error es creer, les digo, mis ceibales, que hubo errores. Cada tiempo quería corregir al anterior, y no siempre podía. Se equivocaban en pensar que había uno solo.

Abajo, los vulgos y personas ya se estaban perdiendo, y se aliviaban: siempre hay que perderse, un poco, al principio de una Declaración del Tiempo.

—Creían que el tiempo era macizo, mis palmares, como una tabla de madera buena. Que iba como una tabla de madera buena arrastrada por el suelo bien derecha: arrasando, llevando todo lo que hay con el mismo movimiento y mismo modo. La tabla, mis espinos, les digo, es de madera buena, pero no está cortada derecha y bien cuadrada: tiene entrantes, aristas, recovecos: algunas de sus partes arrastran de una manera y de otra manera arrastran otras.

Abajo, los vulgos y personas se rascaban: les parecía que perdidos ya habían estado lo bastante, pero seguían perdidos.»

El discurso del soberano 19 siguió así todavía algunos párrafos. Debía ser el gran momento de cada soberano —y supongo que por eso lo hacían durar—: ese lapso, breve, en que su tiempo estaba casi declarado pero nadie lo sabía; en que todos suponían algo a partir de palabras poco claras; en que su tiempo se multiplicaba al infinito por los errores de comprensión, las interpretaciones de cada súbdito.

El soberano, por fin, les explicó que, tras largas observaciones, había descubierto —no dijo decidido; dijo: descubierto— que en cada momento varias formas del tiempo se combinaban para actuar sobre distintas cosas:

«—El sol que una cuarta se pone y sale una primera y se pone una cuarta y una primera sale es del tiempo de mi padre Andrés, yendo y volviendo, el sol, que una cuarta se pone y sale una primera y se pone una cuarta y una primera sale. Pero ese momento lento y violento en que, cual viento, un hombre en esperpento se transforma, y queda anciano, es más del tiempo de mi padre Osvaldo, que se acelera tanto. Y en cambio es de mi padre Ernesto, como un río, que va para adelante sin pararse nunca, el tiempo de las batallas que damos contra los barbudos y después viene otra batalla que lleva a otra batalla que nos obliga a otra: cada una, también es



de su tiempo. Y así sigue. A cada cosa un tiempo la maneja: todo se encuentra en encontrar qué tiempo es cada uno.

Abajo, los vulgos y personas seguían bien perplejos. Algunos, de a poco, empezaron a creer que era un tiempo de caprichos muy empingorotado, disfrazado. También se equivocaban.»

El soberano 19, Héctor, dio por terminada su Declaración: muchos no habían entendido. Después, poco a poco, fueron dándose cuenta: el tiempo de Héctor reconocía que había, al mismo tiempo, tiempos muy diversos: lo aceptaba. Pero, comparado con su padre Jorge, su tiempo era optimista. El soberano 18, Jorge, decía que por más que queramos cambiarlo, el tiempo es siempre ese desorden. No se puede, decía, no hay para qué ordenar el desorden. Podemos, sí, aprender a mirarlo. Héctor decía que si determinaba en cada punto cuál es cada tiempo, lo conocería y, al conocerlo, podría manejarlo. Su papel no era prescindente: al contrario, se reservaba el derecho y el deber de ponerle nombres a los tiempos que actuaban sobre cada cosa: se hacía indispensable.

Oscar, sin embargo, no aceptó o no entendió la maniobra. En un pasaje (ver cap. 4, pág. 810) dice que «era resignación: mi padre Héctor, el padre de mi padre, se había resignado. Fue mi padre Ramón el que volvió a ser Padre en serio. O sea: a retomar su tiempo en mano».

Es cierto que el soberano 20, Ramón, recuperó la tradición de la mayoría de los soberanos anteriores a Raimundo, que no reconocían un tiempo sino que lo determinaban. Es lo que trata de hacer, finalmente, Oscar, hasta un extremo insostenible: lo toma tanto que no lo suelta, que no lo dice, que no consigue darlo. <<

[29] «**Pieles color nadita**»: la nadita introduce uno de los conceptos básicos de la cosmovisión calchaqui y, sin embargo, aparece muy pocas veces en nuestros escritos. En total, no más de diez y, en tres de esos casos, figura como color —lo cual, según veremos, es un uso totalmente secundario.

En *La Historia* propiamente dicha, la palabra *nadita* aparece sólo cuatro veces: seguramente, por su propia importancia. La primera de ellas la define con bastante cuidado: «Ni el bien ni el mal nos pertenecen: somos más bien en la nadita. Vivimos siempre en la nadita: el bien o el mal son las interrupciones, una forma algo bestia que cuesta conquistar. Son poca cosa en una vida: ocurren casi nunca. Lo que sucede todo el tiempo es la nadita, la mezcla de unas pizcas de cada muy muy diluidas, la degradación que tiene pocos nombres.» (cap. 2, pág. 251). Y, en una nota anterior (nota 4, cap. 1), se define la vida como una oscilación entre las dos opuestas, la nada y la nadita: «La vida era una pelea contra la nada todo el tiempo. Antes de empezar es la nada y después uno aparece: cada día hay que ganárselo a la nada —no la nadita, que es muy otra cosa— que viene después. Eso cansa mucho —y lo que conseguimos, casi siempre, es la nadita» (nota 4, cap. 1; sobre la nada como opuesta a la nadita, ver más abajo).

La idea está sentada: la nadita sería esa media tinta en la que habitualmente se mueve la vida de un sujeto: la materia de la que están hechas esas vidas (y, por extensión, el color que recibe su nombre es esa especie de falta de color que tiende al gris, al ocre y al barroso sin ser ninguno de ellos; no confundir con el color nada —ver nota 23, cap. 3).

Pero, en realidad, el significado original —y el interés— de la nadita sólo pueden apreciarse en su relación con la transparencia.

Para los calchaquis, la materia primordial del mundo es la *transparencia*. La palabra que Thoucqueaux traduce como *transparencia* aparece citada en calchaqui, en un curioso documento —ver más abajo—, como *cajtauar*, que podría descomponerse en *ca* (aquí, por oposición a *ta*, afuera, allá), '*j* (las cosas), *tau* (después) y *ar* (otras). O sea: «aquí las cosas después otras» o, dicho de otra manera: «donde están todas las cosas antes de ser otras». Ese fue el origen; pero, pronto, *cajtauar* pasó a significar también *la transparencia* o, en lengua más vulgar, *el aire*.

*Cajtauar* es la materia por excelencia, la materia original. Cuando es aire, explican repetidamente escritos de la Ciudad, la materia está en su lugar propicio: circula sin chocarse, viva, y por eso no se ve y se mantiene transparente. Es el estado en que es perfecta. Al cabo de su tiempo, la materia envejece, pierde propiedades y, menos ágil, choca. «Las montañas, los troncos, el metal, el plástico, los hombres, los animales,

todo lo opaco con volumen, todo lo que se agarra...» —dice un escrito muy arcaico — está hecho de materia estacionada, que chocó y murió: por eso se detuvo. Son, entonces, degradaciones, interrupciones de la materia verdadera: todo objeto tiene su cuota de tristeza.

En realidad, la transparencia es la única materia viva; el resto es materia muerta, cadáver de materia. Por eso todo tiende a descomponerse y desaparecer, como cualquier cadáver. Por eso, explican —con cierta tautología— los calchaquis, la materia palpable se corrompe: porque ya está muerta (ver la explicación diferente del soberano 13, Atilio, que remite al tiempo, en el cap. 1, pág. 28). Por eso, explican, lo único que no está descompuesto es el aire, la transparencia: *cajtauar*. El agua, dicen, es un estado intermedio de la materia: su agonía, antes de hacerse definitivamente agarrable y opaca. (Lo cual produce, entre otras cosas, la aversión de los calchaquis por la lluvia: el agua en el aire es un sarcasmo de la tierra, una mezcla intolerable de transparencia pura y transparencia agonizando, una especie de funeral de la materia, el recordatorio de que los estados son mutables y de que nada permanece. Una agresión.)

La nadita es el equivalente de la transparencia en la vida de los hombres. De hecho, su nombre calchaqui muestra este paralelismo: *caijtauif*, de *ca* (aquí), *ij* (la vida), *tau* (después) e *if* (la muerte): «aquí la vida que después la muerte», o sea: «donde está la vida antes de morir».

La nadita es la materia viva, por lo tanto etérea e impalpable, de la que están hechas las vidas. Cada una tiene una cantidad dada, que se va muriendo, y convirtiendo en hechos, el bien, el mal, enfermedades: interrupciones de la materia prima degradándose. Igual que el aire, parece inocua y no es muy apetecible; pero es lo único verdadero y vivo.

La idea de la nadita no viene acompañada por una ideología de la pasividad —que podría derivarse de ella: la suposición de que hay que quedarse quieto en la nadita y nadar en ella. Porque se supone que cada hombre tiene que completar la transformación de su nadita en vida, como el mundo transforma su transparencia en materia palpable. Si no, ese hombre se muere con una dosis excesiva de nadita: sin agotarse a sí mismo, sin hacerse, y se muere peor.

La nadita es, como decíamos al principio, el gran sobreentendido de la cultura de la Ciudad y las Tierras: casi no se la nombra. Por eso es sorprendente que aparezca en el fragmento de una *Explicación*, que consta en la *edición Thoucqueaux*.

Esta *Explicación*, aunque tardía, debía ser un material de uso muy corriente en la educación de los calchaquis (ver nota 42, cap. 2): por eso es raro que sólo conozcamos este fragmento. La *Explicación* tenía que ser muy importante: es el único escrito que trata de definir cuestiones tan básicas como la nadita o la esperanza. Por su carácter caprichoso e imprevisible, parece datar de la época del soberano 17,

Raimundo, o 18, Jorge, y todo lo que conocemos de ella son estas líneas:

«*La nadita*: es lo que está, sin que nadie lo quiera, para que cada cual pueda querer que haya otras cosas. Es lo que sabe transformarse.

*El frío*: ¿cómo se sabe si hay un frío, cuando nadie lo tiene? ¿Hay un frío, cuando nadie lo tiene?

*La verdad*: es lo que está, o viene de más cerca. No tolera los caminos rugosos.

*La nieve*: materia confundida. Es el momento en que hace larga su agonía: su muerte le llegó pero sigue peleando. Por eso queda nada más en los lugares más lejanos.

*El calor*: es la defensa de la transparencia a los ataques. Cuando le quieren matar muy bruto su materia, calor sale.

*La esperanza*: ¿está hecha de futuro? ¿Dónde existe?

*Los ojos*: se parecen, todavía, a la transparencia. Por eso son la parte más perfecta de un cuerpo: la única capaz de ver o de mirar. Si lo pudieran todas, un cuerpo volaría.

*La noche*: quién sabrá cuándo empieza, y el que sabe: ¿sabe cuándo termina? Cuando sale una estrella, el sol desaparece, el color se hace oscuro, se apagan ciertos ruidos, ¿es que empieza? Cuando no hay más estrellas, brilla un rayo, se sonrosa todo, un vicuña rebrinca, ¿es que termina? Todo es como la noche: sin fronteras.

*La guerra*: es el modo de que los hombres se parezcan.

*Los hombres*: pura materia espesa: muertos desde antes.

*Los bienes*: son por un error. Sin errores, nadie podría tener ninguna cosa, porque todo sería transparencia.

*Los pájaros*: son la materia cuando quiere parecer lo que era antes. Fingimiento.

*El coraje*: ¿llega por la ignorancia? ¿Se educan, los que se educan, para dejar de ser valientes? ¿Es mejor o peor? ¿A quién le sirve?»

No sabemos por qué aparecen esas palabras y no otras, ni por qué siguen este orden. ¿Reflejarían un orden alfabético que se perdió en la traducción, o un encadenamiento que tiene relación con los conceptos? <<

[30] «**cuando dejó de haber tantos sirvientes**»: es uno de los pasajes más claros que conocemos sobre la pérdida de poder de los soberanos calchaquis. No sabemos exactamente de cuándo habla Oscar; sí sabemos que fue después del período del soberano 6, Alfredo, lo cual coincide con el ascenso de las clases comerciantes (ver sobre todo [nota 3, cap. 2](#)). <<

[31] «**mi padre va a ver pasar las chispas**»: remitir a la cuestión de la nada: las chispas en el aire serían producto de la corrupción del aire, su conversión en materia, que anuncia y acompaña el final definitivo de la corrupción del cuerpo de un hombre. ¿O no tienen nada que ver? <<

[32] «**el tránsito de sus padres con un buen espectáculo**»: está claro que el espectáculo consistiría básicamente en una exhibición de tormentos callejeros: el pueblo de la Ciudad y las Tierras llegó a un grado de excelencia en el ejercicio del tormento que muy pocos alcanzaron antes o después. En el capítulo 3 —*La Destinée de la Révolte*, el único conocido hasta nuestro hallazgo—, aparecen pocas referencias a esta actividad; aun así, suscitaron nervios y discusiones siempre falseadas por la incomodidad que produce discutir algo en lo que todos están, de alguna forma, envueltos, y de lo que nadie querría hablar.

El soviético Kyriakov, por razones obvias, no puede examinarlas mucho; lo mismo, por las mismas razones, sucedió en nuestro país últimamente; los franceses (Favre, Fischbaum) no hacen más que lanzar gritos humanistas e histéricos; los alemanes (Stimmel) intentaron desentrañar sus justificaciones ontológicas; pero la escuela americana, encabezada por Barrow J. Schlessinger (*Meduse: the History of a Forgery*, op. cit., [ver nota 46, cap. 3](#)), utilizó esa afición para descalificar otros aspectos —claramente progresistas— de la cultura de la Ciudad y, sobre todo, de la revuelta por la Larga —es curioso que precisamente los americanos se espantaran ante los tormentos, y que los usen para atacar, desde el liberalismo, los aspectos más revolucionarios de esta historia, pero así suele ser.

Yo no puedo dejar de opinar al respecto. Es obvio que no estoy a favor de los tormentos; sin embargo, creo que la forma en que se los practicaba en Calchaqui, abiertamente y como espectáculo, con reglas estéticas muy fuertes, en parte los redime. Digo bien: en parte. Una pequeña parte.

Sabemos que Sigmund Freud definió la sublimación como origen de actividades artísticas o científicas. La sublimación sería, *grosso modo*, la manera en que ciertos impulsos reprimidos reaparecen bajo forma de producciones estéticas. Freud, como siempre, se refería más bien a impulsos sexuales que, al no poder realizarse, se transforman en obra artística (ver sobre todo *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*, Viena, 1910). En Calchaqui, los impulsos de muerte recibían, a través de los tormentos, un tratamiento estético sin abandonar por eso su condición tanática original. Es, creo, una actitud valiente: se aceptan esos impulsos y se los trata con una serie de reglas estéticas que los convierten en arte sin desvirtuar su condición. Es arte no sublimado: un arte fiel a sus impulsos originales. Un arte que, en vez de velar sus orígenes oscuros, los pone en primer plano.

La otra forma de disimular la habitual apetencia —o curiosidad o terror— por la muerte es la religión —o la política. (Digo «apetencia» porque el misterio es demasiado grande como para no sentirse muy atraído por él. Pensar, si no, en los médicos, por ejemplo, o en los periodistas.) La excusa religiosa ha funcionado

mucho. Fray Bartolomé de las Casas, sin ir más lejos, escribió: «Las naciones que ofrecían sacrificios humanos a sus dioses mostraban así la alta idea que tenían de la excelencia de la divinidad, del valor de sus dioses, y cuán noble y alta era la veneración que les tenían... Y en religiosidad sobrepasaban a todas las demás naciones, ya que son las naciones más religiosas del mundo las que, por el bien de sus pueblos, ofrecen a sus propios hijos en sacrificio.» Los habitantes de la Ciudad y las Tierras no necesitaron esta excusa para enfrentar el espectáculo de la muerte —y el tormento que siempre, más o menos visible, la precede.

(Hay un detalle incómodo. La aplicación sistemática de tormentos a los criminales empezó con la revuelta por la Larga. Al principio fue una reacción de los esbirros de palacio contra los largos, que no temían —más bien, deseaban— la muerte; con el tormento, trataban de aplicarles un castigo que sí los aterrara. Sabemos que ese fue el origen. No sabemos, en cambio, cómo pasaron de las mazmorras de palacio a las calles: cómo se convirtieron en el espectáculo por excelencia. Pero está claro que las artes siempre empiezan por una necesidad y después se liberan de ella.

Sabemos, además, que tras la victoria y establecimiento de la Larga los tormentos se volvieron más sofisticados y eficaces. Porque empezaron a contener, además de los horrores del momento, la amenaza de su repetición prolongadísima.)

Es interesante detenerse un momento en las reglas que presidían estos espectáculos. En la *edición Thoucqueaux* encontramos un documento de primer interés, el *Programa*, que define muchas de estas pautas. No conocemos su origen. Sabemos, por lo que queda dicho, que tiene que haber sido escrito tras el triunfo de la Larga; algunos de sus detalles estéticos nos hacen situarlo en tiempos del soberano 17, Raimundo. Su autor, seguramente, fue el consejero menor de Vulgos, encargado de fiestas y eventos populares, Joaquín.

#### «PRINCIPIOS

##### Su Propósito

El tormento público es la manera de que el condenado a muerte llegue a su muerte por un camino con sentido. El tormento público no puede ser negocio: se invalida si alguien quiere por él obtener algo —bienes, información, ideas para un perfume. Puede dar, sí, placer al público y prestigio a los ejecutores. Al mirlo, lo dijimos, da sentido. El tormento público puede ser una enseñanza: mostrar que ciertas cosas llevan a otras ciertas. El tormento público debe ser una obra: ser elocuente, bello, proporcionado; dar, en su desarrollo, las emociones necesarias.

##### Su Objeto

El objeto de un tormento público es cualquier condenado a su muerte, que la esté esperando. Le dijimos el reo; le decimos el mirlo. Un condenado a muerte representa



el desorden: no piensa completar su vida, no va a llegar al punto que debía. El tormento, con un camino en orden, quiere restablecer al menos una parte.

### Su Ejecutor

Puede ejecutar tormento público cualquier sujeto —hombre y mujer— que se presente para ello. Le decimos la mano. Los candidatos se presentan cuando les interesa el delito que hay, el mirlo que hay y los tormentos que permite y se le ocurren. Los candidatos deben someter su programa a un consejo especial —presidido por el consejero menor de Vulgos encargado de fiestas populares. El consejo estudiará cada propuesta, y se decidirá por la mejor, en base a los criterios que este programa dice. También se tendrá en cuenta si el ejecutor que se propone tiene la destreza bastante para hacerlo. Una vez elegido, el ejecutor del tormento público debe ajustarse al plan propuesto, y no recibirá, en ningún caso, pago por su aporte. No pueden presentarse nenes y nenas que todavía no fueron aceptados.

### MANERAS

#### Su Lugar

Todo tormento público debe hacerse en las calles o plazas de la Ciudad, incluida, en grandes y debidas situaciones, la explanada de la Casa. El lugar de cada forma parte de la propuesta de la mano, y debe congeniar con el tormento en sí. Ladrones del mercado, por ejemplo, pueden atormentarse en el mercado para marcar la causa o lo más lejos posible —arrabales, sería— para mostrar lo lejos que quedaron. Ladrones o copiadores de mecanismos, por ejemplo, pueden atormentarse en rincones donde no sea tan fácil observarlos. Asesinos de parientes, por ejemplo, pueden atormentarse en las puertas de la Ciudad cerradas para el caso, porque los linajes rotos son puertas que se cierran. Falsarios graves, por ejemplo, pueden atormentarse frente a telones pintados con escenas que no sean muy creíbles: murallas de ciudad en las salinas, olas del mar, árboles con público trepado. Es interesante, aunque muy complicada, la combinación o traslado entre varios escenarios. Para eso, es mejor cambiar los telones de fondo.

Si el tormento es una historia —que cuente, por ejemplo, la vida del atormentado o su delito— los telones pueden ir cambiando para mostrar los escenarios: la pieza desordenada de su casa, la calle donde caminaba cuando se le ocurrió, la noche oscura en que casi se arrepiente, lo que comía cuando se decidió, y así siguiendo.

#### Su Objeto

Su objeto siempre es, en apariencia, el cuerpo del mirlo, como modo de llegar a todo él. El tormento aprovecha un error grave: que el cuerpo de un sujeto se presenta demasiado lleno: vísceras, huesos, conductos de la sangre. Por su angurria, no deja lugar para intrusiones: por eso una cuchilla, flecha, astilla, clavo, el agua, el fuego,

cualquier cosa que se inmiscuya lo destruye. Si un sujeto estuviera más vacío, podría hacerles lugar y no tendría tormento. Adentro, un sujeto tiene un orden bastante, que está lleno: es tormento cuando se lo destruyen. El tormento recompone un orden para todos cuando muestra, bien, que el orden roto de cualquiera se vuelve algo tremendo.

### Su Técnica

Las técnicas de la mano para tratar al mirlo pueden ser muy variadas. Algunas de las básicas serían:

Aterrorarlo de entrada, para que pase todo el rato en remolino de su miedo.

Darle gusto para que esté cómodo y darle de golpe, cuando no espera más, la puñalada.

Amenazarlo con algo y atacarlo con otra muy distinta, para ver su pavor o su sorpresa.

Convencerlo de que su tormento es atractivo y especial, para que colabore y se muera con la satisfacción de que fue bueno.

Mostrarle que con su ayuda su tormento va a resultarle fácil, para que ayude dócil.

Decirle que si se rinde su tormento se le va a hacer más bestia, para que se resista y sea más tempestuoso.

Ignorarlo como si no estuviera, para que trate de hacerse más presente con gritos y contorsiones o confesiones o lo que se le ocurra.

Mimar sus gestos y sus quejas, para avergonzarlo o ponerlo más bravo.

Hablarle sin parar de su vida y su historia, para que sufra más porque las va perdiendo.

Fijarle un tiempo de duración a su tormento, para que espere el final definitivo o tema el final definitivo.

Y tantas otras, muchas de las cuales irán apareciendo en el momento.

### Su Instrumento

Todo es un instrumento, cuando lo usa la mano atormentando.

Puede ser uno leve: la leve brisa que empuja tiritas de papel contra los pies del mirlo, acostado y atado, para darle cosquillas sin parar hasta que de la risa se muera de un soponcio. Tiene su mérito en la contradicción: mueren riendo. Es bueno para los que, haciendo su delito, mintieron y engañaron.

Puede ser uno bruto: tronco bruto de un árbol partiendo las piernas del mirlo de un golpazo, después los brazos del mirlo de un golpazo, después el tronco propiamente

del mirlo, de un golpazo. Es animal: sutil porque no trata de mostrar sutileza. Hay que aplicarlo lo bastante diestro. Tiene su mérito en que concentra la maldad en un momento corto: muestra que la maldad muy concentrada es bruta y poco astuta, más bien tonta de ver. Enseña que lo brusco no es bonito y que todo puede cambiar en un momento. Es bueno para los que, haciendo su delito, cambiaron muy de golpe.

Puede ser uno sibilino: dos mirlos que se atormentan entre ellos, con reglas muy precisas, sibilinas: mejor si son desconocidos entre sí y les da el miedo de lo desconocido. Si vienen a romper las reglas, se les aplican otros tormentos nuevos. Tiene su mérito en que la mano no hace sino por mano de los mirlos, mostrando que le alcanza con el esfuerzo ajeno: es elegante. Más elegante si un mirlo es hombre y otro mirlo es mujer. También su mérito en que pone a los mirlos a respetar las reglas. Es bueno para los que, haciendo su delito, actuaron juntos o para los que, haciendo su delito, rompieron demasiadas reglas.

Puede ser uno clásico: mano muy clásica que alfiletea todo el cuerpo del mirlo con astillas chiquitas, dejando sin alfiletear el miembro o parte que cometió propiamente el delito, para que el cuerpo se vaya desangrando y el mirlo vea bien lo que le pasa, con detalles. Es clásico. Tiene su mérito en mostrar que las maneras consagradas por algo fueron consagradas. A veces, puede ser aburrido: es desdeñoso. Es bueno para los que, haciendo su delito, no inventaron nada.

Puede ser uno inesperado: el mirlo ve el escenario lleno de carbones ardiendo y fierros calentándose y piensa que ya sabe lo que viene pero, bastante inesperado, la mano se calienta sus manos con los fuegos y lo mira: no le dice nada, tampoco le hace nada. El mirlo se pregunta, pero sigue esperando que le lleguen los hierros a quemarle el cuerpo. De pronto, cambia el telón de fondo, o no cambia, y la mano clava astillas o deshace los miembros de un golpazo o sumerge cabeza o lo que sea. Tiene su mérito en que va y sobrecoge: crea el suspenso y lo resuelve de un plumazo. Es bueno para los que, haciendo su delito, aprovecharon la sorpresa.

Puede ser uno espectacular: el espectáculo de dos hombres fornicándose con fuga pero con la distancia necesaria para que se vea en su detalle cómo el pistón de él entra y sale en el ojete de él, cómo la boca del otro atrapa y traga el pistón del otro y el mirlo mientras tanto, atado cerca, tiene unas hormigas coloradas que le van deshaciendo su pistón a mordisquitos. El mirlo sufre sus dolores pero, además, ve cómo los otros se refocilan en el coito mientras su pistón va quedando en una hilacha: el mirlo ve tanto gusto en esos dos, y su pistón la hilacha. Sufre lo que es, y lo que no puede ser también lo sufre. Tiene su mérito confuso en que ofrece al público el espectáculo de dos hombres en fornicio, que siempre es atractivo, a más de la caída del mirlo: es una trampa menor, pero se acepta. Es bueno para los que quisieron ser como otros que no eran como ellos.

Puede ser uno turro: muy turro, la mano le tiende el arma al mirlo para que él solo,

siguiendo sus comandos, se corte los pedazos que le diga. Los comandos pueden ser complicados o difíciles, para humillar al mirlo, que no entiende o no puede. El mirlo puede creer que, con el arma en la mano, puede intentar algo. La mano tiene que ser valiente. Tiene su mérito en que, de puro turro, le lleva esa esperanza al mirlo, y le muestra que al final tiene que hacerse lo que la mano diga. Es elegante como el sibilino, pero mucho más cruel. Es bueno para los que, haciendo su delito, creyeron que eran capaces de hacer lo que quisieran, todo.

Puede ser uno turruto: turruto, sibilino, la mano cubre al mirlo de brea: con tiempo, como quien acaricia. El mirlo, cubierto de brea, tiene una antorcha al lado y sabe que tiene que quemarse antes de que caiga el sol. Está sentado, cómodo, al lado de su antorcha: cuando quiera, puede prenderse fuego. Tiene la gracia de ver cómo lo hace: al final o enseguida, despacio o brusco como en un de repente. Es de lo mejor para mujeres, que tienen más paciencia. Tiene su mérito en que el mirlo ya sabe lo que tiene que hacer, y lo que va a pasar, y puede elegir el momento: todos tratan de imaginar qué cosas va pensando, por qué se lanza o pospone o cómo hace como si no estuviera ahí durante un rato, o cómo no consigue hacer. Es muy instructivo, porque pone al público a pensar. Es bueno para los que, haciendo su delito, creyeron que podían oponerse al tiempo.

Puede ser uno amable: manos amables de masajistas en el cuello: las manos se reemplazan pero el cuello sigue siendo el del mirlo. Dura bastante. Al cabo de su tiempo, el cuello se hace llaga y después se deshace: en un momento, las manos masajean nervios vivos, y matan por el dolor profundo. Bien hecho, dura menos de un día. Tiene su mérito en mostrar cómo cambia lo mismo. Es bueno para los que, haciendo su delito, falsificaron mucho.

Puede ser uno animal: un animal, por ejemplo una rata, roye las cuerdas que atan al mirlo a unos caños: suspendido en el aire. El mirlo sabe que cuando la rata roya todo, se cae a un fuego por debajo, y trata de entretener al animal para que roya menos o la alienta para que se apure (es mejor, a veces, cuando la rata roye el cuerpo del mirlo untado con una pasta que le gusta). La rata, en general, roye a su aire: no le hace mayor caso. Puede ser cómico de ver: por los esfuerzos inútiles del mirlo. Tiene su mérito en decir cómo los animales tienen otras maneras y que, en su delito, el mirlo tuvo también maneras que no debieron ser las suyas. Es bueno para lo que, haciendo su delito, hicieron algo de una bestialidad desconocida.

Puede ser uno rápido: rápido tajo de una espada que corta la cabeza de uno que quería pasarse mucho tiempo en el tormento, para ser muy valiente o probar algo. Es piadoso. Tiene su mérito en mostrar que la voluntad de uno no siempre es buena para uno. Es de concepto: ofrece un espectáculo muy poco. No se recomienda. Es bueno para los que, haciendo su delito, fueron más allá o más acá de lo que suponían.

Puede ser uno sin control: sin control, la lluvia que tiene que caer en un tachito donde

el mirlo mete la cabeza, su cara para arriba. Si llueve suficiente, se ahoga el mirlo. Si la lluvia para, para el tormento hasta que otra vez llueva. Puede durar días y días. Tiene su mérito en que llama a lo que no se sabe. Es de ponerse muy nervioso, esperanzarse, esperar que se acabe. Es bueno para los que, haciendo su delito, lo hicieron durante mucho tiempo.

Pueden ser muchos otros: cualquier otro, si es bueno. Cada cual puede emplearse solo o en sucesión o simultáneo, si el tormento es de contar la historia.

### Su Duración

En principio, depende de los tiempos de cada Padre y de las técnicas, lugares e instrumentos usados. Puede ir de lo más breve a lo más largo, sin sobrepasar en ningún caso los días de una estación.

### Su Público

El público, en principio, son todos los que quieren: puede haber, a veces, restricciones y obligaciones según cada tormento.

A veces la mano quiere que estén presentes los parientes del mirlo: no los puede obligar, pero sí sugerirles con vehemencia. La presencia de parientes puede modificar de forma interesante lo que va haciendo el mirlo: que quiera mostrarse más audaz, o más arrepentido, o más triste, o más lejano de sí mismo: despectivo. En general, ayudan a mejorar el espectáculo. También pueden formar parte del tormento, por ejemplo: la mano convoca a hombre o mujer que fornicaba mucho con el mirlo y lo pone a mamar su pistón propio —de la propia mano, si es un hombre. Es más bien grueso pero muy valiente: la mano está tomando un riesgo. El hombre o la mujer lo maman y el mirlo se retuerce del odio porque él o ella lo tiene ahí y no se lo corta, por ejemplo, con los dientes: se niega a acompañarlo. Si hombre o mujer lo corta con los dientes, tiene tormento a cargo de la mano cortado, y él recibe bienes y una casa y cierta admiración algunas veces.

También se puede convocar que esté presente una víctima, si quedó viva, para que su presencia modifique de forma interesante lo que va haciendo el mirlo: como arriba. Nunca, en cambio, parientes de la víctima si quedó muerta, porque lo hace muy personal y no se debe.

### Su Recompensa

Las recompensas de un tormento son distintas según: para el público, es el placer y aprender algo cada vez, si es bueno. Para la mano, la recompensa es más compleja: el público, al final, debe aplaudirlo o abuchearlo o tirarle con cosas o, incluso, callarse y no mirarlo, si es muy malo. Todos van a hablar de él y también, unas veces, algún traficante le puede regalar unos bienes, si le gustó mucho. Para el mirlo: haber servido con su cuerpo para algo.

## Sus Excluidos

No se puede dar tormento a consejeros, forasteros que hayan llegado traficando y a los que alguna vez fueron la mano. Como son bastantes, puede llegar alguno a mirlo: entonces, nada más puede hacerse el tormento él a sí mismo.»

Según parece, esta última reglamentación trajo problemas, porque no había nada que excitara más al pueblo de Calchaqui que ver a un ejecutor ejecutándose: era lo más estético, y llovían las denuncias contra ejecutores o «manos» (sobre el sistema de juicios y condenas, [ver nota 43, cap. 2](#)); es probable que esta última regla haya tenido que ser eliminada.

Es interesante comparar estas reglamentaciones con algunos de los tormentos citados por el viajero —¿italiano?— en la [nota 56 del capítulo 1](#). El **Programa**, en cualquier caso, define que los tormentos eran una mezcla, en proporciones variables, de pedagogía y hecho artístico. Su intención —según el **Programa**— es bastante didáctica. Pero el pueblo percibe mucho más —según el viajero— su aspecto estético: como siempre, el público sabe qué debe ver en una obra mucho mejor que sus autores. Oscar, en más de un pasaje, desprecia esa función. En una de sus biografías, citada en la **edición Thoucqueaux**, hace una larga tirada al respecto:

«Para ellos, muy pánfilos, es nada más un espectáculo: un modo de restregarse a lo bonito y excitarse. Van, también, porque creen que piensan y conjuran. Van a ver si anulan un futuro posible: qué van a hacer para no estar ahí, bajo el tormento, y a gozar porque no están ahí, bajo el tormento. Se alegran de mirar cómo hay otro que consume una parte tan fuerte de nuestra cuota de dolores. Todo con la justificación de los delitos.

El tormento se arruinó por eso. Un tormento con fondo de delito, que contesta a un delito, vulgar, en una plaza, es una chaucha: mímica y grititos. Pierde su sutileza. Hay que hacer grandes gestos, ampulosos, que se vean desde lejos. Se sabe de antemano que el mirlo va y se muere, digo: el mirlo tiene que morir, el tormento está hecho para eso. En el tormento para ver las cosas, cuando yo doy tormento, el mirlo nunca sabe si va a morir o no: mantiene la esperanza y dura en la pelea, y ahí puedo entender las cosas más candentes.

Es de aprender ahí: el objeto de un tormento nuestro, no de vulgos en la calle o la plaza, es que el mirlo nos reclame su muerte. Si está bien hecho, en algún punto, el mirlo va a reclamar su muerte. Placer de ver uno que la desea: tranquiliza. Se aprende tanto tanto. Y además, el mirlo clama, quiere muy fuerte algo y está dispuesto a dar a cambio. Ahí ya puedo preguntarle, mirarlo, aprender sobre las muertes de los hombres. El arte consiste en mantenerlo lo más lúcido que pueda, para verlo, para entender cosas, y en darle a cada cual lo que me va pidiendo.

O, más que nada: no tener excusas. No hacerlo porque tal hizo cual cosa, aquel la

cosa aquella. Entonces, más que arte es un negocio: le doy esto porque él hizo aquello. Un buen tormento tiene que estar lejos de cualquier venganza, precio o retribución: que el mirlo sea un desconocido, incluso un forastero, que sea bastante nadie. Que el tormento no deba su valor al contenido: que sea la manera de ir entendiendo, al menos, las preguntas. Cuando eso está bien hecho, cuando marcha, la desesperación del mirlo no es nada al lado de la mía, que busco y busco y busco.»

La tirada sigue, pero no vale la pena continuar la cita. Resulta evidente, en la reflexión de Oscar, la diferencia de esta práctica calchaqui con el bajo uso funcional de los que quieren obtener información —que no conocimiento. El tormento es injustificado en cualquier caso, pero es horrible cuando se usa para conseguir información, como en nuestros países. Supongo que la diferencia entre información y conocimiento no escapa a ningún lector.

En síntesis: me parece claro que lo más interesante del pasaje es que muestra la diferencia entre el uso vulgar y el uso aristocrático de ciertas actividades y costumbres de la Ciudad y las Tierras. <<

[33] **«podrían pensar... que el tiempo existe más allá de nosotros»:** va tiempo vulgar. Sus características. Descripción: la mezcla de progresión y retorno cíclico. Su uso. Sus conflictos con los tiempos de los soberanos. Su relación con el origen de la idea de repetición cíclica de la vida larga. Hay muchísima documentación. Ordenar. Discutir. <<



[34] «**Los vulgos y personas tienen el tiempo de los vulgos**»: sigue tiempo vulgar. Aquí Oscar sí confiesa su importancia: es como una mujer pudorosa que de pronto reconoce que está muy excitada. La aceptación es sorprendente. No creo que sea del todo verdadera. ¿Puede que el tiempo de Ramón sea una reacción contra la importancia del tiempo vulgar, y por eso su desmesura? ¿Puede que la decisión final de Oscar sea una confesión de su impotencia frente a un tiempo que rige casi todo, pese a la alharaca sobre los tiempos de los soberanos?

Citar la frase del 10, Osvaldo, en el momento de su muerte ([ver nota 27, cap. 2](#)), que parece decirlo con claridad: «El tiempo no es aquello donde pasan las cosas. Las cosas pasan en una copia del tiempo, un remedo vulgar. El tiempo no está para los hechos de los hombres.» <<

[35] «**mi Hijo... pueda creer que empieza algo**»: abundar sobre esta idea del sacrificio por el hijo, comparar con [nota 57, cap. 1](#). Puede ser la influencia de las ideas cristianas de Jushila, confusas: un padre —Jesús— que se hace matar —fracasa, y al fracasar triunfa— por el bien de sus hijos («Jushila le dice que el padre de todos ellos fracasó por voluntad propia para que ellos vivieran. Piensa: puedo. Piensa: podría. Se pregunta: si puede tener el hijo y fracasar para el hijo. Cree: como para desobligarlo», en [nota 57](#)). Más probable: el problema de Oscar es la obligación de competir con su padre —«el tiempo tan perfecto de mi padre Ramón»—; de superarlo o, al menos, estar a la altura. Puede tentarlo la idea de no hacer nada que su hijo tenga que superar. No condenar a su hijo a su mismo tormento. O sea, finalmente: no hacer nada y justificarlo por él. ¿Por qué? Los que piensan que nunca harán a los demás lo que les están haciendo a ellos, hasta que les llega el momento de hacerlo. Pero Oscar parece de verdad preocupado por el problema. ¿Esto justificaría su Declaración?

También el horror de criar al que lo entierra —crema—, criar a uno que tiene la obligación de superarlo y hacerlo olvidar. ¿Cómo se hace? Oscar dice —buscar la referencia— que «crecer un hijo es como modelar una estatua de barro que queda cada noche a la intemperie. La mañana, uno va a ver lo que quedó de las formas de ayer —pero lo mismo pasa con todo lo que uno puede hacer: el tiempo de la Ciudad y las Tierras».

(Retomar lo del amor tan asimétrico entre padre e hijo: «¿Los amores están tan condenados a ser cada vez menos recíprocos, menos simétricos, como el amor del padre por el hijo?», en [nota 57](#). Sorprendente que hable de «amor». Ver si hay otras referencias, creo que no. «Tan cada vez menos recíprocos, menos simétricos, dice, pregunta, como el amor del padre por el hijo y le preguntan, suave, sin palabras: —¿Existe otro? ¿Existe algún otro?», dice la misma nota, contestando.)

En síntesis: revisar la cuestión del hijo justificando el desastre. Pero no creo que esta sea una razón de peso para su decisión final: me extrañaría. Sí podría ser una excusa: fracaso para aliviar a mi hijo, justificación altruista para una decisión bien egoísta. Sopesar.

(Interesante esa idea de Montana sobre la sucesión de unos reyes de España, Fernando el Santo, Alfonso el Sabio, Sancho el Bravo. Santo-Sabio-Bravo: la línea descendente. ¿Todo linaje es degradación? ¿La trampa sería que se hace empezar el linaje en su punto más alto —el Santo, en este caso—, que es el que justifica la instalación —la consideración— de ese linaje?) <<

[36] «**reglas de cómo había que hacerlo**»: cuando el soberano 16, Rubén, definió que cada cual viviría en la Larga según había actuado en esta vida —y terminó, con esta medida, de apoderarse de la vida larga para convertirla en una forma de coerción y control social— circularon infinitas opiniones sobre qué momento de esta vida determinaba la siguiente. Una bandería (la de un Jacobo recogedor de hongos, ver cap. 4, pág. 841) proclamó que el momento decisivo era el de la muerte. Cundió el terror, y muchos habitantes de la Ciudad y las Tierras especulaban con espanto sobre cómo había que morir para que su Larga les fuera favorable. No sabemos si, en esta situación, hubo quienes retomaron algunos de los preceptos del *Libro de Morirse* que, como queda dicho, había sido abandonado tras la victoria de la Larga (ver [nota 52, cap. 2](#)). Que el *Libro* recuperara algo de su influencia gracias, precisamente, al movimiento que lo mandó al desván, sería más que curioso: una de las repetidas burlas de la historia. <<

[37] «**El ritmo en el Lugar es... cincuenta y cinco veces menos**»: el relato de Oscar no da datos sobre lo que pasaba al final de este largo tránsito por la vida larga. No creo que, con tantas ideas sobre el tiempo, fueran incapaces de imaginar el final de ese período, por más largo que fuera. Creo que más bien evitaban pensar en él, por miedo: imaginarlo habría implicado la necesidad de volver a empezar el movimiento, para conquistar, si acaso, una Larga infinita. Sospecho que el debate se evitaba por el temor a suponer ese doble final —el final de la vida larga a la que se accede tras el final de la vida terrena, brutal e innegociable— y porque, ya en esos momentos, el cuerpo social de Calchaqui carecía de la energía necesaria para intentar la conquista de una Larga infinita. Es curioso como, muchas veces, los pueblos tratan de no plantearse los problemas que no están en condiciones de resolver.

Una versión: un pequeño grupo —documentado en una biografía de tiempos del soberano 18, Jorge— que sostuvo que la vida larga se repite varias veces y que, al cabo de ellas, cuando cada acto ha dicho todo lo que debía y se hace perfecto, el muertito los recorre por última vez en sentido inverso hasta llegar al nacimiento, olvidando: es el momento en que el muertito vuelve al cuerpo de una madre y nace. No parece que esta idea haya terminado de imponerse. Conllevaba el terror y la extrañeza de pensar que todos los vivos ya habían sido, alguna vez, muertitos. No era fácil de soportar. <<

[38] **«Si la tuvieran, yo tendría que pararlos»:** otra vez, Oscar nos muestra la levedad de su entendimiento. Él mismo ha contado meticulosamente cómo empezó la revuelta por la Larga, con un grupo ínfimo de mujeres de baja condición lideradas por un marginado. Y, sin embargo, ahora se refiere a este nuevo grupo de revoltosos sin ninguna preocupación, sin pensar siquiera en aprender la lección de la historia y destruir el movimiento antes de que sea demasiado tarde. El pasaje, está claro, se refiere a un pequeño grupo de tradicionalistas que pedía la eliminación de la Larga. Cuentan que todo empezó por el dolor.

Conocemos la historia de un Jose, tallador de piedras. Un persona de familia muy arraigada que era dueño de muchas tierras en el sur, donde criaba animales para el consumo, pero que había elegido dedicarse, sin necesidad, a un trabajo manual. Jose tallaba con habilidad reconocida piedras pequeñas; con cinces y lupa esculpía en ellas figuras diminutas: cuises, cóndores, mujeres tremebundas, la cara del soberano, la cara de algún amigo íntimo, dos flores, los picos de las montañas del Oeste. Las tallas tenían una semejanza muy lejana con el original: el arte de Jose consistía en lograr que el parecido no viniera de la similitud exacta, sino de vagas sugerencias. Una de sus piedras representando, por ejemplo, un vicuña bramante, podía parecerle al profano una nube, la cara de un carancho, la forma de una palabra de su madre. Pero para el que estaba en el secreto, esa figura no podía ser sino el vicuña y, al verla, veía con precisión completa sus detalles. Jose se regodeaba, y decía que su arte era sólo para los que supieran entenderlo.

Al principio, sus tallas provocaron cierto rechazo: los pocos que las conocían las acusaban de soberbias. Después, por esas razones que nunca son muy claras, todos los exquisitos de una ciudad pródiga en exquisitos decidieron que si no tenían y entendían una talla se hacían despreciables. Por las piedras de Jose se pagaban fortunas, que él no recibía: solía regalar sus piedras y los privilegiados las vendían bajo cuerda, con temor, tratando de que él no se enterara y temiendo sus reacciones si lo hacía. Jose, en realidad, sabía, pero seguía disimulando: le divertía ese tráfico.

Jose dejó de disimular cuando empezó a enterarse de que sus tallas se habían convertido en una especie de amuleto. Supo que muchos imaginaban que esas piedras, capaces de mostrar lo que no representaban, tenían alguna propiedad mágica —la palabra «mágica» es un abuso en este contexto; los calchaquis no creían en ella ni practicaban actividades que pudiéramos llamar «mágicas»: mantenían, si acaso, una relación estrecha y atenta con la suerte, según se muestra en la [nota 8, cap. 3](#). Lo cierto es que muchos empezaron a usar las piedras de Jose como talismanes que debían ayudarlos en el tránsito hacia la Larga. Se las ataban al cuello y pedían a sus parientes que los quemaran sin falta con su piedra. Jose se indignó: redujo su

producción al mínimo, y decía a quien quisiera escucharlo —sus pocos amigos, su hijo, su hija— que esas piedras eran una minucia para la vida, para que sus dueños supieran que no siempre veían lo que creían ver; y que usarlas para la muerte era un sinsentido que se parecía demasiado al sinsentido en que había caído toda la Ciudad desde la Larga.

Jose era un espíritu calmo. Flaco, apagado, podría haberse pasado sus últimos años tallando pocas piedras, de no haber sido por la muerte de su hijo Javier. Su hijo Javier era un persona redomado: gordote, bien triangular sobre sus piernas, colérico, gritón. Jose lo atribuía a la influencia de su madre, que nunca le gustó, y buscaba, sin poder, cambiarle algunos rasgos. Javier no le hacía caso; cuando le tocó marchar hacia las llanuras del este para hacer su parte de la guerra, se lo veía pletórico. Lo trajeron de vuelta malherido, agonizando. Se murió a carcajadas, gritoneando, proclamando que por fin se iba a la Larga y que Larga tan buena casi nadie tendría. Jose no pudo soportarlo.

Se pasó unos días encerrado en su caserón del barrio de Personas, tallando una piedra mucho más grande que las otras que, decía, nadie nunca sabría cómo ver. Cuando la terminó, se puso su tela en bandolera, de izquierda a derecha, y caminó hasta el barrio del Mercado. Ahí fue donde dijo su primer —y último— discurso:

«Todo se nos derrumba, tirifilos, desde que nada más pensamos en la Larga. Antes teníamos nuestras muertes lo bastante: todo el tiempo de nuestras vidas las teníamos, y después nos moríamos para ser mejores: mejores, decíamos, al morirnos; después todos iguales. Entre nosotros, vulgos y personas, ser iguales: tan distintos de los salvajes y animales, que no conocen que al morir se mueren. Antes vivíamos como hombres y mujeres verdaderos: cada cual sabía que, cuando se moría, Calchaqui vivía más. Cada uno que se moría y al morir moría se quedaba en los otros, en Calchaqui: sabíamos ser mujeres y hombres verdaderos. Ahora Calchaqui se derrumba: somos iguales que los salvajes y animales, creemos que nunca vamos a morirnos, buscamos en la vida nada más lo que vamos a encontrar, creemos, en la Larga. Nos creemos iguales a Padres, por arriba, a salvajes y animales por abajo: una vergüenza. Bálsamo, cobardísimo escondrijo, una vergüenza. Calchaqui no se levanta si al morir no morimos. Dentro de poco, señores, tirifilos, vamos a empezar a morirnos para mostrarles bien lo que eso era.»

Los pocos que lo escucharon, esa tarde, en el mercado del Este, lo abuchearon y le tiraron fruta. Jose no se inmutó: se fue a su caserón, se encerró, destrozó todas sus piedras y se murió sin volver a salir, días más tarde, viejo pero no anciano, unos pocos meses antes de llegar al final de su edad, repitiendo como un poseso que se moría para siempre.

Sus seguidores aparecieron de a poco, y nadie les hacía mucho caso. Trataban de vivir y de morirse de acuerdo a sus convicciones, y aplicaban con cuidado los

preceptos del viejo *Libro de Morirse* (ver nota 52, cap. 2). Su prédica era de lo más impopular. En general, repetían el discurso de Jose en el mercado, y los resultados solían ser los mismos. Ellos se decían que no tenían por qué desesperar, que todo llegaría, pero desesperaban. Creían —comentaban fervientes entre ellos— que sólo la desaparición de la Larga permitiría que la Ciudad y las Tierras «se levantaran de su letargo y aplastaran de una vez por todas al tábano barbudo». No tenían grandes posibilidades de imponerse; sin embargo su prédica empezó a ser escuchada. No que muchos decidieran pelear para perder el privilegio de la Larga; pero, en el estado de disolución en que iba cayendo la Ciudad, se los oía y respetaba como una especie de conciencia moral, de defensores de las tradiciones que la habían hecho grande. Si Calchaqui hubiese seguido un tiempo más, quizás habrían terminado por imponer sus objetivos.

Oscar no fue capaz de verlo y por eso, según nos muestra su relato, los trató con desdén. O puede que no quisiera destruirlos. Quizá le gustaba la idea de que ganaran, dado el desprecio que siempre mostró por la Larga y el hecho de que este grupo se presentaba como defensor de las tradiciones de Calchaqui y sostenía que la Larga debía volver a ser un privilegio del soberano. Si fue así, sería otra prueba de su incapacidad: Oscar tenía que saber mejor que nadie que sólo la expectativa de la Larga —y el hecho de que él, como soberano, fuera su garante— le permitiría mantenerse en el trono.

Mucho más radical era otro grupo que actuaba en ese momento, y al que Oscar ni siquiera se refiere. Lo conocemos por una biografía incluida en la *edición Thoucqueaux*: es el grupo de los «unitarios», los que pedían la instauración de un tiempo único y constante, independiente de la voluntad de cada soberano. No sabemos casi nada de su origen y conformación; sí, que funcionaban en pequeñas unidades ultrasecretas —porque no había nada más disolvente, más enfrentado a las bases de la sociedad calchaqui que su prédica, y esto los obligaba a la clandestinidad absoluta. No sabemos si tuvieron —sospechamos que sí— algún contacto o conexión con los restos de los «escondidos» (ver cap. 2, pág. 278).

Sabemos que su reclamo de un tiempo único y constante no era tan ajeno a la realidad calchaqui como podría pensarse en primera instancia: el tiempo vulgar, que corría más allá o más acá de los tiempos decretados por cada soberano (ver notas 32 y 33, cap. 4) era de alguna forma eso. Pero la del tiempo vulgar era una existencia extraoficial, tolerada pero no reconocida, que permitía mantener las bases aparentes del poder de Palacio. Lo que pedían los unitarios era la renuncia completa de los soberanos a la potestad de intervenir sobre los tiempos de sus súbditos, es decir: la renuncia casi completa de los soberanos a su poder sobre sus súbditos.

Sabemos también que había entre los unitarios mentes terriblemente lúcidas: debieron ser ellas las que entendieron —y proclamaron, en panfletos difundidos con riesgo de

sus vidas— que el tiempo del soberano 15, Ernesto, era el verdadero tiempo de la Ciudad y las Tierras, el tiempo subterráneo que nunca dejaba de marchar, el tiempo que contenía a todos los demás, aunque nunca se dijera ni se aceptase: el tiempo de Ernesto pretendía que todo corría siempre hacia adelante y que toda meta no podía sino estar en el futuro; los unitarios decían que la sucesión de tiempos de Calchaqui era, globalmente, un tiempo donde todos siempre esperaban que, en el futuro, un cambio de tiempo arreglara sus vidas.

Por eso pedían que se instituyera para siempre un tiempo con muchas de las características del tiempo de Ernesto: quizás ese tiempo en sí no habría provocado grandes cambios; sí los habría producido el hecho de que los ciudadanos dejaran de depender de la única decisión significativa de su monarca. Habría sido, sin duda, el fin del sistema político de la Ciudad y las Tierras.

Da la sensación de que los unitarios eran demasiado lúcidos como para llevar adelante una acción sostenida. Es probable que su propia inteligencia los llevara a revisar críticamente cada uno de sus intentos, y a encontrarle a todos las fallas que nunca faltan: a paralizarlos. Sabemos —y es casi lo único que sabemos— que llegaron a redactar una historia («historia de lo que no es», [ver nota 16, cap. 4](#)) en la que describían cómo tendría que ser la vida bajo ese tiempo único y constante. En la **edición *Thoucqueaux*** se reproduce sólo un fragmento de ese escrito, acerca de la educación de los ciudadanos:

«Vulgo, persona, antiguo que se precie: todos juntos al campo, a conocer.

Se preparan temprano, cuando está despuntando la primera. Desperezan. Hurguetean sus lagañas. Se preguntan: ¿por qué salir al campo tan temprano? Uno dice que porque para conseguir la meta en el futuro es necesario que el futuro sea amplio: empezando temprano es más grande que nada. Otro, que el paso del tiempo se va a ver mejor cuanto más largo resulte el arco que se mira, y que mejor lo ven si empiezan desde el mero principio. Otro, que no tienen razón: que el tiempo empieza en cualquier parte y en todas partes le aparece el futuro, que sería lo mismo si salieran la cuarta: que pensar lo contrario sería como no creer que existe. Otro, que vaya y salga la cuarta, entonces, sabiendo que se queda solo. Y así otros y otros. Discuten, debaten: el llevador del grupo les explica que la razón está en una buena mezcla de mucho de lo que dijeron. Caminan mientras silban. Van hilaros. Los habitantes de las Tierras, al pasar, los saludan.

Llevan sus telas todas blancas, hechas de modo que van mejorando su docilidad y tersura con el tiempo: las llevan los hombres en la mano derecha, arrollada al sobaco izquierdo las mujeres. Caminan, se disfrutan, saludan. Son veinticinco: doce hombres, doce mujeres y el llevador, que es uno u otra.

Llegan al campo, cansados y contentos. Se hicieron muchas bromas caminando, hablaron. Cuando llegan, se paran y se sientan todos en el suelo: respiran el olor del



suelo fresco. Están contentos. El llevador les va a hacer una pregunta pero antes les pregunta por qué tantas preguntas. Lo miran; no espera la respuesta. Les dice: porque ahora podemos hacernos las preguntas y dudamos, porque tenemos el tiempo que tenemos. Festejan veinticuatro.

El llevador les pregunta si saben por qué les va a resultar buena enseñanza este día en el campo —y los otros días que vendrán, parecidos pero tan diferentes. Uno dice que porque van a estar en contacto con la tierra que es la madre del tiempo, no como antes esos Padres que decían que el tiempo era de ellos. Otro, que la madre del tiempo no es la tierra sino ellos, que pelearon para tener el mejor, y cuanto más adelante mejor todavía. Otro, que ni la tierra ni ellos, que eso es presunción pánfila, que el tiempo es así porque es así: que siempre fue, aunque nadie supiera salvo Ernesto y el bastardo y los muertitos de la Larga. El llevador del grupo les dice que se fueron un poco lejos de la pregunta y la repite: por qué les va a resultar buena enseñanza este día en el campo. Los veinticuatro entienden que se fueron un poco lejos y dice uno que porque en el campo sí que se ve cómo de lo que se siembra salen frutos: el futuro se ve llegando, claro, hecho zapallos. Festejan veinticuatro.

Uno se para, respira el olor de tierra fresca, mira a los demás con desafío y dice: tengo una pregunta. El llevador le dice que muy bien, que la pregunte, que para eso ahora tienen un tiempo que permite. Uno pregunta: que en el campo ¿cuándo, cómo se ve que ya llegó el futuro? Otro le dice que se ve cuando se hace fruto lo que antes sembraron. Uno le dice: ¿por qué fruto y no flor, porque el fruto se come? ¿Quién dice que comer es mejor que oler, que mirar, que disfrutar la forma? El otro le dice que nadie dice: que llega cuando se hace fruto porque ahí se termina esa planta, y otros se le ríen y le dicen que no, que la planta sigue y vuelve a pelarse, a tener hojas, flores, frutos, a pelarse otra vez. Uno le dice que también después se pudre el fruto: ¿entonces el futuro es la podrida, cuando del todo se completa? La discusión se encorquina: es bueno el tiempo que las permite tan adentro.

El llevador los deja discutir un rato más: es bueno que discutan, pero también es tiempo de empezar el trabajo. Grita, para pararlos: ahora estamos. Y les dice que algo empieza con la siembra y su futuro es el tallo, que ahí algo empieza y su futuro hojas, empieza algo y su futuro flores, empieza algo y su futuro frutos, empieza algo y su futuro la podrida y entonces también empieza algo con su futuro siempre allá. Todo es siempre el final y el principio, depende para quién y cómo: siempre se puede esperar algo, depende cuál y cuándo, y porque siempre se puede no necesitamos que ningún Padre venga a decirnos tiempos diferentes, les dice el llevador. Veinticuatro suspiran. Lo festejan, se paran, agarran sus enseres de trabajo.

Los hombres y mujeres trabajan un buen rato, cantando las canciones que aprendieron. Trabajan bien felices: acompañando al tiempo. Remueven, cavan, plantan. Siempre tienen el momento de hacerse una sonrisa, secar sudores en la frente

de al lado, decirse cortesías. Trabajan bien felices, acompañados por el tiempo. Después paran, cuando el sol está alto, para comerse algo. Comen lo que sembraron otros antes, los que antes cosecharon otros en un campo vecino: zapallos, repollitos, tomates tremebundos. Mientras comen no dejan de sonreír: siguen felices, bien en el tiempo, tan cerca de su tierra, sin Padres que decidan. El llevador no come: mientras comen, les dice que esa comida de materia hecha por otros sirve para mostrarles que el tiempo sigue aunque otros hayan estado en su principio. Que el tiempo no necesita nadie que lo haga: es más grande que nadie, sigue, empieza, culmina, sigue, empieza aunque los hombres y mujeres cambien. Que no tienen que preocuparse porque igual nunca van a llegar al futuro del futuro del futuro: que aunque no lleguen ellos, otros van a seguirlos, para llegar tampoco, para seguir andando.»

El fragmento sigue todavía unas páginas en este mismo tono. No vale la pena transcribir mucho más: el lector ya habrá entendido el tenor de la cuestión. <<

[39] «**no fuera por la Larga no irían a la guerra**»: la cuestión de la guerra contra los invasores (ver nota 5, cap. 4) se aclara y enriquece si se cruzan los datos que tenemos sobre ella con una fuente de primerísima importancia: las *Jornadas / o Conquista y Pacificación / de las Selvas del Tucumán*, de Diego del Castillo (1596-1658) que, a su vez, también se enriquece y aclara con el cruce.

La obra es clásica y de sobra conocida. El relato de las interminables tribulaciones de la hueste española que terminó conquistando los Valles Calchaquíes, el último territorio nacional en caer en sus manos. Su calidad e importancia no están en tela de juicio. Pero ahora, después de siglos de considerarla sin discusión como el primer gran poema enteramente argentino, se ha empezado a cuestionar la pertinencia de celebrar como poeta fundador a quien no hace más que ensalzar la matanza de sus primeros habitantes.

Discutir la cuestión. De todas formas, el poema da para entender mucho más sobre la guerra de «los barbudos». Y se entiende mejor con los datos de *La Historia* y documentos anexos de Thoucqueaux. Citar algunos fragmentos y ver cómo interactúan con la información que hay sobre la Ciudad y las Tierras. Empezar con el principio de las *Jornadas*, la geografía extrañamente feminizada (¿por traicionera?):

«Eran amables como si caricias  
de tierna dama que la frente seca;  
eran tan abundosas sus franquicias,  
tan deleitables eran, tan antecas,  
que más que tierras eran la delicia:  
un Edén, una Atlántida, una Meca.  
Así se veía el lar de estos salvajes,  
cuando nos engañaba con visajes.  
Pues no tenían sus valles y colinas,  
sus ríos y arroyuelos, sus montañas,  
más intención que darnos, con inquina,  
gato por liebre, tripa por entraña:  
era, apenas naciendo, la argentina  
forma de confundir veras y mañas:

se habían aliado tierra y habitantes  
en tendernos la trampa espeluznante.  
Marchábamos, felices, ignorando  
de aquel curaca la intención taimada,  
como quien marcha por el campo cuando  
de pronto en un recodo, entreverada,  
con harta flor encuentra, allí, reptando  
la sierpe de la fauce envenenada:  
así, sin más, cayónos la ponzoña  
de aquellos comedores de carroña.»

Ver por qué el poema insiste tanto en la inocencia de los conquistadores. No solía ser su postura, ni el tono de estos poemas épicos. ¿Están justificando algo? ¿Puede ser que realmente los hubieran llamado los consejeros de Calchaqui, o alguna fracción disidente? Aclarar que esta expedición no puede ser la primera, según las fuentes calchaquis. La guerra contra los barbudos duró mucho más. ¿Por qué Del Castillo no habla de las tentativas anteriores? ¿Para darse más importancia?

(Ver, con esta nueva luz, la famosa referencia a la «argentina forma» —de confundir las cosas—; cruzarla con del Barco Centenera y con los documentos apropiados sobre Calchaqui.)

«Íbamos campechanos pero enteros:  
sabedores que nuestro noble oficio  
requiere del cristiano los más fieros  
y los más generosos sacrificios;  
así, no hubo sorpresa sino mero  
afán de detener el estropicio:  
nos atacaban tantos, sin alerta,  
que media tropa al punto cayó muerta.»

De nuevo: esto es absolutamente inverosímil y además innecesario. Los españoles no necesitaban justificación para atacar a los indios: ¿por qué Del Castillo insiste en darla? Su poema es tan detallista y sus informaciones tan escasas. No nos informa casi nada. ¿Cuántos eran? ¿De dónde salieron? ¿Tenían autorización para conquistar

esas tierras? ¿Qué sabían de la Ciudad y los calchaquis? ¿Por qué no la habían ocupado hasta entonces? Mientras se pensó que era un relato semimítico, tanta duda no importaba. Ahora que sabemos que no, es necesario despejarlas.

«Era brutal y artera la emboscada;  
nunca se viera Marte en tal aprieto,  
el arte de la guerra, avasallada  
por salvajes desnudos y secretos,  
reclamaba venganza ensangrentada  
por semejante falta de respeto:  
duró sólo un momento el desconcierto;  
Villagra, el capitán, gritó: ¡Sois muertos!  
Volaban crueles traicioneras flechas,  
caían en torrente las macanas;  
de nuestro capitán, las voces hechas  
al combate surcaron las indianas  
filas, llevando el desconcierto: mechas  
de sus cabellos se agitaron vanas:  
habían chocado, estaban entendiendo,  
con el más duro escollo, el más tremendo.  
Belcebuces bramando, los horrendos  
paladines del mal, ya desbocados,  
se arrojaban en horda y el estruendo  
de sus gritos de perros alanceados  
eran de quien, feroz, al cielo hiriendo,  
lanza desde su Hades malos hados:  
Termópilas brotando, la batalla  
surgía de la tierra cual muralla.»

Es imposible: sabemos que el arte de la guerra calchaqui no era así. ¿Por qué un relato tan ajeno a la verdad histórica? ¿Sólo para darse coba? Comparar con otros

poemas épicos de la conquista. Además: ¿Del Castillo no corría el riesgo de que sus compañeros de expedición o incluso sus contemporáneos lo corrigieran y desacreditasen?

«Villagra aquí, Solórzano más lejos,  
Garzón de pie, yo mismo en un caballo,  
luchábamos; en medio del forcejo,  
clamaban los heridos por un rayo  
que les partiera el cuerpo desparejo  
por no perder su honor en un desmayo:  
principiaban los indios, aterrados,  
a ver con quién estaban enfrentados.  
Eran sus adversarios los gloriosos  
hombres de espada y Santa Cruz en mano:  
todos héroes, varones luminosos,  
bregando por su rey y soberano.  
Villagra ya ordenó, centauro brioso,  
el decisivo esfuerzo sobrehumano:  
seis paladines, en letal vanguardia,  
habían de deshacer su retaguardia.  
Garay se destacó y atacó el valle,  
con cinco más, ligeros como cabras:  
cogiendo a un enemigo por el talle  
danzó con él la danza más macabra;  
cosiólo a puñaladas y la calle,  
que dejó tras de sí fue una palabra  
de fe para los nuestros: lo siguieron  
todos a una, y todos invadieron.  
El campo de los brutos enemigos  
fue de pronto real de nuestra hueste;

la cólera de aquellos que consigo  
llevaban cual bandera la celeste  
ira de Dios, de pronto, en el castigo,  
tronó feroz, y el campo fue la agreste  
tumba de tanto bárbaro siniestro:  
la escuela de esas hordas sin maestro.»

Esto sí se acerca más a la verdad: los calchaquis desorientados ante una forma absolutamente brutal —y desconocida para ellos— de hacer la guerra. Es curioso cómo Del Castillo deja entrever ese desconcierto, aunque no lo explica con las razones adecuadas. ¿Podía entenderlas?

«Ya se tornan sus gritos en quejidos,  
bravatas en terror, saltos en nados.  
Unos vienen al suelo mal heridos,  
de los lomos al vientre atravesados;  
por medio de la frente otros hendidos,  
otros mueren con honra degollados.  
Un santiamén: ya sólo quedan muertos,  
y sangre donde nadan cuerpos yertos.  
Era dulce de ver tanta victoria,  
tanta felicidad en la arboleda.  
Nadan nuestros también, pero en la gloria  
de haber girado con valor la rueda:  
si hay valientes la historia es una noria  
dó lo de abajo siempre arriba queda.  
Antes fuimos perdidos, emboscados,  
y ahora yacían ellos destrozados.»

La conclusión es sangrienta, pero la escena es sólo la primera de una larga serie de batallas. Todas narradas con el mismo lujo de detalles. El tono de Del Castillo es sospechoso, poner en cuestión (españoles, el tono de quienes ignoran la duda). No

vale la pena citar más batallas: son todas parecidas. La sensación de que, tras esas descripciones homéricas, lo que se esconde son más bien escaramuzas sueltas, de muy pocos combatientes —seis atacan la retaguardia, por ejemplo. Lo interesante es retomar hacia los dos tercios del poema, cuando se narra la desazón de los españoles porque no encuentran más al enemigo. Le querían dar batalla pero no lo encontraban. Empezar con el famoso pasaje en que compara a los expedicionarios, buscando enemigos, con animales heráldicos:

«Garay es un león: para buscarlos  
recorre con denuedo la llanura.  
Solórzano, un halcón que, para otearlos,  
sube en un tris las ríspidas alturas.  
Garzón se vuelve can que quiere husmearlos  
en los aromas de las espesuras.  
Juan de Villagra, domador severo,  
manda a las fieras con talante fiero.  
La búsqueda es feroz: todos marchamos  
de una punta a otra punta de la tierra:  
huyeron los bribones como gamos,  
desdeñando las honras de la guerra  
y ya quedamos amos sin marchamos  
de este desierto, que un misterio encierra:  
los desaparecidos, preparando  
están a buen seguro algo nefando.  
Hay que hallarlos, la tropa desespera:  
debaten todos cómo darles caza.  
Un león quiere caerles con la mera  
potestad que da el peso de la raza,  
y destrozarlos con sus garras fieras,  
sin reparar en trampas ni añagazas.  
Villagra niega y Garay, despechado,  
huye con varios de sus entenados.



Halcón quiere lanzar expediciones  
y avanzadillas contra sus poblados:  
sus entrañas roer a picotones  
hasta que sin compás, desesperados,  
nos vengan a ofrecer sus rendiciones  
y queden a la cruz esclavizados.  
Villagra niega; Solórzano lo enfrenta  
y va a seguir la guerra por su cuenta.  
El can quiere ofrecerles una alianza,  
convencerlos de nuestra bonhomía  
y, con pasos de danza y contradanza  
y las lisonjas de su filosofía,  
ganarnos su amistad y su confianza,  
para después lanzarles la jauría.  
Villagra niega; Garzón, perro, se enfada  
y parte con lo peor de la mesnada.  
Villagra, el paladín, en su despecho,  
nos lleva por aquí y allá buscando;  
marchamos y marchamos duros trechos,  
cada vez menos, ya desesperando,  
custodiados por montes y barbechos,  
y el ojo del salvaje que, acechando,  
disimulado entre las espesuras,  
se regocija en nuestras desventuras.  
Eran de horror las noches y los días  
de ese vagar por años por las tierras;  
el día caminábamos, se hacía  
noche después, y sin poder dar guerra,  
pasaban otra noche y otro día,

y otro, y otra más; la vida encierra  
sorpresas crueles como crueles muecas:  
iban quedando, así, las nuestras, huecas.  
Pasaba el tiempo, nos hicimos viejos.  
Nuestras piernas, pesados los andares,  
olvidaron cómo llevarnos lejos:  
pasamos sed, sufrimos hambre a mares,  
nos mirábamos, torvo el entrecejo,  
sabiendo que, a pesar de los pesares,  
fuéramos más perdidos que perdidos  
si entre nos nos hubiésemos comido.»

La mejor parte de las *Jornadas*, pero es imposible citarla entera (unas 600 estrofas, que todo lector culto ya conoce). La guerra sigue por años, contra un enemigo que no se presenta a la batalla —también es raro. Ver qué pasaría con los calchaquis en todo este período, por qué no dan batalla. ¿Era la época del soberano 17, Raimundo? ¿Por qué los españoles no atacan la Ciudad? Probable que por falta de fuerzas —la tropa quedó muy chica con las deserciones de Garzón, Solórzano y Garay, narradas con ese lujo de metáforas. Seguramente por eso la Ciudad resistió tanto. Resumir: unos 20 años de tribulaciones de los españoles, interesantísimo: recorren el territorio como nómades, lanzan pequeñas tropelías (¿cuántos serán, 50, 60?). También debía haber ataques de las partidas de Garzón, Solórzano y Garay: pequeños grupos desperdigados que hostigan a los calchaquis. No hay guerra en regla. Los españoles van envejeciendo. De los primeros expedicionarios quedan muy pocos. Algunos de los nuevos son los hijos de los primeros con «naturales de la tierra», muy curioso ([ver nota 53, cap. 3](#), Francisco de Solórzano, autor de *La perdida perdida*, uno de estos criollos nacidos en medio del extravío de su padre). Una especie de pequeña sociedad móvil de guerreros desesperanzados. Hacia 1640 consiguen los refuerzos necesarios para intentar el golpe final. ¿Son suficientes? ¿O no, pero pueden aprovechar el caos en la Ciudad por la declaración de Oscar?

El poema, que es tan minucioso, no explica claro cómo ganan. Hay una batalla previa a la entrada a la ciudad, pero no parece de la envergadura suficiente para ganar la guerra. ¿Hubo algún arreglo? ¿La Ciudad se rindió sin pelear? La duda siempre planeó sobre la historia y ahora, con los datos que tenemos, podemos tratar de despejarla. Explicar *in extenso*.

«Valió la pena penar tantos años,  
sufrir con prez, temer sin cobardía,  
vivir toda una vida como antaño  
vivían los héroes de la caballería,  
sin más pendón que nuestros dos redaños,  
para poder, Señor, por fin, un día,  
derribar las murallas de la historia  
y entrar en la ciudad de la victoria.  
Empalidezca Brujas, ya Sevilla,  
teñida por la envidia se enrojece;  
Roma se admira y es la maravilla  
tan grande que Madrid se empequeñece;  
tiemble el Cuzco menor, ninguna villa  
se puede comparar, ni lo merece,  
a la que al fin tomamos, caballeros  
en seis zainos jamelgos y un overo.  
Era villa grandiosa: sus murallas  
quebraban de la tierra el horizonte,  
sus calles eran anchurosas rayas  
y eran sus casas orgullosos montes  
de ladrillos y piedras sin morralla.  
Digno del zar, del kan, de los arcontes,  
era el palacio de su soberano,  
gigantesco y divino: más que humano.»

Siempre se dijo que Del Castillo exageraba la grandeza de sus enemigos para aumentar la propia. Ahora sabemos (con nuestros descubrimientos) que, más bien, no la supo pintar como correspondía, fue modesto. Se tendieron su propia trampa: destruyeron la Ciudad con tanto ahínco que no dejaron nada que avalara la verdad de lo que contaban. ¿Por qué tanto?

«Entramos victoriosos; los salvajes,  
nos saludaban y adulaban tanto,  
con vítores, ardores y visajes,  
como quien saca en procesión al santo.  
Dulces fueron sus caras y lenguajes;  
quisieron esconder, bajo ese manto,  
la crueldad con que antaño nos herían,  
el pavor que de firme nos tenían.  
Decían algunos que era su alborozo,  
justo, porque su rey y soberano,  
sin coraje, sin honra, sin embozo,  
los había abandonado; en nuestras manos  
creyeron encontrar, y de ahí su gozo,  
tiempo mejor, gobierno más liviano.  
Algunos lo decían, no creímos  
en engaño tan bajo, en tanto timo.  
Parecían, Señor, regocijados,  
de caer en las manos enemigas;  
de sabios es saber ser desconfiados:  
evitamos sus trampas y fatigas.  
Nos mandó el capitán y, sin pecado,  
orando a Dios, cantando sus cantigas,  
valientes cual Sansón tumbando el templo,  
matamos a unos cuantos para ejemplo.»

Insistir: todo este pasaje siempre fue criticado como «uno de los excesos de imaginación a los que solía entregarse Diego del Castillo» (Pérez Bulni). Ahora sabemos de qué estaba hablando cuando decía lo de la entrega, y sabemos que no lo supo contar con precisión (quizá no supiera exactamente cuál había sido el pacto, si lo hubo, que debe haber hecho Villagra y que, sin duda, debe haber traicionado después). Cruzar con los datos de Thoucqueaux. Thoucqueaux no da datos fehacientes sobre el final de Calchaqui, pero del cruce entre *La Historia* y las

***Jornadas*** tiene que salir una idea mucho más clara. <<

[40] «**se le ocurren a cada para pasar su muerte**»: parece que con el entusiasmo de llegar al final de su *Histoire*, Thoucqueaux está lanzado y no para de meter interpolaciones. Esta es flagrante. Explicar por qué la saco. El estilo del fragmento no corresponde para nada al resto. Y lo que dice Oscar es inverosímil. Hay que ver si vale la pena incluirlo —si hay que ponerlo, meter los elementos suficientes para invalidarlo, por supuesto:

«Está claro que el suicidio no es uno que los hombres eligen: le va llegando lento, cuando los signos se le juntan. Esto sabían desde antes; el problema era que no era claro cómo llegaban signos, cuáles eran.

Nadie está libre seguro del suicidio. Es verdad que las vidas de muchos les hacen suponerlo: todo les sale bien, están contentos, gozan; nada más para que descubran, quizá, después, un día, que era ilusión y que su suicidio estaba listo desde siempre.

Mi padre Félix vivía aterrado con la idea de que le tocara. Era pánfilo: sabía que Padre no podía, que tenía un buen ejército, la Casa floreciente, todo andando, y seguía con su miedo de que estuviera decidido su suicidio. Mi padre Félix veía signos en los hechos más pavos, y consultaba cada vez a lectores de signos, que le daban las respuestas más raras: ninguna coincidía. En su terror, mi pobre padre llegó a disfrazarse de pastor, de traficante de perfumes o de soldado viejo para interrogar a los lectores sin que supieran con quién estaban hablando, y no trataran de tranquilizarlo con respuestas falsas.

—El aliento de loro del bahiri, que para usted no es nada, digo, casi nada, le sería fatal si fuera otro.

Le dijo más de una vez al soldado o al perfumista falsos algún lector, variando quizá lo sucedido, suplantando el aliento del pájaro por el llanto de una parturienta o una mueca desfavorable de la luna.

Harto de sus temores, incapaz de saber cuál era la lectura de los signos, temblando de preguntar si su suicidio estaba escrito, mi padre Félix se mató una noche sin estrellas. Excedido, ya sin fuerzas para ordenar sus últimos momentos, mi padre no dejó ninguna voluntad para su tránsito. Mi padre se fue a su muerte por camino tristón: otra vez disfrazado —algunos dicen que de pastor de vicuñas, otros, que de recaudador—, dejó la Casa aquella noche y caminó, después se supo, sin respiro por los caminos de la montaña hasta caer y morir, de frío o de cansancio.

En rigor, nadie podía asegurar que fuera su suicidio: mi padre Félix habría podido, si su muerte no le hubiera evitado el engorro de explicar sus últimos pasos, decir que su caminata tenía su fin preciso y que fue, en ella, vencido por los elementos.

Pocos días después, una patrulla de soldados se topó con el cuerpo. Estaba muy bonito, jacarandoso en la sonrisa, lo bastante conservado por el frío. Los soldados, primero, no se atrevieron a pensar que el cuerpo era de quien creían que era; al final, resignados, miedosos por su suerte, lo llevaron entre pieles a la Casa. Su hijo, mi padre Enrique, no supo qué hacer frente a lo que pudo ser suicidio y, huérfanos de instrucciones, quemaron el cuerpo con apuro, con vergüenza casi. Tiempo después, cuando mi padre Enrique revisaba cosas de mi padre Félix, encontró un paquete de papeles fechados un día antes de dejar la Casa. Ahí estaban, precisos, todos los detalles del código sobre los signos del suicidio. En el Código se establecía con cuidado el camino: el hombre o la mujer que recibiera el quinto signo estaba obligado a suicidarse en el plazo de una estación. Para evitar las confusiones que corroyeron su vida, mi padre determinó la lista de las señales que podían ser signos.

Para que nadie se equivocara interpretando, mi padre Enrique publicó la lista y ordenó la formación de un colegio de lectores autorizados por la Casa: ninguno que no fuera de ellos podía decir que una señal cualquiera sería un signo. Además, nadie podía consultar más de una vez al mismo lector, para evitar que el consultado supiera cuántos signos había recibido el consultante y le influyera la lectura. Mi padre Félix dejó escrito que a los suicidas caprichosos, que cometieran uno sin haber recibido cinco signos, los quemaban junto con su casa. Mi padre también dijo que tenía que haber un persona que no supiera nadie, que nada más le respondiera a Padre, para contar los signos que cada hombre recibiera y, más que nada, para hacerlos cumplir.»

Como se ve, todo es inverosímil. Un soberano no se suicida, y si lo hubiese hecho nadie lo diría. Además no hay ningún otro dato sobre el suicidio en Calchaqui. Con tanta discusión sobre muertes bellas y vida larga, si había suicidio tendría que haber aparecido en algún otro lado. También: esa idea de destino —el suicidio está escrito desde antes y se manifiesta por signos— no tiene nada que ver con ninguna de las bases ideológicas de la Ciudad —donde nada está escrito de antemano. Este dice que el suicidio sí. ¿Dónde está escrito? ¿Quién lo escribe? ¿Quién produce los signos? No tiene sentido. (Sospecho que Thoucqueaux puede haber tomado su historia del suicidio por signos de lo que se decía en Calchaqui sobre el éxito —ver, comparar.)

Cualquiera diría que a último momento a Thoucqueaux se le ocurrió una idea para ayudar a Oscar a justificarse. Es increíble. Como si, con este cuento del suicidio y de un supuesto destino, quisiera darle excusas posibles: que pueda decir —o sugerir— que su sociedad está por suicidarse porque recibió los signos, y que si se suicida no es culpa de nadie sino que estaba escrito, y que él sólo sería la mano ejecutora. Es ridículo. El pobre Oscar hace esfuerzos terribles —comete errores terribles— para mostrar que es capaz de decidir algo, y Thoucqueaux trata de hacerle decir que no es responsable de nada. Si Oscar de verdad hubiera escrito este pasaje, nada tendría sentido. <<

[41] «**Entonces Joaquín... va a caminar hacia mí**»: en verdad no se entiende cómo pudo haber llegado a manos de Alphonse des Thoucqueaux este informe en que el consejero de la Casa Joaquín comunica a sus colegas (y cómplices en una conspiración más o menos confusa, [ver nota 9, cap. 4](#)) algunas de las características del heredero Oscar, que podrían servirles para imponerle su voluntad acerca del tiempo que debe declarar. El documento debió ser ultrasecreto: está claro que si, en ese momento, alguien lo leía, el consejero Joaquín —y los demás consejeros— estaban condenados. Y, sin embargo, está entre los escritos que el caballero nos ofrece en su *edición*. La única posibilidad que se me ocurre es que, de alguna manera poco clara, Jushila haya podido leerlo y copiarlo y que, después, se lo haya llevado junto con el dictado de Oscar. Pero Jushila no tenía por qué acceder a él; si lo hizo, esto podría significar que formaba parte de la conspiración, en cuyo caso todo se complica: ¿cómo podemos confiar en su transcripción de las memorias de Oscar, si suponemos que estaba complotado para destruirlo?

Pese a las dudas que despierta, el documento es de un interés descollante. Su estilo tampoco es muy convincente: se aleja demasiado del habla calchaqui del momento. Podemos suponer que Joaquín se lo dictó a un escribiente de confianza o, dado el gran secreto de la cuestión, a su consejero menor, y que lo que ha llegado hasta nosotros es la transcripción que Jushila hizo de memoria, o lo que pudo copiar en condiciones muy difíciles:

«No podemos obligarlo a decir nada que no quiera. Puede que podamos, si podemos, impedir que diga algo que después querría no haber dicho: hasta ahí llegamos. Dicen, nos dicen, que está pensando dar, en vez de tiempo, alguna religión. No entiendo bien por qué podría.

Oscar es débil: nadie puede, con tanta fuerza como tiene, ser sí mismo fuerte. Quien tiene tanta fuerza descansa en esa fuerza: en ella se confía, y queda débil. Basta con ver la forma en que nos mira: siempre con sus ojos tirando a bien cerrados, defensores, como si mucho le asustara pensar que se le puede colar algo sin querer. Basta con ver la forma en que nos habla: siempre como si nunca nos dijera palabras que no hubiese pensado, escuchado, interrogado con sospecha antes. Sus palabras le salen como si él, más bien, se las guardara. Basta con escuchar el tono en que las dice: esos intentos de hacerlas graves para disimular que tiene, bien aguda, su decidida voz de Padre. Queda débil: si no fuera, no tendría que disimular que no parece.

Queda débil: basta con ver cómo trata a ese barbudo, Jushila, cómo sigue escuchándolo. Uno que está contando días y horas para ser nuestro Padre no puede dejar que un forastero con su barba le recite consejos y monsergas. Yo le dije, más de



una vez le dije, que nada más iba a ser Padre verdadero si lo mataba con sus manos; cada vez, él me mira y se ríe. Queda débil: basta con ver la forma en que se ríe, muy quedo, encerrando la cara entre las manos, cuando quiere mostrar desprecio y muestra, más que nada, miedo. Queda débil: basta con ver cómo grita a su madre, como si fuera necesario mostrarle a alguien que puede. Todos pueden, no tiene ningún mérito, y él lo hace y mira alrededor, como quien quiere ver si alguien lo mira.

Queda débil: yo sé cómo fue que se volvió de la caza de la aceptación con un compañero herido en una pierna. Ni muerto ni boqueando: herido en la nalga derecha como de un cuchillo muy filoso pero mal usado. Queda débil: yo sé cómo volvió de esa salida que quiso ser secreta, con un soldado Javier, a ver las calles del mercado. Aterrado, volvió, hosco, contrito, mirando a los costados: preguntándole a su madre si era cierto que todos esos iban a hacer alguna vez lo que él dijera, que iban a ser según quisiera él. Queda débil: yo me acuerdo de todo, lo tengo bien escrito. Yo podría decirlo, y él lo sabe.

Queda débil: basta con ver cómo se pone altivo cada vez que me ve, como si tuviera que mostrarme que puede hacer conmigo lo que quiere. Puede, estos días, hasta que dé su tiempo. Después ya no: es débil, y aunque no lo fuera tampoco podría mucho.

Débil, es tanto más peligro. Débil, va a imaginar muchas maneras de defensa. Puede que sea él mismo, a propósito él mismo, el que quiso que creyéramos que pensaba en una religión: es tan descabellado que es fácil de creerlo. Quizá queriendo lo mandó a Jushila a que me diga lo de la religión: para engañarnos. O que no lo mandó, pero le hizo creer a Jushila que era cierto, pensando que después Jushila me contaba: también para engañarnos, para ganar el tiempo que necesita para declarar su tiempo, el que en verdad él quiere. No lo descarto: todo es posible con tal débil. Me preocupa: si en verdad hizo esto, es que su declaración del tiempo, que quiere proteger con tantas trolas, es de fuerte peligro. Importa, entonces, suponer cuál puede ser el tiempo.

Seguro no es el mismo de su padre: si repitiera no haría todo esto. Puede ser que lo tiene alguno parecido al que hizo padre Ernesto, como un río: ese tiempo siempre parece interesante y tienta a algunos. Si quisiera hacer ese sería normal que se escondiera, visto lo mal que le salió esa vez al pánfilo de Ernesto, pero en verdad no creo. Una vez me dijo que la noche le gustaba porque había tantos que de noche dormían, que nada más algunos, los mejores, seguían viviendo por la noche. Si hiciera un tiempo que corre nada más de noche, la Ciudad tendría que vivir cambiada y sería lo bastante tremebundo, pero en verdad no creo. O puede que quiera un tiempo de lo más elegante, hecho para asustar a los incautos, que le gustaría a padre Raimundo, que él admira tanto: que declarara por ejemplo un tiempo que corre nada más si está vacío: si nada lo detiene. Un tiempo donde todos tendrían que dedicarse con el mejor esmero a evitar los sucesos, porque cualquiera que pasara lo desarmaría.

La Ciudad, con ese, se embarraría en lo perfecto: todos tendríamos que dedicarnos a la quietud más absoluta, y nada más se perdería ni sería.

Puede, si no, que de débil quiera hacernos un tiempo para mostrarnos cómo es importante: un tiempo que ni siquiera puede imaginar nadie, artero por lo complicado, hecho de muchos ritmos diferentes, que nadie entienda para que él se crea que entonces todos van a decir rebrincos, qué astuto padre Oscar, con semejante tiempo, y la Ciudad se embarraría de confusa. O que de débil quiera ponerse fuerte y darnos un tiempo desdeñoso, hecho de muy pocas palabras, sin casi explicaciones, como quien dice a mí qué zápiros me importa, yo les digo estas dos o tres cosas y ustedes se las arreglen como puedan, y la Ciudad se embarraría en su ignorancia: todos buscando cómo usar ese tiempo tan secreto. O que al revés, de puro débil, diga les voy a mostrar que el que es fuerte no necesita usar su fuerza, y se le ocurra un tiempo parecido al de vulgos, para el placer de vulgos, como quien concede: todo volviendo siempre cada vez que le toca, bien banal, lo bastante pánfilo, y la Ciudad se embarraría en el desorientado: porque tener un tiempo así es como si no hubiera Padre para dar un tiempo. A todos estos, y alguno más que no imagino, tenemos que oponernos: si fueran, sería muy seguro nuestra ruina.

A menos que en verdad se le haya ocurrido repetir el tiempo tan magnífico de su padre Ramón y, sabiendo que se entrega, quiera asustarnos un poco en estos días, antes, para jugar al menos algo con su fuerza.

Puede. Pero si quiere declarar cualquiera de esos tiempos intratables, seguro que querría defenderse con engaños hasta el momento en que ya lo haya dicho y entonces nadie pueda discutirlo.

Pero también eso es de débil. Lo que no sabe, por lo débil, es que no tenemos casi forma de impedir que declare su tiempo, lo que quiera. ¿Cómo podríamos, qué haríamos para impedirle uno? Nada, poca cosa. Hablarle no, porque no nos escucha. Amenazarlo no, porque podría vengarse fácil. Obligarlo no, porque no tenemos con qué amenazarlo para que nos acepte la amenaza. Podemos hacer nada, poca cosa. A menos que su tiempo fuese, de verdad, tremendo. Aunque quizá sí sabe, por lo débil, que tenemos al final un recurso. Sabe que si su tiempo es de verdad tremendo, tenemos que tratar de impedirlo como sea: acabándolo. Por eso me preocupa: si lo esconde tanto, puede ser porque sabe que si lo sabemos hacemos lo que sea para que no lo diga.

Puede que sea: tenemos que averiguarlo en estas horas, y hacer lo que se deba. Pero también puede que no se esté escondiendo: que haya dicho lo de la religión porque de verdad cree que puede hacer eso, o porque está dudando, y no sabe. Podría ser muy bien que estuviera dudando todavía.

Si está dudando tenemos que esperar, y estar alertas. Si no, si quiere darnos una religión, sería terrible. Lo sabemos: con una religión, él ya no sería el garante de la

Larga; sin la Larga, los vulgos y personas harían cualquier revuelta para reponerla. Es terrible: Oscar, un Padre, es nada y poco: garante de la Larga. Estupidez del consejero de la Guerra Jaime, astucia de padre Rubén, el chiquitito: se dejaron convencer por el bastardo Juanca, y ahora los vulgos y personas creen que sin Padre no hay Larga. Estupidez de Jaime: estaba, en esos días, disolviéndose la fuerza de los Padres. Ya no servían para casi nada, y hubiera sido fácil despojarlos de lo último: el tiempo. Y entonces, que ya estaban poco menos que afuera, los salvó la Larga. Estupidez de Jaime: si no hubiera aceptado las carantoñas del bastardo, Padres ya no habría para nada, y podríamos nosotros gobernar con bien y honras la Ciudad y las Tierras. Astucia de Rubén, el chiquitito: al aceptar lo del bastardo, se volvió necesario, se salvó, y a todos sus descendientes mucho tiempo. Execración a Jaime.

Pero ya quedó hecho, hace padres y padres: ahora hay que adaptarse. Oscar va a ser garante de la Larga. Tiene que serlo, para que la Ciudad no caiga. Si da una religión, se viene la revuelta: tenemos que impedirlo como sea.

Sería terrible. Por ahora, para irlo amarrando, voy a pedirle que termine con la agonía de su padre. Quizá lo haga, creyendo que se hace. Si lo hace, se va a quedar en mis manos un poquito...»

Hasta aquí llega el documento. No parece estar completo: es probable que Jushila no haya podido copiarlo entero. Hay muchos detalles que no resultan verosímiles. La recomendación que Joaquín le habría hecho a Oscar de matar a Jushila, por ejemplo, puede ser una interpolación del fraile para mostrar a sus paisanos —que tenían que volver a aceptarlo, ver capítulo 5— lo peligroso de su vida entre los salvajes. Pero la frase anterior, que asegura que Jushila le daba a Oscar «consejos y monsergas», contradice todo lo que Jushila contará sobre su situación en esos días: le da un lugar de importancia, en contradicción con su supuesta servidumbre, y destruye su mejor coartada. Por otro lado, Jushila, en su relato (cap. 5), no dice en ningún momento que haya hablado con el consejero Joaquín y, menos todavía, que le haya contado nada sobre el supuesto proyecto de Oscar de declarar una religión. Es difícil saber, en estas circunstancias, cuál de los dos, Jushila o Joaquín, está mintiendo. <<

[42] «**hombres y mujeres, personas y vulgos esperando**»: sobre esos vulgos y personas, hombres y mujeres —y, en menor medida, sobre sus expectativas— tenemos un documento fascinante: el fragmento de un censo de la Ciudad, realizado hacia el final de los días del soberano 20, Ramón, el padre de Oscar. Estos censos, como se ve por el estilo, se encargaban a biógrafas desocupadas, que en esos tiempos abundaban: a esa altura ya eran demasiadas y no conseguían vivir de su oficio ([ver nota 44](#), cuadro de situación), por lo cual se dedicaban a otras ocupaciones, como el levantamiento de censos. Es, para nosotros, una suerte. (El pasaje que reproducimos corresponde a una cuadra, a modo de ejemplo. Tal como ya hicimos en otros documentos, traducimos en este las edades de estaciones a años, para facilitar su comprensión.)

«Barrio del Mercado. Tercera calle que corta la avenida de la puerta del Este, contando a partir de la muralla; tramo entre la tercera y la cuarta calle que llega a la muralla, contando a partir de la avenida de la puerta del Este.

La calle es casi recta: nada más al final se tuerce a la derecha, suave. Su empedrado está bien, con agujeros escasos. Desde la tercera calle hasta la cuarta calle mide unos 150 largos de largo; de ancho, entre 15 y 20, según partes. Está iluminada por tres faroles, en sus dos esquinas y en el medio. Suele ser animada: muchos vecinos se pasan en la calle buena parte del día.

Lado Oeste:

La primera casa de la calle está pintada de ocre claro y chillón, como las casas del barrio fino. Tiene un solo piso, una puerta de una sola hoja y una ventana alta, rectangular, chiquita.

En la primera casa vive un Jaime, tintorero de telas, 30 años. Este Jaime es hijo de un persona que murió en una caravana, quizá por emboscada de barbudos, cuando Jaime era chico sin aceptar, y lo dejó con pocos bienes. Tuvo que aprender el oficio con unos parientes de su madre: lo ejerce bien, pero suele teñir sus telas de colores esperpentos, para marcar su diferencia. A muchos no les gusta. Este Jaime se cree que se merece, por su origen, una vida distinta. Tampoco tiene cuerpo de persona: es flaco y camina casi de puntillas. Parece como si renqueara algo de su pierna izquierda; este Jaime dice que no, que es su forma de andar y que son mentiras de los que lo envidian. Una Sara, de la quinta casa lado oeste, dice que es una herida de la guerra y que Jaime no quiere decir porque le da vergüenza o para que no lo burlen los demás. No tiene hijos: dice que está esperando, para tenerlos, a restablecer su posición. Vive con su madre, una Nora, cocinera fina, 47 años. Esta Nora no ejerce su trabajo. Es una vieja —aunque no anciana— con cara de nenita: se sabe que son muypreciadas

las viejas cara de nenita porque al verlas se ve que algo les funciona cambiado y que, por eso, deben fornicar raro: interesante. Esta Nora tiene muchos encuentros con hombres —sobre todo— y mujeres de su calle: es elemento de perturbación y la casa suele estar concurrida. Jaime se enorgullece y dice que eso también demuestra que él debe ser distinto. Dice que si el tiempo de Oscar es lo bastante bueno, puede que él consiga armar caravanas y vuelva a ser lo que debía. El tiempo, dice, para eso, tendría que contener con holgura una guerra, que limpie los caminos: quizá, dice, parecido al de Ernesto. Espera mucho el tiempo del que viene. Pero no es que quiera, dice, que se muera Padre.

Su casa huele muy fuerte, por las materias con que tiñe. Algunos vecinos se le quejan. Él les promete que quizá se arregle y que está buscando con un Jacobo —de la tercera casa, lado este— la forma de unas tinturas con perfumes de invento. No es probable. Vecinos también se quejan porque los que vienen a comprarles telas suelen ser cantantes de tugurio y vulgos poco claros; él se sorprende, también, de que le compren sobre todo esos.

Su casa tiene dos piezas: en la de atrás duerme su madre. En la de adelante duerme él y tiene sus tinturas; en la de adelante, en la pared que enfrenta la puerta de la calle, tiene su lujo, un fresco: él mismo, este Jaime, pintado gordo y majestuoso, sobre un vicuña verdadero, encabezando una caravana de mecánicas cargadas en un paisaje de cardones que parece del Norte.

La segunda casa de la calle es de tamaño medio y tiene su frente despintado, con jirones de colores nadita. Tiene una puerta de dos hojas, ancha; no tiene ventanas. Tiene un piso.

En la segunda casa vive una Esther, médica, 28 años. Esta Esther cura más que nada golpes y lesiones; dice que contra el adversario se puede tanto menos. Dice que otros lo hacen, pero es engaño más que nada. Para los golpes y lesiones aplica ungüentos, que compone ella misma. Su trabajo aumentó mucho con la guerra: no atiende soldados, porque para eso están los especiales, pero dice que desde que la guerra se volvió importante, los chicos juegan mucho a ella y se lastiman más, o se golpean. Dice que sabe que cuando se acabe la guerra va a tener menos bienes, pero que igual prefiere. Sus vecinos no le creen del todo. Todavía ahora, con la guerra, hay días en que no viene nadie a que lo cure, y come nada más un choclo a medias con su hijo. Esta Esther sufre lo que muchos médicos: sus vecinos la odian lo bastante porque saben que si la necesitan es por una desgracia. No le hablan mucho, y nunca le regalan frutas. Sí le contestan el saludo.

Esta Esther tiene un hijo, un Jose, de 9 años; también tiene una hija, una Sara, de 4 años, que vive, como corresponde, con su padre. El padre, un Jacobo, vive en una calle del otro lado de la avenida de la puerta del Este: es empleado de un maquinista y demasiado vulgo. El padre de esta Esther vivía con ella y se murió en estos días, a los

57, de su propia muerte; era un médico. Esta Esther besa y mimosa a su hijo mucho, pero a él le da vergüenza y se le escapa; a veces, cuando no quiere líos, la deja toquetearlo mientras mira al cielo como quien se lamenta. Le da vergüenza porque su madre es una médica. Ella dice que entonces no va a hacer más nada, porque hace todo lo que hace para él, y si él no lo aprecia entonces para qué. Otras se pone rencorosa y dice que a ver quién le va a dar de comer a ese mocoso presumido. Esta Esther se queja de que los olores de las tinturas se le mezclan un poco en sus ungüentos y se pelea con su vecino Jaime, pero le gustan las telas que hace él. Se le ve mucho con un Javier de la quinta casa lado este.

La tercera casa de la calle no está pegada a las de los costados: tiene a cada lado un cantero con arbustos de hojas. Es coqueta. Tiene dos pisos, y está pintada en dos colores: abajo un verde muy oscuro, arriba ocre clarísimo, arenita. Entre los dos pisos, una guarda con dibujos de cabezas de animales: vistas de nuca, como si miraran para adentro. Es muy ancha; su puerta es muy ancha y tiene cuatro ventanas, dos arriba y dos abajo. Está recién hecha: es la más nueva de la calle, y tiene farol propio.

En la tercera casa vive un Jose, recolector de la basura, 44 años. Su padre y el padre de su padre también fueron recolectores: la Casa les dio el premio de serlo, por servicios, y tienen para ellos la basura de varias calles de ese barrio: son afortunados. Este Jose podría vivir en el barrio fino, pero prefiere quedarse en su barrio: le gusta, y además está más cerca de su lugar de la basura. Tiene 5 o 6 que trabajan para él, juntando y separando; él después vende lo que sale. Es muy trabajador: sus vecinos lo respetan, y a veces lo temen, porque es muy de pelearse. Está tratando de convencer a sus vecinos de que quieran un tiempo como el de padre Mario, o parecido, de las Causas y Efectos, porque dice que entonces todo estaba ordenado. Dice que si muchos lo quieren, quizás Oscar se entere y se decida por ese. Los demás no le dicen nada, por el miedo, pero creen que es tontería, o que es soberbia. Creen que la Casa puede castigarlos, pero también creen que si este Jose les propone, quizá tenga razón, porque casi siempre le salen bien las cosas. Un Jaime de la cuarta casa lado este, por ejemplo, le dijo que lo iba a querer, para que lo dejara tranquilo, y este Jose le hace regalos. Sobre todo, quiere convencer a una Sara de la quinta casa, que siempre le sonrío y no le dice nada.

Este Jose vive con su hija Ana, de 16, embarazada. El padre del embarazo de esta Ana se murió en la guerra, hace bien poco, y a este Jose no le pareció mal, porque era un pretencioso que se fue a la guerra a hacer carrera. Esta Ana, en cambio, está desconsolada, porque si le sale hija va a tener que entregarla a los padres del soldadito y no le gusta. Esta Ana fue a ver a una Esther, una médica, su vecina de la segunda casa lado oeste, para ver si podía abortarla, pero ella no quiso: le dijo que no se pueden abortar hijos de un muerto. Esta Ana no sabía. Ana es muy nena y juega siempre con una Ana de la tercera casa lado oeste, 11 años: bailan en la calle y a los

demás les gusta verlas. La casa de este Jose está repleta de adornos y motivos: en el piso de abajo juntan la basura. En el piso de arriba hay cinco habitaciones grandes, y en cada una hay cortinas sobre las paredes, de colores, luz de gas y, en la más grande, la de este Jose, su máquina de música. A veces, este Jose invita a los vecinos a escuchar canciones. Todos van, pero después se quejan del maltrato: este Jose les dice siempre que si son ordenados y trabajan quizás un día ellos también puedan tener su máquina. También los invita a jugar a las adivinanzas, pero apuesta tanto que nadie puede seguirlo, salvo un Javier de la quinta casa lado este, a veces. Muchos lo envidian, aunque dicen que si sigue viviendo como si no tuviera su muerte en la cabeza va a terminar mal.

La cuarta casa de la calle está toda pintada muy oscura: queda como un agujero. Es angosta. Tiene una ventana chica y baja y una puerta común.

En la cuarta casa vive un Joaquín, hijo de un contador de bienes de la Casa, 24 años. Se prepara, porque quiere reemplazar a su padre cuando se muera; por el momento, todo el día practica. Cuenta, anota, suma, resta, cuenta muchas veces. No hace más nada; dice que cuando esté en su trabajo ya va a tener tiempo para las otras cosas. Una Nora de la primera casa lado oeste, vieja con su cara de nena, dice que nunca hizo un fornicio: puede ser. Otros dicen que lo dice porque ella lo estuvo buscando y él no quiso. Muchos ratos, este Joaquín se aburre y mira por su ventana; sabe todo lo que pasa en la calle. Su casa es chica, de una sola habitación y con esa ventana: cuando sea contador de bienes va a vivir en la Casa, así que no le importa. Este Joaquín es muy flaco y eso le preocupa: cree que puede ser un punto en contra en el examen para entrar a la Casa. Casi todo el tiempo come, para remediarlo, pero no engorda; gasta todo en comida. Tiene muy pocos bienes, pero nunca pide. Cuando lo ven salir a la calle, sus vecinos se cuidan de lo que dicen y tratan de pararse derechos. Cuando no lo ven se cuidan menos; saben que los va a mirar por la ventana, pero siempre se olvidan. La última estación, a este Joaquín se le ocurrió que podía denunciar a un Jose, recolector, de la tercera casa lado oeste, a la Casa por lo que iba diciendo sobre el tiempo, y así ganaba para su carrera. Pero no sabía muy bien de qué lo iba a denunciar. Sigue buscando.

A este Joaquín no le importa qué tiempo decida Oscar: dice que cualquiera que sea va a estar bien, por ser la decisión del que tiene que hacerlo, y que él no tiene por qué andar opinando. Este Joaquín piensa que cuando esté de contador de bienes de la Casa a veces va a salir, con su tela atada a la cabeza, de la Casa y va a venir a dar una vuelta por la calle; todos los demás van a ser iguales a lo que son ahora, menos él. Entonces le van a pedir favores y él, incluso, les va a hacer algunos, para mostrarles que él no es de guardarse los rencores.

La quinta casa de la calle está pintada de tres colores vivos —ocre amarillo, verde loro, celestón— en tres franjas anchas verticales: se muestra muy alegre. Tiene su

puerta en un costado, con la madera bien labrada. Tiene dos ventanas. Tiene un solo piso, pero está rematada con cubos de piedra repulida como adorno.

En la quinta casa vive una Sara, que no es la dueña de la casa, 24 años. La casa es de un Jaime, dueño de una plantación grande de higos chumbos en el Norte, 39 años, que la tiene solo. Este Jaime no está nunca, porque se ocupa de su plantación, y le deja su casa a esta Sara. Cuando él viene, esta Sara se queda una noche o dos y después desaparece hasta que él vuelve a irse. Nadie sabe adónde va cuando desaparece.

Esta Sara es bastante portentosa: las piernas cortas y rechonchas, bien triangulares, y el torso flaco con las mamas muy largas. Los vecinos suelen decir que es demasiado portentosa. Tiene dos nenas, de 1 año y 4 años, que están con ella porque no hay un padre. Es posible que este Jaime sea el padre, pero dice que no, y que si lo fuera no querría saberlo: que un padre es otra cosa. Esta Sara quiso ser biógrafa; estaba aprendiendo cuando conoció a este Jaime y dejó de aprender; él le dijo que no se preocupara por las vidas de otros si podía hacer ella una vida tan buena; ahora, ella le dice a una Esther, de la segunda casa lado este, su amiga, que se arrepiente tanto. Porque tenía la vocación, esta Sara es la que sabe todas las historias de todos en la calle. Los vecinos la evitan porque no tiene casa y vive de prestado, pero cuando se para en la puerta de la casa de este Jaime y empieza a contar las historias, todos vienen y a menudo se producen trifulcas. Esta Sara las cuenta como si hablara de sujetos muy lejanos; les cambia los nombres y eso es parte del juego: al principio, todos juegan a reconocer de quién se trata. Uno acierta enseguida, y esta Sara le convida un dulce o un higo con su nuez. Esta Sara siempre convida algo. Los chicos no entienden mucho, pero van y dicen nombres, para ganarse el higo.

Esta Sara se queja, pero también dice mucho que con qué tiempo van a estar mejor que ahora, y que ojalá padre Ramón nunca se muera y, si se muere, que Oscar siga su tiempo y el Hijo de Oscar también lo siga, y el Hijo de ese Hijo. Sabe que no se puede, pero lo dice como si no supiera. Una Esther de la segunda casa lado este, su amiga, suele decir que no entiende qué le gusta tanto. Un Joaquín de la cuarta casa lado oeste dice que no está seguro de que este Jaime de esa casa en verdad tenga una plantación de higos en el norte; una vez dijo que podía ser un espía de los barbudos y que por eso se iba tan frecuente, para encontrarlos y contarles, y que si seguía así lo iba a denunciar al consejero. Le dijeron que no fuera pánfilo, que los barbudos son muy brutos y que no tienen tales cosas como espías. Es verdad.

La casa por adentro también está llena de colores y tiene muchos almohadones de plumas del bahiri. Sus nenas tiene juguetes buenos pero lloran muy fuerte; un Jose de la tercera casa lado oeste le pidió que les tapara un poco la boca cada quinta; ella lo hizo y empezó a contar historias horribles de alguien que se parecía mucho a un Jose. Contó que a veces trae cosas diciendo que son de la basura pero que en realidad son



propiedades de soldados muertos. Le gritaron pánfila y mentirosa, pero siguieron escuchando. Le gritaron porque temen a un Jose. Un Jose estuvo a punto de pegarle y los que estaban le dijeron que si le pegaba iba a ser que era cierto. Un Jaime y un Jacobo, de la cuarta y quinta casas lado este, se reían bastante.

Del lado oeste se acabaron las casas. Del lado oeste hay cinco casas en vez de seis, porque la tercera es muy ancha y ocupa más lugar.

Lado Este:

La primera casa de la calle no está pintada; como todas las casas de antiguos, es sin pintura y se le ve el ladrillo. Tiene un solo piso. Su puerta tiene los altos redonditos y una ventana a cada lado, que también son redondas.

En la primera casa vive un grupo de antiguos bastante amontonados. Como son antiguos, hay un hombre y una mujer con sus cuatro hijos de ambos, todos juntos. El hombre se llama Jaime, 29 años, y dice que trabaja de pocero, pero está mucho tiempo en su casa. A su casa vienen desconocidos: no todos son antiguos. Este Jaime es fuerte a la manera de antiguos: un poco alto y las piernas muy derechas, el cuello largo por demás. Una Sara de la quinta casa lado oeste dice que este Jaime vende perfumes falsos; otras veces dice que en verdad trabaja para un Jose de la tercera casa lado oeste, rapiñando propiedades de los soldados muertos, pero no es muy probable. Una Sara insiste: dice que este Jaime, como es antiguo, puede hacer esas cosas porque no tiene miedo de volver a hacerlas en la Larga: que si creyera en su Larga no podría.

La mujer que vive con un Jaime nunca sale a la calle: las mujeres antiguos salen poco. Es una Nora, 24 años, también con su cuerpo de antiguo. Los cuatro hijos tienen menos de 15 años entre todos; se pasan en la calle el día, jugando con pelotas y muñecos: son tres nenas y un nene. Cantan mucho y a los demás de la calle les gusta, menos a un Joaquín de la cuarta casa lado oeste, que les grita. Cuando les grita mucho, este Jaime va hasta la ventana de un Joaquín y lo mira un rato largo.

Fuera de eso, este Jaime es bastante amable, y siempre ayuda a los demás si necesitan algo. Los demás le agradecen con vergüenza: odian necesitarlo. Cuando se muere alguien de la calle no lo invitan, porque los antiguos no se toman la Larga muy en serio. Este Jaime nunca habla del tiempo: a los antiguos no les importa el tiempo que se diga; se sabe que nunca le hacen caso. Un Jacobo de la tercera casa lado este pensó que era porque no sabían y trató de explicarle a este Jaime cómo era; este Jaime no se reía, estuvo atento, pero al final le dijo que no lo iba a engañar con panfiladas. Un Jacobo lo miró desde abajo, porque quedó chiquito. Este Jaime siempre se deja mucho pelo en la cabeza, muy hirsuto; los demás piensan cómo hacer para que se vaya de la calle y varios fueron a preguntarle a un Jose de la tercera casa lado oeste si no se le ocurría la manera. Un Jose les dijo que no valía la pena. Les dijo que para qué, si toda calle tiene su antiguo para marcar las diferencias.

La segunda casa de la calle está pintada de un azul tremendo, con dibujos de máquinas. Es un poco más ancha que las menos anchas y tiene dos puertas: la más grande da al taller de su dueño. Tiene un piso; como tiene dos puertas, no tiene ventana.

En la segunda casa vive un Javier, reparador de cosas, 51 años. Este Javier es muy gordo, porque un reparador se mueve apenas: parece como si fuera majestuoso y, en verdad, es nada más muy gordo. Un reparador es necesario en cada calle, pero nunca lo quieren; a este Javier lo quieren un poco más, por su secreto. Todos saben que tiene su secreto: todos saben que, aunque no es maquinista, está fabricando una máquina y la tiene escondida. No la guarda en el taller sino en su pieza y nadie pudo verla: la tiene tapada con una tela grande, y no le dice a nadie qué será. Les dice que ya van a saber, cuando llegue el momento. A este Javier lo desprecian porque es reparador, pero no tanto porque piensan que quizá su máquina sea fuerte: todos se acuerdan del que inventó las vicuñas y resultó un gran hombre, A veces, un Jacobo de la tercera casa lado este le lleva a reparar cosas que no están rotas para ver si le tira de la lengua. Este Javier le charla de otras cosas; de su máquina nunca. Un Jacobo le propuso asociarse, y este Javier hizo como si no lo oyera.

En su casa también vive una Esther, que es su madre, muy vieja, siempre acostada en un rincón del taller, sobre una manta de vicuña. Esta Esther es la más vieja de la calle; antes le preguntaban por las cosas de la calle, pero ahora no se acuerda de nada. Casi no habla; a veces, murmura que ya está en su Larga. A los demás no les da pena, porque la ven muy poco. También vive una Esther, 27 años, muy gorda pero no despampanante: rechonchona. Esta Esther es la hija de este Javier con una mujer cocinera que vive dos calles más abajo; esta Esther es muy amiga de una Sara de la quinta casa lado oeste, y va mucho a su casa: es la única que va a su casa. Esta Esther es ciega; camina bien, nunca se pierde, pero no ve nada. Una Sara dice que este Javier quiere hacer su máquina porque cuando él se muera esta Esther se va a quedar desamparada, y con la máquina va a poder ampararla. Un Jacobo de la quinta casa lado este dice que son zopencas panfiladas: quiere por otras cosas, dice, qué le importa la ciega. No es la verdad: le importa. Este Javier dice que si Oscar pone un tiempo como el de padre Bruno, de presentes, esta Esther va a estar más amparada. Un Jacobo dice que le parece que este Javier está en la bandería de los que quieren que se acabe la Larga. Alguna vez le preguntaron, y este Javier hizo como si no lo oyera.

La tercera casa de la calle tiene agujeros en las paredes: está muy descuidada. Es ancha y de dos pisos, pero amenaza ruina. Tiene distintas capas de pintura que aparecen. Tiene una puerta muy ancha, de dos hojas; una hoja le falta y en su lugar hay una cortina de piedritas.

En la tercera casa vive un Jacobo, perfumista de oficio, 38 años. Este Jacobo trabajó

mucho en el taller de un perfumista afortunado. Ahora dejó y trata de hacer perfumes solo, pero no tiene los bienes que hacen falta para comprar esencias y retortas. Este Jacobo trabaja a veces con un Jaime de la primera casa lado oeste, para mejorar el olor de las tinturas. Un Jaime le dice que si lo consiguen van a poner buen aroma en las telas y pueden conseguir muchos bienes. Y que si no, cuando él pueda armar caravanas le va a prestar esencias y retortas para que haga perfumes. A este Jacobo le gusta más estar con un Jaime de la cuarta casa lado este, pero trabaja con un Jaime de la primera casa lado oeste porque cree que le puede resultar bien útil. Este Jacobo dice que igual está tranquilo: que si no consigue hacer sus perfumes se puede morir pronto, y que su Larga va a ser muy placentera. Dice que se va a pasar una Larga con preciosos olores: que nadie olió cosas tan placenteras como él, y que va a ser tan agradable.

Este Jacobo vive con su hija, una Ana, 11 años, a punto de su aceptación. La madre de esta Ana se fue de la Ciudad, a vivir cerca de las Salinas. Esta Ana quiere irse también, cuando sea aceptada, pero no sabe adónde. Su padre le dice que con la guerra es mejor que se quede. Por ahora, esta Ana juega mucho con una Ana de la tercera casa lado oeste, embarazada. La casa de una Ana está enfrente de esta Ana y las dos bailan en la calle: una revolea los pelos y la otra bambolea la panza; a los demás les gusta verlas y les gritan versos.

En la casa de este Jacobo hay más animales que en las otras: tiene dos piezas y, en el fondo, otra pieza con varios gallinazos, su vicuña de leche y una jaula de cuises. Cuando no tiene bienes, se comen los animales de esa pieza: este Jacobo sabe cocinarlos con muy buenos aromas. Lo que más le gusta es cocinar para un Jaime, de la cuarta casa lado este, al lado de él: charlan mucho y se fornican a menudo. Cuando este Jacobo se enteró de que un Jacobo de la quinta casa lado este, el amigo de un Jaime, tenía que irse a la guerra, le dio gusto, y enseguida le dio vergüenza que le diera.

La cuarta casa de esta calle está unida con la quinta casa de esta calle: eran dos casas angostas, con su puerta y su ventana cada una, pero sus dueños las juntaron. Ahora son dos pero comunicadas por adentro. Por afuera, la cuarta y quinta casas están pintadas con escenas del mercado: una mujer que vende tres pimientos, un domador de vicuñas con su recua, dos chicos que se pelean rodando por el suelo, un hombre que discurrea a varios que lo escuchan con caras de aburridos.

En la cuarta vive un Jaime, arquitecto, 23 años. Este Jaime es hijo de un arquitecto muy persona que hizo muchas casas en el barrio fino: hace un tiempo empezó a hacer casas él también, pero le salían raras. Los dueños se quejaron y él dejó de hacerlas: dijo que no las merecían. Este Jaime dice que la única manera de que entiendan lo que hace es que Oscar ponga un tiempo como el de padre Jorge, que cambia la mirada. Pero no cree que Oscar lo ponga, dice, porque le falta sutileza.

Este Jaime tiene su casa llena de aparatos raros, que él va haciendo: tiene muchos pájaros de metal que le cuelgan del techo, se mueven y dan chillidos falsos; tiene sus pieles de vicuña para dormir echadas sobre arena y puede darles formas; tiene un cubo de material maleable transparente lleno de agua con un pescado cejijunto adentro; tiene trozos de espejos que reflejan la luz de un farol con rayos raros, y muchas otras cosas. A veces deja que entre alguno de los chicos de la calle; los chicos saben que tienen que quedarse callados y muy quietos para no enojarlo. Él les muestra las cosas, los acaricia un poco y les regala un trocito de caña de chupar; después, los echa con un grito. Los chicos se asustan por el grito, o por los aparatos, pero les gusta ir a esa casa más que nada. Se asustan y les gusta tanto. También muchos otros visitan esta casa: un Javier, por supuesto, de la quinta casa lado este, al lado, porque es como si fuera suya y están comunicadas por adentro, pero también muchos más. Suelen ser de la edad de este Jaime, jóvenes, y casi todos parecen personas y lo bastante alegres. Hacen mucho ruido, beben cocciones y se ríen para que toda la calle los escuche, con estrépito. Un Joaquín de la cuarta casa lado oeste dice que cuando empiezan a hablar fuerte mejor taparse los oídos porque si no el que los oye podría quedar comprometido. Este Jaime sabe que un Joaquín dice eso y dice que estos del barrio del Mercado son tan cartines, tan cartines. Los de la calle que lo oyen lo miran como para ver si tienen que ofenderse y este Jaime les dice que no, que no sean sápiros, que ellos vinieron a vivir a esta calle porque les gusta la gente del barrio del Mercado, que son los más auténticos y que los eligieron y les gustan tanto. Los que lo oyen, de la calle, no saben qué pensar, porque lo dice sin ningún cariño.

Este Jaime es de lo más chiquito: tiene su cuerpo todo en su lugar, bien hecho, pero más que chiquito; en verdad, cuando está con un chico es semejante al chico, nada más mejor hecho. Suele ponerse unos perfumes fuertes, con exceso de frutas, y su tela la usa casi siempre arrollada a la panza, descarado.

En la quinta casa vive un Javier, que pinta frescos y maderas, 22 años. Su padre es un persona con tierras y muchos animales, y este Javier dice que es un zanguango: que nunca entendió nada. Este Javier es el otro que vino a la calle hace menos de seis estaciones, con un Jaime de la cuarta casa lado este, a vivir ahí porque les resultaba, decían, más auténtico y agradable que las calles de sus madres en el barrio fino. Una Sara de la quinta casa lado oeste dice que ni les gusta ni ratónitas, que lo que pasa es que acá pueden hacer todo lo que se les ocurre y que en sus calles les daría pudor; acá, dice, como están entre vulgos, no les importa nada lo que los otros piensen. No debe ser cierto: si fuera, no harían tanta bulla para que los demás se enteren de lo que están haciendo.

A veces, este Javier se enoja con un Jaime, su amigo, de la cuarta casa lado este, porque pasa mucho tiempo comiendo y fornicando con un Jacobo de la tercera casa lado este; no que él quiera comer o fornicarlo; a él no le importa, pero le dice que una cosa es estar en una calle del mercado y otra muy otra pasarse tanto tiempo con un

vulgo. Un Jaime le dice que no entiende nada y que ya se va a dar cuenta, cuando pueda.

Este Javier es muy bonito de su cara y habla bien: es orgulloso. Muchas horas se las pasa tirado en las pieles con arena de un Jaime, su amigo, de la cuarta casa, imaginando lo que va a hacer cuando quiera hacer cosas. Hasta ahora hizo algunas pinturas donde, dice, lo que importa es la forma de la cosa pintada, y pinta sobre trozos de madera que corta con bordes caprichosos. Él no los corta; en verdad, se los lleva a cortar a un Javier, reparador, de la segunda casa lado este, que se las corta por muy poco y dos veces estuvo a punto de hablarle de su máquina. Este Jacobo sí hizo, por ahora, un tormento; se presentó a una selección para ser mano y la ganó. Era el tormento de alguien que amenazaba a traficantes para que le contaran caminos para las caravanas; este Jaime propuso un tormento que le iba muy bien, y lo aceptaron. Este Jaime lo atormentó en la plaza del Mercado de Perfumes, en pleno barrio fino, y el tormento era que pintaba en unas telas lo que podría hacerle al mirlo. Eran cosas horribles; el mirlo, parado al lado, atado a un poste, lo miraba con su sudor de miedo y, de tanto en tanto, alguno de los tormentos sí le hacía, para mantenerlo en la estacada. Pero bastantes no: nada más los pintaba. Al final, cuando el mirlo ya no se sostenía más del sufrimiento de no saber si le iba a hacer o no cada tormento, le cortó la cabeza muy limpia de un tajo bien lanzado. El tormento tuvo mucha aprobación, en la calle muchos le dijeron que había sido muy bueno y desde entonces lo miraron distinto. Este Javier estaba bien contento; quiere hacer otro, pero todavía no se le ocurrió nada.

Ahora tampoco va a poder; en estos días lo llamaron para ir a la guerra. Este Javier hizo gestiones para no ir, como solían hacerse, y le dijeron en la Casa que igual iba. Este Javier anduvo por ahí diciendo que en los buenos tiempos las personas iban a la guerra si querían; que muchos querían, pero si no querían no iban, y que bien bruta tenía que estar la guerra para que anduvieran llevando a las personas que no quieren, y que si Oscar no nos da un tiempo bueno la Ciudad se va a volver un sumidero. Una Esther, de la segunda casa lado oeste, médica, que lo ve lo bastante porque son amigos, le dijo que querer arreglar la guerra con un tiempo es como querer curar al enemigo con ungüentos. Estaban en la calle; los escuchó un Joaquín, de la cuarta casa lado oeste, y les dijo que si seguían diciendo semejantes cosas en la Casa se iban a enterar y castigarlos. Este Javier le dijo que si se enteraban él, un Joaquín, se moría al otro día. Un Joaquín se calló y se prometió venganza, cuando estuviera de contador de bienes de la Casa. O ni siquiera, le dijo después a un Jose, de la tercera casa lado oeste, porque este Javier se va a reventar antes, en la guerra. Un Jose le dijo que no fuera barbudo, que este Javier iba a ir a la guerra a ganar y volver, como todos los nuestros. Un Joaquín le dijo que era cierto, aunque sabía que ni él ni un Jose lo creían. Este Javier prometió que antes de salir para la guerra, en unos días, va a dar una fiesta tremebunda en la calle, no en su casa, y que les va a regalar a todos la

mitad de las cosas más variadas; que van a ser inútiles sin la otra mitad y que les va a regalar la otra mitad cuando llegue de vuelta de la guerra. A los demás, eso les da un motivo para querer que vuelva, pero lo miran como si ya estuviera quemándose en su fuego. Sacuden la cabeza y dicen, murmurando: pobre tarro.

La sexta casa de la calle es vieja, de las casas comunes de la Ciudad. Tiene la puerta angosta en el medio con su ventana encima de la puerta y la pared pintada de un lado de la puerta marrón, del otro lado de la puerta ocre. El techo de maleable sobresale, haciendo alero.

En la sexta casa vive una Nora, que fue sirviente de la Casa, 53 años. Nora dejó de ser sirviente cuando tuvo a su hijo, un Jose, que ahora tiene 31 años. La dejaron irse de la Casa y le dieron la casa en esta calle porque su hijo, este Jose, le salió un mongui. Desde entonces, esta Nora se dedicó a cuidar al mongui; sus vecinas la envidian y ella sabe que fue la más afortunada.

El mongui es la alegría de la calle. Todos pasan y le dicen algo, le acarician la pera, le regalan algo para que tenga qué romper. Este Jose, el mongui, es grandote y bien lleno; su madre no lo puede tener en sus rodillas. Lo tiene sentado en el suelo, sobre una piel de vicuña, al lado de la puerta, y ella también sentada, al lado, en un almohadón duro. Este Jose se le derrama mucho sobre ella; es muy cariñoso, muy buen mongui. A los demás de la calle les gusta mucho verlo porque el mongui es de las cosas que no pasan ni pueden terminarse: es Calchaqui que nunca va a ser otra. Hasta un Jose de la tercera casa lado oeste dijo un día, viéndolo, que no importaba tanto qué tiempo diera Oscar, porque hay cosas como esta que siguen más acá del tiempo. Un Joaquín de la cuarta casa lado oeste lo miró bien raro. Esta Nora, igual, dijo que si Oscar no da un tiempo como el de su padre, tan perfecto, su mongui va a estar con brutos sufrimientos. Un Jose la miró como quien se pregunta quién le habrá dicho esto a esta madrona.

Esta Nora no se levanta casi nunca de su puerta y su mongui. En su puerta, sentada, roye palos de caña. Es raro que tenga que pasar hambre, porque los demás de la calle casi siempre le regalan algo. Una Esther de la segunda casa lado oeste, que cocina en la calle para no mezclar la comida con los ungüentos que prepara, le da de su comida muchos días: casi siempre que tiene. Esta Nora come desafortunada; a su mongui le da mucho, pero se le derrama casi todo. Esta Nora no cuenta muchas historias de los demás porque, colmada como está con su mongui, sabe que tendría que ser buena y no importarle. Pero le gusta que vaya una Sara de la quinta casa lado oeste a hablar con ella, y siempre le dice que le parece que un Jaime de la primera casa lado oeste, tintorero, fornicaba mucho con su madre. Una Sara le dice que no es cierto, y ella insiste que sabe. En cambio no sabe y le preocupa y le pregunta a todos si les parece que en la Larga va a tener a su mongui para ella. Todavía nadie le pudo contestar seguro; esta Nora dice que es su sufrimiento porque es una mujer pobre y desvalida,

que si no fuera ya habría podido ir a consultar a los que saben. Dice que hasta que no lo sepa no va a poder morir como debe. Esta Nora tiene las mamas más que largas pero está un poco mustia y lo bastante desgredada; su mongui siempre está delicioso de bien puesto, en cambio.»

El documento es rico; sólo, quizás, haya que lamentar que se refiera a una calle y no a un edificio de pisos: no sabemos mucho sobre ellos, y habría sido muy interesante.

El documento, como se ve, está escrito en ese estilo casi ingenuo, muy directo y carente de retórica, que funcionaba en esos días como garantía de la verdad de lo narrado frente a los artificios y pirotecnias que abundaban entonces como respuesta a las dificultades laborales de los artistas ([ver nota 44, cap. 4](#)). Pero no podemos saber de dónde sacaba la información. Evidentemente, la biógrafa tenía uno o dos o tres informantes entre los vecinos, que le pasaban datos sobre el resto. En este caso, los candidatos más obvios serían Sara de la quinta casa lado oeste o Joaquín de la cuarta casa lado oeste. Pero aparecen demasiado señalados en el censo, y las biógrafas solían ocultarlos mejor. Debían ser otros: Jose de la tercera casa lado oeste tenía compromisos con la Casa y podía negociar su información, y Jaime de la cuarta casa lado este juega demasiado al iracundo como para no esconder algo. Pero no descarto que, en realidad, la informante principal sea Nora de la sexta casa lado este; por su trabajo en la Casa tendría contactos y entrenamiento para la observación, su mongui es una cobertura ideal para pasarse el día en la calle espiando y la biógrafa insiste demasiado en que vive de la caridad de sus vecinos —como para ocultar otra fuente de ingresos. <<

[43] «**Que el dios es grande, más grande que nada**»: la tentación de suponer que Oscar pensó en adoptar el monoteísmo —aunque finalmente no lo haya hecho— porque era la idea central del enemigo, «los barbudos»: podía creer que esa era el arma con que le estaban ganando la guerra. Es mecanismo común. Desarrollar. La idea es rica. Extremando la postura, se podría decir que, porque tenía alguna formación cristiana —infiltrada por Jushila, mayormente— Oscar cuenta la historia de Juanca en términos un poco crísticos.

Apoyar con un estudio sobre los elementos cristianos en la doctrina calchaqui de la vida larga. Las hipótesis sobre el aprendizaje de Juanca entre los españoles, [nota 4](#), [cap. 3](#). Otros que dicen que su permanencia con ellos es una extrapolación posterior —¿de los españoles para atribuirse el cambio fatal? ¿De algún sector calchaqui, para justificar que el principio del fin les llegó del enemigo? Si la historia de un pueblo puede falsearse así, cómo voy a pretender que Elisa no lo haga. <<



[44] **«Que yo abandono con placer mi fuerza»:** una vez más, Oscar nos confunde — y se confunde— atribuyendo a la acción individual —de quienes estén cerca del poder: sus predecesores, él, Juanca, y demás— efectos provocados por una situación social, económica, política y cultural que sobrepasa con mucho a cualquier individuo. Ya estamos acostumbrados a estos dislates. Leyendo su relato se podría suponer que todo lo que sucedió en Calchaqui en esos años fue producto de los cálculos, decisiones y errores de un grupo de personas. Para no caer en su trampa, sería interesante revisar la situación de la Ciudad y las Tierras en el momento inmediatamente previo a la catástrofe. Estos son, según hemos podido reconstruir, aproximadamente, algunos de sus aspectos más notables:

— Aspectos económicos:

Los problemas del comercio exterior estaban ahogando la producción de la Ciudad. Los españoles ocupaban la mayor parte de los territorios que antes consumían las exportaciones calchaquis, y habían prohibido su compra, para quebrar a la Ciudad — o para proteger sus pequeñas industrias. Sólo quedaban algunas zonas del Alto Perú —las más pobres y de acceso más complicado— y las llanuras pampeanas del este y del sur —ocupadas por sociedades tan primarias y desarticuladas que no constituían mercados solventes.

La falta de mercados influyó también sobre otros sectores —en la Ciudad, fabricantes y reparadores de vicuñas mecánicas, fabricantes de recipientes en material maleable, obreros perfumistas; en las Tierras, cazadores y recolectores de materias primas para perfumes— paralizando en buena medida la economía calchaqui.

En ese marco de inseguridad, las expediciones —caravanas— que llevaban perfumes —y máquinas menores— tuvieron que reclutar fuertes custodias, que encarecieron los productos: esto provocó la pérdida de algunos mercados todavía accesibles. Además, fue causando un desplazamiento del poder económico en la Ciudad de manos de los productores de máquinas y perfumes hacia los militares, que cobraban fortunas por la custodia. Parte importante de los bienes se usó para pagarles y cayó en un circuito improductivo. Este incremento del poder militar influyó sin duda en la decisión final de Oscar.

Los perfumes de invento, producidos para la exportación ([ver nota 46, cap. 1](#)), que constituían la principal fuente de ingresos de la Ciudad, se amontonaban en los hangares del barrio de Depósitos. Esto trajo como consecuencia —además de la escasez de bienes negociables— que bajaran los precios de los perfumes en la Ciudad, y que muchos de los ciudadanos dejaran de usar los perfumes clásicos ([ver nota 9, cap. 2](#)), esenciales a la idiosincrasia calchaqui, para adoptar los perfumes de

invento, que se vendían a precio vil. De ahí, una pérdida de identidad cultural de nefastas consecuencias (ver más abajo).

Por otro lado, es probable que el gallinazo, alimento por excelencia de la Ciudad, haya sufrido en esos días un proceso que lo acercó a la extinción (ver nota 33, cap. 3). De ser así, se habrían producido episodios de hambre.

— Aspectos sociales:

La ocupación española de los territorios aledaños tuvo que producir un fuerte desplazamiento de hombres y mujeres de las zonas ocupadas hacia la Ciudad, último bastión independiente. El aumento de la población urbana marginal traería problemas de abastecimiento de víveres y bienes de primera necesidad —con el consiguiente estado de inquietud social que se produce en estos casos.

Además, los nuevos habitantes no seguían las pautas culturales calchaquis —respeto al soberano y, en alguna medida, a su tiempo; expectativa de la Larga; identidad y unidad como pueblo/nación— y contribuían al clima de disgregación social. Los calchaquis estaban acostumbrados a soportar ciertas situaciones gracias a las esperanzas depositadas en los cambios que traería el tiempo del siguiente soberano, y en la vida larga. Los recién llegados no tenían ese condicionamiento y provocaban conflictos. También es posible que se produjeran disturbios causados por enfrentamientos entre ciudadanos y recién llegados, clásicos en estas situaciones.

Por otro lado, la llegada de estos inmigrantes traería aparejada una disminución de la calidad humana de la Ciudad: los que llegaban pertenecían a estadios civilizatorios inferiores. Esta pérdida debía concretarse, por ejemplo, en una merma de la productividad por degradación de la mano de obra.

Hubo, también, cambios en las estructuras familiares: los forasteros no seguían el orden calchaqui. Traían familias enrevesadas, con proles más numerosas. En muchos casos, este nuevo modelo familiar fue adoptado por ciudadanos, desarticulando un sistema eficaz y aumentando la presión demográfica.

Por último, es más que probable que la superpoblación originada por los inmigrantes, unida a la carestía y el desabastecimiento, haya producido un aumento de crímenes y delitos, con el consiguiente sentimiento de inseguridad (no sabemos, siquiera, si las pautas culturales de los recién llegados podían hacerles entender la naturaleza de lo prohibido y lo permitido en la Ciudad y si, por lo tanto, eran capaces de ajustarse a las leyes vigentes).

— Aspectos políticos:

La escena está dominada por la conmoción subterránea causada por la guerra defensiva contra los españoles —«los barbudos» (ver notas 4 y 39, cap. 4). La guerra siempre se mantuvo en una especie de sordina: los signos de su existencia —

problemas económicos, inmigrantes, heridos y lisiados de guerra— se veían por doquier, pero en la vida diaria muchos simulaban que nada sucedía. Esto era posible gracias a las características peculiares de una larga guerra de desgaste, sin grandes batallas ni movimientos importantes de las tropas, frente a un enemigo huidizo y aparentemente poco ambicioso.

Sin embargo, la cuestión de la guerra y su resolución estaba en el centro de todos los debates y tentativas de los distintos sectores políticos ([ver nota 2, cap. 4](#)). Todas las maniobras tendientes a ganar peso político en la estructura de gobierno se presentaban como maneras de llegar a una resolución favorable del conflicto.

Agitando el fantasma de la guerra, el grupo que podríamos llamar «de los consejeros» —grupo muy poco sólido, cribado de contradicciones internas, [ver nota 2](#)— estaba dispuesto a intentar el asalto definitivo al poder.

Durante generaciones, desde que los soberanos empezaron a perder poder real —en tiempos del 7 o del 8— el sector oligárquico-industrial se impuso a los terratenientes y detentó buena parte del manejo del Estado ([ver nota 3, cap. 2](#), sobre el grupo de los 4) a través de sus cargos como consejeros de la Casa. A lo largo de esos tres siglos, este grupo supo utilizar a los soberanos como mascarón de proa y chivo expiatorio frente a las frecuentes reacciones populares que despertaban sus políticas. A cambio, les permitían mantener ciertos privilegios: la cabeza simbólica del Estado, las rentas de grandes propiedades y fuertes impuestos y, hasta la revuelta, la exclusividad sobre la vida larga.

El arreglo funcionó mucho tiempo; en el período analizado, el grupo «de los consejeros» había decidido que intentaría sacarse de encima a la dinastía reinante: estaban hartos de la simulación y de las consecuencias enojosas que podían tener ciertas Declaraciones del Tiempo —más simbólico que real, pero aún así significativo. El grupo hizo circular rumores sobre la corrupción del soberano 20, Ramón, y su mal manejo del dinero público, para conseguir el apoyo del pueblo de la Ciudad; los calchaquis, acostumbrados a este mecanismo —que habían inventado los propios consejeros— según el cual los soberanos tenían las culpas de todo, no reaccionaron más allá de lo habitual. Sus propias contradicciones internas, la comodidad de mantener un culpable posible y, sobre todo, la falta de acuerdo sobre la opción de reemplazo, demoraron la tentativa del grupo. Pero seguía siendo una amenaza y había socavado con fuerza las bases y los mecanismos del poder en la Ciudad y las Tierras.

A esto se agregaba la acción —larvaria todavía— de los grupos de agitadores que intentaban arraigar en la población el reclamo de una vida larga antes de la vida, los que pedían la vuelta a las tradiciones con la eliminación de la vida larga y los que exigían la instauración de un tiempo único y permanente, autónomo de la voluntad de cada soberano ([ver nota 38, cap. 4](#)). En cambio, no parece que la acción de los

pequeños núcleos de «escondidos» ocultos en las Tierras (ver cap. 2, pág. 68 y ss.) haya tenido gran influencia.

La existencia de todos estos grupos aumentaba la necesidad de un sólido control policial sobre la Ciudad y, por lo tanto, el poder de quienes controlaban al cuerpo de soldados que cumplía funciones de policía: el consejero de Vulgos y, por su intermedio, el grupo de los consejeros. Por otra parte, estos agitadores, si bien no eran numerosos ni reconocidos, contribuían a ese estado de confusión general que tuvo una importancia decisiva en el colapso final.

— Aspectos ideológicos:

Empiezan a actuar con fuerza los efectos a largo plazo de la instauración de la Larga. La muerte sin más allá había sido, desde el inicio, la condición de identidad de los ciudadanos de Calchaqui. Desde su instauración, la expectativa de una vida después de la muerte contribuyó a disgregar el cuerpo social. Pero sus efectos tardaron varias generaciones en hacerse plenos. En el período analizado, la certeza —la creencia— de que cada cual tenía acceso a una salvación individual más allá del destino comunitario había hecho más por el derrumbe de la Ciudad que las guerras y las pérdidas de mercados comerciales. Fueron relativamente inútiles los esfuerzos de los gobernantes por reglamentar esa vida posterior, y hacerla depender de lo que se hiciera en la vida terrena. Los ciudadanos estaban al tanto —en principio— de esa dependencia, pero no parecían aplicar sus consecuencias en su vida cotidiana. Hay documentación que prueba que influyó en la caída de la Ciudad la desidia de muchos ciudadanos, convencidos de que nada de lo que estaba sucediendo era demasiado significativo frente a la perspectiva de la vida larga. Se registraron casos de ciudadanos que se negaron a cumplir obligaciones militares aduciendo que si morían lejos de la Ciudad no estaban seguros de encontrar su camino a la Larga.

— Aspectos culturales:

El período se caracterizó por la disolución de muchas de las pautas culturales tradicionales. Tras la crisis de formas que se dio en tiempos de los soberanos 5 y 7 (ver [nota 46](#), [cap. 1](#), sobre este proceso en el campo de la biografía, y [cap. 2](#), pág. 286, para el terreno de la arquitectura, por ejemplo), nuevas formas canónicas ocuparon el escenario durante mucho tiempo.

Pero en el momento que describimos, la escasez de bienes circulantes redujo la demanda de cultura hasta un extremo sin precedentes —salvo, quizás, en los puntos más álgidos de la revuelta por la Larga. Esto se combinó con el aumento de la cantidad de individuos que pretendían vivir de actividades que podríamos llamar «culturales» —por las mejoras educativas y el mayor desempleo— para crear una fuerte desocupación en el sector. Eran muy pocos los que podían sobrevivir practicando las artes tradicionales. En consecuencia, los más inquietos trataron de destacarse —y conseguir encargos— introduciendo modificaciones en sus prácticas

habituales: biografía, arquitectura, pintura, música.

Las formas estéticas, por lo tanto, fueron llevadas a límites antes desconocidos, en busca de esa originalidad que trajera a su autor la reputación que le permitiera sobrevivir. Por razones obvias —la hecatombe que estaba por llegar— no conocemos mucho de esta producción, pero tenemos información acerca de su audacia, y de la sorpresa y, a veces, la irritación que supo provocar. Creemos que el movimiento debe haber sido beneficioso en cuanto a la variedad e interés de sus productos, pero también tuvo efectos negativos: el pueblo de la Ciudad, que durante mucho tiempo se había sentido representado y sintetizado por la producción de sus artistas, pasó a carecer de una representación satisfactoria y, por lo tanto, de una concreción estética de su identidad comunitaria.

Es muy probable que este movimiento haya contribuido —junto con los demás elementos ya mencionados— a la sensación generalizada de ruptura de las pautas culturales que habían mantenido la unidad del cuerpo social de Calchaqui y, por lo tanto, al desastre que estaba por llegar.

En síntesis: nos encontramos frente a una situación de pérdida de los valores habituales, tanto en el campo económico como en el social, político, ideológico o cultural. El organismo de la Ciudad y las Tierras está debilitado por sus propias enfermedades. Reunidas estas condiciones, cualquier elemento aparentemente menor puede haber desencadenado el colapso final.

El cuadro es somero, pero puede servirnos para entender por qué, llegada a este punto, Calchaqui cayó en manos de los españoles sin ofrecer la resistencia que habría podido esperarse de semejante reino. Es, finalmente, menos importante saber si la Ciudad les fue librada por la Declaración inverosímil de Oscar, por la traición del grupo de los consejeros, por un eventual asesinato del príncipe o por mero agotamiento. La versión que trata de ofrecernos Oscar, según la cual el fin sobrevino a causa de su decisión, no resulta convincente. Como queda dicho, en esta situación habría sido casi imposible evitar ese final: su causa inmediata no es relevante. En algún momento he llegado a alimentar la sospecha de que, en realidad, Oscar tuvo conciencia de que no tenía medios para impedir la debacle y que, en un último alarde de soberbia, dictó a Jushila una versión de la historia en la cual su acción habría sido decisiva, aunque más no fuera para causar la destrucción final. Que, cuando vio que la invasión era inevitable y la situación insostenible, quiso sugerir que él mismo había elegido el fin de su pueblo (la hipótesis de esta falsificación se ve abonada por la escasez de referencias a los momentos terminales, y por las contradicciones que estas referencias presentan). Parece extraño, pero sería un gesto muy propio del orgullo calchaqui: pretender, hasta el final, que fueron dueños de su propio destino.

**Agregar:** hay una anotación del caballero des Thoucqueaux, manuscrita en una hoja que encontré dentro de su *edición*, una especie de síntesis de todo. La hoja parece de

época. Llena de tachaduras, hay que establecer qué dice. No es interesante, pero serviría para ver cuáles son los aspectos salientes para él. Qué importa. Sólo para ver qué le importa más, o sea: dónde pueden estar sus errores más brutos, según sus tendencias. Revisar con cuidado. ¿Vale la pena dar cuenta de lo que está tachado? Quizá ponerlo entre paréntesis o en notas al pie.

«Un príncipe a punto de asumir el mando de su pueblo duda acerca de las medidas (su tiempo) que va a tomar. Su padre agoniza y él duda. Para recapitular y orientarse, cuenta su historia. Dice: mi historia es la historia de mi pueblo (mis súbditos).

En un lugar remoto, una antigua civilización (sociedad) dominada por una casta de reyes que se arrogan la facultad de decidir la forma del tiempo que rige bajo su mandato. Esa forma cambia con cada rey. Tienen logros técnicos (mecánicos) importantes, que no siempre coinciden con sus logros filosóficos. (Son filósofos?) Hablan y discursen sobre cualquier asunto. Les gusta sacar todas las consecuencias (conclusiones) de cada dicho. (Conocen el origen del mal.) Importancia de la comida, los aromas y los tormentos. Importancia de la muerte: primero la aceptan con valentía y fundan en ese orgullo su condición humana. Después ceden a la tentación y conspiran para obtener de sus autoridades una vida post-mortem. El desarrollo de la conspiración es interesante —Cromwell? Los detalles de la conspiración (revolución), sus formas de organizarse. Su triunfo desnaturalizado. (Su victoria se vuelve contra ellos.) El rey se hace cargo de dispensar esa vida postmortem y refuerza su imperio (mando).

La civilización es muy ciudadana. Descripciones de la vida en la ciudad: miseria de los plebeyos, vanidad de burgueses y aristócratas —Molière? Son filósofos: no creen en el amor paparruchesco. Familias que no conviven ni crean vínculos comerciales. La prostitución sagrada (ritual).

Aparece la amenaza de un enemigo externo. La civilización se degrada. Necesita un cambio radical (brutal). El príncipe se da cuenta pero no sabe cómo producirlo. Por su incapacidad (su gravísimo error), la sociedad (civilización) es destruida. Sólo queda de ella este manuscrito.»

Preguntarle a Mathilde la próxima vez qué opina de estas anotaciones. <<

[45] «**espero que esa sea mi idea**»: Oscar todavía titubea. No sabemos finalmente si lo fue. Tengo que estudiar con mucho detenimiento el capítulo 5. Claves en el capítulo 5. ¿Qué es el capítulo 5? ¿Tenemos que aceptar sus informaciones y sus conclusiones?

Aclarar que lo que presentaremos como capítulo 5 no lo es en la **edición Thoucqueaux**. En la edición va en anexos, como un documento más, pero es evidente que debe ocupar ese lugar y por eso lo pongo ahí. Cómo contribuye a explicar el final de la Ciudad y las Tierras. Aclarar en nota que, en la **edición Thoucqueaux, La Historia** termina con el capítulo 4, el relato de Oscar sobre sus intenciones. Lo mismo que pasó con **La Destinée**, que también se acaba con las intenciones del soldado Jaime, que tampoco se concretan. Pero el capítulo 5 modifica ese relato. Por eso hay que ponerlo y estudiarlo bien.

En la **edición** el capítulo 5 aparece con el título **Mi Vida**, de Jushila. Aunque no tiene firma, es obvio que tiene que ser la historia de fray José Luis de Miranda. Aclarar en una nota al 5 qué posibilidades hay de que no sea apócrifo. Es sospechoso, pero puede ser verdadero.

Comparar los escritos atribuidos a Jushila en **La Historia** y este. Este es mucho más hispano y querría mantenerse dentro del área cultural cristiana. Grandes esfuerzos por ser cristiano, lógicos porque está tratando de reinsertarse. Tiene que disimular o justificar que se pasó tantos años entre infieles, en buena posición. Lógico que la prosa no sea la misma, porque en los cuatro capítulos de **La Historia** está transcribiendo un relato ajeno, con bases culturales tan distintas y además dictado en un idioma extraño. Pero hay algo en el tono que se mantiene. Cambio radical del punto de vista. Curiosidad: en los cuatro capítulos, Jushila parece borrarse bastante; en el 5, Jushila habla mucho de cómo se borra. En su modestia, no para de hablar de sí.

Ver quién escribió la frase que encabeza el documento. Aparece sin firma, pero es evidente que no es de Jushila:

«Eran tan grandes que no supieron cómo seguir de pie. Cabalgaban el tiempo como nadie, y eran sus damas grandes y bien perfumadas, sus animales eran variados como piedras, sus hombres eran duros porque sabían ser blandos. Sabían pelear, para no pelear nunca. Eran tan grandes que cayeron sin ruido.»

Si consigo viajar a Francia puedo enterarme. También varias otras dudas. Pedirle a Mathilde que me deje consultar **todos** los papeles que tiene, incluido ese cuaderno.

<<

